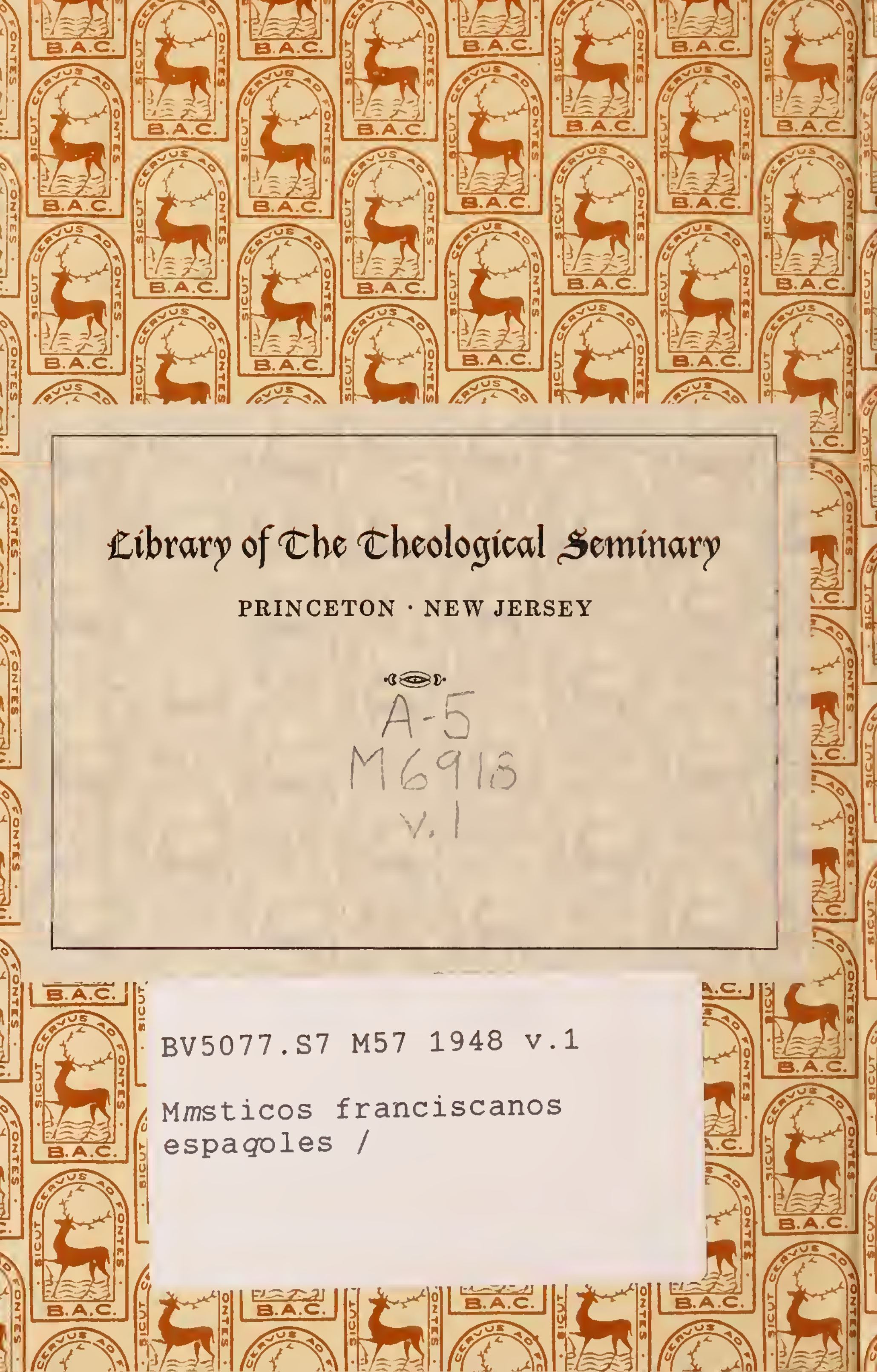
MÍSTICOS FRANCISCANOS

TOMO I


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.
Library of The Theological Seminary
PRINCETON · NEW JERSEY
A-5
M6915
v.1
BV5077.S7 M57 1948 v.1
Mmsticos franciscanos
espagoles /


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

Místicos Franciscanos Españoles

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A. — APARTADO 466

MADRID, MCMXLVIII

MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES

TOMO. I

FRAY ALONSO DE MADRID

Arte para servir a Dios.-Espejo de ilustres personas

Y

FRAY FRANCISCO DE OSUNA

Ley de amor santo

EDICIÓN PREPARADA POR LOS REDACTORES
DE «VERDAD Y VIDA»

INTRODUCCIONES DEL PADRE

FRAY JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID, MCMXLVIII

NIHIL OBSTAT:
DR. ANDRÉS DE LUCAS,
Censor.

IMPRIMI POTEST:
FR. PATRICIO BOTIJA, O. F. M.,
Min. prov.

IMPRIMATUR:
✠ CASIMIRO,
Obispo aux. y Vic. gen.
Madrid, 16 de octubre de 1948.

GRÁFICAS NEBRIJA, S. A.—Ibiza, 11.—Teléf. 251101.—Madrid

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN GENERAL

FRAY ALONSO DE MADRID

ARTE PARA SERVIR A DIOS

Primera parte principal

Páginas

ESPEJO DE ILUSTRES PERSONAS

FRAY FRANCISCO DE OSUNA

LEY DE AMOR SANTO

Páginas

Introducción general

LA CIENCIA MÍSTICA HISPANO-FRANCISCANA

I

LA CIENCIA MÍSTICA

DIOS, LUGAR DEL HOMBRE: RELACIÓN AMOROSA ENTRE AMBOS

Con frase ceñida y contenido amplio, San Pablo nos enseñó de un golpe tres soberanas verdades que alumbran profusamente los campos filosófico y teológico. Y lo que dijo fué: *In ipso vivimus, movemur et sumus*[1]: «Vivimos en Dios, en Dios nos movemos y en Dios somos».

Esta condición del hombre: *vivir, moverse y ser en Dios,* no sólo le magnifica y levanta, sino que le compele a estudiarse y a conocerse, a reflexionar sobre sí mismo, para ordenar su vida conforme a su índole natural, a su jerarquía y a su destino.

Porque ya se ve: Dios es el fin esencial del hombre; Dios es principio y término de su amor, y Dios es como su espacio, tanto que *muévese* en Dios.

Así lo entendió la *ciencia mística española,* y así nos lo enseñó por boca de Fr. Francisco García de Cisneros, O. S. B., cuando en su *Ejercitatorio espiritual* dijo: El hombre ha de meditar *solamente en qué manera podrá alcanzar a su Criador, el cual es su lugar, fin y amor*[2]. Bien nos recuerda este lenguaje y esta ideología trascendente lo que más tarde sistematizará con lógica y magisterio incomparable uno de los genios más genuinamente español, San Ignacio, en sus *Ejercicios espirituales.*

Puede el hombre *vivir, moverse y estar* en Dios, como

---

[1] Act. 17, 28.
[2] 45.

cualquiera otra criatura, es decir, por necesidad intrínseca de su ser, por estar Dios en todo esencial y presencialmente; pero sin advertirlo, sin verle, sin conocerle, sin amarle, sin *experimentarlo*.

Que así sea, demasiado lo sabemos: el hombre, de hecho, no vive, ni se mueve, ni está en Dios, sino que vive, se mueve y está como fuera de Dios, descentrado, descaminado, violentado y sin norte. Una mirada en frío sobre los pueblos antiguos, sobre los pueblos modernos y sobre todos los pueblos, demuéstranoslo con evidencia.

Luego el hombre no tiene lo que naturalmente debiera: la integridad de naturaleza, la plena rectitud de su ser, el impulso ingénito suficientemente valioso para orientarse sin desvío, el conocimiento y amor de Dios necesarios y eficaces para *vivir, moverse y estar* en él, según la exigencia de Dios y la exigencia del propio hombre.

He aquí cómo expresa este fenómeno, filosófico y teológico a la vez, el saber español, por su representante legítimo, Juan Luis Vives: *Non fuit homo humanitate contentus, divinitatem expetivit, idcirco et humanitatem, quam relinquebat, amisit nec quam affectarat divinitatem, est consecutus, ad quam fortassis divinitatem quadantenus pertigisset, si se agnoscens et suis diffisus viribus, Dei gratia ac beneficio adepturum sperasset, cuius in se tam prolixam erat jam benignitatem expertus; sed se non agnovit* [3].

A fin, pues, de que haya entre Dios y el hombre relación de amor mutuo, a fin de que Dios ame al hombre y sea por el hombre amado, preciso es que Dios levante al hombre hasta sí, capacitándole y asemejándole a su Divinidad. La verdadera y genuina *relación de amor*, con todas sus consecuencias, exige *similitud*, sin la cual no puede haber lazo de conjunción amorosa.

Este levantamiento del hombre, esta asimilación, óbrala Dios creando en la profundidad del alma un *germen divino y vital* que la diviniza y, divinizada, puede ya unirse amorosamente con Dios y vivir con él con semejanza de vida.

Veamos cómo enseña esto mismo, que es doctrina evangélica, el profundo escrutador de la ciencia mística, fray Francisco de Osuna, O. F. M.: «Es una *forma*, o *don*, o *hábito*, o *disposición*, o *influencia divina*, que sólo *Dios cría* en el ánima de sus amigos, para que por esta *gracia* sean de él amados y sean apartados de los otros. Esta *gracia* es así como divisa o señal con que se conocen los que son del bando del príncipe de la gloria, Jesucristo,

[3] *De concordia et discordia*, l. 1, pp. 201-202.

por los merecimientos del cual *cría Dios* esta *gracia* en el ánima de los fieles»[4].

San Pablo exhorta encarecidamente a los fieles y les anima a que renueven el espíritu y se revistan del hombre nuevo, *creado según Dios en una justicia y santidad verdadera*[5], la correspondiente e imprescindible al estado de gracia en que debe vivir el cristiano, hijo espiritual de Cristo.

De aquí la noción exacta de lo que es un cristiano: «Un hombre de naturaleza pura e incorrupta», un hombre restituído a su estado primero, a su naturaleza incontaminada[6].

En el cristiano fiel vive Dios diferentemente por muchos modos especiales y gratuitos. García de Cisneros escribe: «Cómo Dios mora en el ánima por tres maneras de gracia (c. 66): La primera es *por justificación*, sin que el alma tenga de ello sentimiento alguno, y de esta manera, ya sea que de ello no tenga sentimiento, es acepta a Dios. La segunda manera es *por sentimiento y consolación alguna*. La tercera manera es *por unión*, según que la tuvo el apóstol San Pablo y otros excelentísimos contemplativos, de lo cual hablar me reputo indigno, dejándolo para los muy grandes doctores»[7].

La ciencia mística

«La mística, aunque ciencia de amor, es *ciencia* y, por consiguiente, ejercicio especulativo de la mente, sin lo cual se convertiría en *iluminismo fanático*»[8].

En efecto, la *teología mística* es una verdadera ciencia, la cúspide más alta de todas ellas, la que *tiene por objeto y por fin la unión infinitamente amorosa del hombre con Dios en esta vida*, la que se funda en la experiencia sobrenatural, íntima, secreta y cordial de las comunicaciones divinas.

El obrar natural y el obrar sobrenatural, unidos, enlazados, compenetrados sin confundirse ni anularse, actuando armónicamente, hacen su obra más divina que humana por ser de mayor eficacia el principio divino, y así la operación del hombre alcanza su mayor y más elevada

---

[4] *Tercer abecedario espiritual*, tr. 10, 6.
[5] Eph. 4, 23-24.
[6] JUAN LUIS VIVES, *De concordia et discordia*, l. 1, p. 201.
[7] *Ejercitatorio*, 62.
[8] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas*, 2, 7, página 78.

categoría. Es la *conjunción de lo humano y de lo divino*, conjunción la más bella, la más perfecta y la de frutos más sazonados.

«Dos conceptos notables: obrar humano o natural y obrar divino o sobrenatural. El modo primero nos lo explica la filosofía; el segundo, la sagrada teología; ambas ciencias constituyen los polos inconmovibles de la soberana y altísima *ciencia mística*, que enlaza aquellos dos modos para llegar a la unión y admirable cópula que se hace de lo alto de Dios y lo bajo del hombre» [9].

El estado anímico de unión amorosa y experimental con Dios, elevado sobrenaturalmente el espíritu, tiene por base fundamental y firme una triple ciencia, que origina y sostiene a la *ciencia mística*. La teología, la ontología y la psicología constituyen el trípode áureo de la esfera marfileña denominada *ciencia mística*. El alma que la obra, henchida de Dios, prorrumpe en cánticos, válvulas de escape de su plenitud cordial y amorosa.

«Este es el *misticismo* como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda que de él nacen una *teología mística* y una *ontología mística*, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del ser, a que el seco razonamiento no llega; y una *psicología mística*, que persigue y descubre hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos, y una *poesía mística*, que no es más que la traducción, en forma de arte, de todas estas teologías y filosofías animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta que cante sus espirituales amores» [10].

Todos los *místicos contrahechos* y no guiados por la estrella sobrenatural de la Iglesia católica, encendida por Dios en el mundo, han fracasado, y el tiempo, piedra de toque de la verdad, los ha consumido. No han podido resistir el fuego del análisis, el contraste científico, el contragolpe de la verdad eterna, siempre eficaz.

En primer lugar, la *ciencia mística*, experiencia de la naturaleza sobrenaturalizada y sentida por el hombre amistado con Dios, destruye radicalmente y aniquila el *naturalismo materialista*, que impide al hombre levantar los ojos a lo alto, sujetándole la vista a lo terreno, fijo y limitado; confunde al *racionalismo*, empequeñecedor de la

---

9 P. Antonio Torró, O. F. M., *La relación natural y la divina en la vida mística según San Juan de la Cruz*, en VETERI: *Homenaje de devoción*, p. 213. En folleto se reprodujo este bello y profundo discurso con el título *Los caminos del amor en las almas*. Barcelona, 1928.

10 Menéndez y Pelayo, *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, pp. 8-9. Madrid, 1915.

mente ansiosa de trascender lo racional, para comprehender lo suprarracional y eterno; rechaza el *monismo*, afirmando la diferencia esencial entre Dios y el hombre, entre la criatura y el Creador, y aspirando, no a confundirlos, sino a unirlos amorosamente; confunde el *agnosticismo* con afirmaciones concretas y universales: niega la *filosofía de la inmanencia*, reafirmándose en la *filosofía de la trascendencia:* por otra parte, enseña un *optimismo racional* (la naturaleza es buena), condicionado por la generosa bondad expansiva de Dios y por la correspondencia del hombre a los divinos favores, que ora los estimula, ora los amengua; y coloca al hombre, individual y colectivamente considerado, en un mundo de fe en Dios, en la madre naturaleza, en sí mismo, en el género humano, en el presente, en el porvenir, en lo temporal y en lo eterno. En Dios, por Dios y con Dios, hácese el hombre *cuasi omnipotente*, verificándose de nuevo en él lo que se verificó en San Pablo, cuando dijo: *Omnia possum in eo qui me confortat* [11]: «Todo lo puedo en quien es mi fortaleza».

Por esto, los santos, que son flor y nata de la cristiandad, copartícipes de la naturaleza divina, eran, no imbécil, sino cristianamente optimistas. En ellos, como en todo cristiano fiel, la gracia perfecciona, supera y exalta el ser natural.

Finalmente, como hay una *ciencia de la naturaleza*, también hay una *ciencia de la gracia*, del ser sobrenatural en sí, comunicado, sentido y viviente en los hombres regenerados por virtud de Cristo, ápice de la creación, abrazo de lo humano con lo divino, fontana de todo ser y de todo bien.

LA CIENCIA MÍSTICA Y SOBRENATURAL

El caso es que somos o nacemos hijos de ira [12], es decir, incapacitados para unirnos con Dios amistosamente, lo que acrecienta más la zozobra inquietante del espíritu, que busca algo necesario para su quietud y paz. Este bien suspirado por el hombre para su felicidad, y sin el cual todo se le convierte en acíbar y en duelo, se lo trajo Cristo gratuitamente y se lo da. «Yo soy, dijo, la vía, la verdad y la vida [13]; y vine para que tengáis vida superabundante [14]; y para que tengáis gozo pleno» [15]. «Esta es la vida

[11] Phil. 4, 13
[12] Eph 1, 3
[13] Joan. 14, 6
[14] Joan. 10, 10
[15] Joan. 16, 24

eterna: que te conozcan a ti, Dios verdadero, y a quien enviaste, a Jesucristo» [16]. La *vida eterna* implica, pues, el conocimiento de Dios y el conocimiento de Cristo.

Estas promesas, tan reales como eficaces, demostradas ya con experiencia de siglos, abren perspectivas ilimitadas al hombre cristiano, que tiene cerradas el hombre gentil o no cristiano.

Para conseguir el fin pretendido, esto es, tener *vida divina,* comunicarse amistosamente con Dios y gozarle plenamente en la tierra, aunque jamás como se gozará en el cielo, necesario es vivir transformados en Cristo, a fin de que se nos comunique el Padre, viéndonos semejantes a su Hijo, hermanos suyos y, por consiguiente, coherederos con él de los bienes paternos.

El presupuesto, pues, del *camino espiritual* que conduce a los abrazos místicos del Esposo celeste, es la ciencia dogmática, que expone, aclara y defiende la verdad cristiana.

De conformidad con esto, se ha dicho: «El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología [dogmática], la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira a la *posesión de Dios por unión de amor,* y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo» [17]. Esto último hay que entenderlo *cum mica salis,* pues no siempre los místicos proceden así, ni menos en todo tiempo, pues sin dejar a Dios, a quien consigo llevan, salen a las creaturas, a sus hermanos, al mundo, pues a todos quieren salvar y a todos convidan para que se alleguen a su Amado y le gocen. Ningún hombre hay menos egoísta que el varón místico, el cual sabe muy bien que, siendo Dios infinito e inagotable, se le goza más cuanto son más los que participan de sus goces.

Para conocer la vía y no sufrir desvíos culpables, hay que conocer los términos propios de la *ciencia mística,* porque tienen su significado propio, como la terminología de todas las ciencias lo tiene.

El P. Osuna insiste en la necesidad de que se conozca el vocabulario propio de la teología mística, porque «les será muy notable principio de saber, si conociere la fuerza de él [del vocablo] y la razón por que se impuso a la cosa de que habla» [18].

---

[16] Joan. 17, 3.

[17] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística,* p. 9. Madrid, 1915.

[18] *Tercer abecedario espiritual,* tr. 6, 1: De los nombres de este presente ejercicio, 2; De otros nombres que al recogimiento convienen, 3; De otras maneras de recogimiento, 4.

Distingue bien, primero, diciendo que hay dos ciencias teológicas: «Una se llama *especulativa* o escudriñadora, que es lo mismo, y otra *escondida* [...], pues ninguno de los mortales la enseñó, porque Cristo guardó para sí este oficio de enseñar en secreto a los corazones en que viviese aquesta *teología escondida*, como *ciencia divina* y mucho más excelente que la otra» [19].

Poseer una y otra juntamente, la teología especulativa o escolástica y la teología mística, en verdad sería lo mejor, porque entrambas se apoyan, se favorecen y complementan. Ejemplos típicos los tenemos en San Bernardo, San Buenaventura, San Antonio de Padua, García de Cisneros, el P. Estella, San Juan de la Cruz, el Beato Juan de Avila, el P. Fr. Juan de los Angeles y otros muchos. El P. Osuna confirma con su magisterio este punto de vista, puesto que dice galanamente: «Si el hombre pudiese tenerlo todo, sería tener dos manos derechas, la primera de oro; la segunda, sobre ser de oro, tenerla también de ricas piedras adornada» [20].

Es «*arte de amor*, porque sólo por amor se alcanza y con ella más que con otra arte o industria alguna se multiplica el amor, y también porque el Dios amador, Cristo, la enseña a los de corazón amoroso» [21]. Contiene en sí la ciencia mística «*arte y fuerza*, que son las dos cosas mejores para vencer todas las cosas» [22]. «Y dícese *alteza* que levanta el ánima, y *amistad* o *abrimiento del corazón devoto* al [Corazón] de Cristo»; así como «llámase *ascensión espiritual* con *Cristo* y *cautividad* con que sujetamos a él nuestro entendimiento» [23].

Con doctrina de García de Cisneros, que luego irá repitiendo la escuela española, haciéndola suya, «aquesta sabiduría [mística] no nace en nosotros como las otras ciencias, por vía de entendimiento, mas por ejercicios de entrañables afectos» [24].

De aquí que, «según los doctores, hay gran diferencia entre la *sapiencia* y la ciencia», de modo que «la ciencia pertenece al entendimiento y a él sólo conviene, la *sapiencia* al afecto» [25].

Consuelo grande y benevolencia generosa es el que haya querido Dios que tesoro de tanta valía pueda ser alcanzado de todos, grandes y pequeños, ricos y pobres,

---

[19] Ibíd., tr. 6, 2.
[20] Ibíd.
[21] Ibíd.
[22] Ibíd.
[23] Ibíd., tr. 6, 3.
[24] *Ejercitatorio*, 28
[25] Ibíd., 33.

jóvenes y ancianos, doctos e indoctos. Debía ser dispuesto así por un Dios tan sabio y no aceptador de personas. «Síguese de lo ya dicho claramente—concluye el P. Osuna—que, para hallar esta más alta teología, no es menester *gran ciencia inquirida* o *buscada por trabajo*, aunque la infusa no debe faltar ni falta a los que se disponen, porque, habiendo conocido mediante la fe que Dios es todo deseable y todo amor, si nuestra afición estuviere purgada y dispuesta y ejercitada, no sé por qué será impedida de se trasformar y encender y levantar en aquel que conoce ser todo un terrón o pedazo, o por mejor decir, fuente de amor» [26].

Demos fin a este pequeñísimo diseño, consignando que el P. Osuna, experimentado y habilísimo expositor, tiene una especie de letanía que califica y descubre la ideología múltiple y fascinadora que se encierra, como en arca de cedro incorruptible, en la *ciencia mística* [27].

Tres caminos de perfección mística

El camino abierto por Dios para que cada uno de los hombres lo tome y le conduzca recta, pronta y seguramente a él, es Cristo, su Hijo, Dios como su Padre y juntamente hombre, es decir, Dios acondicionado, hecho semejante a nosotros para que por él, con él y sobre él caminando, lleguemos a Dios, término feliz de nuestra peregrinación terrestre. Los demás caminos son falsos, llenos de peligros, de fieras, de asaltantes, de graves obstáculos. obscuros, espinosos, que no conducen a la vida, sino a la muerte; que no paran en la felicidad, sino en el tormento; que no alcanzan la verdad, nutrimento del alma, sino el error, veneno letal del espíritu.

Pero ¿cómo se camina por ese camino único, camino de verdad inequívoca y de vida divina? Este es el caso, porque se puede caminar de muchas maneras: con presura, con lentitud, erguido, de rodillas, arrastrando, riendo, llorando..., cara al sol y con los ojos hundidos en el suelo.

Los doctores cristianos, los sabios, los santos y los varones que han recorrido el camino espiritual, reducen a tres las maneras, formas o modos incontables que hay para transitarlo, todos ellos legítimos, auténticos y conducentes al fin propuesto, la posesión fruitiva de Dios.

Estas vías, o guías, o rieles trazados o construídos den-

---

26 *Tercer abecedario*, tr. 6, 2.
27 Ibid., 3, 1, 2 y 4.

tro del *camino*, son los siguientes: la *vía del entendimiento*, la *vía de la voluntad* y la *vía mixta*, de armonía o de conjunción más o menos paralela entre la voluntad y el entendimiento. Las tres vías son válidas, las tres calificadas, las tres gozan de grande prestigio, las tres han guiado muchas almas a la cumbre mística y al trono de Dios.

Cada uno, pues, libremente puede seguir la vía que más se amolde a su condición anímica, a su temperamento, a sus habilidades, o bien puede y debe amoldarse a la vocación de Dios, la más conforme a nuestro natural y la más acomodada a nuestros destinos temporal y eterno.

La primera, la *vía intelectualista*, se funda en una interpretación cerrada del principio clásico en filosofía escolástica, en el *nihil volitum, quin praecognitum*. Esta, partiendo del conocimiento sensible, sube al conocimiento espiritual, y para en la intuición de la verdad y del ser primero.

La segunda, la *vía voluntarista*, se fundamenta en el *amor sabio* y no en el *amor ciego*. Es un camino más viable para todo género de almas, y pueden seguirlo con rendimiento máximo las personas más sencillas y aun indoctas, porque tiene sus más hondas raíces en la *buena voluntad*. Además, la esencia de la perfección no está en el mucho saber ni en el mucho amar, sino en la mucha caridad, en la calidad del amor y en la finura de sus quilates. Es la vía celeste preferida por la espiritualidad franciscana, desde los días del Padre Seráfico, transformado en Cristo material, espiritual y visiblemente, por arte e industria del amor todopoderoso. Su origen doctrinal y autoritario se halla en San Agustín, cuyo corazón era un horno encendido de amor. Según el carmelita español P. Fuente, «la mística teología incluye dos actos: uno de la *inteligencia*, otro de la *voluntad afectiva*» [28]. Es la que nosotros denominamos *vía mixta*. Pero lo curioso es que adopta esta última *vía*, no porque sea más segura, más auténtica ni mejor, sino «por no agraviar a ninguna» de las otras dos, es decir, a sus seguidores, tan acreditados. Es curioso el pasaje, y lo traemos a cuento para quienes sostienen que la escuela mística carmelitana es la de conjunción o mixta. Téngase en cuenta que el P. Fuente es un maestro espiritual de máximo prestigio en su Orden y fuera de ella; que es posterior a Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y que vive y escribe cuando las huellas de estos gigantes del espíritu están frescas, no se ha extinguido el eco de sus palabras, y ha leído, estudiado y sa-

[28] *Las tres vidas del hombre*, l. 3, 6, ladillo

boreado sus escritos maravillosos, que cita con admiración. Helo aquí: «Están tan llenas de autoridad y fuerza estas dos sentencias [la intelectualista y la voluntarista], que no es fácil determinar cuál es la más verdadera; y así, *por no agraviar a ninguna,* me ha parecido seguir la de otros autores graves y doctos, que dicen que la *mística teología* es acto de las dos potencias supremas, inteligencia y afecto» [29].

En cierto sentido, teórico y práctico, las tres vías son mixtas: se conoce amando y se ama conociendo. El conocimiento acrecienta el amor, y el amor acrecienta y agudiza el entendimiento. Entrambos se necesitan para sostenerse y no menguar hasta perecer. Pero hay un punto de conjunción suprema, de máxima tensión por ambas partes, en que la inteligencia ama y la voluntad conoce por compenetración y comunicación de una a otra, de modo que no pueda distinguirse cuál de las dos es más intensa, más dominante y más obradora.

Por vía de afecto, es decir, por vía de amor, todos los hombres pueden ir; por vía de inteligencia, corta o escasa en muchos, se quedarían la mayoría en mitad del camino, incapacitados o inhábiles para continuar el camino. La vía de amor conduce a *todos* a la más alta cumbre mística, puesto que *todos* pueden amar indefinidamente, pero no todos tienen la mente aquilina para remontarse a las cúspides del saber, como Santo Tomás o como San Alberto Magno. Con una mente seráfica pueden subir tanto y más, como subieron San Francisco, San Pascual Bailón y San Diego de Alcalá con otros muchos.

Los hombres que poseen el ser místico y la ciencia mística, son verdaderos superhombres

Veamos cómo el positivismo fanático y miope, sin alas para subir de los hechos a las leyes y sin ojos para ver lo que oculta en su seno la materia (las ciencias naturales), es decir, sin vista espiritual, ha dicho, en desprestigio de los varones que han poseído la *ciencia mística* y han vivido conforme a ella. Y digámoslo con palabras de Sainz Rodríguez, según las trae en su *Introducción a la historia de la literatura mística en España,* c. 2, 2, p. 44 (Madrid, 1927): «El místico es un *anormal,* y, como en otros muchos casos *patológicos,* la naturaleza nos muestra las *taras* constitucionales de esta clase de *enfermos.* Lo mis-

[29] Ibíd.

mo que hay predispuestos a la tuberculosis, los hay predispuestos a los desequilibrios del sistema nervioso *que originan los fenómenos místicos*. Debilidad de complexión, accidentes nerviosos en la infancia, propensión a las neuralgias, especialmente del trigémino, carácter concentrado, etc., etc., forman el cuadro patológico de taras constitucionales».

Se necesita desconocer y negar por completo los principios más sencillos y elementales de la *ciencia mística*, y tener petrificado el sentido de la responsabilidad científica, para decir que los desequilibrios del sistema nervioso *originan los fenómenos místicos*. ¿Qué es y qué implica el fenómeno místico? Nada de cuanto esa pseudo-ciencia predica, a sabiendas de que miente. Otros orígenes tiene, otras raíces más nobles, otros caracteres más levantados. Lo que esa ciencia naturalista y positivista llama *fenómenos místicos*, y los califica de *patológicos*, no son tales *fenómenos místicos*, sino eso precisamente, *fenómenos patológicos*. Ya hemos insistido antes, con el P. Osuna, en la necesidad de que se conozca la nomenclatura propia de la *ciencia mística* y el contenido ideológico de su vocabulario. Los modernos falsificadores de la ciencia falsifican también la ciencia cristiana y desvirtúan o tergiversan su significado. El fenómeno místico no exige, de suyo, ni salud ni enfermedad corporal, así como exige salud moral vigorosa. La comunicación experimental de Dios, siempre gratuita, hácela Dios mismo en quien quiere, cuando quiere y como quiere. Dios es ley de sí mismo.

Lo que pide la religión cristiana, eso sí, es integridad espiritual, grandeza de corazón, aspiraciones altas y deseos magnánimos. No quiere ni cría espíritus amilanados, raquíticos, incapaces de acometer grandes empresas; quiere y cría hombres valerosos, esforzados e íntegros. Vedado les está entrar en el campo de la patología, y obligados a ser normales, equilibrados y dueños de sí.

El hombre cristiano, y más todavía el varón místico, debe sobreponerse a sí mismo, vencerse, dominarse; debe saber y poder luchar contra todos sus adversarios, contra los adversarios de su salvación, fueren quienes fueren; y debe vivir prevenido contra el propio anticristo, para que no le sorprenda y venza. A este propósito, San Vicente Ferrer, en su selección de remedios, dice: «Lo sexto, procure perfectamente tener un vigor de ánimo despierto y valiente, para que juntamente estén despiertos y atentos todos sus sentidos, actos y potencias, con un esfuerzo varonil para toda obra buena» [30].

[30] *Vida espiritual*, 16.

¡Cuán lejos estamos aquí de toda patología!

El germen divino de vida nueva, derivación del espíritu de Cristo, inoculado en la profundidad del alma, no desnaturaliza, sino que integra y sobrenaturaliza, devolviendo al hombre su prístino ser, invistiéndole de cualidades y de carismas celestes y haciéndole hombre perfecto, superhombre, hombre divino.

El varón místico de verdad, no contrahecho ni falsificado, moldeado en el troquel de la *ciencia mística,* la más sólida y maciza de todas, es el polo contrario del varón patológico, es su antípoda, opónesele diametralmente. La prueba irrefutable hállase en San Pablo, en San Agustín, en el Beato Raimundo Lulio, en San Juan de la Cruz, en San Buenaventura, en San Ignacio de Loyola, en San Francisco de Sales, en San Pedro de Alcántara, en Santa Teresa, en la Venerable Agreda, en Santa Catalina de Sena y en otros mil. Todos ellos son prototipos de unidad mental, de señorío sobre las pasiones, de serenidad de juicio, de constancia en los propósitos y en los trabajos, de grandeza espiritual, de armonía interna, de paz y de amor sacrificado por el prójimo. Esto son los místicos, sin que haya en ellos síntomas patológicos predominantes, y sí mucho de sobrehumano, de superhombría, de plenitud mística veraz.

El hombre cristiano es el hombre perfecto; el varon místico es el hombre sublime.

EL AMOR ES PRINCIPIO Y FIN DE LA VIDA MÍSTICA

Que sea el amor la quintaesencia de la religión cristiana, la palabra y la idea reveladas de un ser infinito que infinitamente se comunica, es doctrina común entre los doctores de la ciencia sobrenatural y los maestros de espíritu. La ley cristiana es ley de amor natural sobrenaturalizado. Todo, según ella, se origina del amor, en el amor crece y en el amor se consuma.

Recordemos sumariamente los textos comprobatorios de esta verdad primaria, orientadora y profunda: «*Dios es amor*» [31]; «*amarás* al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo» [32]: «un mandamiento nuevo os doy: que os *améis* unos a otros como yo os *he amado*» [33]; «la plenitud de la ley está en el

[31] Joan. 4, 8
[32] Luc. 10, 27.
[33] Joan. 13, 34.

amor» [34]; por consiguiente, «quien *ama,* cumple la ley» [35], puesto que la finalidad de la ley evangélica es el *amor* de un corazón puro [36].

De aquí que la filosofía de amor, la ciencia de amor y la teología de amor sean esencialmente cristianas, el cimiento inconmovible de su perennidad y el *non plus ultra* de toda perfección moral y religiosa. Esta filosofía, esta ciencia y esta teología, son las que originan, explican, sostienen y conducen con precisión lógica y certera a la *ciencia mística,* que se hace realidad en los varones místicos por comunicación gratuita de Dios. La *ciencia mística* nada tiene de patológica; es la sublimación de la ciencia humana. Unifica en sí al hombre, impone la unificación amorosa entre los hombres y hace que todos los hombres sean uno en Cristo, primogénito y principio vital y fontal [37].

Así lo enseña, generalmente, la ciencia cristiana; así nos lo enseña la ciencia mística española. En Montserrat, *la más espléndida montaña* (Verdaguer), el P. García de Cisneros [38]; y el P. Fuente dice con notoria profundidad de ideas: «La [vida] *contemplativa* pertenece al hombre íntimo espiritual; la *activa,* al hombre interior racional». Esta *vida activa* «es una perpetua *operación* de virtudes morales (San Gregorio)»; es «*obrar* con el entendimiento discursivo y *amar* con la voluntad racional las virtudes morales y sus *obras»* [39].

---

[34] Rom. 5, 5.
[35] Rom. 5, 8.
[36] I Tim. 1, 6.
[37] Joan. 17, 11.
[38] *Ejercitatorio,* 36.
[39] *Las tres vidas del hombre,* 1. 2, 1.

II

LA CIENCIA MÍSTICA ESPAÑOLA

Prenotandos significativos

«La Iglesia es el eje de oro de nuestra cultura; cuando todas las instituciones caen, ella permanece en pie; cuando la *unidad* se rompe por fuerza o conquista, ella la restablece, y en medio de los siglos más obscuros y tormentosos de la vida nacional, se levanta como la columna de fuego que guiaba a los israelitas en su peregrinación por el desierto. Con nuestra Iglesia se explica todo; sin ella, la historia de España se reduciría a fragmentos» [40].

Así fué y así continúa siendo con evidencia innegable. El espíritu de Cristo, efusión divina, entrañóse de tal manera en el alma nacional, echó en ella tan profundas y dilatadas raíces, que se ha connaturalizado con ella o ella se ha connaturalizado con él, de suerte que constituyen *unidad* fructífera, perenne y radiante. Convulsiones históricas las hay, pero sirven para demostrar el lazo indisoluble que une al espíritu español con el espíritu cristiano, constituyendo un solo y nuevo ser que se renueva de día en día. Explícase así su repulsión a toda idea anticristiana y su adhesión perenne a la Iglesia católica, representación genuina, única y auténtica de la religión definitiva, fundada por Cristo. Todo pasa (griegos y romanos); en cambio, la Iglesia católica y España permanecen: la Iglesia, por su vitalidad intrínseca; España, por la participación vital que de la Iglesia católica recibe. España ha hecho suyos, como ninguna otra nación lo ha hecho, los ideales y las realidades que trajo Cristo del cielo a la tierra.

Con justicia y con verdad, el cardenal Tedeschini proclamó que España, con su *pléyade admirable* de maestros de la teología ascética y mística, *sentando cátedra en todas las naciones*, ha mostrado a los hombres el *código insustituíble de la perfección del espíritu*, con método *verdaderamente científico* [41].

[40] Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, t. 3, l. 1, 2, pp. 133-34. Madrid, 1917.

[41] *Carta al arzobispo de Valladolid Remigio*, en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos*, p. 12. Valladolid, 1925.

Rouselot, que no se prodiga en alabanzas cuando se trata de cosas españolas, escribe: «El misticismo español es una de las manifestaciones más bellas del misticismo cristiano» [42]. Nos parece inexacta la expresión y corto el elogio. El misticismo español no es una de las manifestaciones más bellas de la ciencia mística cristiana, sino la más bella en fondo y en forma.

Menéndez y Pelayo, con el peso de su prestigio y autoridad, la llama *sublime* [43], y Sainz Rodríguez comenta: «Es extraordinario en nuestra mística el valor formal de exposición y el estético del estilo» [44]; y el P. Antonio Torró: La mística española ha sido «justamente considerada como una de las producciones más generosas y sublimes del espíritu humano» [45].

Siendo así, habiendo caído en la entraña nacional el fuego divino que Cristo trajo a la tierra y prendido en ella vorazmente por necesidad psíquica y cordial, había de prorrumpir en cánticos: «Todos nuestros grandes místicos son poetas, aun escribiendo en prosa» [46]. Ellos, cuyas lenguas eran llamas, llevaron «la elocuencia castellana al grado más alto a que puede llegar la lengua humana, convirtiendo la nuestra en la lengua más propia para hablar de los insondables arcanos de la eternidad y de las efusiones del alma, hecha viva brasa por el amor» [47].

España, henchida de Dios, movida por su espíritu y sellada con el sello de Cristo, es la nación espiritual por antonomasia. Levantándose a sí sobre sí, en alas de la cristiandad, hase remontado a la cumbre de todos los ideales. Y España no se agota ni perece, como no se agota ni perece la Iglesia, por tener en su seno gérmenes de inmortalidad.

---

[42] *Les mistiques espagnols*, p. 231. Paris, 1869.

[43] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas*, 2, c. 7, p. 77. Madrid, 1940.

[44] PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la historia de la literatura mística en España*, 7, p. 284.

[45] P. ANTONIO TORRÓ, O. F. M., *Fray Juan de los Angeles*, t. 1, prólogo, p. 5. Barcelona, 1924.

[46] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, p. 48. Madrid, 1915.

[47] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas*, 2, c. 7, p. 83. Madrid, 1940.

1. ARMONISMO FILOSÓFICO: CIENCIA MÍSTICA ARMÓNICA

El alma española, armónica en su intimidad, armónicamente se había de manifestar en el genio de sus hijos. Su armonismo filosófico «ya apuntó en lo poco que de metafísica escribió Séneca, y luego se dilata vigorosa en Ben Gabirol, Raimundo Lulio, Sabunde, León Hebreo, Fox Morcillo y todos los platónicos del Renacimiento» [48]. «*Unidad, armonía, orden:* tales son las tendencias del espíritu científico entre vosotros [sevillanos] desde las edades más remotas» [49]. Y concluye el propio Menéndez y Pelayo: «Siempre la misma tendencia al *armonismo* en todos los grandes esfuerzos de la metafísica española» [50].

La expresión máxima del *armonismo español* ideado. sentido y ejecutado, está en Fr. Luis de León *(Nombres de Cristo)* y en Fr. Juan de los Angeles *(Conquista del reino de Dios).*

Juan de Herrera escribió: «Sabe cualquier entendimiento que nunca halla reposo hasta que topa con la *armonía y orden sin falta ni sobra,* en la cual *armonía* reposa, porque halló allí la verdad que buscaba con gran ansia» [51]. Y Juan Luis Vives: «Consonantia humani corporis: consonantia haec, ab animo in corpus demanat; animus harmonia delectatur» [52].

De un fondo filosófico *armonizado,* de un ser, de un pensar, de un sentir y de un obrar filosóficamente *ordenador* no podía salir una ciencia mística desequilibrada, sino profunda y *armónica,* en consonancia con el genio de España.

«En nuestra literatura mística—escribe Sainz Rodríguez—, la escuela más castiza y española es *armónica* entre dos tendencias extremas» [53], la del *entendimiento* y la del *afecto.* Se confirma con García de Cisneros [54].

Pongamos fin a este punto: «Armonismo y psicologis-

---

48 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ensayos de crítica filosófica: De los orígenes del criticismo y del escepticismo,* p. 357. Madrid, 1892.

49 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ensayos de crítica literaria: San Isidoro,* p. 142. Madrid, 1915.

50 *Ensayos de crítica filosófica: De las vicisitudes de la filosofía platónica en España,* p. 127. Madrid, 1892.

51 *Discurso sobre la figura cúbica,* inédito, citado por MENÉNDEZ Y PELAYO en sus *Ensayos de crítica filosófica: De las vicisitudes de la filosofía platónica en España,* p. 171. Madrid, 1892.

52 *L. Vivis vigilia in somnium Scipionis,* t. 5, p. 140.

53 *Introducción a la historia de la literatura mística en España,* 6, p. 284.

54 *Ejercitatorio,* 12.

mo son las notas de la filosofía española. El más filósofo de nuestros místicos dice: «Aquí [en el ápice del espíritu] permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento a Dios, principio suyo. [FRAY JUAN DE LOS ANGELES, *Conquista del reino de Dios*, diálogo 1, 2.] La armonía, pues, buscada en el centro del espíritu, constituye la *esencia* de esta filosofía nacional y el término de sus aspiraciones metafísicas. Luego con razón se afirma que la mística es su fruto más generoso»[55].

2. FILOSOFÍA DE AMOR

Como el amor es nota esencial en la *ciencia mística*, preciso nos es advertir que también lo es de la *filosofía española*. Sin el amor, filosófica y teológicamente considerado, ni hay *filosofía española* ni *mística española*. El amor es una de las claves que nos abren el arca del genio nacional. Quizá en él radique la explicación de la facilidad con que España recibió la religión cristiana y su adhesión inquebrantable a ella, puesto que la religión cristiana lo es de amor, y es amor su Dios.

Pero también nos hablaron expresamente de amor en libros especiales que desenvuelven la filosofía que la palabra *amor* contiene, como en la semilla se contiene el árbol. Cristóbal de Acosta escribió *Del amor divino, natural y humano;* Francisco de Aldana compuso un *Tratado de amor en modo platónico;* Carlos Montesa hizo una *Apología en alabanza del amor,* y Maximiliano Calvi redactó un *Tratado de la hermosura del amor;* existe un *Diálogo del amor* (Burgos, 1593), escrito por un anónimo; tenemos al P. Fonseca, *Amor de Dios;* al P. Osuna, *Ley de amor;* al P. Angeles, *Triunfos del amor;* al B. Raimundo Lulio, *Libro del Amigo y del Amado;* al P. Nieremberg, *De la hermosura de Dios y de su amabilidad,* y los capítulos áureos que Vives en su libro *De anima et vita* consagra al amor divino, al amor humano y a entrambos amores.

La ciencia española es ciencia de amor; su filosofía, su teología, su ética, su derecho y su mística, lo son de amor. El saber hispano nace del amor y en el amor se consuma.

Santa Teresa es el amor hecho teología mística, y San Juan de la Cruz el amor místico hecho sistema, hecho ciencia, hecho metafísica encumbrada y psicología sobre-

---

55 TORRÓ, *Fray Juan de los Angeles*, t. 1, *Introducción*, páginas 33-34.

natural. Menéndez y Pelayo escribió: «La vena mística española corrió generosa por «la regalada filosofía de amor de fray Juan de los Angeles», y «la verdadera mística de Ramón Lull se encierra en una obra escrita en prosa, aunque poética en la substancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*» [56].

Siendo así las cosas, explícase bien que sea España la nación creadora de la ciencia y de la mística del *amor puro*. Ciencia y mística falseadas en otras partes. En Italia se descentró Miguel de Molinos, que sistematizó el error *quietista e iluminista* en su *Guía espiritual*, esencialmente opuesto a la filosofía y la mística españolas. Miguel de Molinos, español descarriado, triunfó en Italia y Francia, pero no en España, donde son amores las obras.

El soneto *No me mueve mi Dios para quererte* es la fórmula más bella, más profunda y más cristiana del amor sacro y místico que ha brotado de labios humanos, expresión genuina del genio de España. Hasta se desconoce quién es su autor, para que vibre y resuene tan sólo en ella España.

La idea en el *soneto* contenida es de origen evangélico, sentida y expresada por San Agustín e incorporada al espíritu español con tanta fuerza que constituye una de sus *constantes*. En García de Cisneros se lee: «Debemos considerar que no debemos principalmente *amar a Dios por sus beneficios, más por su bondad sin medida y por sí mismo*» [57].

De la generosidad del amor, hispánicamente considerado, nos da buena muestra el P. Osuna cuando escribe: «Ningún buen amor ama en tal manera sus cosas que las quiera retener sin las comunicar» [58].

Nótese otro punto que a la filosofía de amor incumbe, y que consigna García de Cisneros: «Según su nombre, *sapiencia* quiere decir *sabrosa ciencia*, el cual sabor mira a la afección, deseo, apetito y *voluntad* de la persona en la cual es dicha *sapiencia*, y, por tanto, puede hallarse en alguno gran ciencia o conocimiento, en el cual habrá poca o ninguna sapiencia» (c. 32).

Consigna el mismo García de Cisneros en su *Ejercitatorio*, capítulo 29: «Que el ejercitador, más siente y más ama, que no lo que entiende».

---

[56] *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, pp. 42 y 34. Madrid, 1915.

[57] *Ejercitatorio*, 22.

[58] *Tercer abecedario*, dedicatoria.

3. Predominio psicológico

El amor obra en el hombre psicológicamente, y como el amor es alma del alma nacional, la ciencia psicológica es también ciencia española. La psicología, como ciencia del hombre, ha sido cultivada con esmero y con éxito por los sabios españoles. Es un inglés (Watson), y no un español, quien ha llamado a Juan Luis Vives *Padre de la psicología moderna*, aunque haya españoles que afecten ignorarlo. Pero había de ser así: la psicología debía tener por madre a la prolífica España.

Toda la filosofía española del siglo XVI, sobre todo la no escolástica e independiente, está marcada con el sello del psicologismo desde que Luis Vives, en su tratado *De anima et vita*, anticipándose a cartesianos y escoceses, volvió por los fueros de la *silenciosa experiencia de cada cual dentro de sí mismo*. Y continúa el propio Menéndez y Pelayo: «Gala y carácter de este misticismo español es lo delicado y agudo del análisis psicológico, en que ciertamente se adelantaron los nuestros a los místicos del Norte, y esto, a mi ver, hasta por tendencias de raza y condiciones del genio nacional, visibles en la historia de nuestra ciencia» [59].

Traigamos otro testimonio de valía para nuestra causa, el de Juan Valera: «Otra excelencia avalora también nuestro misticismo. El esfuerzo poderoso de la voluntad para buscar a Dios en lo más íntimo, en el ápice de la mente, lleva al alma a observar y penetrar sus ocultos senos, como los psicólogos más pacientes y sutiles tal vez no lo hacen: por donde se halla con frecuencia, por propedéutica de la mística, una aguda psicología, un estudio claro del *yo*, con todos sus afectos, facultades y propensiones» [60].

Por donde aparece que la nota psíquica de la ciencia hispánica también es nota singular de su sistema místico.

Armonía universal, armonía social, armonía entre el alma y el cuerpo, armonía espiritual: tal es uno de los más profundos y dilatados anhelos del alma española. Obsérvese lo que se nos enseña en el *Liber Etherii adversus Elipandum, sive de adoptione Christi Filii Dei*, l. 1 (Migne, † 956-57): «Tiene el alma muchos nombres, según sus operaciones, pero en substancia *es una*. Cuando con-

[59] *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, p. 45. Madrid, 1915.

[60] *Discursos académicos: Del misticismo en la poesía española*, 2, pp. 33-34. Madrid, 1905.

templa a Dios, es *espíritu*. Cuando siente, es *sentido*. Cuando sabe, es *ánimo*. Cuando conoce, es *entendimiento*. Cuando discierne, es *razón*. Cuando consiente, es *voluntad*. Cuando recuerda, es *memoria*. Cuando preside a la parte vegetativa, se llama propiamente *alma*».

Esta unidad de ser con multiplicidad de obrar ha tenido repercusión en la trayectoria científica española. A fines del siglo XVI, cuando el P. Fr. Juan de los Angeles se declara escotista por abrazar esa doctrina, después de haberse apoyado en San Isidoro, más bien que escotista se declara español, continuador de las tradiciones patrias en el campo filosófico.

Mucho insistirá el P. Osuna en que se consiga y conserve la unidad interna del espíritu, pero antes había escrito el P. García de Cisneros: «Y esta misma regla has de guardar en todos los otros ejercicios, ca *no te conviene derramarte ni apresurarte a cumplir todo el ejercicio:* mas si en principio de él te visitare el Señor con su gracia de devoción y compunción, *enciérrate dentro de ti mismo*, y está quedo, conservando en ti aquella gracia, y ensanchando tu ánima en deseos, y en esto pasa todo el tiempo de la oración, *ni te derrames más, porque derramándote, ora sea por cumplir todo el ejercicio, ora por otra cosa alguna, luego se te irá la gracia de la devoción o compunción, y no la podrás recobrar*» [61].

Esta tendencia o propensión psíquica de la ciencia y de la mística españolas deriva en el *nosce te ipsum* clásico, santo y seña de la pedagogía hispánica, desde Séneca y Quintiliano hasta Juan Luis Vives, y luego desde San José de Calasanz hasta el venerable P. Manjón.

No sólo se ha de ejercitar o actuar el espíritu, sino que ha de ser examinado, conforme a la doctrina evangélica recomendada por San Juan [62], lo que cuadra muy bien con las orientaciones de la ciencia española, observadora sagaz de las actividades humanas. Para conocerse, examinarse.

En el *Ejercitatorio* de García de Cisneros hay un capítulo que se titula: «Del examen que ha de hacer de su conciencia el ejercitador después de las Completas para pasar a la vía iluminativa» (c. 21). Y San Vicente Ferrer, en su *Tratado de la vida espiritual*, III, escribió a nuestro propósito: «Aparta no solamente los ojos de tu consideración, sino también los corporales, de los defectos de tus prójimos, para que más cabalmente puedas mirar a ti mismo, y alumbrado así *con la luz de tu propio conocimiento* y

61 *Ejercitatorio*, 23.
62 I Joan. 4, 1.

desengaño, *te contemples continuamente y desapasionadamente te juzgues*».

Conforme con esta modalidad de la mística española, en el año 1623, el doctor Pedro Serrano escribió un *Tratado del escrutinio del corazón*, que publicó en Granada.

Los cuatro representantes más genuinos de la psicología mística en España son, sin duda, «San Juan de la Cruz, el más profundo y penetrante escrutador de las facultades humanas en los actos supremos de la comunicación con Dios».[63]; San Ignacio, inspiradísimo autor de los *Ejercicios espirituales*, código admirable de los principios y de las leyes que conducen al discernimiento de los espíritus y al conocimiento que cada hombre debe tener de sí mismo y del espíritu que le mueve; Fr. Juan de los Angeles, *místico y psicólogo*, que reconcentra en su obra y vigoriza sistemáticamente el saber, las enseñanzas y las experiencias de toda la escuela española y de toda la espiritualidad cristiana y aun pagana; y Santa Teresa, que conoce en sí y nos da en su *Vida*, en su *Camino de perfección*, en sus *Cartas* y, sobre todo, en sus *Moradas* o *Castillo interior* una suma de la mística cristiana, hecha española, en donde la psicología desempeña un papel de primera categoría.

Valera escribe: «Para Santa Teresa es todo ello [el contenido de la mística] una ciencia de observación, que descubre o inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la obscuridad, iluminándolo todo con luz clara y estudiando y reconociendo su ser interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere» *(Discursos académicos*, Madrid, 1905).

Santa Teresa y San Juan de la Cruz representan en la ciencia mística universal lo que Magallanes en la ciencia geográfica terrestre: prueban el uno y el otro la realidad y la verdad del mundo místico con sus grandezas y perfecciones increíbles, como Magallanes demostró con demostración irrecusable, experimental, la redondez esférica de la tierra, por haberla circunvalado. Uno y otra, San Juan y Santa Teresa, representan y son en la ciencia divina del espíritu lo que son y representan en la ciencia humana los descubridores del mundo de lo pequeño (por el microscopio) y los descubridores del mundo de lo grande (por el telescopio). Uno y otra descubrieron en sí a

---

[63] VALERA, *Discursos académicos: Elogio de Santa Teresa*, t. 1, p. 335. Madrid, 1905.

Dios, por el microscopio de sí mismos, y por el telescopio de Dios vieron, conocieron, amaron y gozaron de todas las cosas.

4. Profundidad metafísica

Hubo un siglo para España «en que la mística castellana, silenciosa o balbuciente hasta aquella hora, rotas las prisiones en que la encerraba la asidua lectura de los Tauleros y Ruysbroeck de Alemania, y ahogando con poderosos brazos la malnacida planta de los *alumbrados*, dió gallarda muestra de sí, libre e inmune de todo resabio de *quietud* y de *panteísmo*, y corrió como generosa vena por los campos de la lengua y del arte» [64].

La mística española es una derivación lógica y certera de la teología mística revelada por Dios al hombre, contenida en el depósito divino de las Escrituras Sagradas. En ella están sus raíces primarias; en ella su garantía de realidad, de bondad y de verdad. Es la interpretación más genuina y la expresión más sistemática y bella de las realizaciones sobrenaturales y místicas de Dios en el hombre.

Una ciencia de tan noble y sagrada estirpe, tan arraigada en el conocimiento natural y sobrenatural del Creador y de las criaturas, tan concorde con el saber humano, tan aquilatada, comprensiva y fundamentada, ¿cómo no había de ser *profunda*?

Del fondo metafísico que la mística teresiana contiene, Valera escribió: «Me limitaré sólo a decir no qué sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas*, la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado a la cumbre de la metafísica y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra misma» [65]. Y el mismo escritor, exponiendo a San Juan de la Cruz, águila caudal de la ciencia mística, dijo: «A fin de entenderlo bien, es menester haberlo entendido y experimentado, porque es psicología experimental, si bien tan alta, que se eleva y transciende a la metafísica o ciencia primera más sublime y tenebrosa, porque ciega y crea tinieblas la opulencia de su luz, cuyas

[64] Menéndez y Pelayo, *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, p. 42. Madrid, 1915. Cf. *La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del siglo de oro*, por el P. Joaquín Sanchís Alventosa, O. F. M. Madrid, 1946.

[65] *Discursos académicos: Elogio de Santa Teresa*, t. 2, pp. 335-36.

verdades, aunque logre el alma percibirlas, no hay lengua humana, por elocuente que sea, que atine a expresarlas con la debida claridad» [66].

Y lo notable aquí es que nuestros místicos casan bien, armonizan el espíritu con la materia, forjando aquel *idealismo relativo,* «cuyo germen está escondido en nuestro suelo bajo la áspera capa que tantos años de decadencia han amontonado», según Menéndez y Pelayo dijo [67].

El grave problema místico que tanto preocupó a los nuestros sobre si la humanidad de Cristo era o no impedimento o dificultad para la contemplación más alta, lo resolvieron en sentido negativo, entendiendo y enseñando que Cristo, lazo de la naturaleza y de la gracia, era la puerta de ingreso para la contemplación, el cristal necesario para conocer y ver a Dios. Según declaró el mismo Jesucristo, quien le ve a él, ve también al Padre, de quien él es imagen perfecta.

La mística española, sin caer en extremismos falsos, el *trascendente* e *inmanente,* va de lo concreto a lo abstracto, de lo transeúnte a lo permanente, de lo temporal a lo eterno, de la materia al espíritu ; no niega, por este su proceder, el mundo finito, antes abrázalo con efusión de amor, porque lo considera como fluyendo de la Causa primera, del primer Amor, de Dios, sin confundir la fuente con el manantial. Es *inmanente,* no con inmanencia endiosada, sino con inmanencia diferencial que, poniendo distancia infinita entre Dios y las cosas, entre Dios y el hombre, los enlaza y une con lazada de amor. El amor es el nexo natural y sobrenatural que une al Creador con la criatura y los pone en contacto sabroso y dulce. El místico español no se queda en lo intuitivo, sino que baja gustoso a lo sensible ; ni para en lo sensible, sino que gusta de subir a la intuición pura, como en San Juan de la Cruz se ve.

«Los místicos del Siglo de Oro, cuya nota fundamental es la oposición al panteísmo, forman escuela aparte» [68], escuela antipanteística. Y Juan Valera añade: «Para nuestros místicos ortodoxos, que jamás caen en el panteísmo, no es posible que el alma se transmute en la divina naturaleza, aunque participe de ella ; por donde a los que tan alto grado suben, los llaman *deiformes* o *transformados en Dios*» [69].

---

[66] Ibíd., p. 50.

[67] *Ensayos de crítica filosófica: De las vicisitudes de la filosofía platónica en España,* pp. 191-92. Madrid, 1892.

[68] PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la historia de la literatura mística en España,* 4, 1, p. 179.

[69] *Discursos académicos: Del misticismo en la poesía española,* t. 2, p. 35. Madrid, 1905.

La profundidad filosófica y teológica de las *nadas* de San Juan de la Cruz es impresionante. Un antecedente humilde nos parece haber encontrado en el *Tratado de la vida espiritual*, de San Vicente Ferrer (c. 28), pues dice así: «Señor Dios mío Jesucristo, *nada* soy, *nada* puedo»; dice esto el agitado apóstol, considerándolo como una de las «perfecciones necesarias al siervo de Dios». El P. Fr. Juan de los Angeles las recogerá luego en su *Manual de vida perfecta* y las embellecerá con las galas y relumbres de su estilo gracioso.

Pongamos fin a este punto recordando unas doctrinas de la *mística española*, que mucho alumbran los caminos que han de seguir quienes se propongan santificarse y rehuir todo peligro de perdición o desvío. Son normas sabias y profundas, como de tal escuela: «Esta *gracia* [sobrenatural] se halla escondida en el alma, y *los que la tienen no la conocen*» [70], doctrina del P. Fr. Francisco de Osuna, que luego sancionó el Concilio de Trento. Antes había dicho García de Cisneros: «La primera [morada de Dios en el alma] es por justificación, *sin que el alma tenga de ello sentimiento alguno*, y de esta manera, *ya sea que de ello no tenga sentimiento alguno*, es acepta a Dios» [71].

¿Quién pondrá tasa o medida a las comunicaciones de Dios? Infinitos son los modos y maneras con que Dios se relaciona y comunica con los suyos, con sus predilectos. San Juan de la Cruz dice: «En muchas almas devotas suele Dios hacer algunas presencias espirituales *de muchas maneras*, con que las recrea, deleita y alegra», consignando «la presencia de Dios por afición espiritual» [72].

La virtualidad docente de la santa oración tiene para los nuestros una extensión maravillosa y un significado profundísimo. «En ella [en la oración] *se recibe la unción del Espíritu Santo, la cual enseña a la mente todas las cosas*, y por el ejercicio de la oración venimos a la contemplación y gusto de las cosas celestiales» [73].

La escuela mística española es enemiga jurada de todo cuanto no es sólidamente espiritual, serio y noble, rechazando ficciones y niñerías como impropias de la grandeza de Dios y de los altos destinos del hombre. San Juan de la Cruz y Fr. Juan de los Angeles son rigurosísimos en esto. Quieren que viva el alma desasida de cuanto no es Dios, juzgándolo todo por nada. San Vicente Ferrer llamó

---

70 *Tercer abecedario espiritual*, tr. 6.
71 *Ejercitatorio*, 66.
72 *Cántico espiritual*, canción 11.
73 *Ejercitatorio*, 9.

rabias a los *raptos* falseados [74]. La diferencia que hay entre *rabia* y *rapto* es la misma que hay entre los *raptos* divinos y los *raptos* humanos, falseados o patológicos.

Por fin, como emanada directamente de la fuente divina, la escuela española es blanda, comprensiva y gozosa (no afeminada), como se ve en el *Tratado de la suavidad de Dios,* del Beato Orozco. Siendo tan suave Dios, suave ha de ser su comunicación a las almas. La ciencia mística española entendiólo así.

5. Ortodoxia hispana

La cruz de Cristo, *luz del mundo,* «ha brillado sobre España con matices y fulgores que no ha visto nación alguna de la tierra» [75]. Esos *matices y fulgores* redúcense a uno que los concentra, y de quien los demás se originan. Helo aquí: España connaturalizóse con el cristianismo, hízolo suyo, entrañándoselo, y luego, a través de los siglos, le va brotando en obras como en renovadas primaveras: España vive en Cristo, y Cristo vive en España; esto es todo.

Un varón de prestigio en virtud y en letras dijo en ocasión solemne: «Nuestra Patria puede gloriarse de ser la primera nación católica en ortodoxia de credo y en ortodoxia de amores místicos» [76]. Y Menéndez y Pelayo, que conocía bien a nuestro pueblo, quizás como nadie le conoció en su historia, escribió: «La raza española no apostató nunca. Quiso Dios que por nuestro suelo apareciesen, tarde o temprano, todas las herejías, para que en ninguna manera pudiera atribuirse a aislamiento o intolerancia esa unidad preciosa, sostenida con titánicos esfuerzos en todas las edades contra el espíritu del error. Y hoy, por misericordia divina, puede escribirse esta historia, mostrando que todas las heterodoxias pasaron, pero que la verdad permanece y a su lado está el mayor número de españoles, como los mismos adversarios confiesan. Y si pasaron los errores antiguos, así acontecerá con los que hoy deslumbran, y volverán a tener un solo corazón y una alma sola, y la unidad, que hoy no está muerta, sino oprimida, tornará a imponerse, traída por la unánime voluntad de un gran

[74] *Tratado de la vida espiritual,* 12.

[75] Cardenal Gomá, *Apología de la Hispanidad,* en *Defensa de la Hispanidad,* de Maeztu, p. 35. Madrid, 1941. Publicóse primero en *Acción Española,* noviembre de 1934.

[76] P. Silverio de Santa Teresa, *Ascéticos Carmelitas españoles,* en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos,* p. 165. Valladolid, 1925.

pueblo, ante la cual nada significa la escasa grey de impíos e indiferentes»[77].

Este vaticinio grave tiene hoy día pleno cumplimiento. La unidad católica interna del pueblo español no estaba muerta, sino oprimida y dispuesta a libertarse de la opresión. Lo que no pudo sospechar entonces Menéndez y Pelayo era que tan precioso don había de recobrarse a fuerza de sacrificios, de lágrimas, de vidas y de martirios del cuerpo y del alma española. Lo cierto es que la *unidad católica* de nuevo ha reflorecido en los jardines de la espiritualidad, con tanta brillantez y esplendor como en sus tiempos mejores; se ha reconquistado «el inestimable tesoro de la *unidad religiosa*»[78].

Conforme a esto, a la compenetración entre hispanismo y catolicismo, que parecen hechos tal para cual, escribió Ganivet con singular acierto y veracidad: «España se halla fundida en un ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en *descatolizarla*, no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación»[79]. De aquí que Pío XI, en *Carta al arzobispo de Valladolid, Remigio,* recordase con loa la *tenacidad de la nación española en conservar la fe católica*[80].

«La raza ibérica es unitaria», unitaria en todo, y por eso en todo busca la unidad, no la unidad panteísta, que pugna con su sentimiento agudo de la personalidad, sino la unidad de principio y la unidad moral, que, sin destruir ni confundir, obra el amor. Así es como el catolicismo, religión de unidad y de amor, le viene a España y a los españoles como nacido, como si para ellos hubiera sido revelado, encontrando en él «su natural asiento y reposo».

«Pero los raros individuos que en ciertas épocas han tenido la desgracia de apartarse de él, o los que nacieron en otra religión y creencia, buscan siempre la *unidad ontológica,* siquiera sea vacua y ficticia. Por eso en todo español no católico, si ha seguido las tendencias de su raza y no se ha limitado a importar forasteras enseñanzas, hay siempre un *germen panteísta* más o menos desarrollado y enérgico»[81]. Estos tales, descentrados, mutilados en espíritu, han sido extrañamente infecundos, como Menéndez y Pelayo demostró históricamente, y reafirmó Angel Ganivet, cuando en su *Idearium* dijo: «En España no hay un

---

77 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Heterodoxos*, t. 3, l. 1, pp. 186-187. Madrid, 1917.
78 Ibíd., p. 187.
79 *Idearium español, Obras,* 1, A, p. 109.
80 *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos*, p. 21. Valladolid, 1925.
81 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Heterodoxos,* t. 3, l. 1, 2, pp. 129-130.

hereje que levante dos pulgadas del suelo. Si alguien ha querido ser hereje, ha perdido el tiempo, porque nadie le ha seguido» [82].

Y lo que es España, es su representación más genuina, sus santos: «Volveremos a encontrar en los santos españoles lo que ya hemos observado por todas partes: [...]; por fin, una tendencia al misticismo que unifica todas las particularidades de la santidad española, al modo que la luz del cielo de España anega todos los accidentes del color en la campiña» [83].

La unidad mística española unifica las diferencias psíquicas regionales, que tienen su lazo amoroso en la unidad religiosa y en la unidad espiritual. Los santos son los cables eléctricos que transmiten la homogeneidad anímica y sellan con su ideal místico la unidad ibérica. San Antonio es tan español como portugués; y el P. Granada, tan portugués como español.

«San Ignacio—escribe Menéndez y Pelayo—es la personificación más viva del espíritu español en su Edad de Oro. Ningún caudillo, ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante, débelo en gran manera a la Compañía de Jesús» [84]. Otro tanto se puede afirmar de Santa Teresa, en quien las virtudes de la raza ibérica resplandecen con fulgores máximos. Sus rayos de luz católica persisten vivos y continúan alumbrando al mundo cristiano.

España es una por su catolicismo aglutinante; el cristianismo en España es uno por su ideología católica. España, unitaria, no soporta divisiones; las repele.

6. Acción y contemplación: armonía

El hombre, imagen viva de Dios, *semejanza suya,* debe conformarse con su original cuanto más pueda. Precisamente su destino más alto es ése: asemejarse más y más a Dios, principio y término suyo. Para esto, como Dios, ha de obrar intensamente, *ad intra* y *ad extra,* en lo interior y en lo exterior, en el alma y en el cuerpo, en todo su ser, que suponemos acordado y armónico.

La intimidad de sus obras será espiritual y sobrenaturalizada si han de ser gratas a los divinos ojos; pero será nota predominante del cuerpo la materia, sin que pueda ser de otra manera. De aquí la división clásica entre los

[82] *Obras,* A. p. 109.
[83] Mauricio Legendre, *Semblanza de España,* 7, p. 243. Madrid, 1944.
[84] *Heterodoxos,* l. 5, *Epílogo,* p. 395. Madrid, 1928.

maestros: *hombre espiritual* y *hombre corporal* o material, añadiendo a estos dos el *hombre divino*.

Tendrá, pues, el hombre, tres modos de obrar, correspondientes a los tres principios obradores que hay o puede haber en él: *principio espiritual, principio material* y *principio sobrenatural*, divino o cristiano. Con los tres debe obrar, sin que le sea lícito matar a ninguno de ellos ni poseerlos ociosamente; pero no podrá infringir el orden jerárquico que la naturaleza de los seres impone. Por tanto, el móvil primario del hombre en sus operaciones deberá ser *sobrenatural*, principio el más noble; actuará en lugar segundo el móvil espiritual, por ser el segundo en nobleza; y en el lugar tercero, el móvil material, inferior en quilates, aunque a distancia infinita de la nada. Quien así obre, será un *varón jerárquico*, al modo que San Francisco lo fué. Materia, espíritu y gracia son el acorde fundamental del hombre perfecto; ninguna nota puede suprimirse sin que se advierta la imperfección o deficiencia del acorde.

Ha de obrar, pues, el hombre, con todo su ser de hombre sobrenaturalizado, y ha de obrar musicalmente, con armonía jerárquica.

Tal es la idea predominante en el sistema espiritual español, de acuerdo con su espíritu filosófico y con su mentalidad armónica. Esto da a su escuela mística un sello inconfundible y un contenido orientador que le caracteriza y distingue.

La contemplación y la acción deben convivir armónicamente, sin estorbarse, apoyándose e influyéndose. Obrando todo el hombre jerarquizado y unido, es más hombre. El P. García de Cisneros escribe: «*Siempre, en una misma persona, Marta es necesaria con María, y María con Marta*, o más o menos, según que habemos dicho; el tal, empero, terná nombre de aquella vida en cuyos oficios se ocupa» [85]. Y no, no haya extremosidad, porque será viciosa; en todo hase de guardar el justo medio: «Moderación de las obras por discreción. Debes tener el medio *en todas las cosas*». «A todas las cosas añade *modo*, ca el *modo* es muy hermosa virtud» [86]. Presiéntese aquí a San Ignacio, el hombre de la *moderación*, del *medio* y del *modo*. San Ignacio personifica el orden jerarquizado, el espíritu armónico nacional.

De lo material, a lo espiritual; de lo inorgánico, a lo orgánico; de la insensible, a lo sensible; de lo visible, a lo invisible; de lo natural, a lo sobrenatural; del trabajo

[85] *Ejercitatorio*, 35.
[86] Ibíd., 61.

corporal, al trabajo inmaterial; de la acción, a la contemplación, para ir luego de la contemplación a la operación, y así constantemente forjando una verdadera concatenación de obras que vayan del cuerpo al alma y viceversa. Sistema de vida será éste conforme con la modalidad hispánica.

La acción bien ordenada y bien ejecutada, predispone a la contemplación: «Bien sé que la pequeña y *templada* ocupación, alguna vez es *necesaria y provechosa* a la vida contemplativa y para apartar la pereza y mala tristeza» (GARCÍA DE CISNEROS, *Ejercitatorio*, c. 26).

Incita a la acción: «Mira que los santos ángeles a los pastores ocupados en trabajos especialmente anunciaron a nuestro Redentor nacido. No, empero, seamos en el trabajo importunos, mas *moderados y discretos*» [87].

Conclusión: «El alma de nuestros místicos sale de su unión con Dios más hábil e idónea para la vida activa» [88]; señal inequívoca, añadimos nosotros, de la realidad, verdad y bondad de unión tan sublime y prolífica.

7. EXALTACIÓN DE LA PERSONALIDAD

La ciencia mística cristiana, única veraz y completa, no disminuye ni amilana al hombre; por el contrario, magnifica su ser, dilata sus potencias y, sobrenaturalizándolas, engrandece sus obras. Increíble parece que, a los veinte siglos de historia, se piense de modo distinto. «Si quieres establecer tu corazón en *espíritu varonil* y propósito constante en lo que a Dios place, sé hombre de oración» [89]. *Espíritu varonil*, no *femenil*, es lo que crea y fomenta el espíritu cristiano en los hombres.

Y estimula y aun obliga a la constancia obradora, condenando la pereza o inacción y poniendo por hito de perfección un modelo infinito, para que ni por un momento piense haberla conseguido: «El que codicia poseer la perfección de la contemplación, no ha de descansar o detenerse; porque el descansar es apartarse, y no ir adelante es tornar atrás; ni debe siempre comenzar de lo bajo, mas de donde se partió y dejó» [90]. Más: «Y no pienses que en esta presente vida enteramente te puedes purgar de todas las concupiscencias, ca aun el bienaventurado San Pablo esto no pudo acabar, conviene a saber, alcanzar aque-

[87] Ibíd., 68.
[88] JUAN VALERA, *Discursos académicos: Del misticismo en la poesía española*, t. 2, p. 30. Madrid, 1905.
[89] GARCÍA DE CISNEROS, *Ejercitatorio*, 9
[90] Ibíd., 62.

lla perfección, que no codiciar, según lo que dice San Agustín y el tratado *Beatus vir*» [91].

Estas orientaciones ideológicas tienden de suyo a crear y a fomentar la virilidad espiritual.

En este punto, la incomprensión de Angel Ganivet resulta evidente. Escribió lo que sigue: «Tenía idea del misticismo positivo o afectivo de los místicos clasificados como tales, *el cual consiste en una confusión de la personalidad con la idea general;* hay en él *anulación del sujeto como tal sujeto*, pero no para desvanecerse, sino para exaltarse» [92]. El misticismo cristiano, y menos, si cabe, el español, no consiste en una confusión de la personalidad con la idea general, ni hay en él anulación del sujeto como tal sujeto, sino en la unión real, aunque misteriosa, del hombre con Dios, sin que la personalidad humana se confunda con ninguna idea general: en la conservación del sujeto como tal, que jamás se desvanece, y en la exaltación de la persona, no en el sentido de la soberbia, del orgullo o del engreimiento, sino en el sentido de la participación gratuita del ser, del vivir, del saber, del obrar y del gozar de Dios. De lo contrario, conste que se tergiversan y manejan torcidamente las ideas y los términos.

El español auténtico no consiente que nada ni nadie le anule; atérrale la aniquilación y le atrae viva y eficazmente lo eterno; sólo ante Dios se achica: es un celoso terrible de su personalidad. Tanto Juan Valera como Menéndez y Pelayo han visto con claridad esta condición de los españoles, aun en su vida mística más encumbrada, la de la unión y contemplación: «En conceptos tan atrevidos [escribe Valera refiriéndose a San Juan de la Cruz] tocan ya nuestros místicos ortodoxos al borde de la sima del panteísmo; pero, por dicha, allí se detienen sin caer. Los salva, a más de su humilde sumisión a la Iglesia, el vivo sentimiento del ser individual; el psicologismo empírico, que no consiente que el *yo* ni por *un instante* se diluya en lo infinito como gota de agua en el océano, y el amor a la acción, con la que tienen despierta la conciencia de la personalidad humana. Bastan estas condiciones para dar al misticismo español *carácter propio*» [93]. Y Menéndez y Pelayo: «La importancia dada al conocimiento de sí propio, la enérgica afirmación de la personalidad humana, aun en el acto de la posesión y del éxtasis, salva del panteísmo, no sólo a nuestros doctores ortodoxos, sino al mismo hereje Miguel de Molinos, en cuyo budismo nihilista,

---

[91] Ibíd., 30.

[92] *Obras completas: 2, Epistolario*, 1, p. 822.

[93] *Discursos académicos: Del misticismo en la poesía española*, t. 2, pp. 56-57.

el alma, muerta para toda actividad y eficacia, retirada en la parte superior, en el ápice de sí misma, abismándose en la nada, como en su centro, espera el aliento de Dios, pero reconociéndose substancialmente distinta de él» [94].

8. Expansión ecuménica

El genio español es comunicativo de suyo, como el bien. De ahí su inquietud por derramarse, por hacer partícipes a los demás pueblos y naciones de sus bienes y tesoros. España es nación caballeresca, nación que da, no nación que recibe. Cuando, forzada por la necesidad, recibe, no lo asimila ni hace suyo; recibe lo menos posible y, cuando ya no lo necesita, lo rechaza como algo inútil que la apesga y oprime. Su condición hidalga es así.

Esa *inquietúd* y desasosiego interior que tiene por comunicar *su bien*, oblígala a salir de sí, a peregrinar por todo el mundo, no para pedir, y menos para robar, sino para pregonar sus mercancías espirituales y regalarlas. La Península Ibérica le ha sido estrecha, continúa siéndolo, y también le ha sido pequeño el orbe terrestre, el mundo, por ella dilatado con hazañas increíbles. El espíritu español, *inquieto por dilatarse*, necesita estar presente en todas partes. La ecumenicidad le es necesaria para vivir, si ha de vivir con plenitud de vida y no con vida anémica.

En esta su condición nativa, perfeccionada con los siglos, radica su personalidad, y ella explica la singularidad de su obra civilizadora, orientada siempre a lo universal. Quizás no gobernó como debiera, en algunos períodos y en algunas ocasiones, a sus hijas las naciones americanas; pero desde luego les dió las mejores leyes que se han dado, superiores en mucho a las leyes de los romanos. Por algo somos los fundadores del *derecho de gentes* y del *derecho penal;* por algo somos tan egregios en teología. Miramos en todo más al mundo que a nosotros mismos: otras naciones hay que se miran a sí en primer lugar; son menos generosas.

Desde luego, las cosas de España, las que son genuinamente suyas, pasan a ser universales por su propio contenido y por su virtualidad expansiva. En lo tocante a la espiritualidad cristiana, la *Salve*, el *Rosario* y los *Ejercicios* de San Ignacio son universales, y por ellos España influye constantemente en toda la cristiandad.

El influjo de la ciencia mística española ha sido deci-

---

[94] *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, p. 46. Madrid, 1915.

sivo y definitivo. Han pasado siglos desde aquel siglo dorado de España, y en el mundo entero no han brotado plumas superiores a la de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y de Fr. Juan de los Angeles. Son las tres cumbres de la mística española.

«Son muchos, son innumerables los ascéticos y místicos de que España puede justamente gloriarse; son los místicos los que dan a nuestra patria un lugar preeminente y único en el mundo [...]. España ha tenido filósofos, pero no ha sido directora universal del pensamiento filosófico. España ha tenido artistas grandes, excelsos, tal vez por nadie superados; pero España no es la maestra del arte, como Grecia. ¿Cuál, pues, ha sido la obra del espíritu nacional que coloca a España sobre los demás pueblos civilizados, la constituye maestra de ellos y directora de su pensamiento? Buscad entre las producciones del espíritu y del genio las que tienen el origen en la caridad, en el amor místico, y en ellas encontraréis la *soberanía de España*. No ha sido ésta maestra universal de filosofía, ni de ciencias naturales, ni de arte; pero lo ha sido de la ciencia más alta y generosa, de la ciencia del espíritu, de la ciencia mística y del amor» [95].

«No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo [el español], sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor fuerza, aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobo; desde la cámara del vino, donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque él le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente» [96].

Y fué siempre igual: no cabiendo en sí, el espíritu de España se derramó como agua en el mundo; cayó como lluvia benéfica por el haz de la tierra y la fecundó dichosamente. San Antonio fué un sembrador de semillas hispánicas, *Doctor Evangélico* sellado con sello español *(proles Hispaniae)*; el Beato Raimundo Lulio expansionó su alma por Europa, dando muestras de su hispanidad inquieta, sin olvidarse de Africa, donde sufrió martirio; San Vicente Ferrer, abandonando los jardines de Valencia, fuése a luchar por la verdad cristiana y por la unión de la Iglesia y de España (compromiso de Caspe, Aviñón); Santo Domingo de Guzmán fuera de España fundó y fuera de España laboró; y luego, en la plenitud de los tiempos, en el siglo XVI y XVII, España desbordóse, pareciendo que era

[95] P. ANTONIO TORRÓ, O. F. M., *Teoría ascético-mística franciscana*, en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos*, p. 147. Valladolid, 1925.

[96] JUAN VALERA, *Discursos académicos: Elogio de Santa Teresa*, t. 1, pp. 229-230.

suyo el mundo entero. Sacrificóse en Europa para mantener la fe de Cristo, y en América, y en Africa, y en Asia, para dilatarla y arraigarla. San Ignacio, San Francisco Solano, San Francisco Javier, los Mártires del Japón (San Pedro Bautista y compañeros), el Beato Juan de Prado, con legiones aguerridas de apóstoles, son muestra fehaciente de la vitalidad espiritual y expansiva de nuestra raza, para quien fué pequeño el mundo, y lo envolvió en el manto cristiano, el más noble y glorioso de cuantos en el mundo han sido.

9. Tendencia popular

El P. Fr. Francisco García de Cisneros, en 1500, escribió: «La voz de muchos es: Bástame la vida común, y harto es que con los bajos me pueda salvar. No quiero los merecimientos de los apóstoles, ni volar por las cosas altas, mas andar por las cosas llanas» [97]. Era ésta la voz de los perezosos en las empresas del espíritu, que, desde luego, son las más ásperas y abnegadas. Por eso, por significar una desviación del alma nacional, internamente activa y hazañosa, el magisterio español, por la pluma de García de Cisneros, reacciona en contra y, enseñándola, propugna la doctrina verdadera y salvadora, la que levanta y estimula al encumbramiento de la vida, sin que nadie quede en la falda del monte; la invitación al ascenso es general, y en la meseta de la cúspide hay lugar para todos, chicos y grandes. Al fin, es doctrina evangélica [98].

Con valentía decisiva y firmeza nacional, intituló así el capítulo 67 de su *Ejercitatorio* el P. García de Cisneros: «Que todos están obligados a extenderse, a alcanzar la perfección, mayormente los religiosos, so pena del daño presente y venidero». Así espolearon, estimularon y formaron moralmente la espiritualidad española sus grandes maestros, consiguiendo que del pueblo español se dijese con verdad y loa lo que no se ha dicho de ningún otro: que fué un *pueblo de teólogos*. El más alto, penetrante y aquilatado espíritu descendió a los corazones más humildes y sin letras, exaltándolos a la cumbre de la virtud y de la inmortalidad, como se ve y se ha reconocido en San Pascual Bailón, pastorcito de mente seráfica y eucarística.

No falta quien, a pesar de su españolismo de buen cuño y de su comprensión de la mística española especulativa, se ha desviado de la verdad, desprestigiándola en sus con-

---

97 *Ejercitatorio,* 67.
98 Matt. 5, 48.

secuencias prácticas, y culpándola gravemente sin razón. He aquí sus palabras: «El misticismo tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos, y en España los tuvo mayores, porque fué mayor que en otros países, viniendo a degenerar y a corromperse pronto, como toda nuestra cultura». Y remachando el clavo, añade: «Fuerza es confesarlo: el desaliño, la zafia rusticidad y el más asqueroso desaseo han sido, a menudo, prenda de los místicos. Esto ha trascendido al desenvolvimiento total de España, la cual ha descuidado sus intereses, su industria y las artes de lujo y deleite, y ha caído o ha vivido siempre en pobreza con relación a la material prosperidad de otras naciones» [99].

Muchos errores e inexactitudes hay en pocas palabras: No sólo el misticismo tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos; los tienen *todas* las grandes y nobles ideas, que degeneran y se desvirtúan al pasar por los cristales no limpios de los corazones y de las pasiones humanas. De modo que injustamente se achaca al misticismo lo que es propio de todo sistema ideológico. *Toda nuestra cultura* se corrompió, verdad ciertamente dolorosa, no por el influjo siniestro de nuestra mística, sino a pesar de su influjo purificador, elevado y nobilísimo. La decadencia española en otros principios radica, no en el principio teológico y místico, origen de nuestra grandeza y ápice de nuestra personalidad. El desaliño, la zafia rusticidad y el más asqueroso desaseo no han sido a menudo prenda de los místicos, sino de algunos pseudo místicos, de algunos descentrados, y *ninguno* ha enseñado que sean virtudes. Lo que prácticamente ha sucedido es que los místicos no cayeron sobre la tierra llovidos del cielo: brotaron de la sociedad, se comportaron como ella y se mortificaron quizás en aspectos y modos que nos parecen hoy *desaliñados, rústicos y asquerosos*, pero que ni a ellos ni a sus contemporáneos les parecieron, ni nos parecería si nos trasladásemos a sus tiempos, a sus costumbres y al estado en que se tenía y practicaba la higiene.

No pueden complacerse ni gozarse en el desaliño, en la rustiquez, ni menos en la asquerosidad, los que buscan y exhortan a que se busque la hermosura de Dios en el universo (García de Cisneros, *Ejercitatorio)*, que filosofan agudamente sobre la *Hermosura de Dios y su amabilidad* (Nieremberg) y convidan a deleitarse en la *suavidad de Dios* (Beato Orozco). Recuérdese la pulcritud de Santa Teresa.

[99] JUAN VALERA, *Discursos académicos: Del misticismo en la poesía española*, t. 2, pp. 34 y 41.

En cuanto a la decadencia de las industrias en España, así como en cuanto a su pobreza, no tanta como se pregona, otras causas tienen, de índole política, de índole exterior y de índole ideológica, que contribuyeron eficazmente a su caída y degeneración, consiguiendo que la cumbre mística hispánica fuese hollada, para luego declararla culpable de los pecados ajenos.

La ciencia mística, como toda ciencia, es, de suyo, incorruptible; pero puede ser tratada y manejada, y lo es, por manos corruptas que todo lo inficionan y malean. La semilla del misticismo cristiano, germen incorruptible, todavía resulta ser la esperanza de España y de los pueblos hispánicos. Grano vivaz de trigo espiritual y divino, rebrota con fuerza y dará el ciento por uno, para mantenimiento propio y para saciar al género humano.

10. Humanidad generosa

He aquí dos notas de la espiritualidad española falseadas por la incomprensión de uno de los escritores que más gallardamente han penetrado y captado las notas de la esencia hispánica, Ganivet. Léanse sus palabras: «Las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: el *misticismo*, que fué la exaltación poética, y el *fanatismo*, que fué la exaltación de la acción. El *misticismo* fué como una santificación de la sensualidad africana, y el *fanatismo* fué una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate» [100].

No sé cómo Ganivet ha podido incurrir en este doblado error, que tanto nos desprestigiaría si fuese verdad. La religiosidad española, íntima y profunda, católica, apostólica y romana, es y ha sido siempre de la más pura cepa cristiana, y en su ciencia mística y experimental se ha elevado a la mayor altura y perfección, no siendo una *exaltación poética,* sino una profunda exploración en los campos psicológico, dogmático y moral; una sistematización de las comunicaciones divinas que tiene Dios con el hombre y de los amores del hombre a Dios. El *misticismo* español no fué como *una santificación de la sensualidad africana,* sino la supresión y amputación de la misma; fué irse quizás al otro extremo, al extremo de la mortificación del cuerpo, de la sensibilidad, como en San Pedro de Alcántara pudiera notarse.

No es el *fanatismo* nota característica del pueblo espa-

[100] *Obras completas: Idearium español,* p. 99

ñol ni de su espíritu, ni lo fué nunca. Lo que pasa es que siempre ha tomado en serio la cuestión religiosa, y ha procedido en consonancia, con verdad, con justicia y con benignidad, y no con el horrendo fanatismo con que otros pueblos han procedido.

Cuando se termina una reconquista de ocho siglos, no se llevan fuerzas bélicas acumuladas, ni tan superabundantes que se sienta la necesidad de volverlas contra sí; al revés, el deseo de paz y el agotamiento llegan al extremo. Así sucedió en España, como no podía ser menos. Finalizada la conquista de Granada, respiró el pueblo español. Sin embargo, el movimiento bélico no podía pararse repentinamente sin extorsión, como tampoco el movimiento físico de un bloque pétreo que se precipita; pero abrióse un novísimo y amplísimo campo de batalla en el Nuevo Mundo, adonde fueron a parar cuantos anhelaban consumir las fuerzas bélicas no consumidas en ocho siglos de guerra. Ninguna necesidad tuvo el pueblo español de pelear contra sí, cuando tierras tan dilatadas y tan pingües se abrieron a sus ojos en el Nuevo Mundo. Además, quedaba el campo europeo.

De modo parecido e injusto pensó y escribió otro español insigne: «Por espantosa contradicción—dice—, en las puras llamas de la caridad suele encenderse el furor de la más cruel intolerancia, y aun llegar a prenderse fuego en las hogueras en que, renovando el culto de Moloch, hemos quemado vivos a nuestros hermanos» [101].

Precisamente porque no hay verdad, no hay *espantosa contradicción*. *Las puras llamas de la caridad* no son para *quemar vivos a nuestros hermanos*, ni el culto que damos al Dios de amor tiene nada que ver con el culto de Moloch. Somos los españoles, los místicos españoles hechos misioneros, los que suprimimos a la fuerza el culto de Moloch, existente en muchos países. Si en España *quemamos vivos a nuestros hermanos*, en otros países se les requemaba. Sobre este particular, mil veces aclarado ya, pregúntesele a nuestro hermano el sabio Miguel Servet. No se le hubiera quemado tanto ni tan bárbaramente en su patria, o no se le hubiera quemado, como no se quemó a otros tan heterodoxos como él. Léase la obra magistral que sobre los heterodoxos españoles escribió el gran Menéndez y Pelayo, y se verá cuán justa, moderada y benigna fué la nación española con todos aquellos que nacían en su seno, pero que no eran suyos. En especial se verá que no intervinieron en aquellos rigores, si lo fueron,

[101] VALERA, *Elogio de Santa Teresa: Discursos académicos*, t. 1. Madrid, 1905.

ningún místico de talla: ni García de Cisneros, ni Guevara, ni Alonso de Madrid, ni Osuna, ni el Beato Juan de Avila, ni el P. Estella, ni el P. Granada, ni San Juan de la Cruz, ni el P. Murillo, ni Fr. Juan de los Angeles, ni el P. Fuente, ni menos todavía el austero San Ignacio. Las puras llamas de la caridad que ardía en los pechos de estos místicos españoles no se trocó nunca en furor de la más cruel intolerancia, ni prendió fuego en las hogueras, ni quemó vivos a sus hermanos, ni menos aún trocó su culto con el de Moloch, renovándolo.

Traigamos algún testimonio a favor nuestro, el de Santiago Guallar, que dijo en ocasión solemne: El español «es un misticismo *humano* que mantiene vivo el fuego de la caridad y del *amor al hombre y que rebosa admiración y dulzura*» [102]. No matan nuestros místicos, se dejan matar; no queman, se dejan abrasar mansamente, y con el perdón en los labios; no sacrifican, se sacrifican; no resucitan a Moloch, le sepultan. Léase el *Martirologio español*, demostración palpitante de la mansedumbre, caridad y sacrificio de la nación española.

Contra el principio: *Homo homini lupus*, España enseñó por boca de su hijo sabio Juan Luis Vives el principio: *Homo homini homo*, expresión de la más ingenua y natural humanidad. Y lo que tan verazmente enseñó, pusiéronlo en práctica sus hijos buenos, sus varones santos, sus místicos.

Las normas de la ciencia mística española para enjuiciar la conducta del prójimo son éstas, entre otras muchas de calidad igual: «Las cosas dudosas interprétalas a la mejor parte; y si alguno cayere, ten compasión de él, y di: Si esta tentación a mí hubiera venido, por ventura, más profundamente hubiera caído» [103]. Esto, el P. García de Cisneros, y San Vicente Ferrer consignó: «Lleva perpetuamente delante de los ojos tus defectos y pecados, agravándolos cuanto pudieres; mas los ajenos échalos a tus espaldas, y procura no verlos ni notarlos; y si necesariamente los hubieres de ver, los debes excusar, compadeciéndote de ellos y aligerando las faltas de tus hermanos cuanto pudieres» [104].

Tal fué la ciencia y la conducta española a través de los tiempos, tal su generosa humanidad.

---

[102] *Discurso*, en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos*, p. 425. Valladolid, 1925.
[103] GARCÍA DE CISNEROS, *Ejercitatorio*, 69.
[104] *Vida espiritual*, 3.

11. Expansión típica del alma nacional

No ha existido cohibición al genio hispánico. En España, quien ha tenido algo que decir, y ha querido decirlo, no le han faltado medios de expresión, a pesar de todas las Inquisiciones. Lo malo ha sido cuando algunos han querido hablar sin saber lo que se decían. Estos, con razón, han sido molestados. Hoy nos contentamos con llamarlos anormales, más inofensivos que nocivos.

Oigamos, para mayor seguridad, una voz autorizada que nos confirme este punto de vista de tanto interés; es la voz de Menéndez y Pelayo, que dice así: «Lo único que puede y debe exigirse a cuantos en adelante traten estas materias [sobre la *ciencia española*] es que prescindan de aquel gastado recurso de la Inquisición y del fanatismo religioso y de la intolerancia, no menos que de contraponernos el ejemplo de la libertad filosófica que, según dicen, ha gozado Francia; pues de todo esto acaba de dar buena cuenta un escritor tan pío y timorato como Ernesto Renán, en un libro que el año pasado [1890] nos ofreció a modo de testamento filosófico. El libro se llama *El porvenir de la ciencia*» [105].

Ha pódido, pues, expansionarse libremente la más genuina espiritualidad española, ha podido labrar su nido de amor en su pecho y echar a volar por el mundo sus palomas mensajeras de amor y de paz, como en efecto lo ha hecho; ha podido desbordarse el alma española y descubrir y forjar un mundo espiritual, como pudo descubrir y forjar la maravilla geográfica y política del Nuevo Mundo; ha podido crear la *ciencia mística*, cima de todas las ciencias. Ahí están Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fr. Juan de los Angeles, circundados de otros mil, que prueban nuestro sentir y nuestra tesis.

Con razón, pues, se ha escrito: «Nuestros místicos son la manifestación más alta del genio nacional» [106]. Y un extraño a nuestra España, pero que la conoce y ama, escribe: «Un rasgo último es característico de los santos de España: su misticismo; los más españoles son místicos, y todos o casi todos se inclinan al misticismo» [107]. Como que les nace o les es connatural, si puede hablarse así.

---

105 *Ensayos de crítica filosófica: De los orígenes del criticismo y del escepticismo*, pp. 218-219.

106 P. Antonio Torró, O. F. M., *Fr. Juan de los Angeles*, t. 1, *Introducción*, p. 84. Barcelona, 1924.

107 Mauricio Legendre, *Semblanza de España*, 7, p. 265. Madrid, 1944.

tratándose de un don sobrenatural que le viene al español como nacido.

«El mahometismo es opuesto al misticismo»[108]; por tanto, no pudo influir eficazmente en la mentalidad española; más bien fué influído por la nuestra.

12. La ciencia médica, puesta al servicio de la ciencia mística. El P. Angeles y el P. Fuente

En dos ocasiones distintas hemos insinuado el asunto que vamos a tratar. Le dedicamos también ahora menos espacio del necesario, pero con esperanza de que se presentará oportunidad para darle la merecida extensión.

La ciencia mística española, después que alcanzó la cúspide más alta con San Juan de la Cruz, que la sistematizó y expuso luego de haberla experimentado, y de Santa Teresa, que fué la ciencia mística española viviente y nos dió en sus escritos su alma, su vida y sus experiencias, no cabía subir más ni fortalecerla más, como no fuese tomando un camino diverso complementario, muy olvidado por todos, y todavía no sentida su necesidad, necesidad que se impuso luego, dentro y fuera de España, y se ha convertido en imperiosa: las ciencias naturales, por su prestigio y predominio en la conciencia moderna, ahogan las ciencias sobrenaturales, y más aún la ciencia mística.

El primero que sintió la necesidad urgente de afianzar los puntos flacos de la ciencia mística con los puntos fuertes de las ciencias naturales que afectan directamente al hombre, fué Fr. Juan de los Angeles. El caso suyo es tan impresionante como inadvertido, y merece serlo por cuantos estudian las vicisitudes de la ciencia mística y por aquellos interesados en los prestigios de la ciencia española.

En el P. Fr. Juan de los Angeles, hombre de capacidad y de cultura sorprendentes, confluyen todas las escuelas de la espiritualidad cristiana, indígenas y extrañas, contemporáneas y antiguas. Conoce asimismo la filosofía pagana y las corrientes heterodoxas, dando prueba brillante de su sabiduría en sus libros. Hombre de ideología segura, nada tuvo con la Inquisición, ni la Inquisición con él. No quiere hacer división, ni vaguear, ni ser llevado de cualquier viento de doctrina peregrina y nueva. Entiende que *de novedades a no verdades va muy poco*[109], por

[108] SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la historia de la literatura mística en España*, c. 3, 3, pp. 86-87.

[109] *Consideraciones*, c. 1, lect. 5.

lo que se mantiene dentro de la más pura ortodoxia, sin dejar de profundizarla en cuantas ocasiones se le presentan, que son muchas.

Posterior a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, a quienes conoce, admira, sigue y alega, no puede tener la originalidad que tienen ellos, pero conserva la Escuela Española en el pináculo supremo adonde la encumbraron ellos. Muerto él, ningún otro rayó tan alto.

Vió, con sagaz mirada, «que los doctores sagrados cada día sacan *nuevas* consideraciones, industrias, modos y caminos para dar entrada a esta divina teología» [110] mística. Quiso ser uno de ellos, y lo fué con plenitud de ser, con magisterio diáfano y con sabiduría renovada. Y su innovación más notable y trascendente fué posesionarse de las ciencias naturales que tienen por objeto y fin el conocimiento del hombre, íntegramente considerado, en alma y cuerpo, y ponerlas al servicio de la ciencia mística. El paso que dió fué tan inusitado, tan sorprendente y tan expuesto a la incomprensión, que vióse forzado, sintiéndolo mucho, no a retractarse, sino a plegar velas, como luego veremos.

Y lo curioso es que dió el salto en su obra primera, que fué ya una obra magistral y madura, la que gozosamente bautizó con el nombre de *Triunfos del amor de Dios* (1589-90). Su innovación y su propósito aparecen ya claros desde las primeras líneas del *Prólogo*, que comienza con estas palabras: «Entre muchas cosas memorables que de aquel gran filósofo Teofrasto, discípulo de Aristóteles, se escriben, una es haber acusado y reprehendido a la naturaleza, porque a los ciervos, cornejas y otras aves y animales dió vida tan larga, y a los hombres, tan corta». Y a continuación dice: «Dijo muy bien Hipócrates, médico famoso, en el principio de sus aforismos: La vida es breve; el arte, prolija y larga; el juicio que de las enfermedades se hace, dificultoso, y engañosa la experiencia». Estas dos citas son ya significativas de su orientación innovadora.

Más adelante, en el capítulo 9 de la parte primera, enseñará que, si bien Dios es libre para obrar en sus criaturas, sin embargo, la disposición requerida por parte del hombre no es igual en todas las horas, siendo unas más a propósito que otras, debiendo escogerse aquellas que más lo sean. Razona y arguye para probarlo, valiéndose de sus conocimientos científicos y de las autoridades que los sostienen, aunque sospecha le ha de suceder lo que le sucedió: el ser reprendido por los incomprensivos. El

[110] *Triunfos*, 1.ª parte, 3.

texto es como sigue: «*Y porque ya voy temiendo ser reprehendido de muy médico, haciendo oficio de teólogo,* concluyo con la séptima razón de la imaginación o fantasía» [111]. El otro texto es así: «Aunque el Espíritu Santo, que es maestro de los que con limpieza de ánimo estudian en mística teología, *no está sujeto a tiempo ni a las leyes de medicina,* mas en cualquiera hora que el alma se dispone y él se determina de visitarla y hacerle mercedes, se las hace copiosamente» [112]. De modo que Dios obra libremente, el hombre se dispone, y el conocimiento científico del hombre facilita esta disposición.

Apoya sus doctrinas en Avicena, Alberto Magno, Galeno, Marsilio Ficino, Teofrasto, Hipócrates y otros. Familiarizado como está en las ciencias médicas, acude a su terminología para expresar mejor sus ideas espirituales. Así, quiere analizar con detención la voluntad, «reina y señora de todo este reino espiritual del alma», y lo promete con estas palabras: «Me pareció ser necesario hacer, aunque brevemente, una como *anatomía* de la voluntad» [113]. En otro lugar dice con gracia contra los que, so pretexto de la ciencia, relajan el espíritu y aflojan en la penitencia: «¿Y el dormir siete horas, como dicen los *galenistas espirituales* de estos tiempos, tan sin espíritu como yo?» [114]

Tiene plena conciencia el P. Angeles de la importancia que tiene la ciencia del hombre, escudriñadora de los secretos del alma y del cuerpo, en orden a la ciencia mística; y lo dice como ninguno otro lo dijo ni sospechó. Su iluminación en este punto fué cabal e inesperada. Escribió: «Muchas cuestiones y dificultades despiertan los doctores escolásticos sobre esta definición del ánima racional, las cuales todas dejo para las escuelas, porque mi intención no es más, en estos dos o tres primeros capítulos, que declarar los términos obscuros que en el proceso de esta obra se han de ofrecer. Y así será bien dividir esta ánima indefinible en sus potencias y facultades naturales, porque el *conocimiento de ellas es importantísimo para alcanzar la inteligencia de los raptos y excesos mentales,* de que largamente trataremos más adelante» [115]. Y añade luego: «El tercero que nos constriñe a tener conocimiento de las pasiones y afectos del ánima, es el *provecho que nos trae para entender la teología de los cristianos,* que consiste en afectos experimentativos y espirituales sentimientos del

111 Ibíd., 9.
112 Ibíd.
113 Ibíd., 1.ª parte, 3.
114 Ibíd., 8.
115 Ibíd., 1.

divino amor»[116]. Bien claro se nos manifiesta el designio científico que le orienta: *entender* la teología experimentativa, *alcanzar la inteligencia de los raptos y excesos mentales*.

Y acomete la empresa de abrir el nuevo camino, sabiendo adónde va y qué medios ha de manejar en su pretensión. Escribe los tres primeros capítulos, puerta científica para penetrar con ciencia humana en el alcázar de la ciencia mística y fundamento racional de la misma. He aquí la enumeración de las cuestiones que sucintamente trata con la finalidad preconcebida que hemos indicado. Las enunciamos con palabras textuales para mayor exactitud y verdad: «Definición del ánima racional»[117], «sentido común», «imaginación», «fantasía», «estimativa», «memoria», «reminiscencia», «potencia intelectiva», «entendimiento agente», «razón superior e inferior», «inteligencia», «memoria», «entendimiento especulativo y práctico», «razón», «conciencia», «potencia apetitiva», «apetito sensitivo», «sensualidad» (fuerza sensitiva), «apetito intelectivo», «obras de la voluntad», «voluntad», «voluntad natural», «porción superior e inferior», «concupiscible, irascible», «libre albedrío», «sindéresis», «virtud motiva»; «las pasiones son once: seis nacen y se levantan de lo concupiscible, cinco en la irascible»[118]. Todo en amplio programa insospechado y sin precedentes en ninguna obra de asunto místico. Ya se lo reprocharán.

Como hombre de letras y de estudio que se ha pertrechado bien, domina los problemas, todos ellos arduos, los más difíciles de la ciencia humana. Representante arquetipo del pensar armónico español, extraña cómo los investigadores no den con el ser armónico del alma. Escribió: «Pero, díganme los curiosos escudriñadores de las obras de la naturaleza, ¿cómo se les pasa por alto esta tan grande y admirable armonía del alma?»[119]

En cuanto a las pasiones, instrumento que sirve para encumbrar al alma y para envilecerla, quiere darles y les da máxima importancia; incluso tiene la decisión de consagrarles un estudio especial: «Mucho más se ofrece que tratar de esta materia; pero por *ser escabrosa y no para todos*, y porque es razón dividir el amor y ver sus efectos maravillosos, ya que *de sola esta pasión profesamos hacer especial tratado*, será razón saber las diferencias que hay de amor y que hacen más a nuestro propósito»[120].

116 Ibíd., 3.
117 Ibíd., 1.
118 Ibíd., 1, 2 y 3.
119 Ibíd., 2.
120 Ibíd., 3.

Sobre los apetitos escribe: «Y para mayor claridad, adviértase que, como en parte queda dicho en el precedente capítulo [II], hay cuatro diferencias de apetitos: *natural*, que es de cosas inanimadas; *sensitivo*, que es propio de los brutos; *racional* o intelectivo, o voluntad deliberativa; y *voluntad natural* o sindéresis, las cuales son propias de los hombres» [121].

Recurre a la fisiología: «El primer lugar entre los [sentidos] interiores lo tiene el *sentido común*, y él es el origen y fin de todos los sentidos exteriores, porque *por los nervios que llaman los médicos ópticos*, derivados del sentido común, *la virtud animal es llevada a cada uno de los órganos de los dichos sentidos exteriores, y de allí las intenciones o especies de las cosas sensibles pasan al sentido común*» [122].

En el capítulo 2, «De las potencias del ánima y de cómo en ella resplandece la imagen de Dios y se descubre nuestra final bienaventuranza», escribe: «Cinco géneros de potencias hay en el ánima, conviene a saber: *vegetativa, sensitiva, intelectiva, apetitiva* y *motiva*. Y de la vegetativa no digo nada, porque no me importa. La sensitiva se divide en cinco sentidos exteriores y cinco interiores. Los exteriores todos los sabemos, que son vista, oído, olfato, gusto y tacto, los cuales todos aprehenden las ausentes, y *tienen su asiento en la parte inferior de la cabeza, esto es, en el cerebro, el cual se reparte en tres celdillas, que comúnmente llaman prora, popa y medio*» [123].

Léase este significativo párrafo sobre los tres monstruos que salen al encuentro de los varones contemplativos y dados al estudio: «Marsilio Ficino, *De tuenda sanitate*, dice que tres monstruos obscurecen a los estudiosos y *contemplativos* en el camino de las ciencias: que si no se vencen totalmente, impiden el estudio de la contemplación. El primero (dice él) es el trato venéreo, aunque sea lícito, especialmente si hay exceso y demasía, porque saca, agota y consume los espíritus más sutiles, debilita el cerebro y destruye el estómago. De aquí el que Hipócrates, príncipe de la medicina, comparó la comunicación y trato de la carne a la enfermedad que llaman *gota coral;* porque hiere y daña la mente (que es la parte superior y sagrada del ánima racional), como lo está el corazón en los que padecen dicha enfermedad» [124]. Relaciónase bien lo fisiológico con lo ético y espiritual, para concluir atinadamente: «(Como dice Galeno), ánimo ahogado con la gor-

121 Ibíd.
122 Ibíd., 2.
123 Ibíd.
124 Ibíd., 9.

dura y sangre, ninguna cosa celestial puede contemplar ni ver»[125].

Con esto creo que la orientación innovadora iniciada por el P. Angeles, en el sentido de traer las ciencias psicofisiológicas al servicio del espíritu, de la ciencia mística, está suficientemente clara. Véanse los tres primeros capítulos de los *Triunfos*, y se verá con claridad mayor. Ni García de Cisneros, ni Guevara, ni Osuna, ni el Beato Juan de Avila, ni Granada, ni Estella, ni San Juan de la Cruz, ni otro alguno de los escritores nacionales o extranjeros pueden presentar nada igual, ni aun parecido. No quiero decir con esto que tan sabios y doctos escritores desconociesen el influjo y las ventajas que las ciencias médicas ofrecen a las ciencias del espíritu y místicas, como en San Alberto Magno y en el P. Granada se ve, sino que Fr. Juan de los Angeles, sintiendo y conociendo que las ciencias psicofísicas prosperaban de día en día, vió el primero la conveniencia y necesidad de ponerlas al servicio de la espiritualidad cristiana, y acometió la empresa en un libro esencialmente místico, tratando el caso sistemáticamente.

El tiempo le ha dado la razón, pero se la negaron sus contemporáneos. Como él lo sospechó, no les hizo gracia el ver que un teólogo se metía a médico. No percibieron la relación que hay entre la teología pastoral y las ciencias médicas, tan sagazmente advertida y estudiada en nuestros días.

Y ésta es la verdadera razón de haber convertido el P. Angeles sus *Triunfos del amor* en la *Lucha espiritual:* la incomprensión de los maestros espirituales y de los lectores incapacitados, a quienes parecía una profanación inmiscuir la ciencia humana en la ciencia divina por antonomasia, en la ciencia mística.

Expone los motivos que le han inducido a cercenar o mutilar los *Triunfos* y trocarlos en la *Lucha*, y dice: «Considerando, pues, esto [las dificultades que presenta el camino altísimo de los afectos] y deseando imitar a los lacedemonios, que lo que podían decir con silencio no lo decían con palabras, *me determiné, habiéndolo primero encomendado a Dios y consultado sobre ello religiosos doctos y espirituales, trabajar algunos días,* y ansí en abreviar el dicho libro adonde pude conocer alguna demasía, como en declarar las cosas obscuras y determinar las dudosas y *quitar las que aun a los muy doctos dificultosamente se han entendido*»[126].

Ya está dicho: La transformación o metamorfosis de

125 Ibid.
126 *Lucha,* prólogo.

los *Triunfos* en la *Lucha* consistió especialmente en *quitar.* ¿Qué cosas? ¿Qué doctrinas? Los capítulos más intrincados de teología mística fueron conservados con celo e interés; en cambio, los de contenido científico (1, 2, 3, 8 y 9) fueron borrados. Así pudo parecerle *el libro otro*, como que le faltaba algo esencial, la puerta científica para entrar e investigar los secretos del reino de Dios en las almas, generosamente por él abierto con tanta solicitud y empeño.

Jamás pudo aquietarse su espíritu sobre este particular. Si bien con moderación, no dejó de aplicar su nuevo método en todos sus escritos, especialmente cuando trató *ex profeso* de los escrúpulos y en el problema del discernimiento de los espíritus. Y para que no hubiese duda, lo consignó en la *Conquista* [127], donde leemos, hablándonos por boca del discípulo Fr. Deseoso: «Y no me maravillo, cierto, que tema y recele de hablar en cosas tan íntimas y de a solas [de las entradas del alma a su centro] *quien* ha visto que, por ser tales las de los «*Triunfos*» *que imprimió, han perdido con los indoctos y sin espíritu lo que ganaran si fueran de caballerías* o *relaciones de ciegos* o *cartilla de principiantes.* No está ya el mundo para tratar con él *con tantas veras, ni los sabios de él entienden agora lo que en la primitiva Iglesia* (cuando San Pablo escribía sus *Epístolas) entendía la gente rústica y del campo. ¡Oh gran mudanza de los tiempos!*»

La incomprensión, el desengaño y las alusiones, junto con la persistencia en su innovación, no pueden ser más evidentes y claras.

Pero el nuevo surco abierto por el P. Angeles en el campo de la ciencia mística no se cerró ya nunca, sino que fué ahondándose cada vez más. El primero y más afortunado secuaz del nuevo camino fué el carmelita P. Fuente, quien sigue al P. Angeles con toda fidelidad; hace del camino calzada, y la sigue sistemáticamente. Por su obra de *Las tres vidas del hombre*, la innovación del P. Angeles toma carta de naturaleza en la ciencia mística española. «En los primeros capítulos de esta primera parte [del libro de *Las tres vidas*] revela el autor sus conocimientos fisiológico-filosóficos. Parécenos, al leerlos, estar oyendo la melodiosa palabra del P. Angeles en sus *Triunfos;* tan parecida es la doctrina de ambos autores. Y es que el P. Fuente debió de leer con asiduidad los libros del dulce franciscano, a quien, en ocasiones, reproduce casi al pie de la letra» [128].

[127] *Diálogo*, 10, 1.

[128] P. JOAQUÍN SANCHÍS ALVENTOSA, O. F. M., *La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del Siglo de Oro*, p. 210. Madrid, 1946.

En efecto, ya en la *Introducción* le cita expresamente, pero no los *Triunfos*, como pudiera presumirse, sino las *Consideraciones sobre los Cantares*. Otras tres veces más le cita *nominatim*, y siempre la misma obra. De las cuatro, dos de ellas con elogio caluroso. Helas aquí: «Notable sentencia, *voluntad buena, voluntad llena*, dijo *un gran varón en la ciencia mística del espíritu*»; y añade al margen: «Angeles, *In Cant.*, lect. 10» [129]. La segunda: «Concluyamos esto con *unas palabras admirables* que dijo el *venerable Fr. Juan de los Angeles*, Descalzo de San Francisco, hablando a nuestro propósito, y dicen así» [130]. Luego, al margen: «Angeles, *In Cant.*, lect. 3, fol. 491». Semejantes elogios, brotados de tal pluma, son muy envidiables, máxime tratándose de un contemporáneo, *varón iluminado y extático*.

El verdadero influjo del P. Angeles sobre el P. Fuente, más que ideológico, verbal o literario, es el haberle inducido al empleo *sistemático y constante* de los conocimientos psico-fisiológicos en favor o en provecho de la ciencia mística. El P. Angeles descubrió el camino y le enseñó prácticamente, descubrimiento y enseñanza perdurables; el P. Fuente dióse plena cuenta del hallazgo y del magisterio, no encontrado en San Juan de la Cruz, ni en Santa Teresa, ni en otro antecesor, y tiene la gloria de haberlo perfeccionado, amplificado y recorrido con valentía y con gran éxito. Lección tan provechosa la recogieron poco a poco los maestros de espíritu nacionales y extranjeros.

Como muestra, véase el enunciado del libro 1, 11: «De los sentidos exteriores, dícese qué son y cómo sirven al alma.» Los ladillos correspondientes dicen así: «Potencias del alma sensitiva». «Sentido exterior, qué sea». «Objeto de los sentidos exteriores». «Sentidos exteriores, de qué sirven al alma». «El sentido del tacto, de qué sirve al alma». «Sentido del olfato, cómo sirve al alma». «Sentido del oído, cómo sirve al alma». «Vista corpórea, cómo sirve al alma». Es la fisiología puesta al servicio de la ciencia mística.

El P. Fuente, tenaz en la prosecución del nuevo camino, arguye duramente contra quienes lo ignoran y son, por ello, víctimas de sí mismos. Escribe: «Ultimamente, tiene el hombre corporal otro *conocimiento imaginario* o *fantástico*, que se llama *fantasía*, y es mucho de notar, porque *he visto personas de oración*, una y muchas, en este caso muy engañadas, y pienso que es ignorancia a

---

129 P. Fuente, *Las tres vidas*, 1, 2, 5.
130 Ibíd., *Introducción*.

veces suya, y a veces de los confesores y padres espirituales que las instruyen»[131].

Así, apoyándose en las ciencias que atañen a la naturaleza del hombre, discernía los espíritus y los fenómenos naturales el P. Fuente, siguiendo, lógica y doctamente, la nueva vía recién abierta por el P. Angeles a la ciencia mística cristiana.

Sea la conclusión: que España, henchida de Dios y de su Cristo, es la nación católica por antonomasia, siendo la Iglesia «el eje de oro de nuestra cultura»; que la filosofía española es filosofía de amor, con predominio psicológico y profundidad metafísica; y que armoniza, por principio y por obra, la acción y la contemplación, siendo sus santos modelos de semejante conjunción armónica; que la ciencia española exalta la personalidad, aun en el abrazo místico; que irresistiblemente se orienta el espíritu español a la expansión ecuménica y se infiltra en la entraña popular para dignificarla y elevarla; que tiene generosidad, proveniente de su espíritu cristiano; que la ciencia mística española es la expresión típica del alma nacional, y puso las ciencias que tienen por objeto al hombre al servicio de la ciencia mística universal.

III

LA CIENCIA MÍSTICA HISPANO-FRANCISCANA

1. Injerto del espíritu franciscano en el espíritu español

El espíritu de San Francisco de Asís, tan cristiforme y tan mariano, de tan columbina simplicidad amorosa, tuvo repercusión amplia y profunda en toda la cristiandad. La espiritualidad iniciada por él, *hombre nuevo* que vivió en *novedad de vida* y dió *nuevas señales* de santidad, subió a la categoría suprema de la *ciencia mística* por obra y virtud de aquella mentalidad seráfica que se denomina San Buenaventura, honrado por León XIII con el título de *Príncipe de la teología mística*. No mucho después dióse le base filosófica inquebrantable por el magisterio sutilísimo del Beato Juan Duns Escoto, fundador definitivo de la

131 Ibíd., l. 1, 14.

escuela franciscana, de perenne y fructífera vitalidad.

Con esto, el espíritu de San Francisco, que brotó de su corazón divinamente llagado y tuvo en él su verificación máxima, sentó sus reales en la ciencia cristiana, arraigó en el campo de la *ciencia mística* y, refloreciendo de siglo en siglo sin mengua de su primer impulso, ha llegado hasta nuestros días, y llegará, por su vigor interno, hasta la fin del mundo. Este *nuevo espíritu*, henchido de creciente y maravillosa fecundidad, ha llenado la tierra de justos, el cielo de santos, y la *ciencia mística* de tesoros juntamente divinos y humanos.

La mística franciscana, inserta en la espiritualidad española, despiértala, magnifícala, séllala e imprímele carácter, de modo que sin perder su fisonomía propia e inconfundible, persistiendo en sus *constantes*, forma un *todo espiritual* de solidez inquebrantable, de cumbres apenas accesibles y de perfecciones apenas superables. La mentalidad española alzóse, como águila caudal, hasta los más profundos senos de Cristo Hombre y de Cristo Dios, llegando a donde no se había llegado y dejando muy atrás las especulaciones místicas, invenciones e iluminaciones de judíos y árabes, de griegos y romanos, de los bracmanes y de los vedas. Parece ser que los españoles traspasaron el *non plus ultra* de la *ciencia mística*. Desde luego, posteriormente, poco se ha dicho que sea nuevo y merezca consideración. Son mucha mística Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fr. Juan de los Angeles, tres cúspides de la mística española.

Pero ¿de qué calidad es la nota mística que la espiritualidad franciscana injertó en el árbol del espíritu nacional? Se ha escrito lo siguiente: «Si se intentase dar a la escuela ascético-agustiniana apelativo apropiado que la definiera, se podría decir que, siendo psicológica como todas sus congéneres españolas, es *voluntarista*. Lo es en el sentido en que *la franciscana es sentimental*, y la carmelitana *emotivo-activista*, y la dominicana *intelectualista*, y la jesuítica *sistemática;* pues así como dentro de la ascética general ortodoxa se dan diferencias nacionales perfectamente definidas, por lo que se dice que la ascética germánica es *metafísica*, y la francesa *sentimental*, y la italiana *simbólicó-crítica*, y la española *psicológica*, dentro de ésta, los grupos de almas que la han cultivado, lo han hecho infundiéndola un modo de ser diverso, correspondiente al modo peculiar que ha tenido cada uno de concebir y hasta de expresar los problemas espirituales» [132].

---

132 P. Bruno Ibeas, O. S. A., *Ascéticos agustinos españoles*, en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos*, p. 213. Valladolid, 1925.

A esto de que la escuela franciscana sea *sentimental*, se contestó incidentalmente con estas palabras: «Conviene también que notemos en particular que la *admiración franciscana* es pura y desinteresada y libre del peso material del *sentimiento*. En un discurso que oí al P. Ibeas en un congreso famoso, pude ver que el orador confundía ese concepto, afirmando que el voluntarismo de la escuela franciscana era *sentimentalista*. Me pareció muy equivocado, y con él, otros que así piensan; y, por lo mismo, niego que el alma franciscana salga en *admiración* y se arrobe en su idea y vaya tras ella arrastrada o movida por la fuerza del *sentimiento* y por un empuje arrollador de un estado emotivo» [133].

La palabra *sentimental* sabemos todos a qué suena en el oído moderno, sonido que no armoniza con el *sentir franciscano*, que es un puro espíritu, ajeno muy mucho a lo que por *sentimentalidad* hoy en día se entiende. El *sentimiento franciscano* ni es según Descartes ni según Ribot; es anterior a ellos; y es *voluntad*, *amor* o *efusión de amor*, fundada en principios naturales sobrenaturalizados. El espíritu franciscano, como el agustiniano, de quien procede científicamente, es recio, sólido, heroico, obrador, y no alfeñicado, aniñado ni femíneo. Su *sentimiento* no es corpóreo, fisiológico, ni de tipo nervioso, sino anímico, psíquico, espiritualmente aquilatado, espíritu de amor, que se derrama con efusión racional.

No por emoción sentimental, sino por emoción voluntarista se mueve a obrar el espíritu franciscano. El amor se transforma en *admiración* en vista de las obras de Dios, dignas de su brazo y de su grandeza. Entendiólo así un gran místico español, ciertamente influído por San Buenaventura, *Doctor Seráfico*, a quien no podría apellidársele *Doctor Sentimental* sin descalificarle. Nos referimos a García de Cisneros, que dice en su *Ejercitatorio* (c. 23): «Y mira bien, que este ejercicio de la vía iluminativa no está en que te apresures a cumplirlo todo, mas en que te detengas en cada artículo, *encendiendo tu ánima en amor, hasta que, si ser pudiese, pase en admiración.*» *Si ser pudiese*, porque dificultoso es *admirar espiritualmente*, y fácil *admirar sentimentalmente*. Quede, pues, sentado que la *admiración franciscana*, su difusión amorosa, no es *sentimentalista*, sino *voluntarista*, como lo han sostenido todos los escritores franciscanos de todos los siglos, sin excepción.

La espiritualidad franciscana infiltróla en el alma na-

---

[133] P. Antonio Torró, O. F. M., *Filosofía del espíritu franciscano*, 6, p. 138. Barcelona, 1934.

cional el propio San Francisco en su venida a España. atraído por el sepulcro del apóstol Santiago. Antes había enviado a sus mensajeros espirituales, los protomártires franciscanos, cuyo martirio glorioso fué premiado con la conversión de San Antonio, que de agustino se pasó a franciscano.

Con San Antonio, genuino representante de la raza hispánica, entran en conjunción fecunda e indisoluble la espiritualidad española y la franciscana. San Antonio, Doctor de la Iglesia, *Doctor Evangélico*, jamás se despojará de su sello agustiniano. Del occidente español, al impulso franciscano, saldrá este sol nuevo y sin ocaso; luego saldrá por el oriente otro sol radiante, el Beato Raimundo Lulio, para que toda España sea luz cristiana perpetua, lumbrera de la cristiandad. El uno y el otro pondrán sus ojos en Africa, la santificarán con sus huellas de apóstol y derramarán su amor sacrificado (no su amor sentimentalista) por los campos y por las ciudades y cátedras europeas. San Antonio y el Beato Raimundo Lulio son los dos primeros pimpollos de la conjunción espiritual hispano-franciscana que crecieron en magnificencia.

«La escuela franciscana ha establecido que el primer elemento de la metafísica es el amor. San Antonio, su primer maestro, así lo sostuvo» [134]. Se ve cómo en San Antonio la nota franciscana resuena plena y auténticamente. Según nos dirá luego, la teología es un cantar nuevo, dulce al oído divino y renovador en el alma humana: «Sola theologia est canticum novum in aure Dei dulce resonans et animam innovans» [135]. Y no quiere que el apóstol franciscano sea un *sentimentalista*, sino un *hijo de la ciencia (filius scientiae)* [136], un hijo del saber, del obrar y del sacrificio. Quiere, de conformidad con esta orientación espiritual, que el orador sagrado se remonte sobre la ciencia humana, como el oro sobrepuja en calidad y precio a todos los metales: «Sicut aurum ceteris metallis, sic omni scientiae supereminet sacer intellectus» [137]. Enséñanos también que no se ordena la contemplación para la acción, sino la acción para la contemplación, como no se ordena la parte superior a la inferior, sino al revés. Como buen español y buen franciscano, quiere que la contemplación y la acción se adunen y armonicen; que no haya discordia, sino concordancia entre Marta y María, nota espiritual muy española. Vió que la misma Virgen y Madre

---

134 P. ANTONIO TORRÓ, O. F. M., *San Francisco de Asís*, 29, p. 158.

135 *In Dominica II post Pascha*, p. 149 (ed. de Locatelli).

136 *In Dominica I post Pentecostem*, pp. 257-258.

137 *In Dominica III post Pascha*, p. 174.

de Dios conjugó y unió en sí las dos vidas, contemplativa y activa: «Haec eadem Virgo fuit Martha et Maria» [138].

Más conocido es doctrinalmente el otro sol hispano franciscano, el sol oriental Beato Raimundo Lulio. Menéndez y Pelayo escribió: «El representante entre nosotros del pensamiento franciscano es el Iluminado Doctor, Ramón Lull, nuestra mayor gloria filosófica de la segunda Edad Media» [139]. Dióle Menéndez y Pelayo la representación hispano-franciscana, porque desconocía a San Antonio como escritor y como teólogo místico. Menéndez y Pelayo sabía muchísimo, pero no todo.

«Ramón Lull fué místico teórico y práctico, asceta y contemplativo» [140]. La trascendencia del lulismo fué grande. Lulio está plenamente dentro de la escuela franciscana europea, y sus obras han sido aceptadas y utilizadas por ellas [141]. Este mismo Sainz Rodríguez dice: «Lulio está profundamente influído por el misticismo árabe» [142]. No tal; el misticismo de Raimundo Lulio es genuinamente español, muy cristiano y antitético del misticismo árabe. Lo que sucede es que Raimundo Lulio se preocupó mucho de la conversión del mundo islámico al catolicismo, y, estudiándolo, dejóse influir con influjo superficial, externo, y de ningún modo *profundamente*. De ser así, Raimundo Lulio no sería genuino español, ni sería genuino franciscano, ni menos aún figuraría en el catálogo de los santos. Raimundo Lulio fué mártir del Islam: no quiso dejarse influir *profundamente* por el Islam, sino influir profundamente en él, empresa que le costó la vida.

Esta es la doble y primitiva raíz de la espiritualidad hispano-franciscana, que plantó personalmente San Francisco en el campo y en el alma nacional: San Antonio, *Doctor Evangélico*, y el Beato Raimundo Lulio, *Doctor Iluminado;* el sol occidental y el sol oriental de la España eterna.

La plenitud de la ciencia mística hispano-franciscana está en Fr. Juan de los Angeles. En él se concentran no sólo la espiritualidad española, sino la espiritualidad cristiana de todos los tiempos. La obra del P. Angeles es obra de plenitud, de madurez y de perfección. Confluyen en su mar todos los ríos doctrinales; en él se aduna todo, y todo lo bueno, auténtico y bello, halla resonancia en él, desde

---

[138] *In Assumptione S. Mariae Virginis*, pp. 732-733.

[139] *Ensayos de crítica filosófica: De las vicisitudes de la filosofía platónica en España*, p. 75. Madrid, 1892.

[140] MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ensayos de crítica literaria: De la poesía mística*, p. 3. Madrid, 1915.

[141] SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la historia de la mística en España*, c. 4, 1, p. 137.

[142] Ibíd., c. 3, 3, p. 99.

Platón y Séneca hasta Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Se goza en libar dulzuras en las flores de todos cuantos le precedieron, doctores y no doctores, canonizados y por canonizar, varones y mujeres, como expresamente dice en su *Exposición de los Cantares*. Las hojas de sus libros son verdaderos panales de dulzura espiritual, como ningún otro escritor los ha fabricado. Lo dijeron los contemporáneos y lo confirman los modernos. El es juntamente García de Cisneros y San Vicente Ferrer, Alonso de Madrid y Francisco de Osuna, Laredo y Estella, Avila y Granada, Pineda y Fr. Luis de León, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y es el P. Fuente antes de que el P. Fuente escribiera su libro de *Las tres vidas*, porque dió entrada y cabida en su mente y corazón a cuanto sus predecesores habían especulado y sentido sobre la vida espiritual y, dándole nueva vida, con arte nuevo nos lo dió trocado en manjar dulcísimo. A sus libros acuden solícitas las abejas espirituales.

De aquí, de la inyección espiritual franciscana, elaborada en laboratorios seráficos, nace el que la mística española sea *más intensa y penetrante* que las otras; de aquí su *serena claridad:* «La primera calidad que distingue al misticismo español es la de ser *más intenso y penetrante que los otros*. Vuela y ahonda más y se extravía menos. Se diría que toda la claridad del espíritu se guarda para él» [143].

2. Filosofía de amor

«Desde los tiempos del abrasado Serafín de Asís y del Beato Jacopone y de Ramón Lull [de nuevo se olvida Menéndez y Pelayo de San Antonio, *Doctor Evangélico*], parece que los franciscanos han tenido vinculada la filosofía de amor, de que es gran maestro San Buenaventura, como de la especulativa lo es Santo Tomás. Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios, durante el siglo XVI, son debidos a plumas de Frailes Menores, y entre todos ellos daría yo la palma, de buen grado, al extremeño (?) Fr. Juan de los Angeles, uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel» [144]. Había de ser así y no de otra manera: el franciscanismo, brotado de un pecho seráfico, había de sentir el amor, había de elevarlo a la categoría suprema y había de expresarlo en palabras, en obras y en escritos bellos y poéticos.

[143] Juan Valera, *Discursos académicos: Del misticismo en la poesía española*, t. 2, p. 29. Madrid, 1905.

[144] *Historia de las ideas estéticas*, 2, 7, pp. 90-91. Madrid, 1940

La escuela franciscana creó el *amor sabio*, constituyéndole *principio de la metafísica* [145]. De aquí que «la filosofía franciscana, por su esfuerzo máximo de afirmación del espíritu, exento de materia y libre, importa en el mundo la afirmación máxima del conocimiento científico y de la ciencia como pura realización de la verdad; porque el espíritu es, por esencia, sabio e inteligente» [146]. Toda la espiritualidad franciscana nace, crece y se consuma en amor; con amor piensa, con amor siente y con amor obra. «También la ciencia franciscana, como la experiencia franciscana, se ha de distinguir por ser portadora del amor» [147], porque «consiste en ser ella portadora universal del amor de Dios» [148], como lo son también las virtudes, la humildad, la pobreza, la penitencia, etc. [149]

Claro que tratamos aquí del amor sobrenatural o divino, y del amor natural sólo en cuanto es sobrenaturalizado por el divino amor, y es la parte humana que siempre queda en la vida divina del hombre. El P. Osuna, queriéndonoslo dar a conocer, dirígese a él y dícele: «Tú eres comunicación del Espíritu Santo, con la cual da cuanto tiene y hace que a sí mismo se traspase en nuestras ánimas» [150]. Si, pues, con el amor divino poséense no solamente los tesoros, los bienes y los dones del Espíritu Santo, que son infinitos, sino el propio Espíritu Santo, que es Dios, síguese toda la filosofía y teología de amor que el P. Estella medita, el P. Angeles razona y el P. Osuna constituye en ley. Síguese que «el amor de Dios es vida de nuestra alma» [151]; que «no tiene el hombre otra cosa propia sino amor» [152]; «que no podemos pagar a Dios sino con amor» [153]; que «solamente pide Dios que le amemos» [154]; que «el amor no se paga sino con otro amor» [155]; que «el amor nos lleva a Dios como a nuestro centro» [156], y, finalmente, que «a sólo el amor se da la posesión de Dios» [157], que es darle cielo y tierra.

Lógicamente, conocida esta doctrina, sostenemos con el P. Osuna: «Aunque se dice que proceden unos peca-

[145] P. Antonio Torró, *Filosofía del espíritu franciscano*, 5. p 121. Barcelona, 1934.
[146] Ibíd., p. 124.
[147] Ibíd., 3, p. 47.
[148] Ibíd., 3, p. 44.
[149] Ibíd., 3, p. 46.
[150] *Tercer abecedario*, tr. 16, 5.
[151] P. Diego de Estella, *Meditaciones del amor de Dios*, 46.
[152] Ibíd., 63.
[153] Ibíd., 60.
[154] Ibíd., 61.
[155] Ibíd., 62.
[156] Ibíd., 9.
[157] Fr. Juan de los Angeles, *Triunfos del amor*, 1.ª parte, c. 3.

dos de flaqueza, y otros de ignorancia, y otros de malicia, mejor se dirá que proceden de falta de amor de Dios, por estar resfriada la caridad» [158]. Si todo nuestro bien espiritual procede del divino amor, todo nuestro mal procederá de su falta.

Sobre el amor natural, que, según la feliz expresión del P. Angeles, es *concreado en el alma,* recae el amor sobrenatural, compenetrándolo, elevándolo y haciéndolo divino, de suerte que cuanto de él proceda, como de raíz divinizada, sea también divino. Las pasiones, que del amor nacen, se convierten así en instrumentos y fuerzas de santificación, y no son ya medios de ruina y de pecado. «Dijimos también—escribe el P. Angeles—que el amor era origen de las pasiones espirituales, y es ello así verdad, porque *el amor natural de Dios está impreso y concreado en el ánima,* en cuanto formada a la imagen y semejanza del mismo Dios, que *consiste en la memoria, noticia y voluntad,* el cual amor *es una conveniencia e inclinación a Dios,* como fin nuestro ultimado y en cierta manera centro nuestro inteligible, adonde permanecemos, estribamos y descansamos *amando*» [159].

Tan rico en sí y tan soberano es el amor, tanto en el reino celestial como en el terreno, tanto en el reino interior del alma como en el exterior del cuerpo, que, así como se dice en verdad que Dios es amor, así podría decirse que *todo es amor,* y que no tiene principio ni fin el amor. El P. Osuna, con el prestigio de su pluma, enumera algunas de las muchas especies en que se diversifica el amor, por su ser, por su obrar o por su tendencia u orientación [160].

Este amor, estos amores, natural y sobrenaturalmente considerados, tienen su ser, su raíz y su asiento en las intimidades del corazón del alma; son la vida del alma, con todas las consecuencias vitales que la vida lleva en sí y que, a su tiempo, salen y dan fe de lo que son. El amor, según sea, califica y colorea la vida: si humano, humana; si terreno, terrena; si divino, divina [161].

Cuando el amor divino inhabita en el alma y ha tomado posesión de ella, la mueve, la incita y la espolea, desasosegándola, para que busque a Dios, le abrace y adhiera íntimamente a él. «Y es de notar que este cuidado [solícito por hallar a Dios] es en dos maneras: uno el que Dios infunde. El que es infundido por Dios no deja dormir, ni comer, ni vivir con reposo; es al ánima un estímu-

[158] *Tercer abecedario,* tr. 16, 10.
[159] *Triunfos,* 1.ª parte, c. 3.
[160] *Tercer abecedario,* tr. 16, 9.
[161] Ibíd., tr. 1, 3.

lo y aguijón que no la deja reposar.» Pero esto no es suficiente; el hombre ha de poner su parte: «Ca [porque] Dios usura quiere y que ganes con lo que él te da, *poniendo tú en tu casa industria*, y si no la tienes, búscala mediante otros; no dejes morir tus deseos; morírsete ha la candela e quedarás a oscuras, e quitando el don quedarás más tibio que si no lo hubieras tenido» [162].

Viene aquí como anillo al dedo plantear y resolver con decisión y brevedad la cuestión del *amor puro*, que tanto ruido metió en otros tiempos y que a tantos desorientó. A los franciscanos, como a genuinos filósofos del amor, correspondía la palabra decisiva, y más a los franciscanos españoles, por ser España nación de amor. El P. Fr. Francisco García de Cisneros, iniciador afortunado del período áureo de la mística española, conoció ya la doctrina del *amor puro* auténtico, sublime, de origen sagrado. Le conoció y le enseñó con términos expresos, literales, y dióle la importancia que tiene en la vida del espíritu. Sus palabras son éstas: «*Fin de la meditación*. El fin de la meditación, oración y *contemplación*, no sea por tu provecho, no por evadir las penas, o por esperanza de ganancia o del premio celestial, o por la dulcedumbre de la meditación, oración o *contemplación*, porque este tal *sería amor mercenario;* mas *medita, ora y contempla por puro y filial amor*, porque aparejes en tu corazón morada a Dios, y des lugar a la gracia, y hagas la voluntad de aquel cuyos deleites son ser con los hijos de los hombres, el cual se deleita mucho en nuestra salud, porque para este fin es criada el ánima racional, para que cordial y amorosamente sea unida a su dulcísimo Criador, en esta presente vida, por meditación, oración y contemplación, y en la otra por perpetua fruición» [163]. La pluma del autor del *Ejercitatorio*, más que pluma benedictina, parece aquí pluma franciscana, movida por San Buenaventura, uno de los pocos místicos citados por él y seguidos.

Pongamos ahora dos autoridades primitivas y contemporáneas, y se verá en ellas la misma doctrina enseñada y practicada siempre por la escuela franciscana, que lo es de amor. Y sea el primero el P. Alonso de Madrid, cuyo *Arte para servir a Dios* es una joya científica de valor inestimable: «Muy más necesario fin *es obrar porque Dios quiere que obremos y por su bondad*, que nos necesita a amarle y servirle, *que haber bien y gloria para nosotros; porque aun haber bien y gloria*, más *principalmente de-*

[162] Ibíd., *Síguese la A.*
[163] *Ejercitatorio*, 69.

bemos desearlo porque Dios quiere que lo deseemos y hagamos, y porque habiéndolo, le amemos y sirvamos altamente, que *no por nuestro provecho y gozo y gloria*» [164]. Fray Bernardino de Laredo, ilustre por su libro intitulado *Subida del Monte Sión*, hizo constar: «En quieta contemplación o en mística teología, no se admite alguna cosa más que la esencial sustancia del ánima, porque sola ella se emplee en *puro y desnudo y unitivo amor*, y no en amor operable [con operación que desuna]: estas diferencias de amor, luego las entenderéis si las procuráis usar; declararse han adelante en el capítulo 26» [165].

La fórmula científica, definitiva y completa, ciertamente insuperable y muy concorde con el pensar, con el sentir y con la historia de la espiritualidad hispánica, nos la ofrece el mismo sesudo, sistemático y sagaz P. Alonso de Madrid, uno de los arquetipos de la mentalidad hispánica. La fórmula es: *Con amor y por amor*, de contenido ideológico incalculable. He aquí la exposición de la idea: «Notemos, declarando en sentencia con breves y usuales palabras, aquello que nuestro Redentor dice en la dicha segunda manera, esto es: *Ven y sígueme*, que quiere decir a cada uno y a todos que cumplamos cuanto está escrito para nuestra doctrina, haciéndolo no solamente con *amor, pero con amor y por amor juntamente*, porque éstas son las pisadas que él nos amonesta seguir. Por tanto, no basta cumplir algo de lo prescrito, pero todo no basta para bien servir, obrar con *amor*, pero con *amor y por amor*» [166]. Este es el principio y la conclusión del saber filosófico hispano-franciscano, y el ápice de la perfección obradora.

De aquí, del predominio que debe tener el amor en el espíritu y en la conciencia humana, la orientación encaminada a conseguir más amor y a trocarlo todo en amor: «Referir y sacar debes de toda cosa el amor» [167]; «los justos sacan aún de las virtudes el amor» [168]; «ítem, debemos sacar amor de los pecados que hemos hecho, pesándonos de ellos por el amor de Dios que allí se quebró, y porque pasó aquel tiempo sin amor al Señor, que tanto nos ama, el cual, para que le amemos, nos espera a penitencia» [169]; «el amor de Dios nos trae en conocimiento de él» [170]; «Dios ha de ser amado por ser centro nues-

[164] *Arte para servir a Dios*, notable 2.
[165] *Subida del Monte Sión*, t. p., 22.
[166] *Arte para servir a Dios*, notable 3.
[167] FR. FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer abecedario*, tr., 16, 1.
[168] Ibíd., tr. 16, 6.
[169] Ibíd.
[170] FR. DIEGO DE ESTELLA, *Meditaciones*, 87.

tro»[171]; «hemos de amar a Dios así como él nos ama»[172]; y hemos de vincularnos con él indisolublemente[173]. Seamos amor, como Dios lo es; muévanos a obrar el amor, como a Dios mueve; amor sea nuestro principio, nuestro medio y nuestro fin. Vivamos en amor, con amor y por amor. Tal es la tesis y la síntesis de la filosofía franciscana y también de la española, sostenida, vivida y enseñada por los místicos.

Concluyamos, resumiendo, con unas palabras jugosas, significativas y plenas de sentido que nos dejó estampadas el venerable P. Guevara, obispo de Mondoñedo, en su *Oratorio de Religiosos y Espejo de Virtuosos* (c. 5): «Dime, yo te ruego, *¿qué no sabe el que amar bien sabe?* ¿Qué deja de hacer el que no deja de amar? ¿De qué se queja el que siempre ama? Si el que ama tiene alguna queja, no se ha de quejar de lo que ama, sino de sólo sí mismo, porque en el amor hizo algún yerro, el cual yerro le pudo venir, ora de ser descuidado, ora de ser importuno: *jugum meum suave est.*» El P. Guevara, como los PP. Alonso de Madrid, Osuna, Angeles, Estella y Fr. Bernardino de Laredo, son representantes genuinos de la conjunción espiritual hispano-franciscana.

3. Unidad psíquica: unidad espiritual

El primero que pone la psicología al servicio espiritual sistemática y lógicamente, es el P. Alonso de Madrid en su librito *Arte para servir a Dios*. No tiene precedente ninguno, y le sigue luego San Ignacio, aunque por muy distinto camino. El primero va por vía de afecto, el segundo por vía de discurso; el primero por vía de voluntad, el segundo por vía de entendimiento. Entrambos son geniales, y ningún otro autor, nacional ni extranjero, los ha superado. Jamás se ha dicho tanto y tan bueno en tan breves páginas. Son dos hitos de la espiritualidad cristiana y son eminentemente psicológicos.

Con el P. Alonso de Madrid la mística franciscana entra de lleno en la mística española del siglo XVI, y alcanzará en Fr. Juan de los Angeles su fruto más sazonado y más dulce, su plenitud.

«La teoría mística franciscana sigue un proceso lógico tan riguroso y científico, que confieso de mí no haber semejante. Y lo mismo se verán obligados a afirmar los que

[171] Ibíd., 8.
[172] Ibíd., 64.
[173] Ibíd., 67.

lean algunos de los libros más notables de la misma» [174].

Esa *teoría mística franciscana* lo es de unidad: de unidad de vía, de unidad metódica, interna, externa, mental, cordial, pasional, de los sentidos interiores y exteriores, del entendimiento, de la voluntad, del amor.

«Afirma en primer lugar la Escuela que no hay distinción esencial entre la vida ascética y la mística. Uno solo es el principio constitutivo de las dos, el amor sobrenatural infuso, el cual se presenta respecto de la ciencia en dos momentos notables o grados de expansión: el uno, cuando el amor sobrenatural fluye y aspira sólo en el centro del alma y ápice del espíritu [...]. El segundo momento o grado se tiene cuando el amor divino ha extendido ya su influjo por toda la masa de la actividad humana, por los sentidos y por las facultades superiores; cuando ha fundido los movimientos particulares de éstas en el suyo sobrenatural, y hecho, consiguientemente, que todo el hombre se mueva según el impulso original y primitivo que en el fondo de su ser imprime la gracia. El primer grado es de *ascesis;* el otro, de *vida mística*. En el primero hay multiplicidad, división, insistencia, lucha; en el segundo, unidad, armonía profunda» [175].

Esto se nos dice en el siglo XX, eco fiel de lo que ya se dijo en la primera mitad del XVI por la boca áurea del P. Francisco de Osuna, maestro de maestros, cuyas doctrinas cebaron dulcemente el corazón seráfico de Santa Teresa. Esa lumbrera del magisterio espiritual hispanofranciscano quería, como fundamento de la torre mística, un espíritu *entero*, un alma *entera,* un corazón *entero* y una vida que se desenvolviese en *unidad,* en una integridad unida [176]. Así, escribió: «Anden siempre juntamente la persona y el espíritu.»—«El sentido de nuestra letra será que doquiera que vayas lleves tu pensamiento contigo y no ande cada uno por su parte, divididos; así que el cuerpo ande en una parte y el corazón en otra y sin tener miramiento en las cosas que haces» [177].

¿Quiénes son los que así obran, con tanta entereza e integridad? «Aquél guarda el espíritu entero que persevera en la contemplación que comenzó, y el ánimo guarda entero el que no deja las cosas de la vida activa que puede hacer; y el cuerpo se guarda en virtud entera, si perseveramos en la penitencia que le conviene; empero, lo que de estas tres cosas se puede guardar más entero

174 P. ANTONIO TORRÓ, en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos,* p. 139. Valladolid, 1925.
175 Ibíd., p. 141.
176 *Tercer abecedario espiritual,* tr. 9, 7.
177 Ibíd., tr. 1, 2.

y acrecentarse de cada día, si perseveran, es la contemplación, de la cual dice el Sabio (Prov. 4): *La senda de los justos, como luz resplandeciente, procede y crece hasta perfecto día*» [178].

El P. Estella admira el concierto y la armonía que hay en el cuerpo humano en orden a su conservación, sustentación y mantenimiento [179], y quiere que se goce el alma, que se alegre «en las cosas que causan alegría para su cuerpo» y que se entristezca «de las que le angustian» [180]; desea el compañerismo y amistad solícita entre ambos.

Cuando haya división, discordia, guerra, lucha o tiranía, se ha de restablecer la paz, imponiéndose la razón a la pasión. Galanamente lo dice el P. Osuna: «De la concordia que ha de haber dentro de sí.» «El hermano mayor, que es la razón, ha de librar a la sensualidad, como a hermano menor, de los cinco sentidos corporales que la prenden y cautivan» [181].

Como junta y aduna al hombre interior reintegrándolo en sí mismo y al hombre exterior trabándolo armónicamente y haciendo de los dos una cosa misma, un ser en su máxima plenitud y perfección, pretende también armonizar la vida toda, de modo que sea uno, que se ore y se trabaje juntamente. Espíritu franciscano es éste, y también muy español. «Si conociesen los indevotos que *pueden obrar y orar juntamente, si quisiesen*, cesarían de traer excusaciones en los consejos de Dios, y aunque en algunas obras, por ser trabajosas, no puede el hombre orar con entera atención, puede, a lo menos, en alguna manera orar [...]; según dice el Padre nuestro San Francisco, a ella [a la oración] deben servir todas las cosas temporales» [182]. Con esta doctrina concuerda la del padre Guevara: «De la antigüedad y excelencia de la oración, y que *muy* poco aprovecha el mucho orar sin el bien obrar», capítulo 36 del *Oratorio de Religiosos y Espejo de Virtuosos*. El P. Angeles quiere que se dé a cada tiempo lo suyo: «No siempre habéis de ser María, que está colgada de Dios—escribe—, sino a tiempos Marta, que atiende al regalo de Cristo y de sus siervos» [183].

[178] Ibíd., tr. postrero.
[179] *Meditaciones*, 36.
[180] Ibíd.
[181] *Tercer abecedario espiritual*, tr. 1, 5
[182] Ibíd., tr. 14, 3.
[183] *Triunfos del amor*, 1.ª parte, c. 7.

4. «Arte para servir a Dios»

A esta concepción unitaria de la vida espiritual, racional, afectiva y sensitiva, tenía que dársele *arte*, y esta empresa habíase reservado a una inteligencia y a una pluma franciscana: el P. Alonso de Madrid.

«Los métodos generales de educación ascética son dos: uno que va directamente a ordenar las facultades de conocer, y obtiene, en consecuencia, el orden de las facultades apetitivas. El otro va derecho al orden del amor, el cual fácilmente impone su ley a las demás fuerzas del alma» [184].

La invención y exposición ordenada de estos métodos, aplicados a la vía voluntarista y afectiva, es propiedad y gloria, como hemos insinuado, del P. Alonso de Madrid, y se contiene en su librito singularmente áureo *Arte para servir a Dios*. Es un libro que no tiene par.

He aquí algo de su contenido, algo que hace mucho a nuestro propósito. Dícenos: «Los libros morales o devotos, tres cosas en especial contienen. Lo primero, las cosas que debemos hacer. Lo segundo, muchas diversidades de dichos y razones y ejemplos que nos provoquen y conviden a hacer lo bueno [...]. Lo tercero (y *esto contienen pocos libros), es dar alguna forma o manera como hagamos el bien que nos mandan y enseñan* y para que nos convidan tan largamente» [185]. Pero sin *arte*, sin conocimiento de la causa, sin prefijación del fin y ordenación de los medios, nada se hace bien, se hacen mal las cosas. «Manifiéstase de aquí que poco podría aprovechar saber todo lo que está escrito para servir a Dios si no supiésemos qué manera y orden debemos tener para ponerlo por obra» [186].

Necesítase, pues, una ciencia ordenadora de nuestras actividades espirituales y sensitivas, y que se escriba para provecho de todos, pues de otra suerte irán desconcertados o podrán desconcertarse con facilidad. Por fin, se escribe el *Arte*: «Cuál sea la causa por qué lo dejaron de escribir, no nos pertenece aquí escudriñarlo, mas creemos que tuvieron muchas justas causas que a la sazón lo demandaron; y *al presente alabemos al muy alto, que en*

---

[184] P. Antonio Torró, *Teoría ascético-mística franciscana*, en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos*, p. 143. Valladolid, 1925.

[185] *Arte para servir a Dios*, notable 1.

[186] Ibíd., prólogo.

tan pequeña obra nos quiso proveer de cosa tan necesaria» [187].

Es un *libro llave*, llave que abre los otros libros para que la luz penetre en ellos, favorezca su lectura, y así sea más provechosa. «Pero tornando a nuestro propósito, para declarar que este libro es muy claro y declarador de los otros—escribe—, notaremos que, pues casi todo él se ocupa principalmente en dar *arte y manera* para mover el entendimiento y la voluntad a saber cómo habemos de poner en obra las grandes cosas de que todos los libros están muy llenos, síguese muy bien que *éste es declarador de todos ellos, como de hecho ya lo han experimentado muchos que a él se han dado, y lo experimentarán también los que a él se dieren»* [188].

Y no hay nada que en el servicio de Dios, en el camino de la virtud y de la perfección, excuse de vivir y proceder con *arte*, puesto que de todo se ha de aprovechar el hombre para progresar en espíritu y en verdad. «Y como quiera que el *arte* para todo bien venga del *soberano artífice*, que es Dios, y muchos sean de su bondad alumbrados y prevenidos en bendiciones de suavidad y dulzura, no por eso debemos dejar ni se nos quita la obligación de hacer lo que en nosotros es, escudriñando sus mandamientos y querer, y cuanto fuere menester para perfectamente cumplirlo» [189].

Provecho que se saca viviendo y ejercitándose espiritualmente, con *arte* y no desconcertadamente o *sin arte:* «Y por aviso postrero de este primer *notable*, nos advierte, sin duda debemos tener que dispondrá más perfectamente su alma en *tres meses* para venir al *perfecto amor de Dios* el que se guiase según las reglas de esta *Arte, sacadas del Santo Evangelio*, que podría *en mucho tiempo el que de esto no se quisiese guiar»* [190]. «Será, pues, para esto, provechosa la breve forma o arte que se sigue, para saber poner en obra las grandes cosas que la Santa Escritura nos enseña» [191].

Y sigue el *Arte*, maravillosamente propuesto, ordenado y explanado y que, principalmente, consiste en *ayudarnos*, «escudriñando y obrando», porque «faltando nosotros en esto, no tenemos razón de creer que la tal unción [del Espíritu Santo] nos enseña» [192].

Esta orientación especulativa impone el estudio y cono-

[187] Ibíd., notable 1.
[188] Ibíd.
[189] Ibíd., prólogo.
[190] Ibíd., notable 1.
[191] Ibíd., prólogo.
[192] Ibíd.

cimiento del hombre interior y del hombre exterior, de todo el hombre, para dominarlo íntegramente y hacerlo digna morada de Dios, en lo posible y en cuanto esté de su parte. Así lo ha hecho la escuela. El P. Angeles dice: «A veces es grande luz [sobrenatural], y con la poca que yo tengo, te sé decir que *ninguno podrá aprovechar cosa alguna en la contemplación, hasta haber alcanzado este conocimiento de sí mismo*» [193]. Y en otro lugar: «*Discípulo.*—Al fin, habemos de confesar todos que el principio de la verdad es la disciplina y *conocimiento de sí mismo*» [194].

Laredo enseña otro tanto: «Una cosa oso decir: que *en el conocerse el ánima a sí y a su mismo cuerpo, y en conformarse con Cristo Jesús, está toda la verdad* que al verdadero adorador le es dicho que ha de tener» [195].

El premio de quien por recto camino y veraz se busca a sí, es encontrarse a sí y, por añadidura, a Dios, tesoro de infinito precio. El propio Laredo nos lo dice: «Así que en buscar primero a mí, me hallo a mí y a mi Dios, y cosa es más aprovechada en los principios o principiantes buscarme primero a mí, que no comenzar especulando las maravillas de Dios» [196]. Nace del conocimiento de sí, del alma y del cuerpo, un sentido justo y proporcionado en la mortificación corporal, que pudiera deslumbrar de otra suerte. La mortificación del hombre animal tiene por fin reducirlo y sujetarlo a la ley del espíritu, así como se ha de mortificar el espíritu para reducirlo y sujetarlo a la ley de Dios. El P. Guevara intitula de esta manera el capítulo 32 de su *Oratorio:* «De cómo el siervo de Dios de tal manera se haya con su cuerpo, que se castigue, mas no que se mate». La Ley Cristiana es *yugo suave y carga ligera* [197].

Conocido el hombre y los principios que rigen y gobiernan su ser, su vivir y su obrar, sácase la norma o arte con que se le ha de guiar y el conocimiento de lo que se ha de hacer. El P. Alonso la formula diciendo resueltamente que «es el fundamento grande de todo lo que se ha de decir y *de toda la vida espiritual:* que naturalmente está en manos de cuantos viven en el mundo querer o dejar de querer cualquier cosa que quisieren o les pareciere que deben querer o no querer, y por el fin que quisieren» [198]. Así es, y por esto ensalzó tanto el P. Angeles

[193] *Manual de vida perfecta,* diálogo 1, 6.
[194] *Conquista del reino de Dios,* diálogo 3, 10.
[195] *Subida del Monte Sión,* 1.ª parte, c. 28.
[196] Ibíd., 11.
[197] Matth., 11, 30; I Joan. 5, 3.
[198] *Arte para servir a Dios,* notable 6

el libre albedrío, porque hállase en él todo el ser del hombre, presente y futuro: «Entre las mercedes que Dios hizo al hombre en su creación, una es, y por ventura la mayor (no saliendo de los límites de naturaleza), haberle dotado de libre albedrío. Fué una joya ésta tan preciosa y rica, que como un diamante de inestimable valor resplandece y se aventaja a las demás» [199].

El *Arte*, pues, ha de consistir en disciplinar al hombre íntegramente, el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus potencias; en ordenar el entendimiento y la voluntad, valiéndose del querer incoercible que posee. El hombre se condena por sí, y se salva por sí con el divino auxilio. Para este fin nobilísimo aprovéchese del *arte*, del arte hispano-franciscano, que, para bien de todos, inventó y expuso con magisterio sorprendente Fr. Alonso de Madrid.

5. Dios se brinda a todos; presencia de Dios en todo

Naturaleza y gracia deben juntarse en el hombre, al modo que la humanidad y la divinidad se juntaron en Jesucristo.

«En lo espiritual es menester, para que se cause conocimiento, que con la lumbre natural, que está impresa en nuestra ánima, *se junte la lumbre divina y celestial*, para que en esta mezcla veamos lo que antes no conocíamos, y podamos decir con David (Salmo 35): *En tu lumbre, Señor, veremos lumbre*» [200].

Sigue el mismo P. Osuna: «Aunque tengamos naturalmente alguna habilidad para contemplar la divinidad de nuestro Señor Dios, es, empero, necesario que del mismo Sol de justicia seamos de nuevo movidos [...], con el calor de la paloma, que es el Espíritu Santo, lo cual, si queremos alcanzar *más altamente*, será bien que nos hagamos ciegos a todo lo que Dios no es» [201]. Y concluye: «Pues Dios no es aceptador de personas, esta comunicación [espiritual] no es a ti, oh hombre, quien quiera que seas, menos posible que los otros; pues que no eres menos hecho a imagen de Dios que todos los otros, ni creo que tienes menos deseo de ser bienaventurado que los otros; empero, según te he dicho, no Dios, sino tu libertad, pienso que dirás que la edad y el oficio, o la complexión, o la enfermedad, o el ingenio te excusan y apartan de esto. No sé qué responda, sino aquello que dice el Sabio (Prov. 18): *El que se quiere apartar del amigo, achaques busca,*

199 *Conquista del reino de Dios*, diálogo 7, 10.
200 P. Osuna, *Tercer abecedario espiritual*, tr. 3, 1.
201 Ibíd.

y todo tiempo será reprehensible. Si a ti te satisfacen tus excusas, no lo sé: a mí te sé decir que escandalizan» [202].

Por eso, porque los nuestros entienden que todos son llamados a la empresa de la santidad, pónenla en un hito accesible a todos, sean quienes fueren y estén como estén, sanos o enfermos, ricos o pobres, jovencitos o ancianos. «La verdadera santidad—escribe Fr. Alonso de Madrid—se encierra y consiste en un solo punto, que es ser un espíritu y de un querer con Dios» [203]. El afecto, el amor, busca y halla a Dios, y el amor está en manos del hombre, sin que nadie se lo pueda quitar en no queriéndolo él. «Porque no hay controversia que al ánima pueda impedir el camino de su Dios, porque el efecto de las potencias del ánima le lleva donde se va, y cuando quiera que en Dios piensa o de él se acuerda o allégase a él, se desea con afición, ya está con su Dios y en él, y esto cuantas veces quiere y aunque esté con premio, aprisionada o en cualquier tribulación» [204].

El poner precisamente la vida mística en *ayuntamiento de amor* [205] y el enseñar «que se deben preferir y anteponer la obediencia y caridad a la oración» [206], es muy franciscano y muy español. Se deben *preferir y anteponer,* pero sin que se suprima la oración, pues «sin ninguna oración vocal o mental hacer», no pueden ser buenos los hombres, como el P. Guevara enseña [207].

Si Dios se brinda al hombre y bríndasele en todo momento, constantemente deberá el hombre vivir en presencia de Dios voluntaria y activa, y no en presencia de Dios forzosa e inanimada. Hacer de la presencia de Dios en todo una presencia viva y amorosa, es un arte que lleva insensiblemente a la más alta perfección, porque dicha presencia es obradora, eficaz, estimulante y gozosa. Siendo Dios nuestro todo, teniéndole presente y amándole, se le goza. Hay que ver a Dios en todo, y máxime en nosotros, en el alma y en el corazón. Penétranos Dios tanto y con tanta plenitud e intimidad, que, según la expresión del P. Osuna, «más te mantiene Dios que las viandas». «Ni por eso has de pensar que Dios es forma de las cosas, aunque según verdad sea más necesaria su cooperación a las cosas para que obren que no la forma a la materia

202 Ibíd., tr. 1, 1.
203 *Arte para servir a Dios,* notable 1.
204 Fr. Bernardino de Laredo, *Subida del Monte Sión,* 1.ª parte, c. 20.
205 Ibíd., p. t., 1.
206 Ibíd., p. p., 23.
207 *Oratorio de religiosos,* 39.

para que tenga ser»[208]. Todo, sin sombra de panteísmo, del que, por instinto, rehuye el genio de España.

De acuerdo con esta doctrina, el propio P. Osuna quiere que *mezclemos* «en todo a Dios», por una vía o por otra, valiéndonos de un medio o de otro[209]. En presencia de un Dios tan infinitamente grande, que lo llena y compenetra todo, se dilata la mente, ensánchase el corazón y siente alas el espíritu para remontarse como el cóndor andino al Aconcagua de lo eterno. El puro espíritu procede así: «Ninguna cosa le satisface que no sea infinita en grandeza, infinita en potencia, infinita en bondad, eterna y sin principio ni fin. Aquí es el alma enriquecida más de lo que yo sabré encarecer», nos afirma el gran contemplativo Fr. Juan de los Angeles[210].

Para que con facilidad pueda enseñarse y practicarse tan sana y fructífera doctrina, este mismo autor escribió, con su pluma de cisne, un lindo y sustancioso tratado sobre la *Presencia de Dios*, en el que brillan sus cualidades de psicólogo y de maestro espiritual.

6. Entendimiento y afecto

La escuela franciscana española, siendo predominantemente afectiva o volitiva, reconoce y recomienda entrambas vías, la del entendimiento o discursiva y la de la voluntad o afecto, que deben ir paralelamente a veces, y a veces entrecruzarse. Por una y otra debe correr el espíritu, si bien se ha de imponer, al fin, el amor, consumador y ápice definitivo, o coronamiento de la vía sobrenatural y mística.

Así nos lo enseñan los maestros de más autoridad y de sabiduría más encumbrada: «De aquí se nos ofrece considerar—escribe uno de ellos—que hay dos maneras de estudio o dos diferentes escuelas para el alma: una de devoción y afecto, otra de conocimiento e inteligencia; porque la perfección nuestra es doblada y consiste en la virtud y en la ciencia. Conviene, pues, al varón espiritual y evangélico ser adornado de estas dos cosas, para que por la primera sea enderezado en el bien, y por la segunda en la verdad; por la primera arda, por la segunda resplandezca y dé luz; por la primera sea podoroso en el obrar, y por la segunda en el hablar, a ejemplo de aquel que comenzó a obrar primero que a enseñar»[211]. Esto el

---

[208] *Tercer abecedario espiritual*, tr. 11, 2.
[209] Ibíd., tr. 22, 5.
[210] *Manual de vida perfecta*, diálogo 1, 8.
[211] P. Angeles, *Triunfos del amor*, 1.ª parte, c. 3.

prestigioso maestro Fr. Juan de los Angeles; y el P. Francisco de Osuna había dicho antes que él con galana pluma: «Las dos alas de nuestra ánima son el entendimiento y la voluntad; las cuales le fueron dadas para que pudiese buscar el reposo en que la soledumbre del corazón se halla, de la mano de Dios proveído de todo lo necesario para henchir nuestro deseo y aparejado por su industria, que la nuestra no basta. Estas alas, según que San Juan dice, son de águila, cuyo vuelo y conversación es en el cielo [...]. Aunque esto es así, no deja de haber algunos que piensan y trabajan por alcanzar este reposo de contemplación, meneando la siniestra ala del entendimiento como quien rema con un solo remo para venir al reposado puerto y quiere nadar con un brazo para salir a la orilla. A estos tales dice nuestra letra que *no entendiendo*, lo cual es usar de la ala izquierda, *mas gustando,* lo cual es usar de la ala derecha, *piensen alcanzar el reposo* que desean» [212]. Concordia, pues, entre el entendimiento y la voluntad, necesarios y alas del espíritu.

Pero, entiéndase bien: el entendimiento no puede aprehender a Dios, puesto que aprehende por formas esencialmente limitadas, y Dios no la tiene, trasciende toda forma y toda idea. En cambio, el amor no tiene forma de suyo limitada y es, por esto, más apto y acondicionado para aprehender a Dios, unirse con él y en él transformarse. Un momento, por tanto, ha de haber en las ascensiones místicas en que ha de parar el entendimiento, por no serle posible dilatarse más, y ha de continuar obrando encendidamente el afecto, por ser ilimitada su capacidad aprehensiva. Véase cómo se expresa uno de nuestros maestros más ilustres: «De cómo ha de callar nuestro entendimiento.—Nuestro entendimiento nos trae a Dios para que le conozcamos, y como no nos lo puede traer desnudo, sino según nuestro flaco conocimiento y según la manera con que lo podemos recibir, *claro está que mediante otra cosa lo hemos de conocer;* empero, como el amor nos saca fuera de nos, para ponernos y colocarnos en lo que amamos, va el amor y entra en lo más secreto, quedándose el conocimiento fuera, en las criaturas» [213].

«El ánima dichosa sabe allegarse a su inaccesible Dios por vínculo de muy sosegado amor, *sin medio de algún pensamiento* que antevenga en esta unión, presupuestas las vías purgativa e iluminativa, que enseñan la lición de las partes primera y segunda de este libro, y pureza de conciencia» [214].

212 *Tercer abecedario espiritual,* tr. 12, 1.
213 Ibíd., tr. 21, 3.
214 Fr. Bernardino de Laredo, *Subida del Monte Sión,* t. p., 8.

Desasida y alimpiada la mente de cosa criada, de forma concreta o limitada, se consigue obrar en espíritu puro y contemplar según él, sin forma, ni figura, ni palabras, ni imágenes. Dios, espíritu, y el alma, espíritu, se unen, abrazan, conocen y aman divinamente. «Y es de saber —escribe Laredo—que cuando nuestro entendimiento cesa de discurrir meditando en cualquier pensamiento justo y santo y se para y goza en quietud de aquello que meditaba, se llama *inteligencia;* y cuando en aquella su quietud no se mezcla ni se bulle cosa criada, llámase *pura inteligencia,* y ya le conviene alguna aprehensión intelectual ajena de corpulencia y se allega a *pura contemplación*» [215]. Y añade: «Así que de aquí se entiende la manera que en vía de contemplación perfecta se ha de tener cuando por necesidad nuestro entendimiento se vuelve a las cosas criadas, para que luego se vuelva *inteligencia pura* y se convierta al amor, sin el cual cualquiera contemplación se ha de tener en nada» [216].

«Qué cosa sea no pensar nada en contemplación perfecta», nos lo dice el propio Fr. Bernardino de Laredo: «Cuando tengo a solo Dios, tengo en él todo lo que he de tener, y cuando tengo con él todas cuantas cosas crió, no tengo más que si solo lo tuviese. Y ¿qué quiere decir esto? Cierto y verdaderamente en presencia de nuestro Dios y Señor todo lo criado es nada. Pues el ánima que por amor unitivo en la contemplación quieta está ocupada en su Dios, bien se dirá con verdad que *no debe pensar nada, pues que en este pensar nada tiene cuanto hay que pensar*» [217]. Profunda e insospechada razón: el no pensar nada, consiste en un pensamiento que los implica todos, cual es el pensamiento aprehensivo de Dios infinito.

De otra suerte, «crece el amor con el más conocimiento» [218]; pero el divino reposo místico, la aprehensión más amplia, permanente y gozosa de Dios, no al conocimiento, sino al amor, incumbe con plenitud de derecho: «No entendiendo, mas gustando, pienses alcanzar reposo» [219], el reposo místico, la plena y sosegada aquietación de todo cuanto el alma desea y el espíritu ambiciona.

Como la mística hispano-franciscana no entiende ni enseña que sea ciego el amor, sino que tiene ojos muy claros y penetrantes, síguese que vea más que los entendimientos fríos o desamorados, y que se dilate y llegue hasta donde no alcance la inteligencia más aguda y estudiada.

---

215 Ibíd., 13.
216 Ibíd.
217 Ibíd., 27.
218 Ibíd., 30.
219 P. Osuna, *Tercer abecedario espiritual,* tr. 16, 4.

Sostiene que «*la virtud o fuerza de la criatura racional es el amor;* porque tanto tienes de virtud cuanto tienes de amor, y no más; en tal manera, que no te dará Dios tres blancas por todo cuanto tienes si falta el amor, aunque sea tuyo todo el mundo»[220]. El amor es, además, lámpara del entendimiento: «Por alumbrar el amor nuestro entendimiento, se compara en la Escritura al fuego»[221].

La coexistencia de más amor con menos conocimiento, no sólo es conforme con la filosofía divina, sino con la humana y vulgar, pues no se contradicen lo humano y lo divino, sino que más bien se armonizan, explican y complementan: «Muchas veces acontece aun en los animales —nos dice el P. Osuna—, cuanto más en los hombres, que adonde hay menos conocimiento, hay mayor afección y amor, como vemos en los muchachos, que mientras menos conocen aman más a sus padres; y en los novicios, que en los primeros o en el primer año son más devotos con su simplicidad que no después que son doctores»[222]. De aquí la consigna: «Intimamente sosiega, y acalla tu entendimiento»[223].

La visión intelectiva pura no se pierde ni en la contemplación más afinada; lo que sí acontece es una especie de colapso mental que resulta ganancioso para el alma: es como un toque eléctrico instantáneo o muy breve en que el alma se siente metida y anegada en Dios, saliendo luego más viva, más briosa, más enriquecida espiritualmente y más gozosa. Con elegancia y sabiduría nos lo dice el P. Osuna y debe ser observado por aquellos a quienes incumbe, por tener que ocuparse de estas enseñanzas especulativa o prácticamente. «En estos *recogimientos*—dice—no se acalla tanto el entendimiento, *que del todo esté privado;* porque *siempre queda una centella muy pequeña,* bastante solamente para que conozcan los *tales que tienen algo y que es Dios;* de manera sosegada y calladamente parece que el entendimiento está acechando lo que pasa en estas cosas, como que no hace nada; y parece que el ánima no querría que hubiese ni aun aquello, sino morirse en el Señor y perderse allí por él. Y *allegan trances o puntos que totalmente cesa el entendimiento,* como si el alma no fuese intelectual; *empero, luego se torna a descubrir la centella viva del muy sencillo conocimiento,* y es cosa de admiración, porque *en aquel cesar de entender totalmente, recibe más gracia.* Y desque torna a revivir y salir de la niebla, se halla con ella sin saber

220 Ibíd.
221 Ibíd., 10.
222 Ibíd., tr. 5, 2.
223 Ibíd., tr. 21, 1.

por dónde ni cómo la hubo y, por haber más, se querría tornar a mortificar *ninguna cosa entendiendo*, y torna como quien zabulle en el agua y sale de nuevo con lo que deseaba» [224]. «Porque—según Laredo—la quieta contemplación *comprehende tocando*, y *no penetra entendiendo*, por ser incomprehensible el perfectísimo objeto de su santa operación» [225].

Esta contemplación callada y *quietísima* que Fr. Bernardino de Laredo enseña, y posteriormente enseñaron Santa Teresa, San Juan de la Cruz y el P. Angeles, con otros muchos, nada tiene de *quietismo*, sino que implica la más sutil, refinada y sobrenatural actividad, tanto más aguda cuanto más imperceptible al sentido. Obra al modo de Dios en las criaturas, espiritualmente, sin bullicio, en silencio, con quietud y sosiego. Es contemplación que «sobrepuja a la naturaleza, siendo ofrendada *en amor por sólo amor*» [226].

Más prefiere el P. Angeles amar con el corazón que ver con el entendimiento, y con razón. Ved su doctrina: «Absolutamente más vale amar sin ver que ver sin amar; porque, viendo y no amando, no se posee a Dios ni hay amistad con él; pero, aunque yo no le vea, si le amo poséole y soy su amigo, y él lo es mío; porque escrito está: *Yo amo a los que me aman*» (Prov. 8) [227].

Finalmente: «No hay cosa tan estimada ni tan propia del hombre como la voluntad, y quien ésta dió, todo lo que pudo dar, dió» [228]. Por esto, amándonos Dios, como nos ama, todo nos lo da; y si nosotros conseguimos amar a Dios del modo y manera que nos ama él, todo se lo daremos, y en darnos Dios a sí y sus cosas, y en darnos nosotros a él con nuestras cosas (que bien poca cosa son), está nuestro negocio, la granjería de nuestra felicidad temporal y eterna.

7. Influjo doctrinal de la ciencia mística hispano-franciscana

No nos referimos a la influencia ejercida en la espiritualidad extranjera, como ciertamente la ejerció el P. Estella en San Francisco de Sales, según nos lo confiesa él mismo en su *Práctica del amor de Dios* y en su *Epistolario*, sino al influjo interno, en la mentalidad espiritual his-

[224] Ibíd., 7.
[225] *Subida del Monte Sión*, p. t., 5.
[226] Ibíd., 30.
[227] *Triunfos del amor*, prólogo.
[228] Ibíd., p. p., 21.

pánica. Con el P. Fr. García de Cisneros, benedictino, la ciencia mística española del Siglo de Oro plantó el primer hito o alzó la primera columna. En su obra *Ejercitatorio,* tan semejante y tan disímil de los *Ejercicios* de San Ignacio, las huellas franciscanas son manifiestas, no sólo doctrinal, sino estilísticamente. He aquí un párrafo suyo que, si no supiésemos de quién es, diríamos que fluyó de pluma franciscana: «Porque para alcanzar su gracia [la del Señor], sin la cual es imposible conseguir la misericordia, conviene que a manera de los truhanes [bufones] que andan en las cortes de los grandes señores, los cuales, cuando codician alcanzar alguna cosa temporal, primero loan al príncipe por muchas maneras, y después demandan lo que desean, así te hagas tú juglar espiritual, loando a Dios para alcanzar perdón de tus pecados» [229]. Genuinamente franciscano, si bien escrito por un benedictino auténtico.

Si, como se sabe, el espíritu franciscano se connaturalizó en España y se hizo uno con el espíritu español, de manera que doquiera se le descubre en los acontecimientos hispánicos de alguna trascendencia, mayormente se le descubre y ve en la ciencia mística.

Sainz Rodríguez ha escrito: «Esta obra [*Subida del Monte Sión*], como los *Abecedarios*, de Osuna, es una de las claves indispensables para entender la *mística española*» [230]. Se olvida Sainz Rodríguez, entre otros, de dos obras más, cuyo influjo fué también grande, el *Arte para servir a Dios,* de Fr. Alonso de Madrid, y el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos,* del P. Antonio de Guevara.

La espiritualidad franciscana influyó profunda y ampliamente en la carmelitana, ideológica y literariamente, no achicándola ni absorbiéndola, sino agitándola, estimulándola y prestándole alas seráficas. El P. Ibeas dijo: El amor franciscano, «que tan honda y brillante repercusión ha tenido en la ascética carmelitana de Santa Teresa y San Juan de la Cruz» [231].

Este influjo de lo franciscano español en lo carmelitano español, unánimemente reconocido, es mucho más hondo y más extenso de lo que pudiera pensarse, fundándose en las personalidades tan vigorosas, tan originales y de tanto genio como Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

He aquí algunos indicios que denuncian lo mucho que hay: «La Madre María de San Francisco, en la *Informa-*

---

[229] *Ejercitatorio,* 12.

[230] *Introducción a la historia de la literatura mística en España,* 5, p. 224.

[231] *Ascéticos agustinos españoles,* en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos,* p. 215. Valladolid, 1925.

ción sobre la santidad de Teresa, que tuvo lugar en Medina del Campo, se expresa así: «Digo que el tiempo que no gastaba nuestra Santa Madre en oración y cosas fervorosas, lo pasaba en lección, y los libros que especialmente leía eran los *Morales,* de San Gregorio, y las obras del *Cartujano* y el *Abecedario,* de Osuna, en la *Subida del Monte* [Sión], en las obras de Fr. Luis de Granada, *Arte para servir a Dios* [del P. Alonso de Madrid] y *Contemptus mundi* y las *Vidas de los santos*» [232].

La propia Santa Teresa los recomendaba: «Tenga en cuenta la Priora con que haya buenos libros, en especial [...] *Oratorio de religiosos* [del P. Guevara], los de Fr. Luis de Granada y *los del P. Fr. Pedro de Alcántara,* porque es en parte este mantenimiento tan necesario para el alma, como el comer para el cuerpo» [233].

En particular influyeron doctrinalmente en la Santa Doctora, según ella misma confiesa y es sabido, el P. Alonso de Madrid, en su *Arte;* el P. Osuna, en su *Tercer abecedario,* y Fr. Bernardino de Laredo, en su *Subida del Monte Sión.* Además, el magisterio de San Pedro de Alcántara y el ejemplo de Santa Clara, en la cuestión de la pobreza y en las fundaciones sin renta, fué decisiva. No hay, por tanto, duda ninguna sobre este punto, digno de ser ampliamente estudiado. Repárese, desde el punto de vista literario y doctrinal, qué repercusión pudieron tener en la mente y sensibilidad exquisita de Santa Teresa estos pasajes del P. Osuna, tantas veces leídos y rumiados por la Santa en sus repetidas lecturas del *Tercer abecedario:* «De cómo has de guardar el corazón, a manera de castillo»; «De la tercera puerta del corazón», tratado IV, capítulos 3 y 4. Amplía, exponiéndolo, el símil y, entre otras cosas, dice: «Desta manera, aunque por la primera puerta, que es el entendimiento, venga la soberbia con sus vanas imaginaciones, será vencida por la subjeción que dará a Dios lumbre de la razón; e aunque por la segunda puerta de la voluntad venga la avaricia, quemarle ha el amor de Dios todo su ejército, amando enteramente las cosas celestiales y teniendo por muy pocas las terrenales; y aunque por la puerta de la sensualidad venga la lujuria, el temor de Dios, que es cuchillo muy agudo, circuncidará a todas las demasías de la carne, y la hará estar subjecta al espíritu, para que así esté el corazón guardado con toda guarda.» ¿Quién no ve aquí el precedente, el anuncio, del *Castillo interior* o *Las Moradas* de la sin par Teresa de Jesús? Aunque, claro está, de lo uno a lo otro hay inmen-

232 PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la historia de la literatura mística en España,* 5, p. 241.

233 *Constituciones,* citadas por SAINZ RODRÍGUEZ, ibíd., p. 240.

sa distancia, porque la obra de Santa Teresa es de lo más genial que han escrito los hombres; pero ¿hubiérala escrito en caso de no haber leído al P. Osuna? Quizás tuviéramos otra obra tan buena, mas no el *Castillo interior* o *Las Moradas*.

El sapientísimo Fr. Luis de León, gran defensor y panegirista de Santa Teresa, en los tiempos que todavía era muy discutida, defendiendo el *camino de unión* enseñado por la Santa en sus libros, escribió: «Pues ¿qué injusticia es recelarse de sola esta escritura, por lo que anda en otras mil escrituras? Vean a San Buenaventura; vean a Ricardo de San Vitore; vean a Juan Gersón. Y si quieren lengua vulgar, vean en la Tercera Parte a los *Abecedarios*, que llaman; y vean que es cifra lo que la santa Madre Teresa en esto dice» [234].

En cuanto al influjo del espíritu franciscano en San Juan de la Cruz, no es fácil la demostración, ni ha sido comprobado; se ha dicho vagamente y en cuanto a cierta tendencia y orientación en la filosofía de amor. Las fuentes doctrinales o ideológicas de San Juan de la Cruz están por estudiar, y hacerlo será dificultoso, porque no se remite a los autores por él estudiados sino en casos excepcionales, y tiene el Santo Doctor un vigoroso espíritu discursivo, una personalidad briosa y unas facultades literarias que asombran. ¿Cómo discernir lo propio de lo apropiado? Porque San Juan de la Cruz rehuía, hasta por instinto y por temperamento, recorrer caminos trillados; sin pretenderlo abría nuevas sendas y caminos nuevos.

Nosotros, ocasionalmente y sin proponérnoslo, hemos notado lo siguiente: que el título *Subida del Monte Carmelo* nos recuerda el título de Fr. Bernardino de Laredo: *Subida del Monte Sión*. Esto es nada, o, si se quiere, una pequeñez; pero consideramos mucho la coincidencia doctrinal y verbal en tres puntos o casos de trascendencia; tres puntos que nos llamaron poderosamente la atención cuando leímos una y otra vez a San Juan de la Cruz. Los tres puntos son: la *unión sin medio*, la forma y contenido de la *noche oscura* y el significado o doctrina de los *toques espirituales*. Léanse despacio las tres citas que siguen, tomadas de Osuna, y sin que le preocupe al lector en lo más mínimo la cuestión de la coincidencia ideológica y literaria, percibirá la similitud existente: «Después de encendido el amor, nunca huelga ni cesa de poner espuelas y aquejar el corazón hasta *unir sin medio alguno* con lo que ama enteramente, que es Dios» [235]. Llámase

[234] *Apología*, Obras Completas Castellanas, p. 1360. Madrid, 1944.
[235] *Tercer abecedario espiritual*, tr. postrero.

también este ejercicio [místico] *profundidad*, la cual contiene *oscuridad y hondura;* porque este ejercicio se funda en *hondura y profundo corazón del hombre*, el cual debe estar *oscuro;* esto es, privado de humano conocimiento, porque de esta manera, *estando en tinieblas*, sobre él venga el espíritu de Dios sobre las aguas de sus deseos a decir *que se haga la luz divina*» [236]. Con razón cualquiera escritor carmelitano, leído el párrafo anterior, diría que es un brevísimo resumen de la *Noche oscura*, en caso de que el P. Osuna hubiese sido posterior a San Juan de la Cruz; pero no fué así, fué anterior el P. Osuna, y nosotros, fundados en esto, decimos lo contrario: que la doctrina y forma de expresión del P. Osuna contiene en germen la *Noche oscura*. Y la salvedad que hemos hecho con Santa Teresa, hacémosla con San Juan de la Cruz: de lo uno a lo otro, de lo que dice el P. Osuna a lo que dice San Juan de la Cruz, la diferencia es muy grande, como la que hay de una ermita a una catedral: pero trátase aquí de una ermita transformada en catedral, es decir, que no hubiera habido catedral sin la ermita previa.

La tercera de las citas, referente a los *toques*, hela transcrita: «Llámase también *allegamiento;* porque, mediante este ejercicio, *se allega* el verdadero Jacob a Dios (Núm. 6; Gén. 5), para que *lo toque con sus manos*, haciéndole beneficios; y este *allegamiento es presto*, porque, dejando con un *no* las criaturas, nos *llegamos* al Señor de ellas con un *allegamiento apresurado*, como quien va corriendo a se poner entre los brazos del Señor, viéndolos abiertos para nos recibir. Con este *allegamiento* se juntó Moisés (Ex. 20) a la extremidad del monte de la contemplación, donde lo esperaba Dios para hablar con él [237]. Obsérvese, para mejor inteligencia del texto, que además de emplear el P. Osuna el verbo *tocar, toque*, usa el verbo *allegar* en su significado etimológico, del latín *applicare*, de *ad*, a, y *plicare*, plegar: arrimar, acercar una cosa a otra, *tocarla*. De donde *allegamiento:* arrimo, acercamiento, *tocamiento, toque*. Esta doctrina de los *toques divinos sustanciales*, en San Juan de la Cruz alcanza un desenvolvimiento notabilísimo y una categoría insuperable [238].

Del influjo decisivo y orientador que Fr. Juan de los

---

236 Ibíd., tr. 6, 2.

237 Ibíd., 3.

238 Contrariamente a lo que nosotros decimos, escribió el P. Crisógono de Jesús Sacramentado, en su *San Juan de la Cruz, Introducción*, vol. 1, p. 52, Avila, 1929: «De lo que no es lícito dudar es de que [San Juan de la Cruz] leyese el *Tercer abecedario* de Osuna; no porque se hallen en sus obras reminiscencias de este célebre tratado, sino por todo lo contrario. Porque San Juan de la Cruz se levanta indignado contra algunas de sus doctrinas y, sin

Angeles ejerció en el *Libro de las tres vidas del hombre,* escrito por el venerable P. Fr. Miguel de la Fuente, hemos hablado antes con alguna detención. Como este valioso escritor significa la incorporación de las ciencias naturales a la ciencia mística, para fundamentarla más reciamente y sostenerla humanamente, resulta asimismo que la idea, el pensar y el sentir franciscanos en la ciencia mística, se dejó sentir en las tres cumbres del pensamiento místico carmelitano español: en Santa Teresa, en San Juan de la Cruz y en el venerable La Fuente. Y no podía ser de otro modo: siendo el espíritu franciscano un injerto vigoroso en el espíritu español que se connaturalizó con él y rebrotó vivazmente, había de repercutir y sentirse en la escuela mística española por antonomasia, en la carmelitana: en el venerable P. La Fuente, en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa. No es pequeña gloria ésta ni pequeño triunfo de la espiritualidad franciscana estudiada, ampliada, profundizada y practicada por aquellos varones excelsos que representaron y fueron la conjunción perfecta de lo español y de lo franciscano, que tantos y tan sabrosos frutos ha dado en la ciencia *mística española.*

Respecto al Beato Juan de Avila, fundamento y cumbre de la espiritualidad hispánica, cuyo solo nombre es legión, nos ha llamado poderosamente la atención el aprecio singular que hace del P. Osuna. No se acostumbraba, por aquellos tiempos, recomendar obras de autores contemporáneos, sin duda por considerarlos faltos de autoridad. Lo cierto es que el Beato únicamente vemos que recomienda dos escritores, Granada y Osuna. De Granada, las *Meditaciones* sobre la Pasión del Señor [239], y de Osuna, los *Abecedarios.* He aquí los pasajes: «Querría que vuestra merced lo hiciese [que meditase sobre la Pasión], y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum,* o la primera parte del *Abecedario espiritual;* probándolos verá cuál es mejor» [240]. En el otro dice: «Esle muy provechoso leer libros de romance, libros que son acomodados para esto [para dar normas de cristiana espiritualidad]: *Passio duorum; Contemptus mundi;* los

---

citarle, copia sus palabras para impugnar sus enseñanzas, como adelante veremos». No difieren el P. Osuna y San Juan de la Cruz, si bien se les entiende en el conjunto de su doctrina y no por pasajes o expresiones aisladas; ni San Juan de la Cruz *se levanta indignado contra algunas de las doctrinas* de Osuna. Osuna sabía muy bien el terreno que pisaba, y muy bien lo sabía igualmente San Juan de la Cruz. Entrambos enseñaron y se mantuvieron dentro de la más sana doctrina, para honra y prestigio de la escuela mística española. Sobre este particular nos ocuparemos detenidamente en ocasión oportuna.

239 JUAN DE AVILA, *Obras: Libro espiritual,* c. 74. Madrid, 1927.

240 Ibid., *Epistolario,* 32, p. 469.

Abecedarios espirituales (la segunda y la quinta parte, que es de la oración; la tercera parte no la dejen leer comúnmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos). Los *Cartujanos* son muy buenos, *Opera Bernardi*, *Confesiones* de San Agustín» [241].

De modo que entre los poquitos autores y obras que recomienda, encontramos en la doble enumeración los *Abecedarios*, en los que pretendía se formasen sus discípulos. ¿Quedaría él exento de sus influjos? ¿Han quedado huellas en sus escritos? Estimulamos la curiosidad con estas interrogaciones.

El celo del bien de las almas y los vientos peligrosos que corrían obligaron al santo maestro a llamar la atención sobre el *Tercer abecedario*, el cual, pues, «va por vía de quitar todo pensamiento», «no conviene a todos». Es la misma precaución que se tomó en su informe sobre el libro de Santa Teresa. «Otras cosas hay [en el libro, le dice] que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían a quien las siguiese; porque las cosas particulares por donde Dios lleva a uno no son para otros» [242]. Tuvo, por consiguiente, el Beato Juan de Avila, gran estima de los *Abecedarios* de Osuna, recomendándolos especialmente en dos ocasiones, prefiriéndolos a otros mil que ni recomienda ni los nombra. Por él se dilató el influjo de la mística franciscana en la ciencia mística española y fructificó en un mayor número de corazones y de espíritus selectos.

Cerremos con broche de oro, no nuestro, sino de pluma bien cortada y de suprema galanura: «Cuando España tuvo muchos místicos, fué cuando tuvo más extraordinarios varones, con enérgicas y diversas personalidades, y cuando éstas desplegaron en todos sentidos mayor actividad, ensanchando el mundo y violando cuanto había en él de inexplorado y oculto, a fin de magnificarlo para teatro de sus bríos y a fin de llenarlo de su pensamiento y de sus obras» [243]. Podemos ser lo que fuimos. Diversas son las circunstancias, pero no el espíritu que anida y se rebulle en el corazón de España.

FR. JUAN BTA. GOMIS, O. F. M.

Madrid, San Francisco el Grande, festividad de San José, 1948.

[241] Ibíd., 1, p. 363.
[242] Ibíd., 50, pp. 505-506.
[243] JUAN VALERA, *Obras*, vol. 2, *Estudios críticos sobre filosofía y religión: Psicología del amor*, p. 1.577. Madrid 1942.

EL PORQUÉ DE ESTA SELECCIÓN. LO QUE SE HA HECHO Y LO QUE RESTA POR HACER

1. La ciencia mística española, muy conocida por sus grandes autores, García de Cisneros, Alonso de Madrid, Osuna *(Tercer abecedario)*, Diego de Estella, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, el P. La Puente, el Beato Juan de Avila, el P. Granada, Fr. Luis de León y Fr. Juan de los Angeles, no lo es por otros autores, y por algunos de éstos no lo es con la suficiencia necesaria. Además, no se tienen a mano, y, por consiguiente, ni se pueden saborear sus bellezas literarias ni sus elevadas doctrinas, sin que tampoco puedan ser estudiadas. Piérdese, pues, el fruto científico, el fruto espiritual y el fruto estético. Por otra parte, aparece nuestro caudal muy reducido en autores y en obras, cuando es muy copioso. Sacándolos a luz nuevamente, se pondrá remedio en parte a estos males, se facilitará su estudio y su lectura y se podrá ver qué hay en la escuela mística española de nuevo, cuál es su contextura, cuál su orientación fundamental o primaria, cuál su categoría y qué crédito merece.

Para contribuir a la consecución de estos fines múltiples, hemos acometido la empresa de publicar una selección de escritores franciscanos del siglo XVI, con un par de obras de primeros del XVII, cuyos autores se forjaron en la segunda mitad del XVI, y a él pertenecen.

Fueron notables, fueron muy leídos e influyeron sobremanera los poetas Fr. Iñigo de Mendoza y Fr. Ambrosio Montesino, primitivos en la escuela mística española, en su modalidad y espíritu castellano, que prevaleció. Son como el aperitivo delicado que precedió y predispuso el ánimo o el espíritu español a los manjares sólidos y sabrosos que a continuación habían de servir.

Nosotros hemos preferido, en nuestra selección, los siguientes: Fr. Alonso de Madrid, con su *Arte para servir a Dios* y su *Espejo de ilustres personas;* Fr. Francisco de Osuna, con su *Ley de amor santo;* Fr. Bernardino de Laredo, con su obra *Subida del Monte Sión;* Fr. Antonio de Guevara, con su *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* Fr. Diego de Estella, con sus *Meditaciones devo-*

tísimas del amor de Dios; Fr. Juan de los Angeles, con su *Manual de vida perfecta,* y Fr. Melchor de Cetina, con su *Exhortación a la verdadera devoción a la Virgen Madre de Dios,* que trata de la Esclavitud Mariana, etc.

Ciertamente nos duele mucho que se queden fuera tantos autores de nota y tantas obras de valía, pero se convendrá en que no es poco lo que se hace sacando a luz estos volúmenes de copiosa y selecta doctrina, rebosante de hispana espiritualidad.

Nos duele, en especial, no habernos sido posible incluir al P. Fr. Gabriel de Toro *(Teología mística),* ni al P. Fr. Diego Murillo *(Escala espiritual),* con algunos otros; pero hay que resignarse, en espera de que podamos hacer más y mejor. Por otra parte, sirva de estímulo nuestra empresa, para que otras Ordenes religiosas, beneméritas de la ciencia mística española, hagan otro tanto y superen nuestro esfuerzo, como lo deseamos.

2. Dos cosas se han hecho en las obras seleccionadas: publicarlas íntegramente, conforme a la edición príncipe o a otra que ofrece garantía. Como no tiene la reproducción una finalidad filológica, sino una triple finalidad, literaria, docente y devota, hemos optado, entre dos extremos, un término medio discutible, pero el más conveniente para nuestros fines. No se suprimen palabras, ni menos ningún texto; tampoco se desnaturaliza ningún vocablo ni su contextura gramatical. Se reducen, eso sí, a la ortografía corriente. Por ejemplo: *ay,* verbo, escribimos *hay.* En cambio, si la modificación lleva consigo el que se desnaturalice la palabra o la forma gramatical, conservámosla tal como la escribió el autor. Así, reproducimos, *terná, tuvierdes* y *tuviéredes.* Como la anarquía gramatical, sintáctica y ortográfica era tan grande en aquel siglo, resulta que no ya en obras de diferentes autores y de tiempos diversos, sino en una misma obra y en una misma página exprésase con diversidad un mismo autor. Ténganlo en cuenta los lectores. La depuración del texto se ha hecho con tanto esfuerzo y fidelidad, que nuestra edición será consultada en más de un caso. En la lectura de ambos volúmenes se topará con muchas palabras anticuadas o empleadas en un sentido que no es el usual en nuestros días. Para facilitar su significado, consúltese al *Diccionario de la Real Academia,* en donde encontrarán la mayoría de las voces o el significado caído ya en desuso.

Lo segundo que se ha hecho es revisar las citas de la Sagrada Escritura, añadiendo el *versículo* al título y al capítulo de la obra, que los antiguos no consignaban. Con esto, las citas escriturísticas quedan aseguradas y precisadas. A las anotadas por los autores se han añadido otras,

para que fuesen más completas; pero solamente se ha hecho esto en los casos de más importancia, prescindiendo de otros muchos, no sólo por ser en número excesivo, sino para que no se hiciera molesta o pesada la lectura. Desde luego, en cada obra habría más citas que líneas si se hubieran acotado las alusiones o las citas *ad sensum*.

No se olvide, además, el pequeño estudio que antecede a cada uno de los autores seleccionados, mayormente cuando se ha escrito tan poco sobre alguno de ellos.

3. Queda mucho por hacer. En este caso, hemos hecho nuestra la idea del gran Fr. Francisco de Cisneros. «En 1514 se celebraron grandes fiestas [en Alcalá de Henares] con ocasión de la visita hecha por el rey don Fernando a la Universidad. El rey hizo observar al cardenal que las paredes de la gran Universidad eran sólo de arcilla, lo que no le parecía material muy propio para edificio destinado a durar para siempre. Cisneros respondió gentilmente: «Vuestra alteza tiene razón, pero el hombre, que es mortal, debe apresurarse a terminar sus obras. Me consuela pensar que lo que hoy se hace de arcilla, un día se hará de mármol» (STARKIE, *La España de Cisneros*, c. 12, página 389, ed. española, 1943). Lo mismo decimos nosotros: urge el tiempo; hagamos lo que de momento se pueda, y luego que vengan otros a mejorar nuestra empresa. Que lo mejor no sea enemigo de lo bueno.

Decimos esto para salir al encuentro de quienes han de objetarnos que quisieran algo más, algo más que no hemos podido hacer, aunque lo hemos deseado. Reconózcase el bien que se hace a la ciencia mística española con esta publicación, ideológica, literaria y devotamente considerada, y el que pueda más, libre tiene las manos para la obra.

Por consiguiente, no se han revisado las notas de los autores profanos, ni de los Santos Padres, ni autores cristianos, porque esto hubiera supuesto un trabajo ímprobo, que hubiera retrasado la publicación extraordinariamente, y, como hemos dicho, el tiempo urge. Por otra parte, lo que más interesa no es lo que repitieron o aprovecharon, sino lo que dijeron por sí o lo que construyeron con materiales comunes o con aportaciones propias. Y para estos fines sirve nuestra publicación tal como la presentamos.

El público español, y aun todos los públicos del mundo entero, están ansiosos de espiritualidad, y la necesitan tanto como el alimento natural. Nosotros, en estos volúmenes, les ofrendamos gustosamente una pequeña parte, pero substanciosa y valiosa, de la sabiduría hispano-franciscana con que nutrieron sus almas nuestros antepasados, con notorio provecho suyo y prestigio de nuestras letras.

FRAY ALONSO DE MADRID

ARTE PARA SERVIR A DIOS
Y
ESPEJO DE ILUSTRES PERSONAS

infierno: y otra de todo quāto bien y gozo, pla zer, descanso, y alegria se puede pensar, esta es el parayso. Junto con esto has de imaginar, que necessariamēte has d yr para siēpre a vna dellas, y lo que te puede lleuar a la vna y a la otra. Cierto pues soy, que si guardares biē lo que aqui te escriuo, que el espiritu santo (que te muestra a ti y a todos, y enseña y alumbra los entēdimientos de los hōbres) morara en tu anima, y te enseñara perfectamēte a hazer lo que te he dicho. Y para q̄ bien lo guardes, ninguna cosa desto menosprecies: y continua muchas vezes a leer esta mi carta. Y quando hallares auer hecho lo que te he escripto, alaba a dios q̄ es piadoso y misericordioso, por todos los siglos de los siglos. Amen.

A honrra y gloria de Jesu christo nuestro señor, y de su bendita madre la virgen Maria, se acaba el libro intitulado Arte para seruir a dios, juntamente con el Espejo de Illustres personas. Fue impresso en la muy noble ciudad de çaragoça, en casa de Juan Millan a la Cuchilleria, Año de mil quinientos y sesenta y siete.

INTRODUCCIÓN

Después de la siembra espiritual que iniciaron en la corte de los Reyes Católicos Fr. Iñigo de Mendoza y fray Ambrosio Montesino, extendida luego por el ámbito nacional, surgió un genio de la espiritualidad hispano-franciscana que le dió categoría científica, perpetuamente valedera. Nos referimos al P. Fr. Alonso de Madrid, quien, con la reciedumbre de su ánimo, con la robustez de su sabiduría y con el tesoro de sus virtudes, redujo a sistema y formuló las leyes que conducen a la cumbre de la espiritualidad cristiana. Fr. Iñigo de Mendoza y Fr. Ambrosio Montesino fueron juglares del espíritu franciscano, y, por esta su condición anímica, escribieron principalmente en verso, con estilo popular. Sus *Canciones* corrieron de mano en mano, de boca en boca y de corazón en corazón. Este mismo espíritu cristiano, español, castizo y alegre, recogido por el P. Alonso de Madrid, con afán y solicitud, en sus manos trocóse para siempre en la *filosofía perenne* del espíritu evangélico. Fué el primero que tuvo la idea, quiso y pudo escribir un *Arte para servir a Dios,* echando con esto los verdaderos y sólidos fundamentos de la ciencia española del espíritu, de su ciencia mística.

Poquísimo se sabe de tan ilustre varón, pero por sus obras escritas, ánforas de su espíritu, le conocemos y admiramos. Consta que fué natural de Madrid, lugar privilegiado que ha dado a luz tantos y tan soberanos ingenios; que ingresó en la Orden Franciscana, tan española desde su niñez; que fué hijo de la Provincia Franciscana de Castilla, de la Regular Observancia; que fué hombre docto, como sus escritos lo demuestran; que fué gran maestro de espíritu, y que fué rico en virtudes, como lo prueba

la fama de santidad de que ha gozado siempre sin contradicción [1].

En la edición del *Arte para servir a Dios*, hecha en Madrid el año 1785, se le califica de «varón apostólico y muy celebrado por su santidad y su buen nacimiento» [2].

Su prestigio debió de ser muy grande y calificado, pues, según hemos descubierto, fué discípulo espiritual suyo el famoso y doctísimo Ambrosio de Morales, quien pondera su magisterio verbal y escrito sobremanera, siendo el *Arte* el libro predilecto suyo. Declara: «... yo, siendo joven y estudiando en Salamanca, me confesé con el P. Fr. Alonso de Madrid, y hallé en él tan buen médico como habían menester mis grandes males, y después acá, habiendo leído *más de treinta años* en este libro, aunque con poco provecho por mi malicia» [3]. Cuando Ambrosio de Morales redactó esta declaración preciosa, contaba sesenta y dos años de edad, residente en Córdoba.

Un escritor moderno le ha enaltecido dignamente con estas palabras de grave significación: «Eminente teólogo, asceta y místico de principios del siglo XVI. Por el tiempo en que escribió y por la universalidad de su magisterio, es justamente tenido por el primer maestro de la escuela ascético-mística española. Su librito *Arte de servir a Dios* es una perla de nuestra literatura clásica, y en la relación doctrinal, un dechado de perfección. Expone la ciencia del gobierno de sí mismo y del recto vivir cristiano con

---

[1] Los bigliógrafos dicen: «Alphonsus de Madrid, a loco natali cognomen sortitus, in familia fratrum Minorum pietate se, ac insinuantibus et spirantibus pietatem, libellis conspicuum reddidit, scilicet vernacula lingua scripsit *Artem inserviendi Deo*, Compluti, 1526» (P. MIGUEL DE SAN JOSÉ, *Bibliografía Crítica: Alfonsus de Madrid*, vol. 1. Madrid, 1749).—«Alfonsus a Madrito, sive Mantuae Carpetanorum in Hispania natus, edidit. *Methodum apte inserviendi Deo*» (LUCAS WADINGO, *Scriptores Ordinis Minorum*. Roma, 1906).—El P. JUAN DE SAN ANTONIO, en su *Bibliotheca Franciscana*, se rectifica a sí mismo y rectifica a Nicolás Antonio, a quien había seguido, escribiendo: «Alfonsus de Madrid, hispanus (quem perperam Discalceatum ac Guardianum Complutensis Conventus S. Angeli ex Nicolao Antonio in sua Bibliotheca, in mea Minor. Discalceatorum feci), Castellanae Prov. Regul. Observantiae filius, posteritati dedit vernacule preclara volumina, pietatem spirantia, videlicet: *Methodum apte inserviendi Deo*, Alcalá, 1526». *Un source franciscaine de l'ascétisme thèrésien: «L'Art de servir a Dieu». d'Alonso de Madrid*. P. GUILLAUME. *France Franciscaine*, XIII, 1930, 397-435; XIV, 5-65. Idem. *Un précurseur de la réforme catholique. Alonso de Madrid: «L'Arte para servir a Dios»*. *Revue d'Histoire Ecclés.*, t. XXV, pp. 260-274; t. XXV *Collect. Francescana*, I. p. 262, 1931.

[2] *Nota* de M. A. C.

[3] *Prólogo* para la edición de 1596. Mss. de la Biblioteca Nacional. Cf. PÉREZ PASTOR, *Bibliografía Madrileña*, siglo XVI, n. 575.

claridad meridiana, riguroso orden lógico y psicológico y profunda comprensión. Dicha fué de la gloriosa Edad de Oro de las letras patrias que al principio de ella y en sus albores amaneciese este sol espléndido, cuyos rayos a tantas inteligencias habían de alumbrar» [4].

El P. Alonso de Madrid se ha inmortalizado con su librito *Arte para servir a Dios*, tan breve y tan henchido de sabiduría, de ciencia y de espíritu. Es el primero que dió *arte* a la ciencia sobrenatural del espíritu, e hízolo con tanto acierto, profundidad y verdad, con tan soberano magisterio, que todavía no ha sido superado, ni quizás lo sea nunca. Había descuidado este punto la enseñanza espiritual, por lo que nuestro P. Alonso escribió: «Cuál sea la causa por que lo dejaron de escribir, no nos pertenece aquí escudriñarlo; mas creemos que tuvieron muchas justas causas que a la sazón lo demandaron; y al presente alabemos al muy alto, que en tan pequeña obra [su *Arte*] nos quiso proveer de cosa tan necesaria» [5]. Tuvo que insistir en la defensa de su *Arte para servir a Dios*, pues no le faltaron impugnadores; pero él, seguro de sí y de su obra, no cejó en la defensa de su innovación, que había de ser tan fructífera.

Nos dice de su libro «que casi todo él se ocupa principalmente en dar *arte* y manera para mover el entendimiento y voluntad a saber cómo habemos de poner en obra las grandes cosas de que todos los libros están muy llenos». Por lo que añade que su libro es la clave que a todos los abre y los hace inteligibles y aprovechables grandemente: «Este es declarador de todos ellos — dice —, como de hecho ya lo han experimentado muchos que a él se han dado, y lo experimentarán también los que a él se dieren» [6].

Había observado muy bien: «En esta propiedad se diferencia el hombre de los otros linajes de animales: porque éstos todos se rigen *sin arte*, por un natural instinto; pero el hombre *por arte* y razón» [7]. Si el hombre se vale del *arte* para todo, no menos había de valerse del *arte* para servir a Dios. Por algo escribió luego: «La ciencia ennoblece a los hombres más que la nobleza de los antecesores y que todas las riquezas» [8].

El fin de la obra es la perfección, según lo que se nos

---

[4] P. ANTONIO TORRÓ, O. F. M., *Teoría del arte*, p. s., XVI, página 233, nota. Barcelona, 1927.
[5] *Arte para servir a Dios*, notable 1.
[6] Ibíd.
[7] Ibíd., *Prólogo*.
[8] *Espejo de ilustres personas*, p. s., c. 12.

enseña en el Evangelio por boca de Jesucristo: *Sed perfectos como vuestro Padre, que está en los cielos* [9]. Dice: «Cierto; es muy justo que sea santo quien es hijo de Padre a quien nunca sin cesar llaman santo los serafines; porque nunca olvidando nosotros cúyos hijos somos, no nos contentemos hasta ser santos, según nuestra flaqueza» [10].

Pocos libros han sido loados con tan grandes elogios como lo ha sido el *Arte para servir a Dios*, y pocas veces con tanta justificación y merecimiento. *Vere aureum opusculum* [11], se le ha llamado, y ciertamente todo él es áureo. En 14 de diciembre de 1610, Lucas García, en el Colegio de la Compañía de Jesús, Madrid, escribió: «Es obra pía y devota, y que siempre ha sido estimada de la gente espiritual, y así me parece será de mucho provecho a los que la leyeren» [12]. Santa Teresa le calificó de *muy bueno* [13]. El P. Francisco Doms, S. I., escribió: «Téngola por un riquísimo tesoro de documentos espirituales para todo género de almas que, despegadas de lo temporal, aspiren con solicitud a lo eterno, hasta verse conducidas al grado más sublime y eminente de la perfección cristiana, que es una total y purísima unión de amor con Dios nuestro Señor.» En este librito, que, aunque pequeño, todo él es un diamante preciosísimo, hallará el lector los puntos más delicados del espíritu, tratados con tal sutileza, claridad, magisterio y arte tan sobre todo arte, que se mereció no sólo el agrado, sino el elogio que de *muy bueno y apropiado* le dió aquel grande, elevado y seráfico espíritu de la esclarecida virgen Santa Teresa de Jesús a los doce capítulos de su heroica y prodigiosa vida» [14].

Modernamente, descubrió este rico tesoro, como tantos otros, el gran investigador de la ciencia nacional Menéndez y Pelayo, quien dijo en su *Historia de las ideas estéticas:* «En el campo ortodoxo [de los escritores ascético-místicos, hasta 1550], pueden citarse, entre otros muchos, a cuál más raros, Fr. Juan de Dueñas, autor del *Remedio de pecadores;* Fr. Francisco de Osuna, insigne por su *Abecedario espiritual;* y, finalmente, y *superior a todos,* Fr. Alonso de Madrid, que nos dejó una *verdadera joya* en su bellísimo *Arte para servir a Dios*, el cual me-

---

9 Matth. 5, 48.
10 *Arte*, notable 1.
11 P. MIGUEL DE SAN JOSÉ, *Bibliographia Crítica: Alfonsus de Madrid*, vol. 1.
12 Edición de 1621, Madrid.
13 *Vida*, c. 12.
14 *Aprobación* del *Arte*, edición de 1684.

reció ser refundido por Ambrosio de Morales, y *no ciertamente para mejorarle*»[15].

Lo contrario creyó que había hecho Ambrosio de Morales, ya que dice: «Yo he trabajado con mucha diligencia en este libro del *Arte de servir a Dios*, poniéndolo en mejor estilo.» No las ideas, ni menos el sistema, modifica, «porque fuese mal atrevimiento el tocar en la doctrina, y pensar que se podría mejorar...» «Tenían, en fin—escribe—, *Arte de servir a Dios*, por una piedra preciosísima y de mucho valor»[16]. El discípulo celebra el honor del maestro.

El P. Zacarías Martínez, varón sabio que fué arzobispo de Santiago de Compostela, en ocasión pública y solemne, se acordó del P. Alonso y de su *Arte*, colocando al autor entre los grandes escritores ascéticos españoles. Aludo al discurso que pronunció en el segundo centenario conmemorativo de la canonización de San Juan de la Cruz[17].

Nos ha sorprendido el juicio que el acreditado P. Crisógono hizo sobre el *Arte*. Dice así: «La [obra] de Alonso de Madrid es ascética ante todo, y, como *buen franciscano, le dió un carácter más afectivo que didáctico*»[18]. Para salvar el buen nombre y el buen criterio del P. Crisógono, se nos ocurre suponer que no leyó la obra del P. Alonso, la más didáctica, sistemática y lógica que se conoce entre todas las de su clase y categoría. Resalta precisamente en ella la nota pedagógica, que le da un valor extraordinario y sin precedente. Quien mejor la conoció, estudió y se rigió por ella, manejándola *más de treinta años*, el catedrático salmanticense Ambrosio de Morales, de quien hemos hecho mención, dice: «Váyase, pues, considerando cómo el P. Fr. Alonso, de entre muchos bienes que nuestro Señor le comunicó con larga mano, *fué uno muy principal el saber enseñar, porque hace esto en materia tan alta con tan claros documentos y con tan escogida y eficaz manera de proceder, que parece ser cosa más que humana*»[19]. La valoración y el juicio crítico no pueden ser mejores ni más autorizados.

El gran maestro de espíritu y escritor ascético de primera talla, P. Diego Murillo, franciscano, apreció como

---

[15] II, c. 7, p. 82. Madrid, 1940.
[16] En la edición de 1621, Madrid.
[17] *Homenaje de devoción*, p. 83. Segovia, 1928.
[18] P. CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, C. D., *Compendio de ascética y mística*, 4.ª p., p. 317. Avila, 1923.
[19] En *Arte de servir a Dios*, edición de 1598.

era debido la excelencia del *Arte*, y en su breve lista de nombres lo recomienda como eficaz para la buena y cabal formación.

Escribe en su *Instrucción:* «Los libros acomodados para los novicios son las *Colaciones* de Casiano, las *Vidas de los Santos Padres*, el *Contemptus mundi*, los *Opúsculos* del Seráfico Doctor San Buenaventura, el *Arte de servir a Dios*, de Fr. Alonso de Madrid, y los del P. Fr. Luis de Granada, *todos los cuales enseñan y mueven*, que son las dos cosas de que tienen necesidad los novicios [20].

Influyó no poco entre los escritores contemporáneos: «Es notable la influencia que pueda tener la segunda parte de esta obra [que trata del conocimiento de sí mismo] en la doctrina de las escuelas posteriores. Seguramente allí aprendió Santa Teresa aquella finura de análisis admirable del P. Alonso de Madrid, habituándose a la introspección y autoanálisis psicológico, que es fundamental técnica del misticismo español» [21].

Tan preclaro testimonio de la espiritualidad española cayó en el olvido más inexplicable; así, leemos: «Ciento y veintinueve años hace que se imprimió en Valencia este *Arte de servir a Dios*, y aunque se ha procurado en diferentes ciudades de Castilla y Aragón encontrar con tan rico tesoro, no se ha podido lograr.» Así en la edición de 1685, hecha en Mallorca [22]. Afortunadamente corren hoy día tres ediciones: la de Valencia, la de Madrid y la de Barcelona [23].

Publicado el *Arte* en 1521, aparece el *Espejo de ilustres personas*, que se reimprime en Alcalá en 1525-1526 [24]. En 1567 aparece junto con el *Arte*. En efecto, juntos deben ir, porque el *Espejo* es la aplicación del *Arte* a un

---

[20] Lib. 1, c. 11.

[21] PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la Historia de la literatura mística en España*, c. 5, p. 222. Madrid, 1927. Cf. MIGUEL MIR, *Discurso preliminar*, en N. B. A. E., vol. 16, 5, p. 31. Guillaume aprecia sobremanera el influjo del *Arte*: «Rencontrant toutes les erreures de son siècle, l'*Art* allait, en se mêlant intimement à la vie morale et intellectualle, préserver les âmes des hérésies plus efficacement que l'Inquisition royale». *Un source franciscaine de l'ascétisme thèrésien: «L'Art de servir a Dios», d'Alonso de Madrid. La France Franciscaine*, XIII, p. 404, 1930.

[22] *Al piadoso lector.*

[23] La bibliografía del *Arte para servir a Dios* está por hacer. El P. Atanasio López prometió hacerla, pero no llegó a cumplir su promesa. Cf. *Arte de servir a Dios*. Barcelona, 1926.

[24] Visto que en el *Espejo* se alude al *Arte* en el capítulo 15, como publicado, confírmase por esto que hubo edición del *Arte* anterior a la de 1526, considerada generalmente como la primera, y que la primera de 1521 existió. Esta observación, no hecha hasta el presente, es importante para el caso.

caso particular, a un sector de los que integran el engranaje social, el que constituye la categoría discernida por el P. Alonso con la denominación de *Personas ilustres*. Es, por consiguiente, una segunda parte o un capítulo más del *Arte para servir a Dios*, en el que la doctrina general se aplica con singular acierto. El mismo P. Alonso, en el *Espejo*, remite al *Arte* [25].

Explícanos el significado del título y su pretensión al escribirlo, diciendo: «Nombre de *espejo* le pertenece, porque quien en él se mirare, verá bien claramente la fealdad de su rostro espiritual, y podrále hermosear con lo que allí conocerá. Y aun le pertenece también el sobrenombre de *ilustres personas*, porque la vida de ellos debe ser más espejada que la de los otros» [26].

En el *Espejo* expone: «La obligación singular que las personas de gran estado o muchas riquezas tienen más que todos de servir a Dios y de buscar y seguir la vida espiritual, pues que el generoso corazón y magnanimidad que les pertenece más que a otros, les convida a ello» [27].

En todo caso, sigue y aplica el principio pedagógico enunciado desde los comienzos, haciéndolo con tino certero, fruto de su experiencia en el trato de las almas: «El que quiere dar alguna doctrina espiritual, debe considerar las condiciones de aquellos con quien habla» [28].

Por conclusión, digamos que el P. Alonso de Madrid es el autor de aquella fórmula soberana e insuperable que compendia toda la ciencia y el saber sobre el obrar recto, virtuoso y santo: *Con amor y por amor*. Nuestro Redentor dice: *Ven y sígueme* [29]; y el P. Alonso comenta: «Quiere aquí decir a cada uno y a todos que cumplamos cuanto está escrito para nuestra doctrina, *haciéndolo no solamente con amor, pero con amor y por amor juntamente*, porque éstas son las pisadas que él nos amonesta seguir. Por tanto, no basta cumplir algo de lo escrito, pero todo; *no basta para bien servir, obrar con amor, pero con amor y por amor*» [30]. Principio decisivo, enunciado con admirable concisión y de contenido inagotable. No sin justificada razón se ha escrito sobre el *Arte*: «Contiene un resumen maravilloso de toda la ascética cristiana, con mil observaciones psicológicas y morales de altísima impor-

---

25 *Espejo*, c. 15.
26 Ibíd., *Prólogo*.
27 Ibíd.
28 Ibíd.
29 Lucas, 18, 22.
30 *Arte*, notable 3, n. 2.

ARTE PARA SERVIR A DIOS

COMPUESTO POR FR. ALONSO DE MADRID, DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

PROLOGO DEL AUTOR

PRÓLOGO *en el cual se declara de cuánta necesidad es haber escrito* ARTE PARA SERVIR A DIOS; *donde también el autor da cuenta de algunas adiciones que hizo en ella, después de haber sido impresa en diversas partes, y que se añadió sin deshacer lo que primeramente fué impreso; el cual comienza de esta manera:*

Como diga el bienaventurado San Ambrosio que la ignorancia de la orden y manera con que debemos obrar turba mucho la forma del merescer, y no se debe pensar, según él mismo dice, que tenemos perfecto conocimiento de la cosa si sabemos lo que debemos hacer y dejamos de saber el orden de proceder, manifiéstase de aquí que poco podría aprovechar saber todo lo que está escrito para servir a Dios si no supiésemos qué manera y orden debemos tener para ponerlo por obra. Y como quiera que el *arte* para todo bien venga del soberano artífice, que es Dios, y muchos sean de su bondad alumbrados y prevenidos en bendiciones de suavidad y dulzor, no por eso debemos dejar ni se nos quita la obligación de hacer lo que en nosotros es, escudriñando sus mandamientos y querer y cuanto fuere menester para perfectamente cumplirlo.

Será, pues, para esto provechosa la breve forma o arte que se sigue para saber poner en obra las grandes cosas que la Santa Escritura nos enseña; para lo cual no paresce menos justo buscar *arte* que para otra cualquier cosa que deseamos bien obrar y saber; y en buscar este *arte*

han gastado mucho tiempo los doctores santos y católicos, y escribiéronle por luengas palabras en diversos escritos; de lo cual todo se escribe aquí un breve sumario de ahí recogido. Y porque esta pequeña obra se ha de enderezar principalmente a los ejercicios del alma, parescerá a las veces algo dificultosa a los no ejercitados en el conocimiento de los oficios de las potencias del alma; y por ocasión desta dificultad, y por ir en forma de *arte*, que requiere mucha práctica, se repetirán y dirán algunas palabras que sin esta ocasión se pudieran excusar.

Y comenzando de añadir, notaremos que por esta misma ocasión, conoscida más enteramente por relación de algunos que sintieron la tal dificultad leyendo la presente obra después de publicada y algunas veces impresa, paresció al autor della hacer algunas adiciones muy provechosas. No, empero, por estas *adiciones* se contradice ni muda algo de lo contenido en las partes primero impresas, mas en tanta manera se quedan en su fuerza, que quien las tuviere no ha menester lo que aquí se añade, salvo para mejor sentir y entender lo contenido en ella y para responder en algunas dudas que suelen ocurrir a quien flacamente sintiere. Solamente se muda todo el primer *notable* en otro que paresció ser más provechoso.

Y proveyendo en este *Prólogo* algo, para cumplir con todos, paresció en especial muy oportuno mostrar en él algo más largamente la necesidad que hay de haber en escrito *Arte para servir a Dios*. Para lo cual notaremos que no es otra cosa decir que no es menester *arte*, sino decir que no es menester dar avisos para saber cómo nos debemos ayudar para servir a Dios, como (según verdad) toda Escritura testifica que son menester avisos; y San Pablo dice que *ayudadores de Dios somos*[1], y no ayuda bien el que no ayuda en cuanto puede y debe. Y no es otra cosa bien ayudarnos, sino mover nuestra alma en cuanto hiciéremos, según las reglas de la presente arte, como toda la teología lo manifiesta por más largas palabras.

Y miremos que aun el mismo Filósofo dice en su *Metafísica* que el linaje de los hombres vive por el arte; en que parece mostrar que en esta propiedad se diferencia el hombre de los otros linajes de animales, porque éstos todos se rigen sin arte por un natural instinto, pero el hombre por arte y razón; y podríase decir que casi como con natural instinto sirve a Dios el que se guía en su servir por donde más consolación siente, no mirando con el entendimiento y razón que Dios le dió si hay manera con que más altamente puede servir.

[1] I Cor. 3, 9.

Ni aun puede alguno excusarse diciendo que la unción del Espíritu Santo enseña de todas las cosas; porque así es la verdad si nosotros nos ayudamos, escudriñando y obrando según en la Sagrada Escritura y en la presente *Arte* se nos enseña. Pero faltando nosotros en esto, no tenemos razón de creer que la tal unción nos enseña.

No tenemos también, porque a ninguno parezca grave el suave yugo del Señor, que si para alcanzar tan alta sabiduría gastáremos algunos días en sabernos aprovechar desta arte, no nos debemos espantar; porque si en el arte de la gramática o lógica, que son artes bajas, se gastan tres y cuatro años y aun la vida del hombre si quiere ser en ellas perfecto, mire cada uno cuán mejor empleada será su vida si se gastase en alcanzar en perfección arte tan soberana como esta que el soberano maestro Jesucristo nos vino a enseñar y con tanto trabajo.

Debe considerar el principiante deste arte que le acaescerá como al niño recién nacido, el cual ni con el alma usa de la razón, ni aun con el cuerpo que tiene pies y piernas puede andar; y aun cuando comienza ya de crecer y comienza ya de moverse, lo hace con mucha dificultad y cayendo, hasta que ya con la más edad y continuo ejercicio anda tan bien que corre cuando quiere. Y así acaece en los principios del verdadero servir a Dios, que, aunque el ánima está entera, pero tenémosla tan atada y tan agravada y tan sin fuerzas para moverse por el camino perfecto, que el santo Evangelio nos muestra y este arte nos declara que del todo no sabemos andar; o si nos movemos, es con tanta graveza que nuestro andar es poco más que nada. Pero prosigamos varonilmente, que cuando no nos catáremos correremos por tan altos caminos que se verifique de nosotros que nuestros movimientos y meneos más son de ángel reinante que de hombre caminante.

Debemos mucho notar que ninguno se debe excusar de servir, según aquí se muestra, cuasi contentándose solamente con la guarda material de su regla o mandamientos de Dios, diciendo que esto le basta para salvarse, porque *la voluntad de Dios es nuestra santificación*, como dijo San Pablo [2]. Y pues que no se contentan los mundanos con las riquezas que tienen, pero desean siempre más, mandándoles Dios lo contrario, no nos contentemos nosotros sin acrecentar cada día la muy alta virtud y el premio que esperamos, pues que Dios es tan deseoso de que lo tengamos. Y si nuestro apetito no se extendiere a ello por lo que a nosotros cumple, extiéndase por saber que es

[2] I Thes. 4, 3.

la voluntad de Dios que seamos engrandecidos en todo como hijos de quien somos, que es del mismo eterno Padre, que está en los cielos, el cual nos amonesta diciendo: *Sed santos, ca yo Señor, Dios y Padre vuestro soy* [3].

La manera del proceder en lo que se ha de decir será poner aquí algunos notables, como reglas comunes que nos enderecen en todo lo que hiciéremos, y después algunas cosas particulares de las más necesarias para el servicio de Dios, dando tal arte y manera para que aquéllas se pongan en obra, que con los tales notables comunes sirva de arte para todas las otras que quedarán.

Podráse llamar este tratado *Arte para servir a Dios*, y habrá en él tres partes principales. La primera terná los notables comunes. La segunda tiene algunas particulares cosas en que el siervo de Dios se debe ejercitar para reparar el estrago que los pecados han hecho en su alma. Y en la tercera se hablará del amor con que habemos de amar a Dios y a quien él manda, en el cual amor está el cumplimiento de toda ley, todo nuestro bien. Y acuérdese quien esto leyere cuánta diligencia pone el que en cualquier arte quiere ser buen artista, y cuán más justa y necesaria es aquí la diligencia. Y con estas consideraciones, y más principalmente con ayuda de nuestro soberano maestro Jesucristo, Dios eterno y Señor nuestro, se comienza, según se sigue, la presente *Arte*.

---

[3] Lev. 11, 44; 19, 2.

PRIMERA PARTE PRINCIPAL

que contiene unos notables comunes para todas las obras, según pertenesce obrarlas el que de verdad quiere servir a Dios, y pornáse en principio de cada notable un sumario muy provechoso.

NOTABLE I

EN QUE DESPUÉS DE ALGUNOS AVISOS Y CONSIDERACIONES GENERALES, PONE UN SUMARIO DE LA EVANGÉLICA PERFECCIÓN. Y PONE TAMBIÉN DÓNDE VIENE PARESCER ESTE LIBRO EN ALGUNAS PARTES DIFICULTOSO DE SER ENTENDIDO; PERO QUE SE PUEDE DECIR TAN CLARO, QUE AYUDA MUCHO A ENTENDER LOS OTROS LIBROS QUE COMÚNMENTE SE LEEN

Y en este primero notable pareció que sería bien poner algunos avisos para el que desta obra se quisiere aprovechar, pues que él mismo ha de ser maestro y discípulo con ayuda del soberano Maestro. Y lo primero que al presente notaremos es que, según que de la Santa Escritura se colige, todos somos nascidos en este perecedero mundo, no para reposar ni gozar en los bienes desta tierra, porque son pequeños y viles, pero para que, tomando dellos lo que Dios manda para nuestro mantenimiento, ocupemos toda la vida en entender en las muy altas riquezas de aquel gran Dios que nos crió para hacernos bienaventurados y poseedores de sí mismo, que es bien infinito, en quien tenemos todos los bienes muy más en abundancia que bastamos pensarlo.

Y con esto notaremos también que aunque Dios nuestro Señor no nos quiso necesitar, so pena de muerte eterna, a que siempre entendiésemos en su servicio, pero solamente cuando se ofreciere mandarnos algo, esto es, en sus diez mandamientos; pero por ley de bondad que nos pertenece guardar como a hijos de tan gran Padre, tene-

mos no sólo las personas religiosas, pero todos, obligación de procurar muy alta santidad, y siempre servir a tan gran Señor y Padre, porque de todos dijo Su Majestad: *Hagamos al hombre a nuestra semejanza*[4]; y según declaran los doctores santos, entonces es el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, todo junto, cuando se ocupa y entiende en conoscer sus grandezas y amarlas, gozándose dellas muy altamente.

Y en el Evangelio dijo Cristo: *Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos*[5]. Cierto es muy justo que sea santo quien es hijo de Padre a quien sin nunca cesar llaman santo los serafines, porque nunca, olvidando nosotros cúyos hijos somos, no nos contentamos hasta ser santos según nuestra flaqueza, esto es, hasta que apartemos nuestro corazón del amor de toda cosa terrenal y le pongamos en nuestro Padre, que es de bondad infinita, alumbrador y santificador, muy ganoso de quien a Su Majestad se allega como a Padre tan alto y de tan infinitas grandezas y excelencias; y ayuda aún para más movernos a esto lo que arriba se dijo.

Vista ya la obligación que a la santidad tienen todos, aunque más en especial los religiosos, como más escogidos para ella, notaremos también que, así como en este mundo la mayor parte que uno puede tener con algún rey consiste en ser de un mismo querer y voluntad con él, así la verdadera santidad se encierra y consiste en un solo punto, que es ser un espíritu y de un querer con Dios, aunque para venir a tan alto punto como el sobredicho se requiere pasar por el camino de todas las virtudes que en el santo Evangelio y Escritura santa se escriben, y el Hijo de Dios poderoso nos enseñó con tanto trabajo cuanto sabemos.

Todo lo sobredicho considerado, notaremos, porque con el grande apetito que los hombres tienen de saber tienen también apetito de recoger sumariamente todo lo que en alguna obra se contiene y de qué cosas ha de tratar, que lo que en el presente *Arte* se contiene se puede brevemente coger de la siguiente y sumaria consideración, la cual cumple leerse con reposo.

SUMARIO

Como seamos criados hombres puros y pobres con poder de tornarnos hombres divinales y de muy altas riquezas, lo que siempre debemos procurar para esto, presu-

[4] Gen. 1, 26.
[5] Matth. 5, 48.

puesto el cierto socorro de Dios, es hacer una mudanza en nuestro ánimo, tal que sintamos que ya nuestra voluntad no sirve de querer nuestras cosas en cuanto nuestras, sino de querer a Dios y cuanto bien tiene Su Majestad, y de querer a nosotros mismos como a cosa suya y como a cosa de que él se quiere siempre servir por su merced y bondad infinita, en manera que tengamos siempre sus grandezas y excelencias y gloria infinita como cosas nuestras y más que nuestras, y lo amemos y nos gocemos con ello mucho más que con todo cuanto bien tenemos y esperamos y nos puede venir, teniendo por perfecta bienaventuranza que Su Majestad tenga tan infinitos bienes como tiene, casi no curando de nosotros, pero procurando con todas nuestras fuerzas de ir al cielo a verlo y gozarlo más cumplidamente; no por gozarnos más, sino porque Su Majestad, con gloria infinita, infinitamente quiere de bueno vernos engrandecidos de la muy alta posesión y riquezas que él posee, y que poseen asimismo los que escogen por último descanso y bien que Su Majestad tenga tanta gloria como tiene; y esto es ser un espíritu con Dios.

Pero notaremos aún más, para cumplimiento de nuestro sumario, que, visto ya en suma en qué consiste mudarnos de hombres puros en divinales, será asimismo bueno ver en suma lo que, para alcanzar tan alto bien, se trata en esta obra; lo cual consiste en dos cosas, en las cuales debe hacer gran hincapié nuestro corazón si quiere subir a la sobredicha alteza.

La una cosa es en mostrar cuán estragada está nuestra alma para alcanzar tan soberana y tan alta mudanza. Y lo otro, en mostrar y declarar y dar arte para considerar y movernos a remediar este estrago tan grande, y para conoscer y usar de las fuerzas o instrumentos de gran poder que tenemos en el alma para remediar esto, y en especial para conocer el gran señorío mal conoscido y peor usado que nuestra voluntad tiene para hacer la sobredicha mudanza tan grande, y para descomponernos de todas las malas costumbres que tuviéremos y adornarnos de toda virtud; porque, así adornados, estemos habilitados para la sobredicha santidad, que consiste principalmente en el sobredicho punto, que es ser de un espíritu y un querer con Dios, para lo cual se requiere muy necesariamente hacer y considerar con gran diligencia todo lo sobredicho, según que dello se proveerá en las reglas de los seis notables siguientes con todo lo demás que abajo se contiene.

EXCLAMACIÓN

¡Oh doloroso estrago de vuestras almas, que tan bestializadas están por el pecado, que siendo convidados, y oyendo y leyendo tan alta cosa como lo que en el sobredicho sumario se contiene, no empero engendra en algunos más apetito que a las bestias suele traer la vista de joyas muy ricas o viandas de gran preciosidad; pero si oyen o ven o leen otras cosas terrenas y bajas, así es dellas traído nuestro corazón como la bestia de la paja y cebada, que es su manjar común! Miremos, pues, por reverencia de Dios, que por traer los hombres a tanta alteza se hizo Dios hombre, y para esto quiso morir, pudiéndonos dar la vida de otras mil maneras; para esto mandó que nos sirviesen sus ángeles, y para esto nos dió el cielo y la tierra y cuanto en ellos está, y todo lo torna en nada, en cuanto en sí es, quien de tan alta vida se aparta.

Por no venir algunos al conocimiento perfecto de la manera de alcanzar y sentir y meditar la sobredicha alteza de vida, han dejado de engrandecer sus almas según la voluntad de Dios; porque aun muchos devotos, por falta de bien entender y alcanzar cuando son movidos en sus obras por solo Dios, muchas veces toman estaño por oro y lo mediano por muy alto; de donde les viene, por la soberbia de su contentamiento y por la poca diligencia que sobre ello han puesto, quedarse pobres para toda su vida, contentos con un flaco dulzor y mortificamento del mundo. Lo cual todo, cuanto engaño sea, siéntalo quien sabe que el Hijo de Dios, nuestro Redentor, vivió en este mundo vida llena de sinsabores, y murió muerte llena de mil dolores, por convidarnos con todo ello a irnos por este camino muy alto de su divino querer, deshechos de infinitos propios quereres, que cada rato se nos representan, los cuales cumple despedir en cuanto propios, por que solamente nazcan nuestras obras del muy alto querer divino, como ya está dicho y en el segundo notable veremos; y, por consiguiente, seamos una misma cosa con ese muy alto Dios, y gocemos de todas sus grandezas y gloria más que de las propias nuestras.

Podría ser que alguno dijese (como lo han ya dicho otros) que, pues este libro encamina a tan alta cosa, que se debiera escribir con más claras palabras, como se escriben los otros libros devotos. Y puédese responder, allende lo ya dicho, que, según verdad, este libro, aunque les parece oscuro, pero contiene tanta claridad, que hace muy

ligeros de entender todos los otros libros que comúnmente leemos.

Pero para que conozcan todos esto que digo, notaremos que los libros morales o devotos tres cosas en especial contienen. Lo primero, las cosas que debemos hacer. Lo segundo, muchas diversidades de dichos y razones y ejemplos que nos provoquen y conviden a hacer lo bueno, así como decir y mostrar con mucha diversidad de muestras la grandeza y bondad de Dios, y la nobleza de la virtud y el premio della, y la maldad y pena del pecado. Lo tercero (y esto contienen pocos libros) es dar alguna forma o manera cómo hagamos el bien que nos mandan y enseñan y para que nos convidan tan largamente; y como de San Ambrosio se dijo en principio del prólogo: «Poco sabe el que esto tercero no sabe».

Notaremos, pues, agora que, aunque todas estas tres cosas sean muy necesarias, pero la tercera se puede en alguna manera decir ser más necesaria, porque los libros que más comúnmente leen los que no son teólogos hablan muy poco dello; y por consiguiente podemos decir que todos aquellos libros quedan oscuros, pues que no declaran cómo habemos de obrar, aunque digan todo lo demás.

Cuál sea la causa por qué lo dejaron de escribir no nos pertenece aquí escudriñarlo, mas creamos que tuvieron muchas justas causas que a la sazón lo demandaron; y al presente alabemos al muy Alto, que en tan pequeña obra nos quiso proveer de cosa tan necesaria. Pero tornando a nuestro propósito, para declarar que este libro es más claro y declarador de los otros, notaremos que, pues casi todo él se ocupa principalmente en dar arte y manera para mover el entendimiento y voluntad a saber cómo habemos de poner en obra las grandes cosas de que todos los libros están muy llenos, síguese muy bien que éste es declarador de todos ellos, como de hecho ya lo han experimentado muchos que a él se han dado, y lo experimentarán también los que a él se dieren. Y si él no pareciere tan claro, sepamos que cosa tan espiritual y tan poco usada no se puede escribir con palabras que de ligero se entiendan, y miremos que grandes cosas no se alcanzan sin grandes trabajos.

Aun paresció junto con esto responder a la turbación que algunos sintieron de leer las acotaciones de párrafos, notables y capítulos que por esta obra están derramadas, y decirles que su turbación nasce de haber leído poco en grandes libros; porque si en ellos leyesen, verían muchas veces en ellos escrito que tal y tal cosa de que allí se habla se ha de entender como arriba está dicho o abajo se

dirá, y darían muchas gracias a Dios si alguno les dijese en qué hoja del libro está aquella de que allí se hace mención, porque así pudieran mejor entender lo que tienen presente; y las mismas gracias deben cierto dar en aquello de que aquí dicen recibir turbación, pues que no siendo justo de decir todas las cosas en cada lugar, aunque sean allí menester, les ponen delante los ojos con una breve acotación lo que tanto les cumple, diciendo que en tal notable o capítulo y párrafo lo hallarán. Y estas cosas presupuestadas, será bien que ya entremos en los notables declaradores de lo que tanto nos cumple saber.

Y por aviso postrero de este primer notable, sin duda debemos tener que disporná más perfectamente su alma en tres meses para venir al perfecto amor de Dios el que se guiase según las reglas desta *Arte*, sacadas del santo Evangelio, que podría en mucho tiempo el que de esto no se quisiese ayudar; pues que para esto nos dió Dios nuestro Señor diversas y muchas fuerzas, instrumentos y potencias, para que con todo trabajásemos y con todo nos ayudásemos y favoreciésemos para alcanzar tan alta cosa como la perfecta disposición del alma que se requiere para perfecto amor.

NOTABLE II

El segundo notable, y muy de notar y muy en gran manera necesario, habla del fin que nos ha de mover a obrar estas cosas para nuestro reparo y remedio, y a todo cuanto hiciéremos, en fin del cual se pone una notable declaración para entender en alta manera cuanto nos está mandado en la Sagrada Escritura con promesa de galardón o con amenaza de pena. Es, pues, lo que en este segundo notable se ha de decir: lo primero que siempre debemos tener delante los ojos, esto es, el fin que a obrar nos debe mover, lo cual es muy necesario de saberse y mirarse cada momento, porque no tiene más bondad la obra de cuanto es la bondad del fin por que es hecha, y si malo fuese el fin, sería mala la obra, aunque ella de suyo fuese buena; y pues que Dios es bien infinito, aquella será mejor obra que más puramente se hiciere por su amor.

Y para declarar esto es de notar que el siervo de Dios que a su señor desea aplacer debe plantar en su alma una fuerte voluntad o hábito de querer, engendrado de muchas veces quererlo la voluntad o hábito; y así plantado, le mueva y le haga sentir que todo lo que no obrare

con el cuerpo y con el alma, todo lo que pensare y hablare, y aun las virtudes que procurare, y este remedio para su alma, y toda devoción, todo sea porque Dios lo quiere y nos lo demanda siempre, y es dignísimo de ello por su bondad infinita, y es Él servido de ello, quiero decir, hablando con palabras usuales, por hacerle placer. Su Majestad nos dijo que por esto nos hablaba, porque su gozo *sea en nosotros* [6]. Y entonces el gozo de Dios está en nosotros, como San Agustín declara, cuando le servimos como Él quiere, y ninguna otra manera hay que tanto le contente como esta que agora acabamos de decir.

Y es que el siervo de Dios quiera tanto lo que Dios quiere, y quiera tanto emplear todo lo que es y puede, y todas las fuerzas interiores y exteriores en servicio de su Dios, que en cada obra que hiciere no sienta otro fin que le mueva sino querer aplacer a Dios, quiero decir, que olvide en alguna manera el bien y la gloria que de la virtud se le puede seguir, y de sólo Dios que lo quiere se acuerde; y solamente entienda obrar, porque Él lo quiere y manda, y con gran razón lo requiere su bondad. Todo lo sobredicho se conoscerá en alguna manera por esta comparación.

Comparación: Está uno doliente; desea para su salud tal vianda o medecina; no sólo desea, pero procúralo. Ofrecióse a la sazón a un gran amigo déste una muy mayor enfermedad con muy mayor necesidad de aquella misma vianda o medecina; viene aquel primer doliente casi olvidado de su alguna dolencia y del deseo de aquella medecina para sí mesmo, y comienza de nuevo a desearla, no para sí mismo, pero para aquel amigo, en manera que el amor de su amigo hace a éste desear y buscar lo que él ha menester; y no por satisfacer a su menester, pero por satisfacer a la necesidad de su amigo; y cuando lo anda buscando, trae en su ánima un deseo que bulle de haber aquello para su amigo, casi olvidado que lo ha menester; y después que lo halla, gózase, porque así se cumplirá con la voluntad y menester de su amigo.

Tal, pues, ha de ser lo que al siervo de Dios ha de mover a todo deseo y obra, y en la misma manera, quiere decir, que sienta en su alma una gana con que desee y obre lo bueno; y sea la gana porque Dios quiere que nosotros lo obremos y es de ello servido como si le fuese muy necesario, casi olvidándonos que, mediante las virtudes que procuramos o deseamos o obramos, habremos de alcanzar salud o gloria; porque muy más necesario fin es obrar porque Dios quiere que obremos y por su bondad,

---

[6] Ioan. 15, 11.

que nos necesita a amarle y servirle, que haber bien y gloria para nosotros; porque aun haber bien y gloria, más principalmente debemos desearlo porque Dios quiere que lo deseemos y hayamos, y porque habiéndolo, lo amemos y sirvamos altamente, que no por nuestro provecho y gozo y gloria; y es tanta la bondad y grandeza de Dios, que cuanto más desta manera y arte deseáremos y obráremos, tanto más meresceremos y tanto mayor será nuestra gloria.

Esto que dicho es paresсerá dificultoso a los no habituados; pero tales parescen todos los principios a los principiantes, y aun parésceles que no podrían salir con lo que comienzan; y tanto se ejercitan en ello, que con el mucho ejercicio quedan ya maestros de lo que primero no se atrevían a ser discípulos. Y notad que quien tuviere la voluntad inflamada en devoción, haría todo esto con tanta ligereza, que, brevemente declarada la manera, obrase en breve espacio muy altas cosas; pero para quien tanta inflamación no tiene, será bien notar lo que se sigue, en que especialmente se toca el arte o manera que para esto debemos guardar.

Pongamos de una parte a Dios como a señor y amigo muy grande, y ponga cada uno a sí mismo de otra parte. Cuando la voluntad se moviere a querer tal virtud o buena obra, mire cada uno qué fin le mueve, y comúnmente verá en sí que miedo de pena o amor de gloria o de la virtud. No nos debemos contentar deste motivo, aunque no es malo; pero pues es señora la voluntad de querer uno y dejar otro, como se declara en el sexto notable, y pues también sabemos que es mejor y nos debe más mover el querer de Dios que el propio nuestro, hágase fuerza y deje de querer como solía, y lleve la voluntad a querer como mejor debe, y quiera aquello que hace o desea, porque Dios lo quiere y se le debe todo servicio.

¡Oh!, por cuán vil se debría reputar el que obra, quiere o desea algo movido de su natural deseo, aunque sea bueno y virtuoso, pues tiene siempre presente el deseo de Dios; el cual deseo divinal debría siempre mover nuestras entrañas a querer, y tenemos poder para dejar de querer en cuanto movidos de nuestro natural y buen deseo, y de querer enteramente, movidos de aquel soberano querer.

Y verdaderamente es ya tanta la diferencia de un motivo al otro, que ninguna cosa deste mundo se podría dar que tanto se diferenciase de otra cuanto estos dos motivos se diferencian; porque sin comparación lleva más ventaja el uno al otro que el sol con todo su resplandor al de una pequeña candela, y más que todos los ríos y

fuentes juntados con el mar a una pequeña gota de agua, y más que cien mil quintales de oro a un vaso de plomo, y más que todos los cielos a una avellana, y más que la excelencia natural de los hombres a la de la menor de las piedras. Porque puesto caso que la mayor diferencia entre todo lo suso cotejado sea la que hay entre los hombres y la piedra, todavía, empero, es mucho mayor la de aquellos dos motivos, porque más se acerca a distancia infinita la diferencia que hay entre un motivo y otro que la que hay entre la excelencia natural de los hombres a la de las piedras, por viles que sean; porque la cosa que en más alto grado diferencia al hombre de la piedra es el poder que tiene para obrar con aquel excelente motivo; y por tener los ángeles tan excelente naturaleza, que con más ligereza que nosotros pudieron obrar, con este motivo dijo el salmista del hombre: *Minuisti eum paulo minus ab angelis* [7].

Muchas pruebas se podrían traer para lo sobredicho, pero la más breve y que me paresce que debe bastar es que quien dello dudase procure con gran diligencia de ponerlo en obra; porque cierto lo verá luego tan claro, que no quiera esperar prueba de palabras; y quien no lo quisiere poner por obra, lea en los doctores santos que lo dicen, y por ventura lo sentirá, porque la brevedad de la presente obra no sufre más larga prueba.

Esforcémonos, pues, siempre a siempre querer obrar movidos de tan bienaventurado motivo, pues tanto nos obliga a ello aquella grandeza soberana, divina, deseosa por su sola bondad de nuestro engrandecimiento. El cual deseo suyo debe ser siempre motivo que mueva y haga salir de nuestro cuerpo y alma todas las obras corporales y espirituales, chicas y grandes, que nos pertenece obrar, según la compostura natural en que Su Majestad nos compuso; porque todas ellas, desde la menor hasta la mayor, sirven para conservación de nuestra vida natural; y así como no las podríamos dejar, así tomándolas por amor de Dios sirven también para acrecentamiento en la vida espiritual, y desta manera la más baja cosa que hiciéremos será de más alteza en los ojos de Dios que la más alta que hiciere el que tan excelente motivo no tuviere.

¡Oh, cosa maravillosa y de perpetua memoria que sea de mayor grandeza delante de Dios comer con este motivo que ayunar y derramar la sangre con ásperas disciplinas movido del deseo de poseer y gozar de los deleites del cielo!; y esto no porque desear estos deleites del cielo no sea bueno, pero porque es tanto mejor el otro

---

[7] Ps. 8, 6; Hebr. 2, 7.

motivo que éste cuanto es mayor el mundo todo que una avellana y mucho más.

Cumple mucho para esto acostumbrarnos a obrar con este bienaventurado motivo, estar muy sobre aviso que nunca pasemos de una obra a otra, ni comencemos cosa alguna hasta que sintamos movernos a ella por pensar o saber que Dios quiere que la hagamos ; y llamo obra cualquier movimiento del cuerpo o del alma. Para lo cual notaremos que Dios, con jubilación infinita, quiere ser poseído y amado de todos los hombres, y con ese mismo querer quiere que cada movimiento de amor, que en cada instante de nuestra vida obramos, que le amemos y obremos tantas cuantas veces le amáremos o alguna otra cosa hiciéremos, traídos actualmente de aquel su querer infinito.

Quiere decir, dando regla universal, que cada y cuando quisiéremos hacer algo, nunca comencemos hasta poner los ojos en Dios ; en la cual vista no nos contentemos hasta que sintamos aquel querer con gozo infinito que Dios tiene de nuestro bien obrar. Lo cual visto y sentido y conocido que Dios es dignísimo de ser obedescido y servido como tal y desta manera, entonces, como trabados de aquella su muy alta voluntad y querer, pongamos en obra lo que viéremos que debemos hacer, casi olvidados de todo nuestro bien.

Justo es, por cierto, que aquella soberana voluntad del Criador de todas las voluntades tenga tan gran preeminencia y señorío en todas las voluntades, que no solamente le obedezcan en cuanto mandare, pero que aun todo lo que hiciéremos sea casi olvidado de cumplir nuestro propio querer y de alcanzar nuestra gloria, sino porque en uno y en otro esa muy alta voluntad de Dios se cumpla en todo sin otro respeto alguno. Y porque el pensamiento de tener grandes riquezas hace que se halle hombre burlado cuando siente la falta de ellas, será bien considerar, porque ninguno piense de sí más de lo que tiene.

Por no haber alcanzado ni aun sentido el sobredicho motivo, muchos han pensado que hacían grandes obras, y hallaron después ser bien pequeñas ; porque muy bien se compadesce que alguna persona bien inclinada y apetitosa de grandes y verdaderos bienes, y que está en estado de gracia, conociendo la grandeza que está en amar a Dios, tenga deseo encendido de tener este amor en perfección, y que este su deseo no sea obra perfecta ; porque puesto caso que el deseo sea de cosa perfecta, no empero aquella obra que es desear será perfecta si le falta el motivo perfecto, que es que nazca nuestro deseo de una gran voluntad que nos haga querer y desear el tal amor, porque

Dios quiere que le tengamos para nuestro engrandecimiento, que él mucho ama.

Esto mismo que se ha dicho de aquel buen deseo se podría y debe traer para muchos que tienen gran celo de la salud de las ánimas y del bien de la república y comunidades adonde viven, y que tienen las bienaventuranzas que nuestro Redentor dice de hambre y sed de justicia y que lloran por los males que ven y sienten haber en el mundo; lo cual todo, aunque es bueno, pero puede ser de bajo metal y muy falto de perfección, como ya se platicó del sobredicho deseo del amor de Dios, y por eso debemos estar muy sobre aviso para mover actualmente la voluntad de todas las cosas ya dichas a obrar con el perfecto motivo que acabamos de platicar; y lo que se ha dicho de aquellas obras se debe entender y ejercitar en todos los movimientos, que son innumerables, que al alma se ofrescen, de cualquier calidad que sean, y aun también en cualquier tentación que resistamos; ca debemos tanto procurar que la voluntad de Dios reine en la nuestra, que ya ninguna cosa nazca de la nuestra sola, pero más enteramente de la de Dios, reinante en ella, como muchas veces se platicó.

Grande dificultad sentirán los principiantes hasta alcanzar tan alto motivo y tan alta manera de obrar, como está platicado, y muchos días podrá ser que estarán que no alcancen muy a su placer; pero no deben aflojar; antes deben considerar que más tiempo trabajan muchos en el mundo por ligeras cosas y no las alcanzan, y nosotros habremos cierto esta merced si la procuramos desde lo muy hondo de la humildad, perseverando y ayudándonos de lo que en los siguientes notables se dice; y reprehéndase de muy áspera reprehensión quien pensare ser de alguna estima o con dignidad guardar las cosas en ellos contenidas, considerando la grandeza de la merced que le se promete, que es alcanzar con ello el sobredicho motivo.

Bien me parece que será avisar que algunas veces se ofresce a los principios alguna tibieza en el que desta manera tan alta endereza sus obras por solo Dios; y podráse maravillar viendo que tomando manera más alta siente menos devoción, como se podría maravillar quien, llegándose al fuego, se resfriare más. Y porque es justo de proveer a esto, notemos que quien considere la causa dello verá ser necesario que nos venga esta tibieza, y que no por eso son de menos merescimiento nuestras obras.

Notaremos, pues, para declaración dello, que la causa de esa tibieza es porque dejando de obrar y amar por nuestro propio bien, como solíamos y es natural, y obran-

do por sólo amor de Dios, cuasi despedimos de nosotros la raíz, donde común y naturalmente nos nasce todo gozo, esto es, nuestro propio bien y descanso, y tomamos el bien ajeno, que es la gloria de Dios, por descanso y fin de nuestros trabajos. Lo cual es cosa sobrenatural y muy desacostumbrada, y por consiguiente esnos tan penoso hacer esta mudanza, que del gozo que está dicho nos viene la tal tibieza y frialdad, hasta que estemos muy acostumbrados a sentir y apreciar, amar y estimar mucho en más la voluntad y gloria de Dios que la nuestra, y a tenerla mucho más por nuestra que la propia nuestra, como cosa que mucho más amamos; lo cual, cuando bien tuviéremos, seremos llevados a la lumbre que no rescibe tibieza o frialdad, allende que nuestro merecimiento será muy mayor. Cumple y será muy bien, para que muy más claramente veamos lo sobredicho, acudir a ver lo que se contiene abajo, en el quinto párrafo del capítulo cuarto de la segunda parte.

Visto ya, pues, el fin por que habemos de obrar, podría alguno dudar y decir que, como la Sagrada Escritura evangélica sea doctrina tan perfecta, cómo no propone de contino este fin, cuando algo amonesta o manda o veda, pero comúnmente nos amenaza con la pena y nos convida con la gloria. Y notaremos, para la respuesta desto, que, así como el Hijo de Dios, Señor y Redentor nuestro, de quien manó nuestra doctrina evangélica, siendo en sí mismo perfectísimo, y muchas veces tomó en su persona cosas de flaqueza, por condescender a la nuestra poquedad, así como huir y esconderse y haber miedo y cosas semejantes, según lo muestra el santo Evangelio, así de aquella manera quiso que su doctrina fuese escrita con tales palabras cuales requería la poquedad y la flaqueza de los obradores, los cuales por la mayor parte se moverían a bien obrar por esperanza de gloria o miedo de la pena, presupuesta la corrupción y bajeza humana después del pecado.

Pero aun habemos de notar que, así como nuestro Redentor y Salvador Jesucristo tomó aquellas flaquezas con muy alta perfección y caridad, así el que fuere varón perfecto oirá la doctrina evangélica y obrará, como ella dice, movido por las amenazas o promesas allí contenidas, sin agravio de la perfecta manera de obrar, de la cual se ha ya dicho en este notable; y si alguno dudase o dijere que cómo se compadesce esto, declárase mostrando cómo se compadezca en un lugar de la Sagrada Escritura, en que nuestro Redentor amenaza con la pena infernal; por la forma que esto entendiéremos quedará más manifiesto todo lo otro que leyéremos. Dice en el santo Evangelio:

Si no hiciéredes penitencia, pereceréis [8]. En estas palabras se contiene un mandamiento y consejo santo con amenaza, y en esta amenaza se pueden considerar dos cosas. La una es la pena con que se amenaza, y la otra es la voluntad con que Dios amenaza, que es una voluntad que le sirvamos y que no perezcamos.

El verdadero siervo de Dios debe obedescer a aquel mandamiento, no por huir de la pena, pero porque el Señor Dios, que amenaza, quiere y es servido que hagamos penitencia, y que no cayamos en aquella pena; y acordándose que Dios desea que le sirvamos y que no vengamos a tanto mal y casi olvidado del daño de su pena hace penitencia.

Esta tal obra con alta perfección, movido de la amenaza de la Santa Escritura, y así queda la Escritura en su muy alta perfección, aunque contiene lo que parece flaqueza por cumplir con los flacos para moverlos al bien, según su flaqueza demanda. Y que desta manera se hayan de entender y recibir todas las promesas y amenazas del santo Evangelio, muéstrase bien de aquel primero y mayor mandamiento a todos puesto, que *dice que amemos a Dios con todo nuestro corazón y fuerzas* [9]; lo cual no cumple bien quien no emplea en Dios toda la fuerza que tiene para servirle y para querer la gloria y aborrecer la pena, queriendo lo uno y aborreciendo lo otro en la manera que acabamos de decir; pues que sirviéndole y alcanzando la gloria y escapando la pena venimos a cumplir aquel muy alto mandamiento del amor, el cual siempre quebrantaríamos viniendo a la pena perpetua.

Habemos, pues, visto la causa por qué el santo Evangelio usa de aquella manera de mandar y amenazar hablando con todos, así flacos como esforzados; pero, porque este nuestro tratado se enderezó por la mayor parte, no a los muy flacos en el servicio de Dios, cuales son los que aún el cumplimiento de los mandamientos se les hace muy cargoso, pero a los que el yugo del Señor se les hace ligero y tienen aliento y deseo para seguir y llevar la más alta manera de perfección, por eso va casi todo puesto sin amenazas y promesas; pero llegando en cada paso al más alto fin, que es Dios, en quien, como es dicho, debe estar tan hincado nuestro corazón, que ninguna cosa queramos ni temamos sino lo que nos allega o aparta de lo que Él quiere que temamos y queramos, y esto porque Él lo quiere; y esto todo se declara más por lo que se escribe abajo, en la tercera parte, capítulo primero.

---

[8] Luc. 13, 5.
[9] Matth. 22, 37.

NOTABLE III

De dos maneras que hay de servir a Dios, y de cuánta obligación tienen todos, y mucho más los religiosos, de servir en la segunda, que es más alta; y de una declaración de ella, y que a esta segunda en especial se provee aquí de arte

Lo tercero que debe notar el que quiere servir a este tan gran Señor, es procurar de saber de cuántas maneras se puede servir, porque así pueda escoger la que más supiere agradarle. Y pues el mismo Señor y maestro de la sabiduría eterna declaró a un mancebo, que esto deseaba saber, que dos son las maneras, no hay más que altercar.

La primera es guardar los mandamientos. La segunda es que quien quisiere ser siervo perfecto, que, dejando cuanto hay en el mundo, siga lo que Su Majestad hizo en la tierra, cuya vida sagrada en muchas cosas fué ejercitada y con harto trabajo, no porque su muy santa y real persona las hobiese menester, pero porque a nosotros iba la vida en cada una dellas, quísose hacer siervo por mostrarnos a servir, y sirvió en muchas cosas para darnos a entender cuán ejercitada y limada debe estar en toda virtud el alma del que bien quiere servir y amar a tan gran Señor.

Y es de notar que, aunque Dios nuestro Señor quiso dejar a la cortesía o libertad de los hombres no necesitados a que le sirviesen en la segunda manera aquí puesta, pero cierto son todos obligados a ello so pena de torpes y mal mirados; porque a todos está puesto el gran mandamiento de amar con todas las fuerzas; y si sería de reprender y culpar el que viniese a algún lugar con intención de poner ahí en obra alguna cosa muy provechosa y necesaria y dejase de hacer y efectuar la tal cosa, y se ocupase en otra de muy poco valor, mucho más se debe culpar el que, nacido y criado en este mundo, como todos nacemos, para siempre servir con todas las fuerzas al muy alto Dios, tan dignísimo de ello y en lo que hay tanto provecho, deja de lo hacer porque no se lo mandan so pena de muerte, ocupándose en bajo servicio mezclado con lo vano del mundo, que tan presto pasa y tanto mal hace. Y si todos son de culpar no sirviendo en la segunda manera según el estado y condición de cada uno, mucho más los religiosos, que lo comenzaron dejando el mun-

do y se hicieron continuos en la casa y mesa de Dios, lo deben continuar, haciendo lo que es más perfecto; esto es, seguir las pisadas del Hijo de Dios; los cuales, como San Bernardo dice, no contentándose con solos los mandamientos, deben siempre pesquisar y sacar de lo que conocen de las palabras y condición divina qué es lo que Dios quiere y huelga más que hagamos; y para esto nos es dado el entendimiento y el apetito de pesquisar y escudriñar grandes cosas.

Y pues hablamos en este notable destas dos maneras de servir para escoger la que más contenta al muy alto Rey, notemos, declarando en sentencia con breves y usuales palabras, aquello que nuestro Redentor dice en la dicha segunda manera, esto es: *Ven y sígueme* [10], que quiere aquí decir a cada uno y a todos que cumplamos cuanto está escrito para nuestra doctrina, haciéndolo no solamente con amor, pero con amor y por amor juntamente, porque éstas son las pisadas que Él nos amonesta seguir. Por tanto, no basta cumplir algo de lo prescripto, pero todo no basta para bien servir; obrar con amor, pero con amor y por amor.

Con amor sirve un paje que quiere bien a su señor, pero no por amor, porque no le serviría sino por lo que dél espera de haber. Con amor y por amor serviría si sirviese sólo porque aquel señor quiere y huelga de su servicio, porque ama la bondad y compañía de su señor sin otro respecto. Y éste es el verdadero obrar que de nuestro muy alto Maestro hemos de aprender; el cual, como vimos, quiso servir por nosotros, y el servir le dió a Él el señorío universal y a nosotros dará reino perpetuo.

Y que aquellas palabras: *Ven y sígueme*, quieren decir que cumplamos con amor y por amor todo lo que está prescripto que hagamos; claro lo verá quien siente, porque seguir a Cristo es obrar lo que Él obró para nuestra doctrina y en la manera que Él obró. Y la manera en que Él obró fué con amor y por amor, porque ésta es la más alta manera. Lo cual nosotros podemos hacer, aunque no tan perfectamente como Él; y pues que así es, poquedad sería decir nosotros que nos mandase nuestro Señor que le sigamos en sólo las obras y no en la manera; pues que poco aprovechara el obrar si faltase la manera que ya está dicha y declarada, y esto es que obremos con amor y por amor, y no se debe pensar de tan alto Maestro y tan magnífico Señor darnos doctrina de pequeño provecho.

Es aún de notar que, por ser la primera destas ma-

[10] Matth. 19, 21; Luc. 18, 22.

neras muy llana, y aun porque se platica cada día en los púlpitos y fuera dellos la manera para así servir a Dios, principalmente se proveerá de arte para la segunda manera, que es más perfecta y más sutil y menos usada y platicada, aunque podría aprovechar para todos abundantemente.

Otra vez se amonesta a quien tan alta y tan gananciosa arte quisiese aprender, que considere que si en las otras artes bajas de este mundo son necesarios maestros que las enseñen, que mucho más deben ser menester para ésta; y que a falta de enseñadores debe suplir el cuidadoso aprendedor con demasiada diligencia lo que falta, y, sobre todo, enseñará en todo la unción del Espíritu Santo.

NOTABLE IV

De una consideración del estrago causado en el alma por el pecado, del cual pecado no es tan dificultoso, aunque posible, el alto servir a Dios para que nacimos: y pone en general en qué está el reparo deste estrago.

Lo cuarto de notar es que, queriendo servir a tan gran Señor, miremos con buena consideración la disposición en que estamos, por que proveamos a cualquier falta que nosotros halláremos. Y notaremos que el mal donde nos viene todo estorbo para altamente servir a Dios es el pecado, que tiene debilitada y estragada el alma; y que si pecados no hubiera, con mucha ligereza hiciéramos cualquier bien; pero, venido el pecado, desconcertáronse en tanta manera nuestros deseos, apetitos y quereres con la cruel enfermedad espiritual de este pecado causada, que ya, como quien tiene hastío, apenas amamos ni deseamos sino cosas groseras y dañosas y viciosas, olvidando el bien infinito para que nacimos, como cosa en que no teníamos sabor; y de aquí viene el desconcierto del alma que en nosotros vemos, estando apartada de aquello para que nacimos; y tanto, que siempre nos inclinamos a lo malo y a dejar lo bueno.

Pero es también de notar y considerar que no por este desconcierto, causado de tan mala enfermedad, se nos quita la obligación de hacer lo que debemos y a que somos al mundo venidos; que, puesto caso que por la enfermedad que ya dije que tenemos el obrar nos sea

más dificultoso, no, empero, en tal manera dificultoso que nos haga impotentes, presupuesta la favorable misericordia del muy Alto, con cuya ayuda nuestra perdición se puede remediar.

Y es de notar que tanto más se acerca alguno a la disposición y concierto excelente que para servir a Dios se requiere y que en su alma hubiera para todo bien si no pecara, cuanto más reparados y concertados tiene los apetitos y quereres, que, como vimos, se desconcertaron por el pecado; y aquellos terná reparados que por muy vivo estudio y consideración profunda de lo que se dirá los guiare todos a Dios nuestro Señor, contrariando a todo lo que deseare fuera de la voluntad dese Señor, y abrazando y siguiendo todos los remedios que para esto se pudieren hallar y se diera; y en el grado que cada uno esto alcanzare, en ése será ensalzado aquí en virtud y santidad y después en la gloria. Y en tanto grado podría alguno esmerarse en esto, que casi alcanzase aquella llaneza que hubiera en el estado de la inocencia para obrar con gran sabor, como se cree de algunos santos haberlo alcanzado.

Y de lo que en nosotros es de hacer para alcanzar esto se ha de tratar aquí cuanto el Señor para ello ayudare; y débese leer mucho y muchas veces, porque leerlo una o dos veces no aprovecharía más de cuanto aprovecharía a uno que nunca supo lógica leer una o dos veces, pasando de presto, un libro de lógica.

NOTABLE V

De los instrumentos que nos son dados en el cuerpo y en el alma para obrar este reparo, pero que principalmente toda la santidad está en obrar de contino con los del alma

Es, pues, de notar quintamente que, así como tenemos cuerpo y alma, así tenemos en cada uno instrumentos para obrar. El cuerpo tiene pies para andar, y manos para lo que queréis, y lengua para hablar, con todo lo demás. Y el alma tiene voluntad para querer, entendimiento para conocer, con muchos y diversos apetitos.

Y esto es de notar, que cuanto más excelente es el obrador y el instrumento, tanto más excelente es la obra, habiendo igualdad de las otras causas que en la obra

concurren. Las obras corporales tanto tienen de excelencia cuanto más afinado instrumento del ánima concurre en el obrarse. Llámase afinado instrumento el que es movido a hacer alguna obra con buen fin, y el muy afinado instrumento se dice la voluntad, que se mueve por sólo Dios, como se dijo en el segundo notable. Muy en poco debéis estimar cualquier obra corporal que así no va hecha. Y esto quiso decir San Pablo cuando dijo a Timoteo *que el ejercicio corporal a poco aprovecha* [11].

Las obras del ánima son de otra manera, esto es, que ellas en sí pueden ser de gran provecho; así como si uno se ejercitase con el entendimiento en considerar de cuánta poquedad son las honras deste mundo, y de cuánta excelencia lo que Dios manda y su gloria, o en conocer cómo se deben gobernar las pasiones del ánima, según se declara en la segunda parte en el capítulo nono; y con la voluntad en querer todo lo que ya conoce ser bueno, y en no querer, pero menospreciar lo vano. Porque estos menosprecios serían muy provechosos, aunque el cuerpo estuviese como baldío: que de aquellos ejercicios se engendrarían excelentes hábitos y se destruirían los malos; lo cual es muy bueno, aunque se hiciese por sólo amor de la virtud, como hacían los filósofos; y será mejor en el cristiano que tiene fe, y muy mejor si con la fe enderezamos actualmente la intención a Dios en cada obra, como se declara por todo el segundo notable; que de ahí notaréis y de aquí cuánto debéis ejercitaros con el alma. Y podéislo hacer estando ocupado o desocupado corporalmente, y en todo tiempo y lugar, en tanto que aun podéis estar hablando con otro de algún negocio temporal y obrar con el ánima, amando a Dios o acordándoos en alguna cosa suya.

Esto parescerá grave al no habituado, pero la costumbre lo hace ligero, aunque no sin dificultad y trabajo se puede alcanzar esta costumbre: pero por eso se dice que la virtud es cerca de lo dificultoso. Tantas veces os haréis fuerza con la voluntad, que quedéis amaestrado a obrar muchas y grandes cosas con ligereza; y no haciéndolo, no tenéis razón de maravillaros y decir que no podéis ser más devotos; pues, como se dirá en el sexto notable, en vuestra mano está querer o no querer, cuantas veces quisiéredes, todo lo que por bien tuviéredes.

Y notar que si en la tierra queréis alcanzar ser grande amigo y siervo de Dios, tanto más lo seréis cuanto más de contino en cada hora y lugar obráredes con los instrumentos del ánima, como dicho es. Y esto hizo a los

[11] I Tim. 4, 8.

santos tener tan alta gloria en el cielo, y la falta desto hace a nosotros tan reprehensibles en la tierra.

Y pues tánto consiste nuestra grandeza en el obrar con estos instrumentos del alma, y nuestra poquedad en la negligencia dello, será bien platicar qué forma o arte ternemos para ello los que hasta aquí hemos estado tan desalmados en el obrar con ellos.

Y comenzando del entendimiento, dejando la voluntad para el siguiente notable, será bien presuponer por fundamento una regla teologal y filosofal, que dice que nuestro apetito natural naturalmente desea aquello a que se inclina o que le parece sabroso.

Quiere decir que no ha menester quien le convide o ayude a desearlo, mas antes lo desea necesitado o forzado. Pero la voluntad no desta manera, mas primero lo consulta con la razón, y averiguado qué le conviene, muévese a quererlo con libertad; y por eso dijo también el Filósofo que no hay cosa querida sino la conocida. De donde colegiremos que el conocimiento de la cosa que tenemos en el entendimiento sirve como de lumbre para que la voluntad vea por dónde se debe mover a querer.

Esto presupuesto, cumple ahora mucho notar que para bien y perfectamente obrar sería menester que el entendimiento no errase en el conocer, y que, averiguado que no yerra, que luego la voluntad quisiese lo así conocido. Pero si el entendimiento yerra, como las más veces acaesce, por la malicia que nos tiene ciegos, o si acierta en la verdad, pero la voluntad, con la libertad que tiene, no quiere seguir lo que conoce ser bueno, viene a caer en todo mal.

Y dejando ahora muchas cosas que en este caso se podrían decir y se debrían saber, lo que en especial cumple para la presente obra es que en una cosa en especial debemos siempre estar muy apercibidos para servirnos del entendimiento, y es que para que cuando quisiéremos querer alguna cosa virtuosa o que nos dispone para la virtud, así como ser menospreciados de los hombres, y huir todos los deleites que los grandes varones aborrecieron, que siempre en éstas y en todas las otras cosas que se nos hicieren penosas de obrar y querer acudamos con ese entendimiento para considerarlas y aprehenderlas por preciosísimas y muy agradables a Dios y a nosotros dadoras de vida perpetua, como se declara en el capítulo segundo de la segunda parte; porque, conoscidas por tales, tome aliento y gana la voluntad para moverse a quererlo y abrazarse con ello, poniéndolo en obra; porque aunque esa voluntad obra con libertad, pero muchas veces, espantada de la dificultad o aspere-

za que se le representa en la obra, lo deja, y así peca o deja hacer lo que debe. Y si procuramos servirle con el entendimiento, según es dicho, recibirá tan grande aliento, que, conociendo la excelencia que hay en lo penoso, lo quiera y obre con tanta ligereza casi como lo que desea naturalmente. Y ese tal sería ligeramente de grande virtud, y ternía reparado gran parte del estrago causado del pecado, y obraría con mucha ligereza lo que en el cielo y en la tierra hace bienaventurados; esto es, que ternía gran vista de las grandezas de Dios; y amándolas se gozaría dellas, según que está dicho y se dirá más abajo.

NOTABLE VI

EL SEXTO NOTABLE ES DEL PODER QUE TENEMOS PARA OBRAR CON EL MÁS ALTO INSTRUMENTO DEL ÁNIMA, QUE ES LA VOLUNTAD; ESTO ES, QUE NOSOTROS PODEMOS QUERER O AMAR, O DEJAR DE QUERER O AMAR CUALQUIER COSA QUE QUISIÉREMOS Y CUANTAS VECES QUISIÉREMOS, Y CON LA MISMA VOLUNTAD DAR A NUESTRO OBRAR EL FIN QUE QUISIÉREMOS. Y ESTE NOTABLE ES NECESARIO CADA INSTANTE DE NUESTRA VIDA, Y EN GRAN MANERA Y EN ESPECIAL CONTRA LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS

Este sexto notable debe ser muy notado y muy entendido y muy sabido, como un fundamento grande de todo lo que se ha de decir y de toda la vida espiritual; y contiene una regla muy memorable fundada en la libertad de nuestro libre albedrío, declaradora de lo que podemos obrar con la voluntad y avivadora del adormecimiento del alma. Y la regla es que naturalmente está en manos de cuantos viven en el mundo querer o dejar de querer cualquier cosa que quisieren o les pareciere que deben querer o no querer, y por el fin que quisieren y cuantas veces quisieren.

Pongo desto ejemplo en una cosa, y de la manera desta será en todas las otras. Ser un hombre tenido en poco es una cosa que se puede querer, quiero decir, que quien quiera lo puede querer, por dificultoso que le sea el inclinarse a quererlo; y aun puede quererlo por diversos fines, escogiendo dellos el que quisiere; porque lo puede querer, o por alcanzar la humildad, y éste es buen fin, o por parescer algo al Hijo de Dios, que por nosotros fué menospreciado, y éste es mejor fin, o por

disponerse por menosprecio para que Dios se sirva dél por caridad y amor perfecto, y éste es aún más alto fin. Y dando la vuelta, pongo ejemplo del dejar de querer; y digo que cualquiera puede dejar de querer o no querer ser tenido en algo, o no querer ser amado particularmente, o no querer ser estimado; y por los mismos fines que ya dije, aunque natural y viciosamente sea inclinado a ser tenido y estimado en mucho.

Y también notad que así como es en mano o poder de cada uno querer o dejar de querer, según está declarado, así está en su poder el querer o no querer actualmente cuantas veces por bien tuviere al rato o al día. Y tantas cuantas más veces inclinare la voluntad al querer o no querer, tanto más presto destruirá los hábitos viciosos y engendrará los virtuosos, allende que en cada inclinación de la voluntad hay singular merescimiento, si la tal inclinación es por placer a Dios, como se declara en el segundo notable.

Y para mayor claridad de lo sobredicho notaremos que producir acto de querer lo que naturalmente aborrescemos es cuando, considerando que es Dios servido que lo queramos, inclinamos o forzamos la voluntad a quererlo, como el enfermo quiere la purga amarga que le dará salud, aunque naturalmente la aborresce. Y acto de no querer lo que naturalmente deseamos es cuando, considerando que aquello no lo quiere Dios ni a nosotros cumple, inclinamos o forzamos nuestra voluntad a que no lo quiera. Y será verdadero no querer, aunque quede alguna rebeldía de la sensualidad, en la manera que acaece al doliente que no quiere comer la vianda de que tiene apetito porque le es dañosa; y dale la vida el no quererla comer, aunque no se le quite el apetito desordenado. Y desta manera está dicho que podemos producir actos de virtudes cuantas veces quisiéremos.

Y es de notar que, allende del continuo estudio que debemos tener en ejercitar la voluntad en querer las buenas cosas que debemos nosotros desear, y en dejar de querer las malas, para fabricar buenos hábitos y deshacer los malos, pero aun muy en especial cumple aprovecharnos cada rato de este notable para refrenar los primeros movimientos, que aun a los muy virtuosos guerrean, o en que nos detenemos o consentimos a las veces, cuando el movimiento es de obra o pensamiento de pecado venial, así como holgamos que sean algo estimados nuestros hechos y dichos, o de las personas que según el mundo amamos, o entristecernos o dolernos de lo contrario, como injurias o disfavores. En lo cual todo detenernos o consentir, aunque no sea de suyo mortal, pero es

tan dañoso cuanto sabe el que de verdad busca a Dios, porque con ella se embota o agravia el alma para todo lo que debría hacer.

Debe, pues, el que desea siempre ser señor de sí mismo y poderoso de ligeramente bien obrar, dar luego en el primer movimiento un golpe con la voluntad, queriendo las injurias y trabajos, o desdén, o sinsabor, o cualquier contradicción que se nos ofrezca; contradicción con el tal querer al dolor que el primer movimiento traerá de las tales injurias y las otras cosas semejantes ya dichas; y dando la vuelta a los favores y honras y favores y contentamientos de alguna cosa vana, adonde se ofrecerá un movimiento de placer, debemos estar apercibidos para con la voluntad producir acto de no querer la tal cosa que naturalmente deseamos; porque haciéndolo así excusaremos liviandad y pecado, y haciéndolo muchas veces, quedaremos con excelentes hábitos, deshechos los malos; y en esto está la llave de nuestro reparo.

Notad aún también que muchas veces, por los malos hábitos o costumbres, se os hará dificultoso el querer el bien, o el no querer el mal, o tomar un fin o dejar otro; pero al cabo, como ya es dicho en el párrafo primero y segundo, está en nuestra mano, aunque a los principios produciréis tan flacos actos que os parecerá que ni es querer ni no querer; pero no dejéis de producirlos, porque poco a poco se hacen grandes; y aun cuando son chicos, son harto meritorios al alma.

También os parescerá todo esto a los principios como nonada, pero así paresce nonada un nominativo a un principiante de gramática, pero con aquel nominativo y otro y otro poquito, etc., al cabo de un año habla y entiende cuanto quiere; y mucho más al cabo de dos, y así se hace perfecto gramático. Pero notad que cada día estudia, y muchas horas del día, y con mucho esfuerzo de su memoria y entendimiento, y todo lo ha menester; y mucho más es menester en la muy alta esciencia en que aprendemos a servir a Cristo; para lo cual no un hábito, pero muchos habemos menester de adquirir, como son hábito de caridad de Dios y del prójimo, y en especial del enemigo, y hábito de humildad y paciencia y abstinencia; de los cuales cada uno requiere más tiempo que ser gramático; de parte de tener plantados en nuestra alma otros hábitos muy contrarios destos, lo cual no tiene el que estudia gramática u otra ciencia.

Notad también que cuanto más vehementes o fuertes actos fueren los que vuestra voluntad produce, tanto más presto ganaréis el hábito, como acontece entre dos de igual ingenio: saber el uno más en un año que el otro

en dos, porque éste trabajó poco y el otro cuanto pudo.

Llamaremos vehemente o intenso acto cuando se ofreciere alguna injuria, o disfavor, o abatimiento, no pensando, o a lo menos no imagina de pensar si se ofreciere, si entonces inclinásemos fuertemente la voluntad a quererlo, tanto que nos gozásemos, porque con el tal gozo quedase nuestra alma muy domada contra lo que primero amaga, fuera del querer de Dios; y por el contrario, si alguna honra o favor se nos ofreciere, inclinaremos fuertemente la voluntad a pesarnos, porque la tal honra nos es algún disfavor para la humillación, que es camino de la humildad, que tanto Dios ama. Estos tales actos son de tanta fuerza, que pocos dellos harán tan excelente hábito de humildad y paciencia, aunque, según regla común, de muchos actos se hace un hábito. Y como se ha dicho destas virtudes se entiende de todas las otras.

Es también aquí de notar que sobre todo requiere nuestra flaqueza trabajar con mucha fuerza de desarraigar los vicios. Raíz de vicios llamaremos la más pequeña inclinación, y mucho más la mayor, que en nosotros sintiéremos bullir contra cualquier cosa de las que en el santo Evangelio nos están mandadas o consejadas. Y trabajemos como hombres y hijos de Dios, porque, por muy arraigadas que estén las tales raíces, tantas veces trabajemos que las arranquemos de la tierra de nuestra carne, como acontece cada día arrancando de tierra raíces de algunas plantas corporales, que no las arrancan del primero, ni del segundo, ni del tercer tiro, sino de muchos; y muchos más se requieren para arrancar el mal hábito vicioso, porque está muy más fuertemente plantado en el cuerpo y en el alma.

Este notable ha sido de pocas palabras, pero notad que tales suelen ser todos los principios de las facultades o artes; pero es de tanto provecho, que sólo éste basta para dar orden y manera de obrar, aunque ninguna otra arte se supiese; y es tan necesario saberlo y entenderle muy enteramente cuanto es menester el fundamento en todo fuerte edificio. Y sería liviandad pensar alcanzar la alteza de las virtudes por vía ordinaria sin la manera aquí puesta; y por no acertar en ella, hartos han trabajado mucho y alcanzado poco, como acaesce cada día en muchas cosas del mundo.

NOTABLE VII

Este séptimo y final notable declara por manera de práctica la manera de plantar y fabricar los buenos hábitos y desarraigar los malos con los sobredichos instrumentos, y en el ejercicio desto va la vida a los principiantes y aun a todos; y dice más, que para la conservación de la humildad quiso Dios que, aunque tengamos ya excelentes hábitos de virtudes, no sepamos si le es gracioso nuestro servicio o si tenemos su gracia; y da una gran señal que nos convida a creer que tenemos esta gracia; y pone, en fin, la razón por que algunas veces no alcanzamos alguna virtud de las que a nuestro parecer procuramos.

Es, pues, lo séptimo de notar del que compuestamente desea servir a tan gran Señor, que presupuesto ya que el estrago del ánima está en malos hábitos y el reparo en buenos, los cuales se hacen de muchos actos o de pocos vehementes y intensos, como en el párrafo quinto del precedente notable se declaró, que, como los hábitos estén en el ánima, así los actos con que se engendran han de ser principalmente con los instrumentos del ánima, puesto que a las veces reciban ayuda de lo corporal.

Ejemplo: Quiere y desea un hombre tener una casa a su contentamiento; tiene dineros y aun materiales allegados para ella; por más que piense y la desee, nunca la terná hasta que labre y junte un material con otro, según que es menester para formar la tal casa. Bien así de esta manera es uno impaciente y querría repararse y cobrar hábito de paciencia; sepa este tal que por muchas injurias que le hagan de palabras y de obra, y aun por mucho que desee la tal paciencia, y aun por mucho que se esfuerce a callar de palabra y a tener quedas las manos, nunca hará hábito de paciencia si no se ayuda principalmente con lo interior del ánima, moviendo muchas veces el entendimiento a considerar el gran bien de la paciencia, y la voluntad como instrumento necesario para fabricarla, inclinando esa voluntad a querer ser injuriado y perseguido por el amor de aquel Señor que a ello nos amonesta y lo sufrió por nosotros.

Habéis, pues, de plantar este hábito desta manera, y ayuda para aquí lo del sexto notable. Ofresced a vuestro pensamiento qué sintiérades si tal o tal injuria os hiciesen, representando alguna injuria que mucho aborrezcáis;

veniros ha luego como un espanto della con el mal hábito que tenéis. Tomad vos luego y acordaos del mucho bien que hay en sufrir las tales injurias, y forzad vuestra voluntad a quererlas, y no dejéis de forzaros, aunque os parezca que va forzado, porque todavía lleva algo de voluntario; y tantas veces haréis actos semejantes, que crezca aquello que parecía poco voluntario, y vengáis a sufrir la injuria de voluntad y quedará hecho el hábito.

Este ejemplo puede aprovechar para hacer todos los hábitos, porque lo mismo que se ha dicho de la paciencia se puede decir de la humildad mudándole el nombre, lo mismo de la pobreza, lo mismo de la templanza y abstinencia; porque considerando el mucho bien que en estas virtudes hay, y forzando vuestra voluntad (como ya es dicho) a querer aquella pobreza y mengua de vianda, quedaréis con los hábitos de pobreza y abstinencia.

Y si consideráis ser voluntad de Dios que os apartéis de los deleites torpes de la carne y forzáis vuestra voluntad a nunca quererlos y nunca detenernos en el pensamiento dellos, ni aun por breve espacio, quedaréis en breves días con excelente hábito de castidad; y desta manera puede uno estar santamente habituado.

Y notad que si, como se ha dicho, por solo ofrescimiento de la injuria al pensamiento se puede fabricar el tal hábito, muy mejor y más presto se fabricará si nos viene de hecho la tal injuria, o cosa que nos parece estar algo corridos o abatidos delante la gente con quien conversamos, si entonces forzamos la voluntad a quererla.

La razón desto es porque los actos de la voluntad, aceptante la injuria que tenemos presente, son más vehementes y, por consiguiente, más domadores del alma que los de la voluntad que acepta y quiere la injuria que se le ofresce o piensa poderle venir; y pocos actos vehementes obran más que muchos remisos para fabricar hábito, según se declara en el párrafo quinto del precedente notable; y debe notar mucho esto el que desea ser gran siervo de Dios, porque no debe decir ni pensar que hace lo que en sí es para alcanzar las mercedes y gracias de Dios, que no quiere y huelga que se ofrezcan las cosas con que más se puede disponer para esas mercedes, como son los ofrescimientos de injurias y menosprecios; pues que se requiere tan de necesidad para amenguar los vicios y hacer crescer la virtudes, para venir a la perfecta caridad, en la cual está todo bien y servicio perfecto.

Para todo esto sería mucho menester tener muy fortificada la voluntad con una gana de lo bueno y aborrescimiento de lo malo; para lo cual aprovecharán las muy

altas consideraciones y razones de que los libros devotos están llenos; porque aquí, aunque se digan algunas, serán pocas, porque no se entiende, principalmente, sino dar forma o arte cómo se pongan en obra esas virtudes, que en otras partes están escritas con muchos loores, y cómo se destruirán muy de raíz los vicios que con muchos vituperios están reprobados, dejando todo lo demás por brevedad y por estar escrito en cada libro.

Paresció aún bien notar con lo sobredicho, porque siempre nos refrene algún temor, que, por excelentes hábitos de virtudes que uno tenga, no por eso tiene certidumbre del bien verdadero, que es la gracia de Dios; la cual, aunque cierto se da cuando tenemos lo sobredicho o que se dirá, pero nunca podemos nosotros ser ciertos por vía natural, cuando lo tenemos según que es voluntad de Dios que lo tengamos; y así no podemos tener certidumbre de la gracia. Y paresce que se podría decir que la mayor señal para creer que uno tiene la gracia de Dios es cuando así pensamos en las virtudes de que ya estamos habituados como pensaríamos en las ajenas; esto es, que no se eleva más nuestro corazón, pero bendice a Dios, cuyo es todo bien, y así se ufanece de unas como de otras por la gloria y alabanza deste Dios, que en lo uno y en lo otro se manifiesta igualmente.

§ 3.º Es aún, por conclusión, de notar, por que no pongamos la culpa de nuestra flojura sobre lo que leemos, que si a alguno paresciere que procura algunas cosas de las que aquí se dicen que debemos hacer, y que no lo puede alcanzar, sepa que le viene porque deja de procurar otra de las que también se escriben. Así como si uno procurase mucho de no sentir las injurias que le son hechas, sin procurar ni trabajar de alcanzar el propio aborrescimiento de sí mismo, como está escrito en su lugar, poco aprovecharía, porque alteza en una virtud y flojura en otra no lo sufre Dios.

SEGUNDA PARTE PRINCIPAL

Síguese la segunda parte principal del arte o manera de algunos ejercicios que el siervo de Dios debe tener para reparo del ánima estragada.

Esta segunda parte se podría tanto extender cuanta es nuestra perdición; así que, según esto, podría ser casi sin término; pero será bien acortar en palabras por que nos quede más tiempo para el obrar.

El verdadero siervo de Dios, que ya en los precedentes notables ha venido en algún conoscimiento del estrago de su alma y de los grandes poderes o instrumentos que tiene para remediarla, y del arte con que se ha de aprovechar de esos poderes, con otras cosas que muy necesariamente se requieren, será bien que se ejercite en las cosas que son menester para el reparo que ha menester para estar bien dispuesto. Y debe luego en principio ocuparse en deshacer todo lo malo que en su alma hubiere, que son los pecados, porque, queriendo hacer algún servicio, no haya en él cosa que ofenda los ojos de tan gran Majestad.

Y hecho esto, debe también adornar y componer su alma de los hábitos y virtudes con que más graciosa pueda parescer en su servir; y de estas cosas se ha de proveer manera en esta segunda parte, y diránse en los dos capítulos primeros dos cosas para remediar o deshacer los pecados; y después en los siete capítulos siguientes se dirán otras para adornar el alma con todo aparato, y pornáse en principio de cada capítulo un sumario de lo que en él se contiene.

CAPÍTULO I

De la contrición

De lo que se requiere primero para remediar el estrago del ánima; lo cual es dolor verdadero del pecado, para lo cual se declara la gran maldad dél y luego la manera o arte de haber el tal dolor.

Quien a tan alto Señor tiene ofendido con crueles traiciones y le quiere servir, justo es que en principio procure perdón, y de tal manera cual más le torne su gracia y amistad de su Señor; y porque no anduviésemos desconfiados o sin pensamiento de hallar remedio, como lo requiere nuestra gran maldad, provee Su Majestad, y con remedio que sea ligero, como quien desea lo que nos cumple; y es el remedio que tengamos pena de las traiciones y ofensas que pecando cometimos, y tan presto serán olvidados delante de Dios nuestros males, cuan presto fuere la pena y dolor en nuestro corazón.

La maldad del pecado es tanta, que todo el dolor y lágrimas de los del mundo no son bastantes para deshacerle, y mucho menos bastará el dolor o lágrimas de uno solo; pero la piedad de nuestro clementísimo Señor es tanta, que se contenta que a cada uno le pese de sus pecados de corazón entero, y él suple de su parte todo lo mucho más que es menester para cumplido remedio; esto es, su gracia, la cual cierto da haciendo cada uno lo que en sí es. Justo es el dolor del pecado, pues que ninguno hay a quien naturalmente no pese de haber hecho algo de donde le viene o le puede venir algún mal o perder algún bien.

El pecado hace perder el bien infinito, que es Dios. Hace perder la gracia, en quien están todas nuestras riquezas. Hace vasallos del demonio y enemigos de Dios, que quien en él muere sea siempre desheredado del reino de los cielos y sepultado en las cuevas infernales; y verdaderamente muy justamente es debido tanto mal a quien ofende y comete traición pecando contra el muy alto Dios, que quiso morir por darnos la vida. Hace tanto mal el pecado cuanto conoscerá sin leerlo el que por muchos días le hubiere llorado de verdad; y cuanto conoscerá, aunque lo lea y crea, el que no le hubiere llorado; y

por esto y porque los libros están llenos de lo perteneciente a este punto, abrevio en ello.

Debe ser muy más luengo nuestro dolor que cuantas palabras nos lo muestran escrito, pues que tan bueno es el Señor a quien ofendimos, y tan dignísimo de ser siempre servido y nunca ofendido, cuya ofensa y enojo sobre todo nos debe lastimar y cuyo querer y bondad sobre todo nos debe mover a deshacer nuestros males llorando; porque así deshechos, Su Majestad se sirva de nosotros. Y para este fin que nos debe mover a llorar es menester el segundo notable.

La manera de haber este dolor, usando de arte si el corazón se hallare duro, es de nuestra parte que, representando en nuestra ánima el mal que del pecado viene, de lo cual ya vimos, nos esforcemos con la voluntad a no querer haberlo cometido y a no querer que Dios hubiera sido ofendido. Y este acto de la voluntad, que es no querer, debemos procurar de producirle muchas veces generalmente, y otras discurriendo de una especie de pecado en otra y con el mayor esfuerzo de pena que pudiéremos, aunque nos parezca alguna vez no tener dolor sensual, porque este sensual no es en nuestra mano, ni necesario, aunque es muy santo; y Dios, en cuya mano es darle, nos le dará si nosotros tomamos muchas veces, como dije, el que podemos.

Y en este dolor se debe ocupar un mes o dos a lo menos el que comienza de servir a Dios.

CAPÍTULO II

Del propio aborrescimiento

De lo que se requiere para destruir el estrago y malas costumbres del alma, y habla del propio aborrescimiento de nosotros mismos (y es muy notable), donde se ponen tres cosas dignas de mención. La una es de la manera como se debe cada uno aborrecer con un buen ejemplo. La otra, por qué se debe aborrecer. La otra y tercera se compadesce con caridad el tal aborrescimiento.

La segunda cosa para destruir la corrupción y malos hábitos de nuestra alma, y en que sobre todo otro ejercicio nos va la vida, para venir al verdadero amor con que Dios se sirve, es el propio aborrescimiento, porque del propio amor vienen infinitos males, y destos tantos

se engendran los perversos hábitos; y así, cerrando nuestro amor propio por la entrada del santo aborrescimiento que el santo Evangelio en muchas partes nos amonesta, quedará destruído todo pecado y mal hábito.

Y porque este propio aborrescimiento es una cosa que parece espantar, por el naturalísimo amor que cada uno se tiene, y aun obligación de amarse más que al mundo todo, será bien ver aquí algunas cosas cerca deste punto.

Lo primero es la manera en que cada uno se debe aborrecer. Lo segundo, por qué se debe aborrecer. Lo tercero, cómo se compadece tal aborrecimiento con verdadera caridad, la cual comienza del amor de sí mismo.

§ 2.º Y brevemente respondiendo lo que puede bastar, digo a lo primero, habiendo aquí por presupuesto la regla del sexto notable, que la manera de aborrescerse cada uno es que ninguna cosa placentera quiera, ni desee, ni tome para sí, salvo lo que no puede dejar de querer o desear o tomar sin ofender a Dios. Y cuando la tal cosa tomare, por no poderla dejar sin culpa, sea con dolor de su parte; esto es, que, considerando cuán desmerecedor es de todo placer por sus pecados, le pese de recibirlo; pero en cuanto Dios lo quiere, lo reciba con gozo.

Ejemplo: Comer, dormir o semejante cosa que trae algún placer nunca lo toméis, ni lo queráis, ni lo deseéis por vuestra consolación o por satisfacer a vuestro apetito; pero asentad en vos con voluntad muy firme que no lo tomaríades salvo porque Dios quiere que lo toméis. Y para hacer o tener esta voluntad muy firme son menester los actos del párrafo segundo del sexto notable.

Conoceréis que lo tenéis y hacéis cuando tanto tomáis destas cosas y en aquella manera como creéis que Dios quiere que lo toméis o deseéis. Quiere Dios que toméis lo necesario en cantidad y calidad. En cantidad quiere decir lo que buena y no fingidamente habéis menester para estar dispuesto y recio para su servicio. En calidad quiere decir que con todo esfuerzo procuréis de desechar todo sabor, salvo si también alguna vez fuese menester para remediar vuestra flaqueza. Siempre en las tales y semejantes cosas sería bien tomar algo de menos, aun cuando nos paresce haberlo menester, porque muchas veces engaña el amor demasiado y pocas el propio aborrescimiento. Para esto aprovecha, como San Buenaventura dice, la propia experiencia con voluntad devota.

Aun es menester, junto con lo sobredicho de la manera en que cada uno se debe aborrecer, que todos los

trabajos o sinsabores que se pudieren hacer, querer y desear, que todos los tome, quiera y desee que sean hechos con tal que no sean contra voluntad de Dios, o con tal que no sean ocasión de algún daño espiritual o corporal. Y para esto es menester tiento grande y consejo mucho de personas aprobadas en discreción y vida y miedo continuo de ser engañados so color de bien, porque escrito está: *No queráis creer a todo espíritu* [12]. Y sobre todo da mucha claridad en todo esto la lumbre del Espíritu Santo, la cual cierto se dará a quien con humildad lo procure.

§ 3.º Aun es menester, junto con lo sobredicho, si queremos aborrescernos en gloriosa manera, que no solamente dejemos toda cosa placentera y deseemos todo sinsabor, según se acaba de decir; pero que estemos muy sobre aviso para gozarnos, teniendo por grande merced de Dios cuando los tales sinsabores y quitamiento de cosas placenteras y aun necesarias nos vinieren de mano ajena, la cual suele más lastimar con sus golpes que la propia: y en especial pareciéndonos que el que así nos trata mal lo hace con indiscreta o maliciosa intención; lo cual, puesto que no lo debamos juzgar sin manifiestas señales y aun no con entera determinación, y puesto también que nos debamos doler mucho de la culpa del perseguidor, teniéndole entrañable amor como a persona de quien recibimos beneficio señalado; pero cuando ya claramente lo viéremos, debemos estar muy sobre aviso para que no se nos pierda joya o merced tan preciosa; pero considerando las razones por qué se debe cada uno aborrecer, como se dice en el siguiente párrafo, acuda presto con la voluntad, produciendo mil actos de querer y aceptar el tal menosprecio y persecución que nos es hecha; lo cual haciendo, quedaremos enriquecidos del odio santo tras que andamos.

Todo lo sobredicho nos enseñó por palabra y por ejemplo Cristo, nuestro soberano Maestro, cuya santísima ánima, aunque nunca tuvo llaga de pecado, ni por consiguiente hubo menester tratar su precioso cuerpo con aborrescimiento de aspereza; pero quiso, por nuestro ejemplo y favor, menospreciar todo lo deleitoso y consentir de ser perseguido y maltratado más que todos, como paresce manifiestamente en el santo Evangelio, porque mirásemos cuánto deberíamos nosotros hacer por alcanzarlo, pues tanto lo habemos menester, y pues que tanto quiso Su Majestad sufrir por inducirnos a ello con su ejemplo. Y esto quiere decir lo que San Pedro escribe en su epís-

[12] I Ioan. 4, 1.

tola: *Christus pro nobis passus est, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia eius* [13].

Pues abramos los ojos por Dios y miremos qué justicia es que nuestro Dios y Señor haya sido tan maltratado, injuriado y perseguido por nuestras culpas y para nuestra doctrina, y que nosotros tan sin vergüenza le desamparemos, y no solamente no suframos de hecho injuria ni pena por su servicio, pero ni aun tengamos voluntad de sufrirlo, ni estudiemos en ello, ni lo deseemos, ni aun queremos que nos hable en ello.

Cierto, como sería cosa para burlar llamarse uno estudiante en teología y querer ser reputado teólogo sin ocuparse en el estudio della, o siquiera en desearla saber con algún comienzo para ello, así es cosa de burlar que se tenga por siervo de Dios, o esté en congregación religiosa, que es escuela diputada para estudio de virtudes, quien este santo aborrescimiento no procura y estudia de alcanzar, y en especial teniendo siempre presente tan alto Maestro que nos lo enseña.

Miren, pues, esto si por ventura hay algunos descuidados en las escuelas de la religión, y sepan en verdad no pertenescerles el nombre de religiosos si no estudian en doctrina de tan alto Maestro, por palabra y ejemplo enseñada. Y en verdad, si otra cosa no nos moviese a este estudio sino querer parecer o remedar a este gran Maestro, Hijo de Dios poderoso y Señor nuestro, esto sólo nos debría bastar para que sin más razones caminásemos con grande amor por camino donde tan alto Señor va: pues somos ciertos que ni puede errar en el camino, ni le puede faltar el término de muy alta gloria.

Y del arte para alcanzar esto proveerse ha cuasi en fin del párrafo siguiente. Pero para más enteramente poder alcanzarlo, tenemos aquí al presente una cosa, que leído de presto parescerá pequeña y vista despacio parescerá de alto valor, y es que el más continuo ejercicio que nos cumple tener para venir a este santo aborrescimiento es perseguir siempre nuestros infinitos y menudos propios quereres, que tenemos cada momento si miramos en ello: y la manera de perseguirlos debe ser como quien acecha a un gran enemigo, y así nosotros debemos mirar con gran cuidado si por ventura queremos algo que no sea de Dios o para Dios. Y en el punto que sintiéremos acaescer algo de que holgamos fuera de Dios, luego debemos inclinar la voluntad a contradecir y no quererlo con el poder que para ello tenemos según el sexto notable; y en el punto que sintiéremos acaescer algo de que

[13] II Petr. 2, 21.

nos pese, luego debemos inclinar la voluntad a quererlo.

Y cierto quien esto mucho ejercitare alcanzará muy más presto el santo aborrescimiento, y con él un señorío tan grande cual no se puede declarar con palabras, hasta que plega al Señor que le tengamos. Otra vez digo que se lea y obre esto con grandísima diligencia, porque cierto se contiene en ello una llave muy secreta y llena de guardas para la muy alta perfección.

§ 4.º A lo segundo, que es por qué se debe cada uno aborrescer, aunque debe bastar por respuesta lo que nuestro Redentor dice, que quien no se aborresciere no puede ser su discípulo, y que si alguno quisiere ir en pos dél que niegue a sí mismo; pero para mayor claridad y contentamiento de quien poco siente, notaremos que por muchas cosas nos es la vida y nos demanda Dios el aborrescimiento de nosotros mismos.

Lo primero, y que debía bastar por segundo y postrero, es que todo cuanto mal tenemos y cuanta falta de bien y virtud, todo nace de aquella parte de adonde no nos aborrescemos. Pruébase, porque todo este mal o falta de bien nos viene de alguna cosa que amamos o deseamos contra o fuera de los mandamientos o consejos de nuestro Señor.

Sea aún lo segundo por qué nos debemos aborrescer, porque, pues habemos sido traidores a Dios pecando, es justo que hagamos toda la satisfacción que pudiéremos; y pues debemos satisfacer mucho según la maldad de nuestro pecado, y podemos poco, debemos a lo menos aborrescernos, como ya es dicho, y querer que todos nos aborrezcan en la manera que pueden sin pecar, porque así satisfagamos a Dios, pues que de otra manera no bastan nuestras fuerzas.

Si me preguntáis qué traición es la que el pecador cometió, respondo que es la mayor de las traiciones, porque es dar la muerte o quitar la vida a su Señor; y que esto haga el pecador, San Pablo lo dice cuando afirma que *otra vez crucifican a Cristo* [14] por el pecado; y si preguntáis cómo se entiende esto, oíd al mismo San Pablo, que dice: *Vive en mí Cristo*. Entiéndese por una vida espiritual, con que vive vivificando las almas y obrando con ellas obras de vida, según está escrito que todas nuestras obras obró Dios en nosotros. De esta manera vive Dios en cualquier justo; pues según esto, como no viva desta manera en el pecador, clara verdad es que le mata pecando. Cuánta traición y maldad sea ésta, y cuán encerradora de males, péselo quien bien siente.

[14] Hebr. 6, 6.

Sea aún lo tercero por qué nos debemos aborrescer, y esto es más alto, porque, vaciada nuestra ánima de nuestro propio amor tanto cuanto Dios quiere, sea llena de ese mismo Dios, cuya bondad no sufría vernos vacíos de nuestro amor y no henchirnos del suyo.

Dije ser esto lo más alto que nos debía mover a nuestro propio aborrescimiento, porque ninguna cosa puede ser tan bien cumplida, según se dice en el párrafo séptimo del capítulo del amor de Dios, cuanto que aborrezcamos todos nuestros sensuales quereres, porque así reine en nuestra voluntad el muy alto querer de Dios, que es ese mismo Dios, y ésta es la mayor alteza que podemos acá tener. ¡ Oh !, pues, por reverencia de Dios y por el infinito deseo que de bueno tiene de nuestra alteza, y por el natural deseo que del muy alto bien tenemos todos, no seamos descuidados, mas demos mil vueltas, sotilizando maneras de santamente aborrescernos para alcanzar tan grande y perpetua riqueza. Y pues nuestra cobardía no basta para maltratarnos según debemos, deseemos y consintamos con grande amor ser corridos y perseguidos de otros, porque no es otra cosa la persecución sino una fragua o martillo con que se quita el orín y escoria de nuestra ánima, o una lancetada o botón de fuego dado en el ánima para desemponzoñarla del propio amor, que nos tiene enconados para todo bien; porque, así desenconados, podamos obrar la muy alta obra de Dios, que es su amor.

Demos, pues, mil saltos de placer cuando fuéremos maltratados con injurias y sinrazones, y clamemos con grande amor de Dios y de nuestro perseguidor, diciendo: *Unde hoc mihi*, que tenga yo en la tierra quien así desemponzoña mi ánima, y me sea ocasión para enriquecer en las muy altas riquezas de Dios? Miremos que por gran dicha se tiene acertar con cirujano que nos cure de las llagas del cuerpo, aunque no sin toques que nos lleguen a lo vivo del ánima; pues cierto es muy más crecida dicha acertar en compañía de quien nos maltratare sin razón y nos quite lo que hemos menester; pues que si lo abrazamos de voluntad, quedamos sanos de la mortífera ponzoña de nuestro amor.

¡ Oh, bienaventurado quien esto sintiere y deseare, procurándolo con vivo y continuo estudio ! ¡ Oh, más bienaventurado el que cuando se viere en el combate desta persecución, tragare los tragos amargos della por alcanzar y tener este amor ! ¡ Oh, muy más bienaventurado el que por mucho ejercicio estuviere tan adiestrado en la grandeza de este suavísimo aborrescimiento que, aunque según natural inclinación sea muy penosa la persecución,

pero el encendido apetito de crecer en el amor de Dios se lo torna en tanto dulzor cuanto suele traer lo que con mucho sabor deseamos!

Y del arte que se requiere de nuestra parte para alcanzar esto se escribe abajo en el párrafo cuarto del capítulo sexto, que habla de la humildad, la cual es fundamento de todo esto; pero aun será bien que al presente se provea con más esforzada plática del arte que para alcanzar este odio santo se requiere por ser cosa tan usada.

Para lo cual notaremos que cumple estar muy sobre aviso que al tiempo de inclinar la voluntad a querer la tal persecución no debemos ofrecer luego ante nuestros ojos esa persecución, forzándonos a quererla; porque aceptar voluntariamente la persecución, cuando está presente o muy reciente, sería muy dificultoso, si no fuéremos prevenidos de la unción del Espíritu Santo; pero hagamos desta manera, usando de arte o santa manera.

Acaesce sernos hecha alguna injuria sin razón y muy penosa, y veisnos puestos en aprieto de muerte; porque a la sensualidad en tal caso no le queda vida, la pobrecita de la razón no está tan señora como debría, y compadécese della como de hermana, aunque enemiga. El demonio, que no duerme, usa de la artillería de su poderosa maldad para encendernos en mayor sentimiento de la persecución; *pues fiel es Dios,* dice San Pablo, *que no permitirá daros mayor encuentro del que pudiéredes sufrir sin caer* [15].

Pero cumple ahora ver lo que de nuestra parte podemos y debemos hacer en tal afrenta con ayuda de nuestro gran Dios, y es que, estando así la injuria presente o cercana, la olvidemos cuanto pudiéremos por algún brevecito espacio; y en ese mismo espacio, levantemos los ojos de nuestra consideración a pensar la riqueza infinita que se contiene en amar a Dios, de que se dice abajo en la tercera parte; y que en esta consideración inclinemos la voluntad a enamorarse de tan alto bien como es este amor; y estando así enamorados y codiciosos de tan gran riqueza, tornemos a inclinar la voluntad a la casi olvidada y presente persecución; y reputando ser tan necesaria, como dicho es, para alcanzar la riqueza del amor, querámosla fuertemente por la libertad que tenemos de querer cualquier cosa, según la regla del sexto notable.

Y de esta manera no es de dudar, sino que, emblandecida la voluntad y fortificada con el premio del amor y gloria que le verná, estará muy aparejada para ser inclinada y traída a querer la tal persecución que primero

[15] I Cor. 10, 13.

nos espantaba; y cierto, con algunas veces que lo usemos, como es dicho, quedaremos tan bien acostumbrados, que lo que antes nos parecía sobre toda naturaleza, ya lo hagamos con gracioso sabor.

Otra vez me paresce decir que se note esto que aquí se ha proveído en forma de arte, porque es algo dificultoso de entender y obrar, y es gran punto para todo este capítulo, y para el capítulo de la humildad y de la paciencia y de las pasiones del ánima, y para el capítulo de nuestro propio amor, y para cualquier dificultad o trabajo interior o exterior que se nos ofrezca, y, en suma, para todo el arte de servir a Dios.

A lo tercero, que es como se compadece con verdadera caridad aborrecerse el hombre a sí mismo, respondo que no sólo se compadece, pero nunca llegaremos a lo más alto de la caridad hasta que nos aborrezcamos; porque en el punto que uno se aborresce en la manera que arriba se dijo, luego y no antes tiene consigo todo el amor que cumple tenerse, y que le es muy provechoso y glorioso, y cual Dios quiere que nos tengamos; esto es, que tiene el amor de Dios y de las virtudes y gloria de todo lo que a ello le traen. Y este tal amor no consiente llegar a sí vicio ninguno, por mucho que a él seamos inclinados; y así, negando a nos mismos el mal que por mala inclinación deseamos, aborresciéndonos en quitar a nosotros mismos el mal que deseamos, somos llenos del verdadero y santo amor. Desto se dirá abajo en el capítulo noveno y en el capítulo del amor de sí mismo.

CAPÍTULO III

De tres cosas necesarias para adornar el alma

El capítulo tercero declara qué cosa es concordia de la sensualidad y de la razón; y pone tres cosas generalmente que son menester para componer y adornar el ánima que ha de servir y amar a Dios, y que se va ya reparando algo con las dos cosas precedentes.

Para mayor declaración y entrada de lo que de las virtudes y de algunas cosas que para ornamento del ánima se ha de decir, notaremos que aquél terná compuesta y adornada su ánima que tuviere concordes sus apetitos naturales con la razón y con las leyes del muy Alto. Y no es otra cosa esta concordia sino un amontonamiento

de virtudes, que, asentadas cada cual en el lugar que en el ánima le pertenece, la hermosean y gobiernan, como a su tanta dignidad pertenece, sosegando los falsos y malos apetitos que del pecado se le habían pegado, y disponiéndola para obedecer y servir graciosamente y sin rebeldía a la voluntad del Señor que la crió.

Será bien, pues que así es, ver qué arte o manera ternemos para alcanzar estas virtudes, diciendo algo de alguna dellas, y de algunas cosas que también se requieren para las alcanzar.

Y según de nuestra verdad evangélica y de los doctores santos se colige, a tres cosas podemos reducir al presente las que se requieren y en que se debe ocupar de contino el que tan alta compostura quiere alcanzar. Lo primero, en demandar socorro y ayuda a quien más puede que él, pues que fuerzas humanas son flacas para tan gran cosa; y para esto es la oración. Lo segundo, en fabricar con muchos actos particulares, como con materiales, estos hábitos de virtudes. Lo tercero, en tener a rienda o guiar con buen tiento las pasiones naturales que hay en todos los hombres, que llaman los teólogos y filósofos gozo y tristeza, esperanza y temor.

Veamos, pues, de todas estas tres cosas, según en los siguientes seis capítulos se dirá, y siempre teniendo en la memoria los notables de la primera parte, que han de ser aquí cada rato menester.

CAPITULO IV

De la oración

De la oración con que se debe demandar socorro para hermosear el alma con la compostura de las virtudes, y por qué quiso Dios que le demandásemos, y qué ha de tener la oración para que de nuestra parte sea excelente, con grandes doctrinas en la materia de oración, en especial un hermoso y largo ejemplo declarador de grandes cosas; y provéese también a una tibieza que a los altos oradores se ofrecerá al principio, y en fin del capítulo pone un aviso memorable.

Quiso nuestro muy alto Dios dejarnos necesitados de su socorro sobrenatural, pues que las mercedes para que nos crió son sobrenaturales; y aun quiso que se lo demandásemos, no porque no tiene mayor gana de darlo que nosotros de tomarlo, pero por que poseamos con ma-

yor gloria lo que alcanzáremos con trabajo de pedirlo; y aun por otra razón, y es porque no solamente de parte de la oración nos hagamos algo merecedores de lo que pedimos, pidiendo según debemos, pero porque en cuanto pedidores importunos nos representamos muchas veces delante el Señor a quien pedimos; y presentados delante dél, vengamos en conocimiento de su grandeza; porque cuanto más presente tenemos la cosa, tanto más se imprime el conocimiento della; y cuanto más conocimiento tuviéremos de su grandeza y soberanas excelencias, tanto más nos holguemos con él; y cuanto más nos holgáremos y le conociéremos, tanto más le amemos; y cuanto más le amáremos y conociéremos, tanto más resplandezca en nuestras almas la luz de su verdad; y cuanto más esta luz resplandeciere con su amor, tanto más todo lo que no es Dios o enderezado en Dios sea reputado nada en nuestros ojos, y tanto más aborrezcamos todo mal, y tanto más nos abracemos con toda virtud y nos alleguemos a ese mismo Dios.

De donde paresce claro que la oración por diversas razones es muy cierto camino para alcanzar cuanto hubiéremos menester y para llevarnos a la alteza del amor para que nascimos.

Debéis tener la oración, o la necesidad que de la oración tenemos, por una prenda que Dios quiso tener de nosotros para tenernos cerca de sí, porque sabía cierto cuánto bien se nos podría recrecer de su presencia, y cuán cierto fuera nuestro olvido si tanto no le hubiéramos menester.

§ 2.° Habéis ahora de notar que la excelencia de la oración para que, siendo excelente, sea muy meritoria y imperatoria, no tanto está en que lo que pedimos sea cosa excelente, cuanto está en que sea con excelente motivo del que ora. Y si el motivo es igual demandando el paraíso y cuando demandamos pan para comer y salud para el cuerpo, llamarse ha igual en merescimiento la oración, aunqne de parte de la cosa demandada sea mayor una oración que otra, y sea mayor cosa la que se alcanza en una oración que en otra. Y entonces será alguno excelente orador cuando todas las cosas espirituales y corporales, propias y ajenas, que deseare, todas las pide a Dios con excelente motivo.

§ 3.° El motivo que nos debe mover a pedir, es creer que Dios nuestro Señor quiere que hagamos aquello que pedimos; y quiere que se lo pidamos, para que mediante nuestra demanda lo merezcamos algo, como ya se declaró; y mediante el alcanzarlo estemos con ello más dispuestos para su servicio. Porque bienaventurado

es el pan que come, para que comiendo viva el que, viviendo, se entiende siempre ocupar en crecer en el amor de la gloria de su Dios; y así el pedir el pan y todo lo demás con este motivo es de alto merescimiento; y así debemos también tener, que si pensásemos que Dios no es servido que alcancemos alguna cosa que mucho deseamos, que en cuanto en nos fuese luego dejaríamos de desearla y de demandarla.

En manera, pues, que como el hambriento comúnmente es movido a pedir de comer por la hambre que tiene, así el verdadero orador debe demandar de comer, y gracia, y virtudes, y gloria; no principalmente porque él tiene hambre dello, pero porque Dios nuestro Señor tiene hambre, y quiere que hayamos las tales cosas, y espera nuestra demanda para dárnoslas. En manera que más me ha de hacer desear y pedir mi bien la gana que Dios tiene que lo tenga que no el gozo o gloria que de tal bien espero que se me seguirá.

La manera, pues, de orar ha de ser que, habituada nuestra alma a querer todo lo que Dios quiere más que todas las cosas, y ejercitados en infinitas veces quererlas actualmente así, no principalmente por nuestro bien, pero porque su tan excelente querer es dignísimo de ser querido sobre todo querer, todo cuanto le demandáremos vaya enforrado en el tal hábito; y cada punto de lo que oráremos vaya cosido con actualmente querer y desear todo lo que demandamos, porque él quiere que lo tengamos, por que con ello seamos hechos mayores siervos suyos y con más amor. Bienaventurado quien así orare, porque en breves días será hecho hombre valiente, esforzado y poderoso.

Para todo lo sobredicho se requiere mucho tener muy bien sabidos y mejor obrados el segundo y sexto notable.

§ 4.º Vista, pues, ya la manera del orar, pareció que sería bien poner aquí un ejemplo en que se mostrase más claro todo lo dicho; porque yo he visto algunas personas espirituales que a su pensar oraban con este motivo, y no era así, y venían ellos en conocimiento de su falta con este ejemplo u otro semejante.

Desea alguno alguna virtud o gracia para algún bien, acuérdase que nuestro Señor dice que le demandemos lo que hubiéremos menester; pide instantemente y con harto conoscimiento de su poquedad, y persevera en esta manera de demandar, y siente en su demanda sentimientos devotos y amor de Dios; piensan, como dije, algunos devotos que esta oración va hecha con perfecto motivo, y no es así, puesto que es buena y devota oración.

Si preguntan qué le falta, respondo que falta ser de-

mandado por amor, aunque sea demandado con amor. Quiere decir que no basta para perfecto motivo del que ora que ame, con todo lo demás, pero que sea movido del mismo amor de Dios a pedir la cosa, y no del amor de la cosa deseada; aunque el amor de la cosa deseada y pedida se puede tener con gran perfección y merescimiento, refiriéndolo actualmente a amarlo porque Dios quiere que lo amemos, lo cual ya es otra cosa que casi sale del propósito del orar.

Considerando, pues, esto, muchos han venido en conocimiento que estaba escondido el querer y amor propio so el nombre del querer y amor de Dios; y que, aunque era verdad que amaban a Dios, pero que no eran movidos actualmente deste amor cuando oraban, pero del amor propio (aunque no mal amor), el cual les hacía desear lo que pedían por ser cosa buena.

Esto se entenderá mejor por lo que acontece cada rato entre los que se quieren bien, que se demandan algo el uno al otro, y demandándolo con amor que se tienen, pero el que lo demanda no lo demanda por amor de aquel su amigo a quien lo pide, sino por amor y provecho de sí mismo que lo pide; y desta manera se dice arriba que debemos pedir a Dios, pero que pidamos con amor y por amor; esto es, que sintamos actualmente en nosotros un deseo de alcanzar lo que pedimos, por que así se sirva Dios más de nosotros con ello.

Grande tiento es menester para saber diferenciar estos amores, y va la vida en saberlo; y muchos han pensado que atinaban bien, y, abriendo los ojos con más claridad, hallaban que eran imaginaciones de verdadero amor, pero que estaban lejos de lo cierto.

Aquél debe creer que va bien en derecho que tomare por regla continua y se arrimare a un deseo actual de alcanzar, orando, tantas y tales virtudes que, adornado dellas, Dios tome gozo de verle y él crezca altamente en su amor; y el que viere tan claro que le mueve esto cuan claro se puede ver en el ejemplo que está puesto arriba en el segundo notable, del que busca para su amigo la vianda o medicina que para sí ha menester, olvidado de sí mismo y de su menester propio.

Quien esto tuviere y demandare perdón de sus pecados, o le pesare dellos, más le moverá un dolor de ver en su alma cosa que ofenda al Señor Dios, y un deseo de verla limpia para que ese Señor se sirva della, que no un descontentamiento que suele nacer de vernos desconcertados y apartados de la consolación espiritual que solíamos tener o deseábamos, o por otros temores. Y asimismo se puede ejemplificar de cuantas cosas demandamos,

en que importunamos mucho, como quien quiere escapar de algún trabajo o alcanzar algún bien; porque debe bullir en nuestro corazón un deseo de escapar de aquel trabajo, no principalmente por la pena del trabajo, pero porque no nos embargue de servir a Dios, y con voluntad entera y no fingida; que si en alguna manera a nos escondida se sirve algún día de nuestro trabajo, que se cumpla su voluntad; y que este cumplimiento de su voluntad en nuetro trabajo sea a nosotros gozoso, alegrándonos porque en ellos se sirve Dios de nosotros; lo mismo digo del bien que deseáis alcanzar, y demandáis que sea no por vuestro consuelo, sino que sintáis en vuestra ánima un aguijón que bulle y lo haga desear; porque, teniendo aquel bien, tengáis mayor aliento para tener vuestra ánima con Dios por muy excelente amor.

§ 5.º Grandes actos y muy espesos son menester para esto, de los que se escriben en el segundo y sexto notable; y a los principios parecerá que no solamente no crecemos en devoción, pero aun que perdemos la que teníamos, y sentirá desto gran desconsuelo el ánima flaca y nueva en obra tan alta; pero debe proseguir varonilmente este ejercicio, porque es muy alto; y no le espante la poquedad o mengua de devoción que dije que sentiría; porque sin duda aun en los principios que sintiere aquella tibieza meresscerá mucho más que otros tiempos, cuando le parescía tener mayor sabor; porque este sabor solía nacer de amor propio, aunque no malo; el cual se debe dejar, porque en todo nos ocupemos en el amor de Dios, que es más alto. Y como nacía de nuestro amor, que era grande, era grande el sabor: pero desechando éste nuestro y tomando sólo el amor de Dios, del cual tenemos muy poquito, en los principios hallamos muy poco sabor o devoción, por la poquedad del amor; pero cuando fuéremos creciendo en este alto amor, crescerá el sabor y devoción.

Buen ejemplo paresce para esto uno que algunas veces experimentamos, y es que acaesce estar dos leños juntos ardiendo, de los cuales el uno está muy seco y encendido y el otro no tanto; pero el grande encendimiento del uno hace al otro, que está verde y no tan encendido, parescer que arde mucho: pero si los apartan uno del otro, queda el no tan encendido casi sin llama o ardor; y si quiere que del todo no se muera, cumple ayudarle, o soplándole y alentándole, o llegándole al otro leño encendido en cuya compañía ardía.

Bien así el amor que tenemos con Dios, como no esté muy encendido, pero juntado con el amor que a nosotros tenemos, parece arder y que obramos grandes co-

sas por él; pero si apartamos el nuestro, luego se ve la flaqueza que de ese amor de Dios tenemos, porque casi no luce nada, antes paresce que quedamos resfriados.

Cumple, pues, esforzarle con muchos actos valientes, y aun socorrerle con la consideración de las cosas que nos suelen ser dulces según nuestro propio bien y amor, como consideración de gran bien y gloria y consolación que esperamos que nos verná; y que también escaparemos de grandes males, que naturalmente aborrescemos; y con tales soplos de nuestro amor, es de creer que tomará fuerzas y crecerá poco a poco la pequeña llama o encendimiento del amor de Dios, por la mayor fuerza con que nos allegáremos a él esforzados de nuestro propio amor, según es dicho.

Cumple, empero, esforzarnos mucho a haber grandes y esforzados actos en todo lo sobredicho, los cuales engendran en nosotros tan esforzado amor de sólo Dios, cuanto solía ser el que solíamos tener de nuestro amor, que era grande y fuerte y dulce, junto con el amor de Dios, que era muy poquito; lo cual debemos procurar hasta que ya sintamos tanto sabor en pedir ser libres de nuestras angustias por sólo mejor servir a Dios, según es dicho, como solíamos pedir traídos de la gana de ser libres del trabajo que nos fatigaba; lo cual quien lo hiciere así, podrá con razón pensar que tiene el verdadero y puro amor de Dios, que siempre debemos pedir. Grande vuelta es ésta y mudanza de la diestra del muy alto. Bienaventurado quien la gustare en la tierra, porque comenzará a morar en los pastos que se alcanzan en la gloria eterna.

§ 6.° Cumple mucho para lo sobredicho que, cuando oráremos, estemos sobre aviso, hasta que estemos ya muy habituados a la tal manera de orar; y en cada demanda examinemos si nos mueve a demandar y desear lo que pedimos el amor de Dios o el amor que tenemos a aquel bien que demandamos; y en ninguna manera pasemos de una demanda hasta que hayamos inclinado la voluntad a quererla, porque Dios quiere que la queramos y es dello servido; y si en esto somos negligentes, no hay esperanza de nuestro crescimiento en el buen hábito de orar.

Ejemplo: Pedís así: *Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum* [16]. En esta primera demanda se pide que el nombre de Dios sea estimado y querido en nosotros sin mezcla de cosa terrenal que con él amemos. Esta demanda es tan alta, que quien la alcanzase

[16] Matth. 6, 9.

para sí sería bienaventurado en la tierra; y quien esto siente y se quiere bien, cierto deseará para sí tanto bien, y lo demandará con grande afición y será buena demanda.

Pero no nos contentemos con esto; mas yendo adelante, inclinemos y forcemos la voluntad a otro más perfecto motivo, que es desear aquello por que Dios es dignísimo de ser estimado y querido. Él solo en nuestros corazones, sin mezcla de amor nuestro ni de otra cosa terrenal, y porque para esto nos crió Su Majestad. Y en ninguna manera pasemos a otra demanda hasta tener este motivo; y acuérdesenos que dijo el Hijo de Dios en el santo Evangelio: *Oportet semper orare* [17].

CAPÍTULO V

De algunas virtudes en común

El capítulo quinto pone en común de las virtudes que aquí se han de escribir, y que no hay de adonde todas ellas se puedan haber sino del preciosísimo minero de la pasión.

Están grandes cosas escritas de las excelencias y maneras de las virtudes, y en muchos libros, pero bienaventurado el que las leyere en el libro de la vida, que es Jesucristo, fuente de sabiduría en el cielo y en la tierra. Aprended de mí, dijo Su Majestad, como en buen libro; y sean pocas cosas, por que no se olvide, y aun porque serán tales que cuando las hubiérades deprendido os hallaréis llenos de verdadero saber. Aprended, pues, de mí, que soy manso y humilde de corazón.

¡Oh bienaventurada doctrina! ¡Oh muy luenga brevedad, humildad y paciencia, y que se han de aprender en la fuente de la sabiduría de Dios! No espere ninguno enriquecerse en virtudes si del Hijo de Dios humanado no las aprende, y en especial en su sagrada pasión. Este es un minero dado al mundo del clementísimo Padre, para que a manos llenas podamos coger y mirar y siempre oír el alteza de toda virtud. Grande es la presunción del que piense coger virtudes de otra parte, apartándose del minero tan abundante dado de Dios para esto.

Bienaventurado será quien por muy continuo pensamiento entrare muy en lo de dentro deste minero; porque encontrará con veneros tan divinos que le ensalcen

[17] Luc. 18, 1.

a riquezas angélicas, porque en él están atesorados todos los tesoros de la divinidad.

Parésceme ahora, pues, que será bien decir algo de la manera cómo aprendamos estas dos virtudes, comenzando de la humildad, como de fundamento de todo bien.

CAPÍTULO VI

De la humildad

Pone por qué quiso Dios en nosotros tanta humildad y del arte y manera de fabricarla.

La humildad sube tan alto y desciende tan bajo, que están hechas en el mundo de los santos doctores grandes escaleras con muchos grados o escalones para venir a ella; y no espere ninguno subir a tan alto cielo, como es la humildad, sin escalera. Y pues, como dije, está el mundo tan bien proveído de escaleras, acuerdo pasarme adelante.

Parésceme a mí que quien subiese por estos grados se hallaría luego en un conocimiento que le hiciese ver muy claro que de sí no tiene cosa alguna, sino nada, y que todo lo que es algo es de Dios. Y que, pues así es, quiere, por no cometer hurto o maldad, que todo pensamiento y todas fuerzas de hombres se levanten a magnificar de todas maneras [a] aquel cuyo es todo lo que algo es. Y quiere también, porque la humildad no demanda sino lo que le pertenece, que todo el mundo le trate y estime a él como a quien es; esto es, como a nada; porque el corazón de los hombres no se ocupe ni aun por breve espacio en estimar en algo lo que según verdad es nada, o vaso de maldad, que es peor que nada, como es cualquier pecador.

Y en tener muy asentado en el corazón con muchos actos de buena consideración esto que habemos dicho está la llave de la humildad; queriendo aun que los que piensen que lo sufrimos no por humildad, pero por más no poder, lo cual cumple ponderar mucho, porque no se debe tener por gran cosa querer ser tratados con menosprecio si pensamos que los que lo ven creen que por nuestra humildad lo sufrimos, sin quedar corridos o sentidos como injuriados.

Y esto quiere decir San Buenaventura cuando en el *Estímulo de amor* [18] dice que procure el que quiere aplacer a Dios ser tenido de los otros por vil y no humilde; esto es, que en tal manera queramos que nos tengan y traten como viles, que queramos también que piensen que es muy contra nuestra voluntad ser tratados así, y que crean que estamos muy corridos y sentidos de ser así estimados y tratados, como según verdad estemos dello gozosos por el santo aborrecimiento que tenemos.

Es, empero, de notar que si alguna persona fuese de tan alta virtud que ya sin hacerse fuerza pudiere creer que le tuviesen por vil y no humilde, según está declarado, este tal podría, por edificación de los prójimos, querer que pensasen que recibía las tales injurias con gozo y no contra su voluntad, mas por amor de Dios y de la humildad; y ésta sería humildad heroica; y ésta dice el Hijo de Dios que aprendamos dél, cuando dice: *Aprended de mí*, etc. [19]

Aunque, allende destos, quedan otros secretos muy altos en la humildad de nuestro Redentor, los cuales no se ponen aquí porque son inefables y porque son más para admiración que para imitación; porque su humildad fué tanta, junta con la paciencia, que en algunas cosas no la podríamos remedar sin nueva maravilla, así como fué cosa maravillosa el gozo y dolor que juntamente tuvo en su pasión.

§ 2.º Pero, pues habemos de aprender esta humildad de nuestro Redentor, paréceme que será menester poner delante nuestros ojos la su humildad, como suelen los que aprenden tener delante sí la materia que le es dada por que obren a ejemplo della.

Esta humildad del Hijo de Dios es inexplicable, pero según nuestra rudeza conoceremos algo considerando que, siendo Dios infinito y hombre perfectísimo, quiso y escogió con gran gozo ser estimado por muy poca cosa o nonada, y ser tratado como tal con mucha diversidad de vituperios y corrimientos e injurias, desque nació hasta que sufrió también muerte muy desastrada; y esto todo no porque él lo hubiese menester, pero porque nosotros, que tanta necesidad teníamos, aprendiésemos la manera de humillarnos, la cual consiste en lo sobredicho; de donde veréis cuán reprehensible es el que no aprende para sí humildad tan grande, ejercitada de tan gran Señor en

---

[18] Es autor de esta obra FR. JAIME DE MILÁN. Véase ed. crítica de la misma en *Bibliotheca Franciscana Ascetica Medii Aevi*, t. 4 (Quaracchi, 1905).

[19] Matth. 11, 29.

sí mismo; y no por sí, pero porque nosotros la aprendiésemos dél.

Vista, pues, la excelente humildad de nuestro Rey, cumple que fabriquemos otra cada uno en sí mismo a semejanza della; no quiero decir a semejanza que denote igualdad, porque si todas las criaturas quisiesen y se gozasen de ser vilísimamente tratadas, por el humilde conocimiento de sí mismas, y toda esta humildad de todos se amontonase en una persona, no sería nada en comparación de la humildad de nuestro Redentor; porque de Su Majestad a todos nosotros hay infinita diferencia de muchas partes, y cada una de ellas diferencia en infinita manera la humildad de su grandeza de la humildad de todos los santos, amontonada en uno solo.

Pero digo que debemos fabricar nuestra humildad a semejanza de la humildad de nuestro Redentor; porque nuestra vileza y poquedad debe querer y desear con gran gozo (otra vez digo con gran gozo porque aquí va el todo) querer ser estimados en nada en los ojos de todos y nuestros, y querer ser tratados como tales, porque ni somos ni merecemos más de nuestro, y pues que el Hijo de Dios nuestro Señor, sin merecerlo, consintió y quiso ser estimado por tal, siendo bien infinito, y tratado como tal por nuestro ejemplo.

§ 3.° Podría ser que alguno se maravillase de querer Dios en nosotros tanto menosprecio y humildad, y tan a costa suya, que nos lo enseñó por ejemplo. Y notaremos que lo quiso así porque nos pertenece según verdad, porque ningún bien tenemos ni merecemos de nuestro, aunque de la mano real de Dios tengamos mucho bien; de lo cual a él sólo se debe la honra y estima y a nosotros no, salvo cuanto a él se refiere; y aun no solamente nos pertenece, pero aun nos es la vida; porque la santa humildad, con menosprecio tenido de voluntad, es perfecta cura de la enfermedad mortal humana, nacida de soberbia, y nunca ninguno perfectamente será curado sin aquella perfecta humildad; y tanto cuanto nos faltare de cura perfecta, tanto nos faltará del alimpiamiento del ánima; y tanto cuanto nos faltare de limpieza del ánima, tanto nos faltará de las mercedes y gracias de Dios, y tanto menos suyos seremos.

§ 4.° Si alguno preguntase que cómo podría holgarse que le tratasen vituperiosamente, como sea tan dificultoso quererlo, puédese responder que con grande consideración de la humildad ya dicha del Hijo de Dios y del provecho que dello nos viene; y sobre todo porque así nos habilitamos para que Dios se sirva y goce de nosotros. Y ningún discreto debe desechar cosa en que se

cumple la voluntad del muy Alto con gloria y provecho inestimable y perpetuo para sí mismo por trabajo de breve espacio.

Pero respondiendo por arte a la sobredicha pregunta, notaremos que es menester, para fabricar esta humildad, lo dicho en el sexto notable, inclinando la voluntad muchas veces (otra vez dijo que muchas veces y cada día muy muchas veces) a querer y desear con gozo este menosprecio tan precioso.

¡Oh cuán justamente debe ser humilde, humillado y menospreciado el que tantas veces fué traidor al Señor eterno, dando por el pecado su ánima al demonio y quitándola a quien por ella quiso morir por sola bondad; esto es, al mismo eterno Dios!

Cierto, si esto considerásemos, con gran dolor recibiríamos la honra cuando alguna vez se nos ofreciese; pues vemos muy claro que nos dan lo que desmerecemos y lo que por ventura nos será impedimento para los bienes muy altos que del precioso menosprecio vinieron al Rey del cielo, y vernán sin duda a quien por este camino le quisiere acompañar.

Podría, empero, alguno en algunos casos querer ser honrado o estimado sin agravio de todo lo dicho de la humildad; lo cual será teniendo respecto a algún servicio de Dios que se crea o vea que redundaría de la tal honra; pero esto aun se debería querer con temor y con algún dolor y con mucho tiento.

CAPÍTULO VII

De la vanagloria

Habla incidentalmente de la vanagloria, contraria a la humildad; en que se ponen muy buenos puntos y una larga y hermosa consideración destruidora de toda vanidad.

Visto lo de la humildad, pareció que sería bien decir algo de una mala yerba que en el mundo está muy enjambrada, que a todas las virtudes derrueca, y a la humildad en especial no deja crecer; y ésta se llama vanagloria, madre de todo mal, inficionadora de todo bien.

Poca o ninguna vanagloria se le ofrecería a quien aborreciese o negase a sí mismo, como en el santo Evangelio y arriba es declarado; porque no es otra cosa la va-

nagloria sino un placer o gozo que alguno toma de lo que no debe uno gozarse de los bienes que tiene por o en la manera que no debe.

Bien puede uno gozarse de los bienes que tiene por la merced de Dios, en cuanto de allí se conoce o espera algún servicio de Dios y provecho del ánima (que todo es uno, bien entendido); pero de otra manera es gozo vano y vanagloria, porque tomamos para nosotros la gloria que sólo a Dios se debe, o porque nos gloriamos en nosotros mismos de lo que nos debríamos de gloriar en Dios. Esta gloria, pues, no tomaría quien se aborreciese, como ya se dijo.

§ 2.° Siempre debe tener quienquiera por sospechoso, vano y no espiritual el gozo que tiene de las mercedes que Dios le hace cuando no se goza en la misma manera en la consideración de los bienes ajenos; porque, aunque debemos primero escoger la virtud para nosotros que para los otros, y gozarnos, porque, dado que no la habíamos de tener nosotros y los otros, acertamos nosotros a tenerla; pero cuando nosotros y los otros todos tenemos el bien, así nos debemos gozar del bien de los otros como del nuestro; porque lo uno y lo otro es dado de la magnífica mano de Dios, y de lo uno y de lo otro se goza igualmente Su Majestad, y no debe ser otro nuestro gozo sino en Dios y en el cumplimiento de su voluntad. Así se gozaba el espíritu de la Virgen, nuestra Señora, en Dios, su salud y nuestra.

§ 3.° En nuestra voluntad puso Dios nuestro Señor un poder con que se gozase de todo bien que tuviese, tanto cuanto conociese que era de Dios el tal bien y para servicio de ese Dios; y saliendo de este concierto dado de Dios, luego es alegría vana, quiere decir, alegría que sale del concierto que Dios quiere que tenga, la alegría con que nos gloriamos de las mercedes que dél recibimos; y esto se llama vanagloria. Y muy peor vanagloria es la que recibe alguno del bien que no tiene, y muy peor si la recibe del mal que ha hecho.

§ 4.° Es tan sutil la vanagloria, que alguna vez pensará el que aún es flaco en la virtud que se goza en Dios del bien que tiene, y será muy mezclado de vanagloria; y por esto, hasta que uno tuviese muy claro conocimiento de las virtudes siempre debería huir de toda manera de gozo o de placer, cuando piensa en las mercedes que de Dios recibe, o bienes que hace, o cosas que de sí oye. Antes debería acostumbrarse de tener en los tales tiempos un temor, con que con algún dolor recelase la vanagloria, que allí suele nacer muy escondida.

§ 5.° Dejando ahora, pues, aquella vanagloria que

dije que era peor o más mala, como mal tan grueso que no es mal de hombres espirituales, sino de hombres perdidos y no deseosos del bien verdadero, a quien no se endereza lo que aquí se escribe, y viniendo a la otra vanagloria, que nace del bien que alguno tiene, o hace, u oye de sí mismo, parecióme que lo que más ligeramente podría quitar de nosotros tanto mal será la consideración de la gran vanidad y falsedad que en ella hay, porque ningún virtuoso hay que no aborrezca lo vano y lo falso.

Y nota de que tanto podría uno considerarlo que para esto luego aquí abajo se escribe, que de la mucha costumbre de considerarlo conciba un aborrecimiento tan grande de mal desa vanagloria, que ya casi nunca se le ofrezca.

CONSIDERACIÓN

Gran fealdad sería que un caballero estimase mucho haberse puesto a una pequeña afrenta por amor o servicio de un rey que primero se hubiese puesto por ese mismo caballero a grandes afrentas y heridas por grande amor que le tenía. Y si aquel caballero no solamente lo tuviese en mucho aquello poco que hacía por aquel rey a quien tanto debía, pero aun se gloriase a otros dello, sería liviandad tan para burlar, que no es cosa de poner en plática; pero aun muy más abominable vanidad sería si aquel rey hubiese sufrido todo aquel trabajo sin ninguna ayuda de aquel caballero, y ese caballero hubiese sufrido lo poco que sufrió con gran socorro y favor del rey y con grandes mercedes prometidas antes del trabajo y recibidas después de la pequeña afrenta pasada. En esta muy abominable vanidad y muy peor sin comparación cae el vanaglorioso.

EXPLICACIÓN DE LA SOBREDICHA CONSIDERACIÓN

Nuestro muy alto Dios, Rey de majestad incomprehensible, y poder y honra infinitas por sola su bondad, sin otra obligación, viendo nuestra gran necesidad, se puso por nuestro remedio a sufrir muerte muy áspera y deshonrada; a lo cual no sólo no le ayudamos, pero ni aun se lo agradecemos; y todos los que con él se hallaron le desampararon, y más le desamparamos nosotros con nuestra menos virtud, siendo su divinidad ahora más conocida.

Pues, como así sea verdad, conozcamos cuán vana cosa es gloriarse alguno del servicio que a Dios hace, de-

jando por aquel espacio de gloriarse en solo Dios; y cuán más vana cosa es querer ser estimado en algo de los otros por ello, como tanto cuanto su corazón dellos se ocupare en estimar a nosotros en algo deja de ocuparse en estimar y alabar a Dios, de quien es todo bien. Y no plega a Dios que el corazón que no se ocupa en estimar y alabar al muy Alto, a quien se debe todo loor, se ocupe en estimar a mí, a quien no se me debe. Y consentidor en el crimen se debe llamar quien piensa que los otros desocupan sus corazones de magnificar a Dios por todos los bienes, y se ocupan en alabar o estimar a él, siendo tan vil, y no le pesa y lastima su desconcierto.

Y aun lo que encarece nuestra vanidad es que cuanto bien hay en todo lo que hacemos y sufrimos, todo es de la merced y mano real de ese muy Alto, con cuya cumplida ayuda obramos.

Y si alguno dijere que el aceptar y consentir y no desechar las mercedes y gracias de Dios es a cada uno glorioso y meritorio, que parece que de aquí podamos querer gloria, a diferencia de los condenados, a quien se debe pena por no aceptar, puédesele responder que nunca vimos en este mundo hombre que se vanagloriase de sólo haber aceptado las mercedes que le eran hechas de algún rey; antes se tuviera por locura no aceptarlas, y tal es la mala locura de los condenados; y locura es gloriarse de no haber querido ser loco, porque así quienquiera andaría muy presuntuoso; y si, preguntada la causa, respondiese que porque pudiendo ser loco y echarse en un pozo no lo había querido hacer, cierto no escaparía este tal de loco en el pensamiento de todos; y cuánto más aún que ese aceptar y no desechar las mercedes de Dios, aun principalmente se hace con su ayuda: *Quid habes, quod non accepisti?*, dice San Pablo; *si autem accepisti, quid gloriaris?* [20] Pues quien esto considerando se vanagloriare, tenga por muy firme ser muy loco, vano y desamparado de todo bien, y extiéndase y gloríese a su placer en tanta locura.

---

[20] I Cor. 4, 7.

CAPÍTULO VIII

De la paciencia

De la paciencia, y para el arte y manera de fabricarla o guardarla, hace mención de un ejemplo que para esto está en el notable séptimo; y pone aquí otro ejemplo, en que se muestra y declara cuánta diversidad de riquezas podemos sacar de cualquier ocasión que se nos ofrece de impaciencia.

La otra virtud que nuestro soberano Maestro quiere que aprendamos dél es la paciencia, la cual es tan hermana de la humildad, que casi de continuo están juntas, y casi por los caminos que se halla la una se halla la otra. Porque como arriba se dijo que era menester para alcanzar la humildad poner delante nuestros ojos la humildad del Hijo de Dios y formar otra a su semejanza, lo mismo se debe hacer para la paciencia.

¿Quién se quejará siendo injuriado y lastimado, mereciéndolo como todos lo merecemos, si considera con cuánta mansedumbre sufrió tantos corrimientos, persecuciones y amarguras y tormentos, con muerte tan dolorosa, el que, allende de ser Dios verdadero y Señor de todos, fué más sentible y más delicado que cuantos nacieron?

¿Quién no sufrirá con mansedumbre las angustias y trabajos que se le ofrecen para el remedio de sus males propios, si considera que su Dios los sufrió tan mayores por los ajenos, esto es, por dar remedio a nuetros males? La manera para haber esta paciencia está a la letra arriba en el séptimo notable.

§ 2.º Pero, porque estamos aquí en el capítulo della, será bien poner aquí más enteramente las grandes riquezas que habemos de sacar de cualquier ocasión que se nos ofreciere de impaciencia, para lo cual pongamos a manera de ejemplo una cosa enojosa que se nos puede ofrecer.

¿Sospecháis con alguna pequeña causa que uno dijo de vos un mal que por ventura nunca hicisteis? Tres golpes se arrojan contra vuestra alma con esta sospecha: uno de mal juzgar, otro de penosa impaciencia, otro de aborrescimiento contra el que sospecháis de haberlo dicho.

El siervo bien industriado en el arte de caballería del

Rey del cielo debe de tal manera sacudir y defenderse destos tres golpes tan peligrosos, que, no siendo llagado de alguno dellos, de cada uno dellos le quede singular hermosura en el ánima a gloria del gran Rey por cuyo servicio pelea, y será desta manera:

Al primer golpe debe hurtar el cuerpo, inclinando la voluntad a no querer consentir en el tal juicio, considerando que nos está vedado del gran juez, a quien sólo pertenece, y dice: *Nolite iudicare* [21]. Y debemos con gran gozo dejar y no querer usurparle su oficio.

El segundo golpe debe recoger con todas sus fuerzas, holgándose del dolor e injuria que de allí viene, pues que sus pecados no merescen sino dolor; y cuanto más se quisiere holgar dello, tanto menos le combatirá el demonio con esa impaciencia, por no darle ocasión de tanto merecer. Y para hacer esto con el segundo golpe es menester acudir al capítulo del propio aborrescimiento, porque tome fuerzas con lo que allí se dice.

En el tercero golpe, que es aborrescimiento contra el que se sospecha, o por ventura se sabe ya de cierto, debemos acudir con inclinar la voluntad a producir especial acto de amor; pues que tenemos libertad para querer y no querer todo lo que por bien tuviéremos, y dar a la obra el fin que quisiéremos, como se declaró en el sexto notable.

Y por la misma manera que habemos visto que debemos proveernos en los sobredichos tres golpes de aquella pequeña ocasión nacidos, debemos también mirar todos los golpes que se nos ofrecieren en nuestra vida en cualquiera cosa penosa o adversa, y proveer a cada uno según le pertenece, en manera que siempre la paciencia quede en nuestra ánima sin daño. Y acordémonos, por conclusión, de lo que nuestro Redentor dice, que la paciencia es poseedora de nuestras ánimas.

Creed que, pues Dios determinó que la paciencia fuese la poseedora, que faltando ella queda el ánima como en punto de perdición: porque de parte de Dios no se le dará otro poseedor, si éste deja perder, ni ella por sí misma le puede haber que sea bueno; y así queda muy en peligro de ser presa de quienquiera; y el león bramante nunca duerme, siempre cerca y muchos traga, pero no a los poseedores y guardados de la paciencia.

Bienaventurados los mansos y pacíficos, dijo el dador de la bienaventuranza.

---

21 Luc. 6, 27.

CAPITULO IX

De las pasiones del alma

En que se pone de las cuatro pasiones naturales, diciendo cuáles son, y cómo se deben guiar y tener en concierto o desecharlas. Y muéstralo en especial de cada una dellas, dando la razón para ello.

§ 1.º Gozo, tristeza, esperanza y temor son unas pasiones naturales que todos tenemos; porque natural cosa es a cualquiera gozarse del bien presente, y entristecerse cuando se le ofrece mal, y esperar algún bien y temer el mal. Y lo que para servir a Dios cumple decir destas pasiones es cómo se han de tener a raya o guiar con tiento, porque podrán hacer mucho daño dejándolas sueltas, porque son cosas que nunca dejan de correr por nuestra alma, cuándo una, cuándo otra; y podríase bien decir que todos los males nos vienen de darles suelta entera para correr; y en las personas espirituales harto daño, por ligero que anden.

Y notaremos que quien todas las cosas interiores y exteriores obrase por Dios, en la manera que se dice en el segundo notable, y quien tuviere el propio aborrescimiento de que arriba se dice en el capítulo segundo desta segunda parte, ése ternía con harto concierto estas pasiones; y por eso abreviaremos aquí al presente, donde notaremos que entonces ternemos en concierto estas pasiones cuando a ningún movimiento dellas consentimos que se detenga en el ánima, salvo de aquello que sabemos que Dios quiere, y porque él sea dello servido.

En todo lo demás deben ser despedidas del alma de quien por muy seguro camino quiere irse para Dios, como la Filosofía dijo a Boecio en las postreras palabras del primer libro de *Consolación*, cuando dijo: *...Si vis lumine claro cernere verum, gaudia pelle, timorem spemque fugato, nec dolor adsit...* Entiéndese que se desechen cuando no son de tal manera enderezadas que Dios se sirva dellas.

Y notaremos, para que con mayor ligereza las podamos desechar, que cumple que aprendamos o reputemos por males verdaderos las cosas gozosas que deste mundo se nos ofrecieren, y esto por la razón que se dice

abajo en el párrafo segundo; y, por consiguiente, que todas las cosas dolorosas reputemos como bienes verdaderos, pues que con ellas, como tribulaciones saludables, se curan las llagas de nuestras almas, y por lo que se dice en muchos lugares deste capítulo. Y cierto, el que esto entendiere y hiciere, cumplirá con mucha ligereza lo que dice aquí Boecio y lo que abajo se dirá en cada párrafo deste capítulo, y es mucho menester para ello el sexto notable.

§ 2.° Pero hablando en particular, aunque brevemente, de cada una destas pasiones, notaremos, comenzando del gozo, que de ninguna cosa debemos gozarnos, salvo de Dios y de sus cosas, cuales son todas las que a él nos enderezan.

La razón desto es porque quien tiene en Dios y en las cosas suyas tanto bien de que gozarse, muy mal lo mira si se ocupa en gozarse de otra cosa, pues que tanto menos son nuestras fuerzas para gozarse y amar cuanto más repartidas están en más gozos y negocios. Y debríamos de mirar que por bien que nos demos todos a Dios, no bastamos para él solo; ¿y cuán menos bastaremos repartidos?

Débese, pues, en todo caso hacer una de dos cosas: o despedir todo otro gozo luego en el primer instante que viniere, para lo cual cumple ver el sexto notable en el párrafo tercero, u ordenarle en Dios, si no es gozo vano, para lo cual cumple ver el segundo notable.

Y a los que así lo ordenaren, amonesta San Pablo gozarse, cuando dice: *Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete* [22]. Pero cumple para venir en esto abrir los ojos, porque mil nadas gozosas se ofrecen cada día que cumple despedirse. No parece ser aquí necesario ejemplo, porque se da regla universal de todo gozo que no es en Dios o actualmente enderezado en Dios.

Pero ponderando más todo lo sobredicho, para que más palpablemente lo sintamos, notaremos que si se debe atribuir a poquedad que un gran rey poderoso en riquezas hiciese tan gran cuenta de un pequeño pedazuelo de plata que la ganancia dello le hiciese muy gozoso y el perderlo le lastimase y trajese muy congojado, muy mayor es nuestra poquedad si, teniendo siempre presentes los bienes infinitos que Dios tiene para sí mismo y aun para nosotros, nos gozamos de otras menudas nonadas que se ofrecen, cuales son todas las cosas del mundo, y en especial cómo digamos amarle más que a nos mismos; y por consiguiente debamos reputar toda

[22] Phil. 4, 4.

su gloria por más que nuestra, allende que sabemos que la repartirá tan magníficamente con quien esto hiciere.

Por semejante manera se debe decir del que se duele de cuanto en el mundo se puede perder o acaecer, si no es pecado o causa dél, en manera que digamos que es gran poquedad dolerse dello; pues que tiene tanto bien y gloria, como es dicho, de que siempre debe estar alegre; y aprovechará también esto postrero para lo que luego se sigue de la pasión que se llama dolor.

§ 3.º De la tristeza o dolor diremos, de la misma manera, que ningún dolor ni tristeza consintamos que se detenga en el ánima, salvo del pecado. *De nullo nisi de peccato doleas*, dice San Buenaventura. La razón es porque la tristeza es o debe ser por mal presente o bien perdido; y como ningún mal verdadero o bien perdido pueda ser sino por el pecado, de ninguna otra cosa nos debemos entristecer.

Y aun podemos decir, como se dijo hablando del gozo, que quien tiene tanto mal como el pecado de que haya dolor, cierto lo mira mal repartiendo sus fuerzas con dolor o tristeza de otra cosa, pues que no bastan todas sus fuerzas para dolerse cuanto debe de ese pecado.

§ 4.º Pero aun para despedir muy altamente todo dolor, debemos considerar y decir en cualqüier trabajo que se nos ofreciere: ¿Para qué se me da a mí de mí, mas de lo que Dios, mi Señor, quiere que se me dé; pues que yo no soy mío, sino suyo, y el que tiene cargo de lo suyo sabe lo que cumple que le venga? Quiere decir que en todo lo penoso que nos acaesciere habemos de estar muy contentos, tanto cuanto durare, como de cosa que cumple a este hombre que es de Dios. Y no dolernos dello más de lo que nos manda ese Dios, cuyos somos, que nos dolamos.

Y si preguntare alguno qué tanto manda Dios que nos dolamos, respondo que quiere tengamos tanto dolor cuanto nos es forzado sentir, según la fuerza del golpe; pero que nos gocemos de ese mismo dolor, tanto cuanto durare, como de cosa que viene de la mano de Dios; y que con ese gozo procuremos también de salir del dolor según el caso lo demandare, y en la manera que sabemos o pensamos que Dios quiere que lo procuremos y porque él lo quiere. Porque de una manera cumple salir del trabajo de la enfermedad, porque para ello debemos procurar medicinas; y de otra del trabajo de la hambre, esto es, con vianda; y de otra del trabajo del frío, para lo cual se requiere vestidura; y de otra del trabajo del perseguidor, cuando por nuestras pocas fuer-

zas y virtud nos estorba de servir a Dios, para lo cual se requiere darse mucho a la virtud, para cobrar fuerzas con ella o huir del perseguidor, cuando más no bastare nuestra fuerza, con lo que más Dios alumbrare para ello.

Pero estos remedios y todos los que más fueren menester debemos procurarlos con muy gozosa templanza, y porque Dios quiere que los procuremos, para que, libres de los tales trabajos, le sirvamos con más reposo; aunque fuese menester que los tuviésemos, tanto cuanto no pudiésemos excusarlos, y que nos holgásemos con ellos, porque él quiso que los tuviésemos por muchas razones, dellas manifiestas, dellas a nosotros secretas.

Por cierto no sé cómo Dios no se dé todo aun en esta vida a quien tan enteramente tomó por suyo; y pues es cierto que se le dará, bienaventurada será la vida deste tal; pues que, siendo Dios tan suyo, gozará siempre de su tanto bien y gloria como de riquezas propias.

¡Oh!, bienaventurado el pueblo que sabe esta jubilación, pues que cierto no hay palabras que puedan declarar el gozo que en su corazón siente aquel cuya alma dice, no de palabra, pero de verdadero corazón: ¡Oh, cuánto bien tengo, pues que Dios, que me es más yo que yo mismo, tiene tan infinito bien, el cual yo veo, aunque imperfectamente, pero siento y téngolo por más mío que cuantos otros tiempos tuve por mío!

Nunca plega a Dios que esto pensemos explicar con palabras; pero solamente para nuestro propósito se concluye que mucho nos debe mover este tan gran bien a no sentir en otra manera nuestros dolores, sino como se acaba de decir; pues que ninguna otra cosa debemos querer para nosotros mismos, sino lo que Su Majestad ordenare y en la manera que lo dispusiere, por la razón y manera arriba dicha. Y cumple mirar muy por menudo todas las palabras desta adición, porque es muy grande y contiene gran perfección.

Debe, pues, el siervo de Dios estar apercibido para despedir muy presto con las sobredichas consideraciones mil penas o tristezas que las miserias y sinsabores deste mundo le ofrecerán; y para esto son mucho menester los actos del sexto notable en el párrafo tercero, acudiendo con un no quererlo, como allí dice, tantas cuantas veces se ofrece la tal tristeza o dolor; o, hablando con más propiedad, debe acudir con la voluntad a querer las cosas de donde nos nacen esos dolores o penas o sinsabores; porque, así queridas, se despide el dolor que primero nacía por aborrecerlas.

Y es muy justo que queramos las tales cosas, de adonde nos nacen los tales sinsabores; pues que, allende que

vienen de la mano de Dios, como dijo el santo Job [23], lo merecemos por nuestras culpas, y nacen dello mil provechos.

En manera, pues, que se debe tomar por regla que el leal siervo y amigo de Dios debría en tanto grado despedir o enderezar a Dios el gozo y tristeza, según es dicho, por que ninguna otra cosa le ocupase sino Dios; que por desecharlo perfectamente debría acostumbrar recibir pena y producir acto de dolor cada vez que se le ofreciese algo gozoso, y por el contrario, gozarse cada vez que se le ofreciese algo penoso. Y cierto es bien justo que se duela cuando se le ofrece gozo, y que se goce cuando se le ofrece dolor, el que ofendiendo y despidiendo a Dios de su alma la dió al demonio. En este sentido se ha de entender el verso que dice: *Gaudium pro poena dolorque pro gaudio sint tibi semper.*

Aquel sólo hará esto más cumplidamente que con más claridad conociere que todas las cosas son en sí y para nosotros una nonada, salvo cuanto en sí mismas o de nosotros están enderezadas en Dios; y aunque todos dicen que conocen esto, pero llámase bienaventurado en la tierra el que lo conociere y sintiere de verdad.

§ 5.º Cuanto a la pasión que se llama esperanza, habemos de mirar que no es una misma cosa con la virtud que es esperanza; porque la que es virtud no la tienen todos; pero la esperanza que es pasión todos la tienen, y es natural así a cristianos como no cristianos, en la manera que vemos ser natural a unos y a otros gozarse y haber miedo; y así vemos que espera hartas cosas el moro como el cristiano.

Y desta esperanza que no es virtud, pero pasión común a todos, notemos que, aunque naturalmente tengamos aptitud para esperar muchas veces y muchas cosas, pero ninguna cosa que esperamos debe hincar en nuestro corazón, salvo Dios, y aquellas cosas que creemos que más nos llegarán a servirle; porque todo lo demás debemos reputar por nada, como se acaba de decir arriba. Y si vemos que la esperanza de algo hinca más en nuestro corazón que la bienaventuranza o virtudes que esperamos de Dios, cumple despedirlo, pues está manifiesta la desorden.

§ 6.º Del temor tengamos por semejante que todo temor que no es de Dios se debe dejar. La razón sea lo que el salmista dice: *Dominus illuminatio mea et salus mea; quem timebo?* [24] Y después el Hijo de Dios: *Nolite*

[23] Iob 1, 21; 2, 10.
[24] Ps. 26, 1.

timere eos qui occidunt corpus, timete autem eum qui potest corpus et animam perdere; hunc timete [25]. Tened gran miedo de enojar y ofender a Dios, quiere decir, y ningún mayor enojo le podéis hacer que darle ocasión por vuestro pecado a echar vuestro cuerpo y ánima en el infierno. Y por esto dice: *Heu, vindicabor de inimicis meis* [26].

Este gran Dios es muy justo que sea temido, así de temor filial, porque más debríamos querer tener quebrados los ojos que hacer algo que desagradase a tan gran Padre y Señor, como de otro cualquier temor, pues que él sólo puede dar muerte y vida para siempre. Todas las otras cosas no hay por qué temerlas, pues que, dado que nos vengan cuantos desastres pueden venir en este mundo, si no los tememos, no nos harán mal que mal se pueda decir, antes, si les mostramos buen rostro y los recibimos de buena gana, porque Dios nuestro Señor quiere que los suframos en memoria de lo que él trabajó por nuestro bien, acrecentarán en nosotros grandeza y gloria perpetua; pues apercibidos de tener en poco, o por joya preciosa, cualquier trabajo del mundo, si algún temor nos viniere, acudamos presto con la voluntad a despedirle, por que no ocupe el lugar donde el temor reverencial que a Dios debemos debe siempre estar. Y cumple también para esto acudir al sexto notable.

Cierto, quien estas pasiones así gobernare vivirá sin pasión y en abundancia de aquella paz que a los pacíficos hace llamar hijos de Dios.

25 Matth. 10, 28.
26 Is. 1, 24.

TERCERA PARTE PRINCIPAL

Síguese la tercera parte principal del «Arte para servir a Dios», en que se declara la manera que habemos de tener para amar a Dios nuestro Señor y a quien él nos manda amar; para lo cual bien hacer se ha dicho todo lo que en lo arriba escrito se contiene. Y tendrá tres capítulos. El primero, del amor de Dios. El segundo, del amor de nuestros prójimos. El tercero, del amor que cada uno debe tener consigo.

CAPÍTULO I

Del amor de Dios

De la caridad que se dice amor de Dios; y este capítulo contiene cosas muy notables, y así se hace dél más formado sumario que de otro, y contiene nueve párrafos según que se sigue: El primero, después que muestra que convenía hablar deste amor en fin de todo lo dicho arriba, declara en general cuán gran cosa sea amar a Dios. En el párrafo segundo declara dos maneras de amar. En el párrafo tercero declara qué cosa es el más excelente amor. En el párrafo cuarto pone un ejemplo que palpablemente declara, cuanto es posible, cuando sintamos tener este amor. En el párrafo quinto muestra una dañosa tentación que se ofrece a muchos queriendo procurar este amor. En el párrafo sexto se provee de remedio a la sobredicha tentación, y este párrafo es algo celestial. En el párrafo séptimo muestra cuán de continuo o qué tantas veces debemos amar, donde se pone una muy provechosa consideración. En el párrafo octavo declara en forma de arte cómo vendremos a este alto amor. En el párrafo nueve pone de dónde viene que algunos, a su parecer, procuran ese amor por la sobredicha manera, y no la alcanzan.

SÍGUESE EL CAPÍTULO

§ 1.º Pues que está ya dicho cómo se reparará el alma estragada, justo es hablar del amor de Dios, que es un fuego que quiere Dios que siempre arda en su altar, que es nuestra ánima; para el cual amor se endereza el sobredicho reparo, como al principio se propuso. Y quien considerase de cuánta grandeza es este amor, vería que es poco cuanto está dicho para reparar y componer el ánima con que tan alta cosa se ha de obrar.

Es de tanta excelencia este amor de Dios, que todos los bienaventurados y todas las cosas criadas y que se pueden criar no pueden hacer otra obra más excelente, y por eso el mismo Hijo de Dios le llamó *maximum et primum mandatum* [27]. Y si toda la virtud y fuerzas angélicas y humanas se amontonasen en un ángel o en un hombre, no bastarían las fuerzas déste para hacer otra obra más excelente que amar a Dios; y no solamente no se podría hacer otra obra mejor, pero ni aun todo lo criado y que se puede criar no basta para amar a este Dios en la perfección que la bondad y dignidad suya requiere. ¡Oh, si tan gloriosa cosa es decir esto, cuán más gloriosa cosa será sentirlo! ¡Oh, si tan glorioso es sentirlo, cuán más glorioso será obrarlo! Esta es la santa obra de que nuestro Padre San Francisco dice en la *Regla* que paren mientes los frailes, *quod super omnia desiderare debent habere Spiritum Domini et sanctam eius operationem* [28].

Esta santa obra que Dios siempre obra con todas sus fuerzas infinitas es amarse tanto cuanto Su Majestad merece, que es infinitamente; porque infinitamente es amable por su infinita bondad y excelencia; y ninguna excelencia hay en el cielo ni en la tierra que no sea más suya que de quienquiera que la posee; y de todo tiene gloria infinita, y ésta ama y en ésta se goza y gloría; y esto quiere que amemos y que pensemos y nos gocemos, pues que ninguna cosa hay tan justa cuanto que todos amemos y bien queramos con todas nuestras fuerzas lo que nunca debríamos dejar de amar, si las tuviésemos infinitas; y agradezcamos a Dios que suple con sus fuerzas, amándose lo que le es debido de cuantos somos. Y amándole siempre gocémonos; que es de tanta dignidad, que

[27] Matth. 22, 38.
[28] Cap. 10.

nunca, dejando de gozarnos de sus excelencias, no hacemos nada según lo que su bondad merece.

Es Dios de tanta grandeza y gloria, que ninguna necesidad tiene de nuestros servicios; y si éstos demanda, es porque a nosotros cumple. Solamente quiere que le amemos y nos gocemos de sus bienes, porque ésta es su santa obra; y quiere que hagan todos con sus fuerzas lo que él hace con las suyas; y lo demás no lo ha menester, ni aun esto, sino porque es bueno y justo, y a nosotros glorioso; y por esto lo quiere tanto, que puso la vida, por que muriendo nos convidase a amarle.

Y si otras cosas hallamos en la Sagrada Escritura que nos demanda y quiere, es porque son ayuda para este amor, y porque dejar de hacerlas sería grande estorbo para le amar; porque no son otra cosa los vicios, los cuales son vedados, sino amor desordenado de cosas vanas, que ocupan el lugar diputado para el amor de sólo Dios; ni son para otra cosa las virtudes, sino para disponer el alma para este amor; pero son tan necesarias para él, que sería gran presunción pensar de alcanzarle sin mucho ejercicio de las tales virtudes. Y todo lo sobredicho se declara más largamente abajo en el párrafo sexto.

§ 2.º Queriendo, pues, hablar deste santo y precioso amor, será bien al principio decir alguna diferencia de amadores, mostrando cuál será la más alta que debemos buscar con algún ejemplo declarador.

Entrando ahora, pues, en esta diferencia de amantes, notaremos que la experiencia de muchos, viniendo a mayor conocimiento de la verdad, ha dado testimonio que mucho tiempo han amado a Dios como a bienhechor dulce y sabroso y comunicable, y en cuyo servicio se deleitaban y que muchas veces le pedían mercedes con gran sabor de la contemplación de su magnificencia y con conocimiento de la preciosidad de las virtudes que pedían; y llegábanse muchas veces a él como a fuente donde tanto dulzor hallaban. Y pensaban no haber falta en este amor y haber muy alto merecimiento en cada cosa de las sobredichas, porque creían ser grandeza de amor la grandeza de suavidad y dulzor que en el apetito sensitivo tenían.

Y pluguiese a Dios que todos los que no le aman le amasen así; pero no plega a su grandeza que los que le aman se contenten con este amor; así que es bueno y tan bueno, que bastaría para que los principiantes se ejercitasen algunos días en él, porque dél con mucha ligereza podrían venir al más alto, que se dirá.

La prueba de la flaqueza del sobredicho amor es que el que así ama, luego que le falte aquel dulzor anda muy

decaído en las obras de Dios y tan vencido de las flaquezas del alma casi como si no hubiera tenido nada de aquel amor; porque así procura placeres corporales, y bien comer y otras cosas vanas y apetitosas, y amistades, y honras, y favores, aunque no sean en grado de pecado mortal, como otro que aun no ha comenzado de gustar a Dios.

Y aun muchas veces, durante el tiempo en que es visitado de los dulzores, está preso de algunas aficiones vanas, y según verdad algunas veces bien sensuales, traído de la graciosidad o hermosura de algunas personas; y tiene apetito de ser visto y tenido por devoto; y pésale cuando siente que no le tienen por tal, y no huelga cuando ve que otros son tenidos por más devotos que él, con otras semejantes tachas, las cuales todas son de tanta miseria, que no se compadecen con el alto amor de que abajo luego se dirá, aunque sea sin dulzor.

Concluyamos, pues, que el tal amor es flaco, porque es amor del amado por provecho y dulzor propio; pero digamos las excelencias que tiene, aunque flaco. Y es que aprovecha mucho para dos cosas: la una es para que quien lo tiene, pueda ligeramente quitar de sí las tachas sobredichas y el amor destas cosas vanas. La segunda es que terná mucha disposición para producir muchos actos del más alto amor, de quien se dirá en el párrafo siguiente, después que ya hubiese venido en conocimiento dél.

Hay otro amor más alto, al cual hubieran venido algunos si hubieran alcanzado el conocimiento dél; y cuanto alguno más alcanzase dél, tanto será mayor la grandeza de su ánima. Este amor pertenece más que se escriba con palabras declaradoras de lo que nos cumple, para procurarle y tenerle, que con palabras dulces que nos traigan sabor de un rato.

No quiero decir que el amor de Dios se pueda explicar con las groseras palabras de que usamos; pero seamos ciertos que quien alcanzare el que con palabras se puede decir, será llevado de su dulce amado, al que no bastan fuerzas para declararle. Y decirse han algunas cosas deste amor, según en el sumario está acotado y se sigue.

§ 3.° Lo primero que deste amor cumple saber es qué cosa es; y a esto, según se recoge del santo Evangelio con los doctores santos, diremos que es una obra o acto que la voluntad hace o produce, amando y queriendo fuertemente, y a las veces con gran dulzor, que Dios sea quien es y tenga cuanta gloria, señorío y mando tiene sobre todos nosotros y sobre todas las cosas y para sí mismo; y que todo cuanto hay y puede haber le ame y sirva y dé

siempre gloria por su sola bondad y dignidad infinita, y según que la excelencia de Su Majestad requiere de todas nuestras fuerzas.

Estas palabras contienen en sí profundas cosas, en que debe dar mil vueltas con el pensamiento cada día el que verdaderamente ama, pensando quién es Dios y holgándose de ello.

Item, pensando cuánta gloria y cuán universal señorío tiene sobre todos nosotros, y gozándonos de ello, como nos holgamos del señorío de nuestros amigos. Item, que todo cuanto hay le ame y sirva, deseándolo de mil maneras y procurándolo por otras cien mil. Item, revolviendo en el pensamiento mil maneras de gloria y grandeza y servicios que a Dios son debidos, para querérselos y deseárselos todos; y esto todo por ser Dios quien es y por su sola bondad, ca toda razón nos declara que debemos amar a este gran Señor por el más excelente fin que se pueda dar. Y como no hay otro fin más alto que ese mismo Dios, que es y se llama principio y fin, debémosle amar; no principalmente por lo que dél recibimos o esperamos, pero por sí mismo, que es infinitamente amable.

Quiere decir, y notémoslo en gran manera, que acostumbremos nuestra voluntad, en manera que lo sintamos, a que se mueva a amar y holgarse de la gloria y riqueza de su Dios, no porque reciba sabor de amarle, ni por las mercedes dél recibidas, ni por las que espera; pero, casi olvidado desto, que le ame como a dignísimo de tener todas las voluntades angélicas y humanas ocupadas en querer y holgarse que Su Majestad tenga todo el bien que tiene, aunque no nos hubiere de caber parte dello. Y cierto será tanto mayor nuestra parte, cuanto más sin tener ojo a nuestro bien le amáremos.

Este santo amor tiene comienzo y aprovechamiento y perfección; y aunque al comienzo no dé grandes muestras que se sientan en el ánima, pero es muy precioso y darálas a cabo de pocos días que comience de aprovechar en crecimiento.

La prueba y muestras deste amor sería cuando el que ama, así ama cuando Dios se muestra áspero como cuando se muestra dulce; así cuando Dios se muestra hacer mercedes como cuando con justicia castiga. No ama el que así ama porque Dios es dulce y sabroso, pero ama el dulzor y sabor porque es cosa de Dios y le da aliento para más servir. No se espanta del castigo, pero recíbele con el amor que demanda la piadosa y real mano de quien le hace. No demanda ni suplica traído del deseo de suavidad de la merced que pide, pero porque su ánima, enri-

quecida de virtudes, crezca en fuerzas para que el Señor, que hace las mercedes, sea más servido.

No se enoja por se ver alguna vez desamparado de consuelo, pero duélese si hay en él algo con que, habiendo ofendido los ojos de tan gran Majestad, sea por eso privado dél. No pide perdón por escapar de la pena o cobrar los bienes perdidos, pero por que su ánima, perdonada, sea graciosa y ame sirviendo con limpieza al gran Dios que la crió. No tiene éste ninguna afición que le trabe del corazón, ni se le acuerda ni mira si piensan los hombres en él. No le da pena cuando siente ser tenido en poco; mas entristécese y huye de los favores, de miedo que no le sean estorbo para la humildad. Gózase del bien y honra de los otros, creyendo que a ellos, como a más fuertes, aun la honra les favorecerá en más servir a Dios, por el buen ejemplo que sin fingimientos de vanidad desea que reciban los otros.

Este tal todo lo tiene, y no tiene nada; a todos se humilla, y todos le sirven; todo sabor huye, y nunca siente sinsabor; en el gran Dios que ama, conoce cuanto debe hacer y decir y pensar, y por él solo lo hace y dice y piensa. Bienaventurado el que así ama; porque éste, viviendo, no es él que vive, pero vive en él Cristo, haciéndole vivir vida divinal. Este, amándose, no ama a sí mismo, pero ama al muy Alto, por cuyo amor todo bien desea.

Pero porque los ejemplos suelen enseñar las cosas más claramente, será bien que pongamos aquí uno en que veamos, cuanto posible es, cuándo amamos, según arriba se declaró.

§ 4.° Es un hijo, el cual tiene un padre muy buen hombre, pero pobre de las cosas temporales y necesitado de servicio, y de quien su hijo ningún bien espera ni ha menester. Ama y sirve este hijo a su padre tanto, que todo placer quiere más para su padre que para sí mismo; y más se goza de haber placer en su padre que en sí mismo, y todas las cosas honrosas y gozosas que hace y se le ofrecen, tanto huelga de su ofrecimiento cuanto piensa que holgara dello su padre.

Así, por el contrario, recibe más pena de los trabajos que le vienen por el desplacer que dello habrá su padre que por su propia pena; en manera que cuando este buen hijo está doliente, más pena tiene de la congoja y pesar que ve que su padre tiene de verle con dolencia que con su mal propio; y cuando le viene salud, huelga más del gozo que su padre habrá que de su salud; y así en los casos honrosos del mundo, como son los tales hechos de esciencia o caballería, huelgo hacerlo bien, más porque su padre lo ve y se goza que de su propia honra. Y al revés.

si lo hiciese mal, recibiría más pena del desconsuelo de su padre que de su disfavor propio. Toda esta voluntad tiene este hijo con su padre, preveyéndole también de cuanto ha menester; y sin otro respeto, salvo por el grande amor que desde su niñez le tiene como a padre.

Este ejemplo debría cada día revolver muchas veces en su alma, a lo menos por dos o tres meses, el que comienza de servir a Dios, porque en él, según nuestro propósito, nos es declarada la manera de amor verdadero y amigable y no interesal que nosotros habemos de tener.

Nuestro eterno padre es Dios, y nosotros sus hijos por su magnífica merced; no tiene necesidad de nuestros bienes, y nosotros no podemos valernos sin los suyos; muy al revés del otro padre con su hijo, porque allí el padre era necesitado y el hijo el valedor, y tanto era más de agradecer su amor.

Alegrémonos nosotros, que es tanta la grandeza de nuestro eterno Padre, que no nos ha menester; y reconociendo la muy mayor obligación que le tenemos, sea nuestro amor como el de aquel buen hijo; y domemos tanto nuestra ánima, hasta que ningún gozo sintamos de cuanto bien hacemos y esperamos, salvo cuanto sabemos que Dios es dello servido; y todo cuanto hiciéremos sea con alegría muy grande, porque creemos, y es verdad, que Su Majestad huelga dello; y toda la pena que de la enfermedad del pecado sentimos sea por ser contra su voluntad.

Testificando el salmista que Dios huelga de nuestro servicio, dice: *Beneplacitum est Domino in populo suo; et exaltationes Dei in gutture eorum* [29]. Y contra el pecado se dice en el Génesis: *Pœnitet me fecisse hominem* [30].

§ 5.º Es ahora de notar que si nuestro adversario suele combatir los siervos de Dios en cualquier virtud que comienzan, mucho más los combatirá cuando los viere que buscan este alto amor de que está dicho. Y entre todos los combates que aquí suele traer, de uno muy secreto y harto dañoso han sido muchos guerreados, y de este quiero aquí decir, el cual es un resfriamiento o atibiamiento que algunos sienten cuando piensan u oyen o leen el punto esencial en que está este alto amor; esto es, querer el ser y gloria y todo bien de Dios por ese mismo Dios, y será bien ver dos cosas cerca desto.

Lo primero, qué es lo que tan gran cosa puede resfriar, como ello sea un calor divinal. Lo segundo, cuál será el remedio para ello; y deste segundo se hablará en el párrafo siguiente.

---

[29] Ps. 149, 4, 6.
[30] Gen. 6, 7.

Lo primero mostremos por una comparación, y es que, siendo convidados para ver una cosa muy preciosa, se nos representase de poco valor por la poquedad de nuestro conocimiento: cierto nos hallaríamos algo resfriados en el apetito que llevábamos de verla; aunque, según verdad, la cosa fuese de la preciosidad que nos fué dicha.

Esto mismo digo que acaesce muchas veces a algunos en este amor de Dios, juntando su poco sentir con el combate del adversario (y en especial a los que no son prevenidos de la suavidad y dulzor que ese amor suele tener); los cuales oyendo que este amor está (como ya es dicho) en querer y sentir dentro de nosotros mismos un complacimiento de todo el bien y gloria de Dios, según está dicho en el principio del párrafo tercero deste capítulo, resfríanse, paresciéndoles no ser ésta muy excelente obra, antes se les representa haber y poder haber otras de mayor excelencia, así corporales como espirituales, imaginando cosas que a ellos parescen ser de mayor estima; y pareciéndoles que tales pertenecía que hicieran los siervos de tan gran Dios, así como obras de gran valentía corporal, como derrocar una gran torre de un encuentro o despedazar diez hombres armados en blanco con un golpe de espada; o también grande muestra de esciencia, que a todos los infieles con toda la esciencia deste mundo hiciese no saber hablar; u otras cualesquier grandes obras de las que en el mundo ponen admiración, como gran contemplación, hacer milagros o profetizar, las cuales cosas parecen a los así combatidos o tentados que son de mayor excelencia que levantar el ánima a querer el bien y gloria que Dios tiene. Y por consiguiente se resfrían en enderezar todo cuanto en su vida han de hacer en solamente alcanzar este amor, que en sus ojos no parece muy gran cosa, aunque por decirlo la Santa Escritura crean ser tal, y casi que se maravillan de Dios querer más este amor que cuantas cosas se hacen y pueden hacer.

Y es de notar que así como el apetito de las viandas dañosas y el aborrecimiento de las buenas comúnmente viene al enfermo de una misma raíz, esto es, del paladar estragado, así la estima grande de aquellas obras de valentía corporal y esciencia, etc., y la pequeña reputación que sienten de la obra que es amar a Dios, viene asimismo de estar el paladar del ánima estragado, como se dijo en el notable cuarto de la primera parte, juntado, como dije, el combate del adversario; pero no por eso es menos preciosa la buena vianda que la mala, ni el amor de Dios que todas las otras obras, pero mucho más. Empero, el tal resfriamiento es a los flacos harto dañoso, porque ni el conocimiento de la grandeza de la obra los convida, porque

no lo tienen, ni el favor les da esfuerzo, y de uno y de otro les viene gran desmayo en obrar; y por esto es bien necesario proveer a tanto inconveniente.

§ 6.º Visto ya, pues, de dónde viene aquel atibiamiento, conviene, cuanto a lo segundo, proveer del remedio para ello; y el primero y más común remedio que para ello se ofrece es procurar de sanar el apetito estragado, como se dice en el sobredicho cuarto notable; y luego verán los que el tal atibiamiento sintieren que aquellas obras arriba puestas, que les parecían grandes, son muy pequeñas en comparación del amor.

Esto nos muestra San Pablo, el cual teniendo el paladar sano, escribiendo a los de Corinto, juzga y dice ser nada sin este amar otras mayores o tan grandes obras, cuando dijo: *Si linguis hominum loquar et angelorum*[31]. Y si diere cuanto tengo a pobres, y si consiento sacrificar mi cuerpo hasta que le quemen, todo es nada sin amor; ni aun debe ser estimado por grande hombradía. Y después de todo, hablando de las virtudes excelentes, dijo llevar a todas la ventaja el amor. Y lo mismo dijo el Hijo de Dios, Señor nuestro, como está escrito en el principio deste capítulo.

Claro, pues, se muestra ser el amor la más excelente de las obras, pues que sin él todas ellas son nada; y cierto, sin más prueba, nos debría bastar que la sabiduría eterna de Dios, que no puede errar, esto quiere y escoge y nos manda hacer sobre todo cuanto se puede hacer, así en el cielo como en la tierra. Pero proveyendo de más particular remedio, el cual nos haga sentir algo de la grandeza inestimable y no explicable desta obra que es amar a Dios, paréceme que será bien declarado como se sigue.

Manifiesta verdad es que la más noble potencia que Dios puso en nuestro cuerpo y alma para obrar es la voluntad, y, por consiguiente, que la más noble y preciosa obra que se puede hacer es la suya; esto es, querer o amar lo ya conocido por bueno.

Pero será bien mirar que nosotros y nuestra voluntad somos poca cosa, y si queremos noblecer esta voluntad para que su querer sea de mucho precio, no hay otro remedio sino unirla y juntarla muy fuertemente con otra voluntad que sea de infinita excelencia, y que la juntemos de tal manera que ninguna otra cosa quiera, sino lo que aquella voluntad infinita quisiere, y entonces el querer de nuestra flaca voluntad será de infinito valor y grandeza, pues que, no curando de su propio querer, tiene el querer de la voluntad infinita, la cual es la voluntad de Dios,

---

[31] I Cor. 13, 1.

el cual siempre quiere y ama y se goza del bien infinito que tiene; y quiere asimismo por muchas razones que nosotros queramos esto que él tanto quiere.

Lo primero por su sola bondad, con la cual quiso que nuestra voluntad, de tan poco valor, alcanzase tan alta nobleza que tuviese querer de infinito valor, según es dicho; y lo segundo porque, pues nos crió para tanto bien, es justo que le sirvamos en algo.

¿Pero qué será aquello en que le podremos servir, pues que Su Majestad no ha menester ningún servicio, ni aun el mayor que se pueda imaginar ni pensar? Respondo que porque no estemos ociosos, y pues Dios no ha menester ni puede tener más bien del que tiene, que es justo que como buenos serviciales que se alegran del bien de su Señor, nos ocupemos toda nuestra vida en gozarnos del bien y gloria que él tiene. Y cierto, quienquiera verá ser muy justo y de mucha grandeza que el cielo y la tierra, dejando toda otra cosa que se pueda hacer, se ocupen siempre en gozarse del bien y gloria de que Dios está infinitamente lleno.

Es aún lo tercero porque Dios quiso la unión y juntura de nuestra voluntad en querer lo que él siempre más quiere, porque era muy justo que desde la tierra comenzásemos ya de querer aquella voluntad infinita, y de cuyo cumplimiento nos ha de venir la bienaventuranza que en el cielo para siempre esperamos; la cual ya comienza de tener en la tierra quien el tal amor tiene; pues que, como los teólogos dicen: *Gloria est gratia consummata;* quiere decir, que la gloria es tener esta caridad en perfección; en manera que acá se comienza y en el cielo se perfecciona.

Y será bien platicar esto, declarando cómo en este amor perfeccionado está la gloria del cielo, y aprovechará para nuestro principal intento, que es mostrar la excelencia desta obra de amor en que estamos. Para lo cual notaremos, y cumple leerlo con atención, que todo gozo nos viene del cumplimiento de nuestra voluntad; y tanto cuanto más nuestra voluntad quiere y desea, y cuanto más perfectamente se cumple lo que desea, tanto mayor es el gozo.

Junto con esto notaremos que la bienaventuranza, la cual es gozo perfecto, nace en el cielo de la vista de Dios, el cual en el punto que es visto pone en todos los que le ven un grandísimo conocimiento de ser dignísimo de bien y gloria infinita; porque luego en viéndole son todos sabios y discretos para ver lo que a cada uno pertenece; y junto con este conocimiento tienen un amor del mismo Dios sobre todas las cosas, con un deseo no explicable;

que tenga todo aquel bien y gloria de que es digno; y a este deseo y voluntad tan grande que cada uno terná, sucede siempre vista clara, con que ven y conocen que aquel su deseo se cumple en muy más alta manera que ellos bastan a comprender; porque ven y conocen aquel Dios que tanto aman estar adornado de tanto bien y gloria, que por ser infinita ni ellos lo pueden del todo conocer ni en él puede haber falta ni crecimiento de gloria.

Y como tanto mayor es el gozo de cada uno, según se dijo, cuanto más crecido es el deseo y cuanto más perfectamente es cumplido, muéstrase de aquí la grandeza de la gloria de cada bienaventurado; pues que así altamente se les cumple el más alto deseo que puede ser; esto es, deseo del bien infinito de Dios, de lo cual sin comparación tienen mayor amor y deseo que de la propia gloria que ellos reciben.

¡Oh bienaventurado quien el ser y gloria de Dios amare y contemplare en la tierra con gran voluntad, pues ha de venir a ver su deseo tan cumplido en el cielo! ¡Oh, quién podrá pensar cuánta parte dará este Señor de su gloria en el cielo, sin agravio de sí mismo, a quien ninguna cosa quisiere morando en la tierra, sino la gloria y grandeza que Su Majestad posee!

Todo lo sobredicho declara lo que San Pablo dice: *que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni corazón puede pensar la gloria que Dios tiene para los que aman* [32]. Y esto dice porque no hay quien pueda alcanzar en cuán gran manera todos los que aquí amaron a Dios desean y quieren en el cielo el bien que Dios tiene, y cuán altamente se les cumple este deseo, y cuánta es la gloria y gozo de uno y otro.

Queda, pues, manifiesto de cuánta excelencia es la obra del amor de Dios, aunque no hay lengua ni péndola que pueda explicar tanto cuanto ello es. Y queda proveído de remedio el atibiamiento que a los nuevos podría ofrecerse; pues que cierto no atibiamiento, pero encendimiento de amor divinal debría venir en nuestro corazón, no solamente todas las veces que en el santo amor de Dios pensásemos o le oyésemos nombrar, pero todas las veces que hiciésemos o pensásemos algo que para disponernos a él nos pudiere ayudar, como es todo lo que se escribe para nuestra doctrina.

§ 7.° Visto ya cuál sea el excelente amor para que nacimos, será bien platicar qué tanto o qué tantas veces nos debemos ocupar en este amor. Y aunque la respuesta con brevedad es que siempre, innumerables veces en la

[32] I Cor. 2, 9.

hora si pudiésemos; pero para que mejor sintamos cuán continuamente debríamos amar, será bien considerar que si se debría dar por bien empleado que un hombre recibiese un breve trabajo de una hora o diese una pequeña moneda de plata por redimir mil cautivos de tierra de moros, sin comparación se debría de dar por mejor empleado que ese u otro cualquier hombre recibiese la muerte y aun mil muertes por que otro amase a Dios por pequeñuelo espacio, si sin las tales muertes hubiese de cesar aquel amor en aquel breve espacio; y esto es en tanta manera verdad, que no solamente ha lugar cuando aquel que así amase en aquel breve espacio alcanzase la gloria por aquel breve amor, pero aunque fuésemos ciertos que por otros muchos servicios se había de salvar sin que amase por aquel breve espacio. Esto se prueba porque muy mayor es el bien que hay en aquel breve amor que todo el mal que puede haber en el dolor que otro sufría muriendo mil veces.

Y sin comparación aún será mayor el bien si consideramos que a aquel breve amor se debe acrecentamiento de gracia, y por consiguiente aumento perpetuo de amor con gloria en el cielo, lo cual cuánto bien sea conocerlo ha quien siente cuánta grandeza hay en amar a Dios.

Esto visto, queda más claro que siempre o innumerables veces debemos nosotros hacer esta tan alta y dignísima obra, por que, haciendo acá en la tierra lo que debemos y razón nos obliga, crezcamos en fuerzas para el cielo, donde tanto más altamente aman los gloriosos cuanto más amaron estando acá en la tierra. Y si innumerables veces debemos amar este gran Dios, por ser tan inestimable cada acto de amor, demos ahora la vuelta, considerando nuestra negligencia, y maldad, y miremos cuán amargamente debríamos llorar cada momento de nuestra vida que se ha gastado sin este amor.

Item, cuán más amargamente debríamos llorar cualquier cosa que deste amor nos ha apartado, como es el pecado; el cual siendo mortal, es capital enemigo y contrario deste amor; siendo venial, es resfriador y retardador de tan alto bien.

Item, miremos cuán reprehensible cosa es no gozarnos fuertemente de cualquier cosa que a este bien nos puede ayudar, como son injurias, disfavores y cualesquier persecuciones; y por consiguiente no dolernos cada vez que algún estorbo se nos ofrece, como son favores y cualesquier placeres de acá.

Cierto es tanto reprehensible no gozarnos y dolernos de lo ya dicho cuanto sería cosa más áspera sufrir las mil muertes ya dichas que las injurias y persecuciones que la

malicia humana suele acarrear, o que el sinsabor que podríamos sentir huyendo todo favor y cosas que nos pudiesen deleitar.

Debemos también notar, por que en tan alto camino no nos estorbe nuestro falso amor, que si alguna vez por gran flaqueza corporal, o por no haber alcanzado tanta virtud en el alma cuanta se requiere para sufrir adversidades, fuere menester huir las persecuciones y la compañía de los que nos maltratan o procurar y recibir algunas cosas delicadas y sabrosas, que lo debemos hacer con actual intención de evitar mayores males y con gran dolor actualmente entonces recibido; porque, huyendo las adversidades, huímos de lo que nos podría disponer a tan alto bien como el amor de Dios; y porque tomando aquellas cosas sabrosas, dejamos la aspereza a que somos obligados según la maldad de núestras diligencias.

Y debríamoslo también hacer con humilde oración, con que suplicásemos a nuestro Señor que esforzase la virtud de nuestro cuerpo y alma; por que teniendo fuerzas con que resistir a la flaqueza con que por nuestra poca virtud nos es menester huir las tales persecuciones, o recibir las tales cosas sabrosas, según es dicho, nos dispusiésemos sin ningún estorbo para su alto amor. Y para más claramente conocer cuán reprehensibles son las negligencias con que faltamos en este precioso amor, aprovechará mucho ver y notar el capítulo segundo de la segunda parte, que habla largamente del propio aborrecimiento, el cual es fundamento y soberana disposición para el amor de Dios.

¡Oh, por Dios, y otra vez por amor de Dios!, pensemos y ponderemos esto; y porque en la tierra no habrá pesas ni balanzas en que se puede contino pesar, pidamos a Dios que nos provea del cielo, y plega a Su Majestad que nunca nuestra vida canse de ponderarlo.

De todo esto notaremos cuán gran desvarío es no procurar muy alta gloria para el cielo, pues que la alteza de la gloria se debe a grandeza de amor. Y aunque no tuviéremos cuidado de la grandeza de la gloria que a nosotros nos cabe, tenemos, empero, grande obligación de procurar de alcanzar la grandeza del amor con que, siendo muy gloriosos, amaríamos siempre a quien es dignísimo de ser muy altamente de todos amado.

Y para saber cómo amaríamos muchas veces, en especial cuando nos faltase el hervor sabroso que suele de suyo mover a amar, provéese enteramente en el sexto notable, donde habla del poder que tenemos para querer cuantas veces por bien tuviéremos lo que quisiéremos querer.

De todo lo dicho note el discreto cuán gran cosa perdemos, y cuán irrecuperable, cada momento de los que podríamos amar a Dios y lo dejamos. ¡Oh! Si dolorosa cosa es perder por negligencia grandes dignidades y tesoros de la tierra, cuán más triste, porque mayor pérdida es, dejar de amar a Dios por un solo momento, aunque no concurra pecado. Miremos que el grande oficial nunca gana sino el rato que trabaja en su oficio, ni el siervo de Dios crece en riquezas de amor sino cuando en especial produce particular acto dese amor.

§ 8.° Vistas ya las cosas que están dichas deste amor tan alto, quien quiera con razón desear saber qué manera ternemos o qué haremos de nuestra parte para alcanzarle, y antes que esto se diga y declare, notaremos que muchos han errado, porque pensaron atajar, metiéndose luego en los principios muy en lleno en el amor de Dios sin aparejo suficiente; porque mirándole y barruntándole algo de su grandeza, parecióles vergel de tanta suavidad, que no considerando ni andando el camino que el santo Evangelio pone para el tal amor, de que por este tratado está dicho, quisieron saltar y no entrar por la puerta, y cuando no se cataron, halláronse sin término y sin camino.

Poderoso es Dios para poner a quien quisiere en muy alto lugar con solo un salto; pero tema el que salta y mire que alguna vez pensará que es llevado de Dios, y no será sino de alguna presunción, cual se debe creer del que, dejando el camino evangélico, quiere luego saltar en los términos del alto amor. Y no quiere decir que los que se aparejan para el muy alto amor le dejen del todo en los principios, salvo que no se den en esos principios tan del todo a él que olviden el aparejo y camino evangélico que el Hijo de Dios nos declara; porque tanto será más cierto el aparejo cuanto más altamente se pusiere en el amor de Dios, haciendo los ejercicios que el Evangelio nos muestra y arriba está dicho que son menester para él.

Debe, pues, el humilde siervo que tan precioso licor quiere recoger en su ánima, para glorificar con suavidad de gloria a su gran Dios, ejercitarse primero muchos días en todo lo arriba escrito, y sobre todo en deshacerse de sí mismo. Y cuando se viere bien ejercitado en ello, o a lo menos suficientemente, si Dios nuestro Señor le socorriese con bendiciones de dulzor, gran aliento le serán para amar con ligereza; y faltándole, y aun ofreciéndose el tal dulzor, debe artificiosamente obrar desta manera.

Traiga a su memoria brevemente cuán grande es el bien y gloria de Dios, considerándole muy bueno y dignísimo que todos se gocen del bien infinito que tiene, y luego incline su voluntad a querer y holgarse de aquel tanto

bien de su Dios, y estése en aquel querer cuanto pudiere. Y si algo se derramare o atibiere, torne luego y dé la vuelta de la misma manera; y así, cuanto posible fuere, nunca deje de producir actos de querer todo este bien que Dios tiene y dar con el alma mil saltos de gozo, considerándole tan lleno de infinitos bienes; y del mucho continuar esto, es por fuerza que seamos llevados a alto amor.

Y no es otra cosa muchas veces producir actos de amor, sino como si uno oyese en una hora contar o decir cincuenta notables honras que a un gran amigo suyo habían sido hechas y se gozase de cada una. Cada gozo destos, nacidos del bien querer, se llama un acto de amor.

Pues como la honra y gloria de Dios sean infinitas y de infinitas excelencias, y todo cuanto hace y tiene criado y cada cosa dellas muestra singular honra suya, y no basten todos los momentos de nuestra vida para oírlas ni ponderarlas, debemos a lo menos amontonarlas todas so este nombre de bien y gloria infinita, y producir actos de la voluntad, inclinándola a querer y gozarse dello todos los momentos de nuestra vida, pues se lo debemos más que a ningún amigo, y pues tanta parte nos ha de caber de su gloria por su magnífica merced.

Y podráse uno tanto ejercitar en estos actos, aunque le faltase aquel dulzor que llaman devoción, que en todo lugar y en todo negocio amase muchas veces a Dios, sin buscar lugar secreto ni recogimiento nuevo, como acaesce cada día que un amigo se goza de algún bien que nuevamente oye haber venido a otro su amigo, el cual luego se goza sin esperar otro tiempo ni lugar ni desembarazo para gozarse.

Para los sobredichos actos va la vida en lo que está escrito en el segundo y sexto notables, y en el capítulo del propio aborrecimiento, de donde se recogerá cómo se deban producir estos actos, y que todo se debe hacer porque Dios es dignísimo que hagamos esto; ni debe parecer cosa de embarazo acudir para esto a aquellos notables, porque a cabo de pocos días que lo hagan obrarán con ligereza sin acudir a ellos.

Podrá ser que a alguno parezca más ligera manera para haber este amor darse fuertemente a pedirle a Dios con la manera de orar que se escribe en el capítulo de la oración, junto con los ejercicios virtuosos que habemos dicho, y si bien se mira, casi todo es uno; pero sin duda lo alcanzará más altamente y más presto el que con la tal oración se sabe aprovechar de aquel producir de actos del sexto notable, lo cual se hace en la oración y fuera della, como allí se declara, y en el capítulo noveno de las

cuatro pasiones, porque en cada un acto de aquéllos hay nuevó servicio y crecimiento.

§ 9.º Y porque acaece algunas veces esforzarse algunos a producir estos actos de amar y querer el bien y gloria de Dios, y de reducir todos los movimientos en su servicio, y hallar la voluntad embotada para ello, para proveer a este mal creamos que proviene esto de faltarnos el aborrescimiento santo que nuestro Redentor nos enseña, del cual está escrito arriba en el capítulo segundo de la segunda parte, o de alguna afición de alguna cosa terrenal, así como amor de algún placer no necesario o afición no bien ordenada de otra persona.

Y el que así se hallare boto, debe buscar diligentemente en sí la tal falta o afición y destruirla con muchos actos contrarios, como se dirá algo en el siguiente capítulo y se ha dicho arriba en muchas partes; porque no es otra cosa querer inclinar la voluntad a producir actos de amor de Dios sobre todas las cosas, no teniendo aquel odio santo y precioso aborrescimiento, o estando aficionado a otra cosa terrenal, o cualquier cosa que traiga placer no ordenado en Dios actualmente, o a lo menos virtualmente, en lo cual muchos no miran sino querer cortar con un mazo las cosas que requieren navaja o cuchillo bien afilado.

Creed que la voluntad que ha de producir muchos actos de verdadero y entero amor ha de estar tan aguda que tronce cuanto se le pusiere delante hasta llegar a Dios; y esta tal voluntad producirá holgando mil y muchos más actos de amor en un día, de los cuales el menor será de tanto merecimiento, que solo bastase para levantar a uno en alto grado de gloria en el cielo.

Y, al revés, el que con voluntad embotada de algún poco de amor no ordenado, como es dicho, se levanta a producir actos de amor, le es tan dificultoso el amor como al mazo el cortar, porque aquella alteza de perfecto amor no se compadece con tal vileza.

Y no se debe ninguno espantar de tantas diligencias como aquí se ponen para haber este amor, diciendo que sin tantas artes le alcanzaron muchos; porque, aunque cierto le alcanzaron muchos antes que esto se escribiese, pero quien bien sintiere lo que quiso decir nuestro Redentor cuando dijo que toda la ley pende del amor, conocerá que ninguno le alcanzó por vía común sin las diligencias que aquí se escriben, las cuales no son otras sino las que del santo Evangelio se sacan, declaradas de los santos doctores a este propósito, las cuales Dios nuestro Señor, por su magnífica merced, cada día ha declarado a chicos y a grandes escogidos suyos; por la cual merced quiso su bondad que con alguna brevedad se allegasen

ahora en forma de arte para todos aquí escrita; por que, pues nuestra flaqueza crecía, abundase la ligereza de saber lo que tanto habíamos menester.

Y si algunos del todo dijeren haber alcanzado este amor sin ello, teman ser por ventura aquel amor flaco de que se dijo en el párrafo segundo, el cual, pues que se compadece con muchas tachas, como allí se dice, no es maravilla que se alcance sin arte y con poco trabajo.

CAPÍTULO II

Del amor del prójimo

Del amor que debemos tener con nuestro prójimo; y muestra primero por qué se pone este capítulo después del precedente, en que se habla del amor de Dios; y pone luego una gran regla general en el arte de servir a Dios, de la cual, particularmente aplicada, se muestra que debemos amar al prójimo en la manera que nos amó nuestro Redentor; y pone un desconcierto engañoso que suele haber en los que aman, y después un ejemplo que declara cómo se conoce ser nuestro amor por solo Dios.

Así como el capítulo del amor de Dios se puso después de todas las cosas precedentes, porque todas sirven para alcanzarle, así este capítulo y el que se sigue, se ponen después dese capítulo del amor de Dios, porque, si bueno ha de ser el amor que tenemos con el prójimo, de que aquí habemos de decir, y con nosotros mismos, de que se dirá en el siguiente, es por fuerza que nazca dese amor de Dios.

§ 2.º Y para comienzo de lo que se ha de decir del amor del prójimo, notemos una regla aplicable en cada obra, y es que dos cosas conviene que mire el que a Dios quisiese siempre agradar: lo uno, qué quiere que hagamos, y lo otro, cómo quiere que se haga, porque muy poco haría el que hiciere lo que Dios quiere si no lo hiciese como quiere que se haga.

La más excelente de las obras que Dios quiere que hagamos es amarle y pensar en él: pero si esta obra no hiciésemos como él quiere y se declaró en el párrafo segundo y tercero del presente capítulo, no sería mucho de agradecer.

Otra obra, segunda de ésta y semejante a ella, que Dios quiere que hagamos, es que amemos al prójimo; pero por mucho que Dios lo quiere, si no le amamos como él

quiere, no alcanzaremos *illa sublimia prœmia* de los que bien aman, como San Gregorio dice; porque aunque *sacra eloquia non contradicunt* a la tal manera de amar, para que por ello pequen, empero no se hace como Dios quiere, porque *diligatis invicem, sicut ego dilexi vos*, dijo Su Majestad [33]. Será, pues, bien ver algo de cómo él nos amó, por que así sepamos cómo quiere que amemos.

§ 3.º Amónos este soberano Señor encaminándonos a su muy alto amor. Amónos induciéndonos a los sinsabores deste mundo, y nunca dándonos suelta para los vanos placeres dél, salvo cuanto fuere menester para común mantenimiento. Amónos muriendo por darnos virtudes y gloria; y desta manera de amar fué el más amoroso del mundo, pero muy enemigo de todos los vanos amores que los amigos de ahora se tienen y muestran, porque son muy pulvorizadores, y plega a Dios que no enlodadores de la voluntad, criada para templo de Dios. Creed que si no enlodaran el alma, no dijera el Hijo de Dios: *El que no aborrece padre y madre y hermanos, no puede ser mi discípulo.*

Debemos, pues, amarnos unos a otros desta manera que nuestro sagrado Maestro nos enseña, despidiendo todas las otras vanidades que con el amor se suelen mezclar, de las cuales una que más toca a personas espirituales veamos aquí.

§ 4.º Ofrécese una persona virtuosa en el alma, y con ello graciosa en la conversación y presencia corporal; aficiónanse a semejantes personas algunos espirituales, y en tanto grado, que casi les tiene preso el corazón a serles muy penoso dejar de verle y hablarle y no conocer del amor recíproco. Este es un vano amor, de donde ha venido a algunos trabajar mucho y aprovechar y servir poco; pero será bien mostrar su vanidad en manera que se vea bien claro, y sea por esta comparación.

Tenéis un amigo; este vuestro amigo tiene un siervo; tiéneos el amor deste siervo de vuestro amigo tan preso el corazón, que holgáis mucho más de su conversación y de su habla que de la del amigo. Si dijérades que el amor que tenéis a aquel siervo le tenéis por amor de vuestro amigo, ¿quién no burlaría? Porque, puesto que pueda ser que le comenzáredes a amar por siervo de vuestro amigo, pero pues el amor creció tanto que os deleitáis más con el siervo que con el amigo, claro es que ya no le amáis por el amigo, pero porque su conversación os es sabrosa. Pues cierto es tan para burlar decir que sea por Dios el amor que arriba se dijo, aunque por ventura tenga parte

[33] Ioan. 13, 34.

de amor espiritual. Y el verdadero devoto no debe contentarse con dar a Dios parte, pero el todo; en manera que todo el afecto se emplee en Dios o en algo que del todo se enderece a él.

Despídase, pues, todo lo vano de aquel amor, pues que cierto no es ordenable en Dios lo que con más afición se ama en la criatura que en el Señor y Criador. Debe ser nuestro amor con todos con tanta afición cuanta puede nacer de la afición que a Dios tenemos, despidiendo todas las otras aficiones, por que se dé lugar a la que a Dios debemos. Y para despedir esto, aprovechará mucho lo que se contiene en el capítulo nono, en el párrafo segundo y en el notable sexto.

§ 5.º Visto, pues, ya algo de la manera de nuestro amor, y cómo se debe despedir lo no tal, pareció bien poner aquí un ejemplo que nos declare esta manera de amar; para lo cual cumple traer a la memoria aquel buen hijo de cuyo amor con su padre se dijo en el párrafo cuarto del precedente capítulo, donde a semejanza de aquél vimos cómo habíamos de amar a nuestro muy alto Padre; y así ahora veamos cómo a semejanza suya debemos amar a los criados de nuestro Padre, que son cuantos hay en el mundo, amigos y enemigos, y póngase la semejanza que sirva para los enemigos.

Pongamos que aquel padre, tan amado de su hijo y tan sin esperanza de provecho, tiene un mozo que quiere mucho; y como para sí no tiene mantenimiento, sino lo que su hijo le da, menos tiene para el mozo. Este mozo es enojoso y no nada provechoso a aquel buen hijo, y si en su querer estuviese despedirle, lo haría; pero por hacer placer y no dar pena a su padre, sin otro respecto, mantiénelo en su casa como a uno de sus hijos o criados que mucho ama, y así le habla y trata; y si se quisiese despedir, pesarle había, y le rogaría que no se fuese, por que a su padre no pesase de su ausencia.

Deste amor saquemos una excelencia, y es que nace puramente del amor del padre. Y tal debe ser el amor que a nuestros prójimos tenemos; esto es, que considerando que son tan queridos de Dios que muriese por ellos, siendo todos sus enemigos, los amemos tanto a todos en todo lo bueno y que han menester para el cuerpo y alma cuanto solemos amar a los que mucho nos contentan, y esto aunque nos sea su conversación enojosa y desabrida; en manera que así les hablemos y así los proveamos de cuanto han menester, cómo muy queridos de aquel Padre y Señor que los quiere y lo manda.

Y debemos hacer todo esto con la más esforzada y ferviente voluntad que pudiéremos, porque es cosa que a

Dios agrada y quiere que hagamos, y tiene voluntad infinita que lo hagamos así.

Miren en especial los que desean aplacer a Dios que cualquiera que nos injuria nos da grande ocasión para crecer en su servicio; pues juntándose esta ocasión de gran bien que nos viene con el mandamiento de Dios que lo quiere, ¿qué excusa tenemos para no amar con entrañas encendidas a quien mal nos tratare, y en especial considerando que aun Dios se servirá de aquél en tan alta manera, como ha hecho de otros pecadores? No se debe tener por buen siervo el que no se goza en las afrentas que por su señor se le ofrecen.

Téngase, pues, por dichoso el siervo de Dios cuando, siendo combatido de injurias y males, la sola gana de servirle hace estar tan firme, que no ama menos al que su desconcertado apetito le haría aborrescer que al que por abundantes beneficios es forzado de amar. Es, empero, de notar que, aunque el amor a todos deba ser igual, débese primero con afecto y buenas obras al virtuoso y bienhechor.

CAPÍTULO III

Del amor de sí mismo

Del amor que cada uno debe tener a sí mismo, y pone tres cosas que el tal amor contiene; y pone también una regla general muy necesaria en cada punto de nuestra vida, de la cual, particularmente aplicada, se muestra cómo se debe amar quien de verdad se quiere amar, aplicando a esto las tres cosas sobredichas; donde también se declara la manera de alabar a Dios y del hacimiento de gracias; y después pone un ejemplo algo declarador deste amor, y, en fin, encomienda el gran provecho de que de bien leer esta breve *Arte* puede venir a todos.

Es cosa tan natural amarnos, que quien quisiere dar doctrina para ello debe hablar sin miedo de enojar, pues que nuestro apetito es tan crecido por el amor que nos tenemos, que aun enriquecidos de grandes cosas nos parecen pequeñas, porque aun para más nos amamos; y por esto el Hijo de Dios, nuestro gran Maestro, deseando que amásemos mucho a nuestros prójimos, como a gente por quien había puesto la vida, para encarecer con breves palabras cuánto quería que los amásemos, dijo: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum* [34].

[34] Matth. 19, 19; Lev. 19, 18.

Pero porque la ceguedad del pecado cundió tanto, hasta quitarnos el saber cómo habíamos de amar, será bien proveer algo según que el santo Evangelio provee. Y notaremos que aquel diremos que se ama que tuviere tres cosas: la una, que con todas sus fuerzas procure cualquier cosa de donde le pueda venir bien. La segunda, que huya todo lo que le puede dañar o hacer mal. La tercera, que, aunque por alcanzar el bien se le ofrezcan algunos trabajos, no deje de aventurarse y ponerse a ellos. Destas cosas, por estar muy tocadas arriba, solamente se dirá aquí algo más necesario para que nos sepamos amar.

§ 2.º Para lo primero, que es que el que se quisiere bien o se ama procure por cualquier cosa de dónde le puede venir algún bien, notaremos una regla cada rato muy necesaria para que lo bueno se haga muy bueno, y es que en cualquier cosa, otra vez digo universalmente que en cualquier cosa que deseáremos o tuviéremos, dos cosas se pueden considerar: lo uno es el bien que de la tal cosa se nos viene o puede venir; lo otro es que Dios es servido que el tal bien nos venga.

Debe, pues, quien se ama y desea grandes bienes tener en poco el bien que a sí mismo puede venir de todo cuanto desea o hace; quiero decir que lo tenga en poco, en cuanto bien suyo, en respecto de lo segundo, que es el servicio de Dios, y del cumplimiento de su santa voluntad, que de allí redunda; y para esto es menester el segundo notable.

Miremos que cada uno que se ama procura de mejorar todas las joyas y hacienda que tiene, si no es tal cual él querría; y así debe hacer el que se ama espiritualmente, ca Dios nuestro Señor nos dió una joya muy preciosa, con que nos podamos enriquecer cada rato, la cual se llama apetito natural.

Esta joya tenemos engastonada en cobre o en estaño tanto cuanto deseamos algo para nuestro bien o provecho propio. y nunca debemos descansar hasta que por la diestra del muy Alto se haga tal mudanza; que el apetito que bulle en nosotros, deseando algún provecho propio, ya no cure sino de cosas con que Dios huelgue; pues que, allende ser en esto lo que Dios quiere, aun a nosotros es más riqueza; pues que cuanto más olvidado tuviéremos nuestro provecho por acordarnos de la gloria de Dios, tanto más se acordará Dios de enriquecernos en todo bien.

¡Oh olvido de memoria perpetua! ¡Oh acuerdo de gloria eterna! ¡Oh amor precioso que de hombres hace dioses! Porque deste amor se ha de entender lo que San

Agustín dice: Si amas a Dios, Dios eres. *Ego dixi: dii estis* [35].

Y porque alcanzásemos tan alto amor de nosotros mismos, quiso nuestro Dios que nos aborreciésemos en aquello que los mundanos se suelen amar. Y esto quiere decir en el santo Evangelio, cuando dice que nos aborrezcamos, según está declarado arriba en el capítulo segundo de la segunda parte.

Sobre todo esté avisado el que se ama de verdad, que no se contente con el sabor que sentirá en los servicios que a Dios hace o en la gloria que espera; porque este sabor, aunque es bueno, como se dijo en el párrafo segundo del capítulo primero desta tercera parte, pero no le da Dios para que nos contentemos con él solo, pero para que con él vengamos a tomar sabor en la consideración del bien y gloria y señorío que Dios tiene, y para que con grande aliento le alabemos; ca no es otra cosa la hermosura y alabanza de Dios sino un gozarnos de contar al mundo todas las grandezas de nuestro Señor, como se escribe en el salterio y en toda la Santa Escritura y como se presenta en todas las cosas criadas.

De lo cual y de cada cosa que contáremos, y dijéremos, y oyéremos, debemos recibir un movimiento de gozo, cual lo reciben los del mundo de ver alabar a los que mucho aman o a sí mismos; y pues ellos se gozan vanamente de la alabanza que no les pertenece, debe el siervo de Dios derretirse de gozo en alabanza de aquel a quien el cielo y la tierra no bastan alabar.

También el que se amare de verdadero amor, cuando sintiere haber recibido alguna merced de Dios, debe con todas entrañas darle las gracias, no por ver a sí mismo más enriquecido, pero por verse con más fuerzas para que dél se pueda Dios más servir; como si un caballero se holgase de recibir alguna gran merced del rey porque con las mayores riquezas le podría hacer mayores servicios y placeres sin respecto de otras mercedes.

§ 3.º Y no es otra cosa hacer gracias a Dios (lo cual algunos no saben), sino un acto interior del alma, con el cual, reconociendo a Dios por Señor infinito de quien todo bien mana, se goza el que recibe el beneficio de toda la gloria de Dios y de verse más hábil por el tal beneficio para más amar y servir.

Y extendiendo más lo sobredicho, por ser gran cosa, notaremos que con el conocimiento y gozo que se acaba de decir debemos en cada merced que recibimos ofrecer a Dios todo cuanto somos, deshaciéndonos en la voluntad

[35] Ps. 81, 6.

de nosotros mismos, para que del todo nos empleemos en cuerpo y en ánima en su servicio, produciendo a la sazón grandes actos, con que nos gocemos del gran poder y bondad de Dios, de quien nos vino la merced por la cual al presente le hacemos gracias.

Y por que mejor entendamos lo que se acaba de decir que nos debemos deshacer, quiero decir, que pues podemos siempre crecer en el deshacimiento de nosotros mismos o de nuestro propio amor, que debemos, cada vez que quisiéremos agradecer a Dios sus beneficios, deshacernos muy en especial, para mejor darnos del todo a Su Majestad.

Y debe el siervo de Dios estar muy en especial sobre aviso para que cada vez que agradeciere al Señor alguna merced recibida, que aquel movimiento de la voluntad con que huelga de la merced recibida sea, como arriba se tocó, actualmente por el bien que de allí le viene para más amar y servir a Dios, apartando de sí la consideración del bien que de allí conoce venir para sí mismo, porque así se apodere más en el solo amor de Dios y vayan las gracias más graciosas. Y cumple abrir los ojos, porque alguna vez se hará con algunas faltas y pensaremos que queda muy hecho.

Todo lo sobredicho tiene fundamento en lo que los teólogos y filósofos dicen, y es que el que quiere ser agradecido debe hacer por el bienhechor otra cosa que valga tanto o más que la que dél recibió. Y pues que de Dios recibimos todos los bienes, y cuanto podemos hacer por su servicio es poco en respecto del menor de sus beneficios, debemos a lo menos agradecérselos, según que está dicho, y con cuanto esfuerzo pudiéremos.

Con este mismo movimiento del entendimiento y voluntad, y con todos los aparejos ya dichos de nuestro propio deshacimiento, debemos cada día dar muy en especial gracias a Dios, que tanta merced nos hizo en tener Su Majestad tanto bien como tiene para sí mismo, y debemos hacer las mismas gracias y de la misma manera otra vez cada día por las mercedes hechas a la Virgen nuestra Señora; esto es, que, considerando sus grandes bienes y gloria, lo agradezcamos a Dios con el movimiento sobredicho, como mercedes hechas a Señora que tanto amamos y a quien tanto debemos.

De la misma manera debemos agradecer a Dios en especial y singularmente, a lo menos una vez cada día, las mercedes hechas a todos los bienaventurados de la corte del cielo, y más en particular la gloria dada a aquellos santos a quien por su grandeza y nuestra devoción somos convidados a honrar en especial, así como son San Juan

Bautista y San Juan Evangelista, San Pedro y San Pablo, y nuestro Padre San Francisco, y el ángel que nos guarda, etcétera. Dando singulares gracias, según es dicho, por cada bienaventurado de los nombrados, que cada uno por bien tuviere.

Debemos aún considerar las mercedes que del Señor reciben cuantos viven en este mundo, y en especial las hechas a los que mal nos tratan, y gozándonos de todo, dar singulares gracias por ello a nuestro gran Dios poderoso, de quien todo bien viene.

¡Oh cuán de verdad se ama el que siempre se ocupa en el sobredicho hacimiento de gracias! Pues que tomando por suyo el bien de todas las cosas, hace crecer su bien propio en inestimable manera, allende de que hace suyo todo lo ajeno; y tanto más crece, cuanto más por solo amor de Dios huelga y lo agradece todo sin respecto del tal crecimiento. Y en estas palabras postreras consiste lo más alto que se requiere para graciosamente dar gracias a Dios.

Cumple, para acertar en hacerlo así, que estemos muy acostumbrados a hacer todas las cosas, según se contiene arriba por todo el segundo notable.

§ 4.º Lo segundo que debe tener el que se ama, es huir todo mal y daño; y no plega a Dios que piense el que bien se ama que hay otra cosa dañosa sino el pecado o la ocasión dél.

§ 5.º Lo tercero, que se ponga a todo trabajo que para alcanzar esto se le ofreciere. Esto quiere decir que se ejercite muy enteramente en lo que se contiene arriba, en especial en la segunda parte, en el capítulo segundo y en el capítulo octavo y noveno.

Y allende de lo allí contenido, pareció bien poner aquí, a manera de ejemplo, una cosa algo penosa que muchas veces se ofrece, la cual es mucho menester para alcanzar este verdadero amor.

Cada día nos acaece hacer o decir alguna cosa de donde nos parece que quedamos corridos y que nos ternán en poco los que lo oyeron o vieron, siquiera sea por alguna falta natural, como haber mal predicado, o mal hablado, o contado, u otra cualquier cosa, siquiera sea por algún desenfrenamiento de costumbres, como destemplanza de la mesura del rostro y de palabras airadas, etc.

El que verdaderamente se ama debe considerar dos cosas en cada uno de los tales acaecimientos. Lo primero es la confusión que del tal caso se le ofrece. Lo segundo, el mal ejemplo que por ventura los otros tomarán.

Cuanto a lo primero, que es su confusión, notaremos que comúnmente, en tal caso, es refugio que todos tienen

consolarse a sí mismos, animando aquel hecho o dicho, considerando que por ventura no lo miraron tanto cuanto él piensa, o, si lo miraron, que cada rato caen los otros en semejantes defectos, o que ya lo ternán olvidado.

Esto hacen los que flacamente se aman; pero los que de verdad se aman, hacen al revés; esto es, que con grande amor abrazan aquella confusión, considerando que los ternán en poco según la común costumbre del mundo; y que los ternán por de poca virtud y para no nada, lo cual todo es un vehemente acto de paciencia y humildad, de los cuales, como arriba es dicho, muy pocos bastan para engendrar excelentes hábitos, allende que en cada acto dellos enderezado en Dios hay gran servicio; y si estamos avisados, cada día se nos ofrecerá ocasión de obra o de pensamiento en que podamos hacer lo sobredicho, lo cual todo pierden muchos que se piensan ser devotos, por vivir sin arte y descuidados.

Y en cuánta estima debe tener cada uno destos actos el que de verdad se ama, nótelo el siervo de Dios para aquí y para todos los lugares donde arriba se habla destos actos de la voluntad, y hallarlo ha muy claro en el párrafo séptimo del capítulo primero desta tercera parte.

§ 6.º Lo otro y segundo que dije que se debía considerar en aquellos o semejantes casos que traen confusión, es algún mal ejemplo que los otros pueden recibir. Y cuanto a esta consideración, debe el siervo de Dios producir luego acto de dolor, porque por ventura fué ocasión de mal o de menos servicio de Dios; y así de uno y de otro habrá ganancia el que se sabe amar.

Este que todas estas cosas tuviere, digo que se ama; porque poniendo todo su amor en Dios y quitándole de sí y de todas las otras cosas, por estar más capaz para sólo Dios, vivirá muy más contento en esta vida y con más alta gloria en el cielo, aunque él no lo debe hacer, salvo por sólo este Señor, cuyos somos más que nuestros, y a quien debemos más que a nosotros, y quien tiene más cuidado de lo que nos cumple que nosotros, y quien trabajó más por darnos la vida que nosotros por haberla.

§ 7.º Concluyendo ya, pues, nuestra obra, y encerrándola en dos puntos esenciales, bienaventurado quien todos sus movimientos y obras obrare por sólo Dios, como está declarado, y bienaventurado quien asentase fuertemente en su alma la multiplicidad de actos que por todo este tratado se ponen. Los cuales el buen artista debe muy enteramente saber, y el gran siervo de Dios innumerables veces poner en obra; pues que no puede ser, otra vez digo, que no pueda ser muy estimado servicio sin que ac-

tualmente vaya asido con algún acto de la voluntad, según está en cada notable y capítulo derramado.

Lean, pues, todos esta breve *Arte;* léanla los que la saben, por que con más ligereza se acuerden cómo se quiere servir el muy Alto. Léanla los que no la saben, por que alcancen tan alta esciencia; pues cierto verá muy claro quien bien sintiere que en un año hará mucho más y mayores servicios de los que son preciosos delante Dios quien se diere a ella, por la grande ayuda que recibirá de sus avisos, que no en diez años no ayudándose della o de otra semejante, si Dios nuestro Señor se la diere.

Pruébase esto de la grande necesidad que todos confiesan haber en el mundo de libros y santas palabras que nos doctrinen, pues que por esto se escribió el santo Evangelio y cuanto bueno hay. Y en esta breve *Arte* se pone muy en especial la manera de muy altamente poner en obra todo lo allí escrito.

Pruébalo también la confesión de muchos, que pensando tener harto amor de Dios según su flaqueza humana, y que le servían según su voluntad, y leyendo esto, afirmaban casi nunca haberle servido y servirle ahora más en un día que antes en diez; y manifestarlo ha más la experiencia de los que, leyendo muchas veces, quisieren obrar como aquí se dice; esto es, que obren y siempre obren a gloria y alabanza de aquel gran Dios poderoso, cuyas grandezas y bien soberano con todo corazón y entrañas alaben todas las criaturas para siempre jamás. Amén.

ESPEJO DE ILUSTRES PERSONAS

COMPUESTO POR FR. ALONSO DE MADRID, DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO. AGORA NUEVAMENTE IMPRESO. 1526.

COMIENZA EL PRÓLOGO

El apóstol San Pablo, vaso escogido del muy alto Dios para poner en él riquezas e doctrina para todo el mundo, manifestaba algunas veces las faltas que en sí hallaba de parte de la miserable condición humana; y esto hacía con su verdadera humildad, por que no nos espantásemos nosotros cuando hallásemos estas faltas cada uno en sí mismo; pero procurásemos haber remedio de la mano real del dador de todos los bienes, ayudándonos a ello con todas nuestras fuerzas y con las de cuantos pensásemos podernos ayudar a haber el tal remedio. Y entre las otras cosas que este glorioso apóstol nos manifiesta, es una que escribió a los Romanos, donde dice: *Nam velle adiacet mihi; perficere autem bonum, non invenio* [1]. En lo cual quiere decir: Cierto: yo tengo voluntad para mucho bien, pero no hallo que hago tanto bien como querría.

Esto mismo, ilustre señora, aunque por otras palabras, me acuerdo haberme dicho vuestra señoría con gran deseo de remedio y con gran congoja de sentir dificultad en hallarle, diciendo que esta vida no parece vida, pues que tan falta es de todo bien; y que es gran poquedad no buscar vida que sea vida como es la espiritual, con que Dios nuestro Señor se sirve.

Y pidióme vuestra señoría, además, que escribiese alguna breve manera cómo pudiese concertar la vida con la buena voluntad que por la merced de Dios nuestro Se-

[1] Rom. 7, 18.

ñor tenía para servir a su soberana Majestad. E parecióme tan buena demanda, que quise para cumplirla atreverme a escribir esta obrecita, queriendo más confiar, para la hacer, de la gran bondad del dador de todos los bienes, que espero que me alumbrará, que no dejar de obedecer al mandamiento de vuestra señoría, pues que tanta obligación tengo a ello, aunque me pudiera excusar por las muchas faltas que para ello tengo. Y porque, como el mismo San Pablo nos enseña, la doctrina espiritual se debe dar según la condición de cada uno, así como el mantenimiento corporal, donde se muestra que el que quiere dar alguna doctrina espiritual debe considerar las condiciones de aquellos con quien habla.

Acuerdo por esto, pues que en especial enderezco la obra a vuestra señoría, comenzarla tomando casi por fundamento la obligación singular que las personas de grande estado tienen, más que todos, de servir a Dios e de buscar e seguir la vida espiritual, pues que el generoso corazón e magnanimidad que les pertenece más que a otro les convida a ello.

Lo cual mostrando en los tres capítulos primeros, escribirse ha en lo de adelante lo que al mundo todo, e más a esas grandes personas, pertenece para bien vivir. Lo cual todo comenzado a gloria de nuestro gran Señor y de su bendita Madre e para especial edificación de vuestra señoría, podráse intitular la presente obra *Espejo de ilustres personas*. Nombre de espejo le pertenece, para que quien en él se mirare verá bien claramente la fealdad de su rostro espiritual, e podrále hermosear con lo que allí conocerá. Y aun le pertenece también el sobrenombre de ilustres personas, porque la vida dellos debe ser más espejada que la de los otros; y por consiguiente les pertenece más tener siempre semejante espejo delante sus ojos, en que puedan de continuo ver a sí mismos y a cuantos tienen presentes, y a su mandar, cómo y en qué deben servir los unos e los otros al muy Alto; porque, como luego al principio se declarará, a ellos más que a otros pertenece servir a Dios e convidar a sus vasallos a ello; y es justo que ellos tengan tal concierto en su vida, cual deben procurar de continuo por palabra y ejemplo para los suyos. De lo cual todo se escribirá algo en el presente tratado.

CAPÍTULO I

DE LA MAGNANIMIDAD QUE EN ESPECIAL DEBE CONVIDAR A SERVIR A DIOS A LOS QUE SON DE GRANDE ESTADO EN ESTE MUNDO

Como seamos todos criados para poseer el reino de gloria perpetua, e por consiguiente tengamos todos igual obligación a las virtudes que son camino deste reinar, muchas cosas, empero, hay que obligan más a unos que a otros a esa virtud, y en especial parece obligar mucho a ella la mayor inclinación que unos más que otros suelen tener al bien; porque la dificultad, que suele excusar algo la falta de virtud en los no bien inclinados, muestra ser muy más culpados los que tienen buena inclinación si no tienen virtud, e por consiguiente se muestra ser mayor su obligación a ella.

Entre las virtudes, hay una muy generosa e realenga y a la cual parece tener más inclinación las grandes personas deste mundo, la cual se llama magnanimidad; a la cual pertenece desdeñar e no abatirse a cosas pequeñas, e acometer e procurar las muy grandes, como son grandes e verdaderas honras; de donde se sigue manifiestamente que, pues no hay en el mundo más abatida cosa que el vicio ni de más excelencia e grandeza que la virtud, que sería muy culpable cosa en las tales personas dejarse vencer de algún vicio e apartarse de la vida más noble de toda virtud.

Es, empero, de notar que la inclinación a esta virtud de la magnanimidad está tan estragada en este mundo mediante la ceguedad humana, que puesto que muchos sean naturalmente magnánimos, pero como tienen en mucho las prosperidades y honras deste mundo, y dan a olvido la muy más alta honra de la virtud e la valentía grande que consiste en forzarse el hombre a sí mismo, e olvidan también lo muy más alto que en el cielo está aparejado a los que acá se dan a la vida espiritual y ocupan su corazón e fuerzas en procurar aquello muy bajo deste mundo, como cosas que por su ceguedad tienen en mucho, e casi no curan de aquello en que principalmente está toda grandeza, y toman para favor de su desvariado contentamiento decir que así lo usan los mayores del mundo, y que lo otro se tiene por poquedad; e no miran que

burlan dellos los bien sentidos del mundo e los muy altos príncipes del paraíso con todos sus cortesanos; de los cuales el menor tiene más aparato de pompa real que toda la corte imperial del aldeaniego e lodoso mundo que los engaña.

Muéstrase de lo sobredicho andar muy abatidos según verdad los grandes deste mundo si no emplean todas sus fuerzas en la vida espiritual del servicio de su muy alto Rey, de quien han de alcanzar las muy altas mercedes de que sus corazones andan tan sedientos.

Y muéstrase también que tienen más obligación a esta virtud de la magnanimidad y a todo lo que della nace; e por consiguiente, se puede bien decir que por esta obligación e gran corazón les pertenece más toda doctrina que toque en la vida espiritual que a otros, cuyos corazones por su pequeñez no se levantan a desear e procurar tan grandes cosas. Por cierto, si se ternía por cosa de gran poquedad que un gran señor se ocupase en coger del suelo unos pocos de confites que se cayeron del plato, muy más apocada cosa es tener puesto su corazón en los vanos dulzores de los deleites y prosperidades deste mundo; pues es muy cierto seguirse dello olvido e aun pérdida de la muy alta honra e gloria para que les fué dada la grandeza de corazón que tienen.

De todo lo sobredicho dió muy claro ejemplo a todos los caballeros el generoso e muy claro Rey de toda la caballería celestial e terrenal, Jesucristo, Señor nuestro, cuya real persona se puso a mil afrentas por la grandeza del cielo, y despreció con muy gran desdén los reinos del mundo, cuando se los quisieron dar e siempre.

Por cierto no sé cómo se llame ilustre persona y caballero el que gasta la vida buscando las grandes honras de acá, pues que ve morir a su Rey por librarle del amor vano de las honras mundanales y llevarle a las celestiales; ni sé cómo se osa contar entre grandes el que abate su corazón a cosas tan bajas, como según verdad sean muy ajenas cualesquier poquedades de personas grandes.

Este ánimo grande debría en especial hacer a los nobles nunca pecar, pues que el pecado es la mayor de las vilezas, por ser contra la lealtad que a Dios debemos. Por cierto ninguna lengua ni mano ajena tanto nos puede mancillar con sus injurias cuanto la culpa que cada día nosotros mismos cometemos nos afea delante de Dios, a quien siempre tenemos presente.

Este mismo ánimo les debría hacer no sentir cualquier adversidad y de cualquier mano que fuese, pues que no puede más lastimar a quien seso tiene de cuanto lo quisiere estimar. Y el verdadero e magnánimo estimador no

reputa por grande mal, salvo lo que toca en el ánima; porque todo lo demás, después de tenerlo, se debe olvidar; y después de perdido, no nos debe dar más sentimiento que lo que por su poquedad merece ser olvidado.

A todo lo sobredicho deben los grandes convidar por todas las vías que pudieren a sus vasallos; y esto por muchas razones. Lo uno, porque así lo hizo el muy alto Rey e Señor de grandes y pequeños. Lo segundo, porque para esto principalmente les es dado el principado e señorío que tienen en la tierra, pues que a esto se endereza todo buen regimiento mandado de Dios, al cual ellos son obligados. Lo tercero, porque a grandes personas grande y noble compañía pertenece; e la mayor de las noblezas es la virtud e bien vivir; lo cual cierto ningún predicador puede plantar con tanta ligereza en la tierra cuanto podrían los que la señorean si mirasen e hiciesen lo sobredicho; y contra los que no lo hacen dice San Pablo que son *infieles y peores que infieles* [2].

CAPÍTULO II

Que declara algo en especial la ventaja grande que hay de la vida espiritual a la corporal, lo cual necesita á los grandes servir mucho a Dios

Por que más claramente vean los grandes su engaño, será bien notar que la vida espiritual o del alma es tanto más amable que la corporal cuanto es más amable el mundo todo con sus riquezas que un cesto de lodo; lo cual nos enseña muy bien nuestro muy alto Dios, el cual, siendo Señor de tan inmenso poder, vivió vida llena de mil muertes, y en cabo murió una muerte llena de mil dolores, por enseñarnos a vivir esta vida espiritual y tener en poco la corporal.

E por cierto, si no mostrase otra cosa la ventaja de la vida espiritual sobre la corporal, sino la experiencia que todos tenemos de sentir mayor gozo en el alma cuando acabamos de estar en todas las fiestas del mundo, esto sólo bastaría. Porque pregunto: Si llorar los pecados, que es la primera e menor de las verdaderas obras del que sabe vivir, a Dios da tanto gozo e se tiene por tan noble,

[2] I Tim. 5, 8.

¿qué será del que creciendo en la tal vida, e subiendo con el alma a ocuparse en las obras del cielo (lo cual se hace con santos pensamientos), viniere a probar, aun desde la tierra, la grandeza de gloria que habrá en la corte donde no puede haber lágrima ni dolor?

Por cierto no sabrá responder a esta pregunta quien no lo hubiere probado. Ni aun el que la hubiera probado terná palabras con lo que decir: ¡Oh, pues, ilustres señores del mundo!, pídoos, por reverencia de Dios e por el gran trastornamiento que traéis en la gloria vana, que me digáis si creéis ser verdadera esta diferencia entre estas dos vidas. E pues diréis que sí, conoced cuán grande es la culpa que tenéis en abatir vuestros elevados corazones a vida tan baja, apartándoos de vida tan sublimada; e conociéndolo, sentíos confusos de vuestro abatimiento, e corran lágrimas de vuestros ojos por haber desamparado vuestro Rey, pues que por esto siempre e por otra afrenta nunca deben correr lágrimas de los ojos magnánimos. Pídoos también por reverencia de Dios que miréis cuánta poquedad será leer esto e no sentirlo, y cuán mayor sentido y olvidarlo; y pues así es, recibid esta obra con amor y tenedla por espejo continuo delante vuestros ojos; pues que, haciéndolo, veréis muy claro la fealdad de vuestra vida pasada y la podréis hermosear y engrandecer como pertenece a la muy alta Majestad del gran Señor a quien debéis servir.

CAPÍTULO III

Que los servicios que los grandes reciben de los suyos los convidan a siempre servir a Dios

Aquel gran Dios poderoso, que ninguna cosa hace o permite de que no podamos sacar grandes bienes, dispuso, para favor de los grandes de la tierra, que, pues la obligación que a cumplir con muchos e con muchas cosas tienen les podría ser algún embarazo para la vida espiritual, que toviesen también siempre presente algo que les convidase e ayudase a bien vivir; porque cierto pienso que no hay en el mundo quien así traiga siempre delante sus ojos la imagen o sombra del verdadero servir a Dios como esos que son muy servidos en el mundo.

Porque, si bien miramos, pregunto: El polido e muy continuo servicio que en los grandes de la tierra se hace;

la presta e reverencial obediencia con que son obedecidos de sus criados; el rostro conforme a su gozo e tristeza que se les muestra de todos; el ofrecer de vida e hacienda que cada día se hace por ellos, con otros mil servicios que cada hora reciben con hartos trabajos de los serviciales, ¿qué es sino una sombra de cómo se debe servir el gran Señor de los señores e soberano Emperador de cuantos mandan? Podemos por cierto decir que de cuantos servicios se hacen a los grandes deste mundo, el mayor es un casi decirles por señas de contino aquellos que le sirven: Mira, hombre grande en respecto nuestro, aunque muy pequeño en comparación del eterno Dios, que con nuestro humilde servir te convidamos a servir con grandes fuerzas e limpieza e lealtad a quien sin comparación tienes más obligación que nosotros a ti.

Cierto pienso que se puede con gran verdad decir que, pues el grande estado de la tierra trae consigo presente la imagen del verdadero servir, según es dicho, y en qué consiste la verdadera vida espiritual, que es muy mayor la ayuda que reciben los grandes con la tal que desasosiego puede ser el que les acarrearen los cuidados de su gobernar.

E pues que así es, hablando ya de nuestro principal intento, será bien decir algo más en especial de lo que propuse escribir para poder alcanzar y tener esa vida espiritual.

CAPÍTULO IV

De la orden con que procede esta breve obra y de un sumario de lo que abajo se pone

Item, me pareció que pues las ilustres personas son dadas al mundo para ilustrar y hacer resplandecer en virtudes a los otros, cuyos señores son, que se debía formar de tal manera lo que aquí se pone para ser su doctrina que aproveche al mundo todo, a quien ellos, según es dicho, son obligados de doctrinar.

Y por eso llevaremos esta orden, que luego en los dos capítulos que se siguen se pornán tres cosas que a todos e más a las grandes personas deben convidar a servir a nuestro gran Dios; diciendo también cómo ese Señor es muy amigo de los servicios del ánima; y después, desde el capítulo siguiente, se porná en qué cosas le deben ser-

vir los días que no son festivales, poniendo todas las cosas que habemos de hacer desde la mañana hasta la noche, y el concierto que en ellas se ha de tener para que Dios se sirva en todo, así en lo espiritual como en lo corporal.

Y después, desde el capítulo 13, se escribirá en qué cosas servirán en los días de fiesta; pero que a los grandes como a mayores personas les pertenece servir de contino festivalmente; y debe notar el que de alguna doctrina, y en especial de la presente, se quisiere aprovechar, que no la debe tomar para leerle una vez y contentarse con lo que della le quedare esa vez; pero débela tomar como un devocionario en que va la vida e rezarlo o leerlo cada día muy despacio. Y en tanta manera cumple hacerlo así, que si para hacerlo fuere menester dejar otras oraciones e muchedumbre de Paternostres y Avemarías que solían rezar, si todo no lo pudiere hacer, será mejor gastar el tiempo en leer este librito muy despacio e con mucha atención e con deseo de obrar lo en él contenido, que no las dichas oraciones, porque Dios será dello más servido.

CAPÍTULO V

De tres cosas que a todos, y en especial a los más nobles del mundo, deben convidar a servir a Dios

Consideración primera.

La experiencia nos muestra que tres cosas nos mueven y hacen bien servir. La primera es la nobleza del que sirve. La segunda, la grandeza e bondad del servido. La tercera, la esperanza de grandes mercedes. Y estas tres, si bien las miramos, con otras muchas, nos harán nunca dejar de servir al muy Alto.

Dije primero que la nobleza del que sirve convida a bien servir; porque cierto la nobleza necesita al noble a hacer noblemente la obra que toma entre manos, e más tratando con muy grandes personas. Debemos, pues, para esto todos considerar quién y de cuánta nobleza somos, e hallaremos que cada uno de nosotros es de mayor excelencia que todos los cielos y el mundo todo, porque somos criados a imagen e semejanza de Dios, hijos suyos, cuando graciosamente le servimos, y después herederos de su reino para siempre. Esta nobleza, pues, debe mu-

cho convidar a bien servir a Dios, porque, allende de pertenecer al noble nobleza e lealtad para bien servir, ninguna cosa hay que tanto hace llegar a la muy alta y verdadera nobleza que los nobles desean cuanto servir al muy alto Dios, porque de puros hombres nos tornamos divinales o dioses, según dice la Escritura; e por consiguiente, hablando en el vulgar común, más que de sangre real.

En manera que si alguien nos incitase a ofender o dejar de servir a Dios, debemos decir como dijo Santa Agueda a un caballero mundano que la reprehendía porque quería servir a Cristo, pudiendo ella ser servida en el mundo; al cual ella, como deseosa de la verdadera libertad e señorío, respondió: Soberana e muy alta libertad e señorío es ser en todo siervo de Jesucristo. E dijo muy bien; pues que ellos solos vienen a ser reyes del cielo, como en el santo Evangelio se dice, e aun en la tierra son más que reyes terrenales, porque señoreando a sí mismos señorean todo lo demás. E todos los que a Cristo no sirven, allende de ser hechos hijos del demonio, serán para siempre esclavos en las cuevas infernales. Y cierto al que no convidase la nobleza a servir a Dios por lo primero, que es alcanzar la muy alta libertad e señorío, debría espantar el muy gran mal que se contiene en lo segundo, que es ser tornado hijo e vasallo del demonio; y por eso debría esforzarse a servir a Dios.

Segunda consideración.

Debemos, pues, segundamente considerar la grandeza e señorío y bondad del Señor para cuyo servicio somos nacidos; e hallaremos que es muy mayor sin comparación el señorío que él tiene sobre cada uno de nosotros e sobre todos los reyes e grandes e chicos del cielo e de la tierra, que el señorío que todos esos reyes e grandes tienen sobre un cesto de tierra; porque deste ellos no son señores verdaderos, e Dios es tan Señor de todos ellos, que con menos que un soplo los puede a todos tornar en nada, e los hundirá en los infiernos para siempre si no le sirven; e si le sirven, los engrandecerá tanto en la otra vida, que conozcan ser otro cesto de tierra lo que acá tienen en respecto de las grandezas de que acullá gozarán.

No cumple alargar en la grandeza e señorío deste Señor; porque, aunque acabásemos, diríamos poco. E yo, que escribí esto, entiendo abreviar por que mejor quede en la memoria lo que se dijere. Justa cosa es, pues, servir a Señor de tanta grandeza, delante de quien tan pequeños son todos, según hemos visto.

No menos, por cierto, nos convidará su bondad, en la cual debríamos dar mil vueltas todos los momentos de nuestra vida. Por cierto, entre los bajos hombres de la tierra, por gran bondad se ternía que un rey o un señor dellos los convidase con amor e mercedes, podiéndose vengar dellos por haberle sido traidores; pero aún más bondad sería si por los tales traidores se pusiese a perder la vida y a muchos trabajos; pero sin comparación se muestra más esta bondad en nuestro gran Señor, pues que, siendo de tanta majestad e tan sin necesidad de todos, quiso, por dar la vida a quien tan merecida tenía la muerte, sofrir vida de tantos trabajos hasta perderla con muy ásperos tormentos, e vivió e murió pobre por enriquecer de vida más alta e riquezas perpetuas a los que tan desconocidos e traidores habíamos sido.

Este gran Dios con su bondad infinita, allende de las sobredichas mercedes, manda que sus ángeles nos sirvan de contino; e manda que los cielos e la tierra nunca paren un momento de entender en nuestro servicio; e aun allende de todo esto, para mucho más mostrar su excelente bondad e amor, quiso estarse siempre en nuestra compañía en el santo sacramento. Mil maneras procura para que crezcamos en bienes verdaderos, e nunca consiente que venga trabajo a quien le sirve, sino con condición que de allí le nazca mucho bien; e mil millones de veces está más deseoso de nuestro bien que nosotros mismos; pero pregunto: ¿Qué no hará por nosotros el que murió con tanto trabajo por nuestro bien? Cierto, cuanto se puede decir parecerá poco al que esto con atención considerare.

Tercera consideración.

Dije también que para avivarnos a servir a este tan grande e tan buen Señor debemos lo tercero considerar las grandes mercedes que esperamos si le servimos; e pues que son tan grandes, como San Pablo dice, que no basta el mundo todo para decirlo ni aun para imaginarlo, bástenos al presente considerar que cierto serían muy más tristes nuevas si dijesen al más pequeñito que está en el paraíso que Dios le quería sacar de allá y hacerle rey de todo el mundo, que no si dijesen a un rey de los deste mundo que mañana había de perder su reino y morir alanceado por manos de sus vasallos.

Esto es tan gran verdad que no ha menester probarlo, e porque no dudará dello sino quien siente muy mal de toda verdad. Por cierto, aunque el que sirve a Dios no esperase estas mercedes tan altas del cielo, sino solamente

por la gozosa paz del corazón que tienen acá los que se dan a la verdadera virtud e menosprecio de las vanidades del mundo, e por ser libres de la triste e nunca contenta vida que tienen los viciosos, esto sólo debría bastar para emplear toda nuestra vida en servicio deste gran Dios, cuanto más esperando tan altas e tan aventajadas cosas como se dijo, aunque no hay quien pueda decirlo.

Pues quien considerando lo sobredicho no despertare e avivare para servir a Dios, crea cierto que tiene sueño de muerte; no, empero, deje de obrar hasta que despierte, porque cierto está muy presto el Señor para remediar nuestros males, si con humildad obráremos lo que en nosotros es. E al que no despertase con las sobredichas cosas, cumplirle ha mucho en especial para remediarse buscar algún secreto pecado, si por ventura tiene, del cual no hace caso. Y después de hallado, remediarle con verdadera enmienda; e cierto sentirá luego nueva salud e fuerzas para todo bien; e podráse llamar pecado secreto algún amor o desamor desordenado que está hincado en el alma, o cualquier dicho o hecho en agravio de honra o hacienda de otros, o de los pobres a quien pertenecen muchas rentas e haciendas, como las eclesiásticas e otras. E aun se llaman pecados secretos el distribuir de beneficios e oficios de comunidad, como regimientos e corregimientos e lo semejante, cuando lo tal se da a algunos porque han servido ellos a sus padres; lo cual es gran mal no lo mereciendo ellos o habiendo otros que lo merezcan más; en lo cual y en otras cosas pecan muchos e lo excusan con glosas no ciertas e maldades; e lo que peor es, pésales cuando les descubren la verdad; lo cual también se puede contar entre los dichos pecados secretos; e por estas e semejantes infidelidades nos desampara Dios, según es dicho; porque no solamente somos obligados a servir a Dios en algunas cosas de las que nos manda, pero en todas; e no solamente debemos querer saber lo que nos es placentero o no muy penoso en su servicio, mas aun lo que por nuestra soberbia e maldad nos fuere muy trabajoso; de lo cual con dificultad se pueden poner ejemplos particulares, sin mucho alargar, porque unos pecan en uno y otros en otro. E no pertenece alargarnos aquí, salvo cuanto se concluye que por los tales pecados con mucha razón son algunos desamparados del secreto socorro de Dios, e por consiguiente no son movidos de las tres cosas sobredichas a servir, según deben, al gran Señor de todas las cosas.

CAPITULO VI

Que pone en general en qué cosas debemos servir a Dios, y que los buenos pensamientos e deseos son los mayores servicios

Cuanto a la segunda cosa principal que en principio propuse decir en qué cosas serviremos a Dios, será bien notar para fundamento una doctrina de San Pablo, que dice que los servicios que a Dios se hacen con el alma, así como reverenciarle e amarle con el corazón e con buenos pensamientos y deseos, son de mayor estima que los corporales, así como ayunar e disciplinarse y otros trabajos; aunque quien hiciese lo del ánima y dejare lo corporal por negligencia, debría e podría creer que ni hace uno ni otro; pero nótase de allí que más debemos procurar en todo el tiempo que diputáremos para servir a Dios hacer algunos servicios con el ánima que con el cuerpo, aunque siempre debe acompañar uno a otro. Nunca, empero, los servicios corporales que la gloria manda se deben dejar so color de ser mayores los espirituales, porque esto sería contra la obediencia, la cual quiere Dios más que el sacrificio.

Esto habido por fundamento, notaremos que todos nuestros servicios se encierran en dos; esto es, en hacer bien e apartarnos del mal; y estos dos se encierran en uno, que es amor de Dios y del prójimo. E todo cuanto pensáremos e hiciéremos, de cualquier manera que sea, si va enderezado a estas cosas, es servicio de Dios, y si va contra ello, ya es malo; y en esto poquito se encierra todo cuanto está escrito para nuestra doctrina. Aunque para que mejor sepamos dar orden a lo que habemos de hacer, será bien notar e leer cada día los puntos que se siguen, en que se da forma para concertar las veinticuatro horas del día; según el cual concierto deben correr todos los días de nuestra vida, si queremos que nuestra vida sea vida e no muerte, e si queremos alcanzar la vida de gloria perpetua y escapar de la muerte, donde siempre mueren viviendo con mil millones de tristezas. Parescióme, empero, bien poner primero lo que cada día debe hacer el buen cristiano, y esto en los cinco capítulos siguientes.

CAPÍTULO VII

De la reverencia que a Dios nuestro Señor se debe hacer cada mañana

Es, pues, lo primero que por la mañana debemos hacer, antes que en otra cosa entendamos, una gran reverencia a Dios, las rodillas en tierra, pero muy mayor con el ánima estando así de rodillas, lo cual se hace desta manera: Levantemos el pensamiento, e acuérdesenos de lo arriba dicho del grandísimo y universal señorío de Dios, e miremos también cuán poquita cosa es cada uno en sí mismo delante tanta Majestad; e que aquello que somos lo tenemos de merced suya, como criaturas suyas; y estémonos en esta memoria e consideración lo que pudiéremos; e aunque no sea sino por espacio de un avemaría, es gran cosa, y cuanto más fuere, será mejor; y esforcémonos en gozarnos de aquel su gran señorío e gloria e riquezas todo cuanto pudiéremos, como de bien de Señor nuestro e de todos, e que tanto bien nos quiere e hizo y hará e hace de contino.

Y esto sobredicho se llama reverencia del ánima, porque le inclinamos la voluntad y entendimiento en la dicha consideración e gozo y memoria, que son las tres potencias del ánima; e miremos que aun entre los niños se tiene por malcriado el que no sabe bien hacer la reverencia a sus padres cuando se levante, según que pertenece a cada uno. La sobredicha reverencia pertenece a solo Dios; e si alguna vez quisiéramos hacer reverencia a los santos, hemos de considerar las muy altas mercedes que de Dios recibieron, e cómo están sublimados al presente en tan alta manera más que nosotros, gozándonos dello como de bien de señores e amigos a quien mucho amamos.

Pero, dejando agora esto e tornando a lo que cada día debemos hacer, notaremos que, hecha la dicha reverencia, debemos luego proponer dentro en el corazón que todo lo que hiciéremos ese día todo lo ofrecemos a la Majestad divinal, suplicándole con aquella misma humildad que nos dé gracia y ayuda para servirle con todo, porque sin él ninguna cosa podemos. Esto todo es obra del alma e no del cuerpo, según dije, e para todo lo sobredicho no ha menester otras palabras sino solamente el pensamiento y el deseo e la voluntad, ofrecido a Dios con el corazón, según es dicho; lo cual será muy ligero de hacer si miramos de corazón en ello.

CAPÍTULO VIII

De otras tres cosas que debemos hacer cada día

Hecha esta reverencia e humilde suplicación, será bien signarnos con la señal de la cruz, como quien quiere entrar en la batalla de las obras e congojas e pensamientos y deseos que se le han de ofrecer ese día, suplicando a Dios que por virtud de aquella cruz nos libre de todos nuestros enemigos, que son el demonio, el mundo y la carne ; e que con esta confianza en nombre del Padre e del Hijo y del Espíritu Santo, comencemos todas las cosas que ese día su Majestad quiere que hagamos ; las cuales, en suma, para cada día han de ser éstas después de lo ya dicho.

Primeramente oír misa muy devotamente, adorando con la reverencia arriba puesta a aquel gran Dios que está en la hostia y en el cáliz, después de las palabras sacerdotales.

Lo segundo, ocuparse en el oficio que a cada uno pertenece según su estado, trabajando de manos o de otra manera, según conviene. En el cual trabajo deben tener en costumbre todos de rato en rato, siquiera cada vez que diere el reloj, acordarnos de aquel gran Señor que quiere que nos ocupemos en aquella obra en que estamos, e suplicarle que se sirva de nosotros en ello ; porque este acordar e suplicar con el pensamiento es obra del ánima que, según dicho, es muy preciosa.

Lo tercero, nos debemos ocupar en el mantenimiento corporal, antes del cual y después siempre debemos bendecir a Dios, que nos provee, e suplicarle con el corazón que nos dé templanza, e que aproveche aquel temor para su servicio ; lo cual todo también es obra preciosa del alma ; en manera que, si queremos, *comiendo e bebiendo, e en cualquier otra obra honramos e servimos a Dios,* como nos amonesta San Pablo hacerlo [3] ; e por consiguiente, no cumple decir que en qué serviremos a Dios, pues que en cada cosa puede andar el ánima sirviendo, según es dicho, y sus servicios siempre son grandes, aunque estemos haciendo cosas bajas, como son comer e todo proveimiento corporal.

[3] I Cor. 10, 31; Col. 3, 17.

CAPÍTULO IX

CÓMO CADA UNO DEBE GOBERNAR SU FAMILIA, Y QUE EN ESTO DEBEN TODOS, Y MÁS LOS GRANDES, TENER GRAN CUIDADO, A EJEMPLO DEL GRAN SEÑOR DE TODAS LAS FAMILIAS, NUESTRO MUY ALTO DIOS

Otra y cuarta cosa en que aquel a quien perteneciere se debe ocupar cada día es en la gobernación de su familia; e queriendo decir desto, parecióme bien comenzar de un fundamento que todos los sabios gobernadores e regidores hallaron, e mostrólo por ejemplo nuestro gran gobernador de todo lo criado; y es que cada uno en su casa o tierra e señorío se esfuerce, aunque no sea de su condición, mostrar amoroso rostro y palabras dulces a los que tiene a su mandar; sea, empero, con amorosa graveza, porque la demasiada familiaridad no sea ocasión de atrevimiento.

Debe aún mirar el que gobierna que, aunque a unos quiera más que a otros e se lo muestre con palabras e obras, porque lo merecen más, pero que no sea con disfavor a otros, e que ninguno se sienta desdeñado o desfavorecido en su compañía, mas que sientan todos ser amados e bien tratados. Cierto, quien esto hiciere, con pequeña cosa será muy servido, e con pobre tierra será gran señor, e servirá con todo al muy alto Señor en las cosas que luego se siguen. Debe, pues, cualquier señor de su casa poner muy continua e cordial diligencia en saber cómo y en qué se ocupan los suyos, e si guardan los mandamientos de Dios nuestro Señor, y en especial si hay algunos que juran demasiadamente o blasfeman su santo nombre, e si oyen misa e se confiesan e comulgan.

E generalmente deben procurar de plantar en ellos vida virtuosa e destruir todos los vicios, a las veces con palabras y otras con castigo templado; porque el destemplado y con ira hizo mucho daño al castigado, como San Pablo dice; e aun el que así castiga queda por ventura con mayor culpa de propia pasión que la que quiere castigar en el culpado. E esto del templado castigo se debe guardar con todos, quier sean crecidos en edad, o hijos, o mozos de pocos años; y deben los señores decir a los de su casa, en manera que lo sientan ser muy de corazón, que han de tener por dicho que, si los quieren servir, que no sola-

mente han de mirar por lo que ellos mandan, pero muy más enteramente por lo que Dios manda; porque no es buen siervo el que no procura cuanto puede la honra de su Señor e todos cuantos servicios le puede acarrear.

E mucho más tiempo deben gastar en esto las grandes personas y que tienen vasallos; porque debrían examinar las leyes e costumbres que hay en su tierra, induciéndoles a guardar lo bueno con palabras amorosas, más de padres que de señores, e no consintiendo las malas; e también poniendo gran diligencia en saber cómo se tratan los que poco pueden. E cuando supieren que los pobres y desvalidos son injuriados y afrentados, deben proceder de tal modo que conozcan los que tienen cargo de justicia en su tierra que el mayor deservicio que pueden hacer a sus señores es hacer algún agravio o sinrazón a quien poco puede; lo cual se debría pesquisar de buenos hombres que hay en cada tierra, pero muy en secreto. E si se hallase alguna vez que por revelar los males a los señores eran maltratados los reveladores, sería muy justo ser bien castigados los que los maltratan.

E todo esto se debría decir a los que rigen, avisándoles los tales señores que han de mirar más por esto, por ser honra de Dios, que por cualquier provecho u honra propia; e oyendo esto los vasallos, serían provocados a mucho amor e a servir a Dios como a Señor de sus señores; por cuya contemplación son tan mirados e bien tratados dellos.

Sobre todo debrían los señores tener cuidado que las iglesias de su tierra estuviesen muy limpias e reparadas de ornamentos, cálices e corporales suficientes; e si no lo estuviesen, que lo dijesen a los clérigos con amor y en secreto. E puesto caso que esto pertenezca más a los obispos, pero ellos holgarían de ser ayudados en esto; y tanto más a los señores temporales será agradecido del Señor Dios que atiendan en lo sobredicho, cuanto menos les pertenece por oficio; cuanto más que todo aquello en que pueden ayudar a la honra de su Señor todo les pertenece por el señorío que de Su Majestad tienen cometido.

Estas cosas e otras muchas que se ofrecerán son grandes obras e servicios en que se debrían ocupar los grandes señores, y en que Dios nuestro Señor sería muy servido; e los otros grandes, provocados a lo mismo por el ejemplo de quien así lo hiciese, e toda su tierra sería santificada, y ellos habrían gran merescimiento de todos los bienes que unos y otros hiciesen.

Mirar deben los grandes que aquel gran Señor suyo y de todos se hizo pobre, y con mucho trabajo, porque los hombres alcanzasen las muy grandes riquezas del cielo; y

éstas hacen ellos perder a sus vasallos si los fatigan como tiranos, o si los consienten fatigar a oficiales tiranos, como según verdad sean, puestos por señores para morir por los suyos si fuere menester, como el muy alto Señor lo hizo por ellos e por todos. ¡Oh, ilustre vida la del ilustre varón que, considerando tener sus vasallos de manos del gran Rey universal, e que más principalmente los tiene para conservarlos en todo bien y virtud que para ser dellos pechado y servido, y considerando también que Dios los libró con sangre preciosa del tirano infernal para hacer dellos hijos e grandes señores en el cielo, después de haber sufrido en paciencia el vasallaje que en la tierra tienen, los trata a todos como a hermanos iguales que seremos, cuando de esta vida breve partiéremos, y como a personas para tan alto señorío diputadas!

Y cómo se deban tratar, arriba es dicho, e la ley de la hermandad lo declara, y al revés; por cierto no sé qué excusa tenga delante Dios el caballero que por cumplir sus vanos e perdidos deseos mundanos olvida de complir todo lo sobredicho con sus vasallos. Y no solamente no lo cumple, pero aun con su vida perdida les es mayor ocasión de perdición; y aun, lo que peor es, para darse más del todo a sus viciosas locuras, los despecha y agravia de mil maneras. Cierto; la vida deste tal, no vida, mas muerte, se debe llamar, pues que con los desasesados deleites del cuerpo tiene cautiva su alma triste, muerta y llagada con mil vilezas; y pues que, habiendo gozado de los breves placeres que tan presto pasan, será privado del señorío que en la tierra tiene, y desheredado del gran señorío del cielo, que sus vasallos alcanzarán, y hecho vasallo perpetuo de los demonios, donde lo pagará todo, cierto es bien justo que sea para siempre vasallo, e con dolor, el que habiendo recibido gran señorío para engrandecer a sí e a otros usó dello contra la voluntad y mandado del gran Señor que se lo dió.

CAPITULO X

QUE HAY GRANDES RIQUEZAS EN LOS BUENOS PENSAMIENTOS E GRAN MAL EN LOS MALOS

Lo quinto que se debe considerar y en que nos debemos ocupar en el proceso de nuestra vida es en recoger e detenernos en los buenos pensamientos y deseos que se

nos ofrecieren, y en los procurar con diligencia cuando no se ofrecen, y en apartar y echar con mucho aborrecimiento los malos deseos o vanos que cada rato vienen; porque en cada cosa destas haremos gran servicio a Dios, porque son grandes cosas del alma, aunque por nuestra ceguedad las tenemos en poco, como, según verdad, un mal deseo a que damos lugar es digno de muerte eterna, y otro bueno es merecedor de gloria que nunca se acaba. Buenos pensamientos llamaremos todo lo aquí escrito y en otros libros; e malos pensamientos todas las cosas de pecados, como los vicios y pompas deste mundo.

CAPÍTULO XI

QUE SE PUEDE TOMAR ALGUNA HONESTA RECREACIÓN PARA ALIVIO DE LOS TRABAJOS DE NUESTRA CORPORAL FLAQUEZA

Los filósofos alaban y los teólogos no tachan algunos pasatiempos placenteros según la edad y condición de cada uno. Es, empero, de notar que en los semejantes placeres debe la persona ir con mucho tiento, porque se ofrece en ellos gran despeñadero si nos ocupamos mucho en ellos, si los tomamos muy a pechos. Deben, pues, tomarse honestamente cuanto a la obra; porque antes debemos morir que hacer cosa viciosa, por grande necesidad que tengamos de recreación; y aun se deben también tomar templadamente, en manera que sirvan más de desenojar que no de principal pasatiempo.

Débense, por conclusión, tomar como cosas que en sí son de muy poco valor: pero por que no desfallezca este miserable cuerpo, que lo ha menester como el dormir e comer y otras semejantes miserias y corporales placeres. Y los que tienen hijos les debrían avisar de lo sobredicho, so pena de ser enemigos y no padres.

Los ejercicios de recreación que se hacen con daño de otros, como algunos linajes de cazas, deben ser contados viciosos y tomar otros honestos; y no se sufre la excusa de los que dicen ser muy inclinados a la caza o semejante cosa, porque por esto somos sujetos a las leyes del Altísimo, por que no hagamos lo que queremos, mas lo que debemos. Y desta sujeción debemos nosotros estar muy alegres y gozosos, porque gloriosa cosa es tener tan alto Señor e servirle, pues que tan altas mercedes esperamos de su Majestad.

CAPÍTULO XII

DE LA CONCLUSIÓN QUE DEBEMOS DAR A CADA UNO DE LOS DÍAS, Y QUÉ COMIENZO A LA NOCHE, EN QUE HABEMOS DE REPOSAR

Lo otro en que nuestra vida se ha de gastar es en algún sueño, el cual no se debe tomar por vicio, mas para recibir esfuerzo el cuerpo para servir a Dios nuestro Señor. E será bien notar, para que mejor esto hagamos, que venida la noche, después de los otros oficios o cosas que en ella se suelen hacer de cada uno, es muy justo que para el tiempo del dormir nos ocupemos antes, siquiera por un cuarto o medio de hora, en un ejercicio muy necesario para remediar los males y pecados en que por ese día hobiéremos caído; e para que nuestro sueño sea en paz del Señor, como hacía el salmista [4], porque durmiendo y velando siempre le sirvamos; pues que en un tiempo y en otro siempre Su Majestad está mirando lo que nos cumple, defendiéndonos de mil males y del demonio.

Es, pues, lo que el dicho cuarto de hora debemos hacer una consideración de las culpas que por todo ese día hemos hecho; antes de lo cual debemos hacer a Dios nuestro Señor otra gran reverencia, como la de arriba del principio del día. E luego pensar si habemos faltado en algunas cosas de las que arriba están puestas para su servicio, recibiendo el mayor dolor que pudiéremos de cualquier falta que en ello hobiéremos hecho, aunque no sea pecado mortal, así como los buenos serviciales del mundo sienten pena de cualquier deservicio que hagan a sus señores, aunque no sean mortales o merecedores de gran pena.

Después debemos pensar si hemos quebrantado algún mandamiento, doliéndonos de la misma manera. Después si habemos tenido palabras o pensamientos soberbios o impacientes, u ofendido en cualquier de los mortales, sintiendo el mayor pesar que pudiéremos, aunque sea muy brevemente, por cada cosa en que sintiéremos haber pecado. Y si nos halláremos duros para dolernos de los pecados, consideremos que ellos fueron causa de muerte e mil dolores a Jesucristo nuestro Señor, cuya bendita Madre, al pie de la cruz, tenía también hecho pedazos el

[4] Ps. 4, 9.

corazón con gran dolor, y cierto será nuestro corazón ablandado con tales pensamientos.

Y es de notar que si alguno por ventura dijese que no puede cada día o noche haber espacio e lugar para haber aquel arrepentimiento de los pecados, debría a lo menos hacerlo cada sábado en la noche y cada víspera de fiesta, porque cuando la mañana del domingo y de la fiesta despertase se hallase más dispuesto para santificar aquel día como el Señor nos manda. Esto hecho, y diciendo el Credo, en que confiesa la fe católica, y rezando el Paternóster y el Avemaría y Salve Regina a la bendita Madre de Dios, a quien siempre nos debemos encomendar y de cuyas grandezas mil veces al día nos debríamos acordar, podremos, haciendo la señal de la cruz, reposar y dormir lo que sintiéremos haber menester según la condición y fuerzas de cada uno; y el sueño deste tal será bendito de Dios; y levantándose por la mañana, comenzará y perseguirá muy gozosamente todas las cosas arriba escritas para cada día.

CAPITULO XIII

De los servicios que en los días de fiesta se deben hacer a Dios nuestro Señor, e que los deben hacer cada día los no ocupados en cosas del mundo o trabajos de manos

Justa cosa fué, según nuestro mal mirar, que se diputasen algunos días para santificarlos e consagrarlos a Dios con algunos especiales servicios, y éstos son los domingos y fiestas. Dije ser esto justo, según nuestro mal mirar, porque quien buen sentir tuviere todos los días debría celebrar como festivales, pues que la fiesta se hace al Rey de gloria infinita, que siempre está en fiestas incomprehensibles. E haciendo lo que debemos con tan gran Señor, estando siempre en sus fiestas, sería nuestra vida muy más enriquecida de verdaderas riquezas y gozaríamos después para siempre de las que Su Majestad celebra, pues que para ellas nacimos. Debemos, pués, en estos días cesar de todo trabajo de manos y de toda ocupación temporal, porque muy más enteramente se pueda el ánima ocupar en lo espiritual.

E habiendo aquí por presupuestos los servicios arriba dichos para cada día, los cuales en especial e muy más complidamente somos obligados de hacer en las fiestas,

pareció justo poner agora otras cosas en que los verdaderos siervos de Dios se deben ocupar en estas fiestas; lo cual, según es dicho, pertenesce más continuamente a los grandes señores de la tierra, porque más días están desocupados de los negocios temporales.

Y en tres cosas en especial paresce que se puede encerrar lo que en estos días debemos hacer junto con lo de cada día arriba puesto. Lo primero, en pensar las grandezas de Dios e las mercedes que nos ha hecho e hará: lo cual se contiene en el *Credo in Deum* que cada día decimos o en los artículos de la fe. Lo segundo, en estudiar y ensayarnos y ejercitarnos en las virtudes del alma. Lo tercero, en aprender a morir, pues que siempre morimos y tan presto se acabará la vida; y será bien ver algo de cada cosa destas en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO XIV

QUE ES MUY PROVECHOSO EJERCICIO, Y QUE EN ESPECIAL SE DEBE HACER EN LAS FIESTAS, PENSAR CUÁN GRANDE ES DIOS Y EN LAS MERCEDES QUE DÉL RESCIBIMOS

Cosa natural es temer a los de gran poder y amar a quien bien nos hace; y el comienzo de todo bien está en el temor e la perfección en el amor. Dios nuestro Señor es de infinito poder, y de quien viene todo el poder que tienen los del cielo y de la tierra, según confesamos creer cuando decimos *Credo in Deum, Patrem Omnipotentem.* Y esto es cosa muy provechosa pensar siempre, por que nos humille y espante su gran poder, y por consiguiente temamos enojarle y tener presunción. ¿Quién no deshará la rueda de su presuntuosa vanidad cuando considerare tanto poder y majestad tan terrible con los reyes de la tierra, que con más ligereza que torcer la cabeza de un palomino les arranca el alma y da con ella en los infiernos, si no le han temido y servido con las mercedes que les hizo?

Pensemos también en las mercedes que nos hace y ha hecho, porque veamos cuánto amor nos tiene y le amemos. El cielo y la tierra crió para nuestro servicio, porque él no había menester; e así lo confesamos creer cuando decimos *Creatorem caeli et terrae;* y con esto nos dió los ángeles por ayos continuos; e poco es todo esto si consideramos que Su Majestad descendió del cielo a la tierra, e,

como El dice en el santo Evangelio, no para ser servido, mas para servir, porque mejor fuésemos servidos.

La manera de su servir a nosotros fué que, hecho hombre en las entrañas virginales de nuestra Señora, e nacido della, luego escogió un pobre pesebre, donde lloró como niño, estando con mucha pobreza, para darnos con todo esto riquezas perpetuas y la vida donde nunca lloran, y para darnos también ejemplo, para conoscer cuán de menospreciar es la prosperidad de la tierra, pues el que es sabiduría del Eterno Padre la despreció tan del todo.

Por cierto no es de olvidar servicio de tan alto Señor e con tanto trabajo suyo hecho a gente tan baja e para tanta gloria dellos. Después desto fué huyendo a Egipto, llevándole con harto trabajo su bendita Madre. E por abreviar en escribir, aunque no debemos abreviar en pensar, después de vida llena de mil trabajos en nuestro servicio murió muerte llena de inmensos dolores e menosprecios; porque, pues Su Majestad sirvió hasta la muerte por nosotros, sintamos cuán poco hacemos cuando sirviéremos en todo cuanto nos está mandado; e procuremos de siempre crecer en servicios, por que más crezcamos en la gloria que tanto nos desea Su Majestad. Después de esto todo, resucitó con gran gloria e subió a los cielos, e tornará juez universal a dar en cuerpo y en ánima la merced muy alta del paraíso a todos los que lo hobieron servido, según es dicho, o a quien hobiere hecho verdadera penitencia, de no haber bien servido.

Pero miremos que San Agustín, doctor de tanto renombre e santidad, duda si será dada gracia para hacer verdadera penitencia al que pudiendo servir en la vida que le fué dada, lo guarda para cuando la muerte le ataja los pasos; y aquel buen ladrón que murió con nuestro Redentor nos convida a no desesperar; no, empero, nos quita el dudar que San Agustín dice, pues que ni una golondrina hace verano, ni un buen ladrón que fué salvo dice no ser condenados otros innumerables, como su compañero, que estaba al otro lado de Cristo e no fué libre de la sentencia de muerte eterna que en el juicio universal se dará contra los ladrones e contra los que no agradecen e sirven tantas mercedes de Dios.

Estas cosas todas, pues las decimos cada día en el Credo, sería muy justo que las pensásemos muy despacio, deteniéndonos de una en otra como si nos hallásemos presentes, y en especial en la preñez e parto de la Reina del cielo, haciendo allí mil servicios y reverencias como si ahora le viésemos de presente; e también más especial en la sagrada Pasión, pensando aquella prisión tan deshonrada e azotes e corona de espinas y mil vituperios que

a ningún malhechor vimos ni oímos haber sido hechos; e fué todo recibido de aquella imperial e divina Majestad, con la muerte tan cruda que después pasó, por convidarnos a tener por nada las pompas e honras mundanas, tras quien los ciegos que esto no miran corren de contino. E debemos mirar que los que por algún embarazo del mundo no pudieren cada día pensar en esto, debrían a lo menos escoger para ello algún espacio de las fiestas, por que, cumplido el mandamiento que de su santificación les está puesto, hiciesen obra de que tanto bien les verná.

No puedo, empero, hallar qué excusa tengan los grandes señores del mundo para no hacer esto cada día, siquiera por espacio de media hora; pues que allende que su gran corazón a estas grandes cosas les convida, aun la mayor libertad que tienen para retraerse les da mucha ocasión a ello, allende de poder ser ayudados en todos los negocios que tienen de los muchos de quien se sirven. Al muy alto Dios plega quitar la ceguedad de sus corazones, para que puedan ver estas y otras grandezas que tanto desean sin saber qué desean y tan encubiertas les están.

CAPITULO XV

QUE EL ESTUDIO DE LAS VIRTUDES, QUE ESTÁ MUY OLVIDADO EN EL MUNDO, ENGRANDECE MUCHO A TODOS Y QUE PERTENECE MÁS A LOS NOBLES

La ciencia ennoblece los hombres más que la noble sangre de los antecesores y que todas las riquezas. E la verdadera ciencia es tener a Cristo en nuestras conciencias; el cual sin comparación se deleita más en los palacios de las virtudes de un aldeano que en los alcázares de los reyes y emperadores del mundo, si virtudes les faltan; pero habemos de mirar que para estudiar tan alta ciencia sería menester algún libro; e cumplirá estudiar bien e aun pensar muy de corazón en lo así estudiado. E para que mejor pudiéremos estudiar y no se pudieren excusar aun los que no saben leer en los otros libros, esnos dado el libro de la sabiduría de Dios, que es el mismo Cristo, Señor nuestro, que en la Sagrada Escritura se llama libro de la vida, en quien sin trabajo ninguno y con gloria inestimable estudian siempre todos los bienaventurados los secretos y excelencias de todas las cosas.

Este libro fué escrito de letra muy gruesa para la gen-

te grosera y ciega deste cegajoso mundo, cuando fué con mucha humildad e paciencia ensangrentado y enclavado en la cruz, para que, si en la tierra leyésemos estas cosas que tanto habíamos menester, meresciésemos ver y saber las otras más sotiles y más altas que en él se contienen; y por esto debemos siempre, y quien no pudiere siempre a lo menos en las fiestas, tomar un rato este libro tan precioso y darle mil vueltas de virtud en virtud, estudiando cada día un poquito.

Debemos en especial e primero aprender la muy alta caridad con que quiso dársenos para cuanto hubiésemos menester, y para estudiar allí cuán justo es que nos demos todos e del todo a Su Alta Majestad, en manera que deseemos emplear la vida toda en su servicio; e deseándolo así, que lo pongamos por obra en todas las cosas. Aquel podrá creer que tiene esta caridad que siente en sí una viva voluntad para ser mandado de Dios y obedecerle en lo que supiere serle mandado, como tienen los que sirven a los reyes de la tierra con deseo de las pequeñas mercedes que de ellos esperan: y es muy justo que lo tengan más los que sirven al gran Rey de los cielos, pues que tan mayores sabemos que serán las mercedes con que galardone nuestros servicios.

Pero aun notaremos, por que más entera y más cierta sea nuestra caridad, y por que nuestro servir sea más noble, e porque tan gran Majestad no es razón que sea servida principalmente por respecto de galardón, que nos debe siempre mover a servirle su muy alta e infinita bondad e grandeza e ser él dignísimo dello, como lo hallarán más largamente escrito los que leyeren el *Arte de servir a Dios*, en el segundo notable que allí se pone. Y esto aprenderemos muy altamente en este divinal libro que es Cristo nuestro Dios, pues que vemos que, siendo Rey eterno, quiso servir tanto por sola bondad sin merecerlo nosotros, por quien murió; porque también nosotros no nos contentemos hasta servir por aquella misma bondad sin otro respecto que sea principal; e cierto serán tanto más crecidas las mercedes cuanto más sin tener el ojo a ellas sirviéremos.

Otras maneras más altas para aprender la verdadera caridad hallará en este soberano libro de la vida quien supiere leer con mucha afición y desenvoltura; pero baste esto al presente para los que no saben tanto. Y estudiemos también su mansedumbre e humildad, como él nos amonesta en el santo Evangelio; e miremos que parece muy feo el siervo de poco valor ser soberbio e rencilloso, teniendo presente su tan alto Señor, que por palabra y ejemplo le convida con tanta mansedumbre y humildad

cuanto su vida sagrada muestra y más claramente su espantosa pasión.

Aprendamos también tener en poco las riquezas, pues que le vemos siempre pobre; y aprendamos huir de los deleites que tanto mal hacen, pues él anduvo tan lleno de trabajos, y en la cruz fué socorrido en su sed con hiel y vinagre, allende de otras mil amarguras. Aprendan también los ricos de la tierra las obras de misericordia; miren que, estando todos enfermos de enfermedad mortal y perpetua, descendió este gran Dios hecho físico, y remedió nuestros males, no con yerbas y medicinas comunes, pero con toda su sangre preciosa y con cuanto tenía; y sería bien justo que esos ricos tuviesen cuidado de apiadar los enfermos e redemir los cautivos y vestir e remediar los pobres, pues que tan enteramente y con tanto trabajo hizo esto aquella gran Majestad por librarles del cautiverio del pecado y servidumbre de Satanás.

Aprendan en especial los grandes ser amigos de la justicia, pues que vemos que, pudiéndonos rescatar de mil maneras con su gran poder, no quiso sino porque el pecado no quedase sin suficiente castigo; e si él quiso ser castigado en su real persona por nuestros pecados, muy más justo sería cierto que cada uno castigase en sí mismo los propios e que no consintiese agravio ni sinjusticia contra quien poco puede. Aprendan también los grandes ser amigos de la verdad, pues que, allende que Dios es verdad, sabemos que murió por la verdad y por encaminarnos a ella. Gozarse deben cuando la verdad les fuere dicha y aborrecer la compañía de los lisonjeros y que no dicen lo cierto. Remedie Dios nuestro Señor la gran falta que en esto hay, porque comúnmente vemos que no quieren oír verdad, porque les lastima. E gózanse que les digan ser las cosas como ellos holgarían que fuesen, aunque saben según verdad no ser así.

E de aquí viene que los que a los tales sirven no estudian en el libro de la vida qué verdades dirán; pero, por contentar a sus señores, estudian en el libro de la muerte, que es la falsedad, pensando siempre qué hablarán y responderán conforme al falso apetito dellos. Por cierto no sé cómo se llame servidor fiel de Dios, que es verdad, el que aborrece al que se la dice, porque le desplace; pero tampoco sé cómo pueda ser amigo de la verdad aquel cuya vida es falsa e cuya vida siempre miente al gran Señor, a quien en el bautismo hizo pleito homenaje de renunciar las pompas del mundo y de Satanás; lo cual sabemos quebrantarse tan cada día e tan manifiestamente de los que más debrían presumir guardarlo, que ya lo quieren defender por ley, como si pudiesen prescribir contra las leyes

del muy Alto. Estas cosas con otras muchas remedie aquel eterno Dios que tanto sufre, y también castigará cuando se hartare de sufrir.

E tornando a nuestro principal intento, debemos siempre estudiar estas virtudes y las otras todas en este libro de la vida, poniéndole siempre ante nuestros ojos en cuanto obremos, dando mil vueltas en las excelencias que en su sagrada vida y muerte hallamos escritas. E por cierto, aunque la virtud se debe procurar siempre por solo Dios, pero aunque no fuere sino por sufrir con menos dolor los mil dolores e congojas que en este mundo se ofrescen, esto sólo debría bastar para correr siempre tras la virtud; ca pregunto: ¿Quién es en la tierra libre de pesares, dolores y enfermedades? Por cierto ninguno; mas muchos hay muy llenos a las veces de males propios, a las veces de quien mucho aman. ¡Cuántas veces lleva la muerte lo que más amamos! ¡Cuántas pérdidas se ofrescen de hacienda propia y de quien bien queremos! ¡Cuántos temores asoman cada rato! ¡Cuántos sinsabores vienen de iguales y menores! Esto y lo demás sufre el virtuoso con igual corazón, porque sabe ser así la voluntad de Dios, en quien tiene todo su bien. E, al revés, el vicioso, como ninguna cosa tiene en Dios que le ampare y abrigue en estos trabajos, tanto más le lastima cada uno de ellos cuanto más desordenadamente ama las vanas honras y placenteros deleites de este mundo, e por consiguiente tiene más que doblados dolores.

Miren, pues, todos, y más los grandes señores, a quien más pertenesce toda nobleza e grandeza, e a quien más suelen lastimar las afrentas, por su mayor delicadeza y señorío, cuánto les cumple estudiar y trabajar, según es dicho, en las virtudes; e si por ocuparse en las cosas pequeñas de la tierra esto dejaren, conozcan su perdición e busquen remedio, pues la vida es tan corta, como luego se dirá.

CAPÍTULO XVI

QUE DEBEMOS SIEMPRE TENER LA MUERTE ANTE LOS OJOS: EL VICIOSO, PARA REFRENARSE DEL MAL, Y EL VIRTUOSO, PARA GOZARSE CON QUIEN TODOS LOS MOMENTOS LE APARTA DESTA VIDA TAN POBRE PARA LLEVARLE A LA VIDA ETERNA

Pues que tras la vida viene la muerte tan sin falta, justo es que, habiendo escrito lo que pertenesce para bien vivir, digamos algo para aprender a bien morir. Cada día morimos, dice Séneca, pues que cada día nos cortan un pedazo de la vida; y tanto cuanto vamos cresciendo, tanto se acerca el morir descreciendo la vida; en manera que, si bien miramos, hallaremos, según dice San Gregorio, que esta vida presente no es sino una muerte prolija. E cierto, si esto bien pensásemos, con más aliento correríamos por la vida suso escrita, e aun con más templanza nos desterníamos en la vida viciosa tras que andamos.

Debrían mirar quienquiera que tiene hijos pequeños que cuanto les va cresciendo el corpecito, tanto se les va ya perdiendo y acortando la vida; y con esto templaría el desordenado amor que les tiene, y la cierta muerte que se les acerca convidaría a imponer los tales hijos en buscar la vida donde nunca se espera la muerte, y a no tener tanto cuidado de allegar para ellos lo temporal, que tan presto los dejará, aunque no se reprueba este cuidado siendo templado.

Considerar también debemos cómo San Bernardo amonesta cómo moriremos, y por gran merced rescibiremos si la muerte no es arrebatada; y no siendo tal, sino sosegada, debríamos considerar que llenos de mil congojas, sin podernos valer ni ser ayudados del mundo, todo se irá deshaciendo y afeando este cuerpo que tanto amamos; y poco a poco se nos quebrarán estos ojos y la lengua se amortiguará; el dolor será inestimable del que no hobiese servido algún rey que sólo le puede valer; mil temores terná que le hagan temblar; los demonios se ofrescerán presentes con más sotileza que nunca, por no perder lo que han trabajado en el tiempo pasado en sujetar a su servicio a los viciosos; e aun contra los virtuosos pelearán valientemente, salvo que serán socorridos del gran Señor, para que aun en aquel punto postrero alcancen con razón de vencimiento más glorioso, como quien está tan

cerca de recibir las muy altas mercedes prometidas a los nobles vencedores de sí mismos y de los enemigos de su gran Dios; pero justo es pensar cuán grande será el espanto de ver en aquel punto de la muerte a aquellas espantosas caras de los demonios.

Por cierto, si la muerte de suyo es tan terrible e de tanta congoja e amargura, que aun en una cama blanda no se puede mover el que se muere, grandísimo será el estrecho en que lo pornán tan espantosos y guerreros golpeadores como los demonios. ¡Oh día cierto e tan no sé cuándo! ¡Oh día tan memorable e tan olvidado! ¡Oh día necesitado de tanta provisión e tan desproveído! ¡Oh día tan deseoso de vida, y cuán cierto no le será dada! ¡Oh día, para quien nos fueron dados todos los días, e cuán ninguno le dimos para lo que desviamos! ¡Oh día triste y maldito para quien siempre anduvo tras las consolaciones y deleites e honras desta vida, pues que el Hijo de Dios dice en el Santo Evangelio[5]: *¡Ay de vosotros, ricos, que aquí tenéis vuestras consolaciones!* ¡Oh día muy triste para los tales, pues que después dél nunca un momento ternán de los deleites que tanto procuraron, pero ternán días perpetuos, que nunca se acaben, de mala ventura y angustia e tormentos en pago de haber olvidado este día tan memorable, de donde les vino tan deshonrado vivir, con que merescieron tan triste morir e tan más triste penar para siempre, o al revés, para los que deste día se acordaron! ¡Oh día de nuestro verdadero nacer para la vida de vida eterna! ¡Oh día con tanta razón deseable, pues que en él fenesce el morir e comienza el siempre y triunfante vivir! ¡Oh día que, echazando sus resplandores a todos los días pasados, los alimpia de toda bascosidad mundana! ¡Oh día de muy alta gloria y ganancia, pues será día en que podamos ofrescer nuestra vida, que tanto amamos, al muy alto Señor que la quiere tomar e que puso la vida por enriquecer la nuestra! ¡Oh día de la *muerte de los justos, preciosa en los ojos del Señor*, como dijo el Profeta Real[6], pues que entonces le serán mostradas las muy altas grandezas y preciosas riquezas para que fueron criados, y por las cuales menospreciaron las nonadas de este mundo!

¡Oh, pues, ilustres personas e señores deste mundo, a quien en especial va enderezada esta obra! Pídoos y conjúroos por el gran deseo que tenéis de vida honrosa e deleitosa, sin mezcla de sinsabor ni enojo, que os acordéis deste día que por vosotros pasará. E mirad cuán servidos

[5] Luc. 6, 24.
[6] Ps. 115, 15.

fuisteis en este mundo, e cuán ningún servicio podréis recibir aquel día si no hobiéredes servido al gran Rey, cuyos sois con cuanto tenéis. Mirad también cuántos dolores os cercarán, cuán amargos gemidos daréis, cuán presto gozarán los gusanos de ese vuestro cuerpo, que con tantas diversidades de sabores les aparejáis. E cierto, si esto miráis, *in aeternum* no pecaréis, como dijo el Sabio [7]; e no pecando, ocuparos heis en la vida que arriba está escrita; e después della, pasada con harto gozosos pasatiempos que no están vedados de nuestro universal Señor, vernéis a gozar de los universales bienes que a vosotros y a todos los que os acompañaren en la buena vida están aparejados para siempre jamás. Amén.

EPISTOLA DE SAN BERNARDO [a]

Sobre la perfección de la vida espiritual

Si perfectamente quieres hacer lo que cumple a tu ánima, es necesario que hagas dos cosas. La primera, que te apartes de todas las cosas transitorias y no hagas más caso de ellas que si no fuesen. La segunda, que de tal manera te des a Dios, que ninguna cosa digas ni hagas, sino lo que firmemente creyeres que le place.

I

La primera de estas dos cosas harás de esta manera: que por todas las vías que pudieres te envilezcas, pensando que no eres nada, y que creas que todos son buenos y mejores que tú, y que más agradan a Dios; y cualquiera cosa que vieres u oyeres a personas de buena fama, pienses que se hacen con buena intención, aunque te parezca al contrario, porque muchas veces nuestro juicio humano se engaña. A ninguno desagrades. Nunca hables en tu propia alabanza, aunque más familiar tuyo sea. Con quien hablares, antes trabaja más por encubrir tus virtudes que tus vicios. De ninguno hables mal, aunque sea verdad y cosa manifiesta, si no fuese en confesión, cuando por ninguna otra vía pudieses manifestar tu pe-

[7] Eccli. 7, 40.
[a] La versión es del P. Alonso, y es antecedente doctrinal suyo.

cado. Con mejor voluntad oye cuando alguno fuere alabado que cuando fuere vituperado. Cuando hablares, sean tus palabras pocas y de mucha substancia, y de cosas de Dios. Si alguno hablare contigo cosas vanas, cuan presto pudieres acorta la plática y pasa a otras que sean servicio de Dios. Cualquier cosa que te acaezca, si fuere próspera, no te alegres; si contraria, no te entristezcas; piensa que todo es nada y alaba a Dios. Cuanto más pudieres, te recoge y entiende con diligencia en lo que más te ha de aprovechar. Huye las hablas cuanto pudieres, porque mejor es callar que hablar. Cuando vieres alguna cosa que te desagrada, mira si la hay en ti y enmiéndate, y si vieres alguna cosa de virtud que te contente, mira si la tienes en ti y guárdala; y si no, procura de la haber, y de esta manera te serán todas las cosas como espejo para llevarte a lo bueno y apartarte de lo malo. De ninguna cosa murmures con nadie. Nunca afirmes ni niegues cosa con porfía, mas de tal manera te rige, que nadie se pueda quejar de ti. Huye de ser risueño y no te hallen de presto para las cosas de risa. En todos tus dichos ten tal manera de hablar, que sean sin mucha determinación.

II

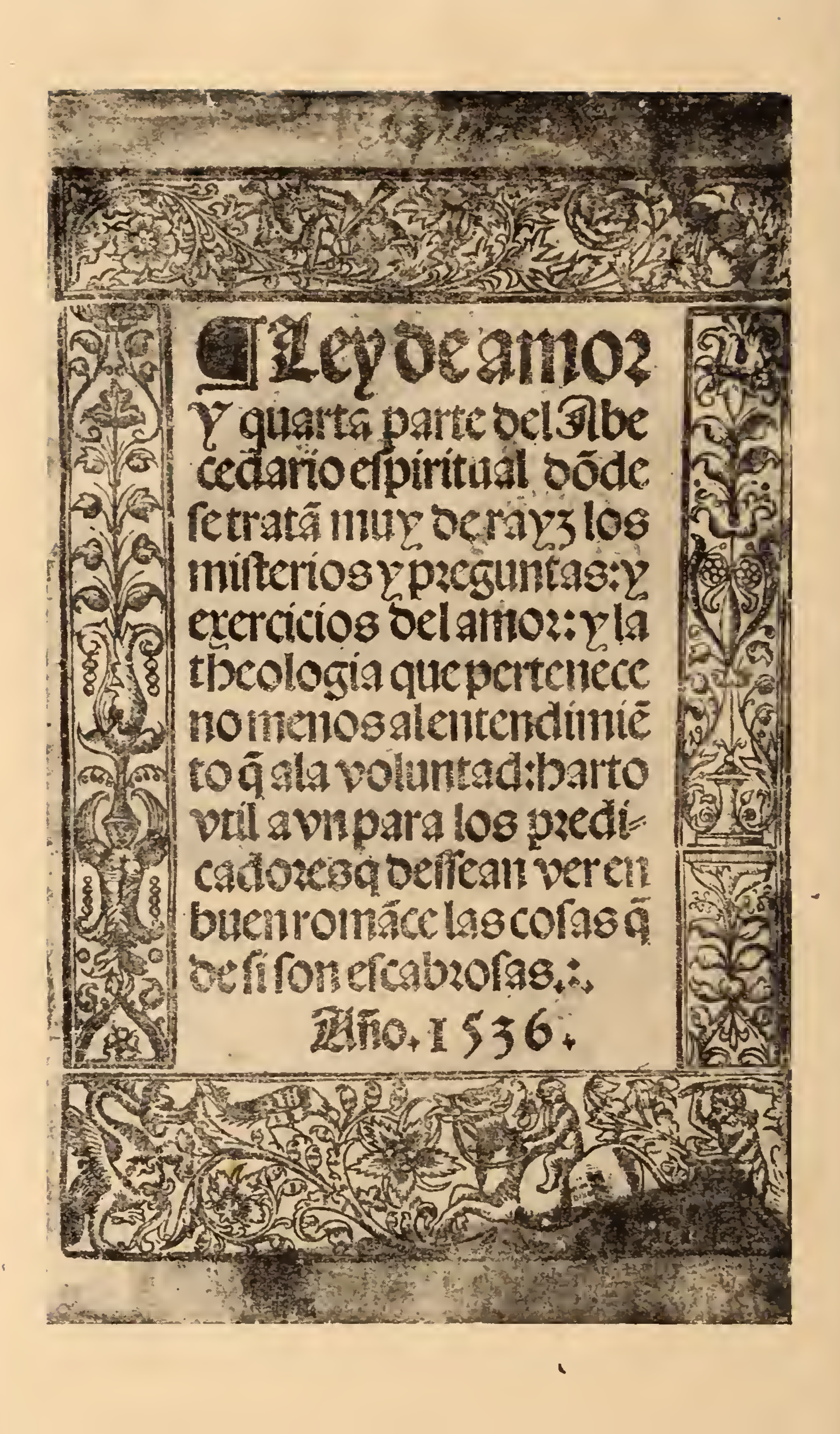
La segunda cosa harás de esta manera: que has de orar con grande devoción en las horas convenidas y que de día y de noche pienses en tu corazón lo que ruegas a Dios y aquello pongas por obra con diligencia. Y piensa en cuánta gloria están los santos a quien te encomendares. Tres cosas ten siempre en la memoria: Qué fuiste. Quién eres. Qué serás. ¿Qué fuiste? Un poco de vil materia hedionda. ¿Qué eres? Un saco de estiércol podrido. ¿Qué serás? Manjar de gusanos. Cuatro cosas ten delante siempre de tus ojos: la muerte, el juicio final, la gloria, el infierno. Pon en tu imaginación la cruel pena de los que están en el infierno, y cómo nunca se acabará y que por tan poco tiempo de deleite tan crueles tormentos padecen para siempre jamás. También contempla la gloria perpetua del paraíso, que nunca tendrá fin, y en cuán breve tiempo la ganaron, y cuánta pena y llanto tendrán aquellos que por tan pequeña cosa tanta gloria perdieron. Y cuando alguna cosa te diere fatiga y pena, piensa que si estuvieres en el infierno, muchos más males que éstos pasarías. Cuando tuvieres alguna cosa que te agrada o la deseares tener, piensa que si estuvieres en el paraíso aquélla y más tendrías. Cuando fuere fiesta de algún san-

to, piensa aquel día cuántas diferencias de tormentos padeció por amor de Dios y contempla cuán en breve pasaron los tormentos de los buenos y los deleites de los malos; cómo los buenos con ellos consiguieron la corona eterna de la gloria y los malos la pena eterna. Cuando la pereza te venciere, considera con diligencia el tiempo que perdieres, el cual si tuviesen los dañados o lo pudieren cobrar, darían cuantas riquezas se pueden imaginar en el mundo y todo el mundo por sólo un poquito de tiempo que perdieron. Cuando algunas tribulaciones te vinieren, levanta tus ojos a los que están en la gloria, cómo a ella llegaron por ellas y ahora están libres de ellas. Cuando no hallares consolación en cosa de esta vida, mira que muy menos la hallarás en el infierno, pues allí ni la hubo, ni la hay, ni la habrá, ni es posible que la haya, y echa tus ojos al cielo, que de la abundancia que de ella hay allá a tu desconsolado corazón descenderá. Cuando quisieres dormir y descansar, examina primero tu conciencia, mirando con diligencia qué hiciste, qué hablaste, qué pensaste en aquel día, cómo empleaste el tiempo que te fué dado para hacer penitencia de tus pecados y alcanzar la gloria. Si lo despendiste bien, da gloria a Dios; si mal, gime y llora tu pecado. Si pensaste, dijiste o hiciste alguna cosa que te remuerda la conciencia, no comas hasta que lo confieses.

Finalmente, digo que imagines dos ciudades. La primera, de todos cuantos tormentos se pueden pensar, y éste es el infierno; y otra de todo cuanto bien y gozo y placer, descanso y alegría, se puede pensar: ésta es el paraíso. Junto con esto, has de imaginar que necesariamente has de ir para siempre a una de ellas, y lo que te puede llevar a la una y a la otra. Cierto, pues, soy que si guardares bien lo que aquí te escribo, que el Espíritu Santo (que te muestra a ti y a todos y enseña y alumbra los entendimientos de los hombres) morará en tu ánima y te enseñará perfectamente a hacer lo que te he dicho. Y para que bien lo guardes, ninguna cosa de esto menosprecies, y continúa muchas veces a leer esta mi carta; y cuando hallares haber hecho lo que te he escrito, alaba a Dios, que es piadoso y misericordioso por todos los siglos de los siglos. Amén.

FR. FRANCISCO DE OSUNA

LEY DE AMOR SANTO



¶ Ley de amor

Y quarta parte del Abecedario espiritual: dõde se tratã muy de rayz los misterios y preguntas: y exercicios del amor: y la theologia que pertenece no menos al entendimiẽto q̃ ala voluntad: harto vtil avn para los predicadores q̃ dessean ver en buen romãce las cosas q̃ de si son escabrosas. ∴

Año. 1536.

INTRODUCCIÓN

FR. FRANCISCO DE OSUNA

(1492-1540)

Este regalo de Dios, el P. Osuna, se nos dió providencialmente el *año admirable*, el de 1492, juntamente con Juan Luis Vives, que es al saber científico lo que el P. Osuna al saber místico, completándose así el saber integral de España, el saber de Dios y el saber de las cosas creadas, doblado cimiento de la ciencia española. Entrambos también, echados los cimientos inconmovibles de la grandeza nacional en su espíritu, teniendo por campo España y América, volaron gozosos al cielo en el mismo año, 1540. En cuarenta y ocho años, dos hombres así, de alma gigante y de actividad agotadora, dieron a España un empuje de siglos, que todavía perdura, pues todavía influyen con eficacia. La España costera y la España céntrica se abrazan con abrazo estrecho, fraternal y perpetuo, en el P. Osuna y en Juan Luis Vives.

Con el P. Osuna, el magisterio místico español se dilata por Europa. También, como Vives, santificó y aleccionó los estados de Flandes. En el Capítulo general de Niza nombrósele comisario general de Indias, cargo que no ejerció por razones de salud. Entregóse incansablemente al trabajo de la pluma, y son maravillosos sus libros, tanto los castellanos como los latinos. Escribió con insospechado desorden sistemático (que quizás imitó luego Santa Teresa, sin proponérselo), desorden que, penetrado de saber asombroso y de recursos inagotables y bellos, hacen la delicia y el encanto del lector.

Sobre este particular, el docto P. Mir dijo: «Llena su mente de ideas, agitado su corazón por un entusiasmo divino, se desborda en las páginas de su libro a manera de torrente que todo lo invade y todo lo llena y arrastra. Es

este torrente algo revuelto y aun tumultuoso; pero en ese desbordamiento o desate de ideas, qué riqueza de exposición, qué copia de conceptos grandiosos se vienen a su pluma. Es aquello no una fuente, no un río, sino una catarata de pensamientos y arrebatos del alma que pugnan por brotar de su pluma, atropellándose mutuamente e invadiendo la mente del lector» [1].

Escribió mucho, muy doctamente y con gran sabiduría y sanísimo criterio. De los seis *Abecedarios* que le han inmortalizado, el *Tercero* tuvo la suerte de caer en las manos virginales y seráficas de Santa Teresa, y Santa Teresa tuvo la suerte de que cayese en las suyas, ansiosas de doctrina celeste y de magisterio alto y seguro. El hecho, providencial sin duda, fué beneficioso para entrambos: para el libro, renombre; para la Santa, *camino de perfección* en sus obscuridades, dudas e indecisiones. He aquí sus palabras: «Cuando iba [a Becedas], me dió aquel tío mío que tengo dicho estaba en el camino, un libro: llámase *Tercer abecedario*, que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año [del noviciado] había leído buenos libros, que no quise usar más de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en la oración ni cómo recogerme, y ansí holguéme mucho con él y determinéme a seguir aquel *camino* con todas mis fuerzas. Y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad y a confesarme a menudo y comenzar aquel *camino, tiniendo aquel libro por maestro;* porque yo no hallé maestro, digo, confesor que me entendiese, aunque lo busqué en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios» [2]. Buen maestro de espíritu el *Tercer abecedario;* buena y aventajada discípula Santa Teresa, la seráfica y la grande. El Beato Juan de Avila dijo: «*La tercera parte* no la dejen leer comúnmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos» [3]. En efecto, así es: no conviene a todos; conviene a cuantos encamina Dios por esa vía, por vía de amor puro, como le convino a Santa Teresa, que halló en el *Tercer abecedario* su tabla de salvación, su luz y su maestro.

Sin embargo, no reproducimos aquí obra de tanto cré-

[1] *Discurso preliminar,* en Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 16: *Escritores místicos españoles,* p. 29. Madrid, 1911.

[2] *Vida,* 4.

[3] *Epistolario,* B. A. E., p. 324.

dito, de tanto valor y de tan copiosa riqueza espiritual. La razón es porque hay otro, el *Abecedario cuarto,* que resume toda la doctrina y magisterio del autor, confirmando lo dicho antes en los otros *Abecedarios* y mejorándolo. Menéndez y Pelayo escribió: «La más propiamente mística es la *Cuarta* [*parte*], que abarca el tratado de la *Ley de amor,* teología que pertenece no menos al entendimiento que a la voluntad» [4].

Además, hay edición moderna del *Tercer abecedario* [5], aunque insegura. Esto dicho, por cuenta y riesgo nuestro, comunicamos al curioso lector que el R. P. Fidel de Ros, O. F. M. Cap., ha levantado un monumento perenne y grandioso al P. Osuna, una obra literaria y científica que lleva por título *Un Maistre de Sainte Thérèse. Le Père François d'Osuna. Sa vie, son oeuvre, sa doctrine spirituelle* (París, Beauchesne, 1936). Ningún otro místico español ha tenido la fortuna de caer en tan buenas manos, tan doctas y tan expertas. Como por el título se ve, el autor, aunque español, escribió y publicó su obra en francés. ¿No habría medio de que la gozase el público español? Osuna merece mucho, y cuanto se haga enalteciendo su nombre, será poco [6]. Osuna es una piedra miliaria en la ciencia del espíritu y un prestigio de las letras patrias.

El libro *Ley de amor santo* es magnífico de verdad, de soberana elocuencia, de profundo saber teológico y monumento de la lengua española por antonomasia. Todo él trata, en efecto, del amor santo que rige en el cielo y del amor santo que debiera regir en la tierra. La obra es sistemáticamente lógica y de una elocución egregia siempre sostenida. Cada uno de los capítulos es un discurso que acredita una mente, un corazón y una pluma. Se goza leyéndolos, porque hay en ellos pedazos rutilantes de un espíritu grande, sabio y entusiasta de la ley de amor santo. En toda la obra campea el siguiente principio: «Todas las virtudes que se obran sin amor de Dios, no bastan para merecer ni alcanzar la vida eterna» [7]. El amor de Dios es la base, el medio y la cumbre de la perfección.

---

[4] *La ciencia española,* t. 3, *Inventario bibliográfico,* p. 173. Madrid, 1918.

[5] N. B. A. E., 16, *Escritores místicos españoles: Tercer abecedario espiritual de* Fr. Francisco de Osuna.

[6] También puede consultarse la obra siguiente: *Frate Francesco da Osuna. Via alla mistica dalla terça parte dell Abecedario Spirituale. Yntroduzione... Sulla mistica spagnuola, versione e note di Giovanni Maria Bertini.* Brescia [1933].

[7] *Ley de amor,* Prólogo.

LEY DE AMOR SANTO
(1530)

DEDICATORIA

LEY DE AMOR, *dirigido al muy magnífico señor Francisco de los Cobos, secretario y uno de los del Consejo Secreto de Su Majestad y comendador mayor de León, etc.*

Muy magnífico señor: Costumbre es de los muy avisados alzar el corazón de las cosas terrenas a las celestiales usando de alguna buena consideración, aun en lo que traen entre manos, contemplando en las cosas visibles las invisibles que esperan; porque Dios manda que nuestra vida esté pendiente delante de nuestros ojos, contemplando la vida eterna en todo lo que tratamos. Mientras los negocios que traemos entre manos fueren más arduos, podremos levantar más nuestra consideración, si no paramos en sólo lo visible, como hacen los bajos animales. Sobre los ojos nos dió nuestro Señor el entendimiento para que cantase contrapunto sobre el canto llano de las cosas visibles que se nos ofrecen y, dado que a vuestra señoría, como a todos, ofrezca Dios la universidad de las criaturas que son guiones que llevan el entendimiento al que las crió, para mientes a la gracia de singular privanza que os ha dado con el mayor señor de la tierra; porque, si esto miráis, podréis hacer un buen contrapunto, si en ésta contempláis la privanza que debéis tener con el mayor Señor del cielo; ni penséis que os dieron ésta sino para que alcanzásedes la otra, porque el cristiano es obligado a tener en la intención primero el amor de Dios en cuanto hiciere, y ordenar a él todas sus obras; pues por esto se llama primero y mayor el mandamiento del amor.

Pues cuanto nos da Dios, ordena para que más lo amemos, no seamos nosotros negligentes en enderezar a este blanco todos nuestros negocios y consideraciones, si

las queremos mucho levantar. Al noble varón Mardoqueo dió nuestro Señor gracia delante del emperador Asuero; y éste descubrió al emperador la traición del otro privado Amán, cuyo cargo y hacienda vino después al fiel Mardoqueo, que valió más en el palacio real que todos los príncipes, de los cuales también era muy amado, porque despachaba prestamente los negocios de ellos; y la fama de él volaba por todas las ciento veintisiete provincias del emperador, porque sentían su favorable despacho. No es menester declarar más esta historia, porque todo el mundo sabe cuán al propio conviene a vuestra señoría; solamente me atrevo a le rogar que, en la privanza que tiene del mayor señor de la tierra, contemple la privanza que debe desear del mayor Señor del cielo. No seáis como aquel mayor de los ángeles, del cual dice Santo Tomás que se condenó porque, contento con los bienes naturales de que se jactaba, no deseó los divinos que a todos promete Dios. Todo lo que hasta ahora vuestra señoría tiene, piense que es natural, y pues en ingenio y habilidad y dulce conversación tenéis tanto, levantad el ánima a lo celestial; y tened al Rey del cielo la lealtad que tenéis al rey de la tierra, que no será menor la privanza. Lealtad, según verdad, no es otra cosa sino amor leal, y éste primero lo debemos a nuestro Señor Dios, y después al señor de la tierra, al cual no seremos leales si no lo somos primero a Dios, ni aun a nosotros mesmos podemos bien amar si primero no amamos a Dios, que da favor para bien sobir. Vuestra gran Casa y lo mucho que tenéis y esperáis no se podrá establecer sin Dios, cuyos amigos se llaman *honrados*.

Según dice el filósofo, la amistad es sumamente necesaria en la vida presente, y muy más necesaria a los muy mayores, porque los grandes estados no se poseen sin grandes peligros. Cuanto mayor es la persona y el estado, tanto mayor se debe buscar al amigo, porque la conveniencia y semejanza conserva más el amor, y el favor que se espera le da perpetuo establecimiento. Según esto, no os hallo yo amistad más necesaria que la de nuestro Señor Dios, que se dice en la Escritura verdaderamente *amigo de amigos*, y tanto, que, según el Sabio [1] afirma, tiene puestos sobre ellos sus ojos, como persona que no tiene a quien mirar en este mundo, sino a sus amigos, para hacer mucho por ellos. Por este amigo, que os es tan necesario, *reinan*, según él dice [2], *los reyes, y tienen el imperio los príncipes, y los poderosos declaran la jus-*

[1] Eccli. 34, 15.
[2] Prov. 8, 15.

ticia. Tener vuestra señoría necesidad de este amigo es grandeza, y tener necesidad de otro cualquier amigo del mundo es peligro; ca por esto se dice que no hay peor cosa de probar que el amigo, pues no lo probamos sino por nuestro daño, como al físico; donde comúnmente se dice que en la necesidad se prueban los amigos, y, por tanto, ninguna cosa debe hombre menos probar que amigos, y tanto menos cuanto ellos son mayores, porque es señal de mayor peligro, salvo en este fidelísimo amigo de que hablamos que es nuestro Señor Dios, al cual cada punto deberíamos llamar en nuestro favor, y más los mayores: porque, cuanto uno es mayor, lo ha más menester, y haberlo más menester es más gloria y mayor grandeza, porque más necesidad tiene de él un ángel que una flor, y más una estrella que una piedra; así que las cosas mayores han menester mayor conservación y más pueden recebir y, por tanto, más falta hace Dios a un ángel que a una estrella, y más le tiene que ver con él, y más lo ha menester, y más le importa en toda manera; así que los mayores tienen más necesidad de Dios, lo cual es más gloria.

También es cosa manifiesta que las mayores personas pueden hacer mayores servicios a nuestro Señor Dios, y para esto tienen de él más necesidad; ca no se sirve Dios sin Dios, así como no gozamos de la lumbre sin lumbre: donde los ciegos no ven el sol, porque no tienen lumbre dentro en los ojos; y el que tiene mayor y más fortificada esta lumbre natural, goza más de la claridad del sol; donde somos enseñados que la mayor grandeza más puede participar de Dios, Padre de las lumbres, y más necesidad tiene de él. A esta razón parece favorecer la orden del cielo, donde los ángeles de mayor dignidad más allegados están a Dios y más gozan de él que no los inferiores. Estas cosas, Señor, le he querido decir para que siempre levante sus pensamientos y de la gran ventura que Dios le ha dado en el mundo venga en conocimiento de la gran felicidad que debe buscar en el cielo, porque los dones que acá recibe ventaja son para ganar los celestiales, usando bien de ellos. No penséis que recebistes la privanza sino para dar cabida a los desprivados, ni os dan el favor sino para favorecer, ni os dió nuestro Señor gracia en hablar sino para que aboguéis por los ignorantes, ni penséis que os abre Dios las puertas de los secretos sino para que allí os acordéis de los muy desviados; porque, con el Santo Job [3], podáis decir que fuistes boca del mudo y pies del cojo.

[3] Iob 29, 15.

Algunos del Palacio Imperial se hacen mudos en sus propios negocios, y los de Italia y las Indias están muy cojos para venir; pues lo de acá y lo de allá y lo de esotro cabo tenéis suplir por todos delante la Majestad de la tierra, y no queráis otro galardón sino que Cristo supla por vos delante la Majestad del cielo. Vos, más que nadie, podéis cumplir el amor del prójimo, pues tenéis más oportunidad para ello; y vos, más que ninguno de los hombres de vuestra manera, sois obligado al amor de Dios, porque los dones y señaladas mercedes que os ha hecho no son sino multiplicada obligación de su santo amor; por lo cual, no sin gran acuerdo, quise intitular a vuestra señoría este libro, donde se trata muy por extenso aqueste amor, que, según probé, sois tan obligados a tener y buscar, que ningún presente os deba ser más acepto que el presente libro, donde, muy por menudo, se trata lo que vos muy en grueso habéis recebido. Y no digáis que aun tenéis duda quién os haya hecho las mercedes, cual próspero; Job, desde que ya se vió perdido (como nota Orígenes), no quiso dar tanta honra al demonio que pensase haberle venido de su mano algo, sino, atribuyéndolo todo a Dios, dijo: *El Señor lo dió y el Señor lo llevó; todo se ha hecho como ha placido a Su Majestad* [4]. En la tierra, de lo que acá hay, os ha dado Dios todo lo mejor, porque la Escritura dice que el corazón del Rey está en la mano de Dios y que lo inclina a la parte que quiere; vémoslo inclinado a la vuestra, y tras este imperial corazón os lleváis todos los demás, que se inclinan a os amar. Dado que la naturaleza inclinó el corazón a la parte siniestra, bien creo yo que vos lleváis los corazones hacia la parte derecha tras vos, porque os ven andar derechamente y os ven con razón situado a la parte derecha, que espiritualmente, según los teólogos, es aquella donde están los bienes mejores que son en la tierra. Los secretos imperiales que a vos se confían y el amor de privanza donde vos tantos años habéis morado.

Si Absalón, con vanas promesas, tenía en su mano el corazón del rey David y el corazón de todo el pueblo, no es mucho que vos tengáis lo mesmo con leales servicios, y tan leales que yo no sabría decir quién encontró mejor, o el monarca emperador con vos, tan leal secretario, o vos con él, tan buen señor. Paresce que esta alteración hay entre vos y él: que se llama dichoso con vos, y vos os llamáis más dichoso con él; y por esto él persevera siempre en haceros mayores mercedes, vos en le hacer más leales servicios. Lucha es ésta muy bienaventurada y tela

[4] Iob 1, 21.

tan bien tejida, que sólo el amor es de ella mantenedor. Mantiene el amor en vos los servicios y en él sus grandes mercedes. ¡Oh bienaventurada porfía! Vos, en servir, y él, en galardonar; vos, en ser suyo, y él, en ser vuestro; vos le llamáis *mi señor*, y él os llama *mi secretario;* en todo hay posesión, y no sé cuál es mayor, porque más me parece que tengo yo en aquel a quien confío mis secretos que no el que me sirve en mí por confiarme en sus servicios, aunque sean buenos. Nota y ponderación es ésta más de sentir que de escribir y, por tanto, vuestra discreta consideración ninguna cosa deje por tantear para que todo dé gracias al sumo Dios, principal Hacedor de las mercedes. Si él concurre con los árboles para que nos den la fruta, mucho más con los hombres para que nos tengan en algo.

Del hacimiento de las gracias que a Dios debéis no os quiero decir sino esto que dice San Agustín: «El ingrato es el peor de los pecadores, y hácese peor con lo que había de ser mejor». Quiere decir aquí este santo Doctor que, aunque un hombre no tuviese otro mal sino ser ingrato, las mercedes que ha recibido bastan para agraviar su maldad, porque así como al pecador le cuentan sus pecados para le agraviar la pena, así cuentan al ingrato las mercedes para agraviar su culpa. Circunstancia muy agraviante y mucho de temer es que yo sea malo con lo que otro es bueno; las dádivas y mercedes hacen de los malos buenos, y éstas al ingrato hacen más condenable y digno de culpa. Pues que, según vimos, es vuestra señoría deudor principalmente a Dios y le debéis hacimiento de gracias, y aquél mayormente le hace gracias que lo ama con harta oportunidad, os presento el presente libro, que trata del divino amor con que podéis pagar a Dios todo lo que le debéis; el cual en esta sola moneda quiere ser satisfecho. Que amar y hacer gracias sean una mesma cosa, parece por su declaración: amar es querer bien para alguno, y hacer gracias es aplicarle el mesmo bien con el deseo; no queremos bien sino al que hacemos gracias, ni hacemos gracias sino al que queremos bien; gracia hacemos de nuestro amor, al que amamos.

Es el amor cosa de tanta sublimidad, que aun a Dios podemos hacer gracia de él, y él quiere ser amado de balde, pues que de balde y graciosamente nos ama, necio es el que vende cosa de tan gran precio, que más gana en darla de balde que en venderla, porque, si la libertad no se vende bien por todo el oro del mundo, menos se vende el amor, que es fuente de la libertad. De balde se da el amor y de balde le sirven todas las cosas, que son leña de aqueste fuego del alma. Aunque todo os pueda

servir para amar al soberano Dios, no os servirá poco el presente libro, pues trata de amor, y se llama y es LEY DE AMOR, y os lo presenta quien os ama creyendo que será con amor recebido, pues con él se da; ca cosa manifiesta es que con cuanto damos a nuestros mayores, damos amor, en amor va lo que se presenta. Si no va vendido so color de presente, y cuando es mayor el que lo recibe, se espera que ha de ser con mayor amor recebido; porque como del presente no tenga necesidad y el amor sea de tanta estima que aun las divinas personas lo busquen, más ha de poner los ojos en él que en el presente; cuanto más que el presente que a vuestra señoría ofrezco es de tal calidad, que también hallará buen recibimiento; pues que la ley de amor, callando, demanda amor y quiere ser por mano de vuestra señoría favorecida y comunicada a los pueblos, porque parezca ser establecida y confirmada en los cubiertos secretos que tratáis con Su Majestad. Y no os maravilléis porque quiero que esta ley llegue a lo más alto del Imperio, que es el mesmo emperador; ca esta ley de amor más y mejor asienta en las mayores personas.

Si entre los ángeles del cielo dan y comunican los más altos (que se llaman ardientes y encendientes) aqueste amor a los otros ángeles inferiores, ¿por qué entre los ángeles de la tierra, que son los católicos cristianos, no se guardará lo mesmo, para que de vuestra mano autorizadora tomen todos aqueste libro del amor divino y humano? Mal colocado sería libro que trata de la cosa más alta del mundo si no volase hasta el más alto de los hombres, ni sienta nadie pesadumbre en ser discípulo de la escuela del amor, porque, dado que de las leyes penales estén muy exentas las sublimes personas, todos se deben sujetar a la ley del amor, pues lo que más desean es ser más amados, y no lo serán si no aman, porque el dicho común publica: Si quieres ser amado, ama. Pues que siempre presumió vuestra señoría de lealtad, reciba esta ley de amor y conozca que lealtad no es otra cosa sino amor leal, y esto mesmo quiere decir *ley de amor;* ca sólo el amor leal tiene ley ordenada que comienza a sujetar el hombre interior a Dios, porque de esta manera se amortigüen en el ánima todas las cosas que van contra razón; ca, según dice el rey Salomón, fuerte es el amor, así como la muerte: porque mata en nosotros todo lo que contradice a la vida de gracia, cuya ánima es el amor que se sigue por ley ordenada.

[5] Cant. 8, 6.

PRÓLOGO

DEL LIBRO LLAMADO «LEY DE AMOR», COMPUESTO POR EL P. FR. FRANCISCO DE OSUNA

Para que fuesen dignamente escritos los misterios del amor y el estilo del decir igualase con su alto merecimiento, paréceme que la péndola había de ser de oro hecho fuego, como dice nuestro amoroso Dios que lo compremos de él [1]; y este oro, porque nos diese cierta seguridad, había de ser probado, para que con el santo amor no se mezclase algún engañoso; la tinta de esta escritura no había de ser común; ca se debería escrebir, o con mosto ferviente, cual Cristo lo envasa en las ánimas nuevas, según él dice en el Evangelio [2], o con el licor de aquel río de fuego que muy recio se dice proceder de la cara de Dios [3]. Los dedos que trujesen esta ligera pluma, no habían de ser de hombre puro, sino de Dios vivo, porque de esta manera aun en tablas de piedra entallasen las letras no muertas, sino vivas. Las cosas que a vueltas de estos misterios se dijesen, no habían de ser de la tierra, sino tomadas de aquel altar que lleno de brasas vivas se dice estar delante de Dios [4]; siendo tal la péndola, y la tinta, y los dedos, y lo que se dijese, cosa manifiesta parece que estos misterios se deberían escrebir en pedernales, porque así todo fuese conforme en la calidísima calidad y, desechando todo lo contrario, encendiesen muy presto todo aquello por do pasasen como las trecientas zorras de Sansón [5], que encendieron todo lo que hallaron en los campos, aun hasta las viñas verdes que estaban en agraz. ¿Por qué hoy día no encendemos con nuestras palabras los corazones de los oyentes ni despertamos los amortiguados ingenios de los pecadores? Porque no damos luz a las candelas muertas; pues dice el sol de justicia que somos luz del mundo los que enseñamos su doctrina; aunque la doctrina de Cristo se dice *palabra hecha fuego* [6], tenemos nosotros llena la boca de

[1] Apoc. 3, 18.
[2] Marc. 2, 22.
[3] Deut. 7, 10.
[4] Apoc. 8, 3.
[5] Iud. 15, 4 ss.
[6] Ps. 118, 140.

tanta humedad y tibieza, que no como hachas encendidas, según lo eran las de Elías, sino como tizones muertos son nuestras palabras; y esto acaece por no arder en el camino de esta vida nuestro corazón, como el de los discípulos que iban a Emaús [7]; así que no damos lo que no tenemos, ni lo ternemos hasta que, por continua meditación, hablemos con el peregrino Cristo, que, como otro Jacob lleno de amor, anda peregrino para nos encender en el amor de la patria celestial de su Padre, donde nos querría llevar como Jacob llevó a Lía y a Raquel, haciéndoles renunciar el amor del padre y madre carnales, que las apartaba de Dios; ca no es digno de Cristo el que ama al padre o la madre más que a él. Viendo que lo más que enseñamos, según el poco fruto que hacemos, carecemos de este amor; y yo más que todos, y que lo podremos haber hablando Cristo con nosotros mediante sus Sagradas Escrituras, determiné de escrebir algo del amor, no sin temor de mi poco aparejo, viéndome como retama verde, que en medio del hielo no puede ser encendida sin mucho trabajo. El conocimiento de esto, con esforzarse hombre a desecharlo, me parece razonable medio para calentar hombre su corazón, según aquello que San Agustín dice hablando de la verdadera amistad: «A la virtuosa ánima conviene rumiar siempre cosas sublimes y arduas, para que alcance las cosas deseadas o, más claramente, entienda y conozca lo que ha de desear, porque no es de creer que ha poco aprovechado el que, por conocimiento de la virtud, ve cuán apartado está de ella». Si quieres o digo, lector ferviente, conmigo del presente libro, míralo con ojos de devoto cristiano, que en él se abrigará tu ánima, si de él entiendes aquello que dice el Señor [8]: *Si andando por el camino hallares en árbol o en tierra nido de ave y la madre echada sobre los pollos o sobre los huevos, no lo has de prender con los hijos, sino dale lugar que se vaya teniendo presos los hijos, si quieres que te vaya bien y vivir largos tiempos. Andando por el camino* dice aquí el Señor que *hallamos el nido:* dando a entender que no lo buscan ni lo hallan los que se querrían quedar en este mundo, sin hacer caso del que esperamos los que, como romeros del cielo, no tenemos aquí ciudad permaneciente, y para relevar el trabajo de la vida, que toda es un penoso caminar, solemos buscar libros en que pasemos nuestro tiempo; lo cual es común a todos los que son enteros hombres; esto digo, porque los amadores de la ignorancia no son del todo hombres, pues les

[7] Luc. 24, 32.
[8] Deut. 22, 6.

falta la mejor parte, que es el saber, el cual hace específica y manifiesta distinción entre los hombres y las bestias; y aun el filósofo dice haber tanta diferencia de un sabio a un ignorante como de un vivo a un muerto; así que, para ser del todo *hombre*, debemos buscar libros santos en que resposen nuestras ánimas como en nidos de aves que vuelan al cielo con el deseo que se anima y levanta con las palabras santas.

Los hombres carnales, que viven a manera de bestias envueltos en pecados, no se dirán tener ni buscar *nidos*, aunque tenga libros conformes a su mal vivir, sino cuevas profundas que los hacen descender al cieno o al pozo de los vicios, figurando en aquel do se halló agua espesa en lugar del fuego que por mano de los sacerdotes había sido allí puesto [9]. Si tú eres fiel cristiano, has de huir así de los libros que traen error al entendimiento, como son los libros que saben a herejía, como de los libros que traen mala afeción a la voluntad, que son de amores mundanos; y busca, como nido seguro, libro que te encienda en el soberano amor; y dado que los santos hayan escrito libros que hablen de esto, no dejes de ver éste, donde más por extenso se tratan los misterios del amor santo; y por esto se podrá decir, conforme a la primera figura, *nido muy abrigado que está en tierra y en árbol*, pues habla del amor divino en sí y en nosotros, que es amor de Dios y del prójimo, amor tocante a la vida activa y contemplativa, y del amor de la divinidad y humanidad de Cristo, y del amor de los amigos y enemigos, y del amor que nuestro Señor nos tiene, y del que le hemos de tener; las cuales cosas difieren como tierra y árbol, y trátanse aquí por la orden que adelante se verá.

Porque las cosas del amor esencial de Dios no se pueden escrebir tan a la clara en este mundo como se verán en el otro, decimos, prosiguiendo la dicha autoridad principal, que hallarás aquí algunos misterios secretos como en huevo cerrado, que no basta ingenio para desatar sus sellos; y por esto, la tabla de oro que estaba en el templo de Salomón, llamada *amercendeamiento*, estaba muy encerrada y secreta so las alas de los querubines; dende esta tabla escondida, que tiene figura del divino amor, era Dios propicio y benigno al pueblo, porque cosa propia es del amor tornar favorable al amado; ésta era *silla de Dios* [10], que reposa en la caridad y tiene por trono al amor. *La madre* que hallarás en el nido, que es el libro presente, es la letra de la Sagrada Escritura; *los pollos* de ella son los

[9] II Mach. 1, 20.
[10] Ps. 79, 2.

diversos sentidos y declaraciones espirituales de que me entiendo servir dejando la madre en paz; pues ha sacado ya sus pollos con el calor del Espíritu Santo, que es la paloma amorosa, cuyos ojos se dice en los Cánticos [11] que están sobre las corrientes de las aguas claras para nos hacer mirar lo que debajo de las *Escrituras* se esconde, escudriñando sus profundidades.

Aunque en toda la Escritura sea menester sacar el espíritu, que da vida, y dejar la letra, que mata, mucho más es necesario hacer esto en los pasos do la Escritura habla de cosas de amor; y por eso manda aquí nuestro Señor que los pollos sean quitados de su madre, dándonos a entender que debemos apartar el amor espiritual del amor carnal, como él hizo cuando le dijeron en el Evangelio [12]: *Tu madre y tus hermanos están fuera buscándote.* A esto responde el Señor: *Mi madre y mis hermanos son estos que oyen la palabra de Dios y la hacen.* Fuera del templo se dicen estar su madre y hermanos, de los cuales no se cura, sino de los que estaban dentro en el templo, a los cuales los loa y dice ser oidores y obradores de la palabra de Dios. Según San Gregorio, la madre de Cristo carnal es la Sinagoga, y sus hermanos son los hebreos, cuyo linaje tomó esta madre y hermanos; no quieren entrar en el templo de la Escritura a buscarlo, sino estánse fuera en la corteza y sentido literal de la Escritura Sagrada, y, por tanto, no ven a Cristo ni lo verán hasta que entren debajo del velo que, aun en algunos que son escoria del mundo, tiene Moisén puesto en la cara por no ver a Cristo; y dícense *escoria* por ser pocos y viles; ca no han quedado sino el desecho de los buenos que se han ya incorporado en Cristo, cabeza de los escogidos, quedándose algunos como heces de que ya no se hace cuenta, porque ya creen ser cumplido aquello de San Pablo [13]: *Toda Israel se salvará.* Pues los verdaderos israelitas, que son los encorporados en Cristo, entran dentro en la letra de la Escritura, que es templo de Dios, por ver a Cristo con los ojos de la fe, y creen que es palabra del Padre, que ha de ser oída y hecha: oída por certidumbre en el entendimiento y hecha por obra de amor en la voluntad; ca poco nos aprovecha oír la palabra creyendo si no es hecha amando, que parezca ya visible puesta en efecto.

El premio que nos dará el Señor si prendemos estos *pollos*, que son los espirituales sentidos de la Escritura, dijo arriba que sería vida perdurable, que no se puede alcanzar sin amor de Dios; ca todas las virtudes que se

[11] Cant. 5, 12.
[12] Matth. 12, 50; Marc. 3, 32; Luc. 8, 20.
[13] Rom. 11, 26.

obran sin amor de Dios, no bastan para merecer ni alcanzar la vida eterna; y aun algunos sabios se atrevieron a decir que sin el amor de Dios no podíamos obrar virtud que puramente se ordenase a la vida eterna; ca sin este amor de Dios tiene tanta fuerza el amor propio, que nos hace obrar todas las cosas por nuestro interese y no por Dios; de manera que, pues tan necesario es, con razón debe tu ánima hacer nido de este libro como paloma del Señor, que requiere nido muy abrigado en que no se le resfríe la caridad. Los muy avisados estiman mucho el libro, cuya lección es tal, que sirva por oración; y porque veas, ¡oh digno lector!, que este intento fué el que despertó en mi dormido ingenio aqueste libro y este intento de oración me movió a hacerlo, has de saber que, como yo pensase un día más profundamente aquella sentencia de mi *Tercero abecedario* que dice: *Referir y sacar debes de toda cosa el amor*, determiné que sería perfecta oración referir todas las cosas a su Hacedor, y aun las divinas, sacando de ellas amor y amando por ellas, como por medio, al que las crió; y porque en este ejercicio se ocupan las tres potencias de nuestra ánima en su Señor Dios, me parece perfecta oración. Pues mi negocio en este libro no es sino tratar dende lo más alto hasta lo más bajo y buscar en todo el amor de nuestro Señor Dios, que como luz resplandece en todas las cosas, y tornarlo con amor a la fuente do salió.

Para que con amor leas esta LEY DE AMOR y vayas leyendo y orando, has de saber que hay en ti dos maneras de amor, que son amor de razón y amor de afición; cuando la razón anda negociando en las cosas de Dios y las trata con su juicio y pensamiento, concluyendo justamente y determinando que debe ser amado, si en ti no hay cosa que contradiga a este amor, aquella determinada sentencia que concluyes y afirmas dentro en ti, agradándote de ella, se dice amor de la razón, que lo buscó investigando y rastreando en su consideración. Para que con este amor primero se junte el de la afición, has de tornar sobre tu corazón, inclinando entrañablemente tu voluntad a Dios con gran ternura de afición, alegrándote y gozándote en aquel amor con que te aficionas a tu Dios y a sus cosas; sin sabor parece que comen los que tienen el primer amor; y los que usan el segundo, cada día se van más engolosinando de Dios, despertando el deseo y moviendo todo lo interior, medio apasionados en el amor de Dios cuasi sensiblemente; ca, según dice Guillermo parisiense, cosa es de gran confusión al cristiano sentir el afición que tiene a lo que posee, y a sus amigos, y a unos guantes, y no sentir el afición que tiene a su Dios y Señor.

Pues para mucho mientes en estos dos amores, que son ojos de la Esposa y tan celebrados en la Escritura [14], que se figuren en los dos redaños del sacrificio del amor, en el redaño del cordero y en el redaño de la cabra. Este doblado amor que tenemos dicho, es el doblado maná que se manda coger para el sábado [15] de la quieta contemplación, y el espíritu doblado que pedía Eliseo [16], y el carro de fuego en que Elías sube a cosas soberanas; este amor doblado es la doblada medida que se dice tener el casto José, y teníalo David cuando decía que *su corazón y su carne se gozaron en Dios vivo* [17], y cuando decía que el *pájaro había hallado casa para sí, y la tórtola nido en que poner sus hijos* [18].

Para que mejor entiendas la diferencia de estos dos amores y los ejercites por merecer la doblada estola con que se pagan en el cielo, y entres y salgas a hallar pastos en Cristo, nota esto de Ricardo, que, declarando la gran ley del amor, dice: «Muchas veces somos inclinados a amar alguna cosa por afición; empero, retraémonos por la razón, y algunas veces amamos muchas cosas con propósito deliberado a las cuales no nos aficionamos por el apetito del deseo; así que, en los carnales deseos, muchas veces acaece amar primero con el ánima que con el corazón; empero, en los espirituales siempre es primero amar por deliberación que por afición; ca nunca amamos las cosas espirituales con deseo si no inflamamos el ánimo en la afición de ellas con gran estudio; así que, si deseamos amar a Dios de toda ánima, pongamos primero diligencia en lo amar de todo corazón; en esto sea todo nuestro pensamiento, en esto esté toda nuestra deliberación, acerca de esto sea toda nuestra meditación, si queremos amar a nuestro Señor con todo el deseo». Lo de suso es de Ricardo, en que da a entender la doblada ley de amor susodicha que deberíamos tener con nuestro Dios en todas las cosas, mayormente en las que tratan del mesmo amor que más fácilmente enamora y despierta nuestras ánimas; les enseña que este amor es el fin de toda criatura, y en él se debe resolver y concluir toda obra, y todo mandamiento, y toda inspiración, y toda lección, y toda nuestra vida.

---

[14] Lev. 3, 6 ss.
[15] Ex. 16, 22.
[16] IV Reg. 2, 9, 11.
[17] Ps. 83, 3.
[18] Ps. 83, 4.

CAPÍTULO I

De la ley del amor que tuvo Dios consigo mesmo, publicada por su mesma bondad

Pues que, según dice San Juan [1], nuestro Señor Dios nos amó primero, bien es comenzar dende él; porque más dulce viene el agua traída de más lejos, y sabido el manantial del amor, estará el camino más cierto; ni pienses que este amor primero de que agora quiero hablar es el que Dios nos tuvo, porque antes que a nosotros amase amó a sí mesmo; y si amó a nosotros, no fué sino para que lo amásemos; de manera que, pues el fin es el más noble en la cosa bien ordenada, y Dios nos amó para que lo amásemos, por reducir nuestro amor a la fuente del amor, todavía es bien hablar primero del amor que a sí mesmo tuvo. Para que tú seas de más voluntad sujeto a la ley del amor, es menester que veas cómo es tan universal, que no hay quien se esconda de su calor; ca llega de fin a fin con fortaleza amorosa [2], y dispone todas las cosas el amor en tal manera, que de él se puede decir: Su salida es dende el cielo más alto y su vuelta hasta lo más de él; no hay quien se esconda de su calor [3]; la ley del Señor sin mancilla convierte las ánimas. Dende el altísimo cielo de la Divinidad sale el amor, y al mesmo cielo se torna; porque, según dice San Dionisio, vuelta entera hace el amor, y porque se conozca que su vuelta no es ociosa, dijo David que no había quien se escondiese de su calor; ca el sol del amor que sale al mundo en las altezas de Dios, a todos los dispuestos inflama; empero, porque las ánimas son más tibias en amar que los ángeles, se dijo que esta ley (que es el mesmo amor, según dice la *Glosa)* convierte las ánimas al mesmo principio do él salió.

Dícese esta *ley sin mancilla,* porque no sólo manda amar, sino también da facultad y fuerza para que ame a Dios el que la recibe; y por esto dicen los teólogos que es de otra especie y de mayor quilate el amor con que ama a Dios un bautizado que no el que tenía antes que se bautizase, aunque no fuese infiel, sino que estuviese en esta-

[1] I Ioan. 4, 10.
[2] Sap. 8, 1.
[3] Ps. 18, 7-8.

do de catecúmeno, aprendiendo la fe. Así que esta ley de amor divino es *sin mancilla,* porque nos da fuerza para hacer lo que manda, aunque es sobre nuestras fuerzas, y ella más inmediatamente nos limpia de la impotencia o inhabilidad que para ello tenemos; empero, si la limpieza de esta ley se refiere a las cosas divinas de que comenzamos a hablar, decirse ha *ley sin mancilla,* por ser muy justa, según veremos, o porque a esta ley de amor que hay en Dios nunca le quitó su vigor, contraria costumbre, ni revocación, ni moderación alguna, ni jamás se dejó de guardar enteramente; ca el mesmo Dios la guardó siempre, cuyas operaciones interiores nunca aflojan ni se atibian.

Quien contempla la sublimidad de su Dios, cuán maravilloso es en las alturas, cuán acabado en perfición, cuán exento y libre de todo lo que crió sin tener de ello necesidad, cuán magnífico en santidad, cuán rico en perfición, cuán abundoso en posesión, quedándose con todo lo que da; cuán lleno de todo saber quieto, incomprehensible, soberano y de tan multiplicada majestad que decir no se puede, quien probare a entrar en el laberinto de su grandeza, podrá atónito decir: ¿Quién, Dios mío, inconmutable, te puso ley, quién te dió primero consejo, quién pudo obligar tu desatada libertad, quién podrá decirte por qué lo haces así, si la ley tiene por cierto de ordenar las cosas al fin, y tú, siendo fin de todas las cosas, careces de fin, fuera de ti; dónde te ha de llevar la ley, si es propio de la ley reglar y medir aquello sobre que se pone; quién podrá reglar al nivel de todo el universo, que crió todas las cosas en número y peso y medida; quién pudo dictar esta ley que tú guardas o quién tuvo osadía para te la intimar? Ca para ver cómo no solamente hay en nuestro Señor Dios ley eterna con que rige lo que crió, sino que también tiene en sí ley eterna con que riges.

Asimesmo debes notar que hay dos maneras de ley: una se llama *positiva* y otra *natural;* la positiva depende de la voluntad del que la instituye, y no tiene más vigor ni fuerza del que le quiso dar el que la pudo instituir; y porque la voluntad es libre, toda ley positiva es variable, según el querer del que la instituyó. La ley natural no depende de ninguna voluntad; ca por esto se dice *natural,* cuasi necesaria; porque ninguno puede negar lo que da la naturaleza; es tan necesaria la ley natural impresa en nuestra ánima, que el mesmo que la imprimió no puede revocar esta ley ni dispensar en ella; es tan natural esta ley de la buena razón al hombre, que está siempre en todo hombre; mientras el hombre permanece, dura esta

ley natural, que condena sus transgresores aun en el infierno, do se dice que no hay sabiduría. Trasladando las cosas que acá tenemos o haciendo de ellas comparación a las que están en Dios, y sacando las cosas invisibles por las visibles, pues de allá salieron, para mientes que en nuestro Señor Dios también hay ley positiva y ley natural; con la positiva rige las cosas que crió, y con la ley natural rige a sí mesmo. La ley positiva con que nos rige, depende de su divina voluntad, que determina las cosas variables que tocan a los hombres y aun a los ángeles; y esta ley no se funda en las mesmas cosas, sino en sola divina voluntad, notificada por vía de obligación; de manera que, aunque el hombre pueda hacer muchas cosas, solamente es obligado a lo que le es notificado de parte de la divina voluntad de su Dios, que sólo es poderoso para nos dar la ley que quisiere, por el tiempo y manera que su divina voluntad determinare: el cual puede cumplir y ejecutar toda su ley, dando el galardón que promete a los que la guardan y la pena debida a los transgresores.

La ley natural con que nuestro Señor rige allí mesmo, no depende de la divina voluntad, sino del entendimiento divinal, que juzga las cosas en aquella puridad natural que le conviene; y este juicio rectísimo intelectual que se tiene de parte del entendimiento divino, digo que es *ley natural de Dios*, con que rige a sí mesmo; y fúndase sobre los atributos y propiedades divinales, concluyendo por ley lo que juzga convenir a tan grandes sublimidades y excelencias: al cual juicio se conforma necesariamente la divina voluntad: lo uno, porque es sumamente rectísimo, y lo otro, porque la divina voluntad está sumamente dispuesta para seguir ley de tan gran fundamento como es la que se funda en el mesmo Dios, dictada y ordenada por aquella eterna verdad que juzga cosas tan manifiestas, que ellas mesmas dicen lo que ha de ser hecho. Esta ley no pone sujeción en Dios, porque aun acá no decimos sujeto el que rige por la razón.

Visto que tiene Dios ley, queda de ver quién se la publicó, porque así sabremos de qué es, o qué pide esta ley: donde has de saber que la cosa más publicada en Dios es su bondad, y la cosa de que él más se arrea es su bondad; ca él dijo a un su amigo que le enseñaría todo bien, y Cristo dice que *ninguno es bueno sino sólo Dios* [4]. Y el Padre Eterno envió a la tierra su Hijo hecho imagen y dechado de su bondad, para que allí se viese cuán bueno era Dios. Lo que más de propincuo conviene a la bondad, es amor, porque la bondad se ofrece y pone

[4] Matth. 19, 17.

por blanco de la voluntad para que la ame; porque la bondad amor demanda y no convida sino a ser amada principalmente; ca por esto se dice ser objeto de la voluntad; así que la bondad es de tal condición, que no puede ser aborrecida, sino muy amada; y por esto dicen los sabios que todas las cosas desean el bien, y que el bien llama y atrae a sí todas las cosas, no a otro fin, sino a ser amado de ellas; y tanto más amado por la voluntad, cuanto más conocido por el entendimiento. Pues que la bondad se manifiesta más en Dios que otra cosa alguna, y la bondad, según vimos, demanda amor, cosa es de sí conocida que la ley sobredicha ha de ser de amor; porque así como, según dice el Señor, el que da a todos generación no ha de ser estéril ni sin fruto, tampoco debe dejar de amar la bondad que nos manda que amemos; como esto mayormente sea perfición, y el mesmo Dios sea más prontísimo y suficiente para este amor que todas las criaturas juntas, y el amar su mesma bondad no le sea deshonra, sino grandeza y perfectísima justicia, ca pues ama cuanto crió, no había de dejar por amar las cosas que a sí mesmo tocan, pues que él sólo las puede amar según merecen.

Viste en breve cómo Dios en sí tiene ley, y que es de amor; ca no menosprecia poner sobre su cuello el suave yugo del amor, que es como principado sobre su hombro alto. En el altar de su deidad siempre arde aqueste fuego, no encendido en tiempo, sino en eternidad; ca eterna es su ley de amor y divina, y tan firme que ninguno puede saber cuán establecida esté y cuán perdurable vigor tenga, y cómo nunca se envejecerá, sino aquel que contemplare primero la grandeza de la divina bondad; porque ella publicó con eterna intimación aquesta ley en la divinidad de Dios; y habíale de dar tanta fuerza como la mesma bondad tiene; ca de otra manera no se guardaría justicia si dejásemos alguna bondad sin amor, pues que Dios puede tanto amar como cualquier ley de razón mandare; a la cual, porque es justo, jamás quiso contradecir. ¡Oh bondad divina, piélago inmenso de grandeza infinita!, ¿quién podrá investigar su profundidad y alteza y su anchura y largueza? Debajo estás de todas las cosas y no abatida, encima de todas ellas y no altiva, dentro de todas y no encerrada, fuera de todas y no desechada; ningún entendimiento te puede comprehender, sino aquel do demandas *ab aeterno* justicia de amor, que es el divino. Si, según dicen los sabios, cada cosa tiene tanto de bondad cuanto tiene de entidad y de substancia, ¿cuánta piensas que será la bondad de aquel cuyo ser es interminable sin alguna limitación? Los

cielos y la tierra están llenos de la substancia de Dios, y esta substancia no es como el rayo del sol, que tiene menos vigor en una parte que en otra, sino que, así como es interminable, así es invariable; ca de una mesma suerte es en todo lugar y fuera de todo lugar, salvo que en unas partes se manifiesta más que en otras; empero, su ser no tiene más en el infierno que en la tierra o en el cielo; porque dondequiera está la suma esencia y ser de Dios con aquella estabilidad eterna u señorío que siempre tuvo, y para siempre terná inmutablemente perdurable.

Es tan grande el ser de Dios, que se diga ser Dios nuestro Señor todo pies, porque todo lo anda; y todo ojos, porque todo lo ve; y todo oídos, porque todo lo oye; y todo manos, porque todo lo obra; y todo hombros, porque todo lo sustenta. Según ésta primera manera de investigar la bondad de Dios, que es en su minero, de donde mana, dice San Juan Damasceno hablando del ser de Dios y de su nombre, que son estas palabras: *El que es;* donde se da, según él dice, a entender un piélago de infinita bondad; porque el ser de Dios es infinito, concluye que su ser es piélago de infinita bondad; ca tanto tiene de bondad, cuanto tiene de ser. Considerada la divina bondad en su principio, aun se puede considerar en sí mesma, ca esta sola bondad se puede decir *buena* según todas las circunstancias de ella, cualesquiera que sean; lo cual a sólo Dios conviene, que de toda parte es bueno; ca no sin misterio dice Cristo *ser solo Dios bueno;* porque como en las criaturas haya siempre algún defecto, claro está que por aquella parte desfallecen en la bondad que Dios tiene muy del todo. Comparada una bondad a otra mayor, muestra defecto y falta; mas, comparada la bondad de Dios a todas las otras bondades, muestra infinita suficiencia de ventaja; y por quitar Cristo la osadía y vedar que ninguno compare su bondad a la de Dios, dice que *él solo es bueno;* y él mesmo se dice imagen de la bondad de su Padre, aunque sea tal como él. Todos los ríos, por grandes que sean, callan en entrando en el mar, y no pueden mostrarse por la gran ventaja y exceso que vayan en quien se los bebe ligeramente; y de esta suerte, aquel piélago manantial de bondad divina, que es buena por esencia y no por participación, apropia a sí con justo título el nombre de *bondad*, que por gran eminencia y sublimidad le convier

En nosotros, la bondad es añadidura o accidente hermosea nuestro ser; mas como en Dios no haya ' añadidura alguna, ni le puedan poner ni quitar, s' que su bondad es substancial; en tal manera, que

Dios pueda ser sin ser bueno, y todas las otras cosas, para ser buenas, le han de pedir alguna de su bondad, según aquello de San Agustín: «Si todas las cosas son loadas porque son buenas, la principal causa de alabanza que hay en Dios es por ser bueno en sí y de sí, cuya bondad no es calidad, sino naturaleza; él es bueno con su bien, y no tiene de otra parte algún bien prestado; él consigo mesmo es bueno, y nosotros, allegándonos a él».

Aunque se diga en el Génesis [5] que vió el Señor cuantas cosas había hecho y eran muy buenas, no tenían la bondad tan apurada que careciesen de alguna imperfección, y por esto se dice en otra parte que nuestro vino está mezclado con agua, y nuestra plata llena de escoria, y nuestro trigo de cizaña. La bondad de nuestro Señor es tan purísima, que no recibe mezcla en que pueda tener menoscabo, sino tan monda y exenta de todo defecto, que se figura en la tabla de oro purísimo que estaba sobre el Arca de Dios sin pintura ninguna [6]; por dar a entender que es todo substancial bondad sin cosa que contradiga; y fígurase la bondad en el oro, que es el mejor de los metales, puesto en el templo sobre el Arca hecho tabla, por dar a entender que la bondad de Dios es muy extendida y tiene el más alto lugar; ca escrito está [7] que la misericordia de Dios está sobre todas sus obras muy difusa.

Puédese, lo tercero, investigar la bondad soberana por sus efectos, así en las criaturas, donde la pintó Dios, como en las Escrituras do la escribió, porque los hombres, sin este medio, no la pudieran investigar, según aquello de San Agustín: «Porque no puede ser visto de nosotros en qué manera es Dios bueno en su naturaleza, nos amonesta que lo veamos en sus obras, de las cuales está escrito [8]: *Magnificad a nuestro Señor Dios; perfectas son las obras de Dios y todos sus caminos son juiciosos. Dios es fiel y sin maldad alguna, justo y recto*». En estas breves palabras se han puesto seis excelencias que ensalzan la bondad de Dios: la primera es grandeza en sí mesmo, y por esto dice que lo debemos *magnificar*, que quiere decir *engrandecer;* la segunda, *perfección en sus obras*, y por eso se dijo que eran *perfectas;* la tercera es la *verdad en los juicios*, y, por tanto, dice que *todos sus caminos son juicios derechos;* la cuarta es *fidelidad*

---

[5] Gen. 1, 31.
[6] Ex. 25, 11 ss.
[7] Eccli. 18, 12.
[8] Deut. 3, 3-4.

en sus promesas; y a esto dice que es Dios *fiel;* la quinta es *santidad en sus dones;* y de ésta se dijo que *no tenía maldad;* ca nunca da cosa que dañe la conciencia, si bien se recibe. La sexta es *justicia* muy igual en los premios; y por esto se dice *justo;* y dícese *recto,* porque ninguno se queje de él, diciendo que le hace pocas mercedes; ca a los tales dice el Señor [9]: *Tu vista es mala, que yo bueno soy.* En ninguna cosa pueden los hombres tan a la mano conocer la bondad de Dios como parando mientes a lo que sufre cada día y cada hora, sin faltar sus misericordias ni negar la ración acostumbrada que suele dar al hombre y al mundo. Si los serafines bastasen para tantear, por las vías ya dichas o por otras, cuán inmensa es la divina bondad, podrían sentir cuán infinito es el amor que pide la ley de amor que hay en Dios, porque tanto amor pide cuanta bondad hay; de arte que la bondad es medida del amor; ca como Dios sea justo en el juicio y poderoso en la obra, ejecútase en ella la ley del amor que manda ser más amada la mayor bondad, si la voluntad se hallare con iguales fuerzas para corresponder al mismo tono de la bondad intimadora de aquesta ley.

Cosa manifiesta es que amamos más al lucero que una de las estrellas, y más el norte que el lucero, y más la luna que el norte, y más el sol que la luna; porque tanto crece en nos el amor, cuanto en ellas la bondad, aunque no esperemos de allí algún interese; ca de esta suerte amamos y honramos más al prudente que al ignorante, aunque no nos hayamos de aprovechar de él, sino que la bondad trae consigo ley de amor en el grado que ella se conoce.

Levanta, pues, tu entendimiento y voluntad y tus fuerzas, ánima mía, conjeturando unas cosas por otras; cata que este mundo, tresado de él, otro es; si acá el hombre mundano que juzga bien tiene más amor a las cosas mejores, aunque estén lejos de él, ¿qué amor piensas que terná aquel justísimo Dios a su misma bondad, siendo una misma cosa con él? Infinitísima, sin duda, es la ley del soberano amor, que Dios guarda sin que falte una tilde de ella; y es de tanto vigor esta ley, que antes se caerán los cielos y la tierra se mudará que ella se quebrante. Podrás, empero, decir que, siendo la bondad de Dios infinita, con justa ley pide amor infinito; si Dios da tanto amor, aunque es rico de él, o se habrá de transfundir todo en amor, o nunca hacer otra cosa sino amar, pues lo infinito carece de términos y nunca cesa; de manera que jamás se despache en este negocio; y si esto es así, como

[9] Matth. 20, 15.

el amor convierta en sí los suyos, de tal manera harás a Dios obediente a la ley del amor, que él mismo sea todo amor. Todas estas cosas concede la religión cristiana, y las cree, confesando que no tiene Dios otra mayor gloria que amarse, ni goza de cosa más que de sí; el gozar de sí es amarse con gozo; él se goza del todo, porque del todo se ama. Y porque Dios es amor, dice San Bernardo: «El amor habla que no conoce Señor; el cantar, sin duda, es de amor; ni este cántico se debe fortalecer sino con cosas que amen; ama Dios, y no tiene esto de otra parte, sino que él mismo es de donde ama; y, por tanto, ama con más vehemencia; ca no sólo tiene amor, sino que él mismo es amor».

Pues que es una misma bondad la que está en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, síguese que en cada una de las personas y por todas tiene firmeza esta ley de amor; ca no es menos amada la divina bondad por la una persona que por la otra; porque, como en las cosas esenciales ninguna diferencia haya entre las divinas personas, todo lo que de una se dice a todas conviene; de manera que todo este capítulo no menos conviene al Padre, que al Hijo, que al Espíritu Santo; porque en todos es una misma bondad que pide con justa ley ser amada del mismo Dios, pues no hay otro que pueda cumplir tan justa demanda. El mismo Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo cumplió antes de los siglos esta ley de amor; ca, cuando no había quien amase su bondad, él lo amaba con más suficiencia que agora la aman todos los serafines. Antes ellos mismos, con la misma bondad de Dios, intiman aquesta ley y demandan aqueste amor, y más se gozan viendo que nuestro Señor cumple la falta de ellos amándose infinitamente, que no en el amor propio que ellos tienen a Dios; porque, como el amor divino sea mejor que todo el otro junto, bien se sigue que ha de ser de todos más amado.

Si el más virtuoso ama con justa ley más su vida que no el menos virtuoso, síguese que el mismo Dios se ha de amar más que lo aman todas las jerarquías; y como este amor sea eterno y perdurable, fundado en justa razón, bien parece que no es amor propio, sino ley justa de amor divino. Si el Señor nos manda con tanta justicia que lo amemos, la mesma bondad que nos trae de su bondad le podíamos alegar para que él cumpliese también la ley de amor, pues tiene por costumbre de no mandar cosa que primero no haya hecho, y más le convenga ésta que otra alguna. Abre, pues, ánima mía, tus entrañas y no desprecies la ley del amor que guarda tu Padre celestial: ejercita tú agora con tu Dios aquella doblada ley de amor

que viste en el *Prólogo;* y mira esto del sabio [10]: *Los que temen a Dios, inquieren las cosas que son agradables a él;* y los que lo aman serán llenos de su ley. Ninguna cosa puede tu ingenio inquirir ni buscar tan agradable a Dios como es la ley del amor; procura ser lleno de ella en la razón sabiendo, y en la afición amando; ocupa tu ingenio y tus deseos en las cosas tocantes al amor, y emplea tus fuerzas en ejecutar tan divina ley. No te engañe la bondad aparente del mundo; ca no es todo oro lo que reluce; la mundana bondad aneja tiene maldad infernal; y la bondad divina, cuando es amada, cada día se da más a sentir.

CAPITULO II

De la eterna ley de amor que tuvo Dios con los que finalmente lo aman, y cómo los hizo participantes de su amor

Pues vista la ley de amor que hay en Dios, bien es que veas si en amar a tus amigos guarda la ley por igual, si los ama igualmente a todos dende antes que fuesen; y no te parezca curiosa esta pregunta, porque en la Escritura [1] son alabados los que de día y de noche escudriñan la ley del Señor; dado que cualquier mandamiento suyo se llame *ley suya,* el mandamiento del amor es la mayor de todas sus leyes, pues que es el mayor de sus mandamientos; de manera que la ley del amor es la mayor de las leyes y ánima de ellas, porque obliga más sin alguna dispensación y manda cosas de más importancia, y porque de ella depende toda la Vieja Ley y la Nueva; y cuanto escrito se ha de reducir; aquí todas las leyes dan parias y hacen acatamiento al amor. De todas las otras hay apelación para la ley del amor, en el cual se recompensan todas las deudas y penas que debemos a Dios, según dice Escoto [2]; y no sólo mientras vivimos, sino que también nos perdona Dios la pena que le habíamos de pagar en el otro mundo por el amor que le tuvimos en éste, según dice el mismo Escoto [3]. Pues que es tan provechosa esta ley, y entendiendo en las cosas del

10 Eccli. 2, 19.

1 Ps. 1, 2; 118, 2.
2 IV *Sent.,* d. 14, q. I.
3 Ibid.; IV *Sent.,* d. 21, q. 1.

amor amamos, con mucha razón son alabados, según dije, los que la escudriñan de día y de noche. Aquél piensa de día en ella, que se para a considerar las cosas claras de ella o fácilmente declarables; y aquél piensa de noche en la ley del amor, que con solícito y cuidadoso corazón inquiere y busca los profundos secretos del amor; y éstos son más loables y se gozan más, porque más dulce es el agua de la peña viva que la de la tierra.

Allende de muchas utilidades que la presente consideración nos puede traer, la principal pienso ser que, pues nos es necesario tener en nosotros muy ordenada la ley del amor y los grados de él, no sacaremos poco aviso si miramos en el presente capítulo la orden que tuvo Dios en amar; ca, si la imitamos, podremos decir [4]: *Metióme el Rey en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad.* Entremos, pues, con mucho tiento a la bodega secreta del vino cálido del amor divinal, para nos ordenar y regir por él.

Para ver si *ab aeterno* tuvo Dios igual ley de amor con todos los que había de criar, hemos primero de ver qué es tener ley de amor con alguno de los hombres desamorados y sin constancia; solemos decir: Dejadlo, que no tiene ley con nadie; según esto, tener ley con alguno es amarlo; amar alguna cosa, según dicen los que saben, es desearle bien y querer algún bien para ella; y de esta manera solemos decir: «Yo quiero bien a fulano», donde mostramos la afición que le tenemos, pues le deseamos prosperidad. Cuanto con más radicado amor le deseamos la tal cosa, lo amamos más, y cuanto lo que le deseamos es mejor; de manera que la grandeza del amor puede ser de dos maneras: o porque es mucho el deseo o porque es muy grande la cosa que deseamos a nuestro amigo. El amor que tuvo Dios a los escogidos es muy grande, por estas dos cosas: por parte del intenso y radicado amor interior y por parte de lo que nos deseó, que fué cosa grande, y tan grande que más no pudo desear a los escogidos, pues que les deseó a sí mismo; quísolos bien; quísoles bien, y el bien que les quiso es el mismo Dios. ¡Oh cosa digna de perpetuo agradecimiento!; si con querernos Dios un día de salud le debiéramos mucho, ¿cuánto le debemos, pues que nos deseó a sí mismo? Los que dicen no fundarse la predestinación en cosas criadas, miran al mucho bien a que son predestinados los santos; ca, pues Dios no paró en dar a los escogidos pequeños dones, ni se contentó hasta les dar su misma divinidad, señal es que tan sublimada merced no se había de fun-

[4] Cant. 2, 4.

dar en nuestros pequeños y negligentes servicios. Porque el Señor dió bien, a más no poder, a los predestinados, dice por el profeta, hablando de la congregación de los escogidos [5]: *¿Qué es lo que debía yo más hacer a mi viña, y no lo hice?* Dado que fué el mayor de los bienes el que Dios quiso para los escogidos, aunque fué uno y el mayor de los bienes, la participación fué diversa; y en este diferente gozo que les quiso dar de sí mismo se fundan los diversos grados de la gloria que ternán; empero, hablando del acto y de la obra del amor con que Dios nos deseó y quiso a sí mismo, de aquel amor interior o bienquerencia que es raíz de todos los dones, dice Escoto [6] que es *infinito*, porque con el mismo que a sí mismo ama, amó a todos los escogidos; y que, dado que este amor de parte de Dios sea infinito, termínase y ordénase a cosa finita y poca; de lo cual se podría poner ejemplo de esta manera.

Si hubiese una circunferencia de compás que hiciese un cerco infinito en grandeza, mayor que el cerco del cielo, y en medio dieses un punto, claro está que podrías traer infinitas líneas de la circunferencia al punto, pequeñito; y podrás barruntar la proporción de la ley de amor que el Señor tuvo *ab aeterno* con cada uno de los escogidos; y el que profundamente imaginare esto con atención, verá venir sobre sí la mar del amor divinal y será opreso y derribado con su gloria.

Esta ley de amor es tan valedera, que de ella sola se pueda con más entera propiedad decir aquello de San Pablo [7]: *La caridad nunca se cae.* El que quisiese contemplar cuán inmutable es Dios en amar los que lo aman, había de mirar la diferencia que hay entre la divina voluntad y la humana; y es que la voluntad divina es una y la mesma; empero, la voluntad del hombre, aunque sea una, no es la mesma; ca es más mudable que el viento: agora amas una cosa y dende a poco tienes de ella fastidio; delante dices uno y detrás otro; amas en presencia y aborreces en ausencia; lo que agora concedes, niegas después; en breve intervalo conviertes el amor en malquerencia; agora quieres una virtud, y cuasi luego abrazas el vicio contrario; y por esto parece que tu voluntad, aunque de hecho sea una, no es la mesma, ni jamás permaneces en un estado. Más apetitos tienes que preñada: eres como camaleón, que, puesto en diverso lugar, es diverso: tantas colores muda, como tiene diferencias el lugar do se sienta; de manera que, mudando el

[5] Is. 5, 4
[6] IV *Sent.*, d. 3, q. 32.
[7] I Cor. 13, 8.

cuerpo, muda el color; éste, como tú, se mantiene de viento, que andas mirando lo que dicen de ti. Este animal, para mudar la color, ha de mudar el lugar; mas tú en un momento mudas la voluntad: o eres como espejo que se hinche de cuanto le ponen delante y recibe cuanto le ofrecen, y con sólo volver se recibe nuevas formas, o como el aire del resollar, según dice Ricardo: que sale cálido y torna luego frío. Según esto, dice también Jeremías [8] que con el deseo de tu ánima atraes el viento de tu amor. Pues la diversidad súbita de diversos propósitos que el hombre tiene, le debe dar ocasión a levantar el ánimo al amor inmutable de Dios, que no sufre transmutación ni espera vez para amar, sino que siempre te ama, cual sentía San Pablo cuando decía [9]: *Obra uno y el mesmo Espíritu Santo*, que es amor; de manera que se pueda de él decir: «Ninguna cosa hay nueva debajo del sol» [10], ni puede alguno decir: «Mira, que esto es reciente». El sol en que pone Dios su morada para se desposar con las ánimas, es su amor, del cual procede a nosotros, como de tálamo, hecho esposo nuestro. Debajo de este sol no hay cosa nuevamente amada, ni hay amor reciente en Dios, porque eternalmente ama él a los suyos. No es Dios amigo nuevo, sino viejo y muy probado, muy seguro, muy firme; del cual dice el Sabio [11] por te consolar: *El que lanza la piedra contra las aves que vuelan, derribarlas ha*. Y de esta manera desata el amistad el que dice denuesto contra su amigo; aunque hayas sacado el cuchillo para el amigo, no desesperes; porque aun lugar hay para volver a él. Y si te abriere la boca triste, no hayas miedo, ca memoria terná.

En la alta comparación de las aves volantes que puso el Sabio, nos da a entender que el amor que nuestro Señor nos tuvo *ab aeterno*, era para que volásemos a él; ca el amor con que Dios en caridad perdurable nos amó [12] es perfectísimo, pues nos ama por sí y para sí; y por esto se dice *amor*, que atrae a las cosas altas, de las cuales se derriba el pecador cuando quebranta la ley del amor; y desata, según dijo el Sabio [13], la amistad, quebrando el lazo de la caridad, que lo enlazaba con su Dios. Tres cosas señala, que son *piedra, denuesto* y *cuchillo:* la *piedra*, según dice Beda, es el mal pensamiento que lanzamos contra Dios cuando determinamos de querer lo que nos

[8] Ier. 2, 24.
[9] I Cor. 12, 11.
[10] Eccli. 1, 10.
[11] Eccli. 22, 25.
[12] Ier. 31, 3.
[13] Eccli. 22, 25.

defiende; antes que consientas, tienes la piedra en la mano como el demonio en el desierto; empero, desque ya consientes al mal pensamiento, es como lanzarla contra Dios, aunque tú querrías que fuese tu piedra pan delante de él, no tomando a mal tu mala deliberación; mas el celoso amador no consiente esto; ca, pues te demanda el corazón, no le sabrá bien la piedra. Lo segundo que se dijo fué *denuesto:* donde se denota el pecado de la boca con que solemos ofender, y toda mala palabra se puede llamar *denuesto*, con que denuestas a ti, o a tu prójimo, o a Dios. Lo tercero fué *cuchillo*, y es el último mal, que consiste en el pecado de la obra con que cuasi ponemos las manos en nuestro eternal amigo. Porque cada una de estas tres cosas basta para inducir y atraer al ánima muerte espiritual; se dice en el Evangelio que Jesucristo resucitó tres muertos: el uno, dentro en el palacio de la casa, que es el pecado del corazón; y el otro, a la puerta de la ciudad, que es el pecado de la boca; y el otro, fuera del castillo, que ya hedía; y éste es el pecado de la obra. Aunque estas muertes traiga el pecado a tu ánima, dice el Sabio que no desesperes, porque todo se remedia con volverte a tu amigo viejo, que no solamente recibe, mas convida con amor; ca siempre es el primero en amar y el postrero en reñir. Esto tiene, según dijo el Sabio, que te ha de mostrar la boca triste; mostrándote a confesar con tristeza tus pecados, donde con el abrimiento de la boca atraemos presto al Espíritu Santo, con sólo desear por entero tornar al amor. En la última palabra que dijo el Sabio, nos da entera confianza cuando dice que este amigo *terná memoria*, de la cual dice el Señor [14]: *Acordéme de ti habiendo misericordia de tu juventud y de la caridad de tu desposorio.*

Para conocer esta memoria que el amor trae a Dios, has de saber que, antes de los siglos, conociendo nuestro Dios su eterna bondad, hallóse deudor de amor infinito, porque la inmensa bondad debe ser infinitamente amada; y como aquel amor soberano, según dice Escoto [15], sea secretísimo y no celoso, vió convenir a su bondad que hubiese también otras criaturas que con él la amasen; y esto, no por necesidad, como lo del primer amor de que hablamos que bastaba, sino que el mismo Dios, queriendo hacer mercedes de su amor, tuvo por bien de criar quien alcanzase parte de él para amar aquella divina bondad que él nunca dejó de amar; y así, quiso tener quien le acompañase en amar su bondad, dándoles fuerza de amor;

[14] Ier. 2, 2.
[15] IV *Sent.*, d. 46, q. 1.

de manera que él y todos los santos en amar no son más que solo Dios en cuanto a la intención del radicado amor, donde se contempla su franqueza; que no crió amadores como necesitado de ellos, sino como necesitados de él; y así se muestra la perfección de la cosa amada, que sola basta para todos, y la perfección de amor, que no es envidioso, como el mundano. No se satisfizo Dios en determinar tiempo para criar sus amadores, sino que, como a compañeros de su amor, *ab aeterno* los escribió en su corazón en número señalado, y fué tanto el amor que les tuvo, que excede a todo el que acá se puede pensar. Donde él dice [16] que, si la madre se olvidare de un solo hijo de sus entrañas, él no se olvidará de nosotros, porque más nos ama; empero, cuando uno de estos amados a quien Dios amó *ab initio*, queriéndoles, finalmente, dar su amor para que con él amasen su bondad, y escribiéndolos en la ley de amor que se dice libro cerrado con siete sellos, que son los siete dones del Espíritu Santo, con que se favorecen los amadores; cuando uno de éstos se hace desleal, dice Dios: *Dile sin misericordia;* porque no tengo de añadir más mina a la casa de Israel, sino que con el olvido la olvidaré; esto dijo Dios al profeta [17] hablándole de una hija suya que tenía figura del ánima pecadora, que en otra parte se llama *ramera olvidada* [18]; ésta se dice y tiene por nombre *sin misericordia,* porque de sí misma no tiene *misericordia* en no agradar a Dios, como en otra parte se lo aconsejan.

Dice Dios que no añadirá más *misericordia;* y entiéndese mientras estuvieres en el pecado: ca entonces tú mismo, cruel contra ti, te raes del libro del amor con tu presente maldad. Y dijo el Señor que no añadirá más *misericordia* a la primera que tuvo contigo cuando te hizo del número de sus amadores; pues tú te pones, pecando, en el número de los enemigos, que nunca fueron, finalmente, amados ni escritos en el libro del amor; así que debes mirar por ti; ca olvidarte con olvido es ni darte en este mundo gracia ni en el otro gloria, que es olvido doblado en este mundo y en el otro; y añade más pena, porque mientras pecas te lee la sentencia de condenación, para que, en viendo los demonios tu ánima fuera del cuerpo, la lleven a la pena que en el infierno se llama de daño, y el cuerpo a la pena sensible, aunque por algún tiempo sea primero manjar de gusanos.

Teniendo nuestro Señor dada tal sentencia contra los transgresores que no ejercitan el amor para que fueron

[16] Is. 49, 15.
[17] Os. 1, 16.
[18] Is. 23, 16.

criados, con razón es dicho estar olvidado, y muy olvidado, de aquel primer desposorio que por amor se hizo en el consistorio de su eternidad, siendo padrino el Espíritu Santo; empero, luego que sus amorosos ojos ven que su amador torna sobre sí, cobrando mejor acuerdo, en la ceniza sola que le quedó en el altar del corazón comienza con diligencia a revolver y buscar alguna centella del amor de Dios; el mismo Dios, que no duerme, nos envía a Cristo, que es pedernal, para que, golpeando en él con gemido de contrición, seamos restituídos de nuestra mala conversación a aquel primer amor que *ab aeterno* nos quiso Dios librar en sí mismo, y, como en año de jubileo, nos restituye nuestros bienes, que teníamos ya perdidos y enajenados; ca nuestras buenas obras también eran dadas a olvido; como nosotros, empero, no es menor el gozoso amor con que el Señor nos recibe cuando tornamos a él por amor, que fué la ira con que nos despidió cuando nos apartamos de él por aborrecimiento; y de aquesta razón viene que, cuasi restituyéndonos el placer que perdimos con la amenaza pasada, dice el mismo Señor [19]: *Si me olvidare de ti, Jerusalén, mi diestra sea dada a olvido; péguese mi lengua a mi paladar si de ti no me acordare y si no pusiere a Jerusalén en el principio de mi alegría.* Al ánima que por amor ha hecho paz con él, dice Dios estas palabras; y son tales, bien miradas, que todo el artificio de los serafines no las pudiera sacar mejores de la fragua del amor; en las cuales paga Dios como amigo viejo, con las setenas, la falta del amor que parecía haber en las otras palabras con que dijo que no habría de nosotros más *misericordia,* y que nos olvidaría con olvido; porque conjetures o puedas oler la inmensidad del divino amor para te acotejar esta la sentencia del premio con la otra del castigo, que primero se dijo: acullá, cuando Dios hubo de castigar al ánima, anduvo buscando rodeos, y mandó al profeta que llamase a la mochacha *sin misericordia,* denunciándole que ella había sido causa de todos los males que le habían venido, porque no había querido tener *mina* de su ánima, y entonces añadió el Señor que tampoco él habría *misericordia* de ella; y en todos estos rodeos quiso cuasi formar esta sentencia en el ánima de su profeta: *Dile que, pues ella no hubo de sí misericordia, tampoco la habré yo; y no quedará sin castigo, ca con olvido me olvidaré de ella.*

Todos estos rodeos buscó Dios para herir a Judea después de grandes ofensas; empero, agora, para hacer *misericordia,* se muestra prontísimo y, en oyendo que sus

[19] Ps. 136, 5-6.

amigos se quejaban, diciendo que *cómo habían de cantar el cántico del Señor en la tierra ajena*, ofrécese él mismo con socorro para lo por venir y con premio por lo pasado, diciendo: *Si me olvidare de ti, Jerusalén, mi diestra sea dada a olvido; péguese mi lengua a mi paladar si de ti no me acordare y si no pusiere a Jerusalén en el principio de mi alegría.* Bastara que nuestro Señor dijera que nos había de tornar como a escrebir o amar de nuevo en aquel principio de su alegría, donde nos amó primero antes de los siglos cuando de él fuimos conocidos y señalados apartadamente para lo amar; no se satisfizo en conocer a los suyos antes que fuesen, sino que en aquel principio do estaba la palabra, *nos amó perpetuo amor*, y allí dice que nos ha de tornar a poner cuando tornamos a lo amar; dándonos en esto a entender que de allí caímos, que miremos lo que se pierde cuando se pierde su amor; ca perdido él, caemos cuanto es de nuestra parte de aquella primera elección eterna donde por amor nos quiso elegir antes de la constitución del mundo, y allí nos torna cuando nos tornamos a él; y con tanta firmeza nos asienta, como si nunca hubiéramos caído ni hubiésemos de tornar a caer; lo cual dice el mismo Señor, y, no satisfecho con decirlo ni con jurarlo, echa conjuros sobre sí, que es como tercera a manera de afirmación; y los conjuros que sobre sí echa son: el primero, que su diestra sea dada a olvido, y el segundo, que su lengua se le pegue al paladar; incluyendo en estas dos cosas sus bienes y su persona, porque en la diestra de Dios se entienden, según los doctores dicen, los mejores bienes de Dios; y en lo que dice de la lengua, nos da a entender que la memoria que de nos tuviere no será mental ni secreta solamente, sino pronunciada por la boca; y también verná a efecto de obra cuando nos pusiere realmente en el principio de su alegría y jocundísima gloria que nos espera, donde nos será dicho que entremos en el gozo de nuestro Señor; el Hijo de Dios se llama también *diestra del Padre;* y el Espíritu Santo vino en figura de *lenguas*, y, por tanto, en jurar el Padre por su diestra y su lengua, parece jurar por su Hijo y por el Espíritu Santo, para nos intimar, más este misterio del amor que a toda la Trinidad conviene.

Y si quieres notar los grados del amor que se incluyen en las palabras susodichas, mira que primero dice que no nos olvidará; y en lo segundo, que se acordará de nosotros; y en lo tercero, que nos porná en el principio de su alegría. Solemos decir a quien nos ama *que no nos olvide;* y a quien más nos ama decimos *que con estudio se acuerde de nosotros*, aunque nosotros seamos en algo cul-

pables; empero, a nuestros muy entrañables amigos solemos decir *que nos den parte de todos sus placeres luego,* y nos pongan en el principio de su alegría, porque en los buenos, según dice San Agustín, precede la amicicia y síguese la utilidad: lo cual todo prometió el Señor en las palabras susodichas, llevándolas así por grados, por notificarnos su cuidadoso amor que no nos olvida, aunque de tan lejos nos amó; y acuérdase de nosotros cuando después de nacidos nos da su gracia, y pónenos en el principio de su alegría, donde nos tiene aparejado el lugar, cuando, pasados de esta vida, nos coloca en su gloria, donde toda su alegría es gozarse con sus amigos.

Para que veas en alguna manera qué orden tiene Dios nuestro Señor en amar sus amigos, hablando generalmente, sin señalar agora piezas, mira que Dios se llama sol, y su morada se dice estar en el sol; porque allí se representa Dios, según aquello de San Dionisio: «Manifiesta imagen de la divina bondad es todo aqueste resplandeciente y sobreluciente sol». La razón que más hace al caso presente, porque Dios se llama *sol*, es por tener en sí un calor operativo y un calor fecundo, que anima todas las cosas del mundo que son animables, y entiende en la vida del hombre aun antes que sea el hombre; y entiende en la vida de todo aqueste mundo mediante su calor, que en nuestro sol divino y eterno es el amor que en sí mismo tiene, y es una esencia con él, y con este soberano amor nos amó antes de los siglos, haciéndonos de sí mismo parcioneros y queriendo para nosotros aquel amor que en sí mismo tiene, con que nos dió vida; de manera que con el mesmo amor que Dios nuestro Señor se amó, nos ama; y no solamente con el mesmo amor, sino con la mesma actual operación de amar, sin tener para nosotros nuevo acto que en alguna manera haga mudanza en él, ca no la puede recibir. Donde, así como el sol, con el mesmo calor que tiene en sí, calienta dende que tuvo ser las hierbas y los montes, enviando sobre todas las cosas, chicas y grandes, la plenitud de su calor, cuasi de esta suerte, nuestro sol divinal, sobre todas las criaturas que finalmente lo aman, envió su amor dende que el mesmo Señor se amó a sí mesmo; porque como Dios no pueda conocer cosa de nuevo, síguese que *ab aeterno* tuvo de nosotros noticia para nos ordenar a su amor, que también es inmutable, según aquello de San Agustín: «Incomprehensible es el amor de Dios e inmutable, con el cual ama Dios en cada uno de nosotros lo que hizo, así como aborrece lo que fecimos; de manera que por un modo maravilloso y divino, aun cuando nos aborrece, nos ama; y esto en todas las cosas puede ser entendido».

Nota que en nosotros hay muchas maneras de amor, y, por tanto, amamos con diversidad las cosas diversas; empero, como en Dios no hay sino un amor, así como en el sol no hay sino un calor, síguese que a todos los suyos ama con un amor invariable; empero, así como el sol es participado por diversa manera, siendo uno el calor suyo, así, aunque es uno el amor de Dios, no es recebido igualmente; y esto quiso decir Escoto cuando dijo que Dios ama todas las cosas igualmente en cuanto es suyo el acto y obra del amor, ca es un solo infinito acto; empero, este acto y operación de amor no pasa igualmente sobre las cosas amadas, sino según cierta orden. San Buenaventura declara también este punto diciendo que la igualdad del amor puede ser en dos maneras considerada: o de parte de la operación del amar o de parte de la cosa que deseamos al que amamos, como comencé a decir al principio de amar, de este capítulo. Si contemplamos el amor de Dios en cuanto es obra de amar, hallaremos que a todos los suyos ama igualmente, porque no quiere Dios más radical ni más intensamente el bien a una ánima santa que a otra, ni a un ángel que a otro; ca con un acto sencillo, indivisible, infinito y en ninguna manera variable, ama a sí y a los suyos, sin añadir vehemencia alguna ni fervor a la operación del amar.

Dicen también algunos que amar Dios a sus amigos es traerlos a sí, para los transformar en sí; empero, aunque todos sean atraídos, como no sean todos igualmente transformados a iguales grados de amor, sino cada uno según su legítima, síguese que de parte del que los trujo a sí hallaremos igualdad, porque con una mesma operación fueron traídos por amor al amor; empero, no entraron todos igualmente a gozar del amador Dios; el cual, así como cuando él se amó no se amó envidiosamente, sino que luego buscó quien amase también con él lo que él amaba, que era su bondad; así, cuando buscó amadores, les dió tal amor, que no pueda haber lugar la envidia, sino la caridad, que aun de sus cosas hace gracia, que está tan crecida en ellos, que el menor, si sólo fuera llamado y pudiera llamar a los otros, no lo dejara de hacer, ni les dejara de dar, si pudiera, toda la participación del amor que tienen.

Quien más a la llana declara el punto que venimos platicando, es el Maestro de las Sentencias, donde dice: «Como sea el amor de Dios inmutable, y, por tanto, ni se diga más intenso ni remiso; si pregunta qué es lo que entendemos cuando se dice *más* o *menos* amar éste que lo otro, cuando se dice que Dios ama todas las cosas, respondemos que el amor de Dios también, como la paz,

excede todo sentido humano, porque apenas alcanza el humano sentido tanta alteza de inteligencia; empero, puede ser sanamente entendido que por esta razón se dice amar Dios todas las cosas que crió, porque todas le aplacen y todas las aprueba en cuanto son obras suyas, ni antes le agradaron más ni menos que cuando fueron hechas; que antes *ab aeterno* todas le agradaron, no menos que cuando comenzaron a ser; empero, si se dice que ama más o menos a los ángeles que a los hombres, no por eso se significa mutabilidad de su caridad, sino que amó unos para menores y otros para mayores bienes, porque todos nuestros bienes vienen a nosotros de su amor; así que, de los escogidos, a unos amó *ab aeterno* menos y a otros más; aun agora los ama de esta manera, porque a unos mayores y a otros menores bienes aparejó su amor, y a unos da mayores y a otros menores bienes en tiempo, y de aquí se dice amar más o menos éstos que aquéllos.

Guarda tú, pues, ánima mía, la ley del amor, según toda su posibilidad, contemplando la interminable caridad que tu amigo tuvo contigo antes que fueses, para que en siendo lo amases; mira que, pues él te amó en toda su eternidad, tú lo debes amar en todo tu tiempo; ca escrito es [20] que en todo tiempo ama el que es amigo, y el Sabio [21] te aconseja que no dejes a tu amigo ni al amigo de tu padre; no pienses que es nuestro Señor Dios solamente amigo tuyo, porque también lo es de tu padre; y si tú eres hijo fiel, débeslo amar por todo, volviendo los ojos a ver si pudieres mirar los siglos que antes de ti pasaron, donde no menos te amó Dios que agora, ni fué menos solícito en las cosas que te cumplían; porque, si crió los antepasados, fué para que tú nacieses de ellos, teniendo siempre memoria de tu amor. Si, según dice el Sabio [22], por la suavidad que tiene el buen vino añejo se compara a él el amigo antiguo, ¿con cuánta suavidad te debes llegar a tu Dios, pues que con tanto cuidado te amó tan antiguamente? No dejes, pues, el amigo antiguo, Dios tuyo, sino ten en peso su amor, notando lo pasado y por venir; ca en todo lo hallarás fidelísimo amador, pues de tan lejos y para tan sin término te ama; si no se dejan de contar los meses y años del poco servicio ni las leguas del camino para más agradecer al que de lejanas tierras vino a buscarte, menos debes disimular el interminable y infatigable amor que a ti, tan vil, ha tenido y tendrá su soberano Dios.

[20] Prov. 17, 17.
[21] Prov. 27, 10.
[22] Eccli. 9, 15.

CAPÍTULO III

De la ley que fué publicada a los ángeles cuando fueron criados, y cómo esta ley fué de amor

Aconséjanos el Sabio [1] que tengamos conversación con los que tratan la ley de Dios, porque así nos aficionemos más a ella viendo que los otros la cumplen por entero. No hallo yo dónde siempre se ejercite aquesta ley de amor más cumplidamente que en el cielo, do debría ser nuestra conversación; porque allí, así como no tienen el conocimiento de esta ley en parte, sino en todo, así totalmente aman. No son enseñados allá en esta *ley de amor* por palabras, como acá nosotros, sino por ejemplo evidente, que mueve más que las palabras; y el ejemplo es ver cómo aquel inmenso Dios ama con ley de amor perdurable su eterna bondad, a lo que son todos los ángeles con sólo verlo provocados; y ver uno de nosotros esto sería suma bienaventuranza, y se diría de él [2]: *Bienaventurado, Señor, el hombre que tú enseñares y lo doctrinares en tu ley*. Pues que hemos de ser (si lo mereciéremos) allí bienaventurados, estando delante del pacífico Rey celestial y oyendo, con el obediente oído del ánima, soberana sabiduría de esta ley del amor, según lo dijo la amorosa reina de Sabá cuando vido los dispuestos criados de Salomón, razón es que pensemos con vivo y tierno corazón la *ley de amor* que puso nuestro Señor a los ángele le en habiéndolos criado; para lo cual debes saber que, cuando crió nuestro Señor aqueste mundo visible en que vivimos, crió también primero, para su gobernación, el cielo empíreo; ca, según algunos dicen, tiene influencia sobre las cielos que están debajo de él, y por ser primero y más excelente que los otros e inmovible, tan claro como un pedazo de luz; por estas preeminencias que tiene, se llama en la Escritura *cielo de los cielos,* según dice una *Glosa;* y él, siendo uno, se pone en el número de muchos, por tener muchas mansiones y aposentos distintos para los santos. Este lugar es el mejor de los lugares, que excede a todos los otros lugares en toda manera de exceso. En siendo este cielo criado, fué lleno de ángeles, no porque

[1] Eccli. 27, 13.
[2] Ps. 93, 12.

más no pudieran caber, sino porque juntamente fueron criados en él todos los que nuestro Señor determinó de criar; y entonces se dice estar las cosas *llenas* y acabadas, cuando vienen al estado que les determinó el Hacedor de ellas; y según esto, diremos que ahora no está el infierno *lleno* de dañados, aunque haya tantos que sean sin número, ni aun está el cielo *lleno* de santos. Así que se dice haber sido el cielo *relleno* de ángeles porque todos juntos que los habían de ser, los crió el Señor allí, no sucesivamente, como a los hombres.

Item, dícese de haber sido *relleno* de ángeles porque eran en grandísimo número los que juntos crió allí Dios, y tantos, que de su numerosidad dice un doctor después de haber disputado en ello: «Grande fué la muchedumbre de los ángeles, en tanta manera, que pienso poderse antes contar las estrellas del cielo, y las gotas del mar, y los átomos del sol, que no la muchedumbre de ellos». Esto dice del coro más bajo solamente, porque los otros tienen más; ca cuanto es más alto el coro, tanto contiene mayor muchedumbre, según dice San Dionisio. De la creación de estos ángeles no hizo expresa mención la Escritura del Génesis, porque no pensasen los hombres que estos ángeles eran dioses; ca en este error cayó Platón, aunque sapientísimo. La excelencia de ellos era tan grande, que parece dar gran causa para ser aqueste error ligeramente creído, porque de ellos dice San Isidoro: «Los ángeles son substancias espirituales inmortales, impasibles, racionales, seguros, sabidores de las cosas por venir, regidores del mundo, moradores de las cosas altas». Y San Bernardo dice: «Estos conocimos ser espíritus gloriosos y bienaventurados, en las personas distintos, en la dignidad ordenados, que dende el principio estuvieron en su orden; perfectos en su manera, perpetuos con inmortalidad, puros en el ánimo, en la afición benignos, en religión piadosos, indivisibles por unidad de amor, seguros con paz».

Item, a los ángeles conviene sotileza de esencia, agudeza de inteligencia, facultad de libre albedrío, ligereza en ir, presteza en obrar. Estos se llaman en la Escritura *luz*, por ser muy sotiles; y *fuego*, por estar muy encendidos en amor; y *cielos*, porque mora Dios en ellos; y *vientos*, porque son muy ligeros; y *aves*, por la alta conversación. Item, llámanse *cantos* del cielo, y *huestes* de Dios, y *carros* suyos; *estrellas*, y *columnas*, y *príncipes*; *piedras* encendidas y *mancebos* de blancos vestidos, *hijos* de Dios y *cercanos* a él. Tienen eminencia sobre todas las cosas inferiores en el ser y en el lugar, y en ser primero criados, y en ser muchos, y en ser llamados *se-*

ñales de Dios y *puros, perfectos, fuertes, hermosos* y *firmes*. Estas cosas dicen los sabios desque hablan de los ángeles, y helas sacado con aviso para que puedan convenir a todos y a cada uno de ellos en siendo criados.

Lo que más dificultoso te parecerá en este caso, es haber dicho que todos los ángeles fueron bienaventurados, como sea cosa manifiesta que estén la tercera parte de ellos en el infierno; para esto debes saber que hay *dos maneras de bienaventuranza:* la primera es carecer de todo mal, cualquiera que sea; la segunda es tener todo bien que sea; aunque los ángeles no tuvieron, en siendo criados, la segunda bienaventuranza, tuvieron la primera; y más que la primera, ca fueron criados, en prueba de lo cual acota el Maestro de las Sentencias a Orígenes, que dice: La serpiente enemiga fué y contraria de la Humanidad; empero, no dende el principio ni luego anduvo sobre su pecho y vientre; así como Adán y Eva no luego pecaron, de esta manera la serpiente algún rato no fué serpiente que moraba en el paraíso de los deleites, porque Dios nunca hizo malicia; y no sólo tuvieron todos, en siendo criados, esta bienaventuranza, que es carencia de todo mal, sino que también tuvieron parte de la otra, que está en poseer todos los bienes; porque, aunque no los tuvieron juntos, harto es haber sido criados en gracia, que los hacía muy agradables a Dios; porque, según dice San Agustín, criando el Señor la naturaleza angélica, les daba juntamente aquesta gracia soberana, lo cual declara en otra parte, diciendo: Los ángeles, bienaventurados eran antes que cayesen; empero, aun había alguna cosa que se pudiese añadir a su bienaventuranza, si se detuvieran hasta recibir la plenitud de la suma bienaventuranza, como premio de su permanencia. Esta gracia declara más San Juan Damasceno, diciendo: Por la palabra de Dios fueron criados todos los ángeles, y fueron perfectos por el Espíritu Santo, mediante la santificación, según la proporción de la dignidad y orden, participantes de iluminación y gracia. San Jerónimo dice sobre aquello de Oseas [3] profeta: *Amaron los racimos estrujados de las uvas*. Perdieron la pasada gracia, así como los demonios, que cayeron de la propia dignidad, y ninguna cosa poseyendo de la gracia antigua, están ya secos. Y el profeta Ezequiel [4] dice a Lucifer que estuvo en los deleites del paraíso lleno de sabiduría y perfecto en hermosura; las cuales cosas él no pudiera tener sin aquella gracia soberana que hace

[3] Os. 3, 1.
[4] Ez. 28, 12-13.

muy agradables y amigos de Dios, en la cual fué criado él y todos; porque como Dios no sea aceptador de personas y sea justo en todas sus cosas, síguese que a todos los que están aparejados para recebir gracia la da liberalmente, y no parece haber otro mejor aparejo para la recebir que la inocencia y la recta voluntad, que entonces todos los ángeles tenían.

La probabilidad que para probar esto trae Santo Tomás es que, así como crió Dios las cosas corporales de la tierra con simiente y fuerza para producir otras de sí mismas, así, cuando crió la naturaleza angélica, le dió la gracia, que es como principio seminal para hacer obras meritorias, porque así ninguna cosa de parte de Dios faltase, y los que cayesen fuesen inexcusables. Tenemos que todos los ángeles estuvieron en gracia, o en el instante que Dios los crió, o poco después, porque Dios no hizo distinción entre ellos antes que ellos mismos por sus obras se señalasen, según dice San Agustín; y la razón de esto es porque no es Dios primero vengador que alguno sea pecador, y, por tanto, hasta el instante del merecer o desmerecer, eran todos uniformes y de una manera, aunque unos tenían más gracia que otros, según el exceso natural. Lo que hace dificultad es ver qué tanto permanecieron en este bien; para lo cual debes en breve saber que no se alcanza determinadamente cuánto hayan estado en aquella igualdad que fueron criados uniformes, sino que concuerda más con la Escritura haber permanecido en aquello algún tiempo, aunque brevísimo, o *evo*, según los teólogos lo llaman, en el cual estuvieron en inocencia y bienaventuranza natural, según le parece a Alejandro de Halés [5], que trae aquello de Ezequiel [6]: *Anduviste perfecto en tus caminos dende el día de tu creación hasta que fué hallada en ti la maldad.*

El andar en perfección no suele ser por un solo momento, sino con alguna perseverancia; ca no anda en perfección el que sólo por un instante permanece, ca el andar denota sucesión. Conforme a esto, dijo Orígenes que la serpiente no luego fué serpiente. Y Escoto dice [7]: Alguna tardanza hubo entre la creación y la caída del ángel; a gran merecimiento se les atribuye a los buenos ángeles haber vencido la batalla de la tentación cuando San Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón [8]; empero, si sólo fuera un instante en el que desmerecieron los unos y merecieron los otros, no parece haber lugar la

[5] *Summa theol.*, p. 2.ª, q. 109.
[6] Ez. 28, 15.
[7] III *Sent.* d. 2, q. 9.
[8] Apoc. 12, 7.

batalla ni la victoria; porque primero en alguna manera pecaron los malos que tentasen a los buenos, y cometieron muchos pecados uno tras otro. Dejando de tratar del altísimo conocimiento que todos los ángeles tenían en su inocencia, y no curando al presente de la especie o representativo de la deidad que algunos dicen que les infundió el Señor para que lo contemplasen, lo que puedes hacer para investigar algo la grandeza de ellos es comparar el menor a San Juan Bautista cuando estaba en la tierra, y ve subiendo por aquella primera orden al segundo ángel, comparándole el primero, al cual excede más que el primero a San Juan; y de esta suerte hallarás que el tercero excede al segundo, y el cuarto al tercero; de manera que toda la investigación humana no podrá dar señal de la eminencia del ángel postrero de la primera orden, porque él solo es más excelente que todos sus inferiores, así como un sacerdote vale más que todos los eclesiásticos si no tuviesen sino órdenes menores, y así como un hombre vale más que todos los inferiores animales. Pues que delante de Dios se dicen temblar las columnas del cielo, que son los ángeles, bien parece que también puso Dios a ellos ley, porque escrito está [9] que ponía ley a las aguas. No sólo puso cerco terminativo al mar de acá abajo, sino que a las aguas que están sobre el cielo, que son los ángeles, también les puso ley que no pasasen los términos antiguos que el Padre les ponía.

Aunque las muchas órdenes de los ángeles sean diversas, no por eso es de pensar que les puso diversa, sino cierta y una mesma ley; ca por esto se dice que hace Dios concordia en los sublimes suyos, aunque no se sepa el número de sus caballeros [10] por ser tantos. Como esta ley que puso Dios a los ángeles no haya sido escrita por mano de hombre, no puede hombre caer ligeramente ni acertar en ella, y, por tanto, como atinando hablan los doctos en esto. El Maestro de las Sentencias dice [11] que lo que a él entre las diversas maneras de sentir del merecimiento angélico más le agrada es que agora merecen los buenos ángeles, sirviendo a los hombres, el premio que les dieron en su confirmación; de manera que agora sirven lo que entonces recibieron, como acontece al caballero que recibe un caballo para ir a la guerra y después paga o merece lo que antes le dieron: ca, en este caso, el galardón es antes que el servicio. Si esto fuese así, la ley que puso Dios a los ángeles se dijera ley de servicio, como la que puso Labán a Jacob en la guarda

[9] Prov. 8, 29.
[10] Iob. 25, 2.
[11] *Magister Sent.*, II, d. 5.

de su ganado. Y no pienses que esta ley ponía menos precio en los ángeles, sino en nosotros, que sin ellos no tenemos vida, como el enfermo sin el médico. Aunque esta manera de decir parezca muy favorable a los hombres en les dar por pajes tan antes pagados a los ángeles del cielo, no consienten a esto los otros doctores, porque no es razón, según dice Escoto, que esté colgado del hombre la bienaventuranza del ángel; y a lo que dicen que algo merece agora el ángel guardando la Iglesia, bien se esconde más harto es que merezca gloria accidental y no la gloria esencial.

De la gloria accidental que por esto sienten, dice el Salvador que se gozan más con un pecador que hace penitencia que con muchos justos que no tienen de ella necesidad; porque, cuando tú lloras tus pecados, se ríen los ángeles de nuevo; quiero decir que reciben aquel gozo santo como fruto. San Bernardo, sobre los *Cánticos*[12], parece decir que esta ley puesta primero a los ángeles, haya sido una obligación de adoración divina que debieran todos los ángeles hacer al Hijo de Dios, que había ser menor que no ellos: lo cual maravillosamente les fué revelado, para que lo adorasen en hábito pobre de hombre; así que, cuando el Padre Eterno quiso introducir y traer su Primogénito a la redondez de las tierras, dijo a todos los ángeles que lo adorasen, como San Pablo escribe a los *Hebreos*[13], sobre el cual dice la *Glosa:* Dice el Padre de su Hijo esto que pertenece a los ángeles, para que se conozcan siervos, y los ángeles son mandados adorar a Cristo, que según la humanidad padeció y murió. San Agustín dice también sobre el salmo[14] de donde tomó San Pablo el verso susodicho: «Los ángeles buenos adoran, y los malos quieren ser adorados.» Puso el Padre Eterno a todos los ángeles una ley de divina adoración que habían de hacer a su Hijo humanado, al cual adoraron los buenos en visión antes que encarnase, como los Santos Padres lo adoraban figurado en los sacrificios de la ley; empero, Lucifer, con los suyos, violó, según dice San Bernardo, y hubo envidia, queriendo él ser adorado y no adorar a Cristo; antes entonces propuso, como otro Herodes, de le estorbar en cuanto pudiese la adoración, con intento de la procurar para sí; por lo cual, se dice en persona de Lucifer antes que caiga del cielo: *Sentarme he en el monte del Testamento*[15]. *Monte*, en la Escritura, se llama cualquier

[12] Serm. 17 et 22.
[13] Heb. 1, 6.
[14] Ps. 96, 7.
[15] Is. 14, 13.

dignidad, y de aquí es que en haberse hecho *monte* una piedra pequeña se figura que un hombre de baja suerte sube a gran dignidad. Cristo se llama *testamento* que Dios ordenó a sus escogidos, porque en él nos quiso elegir y dar herencia; pues en decir Lucifer que se asentará en el *monte del Testamento*, quiere decir que procurará con todas sus fuerzas la dignidad de Cristo; mas como en el cielo no la pudo alcanzar, aunque lo procuró, dan los buenos ángeles una gran grita de gozo cuando lo ven caer y dicen: *Agora es hecha la salud y virtud y el reino de nuestro Dios, y el poderío de su Cristo, porque es lanzado el acusador* [16].

A esta manera de decir de San Bernardo, que pone haber habido envidia de Cristo Lucifer, parece favorecer mucho aquello que el mismo Señor dijo a los que no lo querían adorar, y fué: *Vosotros tenéis por padre al demonio y queréis cumplir los deseos de vuestro padre, que era homicida dende el principio* [17]. No sólo se dice el demonio ser homicida dende el principio porque causó por engaño la muerte al primer hombre, sino porque, aun estando en el cielo, la deseó a Cristo, que debiera adorar; y estos deseos cumplieron sus hijos, que crucificaron a Cristo porque no fuese creído Hijo de Dios ni adorado. Otro contemplativo dice que a la sobredicha adoración se juntó la reverencial sujeción que los ángeles habían de tener a nuestra Señora, notificándoles que una mujer pura, criatura, los había de mandar y tener sujetos; y por eso nuestra Señora se figura en Débora profetisa, que regía y juzgaba el pueblo en el monte de Efraín, y todos los hijos de Israel subían a ella en todo juicio [18], los cuales tenían figura de los ángeles, a la Virgen sujetos; ca no por otra cosa se dice ser la Virgen *loada de las estrellas de la mañana* y *jubilada de todos los hijos de Dios* [19], sino porque, superior a todos ellos, a los cuales en visión fué mostrada antes de los siglos, para que la aceptasen por Señora, y todos los ángeles consintieron en adorar al Hijo de Dios, aunque hecho hombre, pues que el rey de Nínive, vestido de saval, no dejó de ser rey ni de ser tenido en la reverencia debida: mas desque llegaron los malos ángeles al artículo de la Virgen, levantaron su cuello en soberbia, diciendo que nunca serían sujetos a mujer, y por esto cayeron; y luego, el serpentino Lucifer, como a vengar la rabia que con la mujer había tomado,

16 Apoc. 12, 10.
17 Ioan. 8, 44.
18 Iud. 4, 5.
19 Iob 38, 7.

se vino al Huerto por engañar a la primera mujer, aunque todavía le dijeron que la mujer, que primero no había querido obedecer, le quebraría la cabeza. Anselmo dice que la ley primero puesta a los ángeles, fué de obediencia absoluta; y así, cada uno de los buenos ángeles se sujetó a Dios muy por entero, como verdadero religioso, que en las manos de su perlado vota y promete obediencia para siempre; y de esta suerte, cada uno de los santos ángeles fué varón obediente y habló victorias, lanzando del cielo los malos que no quisieron ser sujetos al Señor como los buenos, que de una voluntad, como juntas las manos, se ofrecieron enteros a él de tal forma, que de ellos se pueda decir: Todos obedecen a uno, y no hay envidia ni celo entre ellos.

Puesto que tenga verdad lo que estos santos han dicho, según alguna particular consideración, lo que más de lleno fué mandado a los ángeles, y la ley que primero enteramente les fué puesta, consiste en amor; *ley de amor* les puso nuestro Señor, que por amor los crió y para que lo amasen los crió, según dice San Agustín. La gracia de que arriba hablamos, en que los ángeles fueron criados, es lo mismo que caridad; de manera que en criando Dios a los ángeles, o juntamente cuando los criaba, les infundía amor; criólos por amor que les tuvo antes que fuesen, y criólos con amor que les infundió en siendo, y criólos para amar aquella suma bondad que el mismo Dios amó antes de los siglos; y, por tanto, la ley que luego les había de poner, no había de ser sino de amor, para que luego amasen al que por amor y con amor y para amar los había criado. Si, según dice San Agustín, la primera causa por que Dios crió las criaturas racionales fué su bondad, y la bondad, según probé, pide amor, bien se sigue que la primera ley que se había de poner a los ángeles había de ser de amor, pues que en ellos resplandece más la bondad de Dios y ellos son principalmente racionales, y fueron criados más dispuestos para amar que otra criatura alguna. No les mandó Dios, pues, a los ángeles, sino que lo amasen, ni les puso otra ley más principal sino la del amor, la cual pienso ser aquella que dice: *En esto solamente parad mientes* con grandísima diligencia: *que améis a vuestro Señor Dios* [20]. Esto solo bastaba a los que de suyo estaban inclinados naturalmente al amor de Dios; empero, porque a los malos no pareciese que el mismo Dios no guardaba con ellos la ley del amor, que nos dice: *Si quieres ser ama-*

[20] Ios. 23, 11.

do, ama, mostróles claramente el amor que les tenía, diciendo: *Mi corazón ama los príncipes* [21].

Obedeciendo los santos ángeles a la ley del amor, y poniéndola sobre sus hombros, y viéndose tan amados y antevenidos en las mercedes, desearon haber podido antes amar al que siempre los amó, y comenzaron por obra a decir: Pues que así es, *amemos nosotros a Dios, ca primero nos ama Dios* [22]. Por afrenta recibe el amor la tardanza, y, viéndose primero amado, se da más priesa, teniéndose por reprehendido de descuidado, y, siendo acometido, salta con mayor ímpetu de ardor, como el pedernal siendo tocado con el fino acero. De quien pudiese y supiese decir con qué amor fué recibida la ley de amor, y con qué encendimientos de caridad perdurable respondieron aquellas piedras encendidas [23], y cómo ardieron aquellos que se dicen *flama de fuego,* y cómo se abrasaban unos a otros los que se llaman *brasas* para más amar al que les ponía la ley que él primero con ellos había guardado. Sin alguna tardanza, hicieron aquellas angélicas y santas criaturas, luego que fueron criadas, un cerco perfecto de perpetuo amor, tornándose por amor a juntar con el que por amor las había criado, y pagaron a Dios, según toda su posibilidad, en la misma moneda de amor, lo que de él habían recebido, y aun con usura, porque tienen tan en peso el amor, que se diga de ellos: Sean, Señor, así rutilantes [24] los que te aman, como el sol que sale en su fortaleza. Esta fortaleza, según acota la *Glosa,* dicen los hebreos ser aquella de la cual dice Isaías [25]: *Será la luz del sol, siete tanto mayor, así como la luz de los siete días.* Ya que el amor angélico se compare al sol, aun no quiere decir la Escritura que lo comparemos a este sol que nos alumbra, así como agora está, sino que lo consideremos cual estaba en aquellos siete días que fué el mundo criado, cuando ninguna de su excelencia había perdido el sol, porque, según dice la *Glosa,* también le alcanzó al sol parte de la pena debida al pecado del hombre.

Empero, como no tengamos ahora tanta noticia de la excelencia que el sol tenía entonces, debes notar que en aquel septenario que puso Isaías nos da a entender siete condiciones que tuvo el amor angélico cuando recibió la *ley de amor,* y estas condiciones se hallan pintadas en el sol que, dende a poco, fué criado. La primera propriedad

[21] Iud. 5, 9.
[22] I Ioan. 4, 10.
[23] Ez. 28, 16; Ps. 103, 4.
[24] Iud. 5, 31.
[25] Is. 30, 26.

del sol hallarás que es su *continuo movimiento*, que nunca para ni se detiene, lo cual, por la gran distancia, no puede nuestra vista conocer, tampoco como no puede determinar su grandeza; empero, cosa es averiguada entre los que saben aquel sol nunca para, y de esta manera, aquel amor angélico siempre se mueve a Dios, teniendo por entero reposo el continuo movimiento; no desfallece aquel amor ni se entibia: siempre vuela al amado, siempre va y corre a él sin parar; como sol tornado salio moviendose, con amor, todos al amado y por el amado. La segunda propriedad del sol es el *calor grandisimo* que virtualmente consigo tiene, lo cual tambien conviene al amor angélico, que es inflamado con gran ardor; ca no se satisfacen en amar, y amar contino, como fidelísimos amigos, sino que aman con gran ardor, inflamados en tal manera, que no solamente se llamen en la Escritura *inflamados*, sino que se *llamen fuego abrasador*. La tercera propriedad del sol es *penetrar muy sotilmente* las escondidas partes de la tierra y de aquello sobre que se infunde; y, conforme a esto, es el amor angélico muy sotil, que agudamente penetra las profundidades de Dios, en el cual entran todos por amor con miramiento aguileño y más que de lince, para que así perfectamente amen al que tuvieran perfectamente conocido, porque dice San Agustín que ninguna cosa se conoce perfectamente si perfectamente no se ama; así que el conocimiento ayuda al amor y el amor al conocimiento.

La cuarta propriedad del sol es que *en sí mismo siempre hierve* con ferventísimo estío, sin recebir ninguna cosa contraria predominante que le pueda mitigar ni apagar su hervor virtual, y de esta manera, el amor angélico está tan encendido, que ninguna cosa contraria puede haber en ellos lugar, sino que ellos mismos están como metal derretido con la fuerza del divino amor, para que él haga de ellos lo que mandare; y de esta forma, todos derretidos en el fortísimo fervor y resostero del amor, penetran mejor todo lo más que hay en Dios. La quinta propriedad del sol es que *ve todas las cosas inferiores* para las inflamar, y por esto dice San Ambrosio que el sol y la luna son ojos del mundo. Esta propriedad tuvo el amor angélico cuando en el mismo Dios y fuera de él contemplaba todas las cosas que había él criado y las refería al mismo Dios, mirándolas todas a fin de sacar de ellas amor, y cuasi queriéndolas inflamar a todas con aquel amor santo de que ellos estaban llenos, como el sol, que todo lo inflama. La sexta propriedad del sol es *que mayor operación hace dentro en las cosas que fuera de ellas;* porque dentro en la tierra engendra oro y pie-

dras preciosas, y dentro en el agua peces, y de esta forma, el amor angélico no se contenta con lo de fuera de Dios, sino que dentro en él hace su manida, y dentro en él se aposenta, en él echa perdurables raíces, radicado y fundado en Dios con áncoras de perpetua firmeza. La séptima propriedad del sol es que *siempre va derechamente*, sin hacer vueltas, ni su rayo jamás se tuerce, sino que siempre va derecho; y así, el amor angélico también es inflexible y tan derecho a Dios, que ni el mismo ángel puede tornar atrás ni amar cosa fuera de Dios; ningún caso le puede venir que le haga torcer el amor; siempre, doquiera que el ángel va, ama derechamente a Dios, sin rodeo alguno que detenga su amor ni lo tuerza, sino que de ellos se puede siempre decir [26]: *Los rectos te aman.* No te maravilles porque en todos los ángeles hemos puesto tan alta ley de amor, pues que todos se llaman en la Escritura *piedras encendidas, y brasas, y llama, y fuego.*

La causa por que nosotros somos tardíos en amar y tibios y incrédulos del amor angélico, es por los impedimentos de amar que de parte del cuerpo tenemos y de otras muchas partes, y porque mañana vemos lo que hoy no conocimos ni gustamos, y por esto amamos más un día que otro; empero, como los santos ángeles carezcan de cuerpos que los puedan impedir y de ignorancia que los pudiese detener, del todo desembarazadas, se emplearon según todas sus fuerzas naturales y graciosas en el divino amor, para cumplir la ley por entero, sin que faltase una tilde. Esta soberana ley de amor abraza todas las otras que algunos decían haber sido puestas a los ángeles; porque, si aman perfectamente a Dios, serán administradores y vernán a librar los que con ellos han de recibir la heredad de la salud, que es el amor, y adorarán al Hijo de Dios, que por amor apocó a sí mismo, y servirán a su Madre, que se llama *Madre del Hermoso Amor* [27], y obedescerán en todas las cosas a Dios, pues que la prueba del amor es el efecto de la obra. Esta ley de amor es más soberana y superior y de mayores fuerzas, pues que todo amorosamente lo sojuzga y hace al sojuzgado que ninguna cosa le sea dificultosa.

Abre, ánima mía, los ojos del corazón para que tú puedas ejerciar la *ley de amor* según te dije en el principio; mira que has de tener ordenada la caridad con aquestos amadores, que son terribles, así como batalla bien ordenada; no mires la desorden del mundano amor, sino la orden del amor angélico; para mientes que cuando

[26] Cant. 1, 3.
[27] Eccli. 24, 24.

Jesé envió a David, su hijo, que visitase a sus hermanos, también le mandó que aprendiese y supiesen con quién estaban ordenados, y de esta forma es enviado a ti tu ángel, que es celoso acompañador y muy fiel al que lo envió, para le dar parte de sus cosas, si no vee en ti los deseos tan ordenados a los suyos como él desea; y pues has de ser compañera de los ángeles, no te maravilles si te digo que los imites en el amor. Para mientes que a los ángeles y a los hombres conviene derechamente, que el amor, con menosprecio de sí mesmo, edifica la ciudad de Jerusalén, según dice San Agustín; y mira que este edificio comenzaron ellos para que nosotros vamos prosiguiendo.

CAPÍTULO IV

De cómo los malos ángeles quebrantaron la ley de amor

Habiendo animado a los que guardan la ley del amor con los buenos ángeles, que la guardaron, también es razón avisar a los transgresores, trayéndoles a la memoria los ángeles desleales, que no quisieron guardar la ley del amor, de la cual dice el profeta: *Fué hecha contradicción más poderosa, y por esto es despedazada la ley, y no ha acabado llegar hasta la fin el juicio* [1]. Esta contradicción poderosa fué entre el dragón y los de su parte y entre San Miguel y los de la suya; y no sin misterio se dice *más poderosa*, ca dende el principio del mundo acá, nunca fué más cruel batalla ni más encendida de ambas partes; ca no estaba poco favorecido Lucifer, pues que se atrevía a salir al campo, ni el evangelista llamara *grande* esta batalla si ella no tuviera alguna eminente grandeza consigo; empero, por la bajeza de nuestro entender, no sabemos contemplar cuán grande haya sido; y no pienses que fué una sola arremetida, pues que se dice que *los unos y los otros peleaban* [2]. Primero, según dice Gersón, pelearon con solas buenas razones, como los estudiantes de la lógica en las escuelas, defendiendo cada uno su parte y su opinión, porque de esta manera primero fuesen los malos vencidos con razones que con fuerzas; por-

[1] Hab. 1, 3.
[2] Apoc. 12, 7.

que aquí dice Gersón que hubo lugar la corrección fraterna. Cuando vinieron a la batalla campal, que fué muy de hecho, cada uno de los ángeles buenos fué más encendido en celo que Finés; y cada uno de los malos fué más mañoso y rabioso y fuerte en la pelea que Sansón contra los filisteos. Porque esta batalla fué entre espíritus, has de saber que fué más espantosa y cruel que pueda ser entre hombres, porque no tenían los ángeles buenos lucha contra la carne y la sangre, sino contra las ácreas potestades y contra los príncipes de las tinieblas, cuya espantosa presencia y rabia es más horrible que la de los *dragones* ni *serpientes antiguas*, aunque en esta batalla sea nombrado Lucifer con estos nombres, porque mediante ellos nos sea notificado su furor y grande ira; finalmente, que, dirigidas y ordenadas las huestes de los ángeles malos y buenos contra sí mismas, aplicaron con toda la vehemencia posible sus fuerzas y potencias unos contra otros; y aunque allí no hubo encuentros ni golpes corporales, hubo los espirituales, que son más recios y fuertes; y como los ángeles buenos aun eran viadores mientras peleaban, y eran por entonces fatigables, recibieron en la batalla más tormento que ninguno de los capitanes romanos en sus victorias; empero, como los hubiese el amor de Dios fortificado, ninguno pudo ser vencido, aunque Lucifer era mayor en fuerza natural; empero, todos quedaron hechos mártires del trabajo de la pelea, en la cual padeció cada uno más que cualquier mártir, y por esto se dice en los Cánticos [3]: *Ponme así como esposa sobre tu corazón, y así como esposa sobre tu brazo; que fuerte es el amor, como la muerte; y dura es, así como el infierno, la persecución.*

Estas palabras dice nuestro Señor a cada uno de los buenos ángeles para los esforzar a la pelea; en cuya declaración has de notar que la *empresa* que se dan los que se aman no se da por sí misma, sino en señal de sus personas, cuasi diciendo: Tomad esta empresa en señal de mi persona, que yo, que doy la empresa, daré la persona. Nuestro Señor, como más ferventísimo y presto amador, nunca da sola *empresa* sin dar su persona con ella; y por esto dice que lo pongan así como empresa sobre el corazón; y la *Glosa* dice que esta *empresa* o *señal* es el amor, y porque sin el amor de Dios nunca está Dios, digo yo que nunca él da la *empresa* sin dar la persona. El Maestro de la Sentencias decía [4] que era un mismo amor increado aquel con que nos amaba Dios y con que nosotros

[3] Cant. 8, 6.
[4] III *Sent.*, d. 31.

amábamos a él, pareciendo negar en esto el amor infuso que cría Dios en el ánima con que lo ame cuando viene a ella; ca él nos da que lo amemos y con qué lo amemos; y, por tanto, no se tiene en esto el Maestro, aunque muchos se trabajan por excusar su dicho; de lo cual yo no curo, sino de mostrar cómo tuvieron los ángeles y tienen los justos dos maneras de amor: el uno es *increado*, que es el mismo Dios; y el otro es *infuso*, que cría Dios en el ánima; porque él, que es fuego, dice que *viene a meter fuego en nuestra tierra, para que arda* [5] en amor suyo. Estas dos maneras de amor declara San Pablo diciendo [6]: *La caridad de Dios es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que es dado a nosotros*. El Espíritu Santo, que es amor, derrama en abundancia su caridad sobre nuestros corazones, como *empresa* de su amor, con la cual está él mismo junto; empero, esta diferencia hay: que agora esta *empresa* nos da esperanza de poseer después a Dios en descubierto los que lo tenemos velado y escondido con la fe.

Decía, pues, nuestro Señor a los ángeles que mirasen la *empresa* de su amor en que él mismo se contenía, que dende a poco había de ser claramente visto; y esta *empresa* se manda poner *sobre el corazón*, por el amor sesecreto interior, y *sobre el brazo*, para que ejecutasen su potencia contra los malos ángeles, que habían de ser lanzados de la silla, que se dice *una* por el común consentimiento y parecer con que estaban encastillados en su mal deseo. Y díceles más el Señor: que *es el amor fuerte como la muerte*, que destruye todas las cosas, dándoles en esto a entender que destruirían con su amor los ángeles malos, a los cuales fué la caída lo que a nosotros la muerte, según dice San Juan Damasceno; empero, porque no los habían de derribar sin trabajo, les dice que *es dura como el infierno* la persecución que de los malos ángeles esperaban, los cuales no pusieron menor astucia en el cielo contra los buenos ángeles que agora ponen en el infierno contra las ánimas que allá están. Y compárase la persecución de ellos al infierno, porque es muy constante y no se aparta jamás de un propósito; lo cual quiso también de notar el profeta en decir que *no había llegado hasta la fin el juicio*, porque aun da Dios lugar que los malos ángeles sean contra los buenos, aunque ya en ninguna cosa los puedan empecer; mas, después del juicio, no dará Dios lugar que ni en poco ni en mucho sean contra ellos. El amor que los buenos ángeles tuvie-

[5] Luc. 12, 49.
[6] Rom. 5, 5.

ron a Dios, se dice *fuerte como la muerte,* porque derribó a los malos, cuya persecución y contradicción se dice *dura como el infierno,* porque se fundaba en el amor propio, que es raíz infernal.

Para ver cómo todo el mal que los demonios tienen les vino por no querer guardar la ley del amor que les fué impuesto, nota esto que dice Orígenes: «Por las cosas dichas, paresce más y más claramente que el Apóstol habla de aquella ley que cualquiera de los hombres, y también de los ángeles, por una divina dispensación, trae dentro de sí naturalmente, cuya fuerza y potencia es tanta, que aun a los ángeles reprehende, ni deja persona de cualquiera dignidad que sea; y esta ley ha hecho lo que arriba dice el Apóstol, que los ángeles que no guardaron su principado, sino que dejaron su casilla, son guardados para el juicio del gran día, apretados con eternos lazos. Esta misma es la ley que también al demonio y a sus ángeles acaba de traer al fuego eterno que les está aparejado; y así como es cierto que ni aquellos ángeles, presos con eternas prisiones, serían guardados para el juicio, ni éstos serían lanzados en el fuego eterno que les está aparejado, sino porque no guardaron la ley que Dios les puso; ca no vernían al juicio si no hubiesen cometido alguna cosa contra la ley; así se tiene por cosa cierta que, si guardaran la ley que les fué impuesta, ni éstos cayeran en el fuego eterno, ni a los otros fueren puestos lazos de oscuridad». Lo de suso es de Orígenes, que, hablando de los demonios que están encarcelados en el profundo del infierno, y de los que andan por acá haciendo que los malos hombres quebranten la ley del amor que ellos no quisieron guardar; y esta ley de amor, dice Orígenes, que cada uno la trae en el corazón, y que es tan natural, que los mismos demonios, convencidos por la razón, la confiesan; ca ninguno puede ignorar que el sumo bien ha de ser sumamente amado; y que, pues lo más bueno se debe más amar, cosa es por sí conocida que, pues Dios es mejor que todas las cosas y Señor de ellas, con justa razón debe ser sobre todas ellas amado.

Gran espanto debe poner a los mortales ver que el demonio quebrantó una ley tan justa que, aunque Dios no la pusiera, se estaba ella de suyo puesta, y porque veas cómo el amor pelea contra el amor, nota que la fuente del amor es la voluntad, de la cual procede dulce y amarga agua; empero, hablando generalmente, dos operaciones solas tiene la voluntad, que son *querer* y *no querer:* con *el querer* persigue y busca las cosas que ama y las acepta, agradándose en ellas; y con el *no querer,* se retrae de las que le son contrarias y disconvenientes, a su parecer; empero,

porque los nuevos y tibios andan titubeando y dudando en sus ejercicios, dice el Sabio[7]: *Quiere y no quiere el perezoso; mas el ánima de los que obran será engrosada.* Aquel se dirá *querer* y *no querer*, que tan tibiamente ama que él mismo apenas sabe si ama; y, por eso, es aviso que se da a los amadores de Dios, que pongan fuerza en el amor y conozcan lo que *quieren* y *no quieren*. Para ver cómo el pecado de los ángeles malos estuvo en quebrantar la ley de amor de Dios, nota que hay dos maneras de querer alguna cosa: el uno se dice *querer de amistad*, y es cuando quiero bien alguno por la bondad que hay en el fin, respecto o interese propio; el otro *querer* se llama *de codicia*, y es aquel con que quiero el bien de alguna cosa para mí o para otro. En el primero *querer de amistad* no tiene hombre objeto a sí, sino a la cosa que ama, desándole bien sin interese alguno: y éste se llama *amor caritativo*, con que hemos de amar a Dios y al prójimo. El segundo querer, más tiene ojo a propia utilidad que a la cosa amada, porque de esta manera no se ama el bien de la cosa amada para ella misma, sino para mí o para otro que yo amo. Allende de esto, has de saber que siempre hay concierto en estos dos quereres, porque ninguna cosa amamos con querer de codicia sin que amemos otra primero con querer de amistad.

La *ley de amor* mandó a Lucifer y a sus ángeles que amasen a Dios con querer de amistad, que es amor leal, y después, que hiciesen del amor y de sí mismos lo que quisiesen, porque sobre tan buen cimiento como es amar a Dios con amor de amistad no se puede fundar mal edificio; ca todo el amor que en aquél se fundare, será bueno y perfecto, y ninguna obra se puede sobre aquel amor fundar que sea mala, porque aquel amor es nivel de todo el edificio espiritual. Después de esto, les dió el Señor licencia que amasen a sí mismos con el segundo *querer*, que es *de codicia*, porque la naturaleza de ellos estaba muy inclinada a este segundo amor, y también era justo que proveyesen sus personas. Empero, el hijo de la perdición y los suyos con él maliciosamente hizo de la izquierda derecha y de la derecha izquierda; trocó los capítulos de la ley de amor leal, e hízola que cuadrase a su voluntad; volvió la hoja y leyó primero lo que hacía más a su natural apetito: y amó con el amor de codicia a Dios, y con el amor de amistad a sí mismo; y como no podamos amar algo con amor de codicia sin que primero amemos otra cosa con amor de amistad, hallarás que primero y con el mejor amor amó a sí mismo que a

[7] Prov. 13, 4.

Dios; al cual, cuando amó, fué teniendo ojo a sí mismo para se aprovechar y servir de Dios, usando de él a su perversa voluntad, como el ladrón, que mira y ama con mucha codicia el cáliz de plata para lo deshacer y servirse de él. Para mientes que el amor de codicia a Dios no siempre es malo en sí mismo, porque este amor con que codiciamos cosas para nosotros aun lo podemos tener a Dios y a sus cosas, porque, allende de nos lo haber él dado, ca es natural, también el mismo Dios es muy codiciable, y él nos manda que lo codiciemos y lo ha por bueno, cuando dice convidándonos a ello [8]: *En mí está la gracia de toda vida y verdad, en mí toda la esperanza de vida y de virtud: acabad de pasar a mí todos los que me codiciáis, y sed llenos de mis generaciones, porque mi espíritu es dulce más que la miel, y la heredad mía más dulce es que la miel y el panal.*

Harto abiertamente y con muchas razones provocativas nos atrae Dios a que lo codiciemos para nosotros en las palabras susodichas, y no desecha a los que lo codician, antes los llama que vengan a él; y, por tanto, piensan algunos que no pecó mucho Lucifer en codiciar a Dios: para cuya declaración has de notar que como el codiciar a Dios sea cosa natural, pues que es más deleitable que el panal de la miel, y naturalmente se codicien las cosas deleitables, muy necesario es que la tal codicia se ordene por la regla de la razón libre, refrenando y moderando la tal codicia, que no salga en operación más de lo que conviene; y si codiciares a Dios o a sus cosas, hanse de guardar en esto todas las circunstancias virtuosas que en cualquiera buena obra se suelen guardar, que mires el cuándo y el cómo codicias a Dios, y qué tanto y a qué fin, y por qué medios, y si lo codicias más por ser bueno a ti que por ser bueno a sí: lo cual tocó el Señor maravillosamente en la autoridad susodicha, diciendo a los que lo codiciaban que acabasen de pasar a él, como si les dijera: ¿Por qué os detenéis en mis bienes, codiciándome por ellos, y no acabáis de pasar vuestros deseos a mí mismo, que soy mejor que todas mis riquezas? Así que la conclusión de este punto, en cuanto a los hombres, está en que es bien codiciar a Dios, si concurren las otras circunstancias que se requieren: mas esta codicia, en Lucifer fué pésima y muy abominable: lo primero, porque fué muy desenfrenada y encendida, codiciando los bienes de Dios antes de tiempo, y codiciando la bienaventuranza en mayor grado que Dios se la quería dar, y por sus ojos bellidos, no por méritos ni servicios algunos, ni

[8] Eccli. 24, 25.

por merced, sino como si se la debieran de fuero, por ser él más hermoso que los otros, por lo cual era más deudor, dejando de hacer codició desordenadamente apañar más.

Item, fué pésima su codicia, porque se armaba sobre la propria amistad; y cuando alguno se funda primero sobre el amor de amistad a sí mesmo, ningún amor puede tener sobre aquél que sea bueno; así como si se funda sobre la amistad de Dios, ningún amor puede tener que se compadezca con aquél que sea malo; de suerte que se quiere Dios amar con amor de amistad y primero, y ninguna de estas dos cosas guardó Lucifer con Dios, y ambas las guardó consigo; y, por tanto, fué muy pésimo el amor de codicia que tuvo con Dios, y tanto peor cuanto mayor la grandeza del cual se podría barruntar si se pensase la gran inclinación natural que tenía su voluntad naturalmente al propio interese, y la grandeza del provecho que trae la gloria de Dios, ca, según dice San Anselmo, la voluntad desenfrenada, según todas sus fuerzas desea el propio interese.

Para que veas cuán pésima fué su codicia, acuérdate que te dije tener la voluntad *querer* y *no querer;* siempre el no querer, según dice Escoto, se funda sobre algún querer; ca, si no queremos una cosa, es porque deseamos otra que no se compadece con ella; y de esta suerte, queriendo y codiciando el demonio las cosas dichas pésimamente, y viendo que no las podía haber, acudía con el *no querer* que fueran criadas ni que Dios las tuviera, pues no se las daba; y cresció tanto en el pesar del bien de Dios, que vino en aborrecimiento de Su Majestad, dándole odio aborrecible por el amor en que lo había criado; conforme a lo cual, dice un Doctor: Pues el demonio, luego que vió su hermosura, tornándose a sí desordenadamente, presumió, queriendo que su perfección fuese de sí mismo y, mediante ella, codició el señorío, porque lo que no pudo haber según deseo húbolo envidia a Dios, y con afición de aborrecimiento le contradijo; y en esto se afirmó, porque esto mesmo del todo lo apartó de Dios y puso entero impedimento a sí, como la perfecta caridad perfectamente ajunta a Dios.

Las cosas que se han dicho de la transgresión de Lucifer, hallarás que dice Escoto [9] en equivalencia, trayendo cómo dos amores hicieron dos ciudades, etc. Habemos visto cómo de una fuente, que es la voluntad, procede dulce y amarga agua, y cómo no menos mal puede venir del mal amor que bien del bueno, y, por tanto, de-

---

[9] II *Sent.*, d. 6, q. 2.

bemos poner mucho cobro en el amor y mirar que no sea malo; ca el amor malo, por la mayor parte, acaba en aborrecimiento, según paresció en Lucifer, al cual imitan y siguen todos los amadores de sí mesmos y los que se tienen en mucha estima, que dan a sí lo que habían de dar a Dios y a Dios lo que habían de dar a sí; habían de aborrecer a sí mesmos y amar a Dios, y hácenlo al revés, y por esto es bien que oigan a Dios, que dice [10]: *Yo soy tu Señor, Dios, fuerte, celador, que visito la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecieron; y hago misericordia en millares a aquellos que aman y guardan mis mandamientos.* Padre de los amadores de sí mesmos es Lucifer y los suyos, no por naturaleza, sino porque reciben su doctrina, que es que cada uno ame solamente a sí mesmo; y por esto, dice el Señor a los tales [11]: *Vosotros sois del demonio, padre vuestro, y queréis hacer los deseos de vuestro padre.* Los deseos del demonio, según vimos, eran de codicia, por la amistad que consigo sólo tenía; y de esta forma, los amadores de sí mesmos quieren cumplir los deseos de sus padres los demonios, que todavía están en aquel propósito que primero tuvieron, ca son muy cabezudos, y, desque comienzan a tomar un siniestro, no hay quien los saque de él; antes se trabajan por traer a todos a su opinión, y por esto engañan tantos, haciéndolos amadores de sí mesmos; mas nuestro Dios, celoso de la *ley de amor*, dice que visita la maldad de estos padres sobre los que se han hecho hijos suyos, para ver si la siguen. Y señala el Señor, en la autoridad susodicha, el aborrecimiento que le tuvieron los demonios, como mayor pecado de ellos, conforme a lo cual se quejará en otra parte, diciendo [12]: *Pusieron contra mí males por bienes y aborrecimiento por el amor mío.*

De este capítulo has de concluir que cuando te vieres amador de sí mesmo, quebrantas la ley del amor leal que debes tener a tu Dios y cumples los deseos que el demonio, padre tuyo, ha sembrado en ti; y has de esperar presto la visitación áspera del Señor, que verná contra ti a tomar venganza de esto; ca como sea él muy celoso, lo que más castiga es la transgresión de la ley del amor, que aun a Lucifer, por grande que era, no perdonó, ni perdonará a los que pervierten la orden del amor que primero comenzó a desordenar el demonio; ca mucho va de amar a Dios para ti, o amarte a ti para Dios. El que ama a sí mesmo para se presentar y ofrecer a Dios, es

[10] Ex. 20, 5.
[11] Ioan. 8, 44.
[12] Ps. 108, 5.

imposible que yerre, porque este tal, primero ama a Dios, para el cual se guarda, que no a sí mesmo, porque aun así, no amaría sino para Dios, al cual se deben reducir por amor todas las cosas, pues por amor salieron de él y no pueden tornar a él por otro mejor camino.

Mucho va de poner el tesoro de la tierra en el cielo a poner el tesoro del cielo en la tierra, donde hay ladrones que cavan más de lo que conviene para lo hurtar; ca no menos se suelen aficionar nuestras malas inclinaciones a las cosas espirituales, por vías no lícitas, que a las corporales, según aquello [13]: *Bebieron la sangre de la uva purísima con el tuétano del trigo; grueso está el amado, y dió coces engrosado, ungido, dilatado; dejó a Dios su Hacedor, y apartóse de Dios su salud.* Según declara la *Glosa* interlínea, por la divina largueza fué aqueste amado lleno de virtud y ciencia; empero, después fué ingrato, y denostó a su Dios; lo cual bien a la letra conviene a Lucifer, que, siendo de Dios tan amado y dotado, no quiso responder con amor del que lo amaba, sino apartóse y tornó atrás, al amor propio, enamorándose de su propia hermosura, como Narciso, que, mirándose en el agua, se enamoró de sí mesmo viéndose tan lindo; lo cual, si es abominable en Lucifer, peor es en los otros todos, por tener menos ocasión para ello; ca la gran ocasión suele algo excusar el pecado.

CAPÍTULO V

De cómo puso nuestro Señor a los padres primeros, cuando los crió, la ley de amor, y en esto los quiso igualar con los ángeles

Viendo nuestro soberano Dios que los suyos más cercanos a él no recibieron como fuera razón la *ley de amor*, quísola dar a los hombres terrenos, para que, con la excelencia de ella, se hiciesen celestiales y en ellos se conociese más claramente cuán notable era su *ley de amor*, si a unos hombres de baja naturaleza favoreciese tanto que justamente les diese cabida entre los espíritus angélicos, y para esto, puede muy bien decir el Señor a los ángeles: Terná una mesma ley el natural y el poblador

---

13 Deut. 32, 14-15.

nuevo, que es peregrino acerca de vosotros [1]. Naturales del cielo son los ángeles, porque fueron allá criados muy proporcionados al eminente lugar del cielo empíreo, donde primero se hallaron; y no digo ser naturales del cielo los ángeles porque aquel lugar sea necesario para la conservación de ellos, como es necesaria la tierra para la conservación de los hombres, que no pueden vivir en otra parte; ca el ángel, según dice Escoto [2], no es inclinado a estar más en un lugar que en otro; porque en todo lugar él está bien, y no puede recebir violencia en lugar alguno; en tal manera, que aunque no hubiese lugar alguno, ni cielos, ni tierra, no se les daría mucho a los ángeles, porque fuera de toda corporal criatura pueden tener tanta gloria como en el cielo; empero decimos que son naturales del cielo empíreo, porque fueron allí criados y moran allí; y es más proporcionado aquel lugar por su excelencia a la majestad de ellos que otro alguno, pues que allí más que en otra parte alguna muestra Dios su gloria, y ellos toman nombre del *cielo* en la Escritura, y se llaman *caballería del ejército celestial.*

Visto cómo cada ángel se puede llamar *natural del cielo,* has de saber que el poblador nuevo que quiere Dios juntar con los ángeles y hacerlo también ciudadano es Adán, que fué criado para poblar lo despoblado que dejaron los ángeles que cayeron, aunque no le faltara lugar a él ni a los suyos si los otros quisieran perseverar; empero, ya que cayeron, decimos con mucha razón que fué criado el hombre para el bien que perdió el ángel, no que era abreviada la mano del Señor, ca pudiera hacer a todos bienaventurados; empero, pues cayeron los ángeles malos y se levantan los hombres buenos, podemos con razón decir: *Destruídos fueron y descendieron a los infiernos* [3], y otros se levantaron en lugar de ellos. Fué, pues, Adán traído como poblador nuevo al paraíso terrenal, que es como arrabal del otro paraíso celestial; donde fuera presto admitido si perseverara en la guarda de la ley del amor. Y no te haga dificultad ser dicho que Adán estaba en peregrinación cuando le llevó Dios al paraíso de los deleites, porque él no fué allí criado, ni era aquélla su tierra, y si, según dice San Gregorio, la carne del Salvador se puede decir aún en el cielo agora *peregrina,* por haber sido acá criada, también diremos ser allí Adán peregrino, pues no fué allí criado ni había de quedar para siempre allí; empero, llevólo Dios allí como a peregrinación de Tierra Santa, con intención de le dar ca-

[1] Ex. 12, 48.
[2] II *Sent.*, d. 2, q. 2.
[3] Bar. 3, 19.

bida en la celestial Jerusalén; y, por tanto, nota que, si Adán se escribe con letras griegas, el número de todas ellas monta cuarenta y seis, el cual, según dice una *Glosa ordinaria* sobre San Juan, se reduce a los cuarenta y seis años que se tardó en edificar el templo la segunda vez [4]; y en esto se figura que el templo celestial que destruyó Lucifer se había de tornar a edificar de los que descendiesen de Adán; y no te maravilles porque se halla este misterio en la lengua griega y no en la hebrea, pues que quiso el Espíritu Santo que se escribiese el Nuevo Testamento principalmente en griego y no en hebreo.

Traído, pues, el primer hombre a ser vecino de los ángeles, dióle nuestro Señor la mesma *ley de amor* que había dado a ellos, aunque por otra forma que a ellos, para que así tuviese una mesma ley el natural y el nuevo poblador, según se dijo. Si miras el segundo capítulo del Génesis, donde fué puesta la ley al primer hombre, por ventura dirás que allí no hallarás *ley de amor* ninguna, ni hay allí palabras que especialmente muestren amor; empero, considerando las obras familiares que Dios con el hombre hizo, todas fueron de gran amor: formarlo con sus manos, y espirarle con su boca, espiráculo de vida para que por amor viviese su ánima vida de gracia, y traerlo de la mano a la mejor floresta que Dios crió, no para que trabajase, sino para que, como gran señor, tuviese allí casa de deporte; y más por su recreación que por necesidad, se hiciese guarda de aquel vergel, que de ninguna parte podía ser empecido, antes estaba tan seguro y lindo, que se llamaba *paraíso del deleite*. Ni después que fué allí colocado el hombre y hecho señor de aquel jardín tan singular cesó Dios de le mostrar y hacer obras de amor; ca le buscaba compañía y se dió forma que no estuviese solo, ni le faltase quien fuese semejable a él y lo acompañase y ayudase; y no satisfecho el amor con esto, quísole dar nuestro Señor parte de los secretos celestiales y soberanos, después de le haber traído a la mano cuantas cosas había criado; y para esto le echó una manera de sueño espiritual, como a San Juan después de haber comulgado en la cena; y no se cree que vió menores cosas que él, porque la *Glosa* dice, hablando de este sueño de Adán, que le vino antes que comiese bocado.

Rectamente es entendido haber sido lanzado en Adán un trasportamiento para que su ánima, hecha particionera de la corte angélica y entrando en el santuario de Dios, entendiese las cosas últimas. Sacando *ley de amor*, de tan excesivas obras de amor como obró Dios con el primer

[4] Ioan. 2, 20.

hombre, podíamos decir al Señor aquello de David: *Esta, Señor, Dios, es la ley de Adán*. Sobre esto dice la *Glosa:* Sirva a ti en simplicidad de corazón y pureza; y tú haz con él según tu misericordia. Y San Gregorio dice: «Para esto fué puesto el hombre en el paraíso, que si se atase a la obediencia de su Hacedor con lazos de caridad, pasase en algún tiempo su muerte a la celestial morada de los ángeles». Aunque de las cosas susodichas podía el buen amador sacar fácilmente *ley de amor*, paréceme a mí que algún misterio de mayor amor está incluído en las cosas que pasó Dios con el hombre primero, pues que nos dice el mesmo Dios que nos ha de traer a sí con los lazos de Adán y con los lazos de su caridad; y, por tanto, has de notar que dos mandamientos fueron dados al primer hombre luego que fué criado antes que Eva fuese criada, donde nota San Agustín que él había de enseñar a su mujer lo que era obligada a guardar, y ella se lo había de preguntar como cosa de mucha obligación para ser solícita en la guarda de los dos mandamientos que recibieron: en el primero les mandó el Señor que comiesen de todos los árboles del paraíso, para conservar y perpetuar su vida, en tal manera, que pudiesen con sola fruta, si permaneciesen amando, guardarse de la muerte. No pienses que procedió de poco amor mandarles lo que ellos hicieran aunque no se lo mandaran; mandóles el Señor que comiesen y tuviesen cargo de sus personas. ¿Puede ser cosa de más amor? A los que mucho amamos rogamos que coman y que curen de sí, porque vivan en mayor gozo; y de esta manera, luego tuvo el Señor cargo, no sólo de rogarles, sino de mandarles estrechamente que comiesen, cuasi forzándolos a que curasen de sí y se conservasen, en honra de aquel que tanto les amaba.

Este primer mandamiento muy seguramente se puede decir *ley de amor*, y no pequeño, pues antes que criase Dios los hombres les crió mantenimiento que daba vida perpetua; y en criándolos, como persona muy solícita de su recreación, les mandó que comiesen de todos, salvo de un árbol que se llama de la ciencia de bien y mal. Este es el segundo mandamiento; el primero fué afirmativo y muy general y muy necesario, en tal manera, que ellos debieran suplicar que les dieran licencia de comer, si por ventura no se lo mandaran; de manera que mandarles que comiesen de aquellos árboles fué cuasi mandarles que viviesen. El segundo mandamiento es negativo y muy breve, cuyo amor, si profundamente se piensa, fué mayor que todo lo ya dicho; ca más amor muestra este mandamiento que todas las cosas pasadas; por lo cual; debes saber que, pues el pecado del hombre primero fué tan

grave que corrompió toda la masa del género humano, y en tal manera la inficionó y tornó enferma, que hasta hoy parecen las señales o rastros de aquel pecado en sus descendientes; y pues el pecado es tan grave, contra gran amor de Dios debiera ser cometido.

No todos los pecados convienen a todos los hombres, ni cuadran todos con todas las personas: ca también los pecados determinan para sí cierta la calidad de personas, como todas las otras cosas que no convienen a todos; porque si te jurasen que un duque o conde ha hurtado unos zapatos, aun no lo creerías, ni diez testigos valdrían por uno en este caso, ca este pecado es de viles personas; y si te dijesen que un pobre labrador se quiso alzar con el reino y con mucha tiranía lo puso en obra, tampoco lo creerías, porque este pecado conviene a otros y no a él; de manera que según la calidad de las personas son los pecados que cometen. El pecado del primer hombre se ha de pensar según la grandeza de su estado, ca fué pecado de gran señor y que no tuvo objeto a cosa pequeña; ca si miras el estado sublime que tenía y su dignidad y muchedumbre de dones y gracias, hallarás que no lo movió el apetito de la gula, porque aun no tenía él esta codicia; ni lo movió la hermosura de la fruta ni cosa semejante, porque estas cosas aun no vencen todas veces a los que aun son imperfectos; empero, porque veas algo de la grandeza de su estado espiritual y corporal, que en todo fué grande, nota lo que de él dice David hablando con Dios [5]: *Hicístelo un poco menor que los ángeles, coronástelo de gloria y de honra y constituístelo sobre las obras de tus manos; todas las cosas le sujetaste de sus pies, todas las ovejas y los bueyes, y sobre esto las bestias del campo, las aves del cielo y peces del mar:* cuasi dos dedos estaba el primer hombre de ser ángel o así como ángel de Dios antes que pecase, y por tener mucha gracia de nuestro Señor, se dice *coronado de gloria*, ca la gracia se dice principio y simiente muy preñada de gloria.

La honra con que también estaba coronado era la justicia original, que estorbaba en su cuerpo y en su ánima todo deshonrado movimiento, como si su cuerpo fuera de oro y su ánima piedra preciosa llena de dos mil virtudes; de manera que su ánima y su cuerpo estaban llenos de gracia y de justicia original, con que se conservaba en el estado perfecto de la inocencia. Todo lo que más dijo David se sigue de esto, y parece reducirse a señorío corporal en le haber sujetado Dios todas las cosas hasta

[5] Ps. 8, 6-8.

se las poner debajo de los pies; los animales mansos y bravos, y las aves que vuelan, y los peces que no podemos tomar con redes, le eran tan súbditos, que no había menester sino llamarlos; ca no parecía sino que de muchos años sabían venir a la mano con increíble mansedumbre. Sola una cosa faltaba al hombre para ser otro Dios en la tierra, tan poderoso, que ni aun de Dios del cielo tuviera necesidad si la alcanzara según su mal deseo; y esto que le faltaba era el cumplido conocimiento de todas las cosas que suelen acaeçer a los hombres; con que supiese enteramente discernir y apartar en todo negocio lo precioso de lo vil.

Para declaración de esto, has de notar que Adán fué criado en plenitud de ciencia, de tal suerte, que fué más sabio que Salomón, según dice una *Glosa* sobre el libro de los Reyes; empero, aunque en las cosas universales haya sido muy sabio, y en las propiedades de todas las hierbas, y piedras, y animales, y estrellas, y cualesquier cosas que Dios crió, aún le quedaban por saber las cosas especiales y los acaecimientos particulares de las cosas, porque éstos no se aprenden sino por larga experiencia de ellos, en tal manera que digan los sabios que las cosas singulares son apartadas de la ciencia, conviene a saber, universal; ca tiene ciencia por sí, que no se aprende como esotras de las cosas generales. Verás un médico muy sabio que, al aplicar de las medicinas y de su saber a este o a aquel enfermo, hace mil defectos hasta que, por uso, se sabe bien servir de su saber, aplicándolo con prudencia donde conviene; y verás un jurista que, al principio de su abogar, no se sabe aprovechar de lo mucho que sabe, hasta que, por curso de tiempo, aplica todas sus leyes a los acaecimientos particulares que cada día sobrevienen no pensados; son tantos y tan diversos los particulares negocios que se ofrecen a todos los hombres y a cada uno por sí, que muchas veces los muy sabios van tanteando las cosas, y no se acaban de determinar, por ver de una parte y de otras razones probables, y los que en cosas arduas son muy sabios, hallarás que acontece hacer muchos defectos puestos en cosas menudas y en negocios que no han acostumbrado, aunque, si les pidieran consejo en aquello y en otra cualquier cosa, dijeran grandes sentencias generales; conforme a esto se dice que cuando el gran Aníbal, notable guerrero, leyó el libro de Regecio que habla de guerras, dijo: Buenas cosas escribe este Regecio, sino que se atraviesan muchas veces en las batallas algunos acaecimientos que no hay juicio que los pueda seguramente ordenar.

Finalmente, has de saber que toda la facultad de las

artes, y todo el consejo, y toda la sabiduría y prudencia, apenas puede cumplidamente determinar las menudencias y negocios particulares que acaecen en la república, en los cuales está la mayor dificultad del saber; porque, como sean cosas indiferentes y se hayan de considerar por diversos respectos que cada hora pueden sobrevenir y variar el negocio, no basta juicio humano para lo determinar todo por entero, ni el juicio de Adán, por muy alumbrado que estuviese; ca él carecía de la ciencia particular del bien y mal, que es un entero conocimiento de todos los acaecimientos humanos que en la conversación de los hombres suelen sobrevenir singularmente a cada uno, mudándose mil veces según diversas circunstancias que traen consigo los negocios. Porque comiences a considerar el inmenso amor que Dios le tuvo cuando le vedó la fruta de la ciencia de bien y mal, para mientes con qué entrañas de caridad quería nuestro Señor Dios que el hombre fuese a tomar consejo con él en cada negocio particular que sobreviniese a la república de Adán, y como le pudiera dar nuestro Señor de una vez el conocimiento de todas las menudencias humanas, como lo dió a los ángeles que están con él, a los cuales infundió las especies y conocimientos con que pudiesen juzgar todos los negocios del mundo, y movido con soberano amor quiso quedar él mismo por abogado del hombre, para que en sus particulares acaecimientos y de sus hijos que él había de proveer fuese luego a tener consulta con Dios orando a él; porque, de esta suerte, cada día le acrecentase el amor por la cotidiana conversación y repetido beneficio que de la boca de Dios cada hora había de recebir, cuyo parecer había de seguir en todas las cosas; y no te maravilles de tan estrecha familiaridad y consejo, porque la gran ley del amor que tiene Dios busca rodeos para lo hacer crecer.

Ejemplo de esto tenemos en el pueblo de Israel, cuyo capitán era el sapientísimo Moisén; y no se regía por su seso, aunque era bien suficiente, sino que, por divino consejo y mando, levantaban y sentaban las tiendas, y el santo profeta hablaba con Dios como un amigo suele hablar con otro, cara a cara, dándole parte y cuenta de todos los particulares negocios del pueblo: lo cual mejor debiera guardar Adán si siguiera la ley del amor, que ordenaba todas las cosas a que él estuviese cuasi siempre colgado de la boca de Dios, y no se curase de otro rey, ni de otro favor, ni socorro, ni consejo, como hicieron aquellos animales en tiempos de Samuel que, importunando a Dios, demandaron rey, desechando el familiar cuidado que Dios tenía de ellos. No sin gran misterio maldice la

Escritura al hombre que está colgado del árbol, sino por denotar que todo el mal que Adán cobró le vino de comer del árbol vedado, que no le pudo dar la ciencia que él deseó, porque aquélla sólo la puede dar Dios o la gran experiencia de las cosas; ca por estas dos vías y no por otra alguna se puede alcanzar, como la alcanzó Cristo nuestro Redentor; del cual, en reprehensión de Adán, se dice [6]: *Será llamado su nombre Manuel, comerá manteca y miel, para que sepa reprobar el mal y elegir el bien. Emanuel* quiere decir *Dios es con nosotros;* y nómbrase Cristo de este nombre, porque estaba la persona de Dios unida a su ánima y a su cuerpo, y se enseñaba por manifiesta visión en sí mismo, como en libro muy abierto, todas las cosas; empero, por ser Cristo en todo semejable a sus hermanos y humilde como ellos, quiso aprender por experiencia aun las cosas de los niños, que son comer miel y manteca, porque no por la vía del alto conocimiento solamente, sino por ejercicio de cosillas viles y menospreciadas alcanzase la ciencia del bien y mal, no para ser como Dios, sino para ser como trabajado hombre; en lo cual reprehende al primer transgresor, que no quiso ser por amor de Dios lo que Dios fué por amor de él, antes hallarás haber sido Adán tan desamorado con Dios que antepuso a él (por ser muy tibio) el amor desordenado y necio de su mujer, no menos falsa que él.

No quiso, pues, nuestro Señor confirmar luego al hombre en criándolo, porque mereciese el premio amando al que se lo había de dar; ca más gloriosa cosa es recebir el premio, después de lo haber merecido, que no sin merecerlo, salvo si el premio es tan grande que no se pueda merecer, como lo fué el de Cristo y el de nuestra Señora en ser su Madre. Item, no quiso nuestro Señor dar al hombre juntamente tanta ciencia como al ángel, porque él quería ser su muy familiar consejero, para que así ganase más por menudo el amor; así que en todo guardó el Señor *ley de amor;* pues, por más ser amado, tuvo la forma susodicha; de lo cual puedes tú concluir que, si no te da luego todas las cosas que demandas, y te paresce que has menester esto, no es por falta, sino por creciente grande de amor; ca porque no pidamos sus dones, y porque no cesemos de amar, quiere que tengamos tantas necesidades y falte tantas veces el agua y la salud: lo cual podría Su Majestad remediar de una vez mandando a sus nubes y planetas que anduviesen con tal concierto, que a sus tiempos tampoco faltase agua ni salud ni buenos temporales; empero, no quiere el Señor man-

6 Is. 7, 14.

dar esto, porque, siendo muy proveídos, agradarnos había tanto este mundo, que no curásemos del otro, y resfriarse había la oración viendo que no hay qué demandar, y olvidarnos habíamos de los antiguos beneficios, viendo que ya ningunos recibíamos de nuevo, y reputarlo habíamos todo a naturaleza y no a gracia; de manera que, por evitar estos inconvenientes, quiere el Señor que pidamos *hoy nuestro pan de cada día*, para que así, con él, se nos acreciente el amor suyo.

Porque no porque no pienses que el amor sobredicho desfalleció en Dios, cuando lanzó al hombre del paraíso, mira que San Crisóstomo dice en el *Libro de la Providencia:* Tanta misericordia fué echar al hombre del paraíso con todas aquellas penas, como haberlo colocado antes en el mismo paraíso; ca, de otra manera, creyera Adán que era Dios mintiroso, pues no lo castigaba según había dicho, y levantárase el hombre en gran soberbia contra Dios, porque lo había amenazado, y tomara licencia de más pecar y llegárase más al demonio, que le había dado contrario consejo, diciéndole que no sería Dios tan riguroso como había dicho. Si el hombre se ensoberbeció siendo criado en tanta inocencia, ¿cuánto más se ensoberbeciera si, siendo perverso, no fuera según merecía castigado? Si esto piensas, conocerás que aun el rigor de Dios fué amor.

CAPÍTULO VI

DE LA LEY NATURAL DEL AMOR, QUE ABRAZA TODAS LAS LEYES

Así como en la Sagrada Escritura hay cantares de cantares, y cosas santas de cosas santas, y fiestas de fiestas, así también pienso que hay ley de leyes, y esta ley de leyes no es otra sino la ley del amor santo, que, por ser tan excelente, corre con todas las leyes; donde has de saber que en todos los estados del mundo tuvo consigo gran vigor y fuerza la gran ley del amor, obligando a todos, y, si se dejó de dar por escrito, fué por ser ella muy manifiesta; ca no hay cosa más notoria que el amor de Dios y del prójimo; porque ninguno que entienda las palabras podrá con razón decir sino que ha de ser Dios sumamente amado, pues que es sumo bien, de quien tantos bienes nos vienen; y porque el prójimo fué del mismo Señor criado y lo ama, para que todos gocemos de él,

también lo debemos nosotros amar; empero, hablando agora solamente del amor de Dios, en el cual se encierra también el del prójimo, has de notar que se llama *ancho* este mandamiento del amor, en gran manera, porque alcanza de fin a fin [1]; ca obligaba a los del estado de la inocencia, que fué el primer estado del mundo, y obliga a los del estado evangélico en que vivimos, que es el postrer estado que el mundo ha de tener.

Cuatro estados ha tenido el mundo: el primero fué el estado sublime de la inocencia, en que todos fueron muy obligados a guardar por entero la ley del amor leal con su Dios y unos entre otros; y digo *todos*, así ángeles como hombres; empero, si las Escrituras que hablan de aquel estado no hacen tan expresa mención de la ley del amor, que es aquel primero y mayor mandamiento de que está colgada la Ley y los Profetas, esto pienso haber sido porque como entonces no hubiese cosa más fácil que amar soberanamente a Dios, ni cosa que más naturalmente obligase, pareciera superfluidad hacer mención de lo que a la puerta daba voces y en los rincones del corazón se hallaba escrito. El segundo estado del mundo fué el que tuvieron los hombres después del pecado, lanzados del paraíso terrenal en esta tierra maldita, que es corral de bestias, pues para ellas fué criada; y también tuvo en aqueste estado gran fuerza la ley del amor de Dios, y obligó a todos los hombres de aquel estado, que no menos eran tenidos de amar a Dios que nosotros, porque este mandamiento es de ley natural más inmediato que otro ninguno; y como la ley natural sea en sí inmutable, que no se puede variar, síguese que también obligó a ellos como en nosotros; y que este mandamiento del amor sea el principal que en la ley natural se contiene, cosa clara es; porque, según dice Santo Tomás [2], todos los mandamientos de la ley natural participan en una raíz, y esta raíz no debe ser otra sino el amor, porque el mismo Santo dice que la ley natural no es otra cosa sino una participación de la ley eterna que tiene la criatura racional; y esta ley eterna, según mostramos, es amor perdurable que ordena todas las cosas a la divina bondad. Pues que, según dice el Filósofo [3], lo que es primero y principal en cada género de cosas es medida de todas las cosas contenidas en aquel género, bien parece que no solamente los mandamientos de la ley natural, mas todos los mandamientos de las otras leyes se debrían reducir al amor y medirse con él, para que se

[1] Sap. 8, 1.
[2] *Summa Theol*, 1.ª, q. 94, a. 55; q. 94, a. 2; q. 91, a. 2.
[3] X *Metaph.*

conozca ser aquella ley más justa que más conviene con el amor.

Si a esta razón parasen mientes los que hacen leyes inicuas, resolverían sus constituciones y destruirían toda ordenación y cerimonia que al amor de Dios no sirviese, pues que de ellas nos libró Cristo porque estuviésemos más desembarazados para su amor. Según la conclusión antedicha, bien pudo llamar a la ley del amor ley de leyes, pues que de todas es nivel, y la definición de cualquier ley le conviene como a cosa que con gran eminencia contiene todo lo que se halla en las inferiores. El tercer estado de la Iglesia hallarás en el pueblo hebreo cuando vivía en la esperanza de Cristo, y de éste hablaremos adelante. El cuarto estado de la Iglesia permanece agora en la ley de gracia, y durará hasta que se concluya la Iglesia que pelea sobre la tierra, y de éste hablaremos mucho adelante. Con mucha congruencia podemos decir que, por haber estado siempre la Iglesia sujeta en estos cuatro estados a la ley del amor, se pone cuatro veces en la Sagrada Escritura este mandamiento del amor de Dios que a todos y siempre obliga. En la primera parte se dice [4]: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu fortaleza.* En el segundo lugar, que se repiten estas palabras, se dice: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y en toda tu ánima, y en toda tu memoria.* En el tercer lugar se dice: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu memoria, y de toda tu virtud.* En el cuarto lugar se dice: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de todas tus fuerzas, y de toda tu memoria.* Cotejando unas palabras con otras, verás que, en estos cuatro lugares, se pone muy entera y cumplidamente el mandamiento del amor por un igual, según que obligó a las personas de todos los cuatro estados sobredichos, los cuales se figuran en aquella comparación del sembrador.

Donde dice el Señor que la simiente cayó en cuatro lugares; y la simiente es la palabra de Dios, según que Cristo declaró a los que habían de saber el misterio del reino de los cielos, que está dentro en nosotros. Esta palabra de Dios que se llama *simiente*, sin duda que es el amor, según dice Hugo de San Víctor, porque del amor y por el amor nace Dios en el corazón y, mediante él, se cría en nosotros, y por esta *simiente* que es el amor nacemos también nosotros a Dios; conforme a lo cual,

---

[4] Deut. 6, 5; Matth. 22, 37; Marc. 12, 30; Luc. 10, 27.

dice San Juan [5]: *Todo aquel que nace de Dios, no peca, porque la simiente de Dios permanece en él.* La simiente que sólo Dios siembra en el hombre, es el amor soberano que él solo infunde en el ánima; el cual se llama, no sólo *palabra de Dios,* mas también se llama *toda palabra de Dios* [6]; según lo cual, dice la *Glosa* sobre aquello: *en toda palabra que procede de la boca de Dios. Toda palabra* es la caridad, en la cual se cumplen todas las cosas que proceden de la boca de Dios. Sale, pues, según dice Cristo, el que siembra, que es nuestro Señor Dios, a sembrar su simiente, que es su amor. Salió Dios de sí cuando crió todas las cosas, según dice San Dionisio, a se les comunicar por amor, cuya propiedad es hacer que el que ama se dé al amado. Antes que saliese, dentro en sí mesmo sembraba soberano amor de su bondad; queriéndonos dar parte de esta divina simiente, sale con gran afluencia y largueza a nos publicar la ley del amor, de la cual dice el profeta [7]: *De Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Jerusalén; y juzgará entre muchos pueblos, y castigará las gentes fuertes.* Sión quiere decir *atalaya,* y Jerusalén quiere decir *visión acabada,* y todo junto nos trae a la memoria aquel altísimo y eterno miramiento con que nuestro Señor Dios vió acabadamente su inmensa bondad, comprehendiendo por entero las razones que había para ser amada; aquí, en esta atalaya y acabada visión, sembró Dios nuestro Señor la simiente del amor perdurable en la eternidad; y de aquí salió la ley del amor entre los muchos pueblos, que son los cuatro estados de la Iglesia que tenemos dicho, y las gentes fuertes que castigó son los ángeles malos y todos los que no quisieron cumplir la ley del amor; y has de notar que sólo el amor se llama especialmente *simiente de Dios,* porque de él sólo nace Dios en el corazón; Dios se siembra en nuestra ánima echando primero la simiente del amor, que se llama también *suya,* porque cuando pecamos no queda esta simiente en nosotros; ca él se la lleva consigo, dejándonos todos los dones naturales, que aun en los demonios dicen haber permanecido enteros.

---

[5] I Ioan. 3, 9.
[6] Matth. 4, 4.
[7] Os. 4, 2.

CAPÍTULO VII

CÓMO LA LEY DADA A LOS HEBREOS SE PUEDE LLAMAR LEY DE AMOR, Y DE QUÉ MANERA SE HA DE ENTENDER PARA GOZAR DE ESTE NOMBRE

Por especial franqueza, dijo el emperador Asuero a su esposa Ester que no por ella, sino por todos, se había constituído la ley [1], y esto, con mucha razón, había de pasar así, pues las mujeres usan con justo título de las excepciones de sus maridos; y pues la ley era penal, en ninguna manera convenía que Ester estuviese sujeta a ella; empero, si la ley fuera de favor, no pareciera bien, ni Ester fuera mejor librada por no ser incluída en ella; y de esta suerte, se halla afrentada la sinagoga en ser sola ella excluída de la ley del amor, que es tan bendita y tan favorable, que por mejor librado se tiene el que tiene más parte en ella; y así, por orden, hallarás que los que están más sujetos a la ley del amor son más bienaventurados, y por esto es tanta afrenta hallarse alguno fuera de esta ley de amor que, con justa razón, le pueda ser dicho con San Pablo [2]: *Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea descomulgado*, y pierda los bienes y la vida.

Algunos dicen que la principal diferencia que hay entre la vieja Ley y la Nueva es que la primera se llama *ley de temor*, y la segunda, *ley de amor;* y porque el que aun teme no es perfecto, es menester que suceda la Nueva Ley, que es perfecta en amor; y que así sea el temor echado fuera, con el encendido amor que sobreviene a meter fuego en la tierra, para que arda. El que la tierra quiere encender, claro está que también querrá abrasar en fuego de amor todo lo demás, pues quiere que arda la tierra, que es la cosa que más tarde suele arder. Cosa manifiesta es que el Evangelio, según adelante diremos, es todo *ley de amor;* empero, dirán algunos que también la Vieja Ley fué de amor; conforme a lo cual, dice el Sabio [3]: *Añadióles disciplina y dióles por heredad ley de vida; y constituyó con ello testamento eterno, y mostróles la justicia y sus juicios. A los hijos de Israel*, según la

[1] Esth. 15, 13.
[2] I Cor. 16, 22.
[3] Eccli. 17, 10.

Glosa declara, no fué dada por heredad la ley que aquí se llama *ley de vida* por ser de amor, que es vida del ánima, según dice Ricardo. La *Glosa ordinaria* dice ser esta ley de vida la ley natural, que, según dice, es *ley de amor;* empero, no por esto hace perjuicio ni estorba que la Ley Vieja se llame *ley de amor,* antes parece favorecer al caso presente, ca dice: Esta es la ley natural, que dió Dios a todo hombre para que se sujetase a su Criador y guardase en sí la honra de las buenas obras, o es la ley de la letra, que quiso ser escrita para corrección de las costumbres y para reparación de la ley natural; porque esto nos muestran la ley natural y la literal: que con todo el corazón, y con toda el ánima, y con toda la virtud amemos a Dios; y que guardemos sus mandamientos, con amor de Dios y del prójimo. Esto dice la *Glosa,* y Santo Tomás [4], sobre la dicha autoridad, dice que la ley escrita fué dada para corrección de la ley natural, porque por ella fué suplido lo que faltaba a la ley natural, o porque la ley natural, en los corazones de algunos, estaba corrompida en algunas cosas en tanta manera, que pensaban ser buenas las cosas que naturalmente eran malas, y esto tenía necesidad de ser corregido. Pues que la ley escrita nos enseña, según dijo la *Glosa,* amar a Dios y al prójimo, y ella, según dijo este Santo, corrige la falta de aquesto, bien parece que se debe llamar *ley de amor.*

Item, ella nos amonesta muchas veces que amemos a Dios, diciendo [5]: *Oye, Israel, amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu fortaleza, y guárdate con diligencia que no olvides a tu Señor Dios, que ama el Peregrino y le da de vestir y de comer; y, por tanto, vosotros debéis amar los peregrinos; allegarte has a tu Dios y jurarás en su nombre; a él sólo servirás, que él es alabanza tuya y Dios tuyo, que hizo contigo grandes cosas; así que ama a tu Señor Dios y guarda sus mandamientos todo tiempo; el amantísimo del Señor es Benjamín, y con confianza morará en él; detenerse ha todo el día en él, como en tálamo, y holgará entre sus hombres; hablaba el Señor a Moisés cara a cara, así como suele hablar el hombre con su amigo, y díjole que hacía misericordia en millares a los que lo amaban y guardaban sus mandamientos, en que dice: No aborrezcas a tu hermano en tu corazón; no seas vengativo ni te acuerdes de la injuria que te hicieren tus compañeros, y amarás a tu amigo como a ti mismo. Mira, Israel, que dende el cielo te hizo tu Dios oír su voz para te enseñar, y en la tierra*

[4] *Summa Theol.* 1.ª, q. 49, a. 9.
[5] Deut., caps. 6, 10, 11, 33; Ex., caps. 33, 20; Lev. 16; Deut., caps. 4, 10, 30, 33.

te mostró su grandísimo fuego; y oíste sus palabras de medio del fuego, ca él amó a tus padres y quiso escoger después de ello a sus descendientes; y ahora, Israel, ¿qué te pide a ti tu Señor Dios, sino que lo temas y andes en sus caminos, y lo ames, y sirvas a tu Señor Dios en todo tu corazón, y en toda tu ánima, y guardes sus mandamientos, porque te vaya bien? Del Señor [son] *todas las cosas, y, esto no obstante, se juntó con tus padres como con engrudo y amólos, y tuvo por bien de elegir a vosotros entre todas las gentes, y bendiciéndote hacerte ha de más número que fueron tus padres; circundará tu Señor Dios tu corazón y el corazón de los que de ti vinieren, para que ames a tu Señor Dios de todo tu corazón y en toda tu alma, porque puedas vivir; ley de fuego está en su mano diestra, y él amó los pueblos.* Estas cosas y otras semejantes se escriben en la ley escrita, con que nos provoca por muchas vías al amor de Dios y del prójimo, la cual se llama *ley de fuego*, porque con hachas de amor enciende.

Según dice la *Glosa*, muchas causas se podrían dar por qué la ley escrita se llama *de temor;* empero, notando que a sola ella convienen, hallarás que fué un yugo tan importable y áspero, sin ninguna misericordia, que todo hombre que bien mira sus mandamientos piensa ser muy dificultosa, no sólo de guardar, sino de aprender; ca, ¿qué memoria basta para aprender seiscientos mandamientos de coro? Así que, no sin misterio, dijo San Pedro ser la ley un yugo que ni ellos ni sus padres lo pudieron llevar. Con justa razón diremos *carga de temor* o *ley de temor* a la que por su peso tememos poner sobre nuestros hombros.

Item, llámase *ley de temor* porque casi a cada paso echa obra de dos mil maldiciones sobre los que no la guardan, maldiciendo al hombre y a todas sus cosas tan sin rienda, que a los que leen las maldiciones sin temerlas les rechinan ambas las orejas. ¿Qué me hará, si pensara que había de caer sobre él? Item, es *ley de temor*, por las muchas penas temporales que trae consigo, ca no bastan las maldiciones, sino que con dos o tres testigos que se le probase a alguno haber quebrantado la ley le daban pena de muerte corporal y, si no se arrepentía, incurría en pena eterna; y por los espantos con que fué dada en el monte, y porque les dieron tan grave ley, temiendo que hallándose desocupados irían a idolatrar con los gentiles, y porque los que guardaban las mismas ceremonias de la ley, todavía volvían con miedo si llevaban gracia o no; ca ellas no la daban, como la da el bautismo.

Ya que a la gente común fuese *ley de temor*, no lo era a los más perfectos, que más miraban lo figurado que

la figura, como el que ve junto consigo alguna sombra y vuelve presto los ojos a ver cúya es, en todo veían a Cristo los santos de la Vieja Ley, contemplando en lo que traían entre manos las obras que había de hacer; conforme a lo cual, dice Orígenes sobre aquello de los Números [6]: *Moisén y Aarón huyeron al Tabernáculo de la amistad;* son mandados Moisén y Aarón salir del medio de la sinagoga, porque caiga; empero, miremos lo que hacen; santos son y perfectos, y más discípulos del Evangelio que de la Ley; y, por tanto, aman también los enemigos, y oran por los perseguidores; ca, como arremetiesen los perseguidores, derribáronse ellos sobre su cara, y dice Moisén a Aarón [7]: *Toma el encensario, y pon en él brasas, y echa encienso, y ve presto al pueblo, porque ruegues por ellos, ca la ira del Señor ha salido contra ellos;* pues que así es, paren mientes los que ponen tacha en Dios y en la Ley cómo Moisén y Aarón primero hicieron lo que después enseñó el Evangelio: ama Moisén los enemigos y ruega por los perseguidores; así que la virtud del Evangelio se halla en la Ley y en el fundamento de la Ley se fortalece el Evangelio: ni llamo Ley Vieja al Viejo Testamento, si espiritualmente entiendo yo la Ley; aquello solamente es Ley Vieja; el Viejo Testamento, que carnalmente lo entienden; a ellos es viejo, y se les ha envejecido porque no puede ejecutar sus fuerzas; empero, a nosotros, que la declaramos espiritualmente, siempre es Nueva la Ley, y ambos Testamentos son nuevos a nosotros, no por edad de tiempo, sino por novedad de inteligencia.

Donde San Juan dice [8]: *Mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros,* aunque sabía ser dado mandamiento de amor en la Ley, empero, porque la caridad nunca cae, ni el mandamiento de la verdad se envejece, siempre lo pronuncia por nuevo, ca siempre hace nuevos en el espíritu a los que la guardan; empero, al pecador y al que no guarda las alianzas de la caridad, aun las cosas del Evangelio se le envejecen; ni puede ser el Evangelio Nuevo Testamento al que no se desnuda el viejo hombre, ni se viste el nuevo, criado según Dios. Si has mirado en lo que ha dicho este Doctor, podrás decir que, aunque la Vieja Ley en su tiempo fué *ley de temor,* ya es *ley de amor* si se entiende espiritualmente, según las reglas del Evangelio, al cual la juntó Cristo haciendo, según dice San Pablo [9], de dos cosas una, juntando el espí-

[6] Num. 16, 43.
[7] Num. 16, 46.
[8] Ioan. 13, 34.
[9] Eph. 2, 14.

ritu de la Ley con la letra del Evangelio, que es como glosa declaradora de la Ley.

Mandaba la Ley que todos los hijos de Israel ofreciesen cada año en la Pascua un cordero por los pecados del pueblo, y el Evangelio declara que este cordero es Cristo, Cordero de Dios, al cual ofrecemos, en especial, la semana de Pascua, por los pecados de todos. Mandaba la Ley qué tiempo estuviesen en el templo delante de Dios, en una mesa, los panes de la proposición; y el Evangelio declara que este pan es el Sacramento del Altar, que está puesto en el ara, que es mesa de la Iglesia, y está siempre delante de Dios; y porque este pan no se endurece ni enmohece como el otro, no es menester que pongamos los panes recientes que acullá se ponían. Mandaba la Ley que el leproso se representase al sacerdote descubierta la cabeza y dijese cómo estaba sucio; y el Evangelio dice que esto se ha de hacer confesando el pecador humilde y claramente sus pecados. Mandaba la Ley que los hombres se circuncidasen; y el Evangelio dice que todos sean bautizados, para que espiritualmente sea cortado de nosotros todo el pecado con que nacimos. De esta manera glosa el Evangelio toda la Ley, que ni una tilde queda por cumplir de ella, y cúmplese así más perfectamente que antes se cumplía, porque, según dice San Pablo, la Ley es espiritual y espiritualmente debe ser entendida, para que de cada cristiano se pueda decir [10]: *Comerá manteca y miel, para que sepa reprobar el mal y elegir el bien.* La Ley se llama *leche*, porque fué dada a hombres de poco ingenio y fuerzas; según lo cual, dice una *Glosa* sobre el Génesis: Habíales dado Dios el mandamiento de la Ley, así como leche ordeñada de las dos tetas, que eran las dos tablas, que es testamento de fe; porque aun no pudieran recebir el recio manjar de la evangélica doctrina. La *manteca* de esta leche es el sentido y declaración espiritual que de ella se ha de sacar, y bien se puede comer agora; empero, la misma leche hacernos ha mal; y mejor es la manteca que no la leche, porque en la manteca está toda la virtud de la leche; y con esta manteca hemos de juntar la *miel*, que es la doctrina del Evangelio que corrió de aquel precioso panal, Cristo, salido de la colmena, que es la Virgen; y comiendo estas dos cosas juntas, sabremos desechar el mal, que es la letra que mata, y elegir el bien, que es el espíritu, dador de vida de amor. Y nota que, cuando en la Ley hallares, como se dice muchas veces, que la Ley es testamento eterno, que nunca ha de desfallecer, entiéndelo tú en este sentido y declaración espiritual, en

[10] Is. 7, 15.

que la Ley ha de durar hasta el fin del mundo; lo cual maravillosamente se figura en el sacrificio del Sacerdote que se llama sempiterno, en el cual se dice que a la mañana ofrezcan la mitad, y la otra mitad a la tarde [11]; y Orígenes, declarando este misterio, dice: «La Ley de Moisén sacrificio es de sacerdote, que se divide en dos partes: en letra y en espíritu; la letra se ofrece *de mañana*, conviene a saber, en el primer tiempo de la Ley, cuando nueva luz y nuevo día empezó a producir la luz; a *la tarde* se da el espíritu, quiero decir, que en el advenimiento de Cristo se da el espiritual entendimiento de la Ley».

La conclusión de este capítulo es que si hablamos de la Vieja Ley, antes que viniese Cristo, entonces será *ley de temor;* y si hablamos de ella agora, después del advenimiento, entendiéndola espiritualmente glosada según el Evangelio, podráse llamar *ley de amor;* las cuales dos cosas quiso sentir el Apóstol cuando concluyó diciendo [12]: *Así que la Ley nuestro ayo fué en Cristo Jesús.* Porque la Ley ordenaba los hombres a Cristo se llama *ayo* de ellos, en Cristo; empero, el ayo, a los primeros años, cuando comienza a doctrinar el mochacho, comienza por miedo y amenaza; empero, al fin, todo acaba en amor, después de introducida la virtud; y de esta forma hallarás que, en los cuatro primeros libros de la Ley, no se habla cosa del amor de Dios, hasta el postrero, que se llama Segunda Ley, y pertenece al Evangelio, como más propia figura de él, y en sólo en este postrer libro manda la Ley que amen a Dios, callando en todos los cuatro libros precedentes; en tal manera, que ni en las tablas primeras de la Ley, ni en la segunda, no se ponen expresos los mandamientos del amor de Dios ni del prójimo, porque esto para delante se guardaba.

CAPÍTULO VIII

De la ley del amor que dió nuestro Señor a su Iglesia

Dame, ¡oh Hijo de Dios soberano!, dice el profeta David [1], *entendimiento para escudriñar tu ley de amor, y si esto, Señor, hicieres, guardarla he yo en todo mi corazón;*

[11] Lev. 6, 20.
[12] Gal. 3, 24.

[1] Ps. 118, 34.

porque no se debe guardar en otro armario la ley del amor, sino en el corazón, que, de suyo, según dice San Agustín, es fuente de amor. Ponme por ley el camino de tus justificaciones, que es el amor, sin el cual ninguno será justificado delante de ti, y dame gracia que busque mucho siempre este camino del amor santo, que no lleva sino a ti, y no sabe rodear, ni hallar la puerta cerrada. Tú solo, Señor, eres el que declaras el amor y das fuerza para amar y amas; por lo cual, se dice de ti [2]: *Fuente de sabiduría es el Verbo de Dios en las alturas, y su entrada son mandamientos eternos.* La *Glosa ordinaria,* declarando qué cosa sea *sabiduría,* dice sobre aquella palabra del Salmo [3]: *Y el sol, en poder del día.* Esto es lo que dice el Apóstol [4], que a uno es dado por el Espíritu *sermón de sabiduría*: éste es el sol. Aquí se llama la sabiduría *sol,* y el verbo de Dios es fuente de ella, según dijo el Sabio [5]; y puesto que el Hijo de Dios sea fuente de sabiduría para que beban los ángeles en las alturas del cielo, porque todo es suyo, no quiso dejar la tierra sin los rayos ardentísimos de su amor; y por esto dijo también el Sabio que su entrada, conviene a saber, en el mundo, era *mandamientos eternos,* no de otra cosa, sino de amor; dándonos en esto a entender que la causa de su venida fué por traernos aquellos mandamientos eternos de amor, para que así los tuviésemos en más, por venir él mismo en persona a nos mandar que lo amásemos.

Son los mandamientos del amor de tanta majestad y gloria, que no sufren amenaza, ni espanto, ni palabras rigurosas de temer, sino que quieren ser intimados los mandamientos del amor con amor y estima del que ha de amar; porque así, con mandar que amen, dé osadía y cabida al amador, que, sin esto, no puede amar; esta condición mostró tener el Hijo de Dios cuando quiso en persona venir a nos mandar que lo amásemos, y no nos lo mandó como a esclavos o criados suyos, sino como a hombres que él tenía en gran estima, lo cual contempla el Sabio cuando, hablando con el Padre Eterno, dice [6]: *Tú que te enseñoreas de la virtud, juzgas con tranquilidad y con gran reverencia nos dispones; ca te queda el poder cuando quisieres; enseñaste tu pueblo por tales obras, que conviene ser justo y humano, y heciste a tus hijos de buena esperanza, porque, juzgando, das lugar a la penitencia en los pecados.* Lo primero que aquí dice el Sabio es que

[2] Eccli. 1, 5.
[3] Ps. 135, 8.
[4] I Cor. 12, 8.
[5] Eccli. 1, 5.
[6] Sap. 12, 13, 19.

nuestro Señor se enseñorea de la virtud; para cuya inteligencia has de saber que la virtud de Dios es el amor, según declara San Agustín sobre aquello del Salmo [7]: *Poned vuestros corazones en su virtud;* y no solamente el amor es virtud de Dios, mas también es virtud nuestra, y virtud de todas nuestras virtudes; conforme a lo cual, dice San Agustín: «Si la virtud nos lleva a la vida bienaventurada, ninguna cosa totalmente afirmaría ser virtud, sino el sumo amor de Dios». En decir, pues, el Sabio que Dios se enseñorea de su virtud, que es su amor, no pienses que te ha dicho lo que te sabías, ca no es cosa fácil de entender ni aun de creer que Dios se enseñorea de su mesmo amor, porque San Bernardo dice: «¡Oh suavidad, oh gracia, oh fuerza de amor, que así, el mayor que todos, es hecho uno y de todos. ¿Quién hizo esto? El amor, que no mira a la dignidad, rico con sólo querer, poderoso en afición, eficaz en amonestar. ¿Qué cosa hay más violenta? Tríunfa de Dios el amor».

Aunque claramente ha dicho este Santo que el amor se enseñorea de Dios, y el Sabio dijo que Dios enseñoreaba del amor; por lo cual has de notar que hay dos maneras de amor, cuanto al caso presente: el uno se llama *amor intelectual*, y con este amor, que anda siempre a par de lo que la razón determina, suele amar la libertad libremente lo que juzga el entendimiento que ha de ser amado; de manera que este amor es muy libre y judicativo, que no solamente se determina en el amar, sino en la manera que ha de tener; este amor nunca entra sin llevar de la mano al conocimiento, y nunca crece más que él, mayormente en Dios nuestro Señor, del cual hablamos. El segundo amor añade sobre lo que tenemos dicho una participación de naturales inclinaciones y sentimientos, aplicando a sí mesmo las fuerzas del corazón, y, desque se ve fortalecido por la razón y costumbre de amar, crece algunas veces tanto, que prende el corazón y cuasi lo hace desfallecer; y este amor, así fortalecido, suele correr más que la razón y, a las veces, no se curando de ella, desfalleciendo, descansa. El primer amor se halla perfectísimamente en Dios nuestro Señor, que es puro espíritu y no tiene carne ni huesos. De este amor dice el Sabio que *se enseñorea Dios Padre*, porque ninguna cosa ama con pasión ni afición, provoque o incline a que se cautive de lo que ama, sino que todo lo ama con una señoría que no le da más pena que si no lo amase. El segundo amor, que sobre la razón añade una afición y cuidado o derretimiento entrañal que fatiga a las veces maravillosamente el co-

[7] Ps. 47, 14

razón. Este segundo amor da lugar en Cristo, Hijo de Dios vivo, que, por ser verdaderamente hombre, se movía con las aficiones y sentimientos de amor que los santos se solían mover acerca de nuestro Señor Dios y del prójimo; y esta fuerza de amor y fervor de caridad le daba ocasión que, algunas veces, hiciese algunas cosas que los perversos y malos hombres juzgasen a locura, según hallamos escrito en el Evangelio. De este segundo amor, que ha lugar en Cristo, se entiende lo que dice San Bernardo, aunque a las veces muestra la Escritura haber estas pasiones de amor en Dios, no porque de hecho las haya ni las pueda haber, sino por se conformar con los hombres a quien se da en la manera del hablar, y porque no pensemos que nos ama poco, y porque veamos que tiene él en mucho nuestras aficiones, pues las apropia a sí mesmo, y porque, hablando el Señor de estas aficiones como si las tuviese, nos enseñe como si las hemos de regir los que las tenemos, porque las aficiones del corazón no tienen más virtud que cuanto fueren bien regidas; ca suele acaecer enseñorearse ellas del corazón demasiadamente, y esto no es bueno, porque impide la tranquilidad del corazón, de la cual también alabo el Sabio a nuestro Señor Dios; y bien se sigue después de lo primero, porque el que enseñorea de su infinito amor, mucha tranquilidad y quietud terná; la cual no tuviera si no se hubiera enseñoreado del amor, que de su naturaleza es muy bollicioso.

Cuando el amor está algo enseñoreado de la razón y hierve con alguna vehemencia, no aguarda tiempo en las cosas que le tocan, ni tiene sufrimiento alguno; empero nuestro Señor Dios esté muy enseñoreado del amor, por infinito que sea, juzga con mucho sosiego las cosas que al amor pertenecen, según lo requieren los tiempos y calidades de personas, conforme al infalible juicio de su divinal ingenio, que no quiso dar a todos por una forma los mandamientos del amor que tenía notados dende antes de los siglos, porque así vió que convenía a su honra, según aquello del Salmo [8]: *Alabarán tu nombre grande, porque terrible es y santo; y la honra del rey ama el juicio; tú aparejaste los enderezamientos.* Algún misterio quiso notar aquí David en decir que alabarían el nombre grande de Dios, porque, según dice San Agustín, algunos nombres hay que le vienen chicos a Dios y, por tanto, le debemos buscar un nombre grande para más lo alabar; y pues solemos nombrar las cosas según el conocimiento que de ellas tenemos, claro está que debemos llamar a Dios *amor*, porque lo que más conoce el pueblo cristiano de Dios es

[8] Ps. 98, 3

amar, y lo que más de él predica el Evangelio, sus palabras y obras y mandamientos, y aun la mesma esencia de Dios es *amor.* En nosotros es añadidura accidental el amor, y como aceite o calor con que el ánima se dispone para amar; y aun en los ángeles también es añadidura el amor; ca, con la caridad infusa que tienen, aman a Dios, conforme a aquello de San Agustín: «La ciencia de las cosas corporales y temporales con que se hinchan los demonios es vil a los ángeles buenos, no porque de ellas sean ignorantes, sino porque les es muy amable la caridad de Dios, con la cual son santificados; con cuyo santo amor arden mucho». Pues que el amor que tienen los ángeles y ánimas santas es añadidura con que son calificados, bien parece que ninguno se puede propiamente llamar *amor;* ca, por muy blanco que sea, una necedad sería llamarle *blancura;* empero, como el amor que nuestro Señor tiene no le sea postizo ni lo tenga por manera de ornamento, sino que el mesmo Dios es fuente infinita de siempre vivo amor, de donde todos los amadores suyos se proveen, cosa muy justa es que le llamemos amor y le demos este nombre, por grande; pues grandes cosas anuncia de él.

Loa, pues, ánima mía, el nombre grande de tu Dios, que es *Amor;* y no digas que ignoras su nombre, pues que por el nombre lo has conocido; mira que *este nombre es sobre todo nombre,* por ser tan notorio y utilísimo, que se diga de él [9]: *Aceite derramado es tu nombre y, por tanto, te amaron mucho las doncellas.* Mucho cunde el aceite, y mucho más cunde el amor, pues que luego a la entrada de los Cánticos, en dándose paz la Esposa y el Esposo, se vió ella tan embebida y empapada en amor, que las doncellas que con ella iban alcanzaron parte; lo cual viendo ella, dice en alabanza de ellas y de su Esposo: *Aceite derramado es tu nombre, y por esto te amaron mucho las doncellas.* Derrama Dios su amor, ánima mía, porque tú tengas más ocasión de lo coger y te ungir con este oloroso aceite, sin el cual no le podrás agradar; ca se llama aceite santo, porque hace santos a los que con él se untan. Este nombre grande de *Amor,* que deberíamos siempre alabar, dijo David que era *terrible y santo;* a los de la Vieja Ley fué terrible, porque el amor que les mostró tenía, según viste, mezclado mucho espanto, como lo tiene el amor del marido celoso que suele amenazar mucho a su mujer, en tal manera que ella tiembla de verlo y oírlo; aquel amor es muy cargoso y harto penoso. ca por miedo se quiere hacer amar; y por esto los tales hombres, aunque amen, son llamados *terribles.*

---

[9] Cant. 1, 2.

A los de la Nueva Ley se puede decir *santo el amor de Dios,* porque *santo,* según Alberto, quiere decir *con sangre teñido;* y tal es el amor que Dios tuvo y tiene con los fieles de su amada Iglesia, por la cual derramó su mesma sangre para teñir el amor con ella, por le dar muy soberano color; y tal, que ella sola bastase por entera amonestación de ser reamado; y así, no como varón celoso, sino como persona que con servicios y dádivas y hermosura tiene robado el amor; está seguro, pues, que es cosa averiguada que ningún baño puede traer el amor más agradable ni tanto como el de la sangre. Según lo cual, se dice del Señor que, como *amase los suyos, amólos hasta la fin* [10]; dándonos en esto a entender el amado San Juan que Cristo había tenido, en amar a los suyos, la mejor manera que puede ser pensada; conforme a lo cual, dice San Bernardo: «Aun hay alguna cosa que más me mueve, y más me constriñe, y más me enciende, que sobre todas las cosas se me torna amable, oh buen Jesús: el cáliz que bebiste, que es la obra de nuestra redención. Esta obra de todo en todo es tal, que fácilmente apropia a sí nuestro amor todo; ésta, digo, que es la que nuestra devoción más blandamente provoca, y más justamente demanda, y más estrechamente la aprieta y la aficiona con más vehemencia. Mucho, sin duda, trabajó el Salvador en esta obra; ni el Hacedor tomó tanta fatiga en toda la fábrica del mundo; porque, finalmente, con sólo decir, fueron hechas aquellas cosas; mandólo, y fueron criadas; empero, aquí, en la redención, en sus dichos sufrió contradictorios, y en sus obras acechadores, y en sus tormentos escarnecedores, y en la muerte maldecidores». Lo de suso es de San Bernardo, en lo cual ha mostrado cuán buena color dió nuestro Señor al amor que tuvo a su Iglesia; por la cual no pudo más afinar el amor ni apurarlo, que bañándolo en sangre por ella derramada, para que así no solamente fuese *santo,* que quiere decir con *sangre teñido,* sino que fuese santo de los santos, fortaleciendo y perfeccionando con él todo nuestro amor.

Lo que más dijo David en la autoridad que viste fué que aparejó el Señor enderezamientos que son mandamientos de amor, por los cuales se endereza nuestra tuerta vida a su blanco y último fin, que es Dios; y este enderezamiento, no pienses que es de pasos corporales, sino que las aficiones del ánima, mediante el amor, se ordenan a Dios, según aquello que David, en otro lugar, dice [11]: *Alabarte he yo, Señor, en el enderezamiento del*

[10] Ioan 13, 1.
[11] Ps. 118, 7.

corazón. Cuando por el amor está dirigido y ordenado derechamente el corazón a Dios, todas las otras cosas tocantes al hombre, por muchas que sean, se ordenarán bien; por lo cual, como cosa muy grande, dice el Sabio [12] que *constituyó Dios al hombre para que juzgase el juicio en el enderezamiento del corazón.* Estos enderezamientos con que está enhiesto el corazón a Dios, pone David en el numero plural, porque son dos los mandamientos del amor, y porque ha de ser muchas veces repetido el amor; ca, según dice San Pablo, la deuda del amor tiene tal calidad que, pagandose, nunca se descuenta nada, porque siempre queda en peso y entera la deuda del amor; ca no quedas menos obligado de amar manana a Dios, aunque hoy lo hayas amado, que si lo amases hoy; de lo cual no te debes maravillar, porque esta deuda es al revés de las otras, ca ninguna cosa puedes pagar sin quedar más pobre habiéndola pagado sino esta del amor, que por todas maneras de abundancia hace más rico al que mas pagare de ella, y dando recibe, y recibiéndose, obliga.

El Sabio y el profeta David convienen y dicen una mesma cosa en las sobredichas autoridades, aunque por diversas palabras, porque el uno dijo que *Dios había aparejado enderezamientos* que, según viste, son mandamientos de amor; y el otro dijo *que Cristo había venido al mundo a traer mandamientos eternos,* no otros, sin duda, sino los que había aparejado; escribiólos Dios en sí mesmo, que es libro de vida antes de los siglos; aparejólos cuando los dió al pueblo hebreo y vino el mesmo en la ley de gracia a los predicar y declarar muy por extenso en cualquier manera que pudieron ser declarados, por obra y por palabra, y por escrito, y por muchas repeticiones y lecciones cotidianas. Los mandamientos del amor que temporalmente fueron dados a la Iglesia, se llaman *eternos,* porque son derivados y se deducen y deslindan de aquel amor eterno y soberano que Dios siempre tuvo a su eternal bondad; y también se llaman *eternos* porque nunca tendrán fin, ca la *ley de amor* aun en el cielo se guardará para siempre, y muy mejor que en la tierra, porque, según dice el Apóstol, *nunca cae la caridad,* ni por mucho que amen en el cielo pienses que se acabará o perderá su vigor esta bendita ley; pues que, según probamos, es una deuda cuya paga no hace descuento.

No tenían los hebreos tan evidente ocasión de amar a nuestro Señor Dios como la tiene el menor hijo de la Iglesia, porque ellos recibieron el mandamiento del amor cuarenta años y más después que salieron de Egipto, y no

---

[12] Sap. 9, 2-3.

lo recibieron escrito en las tablas con el dedo de Dios, sino de la boca de Moisén, muchos años después de las tablas, no con tanta solemnidad; y por esto pienso que no hicieron tanto caso de él, ni curaron de cumplir el mandamiento del amor que más obliga; de suerte que Cristo nuestro Redentor los hubo de reprehender, diciendo [13]: *Ay de vosotros, fariseos, que diezmáis toda hortaliza y traspasáis el juicio y la caridad de Dios.* Y en otra parte también les decía [14]: *Yo os conocí, que no tenéis en vosotros el amor de Dios.* Todas las cosas conoce Cristo; empero, porque lo que más miraba era el amor de Dios, dice que conoció especialmente la falta de él, y doliéndose de ella, vino dende su alto cielo a la remediar, pues había hecho poca impresión Moisén, su siervo; y así, como otro Eliseo, descendió tras su criado, que había enviado delante con el palo para que resucitase el niño defunto poniéndolo sobre su cara: empero, desque ni por esto cobró la voz, ni el sentido el que estaba muerto, fué menester que descendiese Eliseo del monte, para le dar vida; el cual subió a la cama donde estaba muerto el niño, y puso sus manos sobre las manos del niño, y su boca sobre la del niño, y sus ojos sobre los del niño, y calentóse la carne del muerto; andaba el profeta de una parte a otra por la casa, y tornando a hacer lo mesmo, resucitó [15].

Sobre esto dice Rabano: Cuando el Señor dió la ley de Moisén, envió como con su criado la vara; empero, el criado con la vara, que es el espanto de la ley, no pudo resucitar al muerto; porque la ley a ninguno tras a perfición, el mesmo Señor, viniendo por su persona, se derriba sobre el cuerpo muerto; ca, como estuviese en forma de Dios, apocó a sí mesmo tomando forma de siervo, andaba de una parte a otra; porque llama, mediante la fe, a los judíos y a los gentiles, que vengan a las cosas eternas: inspira siete veces sobre el muerto porque, mediante el abrimiento del divino don, lanza sobre los que están caídos en muerte de pecado la gracia de siete maneras del Espíritu Santo; y luego, aquel que no pudo resucitar el miedo de la vara, por el espíritu del amor, torna niño a la vida. ¿Veis aquí cómo vino el Salvador a remediar con su amor la falta del nuestro? Y calentó nuestra frialdad, no solamente abreviando su grandeza y conformándola en la cama de la cruz con la mayor poquedad, que es la de los ladrones, mas aun niño se hizo, y en la cama del pesebre publica por obra *ley de amor*; y a sus ángeles manda que

---

[13] Matth. 23, 33
[14] Ioan. 5, 42
[15] IV Reg. 4.

canten con alegría grande gozo y paz que será a todo el pueblo.

Las primeras obras del amor son gozo y paz, de las cuales viene cargado el Hijo de Dios a la tierra; y por esto se dice en la figura que puso sus manos sobre las del difunto, para que, tomándose las manos, se traben las amistades y se comiencen a celebrar los desposorios del amor; a lo cual se sigue el beso dulce que da el Señor al que, por pureza, se torna niño como él; empero, aqueste beso que con ansia demandaba la Esposa, no debe ser sino la ley evangélica, que propiamente se llama *ley de amor;* y este beso se dice *de la boca de Dios*, que es Cristo, de la cual se puede entender aquel mandamiento [16]. *Recibe de su boca la ley y pon sus sermones en tu corazón.* La razón demanda que cada cosa se ponga en su lugar. Las tablas de Moisén se pusieron en el arca de la amistad, donde estaban a peligro de ser robadas; empero, el Santo Evangelio, que es *ley de amor,* se puso en el corazón y entrañas de los apóstoles, donde había prometido Dios de la escribir, diciendo [17]: *Haré una nueva amistad, no según la que hice con vuestros padres cuando les tomé la mano para les sacar de Egipto, ca ésta ellos la tornaron en nada, y yo me enseñoreé de ellos, dice el Señor, sino que ésta será el amistad que haré. Después de aquellos días, dice el Señor, daré mi ley en las entrañas de ellos, y en su corazón la escribiré.* La Ley Vieja se dice *ley servil*, que se da a los mozos, y por esto ha dicho el Señor que se enseñoreaba de ellos; mas la *ley de amor*, dada a la Iglesia, es de libertad, que se da a los hijos, y, por tanto, dice que la dará, dejando a nuestra voluntad que la tomemos cuando quisiéremos; lo cual, no segurado con el pueblo hebreo, ca los espantos con que se dió la ley fueron tantos, que cuasi por fuerza los hacía. Dios está a raya; empero, a la Iglesia dice que *dará su ley nueva,* tal que, en dándola él, se reciba en las entrañas. ¿No te parece que la había recibido en las entrañas el que decía: *Dónde iremos, Señor, ca tienes palabras de vida eterna* [18]; y los que decían: *Nunca hombre habló de su manera* [19]; y quien decía después del sermón [20]: *Bienaventurado el vientre que te trujo y los pechos que mamaste?*

No se contenta Cristo de dar esta *ley de amor*, que es el Evangelio, en las entrañas de los fieles, sino que la qui-

[16] Iob. 22, 22.
[17] Ier. 31, 31-32.
[18] Ioan. 6, 69.
[19] Ioan. 7, 46.
[20] Luc. 11, 27.

so escrebir en el corazón de los apóstoles; pero podrás preguntar: Siendo el corazón del hombre tan delicado, ¿cuál péndola puede ser tan sotil, qué mano tan ligera, qué tinta tan delgada que no dañen papel tan delicado? La péndola es aquella de que se dice [21]: Mi lengua es péndola de escribano que escribe ligeramente. Siendo la péndola tal, con mucha razón habían de ser papel las telas del corazón que ardía mientras Cristo hablaba por todo el camino de esta vida. Dice nuestro Redentor que es ligero escribano, porque abrevió mucho al escribir del Evangelio, reduciendo la Vieja Ley y los Profetas a dos mandamientos de amor, y ordenando todo lo que después enseñó al mismo amor. Suelen los escribanos conformar la péndola con la letra que han de hacer, y porque la Ley Nueva es tan dulce, la quiso el Señor escrebir con tal péndola, ca de la Ley Nueva se dice [22]: *Ley de clemencia está en su lengua.* Por ser la Ley tan bendita y amorosa, se escribió con tal péndola, y la tinta fué la gracia del Espíritu Santo, que se dice estar derramada en los labios de Cristo [23]; si no quieres decir que fué miel y leche, que se dicen estar debajo de esta lengua, porque sus palabras inducían a pureza y consolaban el corazón para que mejor asentase la doctrina. Esta péndola es tal, que no ha menester que la traiga; empero, si quieres buscar mano, hallarás que la mano fué el cumplimiento de la *ley del amor,* que él cumplió primero, para provocar así más a los enseñados; porque más mueven las obras que no las palabras; y si quieres ver cómo Cristo cumplió la ley del amor, escucha lo que dice a sus discípulos [24]: *Porque conozca el mundo que amo al Padre, lo hago así como él me lo dió por mandamiento, levantavos y vamos de aquí.* Como quien dice: muéstrese en la obra de la pasión y cesen las palabras. Aquí dice Cristo que guarda muy notoriamente la *ley de amor,* y da la prueba de esto en el cumplimiento de tan arduo mandamiento como fué que muriese por los siervos de Dios; de manera que, con una obra, por ser tan soberana, prueba Cristo que ama a su Padre, pues la hace porque él se la mandó; y prueba el mandamiento del amor del prójimo, pues muere por le dar vida eterna. Y a los discípulos dijo que se amasen como él los había amado.

Pues que el Hijo de Dios cumplió muy por entero la ley del amor, primero que la intimase al mundo, con mu-

---

21 Ps. 44, 2.
22 31, 26.
23 Ps. 44, 3.
24 Ioan. 14, 31.

cha razón se dice que en su diestra tiene *ley de fuego* [25]; y que amó los pueblos, porque a todos los pueblos manda que reciban su ley, y que a todos obliga; la cual, no en la boca como nosotros que de ella hablamos, sino en la mano derecha suya se dice estar, porque muy diestramente la obró antes que la diese. Y señálase aquí más la mano derecha que la izquierda, porque en él nunca pudo haber siniestro amor, antes fué tan diestro y ordenado, que todo el amor que los santos tuvieron a Dios, comparado al que Cristo les tuvo, sería como comparar la mano izquierda a la derecha, que apenas sirve al hombre mientras tiene la derecha desembarazada; y por ventura quiso denotar este exceso la Escritura, cuando, después de haber dicho que en la mano de Dios estaba una ley de fuego, añadió: *Todos los santos están en su mano, y los que se llegan a sus pies recibirán de su doctrina.*

Llégate, pues, ánima mía, a los pies del Salvador, como la Magdalena, que los lavó con lágrimas muy calientes; ca no podrás alcanzar ni aun a la mano izquierda de tu Señor, donde están los santos, y, si te pones a sus pies, recibirás no pequeña doctrina de amor; ca, por ventura, te será dicho [26]: *Perdonados les son muchos pecados, porque amó mucho*. Misterios son de amor los que se tratan; bien te puedes llegar sin temor, ca por amor se impone ya el mandamiento del amor, y a ninguno vedan que se llegue; y aquél lo impone que es todo amor, figurado en la zarza que ardía y no se quemaba; ca todo arde el Hijo de Dios puesto en la zarza de nuestra humanidad para nos obligar; ca propio es de la zarza amparar las avecillas que van huyendo del gavilán, y los lagartos y culebras que allí se acogen. Vete tú allí, ánima mía, por mejor aprender la ley del amor, que, de pecadora, te hará huéspeda del Salvador; el cual no posó en casa de la Magdalena hasta que, por el mucho amor, mereció perdón de sus muchos pecados. Y si ella se llegó a los pies del Salvador fué porque en los pies se figuran las aficiones, y por esto se dicen los pies de Cristo semejantes al metal que está en el horno ardiente.

Las aficiones que Cristo tuvo con aquellos a quien trujo de toda la Trinidad una carta de amores, que fué el gran mandamiento del amor, no se pueden mejor declarar que diciéndonos cómo están en el horno ardiente del amor divino; para el cual nos ama, queriéndonos llevar por amor a la divina caridad que nos formó y dió ser en la fragua de su amor, donde tenemos de tornar para

[25] Deut. 33, 2-3
[26] Luc. 7, 47.

nos reintegrar y perfeccionar en el mismo amor. Y para esto no hay otro remedio más convenible que pararnos a pensar con la amadora Magdalena las aficiones que Cristo tiene a los pecadores para les perdonar los pecados, porque amen mucho y no sean impedidos de tan altísima obra que merece tener por solicitador al mismo Hijo de Dios, tan encendido en amor, que es imposible no amarlo mucho el que mucho se llegare a él.

CAPITULO IX

Que nos enseña por qué la ley de Cristo se llama de gracia, y cómo la ley de gracia quiere decir ley de amor

Dejando muchas maneras de *gracia* que San Buenaventura declara, solamente queremos aquí hablar de la *gracia* que hace a la criatura agradable a su Dios, que es la más soberana gracia que los justos reciben en este mundo; y, por esto, que nuestro Señor Dios, según su gran poder, pudiera salvar al hombre sin gracia, con sólo aceptarlo y agradarse en él, quiere, empero, también con esto infundir en el ánima su gracia; porque como él no tenga necesidad de nuestros bienes, nos acepta nuestras obras así como si de ellas recibiese algún interese; ni lo puede obligar merecimiento alguno nuestro por vía de lo haber recebido. Y, por tanto, pues nuestras obras no lo pueden hacer deudor, menester es para que los galardone que nos antevenga con alguna gracia infundida, a la cual más que a las obras mire cuando nos hubiere de galardonar con su gloria.

Item, porque el premio que hemos de merecer es la bienaventuranza eterna, que consiste en poseer aquel que es todo el bien y sumo bien, ensalzado sobre toda criatura, que mora en una luz que de nuestro no podemos llegar; y, por tanto, se requiere un favor que sea más que nuestras fuerzas y sobre nuestra naturaleza; el cual es la gracia de que hablamos. Item, porque el hombre, después de la caída, cuasi siempre está en pecado mientras no tiene la gracia de nuestro Señor; y siempre, sin ella, es enemigo suyo, si por el don de la gracia no es relevado del pecado; de manera que, como ninguna cosa, merezcan sus obras si su voluntad no es prevenida con la *gracia* para lo reconciliar a nuestro Señor; ca era antes adversario y enemigo de Dios, el cual no acepta

las obras de alguno si primero no acepta su persona; según lo cual, se dice en el Génesis que *miró Dios a Abel y a sus ofrendas* [1]. Primero lo miró a él que a lo que traía, porque como nuestros dones ninguna cosa puedan dar a Dios que suya no sea, antes no pueden aplacerle por sí mismos; así como pueden aplacer a un hombre los dones que otro le da por el provecho que de allí se le sigue, aunque se los dé su enemigo, lo cual no ha lugar en Dios, porque ningún presente nuestro le aprovecha a él; y, por tanto, es menester a que, mediante su gracia, nos haga sus amigos para que por esto le sean agradables nuestras obras, por ser de personas que él ama y tiene señaladas por suyas.

Item, es menester su *gracia*, ca ninguna obra nuestra es meritoria si no fuera recta, esto es, que se ha hecho con recta intención; y no se dice recta sino la intención que precia más el sumo bien que otro cualquier bien particular, y lo antepone a él; y esto apenas lo podemos hacer sin la *gracia* del Señor; porque nuestra voluntad, después del pecado, quedó muy corva y vuelta hacia sí misma, amándose más a sí que a otra cosa alguna, y, por tanto, tiene mucha necesidad de la *gracia* del Señor para se dirigir y enderezar a solo Dios, que está muy elevado sobre nos.

Visto cuánta necesidad tengamos de la *gracia* del Señor, has de saber que su liberal bondad la dió a todos los cuatro estados de que arriba hablamos; ca quiere que todos los hombres se salven: a los del estado de la inocencia, y a los del estado de la ley natural, y a los del estado de la ley escrita, y a los del estado evangélico que agora tenemos; por lo cual se dice que una *fuente salía del lugar del deleite, que se dividía en cuatro partes* [2]; de un río se hacen cuatro, cuyos nombres y obras fácilmente se pueden aplicar a los cuatro estados ya dichos.

Porque no pienses que el estado de la inocencia era más abundante en gracia que el que ahora tenemos, y que así se deba llamar estado o ley de gracia más propiamente que el Evangelio, has de saber que mayores dones de *gracia* dió nuestro Señor al hombre después de haber caído que no antes que cayese, y aun mayores son los que le ha dado después de haber caído que fueran los que permaneciendo recibiera en aquella edad de oro que primero tuvo; lo cual prueba un Doctor por tres razones: la primera por parte del hombre caído, que

[1] Gen. 4, 4.
[2] Gen. 2, 10.



tiene muy mayor necesidad después de haber caído en pecado que no antes que cayese, como un enfermo tiene más necesidad que un sano, y un tullido más que un libre de sus miembros; y como nuestro Señor Dios nunca desfallezca en lo necesario, como médico muy prontísimo, síguese que más ayudará al que tiene más falta de favor. La segunda razón se toma por parte del mismo Dios, al cual conviene sacar del mar mayor bien que fué el primer bien que el mal destruyó: ca, de otra manera, no permitiría venir males, según San Agustín dice, si de ellos no entendiese sacar aun mayores bienes que los primeros que se perdieron: conforme a lo cual, se halla que hizo mayores mercedes al pueblo hebreo después que idolatraron que antes. La tercera razón se toma de parte de nuestro medianero Cristo, que intercede por nosotros y merece ser oído [3], *por su reverencia*, en todo lo que demandare a su Padre para nos, a cuya presencia se ofrece siempre para le rogar y abogar por los suyos; el cual se ofreció en la cruz y se ofrece cada día; por lo cual, parece cosa muy probable que nos da nuestro Señor mejores dones de gracia que nos diera si su Hijo no encarnara ni padeciera; lo cual quiere apuntar San Juan en decir [4] que *aun no era dado el Espíritu Santo*, porque no era Jesús glorificado, el cual cuando subió a lo alto *dió dones a los hombres* [5].

La primera de aquestas tres razones es en alabanza de la divina misericordia; la segunda, en gloria de su sabiduría; la tercera, en ensalzamiento de la justicia de Dios; por las cuales, bien a la clara parece que son de más eficacia los dones de la gracia agora, para merecer, que lo fueran en el estado de la inocencia: y esto no solamente por razón de la mayor dificultad que agora tenemos en bien obrar, sino por razón de la misma gracia y caridad, que se da más agora que entonces. Pues que hemos visto cómo agora se da más gracia que en el estado de la inocencia, claro está que aquella ley que ellos tuvieron no se ha de llamar estado o ley de gracia por excelencia, pues que no excede en gracia a los que viven según deben en el estado y ley agora tenemos; empero, porque veas que ni en la ley de naturaleza ni en la escrita se dió tanta *gracia* como agora, para mientes que en el proceso del discurso del mundo, después del pecado, siempre fué creciendo la noticia y conocimiento de la soberana verdad, y, por esto, la ley que vino más

[3] Heb. 5, 7.
[4] Ioan. 7, 39.
[5] Eph. 4, 8.

tarde, siempre fué más perfecta que su antecedente; porque como nuestro Señor obre ordenadamente, procede de lo imperfecto a lo perfecto, para que ninguno pueda poner tacha en las obras de su sabiduría.

Item, la más perfecta ley tiene necesidad de más perfectos favores para que mejor la guarden; y el conocimiento más claro de la verdad ha menester señales y sacramentos más manifiestos: así que fué cosa muy convenible que la más perfecta ley, que es la en que vivimos, tuviese más abundancia de gracia; conforme a lo cual, dice San Agustín: «Como Cristo con su advenimiento cumpliese los sacramentos de la Vieja Ley, fueron quitados y instituídos otros mayores en virtud, y mejores en utilidad, y más fáciles en obra, y más pocos en número, así como si fuera descubierta la justicia de la fe, y llamados los hijos de Dios en libertad, quitado el yugo de la servidumbre que era convenible al duro y carnal pueblo. Pues que a la más perfecta ley se le debe dar más abundancia de gracia, y lo más perfecto se suele dar a la postre, claro está, cual Nuevo Testamento Nueva Ley en que vivimos, a la cual no sucederá otra; ca por esto amó Cristo *eterno* su Nuevo Testamento, cuasi diciendo que después no daría otro, sino que éste era el que, como más perfecto, se daba a la postre. En figura de lo cual, hallarás que en las bodas de Arquitriclino, que tienen figura de la Iglesia, por divina ordenación se dió el mejor y muy mejor vino a la postre; dando en esto nuestro Señor a entender que su Evangelio, que él a la postre traía, era mejor que las leyes pasadas; y así convenía, pues que es inmediato y muy cercano a la bienaventuranza; y esta mejoría no se ha de mostrar sino en darse más gracia en la Nueva Ley que en las otras; ca, de otra manera, en balde se diría mejor.

Puesto que todas las leyes y estados del mundo después del pecado recibieron la gracia que les fué dada por los merecimientos de Cristo, *ca no es dado otro nombre a los hombres so el cielo en que se salven, sino el de Cristo* [6]; empero, Cristo nuestro Salvador, más mereció a los de su tiempo, según dice Escoto [7], que no a los que vinieron antes que él; porque su pasión tiene agora más eficacia para impetrar que no antes que la padeciese, y, por tanto, no alcanzaban tanta gracia los antiguos como nosotros, aunque invocaban la pasión del Señor. Y aun dice un doctor [8] sobre lo de Escoto que los sacramentos de la Iglesia tuvieron más eficacia después que Cristo pa-

[6] Act. 4, 12.
[7] III *Sent.* d. 40.
[8] Gabriel Biel, IV *Sent.*, d. 2, q. 7.

deció que no mientras él vivía entre los hombres. Empero, a esto se podría responder, según el mismo Escoto, que la sagrada pasión tuvo tanta eficacia dende el punto que Cristo fué concebido, como cuando la padeció, por la prontísima voluntad con que la ofreció dende entonces a su Padre por nosotros, y dende aquel punto fué meritoria en tal manera, que dende entonces se puede decir ofrecida; así que, pues la pasión de Cristo merece más después de ofrecida por el mesmo Cristo que no antes, bien parece que la ley de Cristo tiene más abundancia de gracia que las otras leyes, aunque se fundasen en él.

No solamente se puede decir la ley de Cristo *ley de gracia* porque en ella se da más gracia que en las otras, sino porque la predicó San Juan, que quiere decir *gracia;* y porque la instituyó el mismo Cristo, que es fuente de *gracia;* del cual dice el evangelista [9]: *Vimos la gloria de él, como gloria de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.* San Juan da testimonio de él, y vocea diciendo [10]: *Este era el que os dije que había de venir después de mí; empero, antes que yo es hecho, porque antes que yo era, y de la plenitud de él nosotros todos recebimos aun gracia por gracia; ca la ley fué dada por Moisén, mas la gracia y la verdad es hecha por Jesucristo.* Lo de suso es del evangelista, en que replica muchas veces la *gracia* de Cristo, por nos la intimar y dar a conocer el bien que con ella nos vino.

Muchas veces suelen tomar las obras el nombre de sus autores, según vemos en algunos sabios antiguos; y de esta manera también le conviene al Evangelio llamarse *ley de gracia,* porque Cristo, su autor, se llama *gracia,* según aquello de San Pablo [11]: *Apareció la gracia de Dios.* Esta *gracia de Dios* dice la *Glosa* que es Cristo, cuya ley se puede llamar *de gracia,* por ser suya; y no es mucho que él dé tan excelente nombre a su ley, pues que, según dice San Gregorio, aun nuestra culpa es dichosa por lo tener a él por Redentor, así como se podría llamar dichosa la enfermedad que nos trujese delante al médico de la vida. Si el Sacramento del Altar se llama *Eucaristía,* que quiere decir *buena gracia,* porque causa gracia en los que dignamente lo reciben, también diremos por esto al Evangelio *ley de gracia,* pues hace graciosos a los que bien lo reciben. Para que veas cuánta abundancia de gracia ha traído la Ley evangélica a la Iglesia, mira que el Padre Eterno se llama *fuente viva,* diciendo [12]: *Dejáronme*

---

9 Ioan. 1, 14.
10 Ioan. 1, 15-17
11 Tit. 2, 11.
12 Ier 2, 13.

a mí, fuente de agua viva; y al Hijo Dios llama también David *fuente de agua viva,* cuando habla con el Padre, diciendo [13]: *Cerca de ti está una fuente de vida.*

Item, el Espíritu Santo se llama también *fuente de vida,* de la cual es escrito [14]: *Hacerse ha en él una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna.* Estas fuentes tienen esta orden: que la primera es innacible, y la segunda nace de la primera, y la tercera procede de ambas las primeras, que se juntan para la producir. Todas estas fuentes hallarás en la Iglesia, no solamente porque confiesa la Trinidad, sino porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo obran en ella grandes cosas y la tienen llena de sus gracias; conforme a lo cual se dice en los Cánticos [15] que la Iglesia es *pozo de aguas vivas* que corren con ímpetu del monte Líbano, que es el cielo. *Aguas vivas* se llaman las gracias de la Iglesia; lo uno, porque nunca desfallecerán; y lo otro, porque así como el agua viva está junta con su primer manadero sin se apartar, así la Iglesia está siempre junta con Dios, que es vida suya, el cual inmediatamente instituye en ella sus inmensas gracias, que se dicen *vivas* porque nunca las podrán todos los siglos agotar por mucho que se saquen con los vasos muy prestos y aparejados que el Evangelio nos ofrece, que son los santos sacramentos.

Por las causas dichas podrás venir en conocimiento cómo el Evangelio se llama con mucha razón *ley de gracia,* tomando nombre de lo más excelente que causa en nosotros y de su autor y de otras cosas que pueden ayudar a esto, el cual con maravillosa congruencia se figura en el cuarto río que sale del paraíso, porque al cuarto estado de la Iglesia es dado, según comencé a decir; y el río se llama *Eufrates,* quiere decir, *fructífero* o *creciente,* y es el santo Evangelio, que, haciendo *fruto* para el cielo, siempre crece; el cual se llama *ley de gracia,* tomando denominación de la mayor excelencia suya, que es la *gracia,* como los ángeles del cielo, que se denominan de la mayor preeminencia que tienen. Agora hemos de ver cómo la *gracia* no es otra cosa sino *amor,* para que, probado esto, concluyamos que *ley de gracia* quiere decir *ley de amor.*

La vía más común con que solemos conocer la diversidad de algunas cosas que nos parecen distintas, es apartando la una de la otra, para juzgarlas mejor y conocerlas cada una por sí; empero, cuando ningún poder basta para apartar las cosas que queremos conocer, somos

---

13 Ps. 35, 10.
14 Ioan. 4, 14.
15 Cant. 4, 15.

constreñidos a decir que deben ser una misma cosa; y a nosotros se nos antojan dos, y de esta manera se han la *gracia* y la *caridad,* que por ninguna potencia pueden ser apartadas; y porque Dios no las puede apartar, viene un doctor a concluir que no son dos cosas la *caridad* y la *gracia,* sino una. Bien parece que la caridad y la gracia no se pueden apartar, porque si damos que se puedan apartar, seguirse ha manifiesta contradicción; ca estando uno en *gracia,* sin *caridad,* sería juntamente hijo del fuego y de la gloria, justo y injusto, amigo y enemigo de Dios, lo cual es imposible. Todo aquel que está en *gracia,* es hijo del reino, justo y amigo de Dios; y todo aquel que carece de *caridad,* es hijo de la perdición, injusto y enemigo de Dios; de manera que, pues apartando la *gracia* y la *caridad* u diciendo que no son una misma cosa se sigue tan manifiesta contradicción, bien parece que es imposible apartar estas dos cosas, porque son una misma. Todos los sabios dicen que no debemos poner dos cosas bastando una; y pues que siendo la *caridad* y la *gracia* una misma cosa nos va tan bien como si fuesen dos, síguese que no deben ser sino una cosa, aunque nosotros le damos dos nombres. Que nos vaya tan bien siendo esta cosa una sola como si fuesen dos, muy largamente se prueba por la Escritura, que dice tener la *gracia* y el *amor infuso* unas mismas operaciones, de lo cual se sigue que son una misma cosa; ca la una criara Dios por demás si la otra puede todo lo que puede la primera; así que agora notaremos cómo todas las excelencias de la *caridad* se hallan en la *gracia,* y también por el contrario, por lo cual tiene Alejandro de Halés y San Buenaventura y otros doctores que la *gracia* y la *caridad* es una misma cosa, aunque, según diversas operaciones, tenga diversos nombres.

A la *caridad* conviene justificar al hombre; ca todas las maldades cubre y toda la muchedumbre de los pecados del que la tiene [16]; y lo mismo hace la *gracia,* por la cual dice San Pablo *somos justificados* [17]. Al *amor* conviene hacer al hombre amable a Dios; ca Cristo dice que *el que lo amare será amado de su padre* [18], y la misma propiedad tiene la gracia, según aquello de San Pablo [19]: *Gracia tenemos, por la cual sirviendo agrademos a Dios.* Item, la *caridad* salva al hombre, ca el fin de cualquier mandamiento es el amor, y todo mandamiento

[16] IPetr. 4, 8.
[17] Tit. 3, 7.
[18] Ioan. 14, 21.
[19] Hebr. 12, 28.

se ordena a la salvación del hombre, según aquello [20]: *Si quieres entrar a la vida, guarda los mandamientos;* lo mismo conviene a la *gracia,* según el Apóstol, que dice [21]: *Por la gracia de Dios sois salvos, y no por vosotros, ca don es de Dios.* Al *amor* conviene dar seguridad a la conciencia, porque, según dice el Apóstol [22], *cumplimiento de la ley es el amor,* y no puede la conciencia tener otra mayor seguridad que el ver que cumple la ley de Dios; lo cual también conviene a la *gracia,* según aquello que el Señor dijo a San Pablo [23]: *Bástate a ti mi gracia.*

Item, a la *caridad* conviene apartar al hombre de los hijos de la perdición, según dice San Agustín; y la *gracia* es una señal con que el Buen Pastor señala al ánima por oveja suya. La *caridad* es forma que hermosea y da muy agradable color a las virtudes, sin la cual valen poco; ca no sin misterio decía San Pablo que no le aprovechaba ser atormentado sin *caridad;* y lo mismo conviene a la *gracia,* según aquello de San Pedro [24]: *Esperad en la gracia que os es ofrecida.* Si en sola la *gracia* que nos infunde Dios hemos de esperar, bien parece que las virtudes, sin ella, valen poco; pues no nos dan esperanza de vida eterna. La *caridad* se dice ser lo mejor y el mayor de los dones, según aquello de San Pablo [25]: *La mejor de éstas es la caridad.* Y esta excelencia también conviene a la *gracia;* ca el mismo San Pablo dice [26]: *Lo mejor es establecer el corazón con gracia.* Pues que todas las excelencias que convienen a la *gracia* convienen al *amor de Dios,* bien parece, pues tanto le cuadran, que ambas cosas deben ser una, llamada por diversos nombres; lo cual en pocas palabras concluye el venerable Beda diciendo: «Por la *gracia* del mismo Espíritu Santo son inflamados los ángeles en los cielos para amar siempre a Dios, y a los hombres en la tierra les son perdonados los pecados». El inflamar los ángeles pertenece al *amor,* que también se llama *gracia,* y este mismo *amor* cubre los pecados de los hombres vistiéndolos consigo mismo.

Y no solamente el *amor* y la *gracia* son una misma cosa, mas este nombre *amor* y este nombre *gracia* cuasi quieren decir lo mismo en cualesquier negocios, porque ¿a quién solemos amar, sino a los graciosos, y quién nos parecen graciosos, sino los que amamos? A ninguno pue-

---

20 Matth. 19, 17
21 Eph. 2, 8
22 Rom. 13, 10
23 II Cor. 12, 9
24 I Petr. 1, 13
25 I Cor. 13, 13
26 Hebr. 13, 9

do yo hacer mayor gracia que darle mi amor, y ninguno me la puede a mí hacer mejor que darme el suyo, para que así sea yo agradable a él y él a mí. Pues que la *gracia* es *amor* y el Nuevo Testamento se llama comúnmente la *ley de gracia*, manifiesta cosa es que se llama y es *ley de amor*; cual nombre le conviene más especialmente que a otra ley o estado alguno de los tres antedichos, por la mayor abundancia del amor que en él muestra Dios al género humano; y, por tanto, cuando oyeres decir *ley de gracia*, has de poner el corazón en la virtud de esta palabra, y pensar que *ley de gracia* quiere decir *ley de amor*, porque así te provoques a más amar al que tuvo por bien de te dar *ley de amor*; así que más lo amases; ca también se llama el Evangelio *ley de amor*, porque nos pide más amor que todas las otras leyes, y nos muestra cómo los de aqueste estado son más amados de Dios que los de cualesquier otro estado de viadores.

En este capítulo y en todo aqueste libro, te aviso que has de tener en la memoria aquel dicho de Orígenes, que dice sobre los Cánticos: «Cualesquier cosas que son escritas de la *caridad*, has de recebir como si fuesen dichas del amor, no curando de los nombres, porque en ambas cosas se muestra una misma virtud». Y porque veas cuán de verdad *ley de gracia* quiere decir *ley de amor*, has de saber que este nombre *caridad*, que es *amor santo*, se deduce y viene, según dice un doctor, de este nombre *caris*, que en la lengua griega quiere decir *gracia*; así que *caridad* es *gracia*, según su nombre y según su obra.

Haz, pues, inmensas alabanzas a tu Dios, ánima mía, porque te ha dado *ley de amor*, la cual suele ser dada a los hijos; y no te dió *ley de temor*, que suele ser impuesta a los siervos; en lo cual se muestra Dios ser padre tuyo, pues más te quiere tener amado que sujetado. No hace fuerza su ley a nadie, de amor es, por amor se da, por amor se recibe. ¡Qué dulce y recto es el Señor!, según dice David [27]; y, por esto, dió *ley de amor* a los que pecaban en el camino de esta vida; de forma que por amor se apartasen del mal, y no por temor, que es ley de esclavos, y dase a los infernales; mas la de amor, a los cristianos engendrados y nacidos por gracia del costado de Cristo, que es fuente de amor.

---

[27] Ps. 24, 8.

CAPÍTULO X

De cuán leal haya sido la ley de amor que tuvo el Padre Eterno con nosotros

Aunque las obras de la soberana Trinidad, referidas a las cosas criadas, sean impartibles, porque Dios en cuanto uno las hizo, y porque en las tres personas no hay tres poderes, sino uno, que por ser infinito no puede ser multiplicado, y por ser inmenso no puede faltar en alguna de las personas; así que las obras de la beatísima Trinidad no se pueden partir a pedazos, empero, como oramos a una persona sin excluir la otra, solemos también atribuir algunas cosas al Padre sin excluir al Hijo, y algunas cosas al Hijo sin excluir al Espíritu Santo; y esto porque, así como en el Hijo está el Padre, y en el Padre el Hijo, así en las obras de cada persona están las otras personas: empero, dícense de aquella que en alguna manera se manifiesta más que las otras en su atributo; pues que en Dios no hay más de una voluntad, cosa manifiesta es que las personas no pueden ser discordes en amar y que, si aman, no amarán con tres amores, sino con uno invariable; empero, porque este amor es todo del Padre y todo del Hijo, y todo del Espíritu Santo, invoca San Pablo el amor de las tres personas, diciendo [1]: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo, sea con todos vosotros, amén.* Sobre esto dice la *Glosa:* «Desea San Pablo que los bendiga toda la Trinidad». Aunque, según otra *Glosa* dice, sea el Padre Eterno principio de nuestro amor, puso San Pablo en esta su bendición primero al Hijo de Dios que al Padre, porque la persona del Hijo es más familiarmente conocida: y así los quiere traer por las cosas más conocidas» Tres nombres puso el Apóstol, que son: *gracia, caridad y comunicación:* el primero ya mostramos en este otro capítulo que quería decir *amor*: y el segundo, que es *caridad*, quiere decir *amor santo;* el tercero también quiere decir *amor*, porque propiedad suya es hacer que el que ama y el amado se comuniquen en tal manera que se digan ambos *uno;* y esa mesma *comunicación* es *amor*.

Como el amor de la soberana Trinidad no nos pueda

[1] II Cor. 13, 13.

ser manifestado sino por sus palabras y por sus obras, a esto nos habremos de acoger para ver cuán leal nos haya sido la *ley de amor* que el Padre Eterno tuvo y tiene con nosotros, el cual en esta sola *ley de amor* se quiere igualar con nosotros; ca ninguna cosa de la que nos manda hace él, sino el amar por entero con todo lo que toca. *El Padre de las misericordias y Dios de toda consolación que nos consuela en toda nuestra tribulación*[2], dice que ama los que lo aman y que, si por la mañana veláremos a él, lo hallaremos amando, ca él primero nos amó[3]; y en esto ninguno puede madrugar más que él, ca nos amó antes de la constitución del mundo con caridad perdurable que dure hasta la fin, según aquello de San Juan[4]: *En esto es perfecta la caridad de Dios con nosotros, que nos dará confianza el día del juicio.* Amónos y hizo que lo amásemos, gratificándonos en su amado Hijo y haciéndonos agradables él por amor; y amónos con el mesmo amor que amó a su Hijo de lo cual da testimonio su Hijo, diciendo a su Padre[5]: *Esté yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos y acabados en una cosa, y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste, así como me amaste a mí. Este mesmo Padre nos ama, y por la mucha caridad suya con que nos amó, cuando estábamos muertos en pecados, mostró las abundantes riquezas de su gracia* el que ama las ánimas, *y mira qué tal fué la caridad que nos dió el Padre que tuvo por bien que nos llamen hijos de Dios y lo seamos. Amantísimos en esto apareció la caridad de Dios en nosotros, que Dios envió su Hijo Unigénito a este mundo para que vivamos por él. Con gozo hagamos gracias a Dios y al Padre, que nos hizo dignos en la parte de la suerte de los santos en lumbre, el cual nos libró de la potestad de las tinieblas y nos traspasó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos redención y remisión de los pecados.*

Estas y otras muchas cosas semejantes dice la Escritura del amor paternal, que es tanto que aun a los enemigos se extiende, según aquello que su Hijo dice a los apóstoles[6]: *Si améis a aquellos que os aman, ¿qué hay que agradeceros? Los pecadores aun aman a quien los ama: si hiciérdes bien a los que os aman, ¿qué gracia podéis tener? Porque esto aun los pecadores lo hacen. Y si diéredes prestado a los que esperáis que os han de prestar, ¿qué galardón habréis? Ca los pecadores aún dan a*

[2] II Cor. 1, 3-4.
[3] I Ioan. 4, 10.
[4] Ioan. 4, 17.
[5] Ioan. 17, 23; Eph. 2, 4, 7; I Ioan. 3, 1; I Ioan. 4, 9; Col. 1, 12-14.
[6] Luc. 6, 33-36.

logro a los pecadores, para que les den ellos también prestado: empero, amad a vuestros enemigos, y haced bien y prestad ninguna cosa esperando de allí, y será vuestro galardón mucho, y seréis hijos del muy Alto, porque él es benigno sobre los ingratos y malos. Para que comiences a conocer cómo todo bien nos viene con el amor de nuestro Señor, has de notar que el hombre ama las cosas por la bondad que tienen en sí, verdadera o aparente, y, sin esta bondad conocida, no nos solemos mover a amar; empero, como la fuente de la bondad esté en el Padre Eterno, que se llama solo *bueno*, porque ninguna bondad hay que no sea participada de él, de manera que no puede ver fuera de sí nuestro Señor bondad que de él no haya salido; y, por tanto, no puede amar cosa que suya no sea; y con sólo amarla le da bondad. Cuando nosotros queremos amar, buscamos en las cosas que amamos razón de amor; mas cuando nuestro Señor quiere amar alguna cosa, él mesmo le da razón para ser de él amada, y, por esto, el amor suyo digo yo que es principio de todo nuestro bien, porque amándonos nos da bondad para que merezcamos ser amados; lo cual maravillosamente se figura en aquella singular obra que hizo el rey Salomón, de la cual se dice: *Hizo para sí el rey Salomón unas andas de madera del monte Líbano: las columnas hizo de plata, el reclinatorio de oro, la subida colorada, allanólas estando media la caridad, por las hijas de Jerusalén* [7]. Para declarar cómo estaba media la caridad, dice la *Glosa:* «Esta hace envilecer todas las cosas en comparación de aquella cosa que es media, siendo común ornamento de todas las otras, y señálase con propio vocablo; ca sin la caridad, todas las otras virtudes son nada». No sin misterio se dice aquí que Salomón allanó sus andas mediante la caridad, haciendo con ella asiento para sí, el cual no habían hecho todas las otras riquezas que en ellas había puesto. Cada criatura mayormente racional, que se dice *hija de Jerusalén*, es *andas de Dios*, en que Dios se mueve de una parte a otra, aunque en sí es inmutable y ninguna de estas criaturas puede de suyo hacer lugar quieto al Señor si su mesma caridad y amor no interviene; de manera que él ha de hacer cama para sí, y su amor le ha de dar cabida en nosotros, mediante el cual halla en nos reposo.

Si miras bien la razón susodicha, podrás conocer cómo siempre nos ama Dios primero, y cómo siempre guarda él primero la *ley de amor* con nosotros, antes que nos la publique, y muy más lealmente que nosotros con él; por-

---

[7] Cant. 3, 9-10.

que no podemos nosotros causar bondad en él, amándolo, como él la causa en nosotros. Nuestro amor acerca de Dios siempre es debido; ya mandado, no hacemos sino lo que debemos hacer; empero, el suyo siempre con nosotros es gracioso; ca nos ama, no porque merecemos ser amados, sino porque su amor puso en nosotros qué amase, dando a nuestras ánimas color y lustre, de que él se enamorase. Para que veas cómo no tenemos en nosotros cosa amable que del amor de Dios no proceda, mira que hay tres maneras de bienes, como nota Santo Tomás, y todos nos vienen del amor de Dios: los primeros son *bienes de naturaleza,* y de éstos dice el Sabio [8]: *Amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreciste de las que hiciste, ca ninguna cosa constituiste o hiciste aborreciéndola.* Porque ¿cómo podría alguna cosa permanecer si tú no quisieses, o cómo podría ser conservado lo que tú no llamases? Empero, a todas las cosas perdonabas, porque son tuyas, Señor, que amas las ánimas.

Ama Dios todas las cosas que son, dándoles ser natural por amor; el cual siempre ama en ellas, y por esto dice el Sabio que *Dios ninguna cosa aborreció de las que hizo;* de lo cual se sigue, que nunca el Señor aborrecía al demonio, aunque quiera mal sus obras; ca como su amor sea inmutable, nunca desfallece en nuestro Señor, aunque pecamos, aquel primer amor que tuvo a nuestra naturaleza cuando la crió, por el cual la conserva, y por esto dice el Sabio que *ninguna cosa podría permanecer si nuestro Señor no quisiese;* el cual se dice *llamar las cosas* cuando las cría, porque diciéndolo él son hechas; y de entre todas las cosas posibles que su divino entendimiento conoce, llama a las que su amor determinó que fuesen criadas. Dice más el Sabio: que todas las cosas perdona el Señor, porque son suyas; dando a entender que por las haber criado él no las quiere aniquilar, aunque lo merezcan; y dice al Señor: *que amas las ánimas,* por denotar en esto la segunda manera de bienes que nos vienen del amor que Dios tiene a nuestras ánimas, que se llaman *bienes de gracia,* con que se perficiona en este mundo, mientras somos viadores, nuestra naturaleza; y porque estos *bienes de gracia* nos vienen también del amor de Dios, dice él [9]: *Améte en caridad perpetua y, por tanto, habiendo misericordia, te truje a mí.* Este amor se muestra mayor que el primero: lo uno, por se llamar *perpetuo;* y lo otro, porque *añade misericordia* y atrevimiento por gracia, que es el anzuelo que Dios nos echa cuando por

[8] Sap. 11, 25
[9] Ier. 31, 3

el pecado huímos de él. En el primer amor nos trujo Dios, cuando nos dió el ser de naturaleza, porque antes que él nos criase no teníamos ser; entonces, cuando no éramos, estábamos más sujetos a él, porque no resistíamos y, por tanto, bastó llamarnos; mas después que nuestro falso amor nos lleva muy lejos de su voluntad, es menester que él, añadiendo amor, nos vaya a buscar y nos traiga por amor bueno, que es gracia suya, pues huímos por amor malo, que es ofensa nuestra.

Los terceros bienes que nos vienen del amor de Dios se llaman *bienes de gloria,* y son mayores que los susodichos, ca los incluyen y exceden. Por ventura, teniendo el Señor acatamiento a estos tres bienes, dijo a San Pedro tres veces: *¿Amasme?* [10], y [a] nosotros nos manda que lo amemos de todo el corazón, como por los *bienes de naturaleza,* y de todo el ánimo, como por los *bienes de gracia,* y de toda la memoria que no se ocupe sino en pensar las cosas de su amor, que es más dificultoso, y esto como por los *bienes de gloria,* que son más soberanos. Para ver cómo los terceros bienes, que son de gloria, nos vienen del amor que el Padre Eterno nos tiene, has de notar que, hablando acerca de este misterio el Hijo de Dios en el Evangelio, dice [11]: *Así amó Dios el mundo, que diese a su Hijo unigénito para que no perezca todo aquel que en él cree, sino que haya vida eterna; ca no envió Dios su Hijo al mundo para que juzgue el mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.* En estas palabras y en estas obras se muestra maravillosamente cuán leal haya sido la soberana *ley de amor* que el Padre nos tuvo; ca estas palabras son como brasas encendidas que salieron del altar de Dios, que es el Corazón de Jesús, en que siempre ardía soberanamente el fuego del divino amor; y, por tanto, has de señalar estas palabras y misterios en tu corazón, parando mientes que en ellas se ponen diez excelencias, que muestran grande el paternal amor; ellas son obras de diez palabras puestas en número perfectísimo, para que así también se conjeture más la perfición del amor; y mira que de ti se pueda decir aquello del profeta [12]: *Escribió en las tablas diez palabras de amistad.* En las tablas de tu corazón has de escribir estas palabras que salieron del Corazón de Jesús, porque ningún olvido pueda apartar de ti el amor que el Padre celestial te tuvo, el cual puedes pensar que fué grande por diez circunstancias que lo engrandecen además, las cuales se sacan de las palabras susodichas: la

[10] Ioan. 21, 15 ss.
[11] Ioan. 3, 16.
[12] Ex. 34, 28.

primera es la *dignidad de la persona que te ama,* que es el Padre **Eterno.**

Si te amase un perlado menor, terníaslo a mucho; si te amase un general, apreciarlo-yas más; si un ángel te intimase el amor que te tiene, ¿cuál sería el gozo que se causaría en tu corazón? Piensa, pues, la sobreeminencia de la persona paternal, que es fuente de divinidad, si quieres engrandecer su amor, porque tan grande es y tanto de estimar como la persona que ama. La segunda circunstancia que has de pensar es *tu vileza;* porque así, mirando la sublimidad altísima del Padre y la profundísima vileza tuya, puedas mejor tantear la soberana caridad con que se inclinó la majestad al pobre que estaba echado en el estiércol. ¿Quién eres tú, Señor, y quién soy yo? ¿De dónde a mí, el más pobre los hombres, tanto bien que el Padre de mi Señor Jesús y de todos los ángeles se abaje a mí? Aquí has de ampliar mucho las altezas de Dios y las bajezas tuyas, según lo hace San Crisóstomo, cuando dice: «Amó el Altísimo la ceniza, el mejor de los Señores al siervo inútil, el rico al pobre, el noble y grande al mísero y vil, el fuerte al flaco, el bienaventurado al desventurado».

La tercera circunstancia que de la sobredicha letra se puede sacar para engrandecer el amor paternal, es la *generalidad del amor;* ca no se contenta el Padre con amar cualquier hombre del mundo, sino que ama al mundo, porque ninguna cosa de las del mundo quede ajena de su amor; ca debes saber que toda criatura en alguna manera refloreció en la pasión de Cristo y resurrección, quedando libre de la corrupción y maldición que le había venido por el pecado que reinaba en el mundo; aunque agora no sea manifestada esta gloria, ni se manifestará hasta la general resurrección, conforme a aquello de San Pablo [13]: *La esperanza de la criatura espera la manifestación de los hijos de Dios; ca sujeta es a vanidad, no de su voluntad, sino por aquel que la sujetó en esperanza; por ende, aun esa criatura será libre de la servidumbre de la corrupción en la libertad de la gloria de los hijos de Dios; ca sabemos que toda criatura gime y desea hasta agora.* En estas palabras ha dicho San Pablo que todas las criaturas alcanzarán parte, cada una en su manera, de la gloria que este Padre soberano ha de dar a sus hijos; ca él hizo al chico y al grande, y de todos tiene cuidado.

Cuando el padre tiene demasiado amor a algún hijo suyo y no muestra tanto amor a los otros, suélense indinar, y levántase conquista entre ellos, como parece en Ja-

[13] Rom. 8, 19-23.

cob, que, por amar con tierno amor a José más que a los otros, dió causa que se desconcertasen; lo cual quiere evitar el Padre soberano amando a todo el mundo, porque su misericordia esté sobre todas sus obras. Gócense los pequeñuelos, alégrense los pobrecillos, ténganse por dichosos los menospreciados, esfuércense los enfermos y tornen sobre sí los que tienen bajo estado; pues que el Padre Eterno los ha igualado con los obispos y emperadores, diciendo que ama todo el mundo.

La cuarta circunstancia de este paternal beneficio es la *excelencia de la obra que es amar*, porque todos los otros bienes, sin éste, fueran muy de poco valor, y el solo amarnos, aunque otra cosa no añadiera, vale mucho, y tanto, que no podemos alcanzar cuán excelente sea el amor de Dios sino mirando en cuánto tiene nuestro amor, que con él sólo se satisface. Y no examinó de otra cosa al príncipe de los apóstoles cuando le quiso dar en cargo su Iglesia y hacerlo segundo después de sí; para lo cual no se curó de saber de él otra cosa sino que le dijese si lo amaba más que los otros; así que, pues Dios tiene en tanto nuestro amor, aunque es poco, ¿en cuánto debes tú tener el suyo, que es inmenso? La quinta circunstancia es la *manera del amar*, que se nota en decir: *Así amó Dios al mundo:* así verdaderamente, tan fielmente perseverante, tan íntima, tan fuerte, tan dulce, tan sabia, tan infinitamente de parte suya, tan al cabo y tan mostrándolo por la obra.

La sexta y principalísima circunstancia de este amor paternal es la *nobleza del don* que nos dió. Cualquiera cosa que Dios nos diera, [sería] suficiente prueba de su amor; empero, porque su amor es mayor que pensar se puede, quiso que también el don tuviese exceso de grandeza; ca no quiso darnos un ángel o un profeta o cualquier santo, sino su Hijo y tal Hijo. Si tuviera, Señor, tu majestad muchos hijos, aun fuera gran cosa darnos uno: mas que no teniendo sino un solo engendrado de tu divina substancia, que tú sólo engendraste, tan tuyo que es una cosa contigo, y tan verdaderamente de ti engendrado que se diga venir de ti *toda paternidad en el cielo y en la tierra* (porque engendrándolo das fuerza de generación espiritual y corporal a todas las cosas); pues ¿qué amor pudo bastar para te hacer que nos dieses un tu tan solo Hijo? ¿Por ventura no lo amabas como a ti mesmo? ¿No tenía tu Hijo todo tu divinal amor? ¿No estás tú en él por amor? Tú mesmo, Señor, dices: *Este es mi amado Hijo, en el cual me agradé.* Y en otra parte dice [14]: *Este es mi*

[14] Matth. 3, 17; Marc. 1, 11; 9, 6; Luc. 9, 35; I Petr. 1, 17

amado Hijo, en el cual me agradé; a él oíd. Y en otra parte dice: *Tú eres mi amado Hijo, en ti me agradé.* Y en otra parte dice: *Tú eres mi amado Hijo, en ti di a mí agradamiento.* Y en otra parte dice: *Este es mi amado Hijo, a él oíd.* Y en otra parte dice: *Este es mi carísimo Hijo, a él oíd.* Semejantes palabras que las susodichas se repiten muchas veces en el Evangelio; las cuales, si dichas una sola vez muestra mucho amor, dichas muchas veces lo mostrarán inmenso, porque repetición de palabra es fortificación de sentencia.

Diónos, pues, el Padre Eterno no su unigénito Hijo, en que tenía todo su amor; si tuviera muchos hijos repartiérase su amor en ellos; mas, como era solo, tenía todo el amor de su Padre; de manera que, con su Hijo, nos dió todo su amor. Más nos da que parece, porque en darnos el heredero, nos da esperanza de heredar; y pues tenemos al Señor, también será nuestro el señorío.

El Hijo de Dios tiene en sí esencia de su Padre, y, por tanto, cuando el Padre nos da a su Hijo, no pensemos que se deja de dar a sí mesmo. Si el Hijo de Dios, según dice el Apóstol [15], es justicia, y redención, y santidad, y sabiduría, y todas las otras virtudes, bien parece que el Padre Eterno nos da con él todas las cosas, sin una quedar en el cielo ni en la tierra.

La séptima circunstancia de este paternal amor es, según dice San Crisóstomo, pensar que *no solamente nos es dado el Hijo de Dios,* como un señor a otro suele presentar un halcón, *sino que nos es dado para que muera por nosotros.* Y de aquí es que las palabras susodichas sobre que venimos hablando, se dijeron después que Cristo dijo que convenía ser el Hijo de la Virgen levantado de la tierra; como si declarándolas dijera a Nicodemus que entonces hablaba con él: No te espantes porque yo debo ser ensalzado en la cruz para que vosotros seáis salvos; ca el Padre en tal manera amó al mundo, que por los siervos indevotos entregó su Hijo, lo cual ninguno haría por su amigo ni por algún santo. Contemplaba bien este soberano amor el Apóstol cuando, espantado, concluyó: *Pues ¿qué diremos a estas cosas?* Si Dios es por nosotros [16], *¿quién será contra nos? El cual ni aun a su propio Hijo perdonó, sino que por nosotros todos lo entregó. Pues ¿cómo no nos dará con él también todas las cosas? ¿Quién acusará contra los escogidos de Dios? Siendo Dios el que justifica, ¿quién será el que condene?*

La octava circunstancia, o porque hablemos a la ma-

[15] I Cor. 1, 30.
[16] Rom 8, 31-34

nera de San Crisóstomo, digamos al octavo amor (ca el muchos amores dice estar incluidos en las palabras primeras sobre que venimos hablando); y el octavo es la *perpetuidad de la merced;* ca no nos quiso el Padre prestar a su Hijo, lo cual bastara y fuera muy estimado, ni lo quiso trocar ni cambiar, ni vender, sino darlo graciosamente no mereciéndolo nosotros ni esperando recompensa alguna. Cosa fuera admirable mostrar solamente su Hijo al mundo; ca esto le rogaba David cuando decía al Padre [17]: *Muéstranos, Señor, tu cara, conviene a saber, tu Hijo, y seremos salvos.* Mayor cosa fuera que lo enviara solamente a nos visitar, como Jacob envió a su hijo José a que visitase sus hermanos, y como José envió a David para ver con quién estaban ordenados sus hermanos; lo cual le pareció poco al Padre Eterno, según la inmensidad de su amor, y por eso nos lo dió totalmente: Tomaldo allá, aprovechaos de él en todas vuestras necesidades. Después de nos otorgar el cielo para nuestro aposento, y los ángeles para nuestro servicio, y todas las cosas corporales que vemos para nuestro provecho, diónos al unigénito suyo por Hijo, cuando lo hizo nacer en el mundo, según el testimonio de Isaías, que dice [18]: *En hijo nos es dado;* y diónoslo más, en compañero, según lo notifica el Apóstol a los Filipenses, diciendo [19]: *Hallado fué en hábito de hombre.* No tengas en poco haberte dado en este destierro un compañero de la mesma tierra, estando tú tan ausente y desterrado de ella que te dé muy ciertas nuevas de allá, y sea vecino y morador de tu tierra de vivos, que es en el cielo; sólo este compañero fué Cristo; ca ninguno otro, ni profeta, ni santo, tuvo las sobredichas condiciones.

Item, diónoslo en *maestro,* la predicación de su doctrina, según el Padre lo había prometido, diciendo [20]: *Verán tus ojos tu enseñador, que te da mandamientos, y tus oídos oirán la palabra.* Diónoslo también en *luz;* por obras declaró, en ejemplo, que le mandó hacer entre nosotros, cuales nunca fueron hechas; por lo cual, dice el Hijo mismo de Dios [21]: *Ejemplo, por cierto, os he dado para que, así como yo hice, así hagáis vosotros.* Item, diónoslo en *verdadero padre espiritual,* por la regeneración de la gracia con que renovó nuestra vida, y, según esto, dice San Juan [22]: *A todos los que lo recibieron, dió poder*

---

[17] Ps. 79, 4-8-20.
[18] Is. 9, 6.
[19] Phil. 2, 7.
[20] Is. 30, 20-21.
[21] Ioan. 13, 15.
[22] Ioan. 1, 12.

de ser hechos hijos de Dios. Item, viendo el Padre Eterno nuestra hambre, nos lo dió por *manjar;* y viendo nuestro cautiverio, nos lo dio por *recate;* y viendo nuestro trabajo, nos lo dio en *galardón.*

La nona circunstancia de este amor es la *evitación y estorbo del mal* que sin él se nos siguiera. Y por esto se dijo que nos hizo el Padre esta merced, porque no pereciésemos; ca si su Hijo no nos diera el Padre, con tres muertes pereciera el genero humano: con la *muerte corporal,* y con la *muerte del pecado,* y con la *muerte perdurable,* mediante las cuales se destruyen los tres bienes principales que dije venirnos de este amor, que son bienes de naturaleza, y de gracia, y de gloria. Contra estas tres maneras de bienes, son las tres muertes a que estábamos obligados.

La décima circunstancia o amor es la utilidad de aquesta obra que hizo el Padre con nosotros, y el fin a que la hizo, que fué porque tuviésemos la vida eterna, que es conocer al Padre presencialmente y a su Hijo Jesucristo. Si miras esto, veras que el Padre, por darse a sí mismo, nos dió a su Hijo; y por eso, su misericordia es mejor que todas las vidas, pues nos hace haber la vida eterna, que es tan soberana que, en su comparación, todas las otras son más muertes que vidas, segun dice San Gregorio. Podrás decir que si éste es el fin por que nos dió su Hijo a tanto riesgo, pues el Padre es todopoderoso, bien pudiera darnos la vida eterna sin darnos primero a su Hijo. Verdad es, sin duda; empero, no fuera tan abundante ni con tanto colmo la vida eterna sin Cristo como con él, que vino no solamente para que tuviésemos vida, sino para que con más abundancia la tuviésemos en la divinidad y humanidad de Dios.

El postrer amor de las sobredichas palabras que el Padre nos tuvo es que encargó a su Hijo que no se metiese por entonces en juzgar las maldades del mundo, ni hiciese caso de ellas, que agora no lo enviaba a juzgar, sino a salvar; y que si fuesen ellos malos, no por eso habían de morir luego, ni ser quemados con fuego del cielo; que mirase que *la caridad es muy benigna y paciente;* y, por tanto, que, pues por amor era enviado, no saliese del amor, ni hiciese obras, sino que mostrase benignidad y humanidad, y no se mantuviese de rigores ni comiese sangre de hombre, sino manteca y miel; de manera que no procediesen de su lengua palabras de juez, sino de abogado, que viniesen envueltas, no en sangre, sino en miel y leche; en tanto, que la gracia se le derramase por sus labios con abundancia de amor. Y que si el mundo no lo tratase con aquella reverencia que per-

tenecía al heredero de los cielos, no quería el amoroso Padre que recibiese otra penitencia por entonces, sino la vergüenza que la descortesía suele traer consigo; y, por esto, dice el Padre Eterno, como persona que todo lo quiere llevar por amor [23]: *Enviarles he mi amado Hijo, y por ventura, cuando lo vieren, habrán vergüenza de él.* No dice que lo enviará para que haga la pesquisa de las muertes de sus criados, porque no envió Dios su Hijo para que juzgue el mundo, sino envíalo para que, visto tanto amor, vengan a demandar misericordia. Conforme a lo cual, dice Beda: «No lo envió para que diese sentencia judicial contra los malos renteros de la viña que estaban obligados a pena, sino para que misericordiosamente hiciere lugar al perdón, aun después de tantas maldades y después de las crueles muertes de sus siervos». Cuando envió Dios a Moisén del monte, dióle las tablas, como quien da ley para sentenciar culpados; el cual, viendo el pecado grande, dijo a los hijos de Leví [24]: *Estas cosas dice el Señor Dios de Israel: Mate cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su prójimo,* y mataron casi veintitrés mil en un día; empero, acordándose ya el Señor, después de la ira, de la misericordia, da a su Hijo aviso de amor; y mandóle que no se cure de condenar, aunque vea mucha causa para ello, sino de salvar por amor, que el segundo advenimiento del juicio caerá mejor la sentencia contra los que no quisieron amar.

Tienes, pues, ánima mía, en las palabras susodichas, un salterio de diez cuerdas de amor, que son las diez consideraciones puestas sobre ellas en que tú puedes cantar canción nueva de amor renovador a tu Señor Dios, del cual se dice [25] que *ama la misericordia, empero que después también ama el juicio;* y agora, que es el tiempo de lo primero, está aún la tierra llena de su misericordia; que espera quién cumpla con él la ley del amor, pues tan cumplida y lealmente la ha guardado el Padre Eterno con nosotros desamorados.

---

[23] Luc. 20, 13.
[24] Ex. 32, 27-28.
[25] Ps. 32, 5.

CAPITULO XI

De la ley de amor que el Hijo de Dios tuvo con los suyos, aun cuando no lo amaba

La caridad de Cristo nos constriñe, por ser tanta y tan manifiesta, a nunca la olvidar; y digo que nos constriñe, porque, aunque no queramos, la hemos de manifestar para que nos vaya bien; ca de otra manera, si la queremos callar y encubrir o desechar, verse ha nuestra desnudez, ca cuyos pecados no cubre su caridad. ¿A qué cristiano dejan sueltos los lazos de su amor? En cuyos corazones no ha derramado su caridad ninguno, sino el que dejó su primera caridad, ignora la abundancia del amor de Jesucristo, el cual nos ha herido con los labios de su caridad, que son la Sagrada Escritura, en que, sobre número, nos la encomienda el que *aun siéndole enemigos murió por nosotros* [1] y mucho más seremos salvos de la ira por él agora que somos justificados en su sangre, en todo vencemos por Cristo, que nos amó [2]. ¿Quién nos podrá apartar de la caridad de Jesucristo? [3]. Lo que me queda de la vida, vivo en la fe del Hijo de Dios, *el cual me amó y entregó a sí mismo por mí* [4]; el cual dice [5]: *Así como me amó el Padre, os amé yo a vosotros; permaneced en mi amor; si guardardes mis mandamientos, estaréis en mi amor, así como yo guardé los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Estas cosas os he dicho porque mi gozo sea en vosotros, y vuestro gozo sea lleno. Pues, hombres, sed imitadores de Dios, así como hijos carísimos; y andad en amor, así como Cristo nos amó; así que de la caridad fraternal no tuvimos necesidad de os escribir, porque vosotros aprendisteis de Dios que améis unos a otros, y esto hacéis con todos los hombres en toda Macedonia; empero, rogamos os que abundéis más radicados y fundados en caridad, para que podáis comprehender con todos los santos qué sea la anchura y la longura y la alteza y el profundo; y podáis también saber la caridad de Cristo, que excede a la cien-*

[1] II Cor. 5, 14
[2] Rom. 5, 9.
[3] Rom. 8, 35.
[4] Gal. 2, 20.
[5] Ioan. 15, 9-12; Eph. 5, 1-2; I Thes. 4, 9-10; Eph. 3, 17-20; II Thes. 2, 15-16; Ioan. 17, 11. 13. 23. 24

cia, para que seáis llenos en toda la plenitud de Dios. Ese Señor nuestro Jesucristo, Dios y Padre nuestro, que nos amó y nos dió consolación eterna y buena esperanza, amoneste con su gracia vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena; el cual dice, hablando con su Padre: *Padre santo, guarda los que me diste en tu nombre para que sean una cosa como nosotros; cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre; mas agora voy a ti; y hablo estas cosas en el mundo para que tenga mi gozo cumplido en sí mismos, esté yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en una cosa, y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste a ellos, así* como *amaste a mí; esté en ellos el amor* con *que me amaste, y también yo esté en ellos.* Estas cosas he puesto aquí, de las muchas que la Escritura Sagrada nos dice del amor de aquel que fácilmente es hallado de los que lo aman, según dice el Sabio; y deseó tanto nuestro amor, que nos promete, si lo amamos, que él y su Padre se vernán a morar con nosotros; y nos manifestará a sí mismo.

El que tiene algún gusto de amar, mucho se satisface con las palabras del amor, así como las dice el que lo ama, y por eso puse aquí las sobredichas, dejándote facultad para que pienses cómo el amado Hijo de Dios cumplió lo que su Padre le dijo, con aquel mismo amor que el Padre se lo decía, todo el tiempo que estuvo en este mundo; donde aun a los demonios no quiso hacer mal enviándolos al abismo, ni salió palabra cruel de su boca; lo cual maravillosamente se figuró en el vaso del aceite que tenía la viuda, que ni aun se vió desmenguado, hasta que Dios llovió sobre la tierra aquella pluvia voluntaria para salud de su Iglesia, que fué el Espíritu Santo. No sin misterio decía Cristo a los suyos que fuesen misericordiosos como su Padre celestial, que sabía haberle encargado mucho la misericordia, allende de le convenir por propiedad natural, que de toda parte heredó; la cual contempla San Cipriano, diciendo: «Ya tu sangre, Señor, no demanda venganza; tu sangre lava los pecados, las maldades perdona; vocea la sangre de Abel, dan voces los pecados de Sodoma, la muerte del padre y la codicia dignas son de venganza; tú eras antes Dios de las venganzas, y agora has misericordia y perdonas a los que ofendieron, sanas los contritos de corazón, atas los llagados, al hijo pródigo que se torna no reprehendes la demasía, a la mujer adúltera no das en la cara con su desvergüenza, no rehusas el servicio de la pública pecadora, al que debes dinero se lo perdonas todo, a los pérfidos judíos perdonaste la maldad de maldades y el pe-

cado de pecados y aun les diste gracia, de tu lado sale una fuente que sube hasta la vida eterna». Y el mismo santo, hablando de la caridad del Padre y del Hijo, dice: «Sin duda que se deleita en gran manera a la paterna caridad con los buenos hijos y herederos, y esto trae acrecentamiento a la gloria de Cristo unigénito muy amado, que no padece ser solitaria la grandeza de su bienaventuranza, sino que añade hombres, no que disminuya cuasi divisa en muchos la excelencia, sino que adornen la alteza de sus riquezas, siendo participantes y consortes». De inmenso amor de nuestro amigo y Señor Cristo, que de enemigos vino a hacer hermanos, no porque tenía necesidad de compañía el que está cercado de ángeles en el cielo, sino porque vió que nosotros estábamos solos y desamparados de todo bien, del cual, viniendo él muy cargado, importunó con su amor a todo el mundo; él, que vino a poner fuego de amor en la tierra para que, ardiendo, se tornase fuego de amor. Y porque veas más a la clara cómo Cristo importunó al mundo con su amor dende que nació, has de notar que un contrario, tocando a otro, obra en él y altéralo; y cuando prevalece en su obra contra él, confórmalo a sí mismo, como parece cuando el fuego obra en la tierra, y, desechando la frialdad con su calidad, de fría la hace caliente; y cuando, siendo importuna esta obra, persevera la fuerza del que prevalece, va disponiendo y conformando a sí lo que tiene menos fuerza, hasta que se calienta la tierra en sumo grado, y se enciende tanto que se torna fuego y de una se hace otra, por la mucha alteración que la hubo de transformar en fuego; de esta manera, amando el Hijo de Dios al hombre, que no lo amaba, sino que era su enemigo, cuasi tomó lucha con su contrario, como el fuego con la tierra mojada, y, finalmente, que, amándolo con mucho amor, así como fuego, ca Dios se llama *fuego gastador*, y el hombre era frío y tan resfriado en caridad, que cuasi se pudiera decir la misma frialdad, como tierra helada, ca es tierra y ha de ir a la tierra. Llegándose, pues, el Hijo de Dios a la tierra, que es el hombre, tocábalo con muchos beneficios, que nunca cesó de hacer en el mundo, y, tocándolo, disponíalo para lo conformar consigo, haciéndolo su amigo y poniendo en él su amor; primero lo calentaba alterándolo, según aquello [6]: *Toca los montes y humearán*.

En conclusión, que obrando en él frecuente y continuamente, ca nunca cesó ni por un momento de hacer beneficios, hasta que la tierra se encendió en su amor

[6] Ps. 143, 5

recibiendo su amistad, y todo el mundo estaba lleno del ardor de tu amor, según aquello del profeta [7]: *Con el fuego de mi celo tragaré toda la tierra.* De esta manera encendió el Hijo de Dios a todo el mundo, y lo hizo arder en su amor a poder de amor; siendo importuno amando, se hizo amar; ca sabía él que ninguna cosa hay que nos haga tanto amar como ver que somos amados. ¿No te parece que tenía el Señor encendida la tierra en su amor cuando se decía: *Mirad que todo el mundo va en pos de él?* [8] Toda la vida del Hijo de Dios no fué otra cosa en este mundo sino un muy intenso y contino acto de amar, en tal manera, que se diga de él [9]: *Era una visión que discurría y andaba en medio de los animales, resplandor de fuego, y del fuego rayo que sale.* No sin gran misterio dice la Escritura que los ojos del Hijo de Dios eran como *flama de fuego,* y sus pies *muy ardientes,* y que su cara *relumbraba* como *el sol a medio día*[10], que con la caridad echa de sí mayor calor y resistero sobre los que se ponen a él. Jamás miró el Hijo de Dios con los ojos airados, porque si esto fuera bastara para dar muerte, sino sus ojos eran como los del rico piadoso sobre el pobre necesitado, según dice la Escritura; y su mirar era tal, que cada uno que él con atención miraba, se diga [11]: Jesús *poniendo los ojos en él, amólo.* En se decir *encendidos* los benditos pies del Salvador, que encendieron el corazón de la Magdalena para que, como alquitara, destilase agua de lágrimas, se denota que jamás los movió sino por amor, todos sus pensamientos y aficiones puestos en ir a buscar amigos, y nunca se movía sino a socorrer necesitados. Si su cara se llama *sol de fuerte estío* no es sino para que sepas que su sola presencia era muy amable, más que decir se puede; en tal manera, que delante de él muy fácilmente se pudiera derretir en amor el corazón.

¡Oh, qué gloria era ver aquella amable presencia del Hijo de Dios, de tan dulce conversación y palabras!, que parecía panal muy hermoso todo lleno de miel y de graciosidad, en tal manera que no solamente era amable a los ángeles y a los hombres buenos su presencia, mas los malos, estando delante de él oyéndolo, volvían la hoja del aborrecimiento que antes le tenían y, convirtiéndose a su amor, decían nunca de su manera haber hablado hombre; y sus enemigos, cuando estaban delante de él,

---

[7] Soph. 3, 8.
[8] Ioan 12, 19.
[9] Ez. 1, 13.
[10] Apoc. 1, 10.
[11] Marc. 10, 21.

sentían una fuerza que su amor les hacía, y compungidos venían a él a le decir que les tomaba el ánima. Lo cual se figuró en David, que en obras y gesto y palabras era tan amable, que aun su enemigo Saúl volvía cativo de su amor cuando tenía lugar David de le hablar en la persecución que de él sufría; y en otra parte se dice que enviando tres veces Saúl nuevos hombres para que prendiesen a David y viniendo ya él, como cuarto alguacil, recibieron él y ellos el espíritu del Señor y comenzaron a profetizar; y de esta suerte Cristo convertía con su amor muchas veces los que lo venían a prender, y hacíalos ir presos de su amor. Si en medio de furia de la persecución era de tanto amor la habla y presencia del Salvador que convertía en mansedumbre y amor los corazones que estaban furiosos contra él, ¿qué fuerza de amor ternía con los que le amaban? Nosotros, que tenemos poco amor, solemos crecer en él cuando estamos con nuestros amigos y tenemos con ellos familiar plática; mas Cristo, que estaba puesto en medio del mundo para hacer salvos a todos, lleno de superabundante caridad, era médico y padre de todos; y acontecía que las ofensas que le hacían despertaban en él más muestras de amor, por la mayor necesidad que vía en el pecador.

De lo cual puedes poner ejemplo en un médico que tenga muchos hijos, entre los cuales, si alguno se torna loco, parece que olvida a los otros y todo el amor carga sobre el enfermo; del cual, con gran amor, sufre injurias y golpes llorando, no por el dolor de las llagas, sino por ver enfermo al que mucho ama; y de esta manera, el Salvador del mundo, puesto entre los pecadores, más arde en amor de los remediar. Era su inmensa caridad como un gran fuego puesto entre muchos torbellinos y recios aires, que, mientras más es combatido, más se enciende; y de aquí es que todos los pecados del mundo acrecentaban ocasionalmente la muestra del amor de Cristo, que, como madre solícita, se trabajaba por atar las llagas de los hijos. Lo cual suele matar el fuego de nuestro amor [que] encendía el amor del Hijo de Dios por la solicitud que él tenía en amar los pecadores, cuyas injurias recibía él como rocío de agua que se suele echar en la fragua para más arder; no porque fuese ofendido dejaba la solicitud de aprovechar a sus ofensores, sino entonces ponía más fuerza en amar, rogando a los que lo desechaban y importunándolos con su amor. Bien podríamos devotamente pensar que cuando en la pasión cubrían los sayones la cara del Salvador, era por no poder con igual corazón sufrir el amor que su cara mostraba, la cual se dice resplandecer como el sol en su virtud, que es el ca-

lidísimo amor. Era tan leal aquella bendita *ley de amor* que tuvo Cristo con los pecadores que lo habían traído a este mundo, que no se hallará en el Evangelio que él tuviese a nadie por enemigo; ca lo que verdadero amor menos conoce son los enemigos. Y puesto que muchos tuviesen con él enemistad, como la tenía Saúl con David, él con ninguno la tenía; y cuando se tornaba entre los que lo querían mal, decía a los suyos que se lo estorbaban haber doce horas en el día y doce mudanzas en el corazón del hombre, y, por tanto, si una hora lo querían mal, otra lo querían bien.

Por este tan puro amor y tan arredrado de aborrecimiento que tenía el Salvador con los que se habían de salvar, dijo que *ninguno no podía tener mayor caridad que poner la vida por su amigo*[12], aunque de verdad sea mayor ponerla hombre por su enemigo; empero, porque Cristo a todos amaba a fin de los salvar, incluíalos todos en nombre de *amigos*, aunque, según hecho de verdad, él murió por sus enemigos; y, estando en la cruz, excusó el pecado de ellos y dió voces por ellos delante de su Padre y no consintió que fuesen castigados, poniéndose en medio de los condenados y del juez, como otro Aarón, del cual se escribe[13]: *Díjole Moisén: Toma el encensario y, puesto fuego del altar, echa encienso sobre él, y ve presto al pueblo para que ruegues por ellos.* Estos dos hermanos estaban derribados en tierra delante del Señor, y una nube había cubierto la morada del Señor en que aparecía su gloria, que venía a defender los suyos y cercar el Tabernáculo, porque ninguno entrase a los ofender más, ca toda la muchedumbre se había levantado contra ellos como se levantó contra Cristo. Moisén quiere decir *traído de las aguas,* y es el amor de Cristo nuestro Redentor. Conforme a lo cual, dice Orígenes: «Yo pienso que en Moisén es significada la Ley, que enseña al hombre ciencia y amor de Dios». No se toca pequeño misterio en decir que el amor de Cristo es traído de las aguas, que en este caso son repugnancias de amor; lo que más contradice al fuego es el agua; y lo que más contradecía al amor de Cristo fueron las ofensas de los pecadores; empero, fué él tan sabio en amar, que encendió su amor con agua de persecuciones y fatigas, que en otros suelen matar el amor; y se tiene por mucho cuando estas muchas aguas no matan la caridad.

Si amara Cristo a los pecadores rogándoselo ellos, fuera de tener en mucho, porque se inclinaba a cosa tan indig-

[12] Ioan. 21, 16.
[13] Num. 16, 46.

na; si los amara no se curando ellos de él ni teniendo en estima su amor, fuera mayor el beneficio; empero, amándolos y procurando su salud, no queriendo ellos, sino que le eran enemigos y contrarios, según aquello que el Señor dice [14]: *Sus ciudadanos lo aborrecieron y enviaron tras él embajada diciendo: No queremos que reine éste sobre nosotros.* Ciudadanos de Cristo habían de ser, aunque entonces no lo eran, muchos que lo aborrecieron, y el poder de amor los convirtió, sacando amor de donde se suele sacar aborrecimiento; y así se dice su amor *traído de las aguas* como fuego encendido con agua, que es la cosa que más lo destruye. Aarón quiere decir *el que enseña*, y es Cristo que enseñaba por obras y palabras amar los enemigos; al cual convenía cumplir toda justicia, para que de su plenitud tomásemos ejemplos para cumplir tan dificultosísimo mandamiento como es amar hombre sus enemigos, pues apenas ama sus amigos. A este Señor dice el amor que tome el encensario, que es su carne preciosa, harto agujereada y rota como la tenía al tiempo de la pasion; y tomarla es recebir de voluntad y aceptar las llagas que en ella tiene, y añada fuego de amor del altar, que es la cruz, amándola también, con sus tormentos; ca en este altar de Dios siempre ha de arder fuego de amor, ca no sin misterio dice Cristo [15]: *A ésta amé y busqué dende mi juventud y fuí hecho amador de su hermosura.*

Es tanto el fuego del amor que Cristo tiene puesto en este su altar, que de aquí, como del altar del templo, se toma fuego de amor para ofrecer todos los sacrificios que se ofrecen en la Iglesia, ca todos se refieren a la cruz y al amor que Cristo en ella nos tuvo; y todos los santos, porque aquí fueron amados, se dicen *estar debajo del altar de Dios* muy obligados y defendidos, como debajo de la bandera de su Señor. El que ofreciere a Dios sacrificio y no lo encendiere con el fuego de este santo altar que es la cruz, aplicándolo al amor que Cristo allí nos tuvo y ofreciéndolo en su reverencia y gloria, piense que con los condenados ofrece sacrificios con fuego ajeno; lo cual aborrece mucho al que en la cruz puso su amor porque nuestras ánimas estuviesen allí suspensas, contemplándolo, colgadas de Dios.

Lo tercero que hizo nuestro Sumo Sacerdote fué echar encienso sobre el fuego del amor, añadiendo bien a bien; donde no se satisfizo en padecer por los pecadores llagas y cruz, sino que añadió encienso de oración muy derecha, con que rogó por el pueblo para que viesen con qué

[14] Luc. 19, 14.
[15] Sap. 8, 2.

amor padecía, y suplica que sea enderezada su oración para que más en breve suba al Padre. Ca tanto es la vía más breve, cuanto es más derecha; según lo cual, parece claramente haber sido rectísimo el camino que llevó la oración de Cristo al cielo, pues que luego alcanzó espíritu de contrición para el pueblo que lo había crucificado, por el cual había orado diciendo a su Padre que los perdonase, pues pecaron por ignorancia. Ca no sabían los pecadores cuán grande era el amor que Cristo les tenía, cuya caridad no pudieron matar los ríos de los pecados que contra él cometieron, sino que, como calidísimo sol de amor, derritió las nubes de sus pecados, que podían estorbar que la oración de Cristo hecha por ellos no pasase adelante ni fuese oída por ser ellos tan malos; empero, el calidísimo estío de la caridad de Jesucristo, encontrándose con la frialdad de ellos, tomó esfuerzo por una contraposición maravillosa que llaman *antiparistasis;* donde, por natural contrariedad, se fortalecen más las cosas contrarias; y, en fin, la que vence muestra recia fortaleza y vence con furia, y de esta manera el fortísimo amor de Jesucristo preguntó a su Padre con gran grito que *por qué lo había dejado*, quejándose que había dejado los suyos, cuyo mal, por la fuerza del amor, reputaba Cristo por propio; ca el amor perfecto, como lo era el de Cristo, no sabe haçer distinción entre el que ama y el amado.

En fin, aunque con trabajo, venció la caridad de Jesucristo, y pasando su oración por todas las dificultades con maravilloso triunfo, pudo tanto, que lanzó su amor en los pechos de toda la innumerable compaña que lo habían salido a escarnecer en la cruz; y por esto se tornaron mudando el propósito, en señal de lo cual iban heriendo sus pechos, para ver si estaban del todo vacíos del amor de Jesucristo. Sin duda que nos constriñe la caridad de Jesucristo [16], y no sólo a nosotros, sino a los que eran enemigos de su cruz. ¿Cómo es esto, Señor, qué lucha ha sido esta en que venciste a Dios y a los hombres? ¿No dicen que el amor no quiere fuerza? Si esto es así, ¿cómo tu amor hace tanta fuerza y vence tan poderosamente? *Dura es, así como el infierno, tu caridad* [17], ca, si una vez prende, siempre sale con lo que toma. El corazón, no digo de cualquier hombre, sino de cualquier rey, aunque sea Faraón, está en tu mano, y en breve le puedes dar tal vuelta que, diciendo él que nadie no lo fuerza, haga todo lo que tu amor quisiere.

Contempla, ánima mía, la muy leal *ley de amor* que

---

[16] II Cor. 5, 14.
[17] Cant. 8, 6.

tuvo contigo el Hijo de Dios, y mira que si con tanta fidelidad y insuperable constancia nos amó cuando éramos enemigos, ya que somos amigos, mucho más nos amará. Recibe esta *ley de amor*, no ya de la boca de Dios, sino de la mano de Dios; ca no sólo te quiso mostrar por palabra a la ley del amor, sino por obra, y por tan soberana obra que los serafines puedan aprender cómo han de amar; ca dice un contemplativo que de ver a Cristo tan encendido en la cruz, se transformaron en él y quedaron con imagen de crucifijo, en la cual apareció uno de ellos a San Francisco para le imprimir las llagas de Cristo, que mucho deseaba sentir.

Si estando el Hijo de Dios en este destierro nos amó tanto, ¿cuánto piensas que nos amará, ya que está en el cielo, pues que se dice que *en Sión tiene fuego* y *en la celestial Jerusalén* tiene un horno muy encendido? Allá tenemos quien no se cansa de guardar hasta hoy, y para siempre tan lealmente como primero, la *ley del amor*; porque Cristo, aun en el cielo, es un contino holocausto que todo se enciende en nuestro amor delante de su Padre, mejor que Jonatás por David delante del suyo; y por esto nos mandó antes que se fuese que pidiésemos al Padre en su nombre todas las cosas que necesarias fuesen para nuestra salud, que él ternía cargo de nos las recabar.

CAPÍTULO XII

De la perpetua ley de amor que Cristo tuvo en la cena con los suyos, presentes y por venir

A todos los que saben, es notorio cuánto encendimiento de amor haya mostrado Cristo en aquel sermón que hizo a los suyos después de la cena, que sólo el amado San Juan escribió, aunque se durmió a él por ser largo, más en amor que en palabras; y esto digo porque, si las palabras fueron muchas, mucho más fué el amor de donde procedían; el cual, viendo que le quedaba poco tiempo de conversar con los amados, no se pudo sostener sin se mostrar tan prolija y profundamente, que fué menester que el que lo había de escrebir se durmiese a las cosas visibles, para que más enteramente velase a las cosas invisibles que en el sermón se manifestaban; porque estando sin derramarse a otra cosa, todo enteramente atento a él, lo pudiese después mejor escrebir; y por esto pienso que los otros

evangelistas dejaron a él solo este misterio, como a persona que había tenido más atención entrando al pecho de do procedía la caridad, que por la boca de Cristo manaba.

San Juan escribe en cinco capítulos el *Sermón del Amor*, que Cristo hizo a los suyos y a todo el mundo, después de la cena, y comienza diciendo [1]: *Antes del día festival de la Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora para que pase de este mundo al Padre, como amase a los suyos que estaban en el mundo, al fin los amó. Y hecha la cena, como ya el diablo lanzase en el corazón que lo entregase Judas de Simón Iscariote, sabiendo que todas las cosas le dió el Padre en las manos, y sabiendo que salió de Dios y va a Dios, levántase de la cena y quítase sus vestiduras; y como tomase unas tovajas, ciñóse; y después echó agua en una bacina y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y limpiarlos con la tovaja que estaba ceñido; vino, pues, a Simón Pedro, y díjole Pedro: Señor, ¿tú a mí lavas los pies? Respondióle Jesús, y díjole: Lo que yo hago, tú no lo sabes agora, mas saberlo has después. Y díjole Pedro: Nunca para siempre lavarás a mí los pies. Respondióle Jesús: Si no te lavare, no ternás parte conmigo. Y dícele Simón Pedro: Señor, no tan solamente mis pies, sino también las manos y la cabeza. Y díjole Jesús: El que está lavado, no tiene necesidad sino que se laven los pies, y está limpio todo. Ya vosotros limpios estáis, mas no todos. Esto dijo porque sabía quién era el que lo había de entregar, y, por tanto, dijo: No estáis limpios todos.* En conclusión, que después que lavó los pies de ellos, recibió sus vestiduras, y como se tornase a sentar otra vez, díjoles [2]: *Sabéis lo que he hecho con vosotros; y vosotros llamáisme Maestro y Señor, y bien decís, pues lo soy. Si yo, siendo Señor y Maestro, lavé vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies uno a otro, ca ejemplo os di, para que lo hagáis de la manera que yo lo hice.* Esto dice San Juan en el principio de aquel gran *Sermón del Amor:* y porque es muy celebrado en toda la Iglesia, lo quiero declarar, a fin que saquemos de ello amor y veamos en ello qué caridad tuvo con nosotros el Hijo de Dios a la partida, donde suele más resplandecer el amor, que es como la candela, que, cuando se quiere morir, arde más; y como el cisne, que canta muy dulcemente cuando siente venir su fin; y de esta manera, el amoroso Hijo de Dios, aunque toda su vida no fué sino un ejercicio de amor, a la despedida lo mostró más copiosamente que an-

[1] Ioan. 13, 1-16.
[2] Ioan. 13, 1.

tes; en aquella última cena que él muy deseada tenía para mostrar su amor más por entero.

En la mesa se suele mucho mostrar el amor que se tienen los amigos, y sobremesa se negocian grandes cosas, como parece en los convites que hizo Ester al rey Asuero, y tanto se concluyen más los negocios, cuanto el convite es más postrero; lo cual se guardó en los convites sobredichos; ca en el postrero se mostró el amor que el rey tenía a su esposa Ester; y de esta suerte, el Rey de los reyes, Jesucristo, concluída la primera cena del Cordero figurativo, antes que se alzasen los manteles, estándose aún el pan cenceño y el vino en la mesa, instituyó otra más fácil y más soberana cena, para todo lo que quedaba del mundo, en la cual se hizo a sí mesmo vianda tan durable que se detenga hasta la consumación y acabamiento del siglo sin alguna corrupción, y dió tal virtud a este manjar, que no solamente sean recreados los que lo comieren actualmente, sino que también lo coman y se enamoren de él con sólo desearlo comer, según aquello de San Cipriano: «El comer de esta carne es una codicia y un deseo de permanecer en Cristo; por el cual, así emprimimos y colamos en nosotros la dulcedumbre de la caridad, que se junte a nuestro paladar y a nuestras entrañas un sabor infuso de amor que penetra y embebe todos los retraimientos del ánima y del cuerpo».

No solamente lo espiritual de este Evangelio está lleno de amor, mas aún lo literal también se funda en amor; ca, viendo el Salvador del mundo que los suyos no eran aún perfectos en caridad, quiso amorosamente reprehender la falta de ella que vió en ellos, los cuales, oyendo en la mesa la muerte del Señor, movieron contención, debatiendo entre sí sobre la mayoría que, según razón, les parecía que había de quedar a uno; y como cada uno de ellos se tuviese por idóneo, movieron ambición contra la *caridad,* que no es ambiciosa ni presume. Lo cual viendo el Salvador, lavóles los pies por fuerza, mostrándoles en esto que, si entre los siervos de Dios hubiese de haber alguna porfía o debate, no se había de ordenar sino a presumir de ser menor, queriendo cada uno y porfiando a ser suela del pie de su hermano, para que así se conserve el amor entre ellos, que, según dijo Cristo, es manifiesta señal que nos muestra discípulos suyos. ¡Oh qué celo, quien comía su amoroso Corazón después de acabado el lavatorio, cuando tornó a tomar sus vestiduras y sentado como padre entre los hijos diferentes, intimándoles su propia majestad!, prueba con ellos mesmos que es Maestro y Señor, no para los tener con señorío sujetos, sino para se hacer a ellos ejemplo de aquella caridad que no quiere

las cosas que son suyas, ni sabe presumir, cuyo oficio es igualar el grande con el pequeño, según aquello de San Bernardo: «A ninguno hace acatamiento el amor, ni tampoco lo menosprecia; a todos los que perfectamente se aman, mira por un igual, y en sí mesmos tiempla a los altos y a los humildes; ni solamente los hace iguales, sino una mesma cosa».

Para comenzar a exprimir la caridad que espiritualmente se incluye en este Evangelio, has de notar que el Viernes Santo en que Cristo fué crucificado se llama aquí *día de fiesta* para nosotros, por el gran bien que en él nos fué hecho de nuestra redención, y aun a Cristo es festival aqueste día del viernes, porque en él ejecutó y mostró más el amor que nos tenía que en otro día alguno. El que ama tiene por día de fiesta aquel que gasta en servicio de la persona amada; aquel es el día de su holgar y de su placer, y en aquel se alegra tanto, que no se le hace un hora todo un día; y por esto tiene aquel día por día de fiesta, que comúnmente se nos suele hacer más chico que el día de trabajo. Y así, el que ama está tan embebecido en la obra del amor, que no echa mucho de ver el tiempo, como parece en Jacob, que muchos años se le antojaban pocos días, por la grandeza del amor, y aun aquellos días le eran a él festivales, por los gastar en servicio de quien amaba, aunque no sin padescer mucho en ellos. Para que veas con cuánta razón se debe llamar *día festival* tuyo el que gastas en servicio de quien amas, mira que toda potencia activa, y toda inclinación, y todo deseo del corazón, causa placer cuando se pone en efecto, y tanto mayor, cuanto más determinó la razón que se debiera hacer aquello. Este placer, que más en las obras del amor que en otras algunas se causa, hace *día festival* el que se gasta en servicio de quien amamos, porque lo que más desea el amor es poderse mostrar, ca no hay cosa que tanta pena le dé como no ser creído, y, cuando es grande el amor, todavía cree que no es creído y, por tanto, desea más mostrarse y en mayores cosas, porque ya no puedan tener duda en él; y de esta suerte, aunque nuestro amigo y señor nos pudiera salvar con sólo amarnos por amor de Dios, añadió a esto la muerte, porque ninguno, viendo tan manifiesto testimonio, pudiese poner en duda amor tan verdadero.

Alarga, pues, ánima mía, la vista de tu corazón para que contemples en la pasión de tu amigo Cristo más el amor que la mesma pasión; ca más le debes por él que no por ella; y en más debes tener el amor que lo movió a padecer que no lo que padeció, porque si él no te amara, ni te aprovechara su pasión ni él por ti la padeciera.

Este día que el amor hizo festival a Cristo se llama *de Pascua;* y este nombre *pascua,* según dice San Agustín, referido a la lengua griega, significa *pasión,* y referido a la lengua hebrea significa *paso;* lo cual se junta bien en Cristo, que no hace distinción entre el hebreo y el griego, porque a todos los abraza, y por esto junta en sí las dos significaciones del vocablo, ca sufre *pasión;* y *pasa* mediante ella de este mundo a su Padre, y porque todo esto hace por nosotros su amado, déjanos hecho camino para que podamos todos *pasar* en pos de él por donde el *pasó;* y al fin que el *pasó,* que fué su Padre celestial y nuestro. Dos *pasos* muy solemnes tenían los hebreos: el uno de cuando *pasó* el ángel malo del Señor hiriendo los primogénitos de Egipto en favor de ellos, y el otro fué cuando ellos *pasaron* el mar bermejo; y ambos estos *pasos* se juntan agora en Cristo; ca Judas, que es ángel malo del Señor, porque es apóstol de Cristo, y sus apóstoles todos se llaman *ángeles,* y él es malo por su maldad, la cual fué tanta, que mereció ser llamado *diablo.* Este ángel malo *pasa* también por este mundo a el infierno, y hiere al Primogénito de Dios porque los hijos adoptivos sean dejados en libertad. El otro *paso* de los hebreos que se siguió de aqueste, fué cuando ellos *pasaron* por el mar bermejo a la tierra de promisión; y éste también se halla agora en Cristo, cuya sangre es *mar,* por ser mucha y de mucho valor; y es *bermejo,* por la color que tiene, mediante la cual *pasamos* todos de la servidumbre del pecado a la libertad de los hijos de Dios; y esto quiso tocar el evangelista cuando dijo: *Sabiendo Jesús que venía su hora, para que pasase de este mundo al Padre.*

La hora de la muerte se llama aquí *de Cristo,* porque voluntariosamente hizo él que se acercase esta hora. Y nota la diferencia que hay en decir que Cristo es *de la muerte* o que la muerte es *de Cristo;* porque lo primero dicen los judíos y lo segundo los cristianos, que, siendo una cosa con Cristo en amor, *pasan,* como los miembros con la cabeza, con él al Padre celestial; lo cual ni aun a los que de los hebreos eran santos convenía, porque ellos, aunque fuesen miembros de Cristo, no *pasaban* por entonces al Padre celestial, porque no iban al cielo, sino al padre eternal (?), que era Abrahán, en cuyo seno, que es el limbo, eran colocados por mano de los ángeles, como el santo Lázaro. Para nos mostrar el evangelista que la muerte de Cristo no fué por necesidad como la nuestra, sino por amor, y que él se acercaba con deseo más a la muerte que no la muerte a él, dice en lo siguiente: *Como amase a los suyos que estaban en el mundo, al fin los amó.*

Estas son grandes palabras, y solas ellas me movieron

a escribir este capítulo, que trata del amor que Cristo mostró en la cena, el cual se notifica en estas palabras, que siempre debrían estar impresas en los corazones que lo aman. No pienso que pudiera decir el amado evangelista palabras en que abrazase más misterios de amor que en éstas: y porque mejor lo conozcas, te porné aquí las declaraciones que los doctores les han dado, para sacar a luz el amor que en ellas se incluye. Como al principio nos amó el Salvador cuando hizo figurar y profetizar su muerte en la del cordero; mas, cuando quiso cumplir aquesta figura, nos amó *al fin*, cumpliendo lo que antes había prometido. Item, amónos *al fin*, porque nos amó para sí mesmo, que es fin nuestro último, al cual nos llevó su amor, haciéndonos miembros suyos de miembros que éramos del demonio. Amólos también *al fin*, porque el amor que les tuvo le hizo fenecer y dar fin a la vida corporal por ellos; y dícese también haber Cristo amado los suyos *al fin*, porque no les mostró el amor que les tenía hasta el fin de su vida, y entonces les mostró tanto amor, que lo de antes parecía poco; no como los señores y perlados seglares, que al principio, cuando te han menester, te muestran amor y después no curan de ti, antes hacen como los carniceros, que, venidas las carnestolendas, buscan manera cómo reñir con sus mozos hasta el carnal, y después, por aquel tiempo que los han menester, los halagan. Cristo más amó a los suyos a la muerte, cuando ellos habían menester a él, que no a la vida, cuando él había menester a ellos para servirse. Puédese también decir que los amó *al fin*, porque su amor no fué como de principiante ni como de hombre aprovechado, sino como de hombre que anda *al fin* de lo que aprende, de donde suelen salir las obras más primas: y andaba Cristo tan a lo apurado del amor, que todos los otros que amaron se puedan decir aprendices en comparación suya; y el amor de ellos, comparando al de Cristo, se pueda decir todo, comenzante, y que sólo Cristo acabó de amar.

Item, *como amase a los suyos, amólos al fin*, porque él comenzó primero a los amar y, cesando en ellos el amor, no cesó en él, como si uno comenzase a correr antes que su compañero, y aun viendo que su compañero se cansaba y no quería correr, perseverase él corriendo y amonestase al otro que corriese. Cristo nos amó antes que lo amásemos, y cesando nos de lo amar, permanesce él y amonéstanos que tornemos al amor que él nos tiene primero y *al fin*. Como amase a los suyos antes de los siglos, predestinándolos, amólos también *al fin*, mereciéndoles gracia para alcanzar aquel fin a que fueron ordenados. Para hacer diferencia del amor del mundo al de Cristo,

dice el evangelista que *amó al fin a los suyos*, dando en esto a entender que el mundo ama al principio, y *al fin* aborrece, pues todas sus cosas paran en mal, y las de Cristo nunca ternán mal fin, según aquello de San Pablo[3]: *Tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin la vida eterna*. Pues Cristo ama más *al fin* que al principio, siempre debe el hombre despertar su esperanza y decir a sus deseos, cuando se viere en fatiga alguna, aquello de San Juan[4]: *Amantísimos, agora somos hijos de Dios, y aun no se ha descubierto lo que seremos*. A la mayor necesidad, que suele ser *al fin* de la pelea donde desfallecemos, allí se muestra Cristo amigo, porque sea en más tenido su amor. Todas las cosas de los amados de Cristo salen a bien porque él *al fin* los ama, aunque al principio les tiene secreto el amor, en tanto que a las veces piensen que los aborrece. Ningún amigo hallarás que alguna vez no te aborrezca o cese de te amar, tomando fastidio de ti; mas Cristo, como amase a los suyos en el principio, nunca cesó de los amar hasta venir *al fin* del amor, como a la conclusión de la jornada. Como todas las cosas alcancen su fin, y el amor, que, como fuego gastador, nunca dice basta, siempre demande más y más aún en el cielo, síguese que este fin para que Cristo nos amó no es venido ni verná jamás, porque jamás cesará de amar; empero, dice habernos amado *para el fin* por que nos amó para nunca cesar de amarnos, que es el propio fin del amor; porque San Pablo dice que no debamos nada a nadie, sino el amor, que jamás se acaba de pagar.

Parescerte ha por ventura estrecho y angosto el amor de Cristo, pues no amaba sino a los suyos que estaban en el mundo, pues que los del cielo y los del limbo y los del purgatorio tenían también necesidad de su amor; por lo cual, has de saber que no hizo el evangelista mención sino de los que estaban en el mundo, porque de los otros no había menester hablar, porque ya estaban confirmados en el amor de Cristo, sino de los que estaban aún en el mundo que no conocían a Cristo, los cuales aun tomaban algún resabio del lugar pésimo donde estaban y, con el mundo, se mudaban muchas veces. Estos era menester que mostrase el evangelista ser amados de Cristo *hasta la fin*, donde ellos lo dejaron de amar cuando perdieron la fe; mas Cristo no dejó de amar a ellos, pues que con tanto cuidado les apareció para los reducir a la primera amistad de donde habían caído.

Aun queda de ver, si nos amó el beatísimo Jesús en-

[3] Rom. 6, 22.
[4] I Ioan. 3, 2.

tonces a nosotros, si tuvo de nos memoria el que a ninguno de los suyos jamás olvida. ¿No te acordaste, Señor, en la cena de nosotros? ¿No nos amastes? ¿No somos también tuyos, y más necesitados de tu amor que nadie? ¿No sabes que, al tiempo de comer, se suele hombre acordar de los que no han venido, si los aman? ¿Y no miras cómo el rey Faraón se acordó, en su gran convite, de los que faltaban? Para que veas cómo también nos amó entonces Cristo y cómo hasta el fin del mundo se extendió su amor, has de notar que todos los justos que serán hasta la fin del mundo estaban entonces en los de Cristo, y amándolos a ellos nos amó a nosotros. En los dos padres primeros estaba toda la sucesión del género humano, como decimos que en la simiente, aunque sea poca, están las muchas fanegas de trigo que se han de coger; y así de esta manera, en amar Cristo a nuestros padres los apóstoles en que nosotros estábamos, nos amó; y se puede decir que estábamos en el mundo, porque los sembradores del mundo, que eran los apóstoles, nos habían de despertar en el mundo como sucesión aplicada a Cristo por sus hermanos los apóstoles, a quien quedaba la Iglesia, que había de parir gran muchedumbre.

Si el patriarca Jacob, por tener delante sus doce hijos, hacía cuenta que hablaba con toda la innúmera sucesión que de ellos había de venir, ¿cuánto más piensas que estaríamos nosotros el día de la cena en la presencia de Cristo, que en los apóstoles nos miraba como en muy ciertos padres nuestros? Si el que llevaba al templo un manojo de nuevas espigas traía bendición para todo el campo, que en ellas se representaba, ¿por qué no diremos que en los que entonces eran de Cristo estábamos todos nosotros, que habíamos de salir del campo de la Iglesia? Bien parece que estábamos entonces en el mundo delante de aquel que llama las cosas que no son como si fuesen; pues que él, sobre la cena, hablando con su Padre, decía [5]: *No ruego solamente por éstos, sino por los que han de creer mediante su palabra en mí, para que todos sean una mesma cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti; y también que ellos en nosotros sean una cosa, porque crea el mundo que tú me enviaste.* Quien decía estas palabras, hasta el fin del mundo extendía su amor, y delante de sí traía todos los que habían de ser suyos para los señalar entonces con su amor.

De dos amores hace mención San Juan en las palabras principales sobre que venimos hablando, diciendo que como *amase a los suyos que estaban en el mundo, al fin*

[5] Ioan. 17, 20-21.

los amó. Y en decir dos veces que amó Cristo a los suyos, da a entender dos extremadas obras que hace su amor en los suyos: la primera es la de la justificación, que se hace por el amor infuso de la caridad; la segunda obra es la de la glorificación, que consiste en ver aquel amor esencial de Dios. Ninguno de estos dos amores pudimos recebir los que entonces estábamos en el mundo, porque aun no éramos criados ni teníamos ánima en que se sujetase el amor; mas el Salvador del mundo, que con su amor remedia nuestras faltas, dejó su amor en peso que corriese hasta el fin del mundo, para que se fuese dando a los suyos cuando viniesen a él; y para esto ordenó en la cena el Santísimo Sacramento de su precioso cuerpo y sangre, donde quedó todo su amor tan entero y poderoso como estaba entonces, porque así conociésemos la grandeza del amor que no sufrió guardarnos parte de la cena a los que veníamos tarde, ni nos quiso guardar la cena del cordero, que no se podía detener mucho, sino el mesmo manjar celestial que después del cordero habían comido; lo cual se ha de entender en esto que se sigue del Evangelio [6]: *Y hecha la cena, como ya el demonio hubiese lanzado en el corazón que lo entregase Judas de Simón Iscariote, sabiendo Jesús que todas las cosas le había dado el Padre en las manos, y que salió de Dios, y que va a Dios, levántase de la cena y quítase sus vestiduras.* Hecha y concluída estaba la cena del cordero; y de ésta se levantó el Salvador dejando ya por viejas y concluídas aquellas cerimonias que se acabaron en él, porque a él sólo esperaban.

Lo que el evangelista dice de Judas es, como nota Santo Tomás, para nos encarecer su gran malicia, que entre tantas señales de amor se pudo endurecer; y aun también para nos intimar la caridad de Jesucristo, que no dejó de arder en sumo grado, aunque estaba Judas su enemigo presente, de cuya pérdida Cristo hombre más se dolió que de su propia muerte de cruz; y por esto no dejó de le hacer las obras de caridad que hizo a los otros lavándoles los pies y dándole su cuerpo y amonestándole que tomase mejor acuerdo. Nosotros somos de tan poco amor, que, si vemos un enemigo nuestro entre nuestros amigos, no podemos mostrar placer ni comer bocado con gana, sino que por uno pierden los otros nuestra comunicable familiaridad; mas como el amor de Cristo estuviese ardiendo a más no poder *hasta la fin*, no pudo impedirlo la presencia ni malicia conocida de Judas. ¡Oh ardentísi-

---

[6] Ioan. 13, 2.

mo Jesús, amador aun de tus enemigos, ¿quién pudiese pensar con qué entrañas de caridad te entregaste tú consagrado en las entrañas malignas de Judas tu entregador, y después viste que ni por esto se aplacó su malicia? Tú mismo le diste prisa para que ya te entregase a los judíos, pues que ya te había entregado a tus pecados cuando te recibió. Dice más el evangelista que sabía Jesús, como suficientísimo Redentor que ha de saber lo que redime, que eran todas las cosas que su Padre había puesto en sus manos, que son sus santas obras con que nos había de tomar en perdurable posesión venciendo al demonio.

Sabía también Jesús, nuestro Redentor, que por nosotros salió de Dios cuando vino al mundo, y que agora también por nosotros tornaba a Dios; y por esto ordenó su crecido amor de no dejarnos a nosotros yendo a Dios, así como no lo había dejado a él viniendo a nos. Y por eso, se levanta de la cena a cosas mayores, y se quita sus vestiduras, y cíñese con tovajas. Todo esto hizo el Salvador cuando, después de la cena del cordero, se consagró a sí mismo, vistiéndose de forma y accidentes de pan y poniéndose debajo de la hostia en estrecho lugar como ceñido con tovajas, y dejó allí sus vestiduras; porque aunque Cristo entonces fuese mortal, no era pasible en el pan consagrado, ni tenía allí las propiedades humanas que le convenían, no estando consagrado; y esto es *quitarse las vestiduras* cuando se levante de la mesa, porque en el sacramento está Cristo impasiblemente.

Lo que más hizo luego el Salvador fué echar agua en la bacina, que todo lo otro se ordenaba a esto; y has de saber que la bacina, según dice San Buenaventura, tiene figura de la Iglesia, en la cual dejó Cristo depositados sus merecimientos, que son agua limpia con que son todos nuestros pecados apartados de nos en el digno recibimiento de la Eucaristía. Aunque de parte de Cristo se acabó la redención cuando dijo en la cruz *Consummatum est*, no se acabó de nuestra parte, ca no éramos nacidos, ni se habían acabado nuestros pecados, ni se acabarán los pecados de los hombres hasta la fin del mundo; y como ninguno de los pecados haya de ser perdonado sino intercediendo la muerte de Cristo, que no perdona lo por hacer, y él no pueda tornar a morir, está el sacramento del altar y en pie como sacrificio perdurable, en el cual se nos aplican los merecimientos y muerte de Cristo, para que su amor nos alcance y para que alcance hasta el fin del mundo a los suyos. Así que este sacramento fué una provisión grande que dejó Cristo en su Iglesia, con que se laven cada día los que cada día pecan, de la cual dice

Sofonías [7]: *Proveyó el Señor hostia y santificó sus llamados.*

Viste en breve cómo con este sacramento, que es vaso lleno de gracia, echó el Señor el agua de sus merecimientos en la bacina que es la Iglesia, para que, extendiendo su amor, tengamos todos partes con él, y lave los pies de San Pedro, que tenían figura de la postrera parte de la Iglesia, que, si no se lava, no tendrá parte con Cristo. La cabeza de San Pedro tenía figura de la *ley de naturaleza,* y sus manos trabajosas tenían figura de la *ley escrita,* que por los méritos y amor de Cristo habían hallado alguna limpieza, porque no derramó Cristo sobre ellos tanta agua de gracia, mas, extendiéndose su amor a nosotros, miró el Salvador que todos sus bienes le había dado el Padre liberalmente en sus manos, y, queriendo ser él tan liberal con nosotros como el Padre con él, miró a la fin del mundo y amóla más, ca los niños que nacen a la postre suelen ser más amados, y, por eso, extendiendo las riendas a su amor, nos dió todo lo que el Padre le había dado; de lo cual espantado San Pedro, dice: *Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?* Esto parece a lo del Centurión, que dijo [8]: *Señor, no soy digno que entres en mi casa;* y esto repetimos cuando queremos comulgar, confesando que no somos dignos que nos lave la gracia de este sacramento; empero, si ella no nos lava, no ternemos en Cristo parte ni seremos miembros suyos, lo cual se hace por la comunión, donde se nos da Cristo.

Dice San Dionisio que el bien es muy manifestativo y dador de sí mismo, tanto cuanto darse puede sin perjuicio de la virtud suya; y las cosas, cuanto más se llegan a sus fines, son más perfectas y acabadas. Como Cristo, que es bien soberano, se llegase *al fin* de su jornada, no pudo quedar contento en dar su persona bendita a nosotros con tantos servicios, hecho ministro de nuestra redención, ni quiso quedar contento de dar su cuerpo a la cruz por nuestro amor; mas, considerando que tenía él una tan secreta potencia que igualaba con su amor, con la cual podía dársenos a comer sin daño de su glorioso cuerpo y sin perjuicio de su divinal dignidad, hízolo de hecho, porque aquel dote tan nuevo refrescase en los suyos su amor y fuese memorial eterno de cómo hasta más no poder los había amado. Todos los misterios de la prolija cena que nunca se acaba, se reducen a cuatro: el primero es del amor que Cristo nos tuvo; el segundo es el del lavatorio con que nos limpió; el tercero es el del

[7] Soph. 1, 7.
[8] Matth. 8, 8.

repartimiento o dádiva del reino de los cielos, que también se hizo allí; el cuarto es del sacerdocio perpetuo; y estos cuatro misterios abrevia el mismo San Juan cuando, hablando de Cristo, dice [9]: *Amó a nosotros, y lávanos de nuestros pecados en su sangre, y hízonos reino, y sacerdotes a Dios Padre suyo.*

Pues que has visto, ánima mía, cuán *hasta el cabo* guardó contigo Cristo la ley leal del amor, no queda sino que pares mientes que todo tu amor será nada si no persevera hasta el cabo de la tentación y de la vida, porque si lo amas al principio con los novicios y al medio con los que aprovechan, y no lo amas *al cabo* con los perfectos, piensa que se murió el fuego de tu altar y quebrántase la *ley del amor*, que, para salir con algo, ha de llegar *al fin* y aun de la vida. Si quieres saber por entero las gracias de la Eucaristía, lee mi gracioso *Convite de las gracias del Sacramento*, que se imprimió antes de éste.

CAPÍTULO XIII

De la ley de amor que el Espíritu Santo tuvo con Cristo nuestro amador, aun siendo recién concebido

No podemos pasar en silencio la *ley de amor* que el Espíritu Santo ha tenido con nosotros, porque las lenguas de fuego en que vino al mundo, que hasta hoy no cesan de hablar, darían voces contra nos si de su amor no hiciésemos mención; pues que aun antes de los siglos habló por nosotros y tuvo de nos memoria; ca debes saber que de la manera que el Padre nos eligió en su amado Hijo antes de la constitución del mundo, de esta manera podemos católicamente decir que nos amó en su amado Espíritu Santo antes que fuésemos; y no por haber sido elegidos fuimos amados, antes por haber sido amados fuimos elegidos. Si, según dice San León Papa, el Espíritu Santo inflamó al Padre y al Hijo para la obra de nuestra redención, también se puede decir que los inflamó para la obra de nuestra creación, ca en todas las cosas este divino amor, que es el Espíritu Santo, nunca dejó de solicitar lo que a su fiel amor y a nuestro provecho convenía, no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por darnos a sí mismo, ca es espíritu benigno, alegre y liberal y dulce,

---

[9] Apoc. 1, 5.

suave y amable, que para nos encender en amor y nos inflamar en su caridad perdurable y deshacer en su bienquerencia nuestros empedernecidos corazones, tuvo por bien de hacer muchas cosas por nosotros por su solo amor.

¡Oh Espíritu principal y santísimo amador!, ¿quién sabrá decir el menor de tus amores? Tú eres caridad del Padre y del Hijo y lazo; porque, aunque sean dos personas con un mismo amor y voluntad, te dan su ser; tú inflamas el corazón de ellos para las cosas que a nosotros tocan; tú, por la boca de todos los profetas y por innúmeras figuras, no cesaste de anunciar y prometer y pintar la venida del Hijo de Dios, para que así muchos años antes despertases la fe de tan altos misterios y encendieses más las afecciones de los santos porque multiplicasen sacrificios y oraciones a tus promesas. Tú, Espíritu amador rectísimo, enviaste al Hijo de Dios al mundo a evangelizar los pobres de las cosas temporales y ricos de ti mismo, y a anunciar el año placable en que el mundo había de hallar en ti extremado amor; tú veniste sobre la Virgen, sagrario tuyo y lugar de tu amor, donde vestiste al Hijo de Dios tan gran vestidura de fuerte caridad, que aquel solo amor que tú allí le infundiste bastó para nos redemir, según el profeta dice [1]: *Tú, con la plenitud de tus dones, holgaste sobre él y lo ungiste con olio de alegría sobre todos sus hermanos*, y lo llevaste al destierro, presentándolo al tentador, para que, venciendo él, fuésemos todos vencedores, después de haber venido sobre él en figura de paloma, que en su corazón nos engendraste, y en él por nosotros gemías hasta nos ver en perfectos en tu caridad.

Pues que las mercedes hechas al padre son herencia de los hijos, claro está que somos deudores a este Espíritu de amor por toda caridad sin medida, que infundió a Cristo para que con ella obrase nuestra redención, abrasando su sacratísima ánima con el deseo de nuestra salud, conforme aquello que, según la verdad hebraica, se dice en los Cánticos [2]: *Metióme el rey en la bodega y puso sobre mí la bandera de su amor, guarnecedme con flores, cercadme de manzanas, ca, enfermo de amor, su mano izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará*. El rey que siempre regía el ánima de Cristo dende que fué criada era el Espíritu Santo, según aquello que dice nuestro Señor Dios hablando de Cristo [3]: *Para mientes a mi siervo, que recebirlo he; escogido mío es; agradóse en él mi ánima, mi espíritu puso sobre él*. En-

[1] Ps. 44, 8.
[2] Cant. 2, 4-6.
[3] Is. 42, 1.

tonces se dice estar sobre nos el Espíritu Santo, cuando a su voluntad nos rige y le damos ambas las riendas de la sensualidad y la razón que todo se conforme a él; lo cual más enteramente se halla en Cristo, que, dende el vientre de su Madre, hizo homenaje al espíritu de amor para se gozar en el Espíritu Santo y regirse por él. Cuando nuestro Señor Dios crió al primer Adán espirando en él espíritu de vida, trújole al paraíso terrenal y mostróle todas las cosas sobre que lo había constituído, trayéndoselas para que les pusiese nombre; y de esta manera, cuando el segundo Adán fué puesto en el paraíso terrenal que es nuestra Señora, que se dice paraíso verdadero y terrenal, porque en ella, aunque era de acá de la tierra, se vió Dios manifiestamente del hombre.

Cristo, cuando por mano del Espíritu Santo, siendo formado el santo cuerpo y criada el ánima, se hizo aquella soberana unión, sobre la cual añadió el Espíritu Santo su caridad sin medida, como espirando en la cara de Cristo; y nota que excede este paraíso de tierra virginal al celestial, a lo menos en la prioridad del tiempo, que en cosa tan ardua no es de tener en poco, porque primero fué visto Dios del hombre en el vientre virginal que en otra parte alguna, y por esto tiene la Virgen el primado. Y si dices que esta prioridad no es tanta porque Moisén se dice haber visto la esencia de Dios, aquello fué muy de prestado y muy de lejos, mas en la Virgen osaría decir que había más paraíso que en el cielo, porque era Dios allí más participado y visto del ánima de Cristo. Al primer Adán fueron traídas todas las cosas, en siendo criado, al paraíso terrenal, para que se les pusiese nombre; y al segundo trujo el Espíritu Santo, en siendo concebido en aquel paraíso virginal, todo el número de sus amados, para que no sólo les pusiese el nombre de amigos que en el primer Adán habían perdido, sino para que les mereciese el ser de gracia, ca ninguno tenían; y el beatísimo Jesús, que todo se había consagrado al amor, viendo la mucha caridad que había recebido sin haberla podido merecer, porque entonces comenzaba a tener ser de hombre, hizo este servicio al amor de Dios, que por él amó a todos los amados de Dios y se hizo padre y cabeza de ellos, aunque vió lo mucho que era menester padecer por cada uno; y fué tanta la compasión que de nosotros hubo el discretísimo Salvador y el amor que tuvo a los que vió *ab aeterno* escogidos en él y amados en el Espíritu Santo, que aquel amor bastaba para nuestra redención, según aquello de Isaías [4]: *El los redimió en su amor y en la in-*

[4] Is. 63, 9.

dulgencia suya. De aquí puedes concluir que primero y mejor fuimos redemidos en las entrañas de nuestra Señora que en la cruz; porque el acto interior es raíz de todo el merecimiento principal, y aun por esto la Virgen se puso en la pasión junto a la cruz, para que fuese presentísima al efecto la que lo fué al afecto, y se acabase en ella lo que se comenzó en ella.

Dice más el ánima de Cristo: que la metió el Espíritu Santo a su bodega, porque le dió la plenitud de sus dones sin medida en siendo criada: lo cual fué como meterla a la bodega de diversos vinos, que se dicen ser siete, según los siete dones del Espíritu Santo, no porque sean solamente siete sus dones, sino porque este número septenario incluye todos los otros. A los otros santos llama el Espíritu Santo que vengan a beber y a se embriagar del vino que les ha mezclado; mas a Cristo no se cura de lo convidar a beber, sino *mételo en la bodega de sus dones*, donde tiene vinos, no sólo de uvas, sino de granadas, y de todas las especies que se puedan pensar tiene vinos en abundancia. Dice el ánima de Cristo que *entró en la bodega*, y no dice que salió; y el evangelista dice que permaneció la paloma sobre Cristo, y no dice que voló de él; para que conjeturemos que fué tan lleno de Espíritu Santo, que ni pudo crecer ni descrecer dende el vientre de su madre, donde lo metieron, a la plenitud de los dones, que después nunca perdió ni acrecentó, porque ya los tenía en sumo grado con tanta confirmación como los tiene ahora.

No te maravilles por haber sido en un momento criada aquella bendita ánima de Cristo y unida al Verbo y llena de todas las gracias del Espíritu Santo, porque el soberano espíritu no sabe tener tardanza, mayormente con los que mucho ama: y el que en un instante dió a Salomón tanta anchura de corazón como tienen las orillas del mar, llena de sabiduría y prudencia, no es mucho que al más que Salomón diese las llaves y el señorío de la bodega de sus gracias, pues lo había unido a aquel de quien él procedía, que era el Hijo unigénito de Dios, cuyas son todas las cosas. Lo que más dijo el ánima de Cristo es que puso el Espíritu Santo sobre ella la bandera de su amor, y este dicho es tan grande, que sólo bastaría si lo oyésemos con los oídos del ánima, que son las afecciones, para conocer cuán lealmente haya guardado con Cristo el Espíritu Santo la ley de su soberano amor.

¿Qué podré yo decir sobre palabras de tanto amor? ¿Qué espíritu bastará para escudriñar tan gran secreto, de quien tanto se aman? ¡Oh dicho admirable que despierta y azora los corazones que aman al uno y al otro! ¡Puso

sobre mí la bandera de su amor! ¿Para qué, amantísimo Jesús, puso sobre ti aquella caridad perdurable? La bandera de su amor, o la puso para te mostrar vencido de él, o para te hacer vencedor. Cuando los que pelean vencen las fortalezas, suelen en señal de victoria poner sobre ellas la bandera, mostrando la jurisdicción que allí tienen; y cuando los capitanes sienten que alguno es varón esforzado, danle la bandera, por tener más segura la victoria y ponerle más osadía para pelear, viendo colgar de sí todo el riesgo de la batalla. ¿Por cuál de estas vías, oh amantísimo Jesús, puso sobre tu ánima la bandera del amor el Espíritu Santo? Porque si fué por la primera vía, parece poca gloria alabarse que con su amor venció al ánima recién criada; y si le dió la bandera de su amor para que guiase el ejército y diese esfuerzo a los batalladores, también parece que no supieras pelear sin haber tenido larga experiencia de esta batalla del amor. Por ambas estas razones puso el espíritu de amor su bandera sobre el ánima del Redentor; y no te parezca pequeña victoria la que el Espíritu Santo alcanzó venciendo el ánima de Cristo; ca debes saber que, como todos seamos concebidos en pecado, luego, en teniendo nuestra ánima ser, pone el demonio sobre ella la señal de su jurisdicción, porque la simiente está maldita dende el principio, y nacemos hijos de ira y no de amor. Mas Cristo, que fué concebido por obra maravillosa de Espíritu Santo, en siendo criado fué súbdito del amor con más entera y plenanaria sujeción que agora lo es cualquier santo de los que viven en la tierra ni aun de los que viven en el cielo; porque tanto estuvo más sujeto al amor de Dios, cuanto estuvo más inmediatamente unido al Hijo de Dios.

E no pienses que al ánima de Cristo se le recrece pequeña gloria de ser enseñoreada y vencida del soberano amor, porque si se gloriaba con mucha razón San Pablo en se llamar *cautivo de Dios*, ¿con cuánta más razón se debe gloriar Cristo, que hizo siempre las cosas que agradaban al amor divinal? Así como en la divinidad y ser altísimo de Dios es Cristo en cuanto Dios el primogénito, así lo es en cuanto hombre, referiendo este primado al ser de gracia, que lo tiene Cristo en más eminente grado que todos los santos: y este ser de gracia, según la eficiencia soberana, procede del amor de Dios, que es el Espíritu Santo, al cual se apropia, y por esto se llama Cristo en la Escritura *hijo del amor de Dios*. De manera que con mucha razón dice el ánima de Cristo que tiene el Espíritu Santo puesta sobre ella la bandera de su amor, por la entera jurisdicción que en ella cobró teniéndola totalmente captiva; y este captiverio, tanto es más glorioso, cuanto

es más entero, y tanto es más libre, cuanto más sujeto. Y es de tanta excelencia, que no se dice captiverio por menosprecio, sino por gloria, como la luz divinal no se llama *tinieblas* por ser obscura, sino por ser soberana y excesivamente clara. Así como tanto es uno más desventurado cuanto es más captivo del amor bestial, así tanto es más bienaventurado cuanto es más enseñoreado del amor, que es el Espíritu Santo.

Si quieres conocer algo de esta libertad que en la Escritura se llama *prisión*, mira que a ninguna cosa es más inclinada el ánima que a amar, y tanto más es inclinada y desea esto, cuanto ve ser mejores las cosas que ama; y como sea aquel espíritu amoroso de Dios sobre todas las cosas bueno, y no mande con más ahinco a los muy suyos otra cosa sino que lo amen, síguese claramente que los que más por entero son sus prisioneros están más libres.

Comenzado había el Espíritu Santo a poner su bandera de amor en aquel ánima que decía [5]: *Puso sobre mi cara una señal, para que no admita ni dé lugar a otro amador alguno, sino a él.* Las banderas comúnmente suelen traer pintadas algunas devisas en sí mismas, como se dice que las traían los hijos de Israel cuando conquistaron la tierra de promisión; y estas devisas que traían en sus banderas se dicen ser de aquellas cosas a que había el patriarca Jacob comparado a sus hijos cuando, queriéndose morir, decía que era el uno como león y el otro como toro; así que, pues las banderas suelen traer pintadas las armas de aquel cuya es la tal bandera, podríamos con razón preguntar al Salvador que nos dijese la devisa que tenía la bandera del amor que el Espíritu Santo asentó su ánima. A lo cual se podría responder, hablando según nuestra pobreza, que como las armas o devisas se pongan para traer a la memoria las hazañas olvidadas de nuestros antecesores, que nos despiertan a más varonilmente pelear, y aquella ánima beatísima ninguna cosa podría olvidar, porque en tener presente a Dios su amado veía en él todas las cosas, síguese que o esta bandera de amor lo había de tener todo pintado, porque el espíritu escudriña las profundidades de Dios, o no había de tener nada, porque, estando el amado presente, no era menester cosa que moviese al que amaba. Y porque la divinidad de Dios no se puede pintar, parece que esta bandera del amor debía estar como la tabla de oro, dicha propiciatorio, que, por representar la divinidad, carecía de

[5] Cant. 8, 6.

pintura, ca Dios no es imaginable, ni se puede pintar pintable.

Los que tienen el sentido de Cristo, podrán responder mejor a la cuestión y sentir cuán soberana libertad sea estar vencidos del amor del cual Cristo fué totalmente vencido; ca por ésta dice estar en él asentada la bandera que no se suele asentar sino con seguridad de victoria. La pelea del amor fuerte no pienses que es como las otras batallas donde anda la furia de ambas partes y el estruendo de la guerra espantoso; porque el amor no pelea sino con halagos, no tiene otras amenazas sino blandas palabras, y las saetas y golpes son beneficios y dones, el encuentro es ofrecimiento de gran eficacia, y su artillería son sospiros, y su prender es abrazar, y su matar es dar la vida por el amado; lo cual quiso sentir San Pablo, cuando dijo [6]: *La caridad de Cristo nos compele; creyendo esto: que si uno por todos murió, luego todos son muertos.* Sobre esto postrero dice la *Glosa:* «Si Cristo por todos, cuanto fué de su parte, murió, luego todos los hombres deben morir por su honra». Según esto, bien se dijo que en la batalla del amor es al revés de las otras; porque en las otras, el que vence escapa vivo si puede y mata al que conquista; empero, en la pelea del amor, el que vence más por entero muere, y muriendo mata sin golpe, como Cristo, que, muriendo por nosotros, si bien miramos su caridad, hallaremos que nos convence con mucha razón para que muramos por él, pues que en esta gloriosa batalla del amor nos venció donde sólo el amor mata. Al que ama, mata el amor, por le hacer perfecto amador; y el amado, viéndose allí vencido sin golpe ni herida, es constreñido del mismo amor a que muera por quien murió por él; y de la manera que murió por él, para que el amor sea todavía el que dé la muerte, pues que es fuerte así como la muerte, que a ninguno perdona.

Conociendo el Espíritu Santo que su prisionero Cristo, así como más amado, sabía mejor el arte de esta pelea, puso ley, encargóle su bandera de amor, conforme a la segunda manera que dije, haciéndolo alférez mayor del pendón real del amor; ca en la hora que el ánima de Cristo fué unida al Verbo de Dios, supo mejor amar que los serafines, porque, según dice el filósofo, más valor y más eficacia tiene un acto intenso y vehemente que muchos remisos, y el repetido amor de los serafines se puede llamar tibio si se compara al ánima de Cristo, en quien reinó el Espíritu Santo y enviólo al mundo a hacer batalla

---

[6] II Cor. 5, 14.

de amor y llegar gente, y díjole aquello del profeta [7]: *Ensalzad la bandera sobre Betacaren, ca el mal es visto venir de aquilón, y quebrantamiento grande; ca hermosa y delicada te comparé, hija de Sión;. a ella vernán los pastores. y sus greyes asentaron al derredor las tiendas; apacentará cada uno de los que están debajo de su mano; santificad sobre ella la batalla; levantaos, y subamos a medio día. Betacaren* quiere decir *casa del cordero de ellos*, y es la casa de Israel de donde salió el Cordero de Dios, que había venido para salvar las ovejas que de allí habían perecido; y porque fué señaladamente Cristo enviado a este pueblo de Israel, dice el Espíritu Santo que ponga primero sobre él la bandera de su amor, para remediar el mal que viene de aquilón, que es viento cierzo, frío y delgado, que hace mucho daño, y tiene figura del resfriamiento de la caridad, que trujo a Cristo del cielo a la tierra para su remedio; ca debes saber que así como al segundo advenimiento, que será al juicio, estará resfriada la caridad de muchos, así al primer advenimiento lo estaba, y por esto nació el Señor a media noche y en medio del invierno, con el hielo, que figuraba el resfriamiento de la caridad que en aquellos tiempos había, el cual venía Cristo a remediar. Y por eso se escribe que nació muy encendido el niño, escogido entre millares, para remediar la falta del amor, comenzando a derramar luego sangre, que es humor calidísimo; y cuando comenzó a predicar, según ya he dicho, luego reprehendió la falta del amor, y de esta manera asentó la bandera de la caridad sobre la casa de Israel y comenzó a pelear la batalla del amor por la forma que primero viste, con halagos y beneficios, haciendo mercedes y gracias a todos; y por esto comparó el profeta esta bendita ánima de Cristo a la mujer hermosa y delicada hija de Sión; a la cual, por su graciosidad, habían de venir los pastores con sus ganados, que son los apóstoles, con las provincias del mundo, que aun mientras Cristo vivía convertieron a él.

La *Glosa* dice que, en lo hebreo, por *pastores* se pone una palabra que se puede reducir a dos significaciones, ca puede decir *pastores* y *amadores*: lo cual conviene bien a los apóstoles, que por Cristo, alférez del amor, fueron hechos amadores del Espíritu Santo, que le dió la bandera. Y digo que fueron hechos amadores suyos: lo uno, porque la cosa que más Cristo predicó a los apóstoles fué el amor; y lo otro, porque diciéndoles muchas y muy grandes cosas del Espíritu Santo, los enamoró de él; y, por tanto, asentaron sus tiendas los apóstoles al derredor

[7] Ier. 6, 1-4.

de Cristo, viviendo y estando y permaneciendo con él toda su vida, y santificaron la batalla del amor con la mucha santidad que por mejor amar buscaron, y deseaban con la esposa subir al medio día de la gloria, donde el amor está en sumo fervor, donde el sol divinal infunde ardentísimos rayos para encender los amadores perdurablemente. La mayor consolación que el ánima beatísima de Cristo recebía en este mundo, era ver que se multiplicaba el número de los amadores de Dios, y en esto se consolaba y se favorecía como el alférez cuando ve que se llegan muchos batalladores a su bandera; y, por tanto, decía en la primera autoridad de los Cánticos [8] que la guarneciesen con flores y la cercasen de manzanas, ca estaba enferma de amor. Las flores que en la tierra de la Iglesia entonces aparecían, eran nuevos amadores de Dios que venían a juntarse a Cristo; y las manzanas, que son de más substancia, eran los más aprovechados en el amor, con que más se alegraba el Alférez del amor. Dice más, que la mano izquierda de su amado el Espíritu Santo está debajo de su cabeza, porque en el amor del prójimo, figurado en la mano siniestra, descansaba Cristo, y de día y de noche ejercitaba en él todos sus sentidos. Y llámase en Cristo el amor del prójimo *mano siniestra*, no porque haya siniestro alguno en él, sino porque este amor perfectísimo del prójimo que tuvo, le hizo padecer por él muchos siniestros y desastres humanos y fatigas sin número; empero, poníalas el Espíritu Santo debajo de su cabeza, dándole descanso en ellas, porque el entero amor, cuando trabaja por el amado, descansa.

La mano derecha del Espíritu Santo, que abrazaba el ánima de Cristo, era el amor de Dios, que estuvo en él en aquel grado soberano que ahora está; y porque este amor de Dios era en descubierto, como lo tienen los comprehensores del cielo, dice que lo abraza; ca, cuando con un brazo abrazamos a uno, hacemos que torne la mano al principio do salió, que es a nuestro mesmo cuerpo, y haga vuelta redonda; y de esta manera, el amor que el ánima de Cristo tenía a Dios, hacía cerco, que es la figura más capacísima, que torna a su principio, porque en saliendo de Dios aquella sacratísima ánima por la criación, tornó a él por amor con más anchura de corazón, para más poder amar, que se pueda decir: y abrazóla el amor de Dios, tornándola luego a sí mesmo, sin la hacer detener en la esperanza como a las otras ánimas; y para mientes que no puede el ánima abrazar a Dios sin ser abrazada de Dios, ni Dios abrazar perfectamente al ánima sin

[8] Cant. 2, 5.

ser de ella abrazado; porque el amor que no se corresponde no es perfecto amor.

En las palabras susodichas de los Cánticos debes notar cuatro grados de soberano amor; el primero es una *entera embriaguez* que alcanzó esta beatísima ánima entrando en la bodega del amor, donde tantas maneras hay de amores cuantas hay de vinos, y todas las condiciones del vino hallarás en el amor. El segundo grado es la *prisión* con que el amador se entrega en el ánima y toma sobre ella entera jurisdicción para que ya no pueda haber lugar otro amor alguno, ni puede el ánima conocer otro Señor, sino aquel que por la violenta caridad la tiene captiva. El tercero grado de amor es la *enfermedad* que el mesmo amor causa por el vehemente deseo y fervor de buscar amadores para que le ayuden a amar al que del todo la tiene captiva. El cuarto y último es la *holganza* entre los brazos del amador, que se alcanza después de muchos trabajos y después de dicho el *consummatum est,* cuando ya dice [9]: *In manus tuas commendo spiritum meum.* Entonces descansó el gran amador Jesús entre los brazos de su amado, que estaban abiertos esperando su ánima para que descansase del trabajoso amor de nuestra redención, dejando teñida con su sangre la bandera del amor, que es la cruz, para que todos los batalladores que a ella se sujetasen parásen mientes que el amador verdadero, venciéndose a sí mesmo hasta la muerte, vence al amado, y toda la victoria que alcanza de sí es obligación que pone en aquel por quien se venció.

Así que, viendo nosotros la bandera del amor teñida con la sangre de Jesucristo, resta que, como personas obligadas y vencidas de tan fuerte amor, abramos los corazones para derramar también la nuestra en el campo del amor.

CAPITULO XIV

De cómo toda ley de amor que Dios tiene a sus criaturas se funda en Cristo, capitán del amor

Con mucha razón probamos que lleva Cristo la bandera del amor, pues que de él se deriva y viene el amor de Dios a nosotros; él es el primer amado, y, por causa de él, hallarás que lo son todos los predestinados. No quiero

[9] Luc. 23, 46.

agora hablar del amor general que tiene Dios a los precitos, del cual dice el Sabio [1] a nuestro Señor: *Amaste todo lo que criaste, y no aborreciste ninguna cosa de las que hiciste.* Ama nuestro Señor la naturaleza de los demonios y de todos los otros condenados, porque cosa natural es amar el artífice lo que hizo, y cualquier padre lo que engendró, aunque le salga muy perverso y malo, donde siempre le queda al buen hombre gran mancilla del hijo malo, aunque él mesmo lo condene y castigue, ca suele después decir: En fin, es mi hijo, y duéleme. Aquella mancilla y lástima que en el corazon queda, es amor, del cual no carece nuestro Señor para con los dañados, cuya condenación, según dice Escoto, no es principal, sino condicionalmente determinada de Dios, que más graciosamente da premios que no condenaciones, cuando no halla en nosotros repugnancia; porque, segun dice San Pablo, más gracioso es dar premios que no tornar venganza; y por esto dice Dios, hablando de los dañados [2]: *Ay, ay, que consolarme he de mis enemigos.* Primero dice el amor de Dios *ay,* teniendo lástima de los condenados, que venga la justicia sobre ellos; la cual, hablando humanamente, consuela toda aquella lástima que de la perdición de los malos parece quedar en Dios; y esta mancilla y lástima creo de hecho que nace principalmente de la sangre de Cristo, que se perdió en los condenados y no hizo fruto en ellos; el cual, con eternos tormentos, demanda la divina justicia para consolar a Dios, el cual por amor de Cristo hombre tiene, según vimos, aun a los dañados amor; porque si a ellos solos mirase y los aniquilase, no se perdía sino la hechura, pero quiérelos para siempre preservar en penas, porque paguen la sangre de su Hijo que dió por ellos, si quisieran ellos gozar de ella.

Si aun de los contrarios se compadece y los ama, como viste por Cristo, el Padre soberano, fácilmente probaremos que todos los justos son por Cristo amados en tal manera que, si pusieses a todos los santos a una parte y a solo Cristo de otra, diría yo que ningún amor les tiene Dios que de aquella sacra humanidad de Cristo no tome principio, porque, considerados ellos por sí, no los ama sino en cuanto tienen respecto a Cristo, un solo Señor nuestro; porque, según dice San Pablo, con esta condición amó el Padre soberano a los predestinados, que fuesen conformes a su Hijo, en el cual, según el mesmo Apóstol, somos *elegidos y gratificados.*

No por otra cosa dice San Juan que todos los santos

---

[1] Sap. 11, 25.
[2] Is. 1, 24.

están señalos con la cruz, y David los llama *cristos* a todos y *hijos de Dios*, sino porque están enmembrados en Cristo, amados por él y unidos a él.

Del altar de Dios, segun hemos dicho, se tomaba el fuego para ofrecer los agradables sacrificios, y los que con fuego extraño presumieron ofrecer encienso, de presto fueron consumidos, porque de solo el amor de Cristo, original y radicalmente, viene a nosotros la divina gratitud, que por esto nos acepta. Para que más cumplidamente puedas entender esto, pon delante de ti un sobrino tuyo que ames y un otro amigo extranjero a quien también tengas mucho amor; claro está que amas estos dos; empero, el amor que tienes al uno en ninguna manera depende ni se ordena al amor que tienes al otro, porque no tiene que ver el uno con el otro; empero, si tuvieses un hijo que fuese mayorazgo y le pusieses casa de oficiales, maestresala y mayordomo con todo lo demás, cierto está que amarías a este hijo y a todos los suyos; empero, el amor que a ellos tienes depende y está colgado del amor que tienes a tu hijo; de manera que si no fuese por él, no te curarías de los oficiales que le diste por criados; y viendo que él está de ellos contento y lo sirven a tu honra, tiéneles amor por amor de tu hijo, en quien los amas. De esta manera podrás levantar tu ánimo y contemplar el divino amor que el Padre de las lumbres nos tiene en Cristo su Hijo, un solo Señor nuestro; el cual es mayorazgo de todo lo criado, y posee la joya principal de este mayorazgo antes de los siglos, y esta joya es la esencia de su Padre, que, cuando vino la plenitud del tiempo, le puso casa y le ordenó e hizo su sacra humanidad en que morase para siempre, y le aplicó todas las criaturas intelectuales y racionales, ángeles y hombres que para él había criado.

Todos servimos a este Señor; por amor suyo son amados ángeles y hombres y cuanto Dios crió; él tiene la bandera y fuente del amor, que por él se deriva a todo lo demás; así que tú, quienquiera que seas, no te tengas sino por uno de sus criados, y si tal fueres, amarte ha su soberano Padre y llamarte ha hijo suyo, por verte muy allegado al que tanto ama. Esto nos quiso intimar el Padre celestial cuando, desque Cristo mostró en el monte Tabor la gloria de su sacra humanidad y apareció Hijo de cúyo era, el Padre, muy triunfante de alegría y placer, dió voces, diciendo [3]: *Este es mi hijo muy amado, en el cual yo bien me agradé;* conviene a saber, de vosotros. Agradóse bien el Padre de nosotros en Cristo; y por éste nos

[3] Matth. 3, 17; II Petr. 1, 17.

da todos los bienes, ca ninguna cosa convenible le pediremos en el nombre de su Hijo que nos niegue, pues que en él y por él se agradó de nosotros, y para él nos ama. El nos ha de galardonar, pues que nos mandó servir a su Hijo, y a él sirven los siervos de Cristo, porque San Juan dice [4] que *si alguno tiene al Hijo de Dios, también tiene al Padre,* pues por él sirve a su Hijo, creyendo que es de igual gloria.

Por esta breve razón que te comencé a platicar, conocerás con cuánta razón se llama Cristo *puerta de salud,* y un *solo Señor nuestro,* y *cabeza de los escogidos,* y *piedra de esquina* que ambas paredes de ángeles y hombres sustenta. Ni pienses contradecir a lo sobredicho, lo que algunos sabios afirman diciendo que la encarnación de Cristo fué para remedio de nuestra caída y para sacar el pecado, sin el cual dicen algunos que el Hijo de Dios no se encarnara; y éstos, por consiguiente, dirán que primeró se ordenó en Dios el amor que se tiene por él a los santos que no el que tiene a Cristo, pues que dió a Cristo para reparo de ellos, que si no tuvieran necesidad de remedio no tuvieran a Cristo, que, como socorro, vino a reparar el amor que Dios tuvo a los santos y no como causa principal de él. A esto dice Escoto, investigando el principio del amor tenido por Dios a sus criaturas, que siempre hubiera Cristo; y aunque el amor de los santos no cesara ni se perdiera en Adán, no por eso dejara de encarnar el Hijo de Dios, ni, por consiguiente, dejara de ser causa principal del amor que Dios nos tiene. Fuera sin duda Cristo glorificador, aunque no fuera redentor, si Adán no pecara, y, por tanto, no añadió el pecado a Cristo, sino que por su caridad remediase nuestros daños; el cual, si no los tuviéramos, no había de hacer sino glorificar nuestros bienes. Sin trabajo nos amara Cristo si no se travesara el pecado, porque no fuera menester que trabajara por nosotros, y, por tanto, más le debemos después del pecado que le debiéramos sin él, porque nos mostró más trabajo en el amor, y más debemos al amor paternal en darnos a Cristo por dos respectos, por glorificador y por redentor, que en dárnoslo por sólo glorificador; y porque el pecado fué causa que Cristo, de glorificador sólo que había de ser, fuese también redentor, se dice bienaventurado, no en sí, sino en lo que causó, que fué gran muestra de amor en Cristo, que tanto hizo por nosotros, y en su Padre soberano, que por amor de su Hijo nos amó, aunque pecadores, queriendo justificar por Cristo a los que, si no pecaran, solamente glorificara por él;

[4] I Ioan. 2, 23.

ca entonces no hubiera necesidad de justificación, si faltara el pecado.

Pues ten por cierto, cristiano, que ni ningún caso te pueden dar en que no te ame el Padre en su Hijo ; y que, así como la primera obra interior de Dios es la generación interior, donde es engendrado de su Padre, así la primera obra exterior que Dios determinó de hacer fué que el mesmo Hijo suyo fuese otra vez engendrado de su Madre. Esta generación segunda se dice hecha por obra de Espíritu Santo, que es el amor divino que, por la santa encarnación, nos amó a todos ; de manera que todo junto se hizo ser el Hijo de Dios encarnado y nosotros amados y por amor engendrados en el que estaba *ab aeterno* determinado de ser hombre para nos hacer dioses ; y si él nunca fuera hombre, nunca fueras tú de Dios amado.

CAPITULO XV

De la ley de amor que el Espíritu Santo, que es amor, procedente del Padre y del Hijo, tuvo con los apóstoles

Aunque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo se llamen *amor* juntamente y cada persona por sí, según se trata en la décima distinción del primero de las *Sentencias*[1], hallaremos que al Espíritu Santo más apropiadamente conviene este nombre de *amor*, según la manera de su proceder. Donde has de notar que toda voluntad no impedida, cuanto es de su parte, siempre tiene habilidad para producir *amor*, según sus fuerzas y conforme a la cosa que ama : y esto tiene tanta verdad, que dende los ángeles hasta las hormigas verás que cada cosa tiene amor a lo que más le agrada, y las cosas que más usan de razón suelen amar cosas mejores, y cuanto es mejor lo que ama, tanto pone más fuerza al amor. Pues como Dios nuestro Señor tenga de suyo una voluntad soberana, que dentro en sí puede producir infinito amor, y la esencia del mesmo Señor sea infinitamente amable, que siempre se ofreció a la mesma voluntad ; síguese que ha de producir amor, según todo su poder y según la soberana divinidad merece ser amada, pues como sea cosa imposible dejarse Dios de amar según toda su voluntad, necesa-

[1] I *Sent.*, d. 6.

riamente ha de haber en Dios amor producido, cuya excelencia es tal cual es la voluntad que ama y la cosa que es amada. La voluntad es infinita, y la esencia que es amada es infinitamente amable; luego manifiestamente parece que el amor producido ha de ser infinito, pues que se ha de conformar a la potencia que lo produce y a lo que es amado; lo cual, como sea sin término en ser amable y poder amar, claro está que el amor que allí hay será infinito, y como ninguna cosa sea infinita sino Dios, síguese que aquel amor es Dios, que procede por la infinita voluntad divina, que ama su mesmo ser infinitamente amable.

Este amor por que la divina voluntad es producido, amando su mesma esencia, es el Espíritu Santo, tercera persona en la Trinidad, que tiene todo su ser por amor y sale de aquel piélago de la querencia divina que no tiene ribera alguna, la cual bienquerencia y soberana voluntad no se emplea en otra cosa sino en amar lo que es de sí mesmo tan amable, que es imposible ser visto sin ser amado. Y como dende que Dios es Dios tuvo consigo su mesma voluntad más dispuesta para amar que decir se pueda, y siempre le estuvo presente su mesma esencia infinitamente amable, síguese que este amor espirado es eterno y sin fin, porque jamás cesará aquella divina voluntad, que es infinitamente amadora, y terná siempre presente toda la divina majestad, que es también infinitamente amable, y no puede entreponerse jamás cosa que impida tan gran poder de amor y de ser amada. Es tan profundo aqueste amor y sale con tanta majestad y potencia de las entrañas de Dios, que trae consigo toda la sustancia del mesmo Dios tan entera está en él, y sale más sustancia del mesmo Dios que suele salir el fortísimo calor de algún gran monte encendido, y más que la llama del horno que arde con toda su fuerza.

Como en el Padre y en el Hijo no haya más de una voluntad y una sola esencia comunicada del Padre al Hijo en aquella generación intelectual donde le dió su mesma voluntad, que es una sola en el Padre y en el Hijo, con que es amada aquella sola y no partible esencia, síguese que este amor así producido se puede católicamente decir *amor del Padre y del Hijo*, porque ambos con sola voluntad que tienen lo producen amando aquella impartible esencia; y pues el Padre y el Hijo con una mesma infinita voluntad aman una mesma cosa infinitamente amable, igualmente es de ellos este amor tan vehementísimo y sustancial, como se requiere saliendo de potencia infinita que ama lo que es interminablemente amable. De manera que por ser tal aquello que es amado y la volun-

tad que lo ama, imposible es que el amor sea si no infinito; pues que sale de principio infinito, que, allende de tener en sí infinita inclinación a amar, tiene presentísima cosa tan amable, que aun a los que son inclinados a aborrecer convierte en amor, y los fuerza tan amorosamente si se descubre a ellos, que los prende y cautiva para siempre. Si esto hace aquella divina esencia de Dios en los hombres que saben más aborrecer que amar, ¿qué piensas que será en aquella divina voluntad que excede más a los serafines en prontitud de amar que no ellos todos a la menor ánima del mundo?

Conforme a las cosas sobredichas de la voluntad divina y de la esencia, dice Escoto: «La voluntad en las cosas divinas es principio de producir amor igual de la divina esencia que objeto primero de la divina memoria, inteligencia y voluntad; y aquel amor producido es el Espíritu Santo». Lo de suso es de Escoto; y llama cosas divinas al Padre y al Hijo, en los cuales está una mesma voluntad, a la cual conocidamente se ofrece siempre la divina esencia; y es tan grande y inmenso el amor procedente de la voluntad infinita, que iguala en toda manera de excelencia con la cosa amada, y recibe el ser de la mesma esencia divinal, que por vía de amor es comunicada al Espíritu Santo, con la cual iguala enteramente con el Padre y el Hijo, de quien mediante esta voluntad procede, cuya salida o procesión se figura en el *Apocalipsi*, donde dice San Juan [2]: *Mostróme un río de agua viva, resplandeciente como cristal, que procedía de la silla de Dios y del Cordero, en medio de la plaza de la ciudad. Río* de inestimable grandeza se dice ser el Espíritu Santo, cuyo vehemente ímpetu alegra toda aquella soberana ciudad de Dios, y, por tanto, se dice estar *en medio*, para dar alegría a toda ella. Este *río procede de la silla de Dios y del divino Cordero*, que es una mesma; porque, según probamos, en el Padre y en el Hijo no hay más de una voluntad, que se dice en la Escritura *silla de la grandeza de Dios*, porque en tener tan infinita voluntad se muestra Dios grande, pues produce amor de tan soberano ser, y produce *amor* que sea Dios así como él, y en éste descansa y tiene cumplida quietud Su Majestad.

Dícese, pues, *silla de Dios* esta divina voluntad, tan cumplida en amar, que no ha menester Dios buscar reposo fuera de sí, porque consigo tiene el trono de su descanso, que es la voluntad ajecutada amando infinitamente, con tanta abundancia, que produce de sí un río de amor de su mismo sabor de gloria y de su misma naturaleza de

[2] Apoc. 22, 1.

vida. Porque como el Padre y el Hijo sean vida perdurable, también este *río*, que es el Espíritu Santo, se dice de agua viva; no delgada como esta que bebemos, que tiene muy flaco ser, sino como de cristal, que tiene un ser incorruptible; donde se denota que el ser del Espíritu Santo tiene soberana permanencia y es perdurable. Dícese también *resplandeciente como cristal*, porque revela el Espíritu Santo y descubre en sí mismo a los santos todas las cosas, como el cristal, que luego muestra lo que en sí tiene; y propia cosa es del amor revelar y descubrir los secretos entre los que se aman. Dícese también este divino *río* ser de *agua viva*, para que se denote la excelencia del amor; ca el amor santo es como agua viva, que da vida perdurable y cría en el ánima cosas santas; y el mal amor es agua muerta y dañosa, que cría cosas inmundas en el corazón do entra. En se decir *río y de agua viva*, se muestra que el Espíritu Santo nunca se parte de su fuente, que es la voluntad del Padre y del Hijo, con los cuales está siempre unido como el río vivo con su fuente.

Suelen los ríos salir de montes altos y cercar los valles, haciendo en ellos gran fruto; y de esta manera, saliendo el Espíritu Santo de aquellos altos y santos montes, que son el Padre y el Hijo, cerca todos los nueve coros de los ángeles, refrescándolos con sus gracias para que siempre lleven fruto de vida eterna glorioso, siendo regados con aquel río de amor que sale del lugar de los deleites, que es la voluntad de Dios, con que se riega el paraíso. Esta emanación con que este *río* procede, muestra que hay en las cosas divinas perfeción de abundosa naturaleza y unidad de concordia, con que el Padre y el Hijo casi se trasfunden de igual voluntad en un amor tan soberano, que empleen allí todas las fuerzas de amar, y muestra que hay en ellos interior cumplimiento de gloria, pues tienen tan cumplida su infinita voluntad que no tienen necesidad de buscar amigos fuera de sí, pues que el río de su amor los harta infinitamente, empleando allí todas las fuerzas de amar, que no se pueden hartar en todo lo criado por ser poquito.

Así como el Hijo de Dios fué enviado al mundo por sola la caridad que el mismo Dios nos tuvo, así también el mismo amor del Padre y del Hijo tiene por bien de ser enviado y venir sobre los apóstoles, para que en el cielo y en la tierra obre uno y el mismo Espíritu Santo; y quiere obrar en la tierra las cosas que obra en el cielo, que son, según dice Jacob, concordia, y paz, y unidad, y lazo de amor, y beso de paz, y entera conformidad, que es lo mismo; esto viene a hacer el Espíritu Santo, para

que more la gloria en nuestra tierra y la manera y orden o traslado del cielo se ponga en la tierra, donde abaja Dios el día de Pentecostés, según aquello del Levítico [3]: *Apareció la gloria del Señor a toda la muchedumbre, y viérades el fuego que salió de Dios cómo tragó el sacrificio y los redaños que estaban en el altar; lo cual como viesen las compañas, loaron al Señor, derribándose sobre sus caras.* Todos los de Cristo, que, subiendo él al cielo, habían quedado en la tierra, eran un sacrificio de animales limpios que él ofrecía a su Padre con muchos redaños de entrañable devoción; y este sacrificio no era distinto del sacrificio de la cruz, que es altar nuestro; porque como Cristo sea cabeza de los apóstoles y nuestra, cuando se ofreció en la cruz los tuvo a todos en su memoria y los ofreció consigo; empero, porque estaba mandado en la Ley que todo el sacrificio del sacerdote le gastase con fuego lo que quedase del cordero pascual, viene agora el Espíritu Santo, que es fuego de amor, a abrasar lo que del cordero Cristo había quedado en la tierra esperándolo.

Los ángeles en el cielo están unidos a Dios por amor; ca quien se llega a Dios se hace un espíritu con él; y, por obrar esto mismo en la tierra, viene el Espíritu Santo, para que en los miembros de Cristo esté el mismo espíritu que está en él, porque así llamemos con él al Padre, hechos una cosa con su Hijo. No sin misterio quiso elegir el Espíritu Santo de venir en especie de fuego, que suele derretir los metales, transformándolos en sí para los juntar; ca siendo de naciones y voluntades diversas los que lo habían de recebir, en tal manera los deshizo este santo fuego de amor y los trasformó en su sola voluntad, que ya no eran ellos los que hablaban, sino el Espíritu de su Padre que hablaba en ellos palabras de amor. El cual dice a cada uno de los apóstoles: Mira que pongo mis palabras en tu boca para que sean fuego; y este pueblo dice leña, y comérselos ha [4]. Cuando el Espíritu Santo abajó en fuego de amor, por ser grande no dejó de dar alguna manera de calor amoroso, con que dispuso la muchedumbre del pueblo extraño que se halló en Jerusalén, como quien hace leña para su fuego; y en éstos se emprendió mucho el Espíritu Santo, que, como fuego, salía por la boca de los apóstoles para comer y gastar lo malo que en ellos había.

Los vapores de la tierra no pueden subir en alto si primero no los inflama el calor del sol, que desciende el

[3] Lev. 9, 23-24.
[4] Ier. 5, 14.

día del Espíritu Santo en gran abundancia, porque el Espíritu Santo es calor de amor que atrae a lo alto. El Padre Eterno se llama *sol;* su luz es su Hijo, que engendra por vía de noticia intelectual, que se dice *lumbre del ánima;* y pues ya nos había enviado su *luz,* que vino al mundo, no faltaba sino que nos enviase el *calor* de su amor, que es el Espíritu Santo, porque todo lo que tiene emplee en nuestra utilidad con más abundancia que lo pedimos; y viene agora el Espíritu Santo para ser carro de amoroso fuego, en que cada uno de los apóstoles, como otro Elías, suban a soberana perfección, esforzados y elevados por el amor que es el Espíritu Santo, el cual vino sobre ellos en *fuego* para mostrar que en tal manera los confirmaba en su amor, que mientra viviesen no faltase en ellos el fuego de su caridad. Cosa propia es del fuego nunca perder sus calidades mientra vive, lo cual no tiene el agua ni otro elemento; ca vemos que, aunque el agua sea fría, algunas y muchas veces pierde su frialdad, mas el fuego nunca jamás, mientra vive, deja de ser cálido; aunque lo escondan y envuelvan en ceniza, siempre, mientra vive, tiene su calor consigo, con que calienta lo circunstante, y por esta significación vino el Espíritu Santo en fuego sobre los apóstoles, para mostrar que los quería perdurablemente encender en su amor.

E has de notar que el Espíritu Santo es fuego que siempre arde, figurado en el fuego que bajó del cielo sobre el sacrificio que se ofreció por el pecado y por la paz. Del cual fuego dice la *Glosa* sobre el libro de los Números que «siempre estaba en el altar, y aunque llovía no lo mataba la pluvia aunque estuviese descubierto, lo cual acontecía por milagro de Dios, que guardaba su fuego de las cosas contrarias». Y de esta manera, cumpliéndose la figura, hallarás que el fuego del amor que bajó del cielo sobre los apóstoles en tal manera les perdonó los pecados y hizo paz con ellos, que ninguna cosa bastó para lo matar, sino que siempre estuvo en ellos vivo el amor de Dios, en que los confirmó el Espíritu Santo, para que ya aquel fuego de amor no pudiese más dar lugar algún pecado mortal que lo matase; lo cual no se hizo sin gran milagro, que dejándoles su libertad para merecer no pudiesen pecar mortalmente. Porque dije que este amor les perdonó sus pecados, para mientes que Cristo los había bien absuelto de todas las culpas pasadas, empero no les había perdonado las por hacer; quiero decir que no los había tanto confirmado en amor que después no pudiesen pecar, ca perdonar Dios lo por hacer, según dice San Agustín, es preservar y guardar al hombre que no peque, anteviniendo

con su gracia, y pues los apóstoles estaban muy encerrados por el miedo de los judíos, de creer es que no les había el Señor querido dar tanta gracia que, sin ya temer de caer, osasen salir. Y por esto les dijo que esperasen en la ciudad hasta que fuesen vestidos de la virtud del Espíritu Santo, que es el amor suyo, tan intenso y radicado en los corazones y entrañas de ellos, que ya no pudiesen temer que alguno los pudiese apartar de la caridad de Dios, que sentían arder muy emprendida en sus ánimas, tan profunda, que digan tenerla metida en los huesos.

Para que veas cuál era el fuego en que vino el Espíritu Santo, has de saber que, según el Filósofo, hay tres maneras de fuego: uno está en *brasa*, y de ésta usamos comúnmente; otro es fuego de *llama*, y éste vive en el aire; el tercer fuego es *luz*, y éste está en la atmósfera propia, y vive en sí mismo y carece de las pasiones que tiene en este nuestro fuego, de que nosotros usamos. Y en este fuego nuestro nunca viene el Espíritu Santo, sino el espíritu malo, que a unos endurece como ladrillos por avaricia, y a otros ensucia como calderas por lujuria, y a otros enciende como hornos por ira; y así hace espiritualmente, en los malos, todos los efectos que hace este fuego terreno en las cosas que se aplica. El fuego celestial torna las cosas amargas en dulces, como parece en las frutas, que todas maduran al sol y al calor; mas el fuego terreno es al revés, que las cosas dulces torna amargas, ca todo lo tornan en ceniza; y así hallarás que tienen efectos contrarios el amor del espíritu bueno y el amor del espíritu malo, aunque ambos vengan en forma de fuego. Cuando sintieres en ti el fuego cuyo calor te provoca a mal y agravia tu conciencia, piensa que ha descendido sobre ti el fuego del espíritu malo; empero, si aquel calor te provocare a bien, cree que es el fuego del Espíritu Santo, del cual está escrito [5]: *Un río de fuego, y muy recio, salía delante su cara; millares de millares lo servían;* el río, que primero alegraba la ciudad celestial, vino sobre los apóstoles a santificar el tabernáculo del altísimo Cristo.

Donde has de saber que la persona del Espíritu Santo procede de la divina persona del Hijo de Dios, y la abundancia de los dones del Espíritu Santo proceden de la humanidad del mismo Cristo; quiero decir que por los méritos de Cristo hombre da el Espíritu Santo la abundancia de su amor; por tanto, no descendió hasta que Cristo era subido a los cielos; y de aquí es que se dice proceder este río de fuego de la cara de Cristo, porque su pre-

[5] Apoc. 22, 1.

sencia, muy graciosa, y sus méritos hacen con el Espíritu Santo que venga sobre los suyos en tanta abundancia que se pueda llamar *río encendido,* y con tanta voluntad de los enamorar de sí, que se diga venir a ellos a más correr, sin alguna tardanza, muy de repente, obrando maravillas por medio de los ángeles que en el aire formaron las lenguas de fuego, haciendo destellar a los cielos llamas de muy contornable fuego delante de la cara del Dios de Israel, cuya gloria se torna a mostrar en fuego más mansamente que primero; porque si primero en el monte Sinaí sonaba voz de espantosa bocina, ya no suena sino angélico instrumento que con musical sonido quiere confortar los apóstoles; que estaban temerosos y se alegran viendo cumplida aquella petición en que pedía Moisén: de quien hiciese que todo el pueblo profetizase y les diese Dios su Espíritu. Ya ha hecho Cristo que profeticen todos los que quisieren con los apostoles y hablen en diversas lenguas, y da nuestro Señor a todos los que lo quieren recebir su espíritu, y lo envía cuanto es de su parte sobre toda carne. Cosa es de maravillar que, como el fuego naturalmente suba arriba, si este río es de fuego, ¿cómo puede correr abajo? De fuego altísimo es, y viene con admirable condecensión, dándose a cada uno según el aparejo que halla en él para lo encender en el amor de Dios. Mas porque también les da gran amor del prójimo, se dice que corre abajo este río, extendiéndose al amor de los enemigos, porque muy extendido se dice ser el mandamiento del amor. Y este río se dice que salía, porque no pensemos que es acabado de salir, ni que se han agotado sus gracias, ca más le queda que nosotros podremos recebir, ni acabará este río de salir hasta que se acabe el mundo; porque no fué aquella venida del Espíritu Santo sino mostrar en público lo que Dios cada día hace en secreto con los que se aparejan para lo recebir, como los apóstoles se aparejaron. ¿Quién podrá decir la suma disposición que tenían los que subieron a lo alto del cenador o como quien sale a recebir al Espíritu Santo, que esperaban de las alturas, al cual con tanta aflicción esperaban que los corazones de ellos se llamen en la Escritura *carbones,* no porque tuviesen alguna oscuridad de pecado, sino de tristeza y gran disposición para recebir sin humo de contradicción el santo fuego? ¡Oh, quién pudiese decir cómo estaban juntamente todos con alegría de hermanos en una cosa, y no solamente todos juntos, sino cada uno junto consigo mesmo y en un mesmo lugar, recogidas todas las aficiones y cuidados del corazón a una cosa!

Ninguna cosa pudo contra ellos la terrena habitación, que suele reprimir el sentido de los que oran, porque

ellos más eran celestiales que terrenales y tenían el sentido de Cristo; ni el cuerpo corruptible los agraviaba, porque con muchos ayunos estaba castigado; la fe tenían viva; ninguna cosa dudaban de la dilatada promesa; la esperanza había crecido con la tardanza del muy esperado consolador; la caridad de Cristo ardía en ellos para recebir un fuego con otro; están sedientos de Dios, fuente de vida, y el ánima de cada uno de ellos está colgada del cielo, suspensos en Dios trino y uno, los que a la hora de tercia habían juntamente de recebir su gracia; como los santos animales, se hieren con las alas de los gemidos y suspiros aquellas águilas que, volando, vieron subir el cuerpo de Cristo, y apenas saben de sí mesmos si están en el cuerpo o fuera de él; para que tornen en sí, hacen los ángeles alegre sonido, porque ya viene a ellos el espíritu que su espíritu andaba buscando; y los que a cada nuevo movimiento esperaban la promesa, alégranse y disponen las entrañas como yesca para recebir la centella; y el corazón de ellos está humenado con el deseo como candela que recibe la lumbre antes que llegue a los que con tanta ansia esperaban; viene el Espíritu Santo, desalado, los brazos abiertos, y echa delante lenguas de fuego para que les digan cómo viene muy cerca el que con ellas venía, y el sonido grande fué tan admirable que hizo estruendo en toda Jerusalén; y saliendo la diversidad de las naciones, miraron hacia el alcázar de Sión y vieron que ya estaba llena la casa en que los apóstoles estaban de fuego. ¿Qué diremos del corazón de ellos, cuando la casa también estaba llena?

Sobre cada uno de ellos dice la Escritura que se asentó el Espíritu Santo como sobre trono con gran reposo, y el fuego de que toda la casa apareció llena denota la abundancia que ellos dentro tenían; empero, los que no conocían los misterios, vienen cargados de agua pensando de apagar el fuego de que ven llena la casa de David; y la muchedumbre que venía vió que ya los apóstoles abrían sin miedo las puertas y salen con diversos lenguajes a recebir las diversas naciones, y cada uno los oía hablar en su lengua como si se hubieran allá criado en las tierras extranjeras. Cosa de admirable maravilla, que hablando los apóstoles en sola su lengua hebraica, según dice San Cipriano, en ella sola sonaban las diferencias de todas las lenguas como en un órgano con un mismo aire suenan las diferencias de todas las voces, o como en el maná se hallaban juntos todos los sabores; y no solamente todos en una lengua representaban todos los lenguajes del mundo, mas aun con esto les dió el Espíritu Santo que supiesen todas las lenguas muy propiamente, las cua-

les, como oyesen los extranjeros, preguntando qué cosa era aquélla, responde San Pedro que ya se cumple la profecía de Joel, en que se promete a todos el Espíritu Santo, y reprehenden los apóstoles con celo muy sabio a los que habían crucificado al Salvador, para cuya alabanza dicen que les son enviadas nuevas lenguas del cielo; porque ellos, con sus lenguas serpentinas, habían blasfemado su santo nombre. A lo cual responden los crucificadores: —¿Pues qué haremos, hermanos?— Que os bapticéis, dice San Pedro, en su nombre y esperéis en su pasión, que ofreció al Padre por nosotros, y, con el perdón de los pecados recebiréis hoy la gracia que nosotros recebimos. Cosa maravillosa, que el agua que habían traído para matar el fuego sirve para lo encender, ca es aqueste fuego del Espíritu Santo de tal calidad, que con agua se enciende; en el agua del baptismo está la limpieza que añade la gracia recebida, y merece recebirla de nuevo; de manera que todavía es esto verdad, que este fuego se enciende con agua santa, porque, siendo baptizados, ponían las manos sobre ellos y recibían al Espíritu Santo.

Acá, cuando hay mucho fuego, demandamos agua para matarlo, y allí demandábanla los apóstoles agua para encender el fuego; de manera que podamos en el caso presente decir aquello de la Sabiduría [6]: *Esto era maravilloso, que en el agua, que mata todas las cosas, tenía más fuerza el fuego*. El agua del baptismo mata todos los vicios y enciende el fuego del Espíritu Santo. Ves aquí, el río de agua viva que estaba en el cielo, ya es río de fuego en la tierra; y el agua y el fuego se juntan y favorecen, y lo que hacía en el cielo hace en la tierra; porque, según dice San Cipriano, el Espíritu Santo es distribuidor de las sagradas órdenes; y no menos en el cielo que en la tierra, el que allá encienden los serafines hace acá flama de fuego a los ministros de Cristo y piedras encendidas, para que también enciendan a otros, y hace que pasen por su fuego los vasos del templo de la Iglesia, para que sean purificados enteramente, según lo mandaba Dios.

El que hinche en el cielo de ciencia a los querubines, enseña a los apóstoles toda verdad, para que los hombres sean enseñados de Dios; y el que escudriña las profundidades de Dios no esconde nada a estos simples con quien tiene plática. El que hace en el cielo estables los tronos hace a los apóstoles andas suyas para que lo lleven hasta los fines de la tierra y lo representen a todo el mundo. El que da en el cielo a las virtudes que puedan

[6] Sap 16, 13.

hacer milagros, agora constituye y quiere que los hombres pobrecillos sean hacedores de grandes maravillas, y que las hagan mayores que Cristo por sola la palabra. El que da en el cielo a las dominaciones la presidencia sobre los inferiores, hace a estos pecadores tener excelencia sobre todos los santos, porque han recibido las primicias del espíritu con más abundancia que los otros santos. El que da a las potestades del cielo poder sobre los demonios, también agora ensalza estos pies descalzos de estos pobrecillos sobre las serpientes infernales y sobre todas las aéreas potestades. El Espíritu Santo, que en el cielo da a los principados cuidado de los reyes y grandes personas, muestra agora a los apóstoles, reyes y obispos del mundo y curas de todas las iglesias del universo para que aten y desaten según les pareciere. El que hace a los arcángeles anunciadores de cosas grandes, hace agora a estos amigos suyos de tan altas cosas mensajeras que, según dice San Pablo, vengan los ángeles del cielo a saber de ellos algunos secretos que aun [no] les eran revelados, y en tal manera les da cabida en los arduos negocios, que parezca tomarlos en parte de consejo el que no puede errar, para mostrar en esto el gran amor que les tiene.

Agora de verdad hace el Espíritu Santo ángeles de paz a los hombres, porque San Esteban parecía a todos *ángel*, y a todos los apóstoles magnificaba el pueblo, y ninguno de los otros se osaba llegar a ellos, no teniéndose por dignos en la tierra de la compañía de aquellos que por su alta vida parecían ángeles del cielo ; obrando todo esto el Espíritu Santo, que, por los amar mucho, los tenía hechos sagrarios suyos.

CAPITULO XVI

De la ley de amor que toda la beatísima Trinidad tiene con cualquiera que recibe agua del Espíritu Santo en el baptismo

El mismo Espíritu Santo, que para baptizar a los apóstoles quiso venir acompañado de fuego, con el cual los baptizó, según que Cristo les había prometido, él mismo se junta al agua baptismal para baptizar más fácilmente todas las gentes que lo quisieren recebir. Y porque el mismo Espíritu Santo, hacedor de mercedes, está junto con el agua de la cual y de él nacemos siendo baptizados,

y obra de dentro en el ánima lo que el agua obra de fuera en el cuerpo, porque se quiere acompañar del agua en este tan alto sacramento, se dice el agua suya, y con mucha razón: porque si el fuego en que vino sobre los apóstoles se puede especialmente decir suyo, también se dirá suya el agua del baptismo. Los apóstoles fueron baptizados con baptismo de agua y de fuego y de sangre en veces diversas; y nosotros, siendo con el solo baptismo de agua hechos hijos del Espíritu Santo, que es nuestro principal padrino, también recebimos parte de los otros baptismos, porque no falta el fuego del Espíritu Santo ni la sangre de Jesucristo en nuestro común baptismo. Llámase también *agua* de Espíritu Santo la del baptismo, porque no la debemos mirar como a otra agua común, ca el Espíritu la ha consagrado para este misterio; y, por eso, es de tener en más reverencia que la que maravillosamente salió de la piedra seca del desierto, y que el agua santa con que se había de limpiar la mujer adúltera, y que las aguas vivas sobre que mandaba Dios sacrificar el pájaro, y el agua con que mandaba lavar los que habían de ser consagrados en sacerdotes, a las cuales excede como lo figurado a la figura.

Item, llámase *agua* de Espíritu Santo, porque, mirando esta divina posesión, alcemos los ojos del corazón, que ha de ser lavado a las cosas celestiales, y los apartemos del ministro; pues por pecador que sea no puede ensuciar el agua del Espíritu Santo, ni por santo que sea la puede más santificar, pues que es del Espíritu Santo, que ni lo uno ni lo otro admite. Por las causas sobredichas, llaman los fieles con mucha razón al agua del baptismo *agua de Espíritu Santo*, y pues en el capítulo pasado viste cómo el Espíritu Santo es *amor*, bien parece que *agua de Espíritu Santo* querrá decir *agua de amor* en que el ánima se entra a bañar para que más limpia se ayunte con su esposo celestial, que lava las mancillas de las hijas de Sión. No se te haga de mal reducir todas las cosas al amor, pues que en él vivimos y nos movemos y tenemos ser, y pues que es cosa muy deleitable tratar del amor, según aquello de Ricardo: «Dulce cosa, sin duda, y del todo deleitable, es hablar del amor, alegre materia y harto copiosa, y que en ninguna manera podrá engendrar ni enojo al que escribe, ni fastidio al que lee; porque gran sabor trae al paladar del corazón lo que se guisa con caridad». Lo de suso es de Ricardo, en que muestra que toda escritura que habla de amor nos debe ser dulce, y más la que nos trae a la memoria cómo sobre todas las cosas corporales somos amados de Dios, amor nuestro. ¿Hay, por ventura, en nuestra fe misterio más preñado de amor que nacer el hombre nueva-

mente *de agua y del mismo Espíritu Santo*, con que fué Cristo concebido? Vino sobre nuestra Señora el Espíritu Santo para concebir de nuevo a Cristo, y sobre el agua del baptismo también desciende el Espíritu Santo con el mismo amor, para nos hacer nacer espirituales.

Por ser estas obras de singular amor, se apropian en la Sagrada Escritura al Espíritu Santo, que singularmente es apropiada *amor*, aunque sean propias de toda la beatísima Trinidad; lo cual parece claramente, porque en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo baptizan, y en el baptismo del Salvador, que, dechado del nuestro, se manifestó la misma Trinidad, que en todo baptismo obra singulares cosas de amor, y porque las hace por solo amor, se apropian al Espíritu Santo, que sólo recibe el ser que tiene por amor, siendo la voluntad divina principio de su producción.

La primera obra de amor que la beatísima [Trinidad] obra en el baptismo es el perdón entero de las pasadas ofensas, porque sin éste no se podría fundar nuevo amor, y, por tanto, para que cantemos al Señor nueva canción de amor, es menester que destruya y lave los pecados enemigos nuestros, como lo hizo con los hijos de Israel, que tuvieron manifiesta figura del baptismo, según aquello de San Isidro: «El *mar Bermejo* significa el baptismo de Cristo consagrado con sangre; los enemigos que atrás nos siguen, mueren con su rey, porque los pecados pasados se destruyen en el baptismo, y el demonio se ahoga, pero siguen los gitanos hasta la mar, y los pecados hasta el baptismo; después de pasado el mar Bermejo, canta el pueblo, sumidos los enemigos; y los fieles, subiendo del lavamiento apagados los pecados, pronuncian una canción, diciendo: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente es magnificado, que al caballo y al caballero lanzó en el mar*» [1].

La segunda obra de amor que la beatísima Trinidad hace en el baptismo es que nos da derecho al reino perdurable. abriéndonos camino para él, según aquello de San Pablo [2]: *Según su misericordia, nos hizo salvos por el lavamiento de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros en abundancia. por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados con su gracia seamos herederos según la esperanza de la vida eterna*. Lo que más hace nuestro Señor en el baptismo es infundir en el ánima fe y esperanza y caridad; ni me detengo en probar cuál de estas cosas sea primero, pues to-

[1] Ex. 15, 1.
[2] Tit. 3, 5-7.

das pueden ser juntas de parte de Dios, aunque de parte nuestra no se puedan decir juntamente, lo uno porque son muchas, lo otro porque están preñadas de grandes misterios; ca debes saber que tres cosas señaladamente da en el baptismo al ánima la beatísima Trinidad, figuradas en las tres joyas que dió Eliezer a Rebeca cuando la halló en la fuente y fueron, como nota la *Glosa*, según lo hebraico, un zarcillo de media onza de oro y dos ajorcas también de oro, que pesaban diez onzas.

Puesto caso que sea muy probable haber recebido esta doncella dos zarcillos, como recibió dos ajorcas, para adornar sus dos orejas y brazos, empero, porque la Sagrada Escritura, cuyo autor es el Espíritu Santo, no se cura de las cosas puramente humanas, ca vana cosa sería pensar que el Espíritu Santo se hace historiador de hombres; así que este divino autor hace escrebir las cosas por tal forma, que más resplandezca en ellas lo espiritual que lo corporal; y por esto, en la verdad hebraica no se pone sino un zarcillo de media onza, que tiene figura de la fe, por el imperfecto conocimiento que causa en el ánima, que no es entero, sino medio; y de aquí es que en el capítulo XIII de la primera Epístola que el Apóstol envió a los corintios, donde habla de las tres virtudes teologales, dice, hablando de la fe [3]: *Agora conozco en parte, mas entonces conoceré de la manera que soy conocido*. Sobre esto dicen las *Glosas:* Agora conocemos imperfecta y escuramente, mas después, en la gloria, conoceremos la esencia de Dios, como él conoce la nuestra. La *ajorca del brazo izquierdo* es la esperanza, que también es de oro, como el zarcillo que adorna la oreja. Y nota que adorna el Señor su esposa ambos los brazos con que lo abrace enteramente, y no le adorna sino la una oreja, que es la derecha de la fe, porque no oiga a otro sino a él; y de aquí es que, alabando él al ánima que tiene fe, dice que lo obedeció en el oír de la oreja, como si no tuviera sino una; y en otra parte le dice que *incline su oreja* y olvide su pueblo. Cosa es manifiesta que más oyen de aquella parte con una oreja los que tienen tapada o perdida la otra con alguna enfermedad; y, por esto, cuando queremos oír con atención, inclinamos un poco la cabeza a una parte, y de esta manera lo deben hacer los creyentes, negando la razón ciega y su parecer, que es como oreja izquierda, y dándose totalmente a oír con entrañal atención solamente las cosas que la fe católica predica, desechando las que le son contrarias. Porque solemos esperar lo que creemos, nos da también el Señor una manilla muy

[3] I Cor. 13, 12.

gruesa del mesmo oro, que pesa diez onzas; y ésta es la esperanza soberana, no de las cosas terrenas, sino celestiales, conforme a las que creemos; ca esta esperanza infusa inmediatamente nos ordena y inclina a la bienaventuranza celestial; porque, según dice el Apóstol, no nos ordena la esperanza a las cosas visibles.

Y ruégote, amantísimo lector, si sabes amar, que con cuidado revuelvas en tu pensamiento la infinita caridad de Dios, que no se satisface en mandarnos que lo deseemos, lo cual pareciera atrevimiento si él no nos lo mandara. Porque si sería atrevimiento desear un bajo hombre un condado, ¿cuánto más atrevimiento parece desear hombre a Dios? No se harta aquel piélago de bondad en aconsejarnos y rogarnos y mandarnos en la Escritura que lo deseemos; lo cual, sin nada de esto, debiéramos nosotros hacer, sino que él nos da esperanza con que lo deseemos, porque nuestra codicia no bastara para tanto, ni lo hiciera debidamente, según conviene, aunque se pusiera a ello, cuan excelente es aqueste don de la esperanza que da nuestro Señor en el baptismo. Mira que Dios no solamente es sumo y infinito bien para sí solo y en sí solo, sino que también es nuestro Señor infinita bondad para todos aquellos que de ella quisieren gozar; y, según esto, puede nuestra voluntad de dos maneras ordenarse a Dios amándolo con dos aficiones: la primera es de justicia, y es cuando lo amamos con amor de santa amistad, con que nos agradamos y queremos a Dios para Dios, y holgamos que sea sumo bien en sí mesmo, y para sí mesmo, sin que tengamos respecto de lo ordenar a otra cosa alguna. Este amor que ama los bienes divinales al mismo Dios para Dios, es perfecta caridad; empero, hay otra *afición*, que se llama *de provecho*, con que deseamos sernos aplicado aquel sumo bien, que sea también nuestro como es de sí mesmo, y sea bien a mí como es bien a sí, sea también mío como es suyo, sea bien a mí, que lo amo, como es bien a sí, que se ama. Este deseo con que el ánima espera que sea Dios bien suyo, se dice *esperanza;* donde esperanza es desear que el infinito bien sea bien nuestro y lo merezcamos tener y poseer para siempre, dándosenos él por su liberal y dadivosa bondad. Esta esperanza no la podíamos tener tan recta y ordenada de nuestra cosecha como era menester, y por esto nos la infunde Dios, para que con ella nos reglemos; y llámala *ajorca*, que se ha de poner en el brazo, porque la debemos ayuntar a buenas obras; ca, de otra manera, no será sino presunción desear hombre a Dios, y aun será cuasi como quien hace injuria al sumo Bien si lo deseamos pensando que, yendo cargados de pecado de este mundo, lo podremos después poseer,

como si él fuese compañero de maldad. El malo hace deshonra al bueno, cuando lo quiere tener por amigo sin primero enmendar su vida, y por esto dice Dios después de haber reprendido al pecador sus pecados: *¿Pensaste, malvado, que había de ser yo semejable a ti?* [4] *Reprehenderte he y porné contra tu cara tus pecados; entended estas cosas los que olvidáis a Dios.* Según esto, nunca se te caiga del brazo el ajorca de la esperanza; y ha de ser *de oro*, porque las obras que conforme a ella has de hacer han de ser finas y de gran bondad; ca por esto se dice que tiene *diez onzas*, que es número perfecto, y que incluye los diez mandamientos, que se deben obrar con esperanza de la vida eterna, que es Dios.

Si algún trabajador se pusiese en el brazo una ajorca suya de diez onzas, parece que por su peso le estorbaría algo el trabajo; mas si una doncella recibiese de su esposo esta ajorca para que, mientras labra o hace otra cosa, se acuerde de él y que trabaja para él, para le ganar el corazón y tenerlo muy contento, no hay duda sino que, siendo ésta fiel y de amor leal, que sentiría con la ajorca favor y la esperanza del gran premio que era tener agradado a su señor y esposo, le aliviaría el trabajo; y de esta manera debe el ánima santa acordarse de esta joya que es la esperanza, y ponérsela en el brazo que es lugar suyo, para que así merezca poseer su Esposo celestial, y se diga de ella [5]: *En el temor de Dios hay fiducia de fortaleza, y sus hijos ternán esperanza.*

Los hijos del ánima casta son las buenas obras en que se funda la esperanza, y sin ellas, aunque piensas que tienes esperanza, no la tienes verdadera; empero, para la conocer si es de oro fino, mira que dice el Sabio [6] *ser alegría la esperanza de los justos*, porque les alegra la conciencia con su buen testimonio, y que la esperanza de los malos perecerá, y será reprobada como oro falso; esfuércese, pues, tu brazo con el ajorca de la esperanza para que puedas decir [7]: *Esperando en el Señor, no enfermaré.* Los enfermos no pueden trabajar porque les falta la fuerza; y porque la esperanza del premio soberano esfuerza nuestro brazo a buenas obras, dice David que, *esperando en el Señor, no enfermará*, esto es, que no será remiso en las buenas obras, porque se siente esforzado con el ajorca de la esperanza, que no carga, sino esfuerza el brazo, y, por esto, el mesmo David nos amonesta, dicien-

4 Ps. 49, 21
5 Prov. 14, 26.
6 Prov. 10, 28.
7 Ps. 25, 1.

do en otro Salmo [8]: *Hacedlo varonilmente todos los que esperáis en el Señor, y confórtese vuestro corazón.* Razón hay para que tomen esfuerzo los que esperan por galardón de sus obras a Dios; lo cual solo, si bien lo mirásemos, bastaba para que nunca se cansase nuestro brazo de bien obrar, según nos lo amonesta San Pablo, cuando dice [9]: *Pues que está nuestro cuerpo lavado con agua limpia, conservemos indeclinable la confesión de nuestra esperanza.*

Agua limpia se llama la del baptismo, y es en su efecto tan limpia lavando el corazón del hombre, que toda la otra agua, por clara que esté, se puede llamar turbia en su comparación. Porque en el baptismo se infunde la esperanza, hace mención de él San Pablo cuando habla de ella, y dice que la conservemos indeclinable, según la confesamos, porque no parezca contradicción manifiesta si diciendo que esperamos el cielo hiciéremos cosas dignas del infierno; y diciendo que vamos a la vida, declinemos el camino de la muerte. No es mucho que algún amador desleal que no tiene ley con Dios, amor suyo, viendo que esta ajorca de oro se da sobre prenda y demanda buenas obras, sin las cuales se dice la esperanza presunción, como si de oro fino, faltando el propio merecimiento, se tornase latón amarillo aquesta joya; la cual se ha de comprar con méritos que antes o después que nos la den hemos de llegar, según aquello que dice el Maestro de las Sentencias [10]: «Esperanza es virtud mediante la cual se esperan los espirituales y eternales bienes, quiero decir, que con fiducia se esperan mucho, porque la esperanza es eficaz deseo de la bienaventuranza que está por venir, y nace esta esperanza de la gracia de Dios y de los méritos que antevienen o se siguen a esta esperanza, a la cual naturalmente antecede la caridad, o vienen estos merecimientos antes de la cosa esperada, que es la eterna bienaventuranza. Porque esperar alguna cosa sin méritos no puede ser dicha *esperanza*, sino *presunción*». Lo de suso es del Maestro; y viendo alguno que la esperanza hace tanto caso de los merecimientos, podrá decir que quiere Dios que esperemos en él sobre buena prenda; a lo cual se responde que no menos liberal es nuestro Señor en darnos la bienaventuranza, presupuestos nuestros merecimientos, que si nos la diese sin ellos; lo uno, porque de lo finito a lo infinito no se puede hacer comparación; y así, aunque nos diese su gloria por ellos, como de ellos a ella haya más diferencia que de una paja a toda la tierra si se

---

[8] Ps. 30, 25.
[9] Heb. 10, 22-23.
[10] III *Sent.*, d. 26.

tornase oro, y a toda el agua si se tornase bálsamo, y a todas las piedras si se tornasen preciosas, síguese que, como lo poco se tenga por nada, de balde nos la da, pues valen ellos tan poquitico, siendo lo que nos da tan infinito, que es el mesmo Dios.

Item, estos que nosotros llamamos *merecimientos*, no lo son en sí mesmos, sino porque Dios los ordenó para eso y los acepta por tales; ca, si él no los aceptase, no serían méritos; y pues con suma liberalidad acepta nuestros pocos y flacos servicios para nos dar mediante ellos su gloria, bien podemos decir que nos la da de balde. Ejemplo de esto se podría poner en un truhán, al cual hace una gran merced el rey porque dijo delante de el alguna cosa que le cayó en gracia al rey, como un donaire; el cual por esto ninguna cosa merece, ca los donaires no son más de la estima en que son puestos, y de verdad que son así desvaríos; mas porque le cayó en gracia al rey, dió un collar de oro, y dicen que se lo da por aquel donaire, aunque, según verdad, no lo da sino por su franqueza, y porque le quiso agradar de lo que en sí no era nada; y de esta manera, aunque nos pida Dios buenas obras y que lo sirvamos para que nos dé su gloria, no pienses que procede todo sino de su liberal franqueza.

Aunque estas dos razones bastan para probar que tan liberalmente nos da Dios la gloria mediante nuestros merecimientos, como si no se curase de ellos, no has tú de parar aquí, sino decir que más liberalmente nos la da por ellos que sin ellos; ca, como sea cosa manifiesta que ningún bien podemos hacer de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios que nos favorece, cosa clara es que, cuando Dios más nos pide, más se obliga a nos ayudar, y, por tanto, si profundamente lo miras, el pedir de Dios es dar, como parece en San Francisco; al cual, pidiendo Dios que le diese algo, y respondiendo el santo que no tenía que le dar, mandóle que metiese la mano en el seno, y allí halló por tres veces tres piezas de oro que le dió, las cuales sin duda le dió primero Dios a él, cuyo pedir es dar y su mandar es obrar con nosotros; ca no nos mandaría si no tuviese voluntad de nos ayudar, pues que sabe que sin él no podemos servirlo. Conforme a lo cual, le dice San Agustín: «Señor, da lo que mandas, y manda lo que quisieres».

No se te ensangoste, pues, ánima mía, el corazón diciendo que tu liberalísimo Dios te vende la preciosa *ajorca de la esperanza* por esperanza, porque cuanto más te pide por ella, más te da con ella, ca su pedir es dar, y su mandar es hacer, si nosotros quisiésemos obedecer; y, por esto, llama yugo a su ley, con el cual el mismo Cristo

viene cargado, llevando a su cargo la mayor parte, y ruéganos que tomemos su yugo sobre nosotros; y en llamarlo *suyo*, parece que se apropia a sí mesmo aquella obra; empero, desea que apliquemos nosotros allí nuestra voluntad; y por eso no nos tray del cabestro por fuerza como a bestias, sino ruéganos como a hombres, prometiéndonos tan crecido favor y ayuda, que sólo los que reciben la tercera joya lo pueden creer.

La tercera joya que se da a la doncella hallada en la fuente, es otra ajorca también de oro que pesa otras diez onzas, y ésta es para el brazo derecho. Cosa de notar, que a esta ovejuela que sube de lavarse no le dan sino un zarcillo, porque no ha de oír la voz de los ajenos ni de los extraños, sino toda ha de estar intenta con atención a Dios; y danle ornamento también de oro para ambos brazos, porque corra los brazos abiertos para abrazar a su Dios, que quiere ser apretado con el brazo de la esperanza y con el brazo de la caridad; con ambos brazos juntamente quiere ser recebido y tenido. Dícese estar el *ajorca de la caridad* en el brazo derecho; porque la caridad es más perfecta que la esperanza, y así como el brazo derecho comienza primero y rige al otro, así en el amor de Dios ha de ir delante la caridad y moderar la esperanza. La caridad ama a Dios en sí mesmo, porque le ha dicho la fe que es sumo Bien y le ha mandado el Señor que lo ame, y la esperanza llega con santa codicia y ama a Dios para sí, aplicándolo a su provecho, viendo que Dios y toda ley manda que cada uno sea solícito de las cosas que le cumplen; y por esto va la esperanza con gran deseo y elige para sí la mejor parte; empero, la generosa caridad, olvidada de sí misma, está suspensa de solo Dios, como otra reina de Sabá, y ama la gloria del soberano Señor para el mesmo Señor, y a sí y a todas sus cosas ama para él, viéndolo tan digno de ser amado, que su gran bondad la tiene captiva, y hace que no quite los ojos de su cara, llena de gracias; finalmente, que encumbrándose la caridad en Dios, como mujer fuerte y de grande ánimo, no se cura de más.

Mira la franquísima largueza y sabiduría de Dios, tu amor, que viendo que en amarlo solamente en sí mesmo y para sí mesmo no se mostraba aquella estrecha comunicación y respuesta que en el perfecto amor suele haber, y viendo que amarlo para nosotros solamente parecía interese, juntó estos dos amores en la esperanza y en la caridad, para que con dos aficiones, como con dos brazos, lo apretemos con nosotros mesmos perdurablemente, y el un amor al otro se favorezca como se suelen favorecer los brazos, porque tanto más amo a Dios para el mesmo Dios

cuanto veo que me manda que lo desee para mí, resurtiendo de mí, como pelota, en hacimiento de gracias a aquella altísima y soberana bondad que por quitar el mal resabio al interese y porque no pareciesen sus amadores jornaleros les mandó diciendo [11]: *Yo soy vuestro galardón grande; además, amadme también para vosotros mesmos, que yo amo a los que me aman.* ¡Oh ánima mía, y qué gozo, qué gloria, que te manda tu Dios que lo ames para ti! No ames ya ni desees otra cosa, ocúpate solamente en abrazar a Dios, amor tuyo, con estos dos brazos adornados con ajorcas de esperanza y caridad. Por la caridad Dios es Dios, y tú eres de Dios, y todas las cosas son de Dios; por la esperanza Dios es tuyo, y tú eres tuya, y todas las cosas son tuyas. ¿Qué te faltará si tienes a Dios? Y si dices que aun esto no es venido, sino que lo esperas y deseas que venga, no por eso desvanezcas ni te atibies, porque en verdad te digo que si en ti creciese la esperanza, Dios se acercase con más gracia en tal manera que morase contigo seguramente, según aquello de San Gregorio: «El que con toda el ánima desea a Dios, sin duda que ya tiene al que ama». Mientras viene lo que esperas, digo, mientra viene en manifiesto, que en cubierto ya está contigo. Mientra vives en esta esperanza, avívala mucho en tu corazón, teniendo intento a aquel sumo Bien que esperas, amándolo en sí y en ti, para sí y para ti; porque si refrescas muchas veces esto, harás como la santa doncella Rebeca, que luego amando a su señor más que a su padre y a su madre, los dejó, sabiendo que no es digno de Cristo el que no lo ama más que a ellos.

Rebeca quiere decir *engrosada,* y es el ánima que tiene en sí grosura de devoción y afición piadosa, las cuales cosas son necesarias para recebir los dones de Dios; ésta deciende a la fuente del baptismo cuando se humilla a lo recebir; allí la halla Eliecer, que quiere decir *favor de Dios,* y es el Espíritu Santo, que, según dice San Pablo, favorece nuestra enfermedad. Eliecer fué enviado a buscar la doncella por el padre Abrahán y su hijo Isaac, que tiene figura del Padre Eterno y de su Hijo Jesucristo, que dice [12]: *El espíritu que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas.* Este Eliecer, que es el Espíritu Santo, viene cargado de dones, porque muchas virtudes morales infunde en el baptismo, según tiene Gabriel, conforme a San Agustín. Y por esto se dice [13] que *trujo Eliecer diez camellos cargados de bienes;* empero, entre todos los bienes que venían allí, traía las tres joyas susodichas,

[11] Gen. 15, 1.
[12] Ioan. 16, 13.
[13] Gen. 24, 10.

conviene a saber: un zarcillo de media onza de oro, que es la fe única; y dos ajorcas de oro de diez onzas, que son la esperanza y la caridad; las cuales, en recibiendo la doncella, tuvo deseo de ir a quien se las enviaba, y fuese con Eliecer, que, según viste, tiene figura del Espíritu Santo, con el cual se van los baptizados siguiendo su inspiración. Conforme a lo cual, dice la *Glosa* sobre aquello: y luego que Cristo fué baptizado, lo llevó el Espíritu al desierto: «Por esto se da a entender que aquellos que son hijos de Dios adoptivos, siguen el instinto del Espíritu Santo, ca los que son llevados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios».

Con mucha razón, ánima mía, te debes ir con el Señor, que tantos bienes te ha hecho, y ser captiva en prisiones de amor de aquel que, a poder de beneficios, te ha comprado; y el mayor es querer poseerte siendo tú tan desleal, y él tan perseverante y importuno amador.

CAPITULO XVII

De cuán necesaria nos es la ley del amor que tiene Dios con nosotros, y cómo nos manda que tengamos la mesma con él

Cuando los ricos tienen misericordia, siempre libran bien los pobres que tratan con ellos, y, por esto, sintiéndose David pobre de las riquezas espirituales que todos deberíamos buscar, da voces a nuestro Señor, diciendo [1]: *Acuérdate tú de mí, según tu misericordia, por la bondad tuya, Señor.* Donde concurre la bondad que es dadivosa y la misericordia que es perdonadora, no se puede hallar ninguna cosa dura ni áspera, ni descontento; y, por tanto, habiendo David alegado estas dos cosas al Señor, dice luego, teniendo segura su petición: *Dulce y recto es el Señor, y por esto dará ley a los que pecan en el camino.* La dulcedumbre de nuestro Señor Dios especialmente se notifica en la *ley de amor:* porque de la boca dulce no debe proceder sino palabra de amor, mediante la cual se comunica la dulcedumbre, según aquello del Sabio [2]: *La palabra dulce multiplica los amigos y mitiga los enemigos.* No hay palabra más dulce que la que ha-

[1] Ps. 24, 7-8.
[2] Eccli. 6, 5.

bla de amor, con la cual multiplicó Dios sus amigos; ca tenía antes por amigos a los ángeles, y con la *ley de amor* que puso en el camino de esta vida a los pecadores, quiere multiplicar sus amigos. Y es tan bendita la ley del amor, que aun a los malos amansa, y mitiga la furia de los que pecan, si contemplan la dulcedumbre de Dios que a los amadores de maldades recibe, para que, mudado el acuerdo, sean amigos suyos.

Si la palabra del amor tiene tanta fuerza que mitiga los enemigos, ¿qué fuerza terná la obra del mesmo amor si, mandándonos Dios que lo amemos, nos ablanda los corazones? Con tan dulce palabra, ¿qué obrará en nuestras entrañas su mesmo amor? *Dulce y recto es nuestro Señor; dulce* amándonos, y *recto* dándonos *ley de amor* para que lo amemos. ¿Qué cosa más recta y justa, y qué petición hay más fundada en razón, que demandar amor el que ama? Para que veas con cuánta elegancia habló primero David de la bondad divina, que hablase de la *ley de amor* que el dulce Señor dió a los hombres, has de saber que cualquier virtud tiene alguna cosa singular a que se ordena: la prudencia se ordena al regimiento del hombre, y la fortaleza a la defensión, y la castidad a la limpieza; y así, todas las virtudes tienen particulares y propios ejercicios a que se aplican, y, por semejante manera, la divina bondad tiene alguna cosa que más inmediatamente le conviene, aunque también se extienda, por su infinidad, a otras muchas; y esta cosa que más especial y propiamente conviene a la bondad, es *amor*. El ejercicio del amor tiene más señaladamente la bondad por propio; este ejercicio de amar aplica para sí más singularmente la soberana bondad; y, por esto, los que reparten los divinos atributos apropian la potencia al Padre, y la sabiduría al Hijo, y la bondad, porque de suyo es amadora, aprópianla al Espíritu Santo, que es amor. Pues que a la bondad conviene tan propriamente el amar, con harta conveniencia hizo David mención de ella antes que hablase de la ley que dió el Señor, de la cual dice la *Glosa* de San Jerónimo sobre el verso que alegamos: «Dió ley de caridad, por la cual, perdonando las ofensas, somos tornados a la amistad de Dios». Pues que se dicen dichosos los que conocen las causas de las cosas, bien es que preguntes en el caso presente qué es la causa por que toda bondad pide ser amada, de dónde le viene que le hayamos de dar amor.

Las dos más singularísimas propiedades de las cosas que tienen ser son *verdad* y *bondad;* y las dos fuerzas más excelentes de las criaturas que usan de razón, hallarás que son *entendimiento y voluntad*. Al entendimiento

se ordena naturalmente la verdad, que es como legítima esposa suya; y la bondad se ordena a la voluntad, y demanda por esposo al amor; y esto no sin legítima causa, porque ya probamos que la bondad de suyo es amadora, y como un semejable busque a otro y cada cosa se junte con su igual y se llegue al que tiene conforme propiedad, cosa muy justa es que la bondad amadora demande amor; lo cual, si universalmente se halla por cierto en todas las cosas altas, mucho mejor lo verás en Dios, que infunde en tu ánima dos maneras de amor: el primero es *amor increado*, que es el mismo Señor Dios nuestro, que es amor, según hemos dicho; el segundo amor es *caridad criada*, que causa en tu ánima. Podrás decir que, pues el mismo Dios, que es amor, se infunde en el ánima, demasía parece criar también en ella nueva caridad, bastando el mismo Dios, que de suyo es tan amador. A esto responde Santo Tomás [3], diciendo «que cría nuestro Señor nuevo amor en el ánima del justo, lo uno, porque el ánima se deleite en la obra del amar, siendo con la caridad perfeccionada la voluntad y cobrando habilidad para con más prontitud y más fácilmente amar al Señor; ca cosa manifiesta es que el buen hábito que el hombre cobra en alguna cosa le causa deleitación en la operación de ella».

Mira, pues, ánima mía, cuán deseoso es de tu amor el Señor Dios, que, por te dar ocasión a que lo ames, suavemente infunde en tu corazón su caridad, porque de él se pueda decir [4]: *Suave es y amador del bien, que ninguna cosa estorba del bien hacer, humano y benigno*. En estas palabras que se dicen del espíritu del Señor se denotan las otras causas por que infunde la caridad en el ánima; ca en se llamar *humano* se da a entender que infunde amor, porque mediante él obre el ánima como de suyo: porque si Dios inmediatamente la moviese no habría allí tanto merecimiento, faltando la libertad, y sería el ánima solamente movida sin se mover ella; y así no sería su amor tan libre ni meritorio si Dios no le infundiese caridad, mediante la cual es movida de Dios y ella también se mueve sin padecer fuerza.

Item, infunde Dios este amor para hacer mayor distinción de la morada que tiene con los justos a la que tiene con los pecadores; porque como él esté en todo lugar y aun en las ánimas de los malos por presencia y esencia y potencia, con solo infundir amor en el ánima del justo y no en la del pecador, parece hacer más ami-

[3] *Summa Theol.*, 2-2, q. 23, a. 2.
[4] Sap. 7, 22-23 E.

gable morada en el uno que en el otro; y por eso se dijo que el espíritu de Dios era *benigno*, lo cual se muestra en la infusión de la caridad. Conforme a la razón sobredicha, dice Ricardo hablando del Espíritu Santo: «Según la difusión de la sustancia suya, era creído sin duda alguna estar en todo lugar; empero, según la infusión de la gracia está solamente con los justos». Para que veas cómo el espíritu de Dios no estorba el bien hacer, según dijo el Sabio, has de saber que unos dijeron que el amor del hombre podía subir del mismo hombre arriba; ca por esto se llama amor natural, porque solamente se ordena para conservar nuestra naturaleza, y que toda la razón del hombre no podía subir más de hasta una vida filosófica que cuasi hacía al hombre fin de sí mismo; y para que el hombre pudiese subir más arriba con el amor, le infunde Dios caridad, que es amor santo, porque no pareciese estorbar Dios el bien que podía favorecer. Otros dicen que el amor nuestro, favorecido con la razón natural, bien podía llegar hasta Dios y amarlo; empero no lo podía amar de suyo meritoriamente, y porque fuese nuestro amor meritorio, infunde Dios su caridad; de manera que por una vía o por otra, todavía es menester el favor de nuestro Señor para que tengamos limpieza y amor, las cuales cosas de solo él vienen, según aquello de Orígenes: «El Espíritu Santo de tal manera es santo que no es santificado, ca no le viene de otra parte la santificación, ni jamás recibió comienzo de santidad; y lo mismo hemos de entender del Padre y del Hijo; porque sola la Trinidad es una sustancia que no de fuera, sino de su misma naturaleza es santa; empero, toda criatura santificada se dice *santa*, o porque lo ha por bien el Espíritu Santo, o por la razón de sus merecimientos; ca, por tanto, se dice: *sed santos, que yo santo soy*, ni ha de ser puesta una misma santidad en Dios y en el hombre; ca de Dios se dice que es *santo*; empero, a los hombres, pues no han sido siempre *santos*, les es mandado que sean hechos *santos*. Así que cada uno de nosotros se hizo *santo* por haberse sujetado a Dios con verdadero corazón; mas verdaderamente y siempre es *santo* solo Dios, que solo santifica a todos; así que de todos los frutos se han de ofrecer primicias más santificadas al espiritual Pontífice; empero, el fruto del espíritu es caridad y gozo y paz, y las primicias de la caridad son que ame a Dios de todo corazón y de toda ánima y de toda la memoria». Pues que, según ha dicho este doctor, la beatísima Trinidad es la que santifica, debes notar que en el ánima santificada mediante las tres virtudes teologales que hemos dicho, la fe se atribuye al Padre; porque así como la fe

se dice sustancia y fundamento de las cosas que esperamos, así en el Padre, como en fontal principio, está la sustancia y fundamento de la deidad, y por eso lo llamó San Dionisio *principal lumbre,* no porque sea más claro el Padre que el Hijo, sino porque es fuente de las otras personas, como la fe de las otras virtudes.

Item, atribúyese el Padre la fe, porque dió al mundo testimonio de Cristo, y el mismo Salvador se favorecía de ello diciendo que tenía testimonio más que de hombre. Así que el mundo y los apóstoles creyeron a Cristo por la voz del Padre; y pues por él creímos, a él se le atribuye la fe. La esperanza se atribuye al Hijo de Dios, porque él, con sus grandes promesas, la sembró en el mundo, y en la diestra de su Padre aboga por nosotros, y decía a los apóstoles que confiasen, porque él había vencido el mundo, y a él especialmente esperamos que ha de configurar nuestro abatido cuerpo con el cuerpo de su claridad.

Item, atribúyesele la esperanza, porque no esperamos la gloria por nuestros merecimientos principalmente, sino por su pasión y trabajos, y así esperamos que él nos dará con que la compremos. La caridad se atribuye al Espíritu Santo, porque él procede por vía de amor, y es propísimamente amor, y a él convienen las operaciones del amor.

Item, atribúyesele la caridad, porque él vino al mundo en fuego de amor, y de él dice el Apóstol [5]: *La caridad de Dios es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que fué dado a nosotros.* Pues que has visto cómo la beatísima Trinidad nos escribe su *ley de amor* en nuestros corazones, en lo que él se muestra ser dulce Dios, menester es que veas cómo nos manda que tengamos la misma ley con él, para que así conozcas ser recto y de los rectos amado. Dinos, Señor Jesús, maestro de amor, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley del amor? Responde Jesús [6]: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda su ánima, y de toda tu memoria; este es el mayor y primer mandamiento.*

Alábase nuestro Señor en la Escritura de *rectísimo,* y no sin gran misterio; porque rectísimo se dirá aquello cuyo medio tiene mucha conveniencia con los extremos, y porque nuestro Señor causa esta conveniencia, se dice *rectísimo.* El primer extremo o principio nuestro es en el baptismo, donde comenzamos a tener ser de gracia; el otro extremo o fin es la gloria; el medio es nuestra vida, que se debe por amor conformar con el principio y con

[5] Rom. 5, 5.
[6] Deut. 6, 5.

el fin, según nos lo manda nuestro rectísimo Dios en la *ley de amor* susodicha, que tiene tres partes, conforme a las tres cosas que él nos infundió en el baptismo, primero bien nuestro, y conforme a las tres cosas que en el fin de la jornada nos ha de dar en el cielo. E digo que el principio de nuestro bien está en el baptismo, porque no hago caso de lo que antes teníamos, ca estábamos muertos en pecado y no era de hacer cuenta de nosotros, como no la hizo Salomón del niño que parió su madre antes que a él, cuando se llamó *unigénito* como si el otro no fuera nacido; lo cual hizo, según dice la *Glosa,* porque el otro había muerto antes que recibiese el beneficio de la circuncisión, que agora más copiosamente sucedió en el baptismo, antes del cual de ninguno se debe hacer cuenta, porque no nacido de nuevo a la vida de gracia.

Lo primero que viste habernos infundido el Señor en el baptismo era la fe; y ésta nos demanda cuando dice que lo amemos de todo nuestro corazón; y dícese el corazón fe, porque así como lo primero que la naturaleza forma en el cuerpo del animal es el corazón, así lo que primero parece y lo que más presto se manifiesta en los que se quieren convertir es la fe. Conforme a lo cual, dice el Apóstol [7]: *Sin fe, imposible es aplacer a Dios, ca conviene al que se llega a él que crea que hay Dios.* E has de notar que así como lo primero que se forma en el animal es el corazón, así es lo postrero que se muere; y de esta manera, como el principio de nuestros bienes consiste en cobrar fe, así consiste en su pérdida el fin, o lo peor de nuestros males; ca mientras queda rastro de fe en el hombre, esperanza tiene de vida; mas en faltándole del todo la fe, es como el animal que tiene muerto el corazón, en el cual no hay remedio.

En la segunda parte de las tres que tiene el gran mandamiento del amor, nos demanda la esperanza, que nos dió en el baptismo, porque en decir que lo amemos *de toda nuestra ánima* se denota que pongamos en él toda nuestra esperanza. Y digo que nuestra esperanza es *ánima nuestra,* porque ninguna cosa anima ni esfuerza tanto al hombre como la esperanza, ca la esperanza de las riquezas hace al mercader correr los mares, y la esperanza de la victoria hace al caballero acometer más animosamente en las batallas, y por la esperanza del fruto que ha de coger en el verano trabaja el labrador todo el invierno; de manera que, pues a todos anima la esperanza natural, mucho más debe hacer esto la esperanza sobrenatural, que es como ánima de los que trabajan en el servicio de

[7] Heb. 11, 6.

Dios; porque así como en faltando o desmayando el ánima en el cuerpo desfallecen los miembros y se cae cada uno por su cabo, así faltando en el hombre la esperanza luego afloja la fuerza del bien obrar y está como cuerpo sin alma.

Lo tercero, nos manda el Señor que lo amemos *de toda nuestra memoria,* y en esto pide la caridad, que nos dió en el baptismo muy por entero; mas podráste maravillar en haber hecho más cuenta de la memoria demandando amor que de las otras potencias, que son más convenibles para esto. A lo cual se responde que no hay cosa en que más manifiestamente podamos nosotros conocer si amamos o cuánto amamos alguna cosa que en la memoria que de ella tenemos; ca si el amor de la cosa que amamos es grande, nunca la memoria sosiega sino allí, y si pierde la atención de lo que tienes entre manos y se te pierde la memoria, vela a buscar a lo que amas, que allí la hallarás. Es la memoria tan junta al amor, que aun durmiendo tú se van tus pensamientos a lo que amas, y dejando de amar no dejas de pensar en lo que bien quieres; ca en tal manera se aposenta lo que amas en tu memoria, que no lo puedes a las veces echar de allí, porque no parece sino que tu memoria es libro impreso de los hechos y dichos, y de todas las propiedades que tiene la cosa que tú amas. En conclusión, que nos acordamos más de lo que más amamos, porque no puede caer olvido en el amor si es verdadero, y es cosa cuasi imposible tener mucha memoria de lo que poco amamos.

Más te pide, ánima mía, tu amoroso Dios, que piensas, cuando te manda que lo ames *de toda tu memoria;* y si quieres barruntar cuán gran cosa sea amar a Dios de toda la memoria, mira que, para nos notificar él su inmenso amor acerca de cada uno de los suyos, dice [8]: *¿Por ventura puede la mujer olvidar su niño, para que no haya misericordia del hijo de su vientre? Y aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de ti.* ¿De qué entrañas pudo proceder amor de tanta memoria? ¿Con qué vehemencia procede este amor de la divina voluntad, que así hinche las profundidades y hoyos del olvido? Juzga, pues, agora, si puedes, cuánto amor te demanda tu Dios, y cuán puesto en efecto con sólo decirte que lo ames *de toda tu memoria.* Porque, aunque el amor salga de la voluntad, quiere Dios que sea tanto, que ocupe toda nuestra memoria, porque estando [llena] de él, pueda fácilmente desechar todas las vanidades del mundo que suelen venir cada momento a aposentar a ella

[8] Is. 49, 15.

Por cosa muy desleal se tiene el olvido en el amor; lo cual quiso intimar nuestro Señor Dios al ánima que se da a los amores del mundo, cuando le dijo [9]: *Todos tus amadores se olvidaron de ti*, pues que el postrer mal del amor es el olvido; claro está que la contina memoria suya debe ser muy gran bien. ¡Oh, quién pudiese decir con David a Dios, después de haber sufrido muchas fatigas y penas!: *Todas estas tribulaciones y angustias vinieron sobre nosotros, y no te olvidamos* [10]. Dichosa el ánima que puede con él decir al mesmo Dios: Vengan a mí tus misericordias, y viva yo, porque tu ley es mi pensamiento [11]; no pienso otra cosa sino tu ley.

Sobre esto dice la *Glosa:* «El pensamiento del que ama, es, para mientes, como hombre por amor».

De las cosas ya dichas puedes concluir que, si amas a tu Dios con toda y en toda tu memoria, tienes perfecta caridad, muy extendida, pues ha ocupado todo el cuidado tuyo, y te hace andar pensativo en la *ley del amor;* así que no te comprehenderá el amenaza de Dios, que dice [12]: *Tú olvidaste la ley de tu Dios, y también yo me olvidaré de tus hijos*. Para que esta memoria sea entera, no pienses que basta el solo acordarse de Dios, porque esto no sería sino amar a Dios de pensamiento, que es menos que amarlo solamente de palabra. Donde has de saber que la memoria de que hablamos es una de las tres potencias del ánima, y así como es imposible hacer el Padre alguna cosa sin que entienda en ella el Hijo y el Espíritu Santo, porque tienen todos una sola esencia con que obran, así es imposible que obre nuestra ánima, según lo último, de cualquier potencia suya, deliberadamente alguna cosa, sin que las otras potencias entiendan también en ello. De manera que, si amas a Dios *de toda tu memoria*, así se han de emplear todas las fuerzas de tu ánimo y de tu espíritu y de tu persona; así que esta memoria importa un cuidado solícito con que se aplica el hombre a Dios, desechando toda cosa que puede estorbar y contradecir esto y ejecutando lo que la fiel memoria le administra.

Por dos vías solemos tener memoria de una cosa: o porque la queremos aprender y nos trabajamos por la decorar, o porque de la haber mucho y con afición aprendido se nos ofrece a la memoria y nos acordamos ya de ella con gozo y facilidad; y de esta manera, los que mucho aman al Señor, tienen muy a menudo memoria de él

9 Jer. 4, 30.
10 Ps. 43, 18.
11 Ps. 118, 24-99.
12 Os. 4, 6.

con gran gozo que se causa dentro en el pecho por la tal memoria; y con esto crece mucho la confianza en el mismo Señor, las cuales cosas hallarás cumplidas en aquel ánima quien dijo el Señor [13]: *Acuérdate de mi pobreza y de la hiel y amargura de mi pensamiento.* A esto respondió el ánima, sintiendo en sí por compasión amorosa lo que sentía por fe en Jesucristo [14]: *Acordarme he con memoria, y deshacerse ha mi ánima, y revolviendo estas cosas en mi corazón, esperaré en el Señor.* Esta era perfecta memoria, pues hacía tanta impresión en él, que se acordaba que dentro en las entrañas sentía lo que pensaba, y lo tornaba a reiterar en el corazón muchas veces.

Pues que has visto, ánima mía, cómo el Padre Eterno te dió la fe, y su Hijo la esperanza, y el Espíritu Santo la caridad, mira la libertad de tu condición, y conoce que con justa razón, pues tienes libre albedrío para más aprovechar, te demandan aun con usura lo que te dieron cuasi cada cosa por sí; ca no ha de parecer una tilde en la ley del amor que te manda amar al Padre soberano con entera fe sabiamente, y al Hijo con gran esperanza fuertemente, que la esperanza no te deje desfallecer en el amor del Hijo, ni la fe te deje errar en el amor del Padre, ni la caridad, porque es dulce, permita que te canses amando al Espíritu Santo. Y no te hagan dificultad estas particiones, pues las tres personas que has de amar son una misma esencia de amor, y tú también eres una, y tanto serás más una, cuanto te favoreciere más de las tres cosas sobredichas; ni se te haga de mal dar a Dios usura de ellas, porque lo que le das, para ti lo das y para ti lo atesoras; tu bienaventuranza se busca en estas cosas, según aquello que el mismo amor Dios nuestro dice por el Sabio [15]: *Bienaventurado es el hombre que me oye* (esto se hace por la fe), *y vela siempre a mis puertas* (esto se hace por la esperanza), *y aguarda a los quiciales de mi entrada* (esto se hace mediante la caridad).

Solamente queda ahora de ver en breve cómo las tres cosas sobredichas corresponden a las tres del último fin nuestro que esperamos, y esto, claro está, porque a la fe corresponde la visión de Dios como premio suyo, según aquello de San Agustín: «La visión es todo el galardón de la fe». Esta visión de Dios no pienses que ha de ser tan poca manera como la visión con que en la corte ves al rey terreno, porque esta visión divina será en ti tan profunda que se diga que ves a Dios con el corazón; porque al corazón, según dije, se atribuye la fe, y a él dan

[13] Lam. 3, 19.
[14] Lam. 3, 21.
[15] Prov. 8, 34.

el galardón de ella, ca escrito está [16]: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Los que agora tienen su corazón espiritual, que es la fe limpia de todo error y viva, aquéstos verán a Dios.

Para que conozcas cuán evidente y clara será esta visión, has de saber que el ánima no se servirá de los ojos corporales para ver la Divinidad; porque como entonces estará suelta y libre en sus operaciones, aunque podrá ver por las uñas y por todo el cuerpo, que será más claro que un cristal, no verá por él como agora que está atada a órganos determinados; sino ella, por sí, será toda ojos de sí misma, como el sol, que él es ojos de sí mismo. De manera que el ánima verá por todas partes, tan enteramente por la espalda como por la cara; de todas partes verá segura a Dios, ca por esto se figuran los bienaventurados en aquellos santos animales alados, que estaban todos llenos de ojos *dentro y fuera*, y en las *alas*, porque de todas partes verán a Dios y a todo cabo estarán atentos a él.

A la esperanza corresponde la segunda parte de la gloria esencial del ánima que llaman *atención;* con que se entrega tan seguramente en Dios y con tan pacífica posesión, que ni aun el glorioso rey Asuero poseía su amito tan entera y totalmente como el ánima poseerá a Dios. En tal manera estará el ánima empoderada en Dios, que si toda ella fuese manos, no lo podría tener mejor, y estará tan seguramente y sin sospecha en la posesión del sumo Bien, que no parezca sino que tiene la eternidad en la mano, con que para siempre asegura su partido, según aquello del Sabio [17]: *Longura de días está en su diestra, y en tu siniestra, riquezas y gloria; sus caminos son hermosos, y todas sus sendas, pacíficas.*

La tercera parte de la gloria esencial, que se llama *fruición,* corresponde a la caridad, porque entonces gozará por entero del que amó, y este gozar el ánima de Dios será con tanto gozo y tan llenamente, que sólo el mismo Dios complirá de tal manera sus deseos que, aunque estuviesen solos Dios y el ánima, no echaría menos cosa del mundo. Si de una manzana gozan los ojos mirando su hermosura, y gozan las narices oliendo su olor, y goza el tocamiento teniéndola en la mano, y se goza nuestra codicia poseyéndola, y se goza nuestro gusto cuando la comemos, de manera que casi todo el hombre goza de una manzana, ¿cuánto más te parece que será Dios nuestro Señor, más universal bien, para que en él halle todo el

[16] Matth. 5, 8.
[17] Prov. 3, 16.

hombre gozo? Tanto serán entonces estas cosas sobredichas más excelentes en el hombre, cuanto él mejor guardare las tres cosas que el rectísimo Dios le demanda en las tres partes del mandamiento del amor que corresponden al principio de nuestro bien, que en el baptismo recebimos, y al final bien soberano que ternemos si, guardando lo que nos es mandado, sospiramos a lo que nos es prometido, que aun todavía será más abundante que lo demandamos. Amén.

CAPÍTULO XVIII

Do se muestra por qué nos dió el Señor tan gran «Ley de amor», aunque no es por entero guardable en esta vida

Sobre ninguno de los mandamientos de Dios se pone duda si es guardable sino sobre el mandamiento del amor, ca todos los otros no tienen dificultad, sino sólo éste, al cual nuestro Redentor llamó grandísimo y principal mandamiento, cuasi espantándonos con estas palabras y haciéndonos dudar; porque quien apenas puede llenar la cosa grande, ¿cómo llevará a la grandísima? De importable dificultad parece que amemos al que nunca vimos; y no así con pequeño amor, sino que lo amemos *de todo corazón, y de toda ánima, y de toda nuestra memoria,* todos ocupados en su amor; lo cual importa gran movimiento de ánimo interior, con facilísima prontitud en amar, lo cual es imposible al que no tiene caridad, conforme a aquello del Filósofo: «Obrar las cosas que el justo obra, fácil cosa es; mas hacerlas de la misma manera que el justo las hace, difícil es al que no tiene justicia». Conforme a esto, dice San Agustín declarando aquello de San Juan: «Sus mandamientos no son graves. No son al que ama graves, mas al que no ama, graves son».

Si este mandamiento grandísimo del amor de Dios no tuviera más dificultad que los otros, junto con ellos se diera; mas aguardóse a dar al pueblo cuarenta años después que recibieron los diez mandamientos comunes, denotando en esto la gran perfección que se requiere muy de viejo para lo cumplir. Por las razones sobredichas y por la autoridad de San Agustín, que parece tener que no se puede guardar este mandamiento en esta vida perfectamente, suelen mover duda los doctores para inquirir si del

todo se puede guardar; y concluye Santo Tomás [1] y otros doctores que en la otra vida se cumplirá este mandamiento del todo y perfectamente, y en ésta se cumple imperfectamente y en parte, porque así como en parte conocemos a Dios, en parte lo amamos. Según esta respuesta, síguese que nos dió el Señor mandamiento que excediese nuestras fuerzas, lo cual dicen que hizo por nos mostrar el término a que habíamos de correr, aunque no emparejásemos con él. Nuestro término y el fin de la más alta perfección es *amar a Dios de todo corazón y de toda ánima y de toda nuestra memoria;* y esto nos manda nuestro Señor Dios para que siquiera conozcamos a lo que nos debemos esforzar y, conociéndolo, nos trabajemos de lo cumplir, como el caballero que no deja de pelear aunque ve serle dificultosísima la victoria, y que no podrá salir con ella, empero no deja de hacer todo lo que puede en servicio de su señor.

E según nota Santo Tomás [2], con mucha conveniencia se dice en el mandamiento del amor que amemos a Dios totalmente, aunque esto parezca convenir a los que guardan los consejos evangélicos, ca éstos hacen todo su poder para ser perfectos; empero, también es mandado a todo cristiano que ame a Dios totalmente, pues que le dicen que lo ame *de todo corazón y de toda ánima y de toda memoria,* y dase a entender en esta totalidad la infinita bondad de la cosa que nos mandan amar; porque si conviene que haya proporción entre cualquier amor y lo que con él se ama, esta proporción en ninguna otra cosa se pudo notificar sino en la totalidad de nuestro amor, que denota la total congregación de todos los bienes en Dios. Cosa común es decirse los hombres unos a otros *que se amen;* y si Dios no dijera más de esto, no conociéramos que habíamoslo de amar como a último fin y bienaventuranza nuestra. Así que nos demanda nuestro total amor, aunque por las muchas cosas que lo estorben no se lo podamos dar tan entero como el mandamiento suena, ca tenemos en nosotros *ley de pecado,* que contradice y detiene la *ley del amor;* para que no se cumpla por entero como nos es mandado la totalidad de nuestro amor, para que veamos que a ninguna cosa debemos extender del todo la vela de nuestro amor, sino a solo Dios, porque es nuestro acabado bien. Siempre, cuando nos llegamos por amistad a otra cualquier cosa, debemos tener las riendas al amor para que sea moderado; y cuando amamos a Dios, le debemos soltar la rienda enteramente

[1] *Summa Theol.*, 2-2, q. 44, a. 6.
[2] *Summa Theol.*, 2-2, q. 44, a. 4.

y ponerle las espuelas de la solicitud, porque vamos a más correr al sumo Bien que nos espera.

Item, fuénos mandado tan por entero que amásemos a Dios, aunque no podamos cumplirlo tan perfecta y cumplidamente, porque mediante este mandamiento grandísimo conozca más el amor sin medida que nos tiene nuestro Señor, porque no puede haber mayor señal que él nos ama ni lo podemos en cosa más conocer que en este mandamiento; ca como el Señor obre primero lo que nos manda que hagamos, señal manifiesta es que nos ama sobre manera, y por esto dice San Pablo que *la caridad de Cristo excede y tiene ventaja a la ciencia*, porque su amor que nos tuvo fué tanto, que no puede ser por entero sabido; empero, diónos tal mandamiento de amor que, viendo su grandeza, podamos conjeturar la inmensidad de donde sale. Aun a la letra del mesmo mandamiento grandísimo, si miramos en ella, veremos que lo cumplió Dios con nosotros, porque si nos manda que lo amemos *de todo nuestro corazón*, primero hizo él esto, cuando abierto su costado hirió y permitió herir por nosotros su Corazón y derramó sus entrañas; y si nos manda que lo amemos *de toda nuestra ánima*, él dió por nosotros la suya en las manos de sus enemigos, hasta expirar en la cruz; y si nos manda que lo amemos *de toda nuestra memoria*, él nos escribió en sus manos con su sangre, para que viésemos cómo no podía olvidar nuestro amor. Item, diónos tan grandísimo mandamiento de amor para que viésemos que a lo menos en el otro siglo santo podríamos tener puesto en Dios nuestro total amor, que es lo que más precian los justos, aunque en este siglo malo no lo puedan tan por entero cumplir. Item, fuénos dado este mandamiento tan grande para que a lo menos por esta forma conociésemos de cuánta excelencia sea el amor, pues Dios lo pide más que le puede ser en este mundo dado. Ca como en Dios no pueda caer engaño y precia tanto el amor, que lo pide con tantas circunstancias y totalidades *de corazón y ánima y memoria*, síguese que el amor debe ser aquella soberana riqueza de la cual dice el Sabio [3]: *Infinito tesoro tienen los hombres, y los que usan de él se hacen participantes de la amistad de Dios, por los dones de la disciplina de él encomendado*. Muchas alabanzas del amor se tocan en las palabras sobredichas, y la primera es decir que el amor es infinito; en lo cual no quiere decir sino que no tiene término determinado en esta vida, ca siempre puede más crecer el amor mientras vivimos; y la cosa que siempre queda potencia de más

[3] Sap. 7, 14.

crecer se puede decir infinita. según el Filósofo. Conforme a lo cual, decimos ser infinita la caridad, pues nuestro Señor le dejó resto abierto en esta vida, poniendo término a todas las cosas allende del cual no pudiesen más crecer, se acordó que no debía guardar esta ley el amor por ser tan excelente, sino que crezca todo cuanto quisiere en esta vida a su voluntad, que el mesmo Dios lo hará crecer a maravilla, conforme a lo que de él dice nuestro Señor al Padre de las muchas gentes, que es el amor, padre de las virtudes. *Yo soy Dios todopoderoso: anda delante de mí y sey perfectos, ca porné mi amistad entre mí y ti, y multiplicarte he mucho con vehemencia, y hacerte he crecer vehementísimamente con alianza sempiterna* [4]. ¡Oh ardentísimo Dios, amor mío. cuán amador eres de caridad, que aun al mal posiste términos y no quisiste que en esta vida tuviese límites tu amor! Porque tú mandas que crezca sobre todas las cosas para te amar a ti, que eres interminable bondad; y, por esto, el mandamiento de tu amor no tiene término, sino *que sea de todo el corazón*, aunque el corazón fuese mayor que los cielos, y *que sea de toda el ánima*, aunque tuviese más ánimo que los serafines, y *que sea de toda memoria*, aunque fuese sempiterna.

Si ninguna cosa es mayor que el vaso en que está puesta, y el corazón y el ánima y la memoria del hombre, que son vasos del amor de Dios, sean finitos y pequeños, síguese que el amor de Dios terná el término del vaso en que se pone. Si quieres ver cuán grande sea el corazón de los que mucho aman, mira que Ricardo dice: «Osadamente afirmo que sola una gota de la dulcedumbre del Espíritu Santo puede hacer lo que todo el mundo no basta: el corazón que no se harta con toda la copia del mundo, se embriaga llenamente con una gota de este dulzor». Cierto que aquel grande Alejandro, que pudo sujetar todo el mundo, no pudo satisfacer a su deseo, porque sujetado a sí el mundo, si aun hubiera otro mundo que él tuviera confianza de sujetar, no fuera a lo enseñorear con menor codicia, y si sujetado aquél hubiera otros y otros mundos, más le pudieran despertar el apetito que darle hartura. Piensa, pues, cuánta sea la anchura de aquella redondez de las tierras que dentro en nosotros tenemos, la cual no puede hartar todo este mundo por muy dilatado y multiplicado que sea. ¿No te parece haber errado los filósofos que llamaron al hombre *microcosmo*, que quiere decir *menor mundo*? ¿Por ventura no se debe decir con entera razón *mundo mayor* aquel humano ánimo

[4] Gen. **17, 1-2.**

que es sin duda mayor que el mundo, pues todo el mundo, cuando quier que sea dilatado o multiplicado, no lo puede hartar? Si esta redondez visible de las tierras se compara a la anchura de un corazón, parecerá un pequeño bocado que es lanzado en la boca del hombre interior, y después de lanzado cuasi no parece; empero, si te das a aquella interior dulcedumbre soberana y sospiras a la eterna y verdadera suavidad, mira lo que divinalmente te es mandado y para mientes lo que juntamente te es prometido [5]: *Dilata tu boca y henchirla he.*

Cierto que si tienes hambre de los terrenos placeres y tienes sed de los carnales deleites, mejor te es estrechar la boca que no dilatarla y retraer el deseo que no extenderlo, porque en ningún lugar hallarás con que lo puedas satisfacer ni hartar. ¿Qué otra cosa es aquella boca del hombre interior, sino el deseo del corazón? Porque henchir nuestra boca corporal, ni le sería a Dios mucho prometerlo, ni al hombre recebirlo, porque un dedo de pan la suele henchir; mas aquella boca del hombre interior, que es el deseo del corazón, nunca se harta ni se hinche sino de dentro con espirituales deleites; y bendito es el varón que de ellos hinchó sus deseos. Cierto que si tienes a la mano los espirituales deleites o los puedes haber, bien tienes con que hinchas tu boca y tu vientre y tu casa. Dilata, pues, el lugar de tu tienda, haz luengas tus cuerdas, extiende y no perdones; ca bastan harto con superabundancia los deleites del espíritu para henchir tu boca, y tu vientre, y tu tabernáculo; y, finalmente, que bastan para henchir aquella universal redondez de las tierras que está dentro en ti, de cuya anchura ya hemos dicho muchas cosas, empero no las podimos declarar dignamente.

Lo de suso, en sentencia, es de Ricardo, que ha comenzado a declarar la anchura del corazón humano, que es fuente del amor, según aquello de San Agustín: «En medio, sin duda, está el corazón del hombre, de donde brota la fuente del amor, y, cuando por el apetito corre a las cosas de fuera, se dice *codicia:* mas, cuando ordena su deseo a las cosas de dentro, se llama *caridad.* Luego dos arroyos hay que manan de la fuente del amor, *codicia* y *caridad,* y la raíz de todos los males es la *codicia,* y la raíz de todos los bienes es la *caridad*». En ser la caridad raíz de todos los bienes, según ha dicho este doctor, la podemos llamar infinita; porque si el pecado dicen que es infinito y recibe infinita y no finible pena, por ser hecho contra Dios infinito, ¿cuánto mejor convernán estas cosas al amor, pues tiene más participación con Dios que

[5] Ps. 80, 11.

no el pecado? Por tres razones prueba Santo Tomás [6] que la caridad se puede aumentar siempre más y más mientras dura la vida. Y la primera es de parte de la mesma *caridad*, que no tiene en sí término señalado, porque es una participación de la infinita *caridad increada* que es el Espíritu Santo, el cual se puede más y más participar, porque nunca dice su fuego: basta.

La segunda es de parte del sujeto en que se recibe esta *caridad*, que siempre crece en mayor capacidad, mientras más crece la caridad; de manera que mientras más amor tiene el ánima, crece más la habilidad en ella para más amar, dilatándose y ensanchándose el corazón; así que crece más el amar cuanto más crece el amor; y no es mucho que pongamos esto en el amor de Dios, pues que dice el Satírico que crece el amor del dinero cuanto crece el mesmo dinero. La tercera causa por que el amor de Dios es interminable en esta vida y puede siempre más crecer mientras más vivimos, es porque quien lo causa y cría en nuestra ánima es de infinita virtud, y este que lo obra en nuestra ánima es Dios nuestro Señor, que es de infinita virtud, ca nunca se cansa en causar ni obrar, mayormente amor, que es la cosa que él da de mejor voluntad, porque siempre se acuerda que lo hemos todo menester para cumplir su grandísimo mandamiento del amor.

Vistas las razones por que puede ser infinito el amor, fácil cosa es probar que este amor es *tesoro*, porque con el amor compramos el reino de los cielos, y los méritos de Cristo y de los santos y todos los bienes ajenos hacemos nuestros con sólo amarlos, según largamente probé en mi *Abecedario espiritual*. Los que usan de este tesoro que es la *caridad*, dice el Sabio que *se hacen particioneros de la amistad de Dios*, porque a esto se ordena el amor, si bien usamos de él, y para esto nos es dado, cuyo crecimiento está en el uso de él; y mientras más usamos del amor amando, más crece; y la causa por que tenemos poco amor es porque usamos poco el amar. ¡Oh cuánto se quiere usar el amor, y cuánto se quiere continuar, y cuán poco curamos nosotros de él! Mandaba nuestro Señor que usasen del fuego de su altar en los sacrificios que le ofreciesen, y que ningún sacrificio se le ofreciese sino con aquel fuego suyo; para nos dar a entender en esto que en todas las obras que hiciésemos habíamos de usar la caridad, obrando según ella; no crecerá en ti la caridad, aunque la tengas, si no la usas, porque ella, más

---

[6] *Summa Theol.*, 2-2 q. 24, a. 7

que todas las cosas, se quiere ejercitar y repetir muchas veces en el corazón.

Confusión grande es a los cristianos que tienen, según dice San Agustín, *ley de amor,* dada, no por hombre tartamudo, sino por el predicador de amor, Cristo, que tanto nos encargó el amor; y, con todo esto, según dice una *Glosa,* solían los hebreos repetir cada día dos veces el grandísimo mandamiento del amor divino, y nosotros, siendo más obligados que no ellos a amar a Dios, ni repetimos este mandamiento dos veces al día, ni aun dos veces al mes, ni en el año. No parece, según somos tibios, sino que arrinconamos la caridad que recebimos en el baptismo y la encerramos con siete llaves, como el siervo malo que escondió el talento de su señor. No de esta manera, hermanos, sino que la candela de nuestra caridad se use y resplandezca en todas las cosas que están en la casa de nuestro cuerpo, ca mientra más se usa crece más y alumbra más.

Porque hay mucho que decir de la amistad de Dios que mediante la caridad participamos, se quedará para otro lugar; bástenos al presente saber que por ninguna otra vía podemos alcanzar su amistad, sino por amor, ca no es nuestro Señor como los hombres, a los cuales engañamos fingiendo que los amamos, y así les robamos a las veces su amor, y otras veces se lo compramos por algún servicio que se nos antoja hacerles, aunque no les tenemos amor; y así nos aman sin ser de nos amados. Mas como nuestro Señor no puede ser engañado, ni tenga de nos necesidad, solamente vende su amistad por amor; y de aquí es que el Sabio dijo ser el amor *tesoro infinito, mediante el cual nos hacemos particioneros de la amistad de Dios,* si lo usamos comprando con él la amistad de Dios. ¡Oh, cuán mal comprada es el amistad que no se compra por amor! Si por ella diere el hombre toda la sustancia de su casa, no va bien comprada faltando el amor; ca, en esta feria, no pasa otra moneda sino amor; y este amor no ha de ser interesal, sino muy libre y exento de todo precio; lo cual quiso notar el Sabio diciendo *que se hacían particioneros por los dones de la disciplina de él encomendado.*

No hay cosa más encomendada ni más alabada en la Sagrada Escritura que el amor, ni cosa que los santos más ensalcen; y porque todos han sido con razón prolijos alabando la caridad, solamente notarás al presente este original de San Agustín, que dice en su alabanza: «*Caridad* es, según a mí me parece, una recta voluntad del todo apartada de todas las cosas terrenas y presentes, junta inseparablemente con Dios y unida; encendida con un fue-

go del Espíritu Santo, de quien ella viene y a quien se refiere; extraña de todo ensuciamiento; no sabe qué cosa es corrupción, ni está obligada a interese; levantada sobre todas las cosas que se aman carnalmente; la más poderosa de las aficiones; codiciosa de la divina contemplación; invencible en todas las cosas; la suma de las buenas obras; salud de las costumbres; fin de los celestiales mandamientos; muerte de los vicios; vida de las virtudes; fuerza de los que pelean; palma de los victoriosos; armas de las ánimas santas; causa de buenos merecimientos; premio de los perfectos; sin la cual ninguno agradó a Dios; fructuosa en los penitentes, alegre en los aprovechantes, gloriosa en los perseverantes, victoriosa en los mártires, doctora en los confesores, casta en las vírgenes, obradora todos en los fieles, por la cual vive cualquiera obra de bien».

Lo de suso es de San Agustín, que, queriendo definir la *caridad,* ha dicho en breve muchas alabanzas suyas, para nos la encomendar y encargar conforme a San Pablo, que dice a los de Corinto [7]: *Seguid la caridad y remedad las cosas espirituales.* Y a los mesmos dice [8]: *Todas vuestras obras sean hechas en caridad.* Y a los de Efeso dice [9]: *Echad raíces en la caridad y fundaos en ella.* Y en otro capítulo, consigo los provoca, diciendo [10]: *Crezcamos en caridad;* y también les dice [11]: *Andad en el amor.* Y por los Filipenses ruega, diciendo [12]: *Suplico que vuestra caridad abunde más y más;* y a los Colosenses dice [13]: *Sobre todas las cosas, tened caridad;* finalmente, que todos los evangelistas y apóstoles, con el mesmo Cristo, amador nuestro, no se detienen en otra cosa, sino en alabarnos y encomendarnos la caridad y el amor suyo; y por esto dijo el Sabio que el amor era alabado, y no señalado de quién, ni de qué, porque no se pudiera decir en breve.

La disciplina de este amor son todas las virtudes; porque así como la teología se sirve de todas las ciencias, como de doncellas suyas, en la escolástica disciplina, así el amor de Dios, que es teología usual, se sirve de todas las virtudes en la disciplina de las buenas costumbres. Los *dones* de aqueste amor son aficiones y deseos y ardores del corazón y todas las entrañas que se dan con el amor;

---

[7] I Cor. 14, 1.
[8] I Cor. 16, 14.
[9] Eph. 3, 17.
[10] Eph. 4, 15.
[11] Eph. 5, 2.
[12] Phil. 1, 9.
[13] Col 3, 14.

y llámanse *dones* los del amor, y no los otros servicios que el hombre hace a Dios, porque en el solo amor somos tan libres, que aun Dios no puede forzar nuestra voluntad, si ella libremente no se le quiere dar. Esta libertad tan grande con que Dios nos quiso hacer tan señores de nuestro amor, que aun de sí mesmo parece que nos exentó y hizo francos, no fué sino para que viéndose libre el ánima ofreciese su amor como cosa más amada al Señor, porque lo que es más nuestro solemos más amar; y aun de aquí pienso ser, como nuestro Señor enriqueciese a los hebreos con las joyas de los egitanos, no les quiso hacer de ello mención cuando dijo a Moisén que ofreciese joyas al pueblo para la obra del tabernáculo, antes dijo [14]: *Todo hombre voluntario y con inclinado ánimo, ofrezca primicias al Señor.* E síguese luego: *Ofrecieron con ánima potentísima y devota primicias al Señor.*

En tal manera nos dió nuestro Señor en nuestra libertad el amor, que nos hizo señores de él muy por entero, para que de nuestra cosecha tuviésemos que le dar, como quien le hace servicios o como quien compra de él; y en este amor, que es más propio nuestro, hace Dios gran hincapié en su grandísimo y principal mandamiento, donde nos obliga a lo amar *de toda ánima, corazón y memoria,* porque, viéndolo nosotros tan codicioso de este amor, sintamos cuán excelente cosa es. Dice también un doctor que este mandamiento del amor se dió tan grande por Cristo nuestro Salvador, que lo cumplió muy perfectamente dende el instante que fué concebido, ca él dice que vino a cumplir la ley, cuyo mandamiento consiste en amor, según dice San Pablo.

Cristo, pues, guardó por entero este mandamiento, y aquél lo guarda mejor, que más se conforma con él de todo su corazón: amó Cristo a Dios, pues que las cuatro pasiones de su corazón no se movieron sino en Dios; y de toda su ánima, pues las tres potencias de ella nunca de él se apartaron; y de toda su memoria, pues Dios la tenía ocupada; empero, esto hallarás más a la letra en la cruz, do está su corazón hendido y su ánima entregada, y su memoria ocupada, y sus fuerzas todas gastadas por Dios. Ni es inconveniente, según dice un doctor, que por Cristo se alargase Dios tanto en este mandamiento del amor, que sólo su Hijo hecho hombre pudo cumplir perfectamente; porque, cuando una persona es notable, por ella sola suele hacer Dios ley particular, como parece en nuestra Señora, por la cual sola añadió nuestro Señor una condición a la ley de la purificación, y quedó dende allí

---

[14] Ex. 35, 5.

por la ley [15]: que *si alguna mujer no concibiese de varón, no fuese obligada ella ni su hijo a se purificar;* y de esta manera, en la *ley del amor*, de que hablamos, se añadió por amor de Cristo lo que a nosotros no toca en esta vida, que es aquella perfecta totalidad del amor por entero; y podríamos decir que así como en las otras cosas suple el cumplimiento de Cristo nuestras faltas, así en el presente mandamiento suple con su cumplido amor la falta del nuestro, si, empero, nos esforzamos en cumplir todo lo que pudiéremos, del grandísimo mandamiento del amor de Dios, que a todos obliga.

CAPITULO XIX

De cómo la grandísima ley del amor es por entero guardable en esta vida

Porque no te desagradase mi opinión sola, te quise primero poner lo que comúnmente se tiene en la guarda de esta ley o mandamiento del amor divino, y es que no se puede por agora guardar perfectamente. Puesto que las razones con que probé esto tengan mucha apariencia, y los que hablan en ello hayan buscado con qué satisfacer a las conciencias, la mía nunca se ha satisfecho del todo en este caso, porque estas distinciones de *perfecte* y *imperfecte* en cosa que tanto obliga, y otras cosas que otros muchos hacen, no me agradan en los mandamientos de Dios, ni en el del amor; porque si éste guardamos imperfectamente, ¿cuáles irán los otros, que de éste han de tomar su cumplimiento? El Salvador dice que *si lo amamos, guardemos sus mandamientos;* luego síguese que si imperfectamente lo amamos, imperfectamente los guardaremos; y así, no sólo en este mandamiento, sino en los otros nos podremos excusar con nuestra imperfección; lo cual no sé si se acogerá en el juicio, do daremos cuenta de una palabra ociosa. Si, según el Salvador dice, el mandamiento del amor del prójimo es semejante a este del amor de Dios, también podríamos mover sobre la cuestión y acogernos a distinciones no necesarias, que más favorecen la relajación que la perfición. Así que diría yo (salvo siempre el mejor juicio) que este mandamiento del amor es guardable *absolutamente* de la manera que las pala-

15 Lev. 12, 2 ss.

bras suenan; ca como el hombre sea libre mayormente en el amor, cosa manifiesta es que lo puede dar a quien quisiere, ca de otra manera no sería libre.

A cualquiera cosa del mundo que te agradare, puedes aplicar todas tus fuerzas y aficiones cuando quisieres, y no menos al amor de Dios que a todas las otras cosas; porque, según dice San Ambrosio, nuestro Señor favoresce más a los suyos, si de corazón se llegan a él, que no el demonio a los que lo sirven. Si cumplimos la ley del amor, nuestro Señor se terná por contento, porque no quiere él más de nosotros; y la manera como fácilmente la podamos cumplir, toca San Pablo, diciendo[1]: *El que ama a su prójimo, cumplió la ley*. Mira cuán fácil es de cumplir el grandísimo mandamiento del amor, que con amar a tu prójimo se dice que lo has cumplido. Lo cual declara la *Glosa* sobre este paso, diciendo: «Como sean dos los mandamientos de la caridad, muchas veces se pone el uno por entrambos, porque ni Dios sin el prójimo, ni el prójimo se ama sin Dios; el amor del prójimo parece en las obras, y el amor de Dios está más secreto, y, por tanto, pone especialmente el Apóstol este amor del prójimo, del cual dice el Señor[2]: *Mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros*. Adonde aquel mandamiento mayor del amor de Dios parece que se disimula; empero, los que bien entienden en cada uno, los hallan ambos, porque el que ama a Dios no puede menospreciar al que Dios manda ser amado, y el que santa y espiritualmente ama al prójimo, ¿qué ama en él, sino a Dios? Pues que, amando al prójimo, cumplimos la ley del amor, según dijo San Pablo. Porque como la *Glosa* ha declarado, amamos en el prójimo a Dios, bien parece que se puede guardar muy bien el gran mandamiento del amor.

Item, el que ama sus enemigos por amor de Dios, cosa manifiesta es que cumple el mandamiento del amor de Dios muy por entero; ca de otra manera no se dirían los tales hijos de Dios, según aquello del Señor, que, después de haber amonestado a los suyos que amasen sus enemigos, y traídoles por ejemplo el Padre celestial, que llueve sobre malos y buenos, concluye diciendo[3]: *Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto*. Sobre esto dice la *Glosa*: «Mirad hasta qué alteza ensalza Cristo a los suyos». Y otra *Glosa* dice que quiso decir Cristo a los suyos: «Sed perfectos en la caridad de Dios y del prójimo, porque alteza de perfección es amar también los enemigos y orar por ellos, como lo hizo Cris-

[1] Rom. 13, 8
[2] Ioan. 13, 34
[3] Matth. 5, 48.

to». La tercera *Glosa* dice que quiso decir el Salvador: «Sed vosotros perfectos, guardando la ley evangélica, que es *ley de amor*, como vuestro Padre celestial, que no deja de hacer beneficios a los malos, ni la malicia de ellos impide su largueza». Soberbia perfección me parece a mí que tiene en amar, según estas *Glosas* han dicho, el que ama sus enemigos; lo cual no procede sino de mucha abundancia de amor de Dios, porque como el amor sea muy asimilativo, cuanto uno más ama a Dios, en las cosas trabajosas se procura de conformar a él, porque así se muestra claramente el amor que debe creer a las obras y más a las más dificultosas; y a mí me parece que en toda la ley de gracia no hay paso que se pase con más trabajo que amar hombre su enemigo, y por esto habíamos de mover cuestión sobre este amor, dudando si podremos amar nuestros enemigos como nos es mandado, lo cual veremos adelante.

Cristo nuestro Redentor dió, según vimos, este grandísimo mandamiento del amor, y él mesmo dice que [1] *ninguno tiene mayor amor que poner el ánima por sus amigos;* y como hayan muchos puesto por Dios sus ánimas a tormentos y sus vidas a la muerte y muchos deseen hoy día hacer esto con increíble ardor de caridad, bien parece que cumplen perfectamente este mandamiento, porque Dios no quiere de nosotros mayor señal de amor que ésta, pues ninguno, según dijo Cristo, la puede tener mayor. Si las obras de fuera dan manifiesta señal de lo de dentro, cuando andamos sin malicia, cosa clara es que a la gran señal de fuera responde en el corazón con gran amor; y pues no hay mayor señal de amor que poner la vida por Dios, bien se cree que los que han hecho esto cumplieron este mandamiento por entero; ca, según dice la *Glosa*, nuestro Salvador dió definición en las palabras sobredichas, declarando la plenitud del amor que mandaba que hubiese entre los suyos.

Las muchas cosas que amamos, piensan algunos que estorba el amor de Dios, como sea al revés, que antes lo favorecen, porque así como una verdad no contradice a otra, así un buen amor no contradice a otro; y, por tanto, aunque, como dice San Buenaventura, sea imposible a los viadores amar a Dios sin amor extraño, no por eso se sigue que no podamos aquí cumplir muy por entero el gran mandamiento del amor, si queremos, pues que ningún buen amor lo impide, sino que lo favorece, porque el mesmo Dios nos manda amar, aun con su amor, muchas cosas que no son Dios. Viendo algunos que nos manda el

[1] Joan. 15, 13.

Señor que lo amemos de todo corazón y memoria y ánima, piensan que en demandarnos todo el amor nos estorba que no amemos sino a él, como seamos también obligados a amar todas sus cosas. No se disminuye el amor de Dios por amar otras cosas con él, si en amar guardamos la orden que debemos; y si dice San Agustín que menos ama a Dios el que con él ama alguna cosa, entiéndese cuando aquello que es con Dios amado no es a él agradable, ca no es de creer que se enoje el padre porque con él amamos a sus hijos o cualquier cosa suya. Acrecentamiento del divino amor es amar todas las cosas por haberlas criado Su Majestad y porque las ama él; ca si se dicen ser lazos las cosas visibles, esto no es según se sigue, sino a los pies de los insipientes que las aman sin orden; mas los que saben amar, de ellas hacen leña para encender más el fuego del amor.

Si este grandísimo mandamiento del amor no se pudiese guardar por entero en esta vida como uno de los otros y se tuviese esto por cosa averiguada, no sé para qué habían de mover cuestión los doctores, en que demandan si puede pecar el amor de Dios por ser mucho en exceso; y Gersón, sobre los Cánticos, concluye que sí, con ciertas distinciones que pone en amar; lo cual en ninguna manera podría concluir si nosotros no pudiésemos cumplir el gran mandamiento del amor. Por las razones susodichas y otras que adelante verás, me parece que es muy guardable y que del todo se puede cumplir este mandamiento en esta vida como la letra suena; y porque las razones que arriba posimos, en que se mostraba muy dificultoso, no te espanten, es bien desatarlas, porque con más confianza nos esforcemos a lo cumplir.

Díjose que amar a Dios de toda ánima y corazón y memoria importaba gran prontitud en amar, porque para esto es menester vehemente movimiento interior. A lo cual se responde que en el mesmo mandamiento se moderan estas cosas; ca debes saber que los vicios y malos usos apocan y enflaquecen para el bien nuestro corazón y ánima y memoria y cuantas fuerzas tenemos, de manera que cuanto más te dieres a las cosas mundanas ternás menos habilidad para las cosas de Dios. Y de esta manera podemos decir, conforme Isaías, que los más poderosos en el mal son menos poderosos en el bien, no porque pierdan la libertad, sino que por estar muy habituados a una cosa tienen muy poca habilidad para su contraria; según lo cual decimos que tienen gran corazón y gran ánima y gran memoria los virtuosos, porque las virtudes engrandecen al hombre y cuasi hacen dar

de sí al corazón, que es como guante, porque untado con buenos aceites y calzándoselo da de sí; y lo mesmo es de la memoria y del ánima, no porque un ánima sea mayor que otra, como un cuerpo es mayor que otro, sino porque un ánima puesta en el amor mundano se encoge como correa en el fuego y parece ser cada día menos en fuerzas, porque, como otro Sansón, pierde sus cabellos y con ellos las fuerzas.

Cabellos del ánima son sus altos deseos y sotiles pensamientos, que se ordenan a las cosas celestiales. Según esto, el que tiene pequeño corazón, si con todo él ama a Dios, cumple por entero este mandamiento del amor; y el que tiene mayor corazón, como talento doblado, cumple también este mandamiento si con todo él ama al Señor; y lo mesmo has de entender del ánima y de la memoria; así que en mandarnos Dios que lo amásemos de todo corazón tuvo respecto a nuestra pequeñez, y contentándose con ella pide todo ese poco amor que tenemos y cuasi a todos quiso proveer con un mesmo mandamiento, que puede cumplir dende un niño recién bautizado hasta el más alto santo del cielo, cada uno en su manera, según los dones y gracias que ha recibido y el poder que tiene para amar. Lo cual se figura, según dice San Gregorio, en los vasos del templo, que eran diversos en cantidad, y cada uno servía según su capacidad; y esto también se figura en la obra del tabernáculo, para el cual ofrecían todos, cada uno en su manera, con deseo de más poder ofrecer; y de esta manera, cuando amas al Señor con ese pequeño corazón y poder flaco que tienes y deseas poder más amarlo y tener mayor corazón para con más fuerza lo abrazar, cumples el gran mandamiento del amor con tu pequeño corazón, porque, según dice San Gregorio, «mucho da quien todo lo da». Conforme a esta razón, dice David [5]: *Mi ánima desea desear tus justificaciones en todo tiempo*. Sobre esto dice San Agustín: «Mirad los grados por que venimos a las justificaciones; ca el primero es que vean cuán útiles son y honestas y luego que se desee el deseo de ellas, y finalmente que, creciendo la lumbre y la sanidad, deleite al hombre la operación de ellas, cuya sola razón antes deleitaba». Lo de suso es de San Agustín. Donde has de notar que *justificaciones* son obras de amor, ca ninguna otra cosa por sí justifica al hombre si falta el amor de Dios que se demanda en el gran mandamiento, según nuestra capacidad y no según nuestro Señor merece ser amado, porque ninguna

[5] Ps. 118, 20.

criatura lo puede amar según él merece. Si bien miras en ello, hallarás que por templar Dios el mandamiento del amor puso en él que lo amásemos *de todo corazón y memoria y ánima*, porque si solamente dijera que lo amáramos con una onza de amor, viéranse en aprieto los que tenían pequeño corazón, que apenas puede caber una gota de amor; y por esto dice nuestro Señor que lo amemos *de todo corazón*, dando en esto a entender que él se tiene por satisfecho con nuestra poquedad si no damos parte de nuestro corazón a cosa que a él desagrade. De ninguno se dice en la Escritura que haya muerto por tener pequeño corazón, y muchos murieron por tener diviso el corazón; en lo cual se da a entender que siempre vive el cristiano que da todo su corazón a Dios, por chiquito que sea; y, según San Juan [6], *aquél vive que ama, y el que no ama permanece en muerte*. Lo que se ha dicho del corazón, entiende también *del ánima y de la memoria*.

Bien conocemos que en el cielo se cumplirá con más amor este mandamiento, porque ternemos allá la gracia mayor y más intensa, y el corazón más dilatado, y más magnificada el ánima, y la memoria más ocupada con la presencia de Dios; empero, esto no quita que en esta vida no se pueda cumplir muy por entero este mandamiento. A la autoridad del Filósofo y a las otras decimos que no pensamos amar a Dios sin amor, antes confesamos que, pues él nos infunde amor y nos manda que lo amemos de todo corazón, ánima y voluntad, ser cosa muy posible; ca si no creyésemos ser esto cosa posible, por ventura caeríamos en la adjuración de San Jerónimo, que maldice los que dijeren que nuestro Señor nos manda cosas imposibles. A lo que dicen que si este mandamiento se pudiera cumplir como los otros junto con ellos se diera, decimos que se dió en equivalencia junto con ellos, aunque no por las propias palabras, que después lo declaró más por extenso; y que se haya dado junto con los diez principales mandamientos parece claramente; porque si el que guarda los diez mandamientos cumple el gran mandamiento del amor y tiene entrada a la vida perdurable, bien parece que allí secretamente se incluye este mandamiento. Y no solamente decimos haberse dado allí por estar incluído en los diez mandamientos, que fueron, según dice Santo Tomás, glosa de aqueste mandamiento grandísimo del amor; mas decimos también que en estas palabras se

6 I Ioan. 3, 14.

hizo expresa mención del mandamiento del amor[7]: *Yo soy el que hago misericordia en millares a aquellos que me aman y guardan mis mandamientos.* Estas palabras dice nuestro Señor, entre los tres mandamientos que pertenecen a la primera tabla; en las cuales da a entender manifiestamente que más da el premio por el amor que le tienen que por los otros servicios que le hacen; y de aquí es que dijo hacer él misericordia prolija con los que lo amaban, y porque este amor se ha de mostrar en la obra, añadió que hacía esta misericordia con los que guardaban sus mandamientos. Conforme a lo cual dice Cristo[8]: *Si alguno me ama guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y a él vernemos y moraremos en él.*

Finalmente, si dices que no sin misterio se llama grandísimo este mandamiento, bien lo conocemos; mas su grandeza no la has de aplicar a dificultad, sino a dignidad, como la aplica la *Glosa interlinear*, según la cual, *grandísimo* querrá decir *dignísimo*, como decimos *que* San Juan es *grand'simo santo*, aunque haya sido pequeño de cuerpo. Si *grandísimo* quisiera decir *gravísimo*, no dijera San Agustín lo que se sigue: «Toda la grandeza y anchura de las divinas palabras posee segura la caridad con que amamos a Dios y al prójimo, la cual es raíz de todos los bienes. Donde en estos dos mandamientos depende la Ley y los Profetas; pues si no tienes vacación para escudriñar todas las Sagradas Escrituras y desees volver todos los secretos de los sermones, ni penetrar todos los escondimientos de las cosas escritas, ten caridad, de donde dependen todas las cosas; ca fin de todas las cosas es el amor de Dios y del prójimo». Aquí, como cosa más fácil, aconseja este santo la caridad; el cual dice en otra parte que nos dió el Señor este *mandamiento* porque todos lo pudiésemos cumplir: los cojos, y los enfermos, y los ciegos, que no pudieran hacer otras obras corporales por ser dificultosas, y pueden amar, porque es cosa fácil.

Si mirásemos la intención de San Agustín, bien podríamos afirmar que *grandísimo* quiere decir en el caso presente *facilísimo*, porque si este santo cree al que dice que no puede ayunar ni ser religioso y no cree al que le responde que no puede amar a sus enemigos, menos creerá al que le dice que no puede amar muy perfectamente a Dios, pues que al amor de Dios convidan muchas causas, y muchas cosas nos impiden sobre manera el amor de los enemigos; y el mesmo santo dice: «El

[7] Ex. 26, 6.
[8] Ioan. 14, 23.

amor es dulce palabra; empero, es más dulce obra». Y en otra parte dice: «Ninguna cosa hay más dulce que el amor». Pues que la dulcedumbre con que el ánima se deleita en lo que obra hace fáciles todos los trabajos, y no hay cosa más dulce que el amor, síguese que no hay cosa más fácil que el amor. Dícese también *grandísimo* este mandamiento del amor porque el amar es la mejor obra que el ánima puede hacer y porque contiene en sí virtualmente todas las otras obras. Donde has de notar que así como se dice *grandísimo* el ser divino, porque contiene en sí con gran eminencia todas las otras cosas, así el amor se dice *grandísimo* porque contiene en sí todas las virtudes, no sólo en desearlas, sino en causarlas.

Dejando agora de tratar por qué se llama este mandamiento *grandísimo*, baste haber probado que esta grandeza no se ordena a dificultad, sino antes a facilidad. En diciendo Cristo que era *grandísimo* este mandamiento, dijo que también era el primero, dando a entender que lo habíamos de cumplir primero como cosa más fácil; de manera que debe todo cristiano tener intento de amor en cualquier cosa que hace; porque no le vale nada la rama de la buena obra si no sale de la raíz de Jesé, que es encendimiento de amor. El fin de tus obras ha de ser amor, y este fin, según dice el Filósofo, has de tener primero en la intención. Aunque las razones susodichas prueben cuán fácil cosa sea el amor, puédese también ver esto parando mientes al amor que cada uno tiene a sí mesmo; ca ninguno hay que no se ame de todo corazón y de toda ánima y memoria; lo cual, por ser así tan de verdad, no curó el Señor de mandarnos que amásemos a nosotros mesmos, viendo que cada uno tiene de esto harto cargo; antes nos es puesto este amor que a nosotros tenemos por ejemplo, para que según él amemos nuestros prójimos. Así que, pues tan sin trabajo nos amamos, tan sin mirar en ello y tan sin pena y tan continuamente, bien parece que el amar es cosa fácil y que ligeramente podremos guardar este mandamiento grandísimo del amor de Dios, aplicando a él todas nuestras fuerzas.

Puede alguno responder a esto que mucho va del amor natural, que es sin deliberación, al que Dios nos demanda, que es libre; a lo cual se podría decir que pues no mirando amamos, tanto mejor y más amaríamos si mirásemos en ello con solicitud y aviso. Y si la naturaleza ayuda al amor natural, la gracia, que es más, ayuda al amor deliberado; conforme a lo cual dice San Ambrosio a unos que había convertido a la fe: «No

amo menos a vosotros, que engendré en el Evangelio, que si os engendrara en matrimonio, porque no es más vehemente la naturaleza para amar que la gracia». No hay duda sino que la conversación de las cosas presentes, carnales y terrenas inclinan mucho nuestro amor a la tierra; empero, si, según debemos, lo ejercitásemos en las cosas espirituales de Dios, seríamos tan provocados y atraídos de ellas que dijésemos con San Bernardo en persona del ánima que guardaba bien este mandamiento: «No deja de saber que la honra del rey ama el juicio; mas el atrevido amor ni demanda juicio, ni se tiempla por consejo, ni se refrena con empacho, ni se sujeta con razón, ruego, suplico, demando [9]: *Béseme con el beso de su boca*». No digamos, pues, que es justo nuestro Dios mandándonos más de lo que podemos, pues conoce nuestra flaqueza y, según dice Gersón, nunca nos manda cosa que tenga en sí mucha dificultad; y, si nos parece grave el mandamiento, creamos ser poderoso el que nos manda y tener voluntad de nos favorecer todo lo posible, mayormente en este caso tan suyo; ca de otra manera, no parecería sino enlazarnos o vedarnos que no hiciésemos por entero lo que nos mandaba; lo cual, pues no es de presumir de Señor tan piadoso y tan puesto en aprovecharnos, digámosle con intención de cumplir por entero su mandamiento aquello de San Agustín: «¡Oh amor que siempre ardes y nunca te apagas cesando! ¡Caridad, Dios mío, enciéndeme! Mandas continencias; da lo que mandas, y manda lo que quisieres».

Amemos, pues, a nuestro Señor de todo corazón, ánima y memoria, amando también otras cosas muchas por él y con él; ca no es Dios tan enemigo de buena compañía que nos mande amarlo a él solo sin otra cosa alguna, porque esto ni aun en el cielo se hace, donde con gran fervor permanece el amor de otras muchas cosas con el de Dios, amadas por él; y aquí solamente nos veda el Señor amar lo que no se puede referir a él, y nos manda que amemos en él otras muchas cosas, ordenándolas al amor de Su Majestad como quien las lleva de camino a Dios; y así podemos amar todas las cosas que son reducibles a Dios, sin quebrantar en algo este mandamiento, pues que el Señor las crió y él mesmo las ama, y nos las dió como joyas que da el esposo a la esposa para que más lo ame viéndolas.

La última razón que a mí, con las ya dichas, me con-

---

[9] Cant. 1, 1.

vence a tener por muy guardable perfectamente aqueste grandísimo mandamiento del amor es ver que las *Glosas* que los doctores le dan son muy guardables, y pues no se apartan del mesmo mandamiento, también será él muy guardable. La *Glosa* de San Bernardo dice: «No ser atraído con halagos, ni ser engañado con falsedades, ni ser quebrantado con injurias, es amar a Dios de todo corazón, y con toda el ánima, y con toda la virtud». Y San Agustín dice que el que tiene caridad en las costumbres, aquél tiene lo que se muestra y lo que está secreto en las divinas palabras. Y San Gregorio dice: «Si lo que queremos que rectamente nos sea dado partimos con los otros y nos apartamos de hacer a los otros lo que no querríamos que fuese hecho a nos, entonces guardamos inviolables los derechos de la caridad». Bien muestra aquí San Gregorio que podemos guardar por entero inviolablemente el mandamiento del amor, lo cual también tiene San Agustín, donde dice: «Ninguna cosa hay tan dura ni tan de hierro que no se venza con el fuego del amor; con el cual, arrebatándose el ánima en Dios, volará libre y admirable sobre toda la naturaleza de la carne con alas muy hermosas y enterísimas, con las cuales el amor casto se esfuerza por abrazar a Dios». Y San Cipriano dice: «Si imposibles fuesen, Señor, tus mandamientos, o cargados con muchas dificultades, o tu voluntad fuese así secreta que no pudiese ser de nosotros entendido lo que nos pide tu alteza; aunque ninguno peque contra su voluntad, podría, empero, con muchas razones excusar su delito, si no nos hubiesen proveído en esto la moderación del mandamiento, y el conocimiento de la verdad, y la distinción de las cosas que hemos de hacer con autoridad conocible, y si juntamente no se abrazasen la posibilidad, y la facilidad, y la ciencia, y el poder. Mandásteme, Señor, que te ame aquí, y puédolo hacer, y débolo hacer, y mandas que sea todo obligado a ti de dentro y de fuera; y del prójimo mandas que lo abrace a la medida mía». Lo de suso es de San Cipriano, donde muestra abiertamente cuán fácil y posible es el mandamiento del amor que aquí nos demanda Dios.

Por hacer la salva a algunos doctores antiguos, que parece querer sentir que este dignísimo mandamiento del amor no se podía cumplir por entero en esta vida, te quiero poner aquí una forma cómo han de ser entendidos, sin contradicción de lo que tenemos dicho. Las ánimas, según dice el Filósofo, siguen los cuerpos, porque obran según hallan dispuestas las potencias y órganos corporales, y también siguen el movimiento de la

caridad, que es instrumento del Espíritu Santo, para mover el ánima y disponer no solamente sus inmediatas potencias, sino también las fuerzas del corazón que, amándose, disponen más al amor. Y como amando al Señor se acreciente el amor y la gracia, cada día podemos crecer en amor de Dios; y de esta manera, aunque hoy cumplamos este mandamiento, si tenemos respecto y miramos lo que después podemos amar, diremos que no lo cumplimos enteramente, pues que, acrecentado el amor, se puede acrecentar el amar, por el uso y la gracia que sobreviene; y así como siempre en esta vida podemos crecer en la virtud, podemos crecer en amar. Y porque acrecentados los dones se nos acrecienta la cuenta que hemos de dar de ellos, cada día debríamos más amar, si somos los que debemos, pues tenemos más habilidad para ello, y en alguna manera tenemos también más obligación de amar más a Dios, pues con sus dones crece en nosotros más el poderlo amar, y se nos va cada día facilitando la potencia del amor más ligeramente para cumplir con más amor este mandamiento. Lo cual, como dura por esta orden hasta la otra vida, dicen algunos que allá se podrá enteramente cumplir este mandamiento, donde, recebida toda la gracia que nos ha de ser dada, no creceremos más en méritos; allí permaneceremos amando de una manera para siempre, teniendo la gracia consumada a que somos ordenados, que es la gloria, donde estará el sol de nuestro entendimiento en su propio lugar, que es Dios; y la luna, que es nuestra voluntad, estará en su crecimiento muy llena de amor, sin ya mudarse de más a menos; y no causarán en el cuerpo las generaciones y corrupciones que solían mientras vivíamos en la tierra, donde se engendran nuevos deseos cada día y se hacen diversas mutaciones ajenas de aquel quietísimo estado de la gloria, aunque muy convenibles a este en que vivimos, donde siempre debríamos crecer en amor, amando más un día que otro, pues podemos, según dije. Así que hoy se puede cumplir tan perfectamente aqueste mandamiento como mañana, aunque hoy amemos menos que mañana; lo cual se puede decir de todos los días que vive el hombre sobre la tierra; de manera que siempre en esta vida se puede cumplir y siempre queda que cumplir, pues que siempre con los dones y el amor crecemos en más poderlo cumplir hasta la otra vida, do no podremos más crecer de cada día, como aquí. Podríase poner ejemplo de aquesto en un cirio que fuese igualmente desigual en cera y en pábilo, el cual, comenzando a arder por lo más delgado, siempre arde según todo lo que entonces

puede, aunque siempre puede más arder, si se mira lo que queda, como de hecho acaece.

Pues que así es, di, ánima mía, a tu Dios amado, con David, hablando de la ley del amor[10]: *Guardaré, Señor, tu ley siempre en este siglo y en el siglo del siglo.* Sobre esto dice la *Glosa interlinear*, que es de San Agustín: La plenitud de la ley es la caridad, que en este siglo y en el que está por venir es guardada de los santos. Bienaventurado es el que puede decir con el profeta hablando de este gran mandamiento del amor[11]: *Vi el fin de toda la perfección; muy ancho es tu mandamiento.* El fin de toda la perfección es amar a Dios de todo corazón, ánima y voluntad, y porque también este amor se estiende a amar los enemigos, dice David que *es muy ancho el mandamiento de la caridad*, haciendo más dificultad en esto que no en lo primero, porque cosa muy fácil es amar a Dios con todo cuanto tenemos, pues que él nos lo dió para esto, y él obra más en nuestro amar que nosotros mesmos. Con mucha oportunidad podrías aquí preguntar el cómo se ha de guardar aqueste gran mandamiento; lo cual, aunque adelante se diría, hallarás en la *g* del *Primer Abecedario*, y en la *a* del *Segundo*, y en la *r* del *Tercero*, y también me trabajé por declarar esto en el otro libro que se llama *Norte de los Estados*, aunque en ninguna parte quise repetir lo que dije en las otras.

CAPITULO XX

En que se pide si el hombre puede cumplir la gran ley del amor con solas sus fuerzas naturales, bien ordenadas

Acontece hoy día a los predicadores como a los mercaderes, que o tienen mucha codicia o no han mucha gana de vender; los cuales piden tanto por su mercaduría, que el merchante no le da nada por ella, ni se la pone en precio viéndola tan cara, y con una manera de desesperación de la poder comprar, viendo su poco dinero, se va sin ella; y de esta forma suelen hacer los oyentes cuando los predicadores dificultan mucho y encarecen el poder amar a Dios, creyendo que, pues aque-

[10] Ps. 118, 44.
[11] Ps. 118, 96.

llo es tan dificultoso, no lo podrán ellos con sus pocas fuerzas haber ni sobir a ello, y, por tanto, van de los sermones más espantados que convidados; a los cuales podríamos decir: —Temiste el fuego y no subiste al monte.— El fuego del amor de Dios no ha de ser temido, sino amado, mayormente de los tibios, para que no se les refríe del todo la caridad. El monte de aqueste amor, donde todos debríamos subir, es *amar a Dios sobre todas las cosas*, a lo cual habían de ser los hombres atraídos por todas las vías que ser pudiese. Y nota que Gabriel reduce todas las partes del gran mandamiento del amor, sobre que arriba hemos hablado, a *amar a Dios sobre todas las cosas*, diciendo que tanto quiere decir amar a Dios de todo corazón, y ánima, y memoria, y fuerzas, como *amar a Dios sobre todas las cosas;* y como los doctores antiguos se detuvieron en declarar las partes del gran mandamiento del amor, se detienen estotros en declarar qué quiere decir *amar a Dios sobre todas las cosas*, porque a esto reducen todos el gran mandamiento del amor.

Dejando al presente la declaración de los otros doctores, notarás la de Escoto [1], que habla en esto más clara y brevemente; el cual dice que en dos maneras puede y debe exceder el amor de Dios al amor de todas las otras cosas: la primera, que *sea más extendido y universal*, deseando todos los bienes para nuestro Señor Dios, y queriéndolo más a él que a todos ellos, en tal manera que ninguna cosa antepongas a él. Podemos y aun somos obligados a querer bien muchas cosas; empero, como cosa más preciada, hemos de tener el amor de Dios, permitiendo que se pierdan antes todos los otros amores que no el suyo, si con él no se pueden compadecer. La segunda manera como el amor de Dios debe de ser sobre el amor de todas las otras cosas es que tenga más intensa afición a Dios que a otra cosa ninguna; y entonces tengo mayor afición a Dios que a todas las cosas cuando tengo más repugnancia y contradicción en las cosas que son contrarias a su amor que no en las cosas contrarias a todo otro amor; en tal manera, que antes me incline y admita lo que es contrario al amor de cualquier cosa del mundo que lo que es contrario al amor de Dios.

Por nos quitar Escoto [2] el miedo y la desconfianza de subir al monte del amor, que es amar a Dios sobre todas las cosas, mueve una duda, en que demanda si la naturaleza del hombre sin hábito infuso de caridad, sino con

---

[1] III *Sent.*, d. 27
[2] Ibid

las sus fuerzas naturales, basta para subir a tanto, que *ame a Dios sobre todas las cosas;* y él mesmo se responde afirmando que el hombre, favorecido con la buena razón y con el general favor de Dios, que no faltó a los filósofos, puede amar a Dios sobre todas las cosas si se pone a ello. La probación de esta duda aprovechará por confirmación del capítulo precedente, porque si probamos que un hombre con solas sus fuerzas, sin tener amor infuso de arriba, puede subir a tanto sin que le den la mano de la caridad, que con sólo esforzarse a ello ame a Dios sobre todas las cosas, bien parece que le será cosa muy fácil cumplir por entero la ley del amor teniendo caridad de arriba infusa, que esfuerza el ánima para amar y hace más fino y de otra especie y quilate más subido el amor, haciendo más diferencia entre el amor que produce el ánima con caridad infusa y el que produce sin ella, que no entre cobre y oro, porque más difieren aquellos dos amores que estos dos metales.

No solamente Escoto, sino otros muchos doctores con él, tienen que puede el hombre con sus fuerzas naturales amar a Dios sobre todas las cosas, porque cosa natural es que la parte ame más el ser de su todo que el suyo proprio, y más se inclina a conservar el todo cuya parte es que no a conservar su ser particular, porque mayor es el bien del todo que el bien de la parte, al cual todas las partes favorecen más que a sí mesmas, como parece así en el *mundo mayor* como en *el menor*. En el primero suele subir el agua a lo alto, lo cual es contra su natural inclinación que es pesada y, por tanto, corre abajo; mas es forzada a subir arriba cuando hay necesidad, y es vencida por la inclinación de todo el universo que se ha de conservar; así que, por evitar que no se dé cosa vacía, ca es aborrecida la vacuidad en las cosas naturales, porque las aparta y corta la comunicación de unas a otras, en que consiste el bien de todo corporal, y por conservar este bien, sube el agua cuando es necesario, aunque subiendo hace contra sí.

Más claramente se muestra esto en el *mundo menor*, que es el hombre, donde el brazo y la mano se ponen a riesgo por salvar y amparar la cabeza, queriendo más el bien de la cabeza que no el propio; y la culebra con todo el cuerpo defiende la cabeza, porque en ella reside la universal salud del cuerpo en cuanto a la influencia de la vida y operaciones de ella, porque ya vemos que nuestro cuerpo se rige por la cabeza, pues que, según dice Santo Tomás [3], la inclinación natural en las cosas que no

[3] I *Sent.* q. 60, a. 5.

usan de razón muestra otra inclinación natural que hay en nuestra voluntad libre. Síguese que, pues el hombre es una participación de la divina bondad, más desea naturalmente que se conserve y permanezca a toda su voluntad el bien de su Dios que no el propio bien particular, así como la parte favorece más al todo que a sí mesma. Y como todas las cosas no sean sino unas pequeñas participaciones de aquel soberano y universal bien, naturalmente nos inclinamos a las posponer todas por Dios, como escogeríamos más estar tullidos de todos los miembros que locos de la cabeza.

Si esto naturalmente no fuese así, diríamos que el amor natural es perverso y que con la caridad infusa no se perfecciona, sino destrúyese la naturaleza; lo cual es manifiesto error, porque los dones de Dios se dan al ánima como las medicinas al enfermo, para la reducir al buen ser natural, que le tienen destruído los vicios. Si naturalmente deseamos la bienaventuranza, que es nuestra última perfición, la cual sumamente y sobre todas las cosas ama cada uno, según dice San Agustín, y esta bienaventuranza tenga por fontal principio a Dios, en el cual están todos los bienes verdaderos y aparentes que pueden ser imaginados, síguese que naturalmente amamos a nuestro Señor Dios sobre todas las cosas. Amamos tan de corazón la bienaventuranza y tan naturalmente, que aun los desesperados aborrecen su ser, pues que se matan, y no aborrecen la bienaventuranza, antes la desean si la pudiesen haber; y llevan más dolor porque la pierden que por su muerte; donde paresce que la aman más que a sí mesmos.

Item, según dice Escoto [4], la razón natural enseña al hombre que alguna cosa hay que ha de ser sumamente amada, en que hemos de venir a parar, yendo por todas las cosas hasta ella, que es sumamente perfectísima y sin término amable; y como a la cosa sumamente amable haya de responder algún amor mayor que corresponde a todas las otras cosas, bien parece que la razón publica que Dios ha de ser amado sobre todas las cosas, pues que es un bien que con gran eminencia las excede, y no hay bien que a él se iguale; y así, ningún amor se ha de igualar al amor que le debemos a él. Si la razón natural y el buen entendimiento del hombre da a entender esto, y la voluntad puede corresponder en amar o aborrecer lo que el entendimiento le enseña, según él concluve que ha de ser hecho, bien parece que puede amar sobre todas las cosas al que conosce ser mejor que todas ellas; por-

[4] III *Sent.*, d. 27.

que de otra manera, si pudiese conformarse nuestra voluntad con el entendimiento en las malas razones y no en las buenas, diríamos que era naturalmente mala, lo cual es error.

Pues que la voluntad del hombre es naturalmente libre, y San Agustín dice que no hay cosa que esté más en el poder de la voluntad que su mesma operación, síguese que puede amar sobre todas las cosas al que la razón prueba ser más amable que todas ellas. Si un hombre engañado puede amar una criatura sobre todas las cosas y gozar de ella con solas sus fuerzas naturales, por la mesma razón podrá amar a Dios sobre todas las cosas y gozar de él mediante solas sus fuerzas naturales; ca cosa sería muy ajena de razón que la voluntad se pudiese conformar con la mentira y no con la verdad. Un virtuoso y fuerte ciudadano escoge, según la recta razón, morir por salvar la república, y quiere perescer él. aunque duda de su salvación, más que no ver padecer la república (digo que duda de su salvación, poniendo que sea discípulo de Aristóteles, que, como nota Escoto, habla dudosamente de la bienaventuranza advenidera), y, con esto, dice que el fuerte ciudadano se debe poner a la muerte por su república. eligiendo más morir que no vivir torpemente. El caballero que huye teniendo esperanza de salir con la victoria, vive después torpe y culpablemente si huye; empero. escoge esperar y ponerse a la muerte por el bien ajeno de la república, amándola más que a sí mesmo, que, huyendo, pudiera escapar. Si éste puede amar la república más que a todas las cosas, pues todas con la vida las pierde por ella, también, si quiere, podrá hacer lo mesmo por Dios sin recebir nueva gracia para ello. No cabe en sano juicio que uno pueda ser mártir del demonio, y lo es de hecho y lo son muchos, y que digan que no pueden ser mártires de Dios, pues que se pueden aplicar do quisieren. Si no pudiese hombre amar a Dios sobre todas las cosas con solas sus fuerzas naturales, seguirse-ía que pudiese conoscer de sí mesmo cuándo está en gracia o no, lo cual no conceden los teólogos.

Cuando alguno se sintiese muy inclinado a amar a Dios sobre todas las cosas, podría pensar que esto le viene de la gracia, pues que no lo puede haber por sus fuerzas naturales; empero, como podamos tener esto con sola nuestra industria, no podemos ser del todo certificados que tenemos gracia. Por las razones sobredichas y otras semejantes, tienen que puede el hombre con solas sus fuerzas naturales *amar a Dios sobre todas las cosas;* y helo querido aquí probar para confusión de los tibios en amar al Señor, que piensan excusarse trayendo por achaque su

poquedad, contra los cuales dice San Cipriano, hablando con el Señor: «Tu ley escrita, Señor, en ninguna cosa discrepa de la ley natural, sino que el desechar el mal y elegir el bien, así son divinalmente impresos en el ánima racional, que ninguno pueda rectamente traer por esto achaques, porque a ninguno falta ciencia ni potencia para proseguir estas cosas, ca sabe lo que ha de ser hecho, y podemos hacer lo que sabemos». Este poder *amar a Dios sobre todas las cosas*, según dicho es, no pienses que solamente tiene verdad en el estado de la inocencia, porque de entonces ninguna duda tenemos, sino de agora con toda nuestra flaqueza. Donde Gersón dice en su *Centilogio* que un hombre habituado en el amor de Dios lo puede *amar sobre todas las cosas* después de haber pecado mortalmente, aunque no tenga *gracia gratificante;* y pues que el hombre, sin tener esta gracia, se puede disponer a ella por el libre albedrío que Dios le dió, no hay razón por qué neguemos poder él hacer esto; sino que, con San Crisóstomo, digamos: «Si nosotros hiciéremos lo que en nuestro propósito y fuerzas, verná a cada uno de nosotros la gracia de Dios». Y Gabriel dice, concluyendo lo que hemos venido probando: «Pues la perfectísima manera de hacer hombre lo que es en sí y buscar a Dios y nos llegar a él y convertirnos a él, es por la obra del amor de amistad, ni es al hombre posible otra más perfecta disposición a la gracia, porque con ninguna obra nos podemos más llegar a Dios que con amarlo sobre todas las cosas (ca este acto es el más perfectísimo de todos los actos que el viador puede tener acerca de Dios con sus fuerzas naturales): luego síguese que es inmediata y última disposición a la gracia que se infunde, ni puede ser dada otra disposición más inmediata, y, por consiguiente, cuando este amor está en el corazón, en el mesmo instante se infunde la gracia, porque cuando el sujeto está dispuesto con la última disposición que se requiere para la forma, luego inmediatamente se infunde la forma, ca no hay razón en las cosas naturales para que se infunda después y no en el mesmo instante en que está el sujeto suficiente dispuesto, y mucho más es aquesto en las cosas de gracia».

Lo de suso es de este resolutísimo doctor, y las cavilaciones que se hacen contra él en esto, no concluyen: ca, puesto que al que amase a Dios sobre todas las cosas se le ofreciese algo en que se fuese obligado a servirlo, por entonces claro está que pornía el tal en obra lo que era obligado a hacer, y si no lo pusiese en obra cesaría de amar como amaba. Pues que sin tener caridad infusa podemos tanto como has visto, con el solo favor especial que a ninguno que lo pide se niega, en cualquier tiempo y es-

tado nos debemos esforzar a subir al monte del amor, amando a nuestro Señor sobre todas las cosas, porque así se nos transforma de airado en manso, y se nos muestre tan lleno de amor, que lo haga ser nuestro; porque el amor luego da entera posesión al amador y hace un cambio maravilloso. Según lo cual, dice San Cipriano: «Digo a mi Señor: *Dios mío eres tú;* y dice a mí mi Señor: *Yo soy tu Señor Dios.* El hombre cuyo es Dios, ¿qué más quiere? Bastas tú a Dios; baste Dios a ti. No tiene Dios necesidad de tus bienes, ni le puedes dar ni quitar cosa alguna: si hubiere hambre, no lo dirá a ti, porque suya es la redondez y toda su plenitud, y no cabe en los cielos de los cielos la grandeza de Dios; no enferma, ni ha menester vestido ni manjar; todas las cosas sabe, todas las cosas puede, todas las cosas contiene, todos *vivimos y nos movemos y somos en él* [5]. ¿Qué le darás tú, como si fuese menesteroso? A ti sólo desea, no por necesidad, sino por su bondad.

Escrito está, y mandándolo él fué esculpido en tablas de piedra, que lo ames *de todo tu corazón y con toda tu ánima y con toda tu memoria.* Ama, y serás amado; cerca está tu galardón; en las manos te es puesto el premio; sé tú de Dios, y será tuyo Dios; precio sin duda desigual y trueco no parejo. Empero él, que por nosotros fué apreciado con treinta reales, dió a entender en ello cuánta disimilitud había entre el precio que por él fué dado y entre el que dió él por el mundo, pues que él, vendido y comprado por poca plata, redimió con tanto precio los condenados para que no pudiese ser dudado que la grandeza del precio excedía el negocio, ni podía ser igualado el daño que de todo en todo había merecido la justa condenación a la obediencia de Cristo, que graciosamente corrió hasta la muerte y de su voluntad pagó lo que no debía».

Lo de suso es de San Cipriano, en que muestra cómo, en amando nosotros al Señor, nos ama él, y en haciéndote de Dios por amor, se hace Dios tuyo; lo cual tengo yo por tanta verdad, que negarlo me parece locura, porque toda la Escritura nos anda halagando y rogando [6] *que pidamos y nos darán, que llamemos y abrirnos han, que busquemos y hallaremos, que nos covertamos a Dios y hallarlo hemos, que nos lleguemos a él y llegarse ha él a nosotros, que le abramos y entrará, que lo amemos y amarnos ha, que vamos a él y recebirnos ha;* y en dos mil partes dice la Escritura cosas semejantes, las cuales no

[5] Act. 17, 28
[6] Matth. 7, 7 ss.; Luc. 11, 9

podemos cumplir mejor que amando a nuestro Señor sobre todas las cosas, ca con esto se cumple todo, si es tal el amor como aquel del cual dice San Pablo [7]: *El fin del mandamiento es amor de corazón puro y conciencia buena y fe no fingida.* El fin de las cosas buenas siempre es bueno, y tanto mejor cuanto ellas son mejores, y por eso las deseamos ver acabadas para gozar de ellas. Haces una casa y querrías ya ver el fin de ella por morar dentro; haces un paño y querríaslo acabar para te vestir; tienes buen pleito y querrías que ya se concluyese, porque esperas la sentencia en tu favor; de manera que el fin de las cosas buenas es tanto más bueno cuanto ellas son mejores y es muy deseado. Si deseas acabar de cumplir los mandamientos de Dios, ten amor a tu Señor Dios, porque a este fin te dió él sus mandamientos y tú a este fin los has de cumplir; y para que este amor sea bastante y suficiente cumplimiento del grandísimo mandamiento del amor y de todos los otros mandamientos, mira que le da San Pablo tres condiciones, en que se incluyen todos los mandamientos de Dios, porque así el amor, como cuerda de tres ramales, sea más fuerte y dificultosa de quebrar.

A solas tres cosas se ordenan los mandamientos: la una es a purificar nuestros pensamientos y todo lo interior que hay en el hombre, para que así no haya en él algún secreto pecado; y por esto les es mandado que no desee la mujer ajena ni lo que no le pertenece; y el que guarda esto tiene amor *de corazón puro,* porque no admite en su corazón otro amor que sea contrario a lo que el amor de su Dios le manda, el cual no se compadece con vicio alguno. Item, ordénanse los mandamientos de Dios a otras buenas obras de fuera, porque lo solo interior no basta ni se acaba el hombre de certificar en ello, ca apenas podemos tener por verde al árbol que no echa hoja, ni flor ni fruta; y por esto, para que tengamos buen concepto de nuestro amor que es verdadero, y así se satisfaga y quiete nuestra conciencia, nos son mandadas en los otros mandamientos cosas que por fuerza se han de poner en obra si queremos amar a Dios según debemos, así como son la santificación de las fiestas, y honrar nuestros padres, y apartarnos de todos los vicios que en los mandamientos nos son defendidos; lo cual, si haces, ternás muy buena y segura tu conciencia, y llamarse ha tu amor *de buena conciencia,* según lo quiere San Pablo. Lo otro que nos defienden los mandamientos de Dios, es todo error en el entendimiento; porque como el amor tiene por norte el

[7] I Tim. 1, 5.

juicio del buen entendimiento, si éste yerra, todo va con mal, y del todo se quita el amor de donde se había de poner; y por esto dice San Pablo que sea nuestro amor *de fe no fingida*. Si tienes, pues, el corazón limpio de las pasiones turbadoras que suelen inclinar al amor terreno, y si tienes apartada de ti la mala conciencia, que pone espanto en el amor representándole el rigor de la justicia, y si tienes con tu Dios fe verdadera, que no ames una cosa por otra acerca de Su Majestad, piensa que amas a Dios sobre todas las cosas, con estas tres condiciones, que son como tres discípulos que has de llevar contigo al monte del amor, para te transfigurar en Dios por afición entrañal, como el hierro se transforma y transfigura en el fuego.

El que no tiene verdadera fe, no puede, por mucho que se esfuerce, amar a Dios sobre todas las cosas, porque para esto se presupone el conocimiento de nuestro Dios soberano; y también te torno a decir que, estando hombre en pecado mortal, es imposible que por entonces, si no sale del acto malo, ame a Dios sobre todas las cosas, según la declaración que dió Escoto a estas palabras; empero, si queremos tener por buena declaración la que comúnmente se platica en las escuelas, que dice que aquél *ama a Dios sobre todas las cosas* que quiere que Dios sea Dios y ninguna otra cosa lo sea sino él. Sobre esta difinición argumentan los ajenos del amor, que solamente hablan de él sin sentirlo, y dicen que estando uno en pecado mortal puede querer que Dios sea Dios, y así lo ama sobre todas las cosas estándose en sus vicios. El querer de aquéste y este argumento no provoca a misericordia, sino a ira, y aunque dice aquéste que quiere que Dios sea Dios, no es así, ca miéntele su maldad, y él no miente a los hombres, sino a Dios. Para que veas cuán secreta mentira dice el pecador que, envuelto en sus pecados, dice que desea que Dios sea Dios, has de notar que Dios nuestro Señor es piélago de infinitas perficiones, y sus perficiones no son así postizas, que se pudiese pasar sin ellas, como tú, que eres tan hombre después de trasquilado como antes; no es así en Dios, sino que sus perficiones le son tan sustanciales, que si una de ellas le quitases no sería Dios; porque como él sea simplicísimo y tan impartible que tras una cosa de Dios se va todo él, síguese que si quitases una perfición suya lo quitabas todo, porque esa perfición en Dios es el mesmo Dios, ca ninguna cosa tiene nuestro eterno Dios que no sea Dios, y como sea indivisible, todo se va tras cualquier virtud suya.

Por esto que he dicho, no piense tu rudeza que puedes deshacer a Dios en sí, sino en ti; la hora (quiere decir) que tú con determinación quitas de Dios lo que hay

en Dios, finges nuevo Dios delante de tu imaginación, y aquello es deshacer a Dios en ti; porque no es Dios aquello que tú piensas que queda, sino un fingimiento tuyo con que te engañas. Si creyeses a Cristo y no lo creyeses por hombre, sino por Dios, determinando en ti que hay Cristo y que este Cristo no es hombre, sino puro Dios, dime: ¿No falseas a Cristo y lo deshaces en tu juicio? El es Dios Hombre; tú crees que solamente es Dios. Ya no hay Cristo en ti, ca ese que tú crees no es Cristo, ni hay en el cielo ni en la tierra ese que tú dices, por mucho oue lo busques; ca en tu estimación has deshecho en ti a Cristo, y, por tanto, tú, con ese falso crédito, no lo podrás hallar, pues entre todas las cosas ninguna hay quien convenga tu concepto. Así como en el entendimiento hay errores que contradicen a la fe, así en la voluntad, en su manera, hay errores que contradicen a las buenas costumbres; y el que estando en pecado mortal dice que quiere que Dios sea Dios, miente. La segunda manera de error con que deshace a Dios, no en el mesmo Dios, sino en su ánima pecadora, y así, aunque dice que quiere que Dios sea Dios, miente; porque como una de las soberanas perficiones que nuestro Señor tiene sea la universal justicia sobre todos los malhechores, y este pecador no querría ver esta justicia por su casa, síguese que no quiere que Dios sea Dios, antes querría, según por obra muestra, estar fuera de la jurisdicción de Dios y que Dios no tuviese que ver con él; y este Dios que no ha de tener que ver con este hombre no lo hay en parte ninguna, ni en el cielo, ni en la tierra, porque si vamos a nuestro Dios, hallarlo hemos pronunciado la sentencia contra este pecador, y diciendo [8]: *Aborrecí los transgresores de la ley; no se llegó a mí el mal corazón, no conocía al maligno que se apartaba de mí.* Pues que nuestro Señor dice en otra parte que ama los que lo aman, claro está que no diría aquí de los pecadores, que los aborrece, mayormente porque son transgresores de la ley del amor, pues lo confiesan por la boca y son transgresores en la obra.

Si tú dices que estando en pecado mortal amas a Dios sobre todas las cosas, el mesmo Dios, que sabe no ser esto así, dice que tu mal corazón no se llegó a él por amor; y no solamente dice que no se llegó a él tu corazón, mas también dice que no te conoce, que eres maligno y te apartabas de él, no queriendo que tuviese sobre ti jurisdicción. No dice nuestro Señor que no te conoce porque no te ha de juzgar, sino porque no te halla en el número de sus amigos, aunque tú dices que lo amas sobre todas

[8] Ps. 100, 4.

las cosas, deseando que él sea Dios; lo cual no es así, antes si estás en pecado deseas que Dios sea ignorante y olvidadizo y que no tenga para contigo justicia. Y poner estas estrechuras limitadoras de Dios es deshacer a Dios en ti, porque si quitas a Dios la justicia, no es Dios lo que queda en tu pensamiento, ca tras la justicia se va Dios, y ella es tan amiga de Dios, que es el mesmo Dios, que se llama *justicia*, como se llama *bondad y misericordia.*

Ninguna cosa jamás oí que tanto escandalizase mis oídos como decir que alguno podía *amar a Dios sobre todas las cosas* estando en pecado mortal; y digo que me escandaliza esto más que el mesmo pecado mortal, porque, según dice San Agustín, la fingida igualdad es doblada maldad. En llegando esta razón a los oídos limpios, mayormente si algún tiempo oyeron el fiel amor, luego resurte y torna atrás, como razón descomulgada que no se admite en el sagrario del amor; porque, si miras en ello, las mesmas palabras traen repugnancia consigo. Ca, ¿cómo puede subir con su amor sobre todas las cosas el que está caído debajo de la hoya lodosa del pecado? ¿Cómo puede amar a Dios sobre todas las cosas el que a pesar suyo y contra su voluntad ama al enemigo de Dios, que es el pecado? ¿Con qué cara se dirá esposa fiel, y que ama más que a todas las cosas su esposo, la que busca los amores de un negro abominable? ¿Cómo osa decir que puede volar al monte santo del amor quien con el vicio tiene presas las alas del ánima que son las afecciones? Pues que es cosa tan clara que el que ama el pecado no puede *amar a Dios sobre todas las cosas,* digamos a nuestro Señor con San Cipriano: «No pertenece, Señor, a ti, ni es de los tuyos, el que no te ama, ni te ama el que a sabiendas te ofende; detrae y quita tu amor el que pasa los términos que pusiste y traspasa y menosprecia los decretos de tu Evangelio; ni te ama a ti el que ama el dinero, porque ninguno sirve juntamente a ti y a la avaricia; no pertenecen a ti los que tienen parecer de piedad y niegan la virtud; ni pelean por ti los tratadores de los negocios seglares; ninguno de los que sirve al pecado te oye, mas como áspides atapan sus orejas todos los que aman las carnalidades».

Lo de suso es de San Cipriano, sobre lo cual has de notar que los doctores que prueban poder el hombre amar sin hábito infuso de caridad a Dios sobre todas las cosas, presuponen que el hombre se ha de esforzar todo lo posible, y recoger todas sus fuerzas a Dios y favorecerse de la buena razón, y despertar a su mesma voluntad incitándola al soberano amor; y contra todo esto es el pecado mortal, y, por tanto, el que dice que el tal pecador puede amar

a Dios sobre todas las cosas estando en su pecado, es como el que puso al Cid Ruy Díaz muerto encima de su caballo, muy atado, para que venciese la batalla grande de los moros que vinieron sobre Valencia. Dudan los doctores graves si poniendo hombre cuero y correas, como dicen, y todas veinte uñas, puede salir con cosa tan grande como es *amar a Dios sobre todas las cosas* no teniendo caridad, y vienen agora los parleros a decir que estando muerto el hombre en su pecado puede hacer esto, y con fingir nuevos casos y trastocar palabras piensan concluirlo. No solamente afirmo que un hombre estándose en pecado mortal no puede hacer esto, mas digo también que uno de los demonios que cayó de la orden de los serafines, que exceden a los otros en poder amar, aquéste, aunque no tuviese sino un solo pecado que ayer hubiera caído en él, no podría *amar a Dios sobre todas las cosas,* cuanto más el hombre mortal, cuya voluntad en pecando se encoge, que apenas puede tornar a resollar.

Para que veas cuán imposible te es, si amas el pecado, *amar a Dios sobre todas las cosas*, nota esta razón con las otras. A una mesma virtud pertenece proseguir una cosa y desechar su contrario; y primero pone fuerza en desechar lo que contradice, porque más libremente pueda seguir su intento, y si no desecha primero lo contrario, no podrá bien proseguir lo que principalmente propone. Ejemplo de esto hay en la medicina, que primero lanza lo que impide la salud, y después, poco a poco, acaba de traernos la sanidad. A un mesmo entendimiento pertenece buscar la verdad y desechar su contrario, que es la falsedad; y primero ha de desechar la falsedad, porque después tenga sosiego en la verdad; cuasi de esta forma acontece en el presente negocio del amor, donde, si quieres bien amar una cosa, has de comenzar aborreciendo su contrario, porque estas dos cosas pertenecen a la voluntad, y ambas juntas no solamente le convienen y las puede tener, según dice San Gregorio, mas aun si no las tiene no puede amar cosa ninguna perfectamente, y tanto cuanto creciere el amor crecerá el aborrecimiento, y cuanto creciere el aborrecimiento del contrario de lo que ama, crecerá el amor; porque si miras en ello, tanto aborreces la muerte, cuanto amas la vida, y tanto cuanto aborreces la enfermedad o la mentira, amas la salud y la verdad; y tanto cuanto amas una virtud, aborreces el vicio contrario.

Y según este fundamento firmísimo, ninguno puede amar a Dios sobre todas las cosas sin que aborrezca sobre todas las cosas lo que contradice al amor de Dios, porque de lo uno inevitablemente se sigue lo otro; así que cuando dices que amas a Dios sobre todas las cosas, tam-

bién, si miras en ello, dices que aborreces las cosas que lo impiden sobre todo otro aborrecimiento; y como el pecado solamente sea el que impide el amor de Dios, necedad manifiesta es juntar estas dos cosas en un hombre, pues que la una destruye la otra, y creciendo el amor de Dios, crece el aborrecimiento del pecado, según esto de David [9]: *Aborrecí los malos, y amé tu ley; ayudador y recibidor mío eres tú.* Si quieres guardar la ley del amor, comienza aborreciendo el mal, y luego la amarás, y porque esto solo no basta para merecer sin la gracia, dice David que Dios es su ayudador infundiéndosela, y que luego lo recibe en su entera amistad, lo cual es fruto que se nos sigue de amar a Dios sobre todas las cosas, que es última disposición a la gracia.

CAPÍTULO XXI

Que nos enseña cuándo seamos obligados a cumplir la gran ley del amor que debemos a nuestro Señor Dios

Los fervientes amadores de su Dios dirían que siempre ha de ser amado; y pues la obra del amar es tan soberana y utilisísima, y honesta y dulce, y nuestro Señor Dios tan amable y tan favorecedor en el negocio del amar, y que tan continuamente nos hace beneficios, por los cuales siempre lo debríamos amar, mayormente que él, por su bondad, nunca cesa de hacer lo mesmo, amándonos sin entreponimiento alguno que corte el hilo de su amor, que siempre llueve sobre nosotros; por estas razones, dicen los fervientes amadores que siempre debría ser Dios amado, pues que él mandaba que ardiese siempre fuego en su altar, que es nuestro corazón. Bien conocemos que los estudiosos en amar se esfuerzan a siempre amar, o a continuar el amor amándolo más a menudo y lo más continuamente que pueden; lo cual es de consejo, y pertenece a los varones religiosos, porque, según dice Gersón, escuela de amor es cualquier religión, si en ella andan las cosas como deben; empero, al pueblo común, que está envuelto en las haciendas, y casa, y mujer, y hijos, de otra manera obliga este gran mandamiento del amor.

Y has de notar que, si entre las personas seglares hubiese alguno especialmente tocado del amor de Dios, sin-

[9] Ps. 118, 113-144.

tiéndose con especial gracia provocado a este amor con alguna inspiración y movimiento singular, éste es obligado a ser más solícito en las cosas de este mandamiento, porque cosa justa es que, añadiendo nuestro Señor los talentos, seamos nosotros más solícitos. Y para mientes que, según dice Gersón, las gracias especiales o los ciertos movimientos del Espíritu Santo tienen cuasi fuerzas de mandamientos acerca de aquellas personas que son llamadas del Señor a mayor comunicación suya. Hablando con el pueblo común, has de saber que, aunque el Señor nos mandó que lo amásemos de todo corazón y ánima y memoria, no nos manda que ocupemos todo el tiempo en esto, ni nos manda que lo estemos siempre amando. En todo mandamiento afirmativo que nos impone el Señor se incluye un vedamiento, con que nos pone entredicho en lo contrario de aquello que nos manda; porque cuando nos manda que honremos nuestros padres, quiere decir que no les hagamos ninguna descortesía, y que cuando fuere menester los tengamos en acatamiento y honra, según pudiéremos. Y, pues que es afirmativo el mandamiento del divino amor, también ha de guardar la regla sobredicha que nos obliga a nunca ofenderlo ni tener otro contrario amor con que el suyo reciba perjuicio; y esta obligación negativa o vedamiento, con sólo cesar la podemos cumplir, sin hacer cosa ninguna; de manera que sin trabajo alguno, chico ni grande, se puede cumplir este vedamiento en sí mismo, y merecemos mucho en cumplirlo, porque la Escritura alaba al que pudo traspasar el mandamiento y no lo traspasó.

Y este merecimiento no se mide por la dificultad de lo que nos es aquí mandado, porque con sólo cesar lo podríamos cumplir, sino por la resistencia que ponemos a las malas inclinaciones, que nos provocan siempre a lo contrario de lo que nos manda Dios. De donde se sigue que cuanto uno fuere de su natural más inclinado a algún vicio, terná mayor premio en la resistencia. Y nota que, cuando resistimos, producimos nuevos deseos y nos arraigamos más en el amor de lo que nos es mandado, y, por esto, el vedamiento no lo cumplimos con sólo cesar. Este vedamiento, siempre y para siempre nos obliga, en todo el tiempo y por todo el tiempo; mas lo que abiertamente nos es mandado con afirmación, no nos obliga a que siempre lo estemos obrando, sino por algún tiempo. Y de esta manera, aunque Dios veda siempre y en todo tiempo las cosas contrarias a su amor, a las cuales nunca jamás debemos dar lugar, no nos obliga a que continuamente lo estemos amando, sino que también tiene tiempo determinado esta ejecución del gran mandamiento del amor, como la

ejecución de los otros mandamientos afirmativos; y no es fácil cosa determinar el cuándo somos obligados a producir actualmente amor de Dios con toda el ánima, corazón y memoria, aplicándonos todos con nuestras fuerzas a lo amar.

No se le olvidó a nuestro Señor de señalar el tiempo y la hora en que nos habíamos de dar totalmente a su amor, desechando todos los otros cuidados; mas quiso dejar esto al juicio de nuestra buena razón por su infinita bondad y misericordia, que en todo nos quiere acepillar el yugo, porque no nos agraviemos; de manera que, pues el Señor no quiso señalar el tiempo en que lo habíamos de amar entrañalmente, nosotros debemos inquirir y saber esto, pues que somos estrechamente obligados al amor y, por nos hacer honra, dejan a nuestro buen juicio el cuándo debamos ejecutarlo con estudio y solicitud. Pues todo negocio tiene tiempo y oportunidad, y el labrador está cuidadoso aguardando el tiempo del sembrar, y el físico mira en qué día será bien purgar al enfermo, y el capitán para mientes cuándo será bien comenzar la batalla, también debría ser todo cristiano solícito en ver el tiempo que debe amar a su Dios; empero, porque la determinación de esto toca a muchos, no osará hombre hacer otra cosa sino seguir a los doctores que hablaron en ello.

Según dice Alejandro de Alés y Ricardo, tienen que somos obligados a amar a nuestro Señor Dios cada vez que tenemos de él entera memoria. Dícese entera la memoria de Dios cuando se nos ofrece al pensamiento la excelencia suya o su infinita bondad, o nos agrada pensar cómo el soberano Dios es nuestro último fin, que nos tiene aparejada su gloria, o semejantes pensamientos que, o el amor suyo mueve en nosotros, o el ángel bueno que nos guarda, o la buena compañía con quien tenemos conversación, o la universidad de las criaturas corporales, que todas, aunque no saben hablar, como por señas nos cuentan la gloria de Dios. Esta cumplida memoria de Dios no pienses que es acordarme que la Trinidad cayó en domingo, o que Dios apareció al profeta, o acordarme que fulano juró a Dios; ca no se dice memoria llena o cumplida de Dios cuando él se mezcla entre las cosas que pensamos, o leemos, o platicamos, sino cuando él es intento principal de nuestro pensamiento y las otras cosas que tratamos en nuestra memoria se reducen a él; y aun no basta esto en el caso presente, porque los que disputan de la Trinidad o de la divina generación tampoco tienen con sólo aquello memoria llena de nuestro Señor, que los obligue especialmente por entonces a lo amar con especial acto de amor; sino que es menester, para que la tal me-

moria nos obligue, que trate en cosas prácticas y que se refieran de Dios a nosotros y de nosotros a Dios; así como pensar que nuestro Señor Dios nos crió para sí mesmo, y que él es nuestra gloria, y pensar el cuidado que nos tiene y cosas semejantes, que ellas mesmas cuasi de suyo nos demanden amor en pago o en hacimientos de gracias por las mercedes.

Item, esta memoria, para nos obligar ha de ser deliberada; y no de las que sin mirar en ello pasan muchas veces de presto por nuestro pensamiento, sino de aquellas que con algún cuidado y atención conservamos algún tanto entre nosotros. La opinión de estos doctores se puede fundar en las razones siguientes. Nuestro Señor me manda que honre a mis padres, y entiéndese cuando se ofreciere suficiente oportunidad; y, pues me manda que lo ame de todo corazón, ánima y memoria, también se entiende que ha de ser cuando se ofreciere para ello suficiente oportunidad y ocasión manifiesta. Su entera memoria es ocasión manifiesta para su amor y muy suficiente oportunidad; luego síguese que entonces debes especialmente ejecutar este dignísimo mandamiento del amor.

Item, injuria parece que hace a Dios el que apenas pasa vanidad por su pensamiento que no se ríe a ella y le muestra amor; y así pensamos en las cosas del mundo con tanto amor y placer, que parece tenerlas ya en la mano. De las cuales dice Orígenes que nos fueron de nuestro amoroso Dios concedidas, no para que las amásemos, que el amor para sí lo guardó, sino para que usásemos de ellas; pues, si pensando en éstas las amamos, ¿cuánto más debemos pensando en Dios amarlo, pues que nos las dió, y el amor con ellas, para que todo lo ordenásemos a él? Si el amar fuese cosa dificultosa, parece que terníamos alguna excusa; mas es tan ajeno a nuestra ánima, que, según dice Orígenes, es cosa imposible estar mucho rato sin amar algo.

Item, Gersón reduce a derecho divino las verdaderas inspiraciones de Dios; y San Pablo dice [1] que *no podemos tener de nosotros mesmos un buen pensamiento, sino que todo buen pensamiento viene de arriba*. Y Orígenes dice que cuando Dios viene al ánima, porque él es amor, quiere hallar en ella amor, porque cada cosa ama su semejante. Con venir Dios al ánima, la obliga a que lo reciba, según dijo Gersón; y no puede venir por señas más ciertas que por santos pensamientos, con que enteramente llama a nuestra memoria; luego obligados somos a lo recebir por amor. Y nota que cada vez viene Dios al ánima

[1] II Cor. 3, 5.

cuasi de nuevo que le da alguna nueva gracia; y por esto decía Cristo a los apóstoles que había de venir a ellos el Espíritu Santo, no porque ya ellos no lo tenían, sino porque les había de dar nuevas gracias; ca nunca Dios viene a nosotros las manos vacías; aunque venga dos mil veces a la hora, siempre trae nuevos dones.

Los doctores nuevos se atreven a decir que no es hombre obligado a amar a Dios sino cuando recibe los sacramentos y se ve en algún peligro. Estos bien dicen que siempre es el hombre obligado a tener caridad, empero reducen a la brevedad que viste la operación actual de esta caridad cerca de Dios, y porque esta opinión me parece menos buena, no quiero hablar en ella y aconséjote que no la sigas, porque no hay peor mal en el justo que apocar los actos del amor, mayormente con su Dios, que ha de amar sobre todas las cosas; y por esto se llama la *tibieza* en la Escritura *fiera pésima* que se traga a José, que quiere decir *aprovechamiento*, el cual se pierde con la *tibieza*, y entonces mora la tibieza en el ánima, cuando teniendo caridad no quiere usarla ni ejercitarla amando de nuevo con ella a su Dios. Escoto [2], con otros muchos doctores, llevan la vía media, diciendo que el hombre es obligado a producir acto de amor con su Dios el día de fiesta, y, por tanto, declarando el Doctor Sutil el cuándo seamos obligados a amar a Dios sobre todas las cosas, dice: «Digo que aquel mandamiento afirmativo *amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón y de toda tu ánima y de toda tu memoria*, no solamente nos obliga siempre a lo contrario, esto es, que no tengamos odio, mas obliga por algún tiempo a producir dentro de nosotros amor de Dios; porque esta operación del amor tenémosla con nuestro último fin, de cuya bondad desciende toda bondad moral en las cosas que son para nuestro último fin; así que, de la manera que el hombre es obligado a tener alguna obra virtuosa, así es obligado a tener alguna operación de aquel mandamiento del amor acerca de nuestro fin último, que graciosamente ha de ser amado. Y el cuándo haya de ser esto, por ventura lo determinó aquel divino precepto que dice [3]: *Santifica el sábado y permanezca cada uno acerca de sí:* esto es, recogiéndose y subiendo a su Dios, y la Iglesia lo especificó y declaró cuanto a la misa, que había de ser oída en el día del domingo».

La Iglesia, según aquí ha dicho Escoto, no hace otra cosa sino decláranos cuándo debemos amar a Dios: no

[2] III *Sent.*, d. 27.
[3] Ex. 20, 10.

dudamos que debemos amar, sino cuándo debemos amar, y esto nos señala la Iglesia que sea el día del domingo, porque a la Iglesia pertenece declarar a sus hijos las cosas dudosas, como madre sapientísima; lo cual se figuró solo San Pedro, Vicario de Cristo; declaró aquella gran duda que estaba en el mundo cuando el Hijo de Dios vino al mundo y ninguno declaró quién era, sino San Pedro, al cual siguieron todos. Lo mesmo que la Iglesia hace en el mandamiento del amor, hace también en el mandamiento de la confesión, que es derecho divino, y no declaró nuestro Señor cuántas veces o cuándo nos habíamos de confesar, sino que dió a los apóstoles poder que nos absolviesen y perdonasen los pecados cuando los confesásemos, y la Iglesia, porque la cosa más dura y grave que hay en el Evangelio es la confesión, determinó que no fuésemos obligados a nos confesar sino una vez en el año [4], porque con la brevedad de las veces se templase la graveza del mandamiento; empero, porque el yugo del amor es muy ligero y de gran honra y utilidad, quiere que los fieles tengan muchas fiestas de guardar en que, a su placer, amen con reposo a su Dios.

Y no solamente el pueblo cristiano tiene para esto tiempo señalado, mas también lo tuvieron los de la Ley Natural y los de la Vieja, como nosotros agora, aunque en diversa manera, lo cual muy docta y sotilmente declara Escoto diciendo [5]: «Del *cuándo* y en *qué* manera debe ser esta duda o vasallaje o reconocimiento pagado a nuestro Señor Dios, digo que de esta obra buena que es *dar a Dios su divina adoración* tenemos mandamiento afirmativo, porque cosa es llegada a razón que la criatura intelectual sea obligada a reconocer algún tiempo y reverenciar al supremo Señor suyo: mas este precepto, así como los otros preceptos afirmativos, obligan siempre, empero no para siempre, por todo tiempo, sino que señalan algún tiempo determinadamente en que se debe ejecutar; y puede ser dicho que la obligación de este acto pertenece al primer mandamiento de la primera tabla, que dice [6]: *No ternás dioses ajenos*, el cual mandamiento no es tan solamente negativo ni sólo veda que se dé a otro alguno adoración, sino también es afirmativo, para que tengamos a Dios verdadero y que él solo sea como Señor adorado. Y esto bien se declara por aquello que alega el Salvador [7]: *A tu Señor Dios adorarás y a él solo servirás*, adonde pone mandamiento afirma-

[4] *De Confes.*, d. 2, c. *Missas.*
[5] III *Sent.*, d. 9.
[6] Ex. 20, 3 ss.; Deut. 6, 3.
[7] Matth. 4, 10.

tivo de adoración con vedamiento de dar a otro adoración ni semejante servicio; así como también allí se detiende [se rechaza] la idolatría: *No adores dioses ajenos.* Este precepto afirmativo no puede ser siempre impidido que no se ponga en obra, así como si nunca ocurriese oportunidad para que ejecutásemos lo que manda, de la manera que se puede impedir aquel *honrarás a tus padres;* ca puede acaecer que nunca oportunidad necesaria de honrar los padres, si nunca tiene necesidad de nosotros; y así puede ser aquel mandamiento guardado perpetuamente sin lo quebrantar, aunque la obra de él no se haga, porque no hay obligación a la obra sino cuando hubiere necesidad, la cual puede ser que nunca venga; empero, ninguna cosa puede siempre excluir ni vedar la oportunidad de adorar a Dios, y, por tanto, sin la glosa alguna, todo hombre que usa de razón es obligado a ejecutar algún tiempo en efecto la obra de este mandamiento afirmativo. En el tiempo de la Vieja Ley parece haber sido hecho determinación para esto en aquel tercer mandamiento que dice: *santifica el sábado,* lo cual también fué mandado en la ley de naturaleza, para que algún cierto y determinado tiempo cesase el hombre de las obras serviles, y no estuviese la guarda del mandamiento en sola negación y en solo cesar, sino en el acto positivo ejecutado en efecto, santificado, esto es, magnificando a Dios. En el tiempo de la Ley evangélica, aquel culto y reverencia que había de ser dado a Dios en la santificación del sábado se determina dársele en el día del domingo, y también se determina en qué obra debe ser dado y hecho este reconocimiento, ca es hecho en la oblación de aquel sumo sacrificio de la Eucaristía que es el Santísimo Sacramento del Altar, que debe el sacerdote ofrecer por sí y por el pueblo; y en aquella oblación también el pueblo ofrece espiritualmente, el cual es tenido a oír toda la misa el día del domingo, y si hubiere alguna necesidad que excuse de la ejecución de esta obra de la misa que determinó la Iglesia, necesario es cumplirlo en alguna cosa equivalente, que a lo menos en aquel día especialmente diputado al culto divino sea tenida y ejecutada alguna obra referida inmediatamente a su honra y reverencia».

Lo de suso es de Escoto [8], en que dice que los domingos somos obligados a tener algún acto interior que, sin medio alguno, se refiere a Dios, y éste es el amor de Su Majestad. Algunos que no saben la manera de hablar que Escoto suele tener en todas sus opiniones, dicen que en ésta habla dudando, lo cual guarda este doctor en otras

[8] III *Sent.*, d. 37.

muchas partes de su doctrina, por usar de la templanza que conviene al Sabio y no por dejar en duda lo que en tantas partes defiende; empero, porque no pienses que esta opinión es de solo Escoto, mira que también dice Gabriel: «En el día del domingo es hombre obligado a producir actualmente amor de Dios sobre todas las cosas; y esta sentencia es de San Buenaventura y de otros muchos doctores». Lo de suso dice Gabriel; y no puede ser cosa más clara ni más autorizada. Pues que nos manda nuestro Señor que santifiquemos la fiesta, no parece cómo pueda el cristiano guardar esto, según verdad, sin amar a su Dios, porque, según dice San Agustín, a nosotros es dicho que guardemos espiritualmente el sábado, no como los judíos, que huelgan para hacer mal. Y San Buenaventura, declarando este mandamiento, dice que «santificar las fiestas es convertir el ánima a Dios santo, y a Dios verdadero, y a Dios que sumamente ha de ser amado». Y Orígenes, declarando cómo se ha de guardar la fiesta, dice: «Si te apartares de todas las obras seglares y no tratares ninguna cosa mundana, sino que tengas vacación para las obras espirituales y vengas a la Iglesia y des el oído a las divinas lecciones, y si fueres solícito de la esperanza que verná, y pienses las cosas celestiales, y si no miras a las cosas presentes y visibles, sino a las invisibles que vernán, cree que ésta es la guarda de la fiesta al cristiano». Y San Jerónimo dice: «Cada uno tiene por Dios lo que honra más que todas las otras cosas, donde el que pocas veces honra a Dios y está intento más a todas las otras cosas, bien parece que las tiene en lugar de Dios; y por esto es necesario que los que por toda la semana nos llegamos a otras cosas, a lo menos los días de los domingos honremos actualmente a Dios, llegándonos a él más íntimamente». Y el venerable Hugo dice: «Otro estudio y otra manera de conversación demanda los días festivales, y otro estudio piden los días de trabajo. En los días festivos, conviene estar intentos a Dios con devoción y perseverar más en oración, y mostrar mayor devoción en el culto divino, así en el hábito como en el andar, como en la obra; y no hacer ninguna cosa que no sea santa, divina y ordenada; refrenar la lengua de las vanas palabras, y retraer los pies del discurso y derramamiento, y reprimir los ojos, y abajar la cara, y alzar el ánima, y, finalmente, que toda obra y todo movimiento del corazón debemos juntamente ordenar al divino servicio; y porque hable de esta manera, debemos honrar los días festivales con una novedad de conversación». De lo que han dicho estos doctores se sigue que mejor guarda el día de la fiesta una vejezuela enferma, si ama a Dios, que no tú,

aunque huelgues todo el día y oyas veinte misas, si te estás en propósito de pecar.

Si miraste bien lo que dijo Escoto, hallarás que eres obligado a tres cosas el día del domingo: la primera, a cesar del trabajo corporal; y la segunda, a oír misa; y la tercera, a amar a Dios tu Señor; y esta última es de mayor obligación que las dos primeras, porque es mandado, como dijo Escoto, en la ley natural y escrita y evangélica, donde con muchos se dispensan las dos cosas primeras y con ninguno la tercera; porque los carniceros trabajan el día de la fiesta, y los marineros no oyen misa; empero, los unos y los otros, y aun los enfermos, son obligados, según dijo Escoto, a tener alguna obra en lugar de la misa, que inmediatamente ofrezcan a Dios, adorándolo y reverenciándolo y levantando a él nuestra voluntad, lo cual no se puede hacer sin amor, ca *los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu de amor, y tales quiere él que lo adoren* [9]; ca de otra manera, los enemigos se burlarían de nuestras fiestas. Para que el domingo no alcance el demonio victoria del pueblo cristiano, como la alcanzó del pueblo hebreo, que en fiesta fué vencido, es de notar la declaración que Gersón da sobre la guarda de la fiesta, diciendo: «Esta guarda ha de ser que cada uno en aquel día examine su propia vida y conciencia, demandando a Dios perdón de los males que ha hecho, y hacer gracias de los beneficios recebidos, y oír los sermones, y meditar la muerte cercana, y el paraíso dificultoso de haber, y el infierno aparejado a los malos, y la muerte de ellos, y las vidas de los santos, y rezar devotas oraciones, y cumplir las penitencias que le han puesto, y demandar el favor de los santos para alcanzar la misericordia del Señor, y enseñen los de su familia a hacer obras de cristianos, y cosas semejantes».

El Angel también dice que es el hombre obligado con especial obligación a salir de pecado el día de la fiesta. Si, según dice Santo Tomás [10], el hombre es obligado a se guardar idóneo para orar el día de la fiesta, bien parece que es obligado a tener amor de Dios, porque de otra manera es imposible hallarse hombre idóneo para obra tan alta como es adorar verdaderamente a Dios. Si este mandamiento de santificar las fiestas tiene ahora la mesma fuerza en lo moral que tenía en la Vieja Ley, acuérdate que el cristiano en ninguna manera debe seguirse por las declaraciones de los doctores hebreos, sino de los católicos, las cuales has visto; y pues todos dicen

[9] Ioan. 4, 23.
[10] IV *Sent.*, d. 32.

que en la obra servil se veda toda obra de pecado, y ninguno sin amor de Dios puede salir de pecado, claro está que este día somos obligados a amar a Dios con especial obligación; empero, puedes decir que la intención del que manda guardar las fiestas no me obliga, sino su palabra, en la cual no suena amor, sino que santifiquemos las fiestas y cesemos de las obras serviles. A esto se responde que cuando el mandamiento tiene obscuridad es obligado el cristiano a seguir la declaración de los doctores, los cuales dicen que *santificar* es *amar, y cesar de obras serviles* quiere decir *cesar de pecar.*

Si, según dice Escoto, el mandamiento de guardar las fiestas se pone como determinación del tiempo en que ejecutemos la adoración de Dios, que somos obligados a hacer, claro está que es falso el argumento pasado, porque no procede sino de no entender la razón de la guarda de la fiesta. Así como no puedes comulgar lícita y debidamente sin amor de Dios, así no lo puedes adorar sin que lo ames; y pues que el día de fiesta eres obligado a lo adorar, también eres obligado a lo amar, así que en viniendo la fiesta has de pensar que viene aquel día para que hagas reconocimiento de vasallaje a tu Dios y te le ofrezcas por suyo. Y piensa que los domingos hace Dios alarde para contar los suyos, los cuales, por mandamiento del mesmo Señor, son obligados a se le ofrecer enteramente para batallar contra el enemigo con las armas del amor, que son tan fuertes, que aun en la muerte no las pierden los fieles cristianos. En este capítulo has visto cómo eres obligado a cumplir la gran ley del amor, cuando plenariamente te acordares de Dios, y los días de fiesta, y cuando hubieres de recebir los santos sacramentos, y cuando te vieres en algún peligro de muerte, que quieres ir sobre mar o a la batalla o estás enfermo. En los casos y tiempos ya dichos, según declaran los doctores, tienes obligación de ejecutar y poner en obra el gran mandamiento del amor, so pena de nuevo pecado, que serás tenido por transgresor si entonces no amas a Dios sobre todas las cosas.

También osaría yo defender y tener por opinión muy probable que eres otrosí obligado a amar a Dios sobre todas las cosas cuando te hace algún conocido singular y señalado beneficio, porque si, según toda buena razón, a las singulares mercedes deben corresponder singulares servicios, si no es amado, cosa es bien razonable que des amor a quien te da mercedes; porque ni Dios te da las mercedes sino para que lo ames, ni tú las debes recebir sin hacimiento de gracias, que es amor. Conforme a lo cual, hallarás en la Escritura que cada vez que nuestro

Señor hacía algún singular y señalado beneficio a su pueblo, le ofrecían nuevo cántico de alabanza; y porque Ezequías no quiso guardar la costumbre de los justos, que es componer nuevas alabanzas en la nueva manera de mercedes, fué herido de gran enfermedad, cuando no hizo gracias a nuestro Señor porque destruyó el ejército del rey Senaquerib que había venido sobre Jerusalén. Para tu condenación pienso que recibes las singulares mercedes que Dios te hace si tú a él no haces por ellas gracias; las cuales no se pueden hacer sin amor, ca todas las otras risas y cantos y todo el otro rezar lo tiene Dios por un amusgar o regañar, y lo juzga por fingimiento cuando falta su santo amor, sin el cual los cánticos muy apuntados son voces y gruñidos importunos, que más indignan que aplacan, y el incienso sin amor hiede delante de Dios, que sin la sal de amor no toma sabor en cosa del mundo, por muy curiosamente que se la ofrezcan.

Mira, pues, hermano, que si, ofrecida oportunidad, eres obligado a honrar a tus padres, porque él te mandó que los honrases, también, ofreciéndose suficiente oportunidad, serás obligado a lo amar, pues que él te mandó que lo amases. Y no parece que haber otra oportunidad más suficiente que hacerte él señaladas mercedes y darte singulares gracias, porque con ellas se puede muy fácilmente despertar tu amor; y pues el Señor muestra verdaderamente en aquello que ama a ti más que a los que no da las tales gracias, también parece que tú eres obligado a le tener singular amor.

Todas las razones con que fundamos la primera opinión, pueden servir para fundar ésta, que me parece tan buena como ella; y más, que los que contradijeren esta opinión luego han de ser tenidos por ingratos y malos pagadores y por tibios, pues los beneficios de Dios dicen que no bastan para les señalar tiempo en que pongan en obra lo que ellos eran obligados a hacer. Tú, sin que Dios te diese ni un agujeta, eres obligado a lo amar *sobre todas las cosas*, y los singulares y señalados beneficios que particularmente quiere darte, no decimos que hacen otra cosa sino señalarte el tiempo en que seas tenido a ejecutar el amor a que antes estabas obligado; y pues todo lo que hace Dios con nosotros, según dice Ricardo, se ordena a que lo amemos, rebelde me parece que será el que, a la voz de su beneficio, no respondiere con amor. Nota, pues, hermano, los tiempos en que eres obligado al amor de tu Dios, y no seas negligente, ni dejes de saber esto, pues te va más en ello que en saber todas las otras cosas del mundo.

CAPÍTULO XXII

De cómo pueden guardar los varones fervientes cuasi infinitamente la ley del amor

El espíritu del amor, que reparte sus dones como le place, nos enseña por maravillosa figura que debemos seguir el movimiento que causa él en el ánima mediante sus dones, como lo hacían aquellos santos animales de que dice el profeta [1]: *Adonde era el ímpetu del espíritu, hacia allí tendían el paso.* El que corresponde a su vocación y ejercita el talento de la virtud o gracia particular que Dios le dió, sigue el ímpetu del Espíritu Santo, que en la Escritura se compara al aire, porque a todas partes envía el ímpetu y fuerza de sus gracias, pues a todos hace mercedes y todos deben mirar lo que han recebido. Y entonces andarán delante de su cara como estos animales santos, que miraban cómo pusiesen el paso de la obra conforme al ímpetu del espíritu; el cual, entre todos los ímpetus y movimientos, tiene uno que es más excelente que todos; y este ímpetu es la fuerza de su amor, que se dice mejor porque es más conforme a él, y va más derechamente a él, sin rodeo alguno.

Esta fuerza y atraimiento de amor, con que los varones fervientes son antevenidos del Espíritu Santo, no se cura de preguntar cuándo o en qué tiempo obliga el gran mandamiento del amor, antes, por una inspiración secreta, parece que dice al corazón, haciéndolo arder, aquello de Salomón [2]: *Deléitate continuamente en el amor de él.* Con esta tea encendida en fuego de amor que pone Dios en sus familiares amadores, los hace pasar la obligación común en el amar, porque estos fervientes varones se esfuerzan a amar más veces a Dios que manda la común obligación que todos tienen, y amando crece tanto la sagrada codicia del amor, que nunca querría el ánima hacer otra cosa sino amar; lo cual es del todo imposible en esta vida, donde otras muchas ocupaciones de cosas que aún somos obligados a hacer nos hacen algunas veces levantar de los pies de Dios, que son los deseos de su perfecta

[1] Ez. 1, 12.
[2] Prov. 5, 19.

voluntad, que se ordenan más al amor que a otra cosa ninguna.

Levantámonos, pues, muchas veces del actual amor, y dejámonoslo por ayudar a Marta; y aun por se hacer María, es menester que se levante María y deje su reposo, por dar a otros reposo y ejercitarse en las obras de misericordia, a que también somos obligados como al amor de Dios; y como sea imposible estar el hombre juntamente atento a muchas cosas, afloja por entonces y aun del todo cesa el acto del amor de Dios, aunque no el hábito ni el deseo de lo tornar a amar con el reposo primero sin cesar. Las cuales cosas nota Ricardo, cuando dice: «En la difinición del justo es dicho: terná mucho querer en sus mandamientos. ¿Qué cosa es querer mucho sino querer más que puede? Y en este sentido pienso yo que fué dicho en los Cánticos [3]: *Las doncellas te amaron mucho;* porque infinito y inmenso es Dios, al cual va el amor de ellas, y, por tanto, no debe tener fin ni medida el amor; así que el ánima que así ama, si no ama menos que puede, ama menos que desea». Lo de suso es de Ricardo; en que nos dice cómo el justo amador ama más que puede, y trabaja de suplir en el deseo lo que falta en la obra, y como nuestra voluntad pueda más desear que obrar, y su deseo no tenga limitacion alguna, sino que puede su deseo extenderse hasta lo imposible deseando cosas infinitas, síguese que, pues en el deseo hay una continencia virtual de las cosas deseadas, podíamos decir que el ánima del varón ferviente ama infinitamente a Dios, pues querría tener amor infinito para lo amar.

Si dice San Gregorio que da nuestro Señor pena perpetua al pecador por la culpa temporal, mirando al deseo que tuvo de siempre pecar, ¿por qué no diremos que para Dios mientes y tiene en gran estima el deseo que tiene el justo de poderlo infinitamente amar, pues que el amoroso Señor suele premiar más abundosamente los deseos de su amor que ser cruel en el castigo de los carnales deseos? No te quejes ya, ánima mía, ni digas que por ser Dios infinitamente amable desfallece tu amor y no puedes en ninguna manera igualar con él, porque como tu voluntad sea libre, aunque no lo pueda todo obrar por su flaqueza, puédelo todo desear por su libertad, y el deseo es en tanto estimado acerca de tu Señor Dios, que lo recibe por cosa hecha cuando se deja de ejecutar por no poder más. Si tú verdaderamente no dejas de amar a Dios por no querer más, sino por no poder más, piensa que el buen juez, que es abogado en las causas del amor, recibi-

[3] Cant. 1, 2.

rá tu deseo como tú se lo ofreces. Si por un jarro de agua fría promete el reino de los cielos nuestro Señor, no mirando al agua fría, sino al ferviente deseo, que daría más si pudiese, ¿cuánto más nos dará en el cielo su infinito amor por todo el nuestro que aquí le ofrecemos con interminable y ardentísimo deseo de lo amar infinitamente? Pues que el pecador es loado entre los demonios, porque su ánima tiene deseos tan malos que no los puede reducir a la obra, ¿por qué no podremos loar también al ánima que tiene tan soberanos deseos que cuasi lo ponen fuera de su pequeñez?

Dirá alguno que cómo puede desear el ánima lo que por ninguna potencia le puede ser dado, pues que el mesmo Dios a quien ama no le puede dar fuerzas para producir infinito amor, porque el ánima no puede rescebir este don aunque Dios se lo pudiese dar; ca siendo ella pequeña, no puede recebir fuerza infinita: así que, pues ninguna esposa debe desear lo que su esposo jamás le dará por más que lo pida, y en lo espiritual el desear es pedir, parecerá importunidad o falta de discreción pedir lo imposible. A esto se responde aquello de San Agustín, que dice: «El amor de Dios no toma consuelo de la imposibilidad». Para entender esto has de saber que todos los amores mundanos se refrenan y detienen si ven que es imposible haberse la cosa amada; de manera que la imposibilidad hace desvanecer el amor, como se dice de la zorra que, amando las uvas de una parra, probó haber si podía subir a comer de ellas, y desque vió que no podía, dijo: Así como así, no las había gana. Esto responden los que aman mucho las perlacías, desde que ya ven que las tienen otros y ellos no las pueden haber; de manera que la imposibilidad de las haber les da descanso del trabajo en que antes se vieron cuando las procuraban.

El amor de Dios es tan fuerte en los fervientes varones y tiene tanta majestad consigo, que nadie da la ventaja, ni se aprecia de sujetarse, ni consolarse con la imposibilidad, ni lo puede domar la razón, ni hay martillo que le haga torcer su deseo; y por esto, dice Ricardo hablando de los varones fervientes: «Espantándose los justos y abrazando en Cristo aquel exceso de amor con que, puéstole delante el gozo, quiso más sufrir la cruz, menospreciada la humana confusión, confúndense los amadores en no le pagar la vez; y, por tanto, siendo incitados como con espuelas con los menosprecios de su pasión, sin freno son llevados al abismo profundo del amor y a la hondura de la caridad, quejándose totalmente con solo aquello. *¿Qué tornaré a dar al Señor por todas las cosas que me dió?* Y de esta manera, con una sana y santa locura

trasladados en espíritu, creen que aman poco siendo así amados, porque la vehemente fuerza del amor no se retrae vista la razón, ca, testigo San Pablo, tiene eminencia con majestad sobre la ciencia, no se amedrenta porque fuera lanza el temor, no se reprime con miserias porque en la enfermedad se perfecciona, del todo es virtud omnipotente, que aun las miserias hace poderosas cuando convierte en favor las que estaban armadas para contradecir; con la cual virtud guarnecidos los caballeros de Cristo, batallan sin miedo; siendo ciertos de la victoria, andan muy seguros en medio de los peligros, no temiendo al hombre ni al demonio».

Lo de suso es de Ricardo, que ha llamado *toda poderosa* la virtud del amor, que no se retrae ni torna atrás aunque la razón y la imposibilidad le sean contrarias, sino que todavía desea amar infinitamente al que infinitamente la ama, aunque esto del todo le sea imposible. Y por tanto, el que como Daniel es *varón de deseos*, que se han enseñoreado de él y lo tienen poseído los deseos de Dios, diga a su amantísimo Dios con David [4]: *Señor, delante de ti está todo mi deseo: y mi gemido no es a ti escondido*. Este deseo con que los varones fervientes codician amar infinitamente a Dios, se dice *todo deseo*, porque no puede más desear el ánima, ni admite consigo otro alguno: y por esto dice que *está delante de Dios*, que va a solo él por vía rectísima, como saeta, sin torcer a criatura alguna. Y dice más, *que su gemido es manifiesto a Dios*, porque es según él y lo aprueba; y en este lugar lo mesmo es *gemido* que *deseo*, aunque añade alguna más afición, dando a entender que entonces la tal ánima *gime* como paloma amorosa por más amar.

Podrá ser que algún atrevido diga que él tiene este deseo, y que pluguiese a Dios que él tuviese fuerzas para lo amar infinitamente. Para ver que tú no tienes este deseo excesivo de que hablamos, has de saber que un deseo se llama *eficaz* y otro se llama *ineficaz;* este segundo, bien puede ser que tú lo tengas, como lo tiene el perezoso, del cual dice el Sabio que *quiere y no quiere*, dando a entender que, aunque el tal dice *que quiere, no quiere* con eficacia ni verdad. Este deseo soberano eficacísimo de que hablo, procede de la abundancia del amor, así como el vapor cálido de la olla que hierve, y no de la fría; y porque éste es el mayor deseo que puede tener el ánima, no pienses que entonces está sola ni que saldría de ella tan calidísimo vapor si el gran fuego del Espíritu Santo no la tuviese abrasada y ayudase su enfermedad para que

[4] Ps. 37, 10.

se extienda a más de lo que puede, como acontece a la leche, que, siendo poca, crece mucho, si tiene cogido mucho fuego. La mujer nunca tiene tan grandes deseos como cuando está preñada, donde acontece desear mucho lo que no puede haber; y estos deseos son señal de su preñez; y de esta manera, cuando el ánima tiene en sí a Dios, produce los grandes deseos de que hablamos.

Conforme a las cosas dichas, dice Ricardo: «¡Oh buen Dios, al cual amar es comer, en qué manera refecionas a los que te aman, pues han más hambre!, sino que tú eres manjar y hambre; el que no te gustó en ninguna manera sabe haber hambre; así que nos mantienes para que hayamos hambre». Para que tú puedas conocer si mora en ti este deseo, has de juzgar de ti lo que juzgarías de uno que vieses al pie de un monte, cuyas fuerzas bastasen para subir un poco la cuesta. Si te dijese aquéste que tiene grandísimo deseo de subir a este monte, no lo creerías hasta que lo vieses que subía y andaba todo lo que podía y demandaba socorro para lo que le quedaba de subir; el monte es el amor de Dios, del cual dice David [5]: *El monte de Dios es monte grueso, en el cual place a Dios que moren*. Dícese que desea él que moren allí, y no señala quién ha de morar, dando en esto a entender que, como no sea aceptador de personas, a todos querría tener por amigos; y dícese más, que Dios ha de morar en este monte hasta el fin, porque el mesmo Señor se ama infinitamente; y así, el fin del amor es no tener fin. Si el amor de Dios está vivo en ti y en tal manera emprendido en tus aficiones entrañales que sientes más verdaderamente sus ímpetus y movimientos que no los movimientos que suele causar en el corazón el amor de la honra propia y el amor de la mujer y hijos y hacienda, de manera que sientas tú en ti manifiestamente que sólo el amor de Dios sube y se ensalza apaciblemente sobre todos los otros amores, que han de quedar en el valle muy bajos en comparación suya, este exceso que ha de haber en tu ánima del amor de Dios a los otros amores que moran en ella, no ha de estar solamente en la razón, que ella lo determine así, porque esto quienquiera lo tiene, sino que ha de estar también en el sentimiento y en el deleite del corazón, que te agrade más el amor de Dios y te deleites más en él que jamás te deleitase en cosa que fuese; y el mesmo amor de Dios mueve más vivamente el corazón que si tuvieses un hijo en tierras extrañas y te dijesen que venía próspero.

A los perfectos y fervientes varones más íntimamente

[5] Ps. 67, 16-17.

conviene saber qué cosa es amor, para que así vean en sí mesmos si comienzan a subir al monte del mesmo amor, al cual llama San Agustín movimiento del corazón; y declarando qué cosa sea, dice: «Amor es deleitación del corazón a alguna cosa, ordenada por algún deseo que hay en la codicia de ella, y por el alegría que hay en gozar de ella; con el deseo corre el amor, y con el gozo se quieta». Según esto, cuando sientes en tu corazón un movimiento deleitable que a sólo Dios se ordena, y se mueve con más codicia de Dios que de cosa del mundo, y este movimiento está acompañado de un gozo grande, y tan grande que no da lugar a otro alguno, entonces comienzas a subir por el monte del amor, si llamas todas las fuerzas de tu ánima que vayan juntas, atraídas del amor, para celebrar gran fiesta con su Dios, al cual con fuerte movimiento se mueve el amor de tal forma, que siente más ligereza en sobir al monte del amor de Dios, y sube a él con más placer y gozo que no solía descender al valle de las cosas del mundo, donde está el amor lodoso; y esto porque con más voluntad sube que solía descender, ca cosa clara es que la mayor ligereza no está principalmente en el descender, sino en la mayor voluntad; y por esto, en el caso presente, creciendo la voluntad en el amor de Dios, decimos que sube más presta que solía descender.

Conforme a las cosas sobredichas, dice Ricardo: Párate a pensar qué es lo que con más ardor amaste en tu vida y con más ansia codiciaste, y lo que con más placer te aficionaba y más profundamente que todas las otras cosas te deleitaba; considera, pues, si la mesma violencia de afición y la mesma abundancia de deleitación sientes cuando te enciendes en el deseo de su sumo amor y cuando huelgas en su amor, y no creas que aun tiene tu amado aquel íntimo seno de tu afición, si el espuela del íntimo amor menos penetra tu ánima en las divinas aficiones, o si más tibiamente la mueven que lo solían hacer en las aficiones que no eran de Dios; empero, si vieres en ti totalmente tanta o por ventura mayor violencia de amor o deleite en tus entrañas acerca de las cosas divinas que jamás experimentase en otras cosas, aun queda de ver si por ventura hay alguna otra cosa en que te puedas deleitar o consolar. Cierto que, mientra podemos recebir consolación o alegría de otra cosa cualquiera extraña, no osaría decir que nuestro amado posee el íntimo seno del ardentísimo amor. Así que, oh ánima, cualquiera que seas, séate cierta señal que a tu amado menos amas o menos de él eres amada si aun no mereces ser llamada ni seguir al que te llama para que goces

de los experimentales excesos del amor. Lo de suso en sentencia es de Ricardo; cuasi lo mesmo, a la letra, dice San Bernardo, porque no pensemos que el amor de Dios está sin admirables sentimientos en los fervientes amadores.

Puesto que en las obras de fuera se manifieste el amor de dentro a los que no ven el corazón, no por esto se sigue que no puedas tú conocer el amor que tienes a Dios en su pureza, como lo produces del corazón sin mezcla de otra cosa alguna, sino que sólo el amor sea medianero y solicitador entre el ánima y Dios, cuando ella quiere vacar a él solo y gozar de él secretamente, sin que otro alguno entienda en ello, sino el solo amor entrañal y la bienquerencia del corazón; y no pienses que por esto quiero decir que se pueda sentir el amor infuso, que agora no hablo, sino del amor adquirido y producido de tu corazón, para amar estudiosamente y con afición a tu Dios. Confusión grande es a ti ver y conocer y sentir que amas tus hijos o mujer o tu persona y otras dos mil cosas con que te alegras y consuelas manifiestamente, y no sabes cuándo amas a Dios ni cuándo no; y esto se causa en ti porque no eres solícito en el amor de tu Dios, a que eres más obligado, como lo eres en el amor de todas las otras cosas, que son muy menos de amar y aun por ventura son de huir. *No sabe el hombre si es digno que Dios le tenga amor;* empero puede saber, y es obligado a saber, que ama a Dios; y los varones fervientes se trabajan por sentir y conocer en sí este amor y continuarlo más y más verdadera y entrañablemente que otra cosa ninguna, en tal manera, que conocen más de hecho el amor que tienen a Dios cuando lo están amando que el resollar ni la vida; y por esto no pienses que están engreídos sobre sí, pensando que hacen mucho en amar a su Dios, porque, conociendo por una parte que aman a Dios, dudan por otra parte si está puro aqueste amor, ca nuestro Señor lo quiere puro y aun purísimo; empero, el amor de Dios, así como es contrario al amor mundano, así tiene contrarias condiciones. El amor mundano se va cada día mezclando con más vanidades y se va tornando escoria; empero, el amor de nuestro Señor se afina más de cada día y se hace más puro.

Bienaventurado el que puede con San Pedro decir al Señor que con mucha instancia nos pregunta si lo amamos: *Sí, Señor, tú sabes que te amo*. En estas brevísimas palabras se han puesto tres afirmaciones de amor, dándonos a entender que en los varones fervientes no hay cosa más cierta que el amor que tienen a Dios. La primera afirmación se pone en decir: *Sí, Señor;* y esto se ha de

decir con la boca, y con la cabeza, y con el corazón, porque de todo se enseñoree el amor. Y diciendo *sí* al amor de Dios, hemos de negar por entonces nuestro amor a todas las otras cosas y a nosotros mesmos; porque de otra manera, si lo repartimos, no será tan fuerte, ni subirá con tanto ímpetu. La segunda afirmación está en decir: *tú lo sabes.* No hay cosa más cierta que la sabida de Dios; por eso es cierta, porque él la sabe, y tan cierta, que es imposible, si él la sabe por verdad, salir mentirosa; y entre nuestras cosas, la que él más sabe es el amor; digo que lo sabe más porque lo acepta más, y lo abraza con todas entrañas, y si no fuese por él, no aceptaría cosa que le ofreciésemos, según aquello de Ricardo: «Algunos son los servicios de la caridad que agradan y aplacan si se hacen en caridad; mas, sin la caridad, ninguna cosa aprovechan, porque en esta virtud, ni la mínima obra se desecha y, sin ella, no se acepta la mayor; ni la predicación, aunque se haga con lenguas de ángeles; ni la fe, aunque pueda mudar los montes; ni la limosna, aunque gaste todos los bienes en manjares de pobres; ni la aflicción corporal, aunque sea entregado el cuerpo al fuego; ni la solemnidad de las misas, porque defendido es que no ofrezcamos don antes que nos reconciliemos con el hermano, ca el mesmo Dios, amador del hombre, a quien alaba con razón toda criatura y él dice no tienes necesidad de mis bienes, esto sólo demanda al hombre: que lo ame». Lo de suso es de Ricardo, en que muestra cómo a sólo el amor mira Dios, y por él a todo lo demás que él adornare.

La tercera afirmación que en las breves palabras susodichas se incluye, puedes notar en lo siguiente, do se dice: *ámote.* No dice *amarte he* o *ya te amé,* sino de presente pone en efecto la obra del amor, afirmándolo más por obra que por palabra; como Cristo, delante de los discípulos de San Juan, no quiso afirmar por palabra que era él el Mesías esperado, y afirmólo por obra, que es más excelente afirmación.

Si tú con las tres afirmaciones ya dichas aseguras tu amor, ten por cierto que has hecho lo que es en ti, y cree que luego se seguirá en tu ánima aquel deseo de infinitamente amar nuestro Señor que comencé a decir; empero, primero has de decir el *sí, Señor,* con todas las obras de fuera, dirigiéndolas y ordenándolas a mayor amor de Dios, y has de decir el *tú lo sabes,* haciendo esto puramente por Dios; que no lo sepa la mano izquierda, que es el amor extraño, sino la derecha, que es aquella más recta intención con que se ordena el hombre a sólo Dios; y lo tercero has de decir *ámote,* o por hablar más al pro-

pio, has de decir y poner en actual y total ejecución este *ámote* con que el corazón se junta con Dios y se lanza en el horno perdurable de su amor, donde se viste de mayores deseos que conviene a su pequeñez, y sube el humo oloroso de la afición o deseo para siempre, queriendo, si ser pudiese, amar a Dios con infinito amor. Este humo suavísimo atrae a nosotros más el amor de Dios, ca no es sin gran merecimiento aquel solo deseo de amar infinitamente, cuando sale y procede del efecto de la obra en que hombre ha ejecutado todas sus fuerzas amando, y por esta gracia y más amor que nos es dado con este eficacísimo deseo, podemos decir del justo aquello de Jeremías [6]: *En el deseo del ánima atrajo el viento de su amor.*

En la Escritura, según dije, se llama *viento* el Espíritu Santo, al cual atraemos para que nos dé más gracia con este soberano deseo de nuestro amor; y viene este viento solano para soplar el huerto del ánima, porque corran más sus olores, que son sus deseos, que mientras más aman más crecen, y corren perdurablemente. Este misterio del amor y del deseo se figura en Moisén y en Josué, que sobían al monte, del cual dice [7]: *Estaba la semejanza de la gloria del Señor, así como fuego que arde sobre lo más alto del monte.* Este monte donde el fuego divino se muestra con tanta gloria bien se puede llamar *monte de amor divino*, donde nuestro amor se ha de trabajar de subir. A este *monte* suben Moisén y Josué, que son el deseo y el amor de que hablamos; porque Moisén quiere decir *atraído de las aguas*, y tiene figura de este soberano deseo, que es como vapor de la virtud de Dios que mora en el ánima, y sale de las aguas calidísimas del desierto interior, que son los actos de nuestra voluntad encendida. Este deseo, como otro Moisén, sube a lo más alto del monte del amor divino, atraído y esforzado con la virtud del Espíritu Santo, que no ha menester comer ni beber, teniendo intento a su conservación; ca nuestro Señor conserva este deseo en nuestra ánima si nosotros hacemos que suba Josué, que es nuestro actual amor con que al presente amamos a nuestro Señor; y éste no sube sino un poco del monte, ca, según dice la *Glosa*, no llegó Josué a lo alto del monte, sino a la cuesta o ladera suya. En lo cual se muestra que, si no podemos amar a nuestro Señor según él meresce, debémoslo amar según todo nuestro poder, ensalzando su amor sobre el valle de todo

[6] Ier. 2, 24.
[7] Ex. 24, 17.

aqueste mundo y dejando por entonces todos los cuidados, aunque sean lícitos y buenos.

Que Josué tenga figura del amor solícito que el ánima tiene a su Dios, claramente lo prueba una *Glosa* que dice: «Por *Josué,* que quiere decir *salud;* y *metió el pueblo en la tierra prometida,* con muchas conveniencias puede ser figurada la caridad; a la cual se dice: *tú dividieras la tierra por suerte,* ca según los grados de la caridad se distribuyen los grados de la soberana felicidad; y a éste dicen *que no lo dejará Dios,* porque la caridad nunca perece, y el que está con Dios, y Dios en él». Esto dice la *Glosa.* Si has mirado en ello, bien has visto cómo este deseo soberano que se extiende a lo infinito no puede estar en el ánima sino cuando ella ama a Dios, según lo último de su poder y fuerzas. Con lo cual, bien cuadra la figura susodicha, porque, según dice Beda, nunca sobió Moisén al monte sin Josué, ni este deseo ferventísimo que exceda nuestra ciencia puede sobir a la cumbre del divino amor sin que el ánima se esfuerce todo lo posible a amar a sólo nuestro Señor Dios. Así que el deseo que tú decías que podías tener sin el amor actual y ferviente, es un vapor fingido, que en un momento se deshace y desfallece; mas el que procede de la ferventísima caridad, se dice *vapor de la virtud de Dios.*

En perdiendo o cesando del actual amor, también se afloja este deseo en el ánima, y, por tanto, has de tener aviso para conservar el amor, que siempre arda en ti, para que suba de él a las alturas este deseo como oloroso humo de holocausto pacífico, que con beso de paz se trabaja de igualar los que se aman, aunque sea cosa imposible amar el hombre como es amado; empero, conservándose el amor en el corazón, suple el deseo lo que no pueden las fuerzas, y, perdiéndose lo uno, se pierde lo otro, según lo cual dice Dios reprehendiendo al justo [8]: *Las manzanas del deseo de tu ánima se apartaron de ti, y todas las cosas gruesas y notables perecieron en ti.* Así como de las manzanas sale el olor, así del amor actual sale este soberano deseo; y por esto se dicen los actos de amar *manzanas del deseo del ánima,* y las *cosas gruesas,* según dice la *Glosa,* son el redaño del ánima y las cosas que crían la devoción, que, en dejando hombre de amar al Señor, perecen, a lo menos en cesar de servir a su Señor el amor; y las cosas *notables* son otros dos mil conceptos y buenos propósitos que engendra el amor en el corazón tan de verdad y tan vivos, que parece que ya hombre los pone en obra. Y no te maravilles porque el fuego del divino

[8] Apoc. 18, 14.

amor engendre muchas cosas en el ánima, aunque el fuego acá material de que usamos no pueda engendrar sino la salamandria, que nunca vimos, porque el fuego del divino amor no se compara al fuego terreno, sino al celestial, que engendra y madura todos los frutos de la tierra, lo cual también hace en nuestra ánima el amor de Dios. Queda, pues, visto cómo puede el ánima, con el vehemente espíritu del amor, desear con mucho deseo y muy de verdad amar a Dios infinitamente, porque el deseo de los justos, según dice el Sabio [9], no tiene término, y a la razón que arriba se trujo que para qué era este deseo, pues que Dios no lo había de cumplir, se dice, según San Ambrosio, que la santa devoción muchas veces sale de madre y excede la medida de su capacidad.

Decimos también que a los justos será dado su deseo, según dice el Sabio [10], aunqne de otra manera que lo demandaba, o entonces cuando en el cielo cumpliere Dios de bienes nuestro deseo y nos diere puesto en obra el deseo de nuestro corazón, entonces nos será declarado qué era lo que demandábamos cuando deseábamos amar infinitamente a Dios, y con declararnos el misterio se porná en obra nuestro deseo. Puesto caso que cada miembro de los nuestros por sí no pueda hacer la obra que puede hacer toda nuestra persona cuando tenemos eficaz voluntad de ejecutar alguna obra ardua, así se aplican nuestros miembros a ella como si cada uno presumiese de acabarla, pues que ninguno es tardío ni se queja por estar desacompañado, sino que como león acomete nuestro brazo a nuestro enemigo, y los pies saltan y corren tras él, y los ojos lo miran con furor que paresce quererlo aterrar, y la lengua lanza palabras que matan antes de la muerte. Todo este deseo no lo tiene cada miembro en sí mesmo, sino en su cabeza, que rige los miembros, y, con ella, acaban juntos lo que no podía acabar cada uno por sí, aunque con gran ahinco se esforzaba a ello; cuasi de esta manera, cuando todos en el cielo estuviéremos juntos a nuestra cabeza, Cristo, podremos amar con él infinitamente a Dios, y de hecho lo amaremos infinitamente, pues Cristo, nuestra cabeza, infinitamente ama, y lo que él hace se atribuye a sus miembros, por la comunicación que hay de él a ellos mediante la caridad. Y así el deseo que aqui tienen los justos de amar infinitamente a Dios, no es baldío, pues que verán cumplido en el cielo con Cristo, que lo ayuntará a su poder y amor, y allí cumplirá con él el amor todo lo que aquí deseó. Conforme a lo cual, dice

---

[9] Prov. 11, 23.
[10] Prov. 10, 24.

San Pablo [11]: *Mi Dios cumpla todo vuestro deseo según sus riquezas en la gloria en Cristo Jesús; empero, a Dios, Padre nuestro, sea gloria en los siglos de los siglos, amén.*

Solamente queda de avisar en este capítulo que si por ventura no entendieres qué cosa sea este deseo de infinito amor, no por eso lo has de reprobar ni decir que debe ser cosa que fingen los que aman, sino mira que dice Ricardo a Dios: «Quien nunca, Señor, te gustó, en ninguna manera sabe haber hambre». Según esto, del sumo gusto del ánima sale este deseo, que es hambre del corazón, y el que no tuvo el gusto no sabrá bien tratar ni sentir de su hambre. Cuando tú, ánima mía, gustares cuán suave es el amor de Dios juntamente a tu amador Cristo, su Hijo, suplícale con amor, y aun a todos los serafines puedes también rogar que te ayuden a amar infinitamente a aquella infinita bondad; y este amor infinito se atribuirá a ti, como si tú mesma lo sacases de tus entrañas, porque, según los derechos humanos, lo que alguno hizo por medio de otro, por sí mesmo lo hizo. Convoca y llama las vecinas angélicas criaturas y aun terrenas para obra tan alta, que todas te hicieron para esto; y todas de grado sirven al captivo de amor para más con él amar muy de corazón al que por amor nos crió; y aun allá en sí mesmo guardó nuestra idea viva, por no carecer jamás de sus amigos.

CAPITULO XXIII

En que se pregunta si puede caer exceso o alguna demasía en la ley del amor que tienen a Dios los amadores ferventísimos

La demasía y el exceso es una polilla tan de temer, que en las cosas mejores cae más; porque aun el emperador, si es muy emperador y no es hermano cuando conviene, se lo tienen a mal; y un fraile, si es muy fraile, no deja de ser malquisto. Cuanto las cosas son mejores, acaece más veces en ellas la demasía, que es vicio; porque del mejor vino se suele hombre más presto embriagar, y por esto aprueban muchos aquella sentencia que dice *de ninguna cosa mucho*. La prudencia, si es mucha, declina en mudanza y hace mudables, diciendo que *de los sa-*

[11] Phil. 4, 19.

bios es mudar el consejo; y la templanza, cuando tiene demasía, hace al hombre amigo de singularidad; y la fortaleza, si es mucha, lo hace pertinaz o atrevido; y de la justicia dice el Sabio [1]: *No seas muy justo, porque no declines a rigor.* Pues que las mejores virtudes suelen pecar en exceso, con mucha razón se pregunta si puede caer en el amor este vicio.

Lo que nos hace sospechar esto es ver que el amor siempre se pica de ser mucho, porque de las doncellas se dice en los Cánticos que *amaron mucho,* y de la Magdalena, recién convertida, dice Cristo [2]: *Sonle perdonados muchos pecados porque amó mucho.* Y del mesmo amador nuestro Cristo Jesús hallamos escrito que cuando en el monte Tabor decía su Padre que lo amaba mucho, hablaba él del *exceso* que había de cumplir en Jerusalén, en el monte Calvario, donde mostró su amor más *exceso* que jamás; empero al *exceso* de Cristo, dicen algunos que quiso él *exceder* en amar por nos reprehender con esto y mostrar cuán cortos somos nosotros en el amor y cuán tibios, pues que apenas llegamos a lo que debemos. *Excede* Cristo porque nosotros veamos nuestras faltas; sus virtudes *exceden* nuestros términos, por las nuestras no allegan a los suyos ni jamás alcanza el puesto; empero, los grandes amadores de nuestro Señor también parece que *exceden* en el amar, porque San Ambrosio dice hablando de Moisén: «Bien sabía el santo profeta que no podía ver con sus ojos la cara del invisible Dios que demandaba, mas esle de perdonar, porque la santa devoción sale de medida». Y San Agustín dice, hablando del amor que tenía la Virgen a Dios: «Algunas veces vemos que el amor pide lo que apenas puede ser hecho, y piensa que todas las cosas le han de obedecer y dar la ventaja».

A la pregunta que hemos propuesto, según prueba Gabriel, se ha de responder luego y decir que el amor de amistad con que amamos a Dios no puede pecar de mucho; lo uno, porque el amado es más amable que decir ni pensar se puede, en tal manera, que, dado que todos los ángeles y hombres juntasen su amor a una, como suelen venir las ondas del mar o como huestes de batallas muy ordenadas, aun no podría igualar con lo que merece ser amado nuestro Señor Dios, infinitamente amable. Bien declaró por figura nuestro Señor Dios que en su amor no podíamos *exceder* cuando señaló en el Exodo la *anchura* y la *longura* que había de tener el propiciatorio del amor, y no hizo mención de la *altura* que había

[1] Prov. 4, 5.
[2] Luc. 7, 47.

de llevar. El propiciatorio de oro es el amor, cuya anchura y largura nos tiene Dios medida y señalada cuando nos da forma y manera cómo amemos a nuestros amigos y a nuestros enemigos; mas cuando nos dice que lo amemos a él no señala el tanto, porque este amor no puede pecar de mucho. Todo nos lo demanda el que sabe bien que no le podemos dar nada demasiado, por mucho que nos esforcemos a lo amar. Y tuvo, entre otros muchos, señaladamente dos avisos para levantar nuestro amor y darle más sobido quilate, porque pudiese en algo alcanzar al suyo y porque no pecase de poco ni de vil o ratero. El un aviso fué hacer mandamiento de mayor importancia y primero que los otros aquella carta de amores que comienza: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón*, etc. Verdaderamente que tal escritura más es *carta de amores* que no mandamiento; antes digo que este nombre *mandamiento* no parece digno ni pienso que merece ayuntarse con aquella escritura que comienza: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón*. Y esta escritura más es requiebro hecho del divino amor a las ánimas, o privilegio de soberana franqueza, o señal de extremada clemencia que se suele tener con los iguales, que nó *mandamiento* que se suele dar a los siervos en prueba de la sujeción que deben.

Dado que esto sea así, tuvo por bien nuestro Dios de hacer un *mandamiento nuevo* de una *carta de amores* por dar quilate y fuerza a nuestro flaco amor, que antes podría pecar de poco que no de mucho. Si los frailes dicen que merecen más haciendo las cosas por la Obediencia que no haciéndolas por su propia voluntad, ¿piensas que faltaría esta consideración en aquel ingenioso amador Dios nuestro cuando llamó *mandamiento* a lo que cualquiera bueno había de hacer aunque no se lo mandaran? Si consintiera Dios que lo amáramos de todo corazón, pensáramos que nos hacía señalada gracia y honra; empero, porque nuestro amor no fuese tan flaco, quiso formar de allí *mandamiento* por dar galardón a sus mercedes y tomar ocasión para nos hacer gracia por gracia. Busca rodeos el amor para hacer más bien al amado, y de esta manera nuestro carísimo Dios llama *jornal y servicio* a lo que en verdad es gozo y placer y gracia y honra que nos hace en consentir que lo amemos, los que con sólo temerlo nos contentáramos y no nos atreviéramos a más.

El otro aviso que el amor divino tiene con los suyos para que más amen es infundirles caridad, con que lo quieran bien y más que sin ella; porque, según dicen los teólogos, de más encumbrada excelencia es nuestro amor

acerca de Dios con la caridad que él nos infunde que sin ella; el sabor, y la gracia, y la sal, y todo buen sabor causa la caridad infusa en nuestro amor; porque, teniéndola, no peca de poco ni de vil. Aunque nuestro amor no pueda pecar de poco, porque no poco a poco, sino toda junta se pierde la caridad; ni pueda pecar de mucho si se mide en sí mesmo. Otras consideraciones hay en él que le ponen tasa, y otros términos tiene que no le es lícito pasar.

Bien sé, Señor Dios mío, que mi ánima y mi cuerpo son obligados a te amar, porque las tres potencias del ánima obligaste en las tres primeras partes del gran mandamiento del amor, que dicen: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón y de toda tu ánima y de toda tu memoria;* en lo que más añadiste, donde dices que también te ame con *todas mis fuerzas,* quieres que todos mis miembros de pies a cabeza te amen. Amante mis pies cuando por ti andan caminos de paz y devoción descalzos y trabajados. Amante mis rodillas cuando se endurecen hincadas en tierra para te adorar. Amante mis muslos cuando por ti se apartan de toda obra deshonesta, no se inclinando a mujeres, como los de aquel rey que por esto enloqueció. Amante mis miembros secretos cuando por ti se apartan de todo deleite carnal. Amate mi vientre y estómago cuando por ti siente hambre. Amante mis pechos si andan desabrigados y descontentos por tu amor. Amante mis brazos y hombros si por ti llevan la cruz de la penitencia, y mis manos si trabajan por ti, y mis dedos escribiendo en tu amor, y mi boca predicando, rezando y corrigiendo o gustando cosas amargas, y mis narices te aman sufriendo por ti el mal olor de la enfermería y lugares viles. Amante mis ojos leyendo y llorando y viendo de quién se compadezcan. Amate mi cabeza, que descubro por ti y anda coronada en memoria de tus espinas. Amante mis espaldas cuando por tus azotes se azotan, y todo mi cuerpo si por ti se aflige. Todo esto te debemos, Dios mío, aunque no nos lo mandaras, pues que con amor tomaste miembros humanos para hacer en ellos las mesmas cosas por nosotros en tanto *exceso* que ninguno te alcance jamás.

En todo lo que hizo Dios por nosotros *excedió,* para que de esta manera mostrase cuán infinito era su amor. El Padre *excedió* en la justicia que hizo sobre su Hijo, y el mesmo Cristo *excedió* en el padecer y paciencia, pues que él mesmo se fué a la carnecería, lo cual ni un cordero haría ni hizo jamás. El Espíritu Santo tuvo también *excesiva clemencia,* cuando de la sangre derramada hizo emplasto para sanar los homicidas y los excesos de cruel-

dad que obraron en Cristo, tan grandes, que todos los elementos y el cielo excedió de lo que ser solía. ¡Oh clementísimo Dios, que con tantos *excesos de caridad* que acerca de nosotros tuviste no quieres que nadie exceda en amarte! Pues que tu amor se funda primero en nuestra ánima, si él es grande, imposible es que de fuera no se muestre, así como es imposible arder el fuego en el seno sin quemarse las vestiduras.

El ánima dentro en sí nunca *excede* en amar a su Dios, mas como no pueda tener este amor encubierto (si es grande), muchas veces excede en lo comunicar a los miembros y sentidos exteriores, porque yo conozco personas que han llegado cuasi a punto de muerte por no poder repremir este amor que, con ímpetu grande, hierve y bulle en las entrañas; en tal manera que ni aun con mucho miramiento ni aviso puede ser templado, mas caece henchir tanto el pecho que viene a echar sangre por la boca, y se hacen otros excesos en el hombre muy amador que lo llegan a par de muerte. El que esto sintiera en sí piense que lo ha de remediar, y no se dé tanto a la miel que le haga daño, aunque de verdad siento que en este caso tiene verdad aquel dicho del Sabio, que afirma [3] *ser mejor la maldad del varón que la bondad de la mujer.* Ricardo dice que el río Jordán, por donde pasó el arca de Dios a la Tierra de Promisión, tenía figura y representaba el amor de Dios. Este río salía de madre al tiempo del segar; y así acontece al amor, que, cuando se enciende y cuando se recoge en el seno el fruto de la fruición entrañal, no deja de causar en los sentidos exteriores algún exceso, por lo mucho que el ánima siente y no lo puede comunicar al cuerpo tan templadamente como se requiere, porque los interiores sentimientos, cuando son vehementes, no se pueden tanto templar ni ordenar cuando se requiere si hombre no tiene muy gran aviso en ellos.

[3] Eccli. 42, 14.

CAPÍTULO XXIV

De cómo has de tener ley de mucho amor con tu Dios

Préciase tanto el amor de ser mucho, que le parece inconveniente oír que no puede ser mucho ni debía ser mucho; empero, si bien se declara cómo el amor no puede ser mucho, no poca gloria recibirán de ello los amadores de Dios ni tampoco será impedido el mucho amor que la Escritura suele alabar en los amigos de Dios. Si hemos dicho que el amor que a Dios tienes no puede ser mucho, piensa en su bondad infinita y hallarás que para que el amor empareje con la cosa amada debe tener en sí tantos grados de caridad como la cosa tiene de bondad. Pues como sea Dios tan bueno, es imposible que sea mucho amado; de manera que si todos los santos y serafines se juntasen, no podrían, aunque viesen todos a Dios, producir tantos grados de amor cuantos él en sí tiene de bondad, aunque Dios criase otros muchos con los que ha criado. Dado que esta falta de amor suple al mesmo Dios en amar su mesma bondad cuanto merece ser amada, no por eso se cierra el camino del mucho amar a los fervientes ni les estorban que amen mucho a nuestro Señor Dios, y con mucho merecimiento, porque si el hombre con esforzarse a cualquier bien merece mucho, ¿cuánto mayor merecimiento terná si pone fuerza en el amar?

El amor de Dios, si se compara a la persona que ama y se acoteja con el que lo produce y tiene, bien puede ser mucho, como cualquier otra obra que el hombre hace, interior o exterior. De algunos decimos que tienen muchà memoria, y otros acaece decir más que saben, y otros se ofrecen a más que pueden, y otros, viéndose en aprieto, de la necesidad sacan fuerzas; y, por tanto, como la voluntad del hombre sea muy libre y tenga su operación muy fácil o muy a la mano y apunto, claro está que puede amar mucho; de manera que puede ser mucho el amor si se mira el que ama y lo produce, porque de esta manera solemos decir: agora mucho he leído, agora mucho me detuve, donde hacemos comparación a lo que solíamos hacer y no aquel por quien lo hacíamos. Pues comparando de esta manera, digo que el amor puede ser mucho y aun debe ser mucho; y digo que debe ser mu-

cho de muchas maneras: lo primero, debe ser mucho en atención: que sea el amor muy aficionado, muy ferviente y no tibio, sino que ande vivo en el seno del corazón y no amortiguado, sino que el fuego arde dentro y está el amor nuevo como el mosto que hierve. ¡Oh qué congoja tiene por ti, Señor mío, el amor cuando es de mucha afición, y cómo parece que cuasi apasionadamente se mueve a ti, y está el corazón tan ardiendo en tu camino que, como David, hecho ferviente volteador delante del arca, se desnuda de todas las otras aficiones por guardar la tuya sola, porque entonces el ánima está como pan caliente de proposición que ofrece a Dios. Y la llama del amor levanta nuestro espíritu y lo sube donde está nuestro tesoro; empero, no deja de nos antevenir el amado que, en medio de estos fervores, nos da un contentamiento mayor que el mundo, y tan grande, que nos parece no haber más que pedir. Buscábamos a Dios, y no sólo lo hallamos a la puerta, sino en lo más escondido de las entrañas, que las extiende y ensancha con tanta blandura como guantes muy adobados. Entonces el ánima, puesta en gran crecimiento de amor, cuasi piensa que todo lo puede con el favor del que la conforta, que es el amor divino, muy favorecedor del nuestro. Pues así como el oro en el fuego se derrite y corre y se extiende y sube más en quilates, así nuestro amor, si se llega a Dios, crece y se hace mucho, y entonces, conservando la devoción, amamos mucho a Dios con gran afición. Esta manera primera de amar mucho a Dios corresponde a la primera parte del gran mandamiento del amor, donde nos es dicho que amemos a Dios de todo nuestro corazón.

Lo segundo, has de saber que podemos amar mucho a Dios en el efecto de la obra, porque sin duda que ama a Dios el que guarda sus mandamientos; empero, el que sobre ellos guarda también los consejos, mucho es de creer que ama a Dios en la obra grande a que se pone, pues guarda también los consejos evangélicos, que se dan para grandes varones. ¿No te parece que ama mucho a Dios el que por su amor quiere llevar mayor carga y echa sobre sí mayor yugo que le parezca convenir y se esfuerza mucho a lo llevar? Este tal es como David, que, según se dice, era mayor que sí mesmo, y este tal echa la mano de la obra a cosas mayores: porque gran osadía y fuerzas da el amor, y aun grandes fuerzas; y aun a su juicio apenas le parece cosa imposible, porque, según dice San Bernardo, ninguna cosa es dificultosa al que ama. De aqueste tal amador dice David [1]: *Bienaventurado es el varón*

[1] Ps. 111, 2.

que teme a Dios; este tal mucho deseo tiene de cumplir sus mandamientos; la simiente de aquéste será poderosa en la tierra. El temor filial, que más de verdad es amor, hace al hombre bienaventurado y que tenga eficacísimo deseo de obrar mucho los mandamientos de Dios; porque la semilla del amor tiene mucho poder en la tierra de su cuerpo, aunque de verdad haya estado escondida en el corazón.

Poderoso es el amor para mandar a todos los moradores de la tierra, que son los miembros situados en cuerpo terreno, para que sean esclavos del amor. Aquella simiente se llama *poderosa* que da mucho fruto y no se queda como ahogada en la tierra. No se compara el amor a la simiente poderosa sino por el mucho fruto que se espera en la obra manifiesta, la cual, si no parece, cree que se ahogó tu trigo. Pues mira, devoto cristiano, que has de amar mucho en la obra, para lo cual te aprovechará tener mucha afición, como al que los muchos años se le antojaban pocos días por la grandeza del amor. ¡Oh Salvador del mundo, que, allende de la mucha afición que nos tuviste (la cual brotó por el costado), fué tanto el amor que por obra nos mostraste que te vimos llevar mayor cruz que podías!; pues que sabemos haberse movido aún tus enemigos a darte socorro en carga de tanto cargo, lo cual contemplan los que mucho te aman por obra, cuando por ti toman más carga que sufren las fuerzas, no porque no sepa el amor que tú amas lo justo y lo razonable, porque todos sabemos, según dice David, que tu honra es amadora del buen juicio, mas no sufre el amor ver tu gran cruz y llevarla él pequeña, ni le falta confianza, ni fe, pues que tú dices que estás con él en la tribulación y eres favor de los amadores. *Yugo* llamas tu ley, porque de ella tú mesmo llevas tu parte, o por mejor decir, la nuestra, y por esto notaba David que fingías trabajo en tus mandamientos, viendo que después tú mesmo le ayudabas a los cumplir y guardar; por la cual, aun en las penitencias y obras de fuera, se atreve el amor a salir de medida con tu confianza y amarte mucho.

Si, según verdad, *cirineo* quiere decir *encuentro*, ¿quién no dirá que tú, Señor mío, eres cada día Simón *Cireneo*, pues que te haces encontradizo cada día, por tu clemencia, con nuestras cruces, para nos ayudar? Pues que la primera forma del mucho amor pertenece a la primera del amoroso mandamiento; y la segunda, que es en la obra, pertenece a la otra palabra que es *de toda ánima,* porque tomamos ánimo para hacer la fuerza que padece el reino de los cielos; la tercera, que es amar a Dios de toda la memoria, nos da a entender que también en

el pensamiento se puede Dios amar mucho. Pues mira, que siempre te acuerdes del amor, para lo poner en obra, y no menosprecies la memoria de él; porque, según dice el Sabio, pensar en el amor es muy seso, y por esto acaeció que, como a un profeta llamasen calvo, tomó de ello gran pena, teniéndolo por afrenta y conociendo que la cabellera del ánima son los buenos pensamientos. Esta cabellera, según se dice en los Cánticos, ha de estar teñida como grana real y puesta a las canales, que son las llagas de nuestro amigo Cristo, por do corrió hasta los pecadores su amor.

Bien creo yo que, por esto, la Magdalena echó sus cabellos sobre los pies de Cristo; porque sus pensamientos estaban puestos en las aficiones que a los bajos pecadores tiene el mesmo Señor para los alzar y llevar al cielo. Y por esta mesma razón los antiguos religiosos que se llamaban *nazareos,* criaban sus cabellos, y santificados y criados, ofrecíanlos después al Señor en sacrificio, para señal de su religión, y poníanlos sobre el santo fuego del templo para los encender al Señor, porque de esta manera conociésemos que los cabellos del ánima, que son los santos pensamientos, mucho se han de aplicar al santo amor de Dios; y críase como cabellera rubia y muy agraciada delante de él, hasta que se encienda nuestra afición en las cosas de Dios.

Pues que así es, bien podemos decir que aquél ama mucho a Dios *de toda su memoria* que se sale al campo de las criaturas y escrituras, como el esposo Isaac, a meditar y pensar en los misterios del amor, para que de esta manera, en su meditación, se encienda fuego; porque las meditaciones santas son leña seca para encender en el altar de nuestra ánima el fuego del amor, donde se ha de ofrecer en holocausto la hostia viva del corazón, que con amor se aviva más. Si, según dice San Agustín, el ánima encendida en amor divino es a Dios muy agradable sacrificio, claro está que la leña de este sacrificio serán los pensamientos del amor, que lo crían, y mantienen, y encienden.

No sólo por las tres vías que tengo declaradas puedes amar mucho a Dios, mas aun debes saber que, según las mesmas tres palabras del gran mandamiento del amor, se dan otras tres formas y maneras allende de las ya dichas, con que puedas amar mucho a Dios. Para lo cual debes parar mientes que, pues Cristo te manda que lo ames *de todo tu corazón,* bien parece que el corazón debe tener partes, y así es que sus cuatro pasiones son como cuatro partes suyas, según probé en la *A* de mi *Tercer abecedario.* La principal de las cuatro pasiones ya dichas es el gozo, porque es la más noble y se conforma más con

nuestro risible natural, y porque sola ésta quedará en el cielo; y ésta has de aplicar mucho al amor gozándote con él, como Ester, que entre las riquezas y deleites del rey nunca se gozó sino con Dios, amado suyo. Si te hubieres de entristecer, no sea sino porque no sientes en ti el amor tan ferviente; y si temieres, teme de lo perder. Empero, la cuarta parte del corazón, que es la *esperanza,* remediará todo lo necesario, porque muy cierta esperanza tiene el amor de ser más favorecido y ayudado de Dios que ninguna virtud; porque como él sea la mayor virtud, más la precia y favorece Dios. Si todas estas cuatro pasiones del corazón aplicas al amor, créeme que será como cuatro ruedas del carro de fuego, en que serás como Elías muy ensalzado de la tierra. Ten, pues, mucha solicitud en emplear todas las partes del corazón en el amor, y amarás mucho a Dios *de todo corazón.* Si también lo quieres amar mucho de toda ánima, ten aviso que le apliques todas las tres potencias de ella, que no sirvan sino al amor. No debes emplear tu ingenio ni tu habilidad sino en el amor, donde has de poner toda industria y todo estudio y saber.

Algunos dicen que el ánima tiene dos partes, una inferior y otra superior. La parte superior entiende en las cosas espirituales y altas, que se tratan fuera del mundo y de la carne en puro espíritu, y la parte inferior se ocupa con los cinco sentidos en las cosas corporales, que son de la tierra; pues el que ambas estas partes, que son como Marta y María, y como Lía y Raquel, quisiere ocupar en el servicio del amor, este tal amar [ha] mucho a Dios *de toda ánima,* y será como aquella noble doncella Aja, que pidió con suspiro a su padre el regadío inferior y el regadío superior para fructificar mucho en ellos; porque el amor, de alto y bajo se requiere servir, y todo lo quiere henchir, y ocupar los cinco sentidos, y las tres potencias, y todo lo que al ánima está sujeto, que es la parte animal y espiritual del hombre, para que de esta manera no haya quien se esconda de su calor.

Has de amar también mucho a Dios *de toda tu memoria;* de manera que todo lo que a ella ocurre lo apliques al amor de Dios. No entre cosa en tu memoria ni en la imaginación tuya que no la traigas al amor; para lo cual hallarás en el *Tercer abecedario* bien declarada la *R,* que dice: *Referir y sacar debes de toda cosa el amor.* La memoria del hombre es como podenco inquisidor de caza, que inquiere y busca en el ánima y en todo lo criado las virtudes y excelencias de Dios; empero, cuando tu memoria dejare todas las otras especulaciones, y solamente se aplica en se acordar del amor divino y de las cosas tocantes a él, créeme que entonces amas mucho a Dios *de*

toda tu memoria, pues que en la emprenta de tu memoria no se tira ni compone otra cosa, sino cosas de amor, ni se imprime sino lo que a él toca. Entre en tu memoria sola esta facultad del amor, aprendan otros de coro todo lo que quisieren, tú no decores ni te acuerdes sino de los negocios y ciencia del amor, que éste es el mejor de los maestros; éste es la ciencia de las ciencias, y el arte de las artes, y la cosa de más industria y saber que hay en la tierra ni en el cielo.

Los enojados se acuerdan de las armas, los alegres de las danzas, los tristes se acuerdan de luto y lágrimas, los que están sedientos se acuerdan de las aguas o vinos, y los cansados del reposo; de manera que, según la disposición de la persona, ocurre lo que se imagina y piensa, donde se concluye que los enamorados piensan en sus amores, y pues que, según dicen los pastores, al que buey ha perdido, cencerros se le antojan, bien se sigue que, si amas mucho a Dios, todas sus obras, y escrituras, y palabras, y misterios, te parecerán o cartas de amores u obras de amor. Y de esta manera, ningún misterio ni ejercicio te parecerá más abundante que el del amor, ni hay cosa que más ocupe al hombre; pues de la manera que se les convierte todo en bien a los que aman a nuestro Señor Dios, de esta manera digo que todo lo que tratan se les torna amor, y de toda flor, aunque amarga, sacan miel, como la abeja industriosa. Alto, profundo y ancho es el misterio del amor, y de muy abundoso trato; y por eso, no pienses que tiene los pechos secos este ejercicio, ni que son estériles las cosas del amor; no se acaban presto los pensamientos de los que aman, ni se agota jamás la fuente del amor, antes da mucho en qué entender, y ocupa mucho la memoria el amor, si toda la quieres emplear en él.

En el *Tercer abecedario* espiritual prometí otra cuarta parte que tratase de amor, y pensé la hacer sobre un solo misterio del amor, que consiste en inquirir y saber por qué es nuestro Señor Dios amable, por qué lo hemos de amar y querer bien. Inquiriendo solamente esta pregunta, que es saber por qué debemos amar a Dios, se me ofrecieron sesenta causas, de que se pudiera bien componer no pequeño volumen; mas porque fácilmente las encomiendes a la memoria compuse de ellas este alfabeto que comienza: *Amor, con amor se cría; fuego, con fuego se enciende*. Aquí están dos causas, y la primera dice que nuestro amor se cría y crece con el de Dios infuso, que le da mayor quilate y lo hace de mas valor y precio. La segunda dice que el fuego de nuestro amor, ya infuso y gracioso, no se puede con otra cosa hacer más fervien-

te que con el pensamiento del amor que Dios nos tiene. La B dice: *Bondad es interminable, y de todos muy amada.* Aquí están otras dos, y la primera dice que ha de ser Dios amado porque es interminable bondad; la segunda dice que ha de ser amado porque es así costumbre, y todos ángeles y hombres justos aman esta bondad. La C dice: *Cúmplase toda Escritura, que toda ley amar manda.* Aquí se incluyen tantas causas de amar a Dios, cuantas leyes hay escritas, exceptas las únicas, y son todas aquellas que no sirven al amor, las cuales con sus hacedores son muy amenazados en la Escritura, que ellos y ellas han de ir al fuego. Pues en esta letra pensarás lo que la ley natural y escrita y evangélica manda del amor, que es cumplimiento de *toda ley.*—La D dice: *De dentro de ti se puso, porque lo amases* contigo. Aquí hay dos causas: la primera es por haberse puesto Dios de dentro de ti por te quitar de trabajo; y la segunda, por te haber dado tan fáciles mandamientos que, sin poseer ni tener sino sola tu persona, los podrás guardar y servirlo bien; lo cual no hicieras a los señores del mundo, que no se contentaran contigo si te vieran despojado.—La E dice: *El solo amor te convide, obra honesta y deleitable.* Aquí hay tres causas: la una es del mesmo amor, que por sí solo vale mucho; y las otras dos se apuntan en decir que el amor de Dios es honesto y deleitable.—La F dice: *Fiel amigo es en tus males, y tus bienes te mejora.* Aquí incluyen tantas causas de amar a Dios, cuantos bienes y males tenemos; porque los males de culpa nos remedia quitándonoslos, y los bienes nos mejora, acrecentándonoslos.—La G dice: *Gran conformidad contigo buscó para que lo amases.* Aquí hay dos causas: la una es haberse Dios conformado con nosotros, y la otra es haber hecho esto a tan próspero fin como es provocarnos más a su amor.—La H dice: *Héchote ha muchos bienes, y sólo amor le satisface.* Aquí se incluyen tantas causas de amar a Dios, cuantas mercedes nos ha hecho; y otra causa particular es quererse satisfacer con amor, como sólo dejarse amar de nosotros sea señalada merced.—La I dice: *Iesús, amigable y santo, en gesto, palabra y obra.* Aquí hay tantas causas como palabras, y son seis: la primera, que Dios es *Jesús,* que quiere decir *salud,* y no de otros, sino nuestra; la segunda, que es *amigable;* la tercera, que es *santo,* porque toda cosa santa debe ser amada; la cuarta, que tiene *la cara llena de gracia;* la quinta, que tiene *dulce habla;* y la sexta, que tiene *más dulce obra.*—La L dice: *Llámase hijo y esposo, y aun más que a sí te ama.* Aquí están tres causas de amor divino: la primera, que el Hijo de Dios por naturaleza se hace es-

piritualmente hijo de tu corazón por gracia; y la segunda, que creciendo en ti, se desposa con tu ánima; la tercera, que te ama más que a su mesma vida, pues murió en la cruz dándola por ti.—La *M* dice: *Maestro tuyo se hizo, y con su boca amor te enseña.* Aquí hay tres causas: la una, que se hizo Dios tu ayo; la otra, que te enseña amor, no menos por palabra que por obra: y la otra, que este amor le enseñá con la boca, que es dando beso de paz.—La *N* dice: *No tiene necesidad de tu amor, sino por ti.* Aquí hay dos causas: la una es no tener Dios necesidad, y aquí se nota la riqueza de Dios, que, siquiera por ser rico, merece ser amado; y la otra es porque nos manda que lo amemos a él, por no ver perdido nuestro amor y con él a nosotros mesmos, si de su amor nos apartamos.—La *O* dice: *Obedece tú en amar, pues él a ti todo ama.* Aquí hay otras dos causas del divino amor; la una es porque él nos mandó que lo amásemos: y la otra, porque él nos ama en todo cuerpo y ánima.—La *P* dice: *Padre y madre se te hizo, a deber quedas amor.* Aquí hay otras dos causas: la una es por se haber hecho Dios *padre* en corregirnos: y la otra, porque también se nos hizo *madre* que nos halaga.—La *Q* dice: *Cuanto desear pudieres, todo está mejor en Dios.* Aquí hay tantas causas de amor divino, cuantas cosas podemos desear; y otra, por estar en él mejor que en las mesmas cosas deseadas.—La *R* dice: *Rey de amor es tu Dios, y reinas tú si lo amas.* Aquí hay tantas causas de amar a Dios, cuantas palabras tiene esta letra. La primera, porque es *rey*, ca los reyes suelen ser muy amados. La segunda, porque es de amor que rige y ordena sus negocios y los tuyos al amor. La tercera, porque este *Señor* es tu Dios, y pues que es tuyo, débesle amor, pues todo hombre ama lo que es suyo. La cuarta, porque tú te haces con sólo amarlo.—La *S* dice: *Saber amar es gran cosa, y ahora estás al escuela.* Aquí hay dos causas: la primera, que estás al escuela del amor, que es la Iglesia; y la segunda, que aprender esto del amar es cosa de gran importancia.—La *T* dice: *Tu hermano, sin tu daño, se te hizo a gran provecho.* Aquí hay otras dos: la primera, por qué Cristo se hizo hermano tuyo; y la segunda, que no quiere parte de tu heredad, como el hermano que nace a la postre, y aun si nacen dos juntos han de partir la leche; mas el Hijo de Dios todo lo quiere para ti, sin disminuir él, sino acrecentar tu heredad.—La *U* dice: *Util es a ti su amor, y también lo fué y será.* Aquí hay tres causas, que son las tres utilidades del amor divino, que nos fué útil en la predestinación, y en la creación, y en la fructífera redención, que se cumplirá en la gloria.—La *X* dice:

Cristo [*Xristo*] *ama tus amigos y ensalza los de tu casa.* Aquí se incluyen cuatro causas: la primera, que tu amado es Cristo, que quiere decir *ungido*, *enmelado*, *azucarado*, que es *amable*. La segunda, que él es Cristo, y tú eres cristiano; de un bando sois, él es unción tuya. La tercera, que es amigo también de tus amigos y, por tanto, le debes más amor; y la cuarta, que los de tu casa, que son los cinco sentidos de tu cuerpo, también los engrandece y les da en sí mesmo cabida y parte.—La Y dice: *Intimamente tú piensa lo que por tu amor padece.* Aquí se incluyen tantas causas, cuantas cosas por ti padeció Cristo.—La Z dice: *Zelarás la mayoría de su amor a sus mercedes.* Aquí se pone una causa muy soberana: por qué debes amar a Dios, y es el infinito amor que nos tiene, el cual es tanto que todas las gracias que nos hace aun no lo pueden explicar cumplidamente, mas queda encubierto del amor y no se podrá descubrir en este mundo, por entero, cuánto nos ama, hasta ir al otro. Y por esto dice la Escritura que el *fuego de Dios*, que es su amor, *está en Sión*, que es su Iglesia; mas en la celestial Jerusalén está un horno muy encendido extremadamente, con ardores sempiternos.—La tilde dice: *Por la tilde ten memoria que eres para sólo amar.* Aquí incluyen dos causas: la primera, que no te hizo Dios para trabajos, sino para que solamente lo ames; y la segunda, que este amor será cumplido en el cielo, donde amarás a más no poder; de lo cual debes tener siempre memoria para revelar tus trabajos, como el jornalero, que se consuela pensando en lo que gana.

Pues aprenda, hermano, tu memoria, este *Alfabeto de las causas del divino amor*, si quieres amar a Dios de toda ella, y mucho. Mira que, de cada cual de ellas, pudiera hacerse un sermón y tratarse muy por menudo los misterios del amor, que son muchos, así como el amor se precia de mucho, no para exceder, sino para mucho merecer. Ten memoria de la gran asomada que hemos hecho en este capítulo, si quieres barruntar cuán profunda es la pregunta del amor y cuán abastada su mesa. Si el entendimiento del hombre, según dicen los sabios, es en alguna manera *todas las cosas*, porque de todas hace conocimiento y produce noticia, también podemos decir que el *amor es todas las cosas*, pues de todas saca amor y bienquerencia divina: de manera que tu memoria no tiene poco en que se ocupar, aunque sirva solamente al amor. Mucho es el amor, y mucha memoria debes tener de él: imagina sus misterios; representa siempre delante de ti sus excelencias, si te quieres enamorar del amor; y suplica a la divina bondad que te dé el don del amor, o que

lo desentierre en ti, que ya te lo dado, sino que lo entierras y escondes en las cosas mundanas, que no debrías amar, o en el sudario de tu ánima, que es el cuerpo; y no des este talento de oro finísimo a los cambiadores, que son los pensamientos del amor, que te lo truequen y recambien y tornen en afición encendida, que debes a tu Señor Dios.

La Ley Antigua dice que por derecho perdurable y justicia irrevocable habían de ofrecer a Dios el redaño. Y esta ley no está revocada, ni aun se puede por ninguna potencia revocar, ni hay quien impida ni pueda desobligarnos que no demos a Dios el amor, que es *redaño* que enreda y abraza todo cuanto halla para ofrecer a nuestro Señor Dios, y ablanda todo lo áspero, y unta todo lo llagado y doliente, y engruesa todo lo flaco, y da sabor aun a la hiel y a todos los desabrimientos que los justos tragan en esta vida por amor de Dios; ca escrito está que *el ánima sedienta, lo amargo toma por dulce.* Si tu ánima tiene de justicia sed y deseo de más amar, créeme que todas las amarguras de esta vida tragará por amor de Dios y, con el redaño del amor, se abrigará de toda parte, para empringarse y aprovecharse del amor de Dios, que en verdad nos tiene cercados y muy abrazados con ambos brazos, diestro y siniestro; porque toda prosperidad y adversidad sirve al amor, que de todo se sabe aprovechar, y con todo viento navega a buen puerto; porque *todo se les convierte en bien a los que aman a Dios,* que nos impone y manda que del todo y en todo y por todo lo amemos, sirviéndonos de todas las cosas, a fin de más lo amar, y las que para esto no aprovechan, deséchalas, que pecados y maldades son.

CAPÍTULO XXV

De algunos efectos que la ley del apurado amor hace en el ánima del varón perfecto

El amor de Dios está firme en el bien, porque do el demonio siente alguna flaqueza, acude a combatir de recio. No es muy desechada la vanagloria, ni se tiene en tanto menosprecio como es razón, ni hay mucha perfición cuando se echa de ver que se tiene en poco, ni es mucho amor de Dios desear satisfacer a los otros con palabras, sino dejar hacer a Dios, y nuestra intención que sea rec-

ta, sin torcer a ninguna parte; ni es mucha caridad querer enseñar antes que hayamos bien aprendido.

Procura el amor de estar ocupado en desear ir a la patria verdadera, que acá íntimamente se desapropia. Conoce el amor que tan gran bien como es Dios, no se consiente buscar con tibieza, ni se cura de agradar principalmente a los hombres, sino a solo el que lo crió, porque la suma verdad dice [1]: *Si fuésedes del mundo, amaros-ía el mundo; mas porque no sois del mundo, por eso os aborrece.* Y por esto, gran vanidad es hacer caso de las palabras que suenan de fuera y tener poco cuidado de entender la verdad que habla dentro en la conciencia. El perfecto deseo de Dios no admite otro vano deseo, ni toma sabor en cosa del mundo, ni tampoco le da pena sino lo que es contrario al amor de Dios, que hace cerrar los ojos a todas las vanidades mundanas y no oye las murmuraciones; mas ocúpase en entender la verdad que enseñan sin ruido. El amor es muy poderoso, que de cobardes nos hace esforzados, y de tristes muy alegres, desechando toda vana alegría a que el triste mundo convida los suyos. Muy poco se desea el amor de Dios cuando otra cosa con él desea o da sabor; por él todos los sabores del mundo son desabridos y todas las cosas que parecen ásperas y graves con él se hacen muy suaves y ligeras.

El amor puro de Dios, toda tribulación sufre; y no sería bueno si contino no creciese; y si alguna cosa lo atibia, no debe ser verdadero; ca, si lo fuese, cada día tomaría nuevas y mayores fuerzas. Dice el amor: Dios quiso dar a su Hijo tribulaciones, porque en este mundo no hay cosa más rica; y si por gran misericordia de Dios tenemos cuando Dios nos libra de padecer estas que se llaman tribulaciones, es por nuestra gran flaqueza, que, sin duda, no es menos misericordia cuando a nuestro ciego parecer nos hinche de confusión. Y llamóle *ciego parecer;* porque cierto no hay otra confusión sino cuando nos apartamos del puro amor de Dios y damos lugar a la tibieza enemiga de todo bien y destruidora de toda fortaleza. Parece que en decir *tibieza* es poca cosa, y, sin duda, ella es fundamento de todo mal y, con ella, damos nuestra ánima en poder de nuestros contrarios, para que la traigan por do quisieren, y en ninguna manera puede agradar la vanagloria sin haber tibieza en el ánima, aunque parezca que se desecha de todo corazón; y esta vanagloria no es del todo menospreciada, cuando aun se halla puerta por do ella pueda entrar, ni tampoco es gran

[1] Ioan. 15, 19.

perfición desear las tribulaciones, mas es don de Dios singularísimo, cuando vinieren, conocellas por grandes mercedes de Dios, y entonces hallaríamos en ellas una lición que el soberano Padre nos lee, la cual conviene más gustarse que platicarse. Amar con fervor es dar lugar a la vida y desechar la pesadumbre, ca, ¿qué mayor trabajo puede ser que dejar de amar a quien tanto nos ama y tomar sabor en las vanidades de este mundo? Démonos, pues, priesa a amar a nuestro Señor Dios.

Ligeramente camina la vía del amor el que el soberano guiador guía. La verdadera ciencia del amor es ver a Jesucristo en la conciencia; y notá que a las cuestiones curiosas de Dios se debe negar la respuesta, que no hay falta de soberbia cuando se piensa que la persona puede satisfacer a semejantes preguntas; consigo se trae la resistencia el que las pregunta. No está muy firme el puro amor de Dios, y vacilación ha habido en él cuando se hallasen ángeles para reprobar lo que Dios ha plantado en el ánima, que no son ángeles sino de Satanás o ladrones. No consientas tibieza, aunque parezca pequeña, que sin sentirlo se hará tan grande, que no se pueda echar de casa; por eso, niégale la entrada, porque no cure de llamar a la puerta. Bienaventurado es el que entiende lo que dice la suma Verdad: *que su reino no es de este mundo;* ca lo mesmo debe de corazón decir el amador de Dios. ¡Oh ciegos de nosotros, que nos espantamos de las tribulaciones!, ca, siendo pequeña parte de la perfición deseallas poco, qué mal será huillas. ¡Oh ciegos de nosotros!, que veamos al Señor por el buen camino que nos lleva, y que huyamos de él y nos vamos a meter en el lodo. Yo no sé por qué nos espantan los ladridos de los que no es en su mano morder, sino en manos del que nos quiere más que nosotros nos queremos, y cuando mordiesen, no sería sino para quitar lo vicioso del alma y dar lugar a lo precioso; pues no nos ciegue nuestra malicia, ni pidamos al mundo otra condición de la que él tiene, ni queramos ir por otro camino sino por el que fué y nos enseñó nuestra bendita Cabeza, ni bebamos con tibieza el cáliz tan saludable. Echar de ver las cosas de por fuera y sentir la honra o la deshonra o desealla, bien se dice que son cosas de por de fuera, mas dañan el ánima.

No se corría el bienaventurado San Juan en decir muchas veces *amaos, amaos;* y mucho se holgara que todos lo repitieran con aquellas entrañas, y muy más si dijeran *amemos a Dios, amemos a Dios, amad a Dios, amad a Dios.* ¡Oh, si sintiésemos cuánta fuerza tiene el puro amor de Dios, y cuán poderosa y generosa hace el ánima que lo posee! ¡Oh, cuán fuera irá de la tal ánima toda vana-

gloria y toda cosa que Dios no es! ¡Oh, cuán poco hemos gustado este amor cuando echamos de ver que hay deshonras o honras! ¡Oh, cuán poco teme las unas y ama las otras el ferviente amador y puro de Dios! Bienaventurado es el que oye la verdad que enseña de dentro y entiende las cosas como son y no como se dicen. Quien sabe qué cosa es amor divino, llama olvido cuando hay memoria de otra cosa, y tibieza del puro amor cuando otra cosa con él se ama o da sabor o contentamiento, y llama sabor cuando aun hay memoria de vanagloria; empero, más peligroso es el olvido y la tibieza que la vanagloria, porque con el amor y memoria de lo que se debe, poco puede medrar la negra vanagloria, si es tal cual debe, y sin él puede estar la vanidad tan enseñoreada en casa, que no se sienta.

Si sintiésemos la dignidad y poder tan favorable que tiene el ánima que verdaderamente ama a su Dios, ¡cuán por aire y por burla se ternían los loores humanos! Vana es la esperanza de los hombres, y mayor vanidad echar de ver sino a Dios y a lo que a él más encamina; que todo lo otro, cuanto más alto, más peligroso: alto parece a los bajos, y ciegos, y miserables; y honrado a los que nunca supieron qué es honra. Justo es y necesario que el corazón que se derramó padezca destierro. En lo que deseas para Dios, tenle delante, que vana es la esperanza en los hombres. En todo comience la misericordia de ti, si has de aprovechar a los otros. Gran pasión es olvidar el amor con que somos amados de Dios, y de esto proceden las tentaciones carnales. No sabe lo que cuesta el que se asienta a mesa puesta, así en lo exterior como en lo interior; por eso, lo que Dios te diere atribúyelo a su gran bondad y a Cristo, que lo meresció. Olvido y menosprecio hay de las mercedes rescebidas cuando deleita la vanagloria; y entonces deleita, cuando de verdad no se menosprecia; y cuando ella osa llamar a la puerta, da testimonio que está vacía el ánima, y de mil leguas que nos acechase nos había de dar confusión. ¡Oh, qué engaño tan grande que nos haga ella entender que somos algo, pues que ella sola basta para manifestar nuestra poquedad! ¡Oh, cómo los dones del muy alto y muy poderoso Dios, cuanto más altos son, más dan a entender la poquedad del que los recibe, y con este conocimiento lo dispone para recebir los mayores! Démonos priesa a amar a Dios, que este amor todo lo puede, y fuera de él todo es nada.

Gran falta es cuando en los combates no crece más fortaleza, y esto es que, cuando el amor no tiene contrario, parece que está escondido, y en la contrariedad mues-

tra su fuerza. El que en el tiempo de la paz quiere estar muy reposado y descuidado, en el tiempo de la guerra se hallará muy desconsolado, y no hay otras ondas sino la falta del amor y la gran tibieza, en la cual suelen perecer las almas, que todas las otras ondas muy suaves, sobidas son a la casa verdadera de la perfición. El que ha bien oído y entendió aquella palabra que la suma Verdad dice: *Tú, sígueme,* poco se le da de las palabras y de los juicios de los hombres. Especial gracia es del Señor cuando con sólo él tiene el ánima su comunicación y huye todas las otras pláticas desaprovechadas. ¡Oh, cuánta es la fuerza del amor de Dios, y cuán lejos iría toda tibieza donde este amor santo estuviese! ¡Oh, cuán lejos iría toda vanidad y cuán conocida y menospreciada sería!

Por muy buena y fructuosa que sea la tierra, si le faltare el agua, se volverá montesina y engendrará espinas, y por eso triste es quien huye las tribulaciones con que se escarde, y bienaventurado el que con gran cuidado pide a Dios el agua de la gracia, porque tal tiempo no se le pase sin fruto. La caridad no sabe causarse ni perder la esperanza, porque siempre hace la suma Sabiduría las mercedes en tiempo más convenible. La tibieza es puerta de todos los males y gran ceguedad, mas el amador de Dios dase priesa, que todo el tiempo es breve para vacar a Dios, y sin duda es gran tibieza querernos dormir en el camino con tanto descuido y con tanta hambre de las vanidades, tan gran sueño, en buscar la verdad. En la batalla se conocen los caballeros y son confundidos los cobardes; y muy flaco amor es el que solamente ama cuando le muestran favores, no conociendo que el verdadero favor es cuando somos deshonrados por Jesucristo, pues no hay mayor honra ni mayor dignidad. Muy tibia está el alma a quien no da pena un solo momento que de Dios se olvida; muy mal empleada está la memoria que en otra parte se ocupa. Cuando la vanagloria llama a la puerta, gran olvido hay del puro y verdadero amor de Dios; muchos resabios hay entonces de mal, muy lejos está entonces la verdadera alegría y muy cerca la tristeza desaprovechada, que es madre de la tibieza. El ánima que se supiere así despertar y salir del sueño del descuido, podrá bien convidar a las otras y guiarlas por camino seguro, y estará hecho fuego divino que inflame a todos con palabras y ejemplo para nuevo amor.

Si del amor de Dios fuésemos encendidos, ¡qué riquezas y tesoros tan incomprehensibles nos serían descubiertos, qué esperanza cierta nos sería dada de poseer el bien soberano, qué quietud tan maravillosa terníamos, qué menosprecio del mundo y de nosotros mesmos, qué caridad

con nuestros prójimos, qué señorío sobre todos los enemigos, qué familiaridad con Dios, qué deseo de estar siempre absorbidos en su dulcedumbre, la cual escondió para los que le aman; cuán ocupados estaríamos en siempre alabar a Dios, cómo terníamos por mal empleado el momento que en otra cosa se gastase, cómo no temeríamos ninguna adversidad de esta vida!; porque nuestra fortaleza sería Dios, el cual nunca nos dejaría si nosotros por nuestra maldad no le olvidásemos. Y ésta no bastara para nos apartar de él si en nuestras flaquezas nos humilláremos delante su divino acatamiento, teniéndonos por nada; y allende de ser esto gran escudo contra el enemigo, es tanto gozo conocerse por nada, que sólo el que lo da y el que lo recibe lo sabe. En este amor de Dios ha de ser todo nuestro cuidado, porque gocemos de esta vida y alcancemos la eternal, y si ha habido descuido, con mucho fervor y diligencia nos levantemos a servir a tan dulcísimo Señor, que es tanta su misericordia y bondad, que cada vez que queramos volvernos a él, lo hallaremos tan benigno y manso, que nos sea causa de nos reprehender de nueva manera por haber dejado pasar el tiempo con tanto descuido y no le haber hecho nuevos servicios, pues él no cesa de nos hacer nuevas mercedes.

Cuando el olvido y tibieza entra en el ánima, no sólo tiene las mercedes grandes por pequeñas, mas aún las tiene por burla, de lo cual nos libre Dios por su misericordia. La tibieza trae consigo olvido de las mercedes de Dios, y niebla, y ceguedad, que trae consigo la ingratitud; con ella entra la soberbia y otros mil males; por eso, húyela. Ten por cierto que, por pequeña que sea la tibieza, causa muy gran daño; por eso, no le des entrada. ¡Oh Jesús, quién se ha de olvidar de tan grandes mercedes como recibe de Dios, y quién se puede parar en el camino del Señor, y quién no ama cada día más y más a tan gran Señor! ¡Oh, qué gran tibieza es no tener cada día más y muy mayor hambre de recebir cada momento muy mayores mercedes de quien tan aparejado está para las hacer! No podrá entristecer todo el mundo al ánima que Dios quisiere alegrar con su gracia, y poco hacen las ondas del mar mundano contra el inflamado amor de Dios. ¡Oh, qué esperanza da el amor de Dios cuando más se esconde! Y digo se esconde a los ojos de los ciegos, que piensan tener devoción cuando se hacen las cosas a su voluntad. Ciego estás si las tribulaciones, que son dones de Dios, tienes por trabajos, y piensas que es merced hacerse lo que tú quieres. No seas ingrato a las mercedes recebidas, sino dispónete con fervor para recebir más, que gran caída es parar en el camino del Señor. Si tan pres-

tos nos atibiamos con pequeña ocasión, ¿qué hará si nos cargamos de pecados ajenos o negocios seglares? Pide siempre a nuestro Señor gracia, para que por sólo amor suyo te muevas en todas las cosas, y conoce que las tribulaciones son una renta muy cierta que dejó Cristo a los que lo aman.

No procurar de recebir cada día mayores mercedes de Dios, es gran olvido, y no agradecérselas cada momento con gran fervor, es mucha tibieza, y no desearlas con gran hambre, es desecharlas, y contentarse en otra cosa ninguna, es tener hastío de un bien tan grande y no conocido. Dios te enseñe cuánta vanidad es no amar a Dios, y cuánta priesa te debes a ello dar, y cómo la buena vida está en la paz interior continuada. Nunca tengas en nada el aceite de los loores y estimaciones humanas y de sus honras, que unta por defuera y seca los tuétanos de los huesos. Gran gozo sería con la gracia de Dios ir a buscar en el libro cómo amar al Señor de nueva manera, y que todo fuese una oración y inflamación de su amor divino; y así no habría en la lición derramamiento. No cures de paradas ni tibiezas, que son caídas en la vía de Dios; sino con alas de nuevo amor prosigue, y verás que los impedimentos son menos que mosquitos. Procura de estar lleno de fortaleza del cielo, de tal manera que en ti no haya tibieza ni cosa que Dios no sea, sino gran hambre de gustalle y tenelle en el corazón sellado, porque así ningún combate dará pena, mas en todo te hallarás en oración viva que, ardiendo, derrita y regale tu corazón, y estarás en quietud admirable que nadie te pueda turbar; y no te deleites en [los aceites de los] loores, que ablandan lo de fuera y secan lo de dentro. Para mientes que no te aficiones a cosa que Dios no sea, porque el corazón se va tras la afición y hace tesoro de lo que amas. ¡Oh, qué ojos de cernícalos tenemos, y cómo nos deleitamos en mirar lo que se lleva el aire! Dios nos libre de cuerpo pesado y de corazón liviano, que, en la balanza de Dios, no nos mirarán por el peso del cuerpo, sino por la firmeza del corazón en Dios.

Cosas hay en que es menester más tener condición de león que de cordero; porque si verdaderos siervos de Jesucristo fuésemos, no nos andaría la imaginación espantando con el coco, mas por nuestra tibieza sabe ya el demonio y los suyos que no han menester otra cosa para espantar los tibios sino las tribulaciones o deshonras, que de verdad son freno de nuestras ruindades. El amor verdadero, enemigo es del olvido, y esconde lo que sienten de Dios, y todas las pláticas que se le ofrecen, luego las convierte a él; y del mesmo Dios hace escudo, para des-

echar toda la inquietud del mundo, del demonio y de la carne. El amor ferviente, si acaso se pierde, muy poco tarda en tornar sobre sí; luego desecha los nublados del ánima; y todas las cosas hace como si viese la cara de Dios.

CAPÍTULO XXVI

De cómo los que lealmente guardan la ley del amor, nunca dejan de buscar al que aman, aunque lo posean

Cosa es de admiración pensar cómo cuando nuestro Señor nos mandó que lo adorásemos y sirviésemos a él solo, no quiso expresar y declarar que lo adorásemos con toda sujeción y reverencia; y al mandamiento del amor añadió que no solamente lo amásemos, sino que fuese *con todo el corazón y con toda el ánima y con toda la memoria*, incluyendo en estas tres palabras lo espiritual y lo animal del hombre y lo que se sigue de estas dos cosas. Y no solamente mandó que lo amásemos con tantas totalidades, mas también parece que anda diciendo a sus amadores espiritualmente: *Daca, daca,* y nunca se harta de les mandar amor, ni jamás dice que *basta;* lo cual parece por experiencia, pues que el amor nunca reposa, aunque tenga al amado. Hace el amor como el cuidadoso carcelero que tiene preso algún gran señor, y siempre anda pensando cómo lo podrá más asegurar, porque no se le vaya, y busca todas las formas que puede para lo poseer más sin esperanza de perderlo; y este cuidado lo trae suspenso, y le quita el sueño, y lo hace poner cobro en toda su casa. Porque el ánima que lealmente ama a nuestro Señor es solícita en lo agradar mucho y en amarlo más y más, la comparamos al sobredicho carcelero. Y no te parezca sin consonancia la comparación, aunque el carcelero trabaje de asegurar al que tiene en guarda con prisiones, y el ánima con servicios y halagos y con todos los otros instrumentos del amor; pues que esto es a Dios lazos de caridad, que así lo aseguran como si lo tuviesen preso, y aun más que al preso, porque el otro anda pensando cuasi siempre cosas contra el que lo tiene preso, y a las veces piensa de le hacer mal por irse; mas nuestro Señor así se conforma con quien lo posee por amor, que no parece sino que la flama ardiente del amor así enciende y enaneja y traspasa su corazón y lo captiva, que no

parece ya señor de sí, sino que ya está reducido en la potestad del amor.

Mira si no estaba cuasi de esta manera enseñoreado del amor, que él decía a sus siervos [1]: *Déjame, para que tome ira mi furor;* y a otro decía: ¿Por ventura podré hacer alguna cosa que no la muestre primero a mis siervos? Sin duda que son estas palabras centellas de amor violento; el cual amor hace que cuatro cosas señaladas entre las otras, que son: *herir,* y *atar,* y *hacer enfermo,* y *hacer desfallecer* el corazón del que ama; las cuales cosas, en su manera, hallaremos en Dios más excelentemente que en cualquier hombre amador. ¿Por ventura no fué herido Dios con caridad interiormente? El cual, por mostrar aquel amor que dentro tenía, recibió la llaga del costado en lo de fuera. ¿Y por ventura no se juntó su ánima con nuestro linaje, el cual también se vistió nuestro lodo? ¿Y por ventura no estuvo enfermo de amor el que no quiso ser consolado, ni dió sueño a sus ojos, sin primero redemir a su amada, pasando por medio de los tormentos, y aun por amor desfalleció, cuando por solo amor quiso morir sin ser deudor de la muerte?

Aunque la ley del amor hace a Dios estar a raya y amar a los que lo aman, y le hace cuasi tener con nosotros la ley del talión, que demanda *tanto por tanto,* y qué digo la ley del talión, con las *setenas,* paga Dios nuestro Señor amor; empero no deja éste prisionero de se ausentar de los que lo tienen preso en la cárcel del amor. Mas no se ausenta con intención de nunca volver, sino para volver con más alegría y ver la diligencia que ponemos en buscarlo. *Presente* decimos estar Dios a los justos cuando hablan con él, aunque no le ven como suele hablar un amigo con otro; y este coloquio y plática amoroso se conoce ser en Dios cuando hace arder el corazón y nos son dulces las oraciones, y cualquiera cosa que pertenece a Dios nos sabe mejor que todas las del mundo. Tenemos presente a Dios cuando lo sentimos en el ánima y nos deleitamos en su amor, porque él infunde dulcedumbre que da suficiente testimonio de su presencia; y por lo uno sacamos lo otro, así como el que fuese totalmente ciego podía sacar la presencia del sol cuando sintiese que el maná se deshacía, el cual no se solía regalar ni desleír sino con el rayo del sol encendido; y de esta manera, cuando el justo siente que, como cera que de tierna corre, se le derrite y ensancha su corazón en medio de él, conjetura manifiestamente que está presente su Dios, cuyo calor no sólo el corazón, mas aun

[1] Ex. 32, 10.

las entrañas y los huesos parece que derrite cuando crece; y entonces, con tales señas, nos enseña su presencia, y el ánima se trabaja de lo conservar, apartándose de los otros cuidados y hablillas y dándose toda a lo que el amor le hace sentir, y hace como el mosquito, que nunca se quita de la tina del vino, embriagado y captivo del olor. Mientras suceden las cosas de esta suerte, presente está Dios y aun no se deja de buscar, porque el ánima que lo siente, si lealmente lo ama, procura de conservar su presencia y establecerla lo más que pudiere, diciendo, por obra, aquello de la esposa [2]: *Hallé al que ama mi ánima, túvelo y no lo dejaré hasta meterlo en la casa de mi madre y en la cámara de la que me engendró.* No se contentaba esta ánima con hallar a Dios ni con tenerlo, sino que jura de no dejarlo hasta lo poner en seguro en lo más secreto de la casa de su madre, para que se lo ayude a conservar y poseer más seguramente, conforme a lo cual dice Ricardo sobre este paso de los Cánticos: «Con diligencia hemos de buscar mayor gracia, ni hemos de cesar, sino mediante ella hemos de pasar adelante hasta que lleguemos a la perfección».

De la forma ya dicha, está el amado presente y lo buscamos, y este buscar es una manera de asegurarlo con servicios y halagos; empero acontece que, estando de las puertas adentro, se esconde y, aunque está presente, según dice Job, no conocemos su bulto; y esto es cuando está secreto y so tantos sellos, que en ninguna manera suena ni se siente en el corazón, ni da consolación, ni alegría, mas antes se ha en todo como si no estuviese allí, aunque de verdad está y abre lo que nosotros no sentimos. Esta es la manera con que Dios está presente; y esnos muy necesario, para vivir alegres, buscarlo, si lo amamos lealmente; porque no se esconde él en los rincones del corazón a otro fin, sino para ver si nos dolemos de la falta de su comunicación y para ver si declinamos a las consolaciones vanas que solíamos usar; ca si otra fuera su intención, y lo hiciera porque no nos amaba, fuérase de casa; mas el que jamás se va si no lo despachamos, no quiere huir, sino esconderse en nuestro mesmo seno, por ver la solicitud con que lo buscamos. Conforme a lo cual, dice Ricardo: «Sólo Dios es consolador del justo, y sólo él, que es caridad, mora dentro en él: el cual, aunque nunca falta para el merecimiento de los justos, suele muchas veces faltar en la consolación de ellos. Lo primero es más útil,

[2] Cant. 3, 4.

empero lo segundo se posee con más placer. Escóndese cuando no toca el sentido del corazón aquella suavidad habida, empero secreta, y tardándose el que desea, no se está dormitando el justo ni se duerme con aquellas vírgenes locas, sino fatigándose, con suspiros menudos y gemidos se despierta; y no puede más disimular la tristeza ni esconder el fuego que le quema el triste pecho; no está ya deliberando ni se aconseja con la razón, ni tiene empacho; no sabe la manera ni la orden; empero solamente revuelve en el ánima cómo torne a su presencia la dulcedumbre, cuya cualquier presteza tiene por tardanza». Lo de suso es de Ricardo, en que muestra cómo Dios, estando presente, se ausenta, y el ánima recibe de esto gran fatiga, y tanta que, por presto que torne el Señor, le parece que tarda mucho.

Y pues que esta manera de esconderse Dios es para que lo busquemos con más ansia, porque en esto se prueba nuestro amor, bien es que veamos en cuántas maneras lo podemos buscar; y pues que este negocio todo es de amar, no es posible sino que nuestro Señor, que por amor se esconde, proveyese, en la gran *ley de amor* que nos dió, la manera cómo lo hallásemos; y así es que las tres partes de la ley del amor nos proveen de tres indicios o maneras cómo lo podemos hallar; en mandarnos nuestro amado que lo amemos *de todo corazón,* cuasi nos quiso decir que, si por la vía del recogimiento entrásemos dentro en nuestro corazón, lo hallaríamos.

Item, lo segundo, en mandarnos que lo buscásemos *con toda nuestra ánima,* nos quiso decir que si aplicásemos a las obras de penitencia este nuestro cuerpo animal, también lo hallaríamos; y lo tercero, en mandarnos que lo amásemos *con toda nuestra memoria,* nos remitió a lo buscar en los santos pensamientos y meditaciones suyas, que son como astillas o leñuelos secos, que presto encienden su amor y lo avivan. Los ejercitados en el amor de Dios no hallan vía más fácil para buscar al amado que, tornando a lo interior las fuerzas del amor, detenerlas y recogerlas dentro de sí, porque no se derrame el amor por las cosas de fuera, sino que, todo recogido y fortalecido consigo mesmo, llame a las puertas del corazón, donde Dios está escondido. San Agustín dice, hablando de la sustancia del amor: «Del corazón del hombre brota la fuente del amor, y cuando por el apetito corre a las cosas de fuera, se llama *codicia;* empero cuando se ordena su deseo a las cosas de dentro, se dice *caridad*». Según esto, bien parece ser obra de soberana caridad recoger hombre su amor a lo de dentro para buscar a Dios; lo cual el mesmo Señor nos amo-

nesta diciendo [3]: *Cuando buscares ahí a tu Señor Dios, hallarlo has, si empero lo buscares con todo el corazón. En el corazón y con todo el corazón* buscas a Dios cuando te recoges a lo de dentro, sin que vagueación alguna te lleve alguna parte de él, sino que con todas tus fuerzas juntas entres en la secreta tiniebla donde está Dios escondido, para que a solas goces dél sin que nadie te perturbe; lo cual maravillosamente nota Ricardo cuando pregunta diciendo: «¿Qué cosa es entrar el ánima sino recogerse toda en sí mesma, y qué es su salir, sino derramarse toda de fuera? Así que ninguna otra cosa es entrar en el ánima con el amado al secreto retraimiento y estar sola con él solo y gozar de su dulzura, sino olvidarse de todas las cosas exteriores y deleitarse íntima y sumamente en su amor. A sí sola se ve con el amado cuando, olvidada de todas las cosas exteriores, en sólo el amor de Dios se quieta.

Y en otra parte, hablando este doctor *de los excesos del ánima* que se obran en amor, dice: «No hay necesidad que digamos estar los espíritus humanos fuera de sí cuando por divino don se apartan de los sentidos lodosos, porque San Pablo, en su arrebatamiento, dice que del todo ignora si estaba en el cuerpo o fuera de él; pero preguntas que dónde están. Están en lo que está de dentro de él, ca profundo es el corazón del hombre y no escodriñable; y también que el hombre es tan secreto a sí mesmo, que sólo él conozca lo que tiene dentro. Así que no son sacados, sino traídos los espíritus en aquel cenáculo interior; y también que allí se juntan con el amado por castísimo abrazamiento, más secreta y seguramente cerradas de fuera las puertas de los sentidos; y allí está mejor consigo; y cuando están de esta manera juntos, allí se poseen más seguramente». Según este doctor ha dicho, en silencio debe entrar el amor al corazón a buscar a Dios para que, callando la boca, lo abrace sin se detener en razones, ca no las ha menester el ferviente amor. Lo cual también nota este doctor cuando, hablando en el tercer grado de la caridad, dice: «Si preguntas qué es ser Dios *herido*, respondo yo que es condescender aquella omnipotencia a nuestra enfermedad piadosamente, porque cuasi una abertura de llaga es manifestarnos los secretos de la íntima suavidad. Herido, pues, puede ser él, que aunque sea impasible no es incompasible. Esta llaga, sin ira se da y sin dolor se siente. Este ojo llagador, que es el amor, se trabaja por nos sacar aquel rey de los amonitas con su desventurada amistad.

[3] Deut. 4, 29.

ca dice: En esto haré con vosotros amistad, que saque los ojos derechos de todos vosotros. Y esto hace, porque quitado el amor, que es ojo derecho, para solo errar queda el entendimiento, que dijimos ser ojo siniestro; ca entender y no amar fué el error de aquellos que, como conociesen a Dios, no lo glorificaron como a Dios, mas desvanecieron en sus pensamientos. ¡Oh, cuán muchos que son vistos perseguir los errores se ciegan con éste, y, por ventura, no se puede hallar otro peor que éste! Así que Dios es visto de los que lo aman con ambos ojos, empero con el derecho, que es el del amor, se hiere, porque donde no alcanza el entendimiento penetra el amor, y el amor es admitido do el entendimiento es lanzado fuera, porque vedado nos es que no escodriñemos y que no sepamos más que conviene; empero esnos mandado que amemos más que podamos». Lo de suso es de Ricardo, que en otra parte dice: «Cuando por el exceso del ánima somos arrebatados a la divina contemplación sobre nosotros o dentro en nosotros mesmos, luego nos olvidamos de todas las cosas exteriores, y aun no solamente olvidamos las cosas que están fuera de nos, sino también las que están dentro en nos. Item, cuando tornamos de aquel estado de sublimidad a nosotros mesmos, no podemos reducir a la memoria las cosas que vimos en aquella verdad y caridad que las contemplamos».

Lo de suso es de Ricardo, que para nos mostrar cómo nuestro entendimiento desfallece cuando se llega mucho a Dios, dice en otra parte sobre aquella palabra del Salmo [4]: *Haced camino al que sube sobre puesta de sol.* «¿Por ventura quieres saber qué es *subir sobre puesta del sol*? Aquella parte del mundo donde el sol cae y fallece la luz del día, se tiene por uso llamarse *occidente*. ¿Y qué entendemos más rectamente por el *occidente*, que la falta de la humana inteligencia? Allí el sol de la inteligencia incurre cuasi en caída, y esconde los rayos del conocimiento, y en alguna manera torna la luz del día en niebla de oscura noche; y quita las cosas apartándolas de los humanos conocimientos, cuando cae el espíritu humano en ejenamiento de ánima, y faltando del común sentido, arrebatado fuera de sí, del todo ignora lo que se hace cerca de él o en él». Esto dice Ricardo, para mostrar, según allí se sigue, que en este recogimiento de que hablamos, que lo niega todo, es Dios más magnificado; y por esto se dice que sube Dios sobre la puesta del sol, ca cuando por solo él negamos el conocimiento a todas las cosas, se ensalza él más en nosotros mesmos, al cual

[4] Ps. 67, 5.

hacemos camino cuando entramos con silencio al corazón, y causamos en nuestros pensamientos una tiniebla maravillosa.

Esta primera manera de buscar a Dios en el corazón, que se hace con tan entera conversión a Dios, que pone el amor ferviente a las espaldas todo lo demás, y a solo él vuelve la intención y afición sin hablar palabra, ni pensarla; y así está con sumo recogimiento en silencio delante de Dios; lo cual, según ha dicho Ricardo, y según tienen por experiencia los fervientes amadores, aun en dos maneras, y ambas con entera negación que desecha todas las cosas: la primera y más usada manera es entrando hombre a su corazón profundo, con entero recogimiento; y la segunda es que se hace más por mano de Dios que de hombre, cuando el varón ferviente sube su alto corazón también a solo Dios, porque ni busca ángeles ni criatura alguna, sino al incogitable Dios, que con solo amor se deja tocar. Y porque estas dos maneras quieren entero recogimiento del ánimo, hallamos que mandaba Dios que cuando el gran Sacerdote entrase el Sancta Sanctórum lo hinchiese todo de humo, porque no viese los misterios que dentro estaban, sino que entrase sin conocimiento, porque el amor entra donde no alcanza nuestro entender, según dijo Ricardo; y también, por lo segundo que dije, hallarás que en lo alto del monte estaba una niebla donde se metió Moisén a gozar de Dios, y no lo vió; así que, por cualquier de estas dos vías que Dios se haya de buscar en el corazón, es menester tan apurado recogimiento, que todo se haga una nochebuena, en que Dios tenga sus deleites con los hijos de los hombres. Si quieres, pues, buscar a Dios en tu corazón por esta vía negativa, no te puede ser dado más saludable consejo que aquel en que Ricardo dice: «Debe refrenar la vagueación del corazón el que desea o cree que ha de ser recreado con aquel beber de verdadera templanza y recoger los movimientos de las aficiones y de los pensamientos al deseo de un verdadero gozo. Esta es aquella tierra de verdad bienaventurada, conviene a saber, la estabilidad de la memoria, cuando el ánima toda se recoge en sí mesma y se fija inmoviblemente en un deseo de la eternidad». De lo ya dicho se sigue que, si has perdido el dulce gusto del amor, te conviene mucho tornarte al corazón y perseverar en el recogimiento, ca no podrás ser en otra manera consolado, porque presente está y dentro de ti el que, si por bien es, te ha de dar el consuelo que demandas.

Conforme a esto, dice el sobredicho doctor: «¡Oh presente ausencia, oh ausente presencia la de aquel que juntamente se pierde y se tiene! Por demás, si no me enga-

ño, se trabaja alguno de templar el dolor del ánima que así se queja, y por demás quiere templar su tristeza; ca por dentro conviene ser curada la dulce llaga del amor y, por tanto, no se mitiga con algún humano solaz la sagrada amargura del secreto dolor cuando, quitado el gusto del dulzor interior, ninguna cosa puede consolar de fuera, antes, según la sentencia del santo Job, todos los consoladores tiene por pesados, y bien sentencia esto el que dijo [5]: *No quiso ser mi ánima consolada; acordéme de Dios, y deleitéme.* Esta primera manera de buscar a Dios en todo el corazón por íntimo recogimiento, en que con sumo silencio demandamos la gracia del Señor, no se puede enteramente traer a noticia de los no ejercitados; empero, es tan manifiesta y conocida de los que la usan, que de la lumbre del sol no darán tanta fe como de ella; y, por tanto, no pueden callar cosa tan conocida, aunque conocen que ninguno puede ser discípulo de este ejercicio si no da crédito a su maestro; lo cual, no solamente en el caso presente, mas en todas las doctrinas que se aprenden, es necesario, y cuanto es más excelente la doctrina, es necesaria más fe. Así que, sin fe, totalmente es imposible comenzar hombre a aprender cualquier facultad o arte que sea; es, empero, de parar mientes a quién damos fe, porque es liviandad de corazón creerse hombre de ligero, y por esto, según dice el Filósofo en la *Política,* para mientes que aquel a quien das fe sea hombre sabio, porque él mesmo no se engañe. Y lo segundo, mira que sea hombre verdadero, porque no te engañe a ti; y lo tercero, mira que sea tu amigo, porque tenga deseo de aprovecharte; y si tiene estas tres condiciones, seguramente lo debes creer, mayormente si es sabio en la vía del recogimiento, que jamás se dejó comprehender de los bullicios ni de los soberbios, que buscan argumentos contra ella resolviéndola en *no pensar nada* y diciendo que es imposible haber alguna perfición en no pensar nada.

Ya quisiésemos admitir la falsa solución de aquestos disolutos; no por esto tenían mucho contra nosotros, porque aun alguna perfición es no pensar hombre vanidades ni dar el corazón a todo viento; y alguna perfición es no ofender hombre a nuestro Señor, cuyas ofensas, como nota San Isidro, siempre tienen comienzo en malos pensamientos. No sé por qué no me será lícito a mí no pensar nada, pues a ti te es lícito pensar todos los pleitos y negocios del mundo. Si tú en pensar lo que te place has placer, yo me deleito en no pensar nada; y quiero dar

5 Ps. 76, 3-4.

algún descanso a mi ánima de cuantos trabajos le doy. Si a ti te parece que es cosa fácil no pensar nada, ruégote que gastes en esto lo que gastas en caminos inútiles, y lo que gastas en dormir demasiado y en parlar; y al no pensar nada, añade un *por amor de Dios*, y verás cuánto te vale si, *por amor de Dios*, no piensas nada; no seas incrédulo, sino fiel; mira que en esto no hay peligro ninguno, sino piedad, y ten, como dice Gersón, por cosa muy averiguada que, mientras no pensares nada, no podrás ser engañado del demonio, ca entonces le tienes cerrada la puerta de la imaginación, por donde él comienza a nos combatir. ¡Oh si no pensasen nada los que con locas imaginaciones andan ocupados y los que revuelven pésimas cogitaciones en su ánima! Si con sólo cesar de hurtar *por amor de Dios* merece hombre mucho delante de él, también merecerá si *por su amor* desecha los pensamientos de las cosas que le son defendidas.

Algunos traen, para contradecirme, aquel dicho de San Agustín, mal entendido, en que dice que «ninguna cosa puede ser amada si primero no fuere entendida»; y no miran que los recogidos varones han ya aplicado su entendimiento primero a las cosas de Dios, y como a cosa muy determinada trabajan de le aplicar el amor. Viendo otros que los recogidos se defienden de los importunos detractores con decirles las razones sobredichas, añaden que es imposible *no pensar nada*, porque nuestro corazón es como molino de viento, que a todo aire corre, y aun es más mutable que el mesmo viento, según dice un doctor. A lo cual se responde que esto es mayor maravilla: tú dices que es imposible lo que éste hace; y él se goza en lo que tú tienes por imposible, como quien se burla de tu ignorancia, que no mira ser posible y fácil a nuestro Señor lo que es imposible a los hombres, el cual pone paz aun en los fines remotos y apartados del hombre, y le da tanta quietud como si no tocase a él ninguna de las cosas del mundo, y le da tanto reposo, que ni por pensamiento tenga inquietud, para que así lo harte de la grosura del trigo, que es la escondida divinidad de Cristo, en la cual piensan los varones recogidos sin la referir a otra cosa ninguna; y porque esta divinidad en sí mesma es increíble y no se puede explicar ni aun con lenguas de ángeles, decimos, o dicen los que hablan simplemente, que *no piensan nada*. Los que piensan en ellos mesmos no pueden decir lo que piensan; ni esto que tienen es pensamiento de cosa alguna criada, sino una muy sencilla representación con que afijan atentísimamente su intento en una simplicísima divinidad de Dios, sin variar de allí a cosa que sea; y esto no se puede explicar cómo ello

es ensí, ni hombre del mundo puede caer en esto, si no acostumbra primero su corazón *a no pensar nada* por amor de Dios, creyendo que a él aplace este silencio, porque donde nosotros tenemos en el Salmo [6]: *A ti conviene alabanza,* dice la traslación de San Jerónimo: *A ti, Dios, en Sión, silencio, alabanza y serte ha dado el voto en Jerusalén.* Este silencio que se ha de hacer en el corazón es alabanza soberana de Dios, y a él solo se ordena este silencio; y pues él lo recibe por alabanza, no hay que altercar sobre esto, sino recogernos a él muy de corazón en esta paz interior con que el amor va tan derecha y apresuradamente a Dios que no se detiene en otra cosa alguna terrena ni celestial.

La segunda manera de los que buscan a Dios, se conforma con la segunda parte del gran mandamiento del amor, que nos manda amar a Dios *de toda el ánima;* por lo cual, debes notar que, cuando los doctores dividen el ánima y el espíritu de los justos, dicen que *ánima* es el mesmo espíritu del hombre en cuanto anima y da vida a los miembros corporales y aviva los cinco sentidos del cuerpo, en que convenimos con los animales del campo; y así, en nombre de *ánima* se entiende todo el cuerpo animal que atraemos a cuestas y lo que a él pertenece. Y porque, según dice el Evangelio [7], *el que aborrece esta ánima en este mundo, la guarda para la vida eterna,* solemos aplicar el cuerpo con todas sus fuerzas y sentidos a las obras de penitencia y trabajos corporales que por Dios sufrimos. Y entonces, cuando los ojos se aplican a las lágrimas, y los oídos a las palabras de Dios, y la boca al rezar y hablar de Dios, y las manos al trabajo, y todo el cuerpo al ayuno y a la disciplina, y los pies a buenos pasos, y todos los sentidos a las obras de penitencia, entonces buscamos y amamos a Dios con *toda nuestra ánima;* y por esto dice él que, si lo buscáremos con toda la tribulación de nuestra ánima, hallarlo hemos.

Aquel busca a Dios con toda la tribulación de su ánima, que ordena toda su penitencia para mejor gozar del amor de Dios, como la Esposa, que decía [8]: *Levantarme he, y cercaré la ciudad, por las calles y plazas buscaré al que ama mi ánima.* Aquel se levanta que, sintiendo en sí resfriado el amor de Dios y la devoción, comienza mayores obras de penitencia por lo tornar a cobrar, y por esto, dice la Esposa que *cercará la ciudad* en que mora, que es aqueste cuerpo mortal, que se llama *ciudad de Dios* cuando es regido por el amor, cuyas puertas son los

[6] Ps. 64, 2.
[7] Ioan. 12, 25.
[8] Cant. 3, 2.

sentidos, que no se deben ordenar sino para servicio del mesmo amor de Dios, según aquello que está escrito [9]: *No se abran las puertas de Jerusalén hasta el calor del sol.* El amor, en la Escritura, se llama *sol;* el calor de aqueste *sol* es su fervor, mediante el cual se ordenan mayores cosas; los sentidos del hombre, después de haber perdido la dulcedumbre de la devoción. Dice más el ánima ferviente: que *cercará la ciudad;* en lo cual da a entender que por toda parte se ha de afligir, como lirio entre espinas, considerando que le es dicho [10]: *Toma vihuela y cerca la ciudad, mujer mundana traída a olvido.* La *vihuela* es la *penitencia* con que el ánima, *mujer pecadora,* cerca la ciudad de su cuerpo para que su Dios, que en ella se alzó, se le dé a partido, no sufriendo los daños de su ciudad. Las *calles* de esta ciudad son las *virtudes* que ponen orden en ella; y las *plazas* otros *diversos ejercicios* que suelen inventar los que piensan haber perdido a Dios; y en estas *plazas* ha de haber fuente de lágrimas, porque el rey Ezequías es loado por haber traído agua en medio de su ciudad.

La tercera manera de los que buscan a Dios se conforma con la tercera parte del gran mandamiento del amor, en que manda Dios que lo amemos *de toda nuestra memoria;* y esto hacen los que con meditaciones y santos pensamientos buscan a Dios, ocupando en él toda su memoria, sin dar en ella lugar a vanidad alguna; los cuales no parece sino que escuchan a Dios, que les dice [11]: *Reducirme has a la memoria.* De esta manera de buscar a Dios por santos pensamientos no decimos nada, porque todos mis *Abecedarios* están llenos de cosas útiles que puede el hombre pensar para se tornar a restituir a la devoción.

Posible es hallarse estas tres maneras de buscar a Dios en una persona, que unas veces usa de la una y otras de la otra, o de las dos; empero, hay algunos que son aficionados más a la una manera que a la otra, y que la usan más; y, pues todas son buenas, las que más usáremos nos aprovechará más. Estas tres maneras en que los amadores de Dios lo buscan se figura en la Virgen sin mancilla, que buscó a su hijo cuando se le quedó en el templo siendo niño; la cual lo halló después de tres días; y porque en aquel Evangelio hay muchos misterios y conviene mucho a las tres maneras de buscar a Dios susodichas, es bien que, en los tres capítulos siguientes, lo declaremos conforme a lo que has visto.

[9] Neh. 7, 3.
[10] Is. 23, 16.
[11] Is. 48, 1.

CAPITULO XXVII

DE CÓMO SE HIZO PERDIDO EL NIÑO JESÚS PORQUE LOS LEALES AMADORES QUE SIGUEN EL RECOGIMIENTO LO BUSQUEN CON MÁS FERVOR

Es tanta devoción aqueste Evangelio, en que se dice cómo nuestra Señora perdió su Niño Jesús, que muchos pensando en esta pérdida hallan a Dios, y, por tanto, es bien que contemos aquí primero la historia literal con las circunstancias que a la letra parezcan convenir, según lo cual has de saber: que nuestra Señora tenía por costumbre de ir cada año a la casa santa de Jerusalén por Pascua, aunque pudiera muy de ligero ser dispensado con ella, de lo cual tampoco había necesidad, porque la Ley, en este caso de ir a Jerusalén, no obligaba sino a los hombres; empero, la Virgen nuestra Señora, por su devoción, queriendo cumplir con toda justicia, fué a Jerusalén; y no quiso dejar en casa las reliquias de la verdadera Jerusalén que el ángel le había traído. El Niño Jesús era más que reliquias, así de la celestial Jerusalén, madre nuestra, como de sus entrañas pacíficas, al cual llevó consigo en aquella romería porque no se podía hallar sin él; y aunque el Niño fuese de pequeña edad, ni para caminar idóneo, seguía, empero, a su madre, aunque no con pasos iguales.

Bien parece haber ido a pie nuestra Señora y su Niño Jesús, porque, como nota Ubertino, si algún asnillo hubieran llevado, a lo menos tuvieran cuidado, cuando volvieron, de poner al Niño encima de él y de guiarlo a la salida de la ciudad; empero, los amadores de la pobreza, no teniendo bestezuela que traer, fiáronse en el Niño, que caminaba más que sus iguales, porque cuando vino de Egipto se acostumbró a caminar; y también tuvieron esperanza de hallar por el camino alguno que usase de misericordia con el infante, llevándolo caballero a ratos; porque viendo un tal niño de doce años no más, ¿quién no hubiera compasión de él? Subiendo, pues, José y nuestra Señora a Jerusalén, y teniendo allí los días de la fiesta, según lo tenían de costumbre, acabados ya los días, como se tornase a Nazaret, donde tenían su morada, quedóse el Niño Jesús en Jerusalén no sabiéndolo ellos. Y la causa de esta negligencia, según dice Beda, fué porque

como acostumbrasen ir los hombres por sí y las mujeres por sí, por otro camino, para más honestidad, y los niños pudiesen ir con quien quisiesen, o con su padre o con su madre, pensó José que iba con nuestra Señora, y ella pensó que iba con él. Así que, pensando que venía el Niño en la compañía, caminaron sin el Niño a todos amable camino de un día; y viniendo más presto el muy servicial José, entró en la posada por aparejar la cena a los cansados que venían presto. Y has de saber que cuando nuestra Señora venía de fuera, siempre salía el Niño lleno de alegría a la recebir a la calle; y como allá llegase a puesta de sol, y viese la casa triste, y que no la salía a recebir quien solía, también ella se entristeció, y, tomando mala espina en el corazón, dijo a José: Señor, ¿adónde está mi hijo? ¿Enviásteslo alguna parte? Desta pregunta se espantó el santo varón, y tornó a preguntar: ¿Cómo, Señora? ¿No ha venido con vos hoy? Nunca más lo vi dende que esta mañana entramos todos tres juntos en el santo templo de Jerusalén a tomar la bendición de Dios para venirnos; y dende allí perdí cuidado de él, pensando que el Niño vendría con su Madre.

Lo que primero hicieron nuestra Señora y José fué orar al Padre celestial que lo guardase de todo mal; y como ya fuese noche, no hubo lugar de salir, sino de llorar cada uno por sí su negligencia, echándose cada uno a sí la culpa; la cena fué de lágrimas y sospiros, que duró cuasi hasta la mañana; y venida la luz, buscan a Jesús entre los parientes y conocidos que también habían venido de Jerusalén, los cuales se condolían de tan gran pérdida, y también ponen diligencia en buscar el amable mochacho; y determinan que será bien volver a Jerusalén, porque no creían que osase él salir del templo sin ellos. Tornan el santo José y nuestra Señora a Jerusalén otro día, tomando bien de mañana el camino; y preguntan a los que de allá vienen si han visto un niño de tales y tales señas; y van mirando en el polvo si verían las pisadas de sus pequeños pies, las cuales creían conocer, porque había muy pocos niños entonces de la edad del que habían perdido, ca Herodes los había muerto; finalmente, que andan todo su camino sin hallar rastro de él. ¿Qué pensabas entonces, qué revolvías en tu pecho? ¿Qué sospechabas, qué hablabas? ¡Oh Virgen sagrada!, el Niño no parece. Yo, ¿dónde iré? ¿Qué cuenta daré de él? ¿En qué cobro lo pusiste, mujer? Conturbado está mi corazón; mi vertud me ha dejado; y no está ya conmigo la lumbre de mis ojos. Nunca pensé, Hijo, que hiciérades cosa sin dar parte de ello a vuestra Madre.

El ánima de la Virgen era entonces como mar alboro-

tado con vientos diversos de pensamientos contrarios unos de otros, que movían sin detenimiento las ondas de las lágrimas a las riberas de sus ojos; y la pusieron en tanto aprieto, que aun por el camino le hacían decir, quejándose del Niño [1]: *Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros?* En esta palabra que dijo la Virgen, muestra que ninguna culpa tuvo en la pérdida del Niño, porque así dió voces el mesmo Salvador en la cruz, para mostrar que su Padre lo había dejado, sin lo haber merecido, al cual dijo como quejándose [2]: *¡Dios mío, por qué me dejaste!* Finalmente, que caminan todo el día hablando de sus corazones con el Niño palabras lastimeras, para que allí les responda alguna inspiración lo que han de hacer, y regando el camino con lágrimas, llegan a Jerusalén y van luego derechos al templo a orar que Dios les depare lo que buscan; y al mesmo que buscan oran y suplican que se manifieste y se contente ya con las lágrimas que por él han derramado y los quiera consolar con su presencia, pues que con su ausencia los ha hecho tanto penar.

Vase la Virgen delante del altar de la oración como paloma gemibunda, y derríbase sobre su cara, como Ana la madre de Samuel, y ofrece su Hijo al que se lo había dado, diciendo al Padre Eterno que también convenía que él tuviese cargo del Niño, pues ella había sido negligente. Y no se pudiendo contener, levantóse y miró el templo, desierto de la muchedumbre que había estado en él la Pascua; y como era grande, extendió los ojos por él y vió estar una muela de gente a un rincón del templo, donde estaban llegados muchos sacerdotes del templo, y vase presto allá donde oye el ruido de la plática o disputa que pasaba entre ellos; y aunque la Virgen tenía gran deseo de llegarse por entre la gente a ver qué tenían allí en medio, no se atrevía, por la vergüenza mujeril que la detenía; y llamando a uno de los que estaban más afuera, rogóle que le dijese lo que allí pasaba; el cual respondió: ¡Oh Señora!, que está aquí un mochacho de hasta doce años que nos tiene atónitos; y los viejos se espantan de sus respuestas y preguntas, con tanta prudencia como un doctor de ochenta años. Pone cuestiones tan sutiles de la Ley, que sólo él basta para las desatar, y declara cosas no oídas, y como ángeles de Dios está entre estos señores del templo. Siente, ánima mía, lo que podía sentir entonces la Virgen hallando con tanta honra al que amaba su ánima; moviéronse sus entrañas sobre su Hijo, y trabájase por llegar más cerca, y endereza su oído a la

[1] Luc. 2, 48.
[2] Matth. 27, 46; Marc. 15, 34.

voz del que ama su ánima, y oyó que ponía a los doctores una cuestión de la venida del Mesías, oyéndolos y preguntándoles los misterios de la Ley. Mas el amor maternal, que es impaciente, no se pudo más sufrir, sino llegarse entre la gente para que los ojos de su Hijo la viesen, y los de ella se gozasen con él, y como a mujer, danle lugar que se asome al infante; el cual, viendo a su Madre, vínose a ella los brazos abiertos, y ella, recibiéndolo como a Dios, díjole ya que lo tenía junto con su cara: *Hijo, ¿por qué has hecho así con nosotros? Mira que tu padre y yo con dolor te buscábamos.* A esto responde el Niño, no en cuanto niño, sino en cuanto Dios, diciendo: *¿Qué es lo que me queríades? No sabíades que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre*[3]. Esta respuesta no la entendieron, porque estaban tan embebidos en el gozo del que habían hallado, que no echaron de ver la respuesta que les había dado, en la cual quiso decir: ¿Para qué me buscábades como perdido? No tengo de ser todavía niño, que poner tengo mano en las obras de mi Padre Eterno.

Puédese también, si se mira con atención la letra, decir que los que no entendieron la respuesta del Señor no eran José ni la Virgen, sino los que se habían antes maravillado de las palabras del Niño, los cuales pensaron que no había respondido a propósito en decir que le convenía estar en las cosas de su Padre, el cual creían ellos que era José, y no el Padre Eterno, de quien el Niño se llamó Hijo, cuando quiso en su plática salir de términos de niño y mostrar verdaderamente quién era. Finalmente, que, tuviendo la Virgen al Niño apretado consigo, pregúntale si quiere decender a Nazaret, y respondiendo humildemente que *sí*, tráenlo de la mano tan sujeto como antes; y su Madre[4] *conservaba todas estas palabras confiriéndolas en su corazón, y Jesús aprovechaba en sabiduría y edad y gracia acerca de Dios y acerca de los hombres*, creciendo de menor a mayor edad, según la naturaleza humana, para honra de Dios y provecho de los hombres. Porque cada día mostraba el Salvador más las gracias y sabiduría que tenía en su pecho para honra de su Padre y salud nuestra, dice el evangelista que *crecía para con Dios y para con los hombres.*

No he querido declarar los misterios espirituales que en este Evangelio se contienen sin declarar primero la letra, porque mal parece el edificio sin cimiento; empero, has de notar que la declaración espiritual no se suele

[3] Luc. 2, 48-49.
[4] Luc. 2, 51.

fundar sino sobre sola letra de la Escritura brevemente declarada, y no sobre las aplicaciones que sobre la letra se pueden hacer, y, por tanto, has de saber que no sin misterio se dice aquí que el Salvador era de doce años, porque los que tratan de la perfición de los números dicen que el número de seis es número perfecto; y en estar aquí este número doblado, se denotan dos perficiones que han de tener los varones recogidos, que han de buscar a Dios en todo su corazón; y estas dos perficiones que, presupuesta nuestra flaqueza, hemos de tener, son el *ejercicio de la vida activa* y el *ejercicio de la vida contemplativa*, que deben ser como dos alas que nos son dadas para volar a la soledumbre de nuestro alto corazón; lo cual se denota en decir que *subían a Jerusalén*, que se dice *visión de paz*, y es el recogimiento del corazón, del cual se dice [5]: *Su lugar es hecho en paz, y su morada en Sión*, que es la alta sindéresis del corazón. Bien se dice el recogimiento *visión de paz* y no *posesión*, porque solamente podemos subir a él, y no podemos permanecer mucho en él, porque apenas se tiene media hora de silencio en el cielo de nuestro corazón imperfecto, al cual debemos subir de virtud en virtud, con silencio y paz; y aunque la perdamos muchas veces después de vista y gustada, nos hemos de esforzar a subir continuamente; lo cual se denota en decir que subían cuasi continuando su obra, y esto porque nuestro pacífico Salomón manda que hagamos para nosotros una casa en Jerusalén, que es la paz del recogimiento, de la cual nunca debría hombre salir.

A nosotros pertenece hacer esta casa en paz, que es como aparejar morada al Señor; y luego se sigue su venida, sin la cual no se perficiona nuestra obra, porque, aunque subas al monte y entres en la niebla, no basta, si el Señor no desciende; empero, porque más tardamos nosotros en disponernos que él en venir, se dice que su lugar *es hecho en paz y su morada en Sión*, que es la más alta parte del corazón espiritual. En acabando de apaciguarse su morada, luego es allí su habitación. Sube, pues, ánima por la escalera del recogimiento, dejando atrás todas las cosas, hasta que llegues a Jerusalén, que es la paz del corazón, como otra reina de Sabá, que, dejando los fines de la tierra, no paró hasta la presencia del pacífico Salomón, de cuya dulce sabiduría fué llena, diciéndole todo lo que tenía en el corazón. Con el Niño Jesús subes a su paz, que excede todo sentido, cuando la contemplas no según la carne, sino según el espíritu, que no mira a la carne ni a los huesos; y este subimiento interior ha de

[5] Ps. 75, 3.

ser según la costumbre del día de la fiesta, conforme al presente Evangelio, para cuya declaración has de notar que no dijo San Pablo que fuese al cielo nuestra subida, sino que fuese en los cielos nuestra habitación; lo cual importa mucha costumbre y uso, porque allí se dice que moramos donde tenemos mucha conversación; de manera que el recogimiento quiere mucho uso acostumbrado, y esta costumbre no sin misterio se dice del día de la fiesta, porque los pecadores tienen costumbre de pecar; y esta costumbre es de aquella noche de la cual está escrito [6]: *Toda la noche trabajamos, y no aprendimos nada.*

Otra costumbre hay buena, empero es de día trabajoso, la cual pertenece a los principiantes, que con trabajo se recogen; mas los aprovechados que se recogen fácilmente y se deleitan en ello, tienen costumbre de día festival, en el cual no se admite trabajo, sino gozo y placer. La costumbre de te recoger te tornará muy fácil aqueste ejercicio del recogimiento, y esta costumbre no ha de ser de una hora o dos, sino de todo el día; no te aparten las pequeñas ocupaciones de tan alto ejercicio, porque no salió el Salvador de la soledumbre del destierro hasta después de cuarenta días; y entonces, por causa de mayor bien. Y San Pablo, después de su primer llamamiento, estuvo tres días y tres noches sin comer en aquella santa ceguedad que lo hizo del todo convertir a las cosas invisibles; ni Moisén bajó las manos de la oración mientras las pudo tener en alto, y aun después buscó quién le ayudase a sustentarlas; lo cual haces tú cuando encomiendas tus oficios y negocios a otros por tener más lugar y oportunidad para te recoger con quietud, y entonces tu uso y costumbre será de día de fiesta, y ternás sábado delicado; conviertes en hábito lo que otros tienen por trabajo; y harás fiesta de fiesta si de la holganza corporal te pasas a la espiritual.

En esta fiesta interior, donde hay entera vacación y holganza, donde el ánima segura se dice tener continuo convite, aquí en esta pacífica Jerusalén del quieto corazón, se acaban nuestros días, según se sigue en el Evangelio de que hablamos; y estos días son festivales, donde has de saber que así como nuestro Señor se dice haber holgado el sábado, porque dende entonces acá nunca crió nuevas especies de cosas, así no hay otra perfición ni ejercicio más perfecto que el recogimiento del ánima que, según todo su amor, viene muy recogida a Dios, en el cual paran todos sus deseos; así que no debes buscar otro ejercicio delante de éste, porque a éste se ordenan todos

[6] Luc. 5, 5.

como los movimientos a la holganza; empero, éste tiene muchos grados, y en esta casa del recogimiento hay muchas mansiones, y por esto se ponen aquí en el número plural los días que se acabaron en Jerusalén; y no se dice cuántos eran, porque ninguno halló final recogimiento en esta vida sin que le restase gran camino.

Habiendo subido a Jerusalén, según la costumbre del día, y acabados allí los días festivales, dice más el evangelista: que *se quedó Jesús en Jerusalén sin saberlo sus padres.* Según comenzamos a decir, *Jesús* es cualquier varón justo; los padres de aquéste son sus sentidos, mediante los cuales son engendrados a Dios gloriosos frutos de buenas obras. Quedarse el contemplativo en Jerusalén sin que lo sepan sus padres, es recogerse tan secretamente en la paz interior que los sentidos ignoren las cosas que trata el corazón en fervor del espíritu, donde nuestro corazón está sentado en hermosura de paz y en holganza abundosa, según Dios lo promete a sus amadores. Los doctores que oye y pregunta el varón recogido son los ángeles, con los cuales se trabaja de amar a Dios sin discurrir ni buscar razones para cosa tan averiguada; empero, a éstos oye porque recibe los actos jerárquicos que obran en él, y también los pregunta demandando su favor con sólo el deseo; y de esto se maravillan los ángeles, viendo que trabaja, estando en la tierra, de los imitar, estando ellos en el cielo; y por esto, en los Cánticos se admiran de cómo el ánima sube del desierto del recogimiento a los imitar. Y nota que lo mesmo es subir del desierto que quedarnos en Jerusalén sin que lo sepan nuestros sentidos; y haces esto cuando las cosas que tratas en la oración exceden a los sentidos. Porque si preguntases a los ojos y a las orejas y a los otros sentidos qué cosas habías de tratar en la contemplación, dirían que tratases lo que viste y oíste; mas entonces no estarías en Jerusalén sin que lo supiesen tus padres, antes sería decender, lo cual veda la Escritura a los contemplativos; porque cuando San Pedro subió a lo más alto de la casa, vió una visión; empero, no la entendió, y San Pablo vió los secretos de Dios, que no le fué lícito hablar, y Moisén se hace más tartamudo hablando con Dios.

Olvida, pues, en el recogimiento el pueblo tuyo, que son las mundanas criaturas sujetas a los sentidos, y la casa de tu padre, que es todo el cuerpo; en tal manera, que más obre en la paz interior la fuerza del amor que los sentidos; lo cual mostró también el Salvador en otro ejemplo, donde no quiso subir a Jerusalén con sus primos al día de la fiesta, sino después subió solo, apartado de ellos. Y en el tiempo de la Pasión, donde nos enseñó a

orar: lo primero, se apartó a orar con tres apóstoles, dejados los otros; y después, aun de aquellos tres, a quien ningún secreto encubría, se apartó solo en mayor secreto para orar, porque gloria es del rey esconder la palabra.

Dícese más de estos padres del niño que son nuestros sentidos, que vinieron apartándose de la pacífica Jerusalén por camino de un día, pensando que Jesús estaba en la compañía, y buscábanlo entre los parientes y conocidos. Dos caminos hay para ir a Dios: el uno sube y el otro abaja. Este segundo se dice *vía positiva*, y mientra más abaja a contemplar a Dios en sus criaturas, es más ancho; el otro camino se llama, según dice San Gregorio, *vía negativa*, que es esta del recogimiento que todo lo niega, y por esto se llama camino de noche y camino desierto, y mientra más sube hombre, se ensangosta más el camino comenzado, al revés del otro, que por una eminencia maravillosa negamos en Dios las perficiones de las criaturas con afirmación de cosa más soberana. Porque si vemos al león fuerte, no decimos que Dios es fuerte, sino sobre todo fortaleza; y si vemos al cordero con mansedumbre, no decimos que Dios es manso, sino que es sobre toda mansedumbre; y de esta manera, porque se acaba presto la meditación en este camino y se vuelve en admiración, decimos que es camino de noche; y cuando los sentidos descienden de la paz soberana, dejan este *camino de noche* y vanse al *camino de día*, que es *vía positiva*, en que muchas cosas se afirman de Dios, y pensamos que está en la compañía de las cosas criadas; y así lo buscamos meditando las cosas conocidas que vemos, y entre los parientes, que son todas las cosas constituídas de cuatro elementos, como nosotros. Empero, no se puede hallar Dios, aunque se pueda rastrear y barruntar; y, por tanto, es menester que nos tornemos al primer recogimiento, y hallaremos a Dios después de tres días, que son el conocimiento de las cosas exteriores, y el de las cosas interiores, y el de las cosas superiores; las cuales, como jornadas de tres días, tenemos de dejar, trasponiéndoles sumo silencio, para nos abrazar con la divinidad de Jesús, lo cual se figura en mandar Dios que anduviesen tres días en la soledumbre primero que le ofreciesen sacrificio.

Si has, pues, ánima mía, perdido a Jesús, y no te da ya el gusto que solía, tórnate al templo de Jerusalén, que es tu corazón, y allí lo hallarás, si con solicitud lo buscas, como la Virgen llena de amor, que no pensó de más poder amar a su Hijo hasta que lo perdió, y entonces se le acrecentó el deseo de lo ver, aunque pensaba la Virgen que no pudiera crecer. De esta manera has tú de pensar

que cuando tu amado se te esconde no es sino porque lo ames más, ca nunca el Señor obra a otro fin con sus amigos cosa que sea sino por acrecentar en ellos el amor; y de aquí es que no hallarás paso en todos los Evangelios en que se denote tanto amor entre el Niño y sus padres como en el presente Evangelio, ca en sólo este lugar se dice que *estaba sujeto a ellos y que descendió con ellos;* dando a entender que cuando el amoroso Señor se ausenta de sus amigos, quitándoles su gusto interior, no es sino para se dar más después a ellos, si hacen la diligencia que el amor requiere para tornar a lo poseer enteramente como primero.

CAPÍTULO XXVIII

DE CÓMO EL SEÑOR SE AUSENTA DE SUS COMUNES AMADORES PARA QUE LO AMEN DESPUÉS CON MÁS AVISO

Aquellos aman comúnmente a Dios, que se satisfacen y contentan con las cosas comunes; y éstos lo aman de toda el ánima, sin tener aún parte en las cosas del espíritu ni darse con solicitud a los santos pensamientos, sino como unas bestezuelas de Dios piensan que hacen harto si van por el camino de las carretas, sin meterse en otras honduras. Y porque de estos amigos tiene Dios, según se cree, muchos, los llame *comunes;* y por esto, cada uno de ellos es figurado en los doce años del Niño Jesús, porque así como este número de doce es común al año, que tiene doce meses; y al día, que tiene doce horas; y a la noche, que suele tener otras tantas, si las veinticuatro se reparten, así aqueste estado de los *comunes amigos* se extiende a todos, porque todos son obligados a tener *los diez mandamientos* y *los dos grandes mandamientos del amor* en que se resuelven. Y no solamente esto, mas cada uno es obligado a ser *Jesús,* si quiere tener parte con *Jesús,* que quiere decir *Salvador;* y serlo has si tienes cuidado de la salud de tu ánima.

Entre todos los otros cuidados que tienes, has de tener por principal un cuidado solícito de salvar tu ánima, si quieres con toda ella amar a Dios; y hacerlo has si subes a Jerusalén, trabajando de vivir sin reprehensión de tu conciencia; porque aquel está en Jerusalén que tiene su conciencia en paz, sin remordimiento de pecado mortal. Para esto te es muy necesario subir a esta Je-

rusalén, según la costumbre del día de la fiesta; porque, según te dije arriba, cada fiesta eres obligado a amar a tu Señor Dios sobre todas las cosas, en el cual amor se incluye virtualmente una examinación de conciencia, y ésta debe ser solícita y que la tengas por costumbre, examinando a Jerusalén con candela, según está escrito. Cada vez que pones en paz tu conciencia y la satisfaces para que no tengas contra ti guerra, subes a Jerusalén, y aunque debrías hacer esto cada día, no te quiere Dios obligar a lo hacer sino el día del domingo, que es la fiesta del cristiano, donde debe tener por costumbre apaciguarse y sanearse con Dios.

Empero, los malos aqueste día de fiesta guardan para poner en obra sus malas costumbres, y no acaban de guardar los días de la fiesta, ni aun comienzan, sino a hacer mal aquellos días, porque los de entre semana, con las ocupaciones y trabajos, no han tenido espacio para pecar, y el espacio que le da nuestro Señor para que el día del domingo se llegue a él y mire si ha cometido algún pecado de que se deba doler, aquel día para esto señalado guarda el pecador para cosas contrarias. Porque el día de la fiesta, más que otro, riñen los soberbios, y aquel día se guarda para los contratos de la avaricia y para comprar y vender; aquel día los lujuriosos se componen y se van a festejar; aquel día tiene más lugar la gula, y los menos vestidos han envidia de los otros, y la ira se enciende más con la pereza del ir a misa y el descontento de estar en ella quietos. De esta manera hallarás que los perversos vuelven las cosas al revés, y usan para cometer todos sus pecados del tiempo que les fué dado para hacer de ellos penitencia; empero, los tales bien podrían jurar que ningún día de fiesta pasó por ellos, sino que los que decimos días de fiesta fueron días de mucho trabajo para su ánima; mas tú, si eres siquiera de los comunes amigos de Dios, has de acabar en paz de tu conciencia todos los días de fiesta, a ejemplo de Cristo, que en Jerusalén acabó los días de la fiesta.

Tu padre y madre, que han de subir contigo a Jerusalén, son el amor infuso y la propia solicitud; ambos se han de juntar para tener de ti cuidado; ni basta el uno sin el otro, mayormente en las personas que usan de discreción; porque aunque fué dicho a San Pablo que le bastaba la gracia de Dios, entiéndese con la propia industria; de manera que con el amor de Dios es menester la propia solicitud y que se junten para utilidad tuya estas dos cosas en tu ánima, porque no te pierdas, ca sin ellas luego eres perdido en dejándote. Lo

cual comienza a venir por negligencia y tibieza, que es el principio de nuestros males, donde se amortigua y atibia el amor de Dios, que es nuestro Padre, porque la propia industria, que dije ser nuestra madre, fué negligente. Estos padres tuyos suben contigo a Jerusalén, que, según viste, es una quietud de buena conciencia, lo cual fué obra de virtud; mas dejar el Niño en Jerusalén a negligencia se atribuye, y por esto se denota aquí un crédito demasiado que solemos tener de la salud de nuestra conciencia, y con creer que estamos bien con Dios y que estamos en estado seguro se apartan de nosotros nuestros padres, y así se convierte en ociosidad de buenas obras lo que había de ser vacación de vicios.

Vacar hombre y cesar de pecar es virtud y es subir a Jerusalén; mas cesar de hacer buenas obras y estarse como sede vacante, ya va declinando a vicio, y a este tal, sus padres lo dejan y son negligentes en su guarda, y él se queda en Jerusalén haciendo la paz negligencia, porque le faltan sus padres, que habían de tener gran cargo de él. Y la razón de aqueste negligente dejamiento, según se dice en el presente Evangelio, es por no conocer, porque no tuvieron la vigilancia y aviso que se requiere para más aprovechar. Si no atizas el fuego, poco a poco se apaga; y si no tienes cuidado de tu salud, poco a poco se comienza a perder cuasi sin sentirlo, como acaeció en el caso presente, que, sin sentirlo José y la Virgen, perdieron el Niño.

La menor pérdida o el menor daño con que puedes perder la salud de tu ánima, es la del presente Evangelio, donde se dice que sus padres se apartaron de Jesús camino de un día, aunque pensaban estar en la compañía. Estas dos cosas suelen excusar y hacer ligero tu pecado: la primera, decir que aun no has entrado en la *Noche oscura* de la malicia, que no pecaste por malicia, ni has incurrido en las tinieblas del pecado mortal, ni está tu conciencia tan oscura que menosprecie buscar a Dios, sino que aun es de día, y que tienes luz de gracia para tornar al primer fervor con que gozabas de la salud de tu ánima. Lo segundo que excusa tu negligencia es pensar que está Dios en tu compañía, y aun manifiestamente contigo piensas que lo tienen tus compañeros y tus amigos, y que rogándoles que oren por ti luego hallarás a Dios. Piensas que te basta morar con los que te parecen santos, y loarlos y favorecer la virtud, si tú mesmo en ti no ejercitas; no te confíes en decir *Padre, ruega a Dios por mí*, si tú no tienes a Dios; porque aunque Dios esté con nuestros compañeros y amigos, gran mal es no estar con nosotros mesmos.

No habíamos de estimar en poco la pérdida de la devoción, por poca que fuese la devoción que solías tener, aunque no fuese sino oír el domingo una misa con algún reposo, lo cual habías de echar menos el día que te faltase, así como el viejo Tobías echaba menos y lloraba a su hijo amargamente porque no tornaba el día señalado, y Rubén rasgó sus vestiduras cuando no halló a su hermano en la cisterna vieja que lo había puesto. En echando, pues, menos aquella poca salud que sentías en conciencia, sin consentir que más se oscurezca en ti su alegría, has de volver sobre ti y hacer a tus padres que te busquen, ca perdido estás. Tus padres te dije ser *el amor de Dios y la propia solicitud;* y no te maravilles porque te he dicho que está tu salud en la obra de éstos, pues que éstos te han dado el ser y todo el bien que tienes; y más te digo, que hasta que seas penitenciado del amor de Dios no te sabrás doler de tus pecados, ni a Dios ni a ti mesmo satisfará tu penitencia hasta que el amor de Dios te ponga penitencia y te castigue amorosamente, a lo cual ha de favorecer tu industria, dando lugar a las reprehensiones y fatigas del amor, que hasta hoy *arguye* al mundo menor *de pecado y de justicia y de juicio* [1].

Cuando tomas consejo con los varones espirituales y quieres ser de ellos enseñado, entonces *buscas a Jesús entre los parientes tuyos y suyos;* empero no lo hallarás hasta *después de tres días;* en el primero conoces tu defecto, y conociéndolo tienes de él contrición, doliéndote por haber perdido la salud de tu ánima; así que, en éste primer día, has de oír aquello del profeta [2]: *Mira tus caminos en el valle y sabe lo que has hecho.* Los *caminos del valle* son la relajación de la virtud, con que deciendes del primer estado; y *saber lo que has hecho* es ver el daño que sientes en tu ánima por la pasada negligencia. Lo que has de determinar en aqueste primer día, es aquello que el mesmo profeta dice [3]: *Escudriñemos nuestros caminos y busquemos y tornémonos al Señor, levantemos nuestros corazones con las manos al Señor en los cielos; nosotros lo hicimos mal.*—El segundo día, has de preguntar por tu salud a tus conocidos y parientes; en los cuales, aunque se puedan entender todos los justos, con cuyos consejos y favores hallamos a Dios, cuyas palabras no solamente nos avisan de lo que debemos hacer, mas también sus ejemplos, como con el dedo, nos muestran el camino de salud.

Entre todos los justos principalmente hemos de pre-

[1] Ioan. 16, 8.
[2] Ier. 2, 23.
[3] Lam. 3, 40.

guntar por nuestra salud a los sacerdotes en este segundo día, que se atribuye a la confesión; porque el más conocido nuestro en este caso es el sacerdote, ca por el santo Evangelio conocemos que tienen poder de curar las ánimas, y, por tanto, a cada sacerdote puedes decir aquello del Salmo [4]: *Tú eres hombre de un ánimo conmigo, caudillo mío, que juntamente conmigo comías los dulces manjares en la casa de Dios; anduvimos con consentimiento.* No sin misterio se dice ser el sacerdote *hombre*, porque en esto da a entender la Escritura que si el sacerdote fuera *ángel* no llegáramos tan presto a él ni lo tuviéramos tan a la mano, y aunque morara un ángel con nosotros, hubiéramos de él más empacho que de un hombre, y temiéramos que se ensalzara de nuestras culpas o que nos diera gran penitencia; mas, como es *hombre*, creemos que habrá humanamente con nosotros, mayormente siéndole mandado que no tenga en abominación al gitano, que es el pecador, porque él algún tiempo estuvo en Egipto, que es el pecado; así que, pues el sacerdote alguna vez fué pecador, razón es que aprenda en sí cómo ha de haber misericordia de los pecadores.

En lo que más se dice, que el sacerdote es *de un ánimo* o *de un corazón contigo*, se nota que ha de guardar secreto en tus cosas y dolerse de tus males como si fuesen suyos propios; y dícese también *de una ánima contigo*, porque ninguna cosa le has de encubrir. En decirse *caudillo tuyo*, se nota que has de seguir su consejo, porque en cuanto sacerdote siempre te lo dará bueno y por él hallarás a Dios, ca él prometió de estarse con los sacerdotes hasta la fin del siglo, no tanto por ellos como porque nosotros lo hallásemos en ellos cuando lo perdiésemos, y por esto se dice el sacerdote *conocido nuestro*, porque conocidamente hallaremos a Dios si lo obedecemos en cuanto sacerdote y confesor nuestro. Empero, acontece a los sacerdotes de nuestros tiempos lo que acontecía a las personas que venían de la fiesta de Jerusalén: que ellos también habían perdido al Niño Jesús, y aun más que no José ni la Virgen, y dábanles por consejo lo que ellos no hacían, diciéndoles que volviesen a Jerusalén a lo buscar; y los que decían esto no dejaban de ir cuesta abajo, apartándose más de la salud por obra y enseñándola por palabra. Lo que más se dice del sacerdote, claro está, porque él recibe los dulces manjares del cuerpo y sangre de Cristo en la casa de Dios, que es la Iglesia, en la cual todos moramos.

El tercer día, has de tornar cuesta arriba, con trabajo

[4] Ps. 54, 14-15.

y gemido; en el cual has de cumplir la tercera parte de la penitencia, que contiene trabajo y dolor, según aquello del Salmo [5]: *Trabajé en mi gemido.* Estas dos cosas declaró la Virgen cuando dijo: *Doliéndonos, te buscamos.* No solamente se dolió, sino añadió *trabajo;* ca no sería verdadero el dolor si no añadiésemos el trabajo para lo mitigar. El dolor corporal, holgando se mitiga; mas el dolor espiritual del corazón no se aplaca sino con el trabajo que hombre pone en buscar lo que le causó dolor. Todos los otros dolores y llagas pueden ser curadas por diversos cirujanos, y si son sabios no hace más que las cure uno que otro; mas el dolor del amor no puede ser curado sino por el que fué causa de él, como parece, por ejemplo, en el caso presente, donde la Virgen no perdió su dolor hasta que vió al bendito Hijo suyo que lo había causado; ni pudieron curar los ángeles a la Magdalena hasta que vió a Cristo, por quien se dolía; y por esto envía la Esposa a decir a su Esposo que *está enferma de amor.* cuasi diciéndole que la venga a curar, porque él sólo la puede sanar. El que teniendo alguna tristeza que el amor de Dios le haya causado se va a consolar en extraños placeres, sepa que va sobresano y que de allí se le recrecerá mayor mal; porque sólo Jesús, que quiere decir *salud,* sana el dolor que causa su amor, mayormente si lo hallamos después de los tres días ya dichos en el templo de Jerusalén, que es nuestra pacífica conciencia, que, viendo nuestra diligencia y el recaudo que pusimos en desechar la negligencia con que perdimos a Cristo, se ha tornado a apaciguar y a nos representar en medio de sí nuestra salud, que es el Hijo de Dios.

Y dícese que sus padres, que son el amor y la solicitud, lo hallan *en medio,* puesto en el mejor lugar, para más ligeramente consolar a todo el hombre, y hallándolo *sentado,* para no huir, sino reposar y morar con nosotros. Este *medio* en que Jesús se asienta de buena gana, es nuestra *voluntad,* que tiene a sus lados el *entendimiento* y la *memoria,* que son como dos doctores: al entendimiento pregunta y a la memoria responde. La prudencia y respuestas de Jesús, que causan admiración en el hombre interior, es un conocimiento que él infunde para dar a conocer el provecho que nos ha venido de las tentaciones, y hacer entender cuán útiles son en la vida presente, y mostrarnos por experiencia que a los siervos solícitos todo se les vuelve en bien, pues que se alegran después con los males pasados; y si esto quieres referir a la prudencia y aviso que toma hombre siendo espiritualmente

[5] Ps. 6, 7.

fatigado, las respuestas de Jesús pueden ser las consolaciones que infunde, siendo hallado por el dolor que recebimos en su pérdida, lo cual él promete, diciendo:[6]: *Tornaros he los años que comió la langosta, y el pulgón, y el añublo, y la oruga; y comeréis, y hartaros heis; y lo haréis en nombre de vuestro Señor Dios, que hizo maravillas con vosotros; y no será confundido mi pueblo para siempre; y sabréis que yo estoy en medio de Israel.* Puesto también el Salvador *en medio* de nuestra conciencia, con mucho reposo oye nuestras peticiones para henchirlas de bienes; y pregunta al ánima qué son sus intenciones, para más las rectificar y ordenar; y estando así, cercado de las potencias de nuestra ánima y de nuestros deseos, obra tales cosas en ella, que todas nuestras cosas interiores están atónitas sobre la doctrina de Dios.

Entre las admiraciones que Dios causa en el ánima de los penitentes, se ofrece la congojosa solicitud de ellos con dolorosa fatiga, diciendo al que debría dejar en su plática[7]: *Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira que tu padre y yo te buscamos con dolor.* Para entender esta pregunta has de notar que puesto caso que los tres días sobredichos convengan a todos los que quieren buscar a Dios, según dicen todos sobre este paso, y aun haya otros ternarios que convengan a diversos estados, los tres días que más especialmente pertenecen a los varones que llamamos penitentes son: *ayuno* y *disciplina* y *áspera provisión corporal;* por las cuales cosas entienden satisfacer sus conciencias, que piden aquello que todo se funda en dolor y aflicción de la carne, domando sus cuerpos sin misericordia con mucha solicitud, y esto trabajan de conservar con tanto ánimo que lo alegan como cosa que concluye delante de Dios, diciendo que por qué no se da a ellos, pues con dolor han buscado. De aquéstos dice Dios por el profeta[8]: *De día en día me buscan y quieren saber mis caminos; así como gente que ha obrado justicia y que no ha dejado el juicio de su Dios; ruéganme juicios de justicia y quieren llegarse a Dios, porque ayunamos y no lo miraste, y porque humillamos nuestras ánimas y no lo supiste.* Aquí dice la *Glosa* que estos malmirados humillaron delante Dios la vida animal y tuvieron por virtud la hambre del vientre; y de esta suerte, según dice San Jerónimo, virtuosos serían los lobos y las zorras cuando no hallan caza. No hay cosa que tanta vanagloria cause en el ánima ni que dé al hombre tan solapada osadía para con Dios como

[6] Joel 2, 25-27.
[7] Luc. 2, 48.
[8] Is. 58, 2-3.

las penitencias corporales, que son de poca utilidad, según dice San Pablo; y por esto, cuando algún atrevido piensa que por estas penitencias tiene muy merecida la consolación espiritual, puédele Cristo responder que él está en las cosas de su Padre, que son las cosas divinas y espirituales, donde lo deben buscar, pues las corporales no bastan para hallar a Dios.

Porque no entenderán esta respuesta los que han sufrido mucho dolor en el áspero camino de la penitencia, que ellos llaman camino real, por do fueron los santos; es bien que veamos cómo uno de los santos que usaron el ayuno y disciplina y aspereza podía decir a Dios que con dolor lo había buscado. No hay cosa que el varón justo sienta tanto como la ausencia de Dios por cualquier vía que sea; en tal manera, que aun cuando están muy a su placer con Dios, y vuelven los ojos atrás, y ven aquel tiempo en que no tuvieron a Dios, luego les da un golpe el corazón y un gemido grande cuando echan menos al que entonces no tuvieron, y conociendo que todo viene por permisión de Dios, al cual tienen ya favorable, vuélvense a él con la estima por haber carecido de él, y dícenle: ¿Dónde estaba tu amor y tu fortaleza? Y la muchedumbre de tus entrañas y de tus misericordias sobre mí se cerraron; tú eres padre nuestro, y Abrahán no nos conoció, e Israel nos ignoró. Tú, Señor, Padre nuestro, Redentor nuestro, dende el principio es tu nombre, ¿por qué, Señor, nos hiciste errar de tus caminos?; ¿endureciste nuestro corazón porque no te temiésemos? [9] Esta pregunta que aquí hace el profeta a Dios se forma en la fragua del encendido amor y es harto conforme a la que nuestra Señora preguntó a su Hijo, diciendo: *Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros?* [10] Cada uno pregunta en su manera, empero los santos no son tan atrevidos que hagan mucho caso de su penitencia; y por eso dice *tu padre y yo*, poniendo al padre primero y dándole la honra. El padre de nuestra salud ya viste que era el amor de Dios, que, según dice San Pablo [11], *da voces por nosotros y gime con gemidos inefables.* Cuando el dolor y la penitencia procede de aqueste amor, bien puede nuestra madre, que es nuestra industria solícita, alegar lo que ha padecido, no solo, sino con el amor que por sí agrada, mediante el cual hace Dios hijo del ánima; ca siempre Cristo es concebido de Espíritu Santo en las ánimas que con dolor lo conciben.

---

[9] Is. 63, 17.
[10] Luc. 2, 48.
[11] Rom. 8, 26.

Las concepciones carnales tienen y traen consigo deleite, y el parto dolor; mas la generación espiritual de Cristo es al revés, porque él se engendra con dolor de ánima, y párese con deleite cuando obramos alegremente obras de justicia, que son como parir a Cristo; y por esto la concepción espiritual de Cristo fué figurada en la paloma que apareció en el baptismo, la cual concibe con gemido y pare con quietud y placer. Al doloroso amor que alegan a Cristo los varones penitentes responde él que le conviene estar en las cosas de su Padre, dando a entender que allí principalmente lo hemos de buscar. Esta respuesta del Salvador es muy general, porque todas las cosas son de su Padre; empero, reduciéndola al caso presente, has de saber que el Padre Eterno tiene por costumbre de quitar alguna vez a sus hijos la consolación y tratarlos ásperamente, conforme a lo cual dice San Pablo [12]: *Hijo, no menosprecies la disciplina del Señor ni te fatigues cuando de él fueres argüido; porque el Señor castiga al que ama y azota a todo hijo que recibe.* Todos los que se llegan a Cristo, por mucho que lo amen, han de ser de él con algún azote de tribulación heridos; y en esto dice que guarda las costumbres de su Padre, que aun el único Hijo que sólo no pudo pecar no dejó de herir, porque sus muchos hijos, que cada día pecan, hayan más miedo de lo ofender.

Dícese más en este Evangelio: que no entendieron la palabra que Cristo les habló; empero parecerte ha inconveniente no haber ellos entendido lo que agora entendemos nosotros; y, por tanto, has de notar que en esto que te parece claro está un misterio más profundo, y tan profundo que, según dice el Sabio, ninguno lo puede acabar de entender. Por dos vías puede ser a uno quitada la devoción. La primera, por algún pecado que haya hecho; y la segunda, porque sin esto tiene Dios por uso de azotar de esta manera a sus hijos; de arte que uno puede ser azotado, o como hijo muy amado, para que crezca en virtud, o como siervo rebelde, que no anda como debe. Cuando es hombre azotado de Dios, como no sepa si es digno de odio o de amor, síguese que no puede entender si es herido como hijo amado o como siervo rebelde, porque ambas estas cosas suelen venir sobre nosotros de la mano del Eterno Padre, entre las cuales hay grandísima diferencia: porque la una conviene a los justos y la otra a los pecadores; empero, lo más seguro es creer siempre hombre de sí cosas humildes, contándose con los siervos jornaleros, y haciendo esto

12 Heb. 12, 5.

descendiera con nosotros el Hijo de Dios, haciéndonos humillar no para confusión, sino para más gloria; lo cual se nota en lo que se sigue [13]: *Decendió con ellos y vino a Nazaret.*

Aunque para todas las virtudes sea necesario el favor divinal, singularmente hemos menester para nos humillar, porque con mayor ímpetu somos inclinados a soberbia siendo muy altivos y amadores del propio loor; y por esto es menester que el Salvador decienda con nosotros, ayudándonos a humillar; y porque esta humildad trae mucho fruto, se dice que viene Cristo con los justos a Nazaret, que quiere decir *coronada,* porque en la humildad y con ella alcanzamos la corona del vencimiento y gloria, como Cristo la alcanzó mediante esta virtud. Y aunque tuviese otras innumeras, por esta dice San Pablo que fué ensalzado su *nombre sobre todo nombre;* dándonos a entender que con esta virtud, que todos podemos tener, alcanzaremos mucha grandeza delante de Dios; lo cual también se nota en lo que se sigue: *Y era sujeto a ellos.*

Cosa es de admiración pensar que Dios nos sujeta para sujetársenos. Díjose primero que decendió a Nazaret, haciéndonos humillar; y agora se dice que es el sujeto a nosotros. ¡Oh bienaventurada humildad, que humillas al soberano y sujetas al sujetador, y, abajando, ensalzas, y ensalzando, coronas! No te maravilles porque he dicho que, cuando te humillas, se te humilla Dios; porque tal se dará Dios a ti cual tú te dieras a él, y con la medida que lo midieres te medirá, estimarte ha en lo que lo estimares y hará de ti la cuenta que hicieres de el. Ca por esto se dice que *es en todos todas las cosas.* La madre de aqueste Señor, que empobreciendo enriquece y humillando ensalza, conserva en su corazón todas sus palabras y misterios en hacimiento de gracias; porque en los agradecidos nunca debe caer olvido, mayormente en ánima que por amor es hecha *madre de Dios;* la cual, porque merezca ser más madre de lo que es, debe conferir y cotejar los misterios de Cristo consigo mesma para se conformar más a ellos. Porque en esta espiritual generación es menester mucha solicitud para que Jesus, que es aún en nosotros pequeño, crezca y se forme en nuestro corazón, y aproveche más haciéndonos mejores de cada día; porque así como el mesmo Jesús, Hijo de Dios, que en su deidad no podía crecer, crecía en la humanidad que tomó por amor, así el que agora no puede crecer en lo uno ni en lo otro, crece en nuestros corazo-

[13] Luc. 2, 49.

nes hasta que de todos sus miembros, que son los justos, se haga varón perfecto en la resurrección general.

La conclusión del Evangelio está en que Jesús [14] *aprovechaba en sabiduría y edad y gracia para con Dios y para con los hombres;* lo cual se dice de él para nuestra doctrina, y dícese por la forma que suele acontecer en los justos espiritualmente, los cuales tanto son mayores delante de Dios cuanto más gustan de él, y este gusto se llama propiamente *sabiduría.* Así que tanto seremos mayores y aprovecharemos más cuanto más supiéremos a qué sabe Dios, y de esta forma, creciendo en sabiduría, creceremos espiritualmente en edad; y el crecer en gracia es usar bien de estas cosas no solamente en lo secreto, en cuanto a Dios, sino en lo público, en cuanto a los hombres, para que siendo amado de esta suerte, así de Dios como de los hombres, sea tu memoria en bendición.

CAPITULO XXIX

De cómo los apóstoles, amadores de Cristo, lo buscaron, y de cómo a ejemplo de ellos lo han de buscar los devotos de la sagrada pasión

La tercera parte de la gran ley del amor dice que amemos a nuestro Señor *de toda nuestra memoria;* y puesto que cumplan muy bien esto los que con los buenos pensamientos, cualesquier que sean, desechan los malos y se trabajan por las vías que pueden, y procuran de tener siempre memoria de Dios, especialmente decimos que cumplen esto los que ocupan su memoria en los santos pensamientos de la pasión del Señor, que también en el presente Evangelio nos figura y representa cómo lo perdieron y hallaron los suyos en el tiempo de la mesma pasión. Y no te maravilles porque en un mesmo misterio se figuran y representan tantas cosas, ca la Escritura de Cristo, que es palabra eterna, tiene la condición de la mesma persona de Cristo; el cual, siendo una sola palabra, que una vez habló Dios, contiene en sí todas las cosas, por ser tan comprehensora, y cuasi de esta forma o imitando esto el santo Evangelio, debajo de un misterio figura

[14] Luc. 2, 52.

otros muchos. En este tercer significado, el perdido es el mesmo Cristo, que fué de doce años, cuando tuvo dos singulares perficiones, que este número de doce incluye. Las dos perficiones son: obrar por ejemplo y enseñar por palabra; las cuales dos cosas tuvo Cristo perfectísimamente al tiempo de su pasión, y entonces fueron sus padres principalmente sus apóstoles, que, amándolo, permanecieron con él en sus tentaciones y fatigas. Y dícense padres de Cristo: lo uno, porque lo habían espiritualmente engendrado en sus corazones, y porque ellos engendraron a Cristo en los corazones de las gentes y del mundo. Así que entonces fué Cristo de doce años, cuando juntó los doce apóstoles para que fuesen a predicar los doce *artículos de la fe*, y subió con ellos como compadres suyos a Jerusalén, que es su sagrada pasión, a la cual subía él con ellos cuando les dijo [1]: *Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo* de la Virgen *será entregado a los príncipes de los sacerdotes y escribanos y ancianos; y condenarlo han a muerte, y entregarlo han a los gentiles, y escarnecerlo han, y escupirlo han, y azotarlo han, y matarlo han.*

Cuando el Señor decía estas palabras a los suyos, queríalos provocar a padecer con él y subir con él hasta su preciosa pasión, que se llama *Jerusalén*, según la declaración del vocablo; porque en ella se vió manifiestamente perfecta paz entre Dios y los hombres, y en su pasión se hizo medianero y pacificador nuestro, cuando estuvo en el quebrantamiento, y cesó la destrucción, donde pudo decir aquello del profeta [2]: *Cuando fuere salido de la ciudad, extenderé mis palmas al Señor, y cesarán los truenos, y no habrá granizo.* De la ciudad de Jerusalén salió el Salvador, y de su voluntad extendió no solamente las manos en la cruz, sino las palmas a los esclavos, abiertas por aplacar la divina justicia, que nos llevaba de vencida; y con este alzamiento de manos, mejor que otro Moisén, nos dió la victoria e hizo que cesase el temblor de la tierra que se causó en su pasión; y el granizo, que fué aquel herirse las piedras unas a otras en señal de nuestro castigo; y orando al Señor en la cruz, cesó todo, ca él se puso entre la justicia de Dios y nosotros, y resistió a la ira que comenzó desde las lumbreras del cielo, quitándoles la lumbre; mas no llegó a castigar los hombres, porque Cristo mostró allí, cuasi visible, la paz que había hecho entre Dios y los hombres. Subieron, pues, a Jerusalén, que es la sagrada pasión, Cristo y sus apóstoles, los cuales te-

[1] Matth. 20, 18
[2] Ex 9, 29.

nían tanta voluntad de padecer, que le prometieron en la cena de morir con él.

Este subir a padecer fué según la *costumbre del día de la fiesta*, porque, dende que nació, Cristo comenzó a subir a la cruz, y aun nacer a media noche fué mostrarnos que traía la media cruz a cuestas; porque él dijo por el profeta [3] que *era buena cosa al varón traer el yugo de la cruz dende su mocedad;* y otro profeta dice [4] que el Niño Jesús *se había de deleitar dende los pechos de su madre sobre los agujeros del áspide*, y éstos deben ser los de la cruz, que él quiso elegir; y por esto, según dice un doctor, escogió Cristo a José, carpintero, para que fuese su ayo y le comenzase a fabricar la cruz, y el mesmo Jesús la contemplase entre los maderos. Esta costumbre de padecer que tuvo Cristo, se dice *costumbre de día*, porque no padeció por alguna noche de pecado que hubiese en él, sino por traer a nosotros el día de la gracia; y de aquí es que en el presente Evangelio ninguna mención se hace de noche, ni se nombra, porque en Cristo no la hubo; porque ya pasó la noche del pecado, y se llegó en Cristo el día de la gracia, y, por tanto, *vistámonos las armas de la luz* [5], que son sus pasiones, y *andemos honestamente*, como en día de gracia, y no como en noche de pecado. Este *día* también se dice *festival*, no solamente a nosotros cuya fiesta y descanso es Cristo crucificado, que con sus trabajos nos quitó los nuestros, mas el mesmo Señor tenía por fiesta padecer por sus amigos; y en su pasión se dicen cumplirse los *días*, porque el mesmo Señor dijo [6]: *Cumplirse han todas las cosas que son escritas por los profetas del Hijo de la Virgen;* y allí también dijo: *Consummatum est* [7].

Allí se acabaron los días de nuestro destierro, como parece en el ladrón, al cual se le da el cielo porque, en la muerte del Sumo Sacerdote, los que por sentencia estaban desterrados tenían libertad de volver a su propia tierra, que es a nosotros el cielo, que en la Escritura se llama *tierra de vivos*. En la sagrada pasión se acabó nuestra redención, y se acabó de manifestar el amor de Cristo, que no solamente por los amigos, sino por los enemigos le hizo dar el ánima; y, finalmente, que en aquella semana penosa de su pasión confirmó, según dice Daniel, la conveniencia y amistad que con muchos de los antiguos había hecho.

---

[3] Lam. 3, 27.
[4] Is. 11, 8.
[5] Rom. 13, 12.
[6] Matth. 20, 19
[7] Ioan 19, 30

Acabados estos misterios, quedóse Jesús en Jerusalén, esto es, en su cruz y pasión, aunque los judíos no querían que quedasen los cuerpos en la cruz el sábado; y porque no tengas por inútil haberse quedado en Jerusalén, mira que de Cristo se puede decir: *Quedóse en Jerusalén,* diciendo: hoy me restituirá el Señor a Israel, que es reino de mi Padre. Así fué sin duda hecho, porque en aquellos tres días fué a Cristo restituído el limbo y el reino de los judíos y todas las cosas; ca cuando se levantó de los muertos dijo [8]: *Dado me es todo poder en el cielo y en la tierra.* Estas cosas no las conocieron sus padres, según se sigue en el Evangelio. Ya viste que sus padres eran los apóstoles, que por entonces perdieron la fe y no conocieron los misterios que entonces obraba Cristo, antes decendieron y aun cayeron de Jerusalén, cuando se apartaron de él huyendo y lo dejaron solo; y en tal manera ignoraron entonces los misterios, que pudo decir San Pedro, cuando negó a Cristo [9]: *No conocí este hombre que decís.* Ni conoció este misterio Judas, ni Santo Tomás; ni ninguno de ellos conoció, por entonces, el tiempo de su visitación, sino tornando atrás y apartándose de Jerusalén vinieron camino de un día, porque perdieron la fe de la divinidad de Cristo, que se llama *día,* y es un *hoy* que siempre permanece inmutable; y un *día,* mejor que millares de días en las moradas y patios de Cristo, que son su ánima y su carne, donde mora corporalmente la plenitud de la Divinidad.

En Cristo hay *camino de día y camino de noche.* Aquellos caminan a él *de día* que lo creen ser Dios, y aquellos caminan *de noche* que lo creen ser hombre; las cuales dos cosas creían los apóstoles de Cristo, teniéndolo por verdadero Dios y por santo hombre; empero, al tiempo de su pasión, perdieron la primera y quedáronse con la segunda, teniéndolo por profeta y por varón poderoso en obra y palabra. Y porque sabían que los profetas habían sido perseguidos, creían que el Salvador era uno de ellos; y por esto se sigue en el presente Evangelio que pensaban estar Cristo en la compañía, teniéndolo por uno de los profetas, a los cuales hacía compañía en ser perseguido, como lo fueron ellos, en Jerusalén. Entre los parientes y conocidos buscaban los apóstoles a Cristo cuando reducían a su memoria el martirio de Isaías, y el de Jeremías, y de San Juan, y el de los santos antiguos; y así, igualándolo a los otros, no lo hallan, porque es sobre todos; y su muerte no era como la de los otros, que esta-

---

[8] Matth. 28, 18.
[9] Matth. 26, 70

ban sentenciados a ella por el pecado original, en que cayeron, y Cristo era del todo libre; y porque no supieron buscarlo, no lo hallaron hasta que tornaron a Jerusalén buscándolo.

Para entender este misterio has de notar que en la mesma pasión de Cristo, mejor que en otra cosa alguna, se puede contemplar su deidad; y por esto los apóstoles, para tornar en sí y hallar a Dios, que habían perdido, volvieron toda su consideración a pensar en la muerte y pasión del Salvador, acordándose cuántas veces les había él platicado todos aquellos misterios y cuán por menudo, para que se acordasen y no desfalleciesen en la fe al tiempo de la persecución. Item, acordábanse los tres discípulos cómo Elías y Moisén habían hablado con Cristo en los misterios de su pasión, que había de cumplir en Jerusalén, y cómo la caída de ellos sobre sus caras tenía figura y mostraba que, al mismo tiempo de la mesma pasión, habían de perder la fe, que habían de cobrar cuando el Hijo de la Virgen se levantase de los muertos. Item, tornaban a pensar cómo Cristo reprehendía duramente a San Pedro porque le quería estorbar el cáliz de la pasión que Cristo de buena gana había de beber. Item, tornaban a pensar cómo Cristo los había llevado al lugar donde lo prendieron, y adrede se puso en el lugar que Judas tenía bien conocido; y antes que llegase la gente a lo prender, despertó a los suyos diciéndoles que venían por él; y no quiso huir ni esconderse, antes delante de ellos salió, perdido todo el miedo, y les dió poder para que lo prendiesen y los ayudó a levantar cuando por el espanto de su poderosa palabra cayeron en tierra.

Pensando los apóstoles aquestas cosas, tornaban a Jerusalén, que es la pasión del Salvador, a la cual te has de tornar por continua meditación tú que eres devoto suyo, si quieres hallar a Dios; ca pues los apóstoles lo hallaron mediante ella, también lo hallaremos nosotros en este santo ejercicio, donde con mucha utilidad se puede ocupar toda nuestra memoria en Dios, según la cual nos manda que lo amemos. La hiel dijo el ángel que valía mucho para que, untados con ella los ojos, cobrásemos la vista de lo que habíamos perdido. Si perdiste al Niño Jesús, toma la hiel de su pasión y ponla sobre los ojos de tu ánima, que son los pensamientos, y luego verás al que habías perdido si perseveras en las amarguras de sus fatigas, siquiera pensándolas; ésta alumbró los ojos de Longinos y del Centurión, que, glorificando a Dios, dijo cuando sintió morir [10]: *Verdaderamente que éste era hijo*

[10] Matth. 27, 54.

de Dios. Y Santo Tomás fué por esta pasión alumbrado; ca, tocando las llagas de Jesús, cobró todo lo que había perdido. Y no solamente comenzaron los apóstoles a hallar a Cristo, porque se tornaron a pensar en su pasión y muerte, mas pensando la manera de aquesta muerte pudieron conocer que era más que hombre el que moría, porque ninguno de los santos murió como él; así que en aquellos días se dieron los apóstoles a pensar la pasión de Cristo, y por esto se sigue en el presente Evangelio [11]: *Y fué hecho después de tres días, que lo hallaron en el templo. Por Dios es hecho esto*, dice David, [12], *y es maravilloso en nuestros ojos*.

No hay cosa que miremos de mejor gana que la que con gran dolor perdimos; y por esto fué Cristo más maravilloso a los ojos de los suyos. Empero, qué tres días son éstos y qué templo es este en que se halla Cristo, díganoslo el mesmo Señor por su evangelista [13]: *Puedo destruir el templo y después de tres días tornarlo a edificar; empero él decía del templo de su cuerpo*. Los tres días en que lo perdieron fueron los de la pasión; y halláronlo en el templo de su precioso cuerpo, ya resucitado y muy reparado perdurablemente con dotes de gloria. ¡Oh, pues, los que por cualquier vía habéis perdido a Cristo!, venid a la hermosa puerta del templo, que es la llaga de su costado, que ya no llaga, y hallarla heis abierta y a él dentro. Conjúroos por las entrañas de nuestro Dios y por su misericordia, en que nos visitó bajando de las alturas, que no tardéis en venir, porque su cuerpo sagrado es templo de mucho amparo, que no tiene una, sino *cinco puertas*, y todas abiertas para rescebir a los que vienen a lo buscar. Y para que así se ejerciten nuestros cinco sentidos, venid y poned vuestros corazones en su virtud: poned vuestros corazones en su Corazón, que allí está la virtud de su amor; mirad que también lo tiene hendido con la lanza para dar cabida a los nuestros. Da, ánima mía, tu corazón, así como corazón de Dios, porque seas como paloma engañada por amor, que no tiene corazón, según aquello del profeta [14]: *Hecho es Efraín así como paloma engañada, que no tiene corazón*. Allí, en el costado, está manjar dulce con que te pueda engolosinar, porque sus pollos lamen su sangre, que es muy dulce. Haz allí, en su Corazón, nido, y pon allí las pajuelas de tus pensamientos, y los huevos serán tus deseos; ca tu ama-

[11] Luc. 2. 46.
[12] Ps. 117, 23.
[13] Matth. 26, 61
[14] Os 7, 11.

do tiene el lado abierto porque tú no tengas en ti, sino en él, tu corazón.

Si preguntas de qué manera hallaron a Cristo en este santo templo, decir te ha el presente Evangelio [15]: *Halláronlo sentado en medio de los doctores. Sentado* se dice que está, porque con mucha seguridad y sosiego posee la inmortalidad, ca ni la pasión ni la muerte no se podrán más mover de su santo lugar. Los doctores que lo cercan son los santos patriarcas y profetas que sacó del limbo; y los apóstoles también lo cercaban cuando se les mostró en la casa de Sión, donde había con ellos cenado. Pónese *en medio* el Salvador, porque todos gocen de él y no piensen que es visión fingida que se suele poner a los rincones para vestirse de sombra. Item, puédese muy bien decir que está en medio de los doctores Cristo, pues que tenía su cuerpo cercado de dotes de gloria, cuya propiedad es enseñar al cuerpo estar plenariamente sujeto al ánima, dándose ligero y claro y sotil, sin alguna pasibilidad.

Pues que así es, dinos, sagrado evangelista, ¿qué hacía este Señor *en medio de estos doctores?* Oíalos y preguntábales. Aunque Cristo, dondequiera que está, oye, entonces especialmente se dice *oír* cuando responde con las mercedes a las peticiones; lo cual hacía allí con tanta abundancia que no parecía sino preguntarles si querían más gracia; y en tal manera eran oídos los gemidos y ruegos, que cada apóstol podía de sí mesmo muy propiamente decir [16]: *Oyó el Señor y hubo de mí misericordia; el Señor es hecho mi ayudador.* Sin esto es cosa muy creíble que los apóstoles preguntaban a Cristo particularmente lo que había sentido en los pasos de la pasión, en especial San Pedro y San Juan, que lo habían seguido con intención de ver el fin de ella, y le preguntaba dónde había estado aquellos tres días y otras cosas familiares, a las cuales respondía y tornaba a preguntar el Salvador con su acostumbrada humildad, haciéndose como uno de ellos y mostrando en esto que las honras no habían mudado sus costumbres, ca por esto los llamó *hermanos* después de la resurrección, aunque antes los había llamado *hijuelos.* Podíales también preguntar el Salvador si quedaba una jota o tilde por cumplir de la Ley que en él no se hubiese cumplido y ejecutado, a lo cual más respondían todos con admiración que con palabras, y, por tanto, se sigue [17]: *Espantábanse de su prudencia y respuesta todos los que oían y viéndolo admiráronse.*

[15] Luc. 2, 46.
[16] Ps. 29, 11.
[17] Luc. 2, 47.

En tal manera se admiraban los que vieron a Cristo resucitado, que era menester hablarles él familiarmente de las cosas pasadas para que tornasen en sí; y esta admiración principalmente era de dos cosas: la primera, de la prudencia de Cristo, cómo supo quebrar el lazo de la muerte y salir libre de ella, y, siendo vencido, salir vencedor, y muriendo matar, y siendo preso soltar los presos, y burlarse de sus burladores; el cual, con prudencia y no con fuerza, quiso vencer al *demonio;* de lo cual también admirado Job, dice [18]: *Su prudencia hirió al soberbio*. Menos admiración fuera que la potencia de Cristo venciera al demonio; empero, venciéndolo su prudencia, aun el mesmo demonio quedó espantado, y la muerte en la victoria, cuando admirada. Las respuestas de Cristo, que también causaron espanto, fueron las obras que hizo, correspondientes a las figuras y profecías que de él estaban escritas; lo cual mostró el Salvador a los suyos cuando les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, comenzando de Moisén hasta los otros profetas y Salmos que de él hablaban.

Síguese más en el presente Evangelio. Y díjole su Madre [19]: *Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira que tu padre y yo con dolor te buscábamos*. Agora habla nuestra Señora, que sola quedó al tiempo de la pasión con la fe, y también espantada, con osadía maternal, pregunta que por qué nos quiso redemir por manera de tanta fatiga y con tantos dolores, pues bastaran pocos. ¿Por qué, Hijo, nos redemiste así? ¿Por qué hiciste obra de nuestra redención de esta manera? De muchas maneras nos pudieras redemir, ¿por qué, entre todas, escogiste aquésta? Mira que el colegio de los apóstoles y yo con dolor te buscábamos. ¿Por qué nos diste tanto dolor? Ca todos lloraron amargamente; tantos fueron tus tormentos, que aun las piedras se dolieron contigo. ¿Por qué, pues, diste tanto dolor a los tuyos, que debieras consolar? Los que se duelen buscan a Dios, no los que se ríen, porque el profeta dice [20]: *Dolerse han sobre él, así* como *se suelen doler en la muerte del progénito*. Nuestro Señor nos buscó con dolor, porque aun añadieron dolor sobre el dolor de sus llagas, y nosotros lo queremos hallar sin dolor, como ni aun su Madre lo haya hallado sin se doler; dolámonos y luego lo hallaremos, porque no sufre él que se duelan mucho tiempo los que con dolor lo buscan, sino luego se les ofrece; en cuya figura manda por

[18] Iob 26, 12.
[19] Luc. 2, 48.
[20] Zach. 12, 10

Ezequiel [21]: *Señala el tau sobre las frentes de los varones que gimen y se duelen.* Pon sobre ellos la señal de la cruz, porque míos son, ca se duelen, como yo me dolí.

Una espina solemos sacar con la punta de una aguja, y también el golpe del pecado que ligeramente suele herir nuestra ánima se ha de sacar y echar fuera con el dolor de la contrición; y por esto Cristo fué coronado de espinas, para sacar de nos nuestros pecados con dolor. Si te desconciertas un miembro, no se reduce sin dolor a su lugar; si perdiste a Cristo, desconcierto de pecado debe haber; duélete y serás a él restituído, porque los que se duelen lo buscan y lo hallan, y no los que se ensoberbecen, ni los que se dan a lujuria, ni los avarientos, ni los que juegan, sino los que se duelen. A la pregunta de la Virgen, responde el Salvador que para qué lo buscaban como a perdido: ca él no se pudiera perder, sino que fué como el grano de trigo, que, cuando lo siembran, parece que lo echan a perder, mas si esperan un poco, luego nace. No vais luego a escarbar el grano, sino esperáis que salga; y así no habíades de buscarme a mí, sino esperarme.

Nota que la Virgen nunca se dice en el Evangelio que buscó a Cristo en el tiempo de la pasión, ni madrugó él, porque buscarlo entre los muertos denotaba falta de fe, la cual no tuvo la Virgen, que lo esperó más que nadie, y así vió primero; empero has también de notar que no los reprehendió Cristo porque se dolieron, sino porque lo buscaban como a perdido, ca virtud grande es dolernos con Cristo; empero no nos hemos de doler con él como un condenado por su delito, lo cual reprehendió el mesmo Señor a las dueñas de Jerusalén, diciéndoles [22] *que llorasen sobre sí mesmas*, cuasi diciéndoles que ellas eran causa de su muerte, pues por salvarlas moría. Lo que más dice el Salvador es *que le conviene estar en las cosas de su Padre*: en lo cual nos da a entender que muere por obediencia, ca el Padre le dió mandamiento de morir por nosotros y el que hace la obediencia, aunque muera, no ha de ser buscado como perdido, pues que el Señor a quien obedece basta para lo librar siendo poderoso.

Item quiso decir Cristo que siempre, aunque murió, estuvo en las cosas de su Padre: nunca dejando de ser igual a él ni perdiendo alguna de las divinas propriedades, sino que en todos los divinos bienes paternales fué tan entero muriendo como viviendo; de manera que ni las deshonras ni muerte pudieron hacer mella en las di-

[21] Ez. 9, 4.
[22] Luc. 23, 28.

vinas propriedades, sino que tan poderoso quedó siendo vencido como si fuera vencedor y tan sabio quedó callando como si se defendiera con muchas razones; y así de todas las otras divinas propriedades que al Padre con la deidad comunica a su Hijo. Y esto dice el evangelista que no entendieron, porque agora se puede creer y en el cielo se ha de entender; o dice que *no entendieron esto* porque no lo comprehendieron, ca no cabe esta razón en el juicio humano, ni puede nadie entender cómo el Hijo de Dios está en su Padre, ni podemos agora entender cómo saliendo de él se queda en él y cómo nunca cesa de estar en él ni cesa de salir de él.

Dice más el Evangelio: que *descendió Cristo con ellos;* porque no siempre les habló cosas altas, sino, condescendiendo a sus entendimientos, se conformó con ellos y descendió con ellos, comunicando y hablando cuarenta días de las cosas del reino de los cielos; cuasi tenía con ellos vida común en aquellos días, comiendo y bebiendo y hablando con ellos, aunque ya no era viador, sino comprehensor. Dícese más: que *era súbdito a ellos;* porque los confirmó en gracia de tal manera que ya no puedan perder a Dios; y, por tanto, se dice haber descendido a Nazaret, que quiere decir *guarda*, porque Dios, dende allí, se guardó en ellos con tanta seguridad que hasta el fin del siglo, y para siempre, lo tengan muy a su voluntad. De nuestra Señora, como de persona más capaz, se dice que *guardaba todas las palabras en su corazón;* porque dende que la palabra soberana de Dios moró en él, le dió tal gracia que no olvidase ninguno de los misterios de su Hijo; porque, según dice San Jerónimo, todo el ejercicio de su vida fué renovar los misterios de su Hijo en su memoria.

Jesús *aprovecha en sabiduría* cuando se notificaba por el mundo quién él era y *aprovechaba en edad* haciendo crecer su Iglesia. Y la gracia que le daba era de muchas maneras. Crecer en estas cosas acerca de Dios es ser notificadas en el cielo por su ascensión, y crecer acerca de los hombres es enviar visiblemente el Espíritu Santo para que todos conozcan cuán grande es Cristo. Puede alguno preguntar que cuál de las tres maneras de amor susodichas es más excelente, y respondería yo que aquella te será más excelente que usaras más; empero, sin hablar de esta manera, paréceme que la *media* es la menor y la *prima* excede a la *tercera*, en harto conforme a lo cual, dice Gersón sobre los Cánticos: «De notar es una distinción acerca de los que aman a Dios, porque el amor de algunos, aunque se termine en Dios, como en fin y objeto suyo, empero ejercítase cuasi no sólo el sentido

del conocimiento de las cosas sensibles, como acontece cuando piensa el misterio de la encarnación y natividad, y pasión y cruz, y las vidas de los santos, que piensan viendo sus imágenes, de las cuales cosas pensadas o imaginadas, piadosamente oídas o vistas, resciben los que así aman verdaderas y propias pasiones sensibles, con real movimiento del corazón y del cuerpo; los tales, por la mayor parte, son simples y devotos que viven en las religiones o en el siglo del estado de los comenzantes, que decimos animales. Recolígense las señales del amor de aquéstos comparándolo al vehemente amor de los carnales. Otros hay, aunque mucho más raros, que llamamos propiamente espirituales y perfectos, los cuales dicen con el Apóstol [23]: *Aunque conocimos a Cristo según la carne, empero ya no lo conocemos según la carne.* Estos, trascendiendo todas las cosas sensibles y todas las inteligibles criadas, hincan su amor y su afición en sola la simplicísima bondad y verdad y eternidad de Dios, para los cuales se ordena todo lo que se dice de la teología secreta; empero, acontece tornar este amor a descender o redundar en la parte sensual, donde propiamente se causan las dichas pasiones, siendo dilatado, apretado el corazón, sin se apartar totalmente aquella unión del animal levantada a Dios y recreada en lo más alto de sí por una gloria y alegría grande, adonde algunas veces, después de la enfermedad del amor, se sigue una muerte espiritual que más de verdad se había de decir vital». Lo de suso, en sentencia, es de Gersón. Aunque este doctor ha dicho esto, paréceme que cada uno tiene por mejor aquella manera de amar a Dios en que se ha más ejercitado; porque ésta le es más útil y por ella gusta más fácilmente a Dios; empero, pues, el Señor mandó que por estas tres vías lo amásemos y de ellas compuso la gran ley del amor, usémoslas todas según pudiéremos y ejercitémonos en el recogimiento y en la penitencia y en meditar la sacra pasión, porque así amaremos perfectamente a nuestro Señor Dios *de todo nuestro corazón, y de toda nuestra ánima, y de toda nuestra memoria.*

---

[23] II Cor. 5, 16.

CAPITULO XXX

En que se pregunta si la ley del amor hace al hombre exento de todas las otras leyes

Por ser nuestro Señor Dios uno, es muy amigo de unidad y de abreviar todas las cosas, haciendo de ellas resoluto y abreviado ayuntamiento, como parece en la criación del mundo, que vino a resolver en el hombre, del cual se dice [1]: *Dióle virtud de contener todas las cosas.* No sin misterio se dice el hombre *mundo abreviado*, sino porque nuestro Señor lo hizo por tal arte que quiso resolver en él todas las cosas que difusamente había criado, haciéndolo participante de sus propriedades, encerrando en él los cuatro elementos, y dándole ser con las piedras, y crecer con los árboles, y sentir con los animales, y entender con los ángeles, y parecer de imagen con el mesmo Dios. Y no solamente hallarás resolutas en el hombre estas cosas generales, sino otras muchas particulares, en tal manera, que no dirás sino que le dió nuestro Señor virtud de contener *todas las cosas*. Es nuestro Señor tan amigo de brevedad, que así como al sexto día abrevió todas las cosas en el hombre, así a la sexta edad del mundo abrevió sobre la tierra aun las cosas del cielo divinas y humanas, en Cristo, Hijo suyo y Señor nuestro, donde están abreviadas las grandezas divinas y recogidas todas las excelencias humanas y angélicas, y todos los santos están enjeridos en él, por tal forma que veamos ya cumplido aquello del profeta [2]: *Un acabamiento abreviado rebosará justicia, porque el Señor Dios de las batallas hará en medio de toda la tierra un acabamiento y una abreviación.* Por acabar estaban las cosas humanas antes que Dios las abreviase en Cristo, pues que en él acabaron de tener su última perfición; y por esto se dice que aquesta *abreviación* había de manar justicia, no para otra cosa sino para justificar a los que se llegasen a ella. Y porque aun las cosas corporales y terrenas se acabaron de perficionar en Cristo, se dice que fué hecha esta acabada abreviación *en medio de toda la tierra.*

Este nuestro *paraíso abreviado* que es Cristo, tuvo por

[1] Sap. 10, 2.
[2] Is. 10, 22-23.

bien de abreviar la prolijidad de la Sagrada Escritura en solo mandarnos *amar*, queriendo corresponder a lo que él en sí mesmo tenía; él estaba *abreviado* por amor y de amor, ca fué concebido del Espíritu Santo, que es amor. Y porque el amor siempre trabaja por abreviar lo más que puede, quiso Cristo abreviarnos toda la Escritura Vieja y Nueva en *amor*, haciendo él en nosotros otra abreviación que correspondiese en alguna manera a la suya. En Cristo hay Dios y hombre, y él nos manda que amemos a Dios y al prójimo si queremos vivir; las cuales dos cosas están en él, que es nuestro Dios y nuestro prójimo, más cercano que padre ni madre. No solamente los mandamientos de Dios, mas las obras que con los justos hace, ninguna otra cosa piden sino que lo amen y quiten el amor de todas las otras cosas para se lo dar; donde Ricardo dice: «Claramente parece que las cosas contrarias instruyen al amor de Dios al que sólo amaba carnalmente las cosas carnales, y en alguna manera lo constriñen, y no con menor consejo son quitadas algunas veces las cosas prósperas a los varones fervientes en el amor de Dios, y les sobrevienen adversidades, porque si acaso la halagüeña prosperidad alguna vez les quitó alguna partecilla del amor de Dios (lo cual dificultosamente se puede evitar), la adversidad que sucede se la restituya; la cual sola, según la doctrina de San Juan, enseña verdaderamente que no hemos de amar el mundo ni las cosas que están en él, y de esta manera los israelitas son constreñidos por los gitanos que salgan de Egipto, porque, según San Gregorio, cuando el mundo toca nuestro ánimo con adversidades, ninguna otra cosa vocea ni dice sino que no sea amado; así que sólo el amor nos demanda Dios, o cuando con beneficios nos vence, o cuando nos corrige con azotes, o cuando nos instruye con consejos, o cuando nos ata con mandamientos. El cumplimiento de la Ley es caridad, y la Ley contiene y los Profetas; porque cualquier cosa que en la divina Ley nos es amonestada o entredicha, a sólo el amor se reduce; paga el tributo del amor y habrás satisfecho a Dios».

Viendo algunos que Dios es muy amigo de brevedad, y que, según este doctor dice, con solo amor se satisface, quisieron concluir que la ley del amor hacía exento al hombre de todas las otras leyes y mandamientos, de manera que, guardando sola esta ley, era libre de las otras, porque San Agustín dice que *tengamos caridad y hagamos todo lo que quisiéremos;* y San Crisóstomo dice sobre aquello, *el fin del mandamiento es la caridad* [3]: «Así

[3] Rom. 13, 10.

como el fin de las medicinas es la salud, así el fin de los mandamientos es la caridad». Sobre esta sentencia, dicen los que yerran en el amor que, pues introducida y traída a casa la salud, somos libres de las medicinas y no curamos ya de ellas, también los que tienen caridad serán libres de todos los otros mandamientos, pues no se ordenan sino a la sola caridad, como las medicinas a la salud. Si al justo no es impuesta ley, no haya otra más justo que el que guarda la ley del amor; claro está que por ella debe ser libre y exento de todas las otras, pues que los hijos de Dios son libres, y aquéllos solamente se digan hijos suyos que lo aman.

Aunque parezcan buenas las razones sobredichas y lo sean, la conclusión es muy falsa y ajena de amor, y muy apartada de la caridad, que todas las cosas sufre. No ama el que en algo se quiere apartar de lo que ama su amado; ni siente la fuerza que tiene la ley del amor el que piensa hacerse por ella exento de todas las otras leyes. Bien conocemos que sólo el amor de Dios basta para salvar al hombre; empero, este amor de Dios ha de ser doblado en los varones que usan de razón, ca éstos no se deben contentar con la caridad o amor infuso. Si agora acabasen de baptizar a un hombre de buen juicio que se supo disponer para el sacramento, bien puede creer después de baptizado que tiene amor infuso, lo cual también podría saber alguno por revelación, y aunque estuviese de esto certificado, es menester para tener segura su salud que añada él de su parte amor de Dios, respondiendo al amor con amor, lo cual es hombre obligado a hacer en los casos que pusimos en el capítulo pasado, y este amor que somos obligados a tener con el de Dios no pienses que es un regalamiento de suavidad, ni un ardor de bienquerencia, ni una blandura de entrañas, ni un decir a Dios *bien te quiero*, ni un hablar de él con agradamiento de corazón, ni un estar de grado entre los que lo aman, ni un pensar sotil y apaciblemente de él; no es solamente aquesto, sino una fuerza determinada de todo el hombre que se dispone y ofrece a todas las cosas que entendiere demandarle su amado; y es tan fuerte aquesta fuerza, que si Dios le mandase derribar los cielos y mover la tierra de su lugar, luego iría el amor osado a poner las manos en todo lo que le fué mandado, y si conociese que no lo podía buenamente hacer, no cesaría de ofrecer aficiones y hacer ofrendas en lo de dentro, por lo que veía no poder ejecutar en lo de fuera.

No pienses, pues, hermano, que la ley del verdadero amor es sencilla, ni que se ordena sola, solamente a una cosa, porque esta tal no es *ley de amor*, sino ley de tibie-

za y poquedad. La ley del amor es ley de fortaleza, ley que abraza las cosas grandes y pequeñas, ley que nunca dice basta en las cosas que siente la voluntad de su amado; es, finalmente, una ley que abraza y cumple todas las leyes de Dios, amado nuestro, y ley que desecha toda dificultad; ca con tanto ánimo mira lo que es mandado, que no echa de ver la dificultad que hay en ello. Aunque dicen los doctores que todas las leyes se ordenan y sirven a la ley del amor, también sirve el amor a todas las otras leyes, pues que sin amor ninguna se puede bien cumplir. El Salvador dice que el mandamiento del amor es primero y es mayor que los otros, dando en esto a entender que corre con ellos dende el principio hasta el fin, que alcanza de fin en fin; y por esto se dice del mesmo Señor que, como *amase a los suyos, amólos hasta el fin* [4], pasando de cabo a cabo la carrera del amor. No estreches el mandamiento del amor a pocas cosas, pues que dice David que es *muy ancho;* cata que el amor es cuasi inmenso, cuya profundidad se derriba hasta las menores menudencias que suelen ser mandadas a un niño; y también es *muy alto*, porque se trabaja de imitar a los ángeles; y se extiende a la diestra, porque también el amor ama las honras, si siente agradar en ellas a su amado, cuando por él sufre ser hecho mayor entre sus hermanos; y también se extiende muy de voluntad el amor a la siniestra, sufriendo con alegría desastres por quien ama.

Esta es la ley del amor que, según San Pablo, se llama *cumplimiento de todas las leyes*, y no la que tú finges, que pensando amar te sales del amor; y porque en el caso presente habla muy bien Orígenes, nota que dice sobre los Cánticos: «Sólo aquel amor es probable que se concierta con las virtudes del ánimo y con Dios; y que esto sea así, muéstrase por la definición del mesmo Salvador, a donde, siendo preguntado de uno cuál fuese en la ley el primero y mayor de los mandamientos, respondió [5]: *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de todas tus fuerzas;* y el segundo, semejable a éste, es: *Amarás a tu prójimo como a ti mesmo.* Y añadió [6]: *En estos dos mandamientos está colgada toda la Ley y los Profetas;* mostrando que por estos dos preceptos tenía constancia el justo y legítimo amor, y en éstos tener dependencia toda la Ley y Profetas. Y lo que dice: No harás adulterio, no matarás, no hurtes, no digas falso testimonio, y si hay otro mandamiento, en esta palabra es restaurado, en que se dice: *Amarás a tu prójimo*

[4] Ioan. 13, 1.
[5] Matth. 22, 37; Marc. 12, 30; Luc. 10, 27
[6] Matth. 22, 39.

como a ti mesmo. Lo cual de esta manera lo podremos explicar más fácilmente. Pongamos por causa de ejemplo una mujer encendida por amor de algún varón y que desea pasar en su compañía, ¿por ventura no hará de tal manera todas las cosas, y no templará todos sus movimientos, de suerte que sepa agradarle, porque si acaso en alguna cosa hiciere contra la voluntad de aquel varón, menospreciará y desechará la compañía de ella? ¿Podrá, por ventura, esta mujer que estuviere encendida con todo el corazón, y con toda el ánima, y con todas sus fuerzas con el amor de aquel varón, cometer adulterio si sabe que él ama limpieza, o podrá cometer homicidio la que conoce que es manso, o cometer hurto la que conoce agradar a su querido la liberalidad, o desear a las cosas ajenas la que tuviere ocupados todos sus deseos acerca de aquel varón? Así, pues, es dicho restaurarse todo mandamiento en la perfición de la caridad, y colgar de ella la virtud de la Ley y de los Profetas. Por este bien de la caridad o amor, los santos no se angustian en la tribulación, ni fatigados se fatigan, ni derribados perecen; sino lo que al presente es momentáneo y ligero peso de tribulación, obra en ellos sobremanera eterno peso de gloria. No de todos, sino de San Pablo y sus semejantes es dicha la presente tribulación momentánea y ligera, porque tienen perfecta caridad de Dios en Cristo Jesús, difusa por el Espíritu Santo en su corazón. Y así, finalmente, no consintió el amor de Raquel que el patriarca Jacob sintiese por siete años continuos puesto en trabajos el quemamiento del calor del día ni del frío de la noche; y así oye al mesmo Pablo, que, encendido en amor de la caridad, dice [7]: *La caridad todas las cosas padece, todas las cosas cree, todas las cosas espera, todas las cosas sufre: la caridad nunca cae*. Pues ninguna cosa hay que no sufra el que perfectamente ama, y cuando no sufrimos muchas cosas es cierto que es por esto: que no tenemos la caridad, que todo lo sufre; y si no toleramos algunas cosas con paciencia es porque nos falta la caridad, que lo padece todo, y también en la lucha que tenemos contra el demonio, donde muchas veces caemos, no hay duda sino que nos acaezca porque nos falta la caridad, que nunca cae».

Lo de suso es de Orígenes, que muestra cómo a todo se extiende la ley del amor; y cuando por ella piensas ser exento de las otras leyes o mandamientos del Salvador, has de comenzar a creer que ya desfallece en ti el amor leal que a toda ley del amor se pone; ca él dice [8]: *Si al-*

[7] I Cor. 13, 7.
[8] Ioan. 14, 23.

guno me ama, guardará mi sermón; y el Sabio dice [9]: *El cuidado de la disciplina es amor, y el amor es guarda de sus leyes.* No dice aquí que el amor es guarda de una ley, sino de las leyes de Dios, cualesquier que sean. Y San Gregorio dice: «Esta mesma ley se dice ser de muchas maneras, porque la caridad estudiosa con solicitud a todas las obras de virtud se extiende; ca comenzando de dos mandamientos se extiende a innúmeros». Haya, pues, empacho el varón devoto de decir que le basta el amor de Dios, y que ayune quien quisiere, porque el ayuno de mandamiento a todos obliga, si lo pueden llevar, y no menos al más ferviente; hayan otrosí empacho los que se dan al amor de Dios huir las penitencias o mandamientos graves de la obediencia, pues que a todo se extiende el amor infatigable.

El amor que has de tener a tu Señor Dios ha de ser general, así como lo es el que él tiene a ti; y porque sepas cuán general es el amor con que el Señor atrae las ánimas, mira que el mesmo Espíritu Santo se infunde en ellas, el cual se llama *sol* en la Escritura, porque mediante sus siete dones causa siete cosas en los justos, que hallarás en el *sol.* El primer efecto del sol es *desecar* los humores y las humedades de la tierra, y esto hace el Espíritu Santo en nosotros por el *don del temor,* con el cual seca en nosotros los carnales deseos, según aquello [10]: *Salió el sol con ardor y secó el heno,* que es la carne, apartando de ella los malos deseos.—El segundo efecto del sol es *derretir,* y esto hace el Espíritu Santo en el ánima por el *don de la piedad,* en que se deshace el ánima habiendo compasión del prójimo, según aquello del Exodo [11]: *Cuando se escalentaba el sol, se deshacía el maná.*—El tercer efecto del sol consiste en *reglar* toda la vida humana, y esto hace el Espíritu Santo en el ánima por el *don de la ciencia,* mediante el cual sabemos conversar en medio de la nación perversa, según dice San Agustín.—El cuarto efecto del sol es *apretar y confirmar* las cosas tiernas, y esto hace en el ánima el Espíritu Santo por el *don de la fortaleza,* que afirma nuestro ánimo, según aquello del Sabio [12]: *El hombre santo permanece en su santidad como sol,* conviene a saber, *firme;* ca el sol no desfallece.—El quinto efecto del sol es *reducir* las cosas imperfectas a lo perfecto, madurando los frutos, y esto hace el Espíritu Santo mediante el *don del consejo,* con que nos enseña dejar la vieja conversación y quitarnos de las

[9] Sap. 6, 19.
[10] Iac. 1, 11.
[11] Ex. 16, 21.
[12] Eccli. 27, 12.

costumbres seglares, lo cual tenía la Esposa cuando decía [13]: *No miréis en que soy morena, porque el sol me ha quitado la color.* Los penitentes y amadores de Dios dejan la hermosura y ornamento corporal por amor de Dios y por conformarse a él, desnudo y afeado en la cruz.—El sexto efecto del sol es *alumbrar*, lo cual hace en el ánima el Espíritu Santo mediante el *don del entendimiento*, del cual se puede decir [14]: *El sol que alumbra, por todas las cosas mira*, esto es, hace que todas las veamos en el cielo, sumo gozo; en el infierno, sumo tormento; en el mundo, presuras y angustias; en nosotros mesmos, pecados y negligencias. Este sol resplandece en los escudos dorados, que son los sabios entendimientos, y los montes son las dignidades de la Iglesia.—El séptimo efecto del sol, según esta cuenta, es *encender*, y esto mayormente hace el Espíritu de amor, cuando mediante el *don de la sabiduría* nos enciende en el amor de Dios y del prójimo, según lo cual se dice [15]: *El sol quema los montes*, que son las ánimas elevadas a las cosas altas.

Si el espíritu de amor no se contenta con amar, según viste, sino que hace otros muchos efectos en el ánima y fuera de ella, ¿por qué tu amor se ha de contentar con la sola afición interior sin extenderse a otras obras? Acuérdate que los amadores de Dios se comparan también al sol, porque han de trabajar si han de conservar en sí los siete efectos susodichos, para que así puedan corregir la ley del amor que tienen a Dios con la que Dios tiene con ellos, el cual nos ama para que lo amemos, y con su amor quiere engrandecer el nuestro; y pues su amor no tiene término, tampoco lo debe tener el nuestro. Si has mirado bien las cosas dichas, no osarás ya decir que el que guarda la ley del amor está exento de las otras leyes, sino que cuanto más uno estuviere sujeto a la ley del amor, tanto más guardará mejor todas las otras. Bien creo que deben bastar las cosas dichas para que cese la duda; empero, por más te satisfacer, soltaremos las primeras razones en que se fundaban los falsarios del amor. Y porque todas son verdaderas, no será menester sino breve declaración, porque no se pueda deducir ni sacar falsa conclusión: la primera razón se fundaba sobre la unidad de Dios, diciendo que, por ser uno, era amigo de brevedad y que todas las cosas había abreviado en Cristo, que abrevió también las leyes en la del amor. Aunque Dios sea uno, también es trino; y aunque abrevió todas las cosas en Cristo, también las ensanchó, porque en él está

[13] Cant. 1, 5.
[14] Eccli. 42, 16.
[15] Eccli. 43, 4.

muy ampliada nuestra poquedad, y la pequeñez del hombre está en él tan engrandecido, que no sea menor maravilla ni admiración contemplar en Cristo la humanidad hecha inmensa que la divinidad hecha breve. Y si dices que Cristo abrevió en amor la ley, has de entenderlo como lo declaró Orígenes, y aun basta decir que la prolijidad de la Vieja Ley abrevió en el Evangelio, que es todo amor. Todo lo que dijo Ricardo también se concede, porque nuestro Señor no nos demanda sino amor; mas este amor no se detiene en sólo amar interior y entrañablemente, sino que también es menester ejecutar o probar este amor en otras obras de fuera; y, por tanto, mandaba nuestro Señor que comprasen del oro encendido y probado. El oro que nos da el Señor es el amor, con que nos enriquece; el cual entonces está encendido, cuando se ejercita en lo amar con aficiones interiores; mas no está probado si no sigue también las obras de fuera.

Has de saber que dos maneras de obras tiene nuestra voluntad, que es la fuente del amor: las unas se dicen obras producidas o sacadas de sí mesma, y recíbense en la mesma voluntad. De manera que la mesma voluntad ejercita estas operaciones secretas en sí mesma, sin que otra potencia entienda en ello, sino sólo el conocimiento; el cual no es sino como un abrir de ventana para que vea lo que ha de ser hecho. Otras obras tiene también nuestra voluntad que se llaman *mandadas,* porque la voluntad las manda hacer a todas las otras potencias que están a ellas sujetas, y estas obras no se reciben en la voluntad, sino en las otras potencias a quien son mandadas; de manera que voluntad no hace aquí en estas segundas obras sino *mandar.* Dice, pues, la gran ley del amor que amemos a nuestro Señor Dios *de todo nuestro corazón, ánima y memoria,* por no dejar cosa en el hombre que no sirva al amor, así los actos producidos y sacados de la voluntad como los mandados por ella a todas las otras potencias que tiene sujetas. Dondequiera que hallares escrito que tengas amor y que basta y que solamente manda tu Dios que lo ames, has de pensar que aquella brevedad solamente es de palabra; ca resolver los servicios en amor no es apocar los servicios, sino las palabras, así como los contadores que resuelven tantos mil ducados en un cuento o dos cuentos, no por apocar la deuda o la cuantía, sino por abreviarla de la palabra, que la mesma deuda que estaba se queda; y de esta manera, cuando decimos que los diez mandamientos se encierran en dos, no hacemos sino como quien por setecientos y cincuenta maravedíes pide solamente dos ducados.

Has, empero, mucho de notar que cuanto más amor

entrañal tuvieres a Dios, tu amador, tanto te parecerán más fáciles las cosas que te manda, porque la fuerza del deseo que tuvieres dentro te animará tanto, que no eches de ver los trabajos de fuera; de manera que el hombre que no tiene amor entrañal a su Dios se ha en las cosas de su servicio como el ave sin plumas en el volar, que, por mucho que extiende las alas y el cuello, no se puede levantar de la tierra, ni llevar cosa del mundo en las uñas, ni aun a sí sola; y de esta manera, los hombres sin amor de Dios todo lo juzgan por grave, y aunque se esfuerzan alguna cosa, no pueden consigo, porque les falta el plumaje del amor, que vuela y no desfallece; y, por tanto, has de ser muy estudioso en buscar este amor entrañal de Dios y del prójimo, que será como dos alas muy grandes con que tu ánima no solamente vaya corriendo, mas volando por la carrera de los mandamientos de Dios ligeramente; y entonces conocerás cuán ligero es el yugo de Cristo.

No sin misterio se comparan en la Escritura los amadores de Dios a las palomas que vuelan a sus ventanas, que son los mandamientos de Dios, que nos dan entrada en el cielo y deben ser cumplidos con la ligereza del amor, para que así merezcan también los varones fervientes ser comparados a los serafines encendidos, que también se dice tener alas y volar, por la ligereza que causa en ellos el amor. A las otras razones, en que mal entendidas se fundaba el error, decimos que San Agustín presupone que el que tiene caridad de razón no ha de querer cosa mala, y por eso le dice que la tenga y haga lo que quisiere; porque si quiere según ella, imposible es querer cosa que no sea buena. El dicho de San Crisóstomo es muy admirable, mas lo que tú quieres sacar de él es muy falso; porque dices que así como, alcanzada la sanidad, lanzamos de nos las medicinas, así, alcanzada la caridad, podemos lanzar de nosotros los otros mandamientos; y no miras que en esta vida nunca se puede acabar de alcanzar. Si hubiese un enfermo que fuese mejorando de cada día y nunca llegase a entera salud, claro está que nunca debría desechar las medicinas; ca le sería peor la recaída que la caída. La salud es la caridad; las medicinas con que se alcanzan, son los mandamientos, según la comparación de San Crisóstomo; empero, porque nunca podemos alcanzar esta salud tan intensa y radicada como la hemos de tener en la otra vida, por esto, como hombres que van arribando de bien en mejor, debemos guardar siempre las medicinas de los otros mandamientos, que nos traen más salud y nos preservan de la enfermedad, que está a la puerta de nuestros sentidos.

Mira también que si dice San Pablo [16] que *al justo no es impuesta ley,* entiéndese que no lo oprime con pesadumbre la ley, ni le es como imposición grave, sino como yugo muy ligero; y por esto les dice Cristo que tomen su yugo sobre sí, no queriendo él ponerles por fuerza el yugo que a los animales le suele imponer forzosamente, sino que todo pase por amor y sirvan con libertad amorosa, como hijos, y no con temor, como siervos. No es impuesta sin duda ley al justo con pesadumbre ni graveza, porque la mesma justicia le dice que, pues es justo, comience primero; ca los justos han de ir delante guiando los pecadores. Ni conviene, según declara San Crisóstomo, que se den reglas al Maestro, pues ya las sabe, sino que él tenga cargo de las enseñar a los otros, para que se hagan justos.

Pues que así es, solamente queda que usemos legítimamente de la ley del amor, según el consejo del Apóstol, que dice [17]: *El fin del mandamiento es la caridad de puro corazón, y buena conciencia, y fe no fingida;* en las cuales cosas errando algunos, se apartaron a habla vana, queriendo ser doctores de la ley, no entendiendo lo que hablaban ni lo que afirmaban; empero, sabemos que la Ley es buena si alguno usare bien de ella. No parece sino que pintó San Pablo en estas palabras el error de algunos que se quisieran hacer doctores de la ley del amor de Dios hablando lo que no entendían, y toda su grita era *que amasen a Dios, que amasen a Dios;* el cual es muy bueno y católico amonestamiento, y el mejor que puede ser; mas si se dice esto sólo a uno que no sabe qué cosa es amor de Dios, ni cómo lo ha de amar, parece cosa inútil y aun algo peligrosa, porque, diciendo a un idiota que toda perfición está en el amor de Dios, luego piensa que son inútiles todas las otras obras, y así presume de usar no legítimamente la ley del amor, apartando de ella las otras leyes y mandamientos de Dios, que se registran en ella, para que de ella sean favorecidas y cumplidas y ejecutadas, así como las ramas al tronco y pie del árbol, para ser vivificadas y fortalecidas y reducidas en convenible fruto que se pueda mostrar y parecer a provecho de los hombres y gloria del Señor que crió todas las cosas.

---

[16] I Tim. 1, 9.
[17] Rom. 13, 10.

CAPÍTULO XXXI

De la ley de amor que ha de tener hombre consigo mesmo

Habiendo tratado del amor que tiene nuestro Señor a su infinita bondad, más digna de ser amada que decir se puede, y habiendo declarado cómo allí nos amó primero el mesmo Señor, que después por obra manifiesta cumplió el amor que antes estaba oculto, y habiendo por consiguiente mostrado cómo debemos corresponder a su soberano amor, porque no desconcertemos el orden de la caridad, queda que veamos agora cómo es el hombre obligado a amar a sí mesmo después de Dios. Muy poca mención hace la Sagrada Escritura del amor que debe hombre tener a sí mesmo, y por esto se maravillan algunos cómo nuestro Señor nos encomienda cuasi a cada paso su amor y nos repite muchas veces el amor que hemos de tener a nuestros prójimos y el que debemos tener a nuestros enemigos, y parece que no se cura del que debemos tener a nosotros mesmos. Ocúpase tanto el Señor reprehendiendo el amor mucho y muy desordenado que se tienen los hombres, que parece juzgarlos por indignos del buen amor; empero, por ser cosa tan natural al hombre el amarse, no hay tanta necesidad de se lo amonestar, porque, como nota Santo Tomás [1], aun más que amistad tiene hombre consigo mesmo, y no solamente los malos se inclinan en las cosas malas al amor propio, sino los buenos en las cosas buenas también se llegan al amor de sí mesmos en buena parte, y aun más que los malos en su mal amor, porque a los buenos ayúdales también la gracia, que en el caso presente, según dice San Buenaventura, favorece mucho a la naturaleza. Donde has de notar que, según toda buena razón, más ha hombre de amar la propia salud que la ajena, y, según esto, decimos: *Médico, cura de ti mesmo* [2]. Lo cual más verdad tiene en las cosas espirituales que en las corporales y, por tanto, así como naturalmente se querría hombre más perpetuar en sí mesmo, si ser pudiese, que no en el hijo que engendra, así más debemos querer perpetuar y tener el amor

[1] *Summa Theol.*, 2-2, q 25, a 4
[2] Luc 4, 23

de Dios en nuestra ánima que no en la de nuestro prójimo; y por esta razón, aunque Dios no nos mandase que nos amásemos más que a nuestros prójimos, éramos obligados a lo hacer.

Item, Escoto [3] prueba esto diciendo que allí debe ser mayor el amor donde concurren más razones de amar entre las cuales son las más principales la bondad y la propincuidad, y por eso lo hemos de amar primero. Y la segunda razón halla cada uno en sí mesmo, y por eso se ha de amar a sí después de Dios. Y has de notar, con Santo Tomás [4], que el hombre no es propincuo a sí ni está unido consigo, sino que es la mesma unidad, cual es principio de toda otra unión; y porque el amor, según dice San Dionisio, es virtud unitiva, síguese que ha de amar hombre a sí mesmo después de Dios, porque en sí halla la unidad que es principio de toda unión, que siempre se funda sobre unidad. Y así como la unidad es principio de toda otra unión, así el amor que tiene hombre a sí mesmo debe ser raíz y principio de toda otra amistad tenida a los inferiores; y por esto te manda el Salvador que *ames a tu prójimo como a ti mesmo*, poniendo tu amor por medida del que has de tener al prójimo; de manera que, mandándote que amases al prójimo, mandó que amases a ti.

Cosa es digna de admiración pensar que el hombre es obligado a amar a sí mesmo más que a los ángeles del cielo, y esto por mandamiento de Dios; ca de otra manera pareciera esto cosa sospechosa; empero, pues que el Señor nos mandó que amásemos a nuestros prójimos, y los ángeles lo son, síguese que también entran ellos en esta cuenta. Donde has de saber que, según el resolutísimo Gabriel declara, los ángeles son prójimos nuestros, no porque sean de una mesma naturaleza con nosotros, sino que hemos todos de participar una mesma gloria, y tenemos todos un fin, y porque ellos nos hacen muchos beneficios, y aun nosotros también les podemos ayudar, alegrándolos con nuestra buena y santa conversación y aumentando con ella su accidental bienaventuranza; escrito está que toman gozo en el cielo los ángeles porque un pecador hace penitencia [5], desean ser restaurada su ciudad y llena de justos, y por esto tienen por beneficio y reciben por buena obra que le es hecha cada vez que nos ven ser solícitos, y procuran que, como piedras vivas bien labradas, con merecimiento, seamos asentados en la restauración de aquel soberano edificio. Pues que la me-

[3] III *Sent.*, d. 29.
[4] *Summa Theol.*, 2-2, q. 25, a 4
[5] Luc. 15, 7. 10.

dida, como dice Escoto [6], es más perfecta que lo que se mide, y el amor que hombre debe tener a sí es medida del que debe tener al prójimo, síguese que más debemos amar a nosotros mesmos que a nuestros prójimos, aunque sean ángeles. Conforme a lo cual, dice Gabriel [7]: «Cualquiera que ama caritativamente, más debe amar a sí mesmo con caridad de afección y efecto que no a cualquier otra criatura». Hete querido tanto intimar la caridad que has de tener contigo porque seas en ella muy solícito, pues que es lo segundo que principalmente eres obligado a hacer, no solamente según la ley del divino amor, sino según la ley natural, ca el Filósofo dice: «El virtuoso mayormente se ama, y esto es loable, porque se ama para los mayores bienes, y no sin orden».

Visto cómo eres obligado a te amar, razón es que preguntes en qué consiste aqueste amor; si consiste en tratar bien tu persona, ataviarte bien y procurar cómo de todos seas reverenciado y acatado, que te miren y te obedezcan y te hagan todo buen tratamiento; si consiste en que comas y bebas a tu placer, y que ninguna cosa niegues a tus ojos de las que te agradaren, y que busques muchos que hagan por ti y defiendan tu partido; o si consiste aqueste amor en tomar deporte y apartarte de las cosas tristes y procurar dos mil regalos; o si consiste aqueste tu amor en sentir mucho la honra y no sufrir que digan de ti la menor cosa del mundo, sino que procures de afamarte y hacer que se conozca públicamente toda tu habilidad. No es éste el amor de que manda Dios que te ames, porque aquestos tales amadores de sí mesmos, en la Escritura son reprehendidos, y la caridad no busca aun las cosas suyas si siente que los otros en esto se escandalizan. De este amor interesal y malo que los hombres animales y maliciosos tienen consigo mesmo, queriendo ellos valer y no otros, por demás fuera el mandamiento. No te manda Dios que te ames sino de amor verdadero, ca este que comúnmente llamamos *amor* no es amor; el amor santo es *amor* y lo otro es *pasión*. Porque el *santo amor* destruye en el hombre las pasiones y diversos apetitos que lo aquejan y dale reposo en una sola cosa. Para que te digo lo que en este caso me parece: creo que este amor de que Dios manda que te ames más es amor suyo que tuyo; quiero decir, que te manda que lo ames en ti. Cuando amares poseer a Dios y de todas entrañas los quisieres poseer y plantarlo en tu

[6] III *Sent.*, d. 29.
[7] In. III *Sent.*, d. 29.

ánima, entonces te amas a ti verdaderamente, pues tanto bien has traído a tu casa; y para mientes que cuando en el amor con que te amas no estuviere Dios, enganado vas, ca no es aquél el amor que Dios manda que te tengas.

Si el verdadero amor de amistad está en desear bien a lo que amamos, claro está que nunca te deseas bien sino cuando deseas a Dios, porque él sólo es sumo y fontal bien; de manera que en ningún otro tiempo te amas actualmente, sino cuando procuras de tener a Dios, o te ordenas a esto; en el buscar, o desear, o procurar a Dios está tu amor, según la declaración del amar, que es buscar bien para el amado. Y si quieres amarte en todas las cosas, por más servir a Dios, ten aviso y para mientes que busques en todas ellas a Dios y no las hagas sino por él; en tal manera que siempre suene Dios en nuestro por qué, ca si te preguntasen por qué haces esto y te apartas de lo otro, debes responder que porque está Dios en esto y no en lo otro o porque está Dios más en esto que en lo otro; y en tal manera debes tener ahijada esta intención en tu ánima solícitamente, que ni aun al cielo quieras ir sino porque está Dios allá; y haciendo cuenta o teniendo intención de buscar a Dios en todos tus caminos y negocios cuasi siempre te amarás verdaderamente, pues que siempre buscas para ti mucho bien. Y no pienses que cuando buscas los bienes del mundo te amas de amor meritorio, aunque los quieras para tu provisión, si no tienes intento a los buscar por más segura o conveniblemente haber a Dios, y entonces más buscas a Dios que a ellos, pues lo quieres para mejor lo haber a él.

En lo ya dicho, aunque ha sido breve, pienso que te he declarado radicalmente cómo te has de amar del amor que Dios manda; empero puedes decir que parece cosa más perfecta darse el hombre a Dios y quererse para él que no quererlo a él para mí. Porque lo primero se dice *amor de amistad* y lo segundo parece tener ramo de *codicia;* y la codicia, aunque sea de cosa buena, siempre tiene alguna falta; así que, pues Dios es nuestro fin, mejor y más perfecto amor será darnos a él que tomarlo para nosotros, ca *más graciosa cosa es,* según dice San Pablo [8], *dar que recebir;* y, por tanto, más vale que digamos a Dios: *Recíbeme, Señor; en tus manos me encomiendo,* que no decirle: *Dáteme, Señor; hazme de ti merced y gracia.* ¡Ay, de cuánta más gloria es ser recebido de Dios que recebir a Dios! Lo primero es cosa cumpli-

[8] Act. 20, 35.

damente segura y sin peligro alguno y que sola libra de todos los peligros; lo segundo es menos, porque no podemos recebir tan bien a Dios que no haya algún defecto en nuestra posada. Más gracias recibió San Juan cuando fué recebido en el pecho de Dios después de la cena que cuando recibió a Dios en ella; porque cuando fué recibido en el pecho de Dios, en aquel sueño soberano vió más altos secretos que Adán cuando durmió el primer sueño en el paraíso terrenal.

Y no sólo es cosa más excelente ser hombre rescebido en el pecho de Dios, mas ser rescebido en sus pies, con la Magdalena, es mejor que rescebirlo en nuestra casa, como parece en Marta. La una de estas dos hermanas fué rescebida a los pies del Salvador, y la otra lo rescibió; y muy mayor gracia alcanzó la recebida que la recibidora. Esta razón no contradice a lo de arriba, porque los dos actos y obras sobredichas, si van según deben, siempre se acompañan, ca no me rescibe Dios si yo no lo rescibo, ni lo rescibo yo si él no me rescibe; y por esto dice la Esposa juntamente: *Mi amado a mí, y yo a mi amado* [9]. El viene, y nosotros, atraídos, vamos a él. Oficio es del amor traerlo y llevarnos y juntar los que se aman; de tal suerte, que se diga estar el uno y el otro juntos por la forma que lo están las divinas personas, o cuasi imitando aquella manera de estar con que se dice estar el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre. Y por esto hallamos muchas veces en la Escritura que Dios está en el ánima y el ánima está en Dios, ca es dicho al ánima que adorne el tálamo de su voluntad, donde Dios se recibe, y ella también dice que *entre sus pechos mora su amado* [10]; y el Señor le dice en otra parte que *no tema, porque su diestra la ha recebido;* y, finalmente, que *el que permanece en caridad, está en Dios, y Dios está en él* [11].

Si quisiésemos hacer distinción entre ser de Dios el ánima recebida y recebir ella a Dios, podríamos referir lo primero a la caridad, y lo segundo a la esperanza; empero, estando a la fuerza del vocablo en el negocio presente, que habla de cómo el hombre se ha de amar, claro está que amar alguno es desearle bien, y todos las veces que nos deseamos bien nos amamos; empero, entonces nos amamos del amor que Dios mandó cuando nos deseáremos y procuráremos aquel sumo bien que él nos tiene prometido, que es el mesmo Dios. Y según esto, declarando San Agustín qué cosa sea caridad, dice: «Caridad es virtud, mediante la cual deseamos ver a Dios y

[9] Cant. 2, 16.
[10] Cant. 1, 12.
[11] I Ioan. 4, 16

gozar de él». Muy claramente se saca de esta definición que, cuando busco a Dios y lo procuro para que mi ánima goce de él, entonces tengo conmigo caridad y me amo caritativamente, según me mandó nuestro Señor. Empero, es bien que declaremos este amor que el hombre es obligado a tener consigo, según lo declaran otros, para que con las diversas declaraciones se manifieste más este negocio tan necesario a todo cristiano.

San Agustín, sobre aquello de San Juan: *El que ama su ánima la perderá* [12], dice: «Grande y maravillosa sentencia: si mal amares tu ánima, aborrecístela; y si bien la aborrecieres, amástela». Aquí quiere este santo que nos amemos con una manera de aborrecimiento, destirpando en nosotros con rigor nuestras animales inclinaciones, ca más vale buena guerra que mala paz. Esta manera de amarnos es conforme a la manera con que nuestro Señor nos ama; del cual se dice que *corrige al que ama*, y si tú te amas, te corregirá y castigará para que se pueda decir de ti [13]: *El que ama su hijo, tiene costumbre de azotarlo, por gozarse en lo postrero*. Tu cuerpo has de tener por hijo tuyo, porque obligado eres a lo amar con amor de caridad, según dice Santo Tomás [14]; y por esto dice San Pablo [15] que *demos nuestros cuerpos a Dios, por armas de justicia, para la batalla espiritual;* que más consiste en recebir golpes que en darlos. Pues el amor caritativo que has de tener a este tu hijo rebelde, consiste en un contino castigo, trabajando de tener intento a lo reducir, como pudieres, a aquella sujeción que ha de tener al ánima en la gloria; porque cuando acá estuviere con este castigo más sujeto, tanto más lo estará allá, y cuando a este fin lo castigas y le das penitencia, entonces lo amas. Y que a este fin lo hayas de castigar, mostrólo el Sabio en decir [16] *que lo azotases, porque se gozase en su postrimería.*

De este amor celoso, con que debes dar tu cuerpo teniendo fortaleza para lo corregir, también alcanza parte a tu ánima; porque así como el ánima y el cuerpo alcanzan parte del mal amor, así lo alcanzan del bueno, que está mezclado con odio al parecer, y por esto se dirá de ti: *Tú lo herirás con vara, y librarás su ánima del infierno.*

Por lo que se ha dicho no has de creer que todos los que sufren aflicciones y trabajos corporales aman sus

[12] Ioan. 12, 25
[13] Eccli. 30, 1; Prov. 13, 24; 23, 13
[14] *Summa Theol.*, 2-2, q. 25, a. 5.
[15] Rom. 6, 13.
[16] Prov. 23, 13-14

cuerpos con amor caritativo, porque muchos mártires tiene el demonio que aquí los comienza a atormentar, no para que se gocen en su postrimería, ni para que libren sus ánimas del infinito tormento del infierno, sino para que se comiencen a hacer a las fatigas postreras. San Agustín, en el libro de *La ciudad de Dios* [17], muestra que amar hombre a sí mesmo es amar a Dios, donde dice: «A Dios vamos por amor para que, llegando, descansemos en él. y, por tanto, seremos bienaventurados, pues que, con aquel fin, seremos perfectos». Nuestro bien, de cuya determinación hubo gran contienda entre los filósofos, no es otro sino llegarnos a Dios. El ánima intelectual, con un abrazo cuasi incorpóreo de aqueste Dios uno, se hinche y empreña de las virtudes, porque mandados somos a amar a este bien con todo el corazón y toda la ánima y toda la virtud. A este bien debemos ser llevados de aquellos que nos aman, y a él debemos llevar a los que amamos; y de esta manera se cumplen aquellos *dos mandamientos de que pende toda la Ley y los Profetas*, que son: *Amarás a tu Señor Dios, de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu memoria; y amarás a tu prójimo como a ti mesmo* [18]. Porque el hombre supiese amar a sí mesmo, le fué constituído fin a que refiriese todas las cosas que hubiese de hacer para ser bienaventurado; porque el que se ama no quiere ser más de bienaventurado. Empero, este fin es *allegarse* a Dios, pues al que sabe ya amar a sí mesmo, le es encomendado que ame al prójimo como a sí mesmo. Según lo que ha dicho este santo, aquel sabe amar a sí mesmo que sabe amar a Dios; de manera que el amor de Dios es escuela de nuestro amor, y, por tanto, el que se quiere bien amar, dése mucho al amor de Dios, que allí sabrá cómo se ha de amar. Y por ventura quiso denotar esto la Esposa, cuando dijo [19], que *teniendo a su esposo en la casa de su madre, la había de enseñar*, y luego añade: *Darte he un beber de vino adobado, que es mosto de mis granadas*.

El vino, en la Escritura, tiene figura del amor que alegra el corazón del hombre, en el cual debríamos lavar la estola de nuestra conversación. Este vino se dice estar en mosto, cuando el amor hierve en el ánima, y en esto es contrario al vino de que usamos, que el vino común no se adoba cuando está en mosto, sin primero cocerse, y el vino del amor, entonces se adoba mejor; y por esto dice la Esposa que dará a su Esposo un *vino adobado* que está en mosto; y el *adobo* es el amor santo que el hombre

[17] Lib. 10, c. 4.
[18] Matth. 22, 40.
[19] Cant. 8, 2.

tiene a sí mesmo, que no es otro vino por sí, cá con el mesmo amor de Dios se aman los justos; pero tiene una manera de adobo que no lo saben hacer sino los que aman mucho a Dios, ca éstos saben amar a sí mesmos, y los otros no saben sino aborrescerse; ca escrito está [20] que el *amador de la maldad aborrece su ánima.* Pues que el amor de Dios es honorable sabiduría, démonos a él si queremos saber amar a nosotros mesmos; porque, según en otra parte concluye San Agustín, tanto más amaremos a nosotros mesmos, cuanto más amáremos a Dios.

En las cosas sobredichas, te he puesto tres maneras de amar a ti mesmo: la primera consiste en obrar todas las cosas que hicieres por haber a Dios y buscar su favor en todas ellas; y esta manera corresponde a la primera parte del gran mandamiento del amor de Dios. Y no te maravilles que en tu amor y en el de nuestro Señor haya correspondencia, porque él dice que este mandamiento en que manda que te ames es semejante al mandamiento en que te manda que lo ames.

La segunda manera de amarte consiste en contradecir y destirpar tus malas inclinaciones; y ésta corresponde a la segunda parte del gran mandamiento del amor, en que te es mandado que ames a Dios de toda el ánima. La tercera manera de amarte consiste en que eches tu cuidado en el amor de Dios, porque amar a Dios es amar a ti mesmo; y esta responde a la tercera parte de la primera ley del amor, en que te manda Dios que lo ames con toda la memoria. Pues para mientes que he declarado la ley de tu amor de tres maneras, conforme a los tres estados de los varones estudiosos en la virtud. Si eres principiante, haste de amar aborreciendo en ti y contradiciendo a tus malas inclinaciones, según dijo San Agustín. Si eres varón ya más aprovechado, haste de amar buscando para ti a Dios en todas las cosas, pues que puede ser hallado, y él se ofrece a los que lo buscan. Si eres de los perfectos, conviene que te ames de la tercera manera, que es amando a Dios con gran vehemencia de amor, ofreciéndole tus entrañas dos mil veces al día, y renovando en ti una viva afición en lo profundo de tu pecho, con la intensísima atención a solo él, tras la cual vaya todo el hombre interior al que lo crió. Y aun has de saber que como este amor que te has de tener se haya de referir a Dios para que sea meritorio, y del mesmo Dios procedan las virtudes y toda bondad, ca por esto se dicen emanación suya, y él se dice Señor de las virtudes, que son cierta participación del mesmo Dios enviada a la tierra para

[20] Ps. 10, 6.

que de ella hinchan sus deseos los que verdaderamente se quisieren amar, porque ni a Dios ni a ti amas más de cuando las buscares y tuvieres, adquiriéndolas con más ansia que si fuesen oro o piedras preciosas.

CAPÍTULO XXXII

De otra manera cómo debe el hombre guardar la ley del amor consigo mesmo

Porque en la gran ley del amor se añade en otra parte que también *habemos de amar a Dios con todas nuestras fuerzas* [1], y esto parezca cuarta añadidura o cuarta manera de amar a Dios, para que el amor con que te has de amar a ti sea más semejante al amor con que has de amar a Dios, a cuya semejanza eres hecho, te quiero poner aquí otra manera de amarte, que sea como cuarta con las tres de arriba, y ésta incluye y abraza todas tus fuerzas, según adelante verás. Esta cuarta manera de amarte se funda sobre una sentencia de San Agustín, que dice: «El que quiere dar ordenadamente limosna, debe comenzar de sí y darla primero a sí mesmo, ca la limosna es obra de misericordia, y verdaderamente es dicho [2]: «Habe misericordia de tu ánima agradando a Dios; ca *el que es malo para sí, ¿para quién será bueno?*» Lo de suso es de San Agustín; en que muestra que aquel ama su ánima que le hace limosna; y como esta mesma sentencia pueda haber lugar en todas las obras de misericordia, aquel según todas sus fuerzas se amará que las ejercitare todas consigo mesmo y con su ánima, según se sigue.

La primera obra de misericordia es *visitar los enfermos o encarcelados;* y ésta has de cumplir con tu ánima teniendo cada día algún tiempo señalado en que le preguntes, por menudo, cómo le va, examinando su conciencia: mira si está enferma de alguna tibieza, si tiene resfriado el amor de Dios y se ha encendido en ella la calentura del amor ajeno; lo cual, si luego no pudieres tan presto remediar, vuélvete a Dios, diciendo [3]: *Mira, Señor, que quien amas, tiene enfermedad.* Cosa es muy fuera de razón que quien es amado de Jesús enferme; porque

[1] Luc. 10, 27.
[2] Eccli. 14, 5.
[3] Ioan. 11, 3.

Jesús quiere decir *salud*, y su *salud* es su amor, que siquiera por su reverencia nos debría refrenar, así del amor extraño como del frío de la tibieza, ca los amados de tan gran amador siempre debrían estar fervientes en su bienquerencia.

Item, mira si está tu ánima en la cárcel de algún pecado mortal, y dirás al Señor, para que te ayude a la redemir [4]: *Saca de la cárcel mi ánima, para que confiese y alabe tu nombre*. Muy mala es la cárcel donde no puede ser Dios loado, y por tanto has de salir de ésta más presto que de otra alguna; empero, si solamente está en la cárcel de la vida presente contra su voluntad, podrás decir con aquel que mucho se amaba [5]: *¿Quién me librará de la cárcel de esta muerte?* Esta primera obra de misericordia que has de hacer con tu ánima, consiste en tener cada día conjugación y examinar lo que es tan necesario para aprovechar, que ya que no se hiciese antes, se debe hacer a lo menos, según dice San Crisóstomo, después de hombre acostado, antes que se duerma. La segunda obra de misericordia es *dar de comer al hambriento;* y también has de guardar ésta con tu ánima, que, como otro Elías, ha hambre algunas veces de la vianda que Cristo dejó en el altar, con que se mantuviesen las ánimas de los que aman. Mira que no se diga de ti aquello de Job [6]: *Al que había hambre, quitó el pan*. En la mesa del altar está el *pan del cielo;* y tú, siendo envidioso, aun de tu ánima se lo quitas, y no se lo das siquiera las fiestas principales. Hinche tu ánima de tantos bienes, y cuando los pequeños deseos tuyos piden este pan, no dejes de partírselo, porque crezcan con él; cata que Cristo dice que dejemos ir a él los pequeños, y el Sabio dice [7]: *No desprecies el ánima que ha hambre*. Esta obra de misericordia que has de tener con tu ánima, si la amas, consiste en que cada vez que su buena conciencia quisiere aqueste santo comer, te aparejes y se lo des y no dejes de comulgar las fiestas principales, y àun cada vez que vas a la Iglesia piensa que vas a la casa del convite y despierta en ti el deseo de comulgar, si quieres recebir cada vez nueva gracia. Muy gran servicio hace a Dios y provecho a su ánima el que cada vez que ve la hostia consagrada desea comer de ella, si con este deseo tiene algún descontento de sus pecados, que es como brevísimo aparejo para *comulgar espiritualmente*.

La tercera obra de misericordia es *dar de beber al*

4 Ps. 141, 8.
5 Rom. 7, 24.
6 Iob 22, 7.
7 Eccli. 4, 2.

sediento. ¿Nunca tu ánima tiene alguna sed de alguna devoción, nunca tiene sed de la palabra de Dios, nunca desea beber lágrimas siquiera por medida? Si hubiere sed de alguna de estas tres cosas, dale a beber y allegarás sobre su cabeza, que es la parte más alta, con que contempla a Dios, brasas de encendida caridad con que ames a ti y a él primero. No dejes de oír el consejo que te da Isaías diciendo [8]: *Salid al camino: al que ha sed, traed agua los que moráis en la tierra del solano y ocurrid* con *panes al que huye.* No hay como mejor se remedien y conserven los que vienen huyendo del mundo y de los pecados que con las cosas sobredichas; el Pan de la sagrada comunión nos confirma en todo buen propósito, y el beber de la devoción procurada hace que muera en nosotros la mala sed de los vicios, que siempre dice *daca, daca.* Esta obra de misericordia consiste principalmente en que des a beber a tu ánima el agua de la saludable sabiduría. Y ten este aviso, que dende un sermón hasta que oyas otro, guardes en tu memoria la mejor sentencia que en él oyeres que haga a tu caso y tráela siempre en tu memoria, para que siquiera a ratos pienses en ella, y ten señalado algún rato del día para llorar tus pecados, o de la noche, porque entonces salga tu ánima a la fuente, como otra Judit [9].

La cuarta obra de misericordia es *redemir al captivo.* Nunca tu ánima está captiva en alguna mala costumbre; mira que aun San Pablo dice [10] que *conocía en sus miembros una mala ley que llevaba captiva la ley de su ánima al pecado;* lo cual dice el Apóstol porque tú no te descuides ni hayas vergüenza de te conocer vencido debajo del pecado y condenado a obras de lodo y ladrillo, apremiado con la dura servidumbre de los males, y muchas veces vencido con la luenga costumbre de los vicios; en tal manera, que a las veces hagas lo que no querrías, y esto por la dureza de los demonios, que presiden con mucha solicitud a las obras de los malos y ponen mucha fuerza en captivar las ánimas de ellos; mas tú redime tu ánima, ca puedes hacer fuerza al enemigo; esfuerza tu brazo, porque de ti puede ser dicho [11]: *El yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su demandador importuno, sobrepujaste.* Miserable es aquesta captividad que no puede ser vencida sino por las manos del poderoso Jacob, que sabe muy bien luchar y salir con lo que quiere.

Tres cosas ejercita el pésimo captivador sobre el áni-

[8] Is. 21, 14.
[9] Iudith 12, 7.
[10] Rom. 7. 23.
[11] Is. 9, 4.

ma mísera: la primera es *imponerle* un yugo de carga muy pesada, que aflige mucho la conciencia con el pecado, que en la Escritura se llama *carga pesada.* Y dícese *pesada* porque siempre nos inclina más, aún hasta el infierno profundo, empero no se siente este peso hasta que el hombre procura de redemir su ánima y sacarla de la mala conversación pasada. Pónese ejemplo en un cubo de agua, que, estando lleno de agua dentro en el pozo, entre la otra agua, no pesa hasta que procuras de lo sacar fuera; entonces, como quien sale de mala gana, comienza a pesar; y así te acontecerá cuando quisieres dejar alguna mala costumbre, porque dura cosa es dejar hombre lo que solía seguir, en tal manera, que si trabajas por desechar el yugo del demonio, sentirlo has más pesado, y dirás [12]: *Mis maldades subieron sobre mi cabeza, y así como carga pesada se agraviaron sobre mí.* El yugo de Cristo, suave, y la obediencia ligera de sus mandamientos te ayudará a desechar el yugo pesado de tu mala costumbre.

Lo segundo que hace en el ánima el captiverio de la mala costumbre, es *ponerte* una vara en el hombro como aguijada con que te ahinca para que más trabajes en su servicio. Y a esta vara o estímulo de más mal te pone sobre el hombro, por desechar de allí el principado de Cristo, que había de llevar con él la cruz; empero, si trabajas por la tomar a tus cuestas y propones de padecer algo por Dios, podrás por la cruz ser libre. En lo tercero que dijo Isaías, que es el *cetro,* se denota la *jurisdicción* que mediante la mala costumbre cobra sobre ti el demonio, alegando larga posesión para no te soltar; empero, si tú quieres sacar de captivo tu ánima, has de decir que la mala fe nunca hace firme la posesión por larga que haya sido.

Si quieres sacar tu ánima del captiverio de la mala costumbre, una cosa sobre todas te conviene, la cual hallarás que acaeció antes que saliesen los hijos de Israel de la captividad prolija de Egipto, y luego después de ésta salieron, y sola ésta tuvo más eficacia que todas las otras; y es que vino el ángel heridor y mató todos los primogénitos de la tierra de Egipto, dende el primero hasta el postrero. Primogénitos son en ti los primeros movimientos que, con algunos solapados pensamientos de mal, comienzan a nacer en ti. Si éstos no matas, créeme que jamás saldrás de captivo, porque estos te prenderán, si crecen algún poco, como prendieron los ladroncillos de Siria la hija de Israel. Para poseer el demonio con mayor

[12] Ps. 37, 5.

seguridad y detener siempre el pueblo de Israel, hacía matar todos los niños que nacían en el pueblo de Dios, porque jamás deja él de crecer los buenos deseos; ca éstos, si creciesen, lo echarían a él de la posesión que ha cobrado en tu ánima por la mala costumbre, empero conviénete usar contra él de su mesma cautela, y matar todos los primeros gitanillos que él hiciere nacer en ti, si quisieres ser luego libre.

La quinta obra de misericordia es *vestir al desnudo*. Si la pena y el dolor de tus pecados te hiciesen abrir los ojos del corazón, bien creo que te verías desnudo de virtudes, y tanto peor, cuanto más espiritualmente, porque la desnudez de las virtudes peor es mucho que no la de las vestiduras. Y como las virtudes sean más fáciles de haber que las vestiduras, con mucha razón se puede quejar de ti tu ánima, pues con sólo querer se compran las virtudes que todos pueden haber, y las vestiduras cuestan dineros; y por esto con mucha razón se puede decir de ti [13]: *Quitaste la prenda de tus hermanos sin causa y despojaste de las vestiduras los desnudos*. La gracia del Espíritu Santo se llama en la Escritura *prenda que nos da el Señor en señal* o *esperanza de la gloria;* y esta *prenda* se llama también *virtud de las alturas*, con que nuestros hermanos los apóstoles y los otros fieles de la primera Iglesia fueron vestidos, según Cristo les había prometido; el cual no menos viste a los santos de aqueste nuestro tiempo que a los del tiempo pasado, porque el mesmo poder se tiene agora que entonces, salvo que las gracias que agora da son más secretas y, por nuestros pecados, muy raras, como rebusca tardía que apenas halláis que coger; empero la culpa es a nosotros, que con nuestros malos merecimientos quitamos de nuestra ánima esta prenda de que podríamos muy santamente usar, si no lo estorbasen nuestras malas obras; la cual dice el Señor que quitamos porque no la merecemos tener, aunque de su parte no concurre causa de dureza ni escaseza alguna.

Dícete más el Señor: que despojaste los desnudos de las vestiduras; si despojaras los vestidos no fuera tanto mal, empero despojando los desnudos eres notado crudelísimo, porque no se pueden despojar los desnudos sino desollándolos, y tú desuellas a tu ánima de las virtudes que Dios infunde en ella, y a tu cuerpo de la buena conservación con que te debrías amparar de los demonios, que, como cuervos, están muy prestos para herir a los que de esta manera se descubren y desuellan. De la mu-

[13] Iob 22, 6.

jer sabia se dice que tenía a los de su casa vestidos con dobladas vestiduras, porque las aficiones del corazón, de nosotros y de Dios nuestro Señor deben ser favorecidas; ca no basta la bondad moral solamente, sino que también es menester bondad meritoria, las cuales dos cosas si faltaren en ti se podrá decir que desuellas aun tus entrañas, pues por tu negligencia y malicia falta todo. No sea, hermano, de esta manera, sino mira que dice San Pablo [14] que *es peor que infiel aquel que no tiene cuidado de los de su casa* interior; y toma el consejo de Isaías, que dice [15]: *Cuando vieres al desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne.*

De dos vestiduras parece que hace aquí el profeta mención: la primera es la interior del corazón; y de esta dice que cuando vieres con los ojos interiores al desnudo, lo cubras con aquesta vestidura; de la cual dice San Pablo [16]: *Pues vestíos así como escogidos de Dios santos y amados, entrañas de misericordia, benignidad, humildad, templanza, paciencia; sufriéndoos unos a otros y perdonándoos, si alguno tiene alguna queja contra el otro, así como Dios os perdonó; empero sobre todas las cosas tened caridad, que es lazo de perfección, y la paz de Cristo se goce en vuestros corazones.* La segunda vestidura parece que pertenece al cuerpo, y de ésta dijo que no menospreciases tu carne, avisándote que tengas honesta conversación y des buen ejemplo; porque, según dice San Bernardo, nunca está lo de dentro sin lo de fuera, ca dentro y de fuera mandó Dios que vistiesen el arca de oro.

La sexta obra de misericordia es *acoger el peregrino;* y tu mesma ánima es peregrina, que no tiene aquí permaneciente ciudad, y aun fuera de ti anda tu ánima en no sé qué maravillas y fingimientos, y eres como uno de aquellos de los cuales se dice [17]: *Salidos, apartáronse de sí.* Pues que estás fuera de ti, razón es que digas a ti mesmo: Entra, bendito del Señor, porque estás fuera; no serás bendito si no recogieres en ti tu ánima, ni te asentarás con holganza alguna, porque no hay convenible lugar para tu ánima en el diversorio de aqueste mundo hasta que torne al pesebre del corazón; empero, pues que andas vagueando fuera de ti, y en las cosas mundanas, no hay donde pueda reposar el pie de tu afición, da voces, aun llorando, y llama a tu ánima que venga a tener en ti mesma quietud, porque se puede decir de ti [18]: *Oyó*

[14] I Tim. 5, 8.
[15] Is. 58, 7.
[16] Col. 3, 12.
[17] Dan. 13, 13.
[18] III Reg. 17, 22.

el Señor la voz de Elías y tornóse el ánima del muchacho dentro en él, y revivió. Más de mal se nos hace a nosotros de llamar que a Dios de oír, ca pues él nos manda que llamemos a él, señal es que no quiere presto oír, mayormente en el caso presente, que sin su favor no se puede hacer. Más fácil es de tornar un ave a la jaula que no un ánima derramada al corazón, porque la paloma de su voluntad tornó al arca y estuvo queda cuando Noé extendió la mano para meterla dentro, mas desque nuestra ánima se veza a vaguear y ama mover sus pies, que son sus deseos, no la puede hombre revocar sin el favor de Dios, y por esto, para que uses con tu ánima esta obra de misericordia, es menester que, esforzándote tú a la revocar, digas también a Dios con Ester [19]: *Si hallé gracia en tus ojos, oh rey celestial, y si te place, dame a mi ánima, por la cual te ruego.*

La séptima obra de misericordia es *enterrar el muerto.* ¡Oh si fueses tú de aquellos muertos de que dice San Juan [20]: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!;* porque dende agora dice el Espíritu que huelguen ya y descansen de sus trabajos. No bendice aquí solamente San Juan a los que mueren en el Señor, sino a los muertos que mueren en el Señor. En ti mesmo mueres cuando amortiguas tus malas inclinaciones; y en Dios. que es vida, mueres de una muerte vital, por la gloria de Dios, cuando cesando en ti la imaginación te ajenas de los sentidos corporales para sentir más puramente a Dios, y entonces huelgas de los trabajos que hasta allí ha tenido tu fantasía. Y porque solas tus fuerzas no bastan a esto. dice el Espíritu de Dios que *tengas quietud entera,* y estés por una maravillosa manera muerto, porque hombre vivo no verá a Dios viviendo como los otros. Si tal es tu muerte, razón es que sea tu sepulcro glorioso, y que oigas la voz de tu ánima, que te dice [21]: *Hazme esta misericordia: que no me sepultes en Egipto, sino que duerma con mis padres, y llevarme has de esta tierra.* Esta voz es de Jacob, y aun de Israel, que con los santos desea dormir por contemplación, no en esta tierra penosa, sino en la tierra de los vivos, adonde, sepultados en Cristo. conviene que pongas tu ánima en su costado, si quieres tener sepulcro de piedra viva, nuevo y glorioso; allí se sepultaron, aun vivos, nuestros padres los apóstoles, haciendo nidos como palomas en las concavidades de la piedra. porque ellos en Cristo tenían escondida su vida, tanto mejor cuanto más muertos parecían.

[19] Esth. 8, 5.
[20] Apoc. 14, 13.
[21] Gen. 47, 29.

De la manera sobredicha has de cumplir con tu ánima no solamente las siete obras de misericordia corporales, sino las siete espirituales, si quieres tenerte amor y que se pueda decir de ti [22]: *El que tiene misericordia enseña y doctrina como pastor su ganado; haya misericordia recibiendo la doctrina de la piedad.* Mucho es en calidad el ganado que dentro de ti tienes, y pues que te es mandado que lo ames, haslo de enseñar ir por recto camino y pacer en dehesa segura. Una oveja que tienes, pues que es tan tuya, hasla de amar más que si fuese tu hija, ca es tu ánima, para con la cual no has de tener, según dice el Señor, a todo el mundo en un maravedí, y de tal manera has de preciar más tu ánima que todo el mundo, que si viniese caso en que por un pecado mortal que tú hicieses se hubiese de salvar el mundo, debrías escoger no pecar por no perder el amor de Dios, que se destruye con el pecado, y por no perder el amor de ti mesmo, que te aborreces cuando pecas, según dice David.

Para que haya más correspondencia del amor que debes tener a ti al que debes tener a Dios, para mientes que en otra parte se añade a la gran ley del amor que sea *según toda tu virtud,* y conforme a esto aun hay otra manera con que se aman los varones recogidos, de la cual dice el Sabio [23]: *El que solamente sigue las palabras, ninguna cosa habrá; mas el que es posesor de su memoria, ama su ánima.* Los que solamente siguen las palabras y se quedan sin fruto, según dice la *Glosa,* los que leen los libros por estar escritos en latín muy elegantes o en romance muy pulido, como acaece el día de hoy, que son en más tenidos los buenos latinos que los buenos teólogos; empero, dejando esto, y hablando conforme al sentido espiritual, que es de más edificación, has de saber que los que siguen las palabras son los que se dan demasiadamente a las oraciones vocales y no se curan de las entender ni meditar, y éstos habrán poco o ningún fruto de ellas; empero, el que posee su memoria por vía de recogimiento, deteniéndola, según dice la *Glosa,* porque no ande vagueando, este tal ama verdaderamente su ánima, porque la tiene toda junta y no la desperdicia, como los hombres distraídos, que hacen tantos pedazos su ánima cuantos negocios tienen; mas los recogidos ámanla tanto que la guardan toda junta, según les aconseja el Sabio, diciendo [24]: *Habe misericordia de tu ánima agradando a Dios y ten junto y allega tu corazón en su santidad.*

---

[22] Eccli. 18, 13.
[23] Prov. 19, 8.
[24] Eccli. 30, 24.

Si quieres, pues, hermano, amarte del amor que Dios manda que te ames, mira las cinco maneras susodichas y sigue cualquiera de ellas; y todo otro amor que fuera de ellas te tuvieres, cree que es aborrecimiento, y si te parece a ti que es amor, acuérdate que el gato piensa que ama sus hijos cuando se los come, y no es así, porque aquélla es obra de gran aborrecimiento, pues les quita la vida.

CAPÍTULO XXXIII

De cuánta sublimidad es la ley del amor del prójimo y cómo nace del alto amor de Dios

Para que amemos el amor del prójimo y nos demos a él, bien será ver primero su valor y cuán acepto es acerca de Dios. Amor de prójimo es aquel que se funda en alguna criatura racional y se refiere a Dios, amándola para que goce de Dios, lo cual mejor conviene a Cristo que a otro alguno. Y porque lo diga presto, has de saber que después que el Hijo de Dios se hizo nuestro prójimo subió en gran quilate aqueste amor, y es más excelente, porque tiene un otro respecto más altamente sublimado que antes. Porque muy de raíz veamos esto será bien investigar brevemente en qué consiste el amor de Dios, porque allí está radicado o fundado el amor del prójimo.

Antiguamente mandaba Dios que los sacrificios se encendiesen con el fuego de su altar, que había venido del cielo; para nos dar a entender que nuestro amor, que es sacrificio, se había de encender y despertar con su amor, que no sólo una vez, sino muchas y cada día desciende a nosotros, que somos vivos sacrificios suyos, porque él nos aviva. Pues para que amemos como en el monte del amor divino nos es mostrado, habemos de notar que, según dice el Seráfico Doctor San Buenaventura, el amor de Dios más es efecto que afecto, más es obra que afición; porque si Dios se dice amar éstos más que aquéllos, no es sino porque hace por éstos más que por aquéllos; y de esta manera nuestro amor para con Dios obra es, efecto es, ejecución es, más que afición. Ninguno, pues, engañe a sí mesmo con palabras encendidas y aficiones amorosas, confiando en ellas; porque así como la fe sin las obras es muerta, así el amor sin ellas es dudoso, aunque viva en él la interior afición, porque Ricardo dice: «El

amor afectuoso algunas veces aficiona al que menos ama y al menos perfecto; porque no ama tanto cuanta es la afición que siente ni cuanto le parece que ama estando en aquel estado, sino cuanto fuere fundado en virtudes y caridad; tanto ama y no más, cuanto se hallare fiel en la guarda de los mandamientos». Y sobre los mesmos Cánticos, dice: «Acaece algunas veces que algún imperfecto tiernamente se aficiona a Dios no porque ama mucho, sino porque gusta la dulcedumbre de la gracia, la cual tanto agrada cuanto dura. Cuanto dura la dulcedumbre, dura el amor; mas el amigo no se acaba de conocer en estos bienes, porque en este día jocundo nos envía Dios su misericordia, mas en la noche de la tentación y del trabajo que se sufre en la guarda de sus mandamientos declara el Señor cuánto lo amamos».

Esto dice Ricardo; empero, para que veas cómo el amor más es obra que afición, has de notar que amar yo a alguno es quererle bien, y si el amor es verdadero, luego, naturalmente, se sigue la aplicación del mesmo bien; y, por tanto, se añade poco merecimiento en la tal aplicación, que luego, si el amor es verdadero, ella naturalmente se sigue, y por esto dicen los teólogos que la obra exterior ninguna bondad añade a la interior, sino que en aquel bien querer está toda la bondad de la obra y todo el amor, excepto las obras privilegiadas, que también requieren lo de fuera. Pues amar a Dios es quererle algún bien, y este querer es obrar, si la facultad se halla posible; y si no se hallare, has de saber que aquel solo bien querer se juzga por amor y se recibe por obra y es reputado a justicia; empero, no creas al amor si, dada oportunidad, no quisiere salir en obra; ca, por esto, según nota San Bernardo, cuando quier que en la Sacra Escritura se dice algo de amor, luego se hace mención de las obras, porque amores obras son y efectos. Cristo dice [1]: *Si me amáis, guardad mis mandamientos*. Y en otra parte dice [2]: *Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecieron*. De manera que tras el amor, luego habla de las obras, y, por tanto, en diciendo que ardiese fuego de amor en su altar, luego dijo de las obras. Y criarlo ha el sacerdote echando leña, que son obras; porque de la manera que los hábitos se crían con los actos, así el amor se cría y engendra con la obra. Y así como con sólo cesar se corrompe el buen hábito interior, así es de temer que no se pierda el amor si la obra cesa. Pues porque el amor es perfecto de obra, dijo Cristo [3] que había venido a po-

[1] Ioan. 14, 15.
[2] Matth. 5, 44; Luc. 6, 27.
[3] Luc. 12, 49.

ner fuego de amor en la tierra; y de las obras añadió luego: *¿Y qué quiero sino que arda?* Dícese también de los santos animales que donde estaba el ímpetu del espíritu, que es el amor, hacia allí iban acudiendo con la obra Y Cristo nos dice que compremos del oro *encendido*, que es amor, *precioso*, y que sea *probado*, conviene a saber, en las obras, a quien hemos de dar crédito. Pues imposible es que el fuego del amor verdadero esté en el seno del ánima sin que ardan sus vestiduras, que son sus virtudes, encendidas en obra. En toda parte hallarás que andan juntos el amor y la obra, porque está muy junta al amor, como inclinación y manantial que luego sale.

Para que veas mejor esto has de notar que el amor que Dios te tiene es quererte bien, y porque su voluntad es toda poderosa, aquel querer es dar, aquella afición es efecto. Dios carece de potencia ejecutiva, porque su voluntad es infinitamente poderosa, donde el atributo de la omnipotencia en nada creo que se distingue de su voluntad, sino que es la voluntad mesma infinitamente poderosa; donde, querernos Dios bien, es lo mesmo que darnos el querido bien; lo cual sentía el Señor cuando dijo [4]: *De tal manera amó Dios al mundo, que diese a su Hijo por él.* De manera que el querernos él bien y el dárnoslo es lo mesmo; y esto es en todo querer divino, que jamás halla de su parte impedimento de ejecución, sino que luego se sigue al querer; y de esta manera ha de ser en ti, si tu amor es verdadero: que tras el amor vaya la ejecución de él, y tras la afición la operación; ca, de otra manera, será cuerpo sin alma. Podrás decir que si queriendo bien a Dios le has de aplicar el bien que le quieres, y él de ningún bien tenga necesidad ni lo pueda recebir, claro está que siempre halla impedimento nuestro amor para con Dios o el amor que tenemos a Dios no se ha de declarar ni difinir como otro cualquier amor, que es querer bien a alguno, que bien puedo yo dar a Dios, pues que él dice a un muy amigo suyo [5]: *Mostrarte he yo a ti todo bien.*

A esto se responde que hay dos maneras de amor: uno se llama de *complacencia*, que es agradamiento; y otro se dice amor *de deseo*. Para que entiendas estas dos maneras de amor, mira, que si tuvieses un hermano a quien mucho deseases una preciosa dignidad, aquel intrínseco deseo mora en ti, y cuando halla oportunidad para se la procurar, revive en ti aquel deseo, y si lo ves a él digno y que merece la tal dignidad, bulle más en tu ánima aquel

[4] Ioan. 3, 16.
[5] Ex. 33, 19.

deseo y salta en palabras o señales, procurando la cosa deseada; empero, cuando ya se alcanza y le dan lo que tú deseabas, el mesmo amor, que antes era solamente deseo, se hace amor de complacencia, y cuando quier que piensas cómo se ha hecho bien lo que tú querías, gózaste, y este gozo es amor de complacencia, que con mucho agradamiento se funda en lo que amabas, y es más deleitable y quieto que antes. Pues para mientes en estas dos maneras de amor, y míralas bien, que uno es el amor, y hace dos cosas, que son: agradarse con mucha complacencia y desear con vehemencia y con tanta eficacia, que luego ejecute y obre lo que deseaba. Estos dos lazos tiene el amor de Dios, que son *complacencia* y *deseo*, agradamiento y buena codicia. El amor de agradamiento es para amar a nuestro Señor Dios; y el mesmo amor, cuando es de deseo, porque a Dios, según vimos, no puede convenir ni le podemos dar bien alguno, guardámoslo para amar con él al prójimo, que es hecho a su semejanza. Bien será decir algo de cada ramal de éstos por sí, porque veas la excelencia de ellos y el alto merecimiento que tienen para el que los ejercita.

De una mesma raíz de Jesé, que es encendimiento de amor, salen las dos cosas dichas, que son como verde vara y hermosa flor; de manera que por esto dijo el profeta [6]: *Saldrá una vara de la raiz de Jesé, y de la raíz de esta vara saldrá una flor;* de la mesma raíz, que es el amor de Dios, sale la *vara* y la *flor*. La vara es amor de deseo largo y prolijo, que se extiende hasta que se cumpla, y nos tiene como suspensos fuera de nos, extendidos hasta lo que deseamos; y desque esto se cumple, sale la flor de la mesma raíz de amor primera, y muéstrase el amor de la complacencia muy agradablemente, que no saca al hombre de sí mesmo, aunque, como flor ancha, dilata el corazón. Este amor mejor es al fin que al principio, mejor es el agradamiento que el deseo; y no te maravilles porque siendo un mesmo amor tenga bueno y no tal, pues que una mesma cidra tiene un sabor a la corteza y otro a lo de dentro. Porque el amor de deseo no es tal como cuando es amor de agradamiento, has de saber que se queda para amar con él al prójimo, y a Dios hemos de amar con el amor florido, que es de agradamiento; el cual amor es más fácil y más dulce y gozoso. Este agradamiento que has de tener en lo que Dios posee, no ha de ser amor tibio, sino tierno y dulce, íntimo y alegre; porque si tu hermano, o tu padre, o tú mesmo tuvieses los bienes que tiene Dios, tu Señor, mucho agradamiento ternías;

[6] Is. 11, 1.

pues mucho más eres obligado a tener porque Dios los posee, más te has de agradar porque son suyos que si tuyos propios fueran, y más has de querer que los tenga él que tenerlos tú; ca lo contrario de esto fué el pecado de Lucifer, que no se gozó porque Dios tuviese lo que tiene, sino, teniendo envidia, quisiera los más para sí.

Tú, cristiano, eres tanto obligado al amor de tu Dios, que no solamente de todo tu corazón, cual agora lo tienes, mas aunque tuvieses un corazón mayor que el cielo impíreo y lleno de más gloria, eres obligado a amar con todo este tan gran corazón, a amar enteramente a tu Señor Dios; quiero decir que tanto te has de agradar de poseer Dios lo que tiene que, si por imposible, careciese de ello, tú mesmo se lo darías por solo amor, que no deja a los amadores ser suyo, sino del que aman. Y quiérote más decir: que es tanto el amor a que eres obligado, que si tuya fuera la mesma deidad de Dios, y él tuviera de ella necesidad, eras obligado a dársela libre y desembarazada de toda extraña posesión, aunque de esto quedases tú aniquilado y del todo perdido. Sentía esto muy bien aquel doctor santo que decía a Dios: Si como soy Agustín fuese Dios, y tú, mi Señor, fueses Agustín, yo me tornaría Agustín porque tú fueses Dios perdurable. Apenas podemos barruntar el entendimiento de tan breve y profunda sentencia, aunque de verdad seamos todos obligados a tan grande amor como en ella se incluye, el cual, si de hecho tuviésemos, agradarnos-ía tanto la deidad en Dios como si nosotros se la diéramos por nuestro amor y franqueza o sublimado amor de varón cristiano, que desee dar infinidad a su Dios y se goce tanto por tenerla él como si suya fuese. Aqueste agradamiento era tan grande en los santos, que ninguna persecución ni muerte bastaba para los desasosegar, ni acaecimiento del mundo les podía quitar tan sublimado contentamiento, porque amaban de todo corazón a Dios, con amor de complacencia.

Ningún argumento me podían a mí hacer con que moviesen de mi juicio la razón susodicha, porque si dices que el mesmo Dios nos ama más que nosotros todos a él y no haría por nos lo que tengo dicho, responderte he que él no nos ama por obligación alguna, ni deja hacer en nuestro amor todo lo que debe y aun mucho más; de manera que él excede en amarnos, y nosotros apenas podemos igualar con lo que debemos a su santo amor. Pues no te parezca dificultosa tan altísima complacencia ni tan alto agradamiento en los bienes de tu Señor Dios, mayormente contemplando al Padre soberano en el Jordán y en el monte Tabor, donde se agradaba infinitamente en su carísimo Hijo, al cual dió la propia esencia y toda su glo-

ria, y aun crió tal inclinación natural en los padres humanos, que de grado, siendo viejos, quieran desapropiarse de sus haciendas por las dar a sus amados hijos, para tener después más agradamiento en el hijo prosperado que tanto ama. Para tomar entera complacencia y agradamiento en las cosas humanas, mucho te conviene trabajar, porque ninguno se agrada sino de lo mucho, como aquel que hablando consigo decía [7]: *Gózate, ánima mía, que tienes muchos bienes allegados para muchos años.* Tú, si quieres tener a tu Dios amor de agradamiento, no es menester que trabajes de nuevo, porque *ab aeterno* está él lleno de riquezas y gloria, con tanta seguridad, que no ha menester defenderse; mas tú has menester gozarte en esta posesión de majestad, y desapropiarte en sus manos entrañalmente, renunciándole y ofreciéndole todo lo que tú podrías tener; y todo lo que él mesmo tiene, que le sea honra y gloria por todos los siglos; amén. Mira bien este amor de agradamiento, y repítelo muchas veces en tu corazón, que a mí más me parece del cielo que de la tierra; y la frecuentación de él me parece de gran merecimiento.

El otro amor que desea y se llama *de deseo*, debes dar al prójimo; y este deseo ha de ser eficacísimo, que luego salga en obra y rompa las ataduras y tardanzas que pone la tibieza; porque, según te comencé a decir, el amor obra es, el amor efecto es, y ejecución del bien que para tu amado quieres. Esta aplicación real de bienes particulares no la podíamos antes hacer a Dios, que de ninguno tenía necesidad; empero, porque fuese a nosotros más meritoria, no solamente se hizo él mesmo pobre y necesitado en nuestra humanidad, mas hizo miembros espirituales suyos a todos los cristianos, para que ya el amor del prójimo se llame amor de Dios, porque aquél es miembro suyo. En todas estas cosas crece más el amor, porque si, según determina el Filósofo, es mayor el amor que hay del que hace bien al que lo recibe, que no del que lo recibe al que lo hace, claro está que, después que Dios se puso en tal hábito que le pudiésemos hacer bien, más lo amaremos; amarlo hemos como a cosa nuestra, como a cosa en que tenemos nuestros bienes. Y desque vemos que la unión de Cristo a la Iglesia es tan grande, que el mesmo Cristo, por estar muy unido a los pecadores, se llame en los Salmos *pecador*, hablando por los pecadores, miembros suyos, y a ellos los llame *dioses*, porque están unidos a él, y el *sermón de Dios* se hizo hombre como ellos, claro está que por ser aquesta unión tan íntima de

[7] Luc. 12, 19

Cristo a los suyos, ya el amor del prójimo bien se podrá decir *amor de Dios*, pues vemos al prójimo tan reducido a Dios, que esté unido a él y nos representa las faltas y menguas que el mesmo Hijo de Dios, haciéndose prójimo nuestro, sufrió por nosotros.

Item, si contemplamos la estima en que Cristo tuvo al prójimo, que nos encargó tanto, por el cual puso su mesma vida y amólo más que a su mesmo cuerpo: donde lo primero amó a Dios, lo segundo su ánima propia, lo tercero al prójimo, y el postrero que amó fué su cuerpo, y aun pienso que amó al prójimo más que a su ánima propia, pues la entregó a la pasión por amor del prójimo. Claro está que amó Cristo al prójimo más que a su propio cuerpo, y lo dió a la muerte por su Iglesia, que es cuerpo vivo, y quiso más recreación para sus prójimos que para su mesmo cuerpo; donde con mucha razón y muy bien, pregunta San Bernardo a Cristo por qué no esperó en el sepulcro los ungüentos que traían para ungir y recrear su necesitado cuerpo: «¿Cómo, Señor, esperastes que la Magdalena sola pudiese ungir vuestros pies con ungüentos de contrición, demandando justicia y misericordia contra sus pecados? Ella de su parte puso cuanta justicia pudo, para que tú, Señor, pusieses de la tuya cuanta misericordia pudieses; lo cual heciste, diciéndole: *Vete en paz*. No tengas escrúpulo de conciencia de aquí adelante. También, Señor, recebiste el ungüento de su devoción con que le dejaste ungir tu cabeza, y la defendiste de los que la reprehendían de gastadora, diciendo que tú habías menester aquel servicio. Pues, ¿por qué, Señor, la mañana de Pascua, levantándoos tan de madrugada, no quesistes esperar a esta mesma señora que con otras venía, y os traía ungüentos, no sólo para pies y cabeza, sino para todo el cuerpo, que teníades más necesidad que jamás? Acullá esperaste, Señor, una devota tuya, aquí venían muchas y con más fervor. Ni digáis, Señor, que estos ungüentos fueran contrarios a vuestra resurrección, pues que antes la favorecieran, y a ellas también hiciérades placer en recebir su presente, pues que habían madrugado tanto a traéroslo».

No os maravilléis, hermanos (dice este Santo), porque Cristo dejó los mejores ungüentos porque no los menospreció; ca, si esto fuera, no apareciera tan presto a quien los traía; mas quísolos dejar para su cuerpo vivo, que es la Iglesia, y aun hasta agora guarda para su cuerpo místico, que está vivo, mejores ungüentos. Este cuerpo vivo que es su Iglesia, tuvo él en más que su cuerpo muerto; y cada día, usando del amor del prójimo, la unge de gracias, y le hace grandes beneficios, y quiere que tú hagas

lo mesmo, pues que sabes que tu Señor Dios, movido con amor de prójimo, le hizo obras de padre, y porque tú socorrieses con más voluntad al pobre se hizo el mesmo Dios pobre, y recibe en su mesma persona, como la media capa de San Martín, lo que a tu prójimo dieres; de manera que ya tiene Dios necesidad en sus miembros que, desabrigados, andan por la tierra, y le puedes querer bien y aplicárselo. Tiene Cristo en sus pobres necesidad de tu lengua para que lo consueles, y de tus manos para que lo sirvas, y de tus ojos para que mires sus fatigas, y de tu corazón para que te compadezcas, y de tus rodillas para que ores por él, y de tus pies para que lo visites, y de tus oídos para que lo oigas agora, si no lo quieres oír quejarse ha de ti el día del juicio, donde dirá que hubo hambre y no le diste de comer, etc.

CAPITULO XXXIV

De cuánta obligación sea la ley de amor que debemos al prójimo

Si queremos estar a razón, hallaremos que entre ningunas criaturas, así terrenales como celestiales, debe haber tanto amor natural como entre los hombres, porque la raíz del amor natural es la unidad, según dice Escoto; y esta unidad quiso nuestro Señor que fuese mayor entre los hombres que entre otras cualesquier criaturas, porque solos ellos habían de ser peregrinos, y pareció al muy amigo de amor, Dios y Señor nuestro, que sería bien consolar por esta vía nuestra peregrinación. Si quieres ver cómo es mayor nuestra unidad que la de todas las otras criaturas, para mientes al principio de nuestra creación, y hallarás que todos nacemos de uno, lo cual no verás en los ángeles, que todos juntos destintos fueron criados; y por esto, entre sí no tienen esta venida de parentesco, la cual tampoco se halla tan cumplida en los animales, ni peces, ni aves, porque esto fué criado en mucho número, y no crió nuestro Señor al principio sino un solo hombre, porque fuese mayor la unidad entre los hombres. Bien fácilmente pudiera el Señor criar a la mujer de la tierra, como había criado al hombre; mas no quiso partir la unidad, sino que ella también saliese de la costilla del hombre, porque todos viniésemos de uno, para que más nos amásemos; y aqueste padre primero en tal manera nos tiene

igualmente unidos a sí por línea recta de sucesiva generación, que si agora naciese Adán de nuevo o resucitase, tan pariente sería del rey como del mozo de espuelas, y no hallaría mujer con quien se casar, porque en línea recta es totalmente prohibido el matrimonio.

Esta unidad quiso nuestro Señor que hubiese entre los hombres, muy imitadora de la que hay entre las divinas personas, que también proceden de una, aunque por otra vía; para que, por esta ocasión, despertase en nosotros más el amor natural que se funda en unidad; ca los de una tierra se suelen más amar, y los de un bando, y los de un parecer, y los de un señor. Porque esta unidad que he dicho parece fundarse en los cuerpos solos, también hallarás otra unidad no menor en cuanto a las ánimas; ca por un solo Dios son todas criadas. No cría una el querubín y otra el serafín, sino el mesmo Dios las cría todas; y porque sean más amables entre sí, y se tengan más amor, hácelas de una especie y hechura, lo cual aun no se guardó en los ángeles, porque cada uno es de su especie y manera, según tiene Santo Tomás [1]; y si en acabando de ser criadas vieses dos ánimas, verías que se parecen como dos tórtolas o dos palomas; lo cual hizo nuestro Señor porque más se amasen, ca en todo lo criado verás, si miras en ello, que las cosas que más se parecen más se aman. Y si dices que esta semejanza, por ser espiritual, no la podemos conocer, harto es que muy manifiestamente se conjeture por las propiedades naturales, en que todos convenimos. No solamente crió el Señor los hombres semejables unos a otros, mas también los quiso adornar de su divina semejanza, para que contemplándose uno a otro se amase más viendo la semejanza de aquel Dios soberano que hemos de amar sobre todas las cosas. Pues que entre los hijos de tu amigo amas más al que más le parece, claro está que por la dicha semejanza debes amar más al hombre que a otra cualquiera inferior criatura.

Porque toda la unidad sobredicha se reduce a unidad natural, de la cual solamente resulta amor natural, quiso nuestro Señor fundarnos otra unidad mayor, para que de ella resultase mayor amor; y hacer entre nosotros otra hermandad espiritual más alta, dándonos por padre al segundo Adán, Hijo suyo, para que por su causa tuviésemos mayor unidad; según lo cual, dice San Pablo [2]: *Fiel es Dios, por el cual sois llamados a la compañía de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo; por tanto, os ruego, her-*

[1] III *Sent.*, d. 29.
[2] I Cor. 1, 9.

manos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis una mesma cosa, y no haya en vosotros escismas, sino que seáis perfectos en un mesmo parecer y en una mesma sentencia. Grandísima unidad nos dió el Padre en llamarnos a todos a la compañía y hermandad de su Hijo, para que ya no solamente amemos a nuestros prójimos porque son hombres como nosotros, sino porque son cristianos o son llamados a la cofradía y hermandad de Cristo. Si son de amar los hermanos que después de nacidos nos hacen más pobres, porque nos quitan la mitad de la heredad paternal, ¿cuánto más son de amar los hermanos que, mientra más se multiplican, nos hacen más ricos? Cosa es averiguada que mientras es mayor el número de los hermanos de Cristo en la Iglesia, se infunde más gracia en ellos; y en el cielo te gozarás más de la gloria del ánima del otro que de la gloria de tu propio cuerpo; y por esto, mientra más agora fuésemos, nos habíamos más de amar.

Esta unión que nos viene de Cristo, es mayor que la primera que tuvimos o tenemos en Adán; lo cual parece por el efecto que causa la segunda y no la primera, ca la unión que cobramos en Cristo nos hace miembros suyos, juntándonos consigo y con nosotros mesmos, porque los miembros de un cuerpo entre sí están juntos y con su cabeza, y por esto no hay en ellos sino un amor; conforme a lo cual, infunde Cristo en los suyos una mesma caridad y no diversas, según aquella razón de Gabriel[3]: «En todas las criaturas amables con caridad, la caridad infusa es de una especie, y en una mesma persona es una en número la caridad, en respecto de todas las cosas amables con ella. Porque donde hay mayor unión, hay mayor amor, y en las cosas de Dios, mientra son más los que están en la unidad, es mucho más el amor; y por esto se trabajó Cristo por extender más la unidad del amor y hacérsela como red que abrazase a muchos». Mandábase antiguamente en la Ley que amase hombre a su amigo así como a sí mesmo, y esto en un solo lugar de la Ley se halla; empero, queriendo el amable Salvador nuestro extender más esta unidad y hacerla que abrazase a todo, dice en muchas partes de su Evangelio que amemos a nuestros prójimos así como a nosotros mesmos; y en nombre de prójimo se entiende todo hombre que puede ser particionero de la vida eterna. No es de pasar ligeramente sobre cosa de tanta admiración; que ame yo a todo hombre así como a mí mesmo, ¿puede ser mayor y más extendido amor? ¡Oh entrañas de caridad perdurable! ¿Y

[3] In III *Sent.*, d. 28.

no te espantes tú mesmo mandando esto? ¿Puede ser mayor amor que el que yo tengo a mí mesmo? ¿Y puede ser más extendido que comunicándolo a todo hombre? De verdad, Señor, que en las cosas del amor no tienes rienda, ni medida, ni perdonas a nadie algo de lo que puede en este caso; paréceme que quiere tu Majestad poner el cielo en la tierra, y hacerla traslado de los ángeles, y que tengan todos un corazón.

Porque veas cuánto metió el Salvador la mano en este mandamiento del amor del prójimo, y cuánta fuerza puso en él, para mientes que, aunque seamos obligados a amar tres cosas con amor caritativo, a Dios y a nos y al prójimo, no quiso el Señor hacer de estas tres cosas sino dos mandamientos, incluyendo a *sí* solo en el primer mandamiento, y en el segundo a *ti* y a *tu prójimo;* porque de aquí pudieses conjeturar que a cualquier prójimo habías de tener por otro *tú;* ca mi amigo, según dice el Filósofo, es otro *yo*. Si pensásemos profundamente el misterio de este amor del prójimo, y cuánto lo repitió y amonestó Cristo, y cuán estrechamente lo mandó, no una, sino muchas veces, sin duda que nos veríamos muy lejos del reino de los cielos, y aun de ser cristianos. Las guerras que hay entre los señores del mundo, y los pleitos que hay entre los clérigos sobre los beneficios, y los engaños que hay entre los ricos sobre las riquezas, y los bandos que hay entre los frailes sobre *mejor es mi religión que la tuya,* y las opiniones que hay entre los letrados sobre cosas no de mucha importancia, y el tema que hay entre los villanos y los confesos, y la conquista entre los reinos, y la porfía sobre *mío* y *tuyo,* dan manifiesto testimonio de la poca guarda de este mandamiento, pues que apenas hay hombre que se ose fiar de otro, antes no dirás sino que se han tornado las cosas como estaban antes en los tiempos antiguos, donde, según dice Tulio, apenas se hallaron cuatro pares de buenos amigos, hasta que vino Cristo a hacer por obra del Espíritu Santo el corazón de los creyentes uno, por la caridad grande que en ellos se derramó; empero, ya que esta caridad se resfría, lo que peor es de hallar es un amigo, aunque todavía mande Dios que ame cada uno a su prójimo como a sí mesmo.

Pese bien esta breve razón cada uno: *ame a su prójimo como a sí mesmo;* y nótala mucho, porque sin duda me parece que hallarás incluído y encerrado en ella todo lo que de amistad escribieron Tulio y Séneca y el Filósofo en las *Eticas*. Muchos varones doctos hicieron libros de amistad, en que muestran cómo se han de amar los amigos, y dan a conocer cuáles son los verdaderos amigos; empero, nuestro Salvador se contenta con mandarte que

ames a tu prójimo como a ti mesmo. En estas breves palabras da a todos mandamientos amor, no señalando que éste o aquél son amigos, sino queriendo con mucha eficacia que todos sean. Y porque no se les haga de mal buscar los libros que tratan de cómo se han de amar los amigos, hace libros de esta doctrina a nosotros mesmos, diciendo que *cada uno ame a su prójimo* y lea en sí mesmo la *ley de amor* que ha de tener con él. Porque no pueda ignorar ni serle dificultoso aqueste mandamiento, del cual se puede decir [4]: *Este mandamiento que yo te mando hoy, no es sobre ti, ni está puesto lejos de ti, ni situado en el cielo, para que puedas decir: ¿Quién de nosotros puede sobir al cielo a lo traer, para que lo oigamos y lo cumplamos? Ni está puesto este mandamiento tras el mar, para que traigas achaque y digas: ¿Quién de nosotros podrá pasar el mar y traerlo hasta nosotros, para que podamos oír y hacer lo que nos es mandado? Junto contigo está este mandamiento, muy puesto en tu boca y en tu corazón, para que lo obres.*

No sin misterio dice aquí Cristo, en cuya persona se dijeron las palabras sobredichas, que nos manda él *hoy* este mandamiento del amor del prójimo, dando a entender que, por mandárnoslo él, ser *hoy* acrecienta algo en él, más de lo que solía. La ley escrita fué como un *ayer*, y la ley natural fué como un *antiyer; hoy* es la ley de gracia. En la ley natural comúnmente se platicaban dos mandamientos para con el prójimo: el primero, que no hagas a otro lo que no querrías que fuese hecho a ti; y el segundo, que obres con los hombres lo que tú querrías que obrasen ellos contigo. Aunque esto pertenezca al amor, no suena aquí la mesma obra del amar, que es la más excelente de las obras. En la Vieja Ley, que era mandado amar, estaba cortamente escrito el mandamiento del amor del prójimo, y tanto, que, pues Dios mandaba amar sus amigos, concluían ellos que podían aborrecer sus enemigos; y por quitar esta mala opinión y por añadir algo a los *dos días* pasados, dice *hoy* Cristo [5]: *Mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, así como yo os amé*. Por muchas razones se dice *nuevo* este mandamiento del amor: la primera, por se dar agora más copioso y extendido, porque tenga más abundancia nuestra justicia. Lo segundo, este mandamiento se dice *nuevo* porque renueva el ánima que, mediante él, se reduce al amor de Dios, según aquello de San Juan [6]: *Si nos amamos unos*

[4] Deut. 30, 11-14.
[5] Ioan 13, 34.
[6] I Ioan. 4, 12.

a otros, Dios permanece en nosotros, y su caridad en nosotros es perfecta.

Item, dícese *nuevo* porque es dado por *nuevo espíritu;* ca dos maneras hay de espíritu, *de amor* y *de temor;* el uno es *nuevo* y el otro *viejo;* el uno engendra hijos y el otro siervos, según aquello de San Pablo [7]: *No rescibistes espíritu de servidumbre, otra vez en temor, sino espíritu de hijos de Dios adoptivos.* Este *espíritu nuevo de amor,* de que Cristo estaba lleno, nos dió este mandamiento, y por esto se llama *nuevo;* ca fué dado por amor y no por temor. Donde en la Vieja Ley eran provocados los hombres mayormente por amenazas a guardar los mandamientos de Dios; mas agora por amor nos provoca San Juan al amor, diciendo [8]: *Amantísimos hermanos, pues que Dios nos amó, también debemos nosotros amarnos unos a otros.*—Item, llámase *nuevo* este mandamiento porque es fundamento del Nuevo Testamento, que todo es amor. Dícese también *nuevo* aqueste mandamiento por la comparación que puso Cristo, diciendo esto: que amásemos al prójimo así como lo había él amado, poniendo su vida por él; lo cual es cosa muy nueva en el mundo. Y no pienses que a los apóstoles solos pone Cristo esta comparación; ca también la puso al doctor de la ley que, viniéndole a tentar, le preguntó quién era su prójimo; y respondiendo el Señor a éste, por algún rodeo de comparación, vino a concluir que el doctor de la ley había de imitar al Samaritano, que había hecho copiosa misericordia con el llagado. Y según las *Glosas* declaran, Cristo se quiso figurar en el extranjero samaritano, que sólo hizo misericordia con el necesitado, habiendo pasado los otros adelante sin lo remediar. Díjole más en las palabras sobredichas que comenzamos a declarar: que este mandamiento del amor del prójimo no era sobre nosotros, porque el amor de Dios es sobre nosotros; ca lo hemos de amar más que a nosotros mesmos, con toda manera de amor, y después de él hemos de amar a nosotros mesmos, como en el medio lugar; y lo tercero, como inmediato inferior, debes amar al prójimo, al cual no has de anteponer tu ánima, porque San Gregorio dice: «Cuando tenemos recta caridad, ninguna cosa amamos más caramente entre todas las criadas que nuestra ánima». Díjose más en las palabras arriba puestas: que este mandamiento no estaba lejos de ti, porque en ti mesmo lo escribió Dios, queriendo que aprendieses en tu amor cómo habías de amar a tu prójimo.

---

[7] Rom. 8, 15.
[8] I Ioan. 4, 11.

Item, dícese más: *que no está puesto en el cielo.* Donde has de notar que en el mandamiento del amor del prójimo se incluye el amor que debemos tener a todos los celestiales; empero, porque este amor que les debemos tener ningún trabajo incluye, se dice *que no está situado en el cielo,* cuasi diciendo que allá no tiene dificultad. Que el amor que debemos a los ángeles carezca totalmente de dificultad, bien se puede probar, pues con sólo no quererlos mal cumplimos con ellos. Si tuvieses unos padres que jamás tuviesen necesidad de ti, claro está que cumplirías con ellos con sólo el aparejo del corazón; y pues el amor del prójimo importa alguna solicitud que debemos tener con él, y a los ángeles no podamos nosotros hacer misericordia, claro está que los amamos con sólo cesar de los ofender; ca ningún doctor hay que señale día en que seamos obligados a producir singular amor acerca de ellos.—Item, dícese más: *que no está puesto tras el mar* este mandamiento. Por lo cual has de saber que cualquier amor, y más el del prójimo, tiene dos partes que lo perficionan: la una es la afición interior del corazón, y la otra el efecto manifiesto de la obra. De lo primero dice San Agustín: «El amor es una afición del ánima racional, por la cual busca algo con deseo y lo quiere para gozar de ello, por el cual afecto goza de lo que busca con una suavidad interior y abraza y conserva lo que alcanza. La obra exterior de los que aman se ha de manifestar en cumplir las necesidades del amado; y de estas dos maneras sobredichas somos obligados a amar al prójimo, en la afición y en el efecto; según lo cual, dice Hugo: «Debemos amar al prójimo así como a nosotros mesmos, con beneficio y palabra y voto. En el beneficio se nota la buena obra, en la palabra el sano consejo, y en el voto el piadoso deseo. Con todas estas cosas amemos al prójimo en la vida, pues lo hemos de tener por compañero en el cielo». En decir, pues, que este mandamiento *no está puesto tras el mar,* se denota que no es hombre obligado a ir a buscar los prójimos que están lejos, para ejecutar en ellos este mandamiento; de manera que cumplimos con los que no vienen a nuestra noticia con sólo el buen deseo y con no hacerles mal; empero, a los que vemos y a los que tenemos familiares es menester que hagamos obras de caridad, porque no diga San Juan de ti [9]: *Quien no ama a su hermano, que ve, ¿cómo puede amar a Dios, que no ve?*

Aunque la gente común cumple este mandamiento sin tener cuidado de los prójimos con quien no tiene conver-

[9] I Ioan. 4, 20.

sación, bien creo que los varones apostólicos, y en especial el Papa, es obligado a hacer obras de amor a los extranjeros, reduciéndolos a la fe. Donde has de notar que aquellos cumplen mejor este mandamiento que inducen y atraen sus prójimos al amor de Dios. Y de aquí tengo por conclusión que los predicadores que atraen los oyentes al amor de Dios cumplen más perfectamente aqueste mandamiento, y todo aquel tiempo que predican por esta intención están amando al prójimo; por lo cual, debes notar que la mesma condición que tiene el amor divino en Dios, tiene a nosotros: en Dios el amor no es celoso, sino que cuando *ab æterno* amó su bondad, amó también y quiso que fuese de muchos amada; y de esta manera han de hacer los que tienen el amor de Dios, que no han de tener mal celo, sino desear que todos amen aquella suma bondad de Dios; y esto es amar los prójimos con amor de caridad. Los desposados no quieren que ame a otro su esposa, y por eso se llama aquel amor *particular;* no es así el amor de Dios, sino muy generalísimo: que deseemos que todos lo amen; y cuando provocares a esto a tu prójimo, entonces lo amas del amor que Dios mandó. Conforme a lo cual, dice San Agustín: «En este mandamiento de amar al prójimo, ¿qué otra cosa se nos manda, sino que lo encomendemos cuanto pudiéremos el amor de Dios? Y Gabriel dice [10]: «Amar al prójimo caritativamente es quererlo ver adornado con el amor de Dios, ca ninguna cosa mejor puedo querer a mi prójimo que el amor de Dios, porque este amor es el mayor de los dones que al prójimo se le pueden comunicar». Según lo que estos doctores han dicho, aquel ama más propiamente al prójimo que le desea y procura el amor de Dios. E por esto dice San Pablo [11]: *Ninguna cosa debáis a nadie, sino que os améis unos a otros, porque el que ama a su prójimo cumplió la ley.*

Parece que San Pablo aquí abrevia más que Cristo la ley del amor, porque el Salvador hizo de ella dos mandamientos, y San Pablo dice que en esta palabra: *Amarás a tu prójimo como a ti mesmo,* se resuelve toda la ley, y cumplido este mandamiento, se cumple toda ella: lo cual tiene verdad, porque cumpliéndose el uno de estos dos mandamientos se cumple también el otro; ca, si según viste, amar al prójimo es desearle y procurarle el amor de Dios, que admite amadores, claro está que allí también se ama Dios, al cual ninguno ama sin desear ser amado; y pues amando al prójimo amamos en él a Dios, y amando

---

[10] In III *Sent.*, d. 28.
[11] Rom. 13, 8.

a Dios amamos en él al prójimo, bien parece que andan juntos estos dos mandamientos, y el uno se incluye en el otro o se entiende; y por esto, la Escritura suele hablar cada uno de ellos como si fuese solo; y de aquí es que del primero dice [12]: *Y agora, Israel, ¿qué te demanda tu Señor Dios, sino que lo temas y andes en sus caminos y lo ames?* E hablando del segundo mandamiento, dice [13]: *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros.* También resuelve aquí el Salvador ambos mandamientos en uno solo, y parece hacer más cuenta del segundo, y menos que no del primero y mayor; y esto se hace porque el amor del prójimo es prueba y testimonio del amor de Dios, según aquello de San Juan [14]: *Todo aquel que ama a su hermano, nace de Dios y conoce a Dios; y el que no ama, no conoce a Dios; ca Dios caridad es.* Los que son grandes contadores de aguarismo, toda la fuerza de su cuenta ponen en la buena prueba, y el Salvador tiene por buena prueba de su amor que amemos a nuestros prójimos, ca en esto quiere que se lo mostremos; donde cada prójimo y pobre que viésemos, habíamos de pensar que viene enviado por Cristo a recabar el amor que al mesmo Señor debemos.

Lo que más se dijo en la principal autoridad es que aqueste mandamiento está junto con nosotros, porque no excede nuestras fuerzas, sino que está muy puesto en nuestra boca, para que hablemos al prójimo buenas palabras; y está puesto en nuestro corazón, para que con la afición interior lo amemos; y hémoslo de cumplir con obra, socorriendo al prójimo en sus necesidades; ca, según dice San Juan, el que viere que su hermano tiene necesidad y pudiendo dejare de lo socorrer y le cerrare las entrañas de su misericordia, no crea que tiene en sí la caridad del Padre de las misericordias. Ama, pues, hermano mío, a tu prójimo, si quieres hacer a Dios un servicio que lo tenga en más que los sacrificios y holocaustos de la vieja Ley, según dice en el Evangelio; porque aquéllos, según declara San Agustín en el libro de *La ciudad de Dios*, el amor de Dios y del prójimo figuraban, y, por tanto, no sin misterio dijo Cristo que la Ley y los Profetas dependían de este amor. No estimes tú en poco lo que Dios tanto precia y los apóstoles tanto alaban; haz esto si quieres vivir y estar cerca del reino de Dios, donde no hacen otra cosa; *haz esto, y permanecerás,* según dice San Juan [15], *en claridad de buena conciencia;* y si quieres

[12] Deut. 10, 12.
[13] Ioan. 15, 12.
[14] I Ioan. 4, 7-8.
[15] I Ioan. 2, 10.

ser trasladado de la muerte del pecado a la vida de gracia, haz esto para que puedas decir [16]: *Nosotros sabemos que somos trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos; el que no ama permanece en muerte; todo aquel que aborrece a su hermano es homicida.*

Así como en lo corporal mueren los miembros cuando se apartan y cada uno va por su cabo, así en lo espiritual, cuando los miembros de Cristo, que son los cristianos, no se aman, mueren, porque toda su vida de gracia está en el amor, que es sangre del cuerpo místico que por las venas de la hermanable comunicación corre para socorrer do viere más necesidad. Todo aquel que ama a su prójimo, para que lo ame como Cristo quiere, ha de hacer un traslado de la vida mortal que tenemos a la inmortal que esperamos; porque el amor verdadero del prójimo, al cielo ha de tirar; su remate y conclusión ha de ser la vida perdurable, que procuremos de vernos allá; y para esto, nos favorezcamos y ayudemos todo lo posible.

CAPITULO XXXV

En que se demanda si pueden los malos amarse conforme a la ley de amor que Dios manda que se tengan

Porque en este libro no solamente tratamos del amor, sino de las cosas que nos disponen a él, es bien que veamos si estando en pecado mortal puedes amar a tu prójimo, o él corresponder al mesmo amor. Andan los malos tan ligados y tan juntos y conformes en sus pareceres y obras, que no dirás sino que en ellos solos está el amor de los prójimos, y que aquéllos solos se aman, porque los malos para sí y para sus amigos aman los primeros asentamientos en los negocios, y aman las salutaciones llenas de reverencia en la plaza, y aman tener el primado en todo; y en su plática se hacen amables cuando ven que conviene, como Absalón cuando solicitaba los corazones de todos para que lo alzasen por rey, y para esto les daba beso de paz y hacía por ellos como si fueren sus hermanos: de manera que reina tanto el amor entre los malos, que se llaman en la Escritura *heridos de amor.*

Está la Escritura tan llena del amor de los malos y ha-

[16] I Ioan. 3, 14-15.

bla tanto de él, que no podemos negarlo, sino confesar que son venidos aquellos tiempos de los cuales dice San Pablo [1]: *Esto has de saber: que en los postreros días se darán priesa los tiempos peligrosos y serán los hombres amadores de sí mesmos y codiciosos, altivos, soberbios, blasfemadores, inobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin afición, sin paz, acusadores, ajenos de limpieza, sin mansedumbre, sin benignidad, protervos, traidores, hinchados, ciegos y amadores de los deleites más que de Dios, teniendo apariencia de piedad y negando la virtud.* De éstos te aparta, de amar los deleites más que a Dios. Han venido en los hombres de nuestros tiempos todos estos males que ha dicho San Pablo, y pues ha dicho aquí *los malos aman a sí mesmos,* y el profeta David dice [2] que *los amadores de la maldad aborrecen su ánima,* razón es que veamos cómo en un mesmo pecador puede haber amor y odio, según una mesma persona. Bien podemos tener en nuestra voluntad amor y aborrecimiento, porque ella es principio de cosas contrarias, mas no juntamente en respecto de una mesma cosa; empero, las razones que median entre el sujeto y el objeto pueden suplir esto. Hablando según Santo Tomás [3], debes notar que común cosa es a todos los hombres buenos y malos amarse de amor natural, que por sí no es meritorio si no se ordena a otra cosa más alta; y aun de este amor no solamente los hombres, sino todas las otras cosas se aman, porque así solemos decir que la tierra desea agua y la fruta verde quisiera estar más en el árbol.

Item, común cosa es a todos los hombres amar lo que piensan que son; empero, por dos vías se suele considerar el ser del hombre: la una según la sustancia humana, compuesta de ánima y cuerpo. Y, según ésta, cada uno se tiene por quien es, y se ama procurando su salud; empero, de otra manera solemos considerar al hombre y decir que *es poco hombre* o decir que *es hombre de marco,* y esto solemos considerar según lo principal que está en el hombre, así como el regimiento de la ciudad decimos que es toda la ciudad porque es lo principal de ella, y lo que el regimiento hace se dice hacerlo la ciudad por la principalidad que consiste en él. Según esta principalidad, que también hay en el hombre, no todos se conocen ni estiman de una manera según verdad, y la ignorancia o poco miramiento en esto acarrea mucho mal a nuestro espíritu, y por esto se dice en los Cánticos al

---

[1] II Tim. 3, 1-5.
[2] Ps. 10, 6.
[3] *Summa Theol.,* 2-2, q. 25, a. 7.

ánima [4]: *Si te ignoras, oh hermosa entre las mujeres, sal y ve tras las pisadas de tus greyes y apacienta tus cabritos cerca de las ramadas de los pastores.* Los malos deseos y codicias se llaman aquí *cabritos*, según dice la *Glosa;* y el ánima que ignora su excelencia merece por esto salir de sí, y llevarlos a apacentar en las cosas de fuera, y ser llamada *mujer* y *desechada de Dios*, la que si estuviera en su verdadero conocimiento, estimándose según razón, mereciera ser *varón* y no tuviera a *cabritos*, sino *corderos*, que en la Escritura tiene santa significación. Lo principal que hay en el hombre es el espíritu, que se rige por la razón sin dar lugar a cosa contraria; y lo segundo, que es de menos valor, es aqueste cuerpo animal con sus terrenos apetitos y carnales deseos. A lo primero llama el apóstol *hombre interior*, y a lo segundo llama *hombre exterior;* a lo uno *hombre de dentro* y a lo otro *hombre de fuera*. El *hombre de fuera* es como el hombre terreno que plasmó y hizo Dios, y el *hombre de dentro* es el espíraculo de vida que sopló en su cara.

Los buenos conocen que lo principal de ellos es el hombre interior y el espíritu, que usa solamente de la razón; y, según éste, se aman y estiman a sí mesmos y a sus prójimos, diciendo [5]: *Si es llegado nuestro tiempo, muramos en virtud por nuestros hermanos y no pongamos pecado en nuestra gloria.* Los malos tienen por principal en sí el *hombre exterior y corporal*, y éste ensalzan y aman y sirven en sí y en sus amigos; lo cual viene de no estimarse rectamente en lo que son según verdad, sino según su engañado juicio; ca el amor carnal ciega el juicio del hombre, creciendo la pasión, y por esto se solía pintar el amor como un gentil mancebo, salvo que era ciego. Y San Jerónimo dice que son ciegos los juicios de los que aman; y entiéndese *carnalmente*, porque los varones dados al amor espiritual son los que alcanzan la verdadera sabiduría; y el mesmo amor santo se llama en la Escritura *honorable sabiduría*, porque honra mucho a sus discípulos y los hace que se estimen y amen según verdad, lo cual prueba el Filósofo [6] por cinco cosas que son propias del amistad: lo primero, cada amigo desea que viva y permanezca su amigo; lo segundo, deséale bienes; lo tercero, háceles buenas obras; lo cuarto, comunica deleitablemente con él; lo quinto, concorda enteramente con él en placer y pesar y en todo lo bueno. Según estas cosas, los buenos se aman en cuanto al hombre interior; ca lo quieren conservar en su integridad, así

[4] Cant. 1, 7.
[5] I Mach. 9, 10.
[6] Lib. IX *Ethic.*

en sí mesmos como en sus prójimos, no curando de lo demás, sino ponen su intento a conservar en sí la virtud, y para esto se desean bienes espirituales, que es lo segundo; y lo tercero, procúranlos por oraciones y doctrina y por los medios que conviene; lo cuarto, tienen muy honesta comunicación no solamente los amigos entre sí, mas cada uno consigo mesmo, entrando en su corazón, halla la memoria de los bienes espirituales en que se ha visto, y los que Dios le ha prometido, también los halla en la esperanza viva que tiene, y así se consuela. Y lo último es que no tienen discordia en las cosas de virtud que han de seguir ni las contradice, sino que todos los favorecen de un ánimo, porque tienen un intento de aprovechar más de cada día.

Si queremos dar la vuelta a estas cinco cosas, hallaremos que ninguna de ellas guardan los malos con sus amigos, antes las quebrantan todas y las vuelven al revés: lo primero, los malos no se desean vida, aunque muestran amarse, porque la codicia del heredar hace a muchos desear la muerte de sus amigos; y por esto dice San Agustín que es más seguro el amor entre los pobres que entre los ricos, y por esto los grandes señores nunca son entre sí buenos amigos, y entre los pobres la caridad añade en el amor lo que falta en las riquezas. Y también dice David que los varones engañosos, que son los amadores, no demediarán sus días, porque los que más pecan viven menos en lo espiritual si no se enmiendan. Lo segundo, los malos no desean según verdad bienes a sus amigos ni a sí mesmos, sino males de culpa y de pena, porque las obras de los pecados son los mayores de los males, y cuando deseas a tu amigo riquezas, honra o sanidad para que las ejercite en pecado, entonces le deseas cuchillo con que se mate y soga con que se ahorque o cosa semejante. Lo tercero, los malos hacen a sus amigos malas obras, pues los hacen ser malos; ca, según dice el Sabio [7], la injusticia es ganancia de muerte; y los malos con obras y palabras la envían a llamar, pensando que es amiga suya. Lo cuarto, entre los malos no hay deleitable comunicación, porque el remordimiento de la conciencia les quita mucha parte del deleite, ca los ajos y las cebollas que los hebreos comían en Egipto, que eran obras de pecado, no se comían sin lágrimas del corazón; porque así como el humo que de los ajos y cebollas procede hace llorar al que los come crudos, así la consideración del pecado da mucha tristeza al corazón de los malos y a las veces los hace desesperar. Lo quinto, has

[7] Sap. 1, 15.

de notar que entre los malos no hay entera concordia, aunque sean amigos, como la hay entre los buenos, que se comparan a las palomas, porque vuelan juntas, y los malos andan en diversos pareceres y voluntades, cada uno por su camino, según dice Isaías. Con una poca de falsa amistad están agora cubiertas las verdaderas enemistades de los malos, así como lo estaban las de Amón y Tamar, que después de la deshonra se manifestaron, cuando se conoció ser más el aborrecimiento que el amor pasado.

No se manifestaron las enemistades de Tolomeo y Alejandro hasta que le quitó su hija; y de esta manera, cuando nuestro Señor quite al pecador el ánima, se verá cómo los que tenían con él amistad se le vuelven en enemigos en el infierno, donde se aborrecerán más los que aquí más se amaron de mal amor; y se cumplirá aquello que dice el Señor [8]: *Mira que yo despertaré todos tus amadores contra ti, de los cuales se hartó tu ánima, y allegarlos he contra ti al derredor.* ¡Oh, qué tormento será ver en el infierno por muy crueles sayones los que aquí tuviste por deshonestos amigos, donde tomando venganza de ti, porque los provocastes a pecar, te atormentarán por toda manera con tanta rabia y aborrecimiento como los mesmos demonios que allá moran! Allí, con eternos pesares, te demandarán el poco placer que aquí te dieron, y las risas se tornarán en regañamiento de dientes, y los besos en bocados muy amargos; ca escrito está que dice Dios [9]: *Lo que se muere, muérase, y lo que se corta de raíz, córtese; dejélos para que trague cada uno la carne de su prójimo.*

Por dos razones ternán cruel aborrecimiento en el infierno los que aquí se amaron de mal amor: lo uno, porque allí se verá claramente que no era amor el que acá se mentía ser amor, sino codicia y propio interés; ca los malos no aman a sus amigos por aprovecharles, sino por aprovecharse de ellos, como aman el vino por bebérselo y la perdiz por comérsela; lo cual, siendo conocido en el infierno, presumirá el que amabas de vengar el manifiesto engaño que tenía su falsa amistad, y cuando más no pudiere, a bocados, según dijo el profeta, y a tizonazos te perseguirá, pensando que tú eres la causa de su perdición. La segunda razón de estos bandos y enemistades perdurables será la venganza de la justicia divinal, que ha de ser conforme al delito, el cual quiere que se paguen los malos amores con perpetuos aborrecimientos,

[8] Ez. 23, 9.
[9] Zach. 11, 9.

y la paz de los pecadores con guerra continua, según aquello del profeta [10]: *No oyeron su ley, y por tanto derramó sobre ellos la indignación de su furor, y fuerte batalla, y quemólos al derredor.*

La ley del amor no solamente es ajena de los malos porque no la quieren obrar; más aun no quieren oír hablar del amor de Dios, sino de *Celestina* o de *Cárcel de amor,* o de semejables amores, que verdaderamente son aborrecimientos. Y por esto derramará Dios con mucha abundancia sobre ellos la indignación furiosa que no los deje ni hablarse una palabra en paz, y causará entre los malos tan fuerte batalla a fuego y sangre, que, aunque no hubiese demonios en el infierno, ellos bastaran para se atormentar. Y dícese *fuerte* esta batalla y que *Dios la derrama sobre ellos,* porque ninguno alcanzará victoria, sino que siempre andará en su fervor; y por esto se dice que están quemados al derredor, ca por ninguna parte podrán huir, cercados de fuego que no se pueda apagar. Si queremos que tan crueles enemistades no vengan sobre nos, tomemos el consejo de la Escritura, que dice [11]: *Mirad que por ventura no haya entre vosotros raíz que produce hiel y amargura;* pésima es la raíz que engendra hiel y amargura, y muy buena es la raíz de Jesé, pues produce flor que recibe el espíritu de Dios.

Los malos tienen por raíz su mal amor, y los buenos también tienen por raíz su buen amor, salvo que hay esta diferencia: que los buenos se dicen estar radicados en la raíz del amor, según aquello de San Pablo [12]: *Concédaos nuestro Señor, según las riquezas de su gloria, ser corroborada vuestra virtud por su espíritu en el hombre interior, donde mora Cristo por fe en vuestros corazones, siendo radicados y fundados en caridad.* Aquí se dicen los justos arraigados en el santo amor y los malos se dicen tener en sí la raíz de su mal amor, que ha de ser de ellos arrancada, según aquello del profeta [13]: *Inflamarlos ha el día que viene, dice el Señor de las batallas, que no dejará en ellos raíz.* El día que viene para inflamar a los malos con ardores sempiternos es el día del juicio, donde les quitarán las ramas de su mal amor y les quedará en su lugar hiel de dragones y amargura muy amarga. Si el amor de los malos hubiese de permanecer en el infierno, como ha de permanecer en el cielo la caridad de los buenos, medio mal sería, porque allá juzgarían y cantarían como moros en mazmorra; empero, por el gran aborre-

[10] Is. 42, 24-25.
[11] Deut. 29, 18.
[12] Eph. 3, 16-17.
[13] Mal. 4, 1.

cimiento que habrá entre ellos, se les recrecerá mayor mal de estar juntos, como cuando en una mesma cárcel están dos mortales enemigos.

La razón porque los malos se dicen tener en sus corazones plantado su mal amor, que es raíz de todos los males, es porque las fuerzas naturales de ellos bastan para buscar este amor y criarlo en sí mesmos a su voluntad; empero, porque el amor caritativo de los justos es de muy alto quilate, que no se halla acá en la tierra ni tiene sabores de ella, se dice ser ellos plantados en caridad por la mano de aquel que dice [14]: *Yo, Jesús, envié mi ángel a que os afirmase estas cosas en las iglesias; yo soy linaje y raíz de David y estrella de la mañana resplandeciente.* David, según las interpretaciones corregidas, quiere decir *amado*, y llámase aquí nuestro Salvador *raíz de su amado*, dándole a entender que por amor está plantado en él para que ya no reine el amor extraño, sino el de Jesucristo, que no produce ni engendra hiel de pecado ni amargo remordimiento de conciencia, sino aquella flor de la cual se dice [15]: *Y una flor subirá de su raíz, sobre la cual holgará el espíritu del Señor.* Del primer amor de los malos se dice que ha de salir *hiel*, y del amor santo que se tienen los buenos ha de salir *miel;* ca el Espíritu Santo, que es como abeja argumentosa, viene a ellos viéndolos con la flor del santo deseo, para les dar dulcedumbre en lugar de la amargura que han de tener los malos. El amor de los buenos tiene consigo flores de honra y de honestidad, mas el de los malos es amor sin limpieza y deshonrado; y por esto, siendo contrarios, tienen contrarios efectos. Viendo tanta contrariedad en el amor de los malos y de los buenos, decimos que los malos, si no dejan de su mal amor, no pueden amar a sí mesmos ni a sus prójimos del amor que les manda Dios que tengan. Para lo cual has de notar esto que dice Santo Tomás [16]: «La manera con que hemos de amar nuestro prójimo se toca cuando es dicho *como a ti mesmo;* lo cual no ha de ser entendido en cuanto a esto que alguno ame al prójimo igualmente como a sí mesmo, sino de la manera que se ama a sí mesmo, y esto por tres respectos: lo primero, de parte del fin, conviene a saber: que ames al prójimo por amor de Dios, así como a ti te debes amar por amor de Dios, para que de esta manera sea santo el amor del prójimo; lo segundo, de parte de la regla del amor, conviene a saber: que no condesciendas con tu prójimo en algún mal, sino solamente en las cosas buenas, así como

[14] Apoc. 22, 16.
[15] Is. 11, 1.
[16] *Summa Theol.*, 2-2, q. 44, a. 7.

el hombre no debe satisfacer a su voluntad sino en las cosas buenas, para que de esta manera sea justo el amor del prójimo; lo tercero, de parte de la razón del amor, conviene a saber: que no ames al prójimo por tu propio provecho o delectación, sino que por la mesma razón que quieres el bien para ti lo quieras para tu prójimo, porque así sea verdadero el amor del prójimo, ca cuando alguno ama a su prójimo por la propia utilidad o deleitación no ama verdaderamente al prójimo, sino a sí mesmo».

Lo de suso es de Santo Tomás; allende de lo cual has de notar que los malos aman a sí mesmos y a sus amigos; digo a sus amigos, ca estos conocen prójimos y no aman en sí lo que es de Dios, sino lo que es del mundo y de su parecer y los intereses personales, no mirando en sí ni en sus amigos, sino a sí mesmos; y porque el amor que debemos tener a nosotros mesmos y a nuestros prójimos depende del amor de Dios, cosa manifiesta es que, careciendo de él, ni amamos a nosotros ni a nuestros prójimos; conforme a lo cual dice Orígenes: «El segundo mandamiento es semejante al primo, porque es del amor del hombre, que es hecho a semejanza de Dios; y porque, según se dice en el décimo Salmo [17], *el que ama la maldad aborrece su ánima*, y, según lo que se dice en los Proverbios [18], *el que desecha la disciplina aborrece a sí mesmo*, manifiesta cosa es que ningún amador de maldad ama a su prójimo así como a sí mesmo, pues ni aun a sí mesmo ama, y ninguno que desecha la disciplina ama a su prójimo como a sí mesmo, ca ni a sí mesmo ama, y de esta manera es hecho que el que ama la maldad y aborrece su ánima no puede guardar el segundo mandamiento; y por semejante, el que desecha la disciplina ama el pecado, y, por tanto, el que lanza de sí alguna palabra de la disciplina de Dios, aborrece su ánima».

Concluído cómo ninguno que peca ama a sí ni a su prójimo con aquel amor que Dios le mandó, puedes preguntar qué es lo que debes juzgar de algunos pecadores que son vistos manifiestamente hacer obras de caridad no solamente a sus amigos, sino también a los extraños, y a las veces muestran tanta afición y deseo de aprovechar a otros, que no dirás sino que están llenos de caridad, salvo que por otra parte se dan a los vicios y no quieren salir de su pecado, cuyo amor los tiene captivos. A esto podríamos responder que estos tales aun todavía se tienen la buena costumbre que solían tener cuando estaban en caridad, y quedando vezados como la becerra de

[17] Ps. 10, 6
[18] Prov. 15, 32

Efraín, vanse a lo acostumbrado, como si alguno se desfrailase y, renunciando los hábitos, no renunciase las ceremonias de su Orden ni las obras de virtud que en ella solía usar.

Empero, de todos los que hacen algún bien estando en pecado mortal, se tiene que, aunque no les aproveche inmediatamente para alcanzar la vida eterna, aprovéchales para alcanzar otras muchas cosas de Dios. No pienses que todos los que están en caridad y hacen obras de amor bueno a sus prójimos cumplen en aquello el mandamiento de que hablamos, porque acaece no obrar hombre según la caridad que tiene, sino según otras aficiones que se entremeten para disminuir nuestro merecimiento, en lo cual debe mucho mirar el siervo de Dios, porque mucho va de hacer una obra de virtud porque se me antoja o porque se incluye en los mandamientos de Dios, y mucho va de mirar a fulano porque es mi compañero o porque es afable y gracioso y hacerle por este respecto algún bien, a obrar la mesma caridad, no por esto, sino puramente porque Dios me manda que ame a mi prójimo; las cuales cosas maravillosamente nota San Gregorio, diciendo: «Algunos hay que no aman sus prójimos sino por la afición del parentesco y de la carne, a los cuales en este amor no contradicen las Sagradas Escrituras; empero otra cosa es lo que de nuestra voluntad damos a la naturaleza y otra lo que por vía de caridad es debido a los mandamientos del Señor según la obediencia; éstos sin duda que aman al prójimo, empero no alcanzan aquellos premios sublimados del amor, porque no dan espiritual, sino carnalmente su amor».

De lo que ha dicho este doctor santísimo han de tomar aviso los que quisieren aprovechar en la guarda de este mandamiento, que así en sus familiares como en sus hijos y parientes y amigos miren a Dios, y el bien que les desearen o hicieren sea porque el Señor nos mandó que los amásemos; ca de otra manera, si miramos al parentesco y familiaridad y dulce conversación, claro está que se dirá de nosotros aquello del Sabio [19]: *Todo animal ama su semejante* y todo hombre a su prójimo; harto mal hay en el hombre que ama su prójimo como un animal a otro con quien suele comer y arar y conversar; no es éste el amor que nos mandó Cristo; éste no era menester mandártelo, pues aun las bestias lo tienen. Alcemos, pues, el corazón a la intención de Cristo, porque digamos con el apóstol [20]: *Nosotros no conocimos a na-*

[19] Eccli. 13, 19.
[20] I Cor. 5, 16.

die según la carne. A todos conocía y amaba este santo y a todos hacía muy bien según Dios y no según otros respectos, que quitan el merecimiento a la obra.

CAPITULO XXXVI

De la manera como debemos guardar con el prójimo la ley del amor que le debemos tener

Es nuestro Señor tan reveído y mirado y cuidadoso en el amor, que no se contenta con mandarnos que amemos, sino que también pone debajo de obediencia la manera del amor, y por eso nos conviene mucho insistir en ella y saberla muy por entero. No quiso el Señor señalarnos la manera que habíamos de tener en cumplir los diez mandamientos, y cuando los resolvió en estos dos mandamientos, *de amor suyo* y *del prójimo,* hizo mucho caso de la manera cómo habíamos de amar; y porque de la manera del amor de Dios, que es amarlo de todo corazón y ánima y memoria, se dijo harto arriba, no queda sino que veamos agora de la manera como hemos de amar al prójimo.

Muchas maneras pone la Escritura cómo debamos amar a nuestros prójimos, empero la principal es la que encargó Cristo a los apóstoles sobre la cena, diciendo [1]: *Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os amé.* Alta manera de amar nos ha notificado aquí el Salvador, y tan alta, que ni los ángeles puedan amar de esta manera como tú, Señor, nos amaste. Elevada es aquesta manera de amar; no podremos arribar a ella no solamente a la cumplir, mas aun desfallecemos en su contemplación, y nuestros ojos y vista espiritual se adelgaza y se turba cuando te contempla en la cruz, más extendido por el amor que por los cordeles y clavos, entre los enemigos tuyos, más crueles que jamás se pudieran pensar; estaba tan firmemente tu amor que no se pudo conocerlos; sufriendo obras de tanto aborrecimiento, les mostraste amor, más que jamás no basta razón para entender ni saber. Porque derramando la sangre y las entrañas y el corazón y el ánima, derramaste dende la cruz más amor que ningún esposo derramó dende lo muy deseado tálamo; la sed, y las palabras, y las voces, y las mercedes,

[1] Ioan. 15, 12.

y cuanto en la cruz obraste, todo fué amor. Si allí, en lugar do tanto te aborrecieron, amaste aun a los que no eran tuyos y que tanto te ofendían, ¿qué diremos del amor que tuviste a tus verdaderos amigos en los lugares del alegría? ¿Quién sabrá siquiera contar o mirar el amor que nos tuviste el día de tu alegría, cuando en su virginal tálamo te coronó tu madre con la corona de nuestra humanidad y te desposó con la Iglesia, siendo padrino el Espíritu de amor? ¿Quién sabrá contemplar los arroyos de la caridad con que alegraste las montañas do moraba tu adelantado cuando a él y a los de su casa henchiste del amor que sobraba a tu bendita Madre, que fué instrumento de estos misterios? Abre, pues, hermano, tus ojos, y mira si podrás amar a tus prójimos como te amó Cristo, el cual parece que cargó más la mano este mandamiento segundo del amor que en el primero, porque acullá, aunque nos pedía el corazón, y el ánima, y la memoria, y la fortaleza, y todas nuestras fuerzas, no excedía de lo que podíamos, aunque lo demandaba todo; mas aquí, en mandarnos que amemos al prójimo como él nos amó, parece que nos saca de nuestra poquedad y nos quiere poner más alto de lo que somos, igualándonos con la grandeza de su caridad. Y aun su Padre celestial parece mandarnos lo mesmo cuando dice que miremos con los ojos del corazón y obremos las obras del amor, según el ejemplo que viéremos en alto monte de perfición que es su Hijo, al cual tenemos de oír con los oídos de la obediencia.

Para declaración de esto, has de notar que las comparaciones que se ponen en el sagrado Evangelio no importan total adecuación ni nos intiman entera igualdad de lo uno a lo otro; lo cual se muestra donde Cristo dice [2]: *Sed vosotros perfectos así como lo es vuestro Padre celestial.* Sobre esto dice la *Glosa:* «Sed perfectos por imitación, no por igualdad». Y en otra parte dice Cristo [3]: *Sed misericordiosos así como lo es vuestro Padre celestial.* Aquí manifiestamente parece que Cristo no nos demanda tanta misericordia como tiene el Padre de las misericordias, porque ni aun él mesmo en cuanto hombre tuvo tanta misericordia como el Eterno Padre suyo. Algunos vinieron en error, queriendo entender con entera igualdad las comparaciones de la Escritura, como parece en el abad Joaquín, que por rogar el Salvador a su Padre que fuésemos todos una cosa, como lo eran las divinas personas, creyó que en ellas no había unidad esencial, pues que no la hay en nosotros, lo cual es error conde-

[2] Matth. 5, 48
[3] Luc. 6, 36

nado. Así que; cuando Cristo dice que amemos a nuestros prójimos como él nos amó, no nos manda que les tengamos tanto amor como tuvo él, ni les hagamos tan extremadas obras de caridad, porque esto es imposible aun a los apóstoles; empero, mira que cuando se pone a los hombres tan soberano ejemplo delante, aquel será mejor librado y cumplirá mejor el mandamiento que más se conformare a él.

Pongamos aquí algunas maneras de las muchas que tuvo Cristo en amarnos, para que se pruebe el [buen] deseo de los más leales amadores, y se confunda la tibieza de los no tales. El primer amor que Cristo nos tuvo, se puede llamar *gracioso*, porque graciosamente nos amó, sin habérselo antes nosotros merecido, ni haberle hecho algún servicio ni obras de justicia con que mereciésemos ser de él amados; y esto, ensalzando San Juan la caridad divina, dice [4]: *En esto consiste la caridad, no que casi hubiesemos amado a Dios nosotros, sino que el primero nos amó.* Ni amamos nosotros a Dios antes que él nos amase, ni aun cuasi lo amamos. Aquellos amaron a Cristo que a la afición interior que le tenían juntaban las buenas obras en él y en los suyos y lo tenían por Dios; mas aquellos cuasi lo amaban que sentían menores cosas de él, y con solo parecerles bien sus maravillas satisfacían, sin curar mas de lo seguir ni servir; empero, nosotros, ni aun cuasi lo amamos ni le mostramos señal de amor, porque aun no éramos nacidos ni habíamos hecho mal ni bien; y por esto dijo San Juan que Cristo *primero nos amó;* sobre el cual dice la *Glosa:* «Probando que Dios es caridad y que nos ama, quiso inducirnos con su ejemplo para que nos amásemos unos a otros y viniésemos a su noticia y conocimiento; y así como Dios no esperó que lo amásemos, así nosotros no esperemos que nos amen los otros, sino amémoslos siendo los primeros». De las cosas ya dichas se sigue que así como Cristo nos amó antes sin se lo haber en poco ni en mucho merecido, así debes tú ser el primero que comiences a amar a tu prójimo, aunque no te haya hecho obras de amor; pues que comienzo quieren las cosas, comienza tú a amar, si quieres amar como amó Cristo, y no seas como los que no se curan de amar sino a los que conocen que los aman, ca esto no va por vía de imitar a Cristo, sino por vía de justicia; y por esto dice el Salvador [5]: *Si amáis solamente a los que os aman, ¿qué galardón habréis? ¿Por ventura no hacen esto los publicanos?* El que ama al que lo ama,

[4] I Ioan 4, 10
[5] Matth 5, 46

según aquí parece, paga lo que debe, mas el que ama al que no lo ama, hace deudor suyo a Dios, que en el amor nos quiere muy por entero satisfacer, porque de tal deuda no quedemos quejosos. Si prestases con amor familiar a tu vecino cien ducados y se fuese con ellos, podía ser que ni Dios ni él te los pagasen; empero, ten por cierto que la deuda del amor te pagará nuestro Señor.

El segundo amor que nos tuvo Cristo, según dice la *Glosa,* se llama *recto;* porque no encorvó ni torció su amor hacia sí mesmo, sino hacia nosotros, ca no por alguna utilidad suya, sino nuestra, nos amó. Todo su amor ordenó a nuestro provecho, para que fuésemos salvos, ca sabía él que nosotros teníamos necesidad de sus bienes, y él no de los nuestros; y por esto dice [6]: *Sanaré sus quebramientos y amarlos he de mi voluntad; porque apartado está de ellos mi furor, serles he como rocío, y Israel engendrará.* No se movió Cristo a nos amar por la utilidad que de nosotros esperaba, sino por la compasión que le causó nuestra necesidad y su amor; y de aquí es que dice que nos ha de sanar, y que después de sanos nos amará, no acodiciado ni con deseo de nuestras cosas, sino que nos amará de su voluntad, y que toda la causa del amor saldrá de él; y por esto se compara al rocío, que ninguna cosa gana cayendo en la tierra, antes pierde, porque allí se deshace, y la tierra queda con mucha utilidad. Para que tú ames a tu prójimo como Cristo te amó, mira que sea recto tu amor, y no lo tornes a ti, porque si andas a tornapeón, poco podrás imitar a Cristo, antes, según dice Séneca, imitarás a los mercaderes mundanos, que tienen más ojo a la ganancia que a los emprestidos, o serás como los hijos de Job, que se convidaban unos a otros; de lo cual, en fin, ningún provecho sacaron.

Si de esta manera amares tú al prójimo, dirá de ti San Agustín: «Quita la esperanza de la ganancia, y luego dejará de ser amigo». Y en otra parte dice: «La verdadera amistad no se ha de pensar con los provechos temporales, mas hase de llevar con gracioso amor». Cuando quiera que haces a alguno obras de amor por su propio interese, no creas que amas a él, sino a ti, porque el amor se ha torcido y vuelto al que lo envió, según aquello de San Jerónimo: «Delicada es el amistad que sigue la bienandanza y riquezas de los que aman, y los hombres de esta manera no me parecen a mí amigos, sino amadores de sí mesmos». El que quisiere desechar la razón sobredicha, podrá responder que, cuando el amor no siente amor, luego desfallece y deja de amar con aquel fervor

[6] Os. 14, 5-6.

que solía, conforme a lo cual dice San Agustín: «Menos tiene de amor el amor cuando se siente el que ama no ser amado». Bien conocemos ser verdadero este dicho, y aun cada día lo experimentamos, y aun decimos con título que, cuando el uno de los amigos está rico y el otro pobre, no debe ser verdadera el amistad, pues el rico no participa de la pobreza de su amigo, o [no] lo hace particionero de sus riquezas; ca en la buena y mala fortuna deben ser a una de los enteros amigos, como aquellos que tenían un corazón y un ánima, y ningún pobre había entre ellos, sino que todo lo tenían en común.

Has, empero, de notar que, si tú amas a uno y mirando a solo el amor permaneces amando sin haber correspondencia de amor en el otro, tú en esto ternás caridad y más virtud y cumplirás mejor el mandamiento de Cristo, ca serás más semejante a él en el amar. Y que estas tres cosas sean verdad, brevemente se puede probar, porque el amor natural, y la amistad que se usa, demanda ser amada; y de la caridad dice San Pablo [7] que *aún lo que es suyo no pide;* y hase de entender que no lo pide en tal manera que por no dárselo deje de amar, o que pidiéndolo escandalice o enoje al prójimo. Que amando a quien no te ama cumplas mejor el mandamiento de Cristo, cosa es manifiesta, porque él te manda que ames a tu prójimo como él te amó a ti, y él te amó no amándolo tú, según hemos dicho; así que, puesto caso que el amor siente menos de amor no siendo amado, no por esto ha de aflojar, pues que entonces tiene más caridad y obra, mayor virtud, y guarda más conforme a Cristo el mandamiento del amor al prójimo.

Item, amónos el Salvador con amor *discreto;* en lo cual has mucho de mirar, porque no hay cosa que más discreción quiera que el amor. Aquel se dirá amor discreto que ama a las personas y aborrece los vicios; y en tal manera condeciende a los amigos, que no se mezcla con los vicios de ellos, lo cual en soberano grado guardó el Salvador, para que así lo hiciésemos nosotros, del cual dice San Pablo [8]: *Convenía que tuviésemos tal Pontífice santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más alto que los cielos.* Aquí dice San Pablo que era Cristo apartado de los pecadores, y el Evangelio dice que comía con ellos, y aun los iba a buscar; empero, no contradice lo uno a lo otro, ca el discreto amor que Cristo les tenía sabía tener con ellos conversación en lo corporal y estar de ellos más apartado que los cielos en lo espiritual;

[7] I Cor. 13, 5.
[8] Hebr. 7, 26.

y de esta manera has tú de amar a tus prójimos, que en las cosas buenas y santas y limpias te hallen, y en las otras apártalas de ti, huyendo de ellas cielos y tierra, si menester fuere. La hora que tu amigo te ruega lo que no conviene, piensa que comienza a faltar el amistad, y que tu plata se le vuelve en escoria, y su vino se mezcla con agua y no buena; porque San Pablo dice que el amor del prójimo no obra mal. Y porque veas cuanta discreción ha menester el amor del prójimo, mira que dice San Agustín: «La verdadera caridad se llama *amistad*, y ordénase para desechar todo vicio, y aquel consentimiento del amar con benevolencia se llama también *amistad*, que con alguna dulcedumbre se mueve dentro y se siente. Donde hay tal amistad, allí está un querer y un no querer, y tanto más dulcemente, y tanto más seguramente, y tanto más suavemente, cuanto más santamente. Donde los que así se aman, ninguna cosa pueden querer que no parezca bien, ni ninguna cosa que fuera mejor no haberlo querido. A esta amistad dirige la prudencia, y a ésta rige la justicia, y a ésta guarda la fortaleza, y a ésta da moderación la templanza». Para, pues, hermano, mientes, que no falte la discreción en tu amistad, porque, si ella falta, los que os habíades hecho amigos para mejor servir a Cristo, os tornaréis contra él; como Herodes y Pilatos, que en la muerte de Cristo se hicieron amigos. Y mira también que no os hagáis de concierto, como Herodes y Herodías para matar a San Juan, que es la gracia, mediante la rapaza bailadora, que es la sensualidad. La caridad se llama *yugo*, porque en tal manera junta los amigos, que solamente conviene para las cosas altas y espirituales; empero, guárdate de la caridad mundana, que por mejor decir es carnalidad y junta los que se aman para hacer mal, como se juntaron las zorras de Sansón, atadas las colas y llenas de fuego, para hacer mal.

Item, el amor de Cristo fué muy extendido, así a las personas como a las cosas, y aun al tiempo. Muchos hubo que tuvieron gran amor a su tierra y padecieron mucho por su amor, y amaron en gran manera a su linaje y sangre, y otros hicieron mucho por sus amigos; mas Cristo extendió tanto su amor, que no hay quien se esconda del calor de su caridad; y por esto se compara en la Escritura al sol, que muy difusamente envía sus rayos por todo el mundo y aun debajo de la tierra; en tal manera, que se pueda decir [9]: *El sol alumbrado miró por todas las cosas, y su obra está llena de la gloria del Señor*. El sol es Cristo, fuente de amor. Así como el sol es fuente de ca-

[9] Eccli. 42, 16.

lor, la lumbre suya es el amor del prójimo, que tuvo sin alguna oscuridad de torcido rostro; de la cual lumbre dice San Juan [10]: *Mandamiento nuevo os escribo, el cual es verdadero y en sí y en vosotros, porque las tinieblas ya pasaron y luce ya la verdadera lumbre; el que dice que está en luz aborrece a su hermano, en tinieblas está hasta agora; mas el que ama a su hermano, en lumbre permanece, y no hay escándalo en él.*

Muy reciente estaba en la memoria de este amado apóstol aquella novedad del amor del prójimo que sobre cena les había intimado el Salvador, que verificó en sí este mandamiento para lo verificar en nosotros, cumpliólo él para que nosotros lo cumpliésemos y alcanzásemos por él mucha claridad y serenidad de conciencia; ca la obra de este mandamiento tiene propiedad de esclarecer los corazones, y por esto dijo San Juan que permanecía en luz el que amaba a su prójimo, y no solamente permanece él en luz, mas a los otros parece que va el rayo de nuestro amor para que no nos muestren la cara oscura, sino muy clara y muy alegre; porque cosa es de singular gozo morar los hermanos en un amor, y que éste sea de Cristo, que, como sol, según se dijo, alumbró todas las cosas amando, como de oriente a poniente, a los amigos y enemigos. Y dió la vuelta por el mediodía amando sus deudos y parientes, que al fin del mundo ha de recoger, si alguno quedare; y vuélvese a la parte de aquilón amando los extraños; de manera que su amor del prójimo es como la lumbre del sol, que a todos mira, no para se inficionar con los malos, sino para les mostrar camino por do vengan a él, ca la lumbre, aunque alumbre los muladares, no se ensucia. Si quieres, pues, tú, hermano, ver la luz del amor del prójimo en la luz de Cristo, que te manda que lo ames como lo amó él, has de extender mucho tu caridad y querer muy de corazón que todos los hombres sean salvos, de cualquier linaje y casta y tierra y nación que sean, porque así salga por toda la tierra el sonido de tu amor como salió el de Cristo, que como luz se extendió por todo el mundo.

Y para mientes que, si así no extiendes la luz de tu amor, no podrás predicar el Evangelio a toda criatura, como lo manda Cristo; y si no coges con él, a lo menos en el deseo de la salvación de todo hombre, diráte el Señor que derramas y que no amas al prójimo como él lo amó; el cual no lanzó fuera a hombre del mundo que viniese a él, en figura de lo cual dió beso de paz a Judas, no con amargura de corazón, sino con prontísimo amor de su sa-

[10] I Ioan. 2, 8-11.

lud, si él conociera o estimara el día de su visitación. Allí lo llamó *amigo*, cuasi diciéndole que estaba presto para lo amar si él no fuera rebelde a la lumbre de su amor, que a todos alumbra cuantos vienen a este mundo; y por esto se puso en lo alto de la cruz, para que los que entraren en la casa de este mundo sean radiados, ilustrados y esclarecidos con el rayo de su amor. Mira cuán extendido eres obligado a tener el amor del prójimo a todo hombre viador que, si fuese menester y viniese caso en que no se podía salvar el más perro judío del mundo sin que tú murieses, eres obligado a lo hacer cuando se ofreciese tal paso, y agora debes tener para ello pronta la voluntad, que debe tener tan ancho el seno de su amor que a todos admita y aun quiera morir corporalmente porque vivan nuestros prójimos en el cielo con nosotros para siempre.

Conforme a esta razón dice San Juan [11]: *En esto conocemos la caridad de Dios, que él puso por nosotros su ánima y nosotros debemos por los hermanos poner nuestras ánimas.* Sobre esto dice la *Glosa Interlineal*, en persona de San Juan: «Por muchas maneras probé que hemos de tener caridad, empero para venir al fin por la caridad debemos poner el ánima por los hermanos, así como Cristo puso su ánima por todos nosotros». Otra *Glosa* dice: «Nosotros debemos poner la vida corporal por la salud espiritual de los hermanos, y esta deuda se prueba por la orden de la caridad, según la cual ha de ser primero Dios amado sobre todas las cosas y después de él nuestra propia ánima, y lo tercero el ánima de nuestro prójimo, y lo cuarto y último nuestro propio cuerpo, según dice San Agustín en el primero *De doctrina cristiana*». El bien menos amable, según derecha orden, se debe poner por la salud del bien más amable; por lo cual ha de ser puesta la vida corporal por la espiritual salud del prójimo. Y mira que, según dice Santo Tomás [12], un mesmo espiritual parentesco se denota en estos tres nombres: *amigo, prójimo y hermano;* lo cual solamente tiene verdad en el caso presente.

No solamente se extendió el amor de Cristo a cualquier prójimo, sino a cualquier cosa del mundo; y por esto le dice el Sabio [13]: *Señor, todas las cosas que tienen ser amarás.* Si tú quieres amar como Cristo, también has de extender tu amor a todas las cosas que son de tus prójimos; conforme a lo cual, se dice que no seas negligente en conservar lo que de tu prójimo vieres a mal cobro o

[11] I Ioan. 3, 16.
[12] *Summa Theol.*, 2-2, q. 44, a. 7.
[13] Sap. 11, 25.

perdido. Pues que Cristo amó a nosotros y a nuestras cosas, también debemos nosotros amar a nuestros prójimos y a sus cosas por él, pues que el piadoso amor a todo sirve. No solamente se extendió el amor de Cristo a nosotros y a nuestras cosas, mas extendióse con infatigable perseverancia hasta el fin, según dice San Juan. Nunca cesó jamás de amar los que una vez recibió en amigos; lo cual debes tú también guardar con tu prójimo, no dejándolo de amar aunque se haga pobre; ca si apartándose de él la prosperidad se aparta de él tu amor, será manifiesta señal que no amabas a él, sino a sus riquezas. Conforme a lo cual dice San Gregorio: «Cuando alguno, puesto en prosperidad, es amado, cosa incierta es si se ama la prosperidad o la persona; mas el perdimiento de la prosperidad pregunta cuál fué la fuerza del amor. El que menosprecia a su prójimo puesto en adversidad, manifiestamente es convencido que no lo amaba en la prosperidad». Y Boecio dice: «La contraria fortuna te apartará los dudosos amigos de los ciertos: cuando se fué la prosperidad se llevó sus amigos y dejó los tuyos; y agora deja de llorar las perdidas riquezas, pues hallaste una preciosísima manera de riquezas, que son los fieles amigos».

Para que veas cuán continuamente debes amar, mira qué dice San Agustín sobre aquello de Salomón [14]: *Todo tiempo ama el que es amigo*. Manifiestamente declara que la amistad ha de ser eterna si es verdadera. Y quiero que sepas que no es amigo el que ofendió al que una vez recibió en amistad, ni gustó los deleites altos de la verdadera amistad el que, aun ofendido, dejó de amar al que una vez amó; sino que, aunque sea reprehendido, aunque sea echado en el fuego, aunque sea crucificado, todo tiempo ama el que es amigo. No te hayas, pues, hermano, con tus amigos como los canónigos que, al tiempo de la paga, visitan devotamente la iglesia y después no se curan de ella; ni seas en esto semejante a los apóstoles, que a la Cena se hallaron juntos y a la prisión echó cada uno por su cabo. Cata que son reprehendidos en la Escritura los amigos temporales, ca esto son como los gatos, que se juntan al tiempo de comer, y como los viñaderos, que no visitan las viñas sino al tiempo de la fruta, y como los muchachos, que aman las flores mientras están hermosas; empero el señor de la viña y el boticario en todo tiempo suelen visitar y amar estas cosas.

Amónos también Cristo con *amor eficacísimo;* ca puso por nosotros sus bienes y, dejando su heredad, fué por

[14] Prov. 17, 17.

nos hecho pobre, y sufriendo intolerables dolores entregó su amantísima ánima por nos en las manos de sus enemigos; y no contento con esto, hízonos grandes mercedes de dones espirituales y divinos y continuos sacramentos, donde viven las obras de su amor, que fué tan intenso y profundo en su amoroso Corazón, que no se pudo contener sin que se abriese su costado para que por allí brotase y saliese para provecho nuestro y descanso suyo. Empero, porque nos es imposible imitar en cosas tan altas su amor, bástanos en cuanto a esto aquello que nos dice San Juan [15]: *Hijuelos, no amemos con palabra ni con la lengua, sino con la obra y con la verdad.*

Aquel ama de palabra a su prójimo que en sus necesidades cumple con él de palabra sin lo remediar, y por no decirle *de no*, lo trae en largas; lo cual reprehende el Sabio, diciendo [16]: *No digas a tu amigo: «Ve y tórnate, mañana te lo daré», cuando luego se lo pudieras dar.* Aquel ama con la lengua a su amigo, que piensa ganarle el corazón con lisonjas y vanas alabanzas; lo cual defiende el Sabio, diciendo [17]: *El hombre que con blandos y fingidos sermones habla a su amigo, una red echa a sus pasos.* Enredan los lisonjeros y atan unas razones con otras para tomar por arte de palabras los que no son sabios. Más seguro es a las aves el desabrido sonido que hace el labrador para las desechar de su era que no el silbo dulce del pajarero ni sus regalos; y así es al hombre más segura la reprehensión que la lisonja, según aquello del Sabio [18]: *Mejor es la manifiesta corrección que el amor escondido.* No ames, pues, hermano, *de palabra,* que es amor de burla; *ni de lengua,* que es amor de engaño; sino con amor *de obra,* que, callando, hace lo que ha de hacer, y no se detiene en palabras ni sufre ser mucho rogado, sino que tanto habla menos cuanto es mayor y obra mayores cosas, y quieren que sean menos loadas porque le parecen pocas, si dentro está multiplicado el amor y no te basta amar al prójimo en obra, sino en verdad; lo cual pone San Juan contra los que hacen obras de amigos y tienen afición de enemigos, según esto se dice: *mano besa hombre que querría ver cortada.*

Entonces mientes cuando dices una cosa por la boca y tienes otras en el corazón; y entonces será tu amor mentiroso cuando lo mostrares de fuera y no lo tuvieres de dentro; en lo cual no imitarás a Cristo, sino a Judas. Aquel ama en verdad que ama de obra y de corazón;

[15] I Ioan. 3, 18
[16] Prov. 3, 28
[17] Prov. 29, 5.
[18] Prov. 27, 5

y aquel ama también en verdad que ama en Cristo; conforme a lo cual dice San Agustín: «Ninguno puede ser verdaderamente amigo del hombre si primero no fuere amigo de la mesma verdad». Pues Cristo es verdad, aquel ama a su prójimo que lo ama en Cristo; y entonces amarás a tu prójimo como Cristo lo amó cuando lo amares en Cristo y para Cristo; porque Cristo para sí nos amó, queriéndonos hacer particioneros de sí mesmos. Ama, pues, a tu prójimo, no para murmurar y parlar con él ni para hablar palabras ociosas y perder tiempo, ca este tal amor es de palabra y de lengua, según ha dicho San Juan; empero, si lo amas en Cristo para que él te lleve a Cristo y tú también lo lleves a Cristo, entonces lo amarás muy en verdad.

En mandarnos Cristo que nos amásemos como él nos amó parece que añadió sobre el mandamiento común, que dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mesmo*. Más nos amó Cristo en algún tiempo que a sí mesmo, y, por tanto, en mandarme que yo ame a mi prójimo como él me amó parece querer decir que lo ame más que a mí mesmo. Que Cristo nos amase más que a sí parece estar manifiesto, pues con tantos trabajos nos buscó; él ayunaba porque nosotros comiésemos, él trabajaba porque holgásemos, él se humilló por nos ensalzar, él se vendió para nos rescatar, y aun se desolló para nos vestir, y murió a terribles tormentos porque nosotros viviésemos de vida perdurable. Cosa notoria es al cristiano que Cristo dió a sí mesmo por precio de nuestra redención, y lo que nos hace dar el precio cuando algo compramos es el mayor amor que tenemos a la cosa comprada que a lo que damos por ella; ca si no amara el evangélico mercader la preciosa margarita que su hacienda, no se desposeyera de ella por la haber; de manera que pues dió Cristo a sí mesmo por ti, más te amó que a sí. Y no solamente dió a sí mesmo, sino con añadidura de dos mil tormentos, manifestativos del grandísimo amor; en tal manera que la sustancia de su casa, que era la sangre y vida de su precioso cuerpo, cuasi no tenía en nada para manifestar el ardentísimo amor nuestro que dentro en el arca de su muy ancho Corazón tenía.

Ya comenzamos a decir que era imposible al hombre igualar de él con el amor que Cristo nos tuvo, ca todavía hay gran exceso de la viva y natural imagen a las que trasladan los pintores y de la lumbre del sol a la que reciben todas las otras lumbreras del cielo: empero podemos con justa causa decir que, en mandarte Cristo que ames a tu prójimo como él te amó, te quiso declarar el mandamiento común que te manda amarlo como a ti

mesmo; ca como tú no sepas amar a ti mesmo, ni aun te ames, fué menester que te pusiesen ejemplo en el que ni jamás dejó de amar perfectamente a sí mesmo ni fué tibio en el amor del prójimo. No ames, pues, al prójimo con el mal amor que a ti te amas, ca de esa manera más de verdad lo aborrecerás; sino ámalo como Cristo lo amó, el cual, no teniendo en sí algún mal amor, siempre amó al prójimo con toda manera de buen amor. Si tú sabes amar a ti, basta que ames al prójimo como a ti mesmo; empero, si no sabes amar a ti, ámalo como Cristo lo amó, si quieres saber amar los prójimos, ca muy pocos aciertan en esto.

Podíamos tratar al presente del tiempo en que somos obligados a hacer obras de amor a nuestros prójimos, ca puesto que seamos siempre muy obligados a nunca los ofender, no tenemos obligación para los estar siempre amando ni es cosa fácil determinar cuándo les debamos hacer obras de amor, porque si reducimos esto a la extrema necesidad, paréceme cosa de burla, pues que aquel estado más es para llamar al confesor o al físico que a otro bienhechor, y más es para tomar una almendrada que para comer pan; empero, si no quieren tomar el vocablo en rigor, menester es que mostremos obras de amor a nuestro prójimo antes que comience a peligrar, y no curemos de pensar que lo proveerá otro, ca de esta manera echaremos el mandamiento que Dios nos impuso sobre los otros y al tiempo de la cuenta sernos ha puesto delante cuán presto nos amó Cristo y cómo no se fió de nadie en lo que tocaba a lo que nos cumplía.

CAPÍTULO XXXVII

De la ley de amor que has de tener con tu prójimo en le dar limosna

Porque veas cuán antigua y general y cuán necesaria es aquesta ley de clemencia, que consiste en dar alegremente de lo que hombre posee al que lo ha menester, has de notar que tanto el hombre justo es mejor cuanto remeda e imita más a nuestro Señor Dios en las cosas más excelentes que él tiene y quiere ser de nosotros remedado con amorosa imitación.

Una de las cosas más notables en que la divina bondad nos mostró el amor que nos tiene es hacernos a su

semejanza para nos dar ánimo y santa osadía de imitar en Dios cosas admirables. Y esta imitación a que muchas veces la Santa Escritura nos provoca quiso el Señor mandarnos, porque no nos detuviésemos en comparar unos santos a otros, ca esta comparación suele ser odiosa, y no la que consiste en la mayor imitación de Dios. Item, quísonos Dios obligar a la conformidad y semejanza suya por quitarnos la ocasión de ser peores, ca suelen los que aun no son pésimos compararse a los que ya lo son, por cobrar siquiera así alguna color de bondad; de lo cual reprehende Jeremías a una diciendo [1]: *Justificó su ánima esta mujer litigiosa, Israel, en comparación de su hermana, Judea.* Finalmente, que el Señor nos dice que seamos santos, pues que él es santo, y que lo remedemos en cosas grandes, porque levantemos a él todo nuestro cuidado y amor y alcemos nuestros ánimos a las cosas celestiales y divinas para que fuimos criados; donde lo que más debemos imitar para con el prójimo es la largueza muy franca del Señor que nos crió, al cual es cosa tan propria el dar que lo contrario le sea imposible.

Como toda manera de plenitud esté en nuestro Señor Dios, parece serle cosa imposible el recebir, porque es fuente plenísima, de cuya plenitud todos reciben tan sin usura que se diga no tener él necesidad de nuestros bienes, porque nada de lo que da falta en él. Es a nuestro Señor tan aneja y natural la franqueza, que soberanamente la ejercitó antes de los siglos, cuando dió a sí mesmo sin reservar cosa por tan divina arte, que el Padre Eterno se dió al Hijo y al Espíritu Santo enteramente, comunicando toda su impartible esencia y ser de todo punto; empero los teólogos, para distinguir entre sí las procesiones divinas, dicen que el Espíritu Santo es por manera de don, y el Hijo de Dios es por manera de natividad; aunque también podamos decir que el Hijo de Dios es por manera de don, porque él mesmo dice en el Evangelio [2]: *Mayor es que todas las cosas lo que me dió el Padre*, conviene a saber: su esencia. No solamente dió nuestro Señor con infinita largueza a sí mesmo, mas cuando crió todas las cosas, ninguna dejó sin bendición, dándole don especial, según convenía; y al hombre, por ser hecho muy a su semejanza, dió de su mesma bondad, porque el mesmo Señor dice [3]: *que derrama en abundancia de su espíritu sobre nosotros;* y al Espíritu Santo se atribuye la bondad, como al Padre la potencia, y al Hijo sabiduría.

[1] Ier. 3, 11.
[2] Ioan. 3, 35.
[3] Tit. 3, 6.

Dándonos el Padre soberano de su bondad, quísonos la dar con la condición que él la poseía. La bondad en Dios es dadivosa y también lo ha de ser en ti, porque con su carga y con su honra te la comunica. En Dios se comunica y da la bondad en dos maneras: *necesariamente* y *contingente*. La primera manera no se puede evitar, y la segunda, sí. De esta manera ha de haber en ti dos maneras de dar a tus prójimos: la primera es *necesaria*, porque cae so mandamiento que necesariamente nos obliga. Esta obligación no es de parte nuestra *necesaria* en cuanto a la ejecución de la obra, que la hayamos de hacer por fuerza, como pensaban unos herejes que decían forzarnos el Espíritu Santo a hacer bondad, y movíanse, porque dice el profeta Ezequiel que los santos animales iban hacia donde se inclinaba el ímpetu del espíritu. Mirando bien, este dicho no quiere decir que el Espíritu Santo fuerza a los que hacen buenas obras, porque no se dice que corrían o aguijaban los santos animales, sino que se iban paseando muy a su voluntad hacia do era el ímpetu del espíritu, que convida y no constriñe, inflama y no quema, mueve y no fuerza.

La primera manera de dar el cristiano, conviene decimos ser *necesaria* de parte del mandamiento que es obligatorio y que *necesariamente* lo has de guardar para salvarte. Otra manera de hacer limosna conviene también al cristiano, y ésta decimos *contingente*, porque es cosa que acontece y no es de fuerza, sino de consejo, cuando hombre da lo que ha menester para su persona o lo da a persona que no tiene mucha necesidad. Ninguna buena ley se halla que no nos encargue mucho el dar de las limosnas, porque la ley natural dice que hagas a tu prójimo lo que tú querrías que él hiciese contigo; y pues tú, viniendo en alguna necesidad, querrías ser de él socorrido, también lo debes socorrer estando él necesitado; ca de otra manera, detenerse ha en ti la bondad del Señor, que en él es dadivosa y en ti escasa.

Todas las cosas naturales nos predican largueza si miramos en ello; porque las ovejas nos dan su lana para cubrir nuestra desnudez, y las aguas nos dan sus peces para nos mantener, y los árboles y la tierra nos dan sus frutos para nuestra recreación; de manera que nos mantenemos de limosnas que nos hacen todas las criaturas. Es tan amada la comunicación y largueza entre todas las cosas, que no se sufre haber cosa vacía porque no cese la comunicación y socorro que dan las causas superiores a las inferiores ni se corte aquella influencia común que desciende del cielo a la tierra.

No sólo es de ley natural y de divina imitación el ha-

cer caridad, empero también lo manda la ley escrita, que dice [4]: *Mándote que abras tus manos a tu hermano necesitado.* Y eran otrosí obligados los hebreos a dejar espigas en el restrojo y no vendimiar ciertos años por dejar para los pobres. Para probar Santo Tomás que la limosna es de obligación en la ley de gracia, dice que pues eres tenido de amar al prójimo, y este amor, según dice San Juan, no ha de ser solamente de lengua y de palabra, sino de obra y de verdad, síguese que si verdaderamente lo amares, socorrerlo has en sus necesidades con tus limosnas. Esta probación no es menester sino para decir que la limosna es de precepto, porque se incluye en los diez mandamientos de Dios; empero tampoco hay de esto necesidad, porque en el Evangelio tenemos mandamiento expreso que dice [5]: *Dad limosna de lo que sobra.* De lo que sobra a tu persona y a los tuyos eres obligado a hacer limosna a los necesitados, aunque por esto vinieses en tanta necesidad que se perdiese todo tu estado; de manera que las riquezas que sustentan tu estado se cuentan entre las cosas superfluas, que eres obligado a distribuir, si menester fuere, viendo a otros en extrema necesidad. Si mirasen bien esto los señores y ricos hombres del mundo, venderían sus caballos y sayones para socorrer la vida del prójimo, que debe más amar que no a su propio estado y hacienda.

Cosa es averiguada entre los que saben que, si tienes de qué, eres obligado a remediar todos los que vieres puestos en extrema necesidad, si conoces que de otra parte no les puede venir favor. Y no pienses que *extrema necesidad* se dice en este caso solamente alguna *grave enfermedad* ni el artículo de la muerte, porque los que están en esto no tienen ya disposición para ser socorridos de los hombres, sino de Dios; porque ya no pueden comer pan ni carne, sino sustancias y almendradas. Aquel se dirá en el caso presente estar en extrema necesidad que permaneciendo así no puede conservar la salud ni la vida. Si ves que no tiene el pobre o la viuda qué comer, o está sin vestiduras, o está enfermo y no tiene con qué curarse, tú eres obligado a se lo dar teniéndolo, porque es tu prójimo y te manda nuestro Señor dar limosna. Allende de esto has de saber que hay dos maneras de vida corporal y espiritual; ambas estas eres obligado a conservar en tu prójimo, si puedes, con tu limosna o consejo, ca viendo tú que uno quiere pecar mortalmente por suplir de aquella manera su necesidad, eres obligado a

4 Deut. 15, 11
5 Luc. 15, 41

le socorrer porque no peque, como lo hizo San Nicolás dando casamiento a las doncellas que estaban para se ir a la casa pública por no tener que comer en la de su padre. ¡Oh, cuántas y cuántos pecan hoy en el mundo! Por no tener de otra manera con que vivan, mantienen la vida del cuerpo con torpe ganancia, no mirando que matan su ánima y tú la tuya si no lo socorres teniendo de qué.

Para mientes que eres más obligado a hacer limosnas a los que piensas que pecarán por falta de ella que no a los otros, porque éstos están en mayor peligro. De donde se sigue que eres más tenido a socorrer a las doncellas pobres que no frailes, ni monjas, ni a otros cualesquier necesitados, porque están en peligro de pecar muy manifiesta y tienen gran ocasión para ello, ca la pobreza les es escalera del infierno.

Muchas ánimas llevarán a cuestas al infierno los señores y ricos hombres de los pueblos por no poner cobro en las doncellas necesitadas, que, como parte más flaca, han de ser primero socorridas y remediadas, porque hallada la ocasión no usen mal de sí. Diversa es la obligación que acerca del hacer limosna tienen los ricoshombres seglares y los ricos eclesiásticos que tienen renta, porque a los primeros basta socorrer los pobres que conocen; ca no son obligados a los buscar, si de consejo no lo quieren hacer; mas los que llevan renta de la Iglesia, son tenidos a conocer y buscar los pobres de su pueblo para socorrerlos, porque tienen el patrimonio de Cristo, Padre de los pobres, y son obligados a gastar en obras de piedad, no pequeña, sino gran parte de él. Para que vean los eclesiásticos cuánto cuidado deben tener de los pobres, lean la décima *Epístola* de San Cipriano, donde aun los pobres de otro lugar quería mantener en su Iglesia. No piensen los mesmos pobres que son del todo ajenos de este mandamiento, porque ya que no tengan hacienda, pueden tener buen consejo y compasión para se doler de los que padecen; lo cual si no hacen, no es de creer, según dice San Juan, que mora en ellos la caridad del Padre celestial. Hay algunos tan dadivosos, que les parece poco lo que el Salvador dijo cuando nos mandó dar en limosna lo que sobraba; y de hecho parece poca limosna ésta, porque a nadie veo que sobra y ninguno dice *basta*, y ya que sobre, aquello parece que se había de perder, y, por tanto, darlo será de poco merecimiento. Mirando a la demasía humana, que siempre dice *daca, daca*, ninguno tiene cosa sobrada, ni el papa, ni el emperador, pues, mientra más tienen, más quieren; empero, mirando solamente a la natural necesidad, hallarás que sobra un vestido al

que tiene dos, y al que tiene dos pares de zapatos le sobra el uno. De manera que con pocas cosas y pobres se contenta nuestra naturaleza; lo cual pareció muchos años, por ejemplo, en el mundo, cuando los innumerables padres de Egipto, sin tener renta ni lisonjear a nadie para le sacar limosna, se satisfacían y mantenían bien con sólo el trabajo de sus manos, y aun les quedaba para dar a los pobres; así que mucho te sobrará si midieres lo que tu persona ha menester, proveyéndola, no para fantasía, sino conservar la vida humana.

Todo lo que te sobra después de proveída tu persona, como dicho es, has de dar necesariamente a los que están en extrema necesidad, si salvarte quieres, aunque sepas despedir tus criados y deshacer la rueda de tu estado y fantasía de que, como pavón, te aprecias. Porque el Señor ningún bien veda en el Evangelio, antes lo favorece más que jamás, porque agora es tiempo de misericordia, dice para nos provocar a la limosna de consejo que vendamos todo lo que tenemos y lo demos a los pobres, y aun para provocar a los que no tienen qué vender, dice San Marcos y San Lucas que se paró el Señor a mirar los que ofreciendo en el templo echaban dones grandes en el arca del Tesoro, porque eran ricos y lo podían hacer; empero, al cabo vino una vejezuela viuda y pobre que no tenía sino dos cornados, y echándolos en el arca del Tesoro, dijo el Señor a sus discípulos que para esto ayuntó [6]: *Dígoos, en verdad, que esta viuda pobre más ha ofrecido que todos, porque los otros ofrecieron de lo que les sobraba; empero, ésta ofreció todo el mantenimiento de su pobreza.* Bien parece que alaba y aceta mucho en este ejemplo nuestro Señor esa poquita limosna que un pobre puede hacer a otro, aunque no sea sino un poco de agua fría; lo cual aun cuasi a la letra hizo el mesmo Salvador, cuando al pie de la cruz dejó beber a los otros condenados del vino que también para él habían traído, y por se lo dar teniendo él más necesidad que no ellos, calló; y aquejándolo la sed, tornólo a pedir en la cruz, donde en su lugar le dieron hiel y vinagre, cuasi zahiriéndole la caridad que había hecho a los otros.

---

[6] Luc. 21, 3.

CAPÍTULO XXXVIII

DE LA LEY DE GRATITUD QUE TIENE LA LIMOSNA CON EL QUE LA HACE

La limosna que el cristiano es obligado a hacer, se figura en la escalera de Jacob, que de la tierra llegaba al cielo, y el Señor estaba arrimado a lo más alto de ella, y los ángeles subían y descendían por ella. Una escalera pones para subir al cielo cada vez que haces limosna; el pie de esta escalera se dice estar en la tierra, porque aquí se ejercitan las obras de misericordia; y el Señor está arrimado a la escalera de tu limosna, porque la toma por medio para te hacer bien, como parece en la sentencia que se dará el día del juicio, donde llama el Señor a los justos porque dieron de comer a los pobres, y vistieron los desnudos, y consolaron los enfermos, y hicieron las otras obras de misericordia. A la letra suben y descienden los ángeles por la escalera de la limosna, como parece en el ángel de aquel gran limosnero Cornelio, y en el ángel de Tobías, que, por le ver hacer limosna, era muy solícito en hacer por él. De Cornelio se dice que hacía muchas limosnas al pueblo, ca era su caridad general; a éste apareció el ángel, y díjole [1]: *Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido delante de Dios.* Y el ángel dijo a Tobías [2]: *Buena es la oración con ayuno y limosna, mejor que no guardar tesoros de oro, porque la limosna libra de la muerte, y ella es la que purga los pecados, y hace que hallemos la vida eterna;* y a San Martín aparecieron los ángeles y Cristo vestido con su limosna.

Lo *bajo* de la escalera, que es la limosna, señaló el ángel en decir que purga los pecados, y lo *alto* en decir que nos hace hallar la vida eterna. Si nuestro Señor mostró con alegría a los ángeles la mitad de la capa que por su amor había dado San Martín en limosna al pobre, ¿no te parece que tienen ellos razón de tomar por medio tu limosna para subir de ti al Señor, llevándole tus deseos y oraciones, y decender de él a ti para te traer firmadas tus peticiones? Esta escalera, que es la limosna, ha de tener dos lados o pies muy firmes, que son dos consideraciones

[1] Act. 10, 4
[2] Tob. 12, 8

que han de estar fijas y asentadas en tu corazón cuando das la limosna. Y la una sea pensar que el mesmo Cristo es aquel que pide o rescibe de ti la limosna; porque él dice que hacemos a él cualquier cosa que hacemos a uno de sus pequeñuelos. Así que, pues él toma el negocio por suyo, quita tu consideración del pobre y ponla en Cristo, que como leproso y pobre quiso ser visto en este mundo, y allá en el cielo recibe lo que tú das acá por él en la tierra. Algunos hay muy mal mirados que, dejando de considerar a Cristo en el pobre, miran que es su amigo, o su pariente, o que algún tiempo los podrá servir, o que los alabará de limosnero; todas estas consideraciones son de pie quebrado, que presto cae, porque falta allí Cristo, al cual se debe ordenar la principal intención, porque él es madero verde, que no se puede pudrir ni carcomer por falta alguna. La otra consideración que has de tener, será como pie siniestro de tu escalera, porque el diestro es Cristo, y el siniestro eres tú mesmo; de manera que has de considerar, cuando das limosna, que tú has de pedir mucho a aquel por cuyo amor das poco, lo cual consideraba el Sabio cuando decía [3]: *El que es teniente de los oídos para el clamor del pobre, él clamará y no será oído.* E Catón dice: «Pues que tú has de pedir cosas grandes, no dudes de dar las cosas pequeñas». E Tobías dice a su hijo [4]: *Haz limosna de tu hacienda y no quieras torcer la cara a pobre alguno, porque de esta manera ni el Señor volverá de ti su cara.* ¡Oh Padre soberano, y cómo seríamos provocados y prestos para hacer limosna a nuestros prójimos si pensásemos que te habrás tú con nosotros como nosotros nos hubiéremos con ellos! No quesiste oír ni conocer las vírgenes locas porque no tenían cuando veniste a ellas olio de misericordia; ni oíste al rico avariento porque él no oyó a Lázaro el pobre; ni oirás el día del juicio a los que dijeren haber hecho maravillas en tu nombre, porque ellos no oyeron a los que pedían por tu amor.

Pues aquesta consideración, que es el segundo pie del escalera, consiste en pensar que si te halla duro el pobre, duro hallarás tú a Dios, y si le respondes con aspereza, áspero te será el Señor, y si te haces sordo, tampoco serás oído, y si apartas de él la cara, tú no verás la de Dios: empero, ciento tanto de misericordia hallarás en Dios si tú eres misericordioso con el pobre por su amor, conforme a aquello del Sabio [5]: *A logro da el Señor al que ha misericordia del pobre.* De aquí se sigue que lo que dan

[3] Prov. 21. 13
[4] Tob. 4. 7.
[5] Prov. 19. 4.

los caballeros a las damas y a los truhanes, y los presentes que unos a otros se hacen, todo va con mal; porque, según dice Jeremías, echan las riquezas en saco roto, que no las pueden conservar, los cuales, según dice un doctor, se compara muy bien a los asnos, que no orinan sino cuando han de pasar algún arroyo, echando agua do no es menester y dejando la tierra seca; porque los que mucho dan a damas y truhanes, siempre veréis que dan poco a pobres.

Los grados de esta escalera son los frutos de la limosna, que son nueve, a reverencia de los nueve coros de los ángeles, conviene a saber: *satisfación por los pecados pasados, y resistencia para los presentes, y aviso para te guardar de los por venir.* Estos tres escalones de la limosna, escalera del cielo, convienen a la primera jerarquía, que nos purga de nuestros pecados; y a la segunda, que se apropia el alumbrar, convienen otros tres, que son: *crecer en merecimientos, y tener aplacado a Dios, y ganar de él lo que demandamos.* A la tercera jerarquía, que nos perfecciona, convienen otros tres, que son: *alcanzarnos la bendición de todos, y seguridad el día del juicio, y silla en la gloria de Dios.* Estos nueve escalones hacemos de nueve autoridades de la Sagrada Escritura, que es la montaña de do se toma la madera para hacer esta bendita escalera; de manera que estas nueve autoridades son como nueve maderos muy recios. Comenzando a los asentar, notaremos, cuanto al primero, aquello de Daniel [6]: *Redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con las misericordias de los pobres.* Este es el primer escalón en que, por la limosna, se remedian los pecados pasados; y del segundo escalón, que es el remedio de los pecados que al presente nos dan pena, dice el Sabio: [7]: *El agua mata el fuego ardiente, y la limosna resiste a los pecados.* Si tornas muchas veces a tus malas costumbres, torna muchas veces a hacer limosna, y podrás resistir a tu mala inclinación como el agua al fuego. El tercer escalón es el remedio de los pecados por venir, y de éste dice el Sabio [8]: *Dios es guarda del que hace limosna, y se acuerda para después, y en el tiempo de caída hallará el hombre limosnero firmeza.* El cuarto escalón es el acrecentamiento de los merecimientos, del cual dice el Sabio [9]: *Unos dividen sus cosas propias, y se hacen más ricos.* Del quinto escalón, que es tener a Dios aplacado, dice To-

---

[6] Dan. 4, 24.
[7] Eccli. 3, 33.
[8] Eccli. 3, 34.
[9] Prov. 11, 24.

bías [10]: *Confianza grande será delante del sumo Dios la limosna a todos los que la hicieren.* Del sexto escalón, que es impetrar lo que hombre pide, dice el Sabio [11]: *Esconde la limosna en el seno del pobre, y ella ora por ti.* El séptimo escalón de la escalera que es la limosna, es alcanzarnos bendición de todos, según aquello de Salomón [12]: *El que es inclinado a misericordia, será bendito en los pueblos.* El octavo escalón es que el misericordioso escapará de las penas infernales y alcanzará misericordia, según aquello de Tobías [13]: *Sé misericordioso de la manera que pudieres; si tuvieres mucho, darás en abundancia; si tuvieres poco, darás poco de buena voluntad, con estudio, y el primer bien que de aquí se seguirá es que atesoras para ti en el día de la necesidad, porque la limosna libra de todo pecado y de la muerte y no padece que el ánima vaya a las tinieblas.* El último escalón y fruto de la limosna es que nos hace lugar en el cielo, porque escrito está [14]: *Toda misericordia hace lugar a cada uno.*

Aquí dice Guillermo parisiense que la limosna tiene por oficio en el cielo señalar lugar a cada uno, y tanto más alto, cuanto aquí más la ejercitó. Aquí se podía hacer al Rey del cielo una pregunta digna de ser sabida: ¿En tan poco, Señor, tenéis el cielo que lo dais por un pedazo de pan o por un jarro de agua fría? Parece que lo tenéis aborrido, pues lo dais por tan poco y parece que dais causa que sea menospreciado, siendo por tan poco habido. No nos espantaría tanto si el emperador diese por una manzana cuanto tiene como nos espanta el bajo precio en que ponéis vuestro alto cielo.—Para responder a esta pregunta es de notar que, según dice San Agustín, diferencia hay del precio de las cosas en cuanto a Dios y en cuanto a nos; en cuanto a nosotros, no se considera el valor de las cosas que se venden por su naturaleza; ca muchas veces acontece venderse por más precio un caballo que un hombre, aunque sea de más excelentísimo natural el hombre; y, por tanto, queda que se considere el precio de lo que se vende según la necesidad que de ello tenemos, según dice Santo Tomás; empero, como nuestro Señor Dios no tenga necesidad alguna, síguese que ha de considerar el valor de sus criaturas según el agradamiento que toma en ellas, y de esta manera, en mucho es de estimar la limosna aunque sea poca, pues que el Señor

---

[10] Tob. 4, 12.
[11] Eccli. 29, 15.
[12] Prov. 22, 9.
[13] Tob. 4, 8-11.
[14] Eccli. 16, 15.

se agrada mucho en ella. La divina voluntad, que todo lo cría, es causa de las cosas, y ella sin duda les puede poner aquel precio que le pluguiere, pues las conoce por entero.

Item, podíase decir a esta pregunta que, cuando hace el cristiano limosna, más da que parece, porque juntamente da su buena voluntad, que vale mucho delante de Dios. Así como el que da a la mujer o a los solicitadores de la lujuria, con el don da también el ánima al demonio, así el que da por amor de Dios, con la limosna da el ánima a Dios; y por esto, más mira o más ve Dios nuestra limosna que nosotros mesmos, el cual dice en el Evangelio que para nos pagar la limosna ve en escondido, porque ve allí lo que nosotros no vemos ni alcanzamos el que recibiendo lo que nos dió dice que nos queda mucho a deber, y se obliga sin ser obligado a dar ciento por uno y la vida eterna.

Una cosa maravillosa queda por ver en esta pregunta, y es que, por mucho que Dios nos dé cuando hacemos limosna, nunca queda él engañado, porque como el Señor no busque su interese, sino el nuestro, hace como el galán que juega con la dama y se hace perdedizo por le ganar el corazón; y de esta manera, en estos trueques de las cosas temporales por las eternas, nos quiere Dios ganar el corazón, porque si dádivas quebrantan peñas, ¿qué corazón hay tan duro que con los dones de Dios no se captive? Si todas las cosas naturales dan más de lo que reciben multiplicando la simiente, ¿cuánto más altamente piensas que terná esta perfición el Hacedor de toda la naturaleza, cuyas manos multiplicaron los panes y los peces? Porque la tierra por su virtud multiplica el grano que da después tantas espigas, y porque el Señor multiplica nuestra limosna y merecimientos, nos ha de dar después tanto galardón que nos pese por no haber dado a pobres cuanto teníamos y aun por no nos haber vendido a nosotros mesmos para socorrer a nuestros hermanos, como lo hizo Cristo para socorrer a nos; el cual, siendo vendido por poco precio, mostró el mucho en que nos tenía, y de esta manera, dándonos mucho por lo poco que damos a los pobres, muestra la estima en que los tiene.

Tengamos, pues, en mucho los pobres, tan estimados de Dios, ca padres nuestros son en representarnos a Cristo, que por nos pareció pobre en el mundo; y señores nuestros son, pues por ellos nos darán el galardón perdurable si aquí los servimos; por sus manos traspasamos nuestros tesoros al cielo; y aun mientra vivimos, nos hace Dios por ellos merced, ca, porque no padezcan tanto, nos envía buenos temporales, y permitió Cristo, habiendo sido pobre,

que su Iglesia tuviese grandes rentas para mantener los pobres, donde todas las rentas de las encomiendas y de los beneficios y de las dignidades eclesiásticas todas se ordenaron para pobres, y para esto se dieron por limosna en sus principios, donde los cristianos no tenían otro estudio mayor que proveer los pobres, porque la necesidad no los hiciese pecar, ni el descontento de la vida trabajosa los hiciese desesperar o ser impacientes contra Dios.

CAPITULO XXXIX

DE LA LEY DE AMOR QUE DEBEMOS A NUESTROS PADRES Y MADRES

Aunque en el mandamiento del amor del prójimo se incluyan los padres, que nos engendraron, como más cercanos y prójimos nuestros, también quiso nuestro Señor darnos especial mandamiento en que nos encargó el amor que les debemos tener, no confiándose en nuestro cuidado, porque creciendo la malicia descrece el estudio de la virtud; y por esto, aunque siendo pequeños tengamos amor a nuestros padres, después, con buscar cada uno para sí, olvida el amor a que más es obligado. Los padres de las religiones, que son los perlados, suelen mandar a sus hijos espirituales, que son los súbditos, algunas cosas que ellos habían de hacer, para que así, juntándose la obediencia que les impone y el amor que ellos tenían a la tal cosa, se acreciente el merecimiento, y por esto dice el profeta [1]: *Honra a tu padre y a tu madre, así como te lo mandó tu Señor Dios, para que vivas luengo tiempo y te vaya bien en la tierra que tu Señor Dios te ha de dar.* Esta obediencia se junta al amor natural que los buenos hijos tienen a sus padres, del cual dice el Sabio [2]: *La nación de ello es obediencia y amor; oíd, hijos del amado, el juicio del padre, y obradlo de tal manera que seáis salvos, porque Dios honró al padre en los hijos.* La nación de los buenos hijos y la propiedad de ellos y lo que siguen y obran con sus padres es obediencia y amor. Y porque sepas amar con estos que en el sobredicho lugar se llaman *hijos de la Sabiduría,* mira que primero se denota la obediencia de ellos que al amor, aunque es primero el amor

[1] Deut. 5, 16
[2] Eccli. 3, 1-2

que la obediencia, porque como toda cosa natural sea primero en tiempo que la postiza que sobreviene, claro está que comúnmente amamos primero a nuestros padres por la propia inclinación que no por habérnoslo Dios mandado; empero, desque crece en nosotros la razón, anteponemos la obediencia al amor natural, amándolos más porque nos lo manda el Señor que no porque la naturaleza nos inclina a ello; y esto se prueba muy a la clara en aquellos de quien se escribe [3]: *El que dijo a su padre y madre no os conozco, y a sus hermanos no sé quién os sois, y no conocieron sus hijos, éstos, Señor, guardaron tu palabra, y guardaron tu conveniencia y tus juicios, oh Jacob, y tú ley, oh Israel.*

Aquel gran luchador que por obediencia y humildad salió con todo lo que quiso, fué muy manifiesta figura de Cristo, mayormente por haber tenido dos nombres significadores de las dos naturalezas de Cristo, cuya ley encendida es de amor, y sus juicios son los del santo Evangelio; y la conveniencia que allí pone para su amor es ésta [4]: *Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun su ánima, no puede ser mi discípulo.* Viendo algunos cómo aquí manda Cristo aborrecer al padre y a la madre, pensaron que daba otro mandamiento contrario al que dió el Padre soberano, que, según primero viste, mandó muy encargadamente que amásemos a nuestros padres; y por quitar este error dice agora Moisén que los que no conocen padre ni madre por amor de Cristo, lo aman aguardando sú ley de amor; empero, porque veas brevemente cuándo has de aborrecer a tu padre y a tu madre por Cristo, nota esto que dice San Crisóstomo sobre las palabras susodichas: «No manda simplemente que los aborrezcas, porque esto muy malo sería, sino que, si quisieren ser más amados que Dios, sean en esto aborrecidos». Según ha dicho este Santo, cuando tus padres quisieren ser más amados que Cristo, entonces lo has de aborrecer, porque Cristo ha de ser más amado, ca es padre de tu ánima y ellos de tu cuerpo, según aquello de San Pablo [5]: *Tuvimos por enseñadores a los padres de nuestra carne y teníamoslos en reverencia, ¿y no obedeceremos mucho más al Padre de los espíritus y viviremos?*

Viendo esto podrás preguntar en qué conocerás cuándo tus padres quieren ser más amados que Cristo, ca es dificultoso de conocer. No me parece mejor vía para saber esto que mirar si te mandan cosas contrarias a la ley

[3] Deut. 33, 9-10.
[4] Luc. 14, 26.
[5] Heb. 12, 9.

de Dios, como las mandaba Herodías a su hija. Si te manda Dios tener paz y tus padres te mandan que andes en bandos, más quieren ser amados que Dios; si te manda Dios no mentir y tus padres te mandan perjurar, más quieren ser amados que Dios; si te manda Dios hacer limosna y tus padres engañar, más quieren ser amados que Dios; si te manda Dios humildad y ellos soberbia, más quieren ser amados que Dios; si te manda él ayunar y ellos comer, más quieren ser amados que Dios; si te manda él oír misa y ellos caminar, más quieren ser amados que Dios; si te manda él restituir y ellos retener, más quieren ser amados que Dios, pues que se anteponen a él, y de ti junto con ellos, si en esto los obedeces, se podrá decir [6]: *Los hijos de los pecadores se hacen hijos de abominación, y los que tienen conversación junto a las casas de los malos, perecerá la heredad de los hijos de los pecadores, y con el linaje de ellos habrá continuación de deshonra, del padre malo se quejan los hijos, ca por él son en deshonra. ¡Ay de vosotros, varones malos que dejasteis la ley del Señor muy alto!*

En el infierno te quejarás de tu padre si agora lo obedeces contra la ley de Dios, como se quejan los demonios de Lucifer, que siendo padre espiritual de ellos para los purgar, alumbrar y perficionar, dejando de hacer esto con ellos fué alguna causa de las cosas contrarias. Tres cosas, conformes a los tres actos jerarcos, es obligado el padre a obrar con su hijo, que son purgarlo de sus pecados con castigo, y alumbrarlo con doctrina, y perficionarlo, poniéndolo en el estado que le conviene; las cuales tres cosas toca el Sabio en tres palabras, diciendo [7]: *Enseña tu hijo, y obra en él, porque no ofendas en su torpeza.* Entonces ofendes en la torpeza de tu hijo cuando no la purgas con castigo, y allende de esto hasle de enseñar a hacer obras de cristiano, y obrar en él, poniéndolo en el estado que le pertenece. Conforme a estas tres cosas, es obligado y tenido el hijo a otras tres, según se colige del tratado que hizo Alejandro de Halés de este negocio en la cuarta parte de la *Suma;* y la primer cosa que es obligado a guardar con sus padres es *amor;* ca los debe amar, no solo con el amor común que ama a los otros hombres, sino con amor especialísimo, que no haya personas en el mundo que después de Dios ame más que a ellos; ca por esto se puso en el principio de la segunda tabla, que habla del amor del prójimo, este mandamiento que toca a nuestros padres, que, según dice la *Glosa,* es el mayor de los siete

[6] Eccli. 41, 8-11.
[7] Eccli. 30, 13.

que allí se contienen, y así ha de ser mayor el amor; por lo cual, dice San Basilio: «Amemos a nuestros padres como a nuestras entrañas». Y *Glosa* dice sobre aquello de Ruth: «*Nacido es el que te ha de amar:* Con razón, cuando nace el niño, se hace singular mención del amor que ha de tener, pues que con tan justo título es de él deudor a sus padres, que le dieron el ser natural». Este amor que has de tener a tus padres ha de ser mayor, a lo menos en fortaleza, que no el que tienes a tu mujer o a tus hijos, y digo en fortaleza, porque hay dos maneras de amor, entre otras muchas: el uno se llama *amor fuerte*, y es el que está aparejado a ponerse a peligro por el amado; y el otro se llama *amor dulce*, y es el que con una ternura de corazón nos hace deleitar en la familiaridad de lo que amamos.

Podríase poner ejemplo en un señor noble que tiene un castillo y un halcón: lo primero ama con más fortaleza y lo segundo con más ternura y placer; el primer amor es más excelente, pues que por él se pornía a mayor peligro que por el segundo, aunque se sienta en él más deporte cazando en el campo. Tú eres obligado a amar a tus padres más que a tu mujer y hijos, si los tuvieses; y éste amor ha de ser fuerte, aunque no sea dulce. La razón que trae Santo Tomás [8] para probar que debes tener a tus padres más amor que a tus hijos y mujer, es ésta: «Lo que tiene más razón de bondad para con nosotros y es más semejante a Dios, debemos más amar; y como en nuestros padres se hallen estas dos cosas, deudores les somos de mayor amor». Que nuestros padres tengan para con nosotros mayor bondad que otros algunos, parece claramente, porque como a la bondad pertenezca comunicarse y ellos nos hayan comunicado la propia sustancia y nos hayan constituido en el ser corporal que tenemos, a la clara se muestra que ninguno nos ha hecho más bien que ellos, lo cual nota el Sabio diciéndote [9]: *Honra a tu padre y no olvides los gemidos de tu madre, y acuérdate que, si no fuera por ellos, no serías nacido.*

Lo segundo, de la mayor semejanza de Dios, también se halla en tus padres, que por te haber engendrado y sacado a luz tienen una participación de la paternidad soberana, mediante la cual son principio tuyo; y aunque Dios es principio de todas las cosas, en te haber tus padres principiado parece que tienen una manera de imitación más alta y una jurisdicción sobre ti que aun a los ángeles no pertenece. Este amor que has de tener a tus

---

[8] *Summa Theol.*, 2-2, q 26, a 9

[9] Eccli 7, 29

padres ha de ser principal y no escondido en el corazón, sino manifiesto de fuera, según dice un doctor, por manifiestas señales; donde, según este doctor, dice no parece cómo se excuse de pecado el hijo que no muestra a sus padres señales de amor, sino que siempre les habla duramente y se les muestra zahareño y descontento. Lo segundo a que con tus padres eres obligado es a obedecerlos, ca San Pablo dice [10]: *Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo; honra a tu padre y a tu madre, que es primer mandamiento en la promisión, para que te vaya bien y vivas luengo tiempo.* Porque la razón y la ley del Señor lo manda, dice aquí San Pablo que debemos obedecer a nuestros padres, y para nos provocar más a ello dice que este mandamiento es el primero en la promisión. Donde has de notar que aunque por la guarda de cualquier mandamiento prometa Dios premio eterno, tras este solo mandamiento añade también premio temporal, diciendo que le irá bien al que lo guardare y le alargará los días de la vida porque procura de conservar la vida de sus padres.

Por dos razones, según nota aquí Santo Tomás, añadió el Señor premio en este mandamiento: la una, porque aunque parezca ya inútil la vida de nuestros padres viejos, no lo es, pues Dios nos promete singular premio en los obedecer, aunque sean desabridos en el mandar; la otra razón es por mostrarnos que en esto, aunque es cosa muy natural a los buenos hijos, no por eso hay menos merecimiento en recrear a tu padre viejo que a otro pobre, sino mucho más; y por esto de los siete mandamientos que hay en la segunda tabla sólo éste es afirmativo, y, por tanto, más dificultoso de cumplir que todos los otros, ca los mandamientos negativos, que solamente vedan, con sólo cesar puede hombre cumplir, y los que afirman han menester obras, las cuales recompensan con el prometido que en éste se añade, y no en los otros.

Sabiendo que eres obligado a obedecer a tus padres, aun podrás preguntar que en qué cosas los debes obedecer, a lo cual responde el mesmo Apóstol diciendo [11]: *Hijos, obedeced a vuestros padres en todas las cosas, ca esto es cosa agradable en el Señor.* Aquí dice el Apóstol que los debes obedecer en todo lo que no es contra Dios, y la manera como lo has de obedecer declara el Sabio diciendo [12]: *El que teme a Dios, honra a sus padres, y como a señores sirve, que lo engendraron en obra y en palabra y en toda la paciencia.* Porque veas cuánta jurisdic-

[10] Eph. 6, 1-2
[11] Col. 3, 20
[12] Eccli 3, 8

ción tienen tus padres sobre ti para que los obedezcas, nota esto que dice la Escritura [13]: *Si el hombre engendrare algún hijo contumaz y desvergonzado que no oye el mando de su padre ni de su madre y constreñido menospreciare obedecer, echarle han mano y llevarlo han a los ancianos de aquella ciudad donde moraren a la puerta del juicio, y decirles han: Este nuestro hijo es desvergonzado y contumaz, menosprecia de oír nuestros amonestamientos para comidas y lujuria, huelga y para denuestos. A pedradas los derribará el pueblo de la ciudad, y morirá para que quitéis el mal de en medio de vosotros, y para que oyéndolo todo Israel haya miedo.* Sobre este juicio que Dios mandaba hacer dice la *Glosa:* «Mejor es la obediencia que los sacrificios, y el escuchar es mejor que ofrecer redaño de carneros, porque, como pecado de adevinación, es repugnar». Así que el hijo inobediente y vicioso manda Moisén cubrir de piedras, y también el Evangelio con duras reprehensiones, como con piedras, arguye a los tales.

La conclusión de este punto está en que, según la doctrina de Santo Tomás, no es menos obligado el hijo a obedecer a sus padres en lo que justamente le mandan tocante a su familia y salud del ánima del hijo que el súbdito a obedecer a sus perlados en lo que justamente le es mandado. Y así como el súbdito debe obedecer presta y simplemente cuando no le consta que es malo lo que le manda, según dice San Bernardo, así el hijo debe ser presto y entero obediente en las cosas que sus padres le mandan, y mirar, según dice un doctor, en ellos a Cristo en la majestad de su creación.

Lo tercero que has de guardar con tus padres, para que conozcas ser grande el amor que les tienes, es que los has de socorrer en sus necesidades según ellos lo hubieren menester y tú lo pudieres hacer. Esto tercero parece más duro: que tú ganes los dineros y andes trabajando a jornal y se los coman ellos; que si eres oficial les hayas de dar lo que ganas con tu sudor, que aunque seas casado y tengas hijos que han menester tu hacienda, eres obligado a la partir con tus padres, si la han menester, y aun eres obligado a suplir primero la necesidad de tus padres pobres que no de tus hijos, según dice un doctor, ca por nacerte a ti hijos no ha de perder tu padre, que te tuvo primero a ti obligado, que no tus hijos.

Si la primera deuda se debe pagar primero, claro está que primero eres deudor a tu padre que no a tu hijo, y, por tanto, debes suplir primero su necesidad, pues eres a

[13] Deut. 21, 18-21.

ello primero y más obligado, aunque el amor natural se acueste al revés y vaya siempre a lo más descendiente, mostrando en esto cuán pocas fuerzas tiene para subir a las cosas de Dios. Pues que tú querrías que tu hijo te proveyese a ti más que a sus hijos, ca él no tuviera hijos sino por ti, también debes tú proveer a tus padres primero en sus necesidades, pues que tú no tuvieras tampoco hijos si no fuera por ellos. Podrás responder con algunos que, según el Apóstol, no deben los hijos atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. Esta razón más hace contra ti, porque si tu padre, pudiendo, debía atesorar para ti, ¿por qué tú no lo remediarás agora que ni a ti ni a sí puede remediar? Porque veas cuánto eres obligado a remediar a tus padres, mira que sobre esto dice la *Glosa:* «El atesorar importa provisión para lo por venir; empero, los hijos, naturalmente, viven más que sus padres, y no al revés; y por esto hay natural inclinación para proveer a los hijos y no para que los hijos provean a los padres; empero, los hijos son tenidos por precepto de Dios a honrar a su padre y a su madre, no solamente haciéndoles reverencia, sino que también, si tuvieren necesidad, les han de dar las cosas necesarias, y esto no es atesorar». Y nota esto que dice San Crisóstomo: «Muriendo Cristo encomendó su Madre a San Juan, por nos dar ejemplo y enseñarnos a tener cuidado de nuestros padres hasta que muramos». El Maestro de las Sentencias [14], declarando el primer mandamiento de la segunda tabla, dice: «En la segunda tabla estaban siete mandamientos que pertenecían al amor del prójimo, el primero de los cuales se refiere a nuestro padre corporal, así como el primero de la primera tabla se refería al Padre celestial; el cual es: *Honra a tu padre y a tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra*, conviene a saber, de los vivos; empero, los padres en tal manera han de ser honrados, que les hagamos la debida reverencia y les demos las cosas necesarias».

Porque veas cuán obligado eres a remediar a tus padres, has de saber que mientras ellos tuvieren necesidad y no tuvieren quien se la cumpla, tú no los puedes dejar, aunque sea para te meter fraile en la mejor orden del mundo; lo cual dice Santo Tomás: «Estando los padres en tal necesidad que no puedan ser buenamente remediados sino por el servicio de los hijos, no les es lícito a los hijos, dejando el servicio de sus padres, entrar en religión». Los mancebos que tienen mucho celo, aunque no según ciencia, responden a esto que sus padres no los dejan servir a Dios como ellos querrían, y por esto se quie-

[14] III *Sent.*, 37.

ren meter religioso. A esto se responde que aquel servicio de Dios es mejor que es de más obligación, y como sea de más obligación servir a tus padres necesitados que meterte fraile, síguese que tu respuesta procede de ignorancia, pues no sabes qué cosa es servir a Dios. Servir a Dios es servir a tus padres, porque te lo manda Dios; y eso que te parece a ti, es servir a tu voluntad.

Item, servir a Dios es amarlo, según aquello que dice Hugo: «Hermanos, en breve sermón y dulce y alegre, se comprende y declara qué cosa sea servir a Dios. Servir a Dios es amar a Dios; el que no ama, no sirve: el que ama sirve; el que poco ama, poco sirve; el que mucho ama, mucho sirve; y el que perfectamente ama, perfectamente sirve». Si, según ha dicho este doctor, *amar a Dios es servirlo*, no serán tus padres tan pecadores que te estorben de servir a Dios; ca el amor es tan libre, que de ninguno puede ser impedido. Podrás decir que el perfecto amor consiste en la guarda de los consejos evangélicos, que tú deseas cumplir. A lo cual da Gersón dos respuestas: la una, que en los mandamientos de Dios hay perfecta salud, y guardándolos, puedes amar perfectamente a Dios; la segunda respuesta es que estándote en tu casa puedes guardar los consejos evangélicos y crecer en ellos hasta el perfectísimo estado de los siervos de Dios. Así que el servir a tus padres y remediarlos no te quita perfición, antes te da favor para ello, pues que, sirviéndolos, ternás por dechado al Salvador del mundo, que sirvió muchos años a su Madre y a José, y dende la cruz no olvidó a la bendita Madre, mas allí le dió quién en su lugar la sirviese, enseñando por ejempo a los buenos hijos no olvidar a sus padres ni aun en la muerte; donde debes también solícitamente pensar cómo les quedará quien pueda suplir sus necesidades.

En el caso presente se mueve otra mayor dificultad sobre el que ya está profeso en la religión: si puede salir de ella para ir a servir a sus padres, que ve estar en necesidad; a lo cual responde Santo Tomás diciendo [15]: Después que alguno es profeso en la religión, muerto está al mundo; y así, por la muerte espiritual se hace libre del cuidado que había de tener de sus padres, como lo sería por la muerte corporal; y, por tanto, no peca ni hace contra el mandamiento de Dios estándose en su monesterio sujeto a su perlado, y dejado el cuidado de sus padres, ca perdió el poder de los servir sin propia culpa; empero debe, cuando pudiere, salva la guarda de su orden, solicitar cómo, por sí o por otro, sean sus padres socorridos si

[15] *Summa Theol.*, 2-2, q. 189, a. 6.

tuvieren necesidad». Lo de suso es de Santo Tomás. Y si lo entiende del que hizo profesión cuando sus padres no tenían necesidad de él, no hay más que decir en ello; empero, si lo entiende del que hizo profesión cuando sus padres estaban puestos en necesidad y fatiga, de otra manera se ha de responder; porque el tal, aunque esté muerto al mundo, no ha perdido la obligación que Dios le había puesto de servir a sus padres, aunque haya hecho profesión; ca si la profesión no se puede compadecer con el servicio de sus padres, no valió nada cuanto a lo que estorba a la provisión necesaria de los padres, porque no la pudo hacer, ca solamente podemos lo que de derecho podemos y no más, y el que tiene una obligación total sobre sí no puede echar otra repugnante a aquélla. Así que del que hizo profesión cuando sus padres habían de ser remediados de él y no tenían quien los proveyese, de éste tal, porque entonces, según la obligación que Dios le había puesto para servir a sus padres y darles lo necesario, no era suyo, sino de ellos, digo que no valió nada la profesión si no se pudo compadecer con la primera obligación.

Y pues que así es, juzgaríase de éste lo que se juzga de los que se casan dos veces, que los obligan a volverse a la primera mujer que tenía dominio sobre él; y por eso no se pudo enajenar, ca no era suyo, sino de su mujer; y así, cuando alguno hace profesión teniendo de él sus padres gran necesidad para se remediar, este tal no es suyo, sino de sus padres, y por eso no puede dar lo ajeno, según aquello del Sabio[16]: *El que quita alguna cosa a su padre* o *a su madre y dice que esto no es pecado, participante es del homicida.*

Por dos vías dice la *Glosa* que puedes quitar a tu padre o a tu madre: la una, hurtándoselo, y la otra negándole las debidas necesidades, y por ambas vías suelen decir los malos hijos que no es pecado. Por la primera dice que no es pecado hurtárselo, porque en fin él lo ha de heredar todo; por la segunda vía dice que tampoco es pecado, porque quiere ofrecer a Dios lo que quita a su padre o a su madre, diciendo que en lo espiritual les aprovechará, aunque no les aproveche en lo corporal, y esto reprueba el Salvador diciendo[17]: *¿Y por qué vosotros traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra invención?* Aquí reprueba el Señor el error de los fariseos, que decían ser servicio de Dios lo que era pecado, ca predicaban que podían muy bien ofrecer los hijos en sacrificio lo que habían de dar a sus padres necesitados; lo cual condenó

---

[16] Prov. 28, 24.
[17] Matth. 15, 6; Marc. 7, 13.

Cristo, porque Dios había mandado que honrasen los hijos a sus padres remediándolos en sus necesidades, lo cual por ninguna cosa es de dejar, ca seríamos participantes con el homicida, así el que lo hiciese como el que lo aconsejase. Porque no te quede escrúpulo de esto que hemos dicho, mira que apenas hay religión en el mundo dende la cual no puedes proveer y remediar las necesidades de tus padres tan bien como si estuvieras en el siglo; y todo perlado discreto, si le cuentas el caso, te favorecerá, ca es obligado a ello so pena de pecado mortal; y por esto él te dará libremente licencia, si es temeroso de Dios y entiende el Evangelio.

La conclusión de este capítulo es que te animes mucho a servir por amor de Dios a tus padres y aun a Dios en ellos, y no mires a los descontentos y quejas que de ellos puedas tener, porque cada uno dará cuenta de sí a Dios, y si a los extraños manda Dios que perdones, ¿cuánto más debes perdonar a tus padres? No te hizo Dios juez de ellos, sino siervo; mira que mientras ellos fueren más pecadores, tú serás más justo si los sirves por amor de Dios; y mientras se te hiciere más de mal, te hará Dios más bien. Apenas podríamos decir los males en que incurren los que ofenden a sus padres, porque, ¿quién dirá cuán maldito fué el hijo de Noé porque se burló de su padre? ¿Quién contará el justo juicio de Dios que vino sobre Absalón cuando persiguió a su padre? El cual, aunque perseguido, no quisiera que muriera su hijo, mas la justicia de Dios no permitió que viviese, sino que muriese lo más desastradamente que murió hombre.

Así como son muy castigados los que no sirven a sus padres como deben, así son muy premiados los que son virtuosos en esto, ca se llaman en la Escritura *hijos de la Sabiduría* [18], y son conformes a Cristo, que después de la disputa que tuvo con los doctores decendió con gran humildad a Nazaret, donde era sujeto a José y a nuestra Señora, mostrando en esto que ningún estado hace al hombre libre del cuidado de sus padres necesitados. No pienses que pierdes lo que das a tus padres, porque la Escritura dice que entonces allegas tesoros; porque si cualquier limosna es tesoro que llegas en el cielo, ¿cuánto más lo será la que haces a tus padres, a quien eres más obligado? No sólo acrecentarás para ti el tesoro espiritual, mas aun el Señor dice *que te irá bien* [19]; lo cual glosan de los bienes temporales que Dios te acrecentará, porque haces bien a tus padres, si otros pecados que tu-

[18] Eccli. 3, 1.
[19] Eccli. 3, 2.

vieres no lo estorbaren. Y aun dícese más en la Escritura: que así como tú alegras tus padres en los honrar, hará Dios que tú te alegres en tus hijos viéndolos prosperados y obedientes; y porque tú trabajas de prolongar la vida de tus padres, Dios prolongará la tuya, como la de David, que vivió tiempo en honra porque libró a sus padres de las manos de Saúl, que a él y a ellos perseguía. No tengas en poco la bendición que te dan tus padres cuando los remedias, pues que Jacob pensó que había ganado mucho cuando se vió bendito de su padre, y Esaú no dejó de llorar hasta que también alcanzó bendición; y no sólo se da por tus padres esta bendición, sino por Dios, según dice el Sabio; y esta bendición que de Dios viene sobre los que honran a sus padres, alcanza dende este mundo hasta el otro, ca larga es la mano del Señor con los que se alargan en honrar por él a sus padres.

La mayor gracia que Dios hace a los que honran a sus padres es que abre la puerta cuando ellos oran para dar lugar a su oración, según aquello del Sabio [20]: *El que honra a su padre alegrarse ha en sus hijos, y en el día de su oración será oído. Oración nuestra*, dice la *Glosa*, que es la que hacemos por nosotros mesmos; y ésta será oída, así como tú oyeres de corazón lo que tus padres mandan; ca, según dice otra *Glosa*, la oración del que no quiere oír la ley de Dios será desechada; empero, la del que obedece a los mandamientos, y en especial a éste, será dirigida así como oloroso encienso. No creo que se podrían decir en poco tiempo los grandes prometimientos que hace Dios a los que aman por su amor a sus padres con amor de honra, conociéndolos por superiores aunque sean de baja manera y los hijos se vean en gran estado, como el Sabio y muy poderoso rey Salomón, que, viendo venir a su madre, pobre y de baja suerte, se levantó a la recebir y le puso un trono a su diestra y le dijo que pidiese lo que quisiese; ca no era convenible que se desechase su demanda.

También te debes acordar que, pues el verdadero amor nunca desfallece, aunque tus padres sean fallecidos no has de dejar de orar por ellos; ca más obligado eres que por otro alguno; y mira que en orar por tus padres, agora estén vivos o difuntos, no has de tener la manera que en el remedio de sus fatigas corporales; ca, habiendo quien supla lo corporal, tú eres libre, mayormente para te dar a otras obras de piedad, o romerías, o monesterio, como parece en el mancebo al cual no dejó Cristo ir a enterrar a su padre porque había otros que lo sepulta-

[20] Eccli. 3, 6.

sen; empero, no es así en el socorro espiritual; ca no pierdes la obligación de orar por ellos aunque tengan muchos capellanes; a lo cual mayormente son obligados los religiosos, que deben conmutar el cuidado temporal que de ellos debieran tener en espiritual, añadiendo en lo uno lo que falta en lo otro. Y pues dicen que están muertos al mundo, miren que los muertos nunca tornan a visitar a sus padres, ni tienen más cuidado de ellos en lo temporal, aunque allá en la tierra de los vivos no pierden el cuidado espiritual, pues oran por ellos en tanta manera, que en las historias de los mártires se lee haberse convertido a la fe los padres herejes por las oraciones de su hijo mártir.

CAPÍTULO XL

De la ley de amor que ha de tener con sus enemigos, a ejemplo de Cristo, el que quiere ser muy perfecto

Las cosas que de sí mesmas son fáciles, no tienen necesidad de ser muy predicadas ni encomendadas, ni es menester encargárnoslas demasiadamente, sino decírnoslas media vez; empero, si lo que se manda es dificultoso, mucha predicación ha menester. No hay cosa de mayor dificultad en toda la ley cristiana que amar hombre a su enemigo: ¿que me quiere él mal y que yo lo quiera bien?, ¿que me deshonra y que no le haga mal?, ¿que me roe la fama y que no diga mal de él?, ¿que me espulga mis obras buenas y que yo encubra sus secretos malos?, ¿que me procure la muerte y que no se la desee? Fácil cosa es cantar al mesmo tono que los otros cantan: que ame a mis amigos, y no cure de los que no se curan de mí, y aborrezca a los que me aborrecen, cosa es muy ligera; mas que responda yo al revés: si maldicen que bendiga, si murmuran que alabe, si braman que me asegure, no sé cómo se puede hacer. Si, según dice San Agustín, entonces tiene menos de amor el amor cuando no se siente amar, ¿qué diremos de él cuando conoce ser aborrecida su caridad? Si bien miramos, no es tan bravo el león como lo pintan; aunque todavía pienso ser más dificultoso este mandamiento que el de la confesión; empero, hay muchas cosas que alivian en la carga de éste, así como la del otro.

Lo primero que aquí es de ver ha de ser la obligación

que tenemos de amar a nuestros enemigos, que es mucha, porque mucho nos encargó esto nuestro Salvador, ca no se detuvo tanto en amonestarnos el amor de Dios, aunque sea más excelente y meritorio, que el amor de nuestros enemigos; y la causa por que no se detuvo tanto en él fué porque es cosa muy fácil amar aquel sumo Bien, donde el ánima bien mirada no halla razón de aborrecimiento alguno y ninguna razón de amor falta en él; de manera que en Dios no hay cosa en que se embarace ni se detenga nuestro amor, y hay infinitas que lo llamen y conviden y que cuasi lo fuercen a ir a él; y porque en el prójimo enemigo tuyo hay repugnancia y dos mil impedimentos para que lo ames, quiere Cristo amonestar mucho esto para que, según dice San Agustín, te fuerces a ello y luches consigo mesmo, inclinando tu corazón a tu enemigo en bien, aunque él sea malo, porque Cristo dice [1]: *A vosotros que oís digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecieron, bendecid a los que os maldicen y orad por vuestros calumniadores.* Esta sentencia se repite muchas veces en el Evangelio, porque es devisa suya; ésta es la librea y armas en que el Evangelio difiere de la Vieja Ley, que no tenía tanto calor de caridad, porque era *vieja*, y en los viejos no hay tanto calor como en los nuevos.

Los señores y las religiones, y los linajes, y las ciudades, y todas las cosas estimadas, suelen hacer mucho caso de aquello en que son señalados entre los otros, y preciarse de ello, y publicarlo, y pintarlo en muchas partes, tomándolo por armas y sobreseñal para que sean entre todos conocidos. La cosa en que más singularmente defiere la ley de Cristo de la ley natural y de la escrita, es el amor de los enemigos, y, por tanto, cuando Cristo hubo de dar este mandamiento, antepuso, según viste, a vosotros, digo cuasi, dando a entender que no era dicho esto a los de la ley natural, porque la *Glosa* sobre este paso dice: «No basta no aborrecerlos, sino que nos es mandado amarlos, lo cual es sobre la humana naturaleza». Si el amor de los enemigos es sobre la naturaleza humana, claro está que no alcanzó aquí la ley natural, pues que Escoto [2] tiene que los mandamientos de la segunda tabla aun no son muy propiamente de ley natural, pues que, según él, son dispensables, ninguno de los cuales habla del amor de los enemigos ni obliga a él, porque casi todos son negativos. Que la ley escrita no mande aquesta cosa clara, es porque, si lo mandara, no dijeran los hebreos antiguos

[1] Luc. 6, 28.
[2] III *Sent.*, d. 37.

aborrecerás a tu enemigo; lo cual, aunque no se halle en la ley, pensaban ellos que se siguía bien, que pues la ley mandaba que hombre amase a su amigo, de creer era que podía hombre aborrecer a su enemigo; y como Cristo viniese a perficionar la ley y a quitar los errores que en ella habían sembrado o injerido los malos doctores, dice en su santo Evangelio, diferenciándolo de la ley [3]: *Oístes que decían los antiguos: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo; pues yo os digo a vosotros: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecieron, orad por los que os persiguen y acusan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.* Aquí torna el Señor a repetir lo que primero dijo por San Lucas, señalando en ello la diferencia que hay entre el Evangelio y la ley, lo cual nota la *Glosa* sobre San Lucas, diciendo: «La ley manda vuelta de venganza; el Evangelio, a las enemistades caridad, a los aborrecimientos benignidad, a los que maldicen plegarias, a los que persiguen paciencia».

Pues que has visto, devoto cristiano, que la devisa que Cristo da a los suyos y sus armas y sobreseñal o librea es el amor de los enemigos, razón es que la abraces y sigas, porque no te conocerán de otra manera; ca en el amor de Dios, y en el amor del prójimo, y en el de tus padres y de ti mesmo, convienes con los justos que vivían en la ley de naturaleza y escrita, mas con sólo el amor de los enemigos te conoceremos por de Cristo, ca él lo añade sobre esotros, diciendo [4]: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéredes caridad uno con otro.* De esto se sigue que, cuando quieres mal a tu enemigo, perdéis ambos la librea de Cristo y no merecéis ser dichos cristianos, pues que dejáis sus armas; ca él, según dice San Pablo [5], nos señaló y nos dió en nuestros corazones la prenda del espíritu, para que, teniendo un espíritu de amor, todos seamos hijos del Padre celestial. Mira, pues, hermano, que te vistió Cristo de su librea y te manda lo que él mesmo hizo para que seas hermano suyo y hijo de su Padre. No es entero hijo el que no parece en algo a su padre; pues todos los hijos parecen en algo a su padre, ¿por qué quieres tú no parecerle? No es loable ni vituperable la semejanza que tienes con tu padre corporal, porque no estuvo en tu mano serlo; empero, pues que está en ti escoger hacerte semejante a tu padre espiritual, mucha honra te verná de ello, y tanto serás más hijo suyo cuanto más amares los enemigos. Bienaventurado es el que se esfuer-

[3] Matth. 5, 43-45.
[4] Ioan. 13, 35.
[5] II Cor. 1, 22.

za a los amar, pues que por esto es dicho y aun hecho hijo del Padre Eterno, y discípulo de su Unigénito, y muy conforme al Espíritu Santo, que es todo amor.

No quiso el Salvador dejar cosa por declarar en este mandamiento del amor del enemigo, como la dejó en el amor de ti mesmo y de tus prójimos y de tus padres, donde contentó con decir que los honrases; empero, en el caso presente dice que *ames a tus enemigos,* refiriendo esto al corazón, y que les *hagas bien,* refiriendo esto a la obra, y que *ores por ellos,* refiriendo esto a la palabra; de manera que estés todo ocupado en esto y haya una manera de correspondencia, según nota la *Glosa,* entre tu amor y la enemistad de tu enemigo: si él te aborrece con su corazón, que lo ames tú con el tuyo; si te hace mal, que le hagas bien; si te maldice, que lo bendigas; porque tengas tú ocupado el corazón y la mano y la lengua contra el que está todo contra ti, para lo hacer singular amigo. Conforme a lo cual dice San Crisóstomo: «Mandónos contar los enemigos con el grado de los amigos, y no con cualesquier, sino con los más señalados por quien solemos orar».

Es tan agradable a Dios la oración que se hace por los enemigos, que la enjirió en la *oración* con que mandó que orásemos por nosotros, para que por esta ocasión fuese él provocado a mayor misericordia viendo nuestra bondad, y nosotros repartiésemos también la nuestra sobre los necesitados. Lo cual notando San Gregorio, dice: «Mandónos el Señor que pidiésemos ser perdonados, así como nos perdonamos a nuestros deudores, porque el bien que compungidos pedimos a Dios, hagamos a nuestro prójimo convirtiéndonos a él». Pues que el mesmo Hijo de Dios nos dice que amemos a nuestros enemigos para que seamos dignos hijos de nuestro Padre celestial, de creer es que, pues él es más Hijo de Dios que nadie, mejor que ninguno guardó esto, ca a él es dicho por su Padre en el Salmo [6]: *Inquiere la paz y persíguela.* Dende que nació, comenzó a inquirir y buscar y predicar paz por la boca de los ángeles, y perseguirla fué llegarla al cabo y acabar de hacer paz entre Dios y los hombres. Empero, nota que cuando piensas pensamientos de paz y te aparejas para la hacer, entonces la buscas; empero, cuando cuasi por fuerza quieres ser amigo de tu enemigo, entonces la persigues hasta concluirla.

Por tres vías suelen los hombres que aman a sus enemigos buscar paz con ellos: la primera, humillándoseles, pensando que, si la palabra blanda quebranta la ira, se-

[6] Ps. 33, 15.

gún dice el Sabio, mejor la quebrantará la obra de sujeta humildad que, con servicio, quiere ganar el corazón. Por esta vida de sujeción ganó David el corazón de su enemigo Saúl, cuando se inclinó hasta la tierra delante de él, y esta humildad tuvo tanta fuerza, que hizo llorar a Saúl y conocer cómo injustamente le era enemigo.—La segunda vía por do los amadores de sus enemigos se hacen amigos con ellos, es dándoles algo, ca saben que todos aman los dones, y a las veces, por ellos, al dador; por lo cual se dice que muchos son los amigos del que da dones. De esta manera se hizo Jacob amigo de Esaú, que lo tenía amenazado para lo matar después de la muerte de su padre; mas él, queriendo ser su amigo, dijo [7]: *Aplacarlo he con los dones que van delante, y después lo veré.*—La tercera vía es por amenazas, como quien presume de hacer por fuerza lo que no puede por maña; y de esta manera, los hombres determinados, viendo que no pueden atraer a sus enemigos para que los perdonen, si algo tienen contra ellos, y sean amigos, suelen los amenazar diciendo que a más mal ha de llegar el negocio, y que pues no quieren a buenas, habrá de ir a malas. De esta manera se hicieron amigos de Josué los gabaonitas, que más vinieron a hacer amistad con temor de mayor mal que con voluntad de ser amigos; mas, empero, guardáronles la conveniencia hecha.

Estas tres maneras hallarás que tuvo por entero Cristo con el mayor de sus enemigos, Judas, para lo hacer amigo, y ejercitólas con éste más que con otro, porque visto lo más conociésemos lo menos; ca, si con el mayor enemigo guardó tan sobreeminente caridad, ¿qué haría con los menores? Si al que por pura malicia fué enemigo suyo trató con tanto amor y buscó tantas maneras para lo hacer amigo, ¿qué modos ternía con los que por flaqueza o por ignorancia lo ofendieron? La primera vía de la amistad muy bien la cumplió Cristo cuando se humilló a los pies de Judas, y se los lavó con más diligencia y caridad que no Abrahán a los ángeles que en figura de mancebos caminantes le aparecieron; y quiso tener con él un punto de amor más que con los otros, lavándolo primero, según San Crisóstomo, que dice: «Paréceme a mí que a sólo Judas lavó primero, y de allí vino a Pedro». No solamente lavó Cristo a Judas por le atraer el corazón con el humilde servicio y porque no comulgase sin tornar sobre sí, mas parece que por él lavó a los otros, que, según el mesmo Señor dijo, estaban limpios todos, y porque él sólo no fuese notado de sucio, quiso el Señor lavar con él a los otros.

[7] Gen. 32, 20.

Lo cual parece querer sentir Orígenes cuando dice: «Mira que no elige otro tiempo cuando ha de lavar los pies de los discípulos, sino cuando el demonio habrá entrado en el corazón de Judas para que lo entregase».

La segunda vía de hacerse hombre amigo de su enemigo guardó Cristo también con Judas, cuando después le dió graciosamente su muy precioso cuerpo, que es el mejor don que jamás dió, del cual se puede muy propiamente decir [8]: *Será dado a él un don escogido de fe y una suerte muy aceta en el templo del Señor.* Entre todas las cosas que Dios tenía que poder dar a Judas, anduvo parece que a buscar y escoger un don que fuese tal que, recibido, quedase en salvo la libertad de Judas para hacer lo que determinase, aunque el don tenga propiedad de inclinar mucho la voluntad bien dispuesta, mayormente este don aceptísimo, del cual se puede decir [9]: *El don escondido mata las iras, y el presente en el seno mata la grandísima indignación.* Según esto, muy apropiado es aqueste don para despertar el amor y deshacer el aborrecimiento; por lo cual es mandado a los sacerdotes que, cuando ofrecen este don, lo dejen de ofrecer para se reconciliar primero con su hermano; empero, no hubo efecto esta propiedad en Judas, porque, según se dijo, iba escondido este don debajo de los accidentes, y así escondido se lo puso Cristo en la boca y en el seno de su conciencia.

La tercera vía de hacer amigo a su enemigo también la tuvo Cristo con este mesmo, cuando después de la comunión dijo hablando a su corazón [10]: *Para mientes que la mano del que me entrega a mis enemigos conmigo está en la mesa, y de cierto que el Hijo de la Virgen va según lo que de él está difinido; empero, ¡ay de aquel hombre por quien fuere entregado!; mejor le fuera no haber nacido.* En la mesa estaba este pésimo enemigo; y allí entregaba en el corazón a Cristo con la mano que metía en su plato; y Cristo, amenazándolo para que torne en sí, acota la difinición de los Profetas y la pena del infinito infierno; mas aqueste enemigo de casa todavía persevera dando aborrecimiento por amor, y con mayor enojo se salió fuera; de cuya salida dice San Cipriano: «Después que el ánima pérfida tocó el sagrado Manjar y el Pan santificado, entró por la malvada boca el ánimo matador de su padre, no sufriendo la fuerza de tan gran Sacramento, así como paja fué soplado de la era, y ligero corre a la entrega y al precio, a la desesperación y al lazo». No ol-

[8] Sap. 3, 14.
[9] Prov. 21, 14.
[10] Luc. 22, 21-22.

vidando Cristo su muy crecida amistad, lo recibe al tiempo de la prisión con nombre de *amigo*, aunque era cruel enemigo; y fué tanto el amor que Cristo sintió al tiempo de la prisión, que dice el mesmo Señor a un ánima en el libro llamado *De gracia espiritual*: «Acuérdate de aquel beso de mi amor y humildad que di a Judas, que fué el que demandaba la Esposa en los Cánticos, en el cual sintió mi corazón tanto amor, que, si arrepintiera él, recibiera yo su ánima en esposa mediante aquel beso; y entonces junté conmigo las ánimas que *ab æterno* predestiné en esposas mías». Pues que has visto en Cristo tan gran amor para con su enemigo y con el mayor de los enemigos, no queda sino que tú, pues eres cristiano, lo sigas con todas tus fuerzas, porque, según dice San Agustín, suma religión es imitar al que adoras.

La perfición de este negocio no solamente consiste en que tú ames a tu enemigo también como antes, después que te hubiere injuriado, sino que, para imitar del todo o más altamente a Cristo, después de te haber tu enemigo injuriado lo has de amar más y hacerle más bien; ca no se lee haber Cristo besado a Judas sino cuando puso en ejecución la traición que tenía armada contra él. Cosa dura y sermón muy duro de digerir que ames más a tu enemigo cuando más te ofende; empero, para que veas cómo se puede esto fácilmente cocer en el fuego del amor de Dios, no des agora lugar a tu carne, mas déjala aparte, porque sernos ha muy contraria en este caso, y sola el ánima, que es la que ha de amar, esté muy atenta, porque a ella es mandado esto, según aquello de San Crisóstomo: «Al ánima y no a la carne es dicho: no codiciarás, y así en este lugar; porque la carne no puede amar a su enemigo, y el ánima sí, porque el amor o el aborrecimiento de la carne está en el sentido y el del ánima en el entendimiento; pues cuando somos empecidos de alguno, aunque sentimos el odio, si no lo queremos ejecutar, conoce que nuestra carne aborrece el enemigo, y el ánima lo ama. Pues que el hombre animal nuestro no recibe las cosas del espíritu de Dios, ni puede imitar a Cristo, cuya preciosa carne no contradecía al espíritu, que si olvidando o no haciendo cuenta del sentimiento carnal que hay en nosotros, que es muy delicado y sentible, siga nuestra ánima la razón y verá cómo debe amar más a su amigo cuando la aborrece que cuando la ama. Di, ¿no suelen más tiernamente ser amados los enfermos que los sanos? ¿Quién tiene tan duras entrañas que no ha compasión del enfermo, cualquiera que sea? Cuando a alguno supieres que falta tu amor y que no te quiere bien, piensa que le falta la salud, ca el amor es salud, según aquello del Sa-

bio [11]: *Las palabras compuestas son panal de miel, y dulcedumbre del ánima es la sanidad de los huesos.*

Los que aman no saben hablar palabras amargas, ni despedazadoras, sino compuestas y aguisadas con la miel del amor, que se llama aquí *dulcedumbre del ánima,* porque ninguna cosa le agrada tanto como amar, por ser según la más inmediata inclinación suya; y este amor se dice *sanidad de los huesos;* donde has de saber que los que aman a Dios y a sus cosas, todos son huesos y muy poco tienen de carne. Los huesos son las virtudes, a las cuales el amor espiritual da perfición, y así como la más peligrosa enfermedad es la que está metida en los huesos, así la más perfecta salud es la que se funda en ellos. Los varones carnales tienen sana la carne y quebrados los huesos, y los varones espirituales, aunque según la carne parezcan enfermos, entonces tienen los *huesos,* que son las virtudes interiores más fuertes, ca el amor tiene propiedad fortificante. Pues que la mayor necesidad suele traer consigo mayor obligación para que la remedies, mira cómo tu prójimo que te hace mal tiene podridos los huesos del ánima; ca escrito está [12] que *la envidia es podredumbre de los huesos;* lo cual tanto debes tú, si eres justo, remediar con más compasión cuanto es mayor el mal, en tal manera, que tu enemigo pueda decir de ti [13]: *De lo alto echó fuego en mis huesos y enseñóme, extendió a mis pies una red y tornóme atrás.* No hay cosa que tanto remedie los males de nuestro enemigo como el amor que le mostramos; el cual entra en sus huesos para remediar el daño que en su corazón causó el aborrecimiento que él nos tuvo, y no solamente se repara la enfermedad de nuestro enemigo con nuestro amor, mas con él es enseñado cómo has de amar; y por eso dice que este fuego lo enseñó, conforme a lo cual es escrito [14]: *Si hubiere hambre tu enemigo, dale a comer, y si hubiere sed, dale a beber agua, ca brasas allegarás sobre su cabeza.*

Todos los beneficios amorosos que haces a tu enemigo son brasas de encendida caridad que lo inflama para te amar, las cuales se dicen estar sobre su cabeza, porque este fuego, según se dijo, es de alto enviado, teniendo respecto sólo a Dios. El que ama sus amigos, envíales fuego por vía recta; mas el que ama sus enemigos, como persona constituída en más alta perfición, envía dende lo alto fuego de amor sobre ellos; y póneles este fuego sobre la cabeza porque los ama para las cosas altas, y no

[11] Prov. 16, 24.
[12] Prov. 14, 30.
[13] Lam. 1, 13.
[14] Prov. 25, 21.

ama en ellos sino la imagen de Dios, que está en la más alta parte del ánima. Conforme a estas cosas, dice San Crisóstomo sobre aquello [15]: *Si amardes a los que os aman, ¿qué merced habréis?* «El que ama sus amigos, por sí los ama; empero, el que ama a sus enemigos, no los ama por sí, sino por Dios». La red que has de poner a los pies de tu enemigo, que son sus aficiones, es la buena habla que le has de guardar, ca no basta la buena obra sola para que se torne atrás del mal propósito que antes tenía.

No solamente pienses que tu enemigo tiene los huesos podridos, según hemos declarado, mas piensa que todos los que quieren mal a sus hermanos pueden decir [16]: *Disipados están nuestros huesos cerca del infierno*. Dos muy grandes males se han tocado en estas breves palabras: lo uno, que están disipados los huesos de los que quieren mal a sus hermanos; y lo otro, que los tienen cerca del infierno. Las cuales cosas, aunque son de gran dificultad, puedes tú remediar amando tu enemigo; de manera que no solamente lo puedes con tu amor sacar de captivo, sino del infierno. Gran participación tienen con los infernales los que aborrecen a sus hermanos, porque así como lo que más reina en el cielo es amor, así lo que más reina en el infierno es malquerencia, y aun dice el Sabio [17] que *es más de elegir el infierno que no la lengua maldiciente;* dando a entender que si te diesen a escoger entre la pena del infierno y la lengua maldiciente, habías de elegir antes la pena infernal que no el murmurar, porque Dios no se ofende de lo primero y offéndese de lo segundo; y también porque la lengua murmuradora está inflamada del fuego del infierno, según dice Santiago [18]: «Remedia, pues, hermano mío, con tu amor tanta necesidad, y mira que no hay cosa que tanto destruya el aborrecimiento como la bienquerencia, ca son más contrarios que agua y fuego».

Tú mesmo puedes ser físico del que era tu amigo, y mejor lo puedes tú curar amándolo que otro hombre alguno con cualesquier remedios que le ponga. Si algún tiempo amaste al que agora es tu enemigo, muéstrale agora el amor, pues tiene más necesidad que jamás; no creo que sí dirás que nunca lo amaste, pues que siempre fuiste obligado a amar al prójimo; lo cual agora le debes mostrar, pues que antes le iba poco en tu amor y agora no es tan endurecido que, si sabe que tú lo amas verdaderamente, no te amará; el amor que cuando estaba sano

[15] Matth. 5, 46.
[16] Ps. 140, 7.
[17] Eccli. 28, 25.
[18] Iac. 3, 6.

le tuviste no se lo niegues enfermo, sino añádale más ternura, vista su fatiga; ca los sabios no saben aborrecer, según aquello de Boecio: «Ningún lugar dejan los sabios al aborrecimiento, porque, ¿quién si no el muy loco aborrecerá a los buenos? A los malos es cosa ajena de razón, porque así como el mal corporal es enfermedad del cuerpo, así el pecado es enfermedad del ánima; pues como los enfermos del cuerpo no los juzguemos dignos de odio, sino antes de compasión, mucho más habemos de haber misericordia de los que pecan y no perseguirlos, ca sus ánimas atormentan una maldad más cruel que toda enfermedad. Según esta razón, bien se sigue que has de amar más a tu enemigo cuando te quiere mal que cuando te quiso bien, por la muy mala disposición que le ha sobrevenido; y este amor le has de mostrar haciéndole mejores obras y tratándolo más delicadamente que antes, porque sane de su mal tan malo.

La segunda razón por que debes amar a tu prójimo más cuando te aborrece que cuando te ama, es por la mayor utilidad que a ti te viene de su malquerencia que de su amor; ca cosa clara es que te da más a merecer tu enemigo que tu amigo, ca pensando de hacer cadena para te prender, hacen corona para te coronar, y son, según se dice en el Salmo [19], como abejas, que, aunque al presente pican, después sentirás la miel del merecimiento y gozo, según aquello del Sabio [20]: *El paciente sufrirá por algún tiempo, y después verná la paga de la alegría.* Si no aborrecerías al que lanzase contra ti que eres pobre oro y plata, menos debes aborrecer a tus enemigos, pues que te dan con que redimas tu ánima y pagues a nuestro Señor todo lo que le debes; ca si él amó por ti a sus enemigos, quiere que tú ames por él a los tuyos y le ofrezcas todo el mal que te hicieren para perdón de todos tus males. Y éstos, no los males, acepta ni recibe el Señor, sino cuando tú amas tus malhechores, ca cuando los aborreces piensa que se va mal por mal, y cuando los amas recibes y atesoras agravios para los ofrecer a Dios amando los que te agraviaron, y este amor tiene Dios en más cualquier otra ofrenda, porque es más conforme al que él tuvo. Engrandece, pues, hermano mío, el corazón, y ama el que te aborrece, ca esto es de magnífica bondad, y supla la razón el defecto de la sensualidad, mira los grandes bienes que te pueden venir por ser aborrecido de los hombres, y cómo Dios bendice con acrecentada justicia a los que injusta-

---

19 Ps. 117, 12.
20 Eccli. 1, 29.

mente maldicen los hombres, y tanto más lo bendice cuanto ellos más aman a sus malsines.

Conclúyese, pues, aquesta segunda razón, en que debes más amar al que es tu enemigo, porque te da más a merecer, y fúndase sobre aquel dicho de San Agustín que, hablando del provecho que trujo Herodes a los inocentes, dice: «Mirad que el descomulgado enemigo nunca pudiera aprovechar tanto a los benditos niños con servicio cuanto les aprovechó con odio, porque tanto resplandeció sobre ellos la gracia de la divina bendición cuanto abundó más la maldad». El que es perfecto amador debe cerrar los ojos a las causas que dismenuyen el amor y ponerlos en las que lo crían y conservan, y, por tanto, debes parar mientes a las dos causas sobredichas y contemplar cómo Cristo, mientras peores obras le hicieron, mostró más amor a sus enemigos, ca no se lee haber tanto orado por ellos como cuando lo crucificaron, ni hizo tantos beneficios dende otra parte como dende la cruz, porque donde había más abundancia de ofensa creciese más la misericordia; lo cual debes tú imitar si quieres ser perfecto, y ten determinado en tu corazón de hacer alguna especial caridad al que te hace mal para que le tengas mayor amor que antes. Y no te parezca éste sino muy divino consejo, porque el mesmo Dios hizo mayores bienes a los hebreos después de la idolatría del desierto que antes para los convertir más presto al primer amor.

CAPÍTULO XLI

De la ley de amor que han de tener con sus enemigos los que no siguen tan por entero la perfición

Porque, según dice San Agustín sobre aquello del Salmo [1]: *Alumbra mis ojos y consideraré las maravillas de tu ley*, ninguna cosa hay de mayor maravilla en los mandamientos de Dios que mandarnos amar los enemigos nuestros, y en las cosas muy dificultosas es menester templar la mano todo lo posible, razón es que veamos en qué consiste la fuerza de este mandamiento y a qué especialmente nos obliga. Viendo algunos la gran dificultad que hay en amar los enemigos, quisieron decir, según nota el

[1] Ps. 118, 19.

Maestro de las Sentencias [2], que a los perfectos se daba por mandamiento que amasen a todo hombre, aunque fuese enemigo; empero que a los imperfectos y a la gente común bastábanles amar a sus prójimos y no aborrecer los enemigos. Los que dijeron esto no miraron que este mandamiento es afirmativo y, por tanto, no solamente obliga a que no se haga lo contrario, que es aborrecer, mas también obliga al mesmo amor en algún tiempo, y no sólo al amor del corazón, sino que cuando menester fuere lo mostremos por la obra y aun por la palabra, orando por nuestro enemigo; lo cual nota San Crisóstomo diciendo: «No dice el Señor no aborrezcas, sino que ames; ni mandó simplemente amar, mas también mandó que hicieses bien, donde se sigue: *haced bien a los que os aborrecieron*».

Lo que más agravio hace a nuestra razón en el caso presente es pensar que nos manda Dios que amemos el mal, porque como el enemigo de otro sea la peor cosa que hay en el mundo y lo hayamos de amar, parece que nos manda Dios amar el mal contra toda razón, porque a solo el bien se debe amor y no al mal. No va la ley de Dios tan al revés del buen parecer, que nos mande amar a nuestro enemigo en cuanto es malo, porque esto sería amar el pecado ajeno, que debe ser muy aborrecido. Toda amistad, según dice Santo Tomás [3], se funda sobre alguna comunicación que ha de haber entre el que ama y el que es amado, y como entre el enemigo en cuanto enemigo y el hombre justo no hay comunicación alguna, síguese que es imposible haber entre ellos amor faltando el fundamento. Lo cual parece notar el Sabio cuando dice [4]: *Ama a Dios en toda tu vida y llámalo teniendo salud*. Todo animal ama su semejante, y de esta manera todo hombre ama a su prójimo, toda carne se juntará a su semejante y todo hombre se acompañará con el que le parece; así como comunicará el lobo con el cordero en algún tiempo, así comunicará el pecador con el justo. ¿Qué comunicación hay del hombre santo al perro? *Perro* y *lobo* es aquí llamado el enemigo, y cordero se llama el que lo ama; empero no lo ha de amar en cuanto es lobo, ca de esta manera amaría su daño, antes lo ha de aborrecer en cuanto lobo y decir con David [5]: *Aborrecí los malos y amé tu ley*. Así como un ladrón amando a otro porque es ladrón se hace particionero en su delito, así amando tú al enemigo porque

[2] III *Sent.*, d. 30.
[3] *Summa Theol.*, 2-2, q. 23, a. 12.
[4] Eccli. 13, 18.
[5] Ps. 118, 113.

es tu enemigo pecarías como él, y, por tanto, has de aborrecer los malos como David y guardar la ley de Dios, que manda amar los enemigos. Para declaración de este amor y aborrecimiento has de notar esto que dice la *Glosa:* «La naturaleza que Dios crió ha de ser en todos amada y ayudada, y la maldad ha de ser aborrecida y destruída; así que son de amar los que nos persiguen en cuanto hombres y de aborrecer en cuanto malos».

Para que te sea más fácil de amar tu enemigo, no pienses la comunicación que hay entre él y ti, pues no hay ninguna, sino levanta los ojos a Dios y piensa que tu Señor Dios, que quiere que todos los hombres se salven, desea ser amado de aquel que te aborrece, y quiere que vaya a gozar, si se dispone, de su bienaventuranza; de lo cual se sigue que el que acá te aborrece puede ser acullá tu amigo, lo cual tú no debes rehusar, sino quererlo de todas entrañas, pues lo quiere Dios, al que tú sobre todo amas. Y si lo haces de esta manera, amarás a tu enemigo, no porque haya entre ambos comunicación actual, sino porque la podrá haber, las cuales cosas nota una *Glosa* sobre San Mateo, diciendo: «Todo hombre es de amar con caridad en cuanto es criado a la imagen de Dios y es de él capaz por conocimiento y amor, porque la amistad de la caridad se funda sobre la comunicación de la bienaventuranza soberana; y, por tanto, toda criatura intelectual que es bienaventurada o lo puede ser ha de ser amada con caridad; y porque los malos hombres, mientras están en el camino de esta vida, aun pueden ir a la bienaventuranza, debemos amar su naturaleza, que es posible beatificarse, aunque la culpa de ellos ha de ser aborrecida». De lo que ha dicho esta *Glosa* se sigue que no hemos de amar con caridad a los demonios ni a los dañados, porque no pueden comunicar con nosotros en la bienaventuranza, ca el amor de caridad sobre sola esta comunicación se funda, tenida o posible de haber.

Pues la raíz del amor que debemos tener a los enemigos consiste en desearles los bienes perdurables en que pueden comunicar con nosotros, síguese que cuando deseamos que no los hayan quebrantamos totalmente aqueste mandamiento, y si les vedamos las cosas necesarias para esto, ca, como dice Gabriel [6], no se compadece con el amor que debemos a Dios no querer que otro lo ame. Viendo algunos que dice Escoto [7] poder yo lícitamente desear a mi enemigo pobreza o que le sucedan mal sus negocios, piensan que no pecan deseando malandanza

[6] In III *Sent.*, d. 30.
[7] III *Sent.*, d. 30.

para su enemigo en las cosas temporales y prosperidades en las eternas espirituales. En lo cual hay mucho que ver, ca con mucha discreción debe mirar el que desea alguna contrariedad para que su enemigo se enmiende, parando mientes que no sea esto para se vengar, porque si a este fin lo desea, peca, y si lo desea para que el otro salga de su pecado, puede merecer en ello. Conforme a lo cual dice San Gregorio: «El amor del enemigo entonces se guarda verdaderamente cuando no nos entristecemos de su aprovechamiento ni nos alegramos de su caída, ca no ama alguno al que no quiere que sea mejor, antes persigue al que estaba seguro cuando se goza porque cayó. Empero, muchas veces suele acaecer que, sin perder la caridad, nos alegra la caída del enemigo y que su gloria, sin culpa de envidia, nos entristezca cuando cayendo él creemos que algunos se levantarán bien y tememos que creciendo serán muchos injustamente abatidos; empero de guardar es en esto el examen de la discreción, porque no nos engañemos so especie de utilidad ajena cuando ejecutamos nuestras malquerencias. Y conviene también pensar qué es lo que debemos a la caída del pecador y qué es lo que debemos a la justicia del que hiere, porque cuando quier que el Todopoderoso hiere a algún perverso habémonos de gozar con la justicia del juez y condolernos con la miseria del que perece. Pues que, según dice el Filósofo [8], en nosotros mesmos hemos de ver las cosas que pertenecen a la amistad que hemos de tener a otro, y el Señor nos manda que seamos amigos de nuestro enemigo, bien se sigue que en nosotros mesmos hallaremos algún rastro o ejemplo de esta amistad si miramos en ello; y aunque el Señor no nos mandó que amásemos a nuestros enemigos como a nosotros mesmos, basta habernos mandado que los amemos y les hagamos bien y oremos por ellos; ca muy poco más hacemos por nosotros mesmos.

Contigo mesmo tienes un enemigo peor que cualquier otro, y éste es tu mesmo cuerpo, del cual se puede decir [9]: *Servirás al enemigo que te soltará el Señor.* Con el don de la justicia original ató Dios las malas inclinaciones corporales, mas después del pecado soltó contra nosotros aqueste enemigo, al cual servimos, ca ninguno aborrece su carne; empero servímoslo a mal de nuestro grado y medio constreñidos, más porque no desfallezca que no porque tenga mucha abundancia, porque sabemos que no deja nuestro cuerpo de ejercitar contra nos

[8] Lib. IX *Ethic.*
[9] Deut. 28, 48.

sus enemistades antiguas cuando se ve muy favorecido. Pues que de nuestro amamos este tan mal enemigo y aun somos obligados a lo amar con caridad por muy desleal que es con su continua guerra, ¿cuánto más debemos amar al que después de amado nos guardará lealtad? Más capaz de bienaventuranza es el ánima de tu enemigo y más semejante a Dios tu enemigo, y, por tanto, le debemos amar más y eres obligado a ello.

Yo comparo el amor que has de tener con tu ánima y tu cuerpo al amor que has de tener con tu amigo y tu enemigo, no porque no has de amar más a tu enemigo que a tu cuerpo, sino porque así como hay algún exceso entre el amor que tienes a tu ánima al que tienes a tu cuerpo, así lo debe haber entre el amor que tienes a tu amigo y el que tienes a tu enemigo. Donde has de saber que, según cuenta el Maestro de las Sentencias [10], unos dijeron que habían de ser todos igualmente amados en la afición, aunque no en la ejecución del servicio, porque más somos obligados de servir a los que son más conjuntos con nosotros, no obstante que a todos debemos bien querer por igual. Los que tienen aquesta opinión dicen que las autoridades de la Escritura o de los doctores que dicen que el amor es desigual, según lo son las personas, se entienden del servicio de fuera y no de la afición de dentro, que debe ser a todos de una manera. La segunda opinión dice que en cuanto al afecto y al efecto han de ser todos amados de una manera. La tercera opinión, que más aprueba el Maestro, dice que no han de ser todos los hombres amados de una manera, ni en cuanto al afecto ni en cuanto al efecto de fuera; porque pues es necesaria la orden en el amar y se puede guardar en lo interior y exterior, no hay razón por qué no se guarde, y las autoridades en que dice San Agustín que debemos amar a todos nuestros prójimos como a nosotros mesmos, entiéndese en cuanto al bien deseado que es Dios, el cual debemos querer para todos, aunque con desigual o diferente afición y obra. Declarando Santo Tomás [11] en qué manera eres obligado amar a tu enemigo, dice: «De tres maneras puede ser considerado el amor del enemigo; la primera en cuanto son enemigos, y esto es perverso y contradice a la caridad, porque esto es amar el mal del otro. Lo segundo se puede considerar el amor del enemigo en cuanto a la naturaleza, conviene a saber, en universal, y de esta manera es de necesidad el amor de los enemigos, conviene a saber, que amando alguno a Dios y

[10] III *Sent.*, d. 29.
[11] *Summa Theol.*, 2-2, q. 25, a. 8.

al prójimo no excluya sus enemigos de aquella generalidad del amor del prójimo. Lo tercero se puede considerar el amor de los enemigos en especial, conviene a saber, que en especial se mueva hombre con movimiento de amor para con su enemigo, y esto no es necesario, porque si aun es necesario moverse hombre con especial movimiento de amor a cualesquier hombre singularmente, ca esto sería imposible, empero es necesario según el aparejo del ánimo, conviene a saber, que tenga el hombre aparejado el ánimo para señaladamente amar al enemigo, si ocurriese necesidad. Empero, a la perfición de la caridad pertenece que ame hombre al enemigo actualmente por amor de Dios sin ocurrir artículo de necesidad, ca como es amado el prójimo por Dios cuanto uno más ama a Dios, tanto más ama al prójimo no impidiéndolo enemistad ninguna, así como si alguno amase mucho a algún hombre y por su amor amase también a sus hijos, aunque le eran enemigos. Esto en sentencia dice Santo Tomás, probando que a los perfectos pertenece amar con amor singular a sus enemigos y que a los imperfectos bástales hacer esto en caso de necesidad, lo cual más claramente pone Gabriel [12] diciendo: «En caso de necesidad, cada uno es obligado a amar a su enemigo actualmente, si puede, con efecto, en cuanto a los bienes temporales o espirituales, si no estuviere otro aparejado para le dar estas cosas, lo cual se prueba por aquello de San Juan [13]: *Si alguno tuviere bienes temporales y viere a su hermano tener necesidad y le cerrare las entrañas, no mora en él la caridad del Padre. Pues tu enemigo es hermano y prójimo tuyo, síguese que eres obligado a lo remediar*».

Y si esto es verdad hablando de la sustancia de este mundo en cuanto a los bienes exteriores, mucho más será verdad en cuanto a los bienes espirituales, que más inmediatamente son necesarios; donde si caresciere alguna necesidad evidente de tu enemigo en las cosas espirituales, y por carescer de ellas no pudiese alcanzar a amar a Dios, así como si fuese infiel necesitado de doctrina para se convertir a la verdad, si puede aquel cuyo enemigo es darle la doctrina y no hay otro que lo informe y el enemigo quiere recebir la información, eres obligado no solamente a quererlo enseñar, sino a enseñarlo de hecho: y lo mesmo es de la corrección fraterna y de otras muchas cosas que son menester para la vida eterna. Y en especial cuanto a esto que cada uno es obligado de orar a Dios por sí y por toda su Iglesia y en aquella oración

[12] In III *Sent.*, d. 30.
[13] I Ioan. 3, 17.

es tenido a querer que le valga a cada bueno y malo para bien espiritual. Así como sería malo el estómago que no quisiese que la sustentación suya valiese para la sustentación de la mano, así no sería buen miembro en la Iglesia el que no quisiese que su buena obra aprovechase a todo miembro de la Iglesia por todo lo que Dios lo acepta y por todo lo que puede aprovechar a sí y a los otros; y de esta manera es de los bienes corporales y de fortuna, porque de la vida corporal obligado es a querer que su enemigo viva, y también es obligado a salvar la vida a su enemigo si puede, cuando no hay otro que pueda y quiera ayudarle, así como si su enemigo hubiese de morir de hambre o en algún río y no hubiese alguno que quisiese darle de comer o librarlo del agua; así que en estos casos y otros semejantes eres obligado a socorrer a tu enemigo, según aquello de San Ambrosio: apacienta al que muere de hambre, ca si no lo apacentaste matástelo. Pues que el enemigo es mi prójimo, soy tenido a lo amar, no con menor caridad que a otro prójimo, en las cosas que son de necesidad de salud. Las cosas que ha dicho este doctor las reduce al caso de la estrecha necesidad en que vieres a tu enemigo, fuera de la cual basta no quererlo mal ni privarlo de la parte general que Dios le quisiera dar de tus bienes espirituales, que pues eres miembro de la Iglesia han de aprovechar a todo el cuerpo de ella.

Lo que el Maestro de las Sentencias [14] concluye en este negocio que todo cristiano por precepto de Dios es obligado a amar a sus enemigos; y si San Agustín dice que amar a los enemigos no es del pueblo común, sino de los perfectos, entiéndese que los varones perfectos los aman con caridad perfecta y los varones que aun no han alcanzado estado de perfición los aman con caridad imperfecta; ca puesto que todo amor tenga ciertos grados, muchos más se hallan en el amor de los enemigos que en otro amor alguno, conforme a lo cual dice San Crisóstomo: «Mirad cuántos grados sube y en qué manera nos pone en la sublimidad de la virtud; el primer grado es no comenzar la injusticia; el segundo, no vengarse de su igual; el tercero, no hacer con mi enemigo lo que él hace conmigo; el cuarto, ponerme de voluntad a padecer males; el quinto, dar al que demanda más de lo que pide; el sexto, no aborrecer al que hace estos males; el séptimo grado es amarlo; el octavo, hacerle bien; el noveno, rogar al Señor por él.

Y porque era grande el mandamiento del amor de los

---

[14] III *Sent.*, d. 30.

enemigos ayuntó muy esclarecido galardón, conviene a saber: que habíamos de ser hechos semejables a Dios, donde dice [15]: *para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos*. La comparación que puso el Señor cuando nos mandó amar los enemigos, parece que declaró la obligación que nos querría poner en decir que llovía Dios y hacía salir el sol sobre buenos y malos, lo cual es un beneficio general que hace Dios a todos sin muchas gracias que particularmente da a sus amigos; y aun esta merced general primero dice que la envía sobre los buenos que sobre los malos, y aun por ocasión de los buenos la alcanzan los malos, no queriendo el Señor desecharlos de estas cosas generales que todo el mundo recibe. Y de esta manera cumples tú con el mandamiento presente si cuando oras por la Iglesia van allí juntos tus enemigos, aunque te acuerdes por entonces de ellos; y les haces bien cuando deseas que todos los pecadores se salven, aunque de ellos en especial no te acuerdes; ca no eres a ello obligado. Los amas cuando no los aborreces ni les deseas mal. Empero, si vieses a cualquiera de tus enemigos en alguna estrecha necesidad, peligro de perder su vida o su ánima, eres obligado a lo remediar si puedes, como si fuese tu amigo y te hubiese hecho buenas obras. Y la limitación que dan algunos diciendo que no serías obligado a estas cosas si hubiese otro que remediase a tu enemigo, tiene verdad cuando el otro de hecho lo remedia y libra de la muerte; empero, si tienes alguna sospecha que el otro no lo hace, eres tú obligado a ello, como si solo fueses.

Lo que en el caso presente engaña a muchos es pensar que son sus enemigos los cuales dicen las verdades, y hacen como el malvado rey Acab, que aborrecía a Miqueas profeta y lo tenía por enemigo porque no le hablaba al sabor de su palabra; y Herodes tenía por enemigo a San Juan, aunque según verdad no lo era, antes nunca creo que tuvo Herodes amigo que tanto lo amase como San Juan, sino que él, falsamente engañado, lo tenía por enemigo porque aborrecía sus vicios. No pienses, pues, hermano, que es tu enemigo el que te reprehende y castiga y azota ni el que te visita de tus incorregibles culpas, porque todas éstas son obra de amor, sino que tú piensas proceder de odio, en lo cual doblas el pecado; ca allende de no amar más al que te hace buenas obras juzgas mal de él. No tengas que es tu enemigo sino el que te estorba alguna obra de virtud y no te deja llegar al cabo tus buenos propósitos, antes, con su envidia, te

[15] Matth. 5, 45.

los impide y pone tacha en las obras que son de linaje de bondad; ésta es la enemistad que atraviesa más el corazón del varón justo.

Es también tu enemigo todo aquel que injustamente te hace mal sin haber razón por que te haya de dañar o perseguir; que si hay razón alguna por do pueda menoscabar tu fama o tu hacienda y aun tu persona, y lo hace, no por esto lo debes tener por enemigo, pues demanda justicia. Tu enemigo verdadero es el que dió causa de la justicia o delicto que tú hiciste, y a éste aun has de amar de la manera ya dicha, haciéndote fuerza para ello; que al otro muy fácilmente lo puedes amar, pues no te hace ningún agravio en demandar justicia. Los que en las obras de virtud no quieren hacer más de lo que son obligados necesariamente para salvarse, aun esto se les hace muy pesado y apenas lo ponen en obra; empero los que desean pasar adelante y lo procuran háceseles muy ligero el amor de los enemigos, viendo que sin él ni aun los mártires agradan a Dios y que también murió Cristo por mi enemigo como por mí, y por ventura está ordenado para más gloria en el cielo que no yo, aunque agora esté en pecado, de lo cual eres obligado a dolerte más que de la ofensa a ti hecha, porque mediante el pecado pierde el amor de Dios, que es la cosa que más debes desear para tu enemigo.

CAPÍTULO XLII

De la ley de amor que ha de tener el varón imperfecto y el perfecto con el que lo ha injuriado o agraviado injustamente

La enemistad verdadera siempre se funda sobre alguna injuria o agravio que nuestro prójimo nos hace; y digo verdadera, porque muchas enemistades hay fingidas, que piensas tú que fulano te tiene mala voluntad y no es así, y piensas que el otro dijo aquella mala palabra contra ti o para te dañar y no se acordaba si eras nacido. Así que las semejantes enemistades son fantásticas, como fingimientos del demonio, que suele de suyo, sin haber causa para ello, sembrar escándalo entre los hermanos y entre los que se querían bien. Y también suelen hacer esto los que son de su parte, componiendo y mudando las palabras que oyen a los unos y a los otros, porque se pierda

el amor que entre ellos había; y aun más te digo, que hay algunos hombres tan malignos que, queriendo mal a ti y al otro, tercia entre vosotros con palabras de falsedad, como la serpiente entre Dios y la mujer, para que sobre su mentira fundéis vosotros discordia.

Hablemos agora de una injuria verdadera, para que lo que de ella dijéremos se entienda de todas las otras injurias particulares, dejando aparte las injurias o agravios de los reinos y de los señores y de la Iglesia, porque estas cosas que tocan a muchos pertenecen a los consejos de los príncipes y de los señores de la Iglesia, donde a toda ley se han de estimar en más las ánimas que las rentas y señorías. Hablando agora de ti solo: hácete fulano un agravio, date una cuchillada, róbate tus dineros o da falso testimonio contra ti; de esta injuria o daño recibiendo te quedan comúnmente cuatro cosas: la primera es una queja que los agraviados suelen dar delante de Dios de aquellos que los agraviaron, llamando su justicia, la cual, según las leyes divinales, condena a pena perdurable a todo aquel que hace injuria o agravio a su prójimo, y el así ofendido parece poder demandar justicia contra su ofensor, mayormente si en la tierra no le hacen justicia. Lo segundo que suele quedar del agravio es un rencor y malquerencia con que tenemos mala voluntad a nuestro ofensor. Lo tercero es negarle en lo de fuera la habla y la comunicación y mostrarle mal gesto y rodear por otra calle por no verlo. Todas estas cosas y otras semejantes se llaman *señales* del rencor que dentro tenemos. Lo cuarto que nos queda del agravio es acción y derecho contra nuestro ofensor para demandar satisfacción a la justicia humana de aquel hombre, así en los bienes menoscabados como en otra cualquier pérdida, que me satisfaga los bienes y la injuria de la persona y la fama.

De estas cuatro cosas conviene hablar en el presente capítulo para ver cómo se ha de haber en ellas cualquier cristiano. La primera queja que en siendo ofendidos solemos dar delante de Dios, encargándole que haga justicia de nuestro contrario y agraviando delante de él nuestra injuria, somos obligados, según dice un doctor, a dejar, porque las leyes divinas no se pusieron para que tú las reclamases delante del que las hizo, pues no las puede olvidar, sino para que los ofensores teman. El mesmo delito que a Dios es muy manifiesto basta para dar voces como la sangre de Abel; y pues delante del juez divino, que todo lo ve, se cometió, no es menester reclamar, porque aun los derechos humanos dicen que los notorios delitos no tienen necesidad de acusación; y no sólo por esto has de cesar en esta acusación de reclamar a Dios,

sino porque no te llueva sobre la cabeza lo que pides contra tu adversario, ca si un ladrón acusase a otro delante del juez que supiese los delitos de ambos, claro está que los mandaría ahorcar, porque sin pecado ha de ser el que acusa a otro de pecado, según mostró Cristo en el Evangelio. Aunque en la Escritura Sagrada hallamos que los santos demanden al Señor en el cielo y en la tierra venganza de los malos, no por eso se sigue que la podemos nosotros demandar, sino a la intención que la demandan ellos, la cual declara la *Glosa* sobre la mujer que importunaba al juez que le hiciese justicia, diciendo: «Es de notar que los santos, viviendo en la tierra, no piden a Dios venganza de sus adversarios por pena de infierno, sino oran que dejen de ser malos, según aquello [1]: *Vuelve los malos y no serán*, conviene a saber, no serán malos; o ruegan que pierdan el poder para que no puedan perseguir a los justos; de manera que los santos, movidos con celo de justicia, rogaban algunas veces al Señor que enviase penas temporales sobre los malos para que se enmendasen y Dios no fuese más ofendido. Puesto caso que los santos, que tienen apuradas las aficiones, pueden dar voces a la justicia de Dios, que agora se hace dormida, a ti no conviene reclamar sino misericordia, de la cual el ofensor y el ofendido tenéis mucha necesidad, ca no se da caso en que absolutamente puedas desear la muerte de tu enemigo sin que peques mortalmente, y cuando echas sobre él mala muerte o maldiciones y lo ofreces al demonio, quebrantas el principal mandamiento que te dió nuestro Señor para que tuvieses amigable conversación con tu prójimo. Así que conviene callar y no demandar justicia a Dios cuando eres ofendido. Conforme a lo cual dice San Crisóstomo sobre aquello del Señor: *Orad por los que os persiguen*». Muchos, por el contrario, humillados y heriendo la tierra con la frente y extendiendo las manos, no ruegan a Dios por sus maldades, mas oran contra sus enemigos, lo cual no es otra cosa sino alancear a sí mesmo cuando ruegas al que defendió orar contra los enemigos que te oiga maldecirlos. ¿Cómo es posible que seas oído cuando indignas al que te ha de oír, heriendo delante de él al enemigo con las palabras, aunque no con las manos? ¿Qué haces, hombre? ¿Estás para alcanzar perdón de los pecados y hinches la boca de amargura? El tiempo de la oración es de mansedumbre y gemido y no de furor.

Es Dios tan amigo de misericordia, que no quiere que antes de tiempo reclame nadie a él justicia, porque él se

[1] Prov. 12, 7.

tiene de ella harto cuidado, y dice a cada uno de los suyos [2]: *Mira que yo juzgaré tu causa y vengaré tu venganza.* Cosa injusta pareciera si Dios nos vedara reclamar a su justicia cuando somos agraviados por no hacer justicia, y por eso dice en estas palabras que terná cargo de juzgar y aun de tomar la venganza que debemos dejar a él, que la sabrá y podrá mejor ejecutar; empero agrádase mucho nuestro Señor cuando nos ve tan misericordiosos, que demandamos perdón para nuestro adversario, y de mejor voluntad oye a ti cuando oras por tu enemigo que a cualesquier otros que rueguen por él, como parece en los que injuriaron a Jacob, a los cuales no quiso perdonar hasta que él oró por ellos y ofreció sacrificio. Ofrece tú al Señor en sacrificio lo que padeciste de tu enemigo por él y agradarse ha más que con sacrificio de animales, porque las tribulaciones sacrifican a Dios la propia carne; y no te maravilles porque oye Dios de mejor voluntad a los injuriadores en favor de sus adversarios que a otros algunos, pues que la justicia seglar no perdona si el injuriado no alza la queja, cuyo ruego por su enemigo es en mucho tenido. Cuanto a lo que toca a este punto, es obligado todo cristiano a no demandar a Dios venganza ni desechar a su enemigo de sus oraciones, empero los varones perfectos de nuevo oran por el que les ofende, mirando que San Esteban oraba con más afición por sus enemigos que por sí mesmo; ca de este Santo, cuando oraba por sus enemigos, se dice [3]: *Puestas las rodillas clamó con gran voz diciendo: Señor, no les imputes aqueste pecado, ca no saben lo que hacen.* Por sí mesmo no se curó de dar voces ni hincar las rodillas ni alegar razón alguna, sino decir: *Señor Jesús, recibe mi espíritu.*

Lo segundo que se sigue de la ofensa, que es el rencor o malquerencia que solemos tener al que nos ofende, también somos obligados a lo dejar luego, según dice San Buenaventura, porque es contra el amor del prójimo y contra la caridad, y el Señor nos manda que lo dejemos diciendo [4]: *No aborrecerás a tu hermano en tu corazón, sino reprehéndelo públicamente porque no tengas acerca de él algún pecado; no busques venganza ni te acuerdes de la injuria de tus ciudadanos.* Sobre esto dicen las *Glosas:* no disimules por vía de rencor el pecado de cualquier hombre para te vengar después, ni hagas fingimiento que astutamente lo aborreciste para lo corregir; ca escrito está no lo queráis tener por enemigo, sino corre-

2 Ier. 51, 36.
3 Act. 7, 60.
4 Lev. 19, 17-18.

gildo como a hermano, no murmurando de él en secreto; sino con palabra expresa lo reprehended o entre ti y él solo lo corrige; ca si alguno dejase de corregir a su hermano porque cayese peor, haría contra caridad y ternía parte en su pecado. No busques venganza con deseo de te vengar, aunque la puedes buscar con amor de justicia; ni te acuerdes por vía de malquerencia de la injuria recebida, ca escrito está en el Evangelio que Dios tomará venganza de nos si no perdonamos de corazón, dejando el rencor que tenemos a nuestros prójimos; y San Pablo dice [5]: *Sed benignos unos a otros y misericordiosos, perdonándoos unos a otros, así como Dios nos perdonó en Cristo.* Dios nuestro Señor pierde tanto el rencor, que después del perdón dice que no se acuerda del pecado; y de esta manera habíamos de perdonar unos a otros tan de corazón que apenas nos acordásemos de la ofensa pasada, ca de otra manera cumplirse ha aquello del Sabio [6]: *La vengaza de Dios verná sobre el que se quiere vengar y guardándole guardará sus pecados. Perdona a tu prójimo que te ha dañado y entonces te serán perdonados tus pecados orando. ¿El hombre guarda al hombre la ira y pide a Dios medicina? No tiene misericordia para con el hombre semejante a sí y ruega que le perdonen sus pecados. El, como sea carne, reserva la ira y pide a Dios que le sea manso. ¿Quién rogará por los pecados del tal? Acuérdate de las postrimerías y deja de tener enemistades.*

Lo de suso es del Sabio, y todo se reduce a desechar el odio del corazón, el cual es de dos maneras: el uno se sujeta en la voluntad y es una malquerencia; el otro está en nuestra carne, que siente más que debe las injurias y no sabe otra cosa sino aborrecer a quien le hace mal y amar a quien le halaga. El primer aborrecimiento es obligado todo hombre a dejar, empero el segundo no lo pueden tan presto desechar los imperfectos, aunque en el corazón del justo no asienta ningún mal deseo y, por tanto, los perfectos fácilmente lo dejan todo. Lo tercero que se sigue de la injuria son las señales del rencor, que son vedar la habla y apartarse y cosas semejantes, lo cual dice San Buenaventura que somos obligados a dejar y perdonarlo a nuestro prójimo, si nos ruega por sí o por otro o por carta, humillándose verdaderamente, de manera que si se humilla el que te ofendió y con verdad te pide perdón, eres obligado a dejar la malquerencia que muestras de fuera también, como dejaste la de

[5] Eph. 4, 32.
[6] Eccli. 28, 1-7.

dentro. Y si no te pide perdón por alguna vía, puedes guardar con él las señales del rencor no para te vengar, sino para hacer que se humille y no se atreva otra vez a te ofender; empero, cuando te pide perdón por cualquier vía que sea, es obligado a te satisfacer; lo cual, si hace, eres tenudo a lo perdonar, según aquello del Señor [7]: *Si pecare contra ti tu hermano, reprehéndelo; y si hiciere penitencia, perdonalde; y si siete veces al día pecare contra ti y siete veces al día se tornare a ti diciendo pésame, perdonaldo*. Sobre esto dice Beda: «Hemos de ver que no manda perdonar a cada paso al que peca, sino al que hace penitencia, porque por esta orden podremos evitar los escándalos si a ninguno empereciéremos y si corregimos con celo de justicia al que peca y si ensanchamos las entrañas de la misericordia al que se arrepiente». Lo de suso es de Beda. Y San Agustín: «Cualquiera que ruega al hombre contra quien pecó, si se mueve por su pecado a rogar, ya no es de tener por enemigo, para que amarlo sea cosa de alguna dificultad, así como lo era cuando ejercitaba las enemistades, y cualquiera que no perdona al que ruega y se arrepiente, no piense que Dios le perdonará sus pecados, porque no puede mentir la verdad; la cual como enseñase aquesta oración, en ella nos encargó la sobredicha sentencia, diciendo: «Si perdonardes a los hombres sus pecados, perdonará vuestro Padre a vosotros; empero, si no perdonardes, ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados».

Lo de suso es de San Agustín, en lo cual ha mostrado manifiestamente que se hará juicio sin misericordia al que no quiere hacer misericordia; y con mucha razón, porque si cada uno es atormentado por la manera que pecó, y tú no quieres perdonar, el pago y castigo será que tampoco tú seas perdonado ni oído cuando demandares perdón de las muchas ofensas que cada día haces a Dios. Mira, pues, bien las cosas, y no quieras un Dios para ti y otro para el que te injurió, porque con el juicio que juzgares serás juzgado y con la medida que midieres te será medida la justicia, haberse ha Dios contigo como tú te hubieres con el que te ofendió, que es criatura suya y le quiere hacer misericordia, también a ti. Mira que, según dice un doctor, si no perdonas a tu ofensor no haces oración, antes parece que te maldices y pronuncias palabras contra ti cuando en la oración del *Pater noster* dices a Dios [8] *perdónanos nuestros pecados, así como nos perdonamos a nuestros deudores;* en lo cual, si bien miras en ello, no quieres de-

---

[7] Luc. 17, 3-4.
[8] Matth. 6, 12.

cir sino que te perdone Dios, el cual ordenó la *oración* por tal arte que de tu boca pueda tomar sentencia contra ti. Si uno hiciese ofensa al rey y al pregonero juntamente, y el rey perdonase su injuria, ¿no sería loco el pregonero si no quisiese perdonar? Y si el mesmo rey le mandase que perdonase, ¿no sería más loco que el primer ofensor y ofenderia más al rey estando todavía en su porfía? Y este tal haría al rey mayor ofensa que el primero, porque menosprecia su mandamiento. El que ofendió a ti ofendió también a Dios; pues él ha perdonado su injuria por sólo arrepentimiento, tú también debes perdonar la tuya, pues que la ley de Dios te lo manda, y si no lo haces, júzgate por más culpado que tú ofensor, porque él no tiene por aplacar sino a ti, y tú tienes por aplacar a Dios, cuyo mandamiento menosprecias no queriendo perdonar tu injuria al que él perdonó la suya.

Algunos amigos de enemistades, por no hablar a sus prójimos que los ha ofendido, dicen que no tienen rencor con ellos ni malquerencia en el corazón, ni les desean mal, salvo que no le quiere hablar, ni tener comunicación con él, porque es hombre peligroso en su conversación y no conviene conmigo en su condición, y, por tanto, allá se lo haya él, déjeme, que no lo quiero ver ni oír; baste que no le tenga mala voluntad y que lo tenga perdonado, ca no querría que nos tornásemos asir un día, y fuese peor el segundo error que el primero. A estas excusaciones de paz se responde que, según el Apóstol, no hemos de hacer mal porque venga bien; y, por tanto, cuando tu enemigo te demanda perdón y tiene voluntad de te satisfacer, no hay razón para que le niegues la habla, ca no se suele negar sino a los descomulgados.

Item, el mesmo Apóstol dice que nos apartemos de toda especie de mal, y ninguna especie ni apariencia hay de más manifiesto mal que negar el habla a tu enemigo, ca luego piensa que lo aborreces, y todos los que saben que no le hablas juzgan que hay entre vosotros mucha enemistad. Antes que demande perdón, bien le puedes negar la habla, a fin que se humille y se conozca por culpado y no se atreva de ligero a te ofender otra vez, mas después que ya está confuso por lo pasado, más ha menester consolación que indignación ni señal de ella. Los enemigos de amistad aun dicen que en la Sagrada Escritura se halla que después del perdón de la injuria quedaron lícitamente señales de ella, como parece en David, que después de haber perdonado a Absalón estuvo dos años que no le habló ni lo dejó entrar en su casa, y nuestro Señor mandó guardar la vara en señal de la rebeldía de los hijos de Israel; pues dejar de hablar yo a mi ene-

migo, si en mi corazón lo tengo perdonado, no parece ser otra cosa sino guardar una vara, no para lo herir, sino para que se acuerde cómo me ofendió y se arrepienta.

Estos ejemplos proceden de no entender la Escritura, y al sentido que se traen son muy ajenos de todo buen cristiano, al cual manda Cristo que ame y haga bien y ore por su enemigo, y debajo de este mandamiento se encierra todo lo que es anejo a él y es menos que él. Mal podrás tú orar por tu enemigo si no le quieres hablar, y muy poco bien le podrás hacer si le niegas la habla, que es el menor de los bienes que le puedes dar; y no satisfaces con Dios, ni con él, ni con las gentes, si a lo menos de palabra no le muestras cómo ya no lo quieres mal; no es el otro adivino que, viendo que no le hablas, ha de conocer que no le tienes mala voluntad; ca, pues que es hombre, por tu boca ha de conocer lo que tienes en el corazón, porque sólo Dios lo puede conocer de otra manera. Así que, pues los hombres no juzgan sino lo que ven, ningún buen juicio dirá sino que lo aborreces, pues no le hablas. Y a lo que dices que cumples con Dios en no quererlo mal, mira que Dios manda que cumplas en este caso también con los hombres y te obliga a no escandalizar ni al más pequeño del mundo, y con no hablar a tu enemigo tienes tu casa y la suya escandalizada, y todos los que lo saben dicen que lo quieres mal, viendo que aun la habla le niegas, nunca habiéndola Cristo negado a Judas. A lo que dices de David, mira que él era juez del delicto, y podía desterrar a Absalón, pues merecía pena de muerte cruel, y tú no te has de hacer juez en tu propio caso sin tener jurisdicción alguna; y a lo de la vara, si miras en ello, más fué señal de amor que de enemistad, lo cual la mesma vara mostraba por estar florida y con fruta de almendras dulces, que suelen ser dadas para salud y confortación de los enfermos. Tal vara como ésta no es señal de enemistad, sino de amor; donde nos da el Señor ejemplo de hacer bien a nuestros enemigos, mayormente después que te conocen y demandan nuestra amistad. Y que el Señor mandase guardar este pimpollo florido y con fruta para hacer bien a los hijos de Israel, parece por esto que se sigue luego [9]: *Apláquense las quejas que tienen de mí, porque no mueran.*

Pues mira, hermano, que con mucha razón se podrá quejar de ti tu enemigo si no le hablas, ca en esto verá señal de enemistad, la cual aborrece mucho el Señor, que puso señal de favor en Caín porque no lo matase nadie, y manda colgar la serpiente porque no muriesen sus ene-

[9] Num. 17, 10.

migos, dándoles en ella señal de vida; y alza señal de amor para que se junten los derramados, y no para que se aparten los allegados, como tú lo haces. Ca la hora que no hablas a tu prójimo, aunque no haya pasado otra cosa, luego se aparta de ti viendo señal de enemistad y soberbia, la cual, a ejemplo de Ester, debes apartar de ti, y amar a ejemplo del Señor la señal de clemencia, que es toda buena habla y salutación, en que se muestra el amor que dentro tenemos; pues cuando todavía el homiciano que niega la habla dice que basta no querer mal a su enemigo, aunque no lo hable, digámosle, con San Crisóstomo, que así lo hará Dios con él, que lo querrá bien, pues ninguna cosa aborrece, y que no le hablará jamás, porque ley suya es quitar la habla a los que la quitan a los otros.

Lo cuarto que del agravio se sigue es la acción o derecho que cobras para proceder contra tu ofensor y demandarle todo el menoscabo que se te recreció de su injuria, y esto le puedes demandar enteramente delante del juez, que puede conocer de la causa, lo cual queda a tu salvo en tal manera que por justicia te puedes satisfacer de tu ofensor, así de la pérdida temporal como personal o de cualquier injuria o infamia; de manera que puedes con muy buena conciencia y sin rencor y con paz demandar que te hagan justicia de los agravios recebidos, así en la honra como en la hacienda. Y de este derecho queda a tu salvo que lo puedes proseguir con tu probanza delante del juez de tu ofensor, aunque seas clérigo o seglar o fraile, porque donde falta la santidad, que había de refrenar a los ofensores, menester es que la justicia ponga remedio en los daños que se podrían seguir disimulándose los delitos. Si aconteciese que acusases a tu enemigo de caso criminal, porque hubiese de ser condenado a muerte, no por eso pierdes la obligación de lo amar, ca le debes desear salvación para el ánima, y eres obligado, según dice Escoto [10], a pesarte más por el pecado que hizo tu ofensor, mediante el cual merece la muerte, que no aplacerte porque muere, sino que con un dolor y angustia has de proceder contra él como procede el cirujano cuando quiere quemar la llaga de su hijo enfermo. De manera que quiere Dios que acá en la tierra nos haga justicia y la persigamos, no por codicia de venganza, que ésta nunca es buena, sino por amor de la mesma justicia y paz, que se conserva mejor siendo castigados los delincuentes.

Todos los que proceden contra sus ofensores me parece que deben proseguir justamente lo que les pertene-

[10] III *Sent.*, d. 30.

ce o deben seguir, y esto digo porque no puedes sin gran pecado tachar los testigos que justamente dieron testimonio contra ti, y no carece de grandísima maldad que por defender tu casa o tu viña deshonres con gran infamia a tu prójimo, descubriendo sus delitos viejos, que ya estaban cubiertos y olvidados, porque más eres obligado a guardar la ley del amor fraternal que manda Dios que tengas a tu prójimo que no a guardar tu hacienda.

Tornando a resumir en breve estos cuatro puntos sobredichos, has de saber que es de obligación necesaria: lo primero, que no reclames a Dios demandándole venganza o justicia de tu enemigo, ni digas *Dios te lo demande;* empero, bien puedes suplicar que te libre de él; cuanto a lo segundo, que es del rencor, eres obligado a dejarlo, aunque tu enemigo todavía te persiga, y esto no es menester que él te lo ruegue, pues Dios te lo manda; lo tercero, que es hablarle y mostrarle perdón, eres obligado a hacer si él te lo demanda por sí o por otro o por carta o por cualquier vía que con verdad y humildad lo demande; lo cuarto, que demandar satisfacción te queda por entero, ca siendo como hermanos podéis estar a justicia sin tener malquerencia ni dejaros de hablar. Poniendo agora lo que pertenece a los que se esfuerzan a seguir la perfición de los consejos evangélicos: cuanto a lo primero, no solamente has de sufrir la injuria sin reclamar a Dios, mas al mesmo Señor has de orar por el que te ofende, aún mientras te ofende, y ha de estar tan apartado de ti el rencor, que llames y tengas por amigo a tu enemigo; y en cuanto a lo tercero, no esperes que te demande perdón, sino ofréceselo tú y ruégale con él, y nunca dejes de hablarle; y en lo cuarto, has de mirar tu posibilidad y lo que sea más servicio de Dios, porque unas veces es mejor hacer castigar a los turbadores de la paz y otras perdonarlos; empero, el Señor mandaba que los hijos de Israel ofreciesen paz primero que cosa alguna a todas las ciudades donde llegase, y si no la querían recebir habíanse de aparejar a paciencia. Y de esta manera, cuando pacíficamente pudieres hacer conveniencia con tu enemigo, no esperes que os haya de oír la justicia; empero, si es contumaz, más domará la justa justicia que la cruel misericordia, que es mal empleada en los que no la conocen; empero, Cristo dice, para nos provocar al amor de nuestros enemigos, que su Padre es benigno sobre los ingratos y es tan benigno con ellos, que se pueda bien decir aquello del Sabio [11]: *Apacentará y sufrirá los ingratos y aun oirá cosas amargas.*

[11] Eccli. 29, 32.

Apacienta nuestro Señor a sus enemigos dándoles en abundancia las cosas temporales y sufre de ellos dos mil ofensas siendo ingratos, y aun oye palabras amargas de blasfemia, y también oye los malos juicios y quejas de los malos; ca, como está la conciencia de ellos desasosegada, siempre presume cosas malvadas y habla palabras despedazadoras y de mucho descontento, las cuales cosas habrás tú de sufrir si te esfuerzas a amar en perfecto grado tus enemigos, porque después de los haber proveído y hécholes mercedes, y después de les haber sufrido agravios sin cuento, oirás que murmuran de ti tanto y más que antes. Y oirás que dicen de ti que eres muy ajudiado, y no les osas hablar palabra, sino que de miedo haces lo que haces y no de virtud, y buscarán maneras para probar que no te deben agradecimiento alguno; las cuales cosas, tanto serán a ti más amargas cuanto más mirares a ellos, y tanto más dulces cuanto más mirares a Dios, por cuyo solo amor las haces; ca nunca está el amor de Dios tan apurado como cuando amamos por él a los enemigos, en los cuales ninguna otra cosa hallamos sino a solo Dios.

En el amor que por Dios tenemos a todas las otras cosas hallamos algo de nuestro amor, que agua un poco el amor de Dios; mas cuando ponemos el amor de Dios en nuestro enemigo, está muy puro y aun probado. Si en la tierra que menos se cría el vino suele valer más caro, bien parece que daremos gran precio a nuestro amor si lo ponemos en nuestro enemigo, porque así nos lo pagará Dios mejor. Pues los mercaderes sabios llevan sus mercadurías donde hay más falta de ellas, ¿por qué tú no pornás tu amor en tu enemigo para que Dios allí se agrade más de él? Más fuerte es el fuego que arde en la humedad que no el que arde en lo seco, porque gran diferencia hay de vencer al contrario a ser favorecido del amigo. Cuando tu amor vive y arde en tu enemigo, cree que su fuego santo y celestial se ha enseñoreado, pues la húmeda enemistad no lo ha podido apagar. Creo sin duda ser muy más excelente el amor de los enemigos que el de los amigos, y si el Maestro de las Sentencias dice que por ser más ferviente el amor de los amigos parece de más merecimiento, aqueste mayor fervor no viene de parte de mi caridad, sino de parte del favor que siento en mi amigo; ca un amor se favorece con otro, lo cual no añade mejoría, aunque añade ternura y sentimiento, las cuales cosas no son esenciales al amor, según dice Escoto; y pues que dice San Agustín que el común pueblo de la Iglesia no alcanza a amar perfectamente los enemigos, aunque es oído de Dios y está en caridad, síguese que esta obra debe ser más soberana, pues que solos los varones perfectos la pueden

hacer perfectamente. Así que, estando todas las cosas iguales, sino que solamente defieran los amores de parte del objeto que aman, que el uno es amigo y el otro enemigo, no hay duda sino que es más excelente el amor de los enemigos que el de los amigos, porque el uno es fácil y el otro dificultoso, y, según el Filósofo, mayor es la virtud que se ejercita en cosas de más dificultad.

Item, el amor de los enemigos es devisa del Evangelio, en que excede a la ley natural y a la ley escrita, que según mostramos, aunque amaban los amigos, no se extendía a tanta perfición como Cristo, que añadió a la perfición de los antiguos y a la justicia de los fariseos el amor de los enemigos como cosa más excelente. Lo que más magnificamos y engrandecemos en Cristo y en sus santos es conocer que amaron perfectamente a sus enemigos, ca si fuera de igual merecimiento amar hombre a su amigo y a su enemigo, no nos mandara Cristo, como nota San Crisóstomo, convidar a los que no nos habían de tornar a convidar, como hacían los fariseos. La mesma naturaleza nos inclina al amor de los amigos y nos retrae y aparta del amor de los enemigos, y por esto dice San Agustín que hemos de luchar con nosotros mesmos para amar los enemigos, donde así como hay más mérito en creer las cosas que parecen contrarias a nuestra razón, así lo hay en amar lo que más parece contrario a nuestro amor, que en cosa del mundo no siente tanto agravio como en amar al que lo aborrece, porque no hay cosa que tanto contradiga al amor como el odio, ca son más contrarios que el agua y el fuego; y así como le es más contrario, así lo sana mejor, porque no hay cosa que tanto sane y tan presto la llaga del rencor y malquerencia como el emplasto del amor, cuyo oficio es mitigar y ablandar y desapostemar y desenconar.

El que ama a sus enemigos tiene una maravillosa participación con el Padre soberano, y por eso, para que seamos sus hijos por singular imitación, nos mandó Cristo que amásemos a nuestros enemigos, y esta imitación se funda en la liberalísima largueza que a todos da y de ninguno recibe. Si quieres tú imitar en esto al Padre Eterno, ama a tus enemigos, dales tu amor sin que ellos te amen, mira que la suma liberalidad está en dar sin tener intento a recebir; lo cual más perfectamente puedes ejecutar en tu enemigo que en tu amigo, y aunque el amigo en sí mesmo sea mejor que el enemigo, porque el amigo es bueno y tiene mucha razón de bondad, y no el enemigo, según nota Santo Tomás [12], no por esto pienses

[12] *Summa Theol.*, 2-2, q. 27, a. 7.

que el amor del amigo es mejor, ca el que tiene perfecta caridad no mira en el amigo ni en el enemigo, sino a Dios, pues que, según hemos declarado, amar caritativamente al prójimo es amar a Dios en el prójimo, el cual es más dificultoso de amar en una parte que en otra por la malicia de los lugares. Y aunque Dios no esté por gracia en tu enemigo, no por eso lo debes dejar de amar allí, porque la caridad del prójimo principalmente se funda sobre la posibilidad que tiene nuestro prójimo de alcanzar el amor de Dios, y a este fin lo hemos de amar y hacer mucho porque lo ame.

CAPITULO XLIII

De la ley de amor que has de repetir con tu enemigo en le perdonar muchas veces, y cuántas han de ser

Porque sabía nuestro Salvador que los suyos habían de ser muy enemistados con los presuntuosos y soberbios y que la Iglesia había de ser como lirio tierno entre las espinas de los agravios y injurias que de todas partes cercan al hombre justo, el cual, si se quisiese vengar de todas las injurias que recibe, por ser tantos los ofensores y tantos los ofendidos, apenas habría quien se salvase, ca no creo que hay hombre en la tierra que demande tan justamente venganza que no peque algo, porque aunque traigas competencia con tu padre siempre querrías que valiese la tuya, pues por evitar tanta pérdida y poner fin a los pleitos y ganar al ofendido y al ofensor nos manda Cristo que amemos a nuestros enemigos, y puso tanta fuerza en esto, que ninguna virtud hallarás tan predicada, ni alabada, ni voceada en el Evangelio, como el amor de los enemigos. Y así convenía, porque yo no pienso que es cristiano el que no sabe padecer con amor, pues no lo es el que no toma amorosamente su cruz y sigue a Cristo. Aunque en muchas partes del Evangelio nos enseña Cristo la ley que hemos de tener con nuestros enemigos, bastarnos ha que al presente hagamos memoria de una, donde más copiosamente se trata las veces que hemos de perdonar; y como lo cual pone San Mateo, y puesto que hayas leído esto en otros libros, no te pese por lo ver aquí. La Escritura es tal, que cada día la debríamos leer, o a lo menos traer a la memoria, cómo llegó San Pedro al

Salvador, diciendo [1]: *Señor, si pecare mi hermano en mí hasta siete veces, ¿perdonarlo he, y soltarle he la ofensa?* A esta pregunta y duda, muy digna de ser sabida de todos, responde el Señor a San Pedro, vicario suyo, y, por consiguiente, en él a todos los menores, que también son obligados a perdonar, diciendo: *No sólo te digo que lo perdones siete veces, mas aun digo que lo perdones setenta veces siete, si tantas pecare.*

Has de notar que en el caso presente, de perdonar y amar los enemigos, no tiene menos obligación el papa y cardenales y obispos que el menor sacristán del mundo, ni que el menor pobre del mundo; antes son más tenudos por el estado de mayor perfición en que son puestos. Y por esto enderezó Cristo la respuesta a San Pedro, que era el mayor de los apóstoles, porque no piensen los mayores que la mayor fantasía los ha de excusar en el caso presente, los cuales, según nota San Jerónimo, vuélvenle hoja, ca perdonan fácilmente las injurias hechas a Dios, que no habían de perdonar, y las que son hechas a ellos mesmos apenas o nunca las perdonan. Así que los mayores del mundo son más obligados a perdonar más presto sus mesmas injurias y castigar las que son hechas contra Dios, el cual no comenzaría a juzgar dende su santuario si los que allí moran no fuesen obligados a mayor perfición. Comenzando a declarar la respuesta del Salvador, has de notar que, según dice San Agustín, por el número septenario suele ser entendida la universidad de cualquier cosa o de cualquier tiempo; y por esto cantamos en el Salmo [2]: *Siete veces te alabé, Señor, al día;* lo cual no es otra cosa sino como dijera el profeta: «Siempre sea, Señor, tu alabanza en mi boca». Y el número onceno significa *traspasamiento,* porque en el punto que pasas el cuento de diez, en que consisten los mandamientos de Dios, luego que vas al onceno, que es figura de la transgresión del pecado y todo traspasamiento, es culpable. Pues todo agravio y injuria y todos los pecados quiso que se entendiesen haber de ser perdonados y sueltos, cuando el amantísimo Señor dijo a San Pedro al que pecase que lo perdonases setenta veces, que es número compuesto de cuento de universidad y de cuento de transgresión; esto es, de siete y de once. Porque si tomares siete veces once, hallarás que son setenta y siete; o podemos decir, que se pone aquí número determinado por número no determinado, como si dijese, según el mesmo doctor declara: «Tantas veces cuantas el prójimo pecare contra ti, tantas

[1] Matth. 18, 22.
[2] Ps. 118, 164.

quiero que del todo perdones y absuelvas». Y pónese aquí este cuento más que otro alguno, porque desde Adán hasta Cristo, según escribe San Lucas, fueron setenta y siete generaciones, y por ende, así como Cristo quitó las culpas de todo el linaje humanal, así el hombre debe perdonar todas las ofensas que le fueren hechas; porque si Cristo halló mil millones de pecados y de pecadores y los perdonó todos y a todos, ¿es razón que quieras tú retraer ni encoger el perdón que has de hacer a tus hermanos?

Y según declara San Crisóstomo, cuando el Señor dice a San Pedro que perdone setenta veces siete, no pone número cierto ni determinado, mas quiso significar en este cuento casi número infinito, para remedio de cuantos pecados son y de continuo se hiciesen. Y San Jerónimo dice que este cuento no quiere decir setenta y siete veces, mas que se toma por siete veces setenta, que monta cuatro cientas y noventa veces. Porque si tantas veces pecare tu hermano contra ti al día, tantas lo perdones, las cuales él apenas podrá pecar; o dícelo porque lo perdones cuantas veces pecare, por manera que no haya en ti medida ni cuento en perdonar, mas que siempre perdones. Y así parece que la primera declaración se refiere y extiende a toda injuria, y la segunda a todo tiempo, conforme a lo cual dice el venerable Beda: «No se pone el número septenario por término de las veces que habemos de perdonar más, porque mediante este cuento significativo de universidad nos es mandado que perdonemos todos los pecados o que debamos siempre soltar las ofensas al que se arrepiente, ca siempre se suele juzgar por el número de siete la universidad de toda cosa o de todo tiempo. Mas con cautela y con santo aviso se debe mirar que no se nos manda perdonar a todo aquel que pecare en todo tiempo, mas solamente al pecador que se arrepintiere; y por esto, primero debemos reprehender con misericordia al pecador, porque sea tal, que merezca que lo perdonemos, después de su enmienda. Pues el que viere a su hermano pecar y callare, creo que no es menos traspasador del mandamiento del Señor que el que no quisiere perdonar a ese mesmo culpado cuando se arrepintiere; porque el Señor, que dijo *si pecare tu hermano, perdónalo*, primero dijo: *si pecare, reprehéndelo*. Así que el perdón se ha de conceder al prójimo después que fuere razonable y celosamente reprehendido, y no a otros, sino al que se convirtiere de su error haciendo penitencia, porque no parezca que el perdón es fácil de alcanzar y que la indulgencia se da de ligero». Lo que dice aquí Beda, de no perdonar sino al arrepentido, entiéndese de

las dos maneras o de las cosas últimas que viste en el capítulo pasado, porque sin que el ofensor se arrepienta eres obligado a perdonarlo en cuanto a Dios y no a tener rencor contra él; debes, empero, corregir con amor el que peca, porque se convierta a tu amor, y recebirlo a todo abrigo y recogimiento de caridad acompañable, acostumbrándote a ello, según aquello de San Ambrosio: «Aprende perdonar muchas veces y no quieras perseverar en indignaciones, porque de ninguna cosa puede ser ofendido el que tiene por uso perdonar de ligero».

Porque te animes a seguir en este caso la mayor perfición, mira esto que San Crisóstomo dice: «Siempre debe el ofendido buscar la reconciliación del confederable amor de su ofensor, porque pueda ganar dos coronas, la una porque padeció injuria, la otra porque rogó primero con la paz y con la conversación amigable; y, por ende, ¡oh tú, hombre olvidado de tu salvación!, piensa cuánto eres pecador en otras cosas y no solamente no tardarás de dar perdón al que te hizo injusticia, mas irás corriendo a todos los que te contristaban para que se te ofrezca ocasión de perdonar, porque haciendo esto hallarás remedio y salud para tus propios males, ca inefable es la merced que Dios determina de darte si tú rogares y te anticipares a tener concordia con el que te hizo los agravios. Porque si por ruego de tu adversario fueres en algún tiempo reconciliado y lo perdonares, mira que ya no se hizo la paz por acatamiento que tuviste al mandamiento de Dios, mas por el estudio y diligencia de su contrario, y seguirse ha de aquí que tú partirás de este mundo sin corona y recibirá el otro galardón.

E aunque de la injuria hayas padecido daño, sepas que no es tanto cuanto es el mal que cobrarías contra ti mesmo acordándote con rencor de la ofensa recebida; y para esto debes pensar que no es posible el varón bueno padecer mal alguno. Y si por ventura dijeres que te inflamas y alteras cuando te acuerdas de la mengua que recebiste, acuérdate entonces si te hizo algún bien en algún tiempo aquel que te ofendió, y trae a tu memoria cuántos males heciste a otros; y si tu adversario te dijo mal y te confundió, ten memoria de cuánta desordenación de palabras malas y lastimeras hayas hablado tú contra algunos. Pues dime, pecador entenebrecido y ajeno de la luz del corazón, ¿en qué manera te perdonará Dios las culpas que tú no quieres perdonar a otros? E si me dices que nunca murmuraste de alguno, mas que murmuraron de ti y lo notaste, conoce que no careciste de culpa, ca ninguna cosa así conserva la caridad como no tener memoria de los que contra nos pecaron». En lo que ha dicho este doctor,

le ha dado suficiente remedio para que no se te haga de mal perdonar muchas veces al que peca contra ti, y para esto mesmo trujo el Señor un muy temeroso ejemplo y comparación después de decir que perdonasen las veces que viste.

CAPÍTULO XLIV

De la ley de amor que tiene Dios en perdonar, y cómo quiere que nosotros tengamos la mesma

Es comparado el Rey de los cielos, dice Cristo, a un hombre que era rey, el cual quiso demandar cuenta a sus siervos; y como comenzase a tomar cuenta, fuéle ofrecido uno que le debía diez mil marcos, y como éste no tuviese de qué pagar, mandó su señor que vendiese a él y a su mujer y a sus hijos y todas las cosas que tenía, y que del precio de esto pagase; y oído esto, derribándose en tierra aquel siervo, rogaba su señor, diciendo [1]: *Ten paciencia en mí esperándome, y todas las cosas te pagaré.* Entonces, habiendo misericordia de él su señor, dejólo y soltóle toda la deuda. E salido aquel siervo, halló a uno de los que eran también siervos del mesmo señor que le debía cien dineros, y echándole mano de los cabezones, ahogábalo, poniéndolo en aprieto y diciendo [2]: *Paga lo que debes.* E como esto vido aquel deudor miserable, derribóse en tierra y rogábale, diciendo: *Ten paciencia conmigo y espérame, que todo cuanto te debo te pagaré.* Empero, él no quiso, sino fué y echóle el alguacil encima, que lo lanzó en la cárcel hasta que pagase la deuda. Viendo los otros siervos de su señor las cosas que pasaban, entristeciéronse mucho, y vinieron y contaron a su señor todas las cosas que habían sido hechas; y entonces llamólo su señor, y díjole [3]: *Siervo malo, toda la deuda te perdoné porque me rogaste, pues ¿cómo no te convenía haber misericordia de ese otro mi criado tu deudor como yo la tuve de ti? Y airado su señor por esto, entrególo a los atormentadores hasta que pagase toda la deuda.* De esta manera, dice el Salvador, hará mi Padre celestial con vosotros si cada uno no perdonare a su hermano de todo corazón.

Bien nos ha pintado aquí el Salvador cuán sin miseri-

[1] Matth. 18, 26.
[2] Ibíd.
[3] Matth. 18, 32.

cordia será el juicio que hará con los que no quisieren perdonar su Padre y Rey celestial, de cuyo prohijamiento nos priva en la sobredicha historia si no perdonamos. Y por esto, habiendo llamado antes a los que perdonan y hacen bien a sus enemigos *hijos del Padre celestial,* quitando agora este abrigo a los homicianos, dice que *su Padre celestial,* y no *nuestro*, si no perdonamos, castigará nuestro rencor de la manera que aquel rey castigó a su criado porque, habiendo él recibido tan fácilmente perdón, no quiso perdonar al siervo tan humillado a satisfacer, que con tanta instancia le rogaba, antes cuasi lo ahogaba, no queriendo recebir de él ninguna disculpa ni oír de su boca las muchas palabras de justa excusación que tenía para lo aplacar; y por esto se dice *que lo ahogaba,* no queriendo ni aun oír las razones con que se pudiera mostrar su ofensor menos culpable de lo que pensaba el injuriado.

Gran espanto engendra en los que miran en ello la sobredicha comparación de Cristo; ¿por qué no temblarán con miedo viendo que en los ojos de aquel clementísimo Rey pesó más un no querer perdonar al ofensor que diez mil quintales de otros pecados? En la primera deuda, tan grande, dió muy de grado lugar a que le rogase aun el mesmo deudor suyo, y pidiéndole sola dilación para la paga, hubo de él tanta misericordia que le soltó entera y cumplidamente la deuda, dejándolo con su hacienda y hijos y mujer, tan libre como si nunca hubiera debido un maravedí. ¿Pudo ser pensada más cumplida misericordia? En esta deuda segunda, que resultó de no querer aquel siervo perdonar al otro, no le dió lugar de hablar, ni permitió que otro hablase por él, y admitió contra él a todos los que contaban la poca misericordia y dureza que había tenido; y, sobre todo esto, sin más dilatar, lo entregó a los que de las costillas a poder de azotes le sacasen la deuda primera, sin que de tanto tormento lo pudiesen librar ni mujer, ni hacienda, ni hijos. Y tuvo por contrarios aquel condenado a todos los que antes en el primer juicio le deseaban aprovechar, que eran todos los otros siervos de su Señor, que recibieron gran tristeza viéndolo tan sin misericordia con el otro, y por esto procuraron que le lloviese sobre la cabeza, porque ni al Señor ni a ellos no había mirado cuando aquel otro pobrecillo se arrodilló delante de él demandando perdón y prometiendo cumplida enmienda con entero ánimo y muy aparejado para satisfacer según su posibilidad, y pues por aquesta mesma forma había este desventurado alcanzado perdón de diez mil quintales, debiera siquiera tener reverencia a las mesmas palabras, pues que diciéndolas él a su Señor lo mo-

vió con ellas a cumplida suelta y él no dió por ellas ni un mes de espera.

En el primer juicio que este clementísimo rey tuvo con su criado, no se dice que el rey lo llamó, sino que otros se lo ofrecieron delante, que por ventura estaban de él agraviados y esperaban que allí vernía en algún conocimiento de lo que debía hacer. Así que su Señor por ventura no lo llamara a cuenta en el primer juicio si no se lo trujeran con quejas; empero, en el segundo juicio, en sabiendo lo que pasaba, lo llamó el mesmo rey en persona, cuya voz, según dice Job, es más espantable a los malos que el mesmo infierno, y su presencia corporal les será más grave de sufrir que las visiones de los demonios cuando viniere a tomar la postrera cuenta, do no habrá redención, sino dar razón de la pasada redención. En el primer juicio, si miras en ello, aunque este siervo no dió buena cuenta, antes se halló que había disipado diez mil quintales de tesoro de la hacienda de su Señor, no por esto le dijo aquel rey muy liberal palabra lastimera ni denuesto alguno, antes lo trató con harta cortesía; empero, desque vino el segundo juicio, donde quejaron de él porque no había tenido misericordia con su deudor, la primera palabra que le dijo el rey después de lo haber llamado fué: *Oh siervo malo y sin misericordia,* ingrato y sin acatamiento de ver cómo aquel tu deudor era criado mío, que tan grandísima deuda te perdoné; y, pues ya por él no tuviste cortesía y sufrimiento, tuviéraslo por mí, que tanto bien te hice tan libremente.

Estas cosas se sacan del Evangelio, que dijo en sentencia aquel justo juez en el segundo juicio que tuvo con este siervo que no quiso perdonar, y en el primer juicio de los diez mil quintales, no hubo otra cosa sino concluir cómo los debía y mandar que lo vendiesen para pagar con la mujer y hijos y hacienda; y luego que adoró a su Señor, demandando espera, se lo perdonó todo y rasgó los papeles de la cuenta y dióle facultad que se fuese do quisiese con su mujer y hijos y hacienda. En el primer juicio se hubo el rey muy mansamente con el siervo, juzgando en tranquilidad y paz, como persona que no estima en mucho la hacienda; mas desque supo que su criado estaba en la cárcel, airóse con deseo de venganza contra el que no quiso perdonar, y mostró tanta ira por la obra cuanta misericordia antes había mostrado, porque sobre todo amaba la concordia entre los suyos.

El rigor sobredicho que ha tenido este clementísimo rey con el que no quiso perdonar, espanta a los que el amor de la paz no convida a perder el rencor que tienen con sus hermanos. Porque así como aquel rey se hubo con

el que no quiso perdonar, se habrá el Padre de las misericordias con nosotros si no perdonamos de corazón, y en lugar de Padre se nos tornará atormentador. Delante del cual, habiendo yo de ser pecador, más querría llenar diez mil quintales de pecados de otro género que uno de odio y malquerencia con mi injuriador, porque, según aquí ha mostrado el Salvador, fácilmente se perdonan todos los otros, y éste solo tiene tanta dificultad en ser perdonado que no solamente es él solo castigado por entero, mas, según aquí parece, trae a la memoria de Dios todos los otros y aun la maldad de mis padres se dice en el Salmo [4] que torna a la memoria de Dios si yo no me acuerdo de hacer misericordia, mayormente con el compungido en el corazón, que ya le pesa de me haber ofendido.

Por evitar prolijidad, no he querido poner la mano en las declaraciones que se podrían dar sobre este Evangelio, sino ponderar algunas circunstancias literales que hacían al caso presente, con las cuales te ruego que notes las palabras que dijo el rey al siervo malo, porque en ellas, aunque fueron breves, se incluyen todas las razones por qué debes perdonar al que te hizo agravio, y fueron éstas [5]: *¿Por ventura, y tú no tuviste oportunidad de haber misericordia del que es siervo contigo, así como hube yo de ti misericordia?* Esto preguntó el pacífico rey al que se vió tan convencido de su maldad que no supo responder ni una palabra; porque su mesma boca lo condenara si hablara. Porque al tiempo de la cuenta final no será menester respuesta, ni habrá en nosotros quien responda, porque, allende de no haber lugar de más razones, quedará sola tu mala conciencia, que aun de la lengua no se podrá servir, ni habrá cosa en el hombre que la favorezca, porque todo aquello de que acá mal usare será contra ti para te condenar, y tus mesmos miembros serán alguaciles de ti mesmo, cuasi vengándose de ti, y tú darás grandes dolores y tormentos en pago de tus pecados, mas no te serán recebidos en cuenta, porque en el infierno no hay redención, sino agora; y, por tanto, lo primero que alega el Rey al siervo malo es la oportunidad que reina agora mientras vivamos; ca si todo negocio tiene tiempo y oportunidad, también lo tiene el perdonar, que conviene más a esta vida que a la otra. Agora tenemos oportunidad de perdonar a nuestros enemigos, y no después de esta vida, porque así como después no ternemos tiempo para recebir perdón, así no lo ternemos para lo dar

Lo segundo que suele mover a perdonar es la con-

[4] Ps. 108, 14.
[5] Matth. 18, 33.

formidad de la naturaleza, ca los leones se perdonan unos a otros y los lobos no se vengan unos de otros; y esta conformidad tocó el Señor en aquella palabra *tú,* cuasi diciendo: Tú, que eres hombre, debieras haber misericordia y perdonar al hombre, ca por la conformidad natural debían los hombres perdonarse unos a otros. Y por esto dijo Pilato a los judíos: *Veis aquí el hombre,* cuasi diciendo: Pues sois hombres, habed misericordia y perdonad al hombre, ca de otra manera, diremos de cada uno de los que no quieren perdonar aquello del Sabio [6]: *No tiene misericordia del hombre semejable a él, y demanda salud a Dios.* Perdona, pues, a tu enemigo, que es hombre como tú, así apasionado y tentado y mudable como tú, que agora, creciendo la ira, te aborrece, y dende a poco, desque torna a su corazón, ve que ha hecho mal y se arrepiente y te ama. De lo cual te quiso avisar el Sabio cuando dijo [7]: *Entiende, por lo que veas en ti mesmo, las cosas que son de tu prójimo.*

Lo tercero que nos ha de mover a perdonar es la facilidad de la obra, y esto notó el Señor cuando dijo: *Convenía que tuvieses misericordia.* No le dijo que remediase las fatigas o que lo curase, ni que muriese por él, mas que siquiera hubiese misericordia de él, lo cual es tan fácil, por estar en nuestro corazón, que cada uno pueda decir aquello del profeta [8]: *Haber misericordia de quien quisiere.* Lo cuarto que suele mover al hombre a haber misericordia y perdonar es la familiaridad, y por esto suelen ser menos punidos los de casa que los extranjeros. Y esto también se toca en las palabras sobredichas, donde se reprehende el siervo porque no perdonó al que juntamente era siervo con él de una mesma familia y casa. Y, por tanto, aunque es el hombre obligado a no tener rencor ni aun con los infieles, menos lo debe tener un cristiano con otro, porque moran en una casa, y se juntan en una iglesia, y tienen por artículo de fe la comunión, esto es, la comunión de los santos, que se hace por amor, cuyo oficio es unir.

Si entre un cristiano y otro, por ser de una familia de Cristo, es muy pésimo el rencor, ¿cuánto peor será entre un religioso y otro? Tanto peor es cuanto ellos están más juntos en hábito y profesión, como se figura en Amón y Absalón, que fueron dos hermanos y ambos acabaron en mal por el rencor de entre ellos. El rencor que está entre un fraile y otro, tanto es peor cuanto más oculto, ca así como no hay peor ladrón que el de casa, así no puede

[6] Eccli. 28, 4.
[7] Eccli. 31, 18.
[8] Ex. 33, 19.

tener un fraile peor enemigo que a otro fraile, porque so color de buena intención y de fingida santidad, que es honesta envidia, deshace las cosas del otro cuando se le ofrece hablar de él; y tanto hacen más eficacia sus murmuraciones, cuanto más las dice quien no debe por vía de consejo que da al sordo que no está presente. De manera que hoy día ha dado el demonio tan buena color a la envidia, que no dirán los simples que la ven, sino que es celo o mejor parecer y más reposado juicio; y pues entre estos de quien hablamos, porque son más familiares, había de haber más amor, no hay otro remedio sino que el agravio sufra por amor de Dios y perdone y mire que por especial razón le es dicho [9]: *Verás a tu envidioso en el templo en todas las cosas prósperas de Israel.*

En las adversidades ninguno ha envidia, sino en las prosperidades, y tanto mayor cuanto las prosperidades son más de verdad prosperidades; ca Jacob no fué tanto perseguido mientras se llamó *Jacob* como mientras se llamó *Israel,* que es nombre más alto, y por tanto más envidiado; ca yo tengo por cosa muy averiguada que mientras uno tuviere más y mayores gracias será más y más sotil y dañosamente envidiado aun de los hombres en el templo. En esto no hay otro remedio sino añadir amor y cración, y ser hombre, como la salamandria, viviendo de grado en el fuego de la persecución; y como los perfumes, que, siendo molidos y heridos y echados al fuego, dan buen olor, y mejor mientras más sufren. En esto te aviso que nunca por los contradictores dejes el bien que comenzares, sino pon más espuelas a ello y acrecienta paciencia, ca esto es que vale más el paciente que el fuerte, porque la paciencia, con callar y dar lugar dejando pasar las cosas que oye, gana más que otro ayunando y disciplinándose. Si tienes alguna gracia singular entre tus hermanos, piensa que has de ser como José entre los suyos, ca no se da la honra sin carga, y piensa que tú has de ser el mochuelo entre las aves, que por tener más lindos ojos lo van todos los pájaros a picar, y él esconde sus ojos pensando que se los van a quitar; dándonos en esto ejemplo de no mostrar lo que Dios nos ha dado, si tenemos que en otro se despertará por esto envidia.

Lo quinto que nos suele mover a perdonar es el acatamiento que tenemos a otra alguna persona, y de esta manera perdonó Esaú a Jacob cuando cobró gran odio contra él porque le había hurtado la bendición, y entonces determinó de matarlo, mas dilató esto por no dar enojo a su padre. Y esta causa toca también el Señor cuando

[9] I Reg. 2, 32.

dijo al siervo malo que por qué no perdonó al que era juntamente siervo con él; cuasi dándole a entender que debiera de tener acatamiento a cúyo era aquel con quien había sido tan cruel. Lo sexto nos mueve a perdonar el ejemplo de otro que hace lo mesmo, y este clementísimo rey puso a sí mesmo por ejemplo de perdonar, diciendo a su mal siervo que por qué no había perdonado, pues que él había sido perdonado de su Señor. Lo séptimo nos suele mover a perdonar la deuda; ca el que ha sido perdonado deudor queda de perdonar, y pues debemos a Dios el perdón que nos ha dado, sin duda que quiere que se lo paguemos en los suyos, perdonándolos como él nos ha perdonado, según suso es dicho.

E no sin misterio concluyó Cristo que este perdón había de ser de todo corazón, porque, según hemos dicho, en cuanto al perdonar, lo que trae más obligación es que dejemos el rencor del corazón, y entonces, cuando dejamos, perdonamos de corazón, a lo cual somos obligados, aunque no nos pida perdón nuestro enemigo. Empero a perdonarlo también de palabra, que es hablarle y mostrarle señales de amor, no somos obligados hasta que nos ruegue, ni somos tenudos a lo perdonar de obra, dejando de le pedir por justicia el agravio que nos hizo, salvo si no quisiésemos ser perfectos en esto, ca, según nota Santo Tomás [10], todos somos obligados a vencer el mal; empero no son todos obligados a vencer el mal con bien. En esta virtud de que hablamos, entonces vences el mal, según dice este doctor, cuando no eres atraído a odio y aborrecimiento por la injuria que recibes; empero, si te esfuerzas a halagar con beneficios a tu injuriador y a traerlo a tu amor, entonces vences el mal con bien y amas a tu enemigo, no sólo de corazón, sino de palabra y obra, que es más.

De esta victoria perfectísima que se alcanza por servicios dice San Pablo en una de las *Epístolas* que escribió a Séneca: «A todos hemos de tener en honra, y tanto más cuanto más buscan ocasión de enojarse, a los cuales si prestáremos paciencia, del todo los venceremos por cualquier parte; si son, empero, tales que les pese de ser quien eran». Y un doctor dice que Cristo sanó la oreja de Malco, cuando lo prendían, por vencer con beneficios a su enemigo. Si nosotros no pudiéremos ser tan perfectos que a la hiel demos miel, a lo menos tomemos el consejo de San Crisóstomo, que dice sobre este Evangelio: «Trabajémonos a lo menos por perdonar sin dilación alguna

[10] *Summa Theol.*, 2-2, q. 25, a. 9.

a nuestros prójimos las deudas pequeñas y bajas, en comparación de las que el Señor nos perdona, y oigamos el fin que hacen los duros y los crueles, y miremos que no somos crueles a otros, sino a nosotros mesmos. E cuando te quisieres acordar de los males que recebiste, piensa que contra ti mesmo haces acordándote de ellos y no contra otro, porque tus pecados ligas, que no los del prójimo. Así que dos cosas son las que aquí busca el Señor: la una es que quiere que conozcamos que son grandes y muchos nuestros pecados y que los ha de punir como juez, y la otra es que perdonemos las culpas a los otros. Y lo primero quiere porque más de ligero se haga, y lo segundo, porque el que entiende bien cuánto son feos y grandes sus propios pecados, con toda facilidad perdona a su hermano; y mira que no quiere el clementísimo Redentor que perdones a tu ofensor con sola la boca, mas que sea dado perdón de perfecto corazón.

Pues no digas: ¿cómo lo perdonaré, que me injurió feamente, y me dijo muchas infamias, y obró diez mil males contra mí? No digas esto, porque cuanto más de estos agravios dijeres tanto más muestras que fué aquél tu bienhechor; ca cierto él te dió ocasión de alimpiar tus pecados, porque cuanto mayores injusticias te hizo tanto más te fué causa de ser tú perdonado de mayores pecados, ca, si queremos, ninguno hay que nos pueda hacer injusticia; mas aún, los mesmos enemigos nos serían más provechosos que causadores de daño. Pues mira cuántos bienes ganas sufriendo con mansedumbre las imprudencias de tus hermanos y adversarios. Lo primero y más principal es la remisión que hace Dios de tus pecados. Lo segundo, la paciencia y la perseverancia que tienes contra la indignación. Lo tercero, la mansedumbre y el amor que ternán contigo los hombres. Lo cuarto es el gozo interior que sentirías en ti mesmo de hallarte libre y continente de la ira y de la tristeza, que de la indignación suele nacer. Item, serás habido en veneración de los mesmos enemigos, aunque sean demonios. Lo quinto no ternás a tu adversario tan dispuesto para tu enemistad como solía. Lo sexto y más principal es que conseguirás la familiar amistad de Dios, y si pecares contra él gozarás de su divino y amigable perdón. Pues que así es, no tengamos memoria de los males recebidos ni nos indignemos contra nuestros malhechores, pues que tanto nos aprovechan, que la malquerencia que nos tienen nos da vida perdurable, y darnos-ía la muerte no terminable tomar de ellos venganza; ca si tu adversario te robó o te ofendió y hiciste gracias y glorificaste a Dios por la injusticia que recebiste, infinitas son las mercedes que fruc-

tificaste, y si orares por él, en la mesma hora parecerás a Dios, que hizo en la cruz otro tanto».

Lo de suso es de San Crisóstomo, en lo cual se pueden provocar los que tienen santa codicia de ser mejores en la virtud de que hablamos; y los que temen la pena miren mucho el ejemplo del clementísimo rey que puso arriba el Salvador, para que así por amor y temor nos animemos a comer ceniza así como pan y recebir las persecuciones por servicios, aunque duros; empero, tanto puede ser el amor que se nos hagan blandos, como a Job, que se hallaba muy bien debajo de las espinas, que son las persecuciones que se procuran de nos sujetar y derribar; empero nosotros las derribaremos si las amamos y las quemaremos con el fuego del amor.

CAPÍTULO XLV

De cómo el demonio se trabaja por falsarnos la ley del amor para enseñorearse de los que por amor habían de estar sujetos a Dios

Según dice el Filósofo [1], más son de culpar los que hacen falso el amor que los que hacen moneda falsa, porque el amor es mejor que todo tesoro; y también porque cuando el amor es falso queda falsificado todo el hombre, así como cuando es santo está todo el hombre santificado y perfecto. Conforme a lo cual dice San Agustín: «La recta voluntad es buen amor y la perversa voluntad es mal amor, pues el amor que con instancia trabaja por haber lo que se ama es codicia, y cuando lo tiene y goza de ello es alegría, y cuando huye lo que le contradice es temor, y si acaeciere sentir lo que no quiere se llama tristeza; y, por tanto, son malas estas cosas si es malo el amor y buenas si es bueno». En las palabras sobredichas reduce San Agustín al amor las cuatro pasiones del corazón, porque el amor es la pasión de más fuerza y vehemencia y atrae a sí todas las pasiones que haya en el hombre, porque el amor es el que manda toda la tierra de este nuestro cuerpo y aun todo el cielo de nuestra ánima. Conforme a lo cual reduce San Agustín las cuatro virtudes cardinales al amor, como a señor y causa de ellas, diciendo: «Pues que la virtud nos lleva

[1] Lib. VIII *Ethic.*

a la vida bienaventurada, no afirmaría totalmente ser otra cosa virtud sino el sumo amor de Dios, porque lo que se dice de las virtudes que son cuatro, en cuanto entiendo, es por la diversa afición del mesmo amor; así que aquellas cuatro virtudes, cuyo negocio ojalá tuviesen tanto los hombres en sus ánimas como los nombres están en la boca de todos, no dudaría definirlas también de esta manera: que la *temperancia* sea amor entero que se da a lo que es amado, y la *fortaleza* sufre fácilmente todas las cosas por lo que es amada; la *justicia* sirve sólo al amado y, por tanto, rectamente se enseñorea; la *prudencia* es un amor que tenemos a los que nos dan favor y que nos aparta con mucha sagacidad de los que nos impiden. Empero este amor no decimos ser cualquier cosa, sino de Dios, por lo cual es lícito declarar que la *temperancia* digamos ser amor que se guarda a sí mesmo, entero y sin corrupción, para Dios nuestro Señor; y la *fortaleza*, amor que ligeramente sufre todas las cosas por Dios; y la *justicia* es un amor que solamente sirve a Dios, y por esto manda bien todas las otras cosas que son al hombre sujetas; y la *prudencia* es amor que discierne bien las cosas de que puede ser favorecido y impedido». Pues que, según este doctor ha dicho, las cuatro pasiones del corazón y las cuatro virtudes cardinales son regidas y están sujetas al amor, con mucha razón se trabaja el demonio de falsárnoslo, porque, teniendo en nosotros de su mano el amor y puesto a su voluntad, esté seguro de todo lo demás y tenga por suyas las fuerzas del hombre, que siguen al amor que más en él prevalece; ca no menos se enseñorea el mal amor en los malos que el bueno en los buenos, o, por mejor decir, el demonio se enseñorea de los malos mediante el mal amor, y nuestro Señor se enseñorea de los buenos mediante el buen amor.

Del amor bueno, con que Dios se enseñorea de nosotros, ya hemos hablado asaz en los capítulos precedentes, y, por tanto, queda de ver la señoría del demonio, que hasta hoy, imitando a Dios en su manera, anda solicitando los corazones de los varones para enseñorearse de ellos injustamente, como otro Absalón, que se trabaja de privar a su padre natural del reino por halagos y engañosos amores; el cual tiene tan presos en el amor de los vicios mundanos a muchos de los hombres, que volviendo muchos con atención sobre sí, cuando no los cubre del todo la mar de la pasión humana, páranse a pensar qué es la razón por que se han sujetado al demonio. quién los tiene presos, quién les ha quitado la libertad de salir de sus manos, quién los ha hecho más desdichados que a todos los otros hombres, quién les ha hecho

dejar a Dios, quién los ciega, quién los ata, quién los captivó y hace seguir las pisadas del infierno, de vicio en vicio, de pecado en pecado, de maldad en maldad, añadiendo a las viejas iniquidades otras nuevas y muy peores, como quien hace larga y más recia soga para ahorcarse. Van ya éstos tan cuesta abajo y están tan sumidos en el profundo de los pecados, que menosprecian remediar sus pérdidas y deshonras y difamias en que por sus pecados se ven caídos, ni toman de nadie consejo, aunque sus manifiestos pecados son tales que a los malos parecen mal, y los mesmos que los hacen parece que dan sentencia contra sí, como contra personas de quien ningún bien se espera.

Hay algunos pecadores que, mirando de esta manera las cosas, vienen a preguntar si los tiene el diablo hechizados o cómo no pueden salir de su juredicción, qué es lo que tiene sobre ellos que tan enseñoreados se hallan de él, conociendo todos los males que de él les pueden venir y aborreciéndolos, y aun no por esto salen de su juredicción. No mirando los pecadores aquesta sujeción que tienen al demonio con tan claro juicio como debrían, echan a él todas las culpas de las maldades que ellos hacen, imitando en esto a los primeros pecadores, que ambos pusieron excusaciones en sus pecados, cubriéndose con hojas delante de aquel cuyos ojos miran el corazón del hombre hasta las más escondidas y secretas partes de él.

Para que no eches todas las pedradas al demonio, que no hace tanto en tu pecado como tú mesmo, menester es que veas qué es lo que puede: si puede engendrar en nosotros el amor de las cosas torpes o si puede causar en nuestras ánimas el maligno fuego de la mala codicia. Para declaración de esta duda has de notar que, según dice San Agustín, un mesmo es el amor que tienen los buenos y los malos en cuanto a su principio, hablando del amor buscado y ejercitado con nuestras fuerzas humanas, y cuando aplicamos este amor a cosas dañosas se llama *codicia;* empero, si lo aplicamos a cosas buenas y santas, se llama *caridad*. Hablando del mal amor por comparación del fuego material que todos usan, has de saber que encender corporalmente el fuego no es engendrarlo de nuevo, sino aplicarle cosas que pueda quemar, echando leña para que se encienda y ordenándola con el fuego, que no engendramos ni causamos nosotros. Así, en lo espiritual, el fuego es el mal deseo o la perversa afición que acá tenemos, que es como fuego de alquitrán, que a todo mal hace y nunca dice basta. El común manjar o la leña que recrea y conserva y mantiene este fuego

son las carnales cogitaciones y terrenas vanidades y todo mundano deleite. Puede, sin duda, el demonio (y de hecho lo hace con mucha diligencia) administrar y ofrecer al fuego ya dicho, que es nuestro mal deseo, su manjar o su cebo, no como hacedor principal ni como causa primera, sino como despertador y movedor, aplicando a nuestro mal deseo lo que él conoce que nos puede más mover a la ejecución de nuestra codicia y mala inclinación; empero no puede engendrar en nosotros aquese fuego, sino encenderlo mediante la solicitud de su diligencia. Y por esto se dice de Absalón que solicitaba los corazones de los varones, y porque Absalón tiene propia figura del demonio, has de notar que se dicen de él tres cosas: la una, que solicitaba los corazones de los varones; la otra, que les hablaba palabras convenibles para los hacer de su bando; la otra, que extendía su mano para los abrazar.

Estas tres cosas hace mejor el demonio, que, según dice Santo Tomás [2], mueve lo de dentro y lo de fuera para más incitar los hombres al amor de las cosas no lícitas. El solicitar los corazones se refiere al movimiento de los humores que puede causar el demonio dentro en tu cuerpo para te inducir más al pecado que él quiere; así como para te provocar a ira mueve en ti el humor de la cólera y sangre, porque se cause en tu cuerpo movimiento de indignación. Las palabras que te habla son los diversos pensamientos que causa en tu fantasía representando diversos ídolos de todo lo que quiere, pintados en las paredes de tu memoria, para que les hagas reverencia siguiendo sus instintos y amonestaciones. El extender la mano es ofrecer mucha oportunidad para la ejecución del negocio a que nos quiere inducir; así que puesto que estas cosas sean de mucha eficacia, no por esto se sigue que pueda el demonio forzar nuestro amor, ca él no falsa nuestro amor por fuerza, sino por maña. Y por esto no dice la Escritura que la serpiente era más fuerte que todos los animales, sino que era de mayor astucia que todos ellos, ca el demonio provoca y no hace agravio, convida y no constriñe, ruega y no fuerza, amonesta, empero no hace seguir, sino que todavía queda en tu mano libre echar por do quieres, ca pues Dios no te puede forzar ni constreñir, menos lo podrá hacer el demonio, pues que tu voluntad es tan libre que de ninguno puede padecer violencia.

Empero, porque veas cuán poco puede el demonio

---

[2] *Summa Theol.*, 1, q. 3, a. 4.

contra tu amor, nota lo que dice el resolutísimo Gabriel [3] a la duda sobredicha, porque es de mucha utilidad: De otra manera se responde y mejor que no pueden los demonios constreñir absolutamente los hombres a los pensamientos de cosas malas, aunque puedan ofrecer cosas de que saquemos los tales pensamientos, y mover la fantasía, y representar en ella vanidades. La razón por que los demonios no nos pueden constreñir a malos pensamientos es porque nuestra ánima no puede pensar muchas cosas juntas; así que mientras está con vehemencia ocupada en las cosas saludables no puede ser necesitada a dejarlas y convertirse a vanidades, y más que puede la voluntad mandar al entendimiento que se convierta con perseverancia a la contemplación de las cosas divinas, y teniendo atención en éstas no puede ser distraído de ellas fácilmente ni apartado, ca de esta manera tenemos experiencia. Por el contrario, que el acostumbrado a pensar en cosas torpes apenas puede ser de ellas apartado y, por semejante, el que está fijo en alguna cosa por amor apenas puede ser movido ni apartado de pensar en lo que ama, ca si se distrae un poco a otros pensamientos, luego se torna a los primeros. Así que mientras el ánima estuviere ociosa y no se ocupare en cosas útiles, puédele el demonio lanzar pensamientos torpes y malos; empero, si estuviere con vehemencia ocupada en buenos pensamientos, no podrá. De estas cosas dichas se pueden sacar dos notables reglas morales para evitar los malos y torpes pensamientos. La primera: Con solicitud hemos de ser cuidadosos, porque no nos acontezca apartar el ánimo de los buenos y útiles pensamientos, ca permaneciendo ellos no pueden entrar los malos. A esta regla concorda aquello de San Jerónimo a Paulino: «Siempre haz alguna cosa de obra, para que el demonio te halle ocupado, porque no es preso fácilmente del demonio el que se da totalmente a buen ejercicio. Este dicho tiene verdad así de la obra de fuera como de la de dentro. La segunda regla es ésta: De forma tenemos afición del amor de Dios o de las cosas eternas, y no hallará en nosotros lugar el pensamiento de cosas torpes, porque, según San Agustín, de esta manera cualquier cosa que viniere al corazón será arrebatada hacia donde corre la fuerza del amor; y así, según dice San Buenaventura, fácil cosa será al que está acostumbrado a ejercitar su ánimo en buenos pensamientos guardarse de malas cogitaciones, porque al ejercitado más fácil y más deleitable cosa es conservar en buenos pensamientos que no en torpes.

[3] In II *Sent.*, d. 8, q. 2.

Lo de suso en sentencia es de Gabriel; en lo cual ha mostrado que aun no nos puede constreñir el demonio a malos pensamientos si nosotros nos queremos con fervor dar a los buenos, y por esto dice San Bernardo: «Flaco es nuestro adversario; no vence sino al que quiere ser vencido». ¿Qué mayor flaqueza que no vencer sino a los vencidos, ni prender sino a los presos, ni derribar sino a los caídos? Si esto es así, pues lo es, ¿cómo tiene enseñoreada tanta muchedumbre, cómo tiene siervos tan prestos y aparejados, cómo tiene sujeto cuasi todo el mundo, cómo los elegidos príncipes de él ha hundido en la mar del pecado, cómo se llama príncipe de este siglo oscuro, con qué halagos, con qué artes, con qué engaños, con qué retórica ruega a los que están en esta vida, que es batalla continua, que se le den, que lo obedezcan, que lo sigan, que lo sirvan? Esto declara San Agustín hermosamente por un ejemplo que trae para ello, diciendo: «Si alguno se juntase por su mal deseo a la hija o esclava de otro, el cual no se la da sino con tal condición que se haga esclavo suyo, este tal padecerá dura servidumbre de su propia voluntad, aunque tenga malquerencia a aquel cuya esclava ama, lo cual acaece a los pecadores». En breves palabras nos ha declarado aquí San Agustín la manera cómo el demonio falsifica la ley del amor leal que nos manda Dios tener.

Y porque prosigamos la comparación que este doctor ha puesto, debes notar que el demonio es rufián que tiene tres mujeres al partido del mundo para falsar mediante ellas. El amor que hay en estas tres mujeres son aquellas tres maldades de las cuales dice San Juan[4]: *No queráis amar el mundo ni las cosas que están en el mundo; si alguno ama el mundo, no mora en él la caridad del Padre, porque todo lo que hay en el mundo es codicia de la carne, y codicia de los ojos, y soberbia de la vida.* Soberbia, y lujuria, y avaricia, dice aquí San Juan que es todo lo que hay en el mundo, mediante las cuales falsa el demonio la ley de amor de Dios. Y porque conozcas la maliciosa astucia del demonio, para mientes que ninguna cosa se ama sino porque es honesta, o útil, o deleitable, y el demonio hace creer a los vanos del mundo que la soberbia es muy honesta y por tal se defiende y ama, y que el avaricia es de mucha utilidad, y la lujuria de mucho deleite, y, teniendo el demonio falsadas estas tres cosas, fácilmente destruye todo el amor de Dios, que nos manda amar a Dios y a nos y al prójimo. Empero, con la soberbia se destruye el amor de Dios, y con la lujuria se

[4] I Ioan. 2, 15-16.

destruye el amor verdadero que había hombre de tener a sí mesmo, y con la avaricia se destruye el amor que había de tener a su prójimo; porque los avarientos, por apañar el dinero, aborrecen y tienen contienda aun con sus hermanos; y no solamente desbaratan estas tres maldades los tres santos amores a que somos obligados, mas también ofuscan las tres potencias de nuestra ánima. Porque la potencia racional se detiene en las astucias de la avaricia, y la potencia irascible se embaraza con la soberbia, y la potencia concupiscible se ejercita en la lujuria; de manera que viendo el demonio que nos manda nuestro Señor que lo amemos de todo nuestro corazón, ánima y memoria, en las cuales tres cosas nos pide, según San Agustín, las tres potencias de nuestra ánima, acude el demonio con las tres maldades sobredichas para falsar totalmente y destruir el amor de Dios.

Estas tres maldades son figuradas en la Escritura por tres mujeres que sujetaron a tres nobles varones con dura servidumbre, de tal forma que a la letra veamos en ellos cumplido el ejemplo que puso San Agustín, en que mostraba cómo el demonio, mediante sus mujeres, se enseñoreaba de los hombres no avisados. Sansón, el muy valiente y esforzado gobernador del pueblo de Israel, se captivó tan miserablemente de Dálila, su amiga, que ella lo hizo servir a sus enemigos, que lo cegaron y, como caballo viejo, cubiertos los ojos, lo echaron a moler en una tahona. Jacob, por amor de Raquel, sirvió muchos años como un esclavo, cociéndose al sol y al hielo, desvelado las más noches por agradar al que andaba en muchos angaños con él; y el amor que tenía a la mujer era tanto, que le hacía tener por pocos días los muchos años que sirvió al padre de ella. David no menos se encendió en amor de Micol, y servía por ella a su enemigo Saúl, entrando y saliendo con tanta presteza en el reino por le agradar, como si fuera correo, y poniéndose por su mandado a grandes peligros. Aunque éstos, por ventura, no hayan pecado en estos hechos, no deja de figurar o representar los pecados que causa el falso amor, si declaramos sus historias moralmente, según lo cual, dice San Buenaventura que los viejos codiciosos, que piensan que les ha de faltar el mundo, son como Noé, que apañó cuanto pudo haber para meter en su arca, aunque éstos pecan en allegar cuanto pueden y el otro sirvió en ello a Dios.

Declarando, pues, las figuras, según el caso presente, has de saber que estas tres mujeres son las tres maldades sobredichas con que el demonio engaña los tres estados del mundo: a los grandes señores, figurados en Sansón, da a Dálila, que tiene figura de la soberbia, en que ellos

más pecan, porque ordenan a ella todos los otros vicios. A los eclesiásticos y mercaderes da a Micol, que tiene figura de la avaricia, en que ellos más pecan. A la gente común y de menos juicio da a Raquel, que tiene figura de la lujuria. Cuanto a lo primero, Sansón quiere decir *sol de él*, y es el estado de los grandes del mundo, que tienen sobre los otros eminencia, así como el sol sobre las estrellas; y por esto se llaman *sol del mundo*. Estos, como otro Sansón, confían en su poder y fuerzas, buscando como él ocasiones de guerra, presumiendo sobremanera y contendiendo sin razón; y así se juntan con Dálila, que es la soberbia, ca quiere decir *pobreza*, y el soberbio quiere que se gaste todo y se guarde la honra, a la cual él y sus cosas siguen y aman en tal manera, que si fuere menester se disipe toda cualquier posesión, y la honra quede favorecida; empeñan sus haciendas, y deshacen sus vajillas, y están adeudados porque se guarde la honra. Si vas a casa de un gran señor, verás un paje muy compuesto rodeado con una tovaja que parece toca de camino, y en las manos alzadas un plato de plata, y otro encima de aquél, y delante de este paje tan cargado de plata, un honrado maestresala muy ataviado, con una caña en la mano guiando, y acaso pregúntasle: ¿Qué lleváis, señores, en esos platos? Responderte han: Un rábano. ¿Para qué tanta perdición? ¿Para qué tanto gasto? ¿Para qué tanto fausto para criar el primogénito de la soberbia, que es la honra y el estado?

Sabemos por cierto que murió pocos años ha un caballero en España que dejó en deuda señalada cuarenta mil ducados, que habían de satisfacer sus herederos; que mayor pobreza léese del gran Alejandro, que, como le enviase el rey Darío embajadores para le decir que le daría mil quintales de oro con su hija mayor si la tomase por mujer, pues había de heredar todos sus reinos, él tomó consejo con sus sabios, y habiéndole ellos con mucha razón dicho que lo aceptase por ser ella hija de tan grandísimo señor, mandó él hacer otro día un muy suntuoso cadalso para les dar públicamente respuesta con majestad, y, venida la hora, mandólos llamar, y díjoles: «Decid al rey que dé el oro a los mercaderes con que traten, y que su hija, si conmigo no la casa, no la había de casar, sino con un conde o duque de sus reinos, y, por tanto, poca honra me hace, que le mandó que de hoy en quince días me envíe parias y reconocimiento como vasallo mío, y si no, que dende a tres semanas me espere con su gente en el campo». Finalmente, idos los embajadores, como el otro no quisiese obedecer, ca era señor de ciento y veintisiete provincias, dende la India hasta la Etiopía, apare-

jó Alejandro sus huestes con grande gasto, y tomó al otro los reinos y las hijas, mas no los dineros, ca eran gastados en las guerras; y así, por guarecer la soberbia, quiso más ser llamado vencedor, aunque injusto, que rico y gran señor.

De éste y de los que a lo menos en algo lo imitan, se puede bien decir aquello del Sabio [5]: *Arrebatan lo que no es suyo, y siempre están en pobreza.* ¿Qué diremos de otros, que, habiendo decendido de la mudable honra, están en el estado común viviendo ociosamente, de fuera bien vestidos, con grandes mangas y apariencias de fantasía, y dentro, en sus casas, ayunan muchos días, no por devoción, sino por faltarles la comida? Si les dices que se alleguen a otros o que se apliquen a algún trabajo, responden que nunca Dios lo mande, ca se han visto en honra, y que no es bien que sirvan a otros ni vayan a trabajar en hacienda ajena. Han por mejor estos tales llorar en su pobreza que no trabajar para se proveer, y esto les viene por no dejar la soberbia, que los hace mártires del diablo y los sujeta a dura servidumbre, como Dálila a Sansón.

La segunda mujer que tiene el demonio para engañar a los mortales es la lujuria, figurada en Raquel, que quiere decir *oveja*. Donde se nota que las armas con que este vicio sujeta a los hombres no son sino blandicias y halagos, y delicadezas, y regalos, y mansos placeres; y de aquí es que el Sabio nos amonesta diciendo [6]: *Guárdate de la mala mujer y de la blanda lengua de la extraña; no codicie su hermosura tu corazón, porque no sea preso con sus señas*. Esta oveja que es la lujuria, era aquella de la cual dijo el profeta [7] *que comía del pan de su señor, y bebía de su taza, y dormía en su seno*, porque es un enemigo de casa que, aunque nos pese, lo hemos de mantener, y de aquí es que se quejaba San Bernardo que cuando comía y dormía recreaba a su enemigo. Y el Sabio nos amonesta que nos guardemos de la que duerme en nuestro seno, dando a entender que la raíz de la lujuria está en nuestro mal corazón; y de aquí es que, si te vieres cercado de muchas ocasiones de lujuria, luego has de socorrer al corazón, porque no despierte la mala codicia y perversa afición que duerme en tu seno como oveja mansa, porque, guardándote de lo que te puede empecer más de propincuo, bien te podrás guardar de lo que está más arredrado. Jacob se dice que era varón simple y que moraba

---

5 Prov. 11, 24.
6 Prov. 6, 24.
7 II Reg. 12, 3.

en casa, en las cuales dos cosas son reprehendidos los lujuriosos de ignorancia y pereza.

Y es de notar que se dice de Jacob que después de haberse enamorado de Raquel se daba mucho al trabajo, y estando en casa de su padre no salía de tras los tizones; y así acaece a los lujuriosos, que sufren por los deleites grandes trabajos, y si en esto nunca trabajan, como parece en el hijo gastador, que, no hallando con qué vivir lujuriosamente, se puso a guardar puercos, y no enduraba comer por dar a su mujer las cosas necesarias. Dícese de Jacob que por la grandeza del amor le parecían pocos los días, ca se les hace la vida breve a los lujuriosos, por no se apartar tan presto del deleite; aunque, según verdad, no haya cosa más prolija que la vida de ellos, pues no es buena, ca toda cosa no buena se nos hace grande, como parece en un día de calentura, que se nos hace un año. Jacob quiere decir *luchador*, y parece alguna repugnancia que el luchador sea vencido de una oveja por halagos, lo cual de hecho acaece por nuestros pecados muchas veces, ca vemos que son vencidos de la lujuria los que solían luchar con los otros vicios, y las personas que parecían haber vencido el mundo son a las veces de esta oveja vencidas, donde el Sabio dice hablando de los males que hace la lujuria [8]: *Enredólo con muchas palabras y atrájolo con las blanduras de sus labios; y luego las sigue, como buey que es llevado al sacrificio y como cordero que va retozando y ignora que lo llevan a las prisiones como loco, hasta que una saeta traspase su corazón, así como si un ave se fuese de prisa al lazo, y no sabe que se trata del peligro de su ánima. Así que, pues, hijo, óyeme y para mientes a las palabras de mi boca; no sea tu ánima atraída de sus vías ni seas engañado con sus sendas, porque muchos derribó heridos, y cualesquier fuertes son de ella muertos.* Estas palabras, según parece, endereza el Sabio a las personas religiosas que han luchado fuertemente con los vicios, y permitiéndolo Dios, acaece que de esta oveja son derribados si no miran bien el consejo que les fué dado en las palabras susodichas, y pues el Sabio ha hablado a ellos en este caso, quiero yo hablar a los otros, así casados como solteros.

A los primeros digo una razón que jamás deben olvidar, aunque ya la sepan, y es que conozcan cómo el mesmo Dios dice haber recebido la mujer que tienen de la mano del Señor todopoderoso, y no por mano de hombres; y, por tanto, miren que este Señor, que les dió la mujer, les demandará la lealtad del matrimonio el día del

[8] Prov. 7, 21-26.

juicio, donde con muy estrecho rigor le será demandado cómo usó de su mujer: si usó según la razón y naturaleza bien ordenada o según demanda la carnal demasía, buscando nuevos modos y manera y formas para mayor deleite, los cuales con mayores y mayores penas escotarán en el infierno. Si no temes a la Iglesia, ni a los parientes de tu mujer, ni a la justicia, ni a la razón, temer debes a Dios, que, según él dice, te la dió, y no andes de noche a la sombra de tejados como diablo espantadizo, yendo a solicitar lo que Dios cruelmente castiga y dejando a tu mujer en casa sola con los niños, por ir a la que te es defendida hecho garañón de Lucifer; y tal, que no solamente debrías ser echado de la república cristiana, mas ni un moro no haría lo que tú haces, envestido más en bestia que en hombre.

A los solteros digo, aunque mal dije en llamarlos solteros, porque, si bien se mira, no hay cristiano que en este caso se pueda llamar propiamente soltero, sino aquel del cual se dice que, quebrados los lazos, era molestado del demonio y llevado acá y acullá. Todo cristiano fué atado a la castidad en el baptismo, con los dos mandamientos de Dios que se llaman lazos y bandas de salud; los cuales vendan todas las maneras de lujuria espiritual y corporal en obligarte a no cometer adulterio ni desear la mujer ajena. Hablando con los que impropiamente se llaman solteros, avísote, quienquiera que seas, que si con propia mujer no te casas, tan derecho te irás al infierno, como yo que prometí castidad, por cualquier obra de suciedad o carnalidad lujuriosa que obres en ti o fuera de ti, con quienquiera o como quiera que sea, o consintiendo determinadamente a ello en tu corazón o ejecutándolo por la obra. Y, pues que así es, guarda tus vestiduras blancas y tu cuerpo y tus costumbres limpias; ca escrito es que ninguna cosa ajena de limpieza entrará en aquella soberana ciudad celestial donde tú piensas de ir para ser allá como ángel de Dios, según Cristo promete; lo cual en ninguna manera podrás alcanzar con algún carnal y torpe deleite.

No te dejes vencer de la pasión viciosa; mira que, según dice San Juan, los mancebos han de vencer el maligno fuego de la lujuria, ca sin victoria no se ganó el reino. Mira cuántas doncellas adornadas de toda limpieza y cuántos mancebos castos viven en las religiones sirviendo a Dios; si te parece cosa dura imitar a los santos pasados, para mientes que estos de agora son tan de carne y tan delicados como tú, y por demandar favor a Dios y tener en sus corazones rigor varonil, nuestro Señor y los ángeles, y nuestra Señora y todos los santos y vírgenes del cielo y

de la tierra, les dan favor, y también favorecerán a ti con oraciones y ejemplos si te esfuerzas a guardar la castidad que prometiste en el baptismo, para lo cual has menester huir toda ocasión de mal y no perdonar a ti mesmo ni dar lugar a los carnales pensamientos.

La tercera mujer que el demonio tiene al partido de este mundo es la avaricia, figurada en Micol, que quiere decir *vedamiento*, porque es muy vedada en el sagrado Evangelio, donde el Señor dice [9]: *Parad mientes y guardaos de toda avaricia, porque no podéis servir a Dios y a lo mal ganado* [10], *ca la solicitud del siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra de Dios, y así no hace fruto en vosotros* [11], *donde más fácil cosa es pasar un camello por el suelo de una aguja que entrar un rico en el cielo* [12]; *así que no queráis atesorar en la tierra, sino haced para vosotros tesoros en el cielo, donde sin algún peligro se os guardará* [13].

No se contentó el Señor en decirnos que nos guardásemos del avaricia, sino de toda avaricia; y San Pablo dice que todo avariento no terná heredad en el reino de Cristo, para nos dar en esto a conocer que la avaricia no se tantea ni se estima según la cosa que ilícitamente es poseída, sino según la desordenada afición con que hombre posee lo que tiene, agora sea poco o mucho. Y de aquí es que fué dicho a un ermitaño ser él más avariento con un gato que tenía que no otro, de quien él tenía sospecha, con ser papa, como lo era. Donde un fraile, poseyendo papel y péndolas y cosas viles, si no las comunica, ni quiere prestar su libro o lo presta con tanto aviso y guarda como si fuese de vidrio, teniéndolo en más estima que debe, no parece carecer de nombre de avariento.

Esta prohibición o defendimiento se da por mujer a David, que quiere decir *amado*, y es el avariento amado y servido de muchos, no por sí, sino por lo que tiene, con el cual se han los otros como los perros con el que ven llevar carne, al cual siguen yéndose tras él por alcanzar parte; y así es que el rico no goza sólo de su hacienda, ca por fuerza ha de tener muchos en su casa y fuera de ella que se la coman; él sólo padece el cuidado y el trabajo en allegarla; empero, los otros, sin recebir parte de la congoja, gozan de ella con deseo de verle el cabo, y apañando cada uno cuanto puede. Y aun esto se figuró

[9] Luc. 12, 15.
[10] Matth. 6, 24; Luc. 16, 13.
[11] Matth. 13, 22.
[12] Luc. 18, 25.
[13] Matth. 6, 19.

en David, que no gozó solo de Micol, porque, aunque le pesó a él, gozó también algo de ella quien él no quisiera; y David compró a Micol por caro precio y al otro se la dieron balde. En lo cual se figura que la hacienda que tú allegas con gran trabajo se repartirá presto, o por herencia o robo, o que tú la darás a quien no querrías por fuerza o de grado, en manera que, acabada la vida, te quedarás sin fruto de tus riquezas, como David, que nunca hubo fruto de Micol, antes ella escarneció de él, y se vido por ella muchas veces en manifiestos peligros. De ti se burla tu hacienda, viéndote hecho esclavo de ella, aunque te llama señor, y con menos reposo que David con Micol, el cual ternías si te contentases con poco.

Sin duda que es cosa de admiración en ver hombre personas que pasan la vida con el trabajo cotidiano y con pocas heredades que sustentan, y si les preguntáis qué es lo que deben o qué tratos tienen, si les agravia la conciencia de alguna restitución que hayan de hacer o de alguna cosa que hayan hecho perder a otros, responden que ni deben ellos a otros, ni otros a ellos, ni se pueden acordar ser en cargo sino de un racimo de uvas cuando pasa por las viñas; empero, toparéis con alguno de los ricos y hacendados, y halláislos tan enredados y enlazados en pleitos, y contratos, y conveniencias y trampas de tantas maneras, que ha menester hombre demandar plazo para ver a qué restituciones son obligados, y a las veces se hallan tantos agravios, que por ser muchos dice que no los puede satisfacer, y entonces más de verdad escarnece Micol de David, burlándose la avaricia de cuán preso tiene al avariento.

Estos son los engaños y artes con que nuestro malicioso adversario se trabaja por falsarnos el amor, al cual, según dice San Gregorio, tira él principalmente, como el ballestero al corazón, porque, herido este amor con la hierba de cualquier vicio de los tres ya dichos y preso, seguro tiene él todo lo que hay en el hombre, ca cosa es conocida que todo sigue al amor, que es en alguna manera todas las cosas en el hombre, ocupando y disponiendo todos los oficios de este nuestro mundo menor y concurriendo como sol con todo lo que hay en él, porque sin él ninguna cosa es hecha. Y, pues tanto dominio y señoría tiene el amor, mucha razón hay que tomes el consejo que da una *Glosa* sobre los Cánticos, diciendo: «Todos los movimientos del ánima creó el Hacedor de la universidad, Dios, para bien; empero, muchas veces acaece por nuestro uso que las cosas buenas por naturaleza nos lleven a pecar mientras usamos mal de ellas». Uno de los movimientos del ánima es el amor, del cual usamos bien si

amamos la sabiduría y la verdad, y mal si amamos la carne y la sangre; y, pues que así es, tú, como varón espiritual, oye espiritualmente ser cantadas las palabras amadoras del Cántico, y aprende a traspasar el movimiento de tu ánima y el encendimiento del natural amor a las cosas mejores.

Lo de suso es de la *Glosa*, y hase de entender en toda manera de amor, ca el demonio, con el amor de la propia excelencia, que es soberbia, nos daña el amor que debemos tener al Padre Eterno; y con el amor de las riquezas, que es avaricia, nos daña el amor que debemos tener a los méritos de Cristo, con que somos justificados; y con el amor de los deleites, que es lujuria, nos daña el amor que debemos tener a las consolaciones del Espíritu Santo, que alegra nuestros corazones y sanea con su amor todos los daños que el demonio causa en los amadores leales de Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO XLVI

De la penitencia que deben seguir los que han quebrantado la ley del amor

Por amor pecamos y por amor hemos de ser limpios de nuestros pecados, ca sin amor ninguna penitencia aprovecha, aunque des tu cuerpo a las llamas y tormentos que quisieres; ca ninguno puede hacer tanta penitencia como los dañados, con angustia de espíritu y gemidos; empero, no les aprovecha, porque falta allí el amor que da penitencia saludable y provechosa, y donde has de notar que así como pecamos por amor, así hemos de satisfacer por amor.

Que por amor pequemos, parece por aquello del profeta [1]: *Abominables son hechos, así como las cosas que amaron*. Y Jeremías, después de haber escrito los pecados de Jerusalén, concluye diciendo [2]: *Mi pueblo amó tales cosas*. En conclusión, que, según San Agustín, ninguna de las maldades que se hacen en el mundo serían pecados si fuesen hechas sin algún amor voluntario, así como acontece en el que del todo está loco, que matando no peca, porque falta en su obra el amor libre. E que

[1] Os. 9, 10.
[2] Ier. 5, 31.

por amor hayamos de satisfacer a Dios, parece por aquello de los Cánticos [3]: *Si el hombre diere toda la sustancia de su casa por el amor, cuasi como si fuese nada la despreciará.* Aquí parece que todo lo tiene Dios en nada si no le damos el amor. Así que por amor pecamos y con amor hemos de pagar; lo cual en breve declara Ricardo, diciendo: «Ama lo que primero menospreciabas, y menosprecia lo que primero amabas, y está seguro que el Jordán se ha tornado atrás». Aunque el amor por sí solo basta para satisfacer a nuestro Señor, no nos deja sin penitencia, ca no sería verdadero el santo amor que se sigue si no se doliese del mal amor pasado; empero, porque hay dos maneras de penitencia, que son *penitencia virtud* y *penitencia sacramento,* quiero agora tratar de la penitencia virtud, que deben tener muy a la mano los fervientes amadores de Dios, ca si hubiesen de esperar a la penitencia sacramento, que se hace en la Cuaresma, sería cosa prolija para el amor, que aborrece toda tardanza.

Penitencia virtud se dice un desplacer que tiene hombre de los pecados pasados, con firme propósito de nunca tornar a ellos. Conforme a lo cual, dice San Gregorio: «Hacer penitencia es llorar los males cometidos y no cometer otros de llorar, ca el que de tal manera llora unos que comete otros, o no sabe hacer penitencia o disimula». Según lo que este santo ha dicho, parece que el amador de Dios debe tener dos caras, como Jano: con la una mire los años pasados tan estériles, secos y sin fruto, y riéguelos con lágrimas de continuo dolor, para que den alguno; las cuales pueden ser tales, que puedan en alguna manera cobrar lo perdido. Con la otra cara debe mirar los años que están por venir, para los remediar y proveer que no se pierdan como los pasados, tomando escarmiento de la pérdida de una parte para remedio de la otra. Donde los ojos de la cara primera deben estar prontos para llorar, como los de la paloma que está sobre las aguas, y los de la otra, muy abiertos, como los de la atalaya, para huir semejantes males.

Este vocablo *penitencia* no parece hacer relación sino de la una cara, que es la del lloro, según aquello que San Isidro dice, declarándolo: «Penitencia se dice cuasi punidora, porque el mesmo hombre en sí penitenciado castiga lo que admitió malamente; porque ninguna otra cosa hacen los que verdaderamente se penitencian, sino que no dejan sin punir lo que mal hicieron; y de esta manera, no perdonando a sí mesmos, perdona aquél cuyo alto y justo juicio ningún menospreciador puede huir». Aqueste santo

[3] Cant. 8, 7.

no ha hecho abiertamente mención sino de la primera cara del lloro, y no de la otra, que debe estar los ojos abiertos, guardándose de semejantes males, como son los que la primera llora; empero, en este vocablo *penitencia* se incluyen y se dan a entender ambas cosas. Ca en las dos primeras sílabas se denota la pena que la primera cara recibe llorando, y en las otras se nos da a entender cómo hemos de tener aquesta pena siempre, para que nos sea lumbre a la segunda cara, que mira lo por venir; porque escrito es que la vejación y pena da entendimiento. No podemos siempre en acto llorar ni dolernos, mas podemos siempre guardarnos para ser verdaderos penitentes; donde la primera cara debe tener pena, y de allí resulte a la segunda un aviso de se guardar hombre con solicitud, que no torne a cometer cosas de llorar.

Las dos cosas sobredichas nota San Agustín en breves palabras, diciendo: «Penitencia es cosa muy buena y perfecta, la cual revoca todos los defectos a lo perfecto». *Muy buena* se llama la penitencia, porque nos torna todos los bienes que perdimos pecando, y llámase *perfecta*, porque, aunque sea pequeño el dolor que tenemos de nuestros pecados, dice nuestro Señor que están perfectamente castigados, porque este dolor es voluntario y tiene mezclado amor consigo, que perficiona todas las cosas y hace que nuestro Señor ya no nos castigue por nuestros pecados, sino que nos consuele, según aquello que dice por el profeta [4]: *No quieras temer, Sión, ni se deshagan tus manos; tu Señor, Dios fuerte, está en medio de ti; él salvará, gozarse ha sobre ti en alegría, callará en tu amor, habrá placer sobre ti en alabanza.* Sión quiere decir *sequedad* o *atalaya*, y es el ánima que ha enjugado en sí el diluvio de los pecados pasados, porque el demonio no halle ya en ella holganza; y junto con esto, está puesta en atalaya, para se guardar de los males por venir, a lo cual la esfuerza el Señor diciendo que no se deshagan sus manos, que son sus obras, pues que su fuerte Señor le quiere ayudar a hacer buenas obras, y está en medio de ella para darle favor en toda parte y salvarla de la poquedad del espíritu y tempestad.

Dice más: *que se gozará el Señor sobre el corazón en alegría:* donde has de notar que, cuando pecamos, traemos a Dios debajo de los pies, según dice San Pablo, porque no tenemos en nada sus mandamientos, y hacemos como el que quiere matar la hacha: que le vuelve la lumbre hacia bajo y luego se muere. Quiere nuestro Señor estar como candela o hacha resplandeciente, y que lo

[4] Soph. 3, 16-17.

tengamos en el hombro como principado nuestro, y le demos las riendas de la razón y de la sensualidad para nos regir por vía recta; y entonces se goza él sobre nuestra ánima en alegría, como el caballero que en buen caballo quiere correr la carrera; empero, si las cosas van al revés, que se vuelve la candela, y ordenamos el fuego de nuestro amor a las cosas bajas de la tierra, y anteponemos nuestra voluntad a la de Dios, no se goza él sobre nosotros, sino el demonio, que nos tiene sujetos como a siervos, pues hacemos su voluntad contra el consejo de David, que dice [5]: *Sujétate a Dios y ora a él.* Lo que más dijo el profeta fué *que Dios había de callar en nuestro amor.*

Todas las voces que da Dios en la Escritura no son sino porque le demos nuestro amor; y por esto, en dándoselo, luego calla, como persona muy contenta y que no le falta nada. Las voces que daba Dios a San Pedro preguntándole tres veces si lo amaba, has de pensar que cada día las da a tu corazón, haciéndote la mesma pregunta; y es tres veces, porque quiere que lo ames en sí y en ti y en el prójimo. Y si piensas que no eres tan digno que con San Pedro seas preguntado, a lo menos oye lo que a cada pecador pregunta Dios nuestro Señor, diciendo [6]: *Si soy yo Padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy Señor, ¿dónde está el temor que me tenéis?* Item, has de notar que se dice Dios *callar en nuestro amor,* porque ya no nos imputa nuestro pecado, viendo que nosotros en la penitencia tenemos cargo de esto; y calla en nuestro amor cuando por él hace que calle nuestro adversario, que está muy aparejado para nos acusar. Item, calla el Señor en nuestro amor porque, mientras lo amamos, hace que callen los remordimientos de nuestra conciencia, que sin él estaba muy quejosa; de manera que por tener quietud nuestra conciencia dice Dios *que huelga él.* Conforme a lo cual, dice San Agustín sobre aquella palabra del Salmo, *está en mi holganza:* «En tal manera nos ama Dios, que diga holgarse él si nosotros holgamos en él». Item, calla Dios en nuestro amor, oyendo al mesmo amor que es voz muy sonora en los oídos de Dios, la cual oye él con mucha atención; en tal manera, que jamás le niega lo que demanda, aunque pida perdón de diez mil quintales de pecados, antes el mesmo Dios ruega en los Cánticos que suenen esta voz en sus oídos, ca es dulce; y no solamente se llama *voz* el amor, mas también se llama *clamor,* según aquello de San Agustín: «El deseo es oración, ni

[5] Ps. 36, 7.
[6] Mal. 1, 6.

jamás deja de orar el que no deja de amar, ca la caridad es el amor».

Dice más el profeta: que *nuestro Señor habrá placer en alabanza sobre el ánima del pecador que hace penitencia*. Donde has de notar que, puesto caso que los malos se trabajen cuanto pueden por derrocar a Dios, menospreciando sus mandamientos, no por eso está Dios caído, antes entonces se sube más arriba y toma, como dicen, la cuesta y las piedras; empero, hay muy gran diferencia de estar sobre ti para te dar el golpe o estar sobre ti para te poner la corona. Lo primero hace Dios cuasi con tristeza y diciéndote tus vituperios, según aquello de Isaías [7]: *Tu plata se tornó en escoria, y tu vino está vuelto con agua; tus príncipes son infieles compañeros de ladrones; todos aman los presentes y siguen los galardones humanos; no juzgan al huérfano ni entra a ellos la causa de la viuda, y por esto dice el Señor Dios de las batallas, fuerte de Israel: Ay, que yo me consolaré sobre mis enemigos, y me vengaré de mis adversarios, y convertiré mi mano contra ti*. Sobre esto dice la *Glosa:* «Con afeción de padre piadoso los llora, aunque enemigos, y los hiere porque parecen y no quieren hacer penitencia». De esta manera que has visto está Dios sobre los que no se arrepienten de sus pecados: está sin alegría, porque no se goza con la perdición de los que mueren, y parece que gimiendo hiere y danos en las barbas con nuestras maldades; empero, de otra manera muy contraria está sobre los justos, ca está gozándose, como dijo el profeta, con las buenas obras de ellos en alabanza, alabando la buena vida de ellos y diciendo a cada ánima santa [8]: *Iré al monte de la mirra y al collado del incienso; toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancilla; ven del monte Líbano, esposa mía, ven del monte Líbano, ven y serás coronada de la cabeza de Amana*. El monte de la mirra es la penitencia espiritual, de donde Dios llama al ánima, alegrándose con el amor que la ha hecho esposa suya, y alabando en ella todos los servicios que le ha hecho, así como primero reprehendió las ofensas de los pecadores.

Y nota que se muestra Dios alegre cuando ha de hacer mercedes, y triste cuando ha de castigar, porque al hacer de las mercedes, primero mira a su largueza que a nuestros servicios, y cuando ha de castigar, primero mira a nuestros pecados que a su castigadora justicia. De manera que más querría él que nosotros mesmos nos penitenciásemos que no herirnos, ca pues quiere que todos se

---

[7] Is. 1, 22-24.
[8] Cant. 4, 6.

salven, no querría que se condenase alguno ni pecase. Ca el Salvador guardó en sí mesmo las llagas principales que sufrió en la pasión, porque viéndolas allí no le diésemos más pasión con pecados nuevos, que en alguna manera se la tornan a renovar. Pues que dice Cristo que ha de ir por su amada al monte de la mirra, que es la penitencia, razón es que oigamos el consejo de los ángeles, que dicen [9]: *Salva tu ánima; no quiero mirar atrás, ni estés en toda la región propincua, sino hazte salvo en el monte.*

El Salvador dice que no nos vale nada todo el mundo, aunque lo ganásemos, si perdemos el ánima, porque perdiéndola tornaríamos a perder el mundo; y ella sola vale más que el mundo, ca lo menos que hizo Dios por ella es el mundo; así que, pues tanto vale, tengamos intento a la salvar, aunque se pierda todo. Empero, no te parezca grave el no mirar atrás, ni pienses que lo que aquí se manda contradice a lo que se dijo arriba, de mirar los pecados para los llorar, ni a lo que en otra parte se dice cuando manda al ánima que mire dónde está caída, porque aquí no se dice sino que no quieras mirar atrás, donde se defiende la voluntad del pecado pasado, que ya no lo quieras; y por esto dijeron a un pecador que no quisiese más pecar, defendiéndole no solamente la obra, que es el volver atrás, sino el aplazamiento de la obra pasada, que es como un querer mirar atrás. Muchas veces, aunque nos pese, miramos atrás, acordándosenos de los pecados pasados; empero, esto no es defecto si no volvemos ni queremos volver. Aquel vuelve, que torna al vómito, y aquel quiere mirar atrás que, acordándose de los pecados pasados, toma placer en ellos, aunque los debiera llorar. Item, este mandado que no estés cerca de la región de los pecadores, porque te conviene huir toda ocasión de pecado.

Agora queda que subamos al monte de la salud, que es la penitencia; no nos basta llegar a la ladera del monte, sino que hemos de subir hasta su altura. Por lo cual has de saber que esta *penitencia virtud* de que hablamos puede ser *imperfecta* y puede ser *perfecta*. Cuando es imperfecta se llama en la Escritura *temor de Dios*, y venganza, y pesar, aborrecimiento de sí mesmo, confusión, indignación, ira sin pecado, mar amargo, contrición, tristeza según Dios, lloro, tribulación, amargura de corazón, fatiga, descontento, dolor y corte hecho con la palabra de Dios, que corta los corazones; y llámase espina, y cruz, y ayuno, y sayal, y día de aflicción y casa de lloro. Todos

[9] Gen. 19, 17.

estos nombres tiene antes que esté perfecta, cuando está en la atrición, antes que venga la gracia; ca después de venida se suele llamar *Pascua* y día de holganza, y sol que ha salido sobre la tierra, y bendición del Señor, y verano florido, y desposorio, y tiempo en que se visten nuevas vestiduras, y convite muy alegre, y hallamiento de cosa perdida, y natividad nueva, y juventud renovada, y virginidad recuperada, y sanidad entera, y novedad maravillosa, y mudanza de la diestra del muy alto, y baño muy saludable con que se tornan las ánimas inocentes y se hacen los hombres niños. Estos nombres tiene la *penitencia virtud* cuando está perfecta.

La sola atrición junta con la *penitencia sacramento* bien basta, según Escoto[10], para hacer perfecta penitencia sacramental, porque con solo desplacer que lleve uno de sus pecados para los confesar debidamente recibirá perdón; empero, para la *penitencia virtud*, no basta el solo desplacer sin el amor que da perfición a esta penitencia, y por eso dijo Isaías que de dos maneras limpiaba Dios las mancillas de las hijas de Sión, *en espíritu de juicio*[11], que es la penitencia sacramento (donde ha de estar el hombre al albedrío del sacerdote, que es juez), y *en espíritu de ardor*, que es la penitencia virtud, circunstancionada con el amor del último fin, como la tuvo la Magdalena, a la cual no dijo Cristo *que le eran perdonados sus pecados* porque lloró mucho, ni porque se humilló mucho, ni porque menospreció sus atavíos, sino *porque amó mucho;* dando en esto a entender que en la *penitencia virtud* el amor tiene más fuerza que otra cosa alguna, donde el ánima es como la paloma que gime de amor, sin el cual, según dice San Agustín, no es perfecta la penitencia interior de que hablamos.

Mucho importa el fin por que te mueves a doler de tu pecado, ca te puedes mover por fines viciosos, o por fines honestos, o por fines indiferentes; ca puede la voluntad querer vengar, o detestar, o tomar pena, o placerle de ella, o sufrirla con paciencia, y esto a las veces por evitar la pena eterna o porque así pueda huir la temporal; y puédese doler viéndose privado del premio eterno, o dolerse considerando solamente la torpeza del pecado, o dolerse por la confusión y menosprecio de los hombres en que ha caído, o mostrar que se duele de su pecado y dolerse de hecho, a fin de ser tenido por mejor que los otros pecadores, o dolerse del pecado por evitar el desasosiego que le da su conciencia remordiendo, o, finalmente, pué-

[10] IV *Sent.*, d. 14.
[11] Is. 4, 4.

dese doler por amor de Dios nuestro Señor, a quien ha ofendido con su pecado. Para que veas claramente la orden del proceder en esta penitencia dende el temor en que, según San Buenaventura, se comienza hasta el amor en que se acaba y perficiona, para mientes que, estando en algún pecado, puédeslo considerar ayudándote Dios con su influencia o favor general y ayudándote tú con las fuerzas naturales de tu libre albedrío para ver cómo es ofensa de Dios y contra su divina ley; aparta el ánima de su Señor, impide el premio celestial y acarrea eternas penas.

Viendo estos males y otros semejantes que puedes considerar con tu entendimiento, puede tu voluntad aborrecer este pecado teniendo intento a cualquiera de las razones ya dichas o a todas o a cualquiera, y puede así de grado en grado proceder, aborreciendo y pesándole del pecado, agora por la una razón, agora por la otra, y no querer haberlo hecho, porque temporalmente le es impecible y dañoso, por la infamia y por el menosprecio y pena temporal que se le sigue, así como en el pecado del hurto. Sube más la voluntad y duélese haber pecado porque también se le sigue daño espiritual y tormento en el otro mundo. Sube otro poco por este monte arriba y pésale por haber pecado, viendo que perdió la gloria perdurable y santidad que antes tenía y la serenidad de la buena conciencia que solía reposar.

Con todas estas causas y circunstancias que pueden acrecentar el dolor, no se ha hecho la penitencia perfecta, ni aun está el ánima en lo alto del monte, porque no ha subido el hombre de sí mesmo ni ha dejado su propio interese; más alto ha de subir, considerando la suma dignidad de nuestro Señor Dios y la suma bondad y misericordia suya, con su infinita majestad y otras divinas perficiones suyas, por las cuales viendo cuán amable es por sí solo, sin amor interesal, como sumo y último fin de todos, perfectísimo sobre todos los bienes criados, de ningún buen enemigo y a todos amicísimo, benigno y, por tanto, más digno de amor que a otra sola cosa criada; al cual se convierte la voluntad pesándole de haber pecado por el amor que de su Dios concibe, no estimando tanto todos los otros daños que del pecado se siguen como pesar que ofendió tan amable Señor Dios y salud suya, que por ser tan infinitamente bueno jamás debría ser ofendido, sino siempre amado; por lo cual con una lástima y desplacer por haber ofendido cuasi dice nuestro corazón: ¡Oh, quién nunca jamás hubiera enojado ni desagradado tan amable Señor y tan infinito bien que de todos se enseñorea por amor, al cual sea bendición y cla-

nidad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, virtud, y fortaleza, y gloria por todos los siglos, amén!

Si considerando este perdurable y universal bien te pesa y no querrías haber hecho el pecado, por ser de sí contrario a la notificada voluntad del que tú más que a todas las cosas amas, ya subiste a lo alto del monte donde se recibe el amor infuso de Dios, que a nuestro amor responde con amor y al dolor que de nuestro amor dirigido a él resulta responde su benignidad con la medicina de la gracia. Cuando por él no te dolías no venía a curarte, mas en ordenando a él tu gemido luego viene, y es tanta su largueza que no quita en nosotros del todo la sospecha del pecado, porque así el dolor de cada día que recibiremos sea causa que él nos dé más a menudo su gracia. Así que la incertidumbre es causa de más merecer y el nuevo dolor es ocasión de nueva misericordia; ca sé cierto que cada vez te dueles del pecado por amor de Dios, te acrecienta él su amor, no porque pecaste, sino porque deseas por su amor no haber pecado.

CAPÍTULO XLVII

DE LA LEY DE AMOR QUE TIENE LA PENITENCIA CON LOS SUYOS Y DE LA QUE LE DEBEMOS Y CUÁNDO

Porque veas cuán estimada es aquesta virtud, oye lo que dice Cipriano: «¡Oh penitencia, que tú perdonas los pecados habiendo Dios misericordia y abres el paraíso, sanas al contrito; tú alegras todo triste, renuevas la honra, llamas la vida dende la muerte, restauras el estado, renuevas la esperanza y infundes más abundante gracia! ¡Oh penitencia, que yo contaré lo que sé de ti! Tú desatas todas las cosas atadas y cierras las desatadas, mitigas todas las cosas adversas, sanas las cosas contritas y lustras las confusas y animas al desesperado. La penitencia aborrece la lujuria, desecha la avaricia, ahuyenta el furor, afirma el amor, acocea la soberbia, refrena la gula, compone las costumbres, aborrece la malicia, excluye la envidia y doma las carnes, tomando venganza de lo pasado porque no caiga hombre en las manos de Dios vivo. La penitencia es medicina de la llaga, esperanza de la salud, por la cual se salvan los pecadores, por la cual se provoca Dios a misericordia, y ésta no se mide ni se piensa por tiempo, sino por profundo lloro y lá-

grimas causadas por amor, y vale tanto que sana las enfermedades, resucita los muertos, cura los leprosos, acrecienta la sanidad y conserva la vida, y da a los cojos el andar, y a los contrechos la libertad, y a los ciegos la vista; adorna las virtudes, guarnece el ánima y esfuerza el espíritu».

Estas cosas que fácilmente se podrían probar y otras muchas dicen los que comienzan a hablar de esta resucitadora del mundo que es la penitencia, fundamento y refugio muy seguro de los pecadores; la cual, según nota San Buenaventura, nunca debríamos dejar, pues que es tabla en que se salvan los que perdieron en el mar de este mundo la inocencia que en el baptismo recebimos. Así como el que en medio del mar, hundida la nao, no debe dejar la tabla que tiene entre manos si quiere escapar, así tú no debes dejar esta penitencia, que a ninguno de los vivos desecha, sino con brazos abiertos recibe aun a los mayores pecadores que carecen de otro socorro; no zahiere al que vuelve los beneficios que ya menospreció, y vende más caras las cosas que da muchas veces, ni muestra mal rostro al que primero hizo burla de ella, ni guarda las injurias que le son hechas de los que la niegan; mas a todos se da con cara alegre, no siendo más escasa a la postre que primero; anda rogando a todos con sus largas mercedes y tan fáciles de haber; mas los pecadores no las quieren recebir.

Porque abramos con la pena los ojos que nos tiene cerrados la culpa, menester es que veamos en qué tiempo son obligados los hombres a tener esta *penitencia virtud*. No digo si obliga a los de la ley de naturaleza o escrita, porque aun los demonios, en este breve espacio que fueron viadores, pudieran usar de ella, según dice Escoto [1]; mas quiero que veas, pecador, qué día eres obligado a hacer penitencia de tus pecados, según la forma sobredicha. Para lo cual debes saber, conforme a Gabriel [2], que, como este mandamiento de la penitencia sea afirmativo, oblígate a que nunca aborrezcas la penitencia, o nunca amar el pecado, que es lo mesmo. Según lo cual dice San Agustín: «El penitente ha de tener por pequeños todos los frutos de la penitencia; nunca diga basta la penitencia pasada; siempre se duela, siempre haya vergüenza delante del Señor que pecó, y acabe con la vida el dolor». Según esto, la penitencia ata y desata al pecado: desátalo de los pecados y átalo a la obligación del aborrecimiento de ellos. Y de aquí es que dice nuestro Señor que no calle

[1] IV *Sent.*, d. 14.
[2] In IV *Sent.*, d. 14.

la niñeta de nuestra vista; dando en esto a entender que nunca debe aplacer a la razón el pecado; y el profeta dice [3]: *El ánima que es triste sobre la grandeza del mal, y anda corva, y enferma, desfalleciendo sus ojos, y el ánima hambrienta, te da, Señor, señalada gloria y justicia.*

Siempre habíamos de estar hambrientos por pan de lágrimas hasta que desfalleciesen nuestros ojos sobre la grandeza de nuestros pecados; y estar tristes, nunca hablando con placer de ellos; y siempre habíamos de tener con nosotros, aunque estuviésemos sanos, alguna reliquia de la enfermedad pasada, y esta reliquia había de ser la penitencia, que no es enfermedad para muerte, sino para vida, y por la gloria de Dios, al cual nos debríamos siempre humillar y andar corvos y no altivos en el corazón; ca escrito es que no estemos sin miedo del pecado perdonado. Razón hay que, si no tuviste penitencia, siempre te pese por no la haber tenido, porque así castigues con una manera de perpetuidad el pecado que contra tu eterno Dios cometiste; ni al bueno debe jamás placer el mal, para que siempre sea bueno.

Item, pues el pecado mereció pena perpetua, sea perpetuo tu aborrecimiento, porque por él se nos perdona tan gran pena. Pues por la penitencia tornas a cobrar el perpetuo bien que perdiste, no te maravilles si ha de ser perpetua, ca mucha razón es que haya correspondencia entre estas cosas. La conclusión de esto es que el pecador siempre es obligado a conservar el hábito infuso de la penitencia, que, según algunos dicen, infunde Dios cuando debidamente nos dolemos del pecado, y éste se conserva con sólo no pecar, ca con sólo el pecado se pierde él con su compañera la caridad, que mora en nos después del perdón.

Visto cómo eres obligado a nunca ir contra la penitencia, aun queda de ver cuándo eres obligado a la poner en efecto y ejecución; a lo cual podremos responder que todas las veces que eres tenido de amar a Dios eres, por consiguiente, obligado a esta penitencia, porque sin ella, a lo menos virtualmente, ninguno puede amar a Dios sobre todas las cosas, y cuándo seas obligado al amor de Dios, ya tuviste arriba capítulo que lo enseña.

Empero, allende de esto, has de saber que es opinión de Alejandro y de Ricardo que el pecador es obligado a la penitencia virtud, cuando se acuerda plenariamente del pecado que hizo, aun después de lo haber confesado. Y nota que la plenaria memoria del pecado se suele algo detener en el hombre y hacernos acordar con atención

[3] Hab 2, 18

como ofendimos a nuestro Señor Dios, ca debajo de las otras razones que arriba pusimos, no creería que somos obligados a nos doler del pecado sino porque es ofensivo de Dios y con él lo desagradamos. Que cuando esto se nos acuerda seamos obligados a nos doler, pruébalo Ricardo de esta manera: «No guarda fielmente la confederación y alianza de la reparada amistad divina el que actualmente no se desagrada en aquello que fué causa de la enemistad entre él y Dios cuando deliberadamente se acuerda de ello». A esta razón añade Gabriel [4] otra, diciendo: «Cuando el pecado es representado por el entendimiento a la voluntad así como ofensivo de la divina Majestad, o la voluntad produce algo en sí acerca de él o nada; si tiene algo, ha de ser amor o aborrecimiento de lo que le es representado; si lo deja pasar sin obrar algo acerca de él, que ni lo ama ni aborrece, parecerá gran menosprecio de Dios, que no se compadece con su amor, como que pienses actualmente su ofensa, que la veas en tu memoria y que no te desagrade. Ninguno hasta hoy pensó en la ofensa de su amigo sin que le pesase; si a ti agrada el pecado pasado, ya pecas de nuevo; si te desagrada, ya haces penitencia; si estás en medio de estas dos cosas, que ni te pese ni te plega, parecerá tener algún menosprecio en la ofensa de Dios, como si vieses al que dió a tu padre una bofetada y no te curases de lo hacer prender».

Pues representándose el pecado a la memoria como ofensivo de nuestro Señor, la voluntad es obligada a deliberar algo acerca de él, pues que es cosa ardua y no debe pasar liviana o disimuladamente, y es obligado a no se alegrar en él; luego síguese que es tenuda a se desagradar de él, porque no puede la voluntad hacer otra cosa sino querer o no querer, y confírmase de esta manera esto. Cualquiera que está en amor de Dios es obligado a no querer lo que conoce que actualmente lo ofende, y el que está considerando el pecado, en cuanto es ofensivo de Dios, sabe que Dios en aquella obra mala del pecado, aunque no sea, se desagrada Dios, que mira las cosas que no son como si fuesen. Luego si Dios allí se desagrada, también eres tú obligado a te desagradar si eres su amigo, ca los amigos han de tener un querer y un no querer.

Item, mandado nos es que no queramos el pecado, y este mandamiento claro está que algún tiempo nos obliga a lo ejecutar, porque si ningún tiempo nos obligase a no querer pecar, ya no sería mandamiento; pues que por al-

[4] In IV *Sent.*, d. 14, q. 3.

gún tiempo somos tenudos a no querer pecar, no pienso que se pueda señalar otro tiempo más convenible que cuando se nos ofrece a la memoria el pecado así como ofensivo de Dios. Y a este tiempo se han de reducir todas las autoridades de los santos y de la Sagrada Escritura en que nos manda dolernos de nuestros pecados, ca vanamente nos sería esto tantas veces mandado si no tuviese tiempo señalado para se cumplir. Puesto caso que en el presente negocio dicen los doctores que piensan acepillar este mandamiento que basta no agradarnos en el pecado cuando se nos ofrece a la memoria, sin que tengamos nuevo desplacer, ca pues Dios no se acuerda más del pecado, no es menester que nos dolamos nosotros nuevamente, a mí me parece que, pues comúnmente se tiene que el pecador absuelto queda ligado al perpetuo aborrecimiento del pecado, no se debe esto entender sólo privativamente que le baste siempre no agradarse en él, porque si todos los mandamientos afirmativos reducimos totalmente a privaciones, más parecerán negativos que afirmativos.

Nuestro Señor nos manda las cosas buenas y nos veda y pone entredicho en las malas. Si totalmente reducimos los mandamientos a vedamientos, confundiremos todas las cosas. Dice Dios: *Harás esto:* viene el otro a glosar: basta que no hagas lo contrario. Donosa manera de glosar. No has de decir, sino mira que eres siempre obligado a nunca hacer lo contrario y algún tiempo eres obligado a hacer esto. Dos mil veces se nos ofrecen al día nuestros pecados, y apenas se nos ofrecen dos veces en cuanto son ofensivos de Dios; y por eso, si te dicen que eres obligado a te doler del pecado, no es sino debajo de este respecto, en cuanto es ofensivo de Dios; y si esto es así, diría yo que no solamente debrías desagradarte de los pecados que tú heciste, sino de todos cualesquier otros pecados hechos o por hacer, tuyos o ajenos, en cuanto son ofensivos de Dios. Pésate cada vez que piensas en las injurias de tu padre, y aun muy de corazón, y en las que son hechas al menor de tus amigos; y hácesete grave pesarte por las injurias hechas al sumo Bien, Dios nuestro, que es más que Padre tuyo.

Empero dirás que hubiste un hijo adulterino que sirve ya mucho a Dios, y que en viéndolo te acuerdas del pecado, y que están luchando en tu corazón el amor de Dios y de tu hijo, y vienes a concluir hartas veces que tu hijo es bueno y no quisieras carecer de él. Este caso no hace dificultosa la obligación sobredicha, porque, si eres avisado, sabrás hacer distinción entre el pecado y tu hijo, ca te puedes lícitamente gozar con tu hijo y pesarte por

que lo hubiste en pecado. De manera que no es menester que nos pese de las obras de pecado que hecimos, sino del pecado con que las hecimos, y por esto dice que eres obligado a te doler del pecado en cuanto es ofensivo de Dios y no en cuanto hace otras cosas que a las veces aprovechan a otros. Ca si por jurar tú falso salvas la vida de otro, hate de placer porque le salvaste la vida y pesarte porque pecaste en aquel caso, queriendo o deseando haberle salvado la vida sin pecar.

Aprende, pues, a apartar lo precioso de lo vil en todas las obras y serte ha cosa muy fácil aborrecer los pecados, y más fácil porque son ofensivos de Dios; ca como tanto sea la cosa más aborrecible cuanto es peor y no haya cosa peor que el pecado, síguese que ninguna cosa se puede tan presto aborrecer en aquella parte que es ofensa de Dios nuestro Señor. Si miras en ello, hallarás que cuasi nunca viene á tu voluntad o memoria pecado en cuanto es ofensivo de Dios, que vaya sin ser por aquello aborrecido, sino que en la práctica parece dificultoso lo que en la obra no tiene dificultad, antes lo hacemos muchas veces sin mirar en ello. De esta obligación, sea lo que fuere; empero tú ten por cosa muy averiguada que jamás puedes aborrecer la ofensa de Dios sin merecer mucho en ello.

CAPÍTULO XLVIII

De los grados que tienen los que guardan la ley del amor

Solos aquellos que aman y guardan lealmente la ley del divino amor tienen grado, que los otros desgraduados están, según se figura en el criado del rey, al cual fué dicho [1]: *Aun hay tres días después de los cuales se acordará Faraón de tu servicio y restituirte ha en el grado primero, y darle has el cáliz, según tu oficio*. Esto se dijo a uno que estaba por su pecado metido en una mazmorra y harto desgraduado; el cual tiene figura del pecador que cayó del grado primero, que era su primera caridad que dejó, sin la cual no puede sino caer. Donde has de notar que los que van de virtud en virtud se dicen andar y subir y ir de grado en grado, mas los que van de vicio

[1] Gen. 40, 12-13

en vicio ni andan ni suben, sino caen y tropiezan y dan de ojos; y por esto, como nota Orígenes, nunca se dice en la Escritura sino que suben a Jerusalén y deciende a Egipto. Y la causa de esto es porque los pecados son desfallecimientos, y las virtudes aprovechamientos.

Los tres días después de los cuales nos restituye el Rey del cielo a nuestro primer grado de caridad son las tres partes de la penitencia, y no solamente de la *penitencia sacramento*, cuyas partes son contrición y confesión y satisfacción, sino después de la *penitencia virtud*, que es más fácil, aunque también tiene sus tres partes, que podrían ser aborrecimiento del pecado, y venganza de él, y guardarse hombre de no tornar a él. Y mira que, según dice Gabriel [2], esta venganza o puede ser con pena interior, aumentando la tristeza que toma hombre por haber pecado, o con otras penas exteriores. Dícese más: que nos restituirá el Rey después de estos tres esclarecidos días al grado que primero teníamos, según nuestro oficio, de amar a nuestro Señor; lo cual es como presentarle el cáliz del vino del amor que él mucho ama. Y nota que hacía el Rey fiesta cuando restituyó en el grado primero a su copero, porque Dios mucho se alegra con ser nosotros restituídos al grado de la caridad que perdimos, y tanto que no solamente nos ayuda a levantar con nueva gracia, sino que también nos restituye todo lo que perdimos, como Faraón a su copero, y por esto se dijo haberse acordado el rey del servicio suyo, y que lo restituyó al primero grado que solía tener, según su oficio, cuasi haciendo especial mención de nuestras pérdidas, para que las recobremos.

Muchos hablan muchas cosas de los grados de la caridad, en especial Ricardo, cuyo ingenio y saber en las espirituales declaraciones de la Escritura y en las sutilezas del espíritu excede a todos los de nuestros tiempos; empero, hablando de los grados del amor, según Santo Tomás, pornemos tres grados, ca si hubiésemos de poner en él cinco grados, como los pone el Maestro de las Sentencias [3], también podríamos poner innúmeros, pues que el amor nunca en esta vida alcanza su último grado. Y por esto no se dice cuántos grados tenía la escala de Jacob, donde Dios se arrima para condescender a nosotros, ca ni nosotros podemos escalar en cielo sino por amor, ni Dios desciende a nosotros sino por éste, que también es camino de los ángeles, que son compañeros del Esposo, enviados a la Iglesia por aquellos que han de recebir

[2] In IV *Sent.*, d. 14, q. 1.
[3] III *Sent.*, d. 29.

la heredad de la salud que por amor se vende; ca ninguna de las otras cosas que desean los hombres se pueden a ella comparar.

Hablando, pues, en los grados del amor, Santo Tomás[4] pone tres, que son: *amor de comenzantes, y amor de aprovechantes, y amor de perfectos.* Y va esto conforme al Filósofo, que pone tres grados en la virtud; conviene a saber: *grado de continencia, grado de temperancia* y *grado de heroico.* A lo cual se puede cuasi reducir lo que pone San Dionisio de la *purgación* y *iluminación* y *perfición* de los ángeles; y el apóstol San Pablo se conforma a esta división cuando dice[5]: *Sed reformados en la novedad de vuestro sentido, para que probéis qué tal sea la voluntad de Dios, buena y bien agradable y perfecta.* Sobre esto dice la *Glosa:* «Renovaos para que podáis experimentar por el Espíritu Santo que mora en vosotros qué tal sea la voluntad de Dios, que es buena en cuanto a los que comienzan, y bien agradable en cuanto a los que aprovechan, y perfecta en cuanto a los que llegan». Aunque la dadivosa largueza de nuestro Señor pueda, según dice el Sabio, súbitamente enriquecer al pobre con su valeroso amor, quiere llevar sus cosas ordenadamente, según nuestra manera, porque tengamos sus dones en más estima y trabajemos más por los haber, y después de habidos les pongamos más cobro. Aunque prometió el reino a David y lo hizo ungir por rey, quiso que después trabajase mucho por haber el reino; y aunque dió riquezas a Jacob, quiso que trabajase veinte años por ellas; y muy tarde, en su vejez, dió a Abrahán el hijo que le había prometido; para nos enseñar en esto que ninguno es al primer vuelo perfecto en su santo amor sin que pasen por el amor de los que comienzan, y por el amor de los que aprovechan, y lleguen al amor de los perfectos. Y por esto fué San Pedro preguntado tres veces si amaba a Cristo, porque para ser hecho perlado de los menores menester es que tenga el amor de los varones perfectos.

La causa por que Gersón dice que tienen más alto estado los curas de ánimas que no los comunes religiosos, es porque los religiosos tienen estado de adquirir y buscar perfición, y los curas estado de la ejercitar; empero, mal podrá hombre ejercitar lo que no tiene ni aprendió ni sabe. Así que todos los otros estados de perlacías y oficios más parecen estado de fingimiento y vanidad que no de dignidad verdadera, si no se fundan sobre los gra-

[4] *Summa Theol.*, 2-2, q 24, a. 9.
[5] Rom. 12, 2.

dos y estados del amor de Dios, como se fundó en San Pedro. El primer grado del amor de Dios que corresponde a la primera jerarquía de la Iglesia triunfante es el que tienen los que comienzan a lo amar. Donde has de notar que el templo celestial se trasladó y se representa en el templo de Salomón y agora se pinta y traslada en el pueblo cristiano, que es templo vivo de Dios. Cada una de las tres jerarquías del cielo se divide en tres órdenes. Y así el templo de Salomón se puede considerar de tres maneras, cada una de las cuales se torna a dividir en tres cosas singulares o señaladas que tiene.

Lo primero que tenía el templo de Salomón era un patio muy grande cercado con un fuerte muro, y este patio tenía tres partes o estaba hecho tres, con sus cercas muy fuertes que lo dividían, según dice una *Glosa* sobre Ezequiel. Y el primer atrio o patio era común a todos, que animales aun entraban allí. El segundo se decía de cosas limpias, donde entraban a orar y a dar las ofrendas lavadas a los sacerdotes. El tercero se llamaba patio de los sacerdotes, donde estaba el altar para ofrecer los sacrificios que ellos administraban, y aquí solamente entraban los sacerdotes y los que le ayudaban a ofrecer, que se decían levitas. La segunda parte principal del templo, que estaba más adentro, se llamaba *sancta*, donde entraban solos los sacerdotes, y también tenía tres cosas señaladas, aunque no tenía cercas que la dividiese. La primera cosa señalada que tenía era el altar de oro, donde se ofrecían los perfumes; y lo segundo tenía una gran mesa de oro con doce panes, que se cocían en un hornillo de oro, según dice una *Glosa;* lo tercero tenía un grandísimo candelero de oro con muchas lámparas, que se asentaban en ciertas espigas que salían de él. La tercera parte principal del templo se llamaba *sancta de cosas sanctas*, donde entraba sólo el sumo sacerdote, que era como el papa, y no entraba sino una vez en el año, muy adornado y compuesto, a ofrecer sangre. Aquí estaban otras tres cosas muy señaladas: la primera, el arca de la amistad, que era cuasi de oro, hecha por arte más que humana, y la segunda era los querubines de oro con sus alas muy grandes, que cuasi tomaban todo aquel gran oratorio; y la tercera cosa era una tabla de oro, que se llamaba *propiciatorio* y silla de Dios, dende donde se daban las respuestas y las revelaciones a los santos sacerdotes. Estas cosas eran traslado del cielo y debujo figurativo de lo que agora tenemos o hemos de terner si queremos crecer en caridad, como nos lo manda el Apóstol.

Comenzando, pues, a decir algo de aquestos tres estados, divididos y ampliados para mayor declaración en los

tres ternarios sobredichos, has de saber que el primer patio se llamaba *de cosas no limpias*, al cual pertenecen todos los que viven con vida bestial y ajena de limpieza; ca por estar bautizados decimos pertenecer al cuerpo espiritual de la Iglesia, si no están apartados de ella por excomunión; y estos que están en pecado mortal decimos que son muy aprendices y novicios en el amor de Dios, no porque lo tengan, sino porque hacen algunas obras reducibles a él, así como dar limosna, ir a misa, oír sermones y cosas semejantes. De manera que son parte de la Iglesia, cuyo cuerpo junta hermanablemente el amor de Dios, que es vida y espíritu y sangre de la Iglesia; podíamos decir que son éstos parte de la Iglesia, como el erizo que cerca la castaña es parte de ella. Estos son figurados por los gabaonitas, que servían al templo de Dios sin haber parte ninguna de las ofrendas de él, y por esto dice San Isidro: «Los gabaonitas significan aquellos que creen y parecen tener devoción con los siervos de Dios y con el servicio de la Iglesia; empero, ninguna cosa tienen en las costumbres de enmienda de vida ni devoción, ni de mejoría; los tales solamente parece que traen en la Iglesia una señal de salud temporal, mas no alcanzan entre los espirituales el reino eterno de Dios ni la libertad».

El segundo patio, que se llamaba *de los limpios*, pertenece a la segunda manera de los aprendices en el amor de Dios, y éstos han salido del pecado mortal y están limpios, porque carecen de él; empero están como entre dos aguas y como sede vacante, donde no pueden mucho permanecer, ca luego torna el demonio a requerir los que solía tener por amigos para holgar en ellos y hacerlos peores que antes. De manera que se llama *limpio* aquel de quien ha salido el espíritu sucio de cualquier vicio; habiendo el hombre deliberado de no pecar y arrepintiéndose de lo pasado, ama vivir sin pecado mortal y pide perdón en su corazón a Dios. Si estas dos cosas tienes, ya estás en el segundo patio, donde oraban los limpios y eran amados de Dios, según aquello del sabio [6]: *El que ama la limpieza del corazón, por la gracia de sus labios terná por amigo al Rey*. La gracia de los labios es la oración, que ha hombre de hacer por sus pecados para que sean cubiertos con el amor, que es capa de pecadores que cubre muchedumbre de pecados.

El tercer patio del templo, donde está el altar de las ofrendas que ofrecían con fuego los sacerdotes, pertenece a la tercera manera de aprendices amorosos, los cuales se

[6] Prov. 22, 11.

hacen sacerdotes y ofrecen en el altar de la penitencia sus mesmos miembros a Dios, sacrificando sus carnes con ayunos y disciplinas, tomando contra sus cuerpos el cuchillo del rigor y crucificando sus carnes con los vicios y malos deseos que hallan en ellas, como reliquias o rastro malo del pecado pasado, y oyen a San Pablo, que les dice [7]: *Ruégoos, hermanos, por la misericordia de Dios, que deis vuestros cuerpos en hostia viva, santa y a Dios agradable, y sea razonable vuestro servicio.* Estos tales, como el capitán Jefté, después de la victoria de los pecados sacrifican su hija, que es su carne, diciendo [8]: *Ay, hija mía, que engañásteme y tú eres engañada.* Cuando nuestra carne nos provoca a pecar con sus halagos, se dice que nos engaña, porque después de pasado el placer se vuelve en pesar; mas cuando nosotros la penitenciamos, la tornamos a engañar, ca haciéndole agravio y tratándola con rigor le procuramos otra cosa que al presente no se conoce; de manera que haciéndole mal le hacemos bien por una manera de aborrecimiento que, por proceder de amor, se llama en la Escritura *aborrecimiento perfecto.*

Podrás decir que si por el arrepentimiento se perdonó el pecado, no parece haber necesidad de este sacrificio ni de esta justicia; a lo cual se responde que nuestro Señor nos perdona por el arrepentimiento la culpa, empero déjanos obligados a alguna pena, según aquello del profeta [9]: *El Señor es paciente y grande en fortaleza, y alimpiando al hombre no lo hará inocente.* Nota bien esta autoridad contra los herejes que quisieron decir que no había otra penitencia sino el arrepentimiento, ni era menester otra obra penal sino aquélla. Aquí dice el profeta que el Señor es paciente esperándonos al arrepentimiento por las riquezas de su bondad y no porque no nos podría en pecando hundir en el infierno si quisiese, pues que es grande en fortaleza; empero, alímpianos por su amor del pecado cuando nos arrepentimos de él, y no por esto nos deja inocentes, ca nos deja obligados a pena temporal, y porque los santos no sabían qué tanta era esta pena vivieron lo más de su vida en penitencia.

Estos tres patios que llamamos *primera parte del templo* estaban descubiertos, sin tejado alguno, porque estos aprendices del amor no han aún entrado a las cosas espirituales; todo es corporal y a todos manifiesto lo que hacen, aunque, como nota Gabriel [10], no se puede tanto

[7] Rom. 12, 1.
[8] Iud. 11, 35.
[9] Nah. 1, 3.
[10] In III *Sent.*, d. 29

distinguir estos tres grados del amor, que a las veces no ocupe el uno el oficio de otro; empero, la conclusión de lo que toca a todos los incipientes me parece que es aquesta que brevemente pone Santo Tomás [11], diciendo: «Lo primero que conviene al hombre es un estudio principal de apartarse del pecado y resistir a sus malos deseos, que mueven a lo contrario del amor; y esto pertenece a los que comienzan, en los cuales se ha de recrear el amor y favorecer para que no se corrompa».

Hablando de la segunda parte del templo, que se podría aplicar a la segunda jerarquía del cielo, has de notar que ya entran los aprovechantes a cosas más secretas a lo de dentro, donde hay tres cosas señaladas que a tres estados de ellos pertenecen: la primera es el altar de los perfumes, que son cosas más delicadas y tiene figura de la penitencia espiritual, donde no se ofrecen carnes humanas, sino el espíritu del hombre que da olor de suavidad delante de Dios, y por esto llama San Agustín sacrificio muy agradable al ánima encendida en amor, y el Salmo dice [12]: *Sacrificio es a Dios el espíritu atribulado; no desprecies, Señor, Dios, el corazón contrito y humillado, haz benignamente a Sión en tu buena voluntad.* Mucho va de ofrecer el espíritu y el corazón a ofrecer el cuerpo, y va tanto como de las cosas corporales a las espirituales. El que no entiende la diferencia que hay entre estos dos altares del templo, téngase por muy aprendiz en el amor de Dios, que tiene necesidad de leche y no de manjar recio. No sin misterio ruega David que se haga Sión, que es el templo, en la buena voluntad de Dios benignamente, porque la penitencia espiritual hace derretir el corazón y pone toda su fuerza en la buena voluntad que hace verdadera paz con Dios y gana con benignidad lo que la penitencia corporal lleva por vía de rigor. La penitencia corporal se llama *santidad seglar y la justicia de la carne,* mas la penitencia espiritual, que es el segundo altar de oro de los perfumes, se llama *santidad del ánima y justicia del espíritu interior,* que no consiste en ejercicios corporales, que son a pocas cosas provechosos, sino en la piedad del corazón que se ejercita en cosas espirituales, moliéndolas en sí mesmo como perfumes del Señor, para los poner sobre las brasas del amor porque suba a Dios humo de compasión.

Lo segundo que hay en este lugar es la mesa proveída de pan santificado, y pertenece a la segunda manera de aprovechantes en el amor, que suben un grado más arri-

---

[11] *Summa Theol.*, 2-2, q. 26, a. 6.
[12] Ps. 50, 19-20.

ba, tomando ya gusto en las cosas espirituales y hallando mantenimiento secreto, que no se da a los de fuera. Y nota que este pan habían de amasar y cocer los sacerdotes y ponerlo en la mesa, y de que se fuese endureciendo, ellos solos lo habían de comer; en la cual se notifica que el gusto de las cosas espirituales no se alcanza sin mucho ejercicio, y no se puede comunicar a los no ejercitados, ni aun se debe poner en plática sino entre los que lo tratan y gozan de él. No quiere nuestro Señor que estén hambrientos los de su casa sino de justicia, y por eso los bastece de panes de consolación, aunque sean jornaleros; ca digno es [de] su manjar el que trabaja, y porque esta consolación espiritual nos es muy necesaria para crecer en el amor de Dios, nos mandó él que se la pidiésemos cada día en la oración dominical.

Item, lo que más hay en este lugar es el candelero de oro lleno de lumbre, y pertenece al tercer estado de los aprovechantes, que suben a conocer a sí mesmos para se estimar con verdad en lo que son; y por ésto se llama el amor de Dios *honrada sabiduría,* que hace al hombre conocer en qué está la verdadera honra y le hace saber lo que cumple mayormente a la vida espiritual. Este candelero tenía siete espigas o siete ramos de oro, en que se asentaban siete lámparas, que daban a entender las muchas cosas que hay de conocer en el hombre espiritual, que tiene necesidad del propio conocimiento muy enteramente para ver las cosas que le pertenecen seguir y las que ha de huir. De este segundo grado, que pertenece a los aprovechantes todos, dice Gabriel [13]: «Después que ya creció algo el amor y descrecieron los malos deseos y vicios que daban guerra para no impugnar ya tan fuerte ni ásperamente, sucede el segundo estudio y cuidado, que principalmente se esfuerza a aprovechar en gracia y virtudes, lo cual pertenece a los que aprovechan; empero, no aprovechan de tal manera en las virtudes que dejen el cuchillo de la defensión contra las impugnaciones de los demonios, así como se figura en la edificación de Jerusalén que hicieron Esdras y Zorobabel, de los cuales se escribe que con una mano edificaban y con la otra tenían el espada. La principal obra fué hacer el edificio; empero tenían espadas para contradecir el estorbo de los enemigos; así que la solicitud de aquéstos es buscar virtudes por buenos ejercicios y adornar su ánima en templo bien agradable a Dios».

La tercera parte del templo, que estaba dentro del velo,

[13] In III *Sent.*, d. 29.

muy más retraída y secreta, pertenece a los perfectos en el amor, que también son en tres diferencias, según las tres cosas más principales que allí dentro había. Lo primero estaban los querubines, con sus alas tan extendidas que henchían aquel gran oratorio, y éstos significan que el varón perfecto en el amor de Dios ha de subir del propio conocimiento al conocimiento de la Divinidad, porque querubín quiere decir *muchedumbre de conocimiento*. Poco es el conocimiento que puede hombre tener de sí mesmo, pues la cosa conocida es poca si no sube por este conocimiento al de Dios nuestro Señor, cuyo ser es tan infinitamente bueno, que por poco que conozcamos de él nos aprovechará mucho, y este conocimiento en los fervientes amadores se alza mayormente por meditación y continuo pensamiento de las divinas propiedades que más inducen al divino amor, ca éstas nos hacen extender las alas del corazón y deseo de su majestad. Porque no hay cosa que más haga crecer nuestro amor que pensar en el mesmo amor de Dios, que primero nos amó con tanta muchedumbre de beneficios, que dieron aun a los incrédulos manifiesto testimonio de su bondad interminable, tan amada de todos los espíritus angélicos, que no desean cosa más que vernos a todos ejercitados en este amor.

Muchos conocen grandes cosas de Dios y mueven grandes cuestiones sobre la divina esencia; empero tienen muy caídas las alas del corazón, y solamente con la lengua vuelan a decir de él grandes y muy agudas sentencias; empero, porque no curan de disputar y conocer cuán amable es Dios, se están tibios y tienen quebradas las alas del corazón y aficiones con que habían de volar más ligeramente a él. Porque, según dice Hugo, así como no hay cosa que más y más presto encienda el fuego que el mesmo fuego, así no hay cosa que más encienda nuestro amor que pensar en el divino amor. Así que la cuestión que todos debríamos inquirir y buscar y disputar con todo nuestro saber es conocer cuán amable es nuestro Señor Dios, lo cual se figura en tener los querubines en las manos el propiciatorio, que es el amor de Dios, según diremos, al cual ordenaban todo su conocimiento.

Lo segundo que estaba en este lugar santo de los santos era el arca de la amistad o de la confederación del Señor, que tiene figura de la contemplación, que pertenece al segundo grado de los perfectos amadores de Dios, que son admitidos como estrechos y familiares amigos a los secretos, que en latín se dicen *archana*, por estar muy escondidos en el arca de la contemplación, que los varones perfectos han de tener muy abrazada y encubierta, como la tenían los querubines entre sí. El que quisiere ver cómo

esta arca tiene figura de la contemplación, lea el tratado que hace Ricardo sobre ella.

Lo último que estaba en el templo a que todo lo otro se ordenaba, era una tabla de oro sin pintura alguna, que se llamaba *amercedeamiento*, porque dende allí había Dios misericordia del pueblo y les hacía mercedes y se mostraba afable y propicio a ellos, teniendo cuidado de las cosas que convenían para el regimiento de los hijos de Israel. Esta tabla, que era de oro purísimo, tiene figura del purísimo amor de Dios, que pertenece al último grado de los varones perfectos, donde has de notar que así como el oro da lumbre y hermosura y valor a todos los otros metales, así el amor hace agradables todas las obras y servicios de Dios; empero, diferencia hay del mesmo amor a las obras del amor, así como la hay entre el oro y las obras doradas. Los que se ejercitan en buenas obras, tiénenlas por el amor muy esmeradas para agradar a Dios; mas los que en sólo el amor se ejercitan, hacen con amor a sus tiempos lo que son obligados, y todo lo demás vacan al solo amor. Mucho va de dorar a labrar en puro oro; muy buena es la plata dorada, mas el oro purísimo del propiciatorio es mejor que todas las otras cosas.

Cosa parece ajena de razón que no tenga el amor obra por sí que a solo él convenga, pues la tienen todos los otros negocios del mundo. Por sí solo aplace el oro purísimo, y el que en sólo amor se ejercita hace propiciatorio de oro purísimo. Los que se ejercitan en buenas obras, con amor doran la plata; mas los que, no dejando a sus tiempos las buenas obras que son obligados, guardan todo el otro tiempo para sólo el amor de Dios puro, aquestos tales han llegado al oro sin pintura ni labor que ponga en él figura de alguna otra obra. Más excelente es el fuego que arde en sí mesmo que no el que arde en leña o en pólvora o en otra cosa alguna; y así es más excelente el amor que vive en sí solo que no el que ha menester leña de otros algunos ejercicios para despertarse y recrearse; entonces es purísimo y perfecto el amor cuando sabe vivir por sí solo y no ha menester sino al amado.

Muy bien es, según mostré en otro tratado, mezclar amor en todas las cosas y sacar de ellas amor *(Tercer abecedario espiritual)*; empero, muy más perfecta cosa es tener hombre el amor por sí muy purísimo, sin pintar en él cosa criada, porque tal como éste es el que se figura en el propiciatorio, que era una tabla rasa de oro purísimo, que ninguna cosa tenía pintada en sí. No se puede dar muy claramente a sentir este punto, aunque se puede sentir sobremanera de los perfectos amadores, que cuando tienen vacación están más ocupados, y dejando todo ejercicio

sienten hervir en sí mesmos el impaciente amor, que, si es perfecto, mientra está más solo, está más contento con sola la presencia divinísima de Dios, su amantísimo bien. Aprende, ánima mía, a amar algún pequeño espacio siquiera a tu Dios, sin hacer por entonces otra cosa alguna; mira que tú puedes ser aquella lumbrera que se desminuye en la consumación perfecta que es el amor, donde nos debemos desembarazar de todo lo que Dios no es si queremos a solo Dios, sin curar por entonces de sus cosas.

Cuando reina sólo el amor en los varones perfectos, bullen y hierven las entrañas, y fortalécense las aficiones, y enciéndese el corazón, y avívase el sentido a una cosa que tanto menos se puede explicar cuanto más se siente; está el ánima como esponja que ha dado consigo en la fuente del amor, y hace cuenta que todo lo que hasta entonces hacía era fingimiento, creyendo que todo es burla sino amar. Agrada en tanta manera el amar a los que lo saben, que en ninguna otra cosa sino en él toman sabor; a él tienen por sal de todos los otros ejercicios, y cuando, como buenas ovejas del Señor, comen sola esta sal, se hallan más contentos, y conocen que sólo el amor que hace dulce todo lo demás es más dulce. Los que sienten lo que he querido declarar, no han menester que les digan la diferencia que hay de amar a obrar con amor, porque éstos, aunque cesan de hacer otras buenas obras, no por eso cesan de amar con gran fervor, lo cual es la mejor de las obras que puede hombre hacer; antes les acontece muchas veces que, en desempachándose de otros ejercicios, son luego con el amor, donde, obrando más altamente, descansan de las otras obras, que parecen viles con ésta; y son a manera de verdura, que embarazan y no dan mantenimiento, y sólo el amor es sustancia espiritual, que poca sustenta y mucha no embaraza. En este tercero y más secreto lugar dice San Pablo que estaba el incensario, que tiene figura del perfecto orador, que sin embarazo de imaginaciones ora en pureza de espíritu, teniendo aplicada la razón, sin medio, a sólo Dios.

Si paraste mientes a las cosas sobredichas, hallarás causa de admiración, porque en el estado de los aprendices se ofrecía sangre con los sacrificios, y en el estado de los perfectos viene que el sumo sacerdote entra con sangre una vez en el año a lo más secreto del templo; y podríamos decir que la primera sangre tenía figura de la penitencia corporal, donde aun las disciplinas sacan muchas veces sangre, y la sangre que una vez se lleva a ofrecer delante del propiciatorio es la sangre del martirio, que pertenece a los perfectos, que desean morir y pasar por mar-

tirio a Cristo, lo cual es ofrecerle una vez su sangre. Y porque muchas veces despierta el amor este deseo, se dice ofrecerse cada año; empero, has de notar que hay dos maneras de poner hombre su vida por Dios: la primera, cuando se ve en tal aprieto, que le es necesario o perder la vida o la fe. Entonces cada uno es obligado a perder la vida antes que perder la fe, ni quebrantar alguno de los mandamientos de Dios, y cualquier grado de amor de Dios basta para que pueda hombre morir por Dios en caso de necesidad. Y por esto, en el estado de los aprendices del amor se ofrece sangre, dando a entender que podemos y debemos antes perder la vida que su amor, no pudiendo pasar sin perder lo uno o lo otro. Donde has de notar también que cualquier grado de amor basta para resistir a toda tentación, pues podemos resistir al tirano. Y la causa de esta fortaleza es la confianza del amor, ca si amamos a Dios más que a nosotros mesmos, claro está que más confiaremos en él que en nosotros, porque la confianza se mide por el amor. De manera que, aunque nuestras fuerzas naturales no bastan de sí solas para resistir hasta la sangre, debemos tener más confianza en Dios que en nosotros, si lo amamos más que a nosotros; y el primer grado del amor de los aprendices verdaderos se extiende a esto.

Hay también otra manera de ser hombre mártir, y es ofrecerse él a la muerte pudiendo escapar con la vida y con el amor de Cristo, como lo hicieron los santos mártires, que si se escondieran al tiempo de la persecución pudieran vivir sin perder el amor de Cristo con sólo esconderlo; empero, a los perfectos amadores conviene ofrecerse a la muerte por alabar al que aman, aunque de ello no haya necesidad. Esta segunda manera de martirio, que conviene a los perfectos amadores, se figura en la sangre que el sumo sacerdote llevaba a ofrecer a lo más adentro del templo, así como en la que los menores sacerdotes ofrecían en el patio se figuraba la primera manera de martirio, que conviene a todo amador de Dios, por el cual debemos antes perder la vida que su amor; lo cual, aunque no fuera nuestro Dios, le debemos, si queremos estar a ley de buenos amadores; ca ya él murió por nosotros, y si resucitó fué para mostrar que nos resucitaría si muriésemos por él.

De este tercer grado de amor que previene a todos los perfectos dice Gabriel [14]: «Siendo fortificado de la manera sobredicha el amor y esforzadas las virtudes con que se atan las pasiones del hombre y el ánimo humano

[14] In III *Sent.*, d. 29.

se quieta, sucede el tercer estudio del ánima, que principalmente tiene atención a que, dejadas las criaturas, se llegue a solo Dios por contemplación y amor; cuanto lo puede sufrir y cuanto da lugar la necesidad de la vida presente. Los otros dos grados tenían por objeto y entendían en las criaturas: el primero, contra los vicios que habían de ser destirpados, y el segundo, buscando las virtudes; empero, ambos grados tenían por fin a Dios; mas el grado tercero, que es solamente de los perfectos, tiene a Dios no solamente por fin, como los dos primeros, sino por objeto y intento inmediato, porque a los perfectos conviene contemplar las divinas perficiones y llegarse a solo Dios con ferventísimo amor, menospreciando todas las cosas temporales y terrenas».

En esto concluye este Doctor el tercer grado y último de los perfectos; has, empero, de notar que también se ponen grados en el amor del prójimo, ca imposible es crecer en el amor de Dios sin crecer en el amor del prójimo, cuyo primer grado es no querer ni desear mal a nadie, y no impedir por obra ni palabra el bien de alguno, y socorrer al prójimo en la necesidad, y que no hagas a otro lo que no querrías que fuese hecho a ti, habiéndote con todos como querrías que se hubiesen contigo. El segundo grado del amor del prójimo es amar y gozarte con el bien y aprovechamiento de tu prójimo, como con el tuyo mesmo, y condolerte, habiendo compasión de su adversidad como de la que es propia tuya. Donde hubiere tal afición, necesariamente habrá socorro, y con efectos remediará el tal todo lo que la oportunidad y la facultad pudiere admitir. La perfición del amor del prójimo es amar con afición los enemigos, y sentir tanta ternura de corazón para con los que te persiguen como con los que te hacen bien, y no solamente poner por ellos las cosas temporales, sino el propio cuerpo al tormento. Y nota que entonces amas perfectísimamente los enemigos cuando te dueles de la ofensa que hacen a nuestro Señor y procuras con todas tus fuerzas de los sacar de ella y atraer al amor de Dios; ca el que en tal manera ama a su enemigo, que ni mira la ofensa que el otro hace a Dios, ni se duele de ella, ni procura de lo sacar de ella, ni de lo atraer al amor de Dios, piense que ama neciamente a su enemigo, y no como aquel que decía [15]: *Mi celo de amor hacía que me deshiciese entre mí, porque mis enemigos olvidaron tus palabras; tu habla es encendida con vehemencia, y tu siervo lo amó.*

Sobre lo postrero dice San Ambrosio: «El habla del

[15] Ps. 118, 139

Señor purga los corazones, así como el horno al oro, y enciende al amor de Dios, y aun contra los malos alumbra también a los oyentes. Este fuego vino Cristo a meter en la tierra, y calentado Jeremías con este fuego, decía que tenía fuego encendido en los huesos, y con este fuego se encendía la zarza y no se quemaba. Quema la palabra de Dios para corregir, y no acaba de quemar para destruir. Siendo Cleofás y el otro discípulo llenos del bochorno de aqueste fuego, dijeron [16]: *¿Por ventura no ardía nuestro corazón en nosotros mientras hablaba en el camino?* Y San Agustín dice sobre este verso: «Con razón cela los que han olvidado las palabras de Dios, porque tenía ansia de los atraer a lo que ardentísimamente deseaba».

En la entrada del sumo pontífice a lo más secreto del templo con la sangre que ofrecía por sí y por el pueblo, se figura el perfecto amor de Dios y del prójimo, ca el perfectísimo amador de Dios a todo hombre, por ser hecho a su imagen, mira con los ojos que mira a sí mesmo, y por todos ofrece delante de Dios su sangre propia si menester fuere, porque el Señor perdone a nuestros hermanos, para que todos gocemos de aquel bien común que se da con más abundancia mientra son más los poseedores. Y si nuestro enemigo, siendo salvo por nuestras oraciones y solicitud, gozare de este sumo bien, ternemos doblado gozo con él, alegrándonos por verlo junto a nosotros, como hechura de nuestras manos; y él, después de mirar a Dios, te hará perdurables gracias, conociendo que le diste a Dios, que él ya tenía perdido, y decirte ha aquello que dijo Tobías al ángel [17]: *Si me entregase a ti por esclavo, no haría digna satisfacción a tu providencia.* Porque el amor de Dios es de sí mesmo comunicativo, hallarás que cuanto uno más posee a Dios, más trabaja de lo dar a los otros, ca Dios es un bien que, dando, se multiplica, y por esto ninguno puede ser perfecto en amar a Dios sin lo ser en amar al prójimo.

[16] Luc. 24, 32.
[17] Tob. 9, 2.

CAPITULO XLIX

De la ley de amor que ha de tener el buen obispo çon la Iglesia que fuere su esposa, y cualquier perlado con su grey

Está puesto hoy día en tanta codicia el obispar, que no ha lugar en este casamiento espiritual aquella sentencia que dice: antes que te cases mira qué haces. Con más deseo buscan los eclesiásticos las Iglesias donde tengan dignidad, que los seglares las mujeres donde tengan hijos; quien apenas acierta a regir su vida, va corriendo a regir la vida ajena, y quiere hacer en el otro lo que no puede hacer en sí mesmo. Estos que corren a las perlacías, dicen que llevan buena intención de aprovechar a las ánimas, aunque, si miran la propia, conocerla han harto desaprovechada; más todavía, son como los médicos malsanos, que, estando ellos enfermizos, piensan que han de sanar los cuerpos ajenos; aunque de verdad, si bien se mira, verán que los lleva más la codicia del dinero que esparan que no la salud que piensan de dar. No me espanto que corran a los obispados aquellos en quien hay alguna habilidad, pues que veo entre los frailes salir tantos a un hueso roído, que parecen águilas que van al cuerpo carnoso; aunque, de verdad, las perlacías de los frailes pobres más trafijadas son que acedías, y tan flacas, que ni podréis empringar el pan.

El Sabio dice que, dado que te rogasen con la dignidad, no la debes aceptar si no sientes en ti tanto ánimo que puedas con virtud de costumbres y celo de fuerza destirpar lo que mal te parece. Mira bien está razón, que pues te ponen para destirpar lo malo y plantar lo bueno, y después mejorarlo, necesario es que antes que consientas pares mientes si podrás pagar a la Iglesia tu esposa este deudo más que matrimonial. Así como el hombre frío no es para casado, ni aunque se case vale el casamiento, así el hombre sin celo no es para obispo, y si de hecho lo hacen obispo, no vale sino para su condenación, y aunque ordena los otros, desordena a sí mesmo. Hay algunos obispos que son como los caracoles, que cuando no les tocáis alargan el cuello, y sacan los cuernos, y mueven la casa; mas en tocándolos, estancan y retraen todo el poder que antes mostraban. Así acontece a los nuevos obispos,

que, cuando tratan de lo ser, proponen de hacer muchas cosas, imaginando todo el remedio que les parece necesario, y hablan en ello, y mueven sus personas y casa como quien lo quiere poner en obra; mas desque ya se ven obispos, resfríanse, y el mesmo desposorio parece que los hiela. Desque ya tiene el anillo y la posesión, tórnase mudo, que si antes predicaba ya no lo usa; tórnase manco, que si antes escrebía ya no cura de la péndola ni de otro ejercicio de manos; porque también le faltan los pies, que no puede andar sino cabalgando. Y, sobre todo, se resfría de los celos y buenos propósitos que antes tenía, diciendo que va bien lo que antes decía que iba mal, y aprobando lo que antes murmuraba. No parece sino al can ladrador, que con un hueso que le lances calla su boca y aprieta lo que tiene, pues por no gastar ni perder su reposo no abre su boca ni osa gañir contra lo que antes ladraba y mordía. Pues la ley del amor que este tal debe a su Iglesia era la que antes tenía, cuando deseaba ser obispo para edificar las buenas costumbres y remediarlas.

Antes que seas obispo debes mirar si lo serás de verdad, y desque aceptas y ves que ya te has resfriado y no eres el que debes, obligación tienes a renunciar; ca por esto esperaron a la higuera sin fruto, mas desque vió el Señor que no lo daba, determina de la cortar, porque no ocupe la tierra, ni tú la Iglesia, que se llama *cielo*, porque lo has de adornar con muchas lumbreras de santos ejemplos. A esta razón dirás tú: ¿Quién verná que mejor sea? Cada uno dará cuenta por sí, ni pienses que se juzgan unos por otros, sino todos por Cristo. No acostumbran dar los obispados sino a personas probadas en trabajosos negocios, por la intención que dicha tenemos, porque se resfríe de los buenos propósitos que suele tener el obispo nuevo, que, como el recién casado, piensa de trabajar y hacerlo así solía. Los que sin ser probados en algún cargo dificultoso se hacen obispos, pienso que se resfrían más presto, y, por tanto, el buen obispo se figura en el patriarca Jacob, que tuvo gran ley de amor con su esposa Raquel. Este, buscando mujer, se hizo peregrino y se metió en grandes trabajos; y buscando a Raquel, primero le dieron a Lía, la muy trabajosa, que es cualquier otra dignidad donde están más ocupados, dende la cual piensan de subir a Raquel, que es la dignidad obispal; y hacerlo han lícitamente si son tan solícitos en el servicio de Dios como el otro lo fué en el servicio de su ganado, cuando hablaba con su señor y decía [1]: *Mientras moré*

[1] Gen. 31, 38.

contigo no fueron estériles tus ovejas, ni comí los carneros de tu ganado, ni te mostré pieza que bestia fiera hubiese comido, y todo el daño te pagaba, porque lo hurtado me demandabas. Este que dijo estas cosas fué el hombre que con más encendido y lícito amor buscó mujer legítima, y aun buscóla por obediencia, pues que su padre le mandó que se fuese a casar, y éste más que hombre del mundo la mereció, pues que tanto sirvió y trabajó por ella.

No sólo por estas cosas tiene aquéste figura del buen obispo, mas porque aquéste tuvo dos nombres, que primero se llamó *Jacob* y después le pusieron por nombre *Israel.* Jacob quiere decir *acoceador*, y es el buen obispo, que ha de tener acoceados y sojuzgados los vicios, y se ha de llamar también *Israel,* que quiere decir *hombre que ve a Dios,* y halo de ver con los ojos del ánima, que son entendimiento y voluntad, que son muy de gran vista cuando tienen gran ciencia y gran amor para que pueda enseñar y también inflamar, porque los súbditos que se dieren a las aficiones interiores hallen en él pasto de amor para la voluntad, y los que se dieren a las letras hallen también pasto de doctrina, según aquello que de las ovejas buenas dice el Señor [2]: *Entrarán, y saldrán, y hallarán pastos.* Aqueste patriarca obispal de ochenta años cuando se casó, por figurar que el obispo viejo ha de ser, y mortificada la carne, podrá en él arder el amor de su Iglesia, que (como Jacob la mujer) debe aceptar y servir por amor de su padre, que es Dios, al cual dijo cuatro cosas: la primera, que sus ovejas no fueron estériles en su poder. ¡Oh, quién supiese decir cuán obligado es el obispo a solicitar que sus feligreses crezcan en virtudes! Mucho más que el avisado labrador, que aun la buena tierra granjea, y mucho más que el hortelano podando aun los árboles fructíferos, para que den más fruto, y mucho más que Eliseo, el cual echó sal en las aguas de Jericó para que los campos diesen fruto.

La sal figura tiene de la discreción, y aun las ovejas criadas a sal engordan con ella, porque con el sabor de ella pacen después aun los cardos amargos y cortan la hierba más de raíz con los dientes. ¡Oh, cuánto provecho hacen a los súbditos las palabras agraciadas y discretas! Sin duda que éstas les hacen tener lo amargo por dulce, y les hacen engordar y crecer en virtud y fructificar en buenas obras. Dijo también aquel patriarca que no había comido los carneros del ganado, y esto hace el obispo que ocupa en sus rentas y pleitos las mejores personas de su

[2] Ioan. 10, 9.

obispado, que son guías y patrones de otros, como lo son carneros mansos en el ganado. No tengas pequeña culpa, sírvete tú, y tener en tu casa los que también habían de residir en sus Iglesias; ni pienses que es poco mal ocupar o enviar a Roma en tus pleitos excusados a los que habías de excusar y desocupar porque se diesen a la salud de tus feligreses y mejorasen las ánimas de ellos. Con mucha razón dijeron a uno que dejó su ganado: ¿Por qué dejaste aquellas pocas ovejas en el desierto y veniste a ver la pelea? Muchos hay que dejan sus curazgos, que han de servir, y se van a París a ver las disputas y las bregas de las opiniones y pleitos extraños, que debrían huir.

Comen también los carneros aquellos obispos que hacen los buenos bocados y rentas de los obispados para sus sobrinillos, y a las veces lo hacen por gozar ellos entre tanto de aquella renta, y aun se aprovechan de otras que se mandan gastar en obras pías. Quien esto hace, bien se figura en el rico avariento, que, estando él muy regordido y más que vestido, negaba al pobre Lázaro la limosna, que le debía, y viendo sus perros que ni él ni los criados proveían al pobre, salieron ellos a lamerle las llagas, como a restituir el pan de los pobres que habían comido.

Lo tercero que Jacob decía fué no haber mostrado a su señor res alguna comida de bestia. Las bestias fieras que en los obispados comen las ovejas suelen ser los oficiales del obispo, cuando son tiranos; porque algunos obispos hay tan entremetidos en sus haciendas y negocios de señores y otros deportes, que se descargan de todos los pleitos y de todos los casos de sus feligreses, y dan todo el cargo a sus oficiales, como si él no llevase la renta por entender en aquellas cosas, sino por comer y beber y dormir y ponerse a cebo, como capón tras el fuego. De aquestos tales tiene figura aquel nombrado sacerdote que llamaban Oza, el cual fué por Dios con espantoso juicio herido porque encomendó a los bueyes el arca santa que había él de llevar en sus hombros, y puso a hombros ajenos lo que él había de llevar a sus cuestas. No fué aquéste herido cuando puso el arca sobre los bueyes, sino cuando ellos por tirar coces la derribaban; porque entonces fué manifiesto el defecto del sacerdote.

Es también bestia fiera el error o bando o alguna particular opinión que suele reinar en el vulgo y gente común o también en los clérigos, lo cual ha de remediar el obispo antes que crezca el mal, y hacerlo ha si para mientes de no se acostar a parte ninguna, sino ponerse en el medio, como Cristo, y mirar a la respuesta que dió San Miguel cuando, por ser visto en humana figura, le preguntó

Josué [3]: *Dime, ¿eres nuestro o de los contrarios? A esto respondió: No por cierto, sino yo soy príncipe del ejército del Señor.* El que mira que de todos es príncipe, a ningunos quiere perder ni desagradar por ser banderizo. También se llaman bestias fieras los vicios y malas costumbres, contra las cuales debe mucho velar el buen perlado.

Lo cuarto que dijo el patriarca, fué que pagaba todo el daño, y esto es más de temer, pues que por el ánima de la más pequeña oveja que por tu culpa pereciere has de dar la tuya propia; y de aquí es que, después de haber dicho los patriarcas al rey Faraón que eran pastores de ovejas, oyeron que les decía José [4]: *No saldréis de aquí hasta que traigáis al más pequeñuelo hermano vuestro.* El más pequeñuelo fraile o súbdito es aquí demandado, porque de estos pequeños que tú tienes más olvidados te demandará Dios mayor cuenta, porque éstos tienen más necesidad de consolación que los otros. ¡Oh Santa María, y cuánto aprovecha pensar el amor que tiene nuestro Señor Dios a cada ovejuela suya para ver la estrecha cuenta que de ella te ha de pedir!

Heliatán, profeta, quiso intimar esto a David cuando le dijo [5]: *Un hombre pobre ninguna otra cosa tenía sino una ovejuela que había comprado y criado, la cual había ya crecido con sus hijos y había comido junto con ellos de su pan y bebido de su cáliz, y dormía en su seno y teníala como hija.* ¡Oh mi Buen Pastor Jesucristo, hecho pobre por mí!; que tú, de mi alma custodio, no tienes en este mundo otra cosa sino al ánima fiel, que con tu sangre compraste, y de nuevo la criaste, porque aun había desmerecido el bien que tenía. Al ánima tu devota haces crecer en virtud con tus hijos, que son los ángeles, para ella diputados, administradores y ayos. Esta con ellos come tu pan en el altar y bebe tu cáliz; aquél en el cielo (como San Juan en la cena) dormirá en tu seno, tornando al lugar do salió hecha por gran hija tuya: de manera que su cama en la gloria será su costado. Quien quisiere mirar muy bien esto, verá cómo no ama Cristo menos cada ánima por tener otras que si a una sola poseyese.

Y de esta manera, el buen obispo ha de tener tanto amor a un feligrés, como si aquél sólo tuviese y le valiese tanto como todos los otros, porque Cristo no hizo más por uno que por todos, ni por todos que por uno. ¡Oh mi buen Jesús, pastor de mi ánima, que tú eres Buen Pastor y sólo tú eres Buen Pastor! De manera que así como ninguno es bueno sino sólo Dios, así ninguno es buen pastor

[3] Ios. 5, 13-14.
[4] Gen. 43, 3.
[5] II Reg. 12, 3.

sino tú; y, por tanto, examinaste tres veces del amor a San Pedro, antes que le encomendases la grey, porque no apacentara bien si no se tornara Cristo por amor; de suerte que así como ninguno de los antiguos fué buen pastor sino por tener figura de Cristo, tampoco ninguno de los que estan por venir lo será sino en cuanto estuviere por amor transformado en Cristo. No creo que los relajados y negligentes pastores fueron de Cristo figura, sino los que eran como el sobredicho patriarca, tan amador de su grey, que el sueño huía de sus ojos, por ser él muy cuidadoso de la salud y pro del ganado. Por el amor de su hato alcanzó este, no solamente la vida de toda su grey, sino que tuvo tanta industria y aviso, que las ovejas parían lo que él deseaba, y nunca soñaba sino el buen fruto de sus ovejas.

Mucho vale y enseña el amor de las almas al buen obispo; éste lo hace tan solícito y pensativo como si de su corazon colgase la salud de todos y como si él sólo bastase para remediar todos los males, creyendo que mucho puede el amor. El obispo de Milán, San Ambrosio, decía que amaba más a sus feligreses que si en matrimonio los engendrara, porque más ferviente es la caridad verdadera que el amor corporal, y el fruto del alma vale más que el del cuerpo. Si el obispo quiere del todo guardar la ley del amor leal con su Iglesia, mire que no le haga traición. Apenas pienso que sería creído quien dijese haber en España obispos que hacen traición a la Iglesia con quien están desposados; mas cuando miramos los que dejan sus obispados por andar en la corte, diremos que deja la hija de Dios por la hija del mundo, y son estos tales como aquel juez de Israel que se enamoró de la mujer extranjera, que le hizo perder la capa sobre cierta apuesta en un convite. Este, con todos sus desatinos y gastos, y ceguedad, y moler de atahona, tiene figura del obispo que deja su Iglesia por irse a la corte, donde se gasta la capa y el seso, y pierde la vista del saber que tenía, y muestra que no tiene el fuego de amor verdadero a su Iglesia que debe, sino el que Sansón puso en las colas de las raposas por hacer mal a sus malhechores, aunque él y ellos pararon en mal.

Bien sabemos que los obispos cortesanos se figuran en aquellos sacerdotes que ofrecieron delante de Dios el fuego ajeno, y la pena fué que del mesmo Dios saliese otro fuego que los consumiese. Fuego ajeno ofrece en la corte el obispo que por amor del mundo ofrece a la honra lo que al mesmo Cristo niega en sus pobres; sino que delante de Dios, como a pesar suyo, gasta en la corte públicamente lo que en secreto se había de gastar en los hos-

pitales. Es tan grande aquesta maldad, que no digo cualquier cristiano, mas el mesmo Judas que la viera, la murmura; pues que murmuró el gasto de la Magdalena, que también murmuraron los apóstoles. No esperan éstos sino que salga tras ellos el fuego que gasta y consume, el cual es el amor de la honra temporal, gastadora y consumidora de la hacienda, y de la persona, y de las virtudes y alma. Si las Escrituras reprehenden a los obispos que pintan sus casas de bermellón, que es la sangre de Cristo, cuyo patrimonio echan en edificios y gastos mundanos, ¿cuánto más reprehenderá a los que no su mesma sustancia, sino la de su esposa, hija de Dios, gastan en la corte, hija del mundo? No piense nadie que hace servicio a la Majestad Imperial por andar en corte, que el mesmo Señor los envía y les manda residir en sus Iglesias, pues que para eso se las dió, y no para ser galanes de corte. En sepultura de peregrinos, que es el hospital y pobre clerecía, gastaron los pontífices hebreos el precio de la sangre de Cristo; en esto harto mejor mirado que no los pontífices católicos, que o la echan en el arca de su tesoro o la gastan en usos profanos, y no quieren mirar que todo cuanto comen y tienen es pecados de pueblos, que los han de comer hombres sin pecado, como los panes de la proposición, que no quiso Abimelec, sacerdote, dar a David hasta ver si era casto.

Pecados, pues, son de pueblos la renta de los obispos, que se ha de comer con lágrimas, pues que se dió en descuento de penitencia y costó el lloro de Cristo, que con sus gemidos la mereció y ganó. No sean, pues, los obispos ya cortesanos, sin grandísima necesidad, ni sean cojos de ambos pies para salir de allí, como lo era Misiboset, el que comía siempre a la mesa del rey, que aun éste no hacía banquetes, dado que los gozaba. Idolo llama el profeta al obispo que deja su grey por andar a fiestas, notando en esto que se doran y componen y hacen gran gasto de lo del crucifijo, de manera que de la imagen de Dios hacen ídolo del diablo. De este tal obispo dice Salomón [6]: *Bebe el agua de tu cisterna y las corrientes de tu pozo; salgan fuera tus fuentes y reparte tus aguas en las plazas; tenlas tú solo y no sean los extraños peticioneros tuyos; sea bendita tu vena, y gozarte has con la esposa de tu juventud; carísima es la cierva y agradable el cervatico; embriáguente sus pechos todo tiempo, y deleitarte has continuamente en su amor.* Porque, hijo mío, eres engañado de la mujer ajena y te recreas en el seno de la otra; y para mientes que Dios mira el camino de los

[6] Prov. 5, 15-19.

hombres y considera sus pasos y se los cuenta. Las aguas que a solas debe gozar el obispo son las ciencias y saludable doctrina, que después ha de repartir en público, no con los extraños, que no son de su obispado, que de éstos no tiene cargo, sino de su esposa que le encomendaron, a la cual se ha de ayuntar como el cervatico a su querida madre.

La Iglesia esposa es madre del buen obispo, que por ser pastor no deja de ser también oveja en respecto de otro superior, y por ser esposo no deja de ser hijo mayor. Los pechos de la Iglesia catedral están adornados con derecho civil y canónico, que son como tetas para criar sabios varones, o son los dos Testamentos, que debe saber el obispo y sus predicadores, que como cervaticos deben discurrir por el obispado. El agua profunda de que primero se hizo mención, es la contemplación secreta y humilde, que ha de tener el obispo más que otro ninguno; y dejar la mujer ajena, que es la corte, y no curar de su seo, sino del gremio de su Iglesia, donde sobre todo debe favorecer el amor de Dios y del prójimo, que el gran obispo San Agustín esto mandaba primero a sus canónigos en la *Regla*, y el mayor obispo San Juan Evangelista muchas veces y con devoción repetía y encomendaba esto, porque nuestro Señor mandaba que el sacerdote de su gran templo tuviese solícito cargo de encender más este fuego, que es el amor celestial.

Si el obispo entra al ganado por la puerta que es Cristo, el amor lo ha de llevar de la mano y guiarlo hasta lo poner en el tálamo de la Iglesia su esposa. De manera que el casamiento del obispo y la Iglesia es el espíritu de amor, porque el Espíritu Santo hizo obispos a los apóstoles cuando, como con beso de paz, lanzó Cristo sobre ellos su santo resollo, dándoles cumplido poder. Y este mesmo amor vino sobre ellos en figura de lenguas, para predicar en público lo que les había dado en secreto, donde por esto dice San Pablo a los perlados [7]: *Parad mientes por vosotros y por toda la grey, que el Espíritu Santo os puso por obispos para regir la Iglesia,* que compró el Señor por su sangre; por amor fué comprada la Iglesia que se os da por amor. Ca de otra manera no dieran sangre por ella, sino porque en la sangre reina el amor, como la ira en la cólera.

Pues que recibe el obispo Iglesia tan querida y por amor comprada, mucho amor le debe, deudor es de mucha caridad, y no la podrá pagar si no anima los otros a ella para que le ayuden a amar a Dios, pues por esto dice

[7] Act 20, 20

el apóstol San Pablo, al obispo Timoteo, que sea ejemplo y dechado a los otros, señaladamente en caridad; y nuestro Señor Dios, hablando del buen obispo, dice [8]: *Veis aquí a mi siervo, recebir, lo he escogido, mío es, mi ánima se agradó en el, mi espíritu de amor puse sobre él.* Pues que el obispo es esposo de la hija de Cristo, mire que mas a él que a ninguno conviene la vestidura de sus bodas, que es la caridad, porque el principal esposo Jesús, no solamente estorbó que le apedazasen esta vestidura cuando subió al tálamo de la cruz donde *consummatum est matrimonium,* y se abrazaron aquel día las ánimas con Dios en el paraíso prometido al buen ladrón. Mas tanto fué el amor de Cristo, que apedazo sus mesmas carnes y rasgo su sacra humanidad para remedar las vestiduras del amor, porque entera y muy sana la vista el obispo, como vestidura de hasta en pies, que dicen talar, cual era la que de grana envió Alejandro a Jonatás macabeo cuando lo constituyó sumo sacerdote de toda su gente y le concedió por privilegio singular que se llamase *amigo del rey,* para que sintiese en sí mesmo, por experiencia, las cosas reales y conservase las amistades a él. Sienta en sí el obispo lo que Cristo, que es gran Alejandro, padeció por amor de la que él recibe por esposa, y entonces todo su intento será guardar las amistades de todos a Cristo, conservarlas, ampararlas y favorecerlas, porque la vestidura de la caridad obispal entretejidos ha de tener todos los feligreses del mundo, y más los propios de que se ha encargado.

Lo cual maravillosamente se figura en el vestimento del sumo sacerdote, donde se dice que estaba toda la redondez de las tierras y las grandezas de los Padres, y junto al pecho tenía los nombres de los hijos de Israel, porque muy en su pecho debe tener con amor caritativo el obispo sus ovejas. De manera que se ha de vestir y encargar de los pecadores para orar muy de corazón por ellos, y de los justos para los imitar y favorecer; favorezca a los unos, cure los otros, gócese con éstos, conduélase de aquéllos, porque a todo se extiende la vestidura de la caridad, que cubre aun la muchedumbre de los pecados.

Cuando el obispo acepta la dignidad, se hace cabeza de miembros enfermos; sus faltas y trabajos ha de sentir, y aun llorar en su retraimiento, como la cabeza llora y provee lo que ve padecer a sus miembros; porque la caridad paciente es, benigna es, padece y compadécese de los

[8] Is. 42, 1.

afiictos, según dice San Pablo. No sin misterio se llama el obispo en la Escritura *cabeza*, sino porque así a él como a ella convienen dos cosas, qué son: celsitud y solicitud. La cabeza tiene el más alto lugar del cuerpo, y el obispo la más alta dignidad de la Iglesia; y por esto, a la dignidad obispal llama Isaías *monte*, donde se envía el Cordero de Dios, enseñoreador de la tierra, para que por amor lo asen y repartan en la Iglesia. Lo segundo que tiene la cabeza es gran solicitud en mirar lo que a sus miembros conviene; y por esto no le dieron la celsitud en vano, sino para que atalayase lo que a los inferiores pertenece. De manera que el obispo, pues tiene la celsitud, tenga también la solicitud, como manda San Pablo, y no deseche lo uno y se quede con lo otro. Desechan algunos la solicitud, y aun ésta no dejan ejercitar a personas celosas de Dios, y quédanse ellos con la celsitud y nombre obispal, y silla, y renta, como si la Iglesia naciera para él y no él para ella.

Este desposorio del obispo y la Iglesia es al revés del carnal matrimonio, donde la mujer es la que sirve al marido; y no es así acá, sino que el obispo o perlado, aunque es esposo, él ha de servir y conocerse por siervo. De manera que por esto se figura mejor este desposorio del obispo y de la Iglesia en el de José y nuestra Señora que en otro ninguno; donde José a la Virgen servía y tenía por corona de su cabeza; y el servir tenía por gloria, sin jamás se cansar, ca por esto José quiere decir *acrecentamiento*, y el obispo nunca debe disminuir, sino acrecentar el servicio que debe a su Iglesia, cuyo ministro es, ca el obispo de Milán San Ambrosio dice que las dignidades de Cristo más tienen carga que honra, porque más por carga que por honra se debe recebir el obispado, si se ha de tomar como debe. Aun acá en lo mundano, hallamos por verdad que toma carga sobre sí el que se casa con persona de más alto estado que él, y en lugar de ser marido se halla siervo y criado de la gran señora que tomó por mujer; lo cual también conviene al obispo, pues que se atreve a casar con la hija de Dios, que tan mirada y servida quiere que sea, a quien el mesmo Dios miró y sirvió y hizo dos mil regalos y nuevos servicios, y le dió por pajes los ángeles, y por doncellas todas las vírgenes, y por ayos a los apóstoles, y por capitanes los mártires, y por doctores que la enseñasen los confesores, y por asistentes los patriarcas que la honrasen. Los que tan preciada señora como ésta toman por esposa, miren a cuánto se ponen, y verán la solicitud y amor que le deben, y conocerán que el obispo es solicitador de amor, oficio tiene de serafín, que arde y enciende, como lo tenía un emba-

jador enviado a la Iglesia, de quien Cristo dijo [9]: *Aquel era hacha ardiente y relumbrante.*

Porque la caridad comienza de sí mesmo, se llama primero San Juan *hacha ardiente,* y porque también se extiende la caridad a todos, se llama *relumbrante,* que a todos por igual ilustra, para que ninguno haya que de su calor no goce, que es como el primer calor del verano, que empreña la tierra con su presencia. Y así, el obispo caritativo empreña su Iglesia con su caritativa presencia y presencial amparo, como el sol empreña la tierra con su cara. Porque la ley del amor leal que el obispo debe a su Iglesia es de muchas maneras, según dice Job, y la solicitud amorosa en ninguna cosa debe ser negligente, ca el amor, así como la justicia, es virtud general que a todo se extiende, ancha, alta y profunda, que penetra a todas partes y todo lo ilustra; por esto porné aquí doce documentos necesarios para el oficio pastoral, que no debe ser menos aprendido que otro, pues que él en sí mesmo es mejor y más encargado.

El primer documento sea que traigas a la memoria cada día los propósitos de mejor virtud que tenías cuando recebiste el cargo, y los avives y pongas en obra. El segundo, dije, nunca eches en hombros ajenos la carga que tú pudieres llevar, porque Cristo no dejó la cruz hasta ir muy cansado; a ti te dieron el cargo y no al otro, y tú darás cuenta de él. Sea el tercer documento éste: Préciate mucho de tomar consejo con los que no fueron interesales, porque el varón de gran consejo como ángel ha de ser, que no se mueva con afición ni le toque la cosa de que habla. El cuarto documento es: Nunca te llegues a los banderizos, que siembran discordias, amadores de opiniones, causadores de rencor, sospechosos, que de cada uno se temen, como si fuese traidor. El quinto documento es: Nunca hagas buen rostro al murmurador cuando te viene a chismear; mas antes debes temer que puede mentir, y si mintiere, sea por ti muy bien castigado uno, porque se cierre la puerta del murmurar a los otros. El sexto documento es: Siempre has de excusar al acusado ausente, y alabar sus virtudes delante del acusador, porque sanes la llaga del que toma oficio del diablo. El séptimo documento: Ten cada día tiempo señalado para oír a los que vienen a negociar y óyelos con alegre semblante si traen justicia, porque otra vez no te mande venir a ti. El octavo documento es: Ten oficiales piadosos, que antes suplan tus faltas y sean amigos de pobres; no estén a la puerta para desechar, sino para recebir a los

[9] Ioan. 5, 35

que vinieren; y ten en tu casa quien te ruegue lo que han de venir a rogar los extranjeros, que Cristo dió este oficio a su Madre, porque está más cerca de él. El noveno documento dice: Esfuérzate y aparéjate a celebrar cada día y decir misa por tus feligreses, que más valdrán a ellos y a ti tus oraciones que las ajenas, y con este pan de cada día podrás apacentar las ánimas de los que tienes en cargo. El décimo documento dice: Nunca determines de una vez lo que fuera arduo, ni pase de la tercera, porque ni seas notado de improviso ni de pesado, sino que ninguna cosa que comenzares dejes por acabar, y si vieres que no la puedes concluir, no la comiences, porque gran vicio es comenzar y no acabar. El onceno documento dice: No atesores de un año para otro, porque, si llegas y ganas dinero, perderás la esperanza o disminuirse ha, como la de aquellos que esperan en sus diligencias y olvidan a Dios, que provee cielo y tierra y todo lo que hay en ello. El último dice: Trabaja de reformar en tu tiempo lo que pudieres en tu Iglesia varonilmente, porque el remedio general de los particulares ha de comenzar, y tú no perderás tu galardón, aunque sea poco lo que reformares, y no será sino mucho si te quieres poner a ello y perder el miedo a los hombres, que te piensan espantar con pergaminos y papel como a las mulas. Ni ruegos, ni perjuicios, ni cartas, ni amenazas, ni persecuciones deben espantar al amor que es fuerte como la muerte, que todo lo vence.

De oro de martillo era la tabla del propiciatorio, que es la caridad del obispo amartillada y no vencida, porque los golpes la rehacen, mas se deshacen los malos; porque a uno dicen tocáronte con llaga y desfalleciste. Mas los buenos se hacen golpes, y por esto se dicen hechos de martillo y de oro, que es metal criado en tierras muy cálidas, porque significa el amor encendido y ferviente que el obispo ha de dar en arras a su esposa la Iglesia, que es la mujer fuerte que con fuerte amor se debe amar.

CAPÍTULO L

DE LA LEY DE AMOR QUE DEBE TENER LA PERSONA RELIGIOSA CON SU RELIGIÓN Y ORDEN

Quien tornase sobre sí, no había menester que nadie le declarase el amor que debe a su religión, porque, volviendo los ojos a los días primeros en que la venimos a buscar, hallaremos el amor que le debemos, y veremos la ferviente caridad que entonces le dimos y entregamos con nuestras mesmas personas, sin quedar en depósito cosa alguna. Los tibios amadores no crecen en el amor como los que son leales, y los desleales van siempre disminuyendo su caridad. Nuestros antecesores, que fueron varones religiosos, creciendo siempre en el amor de la religión, favoreciéronla tanto y diéronle tan crecido establecimiento, que los tibios llaman *tiranía* lo que de verdad es perpetua estabilidad de amor, ca, según dice el profeta, con caridad perdurable amaron los antiguos la religión, y esto porque fueron leales acrecentadores; mas nosotros dejámosla tanto caer, que, no viéndola los hombres en nuestras personas tan expresa y declarada como nuestros padres la fundaron, escriben ya farsas contra los tibios amadores de la religión, para ver si los podrán apartar de ella.

Luego que la religión sagrada floreció en los frailes y se fundó lo más áspero de ella, no le faltaron mordedores que escribieron libros contra ella, y por esto hay muchas apologías que son defensiones diversas que amparan las órdenes más estrechas; empero, ya que vieron por obra cumplida en personas pobres y simples toda la religión que hallaban escrita, todos los mordedores de la religión callaron; y agora, en los postreros tiempos, viendo algunos nuestra tibieza, y poca devoción, y menos recogimiento, atrévense a poner los ojos y la lengua en nuestras faltas, y publican todo lo que les parece hacer a nuestro disfavor, viendo nuestros votos muy altos y la vida harto baja.

El verdadero amador de la religión debe pasar todos los murmuradores con oreja sorda, porque si Ulises cuando cantaban las serenas se mandó atar al mástel de su navío y tapar las orejas por no las oír ni ser de su canto dulce atraído y provocado a se ir con ellas, que matan y

comen los hombres, ¿cuánto más (como nota San Ambrosio) debe el varón religioso estarse en la nave de su religión y atarse a la cruz, que es mástel suyo, y cubrir sus oídos con la buena razón y con el amonestamiento de la buena conciencia? Estas dos peloticas de cera caliente con el amor que metieses en los oídos de tu ánima, bastaban para desechar todo canto de serena, por suave que fuese y por más apariencia y compostura que trujese. Serenas del mar amargo de esta vida son los herejes y los que muy retoricadamente murmuran del bien. Piensan que por haber algunos malos entre nosotros, debemos ser todos reprehendidos; mas el amador de la religión conoce que por Judas no han de ser los apóstoles en menos tenidos, y que no es mucho ser algunos de nosotros malos en la religión, pues que en el cielo, según dice Job, halló Dios maldad en sus ángeles, donde los buenos no pierden por los malos. Las ciudades malvadas quería Dios perdonar, si se hallaran en ellas solamente diez buenos; y las serenas del mundo no quieren perdonar a nosotros, aunque se hallen entre nos mil y más. La persona religiosa que ama su religión, mire que no dé oídos a las serenas; donde lo primero que mandan al ánima que se convierte a Dios, que abaje el oído y lo aplique al esposo Cristo, que es luz de la religión. Mira que Eva comenzó a ser engañada por dar oídos a las cuestiones del tentador, y no es bien que el oveja escuche los argumentos del lobo, ni la paloma debe responder ni argumentar con aquel ave de rapiña. A ti manda Cristo que seas como paloma, simple, que su canto es gemido, y su voz contrición; porque en esto debes tú entender, y no en otra cosa. Y si dices que también te amonesta Cristo la prudencia de la serpiente, pláceme de ello, si tú la sigues como debes y miras aquello que de una serpiente dice David[1]: *No oirá la voz de los encantadores ni del malhechor venenoso que encanta sabiamente; Dios quebrantará los dientes de ellos en su boca.* Todo este salmo habla contra los murmuradores de las religiones, que se hacen encantadores sabios, aunque de hecho son venenosos, porque debajo de una buena razón traen el engaño, como se da el veneno en cosas dulces.

El que tuviere el amor que debe a su religión, ha de hacer como la serpiente que se dice *áspide,* la cual, por no oír las palabras dañosas del encantador, junta la una orejuela con la tierra y en la otra mete el cabito de su cola, y de esta manera cierra el camino por donde le podía entrar el mal; y esto debes tú imitar, no dando tus oídos

[1] Ps. 57, 6.

a los sabios del mundo, cuyos dientes, que son sus malicias, dijo David que habían de ser quebrantadas en la boca de ellos, porque tiempo verná que los confundirá Dios, cuando no bastaren los hombres. Para que tú tengas a tu religión el amor que le debes, has de buscar la prudencia de la serpiente, que, según viste, no quiso dar lugar al encantador, como tampoco lo dió Ulises a las serenas del mar que cantaban dulcemente. Aquel pone el un oído sobre la tierra en el caso presente, que para mientes a los fundadores de la religión, y conoce que de cada uno de ellos dice el profeta [2]: *El que hace ascensión al cielo, fundó su hacecillo sobre la tierra.* El intento de los santísimos y doctísimos fundadores de la religión fué hacer una ascensión espiritual para tener su conversación en el cielo, imitar a los celestiales y vivir más alta vida, para lo cual fundaron sobre la tierra, que es muy firme, un hacecillo que ha de ser de mirra, y es cada religión bien ordenada, que está, como la gavilla de José, enhiesta y no relajada ni con desmayo, que parece que ya están cansados de ser buenos.

Bien se dice la religión *hacecillo*, porque religión quiere decir *ligamiento* y atadora, donde los religiosos están atados con vendas de salud y con cabestro de obediencia, como el asnillo en que vino el Salvador a Jerusalén, el cual no quiso subir en los asnillos sueltos que andaban por el ejido, sino en el asnilla que estaba atada y en el pollino que era ya para llevar yugo. Mira, pues, oh varón religioso, cuán bienaventuradas son las ataduras de tu religión, pues que Dios la elige y escoge entre los solteros del mundo que se van por los prados de su ancha vida y dejan el estrecho camino de la religión, que lleva a la gloria. Dije que la religión es *haz de mirra* y no de cañas dulces, porque nuestro Señor dice [3]: *En este día* os *alimpiaréis por sacrificio, y os purgaréis; delante de Dios seréis limpios de todos vuestros pecados, porque este día es fiesta de holgar, y habéis de afligir vuestras ánimas con religión perpetua.* El día que hacéis profesión, te alimpias por sacrificio, y este sacrificio es aquel de que dice San Pablo [4]: *Ruegoos, hermanos, en reverencia de la divina misericordia, que ofrezcáis vuestros cuerpos en hostia viva, santa y agradable a Dios; sea razonable vuestro servicio, y no os queráis conformar con este siglo, sino reformaos en novedad de sentido, para que probéis cuál es la voluntad de Dios, buena, bien agradable y perfecta.* En todo este capítulo habla el Apóstol con los religiosos de la pri-

[2] Am. 9, 6.
[3] Lev. 16, 30.
[4] Rom. 12, 1-2.

mitiva Iglesia, donde todos los cristianos guardaban la *Regla* de San Agustín. Según hallamos escrito en la *Crónica* de los apóstoles que escribió San Lucas, creciendo el número de los cristianos, creció la relajación, y viendo algunos santos la vida disoluta del pueblo que se llama *cristiano*, acordaron de establecer por juramento, y regla, y voto y diferencia, lo que guardaban primero los otros cristianos de la primitiva Iglesia, donde la pobreza o desapropiamiento y obediencia y castidad resplandecía tanto, que aun los infieles tenían a los cristianos en gran reputación y veneración, según dice San Lucas.

Pues la religión antigua es, y si los santos en sus Reglas añadieron algunas cosillas que los otros no guardaban (así como el no tomar dinero), esto no fué sino por asegurar más la perfición, y lo del voto también fué por establecer más la religión que los otros guardaban sin voto, y tanto, que el Apóstol decía que fuese razonable y no excediese el servicio que hacían a Dios; el cual torna a renovar el religioso el día de su profesión, cuando se alimpia por entero sacrificio. Gran sacrificio es ofrecerte todo a Dios, no muerta hostia como las de la Ley Vieja, donde se ofrecían animales muertos, sino viva como la de la Iglesia, que cada día se ofrece hostia viva en el altar. El día de tu profesión fué tu día de fiesta, que no debrías olvidar, pues que en éste ofreciste a Dios tus cosas temporales en el ara de la pobreza, y tu cuerpo en la cruz de la castidad, y tu ánima en el altar de la obediencia, por la cual ofrenda y sacrificio vivo eres aquel día limpio de todos tus pecados y ganas mayor indulgencia plenaria que de bula ninguna. Y aquel día te prometieron el reino de los cielos, que es tu perdurable fiesta, donde para siempre te has de holgar más que decir se puede. Y esta promesa no solamente es por autoridad del papa, sino por autoridad del Evangelio y del mesmo Cristo, Dios nuestro, que dice [5]: *Dígoos, en verdad, que ninguno habrá que, si dejare por mi amor y por el Evangelio casa o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o heredades, no reciba cien veces tanto como dejó, y recebirá agora en este tiempo casas, y hermanos, y hermanas, y madres, y hijos y heredades con persecuciones, y después, en el siglo que está por venir, le darán la vida eterna*. Esto dice el Salvador a los que dejan el mundo por su amor y por su Evangelio, que da más estrechos consejos; empero promete mayores mercedes, y aun luego, en contado, da las cosas espirituales por las temporales, que valen ciento tanto. Cuanto en el siglo dejaste, acá lo hallas muy mejorado,

[5] Marc. 10, 29-30.

padre espiritual y ciento de ellos, madre espiritual y ciento de ellas.

El que con buen celo te castiga es padre, y quien te consuela es madre, y de éstos hallarás muchos. Hermanos son los otros religiosos mancebos, y como hermanas tienes las monjas, o los novicios, o los que a manera de doncellas viven relajadamente, que también aprovechan, aunque son hijada de la religión; pero digo que aprovechan, porque un delicado seglar se dispone a entrar en religión pensando que, si tuviere necesidad, hallará caridad. Tus cien hijos piensa que son los que por tu buen ejemplo y doctrina se llegan a Dios, y las heredades son los santos ejercicios con que te puedes enriquecer, para que después mejor merezcas la vida eterna. Estas cosas que el Señor prometió, no sólo se hallan cuanto a lo espiritual en la religión, sino también cuanto a lo corporal, porque tus padres son los viejos de ella, y tus madres los que te dan de comer sin que tú tengas de ello cuidado, sino que seas como niño, que vive sin cuidado de lo que ha de comer, porque sabe que no le faltarán los pechos de su madre. Tus hermanas son las que te lavan la ropa y te sirven la casa del monesterio, que es cien veces mejor que no la que dejaste en el mundo, aunque allá hubieras sido caballero. Tus hermanos son los que tienen igual dignidad o cargo contigo, y tus hijos los menores que enseñas y castigas. De las heredades, claro está que la religión que tiene renta más te da que tú dejaste, más te da que trujiste, y aquello te guarda, y conserva, y acrecienta. ¡Oh, qué dolor es ver las plazas y ejidos llenos de gente común, y ver que los ricos monesterios ya se despueblan, porque no van los vivos a restaurar el número de los defuntos, no más de por no ponerse a un poco de más virtud, que aun en lo temporal se paga también y mejor que otro cualquier servicio de señores o granjería!; pues que en todo no buscan los hombres sino vivir en honra y en provisión, las cuales dos cosas hallarás abundosamente en los monesterios de renta. Solamente dejan de ir los negligentes, por aquello que arriba dijo el Señor, y fué: *Afligiréis vuestras ánimas con religión perdurable* [6]; y Cristo dijo que con los padres y madres y las otras cosas que nos prometía habíamos de hallar persecución, y por esto dije yo que la religión no era haces de cañas azucaradas, sino de mirra.

Persecuciones hallarás, que coces tira la carne y aflige al ánima, y aun los falsos hermanos persiguen también; mas que todo se sufre mirando al fundamento de

6 Lev. 16, 31.

la religión, que pues está en la tierra fundada, imposible es que del todo sea celestial, hasta que vamos al cielo con nuestros padres antiguos, que pasaron por estas navajas y no pudieron hacer más porque, en fin, somos hombres, aunque nos esforcemos a ser ángeles; lo cual es fundar el hace de la religión en la tierra y edificar la ascensión al cielo, aunque más de tres veces se nos trastorne.

Lo segundo con que se guarda la serpiente prudente del encantador es el cabito de su cola delgado, que tuerce al oído. Haz tú de esta manera con cualquier ocasión que se trabajare por te hacer mal casado con tu religión, y piensa sotilmente el fin en que para y verás que es por sacarte de tu encerramiento, como a Cristo sacó del desierto el demonio cuando lo tentó. Extiende, pues, tu prudencia y piensa sotilmente el fin de los males, y lo peor de ellos, que es la apostasía, en que el demonio, por medio de sus misterios, te quiere hacer dar de ojos para que salgas de tu religión, como él salió y cayó del cielo por no querer estar sujeto.

El apóstol Judas Tadeo llama [7] *estrellas erráticas que se mudan en el cielo* a los religiosos sin sosiego, y aquellas estrellas siempre son señal de mal, como el salir las abejas de la colmena es manifiesta señal que no está su rey dentro, que si lo tuvieran no salieran. Cree que no está contigo tu Rey Jesucristo, humilísimo, cuando no guardas a tu religión la ley del amor que le debes o la quieres dejar. Al cuerpo muerto lanza fuera la mar, y la religión echa fuera al mal religioso, porque el Señor dice [8]: *Guardad mis leyes y mis juicios, poniéndolos en obra, ca de otra manera podráos gomitar la tierra donde habéis de entrar a morar, y no andéis en las leyes de las naciones.* La tierra santa donde el religioso, como otro Jacob, hace voto es la religión, y porque es tal se ha de descalzar los zapatos, que son las aficiones carnales, y guardar no solamente los mandamientos, que son leyes de Dios, sino también los juicios, que son los consejos evangélicos, entre los cuales lo que más nos encarga Cristo es la paciencia hasta que nos den de bofetadas; y si esto no tienes, ¿para qué has de venir acá? No pudo pelear David con las armas de Saúl, ni valen al buen religioso las armas del mundo, sino las de Cristo, que son sufrir y callar. Pues mira que vivas de tal manera que no te lance de sí la religión ni tú dejes a ella, porque el mesmo Nabal, que es el mundo, murmura de los que vuelven huyendo, y

---

[7] Iud. 1, 13.
[8] Lev. 20, 22.

dice [9]: *Hoy día vemos que se han acrecentado los siervos que huyen de sus señores.*

San Pablo [10] dice que *cada uno permanezca en su vocación,* y el Señor manda que permanezcas en la casa que entrares y no salgas de allí; ni aun parece dar lugar que pases de una religión a otra, porque él dice que no pases de casa en casa. Si el pasar aun de casa en casa, mudándote, parece mal si es presto, ¿cuánto peor parecerá si tientas dejar tu orden? Mira que no caigas de Jerusalén en Jericó ni halles muchas cruces por huir una, que dondequiera hay grandes peligros, y no lo hay mayor que andar a sombra de tejados. El sabio Salomón habla en el sexto capítulo de los Proverbios con el varón religioso, comenzándole a mostrar la obligación que tiene, y hace tres diferencias de religiosos: unos, *diligentes;* otros, *negligentes;* otros, *apóstatas.* Al malo dice [11]: *Poco podrás dormir, poco estarás cabeceando, poco meterás las manos en las mangas para dormir recogido, y verná a ti la falta así como caminante, y la mengua así como hombre armado; empero, si fueres diligente, verná tu sembrada como fuente, y la necesidad huirá lejos de ti.* El hombre apóstata es varón inútil, anda con boca perversa, hace del ojo, patea, habla con el dedo, con mal corazón piensa males y todo tiempo siembra discordias.

Estos siete males se hallan juntos en Martín Lutero, capitán de los apóstatas, y cada uno es inútil, que nunca sale aun con lo que quiere, ni vale sino para tizón del infierno, como Lucifer, que se llama *tronco inútil.* La boca perversa es la que abomina la religión que antes loaba, ca perverso es aquello que se torna al revés. Hacer del ojo es escarnecer de los que eran sus compañeros, y patea de placer cuando le responden a su propósito. Habla con el dedo cuando, como el fariseo, señala los que tiene por peores de los que conocía. Los males que piensa son que lo han de prender, que lo han de hallar, que lo han de despojar de su exención; y por esto que desea evitar, siembra discordias o quejas entre los seglares para que estén mal con los frailes, de quien él, sin justicia, se queja. En siete palabras nos dijo Salomón los males del que no guarda el amor a su religión, para que los sepamos y evitemos lo por venir.

La tercera razón por que has de amar tu religión me parece que es el testimonio de tu buena conciencia, porque la buena conciencia da gran favor a la religión. En los que son de sana conciencia vemos que resplandece,

[9] I Reg. 25, 10.
[10] I Cor. 7, 20.
[11] Prov. 6, 10-11.

y por esto Jacob, como fraile recogido, moraba siempre en casa y obedeció a su madre y alcanzó la bendición de su padre. Lo cual no hizo Esaú, el ballestero, que nunca paraba en casa; y a este tal conviene la maldición de Caín, que vagueando y huyendo andaba por la tierra. Porque muchas veces aun los apóstatas piensan que tienen buenas conciencias, debes saber que has de tomar consejo con tu conciencia cuando te sintieres devoto y lloroso, cuando has dicho misa y tienes contrición, cuando te has bien confesado; entonces a ti mesmo debes preguntar el amor que debes a tu religión y cómo te has de haber con ella, que en verdad con gran ánimo te responderá [12]: *Buena cosa es que nos estemos aquí nosotros.* Esto dijo San Pedro cuando estaba muy devoto en el monte Tabor, que quiere decir *escogimiento*, y es la religión que cada uno escoge, a la cual debe subir por alcanzar mayor perfición, y por ser Jesús, que es *Salvador*, y salvar su ánima; que a Lot fué dicho [13]: *No estés en toda la región comarcana* del mundo, *sino hazte salvo en el monte.*

A este monte apartado, que es la señalada religión que escoges, has de llevar tres discípulos, como Cristo: la obediencia en San Pedro, que cuasi contra su voluntad fué por otro ceñido y atado. Así que la obediencia entonces es buena cuando se nos hace de mal aquello que nos mandan que sea muy al revés de la voluntad humana, y entonces con Pedro estás al revés en la cruz de la obediencia crucificado; y así podrás con más razón alzar los ojos al cielo a ofrecer lo que padeces. Llevarás también contigo a Jacob, que quiere decir *luchador*, y que tiene figura de la castidad, que debemos sacar por joya de la lucha que hay entre la carne y el espíritu; de manera que, como el patriarca luchador, tengas tú seco el nervio del muslo, amortiguada la carne. Debes también llevar a San Juan, que tiene lugar de la santa pobreza, porque éste se halló presente cuando el Hijo de la Virgen carecía de almohada y no tenía do inclinar la cabeza, hasta que San Juan le buscó un sepulcro prestado, en que reposase tres días.

Pues aquestos tres evangélicos varones tienen figura de los tres principales consejos evangelicales, que son compañía de toda buena religión, donde no faltan Moisén y Elías, que son la vida activa y contemplativa, entre las cuales debe morar el religioso y transfigurarse en Hijo de Dios testificado; no ser ya hijo de este siglo astuto y re-

---

12 Matth. 17, 4; Marc. 9, 4; Luc. 9, 33.
13 Gen. 19, 17.

sabio, sino hijo de Dios que le rueguen que hable, y no diga cosa que no sea de su Padre. No hable ya en las cosas del mundo, sino diga con ferviente ánimo: *Bueno es que nosotros nos estemos aquí.* Con Cristo se querría estar San Pedro, y en esto no erraba, que si abraza los niños que van a él y no quiere que se los apartemos ni detengamos, mejor abrazará los ya grandes y que pueden subir al monte. Si Cristo dice que está donde en su nombre están dos o tres, ¿piensas que no verná de mejor voluntad en medio de muchos religiosos discípulos suyos, que su nombre santo adoran y buscan? Cierto que entre éstos está Jesús, y habla del exceso que con ellos ha de cumplir en Jerusalén cuando exceda el premio al servicio y les dé la gran medida de gloria que esperan. O este exceso se halla en la paz de la quieta contemplación, donde el ánima se sube y excede a los cinco sentidos cuando se sienta solitaria de las ocupaciones, y calla en los pensamientos, y se levanta en las aficiones sobre sí a las cosas celestiales y puramente divinas, que agora se comienzan a conocer y después se cumplen, aunque no se acaban; porque nadie ni todos pueden acabar a Dios ni de amallo, porque el amor no quiere fin.

Pues cuando fueres tentado por dejar tu orden, responde con San Pedro, diciendo: *Bueno es que nos estemos aquí:* Esto has de decir, tornando a establecer tus votos y pensando en los bienes que tu religión te puede causar, los cuales también hallarás figurados en el monte Tabor, según declaré muy por extenso en la O del *Segundo abecedario espiritual.*

La cuarta razón por que has de amar tu orden hallarás puesta en Cristo, porque como lo más conforme a él sea más amable, ninguna cosa te debe apartar de la religión que tanto le parece. No haga fe delante de ti cualquier saber o ciencia diabólica por sotil que sea, ni baste para apartar de ti la esposa de tu corazón, tan amable que los ángeles la desean por la ver tan semejable a Cristo, esposo de sangre. Si Cristo se llama *esposo de sangre,* ¿quieres tú hallar en tu religión las cosas muy a tu voluntad, regaladas y frescas? Cristo es corona de la religión; en sí la cumplió más que nadie por darnos esfuerzo. Si *religioso* quiere decir *religado y atado,* ¿quién más que Cristo aun en el vientre de su madre con la unión hipostática como con recia reata encadenado con Dios? Allí hizo más que juramento ni voto, en aquel monesterio del vientre virginal, cuando se ofreció y fué recebido en las manos de Dios para siempre guardar toda la *Regla* de los nazareos. Y llámase Jesús *Nazareno,* que, según otra declaración, quiere decir *persona que guarda.* Todo

lo que tú guardas guardó Jesucristo por animarte; porque mirases a él, cuya es la religión que tienes, la guardó el primero para que tengas en más tú aqueste testimonio que no los falsos dichos de los disolutos enemigos de la religión y traidores a ella. Tu Dios y Señor Jesucristo fué obediente no solamente a su Padre hasta la muerte de la cruz, mas también a Pilato y a los sayones que lo martillaban y lo acosaban hasta le hacer dar el ánima. A todos obedeció sin precio el que a todos pudiera hundir, y no se harta de obedecer hasta que dice en la cruz: *Consummatum est,* por avisarte que no seas como Simón Cirineo, que a ratos llevaba la cruz; mas poco le valió, pues que no murió en ella como el buen religioso Cristo.

Mira también la castidad en el Salvador, tan castigado y virgen y limpio, que de sus amigos solamente los vírgenes quiso que a la postre lo acompañasen hasta dar el espíritu en la cruz, porque de esta manera mostrase que el voto segundo de la religión en ninguna manera se debe quedar atrás cansado ni quebrantado. Pues casto fué Cristo de pies a cabeza, en todos sus miembros y de toda manera, por enseñar al religioso que tenga en todo castidad y se aparte de las blanduras y ocasiones y hablas que corrompen las buenas costumbres. La pobreza también guardó Cristo hasta la fin, pues que de pobre murió sin hábito en el hospital de Calvario, desnudo y sin cama, y aun sin un jarro de agua para templar la sed que tuvo en la cruz, porque de esta manera fuese su pobreza extremada, como lo fueron las otras virtudes.

Pienso que era éste el exceso de que hablaban en el monte Tabor que había de ser cumplido en el monte Calvario de Jerusalén, donde quiso Cristo en todo exceder, para reprehensión de los tibios religiosos, que jamás llegan al puesto del voto prometido en su Regla; mas Cristo excedió porque su delantera nos diese voces cuando quier que la contemplásemos, viendo que como gigante gozoso corre el apuesta de todos y pasa el puesto, porque nosotros nos esforcemos y con ardiente corazón acabemos el curso de la religión comenzada, sin tornar a las ollas ni carnes de Egipto.

Cuatro caballos llevaban el carro de fuego donde Elías fué arrebatado, y son las cuatro razones ya dichas con que se favorece el carro triunfal de tu religión, y llega seguro y ligero al cielo para que recibas la corona prometida a los vencedores. La primera razón es que mires los santos fundadores de la religión, más creíbles que no los que la impugnan; la segunda, que pares mientes en qué paran los que dejan la religión, yendo con el demonio apóstata; la tercera, que mires tu buena conciencia cuando

está devota y escuches lo que ella te amonestare que hagas; la cuarta, que pares mientes cómo Cristo fué el primer religioso y de todos confirmación.

Aquí no quiero poner la ley de amor que se han de tener los casados, ni la que han de tener los clérigos con su clerecía, ni los viudos con su viudez, ni las monjas con sus monesterios, ni los continentes con su castidad, porque de todo esto hice otro libro, que se llama *Norte de los Estados*, y es para regir todos los estados del mundo que comúnmente viven los hombres.

CAPÍTULO LI

De la ley de amor que guardan los bienaventurados en el cielo

Es de tanta majestad el amor, que él entiende en todas las cosas de Dios, disponiéndolas aquí con fortaleza y en la vida eterna con suavidad [1]. Salió de Dios para llevar a él los suyos, y haciendo vuelta redonda, como dice San Dionisio, torna al mesmo Dios para hacer en el cielo bienaventurados los que en la tierra hizo amadores. No esperes, hermano, otra gloria en el cielo sino amor, porque el mesmo Dios no tiene otra cosa mejor que el amor, y de éste da a los que en esta vida lo sirven, y con él en más cantidad hará pago en el cielo, según lo cual dice David, conforme a la traslación de San Jerónimo [2]: *Porque el Señor Dios es sol y escudo, dará gracia y gloria, ni apartará el bien de los que andan en perfición. Señor de los ejércitos, bienaventurado es el hombre que confía en ti.* En el capítulo nono de este libro mostramos cómo la gracia que nos hace agradables a Dios no es otra cosa sino el caritativo amor que nos infunde, y San Agustín dice que la gloria es gracia acabada. Conforme a lo cual dice una *Glosa* sobre San Mateo: «Aquel galardón que fué dado a los obreros de la viña, bien es entendido ser la gracia, porque es como un principio de la gloria, ca la gloria no es otra cosa sino gracia acabada. Si la gracia es amor y la gloria es gracia acabada, manifiestamente se concluye que la gloria es amor acabado; empero, entre amor de gracia y de gloria habrá esta diferencia: que la

[1] Sap. 8. 1.
[2] Ps. 83. 12-13.

gracia será *amor comenzado* y la gloria *amor acabado*, no acabado como se acaba la candela, sino como se acaba la casa de Dios en todo su ornamento.

Según esto, en decir David que daría el Señor *gracia*, gloria quiso decir; que en este mundo da nuestro Dios amor a los suyos y en el otro les da amor más perfecto. Y por mostrar que este amor es de una mesma especie, llama bienaventurado al que confía en el Señor, porque como la confianza estribe en el amor, que es un mesmo con el de los que moran en el cielo, también en cuanto a esto se puede llamar bienaventurado el que ama en este mundo a Dios como el que lo ama en el otro, pues que es un mesmo el amor, aunque los medios sean diversos. Y no es mucho llamar bienaventurados a los que aman a Dios, pues que dijo Cristo serlo aquellos que lo veían, los cuales, aunque lo vieran, no lo fueran si no lo amaran.

Llama David a Dios *Señor de los ejércitos* por nos traer a la memoria que tiene mucho cuidado del ejército terreno de sus amadores, que están con el cuerpo en la tierra, y del ejército celestial de sus más altos amigos; y dice que no aparta nuestro Señor el bien de los que andan en perfición de vida, cuyo bien es el solo amor, que no solamente es bueno, sino gran bien, que nunca será apartado de ellos, sino acrecentado, porque, perdiéndose en el cielo la fe y la esperanza, perfeccionarse ha el amor, ganando él con tan dichosa pérdida; ca si el amor ama agora en parte, no es sino porque sigue a la fe y a la esperanza, que presuponen ausencia de lo que es amado, y no nos pueden hacer de ello tal relación como la hará su mesma presencia. Este amor de los viadores y comprehensores parece que quiso dar también a entender David en las palabras sobredichas, llamando a Dios *sol y escudo*, que se juntan muy bien aquí, aunque parecen cosas disconvenientes. El sol en sí mesmo tiene lumbre y también la infunde en los inferiores, según la capacidad de ellos. Y de esta manera, teniendo nuestro Señor en sí su mesmo amor esencial, no deja de infundir y causar amor criado en todos los inferiores, que para lo recebir están aparejados en el cielo y en la tierra. Conforme a lo cual dice David [3]: *Embriagarse han de la abundancia de tu casa, y darles has a beber el arroyo de tu deleite, porque en ti está la fuente de la vida y en tu lumbre veremos lumbre; empero, entre tanto, extiende tu misericordia a los que te saben.* Según dice la *Glosa*, una mesma cosa es la *fuente* y la *lumbre;* empero llamóse *fuente*

[3] Ps. 35, 9-11.

porque harta y *lumbre* porque alumbra; las cuales dos cosas maravillosamente convienen al amor de Dios, que harta a los bienaventurados que están en el cielo y es columna de lumbre guiadora de los que estamos en el desierto de aqueste mundo, donde no nos faltan continuas batallas; y por esto se llama Dios también *escudo*, que de muy buena voluntad defiende y ampara los que ama. En el cielo solamente es *Dios* sol, porque allí, en aquel resistero del medio día de la ferventísima caridad, no hay quien desasosiegue sus amados, según aquello que él dice [4]: *Será la obra de la justicia paz, y la guarda de la justicia será silencio y seguridad para siempre jamás, y sentarse ha mi pueblo en hermosura de paz, y en moradas de confianza, y en holganza muy abastada.*

De la luz de aqueste sol divinal dice Job [5]: *A los soberbios esconde la luz, y manda que otra vez venga; anuncia de ella a su amigo que ha de ser su posesión, y que puede subir a ella.* En los soberbios se entiende toda manera de pecadores, los cuales en pecando pierden el amor de Dios; empero, vuelve otra vez el amor por mandado de Dios cuando nos arrepentimos y anúncianos por el testimonio de nuestra conciencia que tengamos en posesión al presente aqueste amor; empero, no basta esto, sino que trabajemos de subir a él. Mientra estamos en la tierra, parece que desciende a nos el amor de Dios, como los rayos del sol para elevarnos como vapores a la perdurable gloria, que también es amor, donde los justos estarán tan encendidos en amor del que los ilustra, que, puestos delante de él, resplandecerá cada uno como sol, según aquello de los Jueces, conforme a la verdad hebraica [6]: *Los que, Señor, te aman, resplandezcan así como el sol en su fortaleza.* Esta comparación y otras semejantes que hace la Escritura, tiene respecto al amor, ca por él se llama *sol* cualquiera de los bienaventurados del cielo, donde el amor tiene preeminencia soberana entre los otros dones, así como el sol entre las estrellas.

Item, porque el amor glorioso permanece siempre en la operación del amar, así como el sol siempre infunde su lumbre; y lo tercero, porque el amor de la gloria es ordenado en amar, así como el sol en dar partición de sus propiedades; y lo cuarto, porque algún tiempo crecerá el amor de la gloria, así como el sol que algún tiempo ha de crecer en su lumbre. Para ver lo primero, has de notar que en cada género de cosas hay una que tiene el primado entre ellas, ca entre todos los fines se da uno que

[4] Is. 32, 17-18.
[5] Iob 18, 18.
[6] Iud. 5, 31.

es último, y entre todas las artes hay una principal; y de esta manera, entre cuantas cosas Dios hizo, señaló con más excelencia la que había de tener el primado, y a la tal conviene con más razón el nombre de las de su género; y conforme a esto, solemos decir de algún más virtuoso que está entre otros: *éste es hombre*, atribuyéndole singularmente el nombre común. Aunque, según dice Boecio, fuese la bienaventuranza congregación de todos los bienes, entre ellos había de haber uno, y de hecho lo hay, según Escoto [7], que sea más principal, y a éste por excelencia conviene el nombre de bienaventuranza, como a más excelente; y este bien es el amor de la gloria, con que nos juntamos al sumo Bien claramente visto, porque la bienaventuranza es operación de la más alta potencia del ánima, según la más excelente de sus obras. La más alta potencia del ánima es la voluntad, cuya más alta operación es amar; de lo cual se sigue que la mayor gloria que tienen los santos es amor, al cual con mayor conveniencia pertenece el nombre de bienaventuranza. Esta razón que has visto funda un doctor sobre aquel dicho del Filósofo [8]: «La bienaventuranza es la mejor de las operaciones, según la mejor virtud, en vida perfecta». Aquí llama *virtud* a la potencia del ánima, entre cuyas potencias, la mejor es la voluntad, según Escoto [9], porque ella rige y manda, gozando de libertad.

Item, porque ella es la que más unitivamente se junta con nuestro Señor y porque la memoria y el entender se ordenan al amar; ca si creemos a Dios y lo deseamos ver, no es sino para lo amar, ca, siendo al revés, perverteríase la buena orden, según dice San Anselmo; y pues que la potencia que más merece y que mejor hábito tiene es la voluntad, síguese que debe ser más noble, pues Dios hace de ella más cuenta, prometiendo la paz soberana a los hombres de buena voluntad y no a los de buen entendimiento. Si en la sobredicha autoridad del Filósofo no se toma aquel nombre virtud por la potencia del ánima, puédese tomar por el mesmo amor que se llama virtud, según aquello de San Agustín: «Si verdaderamente se ama, el Criador no puede ser mal amado. Y esto digo porque se ha de amar él y no otra cosa en su lugar, ca aun el mesmo amor ha de ser ordenadamente amado, con el cual se ama bien lo que ha de ser amado, para que esté bien en nosotros la virtud con que viven bien, donde me parece que la difinición breve y verdadera de la *virtud es orden de amor*». La virtud con que viven bien, dice este santo que

[7] IV *Sent.*, d. 49, q. 3.
[8] Lib. I *Ethic.*
[9] IV *Sent.*, d. 49, q. 3.

es el amor; donde parece que lo hace virtud de virtudes, porque ninguno puede vivir bien con una sola virtud; de manera que el amor es virtud por sí, y virtud de todas las otras virtudes que pertenecen a la vida. Esta virtud parece, según dijo el Filósofo, que tiene muchas operaciones, porque se ordena a muchas cosas; empero entonces se dirá *bienaventuranza* cuando ama la cosa más amable y según la mejor manera que puede ser amada, que es con amor de complacencia, donde, desechada la esperanza, sale más fortísimo el amor a la presencia del amado, lo cual solamente es en el cielo, donde el amor tiene primado entre todos los otros dotes de gloria, así como el sol entre todas las otras lumbreras del cielo.

Díjose más: que para ser este amor bienaventuranza, había de ser en vida perfecta. Donde has de notar que en el cielo todas las tres potencias de nuestra ánima ternán vida permanente, para que nuestro amor esté durante y perpetuo, como sol, siempre en operación continua y de una manera, lo cual aun de nuestra Señora no se concede mientras moraba en esta vida mortal, porque aunque, durmiendo su cuerpo, tuviese su ánima veladora algún pequeño acto de amor, era entonces como luna, que unas veces amaba muy menos que otras; empero los bienaventurados aman en todo tiempo y para siempre con muy crecido fervor, porque cada uno tiene perfecta vida.

Tres maneras hay de vida espiritual, que pertenecen a la *memoria, entendimiento* y *voluntad*. Lo cual entenderás mejor por las muertes contrarias a estas vidas: la muerte de la memoria es *olvido*, porque, según dice San Gregorio, así como lo que muere deja de ser en el mundo mayor, así lo que se olvida deja de ser en el mundo menor, ca de esta manera se queja el Señor que es dado a olvido como muerto de corazón, que muere en nuestro corazón porque lo olvida. La segunda muerte pertenece al entendimiento, que también puede estar sin pecado, y es *ignorancia*, de la cual muerte dice el Señor también, quejándose de nuestro poco saber [10]: *Pusiéronme en el lago inferior, y en lugares tenebrosos, y en sombra de muerte.* La tercera manera de muerte espiritual, que también puede estar sin pecado, pertenece a la *voluntad*, y de ésta dice San Juan [11]: *El que no ama, permanece en muerte.* Estas tres muertes están muy resucitadas en la vida eterna por aquella Beatísima Trinidad; ca el Padre está presentísimo a la memoria de cada uno, asegurándola con la atención; y el Hijo de Dios enseña cumplida-

[10] Ps. 87, 7.
[11] I Ioan. 2, 14.

mente el entendimiento con la visión de la Divinidad, en que están todas las cosas; y el Espíritu Santo aviva la voluntad con la fruición, porque con tales favores sea imposible dejar de amar, porque no solamente falta todo impedimento que acá solía hacer cesar el amor, mas hay tan amorosas y perpetuas ocasiones de permanecer siempre amando, según lo último de la potencia, que sería más fácil dejar de caer siempre una gran piedra que se echase en un pozo sin suelo, que dejar uno de los bienaventurados de amar al que les tiene el amor en peso puesto al fin del medio día, sin declinar el sol a parte alguna.

Si un pequeño bien que ves te mueve a lo codiciar, y el mayor bien mueve más, viendo que te es lícito y posible, cuasi te fuerza a lo amar, ¿qué podrá hacer en tu voluntad aquel sumo Bien que infinitamente atrae y se ofrece como padre a su único hijo? Desque veamos aquel sumo Bien tan digno de ser amado con toda nuestra libertad, determinaremos de lo amar para siempre jamás, sin cesar, y hincaremos con tanta fuerza en él nuestros corazones, que después nos sea imposible tornar atrás, porque de su parte se pondrá un tan firme sello y confirmación sobre el amor, que ni sospecha de cesar pueda pasar por nosotros. Y no por esto seremos menos libres, sino más, porque nuestro Señor, sin poder dejar de amarse, tiene sumo agradamiento en su amor, y de esta manera más agradamiento y voluntad ternán los santos mientras mayor confirmación vieren en su amor por todas las vías que puede ser confirmado, según aquello que cantaban los libres de los trabajos [12]: *Meterlos has y plantarlos has en el monte de tu heredad, firmísima morada tuya que obraste, tú, Señor; en el santuario tuyo, Señor, que afirmaron tus manos, el Señor reinará para siempre y más adelante*. Plantados y afirmados seremos en la firmísima morada del amor, tan dulce, que toda la perpetuidad nos parecerá un día en los patios del Señor, donde lo que para siempre cantaremos, por el gran amor nos parecerá cantar nuevo que nunca se nos caiga de la boca por su nueva novedad. Porque si el Señor mandaba que fuese perpetuo el fuego de su altar, ¿cuánto más lo debe ser el fuego de su gloria, que, según probamos, es amor? Mientras los santos vivían en el mundo, aunque por una parte tuviesen oportunidad para amar a nuestro Señor, por otra hallaban mil estorbos, y así desfallecían o cesaban algunos tiempos; empero, teniendo presente a nuestro Señor, serán presos

[12] Ex. 15, 17.

de su bondad, porque así como él es totalmente bueno, así totalmente los captivará en su amor.

Nota que hay tres maneras de bondad, que pertenecen o se ordenan a las tres potencias de nuestra ánima: la primera bondad se dice *honesta*, porque denota estado de honra, y a éste se ordena la potencia racional de nuestra ánima, que según buena razón debe amar más lo más honesto. La segunda bondad se dice *deleitable*, porque trae consigo deleite, y a ésta se ordena la potencia del codiciar que tenemos, porque se despierta mucho con el deleite, y de su mesma natural inclinación lo sigue. La tercera bondad se dice *útil*, por ser muy provechosa, y a ésta se ordena la fuerza irascible del corazón, que por lo más útil pelea más. Todas estas tres bondades están en aquel sumo Bien por cuyas manos se da en el cielo innumerable honestidad, cuanto a lo primero, y en su amistad se dice haber buena deleitación, cuanto a lo segundo; ca si sus deleites son morar con los santos, ¿cuánto más serán deleites de los santos morar con él? Dícese también que ninguna cosa hay en la vida más útil a los hombres que su amor, cuanto a lo tercero; porque así, los que aman, no hallen parte por donde les puede faltar el amor que amando descansa. Allí, en aquella obra de perdurable amor, se guardará, según dice Escoto [13], muy cumplidamente la ley del amor que no tiene términos, y tanto más obra, cuanto es más excelente. No guarda la voluntad su libertad para no amar, sino para determinar una vez de amar perdurablemente, lo cual, según dice Escoto [14], confirma aquel infinito amor de Dios que conserva para siempre a los santos bienaventurados amando, porque nunca dejen de ser bienaventurados, sino que sean como salamandrias, que viven en el fuego perdurable del amor divinal, donde jamás no podrán decir sino *bien es, Señor, que nos estemos aquí*, libres de la mala libertad que solíamos tener cuando podíamos no amarte.

La conclusión de este punto es que de cualquiera de los santos se puede muy propiamente decir aquello [15]: *El hombre sesudo permanece así como sol en la sabiduría*, que es amor gustado de Dios, que más propriamente se alcanza en el cielo, porque acá nunca sabemos bien a qué sabe el amor, y aunque lo tenemos, no lo gustamos; que si lo gustásemos bien una vez, por locos terníamos a nosotros mesmos el punto que dejásemos de amar.

Lo tercero porque cada santo se llama *sol* es porque el sol obra ordenadamente, según la materia sujeta en que

[13] III *Sent.*, d. 37.
[14] IV *Sent.*, d. 49, q. 6.
[15] Eccli. 27, 12.

infunde su lumbre, y el bienaventurado tiene ordenado su amor. Buenos efectos hace el sol en unas cosas, y otros en otras, y lo más transparente alumbra más que no lo oscuro; en lo cual parece denotarse alguna orden, mayormente si contemplamos esto en los bienaventurados, de cuya orden mayormente en amar sería razón que nos admirásemos más, que no la reina de Sabá por haber visto la orden con que se servía el rey Salomón. Así como en el infierno ninguna orden hay, así, por el contrario, ninguna orden faltará en el cielo; y en la cosa más excelente y obra más noble que es el amar, resplandecerá más aquesta orden, ca no sin misterio dijo la Esposa que en la celda de los vinos había rescebido orden su caridad. Si consideramos aquel único acto y soberana operación de la voluntad, según la mejor manera de amar en que, según Escoto, consiste la bienaventuranza, que es el más excelente de los amores, paresce que allí no hay orden, porque cuanto la cosa es más única, y sencilla, y más simplicísima, tanto tiene menos necesidad de orden, ca la orden presupone muchedumbre; empero aun allí hay gran orden, sino que no la alcanzamos. Y digo que allí hay gran orden, porque aquella caridad es como hueste bien ordenada, que se sirve de todas las aficiones y fuerzas del ánima ordenadamente, proporcionándose con la cosa amada, que, aunque en sí es única y simplicísima, todavía sufre orden por las amontonadas perficiones que con soberana eminencia incluye en sí, las cuales abraza el amor no sin orden, aunque por ser vehementísimo cuasi en un punto las ordena, según la estimación de la manifiesta visión que se las muestra por la orden que de Dios proceden.

Porque la ley de amor es tan universal en el cielo como en la tierra, digo que no solamente por los ángeles, sino por las ánimas santas ha de ser ordenada; ca esta orden se figuró en toda la orden del tabernáculo de Dios, que representaba aquel que no es hecho por manos de hombres; empero, aunque sea dificultoso poner en la tierra la orden del cielo, diremos alguna palabra de ella, según Santo Tomás [16]. La orden del amor caritativo no discrepa de la orden que el buen amor natural debría tener, ca en esto lo quiso nuestro Señor templar y conformar con nosotros, no mandándonos que amásemos sino por la orden que nosotros debiéramos de amar sin mandárnoslo él, pues como la gracia perficione la naturaleza y más la gloria, síguese que también permanecerá en el cielo la orden de amar que los santos tuvieron en la tierra. Dejando aparte

[16] *Summa Theol.*, 2-2, q. 29, a. 13.

a Dios, al cual amaremos a más no poder, más que a nosotros mesmos y que a todo el resto, aunque tú lo poseyeses todo, en tal manera que, si estando en el cielo, fuese tuyo dende la humanidad de Cristo, con todos los ángeles, hasta lo más profundo de la tierra, que lo mandases y poseyeses todo con justa y pacífica jurisdicción, alzarías mano de ello libremente, por no perder de amar a Dios; al cual desearás más la gloria que a todas las otras cosas juntas, ni a ti con ellas, y amarlo has con más precio y firmeza. De manera que el amor que tienen a Dios es esencialmente más perfecto y con más intensa profundidad y cualificado con todas las otras propriedades, que al mejor de los amores pertenescen.

Del amor de los bienaventurados entre sí, aunque cada uno, según dice Gabriel [17], ame más a sí que a su prójimo en cuanto a la intensión del profundo amor, pero mirando que otro tiene más alta gloria que la suya, desea más bienes al otro que a sí mesmo, amando que participe el otro más de la gloria que no él, y tan determinadamente ama esto, que si el otro no tuviese la gloria que tiene, y él se la pudiese dar, luego al punto se la daría, antes que tomarla para sí; ca él jamás querría más gloria de la que le conviene, según el amor de Dios, que es repartidor de las glorias o de los grados de ella. La intensión con que está muy arraigado el amor, viene de parte del que ama, según la fuerza del sujeto que tiene, y a cada uno da nuestro Señor el don de la caridad para que ordene primero su ánima a nuestro Señor, do el amor procede, y esto pertenece al que es verdadero amor de sí mesmo; y lo segundo, le dan el amor para que ame la orden que tienen los otros santos con que se ordenan a Dios; así que más intensamente de parte del sujeto ama cada santo su bienaventuranza que la de su compañero, porque con el amor que él tiene se llega a Dios, y no con el amor que el otro tiene. Empero, aunque se goce más con su gloria, desea más bien al mejor, y al que está más amando a Dios ama más que a sí mesmo, y le desea más bienes, puesto que se goce más con los suyos que con los del otro en cuanto al sentimiento de la gloria. De manera que es conclusión averiguada que en el cielo amaremos más que a nosotros mesmos a los que viéremos tener más gloria, porque nuestra gloria será amar lo que Dios ama, el cual dará a cada uno tantos bienes cuanto su amor pudiere recebir, porque no pueda mirar con ojos de codicia la gloria del otro.

---

[17] In III *Sent.*, d. 29.

Lo que se sigue es de Santo Tomás [18]: «Toda la vida bienaventurada consiste en la orden del ánima a Dios, donde toda la orden del amor se guardará por comparación de Dios, en tal manera que sea más amado el que estuviere más cerca de él; y de aquí se sigue que será más propincuo a ti en el cielo el que estuviere más propincuo a Dios, y a aquél amarás más que más amare a Dios. Ca entonces cesará la provisión que en la presente vida es necesaria, con la cual somos tenidos de socorrer a los que más llegados están a nosotros, teniendo más obligación de amarlos que no a los extraños. Empero, como en aquel reino del Padre de los justos no haya ningún extraño ni necesitado, solamente pornemos mayor amor en el que viéremos que ama más a aquella soberana bondad, porque éste pensaremos que más nos agrada, y éste sin duda cumple más nuestro deseo. Porque como vea cada santo que Dios es infinitamente amable, desea que los otros suplan el amor que de su parte desfallece».

No se niega en los bienaventurados alguna otra manera de amor para con sus más familiares, según el parentesco y otras honestas razones de amor; empero, incomparablemente estiman más el que es más propincuo a Dios, según el amor, que a ellos según el parentesco, porque la caridad los hace a todos parientes de Dios y hijos del muy alto, tan unidos por amor que parezcan ser comunes los bienes celestiales, según aquello de San Anselmo: «En aquella caridad perfecta de innumerables ángeles y hombres bienaventurados, ninguno amará menos al otro que a sí mesmo, ni se gozará menos con sus hermanos ni con su gloria que con la propia que él tuviere». Dicen algunos que, pues en el cielo amaremos tanto la gloria de los otros santos como la nuestra, parece por demás trabajar hombre por llegar aquí buenas obras, pues nos gozaremos acullá tanto de las ajenas como de las nuestras propias. A esto se responde que de dos cosas resulta el gozo: lo primero, de la voluntad que se goza, y lo segundo, de la cosa que ama, que en alguna manera concurre a causar el gozo de parte de la cosa amada: más nos gozaremos con los que mayor gloria tuvieren, y más de la gloria del otro, si es mayor, que de la nuestra; empero, más nos gozaremos en nuestra propia gloria de parte de la virtud que produce el gozo, ca puesto que el virgen se goce de la gloria del mártir, añadirle han una virtud maravillosa con que se alegre más intensamente en su propia virtud que en la del otro, aunque desee más bienes al otro que no a sí. Dado caso que tuvieses agua y vino y de tu

[18] *Summa Theol.*, 2-2, q. 26, a. 13.

voluntad dieses a otro el vino y te pasases tú con el agua, creerse-ía que amas al otro más en le dar el vino; empero más te alegrarías tú con el agua, si conviene a tu complexión, y proveer tu vida.

Por la orden de amar que en viendo a Dios establecerá en sus corazones, permanescerá para siempre en el día de la gloria, cuya mañana es, ca la caridad que aquí rescebimos, donde se ha de comenzar a ordenar el amor; empero, el sumo contentamiento que cada uno terná en el cielo, será causa que no se pueda desordenar la caridad, porque allí los reyes y los emperadores estarán tan contentos con un solo grado de gloria, que amarán sobremanera al pastor, si lo vieren estar más que ellos metido en el sumo Bien, que, como otro José, reparte sus dones entre los que ha convidado a su gloria, y tomando cada uno su suerte santa, quedarán todos admirados de ver tanta concordia hecha por Dios en los sublimes amadores de su majestad; los cuales serán en todo tan conformes como los ojos que tenemos en la cara, que siempre son a una en llorar, o ver, o volverse a cualquier parte.

Lo cuarto que hay en el sol es el crescimiento de su lumbre que esperamos después de la resurrección general; ca entonces, según dice Isaías, ha de ser más resplandeciente que agora, y también los bienaventurados amarán entonces más a Dios, porque habrán todos recebido sus cuerpos gloriosos para poder amar al dador de todos los bienes. Tanto cuanto agora nos agravian los cuerpos corruptibles y nos impiden que no amemos tan fácilmente a Dios como querríamos, tanto nos ayudarán después por los muchos dotes de gloria que rescebirán con que se dispongan al amor.

Las cuatro propiedades que de los cuatro elementos tienen nuestros cuerpos mortales se nos convierten agora en contrariedades de la virtud del amor, porque del fuego tenemos *calor*, que a las veces se enciende en ira; y de la ira tenemos *hinchazón*, que se suele convertir espiritualmente en soberbia; y del agua tenemos *frialdad*, que a las veces se torna en tibieza del ánima; y de la tierra, *pesadumbre*, que nos suele retraer de las cosas de Dios y abajar las de aqueste siglo; empero, con los cuatro dotes del cuerpo glorioso se remedian estos males y se ponen los bienes contrarios a ellos, para que a los santos se les convierta todo en mejor, a fin que puedan más por entero amar al que para esto los crió, según dice el Maestro de las Sentencias. Pues para que el cuerpo pueda ayudar al ánima a amar a nuestro Señor Dios, lo primero es menester que resciba en la imaginación fácilmente las especies o representaciones de las cosas que el ánima quisiere

entender, y para esto le darán al cuerpo el dote de la *claridad*, con que pueda de ligero recebir y tratar cualesquicr imaginaciones de cosas sensibles en la memoria muy delicada y perfectamente. Lo segundo, es menester que ninguna pasión fea haga impresión en el cuerpo, ca dría con ella retraer algo al ánima de aquella suma elevación que tiene en Dios amándolo sin embarazo alguno. y por esto darán al cuerpo el segundo dote de la *impasibilidad*, con que ninguna cosa contraria puede sentir. Lo tercero, es necesario que el cuerpo no resista al ánima que se quisiere mover de una parte a otra manifestando él su contraria inclinación, ca de esta manera no estaría el ánima sumamente dispuesta para cumplir los mandamientos del amado, que le manda que se dé priesa y se levante; para lo cual darán al cuerpo el dote de la *ligereza*. Item, lo cuarto, es menester que ningún otro cuerpo resista al ánima que quisiere ir a otra parte o penetrar alguno de los cielos, y para esto darán a tu cuerpo el don de la *sutileza*, con que pueda llevarlo tu ánima por do quisiere, sin que nadie le impida el camino más que al pensamiento, que suele hombre enviar hasta lo más alto del cielo sin estorbo.

Pues que las cosas han de ser después del juicio como las tenemos declaradas, bien podemos concluir este punto con Santo Tomás [19], diciendo: «Si fuere quitado del cuerpo todo aquello con que resiste a la operación del ánima, totalmente será más perfecta estando en tal cuerpo que no estando por sí apartada, y cuanto es más perfecta en el ser tanto es más perfecta en el obrar». Ya mostramos que la más alta operación gloriosa es amar al que la glorifica por sí mesmo, y pues aquí dice este Santo que obrará más perfectamente con su cuerpo glorioso que sin él, aunque esta operación se entienda generalmente, con mucha razón la podemos aplicar al amor, por ser la más excelente de las operaciones. Y porque a él sirve todo, y porque si agora son las ánimas en alguna cosa menos bienaventuradas, no es sino porque tienen un poco de amor y deseo de tener consigo sus cuerpos, según aquello de San Jerónimo que trae el mesmo Santo Tomás en esta cuestión, diciendo: «Por el apetito de su cuerpo es retardada el ánima y detenida para no se transformar con toda la intensión en aquel sumo Bien».

Teniendo el ánima gloriosa, después del juicio, perdido aquel cuidado que de su cuerpo tenía, no le queda sino que ponga toda la fuerza del amor en Dios, porque para esto desea su cuerpo, ca no sin misterio se dice que

[19] *Summa Theol.*, 3, q. 93. a. 1.

están agora la ánimas debajo del altar, como en alguna menor gloria, según nota la *Glosa;* empero, después estarán como encima del altar, ofreciéndose con sus cuerpos en perpetuo y muy encendido sacrificio de amor al Señor. El Maestro de las Sentencias, hablando del favor que los cuerpos gloriosos darán a las ánimas, dice [20]: «Cuando recibiere nuestra ánima este cuerpo, ya no animal, sino espiritual, siendo igualada a los ángeles, terná la perfecta manera de su naturaleza, y siendo vivificada, obedeciendo mandará, y dará vida con tan inefable habilidad, que le sea gloria lo que fué pesadumbre».

Si nuestro Señor dijera que habían de ser en el cielo los justos como en la luna, pudiéramos contemplar en ellos los grados de la gloria según la creciente o menguante de la luna, porque claro está que unos serán de más gloria que otros, lo cual apenas se puede figurar en el sol, que toda la lumbre lleva por un igual; empero, has de notar que el sol tanto resplandece en este mundo a nosotros como en el otro a los antípodas cuando a nosotros se pone; y de esta manera has de pensar la quinta razón por qué los justos se comparan al sol, que tanto terná de gloria en el otro mundo, cuanto tuvo de amor en éste, porque tanto estará uno en el cielo más bienaventurado, cuanto en la tierra estuvo más unido a él. Y según el grado del amor es el grado de la unión a Dios; luego síguese que, según la diferencia del amor, será la bienaventuranza que nos darán, y a cada uno podrán decir: dada le es mucha gloria porque amó mucho, o poca porque amó poco, ca si a tener hombre de Dios se sigue que ha de tener gloria, a tener tal o tal grado de amor se seguirá tal o tal grado de gloria. Por lo cual dice Santo Tomás [21]: Distínguense las moradas en el cielo según la caridad que tuvimos en este mundo, ca nuestra obra no tiene que sea meritoria por sí mesma, sino sólo por el hábito de la virtud caritativa con que se pinta y agracia delante de Dios; así que el derecho del merecimiento en todas las virtudes viene de la caridad que tiene al mesmo fin por objeto intento, y, por tanto, la diversidad en el merecer toda se reduce a la diversidad de la caridad; y así la caridad que aquí tenemos, distingue las mansiones y moradas lo por vía de merecimiento.

Pues que Escoto [22], conforme a San Agustín, concluye que la bienaventuranza es actual amor de nuestro Señor visto en presencia, y sea sentencia común que según el amor que aquí tuviéremos se nos dará acullá la gloria, pa-

---

[20] IV *Sent.*, d. 49.
[21] *Summa Theol.*, 3, q. 93, a. 3.
[22] IV *Sent.*, d. 49, q. 3.

rece cosa dificultosa de entender cómo se dé amor por amor, ca, cuando dan una cosa por otra, presto se hace la correspondencia; mas dando oro por oro, apenas se entiende la ganancia si va todo por un peso, ca, según se dijo, los grados de la gloria corresponden a los grados de la caridad. Cosa dificultosa es declarar abiertamente este negocio, porque aun sus solas palabras hacen dificultad entre los sabios; empero, comenzando con temor a decir algo de la caridad que lo lanza fuera, de muchas maneras podríamos responder, La primera, proponiendo otra dificultad, ca de la manera que tú entiendes aquello de San Juan en que dice que nos dará el Señor *gracia por gracia* [23], puedo yo entender que me dará amor por amor; empero, dejando esto, has de notar una distinción con que ha de entender el venerable Ocam la bienaventuranza, diciendo que una es la bienaventuranza que infunde Dios en el ánima, y otra que corresponde a ésta, la que ella de suyo produce visto el Señor. La primera y la segunda no hay duda sino que es amor, porque lo mejor que Dios tiene y aun lo mejor que da, y lo mejor que nosotros tenemos y le ofrecemos, es amor caritativo, ca no es otra cosa aquello que Dios infunde sobre las ánimas en el cielo que se llama *gloria,* sino amor; y allá no infunde más de lo que acá dió hasta la hora de la muerte, donde se cortó la tela con lo que estaba tejido y cayó el árbol con la fruta que tenía para la vida eterna. Los bienes que hacemos mientra vivimos son ocasión que Dios acreciente esta caridad en nosotros; empero no más de hasta la muerte, porque allí se cierran las velaciones y se pone silencio a nuestro pleito, juzgándolo según la caridad que entonces tuviéremos, la cual se llama *caridad acabada,* porque allí se concluye el amor que Dios nos ha de infundir y el grado a que nos ordenó, según su voluntad y nuestros merecimientos. De manera que, en yendo el ánima al cielo, no hace nuestro Señor otra cosa sino mostrarle su cara llena de gracias y infundirle la amorosa caridad que acá le dió. Y digo que entonces se la infunde, porque la caridad depende de Dios en el ser y en su conservación, como la lumbre del sol, que le da ser y la conserva.

Este amor que Dios infunde despierta todas las fuerzas del ánima según él es, y hácela amar a él que nos ha de hacer semejables a Dios cuando apareciere, y con este amor se fortificará nuestro corazón para lo amar de muy agradable amor que lo transforme en él. El bienaventurado San Bernardo, hablando del amor que los ángeles tienen a Dios, dice que tanto aman cuanto reciben, y esta

23 Ioan. 1, 16.

breve sentencia de todos los santos se puede decir, ca tanto ama cada una, cuanta caridad le es infundida · Dios. Pues cuando decimos que la gloria se da según la gracia, pues todo es amor, queremos decir que el amor que acá nos fué dado nos darán acullá, salvo que habrá esta diferencia: que allá por la presencia de la cosa amada nos moverá tanto el amor de Dios, que no parezca, cuando lo infunde en nuestras entrañas, sino que echa fuego sobre yesca, porque no lo infunde en nuestras entrañas, sino que solía, aunque sea un mesmo amor, lo cual basta para hacer bienaventurados. Ca mucho va, según dice San Buenaventura, de infundir Dios el amor a manera de persona ausente, como lo infunde en este mundo, a infundirlo como quien está presente, como la infundirá en el otro. Una onza de amor, dado como se infunde cuando Dios es visto en el cielo, mueve más a lo amar que cien onzas en este mundo; y por ventura fué ésta la causa por que dijo el Salvador ser mayor que San Juan el menor del cielo, pues la mesma caridad que acá tenemos se nos hace acullá gloria, con sólo dárnosla Dios de otra manera; y por esto digo que nos da amor por amor, ca darnos gloria por gracia no es sino darnos en presencia clara el amor que nos daba en presencia escondida.

Nuestro Señor tiene esto: que da por dar y hace una merced por hacer otra; ca a San Pedro lavó los pies porque comiese con él su cuerpo, dándole limpieza por le dar después a sí mesmo; y así, acá da amor en secreto por dar después amor en público; y el amor en secreto se llama *gracia*, y el amor en público se llama *gloria*. Decir, pues, que nos da Dios la gloria según los grados del amor, será decir que nos dará en público presencialmente el amor que nos da en secreto.

Para que veas cuánta diferencia causa en nosotros esta diferencia de darse presencialmente el amor o darse so el cobertor de la fe, has de notar que no es un mesmo el amor que tenemos a Dios en este mundo con el que le ternemos en el otro; y no solamente difieren en actos, sino en especie, como la plata y el oro. De manera que, aunque es una mesma la caridad que nuestro Señor nos infunde en este mundo y en el otro, no es una la que nosotros producimos acerca de él en este mundo y en el otro, ca con muy excelente amor lo amaremos acullá que no acá, y él siempre nos ama con un amor, por ser siempre soberano su amor. La razón que trae Gabriel [24] para probar que no es un mesmo el amor que de nuestras fuerzas producimos amando a Dios en este mundo y en el otro.

[24] In III *Sent.*, d. 31.

aunque tengamos caridad, es ésta: Si el amor con que amas al Señor en la tierra y en el cielo fuesen de una especie, no habría otra diferencia entre ellos, sino que el uno es agora remisión con alguna tibieza y el otro será intenso y muy arraigado en el corazón, porque como estos amores sean de un mesmo Dios, porque a él solo se ordenan, y según una mesma razón, síguese que no puede señalarse entre ellos otra diferencia alguna, sino que el uno es intenso y el otro remiso; lo cual es falso, porque si sólo en esto estuviese la diferencia, seguirse-ía que podía en tanto crecer tu amor, que se igualase con el amor que en el cielo tienen a Dios, ca fácilmente o con usar el amar se hace muy radicado y intenso el amor tibio y remiso. De manera que, pues el amor de tal santo tiene grados determinados, si el tuyo fuese de aquella mesma especie y manera, que no difiriese sino en ser más tibio, pues el otro no puede crecer ya más en la sustancia del amor, y tú creces cada día, seguirse-ía que a lo menos en muchos años podrías amar tanto como él; lo cual tiene el sobredicho doctor por imposible. Así que, por darnos nuestro Señor en el cielo presencialmente de su boca a la nuestra el amor que agora nos da en secreto, se perficiona en tanta manera el amor nuestro, que corresponde al suyo, como se perficiona el diácono haciéndolo sacerdote.

Y de aquí es que, aunque dijo Santo Tomás que se daban en el cielo los grados de bienaventuranza según los grados del amor que acá nos dió el Señor, hallamos en la Escritura que allá nos dará el Señor mucho más amor suyo que no acá; lo cual no pienso que será en sustancia de amor, sino dícese *mayor* porque allá ejercita por entero sus fuerzas la caridad de Dios, que agora está adormida en el seno de los fieles como la brasa debajo de la ceniza, y no obra en nosotros con aquella vehemencia que obrará en el cielo, donde hará que cada ánima bienaventurada sea un horno muy encendido de amor, según aquello de Isaías [25]: *Dijo el Señor, cuyo fuego es en Sión, y su horno está en Jerusalén.* Sión quiere decir *atalaya*, y es el ánima que agora ama al Señor, y está puesta en el atalaya de la fe y en el atalaya del deseo, mirando por las ventanas del corazón si viene su amado a la llevar, y saliendo a las veces de sí, como la madre de Tobías, por los caminos y sendas estrechas de los consejos evangélicos a ver si viene o para que venga su amado.

En esta tal ánima está el fuego del amor divino que la enciende y despierta a hacer esto; empero, desque ésta

[25] Is. 31, 9.

fuere Jerusalén, que quiere decir *visión acabada y perfecta,* cuando ya viere cara a cara al que los ángeles desean ver, tornarla ha horno el amor que acá la encendía, encendiendo en ella amor perdurable y ardentísimo que la despierte tan totalmente al amor que arda más que la zarza donde estaba Dios encendiéndola sin quemarla, para que siempre pudiese arder sin acabarse; de manera que sea este fuego ardentísimo y no tenga necesidad que el sacerdote lo atice ni eche más leña a la noche ni a la mañana, porque Dios lo enciende, y no hay ya noche ni mañana, sino medio día, donde arde el sol, que es el justo, a más no poder, ca es muy encendido por aquel cuya cara resplandeció como sol en su virtud, para hacer soles a todos los que tuviere delante, aunque agora los hace estrellas, porque la tierra del cuerpo está entre nos y él, que impide. La cual plega él quitar a tal tiempo que algo de su amor esté en nuestras ánimas para que merezcan después ser hornos encendidos perdurablemente en la soberana Jerusalén que está arriba, madre nuestra; lo cual nos conceda el que a este fin vino a poner el fuego de su amor en la tierra del corazón humano porque después ardiese en el cielo, donde con el Padre y el Espíritu Santo reina en eterno amor. Amén.

LAUS DEO

La presente obra fué vista y examinada por el muy reverendo señor el señor D. Francisco de Barrio Nuevo, obispo de Argel, por mandado del señor Provisor de Sevilla. Año de mil y quinientos y treinta.

Fué impreso el presente tratado, intitulado *Ley de amor santo* y cuarta parte del *Abecedario espiritual,* en la muy noble y más leal ciudad de Burgos. En casa del señor Juan de Junta, florentino. Acabóse XXXI días del mes de marzo. Año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos y treinta y seis años.

Fué impreso el presente libro a costa del señor Juan de Espinosa, mercader de libros, vecino de Medina del Campo.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE PRIMER VOLUMEN DE LOS
«MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES», DE LA BI-
BLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA
4 DE OCTUBRE DE 1948, FIESTA DE SAN
FRANCISCO DE ASÍS, EN LOS TALLE-
RES DE «GRÁFICAS NEBRIJA».
IBIZA, 11. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

1. SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga. 2.ª ed.—70 pesetas tela, 100 piel. (Agotada.)
2. SUMA POETICA, por José María Pemán y M. Herrero García.—20 pesetas tela, 50 piel. (Agotada.)
3. OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON.—40 pesetas tela, 75 piel.
4. SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos Completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*.—30 pesetas tela, 60 piel. (Agotada.)
5. HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. Ribadeneyra, S. I. 40 pesetas tela, 75 piel.
6. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las Ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo.*—30 pesetas tela, 60 piel. (Publicados los tomos II, III, IV y V.)
7. CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los doctores D. Lorenzo Miguélez, Fr. Sabino Alonso Morán, O. P., y P. Marcelino Cabreros de Anta, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca; 2.ª ed.—65 pesetas tela, 100 piel.
8. TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de Alastruey, 2.ª ed.—40 pesetas tela, 75 piel.
9. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.*—30 pesetas tela, 65 piel. (Publicados los tomos III, IV y V.)
10. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por Posidio. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.*—30 pesetas tela, 65 piel. (Publicados los tomos II, III y IV.)
11. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Introducción a la Filosofía de San Agustín. Confesiones* (en latín y castellano).—40 pesetas tela, 75 piel. (Publicados los tomos III y IV.)

12-13. OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes).—En tela, cada tomo, 35 pesetas; en piel, 70.

14. BIBLIA VULGATA LATINA.—60 pesetas en tela, ed. a una tinta, 80 pesetas en tela, a dos tintas. En piel, 100.
15. VIDA Y OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el Padre Crisógono de Jesús, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.*—45 pesetas tela, 80 piel. (Agotada en tela.)
16. TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. José María Bover, S. I.—40 pesetas tela, 75 piel.

17-18. TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL Selección, introducciones y notas de Nicolás González Ruiz. Tomo I: *Autos sacramentales.* Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.*—Cada tomo, 35 pesetas tela y 70 piel.

19. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.*—35 pesetas tela, 70 piel. (Publicados los tomos IV y V.)

20. OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.*—45 pesetas tela, 80 piel.

21. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.*—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo IV.)

22. SANTO DOMINGO DE GUZMAN: *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.*—40 pesetas tela, 75 piel.

23. OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. Germán Prado, O. S. B. Más de 1.500 páginas.—50 pesetas tela, 85 piel.

24. OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. Victoriano Larrañaga, S. I.—35 pesetas tela, 70 piel.

25-26. SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. Dos volúmenes de unas 1.250 páginas cada uno.—En tela, los dos tomos, 80 pesetas; en piel, 125.

27. LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. José María Bover, S. I.—30 pesetas tela, 65 piel.

28. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.*—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo V.)

29. SUMA TEOLOGICA, de Santo Tomás de Aquino. Tomo I: *Introducción general,* por el P. Santiago Ramírez, O. P., y *Tratado de Dios Uno.*—50 pesetas tela, 85 piel.

30. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.*—45 pesetas tela, 80 piel.

31. OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL. Contiene las siguientes obras del Doctor Iluminado: *Libro de Caballería, Libro de Evast y Blanquerna, Félix de las Maravillas* y *Poesías.*—55 pesetas tela, 90 piel.

32. VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. Andrés Fernández, S. I.—40 pesetas tela, 75 piel.

33. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario.*—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo II.)

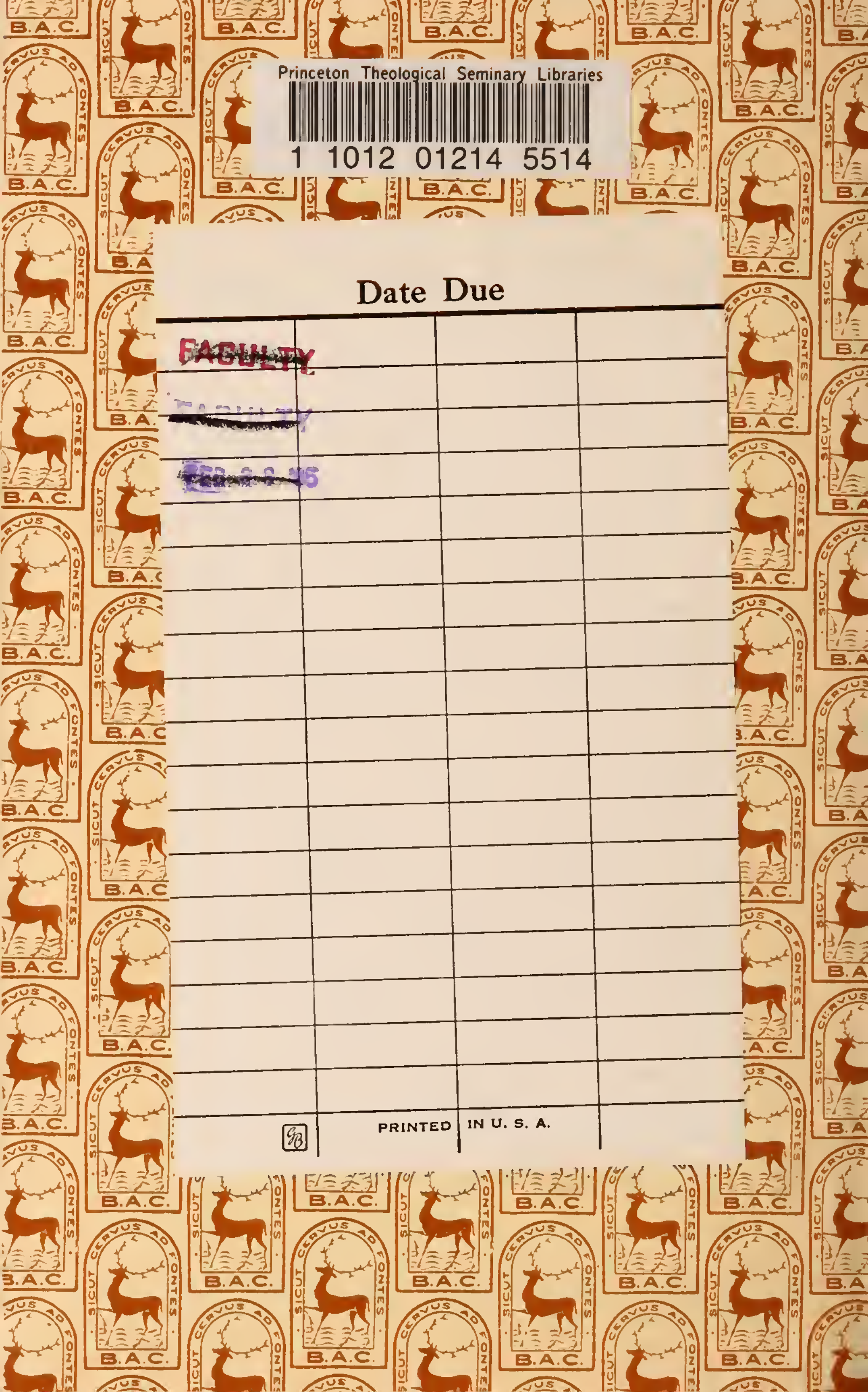
34. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo,* por el Prof. Francisco Javier Sánchez Cantón.—60 pesetas tela, 95 piel.

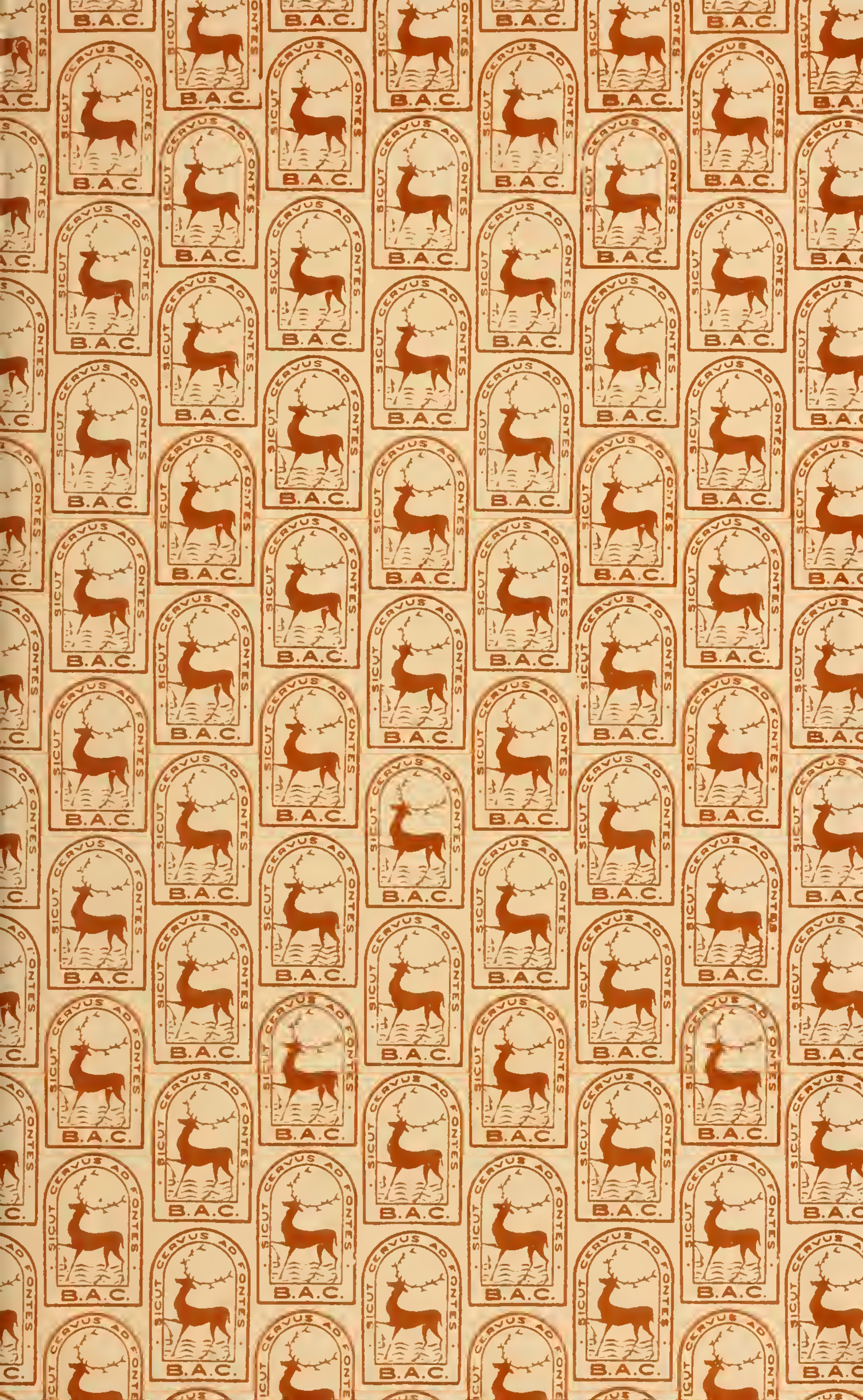
35. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. Francisco Suárez, S. I. Versión castellana por el P. Galdos, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.*—45 pesetas tela, 80 piel.

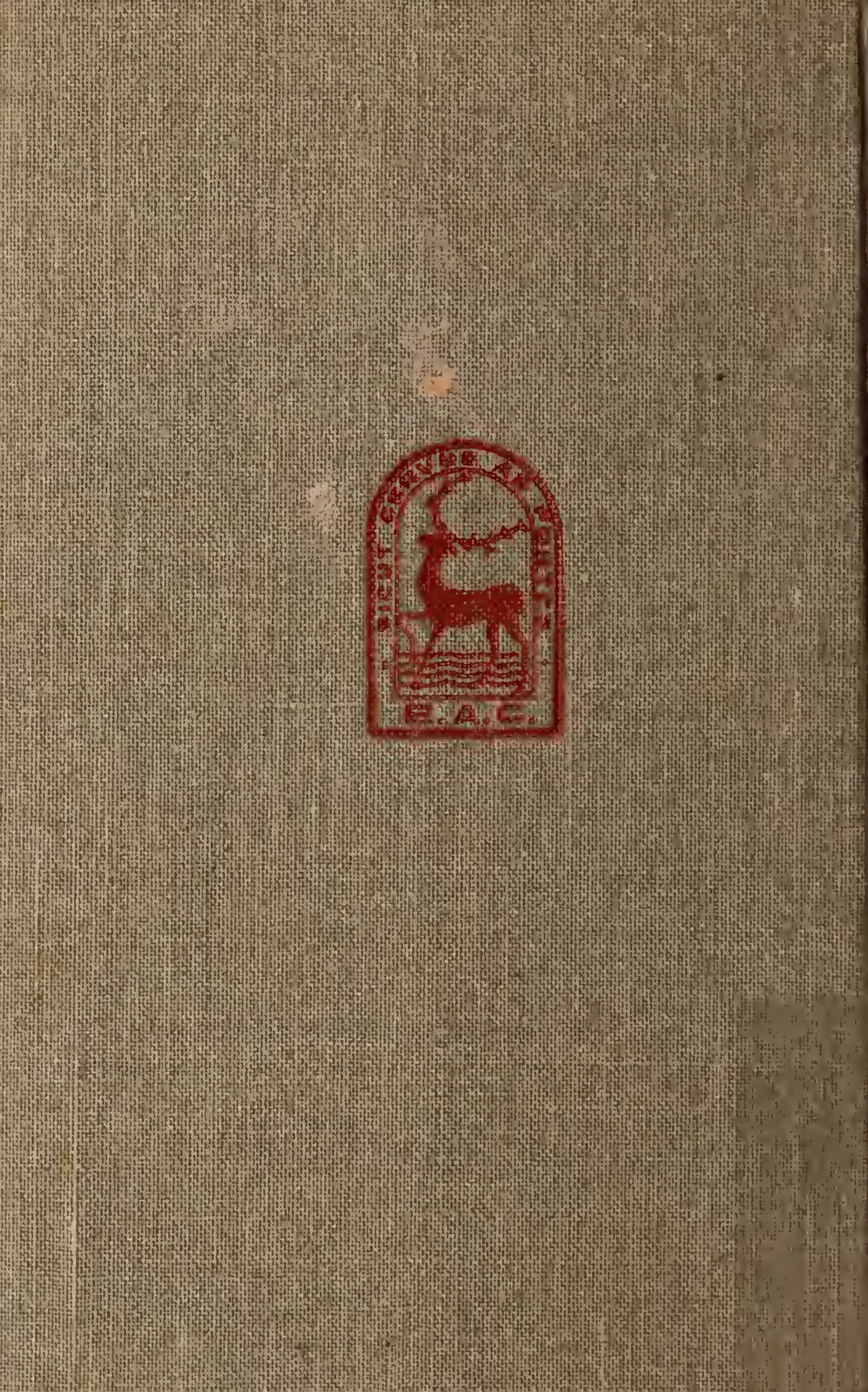
36. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* 40 pesetas tela, 75 piel.

37. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 50 pesetas tela, 85 piel.

38. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: *Fray Alonso de Madrid:* «Arte para servir a Dios» y «Espejo de ilustres personas». *Fray Francisco de Osuna:* «Ley de amor santo».—45 pesetas tela, 80 piel.


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01214 5514
Date Due
FACULTY
PRINTED IN U. S. A.
SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


E.A.C.